

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA
Departamento de Historia de las Ideas y los Movimientos Sociales y
Políticos



**DEL IMPERIO A LA FEDERACIÓN: LA IDEA DE
EUROPA EN FRANCIA, 1800-1848.**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Nere Basabe Martínez

Bajo la dirección de la doctora

María Luisa Sánchez-Mejía

Madrid, 2010

- **ISBN: 978-84-693-1834-8**



Del Imperio a la Federación.
La idea de Europa en Francia
1800-1848
(Tesis Doctoral)

Nere Basabe Martínez

Directora: Dra. María Luisa Sánchez-Mejía

Departamento de Historia de las Ideas
y los Movimientos Sociales y Políticos
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología

Universidad Complutense de Madrid

2009

«When I came
Into my parlour and sat down, and took my pen to write,
My Fairy sat upon the table, and dictated EUROPE».

Europe: a Prophecy, 1794
William Blake

«El hombre europeo ha consistido en proyectarse, infatigablemente,
hacia un mundo y una ciudad siempre en el horizonte, inalcanzable.
El paisaje europeo es puro horizonte; (...) la historia es puro horizonte».

La esperanza europea, 1942.
María Zambrano

INTRODUCCIÓN.....	13
1. De la geografía al mito: la idea de Europa en el tiempo.....	14
2. La idea de Europa en las diferentes escuelas historiográficas.....	20
2. 1. ¿Europa, un concepto político?.....	26
3. 1800-1848: un “tiempo-bisagra”	36

I. LA EUROPA DE NAPOLEÓN BONAPARTE: ENTRE LA HERENCIA Y LA REACCIÓN

1. La Europa de Napoleón.....	41
1.1. Del testimonio del <i>Memorial de Santa-Helena</i> al debate historiográfico.....	43
1. 2. “Un Plan para Europa”: sistemas en liza y esquematización periódica	48
1. 3. Los medios e instrumentos de la política europea.....	51
1. 3. 1. Geopolítica.....	51
1. 3. 2. Las políticas jurídicas: el Código Civil.....	57
1. 3. 3. Las políticas económicas: el Bloqueo Continental.....	61
1.3.4. Los hombres de la política imperial: ministros, diplomáticos, ejércitos....	64
1. 3. 5. La política dinástica	71
1. 4. Ambivalencias nacionales e históricas.....	74
1. 4. 1. Enemigo o defensor de las causas nacionales.....	75
1. 4. 2. Continuación o ruptura: de Carlomagno a la Revolución.....	78
2. De la herencia a la reacción.....	87
2. 1. La Revolución frente a Europa.....	87
2. 2. Contextualización intelectual: idea de Europa y proyectos europeos en tiempos de Napoleón.....	98
2. 2. 1. La Europa ilustrada.....	98
<i>Bentham, Kant, Görres: evoluciones en el ideal de la paz universal.....</i>	<i>109</i>
2. 2. 2. El giro a partir de 1800.....	114
<i>La Memoria política</i> de Czartoryski (1803-1805).....	122
<i>El Proyecto de paz general y perpetua</i> de J. J. B. Gondon (1807).....	127
<i>Le Conservateur de l'Europe</i> de Marc-Antoine Jullien (1813).....	138
<i>De la Révolution Européenne</i> de C. J. B. Bonnin (1815).....	143
3. Conclusión : ¿Napoleón, europeísta ?.....	150
3. 1. Napoleón, hombre de paz.....	151
3. 2. El legado de Napoleón.....	160

II. 1815: LA NUEVA EUROPA Y LA EUROPA RESTAURADA

1. De la Europa del Imperio a la Europa de la Santa Alianza.....	169
1.1. El fin del Imperio.....	170
1.2. Las negociaciones de Viena y el Derecho Público europeo.....	177
1.3. La Santa Alianza.....	182
1.4. Conclusiones: la Europa restaurada.....	188
2. Una nueva mentalidad para una nueva Europa.....	197
2.1. El aliento romántico: Musset y el <i>mal du siècle</i>	197
2.2. La Europa cristiana: Novalis, Burke, De Maistre, Chateaubriand.....	204
3. Proyecciones y proyectos europeos (1814-1815).....	220
3.1. Los liberales frente a Europa.....	220
3.1.1. La aportación de Benjamin Constant.....	229
3.2. El Conde de Saint-Simon y la utopía pseudo-cientista de Europa.....	238

III. LA DÉCADA DE 1820:

LA HISTORIZACIÓN DE LA IDEA DE EUROPA

1. <i>Del espacio al tiempo. La nueva escuela historicista y Europa.....</i>	259
2. La historia, objeto del debate político.....	265
2.1. La <i>Jeune France</i>	268
2.2. De la historia antigua a la historia de la Revolución.....	273
2.3. Perfectibilidad, progreso y civilización.....	278
2.4. François Guizot y la <i>Historia de la Civilización europea</i>	288
2.4.1. Una lectura política.....	296
3. Grecia, nueva cuna de la civilización europea. La opinión pública frente a la guerra de independencia griega (1821-1828).....	301
3.1. <i>Entre el Olimpo y el Cielo</i> . Miradas cruzadas: Chateaubriand, Constant o Victor Hugo.....	309
3.2. El debate en la prensa.....	316
3.3. “ <i>Las primeras chispas del incendio</i> ”.....	325
4. De las historias en liza a la historia contrafactual. La inexorabilidad y el porvenir como destino común.....	328

IV.	POLITIZACIÓN DE LA IDEA DE EUROPA.....	335
1.	La política del régimen de Julio.....	336
2.	La prensa de 1830.....	344
2. 1.	Los sansimonianos de <i>Le Globe</i> : la “asociación universal ».....	345
2. 1. 1.	La vieja política.....	348
2. 1. 2.	La nueva política.....	354
	<i>La nueva “Santa – Alianza”</i>	359
	<i>El Sistema Mediterráneo</i>	369
2. 2.	<i>L’Européen</i> de Buchez: la “federación europea”.....	377
3.	La nueva política europea en sus textos.....	387
3.1.	La crisis de 1840: punto de inflexión para los proyectos europeos...391	
3.1.1.	El resurgir de la paz perpetua.....	410
4.	Extranjeros en París: la <i>Constitución europea</i> de Juan Francisco Siñeriz.....	426

V. LAS REVOLUCIONES DE 1848 Y LA REVOLUCION EUROPEA

1. La Primavera de los Pueblos.....	443
1.1. La Revolución de Febrero.....	447
1.1.1. El Gobierno Provisional y su política europea.....	452
a) El <i>Manifiesto a Europa</i> de Lamartine.....	457
b) La causa polaca.....	464
1.2. La Fraternidad de las naciones.....	471
2. <i>Fraternidad, democracia y república europea:</i>	
Europa en los hombres y los textos de 1848.....	473
2.1. Félicité de Lamennais.....	476
2.2. La fraternidad de los pueblos: Arnold Ruge y Giuseppe Mazzini.....	483
2.3. Más allá de la utopía: Henri de Feugueray y Victor Considérant.....	490
2.4. Las profecías poéticas de Victor Hugo:	
del Imperio a la República europea.....	503
2.4.1. El movimiento de los “Estados-Unidos de Europa ».....	511
3. La popularización de la idea de Europa.....	516
3.1. Europa en la prensa y los manifiestos.....	518
3.1.1. El <i>Diccionario Político</i> de los hombres de la República.....	527
3.2. La cultura popular: canciones e imágenes de Europa.....	533
4. A la sombra de la Revolución fracasada:	
Del Comité Democrático Europeo a Proudhon.....	538
5. 1848: ¿una revolución europea?	550

CONCLUSIONES.....	563
BIBLIOGRAFÍA.....	571
ANNEXE (mention de Doctorat européen).....	619
<i>De l'Empire à la Fédération</i> (Résumé).....	621
<i>L'idée d'Europe en France, 1800-1848</i> (Conclusions).....	635
Agradecimientos.....	643

INTRODUCCIÓN

En plena revolución de 1848, un *Diccionario Político* publicado en París y que reunía las grandes firmas de los protagonistas de la flamante República ofrecía una llamativa acepción de la voz “Europa” que, en su significado político, comprendía lejanos países como Egipto, la India, o los Estados Unidos norteamericanos¹. Semejante definición resulta sin duda llamativa para los lectores actuales, pero, ¿lo era igualmente para aquellos hombres que, en plena ola revolucionaria, luchaban por las libertades del continente? ¿Qué tipo de creencias —así como de experiencias— llevaron a aquellos autores a considerar la India o América territorios integrantes del espacio europeo, o a proponer la ciudad de Alejandría como su capital futura? ¿Y por qué, en plena eclosión de los movimientos nacionalistas, tantos hombres compartieron la confianza en una inminente unión europea?

Europa ha significado las más variadas y diversas cosas a lo largo del tiempo: la concepción de un espacio habitado en común, de una identidad colectiva y un proyecto político que siguen siendo objeto de discusión todavía a día de hoy. Esta polémica alcanzó altas cotas en el debate político de la primera mitad del siglo XIX, un momento clave en el que la experiencia histórica del imperio napoleónico y las novedades

¹ La entrada “Europa” del *Dictionnaire Politique, ou Encyclopédie du langage et de la science politiques*, prologado por Garnier-Pagès (1848), aparece firmada por el ministro de Asuntos Exteriores Jules Bastide, quien también apunta a una futura unión europea como fruto necesario del proceso histórico. Nos ocuparemos de este texto, así como de otros semejantes, con más detalle en el último capítulo de este trabajo.

políticas revolucionarias impregnaron la reflexión acerca del sentido de Europa. El trabajo que aquí se presenta tratará por lo tanto, a la luz de los acontecimientos y en el contexto de la ebullición ideológica que constituyen estas primeras décadas de siglo, de desentrañar el proceso histórico e intelectual por medio del cual fue posible la gestación de este género de nuevos discursos en torno a esa entidad —ficticia o no— llamada Europa.

1. De la geografía al mito: la idea de Europa en el tiempo

Europa, la princesa mitológica raptada por Zeus, representa ante todo el nombre del continente en que habitamos: en sus raíces etimológicas se esconde el “lugar donde se pone el sol”. Pero ya de por sí como concepto geográfico, Europa resulta un término problemático; Europa es una noción altamente inestable, con unas fronteras imprecisas o incluso móviles, y la dificultad de la delimitación del espacio es un problema que ya se planteó en la antigüedad, a medida que “Europa” fue abarcando cada vez más territorio². Es un término “robado” a Asia, con una religión, un sistema político que vienen de Asia³, y que sin embargo se reconoce sobre todo como oposición a ese otro continente (las luchas contra los turcos, de las Cruzadas a la guerra de independencia de Grecia, iban a ayudar a configurar en buena medida la identidad europea). Al mismo tiempo, frente al problema de su frontera oriental, de la ambivalencia de Rusia (que precisamente con el Congreso de Viena entrará oficialmente en el “club” de Europa, aunque siempre con matices), destaca el progresivo desplazamiento de su centro hacia el oeste⁴: de ser un concepto en torno al Mediterráneo pasa a ser un conjunto de países del centro y el norte de Europa, y en concreto, en este siglo XIX, a ser Francia su corazón, por la primacía cultural heredada del tiempo de la Ilustración y extendida a través de la política de conquistas de Bonaparte.

² Gollwitzer, 1951, p. 162

³ Pocock, 2002, pp. 57 y ss.

⁴ “The geographical concept of ‘Europe’ has moved West” (Pocock, 2002, p. 60)

Pero aquí nos interesa una idea de Europa que va más allá de su referente geográfico; un autor como por ejemplo Oliver Depré ha estudiado la dialéctica europea entre el lugar y su idea, identificando Europa precisamente como esa *utopía*, ese “no-lugar” de Tomás Moro; pues siendo su delimitación geográfica misma un problema, su acta de nacimiento tampoco resulta clara: el surgimiento de Europa originariamente como un mito griego la situaría igualmente fuera del tiempo histórico. El hecho de que no pueda definirse por lo tanto ni por su geografía ni por su historia, hace de Europa por encima de todo una *idea*, afirma este autor⁵. Una idea además de incontestables dimensiones éticas y voluntaristas, configurada a lo largo de los siglos como la idea del universal, la invención de la diversidad en el corazón mismo de la unidad y su asimilación a la idea de libertad. “Il est remarquable que l’homme d’Europe n’est pas défini par la race, ni par la langue, ni par les coutumes, mais par les désirs et l’amplitude de la volonté », afirmaba el poeta Paul Valéry⁶. De esta manera, « Europa se afirma de golpe como una idea política revolucionaria »⁷, que hace correr ríos de tinta en la actualidad y se presenta como una cuestión ineludible para los pensadores del momento.

Identificar en qué consiste una “idea” colectiva de Europa significa tratar de identificar sus implicaciones y las convicciones que encierra, las prácticas discursivas y los distintos lenguajes que atañen a la identidad europea⁸ a lo largo del tiempo. Históricamente, la identidad de Europa se halla estrechamente vinculada a una concepción de la libertad como el rasgo diferencial de las sociedades europeas (y como su fin último, en una concepción escatológica), una creencia que triunfa definitivamente en el siglo XIX pero que arranca ya en la antigua Grecia⁹. La historia de la idea de Europa acabaría caracterizándose así por “the history of belief that the constitutional state, based upon representation and universal suffrage, is a determining feature of

⁵ “S’interroger sur l’Europe revient en effet inmanquablement à s’interroger sur son idée. Le fait qu’elle ne puisse se définir par la géographie ni par l’histoire, par la langue ni par aucune particularité, (...), le seul fait de sa pluralité forcent à en convenir : si elle n’est pas « quelque chose », c’est que l’Europe est une idée » (Depré, 2006, pp. 142-143).

⁶ Valéry, 1924, p. 51.

⁷ Semprún y Villepin, 2006, p. 23. “La vocación de Europa habrá sido siempre la de superar una y otra vez sus propias fronteras estrictamente geográficas, la de marcarse sin cesar una nueva frontera espiritual” (Semprún, 2006, p. 78).

⁸ Pagden, 2002, p. 1.

⁹ Un *génie de liberté* impulsado en la Grecia clásica, en opinión de Montesquieu, por las fronteras naturales que posibilitaban la existencia de unidades políticas de tamaño medio o reducido (unidades políticas facilitadas por las determinaciones de un “paisaje humanizado, paseable”, en una de las características que Steiner -2005- concibe como fundamentales para esa “idea de Europa”).

European political life”¹⁰; toda una línea de pensamiento configurada a lo largo del tiempo en la que formas como las monarquías absolutistas habrían representado una aberración en el camino que va de la antigua Grecia y sus ciudades-estado a la Europa de las naciones. Un espacio caracterizado además diferencialmente como eminentemente urbano, que desde los tiempos griegos no se reconoce más allá de los muros de sus ciudades (ciudades de las cuales arranca precisamente gran parte de nuestro vocabulario político, de “política” a “civil” o “civilización”), y que cubren el mapa continental marcado por un “persistente localismo”; pero al mismo tiempo, “since the days of the Emperor Augustus’s new Rome, there has been a vision of a future in which ‘Europe’ would acquire some kind of unity”¹¹. De esta manera se va configurando un espacio político común, que se afana en instaurar un orden jurídico compartido por todos los europeos, del Emperador Justiniano a Napoleón, y una religión común, la Cristiandad, que la dota como ningún otro poder de unidad cultural y hasta lingüística, superando las fragmentaciones que sin embargo también la caracterizan: Europa se presenta así, tal y como la define Curcio, uno de los clásicos en el estudio de esta materia, como un objetivo histórico-cultural y no ya geográfico, capaz de reconciliar a la nación con la humanidad¹².

El tema de Europa es un problema ante todo de carácter histórico-espiritual, y de su creación más peculiar, la filosofía (que en la concepción clásica, abarca la ciencia, como forma de conocimiento particular de esta región del mundo). Desde esta perspectiva Edmund Husserl situaba como tarea primordial de la filosofía la reelaboración del concepto de Europa en tanto que *teleología histórica de fines racionales infinitos*¹³, idea de Europa igualmente compartida por Hans-Georg Gadamer: esa unión de la filosofía con la ciencia que convierte a los europeos en poseedores de un “poder fáustico” y de una convicción de haber heredado la tierra, será la que confiera a Europa su unidad, según Gadamer¹⁴ (y que, tal y como mantiene este autor, guarda estrecha relación con la experiencia histórica y la praxis política).

La percepción de Europa como una entidad superior arranca desde bien antiguo: el geógrafo griego Estrabón, del siglo primero, la describía como “variada en

¹⁰ Pagden, p. 5. Esta caracterización política de Europa arranca efectivamente en Inglaterra tras 1648, y va de republicanistas como Jefferson, Rousseau o Kant a liberales como Constant, Guizot o Tocqueville, Humboldt, Stuart Mill o Manzini.

¹¹ Pagden, p. 9.

¹² Curcio, 1958, v. II, p. 579.

¹³ Husserl, 1990, p. 358.

¹⁴ Gadamer, 2003, p. 25.

forma y admirablemente adaptada por la naturaleza para el desarrollo de la excelencia en hombres y en gobiernos”¹⁵: la oposición griega *physis-nomos* es algo que se ha resuelto fundamentalmente sólo en el ámbito de Europa, lectura que podemos encontrar en los textos de Hipócrates o Herodoto¹⁶; en la iconografía renacentista, a Europa se la representa como una reina con Corona¹⁷; y ya en la contemporaneidad, esta imagen de superioridad quedaba consagrada por el breve artículo de la *Encyclopédie* que Jaucourt dedica a Europa, donde la describe como la parte del globo más pequeña por extensión, pero la más considerable por “su comercio, su navegación, su fertilidad, sus luces, su industria, su conocimiento de las artes, las ciencias y los negocios”¹⁸. Saint-Simon (del que nos ocuparemos ampliamente en este trabajo), en *Introduction aux travaux scientifiques du XIXe siècle* (1808), trazaría después una historia mítica de la humanidad, que se habría originado en una planicie llamada Tartaria, y de cuyas variedades de especie humana, la europea sería la superior.

Como consecuencia de éstas y otras definiciones de la naturaleza europea, pronto acabaría añadiéndose una dimensión más a la concepción de Europa: por un lado, la idea regulativa de que los modernos Estados, una vez organizados en formas republicano-constitucionales, pueden organizarse a sí mismas en alguna especie de liga (idea introducida por la Paz Perpetua de Kant, y explícitamente desarrollada, tal y como veremos, en innumerables trabajos posteriores): “The possibility of any kind of federal structure, (...), was based upon the assumption of common political practices and values”¹⁹, y estos valores serían los de la república representativa y un Derecho público común, el derecho de gentes, única forma de gobierno que haría posible la adopción de la constitución cosmopolita kantiana y que hoy en día se ha convertido en un lugar común, si no en una idea normativa, del discurso de las relaciones internacionales. Se pueden argüir las debilidades empíricas de tal planteamiento, pero eso no ha hecho mermar su importante influencia en la creación de la idea de la Europa contemporánea: “the initial and prime objective of ‘Europe’ as a political (and economic) conception is to ensure peace”²⁰, y es que paradójicamente Europa va construyéndose a golpe de las conmociones que suponen las guerras sucesivas que dividen y asolan el continente,

¹⁵ Estrabón, *Geografía*, Libros I-II, 1991.

¹⁶ Gollwitzer, 1951, p. 162

¹⁷ Cesare Ripa, *Iconología*, 1603, Sebastián Münster, *Cosmographia*, 1588, etc.

¹⁸ Jaucourt, 1967 (1751-1780), v. 6, p. 212.

¹⁹ Pagden, 2002, p. 6

²⁰ Pagden, 2002, p. 7.

desde la guerra de los Treinta años a las grandes Guerras del siglo XX, pasando por las guerras napoleónicas.

La idea de Europa contemporánea encuentra sus raíces pues en la resolución del conflicto. Si el Tratado de Westfalia puso fin a las guerras confesionales, consagrando en adelante la primacía del poder secular, el Tratado de Utrech de 1713 concluyó, en palabras de Pocock, “a ‘Europe’ that had outgrown barbarism, fanaticism, and conquest, and in its place established a republic or confederation of states held together by treaties to which wars were merely auxiliary, and by a common system of civilized manner communicated everywhere by commerce”²¹. Se consagra así la búsqueda perenne de un ideal de paz eterna y universal, al mismo tiempo que va cerrándose el concepto de Europa, excluyendo sucesivamente otros términos de su definición, como el de barbarie, conquista, despotismo o guerra. La paz mundial constituía ya un objetivo en Erasmus o Juan Luis Vives, en los proyectos de Sully o Cruce o en el más inmediato del abad Saint-Pierre, antecesores del de Kant, pero ni sus propios autores los tomaban no obstante seriamente en consideración como proyectos políticos practicables, sino que constituían más bien “ideas regulativas”. Junto a la sociedad de la paz, emerge simultáneamente el ideal de la sociedad comercial, con lo que ya desde finales del siglo XVIII va pareciendo posible que Europa aspire a una herencia común, a cierto sentido compartido acerca de sí mismo; lo que Edmund Burke llamaría “the great vicinage of Europe”, o el Marqués de Mirabeau, “l’universelle confraternité du commerce”.

Y sin embargo, la segunda consecuencia inmediata de toda esta concepción europea, su gran peligro, es la tentación imperial, sombra que parece planear siempre por encima del ideal: “Kantian cosmopolitanism had its origins in an ambition to transmutate, to “transvaluate”, the older European imperial ambitions”²². Y es que detrás de los ideales, se esconde la sospecha sobre las posibles amenazas que pudiera albergar el proyecto kantiano, haciendo del cosmopolitismo, en la práctica política, una idea de dominación imperial. Napoleón se ve así como heredero de la Revolución, y a través de ésta, de los principios y valores del proyecto ilustrado de paz, emancipación y civilización universal; pero su unidad europea, concebida bajo el mando de una única soberanía (al igual que el imperialismo proto-germánico), acabaría saqueando aquellos principios de paz y libertad que hemos venido definiendo como propios de la idea de Europa. Otro género de proyectos para Europa iban a tomarle inmediatamente el

²¹ Pocock, 2002, p. 66.

²² Tully, 2002, p. 358.

relevo, comenzando a concebir entonces una identidad que no es radicalmente idéntica a sí misma, un pluralismo como sucesor del cosmopolitismo kantiano, que se atribuye como tarea principal la difícil necesidad de renunciar al legado imperial que nos ha hecho sin embargo lo que somos²³. La *nostalgia del imperio*, el anhelo por reintegrar una supuesta unidad originaria perdida, que cubrió toda la era pos-romana y medieval (la Europa de Carlomagno, la *Respublica Christiana*) y cuyos brotes perduran hasta bien entrado el siglo XX y sus totalitarismos, haciendo de Europa el escenario perpetuo del *traslatio imperii*, sigue constituyendo todavía hoy un desafío a superar, tal y como defiende Sloterdijk²⁴.

Consecuencia de aquellos brutales intentos de unidad y de la barbarie de la que demostró ser capaz, ya en pleno siglo XX, la civilización europea, supuesta cultura de la razón, los presupuestos de la idea de Europa sufrieron un radical cuestionamiento, que desembocó en una crisis de identidad. “L’idée d’Europe était une notion morte, une idée, une réminiscence, qui naissait après la disparition de l’Europe »²⁵ ; y sin embargo, esta supuesta muerte no hizo sino acelerar, como quedaría demostrado muy pronto, la urgencia de construir una Europa unida, y la necesidad de afrontar la crisis de la idea europea desde nuevas perspectivas capaces también de integrar la violencia y la destrucción, y hacerle frente. No es casual pues la fecha y las circunstancias en que Husserl, en pleno año de 1935 y en el Círculo Cultural de Viena, a las puertas del desastre, impartía su famosa conferencia acerca de “la crisis de la humanidad europea”, en la que persistía, pese a todo esperanzado, en su afán por reivindicar la idea de Europa con respecto a sus posibilidades y su destino. Algunas décadas después, Jan Patocka, discípulo de Husserl y que asistió en Viena a aquella conferencia, publicaba en 1976 sus *Ensayos heréticos*, donde incluía también un texto en la línea del maestro, “Europa y la herencia europea”, que constituye una de las incitaciones contemporáneas más potentes, audaces y libres a pensar Europa, a tomar el espíritu europeo como criterio y objeto de la praxis política.

Madre de la modernidad²⁶, “idea refugio” como la definió Lucien Febvre, “l’Europe restera toujours une tâche »²⁷ ; y Moscovici, Secretario de Estado de Asuntos

²³ “One of the objectives of the projects to unify Europe that emerged in the post-Napoleonic era was to undo the deleterious effect of Westphalia while preserving the peace that a ‘Europe of Treaties’ had been able to achieve, if only precariously” (Pagden, 2002, p. 13).

²⁴ Sloterdijk, 2003.

²⁵ Robin, en Gilli, 1994, p. 37. Al tema de la crisis de la idea de Europa dedicó Raymond Aron un artículo en 1976, año precisamente también del texto de Patocka.

²⁶ Sloterdijk, 2003, p. 42.

exteriores en el gobierno de Jospin, describía así esa concepción de Europa como proyecto y tarea siempre en marcha: “L’Europe reste (...) le seul projet politique qu’on puisse proposer aujourd’hui au sens noble du terme. C’est la partie projective du politique”²⁸. De naturaleza proyectiva, sí, pero también heredera de una gran tradición, la idea de Europa se presenta como símbolo de una memoria y una experiencia²⁹, *lieu de mémoire* por excelencia, formada de palabras y de gentes y que, pese a las crisis, aún no ha perecido, tal y como defiende Steiner: “Mientras haya cafés, la ‘idea de Europa’ tendrá contenido”³⁰.

2. La idea de Europa en las diferentes escuelas historiográficas

La tarea de definir la propia unidad de análisis resulta de por sí controvertida para los estudiosos de la historia del pensamiento político³¹; la historia de las ideas, tal y como la concibió Lovejoy, se encuentra además ante la dificultad de definir qué sea una *idea*: ¿se trata de un concepto, un conjunto de creencias, un acto del pensamiento, una teoría, una imagen o bien de una ideología?³² La idea de Europa, « enigme sans solution »³³, se ve especialmente aquejada por esta ausencia de precisión y de consenso, hasta el punto de haber llevado a muchos historiadores contemporáneos a abandonar la búsqueda de todo criterio de europeidad, a falta de resultados precisos³⁴. La literatura sobre Europa, en todo caso, ha distinguido tradicionalmente entre “imágenes de Europa” (*Europabild*, en tanto que representaciones de un espacio imaginario), identidades o conciencias europeas (como afiliación y auto-reconocimiento), e “ideas de Europa” (en tanto que concentración de significado).

²⁷ Depré, 2006, p. 150.

²⁸ Moscovici, 2003, p. 122.

²⁹ Semprún, 2006, p. 227.

³⁰ Steiner, 2005, p. 41.

³¹ Del *Zeitgeist* de Dilthey, los “discursos” de Foucault, las “ideologías” de la Escuela de Frankfurt, las “creencias” de Bevir o las “unit-ideas” de Lovejoy a las “intenciones” de Q. Skinner, los “lenguajes políticos” de Pocock o los “conceptos” de Koselleck, muchos han sido los diversos enfoques metodológicos (con diferentes objetos de análisis privilegiados) que se han aplicado a este campo de estudio.

³² Talmor, 1950, p. 66.

³³ Sloterdijk, 2003, p. 49.

³⁴ “Il est inutile de prétendre définir une sorte d’identité essentielle de l’Europe » (Schaub, 2008, p. 13).

Todas estas diferentes lógicas de reconocimiento de la existencia de determinada entidad, que implican lógicas de pertenencia, exclusión o inclusión, imaginarios colectivos basados en la experiencia así como aspectos de carácter más conceptual y normativo sirven para trazar una útil taxonomía metodológica³⁵; en la práctica del análisis, no obstante, la diferenciación entre los tres estratos mencionados del discurso europeo no resulta tan nítida, por lo que todos esos aspectos tendrán cabida en este trabajo, en mayor o menor medida, y siempre con especial atención, eso sí, al último aspecto, aquél del significado (sin perder de vista tampoco, eso sí, las críticas a las que han sido sometidos semejantes métodos de aproximación). La idea de Europa ha sido en todo caso abordada desde distintas perspectivas por las principales escuelas en la historia de las ideas, cuyas aportaciones más significativas vale la pena exponer, siquiera brevemente, a continuación.

Los estudios más clásicos en historia de las ideas se centraron en su gran mayoría en la tarea de trazar genealogías entre conceptos, autores y escuelas de pensamiento, limitándose, tradicionalmente, al estudio de una serie de “autores canónicos”, basándose en un análisis literario de los textos. Desde este enfoque, Europa se presentaba como una entidad orgánica no-problematizada o cuestionada, privilegiando en la narración las líneas de continuidad sobre las rupturas o puntos de inflexión, del mismo modo que se hacía patente una insuficiente contextualización histórica o consideraciones interpretativas de más largo alcance. En la “explosión” del género que siguió a la II Guerra Mundial y acompañó los primeros pasos hacia la integración europea, volcados en ese ambiente de entusiasmo generalizado por el nuevo proyecto de unificación, muchos historiadores se aprestaron, con vocación más irenista que crítica, a fundar la genealogía de esa idea llamada Europa en perspectivas de *longue durée* (que a veces comprendían veintiocho siglos, como en la obra de Rougemont), con afán de apuntalar las bases de una tradición que en esas décadas comenzaba apenas a ver la luz (y legitimar de paso la futura integración)³⁶. Trabajos en muchas ocasiones brillantes no obstante, que rescataron a la luz numerosos textos y autores hasta entonces relegados, y que siguen resultando pese a todo hoy una rica fuente no

³⁵ Otra propuesta taxológica es aquella propuesta por Kaelble, quien distingue también tres tipos de aproximaciones: las que se remontan a la Edad Media, las que enfatizan la naturaleza pluralista, y las que focalizan sobre la vía de la integración (Kaelble, 2004, pp. 58-63).

³⁶ “These ‘Europe’ histories of the 1950s wanted specifically to draw a direct line from the ninth Century to the period of integration following the Second World War” (Mikkeli, 1998, p. 235).

despreciable, con estudios pioneros como el De Gonzague (1944), Lucien Febvre (1945), Chabod (1947), Gollwitzer (1951), Díez del Corral (1954), Curcio (1958), Rougemont (1961), Duroselle (1965), Bernard Voyenne (1964) o Hay (1968)³⁷.

El trabajo seminal de Quentin Skinner iba a suponer no obstante, a finales de la década de los sesenta, una revisión —si no frontal ataque— a estos estudios clásicos de la historia de las ideas y a la disciplina en sí³⁸; Skinner reprochaba en él a los autores clásicos las “maniobras anacrónicas” afanadas en plantear cuestiones del presente a textos del pasado no concernidos por las mismas, fundando falsos debates filosóficos de carácter atemporal e imprimiéndoles una coherencia espuria; reconciliando diferencias, creando una historia de carácter evolutivo de los grandes paradigmas ideológicos (una continuidad que sólo habría conocido enriquecimientos progresivos) en base a un corpus canónico de autores más o menos arbitrario. Las críticas han sido desde entonces numerosas³⁹, y en lo que respecta a estos primeros autores de la historia de la idea de Europa se han centrado preferentemente en su abdicación ante el “mito de los orígenes” y la tentación de señalar precursores y padres fundadores para una unión europea *avant la lettre*.

Contra esta atemporalidad en el tratamiento de las ideas iba así a reaccionar la Escuela de Cambridge (del propio Skinner a James Tully), abordando las ideas políticas, no ya como hechos fenomenológicos, sino como productos enraizados históricamente en su contexto social, político, cultural y lingüístico (*ideas in context*); texto y contexto han de ser estudiados así de forma complementaria, y en ese sentido, el uso discursivo de las ideas adquiere un lugar preeminente en el análisis, inseparables por tanto de la acción y la intencionalidad que dirige tales discursos⁴⁰. La instrumentación o función de

³⁷ No todas estas aproximaciones se parecen, no obstante, y así, mientras Denis de Rougemont reclamaba esos “3.000 años de historia de la idea de Europa”, Duroselle, por el contrario, exponía “La idea de Europa en la historia”, alegando que la idea de Europa contemporánea, surgida en la inmediata posguerra y como fruto de la misma, es una construcción radicalmente nueva, resultado de una experiencia histórica igualmente inédita y que en nada se parece a experiencias y construcciones anteriores.

³⁸ Skinner: “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, artículo aparecido en 1969 y recogido en 2002.

³⁹ Rosanvallon señala así a la dificultad clásica de superar los límites estrechos de la historia de las ideas, y apuesta para ello por considerar una obra como situada en el campo problemático sobre el que trabaja. Las “ideas” no existen en ese sentido más que como intentos de respuesta a cuestiones que se plantean, tentativas de reestructurar el campo de lo posible y de conjurar la historia a través de la formación de representaciones de lo social y lo político que reestructuren su inteligibilidad. Las ideas pasarían así a ser “infraestructuras”, en las que se disuelve el corte entre el mundo real y la representación del mismo, tal y como apunta Skinner, y perspectiva en la que dice inscribirse Rosanvallon (1985, p. 266).

⁴⁰ Isaiah Berlin se lamentaba precisamente de que la historiografía inglesa ha prestado tradicionalmente escasa atención a la Historia intelectual, y reivindica que la controversia acerca de la relación entre ideas y acciones es una cuestión viva, que sí ha sido estudiada en otros países con más detenimiento pero que en Inglaterra sólo se han ocupado de sus conclusiones más que de sus métodos (Berlin, 1979).

legitimación que sufre el uso discursivo del concepto de Europa, en tanto que respuesta a los desafíos provocados por los cambios políticos y sociales posrevolucionarios, resulta así desde esta óptica un aspecto del análisis insoslayable, que ha de prestar igual atención a su contenido semántico como a los propósitos que encierra; discursos en los que apelar a Europa, en fin, tal y como veremos, sirve tanto para criticar el despotismo desde una óptica crítica ilustrada o liberal, como para legitimar el orden anterior, posteriormente restaurado en 1815, y que hacen en última instancia de Europa un verdadero concepto en liza —si no directamente un arma de batalla.

Las dificultades, no obstante, de desentrañar la intención oculta de un autor, no siempre al alcance de la mano por el contexto, amén de las inherentes dificultades de limitar el contexto pertinente —que corre el riesgo de otro modo de extenderse al infinito—, así como de identificar los aspectos determinantes de ese contexto, han hecho recaer igualmente no pocas críticas sobre esta metodología⁴¹, que en ocasiones corre el riesgo de extraviarse en sesudos estudios de reconstrucción contextual como un fin en sí mismo, un trabajo de anticuario que, centrándose en el caparazón, olvida la “perla” que esconde dentro⁴².

Otros autores se han inclinado por abordar la cuestión de Europa desde aproximaciones discursivas y constructivistas; para Delanty o Strath, Europa constituye también una “comunidad imaginaria” en el sentido andersoniano, una tradición fruto de la invención sometida a una constante deconstrucción y reconstrucción en el flujo de discursos rivales; concepto “ambiguo y contradictorio” por lo tanto, sometido a constante negociación y a los distintos espejos en los que se refleja⁴³. Bo Strath, al analizar los discursos europeístas, distingue entre discursos “conscientes” y de orden reflexivo (en planes de paz perpetua, proyectos de unificación política y demás utopías) en los que apelar a Europa adquiere una dimensión normativa-prescriptiva, como ideal moral, misión o llamamiento a la movilización, frente a otros discursos donde, de manera “inconsciente” y tal vez sin nombrarla, articularla o discutirla abiertamente, la idea de Europa permanece pese a todo como referencia o contexto de otros argumentos narrativos; Europa, así, serviría como categoría analítica para la

⁴¹ Críticas de la que Skinner trata de defenderse: «It is true that my work is as historical as I can make it. But it is nevertheless intended at the same time as a contribution to the understanding of our present social world» (2002, p. 6).

⁴² Diggins, 1984, cit. en Eggel, 2008, p. 8.

⁴³ Strath, 2000; Rougemont argumenta en el mismo sentido que “investigar sobre Europa es construir Europa” (1963).

comprensión. Para Delanty, por su parte, Europa es una “realidad de formas cambiantes históricamente construida”, subrayando que lo europeo sólo se convierte en tal bajo el prisma de la mirada retrospectiva, como imagen tergiversada de la Modernidad⁴⁴.

Objeto pues de narrativas concurrentes que se enfrentan por su definición, la perspectiva constructivista implicaría prestar especial atención a los cimientos estructurales y tecnológicos de tales discursos, determinando qué grupos los controlan, sus vías de comunicación y distribución, y ponderándolos con discursos alternativos — en la senda abierta ya por los estudios de Foucault, puesto que no sólo ostenta poder el “productor” de un discurso, sino también su intérprete; y es que, en tanto que idea e identidad colectiva construida, Europa refleja distribuciones discursivas de poder y por ello, constituye un indicador relevante para otro género de rupturas históricas.

A estas perspectivas discursivas y estructurales en general se les ha reprochado sin embargo un exceso de tecnificación, que corre el riesgo de caer en un “reduccionismo lingüístico”, tal y como apunta Chartier⁴⁵, que “deshumanizaría” los discursos políticos, haciendo de cada autor, privado de toda libertad creativa, un mero rehén del lenguaje⁴⁶. Frente a ellos, aproximaciones de carácter más literario⁴⁷ han tratado de reivindicar nuevamente la capacidad visionaria de perfilar activamente su propio tiempo que muchos de esos autores históricos detentan, reivindicando así las fundamentales contribuciones político-literarias de un Napoleón, un Mazzini o un Victor Hugo, en tanto que proveedores de un *outillage mental*⁴⁸ capaz de articular la idea de Europa más allá de los distintos contextos históricos, volviendo en buena parte así a la metodología de los historiadores de las ideas clásicos⁴⁹.

⁴⁴ Delanty, 1995, p. 3.

⁴⁵ Chartier, 1982, p. 24.

⁴⁶ Eggel, 2008, p. 9.

⁴⁷ Von Essen, 2000, Conter, 2004, Lützel, 1998, etc. Sloterdijk ha destacado igualmente el papel de estos visionarios, que con sus textos vienen a “iluminar el horizonte”: “La perspective d’une nouvelle création de forme politique, au-delà de l’Empire –au-dessus des États-nations, avec les États-nations-, fait apparaître une réalité : la politique du futur dépend dans une large mesure d’une modernisation de la fonction visionnaire ou prophétique de l’intelligence » (Sloterdijk, 2003, p. 77) ; « Pour nous, la nouvelle politique commence avec l’art de créer des mots qui désigneront l’horizon aux hommes qui voguent sur le navire du réel » (2003, p. 93, en relación con la necesidad de convertir el *translatio imperii* hoy en un no-imperio europeo).

⁴⁸ Febvre, (1944) 1999.

⁴⁹ Y perspectiva que, en cierta medida, casa bien con lo reclamado por Lucien Jaume, de tomar los textos en consideración no como productos de una ideología, sino como *productores* de la misma (Jaume, 2006, pp. 519-537).

Pero lo cierto es que un hecho se convierte en tal por su significado, que es una categoría eminentemente interpretativa⁵⁰. Desde el Génesis, *ser* equivale a *ser nombrado*, lo que supone un proceso de inserción en el logos, debate que continuó en la Edad Media con la querella entre nominalistas y realistas. Paul Ricoeur llamó ya la atención sobre la relación entre el proceso de construcción del acontecimiento y su narratividad, y Foucault señaló a la “prosa del mundo” como la tarea de “atribuir un nombre a las cosas y nombrar su ser en este nombre”, haciendo del discurso lugar de la ontología y, de toda representación, filosofía, es decir, teoría del conocimiento y análisis de las ideas⁵¹. Al mismo tiempo, si la realidad es sobre todo lenguaje, éste tampoco permanece aislado, y no puede entenderse si no es en su contexto histórico y social; el discurso se articula además en una cadena de conceptos que también ellos poseen una historia propia. El giro lingüístico y hermenéutico de la segunda mitad del siglo XX no han hecho sino intensificar esta perspectiva: en la encrucijada entre lenguaje, historia y política, predomina hoy un generalizado acuerdo acerca del estatuto histórico-lingüístico de las ciencias sociales⁵².

Aplicado a la idea de Europa, esta visión ayuda a precavernos de discursos reductores acerca de mitos fundadores, así como de lecturas ontológicas y esencialistas acerca de Europa como un *a priori* dado. En aras de identificar el significado de una idea de Europa, hemos de tener especialmente presentes las prácticas discursivas y los diferentes lenguajes relacionados con la identidad europea. En palabras de Pocock, en vez de preguntar “¿*Qué es Europa?*” el interrogante a plantear debería ser por el contrario “¿What do we *mean* by Europe?”⁵³, ¿qué queremos decir cuando utilizamos el término de Europa? Y es que Wittgenstein ya señaló que los problemas filosóficos, una vez convertidos en problemas lingüísticos, no encuentran su solución sino su disolución, por lo que la filosofía consistiría fundamentalmente en una investigación gramatical, donde cuestiones como “¿qué es el tiempo?”, “¿Qué es el color?” se vean sustituidas

⁵⁰ “For the historian as for the novelist, many crucial events are moments of human understanding, interpretation, cognition. The difference between an event and a non-event lies not in the empirically measurable, outward scale of the happening, but in its significance –significance as of then and as of now. And significance is a category less of materiality than of interpretation” (Martin Swales, 2004, p. 54).

⁵¹ Foucault, 1991, p. 83-125.

⁵² “La ‘lingüisticidad’ y la ‘historicidad’ son dos dimensiones inherentes a eso que llamamos de manera abreviada ‘el mundo’, ‘la experiencia’, o ‘la realidad social’” (Fernández Sebastián y Fuentes, 2004, p. 12).

⁵³ Pocock, 2002, p. 55

por las más exactas “¿En qué sentido utilizamos el término ‘tiempo’?”, “¿En qué circunstancias decimos ‘color’?”⁵⁴

Desde una “pluralidad sin dogmatismos”⁵⁵, una lectura histórica del concepto, cuya narración evite toda lógica teleológica y armonizadora, nos hará darnos cuenta de que la idea de Europa es más fruto del conflicto que del consenso⁵⁶ (cuya problematicidad se muestra patente desde el mismo momento en el que se le confiere una definición sin embargo altamente consensuada como la de “*unio multiplex*”)⁵⁷. Y problematizar e historizar la idea de Europa, tomando conciencia de su carácter como fenómeno eminente del lenguaje y el discurso a lo largo del tiempo, nos lleva al campo de la historia de los conceptos, escuela que ha sabido aunar el historicismo y la hermenéutica con la historia socio-política o la semántica histórica.

2. 1. ¿Europa, un concepto político?

Aunque el concepto de Europa no aparece en el famoso *Geschichtliche Grundbegriffe* de Koselleck, y a pesar de que la *Encyclopédie* de D’Alambert y Diderot, el primer gran diccionario de los tiempos modernos, lo recoge tan sólo en su acepción geográfica, cabe preguntarse si *Europa* no constituye realmente una categoría política de primer orden. Algunos autores, desde la década de 1960, vienen al menos reclamando esta adscripción y lamentando semejante ausencia bibliográfica; el italiano Federico Cellina, por ejemplo, en su libro acerca del europeísmo napoleónico (1961), subraya la importancia de la empresa de dar al concepto de Europa una definición —asunto no abordado hasta entonces por la historiografía—, condición previa necesaria para cualquier estudio

⁵⁴ Wittgenstein, 1988, prop. 90 y ss.

⁵⁵ Jaume, 2004, p. 129.

⁵⁶ Delanty, 1995, p. 2.

⁵⁷ Fórmula vacía ésta de la “unidad de sus diferencias”, “el conjunto de sus contradicciones”, en opinión de Slotjerdijk (2003, p. 50), pero que se repite una y otra vez en historiadores destacados como Rougemont o Gollwitzer; Le Goff describe por ejemplo la *longue durée* europea como un proceso dialéctico entre los esfuerzos por la unidad y aquellos otros por el mantenimiento de la diversidad (1994, p. 62), y como él, otros muchos.

subsiguiente en torno a la idea de Europa⁵⁸. En sentido idéntico, H. D. Schmidt señalaba esta flagrante ausencia en los estudios sobre la materia, y lo hacía incluyendo una relación verdaderamente exhaustiva de las publicaciones aparecidas hasta la fecha, afirmando la necesidad de una herramienta sin la cual, toda historia de la idea de Europa, “está condenada a fracasar a la hora de determinar el momento y las circunstancias que condujeron a la adopción de Europa como símbolo de interés político”:

“Political and historical studies are still severely handicapped by the absence of an historical dictionary of political terms and slogans. (...) the process of critical political self-understanding and education lacks a vital tool. The great philological dictionaries (...) are of little help (...). International links, historical perspective, and political sensitivity can be found in no dictionary of the English, French, or German language. Littré’s French dictionary notes that Europe is the name of a number of heavenly bodies and plays a part in Greek mythology. The *Oxford English Dictionary*, on the other hand, treats Europe as a proper name and omits it altogether. Without the benefit of competent lexicographical guidance the intensive historical study of the idea of Europe, which has been carried out for the last twenty years, has failed to discover the time and circumstances which led to the adoption of Europe as a symbol of political interest.”⁵⁹

Ya antes del propio surgimiento de la corriente de historia de los conceptos tal y como la conocemos hoy —fundamentalmente, la *Begriffsgeschichte*—, Schmidt apuntaba así, en este notable artículo, a algunos de los aspectos más relevantes de la compleja conexión entre la historia, el lenguaje y la política, y que hacían, en su opinión, necesaria la tarea de un gran diccionario histórico-político que se ocupase de la relevancia de poder abordar de una manera crítica la auto-comprensión de los propios actores, el interés de una aproximación a los vínculos internacionales desde una perspectiva histórica y, especialmente, la posibilidad de dar cuenta y subrayar las divergencias ideológicas que surgen en el debate político —aunque recurra al mismo lenguaje.

“The history of a European identity is the history of a concept and a discourse”, afirma Bo Stråth, sosteniendo mi tesis de que el concepto de Europa, más allá de su calidad de nombre propio para un lugar geográfico, cumple ampliamente las

⁵⁸ “La letteratura europeistica non si è in effetti molto occupata di definire il concetto d’Europa e così quegli altri concetti di coscienza europea ed idea dell’unificazione europea di cui più oltre si dovrà determinare il significato. (...). Si presenta invece senz’altro necessario di affrontare decisamente la questione della definizione di tali concetti. Essi infatti, ed in specie quello d’Europa, proprio esprimono l’ideale premessa da cui mouve l’europeismo e così l’angolo visuale dal quale prende di necessità la mosse qualsiasi studio europeistico” (Cellina, 1961, nota en p. 17).

⁵⁹ Schmidt, 1966, p. 172. Cabe destacar que estos trabajos fueron publicados con anterioridad al *Geschichtliche Grundbegriffe*, y de ahí la reclamación de un diccionario que incluya estos términos en su sentido “político”.

condiciones históricas de un verdadero concepto político, una “idea política y una poderosa metáfora movilizadora”⁶⁰. Por su amplio espectro de significados así como por su carácter proteico, no cabe duda de que *Europa* puede ser considerado un concepto político, un verdadero *Grundbegriff*, y así lo han visto otros numerosos autores, empezando por el clásico Gollwitzer, como los más recientes Heffernan, Delanty, Den Boer o Eggel⁶¹.

Los conceptos políticos y sociales, lejos de presentar un único y determinado significado, han sido históricamente formados como un campo de batalla en el que se despliegan diferentes definiciones concurrentes, diferentes formas de entender la realidad y sus posibilidades de transformación (puesto que incluyen, más allá de una estricta referencia a lo ya existente, una determinada voluntad de futuro). Tal y como señala Melvin Richter, “in ‘contestable’ concepts, disagreements form an indispensable part of the meaning”⁶². Los conceptos conforman así un elemento lingüístico clave en la lucha política⁶³. En tanto que unidad analítica, los conceptos políticos se caracterizan por su multivocidad, su ambigüedad, su historicidad y contestación, así como por su concentración de significado; y en ese sentido, Europa constituye también un concepto polívoco⁶⁴, cuyo sentido responde a diversas estrategias: el éxito de la voz ‘Europa’ no

⁶⁰ “The meanings of Europe are a discourse of power on how to define and classify Europe, on the frontiers of Europe, and on similarities and differences. The idea of Europe became, historically and sociologically, a political idea and mobilizing metaphor...” (Stråth, 2002, p. 388).

⁶¹ Pomian : « l’Europe a toujours été investie de contenus multiples, différents, parfois incompatibles et dont les poids respectifs, les manifestations et les effets se transforment dans le temps et varient dans l’espace » (1990, p. 7). Wintle : « Europe is a concept in constant flux, defined by what groups of people think it is at any given time (1999, p. 38); Pocock: “it constantly meant different things to different people” (1994, p. 333), etc.

⁶² Richter, 2000, p. 138. Una de las ventajas de la *Begriffsgeschichte* es su capacidad de combinar una aproximación diacrónica, al abordar los cambios de significado a lo largo del tiempo, con una aproximación sincrónica, al permitirnos estudiar la variedad de significados que un concepto puede tener en un periodo dado; sin perder de vista los contextos lingüísticos y socio-políticos (condiciones epistémicas y estrategias discursivas, frente al análisis filológico aislado –Bödeker, 1998, p. 63-), esta metodología puede ayudarnos a comprender las controversias conceptuales y sus transformaciones en términos más amplios que aquellos del significado.

⁶³ Palonen, 2003, pp. 37-38

⁶⁴ Así lo ve Foerster (1967, p. 8): “Europa es un concepto polívoco. Según se trate de la historia geográfica, cultural o espiritual, adquiere un contenido distinto. Se delimita a sí misma en los conceptos de oeste, occidente, *Abendland*; todos estos conceptos son muchas veces utilizados como sinónimos. Sin embargo, Europa, en razón de su importante distintivo -el particularismo-, podría tomarse como un concepto contrario a Occidente-*Abendland*, cuyo ideal estaba constituido por la unidad. Mientras que Occidente, en tanto que continuidad común cristiana del Imperio Romano, se hallaba todavía dentro del desarrollo evolutivo de la idea de reino mundial, que guió desde Alejandro Magno hasta la caída de las últimas instancias de poder universales de la Alta Edad Media –Imperio y Papado-, Europa, por el contrario, descansaba también sobre ese desarrollo, pero desenvolviéndose según principios completamente autónomos. Por tanto, designamos como Europa unitaria al grupo de Estados soberanos que surgieron tras la expansión mundial y posterior disolución del Occidente cristiano, conquistando el mundo y finalizando, tras la II Guerra Mundial, con la forma que entonces adoptó” (la traducción de la cita es de mi autoría).

aconteció por casualidad, nos recuerda Gollwitzer (“*die Beliebtheit des Wortes ‘Europa’ kommt nicht von ungefähr*”) ⁶⁵, uno de los primeros estudiosos de esta materia, quien estableció el trabajo hoy ya clásico de Eugen Rosenstock-Hüssy, *Die europäischen Revolutionen* (1931), como el primer intento por clarificar las categorías de Occidente y Europa en relación a sus usos e interpretaciones ⁶⁶.

Tras su afirmación de que el éxito del concepto de Europa no es fruto del azar, Gollwitzer trataba a continuación de evidenciar, a través del estudio de aquellos textos principales que promovieron su utilización (Erasmus, Bodino, Grotius, Leibniz, Shaftesbury, Montesquieu, Locke, Hume, Voltaire o Rousseau), hasta qué punto la formación histórica del concepto de Europa corresponde a un proceso intencional de secularización, contexto en el que habría hecho su aparición como una figura racional y “moderna”, capaz de abarcar de forma coherente al conjunto de la comunidad más allá de la fragmentación confesional, lo que constituiría una prueba de que, superando tendencias centrífugas de un espacio europeo dividido en Estados, una cierta cohesión inter-europea habría sido mantenida, creando una suerte de patriotismo europeo a través del tiempo. Esta distancia progresiva —e incluso confrontación— de la palabra Europa con respecto al término Cristiandad —también señalada en los trabajos de Paul Hazard o más recientemente de Pim den Boer— ⁶⁷, constituye la tesis principal del mencionado artículo de H. D. Schmidt:

“During the 17th century and beginning of the 18th, the term Christianity passed to the limbo of the archaic vocabulary and emerged strongly Europe ‘as the unchallenged symbol of the largest human loyalty’ (...) because all hope for a *unitas reipublicae christianae* had been brought to nought by the Reformation.” ⁶⁸

Schmidt sostiene que en el seno del debate político de la Cámara de los Comunes de la época fue forjándose de manera progresiva una asociación que vinculaba a Europa con los conceptos de libertad religiosa, balanza de poderes y expansión comercial. Mientras que el rey de Francia Luis XIV permanecía vinculado a la idea del Reino de la Cristiandad y la *Respublica christiana*, en los bancos de los Whigs iba imponiéndose cada vez más la preferencia por el término Europa, libre de todas aquellas connotaciones religiosas. Schmidt establece desde una aproximación

⁶⁵ Gollwitzer, 1951, p. 169.

⁶⁶ También Federico Chabod, en su obra de 1947, sugería que la historia de la idea de Europa debería comenzar determinando el origen del concepto de Europa: antes que “cuándo surgió”, la pregunta acerca de cuándo tomó conciencia de sí misma se presenta pues como más perentoria.

⁶⁷ Hazard, 1961; Den Boer, 1995.

⁶⁸ Schmidt, 1966, p. 173.

cuantitativista la frecuencia de ocurrencias de la combinación estereotipada de ‘Protestant Religion’ y ‘Liberty of Europe’, ‘Defence of Europe’ o simplemente ‘Europe’ en aquellos debates, y gracias a sus resultados fecha la emergencia de Europa como un “eslogan de partido” adoptado por los panfletos e intervenciones de la oposición Whig entre 1680 y 1681:

“The study of English and continental political pamphlets, state papers, and official pronouncements offers conclusive evidence that the term Europe established itself as expression of supreme loyalty in the fight against Louis XIV. It was associated with the concept of a balanced system of sovereign states, religious tolerance, and expanding commerce. (...). The triumph of William III and the Grand Alliance against Louis XIV, associated as he then was –quite wrongly– with the ambitious aims of setting up a universal monarchy and a united Catholic Christendom, brought about the first major stage in the long process of western secularisation, the exchange of *Europe* for *Christendom* as supreme political collectivity”⁶⁹.

A pesar de que el artículo de Schmidt, que bien puede servir de referencia o punto de partida a la hora de acometer una investigación de estas características, situaba la emergencia del concepto de Europa como una expresión política en la transición entre los siglos XVII y XVIII, he preferido focalizar mi análisis en el siglo XIX, convencida de que entre los años 1800 y 1848, con el punto de inflexión de 1815, tuvo lugar un cambio semántico de primer orden en el concepto de Europa, así como en su relación con una determinada red de conceptos afines. Peter Burke apunta a que el término Europa no debe ser estudiado de manera aislada, sino en relación siempre a otras nociones de curso legal de la época: “To determinate what Europe meant to earlier generations is impossible, as long as we consider the term in isolation. We need to place it within what might be called the “repertoire” of concepts available for expressing group identity”⁷⁰. Y es que, en tanto que pertenecientes a un campo semántico, los conceptos mantienen relaciones privilegiadas entre sí que no deben ser soslayadas: los conceptos vecinos, paralelos pero también los antinómicos deben ser estudiados cuidadosamente. Así, el estudio del concepto de Europa puede ser iluminador para otro tipo de conceptos y conexiones entre sí, como el Imperio, la

⁶⁹ Schmidt, pp. 177-178

⁷⁰ Burke, 1980, p. 23. Foerster también tiene en consideración esta problemática de la delimitación del tema de la idea de Europa frente a otros temas afines: la idea de una unidad política europea es distinta, afirma, de aquella sustentada por los movimientos pacifistas y las organizaciones internacionales. La idea de la unidad política es algo más objetivo, y tiene más que ver con el Estado de Derecho, la jurisprudencia y la práctica política, mientras que la segunda tiene más que ver con aspectos religiosos, éticos y humanitarios; y a pesar de ello, ambas se solapan, matiza, porque en la concepción de una Europa unida la idea de paz también juega un papel importante (1967, p. 8).

federación o la balanza de poderes⁷¹, lo que nos lleva a no perder de vista el contexto discursivo, y por ende histórico⁷². Los usos del concepto de Europa, por su parte, en su relación con otros conceptos en el discurso, ponen en evidencia la concurrencia y luchas ideológicas de un determinado periodo, y así, frente al cosmopolitismo abstracto, la ‘República de las Letras’ y la idea de Imperio fruto de la Ilustración, en el siglo XIX el europeísmo se convirtió en un recurso semántico de carácter más concreto, revolucionado por nociones próximas como la diversidad y la pluralidad, la liberalidad y la representatividad, la civilización, la fraternidad, el pueblo o la democracia, pero también de manera inseparable afectado por su gran ‘contra-concepto’, la Nación, categoría política por antonomasia de este siglo XIX, que contesta pero también sirve de contrapunto a la noción de Europa, y cuya tensión estalla al alcanzar el ecuador del siglo (tras un momento, no obstante, tal y como veremos en el último capítulo, en el que no se presentan como conceptos excluyentes, sino mutuamente complementarios). El concepto de Europa, por lo demás, del mismo modo que otros conceptos políticos, no ha conocido una evolución histórica progresiva y constante, sino que se vio profundamente influenciado por las grandes transformaciones del contexto político continental que agitaron esta primera mitad de siglo, marcando cada una de estas crisis un hito en la reconfiguración de la idea europea, que resulta imposible de abstraer así de las luchas y los debates ideológicos del periodo (la oposición liberal a la Restauración, la primera emergencia de corrientes democráticas y socialistas), las cuales hicieron precisamente de Europa una poderosa arma retórica⁷³, transformado su significado e imbuyéndolo de una dimensión política e histórica de primer orden.

“When did it begin to be said that ‘Europe’ had a history, and when did it begin to be implied that all history was the history of Europe?”, se pregunta Pocock⁷⁴. En la

⁷¹ Pocock, 1994, p. 338.

⁷² En una aproximación de la *Begriffsgeschichte* a la Escuela de Cambridge tan reclamada hoy por autores como Richter, Bökeler, Palonen, etc.

⁷³ “The historization of the uses marks a discontinuity between ideas, conceived as moves of the agents. The singularization politicises intellectual and conceptual change in so far as in a political situation a plurality of agents are always competing with each other, and in some respects striving for specific shares of power” (Palonen, 2003, p. 36).

⁷⁴ Pocock, 2002, p. 62. Interrogante que recientemente Jean-Frédéric Schaub ha rearticulado preguntándose “L’Europe a-t-elle une histoire?” (2008), en un debate que retoma la pregunta ya lanzada en su momento por Peter Burke (1980) acerca de la historicidad de esa entidad llamada Europa, y que sigue hoy abierto. Así, autores contemporáneos se preguntan: « Comment l’Europe en est-elle arrivée à son histoire motrice, et par quoi celle-ci se maintient-elle en marche ? » (Sloterdijk, 2003, p. 51) ; « pour arriver à une conception claire de l’Europe en tant que réalité historique, il conviendrait de s’interroger

práctica, el concepto de Europa, en principio un simple nombre geográfico, ha sufrido históricamente un proceso de redefinición trascendiendo su significado hasta el punto de ser identificado no con una mera idea del *espacio* (geográfico), sino sobre todo con una noción *temporal* (histórica), concebida de manera dinámica⁷⁵. El concepto de Europa, que evoca realidades a menudo contradictorias y también otras aún no existentes, presenta todos estos aspectos, entre los que destaca su carácter *performativo*⁷⁶. La historicidad de Europa, tal y como veremos en el capítulo tercero, constituye en buena medida una “invención” de la narrativa ilustrada del XVIII, que presentaba ya la civilización como una cuestión de grado y desarrollo, y a Europa, como su figura más consumada. Pero será el momento posrevolucionario, con la experimentación de la aceleración de los tiempos provocada en los contemporáneos, la que dará acta de nacimiento a ese nuevo “régimen de historicidad” descrito por Hartog que afectaría de manera especial a la noción de Europa: “The most important result of the Revolutionary turmoil for the concept of Europe was that it received an historical credence”⁷⁷. La experimentación de la aceleración del tiempo tras la Revolución francesa, fenómeno de carácter desconocido hasta entonces, sirvió de impulso originario para una nueva escuela histórica, que surgió precisamente de la reflexión acerca de la sorprendente novedad de su propio presente. La nueva sensibilidad ‘historicista’ del siglo XIX enriqueció y profundizó el contenido de la idea de Europa, buscando en el pasado respuestas a la incertidumbre del presente y haciendo de su uso una expresión más consciente y estrechamente relacionada con interpretaciones históricas e ideologías políticas, frecuentemente opuestas —opuestas en el sentido de que iban a diferir, no sólo en lo que respecta al significado del pasado europeo, sino también acerca de lo que éste debería suponer de cara al futuro⁷⁸. Esto significa que no

sur la ‘naissance’ de l’Europe, de s’interroger sur sa naissance comme conscience historique » (Robin, 1994, p.47).

⁷⁵ Y tal y como Koselleck apunta, detrás de esos virajes que transportan desde lo espacial a lo temporal, se advierte la huella de una experiencia histórica incontestable (1993, p. 78).

⁷⁶ El análisis de los discursos históricos acerca de Europa alberga en todo caso una clara intención prospectiva, íntimamente relacionada con el debate actual, por lo que indagar en su papel histórico y político en las lizas ideológicas de la época puede contribuir también a esclarecer el actual debate sobre la cuestión.

⁷⁷ Den Boer, 1995, p. 68.

⁷⁸ El “principio de modernidad” del nuevo tiempo histórico, que determinaba la radical diferencia entre pasado y futuro (entre experiencia y expectativa, tal y como lo describe Koselleck), hacía del tiempo presente un tiempo siempre nuevo, en el que el reto del futuro se veía acrecentado exponencialmente. La expectativa de futuro propia del progreso, ideario por antonomasia de este siglo XIX, hizo proliferar toda una serie de pronósticos, profecías, cálculos, deseos o esperanzas que constituyen parte de formas distintas del diagnóstico histórico y de la acción política, y en los que la idea de Europa iba a jugar un papel fundamental, tal y como veremos: en el discurso político de la época, apelar a Europa significa

fue sólo un proceso de *historización* el experimentado, sino que implica además un proceso de *politización*, en tanto que rasgo específico más destacable del concepto a lo largo de este periodo: en el siglo XIX, así, “[Europe] was seen more and more in historical terms, with contemporary political debate forming the frame of reference”⁷⁹.

Las condiciones principales de la formación histórica de un concepto político señaladas por Koselleck se cumplen así para el caso de Europa (temporalización e ideologización), y veremos igualmente cómo se cumplen los otros requisitos (internacionalización, democratización), frente a las tesis de algunos autores contemporáneos que refutan esta hipótesis de Europa como una verdadera categoría política antes de 1945⁸⁰. Su uso retórico en las luchas ideológicas y el debate político emanado de las grandes revoluciones (que nos permitiría hablar de una Europa liberal pero también de una Europa socialista o una Europa reaccionaria, de acuerdo a la contextualización en los diferentes discursos), enmascara además un buen puñado de intenciones y estrategias divergentes tras de sí; es el caso, tal y como veremos, de los filohelenos reclamando en la década de 1820 la independencia de Grecia en base a su estatuto de nación cristiana y cuna de la civilización europea, o de los *quarante-huitards* difundiendo el eslogan de los Estados-Unidos de Europa como un desafío que responde a los poderes monárquicos establecidos. Así, si el proceso de historización pretendió hacer del concepto de Europa un hecho de necesidad, la confluencia con lo político lo giró hacia la contingencia y la controversia⁸¹.

Y más allá del *clivage* ideológico, no debemos dejar de mencionar en qué medida opera otro *clivage* fundamental, el nacional, que abriría las puertas para un estudio comparativo —pero que en todo caso queda más allá del alcance de este trabajo. Este

recrear su pasado pero también su futuro en el tiempo presente. Y es que el pronóstico, que implica un diagnóstico por medio del cual el pasado se introduce en el futuro, se halla tan estrechamente vinculado a la situación política, que formular un pronóstico significa ya modificar la situación, tal y como señala Koselleck (1993, pp. 32-33, 36 y ss.).

⁷⁹ Den Boer, 1995, p. 70.

⁸⁰ Del mismo modo en que Metternich pudo afirmar en su día que el nombre de ‘Italia’ no era más que una “simple expresión geográfica” (cit. en Berindei, 1993, p. 156), muchos todavía hoy mantienen presupuestos similares para el nombre de Europa. Sobre este desacuerdo, Jan Ifversen mantiene por ejemplo la tesis de que en estos siglos precedentes primaba el consenso acerca del significado de Europa —su significado geográfico—, y que sólo se puede hablar de Europa en un sentido político toda vez que empieza a construirse, en el marco de la realidad histórica, una Europa política tras la II Guerra Mundial, por lo que toda otra interpretación no sería más que una proyección retrospectiva (Ifversen, 2007, 2002). Esta Tesis tratará de demostrar, por el contrario, hasta qué punto la idea de Europa constituye, en esta primera mitad de siglo y en el debate francés, una idea verdaderamente política, normativa y portadora de distintos programas de futuro.

⁸¹ “I mean by politicisation both an increase of contingency through the opening up of new questions and an increase of controversy in the horizon of potential answers to them” (Palonen, 2003, p. 75).

aspecto sí ha sido estudiado, y merece la pena ser mencionado, por la obra de Stråth y Malmberg, *The National Meanings of Europe*⁸². La perspectiva nacional, así como el diálogo con su contra-concepto de Nación, constituyen de hecho un aspecto fundamental de la formación moderna del concepto de Europa que no debe ser obviado⁸³; el siglo XIX, en tanto que siglo por antonomasia de los nacionalismos y el Estado-Nación, parecería borrar de la escena intelectual por un momento la idea de Europa, relegándola a un lugar marginal, por lo que una historia de la misma, a través de los textos de aquellos que por entonces concebían un futuro político con Europa como faro para sus aspiraciones de una convivencia pacífica, podría ser considerada una “historia de utopías” y de perdedores en muchos casos, que sólo a la luz de la construcción europea actual habría despertado cierta curiosidad retrospectiva⁸⁴.

La historia de esos supuestos “perdedores”, que los presupuestos axiomáticos de la historia de los conceptos acerca de la contingencia de los discursos políticos ayudan a recuperar, y cuyo rastro podemos seguir, más allá de los textos clásicos de los principales escritores y filósofos, a través de los escritos panfletarios, discursos políticos y periódicos, nos ofrece tal vez una nueva perspectiva, especialmente relevante para una cuestión como esta “idea menor” de Europa, pues se trata de un discurso que muchas veces tiene lugar en los márgenes del debate político, en los que aporta sus aspectos más innovadores⁸⁵. La novedad de estos textos, su escasa difusión y conocimiento en la

⁸² Stråth, y Malmberg, 2002. Porque Europa no significa lo mismo en el corazón de Francia o Alemania que en países de la periferia continental, y así por ejemplo en el caso italiano, la noción de Europa sirvió de horizonte para sus aspiraciones unitarias, mientras que en España fue considerada durante mucho tiempo sinónimo de modernidad, e Inglaterra sostuvo siempre (hasta el día de hoy, y en una asunción que también se forma de manera histórica) una templada distancia plagada de ambigüedades y tensiones de exclusión-inclusión.

⁸³ El concepto de Europa se presta igualmente al estudio de lo que Koselleck llamó “conceptos contrarios asimétricos” (Koselleck, pp. 202 y ss.), y que autores como João Feres han aplicado ya para el caso de América: un dualismo asimétrico de lógicas de inclusión y exclusión, que protege el espacio político interior frente al mundo exterior, pero que como veremos para el caso de Europa, también abarca en su formulación, a menudo, a esa otra totalidad del mundo exterior, equiparándose a la idea de un Estado universal (dado que Europa, durante siglos, supuso la única cultura medible, era muy frecuente que determinados planes relacionados con la realidad de Europa tomaran la forma de proyectos de Estado Mundial –Foerster, 1967, p. 8-). Europa se confirma así en todo caso como un lugar móvil y ajeno al espacio.

⁸⁴ La historia política del siglo XIX ha sido de hecho tradicionalmente interpretada y relatada en clave nacional, y sólo en los estudios más contemporáneos empieza a plantearse la oportunidad e interés de una aproximación de carácter transnacional (Mikkeli, Schaub, Haupt, etc.), que pueda devolvernos una imagen distinta de la forjada hasta ahora, contestando aquélla de una “historia de perdedores” al subrayar, por el contrario, la contingencia de la liza en las ideas políticas. “No doubt European consciousness during the nineteenth and twentieth centuries never was a predominant identity. But it was a framework in which Europeans thought, discussed and sometimes also acted... (...) European consciousness was an important topic for contemporaries often underestimated by historians” (Kaelble, 2004, p. 69).

⁸⁵ Puesta en valor de los textos anteriormente conocidos como “menores” que ha servido de premisa metodológica para infinidad de historiadores contemporáneos (entre los que podemos contar los trabajos

mayoría de las ocasiones, me ha llevado por otra parte a una exposición de los mismos probablemente más extensa de lo acostumbrado en estos casos, persuadida del interés que presenta no sólo su contenido ideológico, sino también sus líneas argumentales y usos retóricos, en el contexto de las circunstancias y el debate político en el que se vieron inmersos.

Porque lo cierto es que, aunque obviamente se trate de una identidad *construída*⁸⁶, los europeos se caracterizan por haber persistido en ese auto-reconocimiento de europeos como formando una unidad, en un sentido que rebasa la mera referencia geográfica, durante los últimos siglos; una conciencia de sí mismos como comunidad desde bien temprano, resumida en el “*nos Europai*”, sustentado ya por Francis Bacon en 1623⁸⁷. Una construcción, en suma, llevada a cabo a lo largo de la Historia por tantos hombres distintos, queriendo hacer y significar cosas tan dispares, que su proceso de existencia acaba dándonos hoy como una realidad⁸⁸; examinar de qué manera distintos individuos, actuando en la historia, han utilizado este término que de denominar un continente pasó a significar una civilización⁸⁹, será otro de nuestros objetivos, en el camino hacia el estudio de un fenómeno que sustenta además un

de Skinner), y que se abordaban de esta manera en el trabajo de Schmidt que hemos tomado como matriz: “The main fault of past historical investigations lies in a concentration on literary works and famous men of letters and a neglect of political literature, pamphlets, and diplomatic documents”, perspectiva en la línea también de lo expresado por Lucien Jaume (2004, pp. 109-130) y su distinción entre *ideopraxias* o “textos de intervención política” y los textos propiamente teóricos. Hemos apostado en este trabajo sin embargo por una aproximación de carácter más omnicompreensivo, que aúne los esfuerzos de esos textos “menores” o de circunstancias, inmersos en la lucha política cotidiana, con el pensamiento de los grandes autores de la época, cuyas líneas directrices y puertas abiertas para el debate no pueden desde luego despreciarse (y cuyas consideraciones “teóricas” o filosóficas tampoco están exentas en ningún caso de una implicación en el contexto político del momento). Perspectiva esta última compartida por autores como Pierre Rosanvallon, para quien no cabe la diferenciación entre los “*petits écrits obscurs*”, en los que se leería más claramente las intenciones y problemas que una época intenta resolver, frente a los grandes textos clásicos exclusivamente “teóricos” y alejados de la práctica inmediata (Rosanvallon, 1985, p. 266), aspecto que también defiende Fernández Sebastián (2004, pp. 131-142).

⁸⁶ Pocock, desde su posición “euroescéptica” que le lleva a tratar de *deconstruir* la “invención de Europa” (1994), se queja al respecto: “I do perceive a construction called ‘Europe’ is being invented and imposed upon me in language that suggests that I must accept it without asking too many questions about what exactly it is” (2002, p. 55). En los últimos años han sido publicadas otras aproximaciones críticas como las más reciente de Georges Corm, *L’Europe et le mythe de l’Occident. La construction d’une histoire* (2009).

⁸⁷ Cita en Pagden, p. 33.

⁸⁸ Y como el concepto de Europa puede significar tantas cosas al mismo tiempo, y ante la imposibilidad de abarcar todos esos significados, me veo obligada a anticipar que este trabajo se ocupará preferentemente de aquellas visiones de Europa como unidad, y de sus usos como oposición política.

⁸⁹ Pocock, 2002, p. 56.

marcado carácter normativo, más allá de lo meramente descriptivo (y es que ‘Europa’ parece ser un concepto con una fuerte tendencia a crear realidades *avant la lettre*⁹⁰).

3. 1800-1848: un “tiempo-bisagra”

A pesar de esas innumerables “historias de la idea de Europa” que han sido publicadas en las últimas décadas, son más escasas las que prestan una atención más específica a periodos de tiempo más precisos; las hay por supuesto que se ocupan de la idea de Europa en el siglo de las Luces, durante el periodo revolucionario y napoleónico⁹¹, pero la época inmediatamente posterior adolece de una llamativa ausencia de bibliografía pertinente⁹².

Y sin embargo, los años comprendidos entre 1800 y 1848 representan un periodo trascendental en la historia de Europa, y constituyen todo un “laboratorio político”: “*Tout ce qui était n'est plus; tout ce qui sera n'est pas encore. Ne cherchez pas ailleurs le secret de nos maux*”⁹³. Las primeras décadas del siglo XIX se presentan más que nunca como “le moment (...) de l'avènement d'une nouvelle conscience”⁹⁴, “le temps de prophètes”⁹⁵. La conciencia de encontrarse, en torno a 1800, ante un cambio de época era pues general; Perthes, en relación a la caída de Napoleón, reconocía ya en 1872 la “inmensurable significación de estos años, cuando se reconoce que nuestro continente entero se encuentra en un momento de tránsito en el que entran en colisión las

⁹⁰ Lo cual justificaría de por sí el interés de una historia del concepto, y que queda patente en la extraordinaria proliferación bibliográfica actual de “Historias de la idea de Europa”, y a pesar de que, tal y como señala Mikkeli, “we can only speculate on what Europe meant to the people of ages past” (1998, p. 239).

⁹¹ Para el siglo XVIII, pueden consultarse los trabajos de Py (2004), Bottaro Palumbo (de próxima aparición en Honoré Champion, 2009), Bélissa (1998) o Bois (1999); estos dos últimos autores se han ocupado igualmente del periodo revolucionario, y entre los trabajos colectivos sobre Napoleón y Europa (utilizados para este trabajo y convenientemente citados en el primer capítulo), destacan aquellos de Martin (2002) o Lentz (2005).

⁹² A excepción, tal vez, de dos importantes artículos de Pierre Renouvin (1949) en torno a la idea de Europa en el siglo XIX, pero cuya antigüedad justificaría de por sí sola la necesidad de abordar un estudio como el presente.

⁹³ Musset, *La confession d'un enfant du siècle*, 1836.

⁹⁴ Renouvin, 1949, p. 23.

⁹⁵ En alusión al título de la obra de Paul Bénichou (1977).

contradicciones del medio milenio pasado y el que está por venir”⁹⁶. Del mismo modo también lo ha destacado Jean Sorel:

« Dans l’histoire européenne, le XIXe siècle se présente comme un grand tournant. Il est une période charnière de cette histoire et, plus généralement de l’histoire de la civilisation d’origine et d’essence chrétiennes. On pourrait dire que l’histoire de l’Europe s’est déroulée suivant les règles de la composition symphonique. Les thèmes ont été posés par les premiers mouvements, le thème initial de l’unité européenne, celui de la désagrégation politique, et celui, s’amplifiant sans cesse, de l’action civilisatrice. Le XIXe siècle marque en *scherzo* l’approche du *final*, où ces thèmes vont se heurter, se bousculer, se confondre en un débordement de sonorités, avant de se résoudre en un accord ultime où ils fusionneront à moins qu’ils ne s’y engloutissent »⁹⁷

Pierre Rosanvallon denunciaba ya el olvido al que los historiadores han sometido tradicionalmente a esta época (especialmente en lo que se refiere al periodo comprendido entre 1814-1848), en tanto que “image ennuyeuse d’une période sans consistance propre”, simple momento de “transición” débil desde el punto de vista histórico y del pensamiento, campo en el que no ofrecería nada nuevo⁹⁸; pero lo cierto es que estos años se insertan plenamente en el periodo que Koselleck ha denominado de *Sattelzeit* (“temps-charnière” o “época-puente”, 1750-1850)⁹⁹, origen de la modernidad y periodo de las principales transformaciones ideológicas y semánticas de nuestra contemporaneidad.

En estos años se produce en efecto una vasta transformación de ideas, lenguajes, actitudes y maneras de pensar y actuar, y supone un momento histórico de cambio y renovación del orden europeo en el que van a concurrir en la arena política diversas concepciones de Europa. En la década de la Restauración se publican así casi tantos planes de unidad europea y paz perpetua como a lo largo de todo el periodo

⁹⁶ Cit. en Koselleck, 1993, pp. 194-195.

⁹⁷ Sorel, 1958, p. 196.

⁹⁸ Rosanvallon, 1985, p. 11. Él, por el contrario, apostaba por comprender la monarquía de Julio a partir de ella misma, es decir de sus ambiciones, las tareas que se impone, las representaciones en las que inscribe su acción y el trabajo de su experiencia (p. 270). La ausencia de estudios historiográficos en torno al periodo de la Restauración y la monarquía de Julio parece no obstante haber empezado a paliarse –si quiera tímidamente– en los últimos años.

⁹⁹ Elías Palti ha estudiado esta noción de *Sattelzeit* (2004). La noción de *Sattelzeit* es sin embargo cada vez más contestada por aquellos que cuestionan sus límites reduccionistas, no aplicables a todos los países, o incluso por la pertinencia de reclamar una herencia continuada con respecto a una Modernidad supuestamente superada (Eggel, 2008, p. 12).

revolucionario¹⁰⁰, y el nombre de “Europa” ocupa el título de muchos de los diarios de la época¹⁰¹.

En la breve localización geográfica inicial del referente europeo, ya hablábamos de un progresivo deslizamiento hacia el oeste, por el que Francia, a través de su supremacía cultural, política y finalmente militar, se iba a ver dotada, en el siglo diecinueve, de una absoluta centralidad. París, “capital del siglo XIX”, como la definía Walter Benjamin, “capital de Europa” para Victor Hugo, y el pensamiento que en ella se cultiva se ven en la obligación de enfrentarse, a partir de 1815, a la tarea de reconstruir Europa y reconstruirse a sí mismos, con la responsabilidad redoblada debida a la herencia napoleónica; para el pensamiento francés de la época, la tarea de superar a Napoleón es más urgente que para nadie, y por eso será en este país, capaz de reotorgar un nuevo significado a Europa, reinventándola, el ámbito donde surjan las propuestas más interesantes para la futura unidad.

Y ese siglo diecinueve iba a ser sobre todo el siglo del resurgir de la concepción pluralista, basada en la reconstrucción de la visión ilustrada del orden cosmopolita sustentado en gran medida sobre las relaciones comerciales. El comercio y la libertad se presentan así como las nuevas vías para concluir el proyecto en el que la conquista y el imperio habían fracasado: lograr la unidad en la diversidad, éste iba a ser a partir de ese momento el principal objetivo común de todos los proyectos pan-europeos que jalonan el siglo, y que los distingue radicalmente de toda tentativa unificadora anterior. En palabras de Anthony Pagden (parafraseando a Guizot), lo que hace diferente a los europeos es su común capacidad para ser precisamente diferentes: “Europeans have more than a shared past; they have a shared history of antagonisms to overcome”¹⁰². Esos antagonismos constituirán la nueva dinámica europea, pero también su nuevo

¹⁰⁰ Foerster (1967), ofrece un completo y detallado recuento bibliográfico de todos los proyectos de paz que emergen entre 1730 y 1830 en todo el continente, y que Swedberg convierte en una tabla gráfica para mostrar frecuencias (1994, p. 163): comprobamos así que la cota más alta se da entre los años 1789-1800, y que acontece un importante repunte en el periodo comprendido entre 1810-1819. Renouvin, por su parte también señala que la proliferación de este tipo de escritos coincide siempre con los grandes momentos de crisis, como pueden ser los años 1814-1815, o en torno a 1848: “Les projets sont plus nombreux aux heures troubles, lorsque l’Europe est lasse ou inquiète. Il est naturel qu’à la veille ou au lendemain d’un grand bouleversement, la pensée se tourne vers les moyens d’éviter la guerre ou d’assurer la durée de la paix: 1815, 1840, 1848, 1866, 1871, sont donc les dates autour desquelles apparaît avec plus d’insistance le dessein d’organisation européenne” (1949, p. 4)

¹⁰¹ Como el *Journal Européen* de Muhrard (Berna, 1817), la *Revue européenne* (antecente del *Correspondant*), *L’Européen* de Buchez...

¹⁰² Pagden, 2002, p. 20

riesgo, la exaltación de la diferencia¹⁰³. Se trata en todo caso del reto de convertir ahora los vagos “internacionalismos” y “cosmopolitismos” anteriores en modos más concretos y persuasivos de asociación civil y política.

En la concurrencia de distintas visiones de Europa, tan dispares como pueden ser la de los legitimistas de Viena como la de los nacionalistas románticos de Mazzini, iba a centrarse buena parte del conflicto político que marca las revoluciones del siglo XIX (una discrepancia ideológica que va más allá, por supuesto, de la mera visión de Europa, pero de la que ésta última no deja de ser un aspecto indisociable); y, sin embargo, concepciones tan dispares (Europa como equilibrio de poder, como suma de intereses estatales, como armonía de naciones o como república universal), surgidas a la sombra del “trauma” imperial, iban a tener un punto en común central, que hace radicalmente diferente la concepción moderna de Europa en relación a su precedente ilustrado:

“The modern idea of Europe had reached a point of no return. From now on the European identity would no longer reside in shared traditions, in religious and cultural affinities. It had become a distinctive political reality, the privileged framework within which single nations had to find their place and a mode of coexistence”¹⁰⁴.

Al sistema de la Santa Alianza le iban a surgir cada vez más opositores, y buena parte de esa divergencia de puntos de vista políticos consistiría precisamente en una concepción de Europa sustancialmente distinta; a la Europa cristiana y de equilibrio de poderes se le opondrían ideales liberales, románticos, cada vez más revolucionarios, que conducirían (mezclando ideales democráticos, populares, con otros nacionalistas e incluso incipientemente imperialistas) a la explosión generalizada en una verdadera “revolución europea” (1848). Explosión de algo que ya en ese 1815 del Congreso de Viena se estaba fraguando paralelamente, otras ideas de Europa como la del *Espíritu de Conquista* de Benjamin Constant, o la de *La reorganización europea* del Conde de Saint Simon, y que avanzan ya, superando el sueño imperial y evidenciando el profundo cambio semántico acaecido en apenas unas décadas, los ideales de una Europa de las naciones solidarias y hermanadas, *federadas* en torno a un sistema constitucional y representativo común, democrático, social e universal.

¹⁰³ “Chaque nation revendique l’indépendance d’une culture qu’elle ne possède aucunement. Chacune considère sa part de richesse européenne comme son œuvre personnelle” (Chabannes, p. 188).

¹⁰⁴ Fontana, 2002, p. 128.

I. LA EUROPA DE NAPOLÉON BONAPARTE: ENTRE LA HERENCIA Y LA REACCIÓN

1. La Europa de Napoleón

La Europa de 1815 amanece enfrentada a Napoleón. En una política de tabla rasa, de “borrón y cuenta nueva”, se impone la vuelta al *statu quo* prerrevolucionario. ¿Pero es esto posible? ¿La nueva Europa se construye sobre tierra quemada o sobre el terreno abonado que han dejado tras de sí los ejércitos de Napoleón? El “episodio” napoleónico representa un lapso de tiempo muy corto en la historia europea y sin embargo, el vasto Imperio napoleónico anuncia en opinión de muchos la Europa moderna. Un debate que se mueve entre la herencia y la reacción, o como expresa paradójicamente Michael Broers, “a legacy *unlike* the contemporary reality”¹. En este primer apartado trataré de repasar las principales posturas historiográficas para conocer qué es lo que puede quedar de ese primer boceto de una Europa imperial y revolucionaria, cuáles son sus presupuestos, qué tipo de Europa concibe el Emperador y qué legado deja para reconstrucciones ulteriores, más allá de la hagiografía o la condena a la que tanto se ha prestado este capítulo de la historia.

¹ Michael Boers, autor de *Europe after Napoleon: Revolution, reaction and romanticism : 1814-1848*, (1996), en la conferencia inaugural del coloquio internacional “Napoleonic Empire and the new European Political Culture”, pronunciada en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (Madrid, 2 de abril 2008).

El estudio de la política internacional, de las dimensiones europeas de la empresa napoleónica constituye un capítulo destacable en el conjunto de los, por otra parte tan prolíficos, estudios napoleónicos que sólo conoce su despegue a partir de la segunda década del siglo XX, desde la obra colosal de Albert Sorel *L'Europe et la Révolution Française* (1885-1911, en nueve volúmenes), la revisión historiográfica de Marcel Driault a partir de 1910², el impulso de la *Revue des Études napoléoniennes* a partir de 1912³, pero especialmente en los años más recientes, de manera paralela a la propia evolución de la integración europea contemporánea⁴. Todos estos trabajos coinciden en destacar su carácter polémico y así lo ha reflejado el debate historiográfico⁵, al tratar de establecer si en la empresa de Napoleón se encierra una verdadera tentativa de unificación europea, si tal fin estuvo alguna vez entre sus objetivos, o qué tipo de Europa trataba de constituir. A debate entre la “racionalización modernizadora” y la “dominación arbitraria”⁶, la expansión imperial ha sido interpretada en muy diversas claves, desde la persecución del sueño romano o carolingio (Driault hace prevalecer así la idea romana, o Émile Bourgeois, en su *Manuel historique de politique étrangère*, 1946), a la sempiterna voluntad de imponerse a Inglaterra, pasando por lecturas más hostiles centradas en la insaciable ambición y en el problema de las fronteras naturales, o hasta incluso en términos de un deseo de “colocar a la familia” (Frédéric Masson, *Napoléon et les femmes*, 1911)⁷, y siempre litigando con respecto a si tal política respondió más a una *necesidad* o a una *voluntad* particular. El italiano Federico Cellina se preocupó también tempranamente por tratar de dilucidar qué papel ocupa la empresa napoleónica en la historia del europeísmo o las “tentativas europeísticas de unificación europea”, reconociendo su carácter polémico y partiendo de la propia definición de lo que se

² Driault, *Napoléon et l'Europe. La Politique extérieure de Napoléon 1er d'après les travaux récents*, E. Leroux, París 1911 ; *Napoléon et l'Europe : la politique extérieure du premier consul, 1800-1803*, Alcan, París 1910 ; *Napoléon et l'Europe : le grand Empire*, Alcan, París 1924.

³ Esta revista da cabida desde muy temprano a la reflexión en torno al sentido de la expansión francesa, y artículos como los de Édouard Driault (mayo 1929, enero y septiembre 1930), empiezan a incidir en el genio de la reorganización, en la unificación económica e incluso en su carácter de precursor de una “federación europea” (cit. en Petiteau, 2002, p. 26).

⁴ Dunan, 1961 ; Woolf, 1991 ; Martin, 2002 ; Lentz, 2005 ; etc. La bibliografía napoleónica resulta a día de hoy inabarcable (Jean Tulard apunta que, desde su muerte en 1821 se han publicado tantos libros dedicados a la figura del Emperador como días han pasado), por lo que mi acercamiento a dicha materia nunca podrá aspirar a ser más que parcial.

⁵ Petiteau, 2002 ; Caratini, 2002 (trabajo que se centra en los aspectos negativos e « impostores »); Tulard 2005, p. 427, etc.

⁶ Thibaudeau, *Le Consulat et l'Empire, ou Histoire de la France et de Napoléon Bonaparte, de 1799 à 1815, 1834-1835*, cit. en Petiteau, 2002, p. 24.

⁷ Cit. en Jourdan, 2002, p. 55.

entienda por “europeísmo” o incluso por la propia “Europa”⁸. La ambigüedad de la figura histórica se acentúa además por su carácter contradictorio, en tanto que exportador de los principios revolucionarios para el resto del continente al tiempo que en el interior de Francia ponía fin precisamente a ese régimen de libertades.

Las inmensas consecuencias que para la historia ulterior de Europa tuvieron esos apenas quince años de gobierno hacen de la empresa napoleónica el punto de partida insoslayable para un trabajo de estas características; más allá del interés militar que pueda despertar el estudio de sus campañas, a día de hoy, “c’est surtout son projet européen, si contradictoire soit-il, qui retienne l’intérêt, ne serait-ce que pour se prémunir de certaines erreurs”⁹.

1. 1. Del testimonio del *Memorial de Santa-Helena* al debate historiográfico

El propio Napoleón inauguraba el debate historiográfico acerca de sí mismo a través de la transcripción de sus conversaciones en la isla de Santa Helena con el barón de Las Cases (*Mémorial de Sainte-Hélène*, 1823), pero también a través de los trabajos de otros que le acompañaron en el exilio como los generales Gaspard Gourgaud, Monthonlon o Bertrand (*Mémoires pour servir à l’histoire de la France, sous Napoléon*, 1823) que, “enteramente corregidos por la mano de Napoleón”, dieron a conocer su propia relectura personal de lo que había sido la política llevada a cabo por él mismo en el plano internacional¹⁰. En los pasajes más célebres de estos testimonios de primera mano el ex Emperador se esfuerza en presentar a los enemigos de Francia como los únicos responsables de los conflictos bélicos, y presenta el mapa del Gran Imperio constituido por sus conquistas como la cartografía de una Europa federada bajo leyes igualitarias y beneficiosas para todos, así como se postula como defensor de los pueblos y el principio de nacionalidad. Tal fue, en su propia boca, el proyecto europeo que quiso llevar a cabo, y que las circunstancias no se lo permitieron:

⁸ Cellina, 1961, p. 127 y pp. 17-27.

⁹ Dufraisse, Kerautret, 1999, p. 267.

¹⁰ Leyendo a Las Cases, da la impresión de que Napoleón habría sido en verdad el inventor de la Europa del siglo XXI, pero sólo con la renovación de los debates historiográficos del siglo XX la conquista napoleónica recupera, matizada, este eco o matiz que él mismo se preocupó en imprimirle.

“Il passait ensuite en revue ce qu’il eût proposé pour la prospérité, les intérêts, la jouissance et le bien-être de *l’association européenne*. Il eût voulu les mêmes principes, le même système partout ; un code européen, une cour de cassation européenne, redressant pour tous les erreurs, comme la nôtre redresse chez nous celles de nos tribunaux. Une même monnaie sous de coins différents ; les mêmes poids, les mêmes mesures, les mêmes lois, etc., etc.

L’Europe, disait-il, n’eût bientôt fait de la sorte véritablement qu’un même peuple, et chacun, en voyageant partout, se fût trouvé toujours dans la patrie commune.

Il eût demandé toutes les rivières navigables pour tous ; la communauté des mers ; que les grandes armées permanentes fussent réduites désormais à la seule garde des souverains, etc.

Enfin, c’était une foule d’idées, la plupart nouvelles, les unes des plus simples, d’autres tout à fait sublimes, sur les diverses branches politiques, civiles, législatives ; sur la religion, les arts, le commerce : elles embrassaient tout.

Il a conclu : « De retour en France, au sein de la patrie, grande, forte, magnifique, tranquille, glorieuse, j’eusse proclamé ses limites immuables ; toute guerre future, purement *défensive* ; tout agrandissement nouveau, *antinational*. J’eusse associé mon fils à l’empire ; ma *dictature* eût fini, et son règne constitutionnel eût commencé... Paris eût été la capitale du monde, et les Français l’envie des nations !... [...] Mon cher, voilà encore de mes rêves !!! »¹¹

Ideas de unidad que se repiten en distintos pasajes, bajo la organización de un Gran Congreso europeo, a la manera americana o helena:

« Après cette simplification sommaire, observait-il, il eût été plus possible de se livrer à la chimère du beau idéal de la civilisation : c’est dans cet état de choses qu’on eût trouvé plus de chances d’amener partout l’unité des codes, celle des principes, des opinions, des sentiments, des vues et des intérêts. Alors peut-être à la faveur des lumières universellement répandues, devenait-il permis de rêver, pour la grande famille européenne, l’application du congrès américain, ou celle des Amphictyons de la Grèce ; et quelle perspective alors de force, de grandeur, de jouissance, de prospérité ! Quel grand et magnifique spectacle !... »¹²

Pero lo cierto es que, a pesar de estos testimonios, las intenciones de Napoleón en materia de organización europea se conocen mal, y resultan siempre controvertidas. Porque los hechos están ahí, y difieren de manera acusada de este puñado de buenas intenciones recogidas en el *Memorial*, unas aspiraciones expresadas, si no construidas *a posteriori*, desde un retiro del que es fácil hablar, y pasadas por el filtro de un testigo más que parcial como lo fuera el Conde de Las Cases que alberga él mismo sus propias intenciones (limpiar la imagen del ex Emperador, justificar él mismo, aristócrata

¹¹ Las Cases, 1935, T. II, pp. 149-150.

¹² Las Cases, 1935, T. II, pp. 483-484. Esta clásica cita la recogen ininidad de autores: Duroselle, 1965, p. 166, Fontana, 2002, p. 123, Rougemont, 1961, p. 168, Boer, 1995, p. 68, etc.

exiliado en los primeros tiempos de la Revolución, su propia presencia allí) y que intenta recusar su causa a ojos de la opinión europea y del tribunal de la Historia en un escrito destinado a un público muy específico, como es el de la Restauración¹³.

Conviene por lo tanto tomar una distancia crítica con respecto a lo que podría parecer una fuente testimonial privilegiada, en la que se hallarían ya explícitamente formuladas las respuestas que buscamos, aunque sin despreciarla tampoco, porque lo cierto es que en Santa Helena se repite una *idea-fuerza* muy determinada y, con tanta frecuencia, que algo de cierto sí debe de contener, en opinión de Annie Jourdan, por ejemplo¹⁴; yo me inclinaría a pensar más bien, en todo caso, y en lo que me parece más destacable, que en el *Memorial* lo que se trasluce es una determinada voluntad de dar una imagen muy concreta, y que esta voluntad de mostrarse como pacificador y europeísta está ahí a buen seguro porque la idea existe ya en el aire y goza de un prestigio con el que Napoleón se quiere sin duda ungir.

Pero más allá de esta subjetividad o simple ejercicio propagandístico, trataré de aprehender en el curso de las siguientes páginas el sentido de la construcción continental napoleónica al hilo de sus propias actuaciones, de los acontecimientos que tuvieron lugar, además de otras fuentes testimoniales más fiables como son la correspondencia, las leyes y decretos promulgados, las instrucciones dictadas a sus ministros, etc., y recibir así con la mayor de las reservas estos pasajes de ecos federalistas, proferidos una vez que todo está ya perdido, y que encubren además el hecho de que tal despliegue se llevaría a cabo siempre bajo su mando, y siempre basado en la idea jacobina de la simplificación sumaria. Así, Cellina admite que, si bien Napoleón pudo tener una cierta consciencia de Europa o de las ideas europeístas, éstas no se tradujeron en una acción política, y constituyen hechos históricos ajenos a toda historia de la integración europea¹⁵.

Y se impone a veces, en el extremo opuesto, la interpretación de algunos historiadores que sólo ven en la política europea de Napoleón la acumulación de

¹³ Aspecto que el conde de Las Cases no pierde de vista: “Quand les hideux excès de notre révolution nous forcèrent d’aller chercher notre refuge en Angleterre, notre émigration y causa la plus vive sensation ; l’arrivée de tant d’illustres exilés, leur fortune passée, leur affreuse condition présente, occupèrent tous les esprits, remplirent tous les sentiments. [...] Nous fûmes l’objet des soins les plus délicats et des bienfaits les plus réels. Tel fut, il faut l’avouer, le spectacle attendrissant [...]. C’est un témoignage que notre reconnaissance doit à la vérité de l’histoire » (Las Cases, 1935, T. II, p. 144).

¹⁴ Jourdan, 2002, p. 60.

¹⁵ Cellina, 1961, p. 128-129.

decisiones coyunturales e inconexas tomadas al hilo de los acontecimientos, pero que no responderían a ningún plan o aspiración previos¹⁶. En su biografía del Emperador de 1936, Georges Lefebvre desmiente categóricamente la idea de que Napoleón concibiera en algún momento el diseño de una sociedad de naciones soberanas y asociadas¹⁷; y para Brugmans, por ejemplo, no existe tal sistema europeo, ni familiar, ni continental, ni geopolítico, sino tan sólo una nación revolucionaria sacando al exterior su “exceso de energía” y un hombre dejándose arrastrar por los acontecimientos: “Malgré ses efforts *a posteriori* pour se forger une ‘ideologie’, Napoléon n’eut jamais de conception ‘napoléonienne’”¹⁸. Jean Tulard precisa que el Imperio “no es federativo ni federal [...], sino simplemente vasallesco”, siendo el emperador el señor feudal de los reyes de Europa¹⁹. Tampoco Hesse cree en la existencia de plan alguno preestablecido para Europa, y en todo caso sólo halla en él los rasgos del sistema europeo más tradicional: “s’il a existé en effet une Europe unie, c’est bien celle des trônes et des dynasties, où tous étaient cousins”, ironiza al respecto²⁰. También Jean-Pierre Bois apunta a que Napoleón se valió de las circunstancias sin tener un proyecto de conjunto previamente reflexionado, aunque fue capaz de imponer la realización del mismo al Directorio tanto como a Europa²¹. En la misma línea, Fontana apunta igualmente hacia la improvisación y la ausencia de cualquier “diseño hegemónico global”²², Tulard destaca por encima de todo su pragmatismo, que no se ciñe a ningún principio o idea que no sea la de la defensa de las conquistas de la Revolución²³, y Stuart Woolf, en una de las interpretaciones más convincentes, lejos de hallar en el expansionismo francés de los años 1799-1815 el fruto de un vasto proyecto de conquista preparado por adelantado, sostiene que cada etapa tiene objetivos propios, y a medida que crecen las ambiciones de Napoleón y la confianza en su buena estrella, el recurso a las guerras se vuelve cada vez más inevitable²⁴. Y es cierto que, por primera vez en la historia, de los tratados de paz de Lunéville y Amiens de 1802 no surge ningún texto de carácter

¹⁶ Jourdan, 2002, p. 60, Woolf, 1991, etc.

¹⁷ Lefebvre, 1969, p. 584 ; « Sur l’avenir de la fédération européenne, il n’avait donc pas de desseins arrêtés » (1969, p. 486).

¹⁸ Brugmans, 1970, pp. 213-214.

¹⁹ Tulard, 1982, p. 189.

²⁰ Hesse, 1991, p. 179.

²¹ Bois, 2005, p. 69.

²² Fontana, 2002, p. 122.

²³ Tulard, 2005, p. 427.

²⁴ Woolf, 1991, p. 22: “...a continuous adaptation to changing circumstances...”

general; es el fin del orden de Westfalia y Utrecht, y “el acta de defunción de la Europa moderna”²⁵ (pero también, por qué no, del nacimiento de la Europa contemporánea).

No hay consenso sin embargo entre los autores. Porque lo cierto es que, por encima de la incoherencia y las políticas coyunturales, bajo el armijo imperial tienen lugar en todo el continente una serie de cambios políticos y sociales trascendentales, en un breve lapso de tiempo en el que Europa parece estar reinventándose a sí misma, y prefigurando el aspecto con el que iba a llegar hasta nuestros días. Napoleón deroga los derechos feudales, instaura un Código civil común, centraliza el poder (creando a cambio una ingente maquinaria burocrática), y esto también son hechos: la inspiración de un modelo romano en lo que a administración, justicia, red portuaria y de vías y ejércitos se refiere, con el francés como idioma común en lugar del latín. Sus ambiciones traspasan sin duda alguna las fronteras domésticas y se proyectan hacia Europa, concebida como un todo, una unidad uniforme y racionalizada, un espacio idéntico que no reconoce diferencias entre París, Roma o Hamburgo (“ce qui est bon pour la Seine-Inférieure l’est aussi pour Parme”²⁶), que incluiría a Rusia y dejaría fuera a Gran Bretaña, basada en principios rectores –véase revolucionarios- e instituciones comunes, así como en la uniformidad jurídica, económica, monetaria y de medidas; y finalmente, una Europa única de la cultura (Metternich menciona en sus memorias que uno de los proyectos de Napoleón fue la reunión de todos los archivos de Europa en París, y entre sus muchos proyectos se encuentra el de fundar una Academia Europea que convocaría premios europeos a la investigación científica, y ahí está si no el museo del Louvre concebido por Vivant Denon). Para Georges Pariset, Napoleón, ante todo, “es europeo”, y pretende organizar no sólo Francia, sino Europa entera²⁷, y Soboul ya destacó que el sistema continental conducía a la unificación no sólo política y administrativa, sino también social²⁸. Es innegable así que el ejemplo francés impulsó importantes reformas, aunque las instituciones federales no llegasen nunca a ver la luz. El espíritu organizador, que marca especialmente el carácter napoleónico, se aplicó igualmente y sin lugar a dudas al “material europeo” para remodelarlo a su antojo en un

²⁵ Bois, 2005, p. 72.

²⁶ Escribe Napoleón Bonaparte a su ministro del Interior Cretet (*Correspondance de Napoléon*, cit. en Tulard, 2005, p. 429).

²⁷ Pariset : *Le Consulat et l’Empire, 1799-1815*, T. III de Lavissee, Ernest : *Histoire de la France contemporaine*, París, Hachette, 1921, p. 379 (cit. en Petiteau, 2002, p. 25, artículo que recoge buena parte del debate historiográfico desarrollado en este apartado) .

²⁸ Soboul, 1973, p. 67.

afán de simplificación empírica, y lo cierto es que el *Grand Empire* reunió a ochenta y cinco millones de habitantes, la mitad de la población europea de entonces; uno de los rasgos más característicos del régimen napoleónico fue, en fin, que él mismo dirigió enteramente la política exterior del país, más que ningún otro hombre en la historia²⁹. Cabe pues no disentir demasiado con estos otros autores que, con más o menos entusiasmo, acaban concluyendo que Napoleón fue, pese a todo, “par le fer et par le droit, l’un des précurseurs de l’Europe”³⁰: en la película de Abel Gance *Napoléon* (1927), convertida hoy en un clásico de la historia del cine, el futuro Emperador aparece retratado en una escena frente a la Convención, poblada ahora por los fantasmas de Robespierre o Saint-Just, y escucha a estos murmurarle el principio que le guiará a partir de entonces: “la République universelle”.

1. 2. “Un Plan para Europa”: sistemas en liza y esquematización periódica

Por eso tal vez cabe hablar de un “plan para Europa”³¹, a pesar de que nunca fuera demasiado prolijo en detalles acerca de su concepción política. Así sucede que otros autores, siguiendo el hilo de los acontecimientos históricos, se aventuran a establecer una esquematización cronológica de las distintas concepciones de Europa que se habrían ido sucediendo, tal y como se desprende de la política napoleónica. Duroselle reconoce hasta tres “Europas” distintas: una primera concepción, en torno a la paz de Amiens de 1802, en la que el proyecto de Bonaparte se dibuja como el de una “*Gran Nación*”, con un escudo de países satélites vecinos; una nueva concepción, que se empieza a perfilar tras las batallas de Austerlitz y Jena a partir de 1805-1806, erigida esta vez como una “*Confederación*” bajo el mandato personal y directo del Emperador y basada en los vínculos familiares; finalmente, y después de 1809-1810, parecería ir proyectándose en el horizonte de la estrategia napoleónica una Europa organizada como un verdadero “*sistema continental*”, con un control francés más directo gracias a la política de anexiones y, más allá del Imperio y de los reinos vasallos, con una política de

²⁹ Dufraisse, Kerautret, 1999, pp. 212, 205-206 y 52.

³⁰ Tulard, 2005, p. 429.

³¹ Dufraisse, Kerautret incluso le achacan un “exceso de sistema” (1999, p. 263).

“sistema de alianzas” impuestas a Prusia y a Austria, así como a través de la alianza firmada con Rusia a partir de 1807³². Se trata de un sistema frágil, y desde luego una política de alianzas demasiado errática (tal vez porque una más durable hubiese sido imposible con la Francia revolucionaria), pero que en caso de haber triunfado debiera haber desembocado en una especie de Imperio a la manera romana, sometido al mando único del Emperador y unido por instituciones comunes como el Código civil.

La lectura que del periodo napoleónico hace Jean Tulard también distingue tres etapas o tres políticas europeas divergentes: una primera etapa, en la que Bonaparte se presenta como servidor de la Gran Nación, con talante expansionista si no algo mesiánico, y cuya intención última es conquistar para liberar, emancipar a Europa, es decir, imponer una determinada ideología revolucionaria: el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos. Se trataría pues de un sistema de “repúblicas hermanas” que acabaría con las contradicciones de la política exterior llevada a cabo en tiempos del Directorio mediante Estados vasallos o satélites, que calcan sus instituciones del modelo republicano y anuncian las democracias populares del siglo XX³³, como fue el caso paradigmático de la temprana y efímera República partenopea (antiguo Reino de Nápoles, cuya vida ocupa sólo los seis primeros meses de 1799), en la que las aspiraciones patrióticas de los pueblos italianos sintonizan y convergen con las ambiciones personales del joven general: con el tratado de Campoformio (17 de octubre de 1797) que da origen a la República cisalpina y poco después a la República de Liguria, Europa parecía lanzarse a una carrera destinada a convertirse en una federación de repúblicas.

Al rigor republicano sucedería más tarde no obstante la forma monárquica, y la “república hermana” se vería pronto substituida por el “reino vasallo” (y ello, a pesar de los tímidos asomos por recuperar la idea republicana tras la victoria de Austerlitz). Prevalece en todo caso la concepción de una Europa francesa, que va camino de convertirse en una “federación dinástica y de parentesco”³⁴.

La tercera etapa vendría finalmente marcada por el fenómeno de la anexión, y de la política europea entendida como bloqueo continental. Aislar y vencer a la “pérfida Albión”, con la que desde hace tiempo arrastra rivalidades bélicas y coloniales heredadas del Antiguo Régimen, parece ser su único objetivo, y para ello persigue

³² Duroselle, 1965, pp. 162-163.

³³ Tulard, 2005, p. 427.

³⁴ Fugier, 1954, pp. 271-272.

arruinar sus exportaciones (las cuales financiaban a las coaliciones europeas que se enfrentaban a Francia por aquel entonces), presionando a los demás países y tomando medidas represivas para que acatasen el bloqueo: tal es el motivo que le impulsa a intervenir en Dinamarca, ocupar toda la costa norte continental, entrar en España y Portugal, anexionar los Estados Pontificios... Son los años en los que la figura del emperador adquiere más que nunca el aspecto de un conquistador insaciable, que despierta los sentimientos nacionales dormidos y constituye su sentencia de muerte, aunque la leyenda posterior proponga otra versión de la historia³⁵.

Para Jean-Pierre Bois, las miras del Emperador también son de dimensiones europeas. No se trataría sin embargo de una unificación de Europa sobre el modelo del antiguo Imperio romano o la Cristiandad medieval, sino de una suerte de hegemonía de intensidad jerarquizada en círculos concéntricos alrededor de su corazón francés³⁶. Para Pierre Béhar, en cambio, se trataría más de la hipertrofia del Estado-Nación surgido de la Revolución que de la realización verdadera de una ideología imperial, la cual habría debido ser por esencia supranacional –contradicción que, dicho sea de paso, habría ocasionado la muerte del Imperio³⁷.

Por último, otras lecturas más originales como la de Jérôme Hesse sostienen la teoría de que la Europa que Napoleón pretende construir es la “comercial”, y cita a Jean Tulard diciendo que el verdadero heredero de Bonaparte no es el espíritu romántico, sino el hombre de negocios; un proyecto, en un momento de gran expansión de la industria francesa, que habría tenido al bloqueo contra Inglaterra como el nudo gordiano del destino europeo perseguido por Napoleón³⁸. Y es que probablemente fueron pocos los franceses que participaron del sueño de una monarquía universal o de la utopía de una Europa que compartiese con Francia de buen grado sus nuevos valores. En un discurso del 24 de agosto de 1807, el Presidente del Cuerpo legislativo Louis Fontanes, al mismo tiempo que celebraba el acercamiento de los pueblos y la mutua estima que prendería con el final de las guerras, reconocía sin

³⁵ Tulard, 2005, p. 429.

³⁶ Autoridad no compartida en los territorios anexionados, poderosa en los de autoridad directa, variable en los países de autoridad familiar, y simplemente modernizadora más allá, gracias a la extensión de los principios racionalizadores e ilustrados de la Revolución francesa (Bois, 1999, p. 314).

³⁷ Béhar, 1999, pp. 167-168.

³⁸ Hesse llega al extremo de cifrar el derrumbe final del Imperio como consecuencia de la apertura y licencias de importación a productos manufacturados que Napoleón había cedido en conceder finalmente (mientras que el empeño inglés en frenar el avance continental francés se hubiera reducido a una cuestión de supervivencia económica, puesto que sus exportaciones habían disminuido hasta un 60%) (1991, pp. 176-177).

embargo que el principal mérito de los conflictos y las victorias había sido renovar las finanzas de Francia, y proveerle de soldados en las naciones aliadas³⁹.

1. 3. Los medios e instrumentos de la política europea

Es el momento de analizar con algo más de detenimiento los medios e instrumentos con los que Napoleón llevó a cabo esta siempre controvertida política europea, y que nos darán muchas claves también sobre los fines perseguidos y el resultado obtenido. Me extenderé especialmente en los casos de la política geográfica puesta en marcha, la política jurídica, los medios económicos, la política dinástica y los actores clave de esta política europea: ministros, embajadores y ejércitos, además de en otros aspectos clave de esa política, como fueron la instauración del Código Civil o el Bloqueo Continental. Y es que, tal y como apuntan algunos autores, la novedad habría residido más bien en los medios, frente a la continuidad de los fines⁴⁰.

1. 3. 1. Geopolítica

Duroselle nos introducía antes los conceptos de “Gran Nación” y “Sistema continental”, cruciales ambos para comprender la política geográfica de estos tiempos. El *Sistema continental* es una concepción que Napoleón hereda del Directorio y perfecciona. Podríamos definirlo como la concepción napoleónica de la organización política, institucional, social y económica, no tanto de Europa, sino de los diversos Estados que la componen, y que toma cuerpo entre los años 1805 y 1811. No se restringe al bloqueo continental, y por el contrario destacan en ella dos aspectos principales: asegurar la seguridad de Francia y transformar los Estados europeos según modelo francés, con el objetivo de asegurar la paz en el continente⁴¹. Tampoco es, propiamente hablando, un programa de organización europea, y desde luego no busca

³⁹ Bértaud, 2005, p. 179.

⁴⁰ Jourdan, 2002, p. 64.

⁴¹ Dufraisse, 1999, pp. 4-25. (sin paginar).

de manera sistemática la unificación del continente, sino tan sólo la modernización de los Estados que lo componen, tomando a Francia como modelo. Como consecuencia del bloqueo, los términos de la política continental varían a partir de 1807, aunque no por ello abandona el Emperador sus referencias al “sistema federativo”; Napoleón no hace con ello sino hacerse eco de una terminología a la moda, revistiéndola de contenidos heterogéneos y cambiantes según prioridades coyunturales, tal y como defiende Annie Jourdan⁴².

El sistema continental comprendía el Imperio francés propiamente dicho, además de los Estados del sistema familiar, la Confederación suiza, la Confederación del Rin así como el Gran Ducado de Varsovia. En la práctica el sistema continental se traduce como una constante expansión francesa, hasta los ciento treinta y cuatro departamentos, y a través de tratados de paz que no suponen sino nuevas adquisiciones territoriales cada vez⁴³, siempre sin consentimiento previo de las poblaciones y en contradicción con el principio de la libre disposición de los pueblos tan proclamada por la Revolución. En el seno de esos países anexionados o sometidos se da una tendencia a la unificación de leyes y poblaciones, a la simplificación de la geografía política. Los principios franceses penetran, pero nunca de manera tan perfecta a como lo harían en Francia (salvo excepciones como la abolición del diezmo). Se emprenden además grandes obras públicas: carreteras, puertos... Pero la independencia nominal choca con una sujeción militar y fiscal: las Constituciones que rigen estos nuevos Estados se importan siempre y se imponen desde París.

No se dan en el seno del sistema relaciones multinacionales: Francia se reserva la dirección diplomática de la alianza, las relaciones son siempre bilaterales y no hay ni cumbres de jefes de Estado, ni conferencias de ministros de Asuntos Exteriores o de embajadores. En la práctica, el sistema continental asienta la dominación napoleónica, asegurando la seguridad militar a través de la veladura de un cinturón de Estados aliados. La Europa del sistema continental le suministraba además a Napoleón soldados y otros recursos –humanos y materiales.

El sistema continental se vio no obstante minado desde el interior y desde sus inicios, contestado muchas veces por las armas de los movimientos que rechazaban esa

⁴² Jourdan, 2002, p. 64.

⁴³ La riera izquierda del Rin en el tratado de Lunéville, la isla de Elba, el principado de Piombino y el litoral toscano en el tratado con el reino de Nápoles del 29 de mayo de 1801; después vendrían la anexión del Piamonte, del ducado de Parma, Plasencia...

modernización, y puesto que Napoleón no concebía la política europea más que en función de los intereses franceses.

Junto a la idea de sistema continental, en la contrabalanza, adquiere un papel destacado la noción de *Gran Nación*, que juega un papel ineludible en el proceso de puesta en perspectiva del conjunto de las relaciones internacionales europeas. La expresión “Grande Nation” aparece por primera vez el 30 de abril de 1797, en un discurso de Debry en el que propone que ese día se consagre como una fiesta anual de la paz⁴⁴, aunque otros autores apuntan a que se trata de un concepto que Napoleón toma prestado del Imperio otomano⁴⁵. En cualquier caso, se trata ciertamente de una expresión hiperbólica, una especie de eslogan de fortuna variable y existencia efímera⁴⁶. En la práctica, la Gran Nación viene a sustituir en las Repúblicas hermanas al pueblo, por lo que ya no se trataría de una federación, sino de una Europa en la que los pueblos se desarrollan bajo la tutela de la República francesa. El nuevo sistema presenta así graves deficiencias, ante la ausencia de un verdadero referente en el Derecho internacional (y enmarcado en las procelosas aguas de una Europa en vías de transformación que ya no se define por el equilibrio pactado entre algunas grandes potencias pero que todavía no ha adoptado el principio de nacionalidad, y en un escenario donde fallan los actores de las relaciones internacionales a la hora de proponer otro modelo teórico plausible). Síntoma de estas debilidades son los movimientos de revuelta que comienzan a producirse desde primera hora, y la necesidad creciente del recurso a la fuerza⁴⁷. El objetivo de la constitución de una Confederación europea donde las repúblicas serían democráticas y soberanas habría resultado así eclipsado por el Consulado, y el concepto de Gran Nación queda pronto

⁴⁴ Bois, 2005, p. 70

⁴⁵ Laurens, 2005, p. 370

⁴⁶ El término “Nación” no estaba por su parte más desarrollado por entonces en Francia que en otros países: en 1790 todavía contiene una dimensión pacifista que para 1794 se ha vuelto ya abiertamente conquistadora (Bois, 2005, p. 70), mientras que el término “nacionalismo” no aparecerá todavía en Francia hasta 1798, de la mano del abad Barruel (Duroselle, 1965, p. 127, siguiendo a Jacques Godechot). Su contenido se relaciona en todos los casos con la soberanía del pueblo, las relaciones entre representación nacional y poder ejecutivo, y con el conjunto de prácticas políticas en el seno del cuerpo social; la Gran Nación carece sin embargo de ese sentido, no ofrece nada a los ciudadanos que sirva para la construcción del vínculo social.

⁴⁷ La efímera existencia de la República rauraciana (en Basilea, de 1792 a 1793, cantón de Jura posteriormente anexionado como departamento de Mont-Terrible) es una buena muestra de ello, o los problemas surgidos en la República de Batavia: París pierde pronto las simpatías de los demócratas holandeses debido al mantenimiento de la ocupación militar, a las ingerencias o el hundimiento comercial. Otros ejemplos de este turbulento laboratorio de microestados serán las frágiles y azoradas existencias de otras Repúblicas como la partenopea en Nápoles, la helvética o la cisrenana.

relegado por el nuevo concepto de Gran Imperio, que deja entrever una manera de obrar bien diferente ya.

Hasta 1811, el Imperio no para de crecer, de los ciento dos departamentos que contaba ya el 18 de Brumario a los ciento treinta y cuatro. El ideal de una especie de Imperio romano “a la francesa” parece realizarse al fin, en una construcción que es fruto de los compromisos entre las conquistas y la resistencia de los poderes locales tradicionales, pero donde no reina la unidad ni la equiparación jurídica como cabría esperar. Se distinguen así cinco distintas zonas geográficas y estatus diferentes: la Francia de los ciento treinta departamentos⁴⁸, los países bajo autoridad directa (que no pertenecen a Francia, pero donde Napoleón gobierna directamente, como en el caso del reino de Italia o las provincias Ilirias), los países de autoridad familiar⁴⁹, y los protectorados (pequeños territorios que no se integran en el sistema continental, pero reconocen cierta soberanía francesa)⁵⁰, además de los Estados aliados.

Tal y como podemos leer en el *Memorial* de Las Cases, Napoleón habría previsto, según sus propias palabras, forjar la unidad de las naciones europeas (particularmente para el caso de Alemania o Italia, aunque con ambigüedades⁵¹) antes de federarlas bajo una especie de congreso americano, tema de las reunificaciones nacionales que trata ampliamente para cada caso:

« Une de mes plus grandes pensées avait été l'agglomération, la concentration des mêmes peuples géographiques qu'ont dissous, morcelés les révolutions et la politique. Ainsi, l'on compte en Europe, bien qu'épars, plus de trente millions de

⁴⁸ Que incluye la vieja Francia, más la rivera izquierda del Rin, más Saboya, el sur de Suiza, Holanda, los territorios costeros del mar del Norte, Piamonte y una parte de los Estados Pontificios; Lubeck es francesa, Florencia también, Roma, Aquisgrán, Hamburgo... Pero la frontera aduanera sigue en el Rin y los Alpes, por lo que los departamentos italianos y alemanes se encuentran en situación de desventaja.

⁴⁹ Soberanos vinculados a la familia imperial, que intentarán a veces desarrollar alguna autonomía y defender intereses particulares de sus nuevos Estados: es el caso de Westfalia, el Gran-ducado de Berg, Holanda, reino de Nápoles, España o Toscana.

⁵⁰ Los soberanos de los protectorados se ven recompensados por ampliaciones territoriales o promociones honoríficas, como por ejemplo la corona real. Ésta es la situación de los treinta y seis Estados del centro y sur de Alemania reagrupados en la Confederación del Rin, el Gran-ducado de Varsovia (sometido nominalmente al rey de Sajonia, pero con administradores franceses), o la Confederación suiza donde, en vez de “protector”, ocupa el rango de “mediador”. Por último están además los aliados, sinceros como Dinamarca, Suecia en cierta medida también, o circunstanciales y de última hora, como Austria o Rusia en algunos momentos. (Toda esta clasificación la recoge Bois, 1999, p. 311).

⁵¹ Para el caso específico de Alemania, ver por ejemplo el trabajo de Kerautret, 2005.

Français, quinze millions d’Espagnols, quinze millions d’Italiens, trente millions d’Allemands : j’eusse voulu faire de chacun de ces peuples un seul et même corps de nation. C’est avec un tel cortège qu’il eût été beau de s’avancer dans la posterité et la bénédiction des siècles. Je me sentais digne de cette gloire ! »⁵²

Pero ya antes del *Memorial* hay en el discurso napoleónico rastros de esa “confederación europea” que de algún modo parece rondarle la cabeza. Así, en 1807, Napoleón invocaba ya frente al Sando las leyes que gestionarían su “sistema federal” y que unirían a los pueblos de Alemania, España, Holanda, Suiza e Italia; un “sistema” que sería evocado a partir de entonces tanto por sus enemigos como por sus aliados. En el regreso de los Cien Días, Napoleón vuelve a la misma idea y recuerda cuál era su objetivo:

« Nous avons pour but d’organiser un grand système fédératif européen que nous avons adopté comme conforme à l’esprit du siècle et favorable aux progrès de la civilisation »⁵³

Marcel Dunan sin embargo no duda en oponer, a las palabras de Las Cases, la realidad de los actos imperiales: Napoleón no habría soñado nunca en realidad con llevar a cabo la unidad alemana, italiana o española⁵⁴, y si en todo caso favorece el progreso de las nacionalidades al simplificar los mapas de Italia y Alemania e introducir los instrumentos de la centralización y el igualitarismo revolucionario —condiciones indispensables para un nacionalismo político—, aquéllas habrían sido, en todo caso, “consecuencias extrañas a su voluntad”⁵⁵: Napoleón tan sólo se habría valido de los sentimientos nacionales siempre que estos pudieran servirle en el propio interés de su causa, contribución involuntaria a la que solamente después, desde el exilio de Santa Helena, habría apelado reclamándose como promotor de los movimientos e independencias nacionales del siglo XIX⁵⁶.

⁵² Las Cases, 1935, T. II, pp. 483-484

⁵³ « Préambule de l’Acte additionnel aux constitutions de l’Empire, 22 avril 1815 », a su retorno de Elba. *Oeuvres de Napoléon*, París 1821-1822, T. I, p. 302, y Cambacères: *Mémoires inédits*, Perrin, 1999, T. II, p. 163 (citado por Hesse, Dufrasse o Jourdan, entre otros).

⁵⁴ En Alemania por ejemplo logra imponer la lógica del federalismo —Prusia y Austria enfrentadas a una Confederación del Rin— tantas veces perseguida por la diplomacia francesa del Antiguo Régimen, y del mismo modo divide Italia en una pluralidad de reinos y repúblicas que nada tienen que ver entre sí, mientras que a España le amputa Cataluña.

⁵⁵ Lefebvre, 1969, p. 487.

⁵⁶ Y lo cierto es que Napoleón siempre se mostró reticente ante la idea de emprender el camino de la unidad: su creaciones territoriales más características (Italia, Westfalia, la Confederación del Rin, el Gran Ducado de Varsovia) no constituyen ni Estados-naciones como los que él dice defender ni “grandes masas”, y sí pequeños o medianos Estados que sirven de contrapeso a las potencias prusiana y austriaca y

Pero el proyecto de Napoleón no sólo cuenta con una proyección europea, también contiene un aspecto oriental; Napoleón aspira a una “dictadura universal”, y sus reflexiones sobre Europa han de situarse en la perspectiva de una ambición universalista: Napoleón es imperialista antes que “europeísta”⁵⁷.

El proyecto de la Revolución de regeneración para Francia pretendía ampliarse al conjunto de los europeos pero también a toda la humanidad; Napoleón se interesó desde muy temprano por la cuestión de Oriente, teniendo a Volney por referente literario principal para estos asuntos. Supo ver en el Islam un conjunto político susceptible de ser fácilmente movilizado al servicio de una causa, y ya en 1795 consideró la posibilidad de una misión militar al territorio otomano (siendo la “Gran Nación” un término que Napoleón habría tomado prestado del Oriente otomano); la campaña de Egipto de 1799 habría desplazado por su parte el peso de la política europea hacia Oriente, que iba a ser en lo sucesivo cuestión clave en el desarrollo de la política internacional, como más tarde veremos.

Muchos han creído ver en la expansión napoleónica la persecución del “milagro oriental”, que le permie concebir la dominación universal con Constantinopla como centro del mundo⁵⁸. La aproximación de Napoleón al mundo árabe (tema de gran interés pero acerca del cual no debemos extendernos más aquí) combina el ardor de la imaginación con la frialdad calculadora y pragmática, e incide de forma especial en su concepción de Europa, originando una nueva forma de entender las relaciones entre Europa y el mundo no-europeo determinantes a partir de ese momento⁵⁹.

forman una barrera contra Rusia. El sistema federativo imperial consiste por lo tanto en reducir los territorios conquistados o aliados para poder dominarlos mejor, e imponerles las leyes francesas; no busca reunificar las nacionalidades, tal y como aseguraría después en Santa Helena, sino anularlas en pro de un supuesto espíritu europeo, que debe ser comprendido ante todo como una francesización inédita hasta entonces, tal y como defiende Jourdan (2002, pp. 63-64).

⁵⁷ Duroselle, 1965, p. 165 : « il faut placer toutes les réflexions de Napoléon sur l'Europe dans cette perspective d'ambition universaliste. Faire de lui un grand 'Européen' avant la lettre, c'est oublier qu'il était avant tout un grand ambitieux et un 'impérialiste' au sens plein du terme. L'impérialisme, comme le montre fort bien Hannah Arendt, est celui qui aspire non à conquérir tel territoire déterminé, mais n'importe quel territoire ».

⁵⁸ Driault, 1898, pp. 70 y ss. También hace referencia a él Dunan, 1961, p. 143.

⁵⁹ En el famoso “sueño oriental” que Bonaparte confía a Mme. de Rémusat se aprecia su ambivalencia con respecto al proceso de civilización, el irracionalismo vehemente con el que, más allá de toda visión de estrategia, se compara con Alejandro y los términos en los que concibe la regeneración de la “vieja Europa”: “En Égypte, je me trouvais débarrassé du frein d'une civilisation gênante. (...), Je créais une religion, je voyais sur le chemin de l'Asie, parti sur éléphant, le turban sur ma tête et dans ma main un nouvel Alcoran que j'aurais composé à mon gré. J'aurais réuni dans mes entreprises les expériences des deux mondes, fouillant à mon profit le domaine de toutes les histoires (...), et renouant par cette conquête mes relations avec la vieille Europe » (Cit. en Laurens, 2005, p. 371). La separación entre el futuro de

1. 3. 2. Las políticas jurídicas: el Código Civil

Comúnmente se tiene a Napoleón por fundador del sistema jurídico contemporáneo. El Derecho constituye ciertamente, a ojos del Emperador, uno de los instrumentos privilegiados para la dominación y la unificación. Friedrich von Gentz se quejaba en 1800 de que la Revolución había hecho entrar a Europa en una era sin Derecho, y que al antiguo sistema no lo había venido a reemplazar ningún nuevo sistema jurídico internacional⁶⁰. ¿Pero no iba a constituir el Código civil napoleónico un nuevo Derecho internacional, convertido en Derecho doméstico, nacional, privado, interiorizado e igualado para toda Europa, donde las relaciones ya no se dan entre Estados, sino entre particulares?

La promulgación del Código Civil (21 de marzo de 1804) y su extensión al territorio que abarca el Imperio (extensión que habría sido automática, si se cree el art. 1 del Código que afirma el principio de aplicación a todo el territorio francés)⁶¹ constituye el gran símbolo triunfante de la unificación europea lograda por Napoleón, y a menudo se ha querido ver en él la continuación lógica y cristalización final de la política de exportación intelectual seguida por Francia desde 1789. Y sin embargo, sería un error confundir unificación jurídica con unificación política (“una Ley, un Estado”). El Código Civil es obra de juristas, se trata de un instrumento desvestido de toda envergadura política, una revolución jurídica destinada a superar los límites del Imperio. Como ya ocurriera en la Roma antigua, el Código Civil napoleónico logró una síntesis entre las viejas costumbres y los nuevos principios, símbolo de la nueva sociedad y encarnación de la modernidad a través de la igualdad civil, la laicización y la defensa de la propiedad. Pero incluso el pleno éxito de este destino resulta cuestionable.

El trazo principal del cesarismo napoleónico reside en su centralización administrativa: a través de la uniformización de las instituciones se contribuye

Europa y el mundo árabe será a partir de entonces en buena parte artificial: tal y como apunta Henri Laurens, la dimensión franco-árabe incidirá desde entonces de una manera crucial en los destinos de Francia hasta nuestros días: así, la toma de Argel en 1830 se hace pensando en la rivera izquierda del Rin, del mismo modo que la conquista de Argelia de los años 1840 será un derivativo del fracaso europeo (2005, p. 377).

⁶⁰ Friedrich von Gentz, *De la paix perpétuelle*, 1800 (cit. en Bois, 2005, p. 67)

⁶¹ *Code Civil des Français*, año XII (1804).

notablemente a la unidad moral y civil⁶². La introducción de ciertas disposiciones jurídicas iba a justificar no obstante la intervención incrementada de la Administración —es decir, del Estado— en la esfera privada, lo cual refuerza el poder de su dominación personal, que va con mucho más allá del cosmopolitismo desinteresado. El Imperio marcha gracias a una ingente maquinaria burocrática, y en él abundan las medidas represoras y la anulación de libertades como la de la prensa. Napoleón multiplicó las acciones de una verdadera campaña ideológica, ejerciendo además una vigilancia estrecha sobre imprenta, libros y periódicos, escritores y periodistas a sueldo del Imperio que participan en este “ministerio de la Gloria”, y que se vale de la revolución del mercado de la prensa y la estampa para su difusión (a pesar de que la propaganda no alcanza a toda la sociedad, la comunicación transnacional de ideas sigue superando todos los obstáculos y lectores de uno y otro bando siguen nutriendo sus bibliotecas de obras traducidas que llegan de contrabando)⁶³. Frente a esta lectura de gran reformador social defendida por Cellina, autores como Dufraisse mantienen que, en la práctica, estas reformas sólo alcanzarían al Estado, y nunca serían profundas en el caso de la sociedad⁶⁴.

Otras interpretaciones, como la que nos ofrece Jean Tulard, defienden que, contrariamente a lo que se sostiene comúnmente, Napoleón evitó siempre acabar con los particularismos locales, y respetó la lengua, la religión y las tradiciones de los países caídos bajo su influencia; por el contrario se habría esforzado en seducir a las elites locales, tratando siempre de no herir las sensibilidades en torno a la identidad de los pueblos; ningún genocidio, ningún imperialismo intelectual, ningún desprecio por los vencidos caracteriza la dominación napoleónica. Y sí tan sólo obligaciones: la adopción de instituciones y de la legislación francesa, entre las que se cuenta el Código Civil⁶⁵.

El Código Civil, caracterizado por una concepción unitaria del Derecho y como “ley natural positivada” y ahistórica, constituiría así uno de los solios privilegiados en los que se asienta la filosofía revolucionaria, de la que ciertamente hereda algunos aspectos

⁶² Cellina, 1961, p. 130.

⁶³ E incluso en Francia, pese a todo, muchas de las obras editadas durante el Imperio versan sobre filosofía, literatura o teatro inglés (Bértaud, Forrest, Jourdan, 2004).

⁶⁴ Se salvarían la abolición de la servidumbre y el diezmo, o el sometimiento del clero al Derecho común, así como las incautaciones de sus bienes y la reducción del número de conventos y monasterios (Dufraisse, 1995, pp. 4-25).

⁶⁵ Tulard, 1982, p. 188. Lecturas menos condescendientes como la de Caratini (2002) sí le acusan de genocidio.

(entre los que destacan los principios de igualdad y libertad, la laicización o la nueva visión individualista de la propiedad, factor fundamental de la evolución del Derecho civil europeo, y en última instancia de una cierta unidad europea en torno a la ley).

Napoleón había afirmado la voluntad de utilizar la legislación civil para favorecer la unificación social y política de los nuevos territorios conquistados. Constituye éste no obstante un éxito formal relativo, sin verdadero éxito material, introducido las más veces de manera unilateral y autoritaria, y con una implantación desigual según países, quedando muchas veces incompleta.

Esta disparidad entre los casos de aplicación del Derecho civil francés revela pues límites en el éxito del modelo de exportación autoritario francés. Los Estados más proclives al cambio habían empezado de hecho a modernizar sus instituciones jurídicas ya en tiempos del despotismo ilustrado, como ocurrió en Baviera; la imposición francesa tuvo que hacer frente sin embargo a importantes resistencias: la firme oposición de las elites locales que defendían encendidamente sus propias prerrogativas (en un buen número de Estados renanos, así como en Polonia, sobreviven todavía estructuras feudales), o consideraciones de orden moral que constituían a menudo motivo de rechazo (la no-introducción del divorcio en los antiguos Estados Pontificios y la mayoría de los territorios italianos, por ejemplo). La hegemonía política no se traduce pues en una hegemonía jurídica inmediata. A pesar de las tentativas de adaptación de la norma francesa a las circunstancias locales, el Código civil no se percibe como un Derecho transnacional ni está marcado por el consensualismo, sino que por el contrario constituye un Derecho nacional de propagación autoritaria, implantado de manera unilateral y sin contar en la mayoría de las ocasiones con el apoyo de las elites locales, aspecto que incidirá estrechamente en el fracaso, a corto plazo, de la implantación de la legislación civil francesa en el Imperio.

En los territorios alemanes, en la mayoría de los casos, el Derecho francés desaparecería más tarde, a veces incluso con carácter retroactivo⁶⁶. Sin embargo, también se dan casos en los que el Código Civil sobrevive: en Italia, la caída del Imperio no significará más que una breve discontinuidad en la historia del Derecho privado italiano⁶⁷. La mentalidad codificadora ejerció una fuerte atracción además sobre

⁶⁶ Weinacht, 2002.

⁶⁷ En el Reino de las Dos Sicilias, por ejemplo, el Código Napoleón no se abroga hasta 1819, para ser reemplazado entonces por un Código que copia partes enteras de aquel otro.

muchos juristas germanos, como vía para salir del caótico y fragmentario mosaico que constituía el Derecho romano de Pandectas vigente hasta entonces⁶⁸.

El fenómeno de codificación francés constituye por otra parte más un elemento de transición que una verdadera revolución que supusiera una ruptura total con el sistema jurídico anterior: la herencia del Derecho romano, o del Derecho canónico, constituyen en sí un Derecho estructuralmente unificado en ciertos aspectos, y ayudan a la difusión de éste. La presencia en el Código de elementos de origen consuetudinario, por su parte, facilita su asimilación en los distintos países europeos, —puesto que la costumbre suele ser más permeable y transfronteriza de lo que cabe suponer.

Napoleón alaba la capacidad del derecho para soldar los antagonismos nacionales y pretende hacer de él, gracias a sus principios abstractos, un instrumento de igualación. Sin embargo, la confusión operada entre la autoridad y el derecho — confusión característica de un régimen cesarista— que hace que el Código Civil de 1804 se convierta en el “Código Napoleón” en 1807, encierra en sí las ambigüedades y problemáticas de semejante proceso de unificación imperial, que acaba tomando la forma de una uniformización autoritaria, a pesar de partir de principios del Derecho como expresión de una voluntad común. Napoleón y su Código lograron con creces unificar Francia, ofreciendo a un pueblo anhelante la ocasión de construir un Derecho simplificado y accesible a todos, pero trataron de uniformizar también el Imperio, imponiéndole de manera autoritaria un cuadro jurídico destinado a asentar la idea de Derecho propia del conquistador, cuadro que no resistiría a la especificidad de cada Estado y al carácter constrictivo de su exportación. La unificación, la uniformización jurídica pasa así a un segundo plano, y cede su lugar a la voluntad de sometimiento, que no puede ser asociada ya a proyecto federativo europeo alguno. Veámos antes cómo Napoleón soñaba, en su retiro en Santa Helena, con una “cour de cassation

⁶⁸ A. F. G. Thibaut publicaba así en 1814 su obra *Sobre la necesidad de un Código civil para Alemania*, contra la que se rebelaron los historicistas que se oponían al fenómeno codificador de la escuela francesa del XVIII, y que desencadenó la polémica con Savigny. Este debate alimentaría el movimiento de codificación en Europa, y a la larga, todos los Estados occidentales (hasta el *Bürgerliches Gesetzbuch* de la Alemania unificada) se dotarían progresivamente de un Código Civil, como pilar del Derecho privado europeo. Esta asimilación del Derecho francés por los Estados que componían antes el Imperio no nos debe hacer creer no obstante en una francofilia jurídica: puesto que el Código Civil incluye en sí mismo la transcripción de principios jurídicos del Derecho romano, y por lo tanto muchas veces ya en vigor en los territorios a aplicar. Los mecanismos utilizados tampoco fueron los mismos bajo el Consulado que en tiempos del Imperio, y en los casos en los que la utilización de la coacción fue más ligera y progresiva, los resultados fueron en conjunto mejores. Pero se conservó a largo plazo en países como Bélgica, Luxemburgo o Italia, y otros posteriores, como el español de 1889, son de inspiración directa.

européenne”, pero en la práctica nunca llegó a darse esa pretendida unidad legislativa, ni la unidad política y social. Y sin embargo, sí podemos pese a todo concluir que este tipo de medidas unificaron en la práctica de alguna manera Europa, al favorecer el desarrollo de una idea nueva de Derecho civil destinado a sobrevivir a la coyuntura imperial; Napoleón fracasó en la integración jurídica inmediata de su Imperio, pero favoreció la estructuración mediata de Europa en torno a una idea común de Derecho. Hay pues que luchar contra la ilusión de la realización de la unidad del Imperio en torno a la unidad de su Derecho, para comprender cómo, más allá, el Código Civil permitió en última instancia la construcción a escala europea de una nueva idea de Derecho, en el origen más inmediato de la Europa jurídica contemporánea y como basamento para una construcción política ulterior⁶⁹.

1. 3. 3. Las políticas económicas: el Bloqueo Continental

El decreto de Berlín del 21 de noviembre de 1806 (al que vendría a sumársele al año siguiente el de Milán) situaba a las islas británicas en estado de bloqueo, a través de la interrupción de todo intercambio y correspondencia con Inglaterra. En la práctica, el bloqueo y las medidas de acompañamiento tanto para perseguir de la manera más rigurosa posible las operaciones ilícitas como para paliar los principales inconvenientes que acarreaba, iban a convertirse en el eje principal de la política continental napoleónica al menos en el periodo de 1806-1811 (hasta la derrota en Rusia que marca la reapertura del continente al comercio británico) y, en última instancia, explican (sus objetivos, los medios puestos a su disposición y el coste político implicado) el fracaso final de esta política que inicialmente perseguía doblegar económicamente a Gran Bretaña y obligarla a la paz. La estrategia de guerra económica resulta en todo caso novedosa: su original propósito era debilitar el comercio enemigo (claramente superior en el espacio marítimo) y de ahí, su crédito, ahogándolo financieramente⁷⁰.

⁶⁹ Zacharie-Tchakarian, 2005, pp. 181-200.

⁷⁰ Y Napoleón encuentra inicialmente aliados a su política en varios países de Europa, especialmente entre aquellos en vías de industrialización que se veían especialmente perjudicados por la supremacía británica; ya antes del decreto de Berlín, numerosas obras o artículos de periódicos publicados en Alemania denunciaban semejante hegemonía comercial, el monopolio industrial y la tiranía marítima de Inglaterra.

El empeño por derrotar a Inglaterra es una constante en el programa napoleónico, y muchos autores cifran en él el problema clave del periodo, que orientaría el resto de la acción política⁷¹. La determinación de hacer aplicar las disposiciones previstas a toda Europa (por lo que se ha ganado el calificativo de “continental”) no aparecían, en cuanto tal, en el texto del decreto; este bloqueo será sin embargo “continental” no sólo por su oposición a la noción de bloqueo marítimo, sino también porque pretende hacer del conjunto del continente europeo su zona de aplicación. La Europa del bloqueo iba a resultar pues más extensa que la Europa del sistema continental. Pero del mismo modo que ocurría con el sistema continental, en el que Napoleón sólo reconocía vasallos y no aliados, tampoco con el bloqueo creará socios, sino únicamente tributarios: en la práctica, el bloqueo golpeaba los puertos e intereses comerciales del continente; extendiéndose sobre una vastísima extensión de litoral, su legitimidad parece dudosa puesto que no hacía sino reforzar (con la excusa de erradicar el contrabando y la corrupción) el control directo francés sobre zonas cada vez más amplias del litoral europeo, sometiendo a estas regiones a estrecheces, carestías y todo tipo de constricciones políticas⁷².

El bloqueo inicialmente dio sus frutos; en abril de 1808, tras las iniciativas de Canning para restablecer la paz, Napoleón se congratulaba: “L’Angleterre commence à souffrir. La paix seule avec cette puissance me fera remettre le glaive dans la fourreau et rendre à l’Europe sa tranquillité »⁷³. A la larga, sin embargo, se haría patente por encima de todo su coste extremadamente elevado: la política del bloqueo careció de algo fundamental como es el consenso de los administrados, y así, no sólo fue la causante de la retirada del apoyo por parte de la opinión pública en el interior del Imperio, sino que

⁷¹ Pariset, Crouzet, Dufraisie y Kerautret... En el momento de abandonar Moscú Napoleón le confesaba a Coulaingourt que todas las medidas tomadas contra Inglaterra no habían tenido más que un solo fin, crear en el continente “une industrie qui l’affranchît de celle de l’Angleterre et qui fût, par conséquent, sa rivale” (cit. en Dufraisie, 1995, p. 4).

⁷² Montgaillard, consejero de Napoleón y uno de los inspiradores del decreto de Berlín, no tenía reparo en aseverar que “les Princes et les États de l’Allemagne devaient être les colonies continentales de l’Empire” a semejanza de las de ultramar, regidas por el característico Pacto colonial de exclusividad (Dufraisie, 1995, pp. 4-25).

⁷³ *Correspondance*, Plon 1859-1868, T. XVII, nº 13750 (cit en Jourdan, 2002, p. 67). Es obvio que la economía inglesa se vio afectada por el bloqueo: Gran Bretaña no era autosuficiente en materia de subsistencias y el cierre de la Europa del Norte y el Báltico tuvo importantes repercusiones sobre su eficacia naval, por lo que a abastecimiento de armamento se refiere, como en lo que respecta al abastecimiento de cereales, así como en su repercusión sobre la opinión pública británica. Pero a pesar de su vulnerabilidad y de las dificultades por las que atraviesa la economía inglesa entre 1810 y 1811, la anhelada quiebra total no acaba de llegar (puesto que su economía dependía ya por aquella época de un conjunto de elementos que escapaban a la intervención napoleónica, y que impulsaron el auge de los mercados de sustitución extra-europeos), y en cambio, cada vez se hacen más patentes las propias estrecheces a las que se ve constreñida la Europa continental de resultados de semejante política.

también propició el desapego progresivo de las elites comerciantes y de notables nacionales, cuyo sustento era vital para el régimen napoleónico (y a los que la política de licencias no logró aplacar)⁷⁴.

Con frecuencia no se ha tenido suficientemente en cuenta el papel que jugaron los problemas económicos en la política napoleónica, a pesar de que él mismo señaló como móvil de esa política que le llevaría finalmente al desastre el aparentemente desinteresado objetivo del desarrollo industrial del continente, que hiciera posible frenar el imperialismo económico británico; en Santa Helena seguiría repitiendo que su intención fue asociar a los europeos para asegurar su prosperidad y el éxito de sus intereses⁷⁵. Pero en la práctica, el bloqueo iba a regir no ya las relaciones comerciales entre los Estados europeos, sino entre Francia —en posición claramente ventajosa— y el resto de los países (impide así que los productos franceses sean sometidos a impuestos, establece mediante coacción tratados de comercio desiguales o proscribire que sus aliados puedan llegar a acuerdos comerciales entre sí). La inicial coalición formada en torno al bloqueo tampoco se dotó nunca de institución común alguna (con la sola excepción del Consorcio para la Navegación del Rin, única institución internacional surgida de este periodo)⁷⁶: la integración económica resultó así en la práctica algo muy vago, lejos desde luego de nada semejante a una unión aduanera, una zona de libre intercambio o un mercado común (aunque autores como Tulard sí han querido ver en el bloqueo un poderoso factor de unión aduanera⁷⁷).

Y a pesar de todo, la dominación napoleónica dio igualmente nacimiento a la idea de que una cierta unidad económica europea era factible; las interdependencias de los mercados continentales se hacen evidentes, Europa aprende a autoabastecerse sin necesidad de recurrir al comercio británico o de ultramar, y se incrementan y mejoran a

⁷⁴ Acerca del bloqueo continental puede hallarse una más amplia información en: Marzagalli: "Napoléon, l'Europe et le blocus continental. Application et réaction à partir de l'étude de trois villes portuaires: Bordeaux, Hambourg et Livourne", en Martin, 2002 ; Marzagalli, en Lentz, 2005, y Dufraisie : « Napoléon : pour ou contre l'Europe ? », 1995.

⁷⁵ Pero sobre todo, se impone la voluntad de promover la prosperidad económica de Francia: la anexión de la riva izquierda del Rin se persigue, más allá de toda perspectiva de seguridad, con el fin de favorecer la industria y el comercio francés y permitir así asegurarse mejor la dominación económica de Francia sobre Europa central, mientras que a los países vencidos se les arrancan numerosas ventajas y concesiones económicas a la hora de firmar los tratados de paz (los tratados de 1796 firmados con Wurtemberg y Baden, por ejemplo, les imponían aceptar el libre tránsito de mercancías francesas).

⁷⁶ Y sin embargo, tampoco hemos de olvidar que las únicas instituciones económicas en las que pensó, según su propia versión, se limitaban a un sistema único de pesos y medidas, y una paridad fija entre las diferentes monedas e iguales leyes para reglamentar el comercio y la industria.

⁷⁷ Tulard, 1982, p. 190.

cambio los intercambios entre las distintas regiones económicas del continente, creando nuevos lazos de solidaridad e intereses comunes que apunta hacia un gran mercado transnacional. Las infraestructuras continentales (carreteras, comunicación fluvial) se vieron igualmente fuertemente desarrolladas con motivo del bloqueo a Inglaterra: el desarrollo de las comunicaciones, la red de vías rápidas y el progreso del telégrafo, así como la inmensa obra cartográfica, fueron producto de esta época. De manera simultánea se actúa en escenarios muy alejados unos de otros⁷⁸. Se multiplicaron además los esfuerzos por crear una nueva industria europea (los cuadros directivos venidos de todas partes se forman en las mismas grandes escuelas francesas) y mostró a la posteridad, en definitiva, las ventajas que podría aportar la constitución de un inmenso mercado económico, como el formado por la Francia de los ciento treinta departamentos⁷⁹.

1. 3. 4. Los hombres de la política imperial:

Ministros, diplomáticos, ejércitos

Entre los hombres que acompañan a Napoleón en su empresa destaca sin lugar a dudas Talleyrand, el hombre de las relaciones internacionales por excelencia que, con su prudencia y clarividencia, ejemplifica el contrapunto a las ambiciones desmesuradas del Emperador.

Talleyrand es fundamentalmente un hombre de paz, que lucha por la paz y que combina la tradición de la diplomacia y el principio de equilibrio de poderes más clásico con las nuevas perspectivas liberales y económicas. En su calidad de Ministro de asuntos exteriores del Directorio a la Restauración, detenta por sí mismo una particular visión y proyecto para Europa que difiere sustancialmente del ideal napoleónico: la amplia visión europea de Talleyrand resulta en muchos sentidos profética⁸⁰. Sus

⁷⁸ El Emperador parece tener una “verdadera obsesión por abolir las distancias”, afirman Dufraisse y Kerautret (1999, p. 209).

⁷⁹ Dufraisse, 1995, pp. 4-25, y Cellina, 1961, pp. 132-134.

⁸⁰ Hombre de paz ante todo y diplomático hasta el fin de sus convicciones, no será hasta con el retorno de los Borbones que pueda contribuir verdaderamente a restablecer de manera duradera la paz en Europa, con el papel decisivo que jugará en Viena. Actor y teórico de una política en la mejor tradición del Antiguo Régimen, se muestra sin embargo a veces también visionario: el advenimiento de la Nación, el poder del romanticismo, le darían posteriormente la razón.

preocupaciones se centraron fundamentalmente en los aspectos comercial y financiero, y es su postura con respecto a Inglaterra la que iría a condicionar de hecho toda su visión general de Europa: la necesidad de un reequilibrio entre las dos potencias, que posibilitara una alianza franco-británica como base para todo el sistema europeo⁸¹.

En la *Mémoire sur les rapports actuels de la France avec les autres États de l'Europe* enviada en 1792 desde Londres a Lebrun y Danton, Talleyrand había expuesto ya lo que serían las bases de su filosofía diplomática: Francia debería primeramente buscar el perfeccionamiento de su propio sistema político, administrativo y financiero antes de tratar de imponérselo a sus vecinos. En su opinión era prioritario estabilizar las instituciones antes que perseguir la ampliación, y el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos no constituía sino una abstracción que enmascaraba un proceso de conquista de corte clásico. Educado en la diplomacia más clásica y de honda influencia ilustrada, piensa sinceramente que el equilibrio europeo depende de la combinación de un conjunto de organizaciones estáticas lo más armoniosas posibles (la cuestión de las fronteras, por su parte, no le resulta esencial en cuanto tal, sino que lo importante habría de ser el justo equilibrio en las relaciones entre la dimensión del territorio y la estabilidad y perfección de sus instituciones). Pero lo cierto es que su tiempo se hallaba inmerso en un proceso de desarreglo del equilibrio europeo que se remontaba a Westfalia, y que tendía a imponerse ahora por la conquista —en sustitución del Derecho público europeo. Y así, cuando años más tarde Napoleón heredase los principios de la antigua diplomacia, la noción de arbitraje, de equilibrio y balanza, no lo haría sino reelaborándolos en su propio beneficio, tal y como le comunica al propio Talleyrand:

« Si l'on prend pour base de toutes les opérations, la vraie politique, qui n'est autre chose que le calcul des combinaisons et des chances, nous serons pour longtemps la grande nation et l'arbitre de l'Europe. Je dis plus: nous tenons la balance de l'Europe »⁸²

⁸¹ Talleyrand es un gran admirador de Inglaterra: su sistema político, con el bicameralismo, la inteligencia de sus instituciones representativas, se le antoja uno de los más perfectos del mundo, y así se presenta como el hombre de paz con Inglaterra: será él quien trate, en marzo de 1803 de salvar contra viento y marea la paz de Amiens, y con la misma vehemencia se opuso al decreto de Berlín de 1806 al considerarlo el comienzo de la política más nefasta que era posible emprender. Más tarde, bajo la monarquía de Julio, trabajaría por la “entente cordial” con la Inglaterra de Palmerston, porque se le antoja la apuesta más segura para el mantenimiento de la paz europea; sólo unidos los dos países más “democráticos” de Europa tendrían ventaja sobre las grandes potencias autocráticas del norte (Waresquiel, 2005, p. 134).

⁸² Lettre à Talleyrand, 7 octobre 1797, en *Correspondance générale*, cit. en Laurens, 2005, p. 372.

En octubre de 1800 Talleyrand publicaba de forma anónima *De l'État de la France à la fin de l'an VIII*⁸³, obra en la que exponía los medios para una paz durable: Francia, contenida en unos límites razonables, desembarazada de excesos y pasiones, podía retomar una posición soberbia en Europa, con la condición de que renunciase a las conquistas y a la “diplomacia de la espada”⁸⁴.

Se puede contar también la Confederación del Rin de julio de 1806 como un éxito de su cosecha. Talleyrand siempre supo ver la necesidad de un “sistema germánico” como contrapeso necesario a Austria y Prusia, que evitara todo contacto directo entre estas dos potencias⁸⁵. Hasta la paz de Amiens, el modelo europeo puesto en marcha sería fundamentalmente el propuesto por Talleyrand, aunque la política imperial pronto empezaría a tomar otra deriva, confirmando la distancia definitiva entre el general y el diplomático. Redacta todavía en 1805 un gran proyecto europeo dirigido a Napoleón desde Estrasburgo (17 de octubre), en el que le propone negociar la paz sobre la base de importantes intercambios; en las diez páginas que ocupan su introducción, Talleyrand describe dolorosamente Europa como el teatro de un drama⁸⁶.

A cargo de Talleyrand se encontraba el cuerpo diplomático, que ocupa un papel esencial en el diseño napoleónico: de 1800 a 1814 se negocia tanto como se batalla. Y en el seno de ese cuerpo diplomático, formado en la escuela de las relaciones internacionales del *Ancien Régime* pero reconvertido sin embargo a su nueva función de exportadores de la política imperial napoleónica al resto del continente, a menudo chocaban los hábitos de las viejas relaciones internacionales (que tenían la noción de

⁸³ Aunque esta obra atribuida erróneamente a Talleyrand, es en verdad resultado de la pluma del Conde de Hauterive, miembro del equipo ministerial, y resulta desde luego más adepta a la figura de Napoleón de lo que nunca lo fuera Talleyrand: manifiesto a las naciones extranjeras tras del golpe del 18 de brumario, en él Bonaparte exponía, a través de las palabras del conde, buena parte de lo que constituía su propia intención, al proponer para Europa la sustitución de la política tradicional de equilibrio por una suerte de Sociedad de Estados continentales bajo hegemonía francesa.

⁸⁴ Claro está que la paz dependía igualmente de las otras grandes potencias, que se empeñaban en sobreponer al equilibrio europeo su voluntad de hegemonía; tal era el caso de Inglaterra con su política marítima, o de la acción de Rusia y Prusia en el continente. Acerca de Rusia Talleyrand muestra una visión especialmente negativa, considerándola una “potencia indeterminada y monstruosa, salvaje”. A Mme. de Rémusat le confiaría, por su parte, que toda la cuestión de la tranquilidad de Europa residía en Polonia (cit. en Waresquiel, 2005, p. 136).

⁸⁵ Talleyrand temía desde lo más profundo a Prusia, a la que veía premonitoriamente como una amenaza para su país, y comprendía que la baza para Francia estaba por lo tanto en Austria, que por el contrario no suponía ninguna amenaza, sino que se presentaba como la potencia más civilizada y estable de todo el continente. La neutralidad de Austria, tras la ruptura del tratado de Amiens, se le antoja precisamente por eso crucial, pasaje obligado para la vuelta a la paz europea.

⁸⁶ Waresquiel, 2005, p. 138.

“equilibrio europeo” por fundamento) con el engranaje de la administración imperial y sus ambiciones universalistas⁸⁷.

Resulta reseñable, por otra parte, el carácter excepcional de muchas de sus misiones, tales como preparar constituciones, revisar instituciones políticas y administrativas, informar sobre movimientos de tropas, vigilar el cumplimiento del bloqueo... Tareas todas ellas impropias de un diplomático en tiempos de paz y marcadas por el desempeño de la función hegemónica que su país cumplía en ese momento, que hacía de los embajadores figuras más cercanas a un Prefecto (o a un comisario de policía o inspector de aduanas) que a su labor tradicional⁸⁸. Estos diplomáticos con misiones en el extranjero vivían además en la atmósfera de una ciudadela asediada, recibiendo órdenes para el aislamiento y el enclaustramiento, bien lejos de la tradicional sociabilidad de la función de representación de un país.

En palabras de Bignon, todos los agentes diplomáticos de Napoleón eran apóstoles o misionarios de las nuevas ideas en Europa⁸⁹. Y no obstante, tras haber estudiado durante años las Relaciones Internacionales desde la paz de Westfalia hasta la víspera de la Revolución, los futuros diplomáticos se hallaban ante todo formados para contribuir a la renovación de la cadena de los siglos, toda vez que la paz general fuese restablecida y las relaciones entre cortes normalizadas. El personal diplomático napoleónico estaba preparado sobre todo para una posguerra, que fue esperada con paciencia y aplazada sin cesar. La ambigüedad de una escuela diplomática todavía pegada a los usos del Antiguo Régimen y obligada no obstante a poner en práctica el nuevo régimen, y la convivencia de ambas visiones, iba a resultar de hecho responsable en última instancia de muchas de las disfunciones del proyecto napoleónico, que no podía actuar por sí solo.

Las relaciones internacionales de la época influyen en todo caso de manera sobresaliente en las concepciones de política exterior de Napoleón. Un primer objetivo habría residido siempre en el mantenimiento de la *balanza* de Europa; pero balanza que no siempre significa equilibrio, precisamente: “il fallait pour nous la moitié plus un de

⁸⁷ El contraste de la persistencia en los hábitos de la vieja política con las circunstancias absolutamente novedosas fue observado ya por Las Cases: “Ce fut un singulier spectacle que de voir les vieux cabinets de l’Europe ne pas juger l’importance d’un tel changement” (1935, T. II, p. 481).

⁸⁸ Para este tema, ver: Bruley, 2005, p. 164.

⁸⁹ Baron Bignon: *Souvenirs d’un diplomate. La Pologne (1813-1814)*, Paris 1864, cit. en Bruley, 2005, p. 166.

l'Europe, afin que la balance penchât de notre côté”⁹⁰. Los fines que Napoleón persigue con más ahínco (las fronteras naturales, la preponderancia en el Mediterráneo, acabar con la supremacía británica, reorganizar los Estados alemanes como contrapeso a las potencias prusiana y austriaca...) son objetivos compartidos no sólo con el Directorio, sino que estaban también en la agenda de los ministros de Luis XV o Luis XVI: Francia sigue buscando recuperar su papel de árbitro de Europa que ostentara en tiempos del Rey Sol. Y en todo caso, la diplomacia francesa no se queda aislada en el escenario europeo como consecuencia de la Revolución, tal y como muchas interpretaciones (tal vez, demasiado victimistas) han pretendido defender⁹¹.

Por último, también el ejército jugó obviamente un papel decisivo en la política exterior de Napoleón —aunque otra cuestión sea la de si sirvió a la unificación y pacificación del continente, o si por el contrario supuso un importante obstáculo a este fin.

Mientras que los verdaderos diplomáticos veían cómo sus tradicionales labores les eran escamoteadas, muchos oficiales cambiaron su sable y su uniforme por la cartera de administrador. Napoleón colocó ciertamente a la cabeza de los asuntos exteriores a numerosos militares; en un sistema imperial altamente militarizado, y que debe buena parte de sus fundamentos a la conquista, los militares se vieron convertidos en verdaderos organizadores y constructores del nuevo sistema continental, así como difusores del Derecho francés (en concurrencia, a veces conflictiva, con la administración civil). Napoleón se sirvió además de ellos como conductores para la asimilación de los habitantes de los países anexionados o satélites. Si bien el soldado no es siempre un huésped fácil⁹², no por ello han de despreciarse los contactos y las relaciones establecidas entre los militares y la población civil que los acoge, en tanto que

⁹⁰ Fleury de Chaboulon, *Les Cents Jours*, Londres 1820, p. 422 y 454 (cit. en Jourdan, 2002, p. 65).

⁹¹ Esta lectura estaría privilegiando tal vez en exceso los aspectos ideológicos, cuando lo cierto es que todo apunta a que los gobiernos tradicionales suelen regirse más a menudo por principios económicos o estratégicos, o al menos así lo han querido ver algunos autores, que ven en los tratados firmados en 1795 con Prusia o España buen ejemplo de ello: “Russie et Autriche sont prêtes jusqu’au dernier moment à laisser à la France ses fameuses frontières naturelles, y compris la Belgique, à condition de recevoir elles-mêmes des compensations. De même, l’Angleterre ne déplore point la chute des Bourbons et s’est tout d’abord réjouie de voir la France imiter la *Glorious Revolution* de 1688-1689. Jusqu’en février 1814, aucun allié ne songe sérieusement à appeler Louis XVIII sur le trône » (Jourdan, 2002, p. 66).

⁹² Goethe, en sus *Memorias*, dedicaba precisamente un pasaje al soldado francés huésped en su casa (Goethe, 1862).

transmisores de civilización —o tal vez sólo ejecutores *de facto* de la dominación, “portadores de las cadenas del despotismo”, como los definiría Marat⁹³.

Todo esto hace que impere y se perpetúe una lógica de guerra en la política exterior que no ayuda precisamente a la pacificación del continente. El afán de expansión infinita del Emperador, acrecentado a medida que pasan los años, se ve alentada además por el apoyo del “partido de la guerra”, generales y diplomáticos que albergan la ambición de ser recompensados con un título o incluso una corona⁹⁴.

Sin embargo, tampoco es soslayable, pese a todo, una cierta fraternidad militar que traspasa las fronteras: los encuentros entre oficiales franceses y extranjeros son numerosos y, a veces, por encima de la rivalidad se imponen viejos usos militares de camaradería que la Revolución no ha logrado borrar por completo. Se suceden así los brindis, las recepciones en palacios ocupados de los notables extranjeros. Y aunque las relaciones no son siempre fáciles, los cuadros militares franceses, provenientes de la burguesía y muchos también de la antigua nobleza, no suelen encontrar demasiadas dificultades para acabar encajando bien en estos ambientes. No hay que olvidar tampoco el fenómeno de los “colaboradores” en los países ocupados —si bien no muy numerosos lo suficientemente representativos desde un punto de vista cualitativo—, que no siempre repudian al invasor y por el contrario están dispuestos a apoyar a la nueva dinastía (como fue el caso de los *afrancesados* o “josefinos” en España). Por otra parte, la carrera del oficial francés basada en el mérito y el talento a menudo se envidia fuera como medio de promoción y ascensión social; las clases privilegiadas de los países ocupados envían con frecuencia a sus hijos de buena gana a las escuelas militares francesas: así, escuelas militares como la de Saint-Cyr o la Politécnica contribuirían de manera destacable al afrancesamiento de las elites extranjeras⁹⁵. A cambio, los países

⁹³ Cit. en Bertaud, 2005, p. 169. Napoleón utiliza de manera casi sistemática generales para administrar los países conquistados, práctica ya en uso en la época del Directorio. Muchos de estos destinos toman la forma de recompensas de Bonaparte, pero también ayudan a ocultar, bajo el traje de diplomático, al espía militar, y sirven igualmente para preparar la anexión de los países ocupados. Estos militares acaban siendo con frecuencia Ministros plenipotenciarios, embajadores o enviados en misiones extraordinarias. Desde 1799 a 1815, un total de 71 oficiales forman parte del cuerpo diplomático y toman parte en la política exterior de Francia. Ejemplos de estos generales llamados a negociar la paz y que ocuparían puestos destacados serían Clarke, gobernador de Viena y Ministro de la guerra a partir de 1805, y que participó activamente en las negociaciones de los tratados de Campoformio y Lunéville, o el general Duroc.

⁹⁴ Por otro lado, una paz generalizada habría implicado el regreso a Francia de cientos de miles de militares desocupados, suponiendo una potencial fuente de conflictos sociales.

⁹⁵ Bertaud, 2005, p. 175. Y esto se logra no sólo a través de las escuelas francesas, sino que también en las escuelas militares establecidas en sus países y dirigidas por franceses se repite este fenómeno todavía con mayor éxito.

vasallos ofrecían a la *Grande Armée* buen número de reclutas (no pareciendo que la conscripción generalizada despertase grandes oposiciones, salvo en España en 1808 por razones obvias, y a partir de 1813 de manera más generalizada, tras la derrota de Austerlitz), que lucharon en muchas ocasiones heroicamente junto a sus correligionarios franceses⁹⁶.

Al lado de las medidas administrativas que hacen del francés obligatorio para la redacción de actas públicas o periódicos en lengua francesa editados en los países ocupados o satelizados, el papel del ejército como propagador de la lengua parece modesto, sin embargo: el francés era ya históricamente el idioma de las elites europeas, y muchos oficiales extranjeros ya lo conocían previamente. El francés sería obligatorio en las actas públicas a partir de 1803, pero no tiene el monopolio: los boletines legislativos son bilingües, muchos periódicos se editan todavía en las lenguas autóctonas, y no parece haber en todo caso una política lingüística deliberada por parte de los poderes, por encima de todo eco de uniformización. Sí resulta más destacable en cambio el hecho de que ahora se hallen encuadrados en un espacio jurídico militar francés, y en todo caso, no hay que desdeñar el papel del ejército como agente de transmisión cultural, en un sentido más amplio que el meramente lingüístico.

Otra importante vía militar de integración a nivel continental estuvo constituida por la formación de campos de veteranos. En ellos, los militares dispuestos a establecerse recibían un número de hectáreas de tierra a título suplementario de recompensa nacional, con la condición de que residiesen en las tierras que les fuesen distribuidas, las cultivasen y colaborasen en la defensa de las plazas fronterizas. Las tierras así adquiridas no podrían ser comprometidas, cedidas ni alienadas durante un espacio de veinticinco años, y se promoverían los matrimonios con mujeres locales. Se trataba de bastiones avanzados de la República consular y de lo que luego sería el Imperio, instrumentos de una política voluntarista de asimilación cultural. En el trasfondo de estas medidas se puede ver una política social que busca hacer de los

⁹⁶ Así, algunos oficiales de origen no francés llegaron a ocupar altos cargos a la cabeza de misiones, como los polacos Poniatowski y Dombrowski, los holandeses Hogendorp y Dumonceau, el bávaro Drede, el portugués Pamplona o el italiano Teulié; los lanceros polacos eran admitidos en la Guardia Nacional; bajo el Consulado y el Imperio, Italia proveería el 43'3% de los oficiales extranjeros al servicio de Francia, Bélgica el 33% y Alemania el 7'7% (Bertaud, 2005, p. 175). Rusia es invadida por un ejército plurinacional de hasta quince nacionalidades distintas: un Gran Ejército formado cada día más por regimientos extranjeros (más de la mitad), donde los oficiales franceses se codean con oficiales de diversos países europeos formados en la misma escuela de táctica, con las mismas reglas de disciplina, que utiliza con frecuencia la misma lengua y que sufren por igual las pérdidas humanas.

veteranos pequeños propietarios, siguiendo los proyectos ilustrados del soldado-ciudadano⁹⁷ e imitando también, por qué no decirlo, las antiguas colonias romanas: de esta manera se contribuía al afrancesamiento del espacio de los vencidos. La ley busca acrecentar la población francesa en los territorios anexionados, aclimatar sus hábitos, la lengua, y vincular esos nuevos colonos a un suelo que “doit cesser de leur être étranger”. Así reconocía explícitamente el General Mathieu Dumas, en una carta al mismo Cónsul Primero, el objetivo de esta política de asimilación: formar una única Nación:

« Le but est le même que celui des Romains dans leurs fondations de colonies de vétérans : il ne s'agit pas seulement de récompenser par une distribution de propriétés territoriales les militaires mutilés ou grièvement blessés pendant la guerre de la liberté, mais d'affermir la domination française dans les nouvelles conquêtes, d'y prévenir les révoltes et les surprises ; et surtout de porter au milieu des peuples nouvellement réunis les habitudes et les mœurs françaises pour parvenir à fondre les caractères et *ne plus avoir qu'une seule Nation* »⁹⁸.

1. 3. 5. La política dinástica:

Muchos de estos militares leales que son puestos a la cabeza de gobiernos en los nuevos territorios ocupados irán formando progresivamente, junto con los familiares del propio Emperador situados también en puestos de máxima confianza, el tejido de una suerte de nueva clase nobiliaria transnacional. Un oficial dispone de privilegios jurídicos y financieros que rápidamente hacen de él un notable: se convierte así en la nueva aristocracia de una sociedad marcada por la guerra. Los propios nuevos monarcas y sus familiares no se libran tampoco de tener que servir en el ejército, como

⁹⁷ Conf. Monnier, 2004.

⁹⁸ General Mathieu Dumas a Napoleón Bonaparte, 13 de septiembre de 1802. Archives Nationales, AF IV n° 1037 (cit. en Bértaud, 2005, p. 177). Pero en la práctica, lo cierto fue que los veteranos eran demasiado poco numerosos como para jugar un papel importante en la política de asimilación de las poblaciones conquistadas. A Napoleón le faltaron el tiempo y los medios para generalizar una empresa que muchos consideraban poco viable. Con todo, no faltaron los veteranos y prisioneros de guerra que llegaron a echar raíces, convirtiéndose en esos intermediarios culturales soñados por el Emperador. Y donde desde luego dio sus frutos semejante diáspora militar y administrativa fue en lo concerniente al futuro de las letras francesas, con las experiencias y testimonios que transmitieron a través de sus plumas gentes como Chateaubriand, Stendhal, Victor Hugo (cuyo padre sirvió en España) o la exiliada Madame de Staël: “le résultat le plus durable de la campagne de Russie, [ce sont] les romans de la comtesse de Ségur!” (cit. por Dufraisse y Kerautret, 1999, p. 217).

es el caso de su cuñado Murat o su hermano Jérôme, que toma parte en la campaña de Rusia.

Napoleón presta especial atención a la educación, y pretende crear, además de una Universidad y un Instituto europeo, una enseñanza común para las elites imperiales, y en concreto, para los hijos de príncipes y monarcas que serían educados en común, “pour mieux faciliter la fusion et l’uniformité des parties fédératives de l’empire”⁹⁹.

De Albert Sorel a Georges Lefebvre, todos apuntan a una brusca evolución a partir de 1808 del Imperio de estilo federativo heredado de la Gran Nación hacia un sistema dinástico, repudiando la herencia republicana para fundar una dinastía que se pretende durable en el tiempo. La nueva nobleza imperial supone así una neta recusación de los valores revolucionarios; Napoleón habría seguido en ese sentido la política más clásica: la de las alianzas dinásticas de la antigua Europa, estableciendo toda una red familiar entre los distintos tronos, en los que coloca hermanos, cuñados, impone estrategias matrimoniales... Lejos todo ello de cualquier asomo confederativo, con el fin de facilitar, en principio, la transición desde la independencia a la integración imperial¹⁰⁰.

Napoleón busca ante todo con esta política que la política hegemónica de Francia sea aplicada como lo haría él mismo, pero cuando esto no es así, y comprueba por ejemplo que, en el caso de su hermano Luis, parece mostrarse más dispuesto a defender los intereses de sus súbditos holandeses que los de la política napoleónica, el Emperador no dudará en destronarlo, anexionando a Francia el territorio holandés (julio de 1810). En cuanto a su hermano Lucien Bonaparte, antiguo militante jacobino y *sans-culotte*, quien presidía el Consejo de los Quinientos en el momento del golpe de

⁹⁹ Cit. en Jourdan, 2002, p. 61.

¹⁰⁰ Así, Napoleón va colocando progresivamente en los distintos tronos a sus más allegados: su yerno (luego hijastro) Eugenio de Beauharnais como virrey de Italia, su hermana Elisa como princesa de Lucca y Piombino, su hermano Luis en el trono de Holanda, su cuñado Murat al que le otorga el Gran Ducado de Berg y más tarde lo promociona a rey de Nápoles (cuando nombra a su sobrino Napoleón-Luis, hijo de Luis Bonaparte, gran-duque de Berg); su hermano José como rey de Nápoles y después rey de España, Jérôme como rey de Westfalia, mientras que Eugenio pasa posteriormente a heredero del Gran Ducado de Frankfurt; Su hermana María-Paoletta, viuda del General Leclerc, vuelve a casarse, a instancias de su hermano, con el Príncipe Borghèse, del patriciado romano, y su hermana Carolina contrae matrimonio con Murat en 1800, llegando a reina de Nápoles a partir de 1808, en medio de una suntuosa corte. También los generales de mayor confianza se verán recompensados con títulos y tronos, y así, a lo largo de 1806, Napoleón erige doce provincias del reino de Italia en ducados, grandes feudos del Imperio francés que son puestos en manos de los hombres de confianza del Emperador: Soult, Bessièrès, Duroc, Champagne, Coulaincourt... (Talleyrand es convertido en príncipe de Bénévent en 1806).

Brumario, se negó desde un principio a seguir a su hermano en su éxito imperial. La ruptura definitiva tiene lugar cuando éste pretende imponerle su particular política matrimonial; en 1810 intenta marchar a Estados Unidos desde Roma pero, interceptado por los ingleses, es conducido a Malta y posteriormente a Inglaterra. Napoleón hizo que su nombre fuera borrado de los senadores vitalicios y los grandes oficiales, y llegó al punto de que, en el almanaque de 1811, su nombre ni siquiera aparece entre los hermanos del Emperador¹⁰¹. De esta manera Napoleón convierte a los reyes de Europa en sus lugartenientes, una especie de super-Prefectos¹⁰² a cuya cabeza se coloca él, en una práctica carolingia del poder y que se relaciona con la idea una Dieta de monarcas, lo que le acerca más a una concepción más clásica del tipo del abad Saint-Pierre y le aleja en cambio de perspectivas más modernas como la de Rousseau.

Este aspecto supone precisamente un problema central para las otras potencias a la hora de aceptar los progresos territoriales del Imperio francés: mientras que la política del Antiguo Régimen admitía sin demasiado problema que las guerras diesen lugar a conquistas, restituidas en parte con los tratados de paz y casi siempre transitorias, la política en los nuevos territorios ocupados de Napoleón instalando a sus próximos en tronos que se convierten así en monarquías susceptibles de prolongarse en el tiempo sí representa una grave amenaza para el futuro de la composición del continente. Porque en el fondo, a ojos de la vieja aristocracia europea, Napoleón sigue siendo un revolucionario disfrazado de emperador. Y así, el sistema que hubiera debido fortalecer el Imperio, contribuía en la práctica a deshacerlo¹⁰³.

Napoleón habría buscado construir una Europa nueva instalando a sus más allegados en los tronos de los que antes había expulsado a príncipes legítimos, y mostrando así curiosidad –si no aspiraciones– por participar de las reglas de esta sociedad de príncipes; imita sus antiguos usos en la etiqueta de la corte de Baviera, proclama grandes dignatarios y funda nuevas cortes. Con su matrimonio con la joven archiduquesa María-Luisa de Habsburgo, princesa imperial de Austria, princesa real de Hungría y Bohemia (y sobrina además de María Antonieta) por la vía más antigua de la diplomacia de los reyes, Napoleón logra prefigurar la reconciliación en abril de 1810, tras la paz de Viena de octubre de 1809 (el hijo que tienen en común es proclamado rey de Italia nada más nacer). En la práctica optaba, en vez de por la tabla rasa, por la

¹⁰¹ Bois, 1999, p. 309.

¹⁰² Jourdan, 2002, p. 62.

¹⁰³ Dufraisse, Kerautret, 1999, p. 151.

prolongación del pasado, política que manifiesta bien pronto sus contradicciones, con unos soberanos que, lejos de permanecer en su posición de prefectos disfrazados y permutables, se tomaron muchas veces en serio su nuevo papel de monarca nacional. Y a largo plazo, esta política familiar no lograría triunfar (mientras que, por el contrario, tras la caída del Imperio muchas de los linajes borbónicos fueron restaurados, mostrándose mucho más estables que el de los Bonaparte): el clan Bonaparte carecía del arraigo de siglos y de la legitimidad inmemorial, única capaz de resistir todo embate crítico¹⁰⁴.

El régimen imperial sufre así finalmente una deriva monárquica y un cuestionamiento cada vez más constante de la herencia democrática de la Revolución. En el seno de la propia Francia, el régimen se vuelve de carácter autoritario: una policía omnipresente controla de cerca a los funcionarios, vigila la opinión, modela los espíritus e interna a todo sospechoso. Esta deriva despótica cada vez más ostensible se hallaba finalmente más próxima al régimen absolutista que a la práctica de las asambleas revolucionarias, más cerca de la monarquía universal, en fin, que de una Europa federada.

1. 4. Ambivalencias nacionales e históricas

El resultado de las actuaciones del Emperador, a la luz de los medios expuestos más arriba, debe enfrentarse además con dos importantes referentes en tensión para una interpretación completa y cabal. Por un lado, la posición de dicha actuación en lo concerniente a las naciones, actores principales de lo que iba a ser la historia del siglo XIX. Por otro lado, su toma de posición con respecto a la historia, y cómo el propio Napoleón se concibe a sí mismo como un demiurgo novador y, al mismo tiempo, como un sujeto histórico perfectamente anclado en la cadena de los tiempos, que emparenta con la estela carolingia y recoge el testigo revolucionario.

¹⁰⁴ Bois, 1999, p. 308

1. 4. 1. Enemigo o defensor de las causas nacionales:

En el apartado anterior he comentado las posibles contribuciones que Napoleón hiciera a favor de la reunificación de las distintas naciones europeas, probablemente su mayor legado, aunque como no podía ser de otra manera, también controvertido. “J’ai toujours eu l’intention de créer, libre et indépendante, la nation italienne” dijo al recibir en 1805 la corona de Italia, y toda la historia italiana de la primera mitad del siglo XIX se iba a centrar en adelante en la lucha por recuperar el ideal que Napoleón les propusiera, deuda de la Italia moderna que los historiadores italianos siguen reconociendo¹⁰⁵. También para Alemania, cuya unificación final prevé inevitable, expresó en Santa Helena sus deseos: “j’eusse gouverné infailliblement les trente millions d’Allemands réunis”¹⁰⁶. La reordenación del territorio alemán, reducido y simplificado por su mano a treinta y nueve Estados reunidos en la Confederación del Rin (que sería la que más tarde heredaría Bismarck) frente a los trescientos sesenta Estados anteriores que componían el Imperio Sacro-germánico fue de manera innegable una baza importantísima que posibilitaría la futura anexión. Polonia, aunque por el momento dividida, también se vería en el futuro, y de cara a su reintegración, en deuda con la obra de Bonaparte.

¿Lo hace por el bien de Europa o por el interés de Francia?: “Je veux avant tout ce qui convient à la France. Si j’ai conquis des royaumes, c’est pour que la France en retire des avantages”¹⁰⁷. Y en agosto de 1810 escribía al Príncipe Eugenio, virrey de Italia : « Mon principe est la France avant tout... »¹⁰⁸. Napoleón busca edificar una Europa regenerada, en la que Francia sirva de modelo y sea “la envidia de las naciones”.

Y sin embargo, algunos autores insisten en destacar su carácter italianista y anti-francés, al menos en sus orígenes, cuando comienza a redactar una *Histoire de la Corse* “d’esprit très francophobe”¹⁰⁹. Y Marcel Dunan se pregunta por su parte si no habría,

¹⁰⁵ Marcel Dunan: “Napoléon, l’Italie et le système continental », *Revue de l’Institut Napoléon*, n. 96, julio 1965, cit. en Petiteau, 2002, p. 30.

¹⁰⁶ Las Cases, 1935, T. II, p. 486.

¹⁰⁷ Cit. en Duroselle, 1965, p. 165.

¹⁰⁸ 23 agosto 1810, cit. en Dufraisie, 1995, pp. 4-25. También le confesó a Roederer, a comienzos de 1809: « Je n’ai qu’une passion, qu’une maîtresse ; c’est la France : je couche avec elle. Elle ne m’a jamais manqué, elle me prodigue son sang et ses trésors. (...) Je jure que je ne fais rien que pour la France : je n’ai en vue que son utilité... ».

¹⁰⁹ Brekilien, 1993, p. 434.

tal vez, espoleado a una oposición irreductible en el caso de haberse mostrado más “europeo” que “francés”¹¹⁰.

¿Cómo conciliar, en cualquier caso, su supuesta voluntad de crear naciones “compactas” con el dominio generalizado de Francia? Porque lo cierto es que la Europa de esos días es eminentemente francesa: todas las grandes obras de arte del continente son trasladadas al Louvre, todas las vías de comunicación tienen por centro París, convertida en capital del mundo: “La France tricolore allait contraindre le genre humain à être humain”¹¹¹.

Napoleón invirtió mucha energía en identificarse con Francia, y en convencer a los demás de ello. Trató de hacer de París la capital religiosa de la Europa católica (en la que residiría el Papa), así como la Europa artística y científica¹¹². Todo un proceso de centralización cultural que impulsa el turismo cultural, y atrae a París a grandes artistas y científicos del continente: el estudio del pintor David cuenta con más de cuatrocientos estudiantes, muchos de ellos extranjeros, Spontini o Cherubini se instalan allí y, sobre todo en el ámbito científico, atraídos por los progresos del Observatorio o el Instituto y animados por su sistema de premios y recompensas sin distinción de origen, acuden a la capital sabios como Humboldt o Volta; autores clásicos alemanes como Goethe o Wieland fueron recompensados con la Legión de Honor en 1808 (aunque pronto esta generación de escritores alemanes, con Madame de Stäel a la cabeza, acabaría convirtiéndose en una de sus peores pesadillas). El nuevo estilo arquitectónico, inspirado como no podía ser de otra manera en la Roma imperial, forma parte del embellecimiento de la capital europea, pero Napoleón también la extiende a otras ciudades del Gran Imperio, donde se colocan estatuas oficiales del “Napoléon legislador”¹¹³. Tras el paso de Napoleón, Francia sale objetivamente fortalecida: su población ha aumentado un 10%, su producción industrial crece a pasos agigantados, todo rastro de feudalismo ha desaparecido de su territorio y en su lugar se asienta una nueva burguesía que hace consolidar el progreso económico. Y sin embargo, da la

¹¹⁰ Dunan, 1961, pp. 148-149.

¹¹¹ Brugmans, 1970, p. 216.

¹¹² Vivant Denon se ocupa de “recolectar” por media Europa las grandes obras de arte destinadas a decorar el nuevo Museo de Napoleón (en 1815 el Louvre tendrá que devolver más de 2000 cuadros y 150 estatuas), los archivos imperiales se completan con las colecciones de Hoffburg o Simancas. Se impulsan además otros museos en provincias, y se persigue hacer de París el centro de las letras europeas, impulsando el arte en todas sus ramas, para hacer de aquél un “grand siècle”.

¹¹³ Dufraisse, Kerautret, 1999, pp. 214-216.

impresión de que, para enero de 1814 y tal y como comenta Stendhal, “le peuple de l’Europe le plus vif ne formait plus, comme nation, qu’un corps mort”¹¹⁴.

De manera general, el régimen de Napoleón quedaría vinculado en la memoria de los pueblos a la abolición del régimen feudal: G. Lefebvre destaca que, en los casos de Italia y Alemania, Napoleón abolió las autonomías provinciales, los privilegios y la feudalidad, sustituyéndolos por la centralidad administrativa, la igualdad civil, la unidad del mercado interior y otras tantas herencias revolucionarias. Jean-Pierre Bois nos recuerda que el régimen napoleónico introduce en los países dominados directamente por Francia grandes reformas que serán en lo sucesivo irreversibles¹¹⁵, tales como la liberación de los siervos, la desaparición de los derechos señoriales, el acceso del campesinado a la propiedad de la tierra, la generalización de la tolerancia religiosa, la supresión de los monopolios corporativos y la abolición general de privilegios; además, carreras prestigiosas en el ejército o la función pública se vuelven accesibles para todos. Marcel Dunan, por su parte, no ha dejado de destacar, para el caso alemán, que es precisamente Napoleón quien acaba en 1803 con la antigua división territorial y que, a partir de 1806, hace del espacio alemán directamente beneficiario de las principales conquistas políticas y sociales francesas¹¹⁶. Por lo que respecta a la percepción de la conquista en los propios países afectados, y al menos hasta las nefastas consecuencias económicas del bloqueo continental, la burguesía extranjera parecía sentirse muy cerca de las ideas francesas, y parece que, en términos generales, los contemporáneos sí tuvieron la impresión, al menos durante un tiempo, de que Napoleón defendía los derechos de las naciones. Incluso Madame de Stäel llegó a reconocer que “les peuples européens s’obstinaient à lui considérer le défenseur de leurs droits »¹¹⁷.

Sin embargo, Napoleón también tendría que hacer frente a importantes factores de resistencia en los territorios ocupados: la solidez de las tradiciones y antiguas estructuras, reforzadas por la actuación de los poderes locales (uno de los principales motivos de enfrentamiento entre Napoleón y su hermano Luis sería la cuestión del respeto a las tradiciones holandesas). Muchos Estados de la Confederación del Rin, aunque introducen en su ordenamiento el Código Civil, siguen en manos de la nobleza. Sería ilusorio pensar, de igual modo, que se hizo triunfar los principios franceses en el

¹¹⁴ Cit. en Dufraisse, Kerautret, 1999, p. 243.

¹¹⁵ A pesar de que Dufraisse y Kerautret opinen que “de l’organisation que Napoléon avait donnée à l’Europe, on a presque tout effacé” (Dufraisse, Kerautret, 1999, p. 260).

¹¹⁶ Dunan, 1961, pp. 66-76.

¹¹⁷ Stäel, 1983, p. 425: un gran equívoco, puesto que en verdad era su enemigo, matiza.

reino de Nápoles, más dominada en la práctica por su aristocracia y su clero que por Joaquín I (Murat).

Los años 1799-1815 no fueron pues los años de una Europa unida *avant la lettre* sino, todo lo más, de una “integración hegemónica”¹¹⁸ donde toda lectura acerca de una construcción europea remite a la ambición personal de Napoleón. Las palabras de Santa Helena que hemos venido evocando aquí alimentaron sin embargo la leyenda y pudieron en ese sentido contribuir de algún modo a allanar el camino de la idea unionista tanto como de la propia idea nacional. El mito de un emperador que sueña con fundar la unidad europea se redobla además con la imagen de un conquistador preocupado por exportar a esta Europa en transición los logros de la Revolución.

1. 4. 2. Continuación o ruptura: de Carlomagno a la Revolución

Los primeros años del siglo se enfrentaron a una situación política absolutamente inédita, y los mismos agentes son conscientes de esta novedad: “Un terrain tout nouveau demandait des procédés tout nouveaux”¹¹⁹. Pero ya hemos visto que los medios o instrumentos con los que se le hace frente, a falta de otros nuevos disponibles, no lo son siempre, y que en la práctica, el Emperador se enfrentó a esta política circunstancial sobre las bases de una profunda inspiración antigua. El Consulado representa, en el interior de Francia, un esfuerzo de reconciliación entre los principios de 1789 y los de la antigua Francia monárquica¹²⁰, y bajo esta forma penetran las innovaciones de la Francia revolucionaria en el resto del continente, a través de un imperialismo de conquista. Napoleón tiene conciencia de ser la continuación de una historia milenaria de Francia —de Clovis al Comité de Salvación Pública, según su propia fórmula—, historia de la que él cree precisamente encarnar la síntesis¹²¹. Pero al mismo tiempo es también el producto de una época radicalmente nueva, y esta baza la aprovechará hasta el extremo. Así lo apunta Bélissa: aunque parezca que el Directorio y

¹¹⁸ Petiteau, 2002, p. 27.

¹¹⁹ Las Cases, 1935, T. II, p. 481.

¹²⁰ Bois, 1999, p. 306.

¹²¹ Carta de Napoleón a su hermano Luís el 21 de diciembre de 1809, cit. por Kerautret, 2005, p. 325.

el Consulado “vuelven” a una diplomacia tradicional, el contexto en el que se desarrollan ya no es el mismo, y los objetivos han cambiado de manera radical¹²².

Napoleón se ve a sí mismo como el broche de oro a la Revolución a la que completa y perfecciona, el arco de la vieja y la nueva alianza, el “*médiateur naturel entre l’ancien et le nouvel ordre*”¹²³. Con su Imperio busca extender las bondades de la Revolución al resto del continente (“lo que es bueno para Francia, es bueno para el mundo»), y en ese sentido comprende su propia legitimidad histórica. Él mismo inscribe el sentido de las guerras imperiales en la lógica de continuación de las guerras revolucionarias (“*cette lutte du passé et de l’avenir*”¹²⁴), y este juicio sería suscrito por buena parte de la historiografía posterior, desde los tempranos Arnault (1822) o Gallois (1825), Achille Henri bajo la monarquía de Julio y hasta bien entrado el siglo XX: Driault se presenta en 1920 como el apologista decidido del brazo armado de la Revolución fuera de Francia, y Eugène Tarlé en 1936 también apunta que el Emperador fue recibido en Europa como un heredero de la Revolución, “Robespierre a caballo”, al abolir la servidumbre y las prerrogativas feudales. Todavía en 1978, Georges Bordonove cifra la causa de las guerras en el rechazo de los monarcas europeos a aceptar entre ellos al heredero de la Revolución¹²⁵. Epígono revolucionario, la Europa de Bonaparte —la Francia de los ciento treinta departamentos— iba a distar sin embargo de aquel proyecto de aspiraciones universalistas que fue la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano de 1789 y su sueño cosmopolita de una comunidad de hombres libres. Napoleón abandona ciertamente el republicanismo como forma constitucional de gobierno, pero retiene para sí la visión de que su administración, “sabia y liberal”, traería al continente el mismo nivel de paz y civilización que la realización del *ius cosmopoliticum* preconizado por Kant. Su aventura imperial permanece

¹²² Béliissa, 2006, p. 416. Aunque no de manera tan radical, si nos atenemos a lo expuesto en el apartado 1. 3. 4.

¹²³ “La cause du siècle était gagnée, la révolution accomplie ; il ne s’agissait plus que de la raccommo-der avec ce qu’elle n’avait pas détruit. Or, cet ouvrage m’appartenait ; je l’avais préparé de longue main, *aux dépens de ma popularité peut-être*. N’importe. Je devenais l’arche de l’ancienne et de la nouvelle alliance, le médiateur naturel entre l’ancien et le nouvel ordre de choses. J’avais les principes et la confiance de l’un, je m’étais identifié avec l’autre ; j’appartenais à tous les deux ; j’aurais fait en conscience la part de chacun » (Las Cases, 1935, 24 Agosto 1816, t. II, p. 149). Y Leroux lo presentaría de ese modo años más tarde, en el periódico *Le Globe* : “Ainsi s’explique cette énorme contradiction d’un homme qui prétend continuer la révolution, et qui la continue en effet, tout en rétablissant à certains égards l’empire de Charlemagne » (Leroux, 24 de junio de 1829).

¹²⁴ Las Cases, 1935, T.II, p. 285. Recordemos que también el General Mathieu Dumas se refería al proceso como “guerre de la liberté”.

¹²⁵ Bordonove, Georges, *Napoléon*, París, Éd. Pygmalion, 1978. Frente a ellos, Olivier Boudon defiende la tesis contraria de que, si bien las guerras revolucionarias son heredadas, Napoleón se excede y las lleva mucho más allá (cit. en Petiteau, 2002, pp. 20-21 y 27).

por lo tanto inextricablemente unida a la herencia revolucionaria y con ella, a la tradición universalista de la Ilustración, tal y como veremos en el próximo apartado. Aunque su idea de un orden universal europeo es, claro está, el de la unidad bajo una única soberanía nacional, y en este sentido al menos tiene mucho en común con las próximas aspiraciones de los románticos germánicos por revivir el antiguo *Reich* como instrumento de unificación europea¹²⁶.

En Europa, ese aspecto de clausura del periodo revolucionario bajo la dictadura de Bonaparte no será tanto el fenómeno esencial: a sus ojos, se inscribe en una lógica de continuidad, la de la expansión de Francia, que viene llevándose a cabo desde 1792, y así, el adversario “Napoleón” se confunde con la enemiga “Francia” (en el primer tratado de París, en mayo de 1814, el Zar introduce la idea, recogida de Joseph de Maistre, de que Napoleón es el único culpable y de que no hay por ello que castigar a Francia, aunque esta estrategia se verá modificada tras el regreso del general de Elba, y la acogida con la que contará¹²⁷).

La obra napoleónica guarda no sólo sentimiento de continuidad con el periodo revolucionario inmediatamente precedente, sino que pretende radicarse en la historia de una manera más profunda. En el *Memorial de Santa Helena* aparece así con frecuencia la evocación de un “Imperio Universal”, relacionado sin duda con la idea del Imperio romano, ideal que el Emperador no pierde de vista (pues como éste, persigue “civilizar a los bárbaros” y extender la llama de la Ilustración como hicieran los romanos) y que así queda reflejado en buena parte de su simbología; y también con la idea del Imperio carolingio, hasta llegar a definirse en algún momento como un “Washington coronado”¹²⁸, en medio de un congreso de reyes al que no podía llegarse si no era a través de una “dictadura universal”.

Peter Sloterdijk ve, tras la apariencia *antigua* del Imperio, un diseño eminentemente *moderno*: la romanidad imperial constituye un parámetro insoslayable en la reconstrucción de toda idea imperial posterior en Europa; la idea de imperio seguiría cumpliendo pues una función quintaesencial en la constitución de Europa, y el *traslatio*

¹²⁶ Pagden, 2002, p. 17, Fontana, 2002, pp. 123-124.

¹²⁷ “Les Cent jours ajoutent peut-être à la légende, mais surtout à la facture » (Hesse, p. 182). Y es que las medidas emprendidas contra la población francesa tras el regreso del Emperador, fueron mucho más duras: “Pour catire la population de l’accueil qu’elle avait fait à ‘l’usurpateur’, ils occupèrent militairement le pays, et y commirent toutes sortes d’excès. En outre, ils réduisirent encore la surface du territoire français » (Brekilien, 1965, p. 286).

¹²⁸ Las Cases, 1951, 29 noviembre 1815, pp. 272-273.

imperii medieval lejos de ser una concepción superada, alcanzaría hasta nuestros días; Europa se presenta en ese sentido como el “teatro para las metamorfosis del Imperio”, metempsicosis del Imperio romano que se produce entre los pueblos europeos susceptibles de encarnar en cada momento el proceso histórico¹²⁹.

De esta manera, y más allá de la voluntad de crear una nueva realidad política *ex nihilo* como parecía ser el programa de la Revolución, Napoleón buscó siempre por el contrario una incardinación en la historia: “Comme son époque, Napoléon avait l’obsession de l’histoire”¹³⁰. Y ese empeño en el anclaje histórico el Emperador lo iba a encontrar preferentemente en Carlomagno, como metáfora inaugural no sólo de la unidad francesa y la identidad nacional, sino de la gloria imperial europea a restablecer.

El conocimiento limitado de los hechos históricos (que Napoleón aprende en las *Observations sur l’histoire de France* de Mably, de 1765), la distancia en el tiempo y la oscuridad misma del periodo elegido ayudan a forjar la leyenda y moldearla, a través de toda una serie de referencias y símbolos diversos, en su propio beneficio, para construir a su medida un paralelismo entre aquel Imperio de los francos y el actual Imperio de los Franceses, estableciendo una línea de continuidad en la idea imperial, que pese a las apariencias, no habría desaparecido nunca:

« L’idée d’empire en France n’était pas morte avec les Carolingiens. De Philippe III le Hardi à Louis XIV en passant par François Ier, jusqu’au projet de faire de Louis XVI un empereur des Français, l’idée renaissait périodiquement dans le royaume. Le mérite de Napoléon sera de trancher le noeud gordien. Il ne sera pas question pour ce soldat parvenu de briguer la couronne du Saint-Empire romain germanique. Il créera un nouvel empire d’occident, qui provoquera la ruine du précédent et le remplacera dans l’esprit des observateurs de l’équilibre européen. Allant d’ailleurs plus loin, il restaurera l’idée en son sens plein, liée à l’impérialisme géographique de l’Empire universel »¹³¹

Carlomagno ha representado sin duda siempre un “enjeu de l’histoire”¹³² tanto francesa como europea, el arquetipo del personaje histórico *européo* por excelencia, cuyo origen, “francés” o “alemán”, se sigue disputando a día de hoy, aunque sólo sea con

¹²⁹ Peter Sloterdijk, 2003, pp. 42-54, donde interpreta la Union europea contemporánea en términos de actualización del concepto de Imperio: “La fonction qu’essentielle de la constitution de l’Europe tient dans un mécanisme de transfert de l’Empire. L’Européisme met en marche et reste en mouvement dans la mesure où elle parvient à revendiquer l’Empire qui existait avant elle, et à le transformer » (p. 52).

¹³⁰ Jourdan, 1998, p. 52 y ss.

¹³¹ Frédéric Bluche, *Le bonapartisme. Aux origines de la droite autoritaire (1800-1815)*, Nouvelles Éditions latines, 1980, p. 76 (cit. en Malinois).

¹³² Jean Favier, *Charlemagne*, 1999, chap. XXIII, cit. en Lentz, 2005, p. 12

finés turísticos. La leyenda del personaje había comenzado a fraguarse con fuerza ya a finales del siglo XVIII, aunque Carlomagno fue siempre un gran referente de las monarquías francesas de todos los tiempos, empezando por los Capetos que se reclaman sus sucesores con una legitimidad difícilmente reproducible por Napoleón, aunque intente objetivos y métodos similares. Además de por franceses y alemanes, y por la dinastía de los Capetos que destronaron a la línea de sucesión carolingia, el ascendente de Carlomagno es reivindicado tanto por absolutistas como por sus contrarios, convirtiéndose en un mito capaz de respaldar los más diversos intereses: Bossuet no dudaba en ver en el Rey sol a un “segundo Carlomagno”, mientras que para el antiabsolutista Boulainvilliers, por ejemplo, Carlomagno había instaurado un poder compartido con las “asambleas francas” (*Histoire de l'ancien gouvernement de la France*, 1727), o en la lectura de Mably, en la que Carlomagno aparecía como adalid de la reconstrucción francesa en torno a una especie de “regreso” a la democracia (*Observations sur l'histoire de France*, 1765). La falta de datos históricos, altamente contaminados además por las fuentes literarias, hace fácilmente posible semejante amalgama¹³³.

A partir de 1789, Carlomagno vuelve a erigirse como uno de los personajes del Antiguo Régimen más importantes del escenario histórico. Su figura es evocada en los Estados Generales así como en las grandes celebraciones solemnes del Campo de Marte (que no son sino modernas reediciones de las antiguas asambleas llamadas de “Champ de Mai”). Con motivo de la Fiesta de la Federación del 14 de julio de 1790, primer aniversario de la toma de la Bastilla, el diputado Villette propone que Luis XVI sea proclamado emperador de los franceses por la nación, igual que lo había sido Carlomagno, según sus palabras, “mil años antes”. Y aunque la Iª República trataría de dejarlo en los márgenes de sus referentes, ni siquiera el gobierno del Terror lograría acabar con el mito, que regresa con fuerza bajo el Directorio, y especialmente con la publicación de Mme. de Genlis de su obra *Chevaliers du Cygne ou la cour de Charlemagne* en 1796, que se adelanta al gusto romántico y el resurgir de las historias de caballerías, y en la que se apela ya a un “nuevo Carlomagno” que lleve a buen término la Revolución,

¹³³ “Si l’on ose dire, on mettrait l’empereur qui n’avait pas la barbe fleurie ‘a toutes les sauces’ : il était à la fois le guerrier, le fondateur de la monarchie, un roi sage et même ‘bourgeois’, et encore le défenseur du droit des ‘pairs’ et du peuple » (Robert Morrissey, *L’Empereur à la barbe fleurie. Charlemagne dans la mythologie et l’histoire de France*, 1797, cit. en Lentz, 2005, p. 13).

reencarnación que no tardaría en hacerse factible a ojos de muchos en el propio Bonaparte, desde bien pronto al comienzo del Consulado¹³⁴.

La idea de la condesa de Genlis parece haber fructificado pronto: Jean Chas publicaba en 1803 *Parallèle de Bonaparte avec Charlemagne*, en el que consideraba a aquél personificación de este último por sus cualidades civiles y regeneradoras. La propaganda del nuevo régimen acapara la figura del mítico emperador y hace de él una referencia omnipresente en su discurso, presentando a Napoleón, tras un paréntesis de mil años, como su legítimo sucesor. La evocación se repite una y otra vez en motivos artísticos¹³⁵; y de la evocación en el arte y la literatura, no tarda en pasar al discurso político: así lo recogía el Presidente del cuerpo legislativo Fontanes en un discurso del 10 de enero de 1804:

« [Charlemagne], comme celui qui nous gouverne, écrivait dans le tumulte des camps les lois qui devaient maintenir la paix des familles, et méditait des nouvelles victoires en ouvrant de paisibles assemblées du Champ de Mars »

Fontanes concluía su parlamento felicitando a Napoleón por haber sabido llevar a cabo una obra legislativa « vanamente concebida por Carlomagno »¹³⁶ (en referencia al Código Civil). Embajadores extranjeros se hacen rápidamente eco de la equiparación y escriben a sus países presentando a Napoleón como un Carlomagno “éclairé des lumières de notre siècle”¹³⁷. Y en la sesión de votación de la “moción Curée” para transformar la República consular en un Imperio hereditario, el tribuno Curée apelaba en su discurso también al personaje histórico, cuyo “régimen bienhechor” no estaba sino haciendo restablecer Bonaparte, a través de “ces idées libérales que l’histoire admire encore dans les institutions de Charlemagne”¹³⁸. Un año después, cuando la obra de reestablecimiento del Imperio ya está plenamente en marcha, será esta vez el

¹³⁴ Y es que el propio Napoleón es también él mismo, en muchos aspectos, un neoclásico que anuncia el romanticismo.

¹³⁵ Y así lo retrataba el pintor David en 1801 en su *Le Premier Consul franchissant les Alpes au col du Grand Saint-Bernard*, donde equiparaba en la hazaña del pasaje de los Alpes al Emperador con Aníbal y Carlomagno (cinco años después lo pintaría Ingres, esta vez sobre el trono imperial, y pertrechado de atributos carolingios, como el cetro de Carlos V o la espada de Carlomagno).

¹³⁶ Cit. en *Le Moniteur universel*, 13 de enero de 1804.

¹³⁷ Cit. en Lentz, 2005, p. 16.

¹³⁸ « Napoléon succède au plus illustre de la seconde race : Charlemagne » (« Motion d’ordre du Tribun Curée, sur l’émission d’un vœu tendant à ce que Napoléon Bonaparte [...] soit déclaré Empereur des Français... »), en *Gazette de France*, 30 de abril de 1804.

presidente del Colegio electoral de Tortone quien insistía: “vous avez régénéré l’Empire des Francs, et ce trône de Charlemagne enseveli sous les ruines de dix siècles”¹³⁹.

Este recurso dotaba al Imperio de Napoleón de raíces históricas, y le servía como instrumento teórico para justificar invasiones territoriales o reclamaciones dinásticas, así como sustento simbólico en sus relaciones con la Santa Sede, más allá de la simple utilidad propagandística. Napoleón buscó siempre basar su legitimidad en principios asumidos o asumibles por la opinión pública: así, a la legitimidad material y jurídica, republicana y revolucionaria, popular y representativa, tratará de añadir también la evocación de una cierta legitimidad monárquica, en una sociedad donde el peso de la historia y la tradición sigue siendo pese a todo de gran importancia.

La primera referencia histórica prerrevolucionaria a la que se aferra Napoleón será la de la antigua Roma, tan en boga por lo demás en la época. “Je suis un Empereur Romain. Je suis de la meilleure race des Césars », parece que dijo explícitamente en una de sus conversaciones con el general Narbonne¹⁴⁰. Y la figura de Carlomagno se inscribiría así en esta línea de continuidad con la antigüedad, en tanto que restaurador del Imperio de Occidente. Recupera así terminología institucional de la Antigua República (Consulado, Senado, Tribuno, Emperador...) como de los dignatarios carolingios (archicanciller, architesorero). Napoleón recupera el símbolo romano del águila desplegada, utilizado también por el propio Carlomagno, y lo coloca en lo alto del palacio de Aquisgrán, antigua capital del Imperio, orientada hacia Germania, con motivo de su visita a la tumba de su “predecesor” el 2 de octubre de 1804, una vez nombrado Emperador, y emulando el peregrinaje tradicional de los emperadores del Imperio sacro-germánico a este lugar (donde treinta y seis de ellos fueron coronados) en pos de sancionar su legitimidad histórica (la cobertura de la “ruta de Carlomagno” a lo largo de la rivera izquierda del Rin le servía de paso para integrar los territorios renanos en el Imperio)¹⁴¹.

¹³⁹ Cit. En *Le Moniteur Universel*, 9 de mayo 1805.

¹⁴⁰ Cit en Louis Madelin, *Histoire du Consulat et de l’Empire*, 2003 (citas extraídas de Lentz, 2005, pp. 16-23).

¹⁴¹ Como remedo de otros tiempos, la propia celebración de la coronación napoleónica se llena de referencias carolingias: un certamen de poesía convocado para tal ocasión ve cómo muchas de las obras participantes coinciden en representar la figura del nuevo Emperador como encarnación o en comparación con las gestas de Carlomagno, y también la propia ceremonia del 2 de diciembre de 1804 se llena de ecos de la que tuviera lugar allá por el año 800. Seis meses después, el 26 de mayo de 1805, Napoleón es coronado esta vez como rey de Italia, celebración que tiene lugar en Milán, y la comparación con Carlomagno, rey de los lombardos y Emperador, resulta de nuevo insoslayable; la coronación de Milán reafirmaba simbólicamente el supuesto derecho de los francos occidentales contra la “germanización” del

El Imperio no olvida sus evocaciones carolingias tras la coronación, aunque lo cierto es que Carlomagno siempre había sido más una referencia al servicio de la propaganda que un verdadero modelo (y a medida que se va poniendo en pie un sistema que se pretende totalmente nuevo, su recurso deja de resultar tan necesario, aunque sin llegar nunca a desaparecer); no existe una verdadera voluntad emulativa, porque el Emperador de los Franceses se considera a sí mismo *fundador* tanto como lo había sido el propio Carlomagno¹⁴². Así, en el transcurso de los Cien Días, el 1 de junio de 1815, todavía se celebra una última gran asamblea en el Campo de Marte bajo los auspicios de Carlomagno, que fue calificado por muchos de mera “charlatanería imperial” o “parodia ridícula” que trata de recrear una vez más al Carlomagno “liberal” pergeñado en los albores revolucionarios. Habría sido en todo caso el canto del cisne carolingio de un Imperio que ha renunciado ya a su sistema de occidente y simplemente se contenta ahora con reinar como simple monarca en el interior de las fronteras naturales de Francia.

Se trató, en definitiva, de una construcción intelectual que pretendía dar coherencia o justificar *a posteriori* determinadas políticas, y no de una simple cobertura simbólica. El recuerdo de Carlomagno jugó por lo tanto un papel decisivo, sobre todo en lo que respecta a los fundamentos de la política europea napoleónica:

« Je suis Charlemagne parce que, comme Charlemagne, je réunis la couronne de France à celle de Lombards et que mon Empire touche l'Orient »¹⁴³

La comparación con Carlomagno iba a perdurar en el tiempo, y alcanza hasta a algunos historiadores del siglo XX, como Albert Sorel, que no duda en establecer semejante equiparación; también Taine le denuncia por haber tratado de reconstruir el imperio de Carlomagno, mientras que Jacques Godechot, por su parte, señalaba en

Sacro Imperio, como si el propio Carlomagno se erigiera de su tumba para tomar partido en la rivalidad franco-austriaca contemporánea (Lentz, 2005, p. 24).

¹⁴² Napoleón, aunque reflexionó sobre ello, no quiso tomar el título de Emperador de Occidente, tal y como llegó a proponérselo el arzobispo de Ratisbona Dalberg, y prefirió en cambio conservar el de Emperador de los Franceses. La ascendencia carolingia sí le habría servido en cambio como apoyo teórico para algunas de sus más polémicas decisiones, tales como la anexión departamental catalana de 1812 (hipotética herencia del “primer” Emperador de Occidente), el repudio a Josefina y la legitimación del divorcio, o las que rigen las tensas relaciones con la Santa Sede: Napoleón rechaza, en nombre de la historia de la Alta Edad Media, todo poder temporal del Papa, y justifica la anexión de los Estados Pontificios, así como pretendería incluso trasladar al Pontífice a París, para no cometer “el mismo error que Carlomagno” (Las Cases, 1951, t.II, 17 agosto 1816, p. 202).

¹⁴³ Napoleón Bonaparte, cit. por Bois, 1999, p. 308.

1967 que su ambición supera con mucho el proyecto de Carlomagno¹⁴⁴. Pero la referencia carolingia no es el único ascendente que se le busca, y así otros autores como Hesse o Bély han querido ir más allá y hallar en él rastros de una política absolutista más propia del que debería ser en principio su adversario ideológico, Luis XIV¹⁴⁵.

Ya hemos visto cómo el gusto por la historia, impregnada eso sí de imaginación y literatura y más cercana por lo tanto a la leyenda, impregna la época del mismo modo que lo hacen las propias inclinaciones literarias del Emperador, en su empeño por forjarse una legitimidad histórica a su propia medida. La búsqueda de una línea sucesoria legítima es común a todas las casas soberanas europeas, y Napoleón comparte, como cualquier monarca, esta inquietud, este gusto por las falsas genealogías y la propaganda histórica. Así, junto a la constante evocación y recreación de Carlomagno, aunque por supuesto no al mismo nivel, aparecerán también otras figuras mucho más llamativas, como por ejemplo, el rumor popular que circula por entonces en torno a la leyenda del hombre de la máscara de hierro, rocambolesca argucia para tratar de vincular a Bonaparte con la línea de los Borbones, pero de la que el propio Emperador se hace eco en el *Memorial de Santa Helena*¹⁴⁶.

El *Memorial* está de hecho lleno de referencias históricas y da buena cuenta de esa honda preocupación; en él da a conocer su proyecto para la redacción de una Historia europea basada en las relaciones internacionales y en la estela de Voltaire, tomando por punto de partida los archivos del Quai d'Orsay creados por Luis XIV, aunque al mismo tiempo adolece de una imagen distorsionada de lo que fueron las relaciones internacionales en esos tiempos¹⁴⁷, y de la lógica de continuidad que de éstas se desprendería:

« Il avait conçu l'idée, disait-il, et regrettait fort de n'avoir pu l'exécuter, de faire composer toutes les histoires de l'Europe depuis Louis XIV sur les pièces mêmes de nos relations extérieures où se trouvent les rapports réguliers de tous les ambassadeurs : 'Mon règne, observait-il, eût été une époque parfaite pour cet objet. La supériorité de la France, son indépendance, sa régénération, mettaient le gouvernement actuel à même de publier tous ces objets sans inconvénient. C'eût été comme si l'on eût publié l'histoire ancienne : rien n'eût été plus précieux »¹⁴⁸

¹⁴⁴ Godechot, 1967, p. 207.

¹⁴⁵ "Napoléon n'est pas un révolutionnaire, sinon un stratège militaire. Ses idées politiques sont celles de Louis XIV : un gouvernement centralisateur, colbertien avant d'être jacobin » (Hesse, 1991, p. 175).

¹⁴⁶ Las Cases, 1935, T. II, pp. 875-876.

¹⁴⁷ Bély, 2005, p. 35.

¹⁴⁸ Las Cases, 1951, T. II., 5 agosto 1816, p. 125.

Napoleón y sus próximos también evocan la figura de Luis XIV cuando hacen referencia a las grandes obras urbanísticas previstas para París. Para ellos el Rey Sol simboliza el largo régimen que permitió llevar a término la realización de grandes y magníficos diseños: “Si le ciel eût donné à l’Empereur un règne de soixante ans, comme à Louis XIV, il aurait laissé de bien grandes choses”¹⁴⁹. La figura de Luis XIV le interesa también en sus relaciones con la Santa-Sede que, al igual que Carlomagno, habrían de inspirarle en este aspecto de la diplomacia. Del mismo modo que Napoleón, Luis XIV también impuso en Europa la hegemonía francesa; pero aunque frecuentemente relacionada con la idea de la “monarquía universal”, le faltaba sin embargo una verdadera perspectiva imperial para Francia, que probablemente Napoleón sí tenía. Entre la admiración y el menosprecio, y a pesar de que no deja de albergar un cierto reconocimiento hacia la magnitud de las empresas de la monarquía, Napoleón se reconoce a fin de cuentas superior: “J’aurais montré la différence d’un empereur constitutionnel avec un roi de France”¹⁵⁰, se prometía.

Otros autores, no obstante, señalan que encuadrar el Imperio napoleónico en la estela de la idea romana, del sueño carolingio o de la monarquía absoluta es desconocer profundamente los móviles del Emperador, que se sitúa por encima de todo incardinado en las discusiones del siglo, y que se reconoce fundamentalmente como un hombre de su tiempo, nutrido de inspiraciones contemporáneas, tal y como veremos en los apartados siguientes.

2. De la herencia a la reacción

2. 1. La Revolución frente a Europa

El Imperio parecía, en esta línea de continuidad, la única fórmula capaz de reconciliar la supremacía francesa con la visión ilustrada de una pacífica hermandad de naciones, haciendo del Gran Imperio una prolongación de la Gran Nación –

¹⁴⁹ Las Cases, 1951, 4 agosto 1816, T. II, p. 120.

¹⁵⁰ Las Cases, 1935, 4 agosto 1816, T. II, p. 120.

consolidada tanto en el interior como en el exterior¹⁵¹. Pero en tanto que proyección práctica de la Ilustración, el proyecto napoleónico revela y amplifica todos los aspectos y todas las ambigüedades de ésta.

El “equilibrio europeo” instaurado por la paz de Westfalia de 1648, eje básico de las relaciones internacionales del Antiguo Régimen, se había roto ya antes de que en 1792 se desencadenara la definitiva guerra europea entre dos principios (absolutismo o revolución) irreconciliables; la voracidad de las nuevas potencias emergentes (Rusia, Prusia, Inglaterra en el terreno económico y militar) se imponían cada vez más sobre los denodados esfuerzos de monarcas como Luis XV o Luis XVI por preservar el citado equilibrio y presentarse como garantes del mismo, y Francia veía así, impotente, cómo su protagonismo en la esfera internacional decrecía conflicto tras conflicto, de Crimea a Norteamérica, pasando por Polonia o las Provincias-Unidas de Holanda.

Petitfils, en su trabajo acerca del equilibrio europeo a finales del Antiguo Régimen¹⁵², parece centrarse sin embargo excesivamente en la acción bienintencionada, aunque incapaz, de Francia frente a la carencia de escrúpulos de las potencias del Este e Inglaterra, reducción que no puede hacer menos que despertar nuestra cautela. Pero lo que sí parece interesante rescatar de la opinión sostenida por este autor es su insistencia en destacar la importancia de la política extranjera en los orígenes de la crisis revolucionaria, aspecto a menudo marginado por los historiadores y que haría sin embargo de la Revolución Francesa una verdadera “revolución europea”, tal y como defendería Eugen Rosenstock-Hüssy en su obra *Las Revoluciones Europeas* o más tarde Koselleck¹⁵³, o como haría, adelantándose a todas estas interpretaciones más recientes, Charles Jean-Baptiste Bonnin en 1815¹⁵⁴. La pérdida de prestigio internacional por parte de Luis XVI se habría traducido de manera generalizada en un sentimiento de humillación y frustración para el pueblo; y es que, en la Francia de 1789, ni patriotas ni militares querían un equilibrio europeo y buscaban en cambio para su nación gloria y conquistas, sentimiento contra el que poco podían hacer los presupuestos bienintencionados de un puñado de cosmopolitas ilustrados. Porque lo cierto es que la disciplina en el ejército se había visto degradada a partir del verano de 1788, siendo uno de los factores que precipitaría la insurrección. Petitfils incluso aventura que tal vez la

¹⁵¹ Tulard, 1982.

¹⁵² Petitfils, 2005.

¹⁵³ Koselleck, 1994.

¹⁵⁴ *La Revolution Européenne*, 1815, texto del que nos ocuparemos en el apartado siguiente.

solución por la vía militar hubiese aplacado las expectativas del país, alimentando su anglofobia y aplacando, o distrayendo, el descontento interior.

El choque de la Revolución iba a poner en todo caso definitivamente patas arriba, entre 1789 y 1799, el —siempre precario— equilibrio europeo de Westfalia. Entre los soberanos de finales del siglo XVIII campa la oposición entre el realismo brutal de algunos intereses dinásticos y las ambiciones de potencia territorial frente a posturas más pacificadoras, que siguen manteniendo frente a los aires adversos, las virtudes del equilibrio. Esas políticas, que responden al antiguo Derecho de gentes, hallan su contrapunto en el discurso cosmopolita y fraternal, universalista y al mismo tiempo muy europeo, difundido por la cultura de la Ilustración, expandido por los viajeros y alentado por las fraternidades masónicas. Pero ni el Derecho de gentes ni el cosmopolitismo ilustrado estaban todavía quizás lo suficientemente maduros como para afrontar una realidad que, tal vez, sólo pudo ser entrevista en raras ocasiones, como en el *Traité de la force publique* de Guibert, con algo de tintes proféticos¹⁵⁵. Apenas diez años (que se reducen en verdad a seis, entre la declaración de la guerra de abril de 1792 y la puesta a punto de repúblicas hermanas que rodeen a la Gran Nación en 1798) iban a lograr echar abajo, hasta sus cimientos, el edificio diplomático de Westfalia, en pie durante más de siglo y medio. “Le fondement même de l’équilibre international est alors bouleversé, sous le choc de ces concepts marqués par ce nouveau langage, qui induit la rupture”: Jean-Pierre Bois subraya así el hecho de que se trata, en lo fundamental, de una guerra conceptual, de todo un nuevo vocabulario que viene a cuestionar la vigencia de los antiguos principios: “les mots de 1789, qui vont se développer entre 1789 y 1799, sont les vecteurs de principes dévastateurs pour l’équilibre ancien”¹⁵⁶. Se trata en efecto de toda una nueva terminología política que implica novedad, universalidad, libertad, igualdad, soberanía, ciudadanía, y que establece un combate feroz con sus opuestos: tirano y esclavo, aristócrata y *sans-culotte*. Son éstas palabras y conceptos que saltan a la arena pública en Ginebra a partir de 1782, en las Provincias-Unidas a partir de 1785 o en Brabante, donde se proclama en 1790 la independencia de los “Estados belgas unidos”. “Les mots de la Révolution assignent à la France la mission exceptionnelle de régénérer l’humanité, le vieux droit international des monarchies est *de facto* largement révoqué ». Porque lo cierto era que el imaginario

¹⁵⁵ Guibert, 1772-1790 (1977).

¹⁵⁶ Bois, 2005, p. 57.

francés se había visto invadido por unos nuevos conceptos que ya no son los del vocabulario que maneja Luis XVI, y que se extienden rápidamente por toda Europa: son los nuevos términos políticos de libertad, democracia, república o constitución: “La France s’est mise en Révolution avec des mots universels”¹⁵⁷. Y universales quiere decir precisamente que van más allá de las fronteras francesas: el estallido de la Revolución entusiasma pronto a los partidarios de las libertades que esperan verse liberados pronto de sus “déspotas”, y decenas de “peregrinos de la libertad” afluyen rápidamente a París, escritores extranjeros o refugiados políticos atraídos por la nueva ola de los acontecimientos como Wordsworth, Alfieri o Humbolt.

Y no obstante, subsisten importantes « principios de continuidad », más de lo que los hechos dejarían suponer, que no deben ser subestimados. Así, hay un aspecto importante, en sintonía con la opinión de Bois, en el que las cosas no han variado ni un ápice: el recurso a la guerra sigue siendo el motor esencial de las relaciones internacionales; aunque ya no se trate de las guerras de reyes y su táctica, estrategia y objetivos políticos hayan variado, el terreno de la guerra sigue siendo pese a todo el del Antiguo Régimen. Sólo que ahora el mercadeo entre monarcas se ve sustituido por las conquistas de la República, aunque los objetivos territoriales siguen siendo similares.

Una revolución plantea siempre el problema de la estabilización de las nuevas estructuras sociales y políticas. Pero al mismo tiempo, resulta insoslayable la dimensión exterior, el carácter universal —si no *universalizador*— que las preside, tendiendo al desbordamiento de sus fronteras y entrando en colisión con un orden internacional fundado sobre principios conservadores. Una revolución en un país de primer orden hace necesariamente tambalearse el orden internacional, y esto ocurre específicamente con el caso de la Revolución francesa, que representa una ruptura radical en la evolución del orden europeo a pesar de ciertas recepciones o continuidades¹⁵⁸. Con la radicalización jacobina de la Revolución, Francia se ve obligada a exportar los derechos del hombre y del ciudadano, e intentará finalmente construir una Europa cimentada por las ideas francesas, contra la que se levanta la coalición de todas las monarquías amenazadas.

La República, aun así, no se limita a hacer la guerra y conquistar, sino que se exporta a sí misma, impone su libertad, sus principios sociales, su sistema político. La

¹⁵⁷ Bois, 1999, p. 297.

¹⁵⁸ Bélibissa, 2006, pp. 415-416.

Europa de 1789 emprende así una nueva vía, a través de la ola de liberaciones nacionales, “patrióticas”, frente al juego de los monarcas que mantienen el acuerdo sutil de su preponderancia en nombre de eso que se venía dando en llamar el “Derecho de gentes”. El ejemplo de la Revolución americana no era sólo una incitación a la conquista de nuevos derechos de ciudadanos y naciones, sino que era también una incitación a transformar políticamente el Derecho internacional, a revocar ese viejo Derecho de gentes fundado en los intereses personales de los monarcas y promover las relaciones entre los pueblos apoyándose en la reciprocidad y la igualdad. Thomas Paine, para quien la causa de América es la de la “humanidad toda entera”, habla de “ampliar el círculo de la civilización”, y el discurso ofrecido en París en 1789 por el propio Jefferson había puesto en guardia ya a la mayoría de los soberanos europeos. Los pensadores franceses pronto se hacen eco: en su obra *De l'influence de la révolution de l'Amérique sur l'Europe*, Condorcet exponía que los pueblos son « interdependientes » y que la felicidad de un pueblo aumenta con la felicidad de los otros, en términos de una felicidad pública entendida como basada en el comercio y el desarrollo de los derechos naturales de los hombres y los pueblos. También para Mably, autor de unas *Observations sur le gouvernement et les lois des États-Unis d'Amérique*, la política se había vuelto cosa pública.

En la primavera de 1790 la Constituyente declara la paz al mundo: desde los primeros debates que tratan las relaciones entre los Estados, los constituyentes, que inscriben su acción en un discurso de ruptura, rechazan las prácticas y las concepciones diplomáticas del Antiguo Régimen. El proyecto de una “sociedad de naciones” sale a colación en diversas ocasiones en los debates de la Asamblea, aunque carece de un verdadero contenido. El Comité de la Asamblea Constituyente había comprendido que a partir de ese momento el campo de las relaciones internacionales debía ser analizado a la luz de nuevos principios, y pasa a asentarse en la afirmación de la paz como la sola perspectiva de sus reformas, en el convencimiento de que sólo las reyes hacen la guerra, pero no las naciones libres. Que la libertad en Europa no pasará por las armas es el objeto del debate en la primavera de 1790, cuyos principios pasarían después a la Constitución de 1791, y cuyo interés reenvía directamente y de manera casi espontánea a los escritos del abad Saint-Pierre, por fin rehabilitado. Durante toda una semana, los trabajos de la Asamblea se refieren sistemáticamente al “sueño filantrópico” del abad de

Saint-Pierre (según el duque de Praslin), a su “impracticable paz” (abad de Montesquiou), y acaban enfrentando finalmente a los idealistas que se dejan llevar por la ilusión de una paz universal (desprendida del nuevo vocabulario ilustrado) y los realistas que insisten en la urgencia de una reflexión previa sobre el derecho de la guerra y de la paz. Se insiste en la necesidad de un código de Derecho de gentes, de leyes naturales que registren las relaciones entre las naciones, porque todos presienten, en el fondo, que no hay concordancia posible entre la voluntad pacífica de una Francia regenerada por la filosofía y las realidades políticas europeas circundantes. Así, el 18 de mayo, el abad Maury decía en su discurso, evocando a Henri IV: “[Le roi] il voulait entreprendre une guerre de trois ans pour former de l’Europe une vaste confédération et pour léguer au genre humain le superbe bienfait d’une paix perpétuelle”¹⁵⁹. Y el 27 de mayo, Bengy de Puyvallée (de la nobleza de Berry en los Estados Generales, de carrera militar y ocupando su asiento en los bancos de la derecha), añade por su parte:

« On vous a proposé d’établir pour la gloire et la prospérité de cet Empire sur les bases immuables de la modération et de la justice, de renverser les barrières politiques qui interrompent les liens de confiance et d’amitié qui devraient unir les nations, de faire connaître à l’Europe entière, par une déclaration solennelle, que les représentations du peuple français ne chercheront jamais à reculer leurs frontières ; qu’ils regarderont les peuples comme leurs frères, et que la France, devenue le berceau de la liberté, sera pour jamais le séjour de la franchise et de la loyauté (...). Mais des législateurs doivent considérer les nations telles qu’elles devraient être aux yeux de la philosophie”¹⁶⁰.

Y el marqués de Estourmel expresa similares reservas, y previene:

« Quelques-uns des préopinants ont proposé un manifeste qui tendrait, s’il pouvait être adopté, à réaliser la séduisant chimère de paix universelle attribuée à l’abbé Saint-Pierre; mais avant que cette dernière soit réalisée, ne se passera-t-il pas encore bien des années, pendant lesquels nos rivaux naturels profiteront de notre engouement pour les rêveries philosophiques (...). En voulant établir une paix perpétuelle, nous serions en guerre avec toutes les nations que nous croirions injustes, ou qui ne s’accommoderaient pas de notre système »¹⁶¹.

Este lenguaje de la paz (que desarrollaré con algo más detenimiento en el apartado siguiente) tiene el mérito de salirse ya del ámbito de la utopía, al desarrollarse

¹⁵⁹ Cit. en Bois, 1999, p. 298.

¹⁶⁰ *Archives Parlementaires*, 1883, vol. 15, pp. 611-615. Y sigue su excursio evocando a Henri IV, a Saint-Pierre y a Rousseau, a pesar de que finalmente acaba reconociendo como bastante impracticable el mantenimiento del equilibrio europeo que se muestra irreconciliable con los nuevos intereses de Francia.

¹⁶¹ *Archives Parlementaires*, 1883, vol. 15, p. 617.

en la Asamblea de la Nación y verse completado con un texto solemne. Los constituyentes piensan que los Estados dinásticos pueden transformarse en comunidades nacionales entre las cuales la paz sería el fundamento de las nuevas relaciones entre las naciones, y proclaman así de manera solemne su voluntad de no hacer la guerra, afirmando que ésta es extranjera a la naturaleza misma de la Francia regenerada, afirmación que se torna de carácter urgente cuando estallan los primeros conflictos (la cuestión de Alsacia, de Avignon...). El debate se da por concluido el 20 de mayo de 1790 con la votación del Decreto, cuyo artículo 4 pasaría, un año después, al artículo único del título VI de la Constitución de 1791, y que dice así:

« La nation française renonce à entreprendre aucune guerre dans la vue de faire des conquêtes, et n'emploiera jamais ses forces contre la liberté d'aucun peuple »¹⁶²

Se establece con ello toda una declaración de paz al mundo y a la libertad de sus pueblos. Hemos podido comprobar no obstante que, a pesar de la fuerte impronta filosófica que preside el debate parlamentario con todas sus evocaciones al abad Saint-Pierre y de que su Decreto es recibido entre aplausos, desde muy pronto se oyen ya voces de desconfianza que apuntan a que una cosa son los sueños filosóficos filantrópicos, y otra muy distinta la amenazante coyuntura del realismo político. La Declaración de 1790 presenta así ambigüedades en su interpretación: ¿significa acaso que la libertad de Europa pasa por su defensa mediante las armas? ¿Implicaba tal vez el derecho de anexionarse aquellos territorios que, insipirados por los principios revolucionarios, se enfrentan a sus soberanos? La Francia revolucionaria reconoce en este sentido a Polonia como una “hermana”, y aparece así sobre el tablero político esta noción inédita hasta el momento. Y 1792 será el año en que finalmente, bajo los auspicios de esa tan proclamada paz, estalle definitivamente el conflicto internacional, con la declaración de guerra el 20 de abril por parte de Luis XVI al Rey de Hungría y de Bohemia —una guerra que iba a durar 20 años, hasta Viena—, envuelta no obstante en el discurso universalista de la libertad, la ciudadanía y la revolución social. Y es que esta declaración de guerra tiene pese a todo por misión, al menos sobre el papel, liberar, no conquistar: la Convención promete “fraternité et secours à tous les peuples qui

¹⁶² « Constitution de 1791 », Título VI: « Des rapports de la Nation française avec les Nations étrangères », en *Les Constitutions de la France...*, 1995, p. 65.

voudraient recouvrer leur liberté”. Y en ese sentido se encaminan las acciones para conseguir la neutralidad de las otras grandes potencias, especialmente la de Inglaterra.

El fracaso de la entrada en Bélgica y la constitución de la alianza austro-prusiana, cuyo ejército entra por primera vez en territorio francés, marcan sin embargo un giro desde la guerra defensiva y de propaganda hacia la guerra de conquista. En este periodo ven la luz tres textos fundamentales: el decreto del 19 de noviembre de 1792, en el que La Révellière-Lépeaux acuerda ofrecer fraternidad y socorro a todos los pueblos que deseen recuperar su libertad; el decreto del 15 de diciembre de ese mismo año, por el que Cambronne precisa que, en los territorios ocupados, los generales proclamarán la soberanía del pueblo y la abolición de los privilegios; y el del 31 de enero de 1793, en el que Danton designa las fronteras naturales de Francia como el objetivo prioritario de la guerra (“frontières marquées par la nature”), mito vigente hasta la paz de Amiens de 1802 y más allá: la defensa se vuelve así propaganda, y finalmente, desde la ambigüedad de la liberación, conquista, con las anexiones —que toman el nombre de “reuniones”— de Saboya, Niza, las provincias de Bélgica, Renania y el obispado de Basilea (como república de Rauracia). Brissot ya había amenazado previamente que “nous ne pourrions être tranquilles que lorsque l’Europe, et toute l’Europe, sera en feu”, y el 14 de febrero de 1793 Lazare Carnot presentaba a la Asamblea un informe de política extranjera en el que rechazaba, no obstante, toda política imperialista, desmarcándose de toda concepción universalista de la Revolución del tipo que mantenía Brissot, quien pretendía revolucionar Europa y el mundo entero para crear una especie de República universal, y apostando en cambio por una política de influencia pacífica:

« en supposant démontrée la possibilité de cette république universelle, le moyen le plus simple d’y parvenir serait sans doute moins de nous étendre de toutes parts avec précipitation (...) que d’établir dans le cercle que la nature nous a tracé (...) une prospérité dont le tableau pût fixer le désir des peuples circonvoisins »¹⁶³.

La Convención había revolucionado así, por los hechos, un Derecho de gentes ya trastocado por los textos de la Constituyente, y el frágil equilibrio europeo acaba por romperse de manera definitiva. La coalición de las potencias europeas tras la ejecución de Luis XVI el 21 de enero de 1793 supone el aislamiento total de Francia a partir de ese momento, y constituye toda una ruptura con las guerras practicadas hasta entonces. En su afán de combatir a los tiranos, la Convención acaba abandonando la parte de

¹⁶³ Cit. en Bois, 2005, p. 63.

ideología generosa que le había orientado inicialmente, mientras que la Europa unida se enfrenta a Francia y la República se pone en guerra de manera definitiva contra Europa; el complicado proceso ulterior de reinserción en el sistema europeo (a través por supuesto de la reinstauración borbónica pero no sólo), marcará a lo largo de toda la primera mitad del siglo XIX la política francesa (exterior, desde luego, pero determinando también la política interior).

En esta primera fase (1789-1795) la Revolución francesa había proclamado bajo diferentes formas su voluntad de modificar profundamente las relaciones existentes entre los Estados, rechazando toda política de conquista e impulsando una nueva diplomacia¹⁶⁴; una segunda etapa trataría de reconstruir un orden europeo sobre nuevas bases. La Revolución reivindicaría entonces los principios republicanos de ilegitimidad de las convenciones adoptadas sin el consentimiento de la Nación y el derecho de todo pueblo a modificar la forma de su gobierno, a lo que los gobiernos coaligados y contrarrevolucionarios habrían respondido reforzando la idea del concierto de potencias y adoptando la teoría del derecho de intervención definido por Burke y Gentz, y que conocerá su apogeo con la Santa Alianza de 1815. También trataron de concebir un nuevo sistema de seguridad colectiva más eficaz que la antigua “balanza de poderes”. El principio de soberanía de la nación competía con el de la legitimidad dinástica; la guerra que plantean inicialmente las potencias coaligadas es todavía una guerra de soberanos, tradicional y de ambiciones en particular territoriales, en cuyo esquema los pueblos no aparecen aún integrados en esa comunidad nacional dotada de una esfera pública politizada, algo que sí se venía practicando en cierta medida en Francia pero que no se generalizará como fenómeno europeo hasta la primera mitad del siglo siguiente. Y sin embargo, las propias potencias coaligadas se verían tarde o temprano obligadas a recurrir a una cierta y temprana movilización de las “naciones” y los “pueblos”, en este singular giro político que caracteriza al cambio de siglo. Los derechos de los pueblos y las naciones se vuelven así principios que cuentan a partir de ahora en los elementos que fundan el orden europeo que tiende de esta manera a volverse un orden “internacional”, en un momento de transición entre dos Europas y dos modos diferentes de concebir las reacciones interestatales¹⁶⁵.

¹⁶⁴ Béliba, 1998.

¹⁶⁵ Béliba, 2006, pp. 417 y 416.

La fase de transición entre 1795 y 1800 muestra por su parte cómo se ponen en marcha elementos de una especie de nuevo consenso internacional y una nueva cultura política internacional en vías de construcción. No se trata de una reflexión puramente “teórica” y de una serie de decisiones conscientes, sino que la nueva regulación surge en la confrontación con la dinámica de los acontecimientos políticos, militares y diplomáticos, lo que determina de qué manera los actores llegan a modificar su visión del orden internacional y a proponer soluciones al problema así como a su redefinición¹⁶⁶ (la victoria de la libertad contra los tiranos encierra por ejemplo implicaciones territoriales que buscan sin embargo diferir conceptualmente del pillaje tradicional de los monarcas, y a partir de 1795 comienza a practicarse en el oeste una nueva diplomacia que pretende fundarse sobre el Derecho de gentes reinterpretado como la voluntad de los pueblos)¹⁶⁷.

Se enfrentan así por un lado la defensa del orden europeo fundado sobre el Derecho público de los tratados y la soberanía monárquica, y por otro la construcción de una sociedad civil federativa de naciones que garantizaría el Derecho de los pueblos. Esta actualización no durará mucho sin embargo: en un contexto bélico como el que se está desarrollando, a la Convención se le agota pronto el sentimiento de generosidad y pronto sustituirá el Derecho de gentes por un Derecho natural, que entiende la guerra como un momento necesario en la reconquista universal de los derechos; una etapa pues en el proceso de pacificación de las relaciones entre los pueblos, que reactualiza el tema de la paz perpetua imprimiéndole un nuevo giro, puesta nueva paz perpetua no procedería ya de los monarcas ilustrados, sino que se erige contra los déspotas y por los pueblos: cuando estos consigan al fin ser libres, las causas de las guerras desaparecerán, instaurándose un nuevo orden mundial que Marc Bélissa ha denominado “*cosmopolitique du droit de gens*”¹⁶⁸.

Con el Directorio y las conquistas de Bélgica, Holanda, Suiza e Italia, además de la paz firmada con Prusia y España, el debate en torno a las relaciones internacionales, el Derecho de gentes y la paz y la guerra adquiere un nuevo sentido. A los principios generosos y cosmopolitas de 1789 substituye ahora otra lógica y otra concepción de la diplomacia. Se trata ahora de devolverle a Francia su lugar en el concierto de naciones,

¹⁶⁶ Bélissa, 2006, p. 420.

¹⁶⁷ Bois, 2005, pp. 65-66. Frente a la visión de Bélissa, que interpreta estos años como el paso a segundo plano de los derechos de los pueblos frente a un regreso a la diplomacia más tradicional.

¹⁶⁸ Bélissa, 1998.

así como de hacer frente a los peligros potenciales que representan Austria e Inglaterra y de redefinir las fronteras. Cambacérès afirma así que “la France est appelée à diriger et à reformer l’Europe”, y Sièyes o Reubell aspiran a la conquista de la rivera izquierda del Rin¹⁶⁹. Resurgen entonces algunas de las ideas ilustradas: la apología de los Estados macizos, la liquidación de los Electorados renanos, la formación de un eje franco-prusiano, la creación de un reino en Italia del norte¹⁷⁰. Mientras, Francia empieza a crear en torno a sí todo un cinturón de “repúblicas hermanas”, anexionadas o satelizadas. La misión mesiánica de la Gran Nación, fruto de los impulsos revolucionarios, se contamina por su parte cada vez más de motivaciones puramente de interés nacional —incluidos intereses económicos—, y la referencia al derecho natural desaparece en la declaración de derechos de la Constitución de 1795. Una buena parte de los republicanos toma distancia entonces con el liberalismo y el derecho natural, que empieza a considerarse como peligroso y potencialmente destructor. Al mismo tiempo se vive en esos últimos años del siglo un progresivo desvanecimiento del ideal cosmopolita, frente a una ideología nacional republicana. Esta tendencia, que es la que heredaría Napoleón, se afirma plenamente bajo el régimen del Directorio. El escepticismo hacia la perspectiva de una Europa pacificada es creciente, la fe en el derecho natural decae y el derecho de gentes es concebido antes que nada como un código jurídico *inter-nacional* más que como la expresión de un derecho común al conjunto de la humanidad¹⁷¹.

Entre 1797 y 1802 nace así un nuevo orden internacional, en el que la idea de una federación europea se colapsa. La Europa de Westfalia desaparece: las grandes potencias parecen ponerse de acuerdo en no mantener grandes congresos. Marc Bélissa interpreta así el Directorio y el Consulado como periodos de transición entre las antiguas concepciones del Derecho público y el Derecho natural de gentes y las nuevas concepciones del Derecho internacional que empiezan a operar entonces. Se trataría de una transición marcada por fenómenos tales como el retroceso de la idea de

¹⁶⁹ Jourdan, 2002, p. 58.

¹⁷⁰ Bélissa, 1998, p. 418. En el propio proyecto de Kant, tal y como veremos, se contemplaba la posibilidad de que este estado de paz perpetua se descolgase de la guerra, y Rousseau, que también había interpretado en estos términos el proyecto del abad Saint-Pierre, acaba rechazándolo precisamente por este motivo.

¹⁷¹ Bélissa, 2006, p. 406-407. Ni el Directorio, ni después Napoleón, albergarán ya la perspectiva de una declaración del Derecho de gentes inspirada por Francia, porque no se trata ya de proclamar o ensalzar los principios que aislarían a Francia, sino de trabajar en pro de la construcción de un Derecho público negociado: restablecer el orden entre las potencias implica la ruptura teórica con el derecho natural de gentes.

proclamación del Derecho natural entre los pueblos en beneficio de la proyección del Derecho nacional a la esfera internacional, el paso de la proclamación de los derechos universales de los hombres a la universalización del Derecho nacional y el eclipse del paradigma de la construcción de una paz perpetua a través del Derecho.

Vemos pues cómo antes incluso de Napoleón, la realidad de las prácticas políticas se halla ya lejos de los ideales ilustrados y sus proyectos en torno a la paz universal o el equilibrio continental¹⁷². La reorganización territorial de los países fronterizos en un vasto sistema de repúblicas-hermanas inquieta a los soberanos por el renacimiento de la propaganda revolucionaria que ocasiona, hasta que acaba formándose así a inicios de 1799 la segunda coalición, formada por Inglaterra, Rusia, Austria, Cerdeña, Nápoles y Turquía. Cuando en los meses de marzo y abril emprenden la ofensiva, Napoleón tiene que dejar Egipto y regresar a Francia. El golpe de Estado del 18 de Brumario lleva al General al poder, y la campaña de 1800 pone fin a los avances de la segunda coalición (victoria de Marengo, 14 de junio de 1800). Bonaparte se convierte en Primer Cónsul por la Constitución del año VIII (diciembre de 1799), Cónsul vitalicio a partir de agosto de 1802, y de Nápoles a Ámsterdam y del Atlántico a las Islas dálmatas, se puede hablar ya de una Europa francesa. Y sin embargo, al mismo tiempo que trataba de introducir en los diversos Estados reformas liberales y racionalistas dignas de la mentalidad ilustrada del XVIII y de la Revolución, él mismo hacía desplomarse ese edificio por el peso de las formas tomadas prestadas del Antiguo Régimen. La transición del *imperio de la razón* a la *razón imperial* que se operará bajo su mando se sitúa demasiado lejos ya de la Europa con la que, desde hace siglos, soñaban pacifistas y utopistas.

2. 2. Contextualización intelectual:

idea de Europa y proyectos europeos en tiempos de Napoleón

2. 2. 1. La Europa ilustrada

¹⁷² Schroeder, 1994.

Marc Bélissa apunta que la reflexión en torno al tema de la paz perpetua constituye uno de los elementos más característicos del pensamiento político de la época moderna¹⁷³. Napoleón también se hace eco de estas aspiraciones contemporáneas de una paz universal y perpetua, y se concibe a sí mismo como el hombre que ha llevado a la práctica, ha materializado los principios de la paz perpetua y la asociación europea expuestos en la literatura clásica ilustrada¹⁷⁴. Napoleón es un hombre de su tiempo, hondamente influido por el panorama intelectual que se despliega en su entorno; gran pensador de la historia, lector devoto de Mably, inspirado por el materialismo enciclopedista y de Condillac, desconoce sin embargo los frutos del *Enlightenment* inglés o ignora lo que se piensa en Alemania, de Leibniz a Kant o Fichte. Sí se muestra en cambio como un buen conocedor de las obras de Montesquieu o Vico, que muchas veces trataron estos temas de la unificación europea¹⁷⁵.

El advenimiento de la idea de Europa, su triunfo, aparece hoy como un logro del siglo XVIII, y que Paul Hazard, en su libro *La Crisis de la conciencia europea*¹⁷⁶ sitúa entre los años 1680 y 1715, momento de un “brusco cambio” y uno de cuyos síntomas más relevantes habría sido la substitución de la Cristiandad, en tanto que espacio superior común, por el más moderno –y laico- término de “Europa”. A partir de entonces el término de Europa se extiende por doquier, penetra en el lenguaje ordinario y se convierte en la práctica en una realidad incontestable.

La consolidación del Estado moderno junto con la Reforma del siglo XV había dado al traste con todo intento de unificación y reconstrucción del Imperio romano-germánico por la religión. Se imponen a partir de entonces fórmulas laicizadas que pasan por las alternativas entre una Europa voluntariamente unificada que quedará siempre en el estadio de los sueños y los ideales, el equilibrio y el concierto europeo de Estados independientes o la unificación por la conquista. Y es que la idea de Europa en el siglo XVIII, observada con más atención, se aleja de ese espíritu de unidad que pretendía representar la République des Lettres; la “grande république” que constituye

¹⁷³ Bélissa, 2006, p. 389.

¹⁷⁴ Las Cases, 1951, T. II, 24 agosto 1816, p. 233.

¹⁷⁵ Antoine Casanova destaca igualmente el ascendente spinozista, que le hace reconvertir el materialismo en un imperio del Derecho positivo como sistema político (con tal vez peligrosas consecuencias de tipo autoritario para el futuro) (Casanova, 2000).

¹⁷⁶ Hazard, 1961, p 7.

para Voltaire Europa¹⁷⁷ es en verdad una amalgama mucho más heterogénea y controvertida, objeto de debates y que varía según las épocas y los países, oponiendo al modelo superior de civilización y progreso la desmitificación de hombres como Rousseau¹⁷⁸, difícil entrecruzarse de caminos que trataré de desentrañar someramente en este apartado.

Desde 1690, año en el que el *Dictionnaire Universel* daba una definición indirecta del fenómeno a través de su artículo “Patria” (“*un philosophe est partout en sa patrie*”) hasta 1762, en el que el *Dictionnaire de l'Académie Française* recogía ya la acepción en un sentido que empezaba a ser despectivo (“*[cosmopolite est] celui qui n'adopte point de patrie (...) n'est pas un bon citoyen*”), transcurre más de medio siglo de eclosión cosmopolita. “*Cuanto más ilustradas son las naciones, más se abren las unas a las otras*”, escribía Helvetius en 1758¹⁷⁹. Pero ya vemos cómo en este siglo XVIII eminentemente cosmopolita hay un progresivo cambio de sentido, que afecta también a la noción de Europa; así, en la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alambert, el caballero Jaucourt consagraba en su artículo dedicado a la misma una definición que con el tiempo iba a convertirse en canónica, encontrando numerosos ecos todavía en el siglo XIX y describiendo una Europa caracterizada por su superioridad civilizatoria:

« Il importe peu que l'*Europe* soit la plus petite des quatre parties du monde par l'étendue de son terrain, puisqu'elle est la plus considérable de toutes par son commerce, par la navigation, par la fertilité, par les lumières & l'industrie des peuples, par la connoissance des Arts, des Sciences, des Métiers & ce qui est le plus important, par le Christianisme, dont la morale bienfaisante ne tend qu'au bonheur de la société »¹⁸⁰.

Algunos años más tarde, sin embargo, *l'Encyclopédie méthodique* presentaba ya, en vísperas de la Revolución y de la pluma de Nicolas de Morvilliers, el retrato de una Europa desgarrada esta vez, dividida por el espíritu de conquista de las grandes potencias, sometida al arbitrio de los soberanos sin ley ni justicia internacional, y que aplasta sin contemplaciones a los pequeños Estados¹⁸¹, prefigurando con ello los aspectos más oscuros de lo que iba a ser la Europa del siglo XIX, entregada a los

¹⁷⁷ « Il y avat déjà long-temps qu'on pouvait regarder l'Europe chrétienne (à la Russie près) comme une espèce de grande république partagée en plusieurs états, les uns monarchiques, les autres mixtes... » (Voltaire, *Le siècle du Louis XIV*, 1830, p. 244)

¹⁷⁸ Py, 2004, pp. 3-13.

¹⁷⁹ Helvetius, *De l'esprit*, citado por Fink, 1997, p. 279.

¹⁸⁰ Jaucourt, 1967, v. 6, p. 212.

¹⁸¹ N. Masson De Morvilliers, F. Robert, 1783-1788.

ardores de la expansión imperialista y a los enfrentamientos entre potencias de aspiraciones absolutistas que conducirían las más de las veces a la guerra.

El universalismo es un aspecto implícito en los nuevos valores de la Ilustración, indisociable de ideas como la del progreso, la razón, el ejercicio de la fraternidad o la tolerancia religiosa, junto con una nueva concepción del género humano que, desde posiciones secularizadas ahora, más próximas del estoicismo que de la *Christianitas* medieval, se reconoce en su común sociabilidad pero también en su diversidad de experiencias¹⁸². Junto al descubrimiento, gracias a los viajes y la difusión de relatos de misioneros, exploradores o compañías comerciales, de lo exótico, que despierta gran curiosidad en el público europeo y lleva aparejado el comienzo de una mejor aceptación de la alteridad¹⁸³, se extienden también las nuevas historias hipotéticas de la humanidad, que ponen el énfasis en la universalidad de la razón y la sociabilidad; Adam Smith, al hablar del “inmenso tejido de la sociedad humana”, transformaba el *zoon politikon* en un *zoon cosmopolitikon*. El estudio de esa sociabilidad se presenta como la base para el establecimiento de un Derecho universal común, ofreciendo una versión más optimista y generosa de la personalidad interna y de las relaciones internacionales que la que había ofrecido Hobbes. De esta manera, autores como Vico o Kant tratarán de recuperar las narrativas clásicas sobre los orígenes humanos, “narrativas que definen la sociabilidad en términos de la persuasión por el lenguaje”¹⁸⁴. *Berlinische Monatsschrift* escribía en 1784 *Los perfiles de una historia general desde un punto de vista cosmopolita*, en donde concebía el cosmopolitismo como culminación de la Historia. Este cosmopolitismo ilustrado se completa igualmente con la influencia de una francmasonería que busca, mediante una filiación hermética en el orden cósmico, fundar una gran república universal basada en la igualdad y la fraternidad, así como con el auge del comercio y las ciudades portuarias, como Cádiz en España, por donde entran también las nuevas ideas, en forma muchas veces de libros prohibidos¹⁸⁵. Ambiente intelectual, en fin, que llevó a Montesquieu a asegurar, en *Mes Pensées*:

« Si je savais quelque chose qui me fût utile, et qui fût préjudiciable à ma famille, je le rejetterais de mon esprit. Si je savais quelque chose utile à ma famille et qui ne le fût pas à ma patrie, je chercherais à l'oublier. Si je savais quelque chose utile à

¹⁸² Este apartado está en buena medida inspirado en el cap. de Basabe, 2004b.

¹⁸³ Las *Cartas Persas* de Montesquieu y otros escritos semejantes pondrán de moda todo un género satírico que nos acerca a la perspectiva del “otro”, junto con los “*Essais de mœurs*” como el de Voltaire.

¹⁸⁴ Padgen, 2002b, pp. 80-90; cita en p. 89.

¹⁸⁵ Diz, 2000, p. 274.

ma patrie et qui fût préjudiciable à l'Europe, ou bien qui fût utile à l'Europe et préjudiciable au genre humain, je la regarderais comme un crime »¹⁸⁶

El término “cosmopolita/cosmopolitismo” y sus equivalentes se expanden por toda Europa casi de manera simultánea. El nuevo cosmopolita no actúa solamente entre eruditos a la manera de la “República de las Letras” renacentista, sino que amplía sus horizontes dirigiéndose a un público general: el «obscur et simple citoyen du monde» se expresa ahora en nombre de toda la humanidad¹⁸⁷. Los debates se internacionalizan, tanto como lo hacen los propios contenidos: la preocupación por los asuntos internacionales se incrementa, y el debate sobre el tema de la guerra y la paz juega en él un papel destacado. El optimismo y la fe en la razón, la civilización y la humanidad hacen creer que la paz es a partir de entonces posible, esperanzas todas bien resumidas en esta famosa cita de Vattel de 1758, en la que concibe la comunicación y la cultura como una vía hacia la paz y la República universal:

« Les nations du monde échangeront leurs biens et leurs Lumières. Une paix profonde règnera sur la terre qu'elle enrichira de ses fruits précieux. Les arts, les sciences et l'industrie s'occuperont de notre bonheur comme de nos besoins; le recours à la violence ne constituera plus un moyen de régler les conflits éventuels. Tous ces conflits se résoudront dans un souci de mesure, de justice et d'égalité. Le monde ressemblera à une grande république, les hommes vivront partout comme des frères et chacun d'eux sera citoyen de l'univers »¹⁸⁸.

En la persecución de un mundo orientado por la Razón y canalizado a través del comercio, el discurso de la paz y contra los absurdos de la guerra se impone en la mente de los ilustrados, que buscan con carácter general emancipar la sociedad moderna de los embates del espíritu de conquista. Todos condenan así los pactos de familia y la política privada de los reyes, que no tienen en cuenta a sus súbditos. En este periodo se produce la afirmación filosófica del Derecho como modo de construcción de la paz y de regulación de un nuevo orden europeo. La paz sería pues condición y al mismo tiempo consecuencia de la creación de un espacio público internacional. Y a pesar de estas generalidades, el equilibrio europeo es abordado desde distintas perspectivas por los diversos autores: algunos pretenden defender el *statu quo* y reunir a los Estados independientes en una alianza defensiva y ofensiva, bajo la égida de un Congreso, Dieta o Anficiónía habilitada para arbitrar litigios; otros pretenden por el contrario impulsar

¹⁸⁶ Montesquieu, 1949-1951, p.1286.

¹⁸⁷ P. de Saint-Germain, *Nouvel essai sur le projet de la paix perpétuelle*, 1788, p. 10-11 (cit. por Hippler, 2002, p. 178).

¹⁸⁸ Vattel, 1793, v. 1, p. 149-150.

la remodelación del mapa de Europa, de manera que los pequeños Estados no sean amenazados por los grandes. En el terreno francés, Mably, a quien Napoleón lee con pasión, concibe una liga de soberanos reunidos en torno a Francia, pero con la esperanza de hacer respetar los derechos de los países neutrales y la libertad de comercio.

Pero sin duda la obra cumbre de este periodo que da por inaugurado un nuevo género político en su etapa contemporánea es la obra del abad Saint-Pierre, *Projet pour rendre la paix perpetuelle en Europe*, primeramente expuesto de manera verbal a los socios del club del Entresol (entre los que figuraba el propio Montesquieu), publicado después en 1713 y 1717 (esta segunda vez en Inglaterra) y que conoce, con la edición comentada de Rousseau de 1761, el espaldarazo definitivo (ésta sería de hecho la versión que llegara a manos de Kant, quien será después un gran deudor de la misma)¹⁸⁹. En el proyecto del abad Saint-Pierre se establecía una unión permanente de monarcas europeos con un Senado como órgano principal¹⁹⁰, en el que los estados miembros estarían representados en dos etapas, una de conciliación y mediación y otra de arbitraje. El proyecto del abad Saint-Pierre fue revisado varias décadas después por Rousseau quien, en un nuevo contexto intelectual, sabría imprimirle la originalidad de su pensamiento: una de las novedades principales que introduce el ginebrino, que interviene en el texto hasta lograr solapar su autoría, es la sustitución de la idea de una unión de potencias por una federación de pueblos soberanos, nuevo aspecto en el que pone todo su énfasis, fundamentando la paz internacional, no ya sobre la buena voluntad de los monarcas, sino sobre el consentimiento de los pueblos. Rousseau había empezado así a trascender la larga tradición quimérica de la cuestión de la guerra y la paz, las utopías de un Crucé, un Sully o un Saint-Pierre, porque es consciente de que, para que esos sistemas pacíficos fundados sobre la existencia de una Asamblea europea

¹⁸⁹ El proyecto del abad Saint-Pierre gozó de fama en todo el continente; Leibniz se hizo tempranamente eco de él, aunque en su opinión la paz no podía resultar inmediatamente del establecimiento de confederaciones políticas (o económicas) entre diversos Estados, sino más bien mediatamente a través de la fundación de sociedades científicas, cuyos miembros, al servicio de intereses universales, influyan sobre los soberanos haciendo que el gobierno de la recta razón se anteponga a las ambiciones del poder (no podemos dejar de percibir sin embargo el cariz predominantemente cultural todavía de esta perspectiva cosmopolita, propia de la Ilustración más temprana de la primera mitad de siglo).

¹⁹⁰ Precisamente Hazard, en referencia a esta obra de Saint-Pierre, describe –no sin ironía– el término ‘europeo’ utilizado por el abad como concepto que abarca todas las esperanzas, y por el que se deja “embriagar”: “Organisant, avec la précision des utopistes, le détail méticuleux de son rêve, il s’enivre d’un mot qui lui semble contenir tous les espoirs, le mot *européen* : tribunal européen, force européenne, république européenne. Qu’on l’écoute ; et l’Europe, au lieu de rester champ de bataille, formera Société » (Hazard, 1961, p. 412).

funcionen, haría falta que los reyes renunciasen a una parcela de su poder, lo que significaría el fin del absolutismo. Sería por lo tanto necesario cambiar previamente la naturaleza de los Estados, y que estos se volviesen “republicanos” (como anunciará más tarde Kant), lo cual no se puede lograr sin una revolución, según profetiza Rousseau. Esta audacia de Rousseau de metamorfosear la idea de una Europa de las monarquías en una Europa de los pueblos, entronizando el sistema republicano basado en la libertad de unos ciudadanos que sólo obedecen aquellas leyes para las cuales hubieran otorgado su consentimiento, debió de ser lo que más atrajo del proyecto posteriormente a Kant.

Su compatriota Voltaire también se hace eco del afamado escrito de Saint-Pierre en el momento de su reedición rousseauniana, y escribe un comentario al mismo en 1761 (*De l'empereur de la Chine, à l'occasion du projet de paix perpétuelle*); para la consecución de esta paz perpetua, que sólo puede tener como condición la tolerancia (tolerancia religiosa, se entiende), Voltaire propone igualmente una Dieta europea con capacidad para juzgar acerca de diferentes litigios en materia de comercio o de enfrentamientos entre distintas legislaciones nacionales. Y sin embargo, para Voltaire, los sueños de su compatriota el abad no eran más que una quimera, aunque eso sí, comparte el fondo que se trasluce de tal proyecto¹⁹¹.

El cosmopolitismo en sus inicios exclusivamente cultural se va así politizando progresivamente, fenómeno que ya es evidente en la segunda mitad del XVIII; la difusión de ideas amplía su espectro tanto de receptores como de líneas de contenido de manera simultánea¹⁹². Y frente a la crisis que iba a sufrir el espíritu cosmopolita tras

¹⁹¹ “El proyecto de una paz perpetua es absurdo, no en sí mismo, pero sí del modo que ha sido propuesto. No habrá más guerras de ambición o de capricho, cuando todos los hombres sepan que nada hay que ganar en las guerras más dichosas, que sólo favorecen a un número de generales y ministros (...); cuando todos los pueblos estén convencidos de que el interés de cada uno es de que el comercio sea absolutamente libre, no habrá más guerra de comercio; cuando todos estén de acuerdo en que, si la sucesión de un príncipe está en disputa, son los habitantes de sus Estados los que deben juzgar el pleito entre los competidores, no habrá más guerra por sucesiones o por antiguas pretensiones”(Voltaire: “La paz perpetua”, en *Filosofía de Voltaire*, p. 107, nota I, que sin embargo no aparece en la edición original francesa, por lo que tal vez sea un añadido del traductor, del que no aparece referencia alguna). E Idea que repite en todo caso en su *Lettre du M. de Voltaire au docteur Jean-Jacques pansophe* (1766), cuando le reprocha « ...votre plan ridicule d'une paix pérpetuelle » (en *Oeuvres Complètes de Voltaire. Mélanges V.*)

¹⁹² Y sin embargo, para muchos, el cosmopolitismo conocería sus horas más bajas a partir de la década de los '60, con la puntilla final que supondría la Revolución Francesa, que viene a enarbolar nuevos conceptos mejor articulables gracias a su dimensión política (y en ese sentido más “modernos”) como el de *patriotismo* o *nación*, que hacían inoperante al cosmopolitismo ante las nuevas circunstancias. El desvanecimiento o repliegue del espíritu cosmopolita se vive en un primer momento como crítica del afrancesamiento en su sentido más frívolo y superficial, reacción a la hegemonía y al intento de monopolización cultural de este país que marca la pauta con exclusividad acerca de modas literarias,

el estallido de la Revolución, el último tercio del siglo conoce otra reacción de diferente signo: la publicística contemporánea comprende la necesidad de un marco político adecuado para el hasta entonces pretendido universalismo cultural, y las voces que reclaman la paz comienzan a proliferar, conscientes de que las sociedades no pueden florecer en el aislamiento, y menos aún, en el enfrentamiento mutuo: una reflexión que se vuelve más intensa a medida que los conflictos, que cada vez son menos frecuentes, son sin embargo “mejor conocidos en sus causas y sus efectos gracias a una prensa más activa y ampliamente extendida, y la constitución progresiva de una opinión pública cada vez más crítica”¹⁹³. Este nuevo pacifismo, secularizado, se aleja de las posiciones mantenidas hasta entonces por un derecho de gentes que concebía la plausibilidad de una “guerra justa”, y argumenta, con los antecedentes de La Bruyère, Fénelon o Vauban, contra la guerra sin condiciones, por ser “moralmente reprobable, estratégicamente incierta y económicamente ruinosa”¹⁹⁴.

A la aspiración de paz le sigue inmediatamente la búsqueda de las causas de la guerra, con la subsiguiente concreción política en la crítica del gobernante como responsable principal; La Harpe, en *Des malheurs de la guerre et des avantages de la paix* (1767), escribía: “Ce sont ceux mêmes à qui le dépôt de la félicité publique a été confié, qui répandent la désolation sur l’univers”. L. S. Mercier, en su escrito para la misma convocatoria también titulado *Des malheurs de la guerre*, argumentaba de manera idéntica:

« Plus je jette un coup d’œil philosophique sur cette frénésie qui porte l’homme à s’entre détruire, plus je remonte à l’origine de ces divisions éternelles, plus j’accuse les chefs des nations d’être la cause immédiate de tant d’horreurs (...). Ces sont eux, et eux seuls, qui créèrent à leur profit le fanatisme des combats (...); qui inventèrent ces fausses idées de gloire et d’héroïsme fondées sur le meurtre »¹⁹⁵.

artísticas, usos y costumbres, a lo que pronto vienen a sumarse las preocupantes noticias políticas revolucionarias que de allí llegan.

¹⁹³ Guicciardi, “Guerre, paix”, en Fink, 1997, p. 527.

¹⁹⁴ Con el fin de sensibilizar al público, se lanza toda una campaña de desprestigio desde distintos medios: la Academia Francesa convoca un concurso en 1766 bajo el lema “*exposer les avantages de la paix, inspirer de l’horreur pour les ravages de la guerre, et inviter toutes les nations à se réunir pour assurer la tranquillité générale*”, en el que concurren La Harpe, Gaillard y Mercier, quienes recuperan para sus escritos los *topoi* clásicos -ya enunciados por Jancourt en la *Encyclopédie*- de “masacres, destrucciones, incendios, violaciones, pérdida de población, decadencia de la agricultura y el comercio, regresión moral y cultural”. También Voltaire, en la entrada “Guerre” que redacta para el *Dictionnaire Philosophique* de 1764, se había manifestado en la misma línea (1829, T. 30, p. 153).

¹⁹⁵ Mercier, *Les Malheurs de la guerre*, 1767, pp. 15-16, frente a los pueblos, quienes « nunca se unirían para ir a combatir contra aquellos que no conocen ni para buscarse la muerte » (Louis-Sébastien Mercier es sobre todo conocido por su famosa “ucronía” que inaugura un nuevo género, *L’an 2440, rêve s’il en fut jamais*, 1771) . David Hume ya había apuntado en su *Tratado de naturaleza humana* (1738) que la moral de los príncipes es más “libre” que la de los particulares –es decir, más sujeta a trasgresión; el nuevo “gran rey” del que se hace apología ya no es el guerrero victorioso, sino el soberano que sabe asegurar la prosperidad de los pueblos, y aquél que, llevado por su egoísmo y su ambición provoca los conflictos, no

El periodo previo a la Revolución había aparecido marcado así por una intensa reflexión teórica que se enfrentaba a la violencia de los hechos. Se trata de un puñado de autores, a medio camino entre la historia y la filosofía que, remitiéndose unos a la quimera y la utopía, otros mostrando el talante más pragmático de los juristas, debaten en el siglo XVIII acerca de los principios de la guerra y la paz. Así se va plasmando hacia finales de siglo, ante las necesidades cada vez más acuciantes del nuevo contexto político, en proyectos de paz perpetua y de organización internacional. Estos proyectos irenistas, que llegan a convertirse en todo un género literario de la época, discurren paralelos a los tratados y manuales del Derecho de gentes, aunque con un marcado trasfondo utópico en la mayoría de los casos.

La Revolución viene a modificar los términos de la discusión, y ofrece además a estos autores una nueva tribuna pública. La amenaza de la guerra vuelve a emerger en el horizonte, pero Volney se esfuerza ante la Asamblea Constituyente, pese a todo, en proponer el problema de la guerra y la paz en términos de derecho universal, mientras que Condorcet concibe la desaparición de la guerra como conclusión de una evolución histórica inevitable; el lema “¡Guerra a los tiranos, paz a las naciones!” se impone, junto con un nuevo concepto de fraternidad. Resulta así destacable, entre otras, la visión que sobre el futuro pacífico de Europa mantiene Dumoriez, ministro de Asuntos Exteriores, y que con frecuencia ha sido olvidado por la historiografía más general:

« Alors, toute la politique de la grande république européenne consistera en des traités de commerce et d'amitié, dictés par le code éternel du droit naturel; l'égalité politique s'établira entre les nations grandes ou petites »¹⁹⁶.

Y Camille Desmoulins expresaba en 1790 la fórmula de la utopía idealista del género humano en estos términos: “il n’y aura plus qu’un seul peuple, qu’on appellera le peuple humain”¹⁹⁷, aunque sin llegar a concebir fórmula realista alguna para una posible unificación europea¹⁹⁸. En tiempos del Consulado, la nueva intervención de Dumoriez,

merece tal honor. El mensaje está claro, pues: la guerra es cosa del “capricho” de unos gobernantes irresponsables ante sus súbditos, y se evitaría en caso de que estos tuvieran que responder al sentir general de la opinión pública.

¹⁹⁶ Esta visión aparece expuesta en la Memoria diplomática redactada por M. de Montmorin, dirigida a la Sociedad de Amigos de la Constitución a finales de 1791 (cit. en Bois, 2005, p. 61).

¹⁹⁷ Ct. En Bois, 1999, p. 302.

¹⁹⁸ Entre todos los proyectos que pasan desapercibidos, destaca el del ciudadano Delaunay, cónsul de la República y autor en 1794 de un plan de pacificación general. Se trata de crear una convención europea, que reposa en la existencia de dos grandes grupos: una confederación en Occidente, centrada en Francia, Inglaterra y España, y una confederación de Oriente, centrada en Rusia, Austria y el cuerpo germánico.

antiguo ministro de Asuntos Exteriores y ahora proscrito, del publicista renano Görres o de Friedrich von Gentz, consejero del rey de Prusia, indican hasta qué punto la cuestión de las relaciones internacionales sigue movilizando cada vez más las pasiones.

La naturaleza de la paz a construir en Europa en torno a la cual se centra el debate político se piensa de maneras muy diferentes según los actores, y destacan dos polos extremos: los demócratas europeos como Buonarroti, los neo-jacobinos, Paine y otros defendían la perspectiva de un orden global y federal republicano mediatizado por la Nación, proyecto que implica una forma de “revolución permanente”; en el otro polo se hallaban los contrarrevolucionarios inspirados por Burke y sus *Lettres sur la paix républicaine*: la paz es imposible entre la República francesa y el resto de Europa, porque sus principios son por definición contradictorios; la guerra civil europea debe ser pues permanente para erradicar la “democracia” y la “anarquía”. La reconstrucción del orden implica como prerequisite (para Burke como, desde el otro extremo, para Kant) la homogeneidad de Europa. Y entre esos dos extremos se sitúan los directorialistas y los partidarios de una “paz gloriosa”, que buscan la integración de Francia en el orden existente mediante algún tipo de compromiso, así como mediante la redefinición y la racionalización del orden territorial y la estabilización necesaria. Será finalmente Bonaparte quien venga a zanjar la cuestión, proclamando que Francia forma naturalmente parte de esa “familia europea”.

Pero el ideal unitario destinado a un género humano igualado por las leyes de la libertad subsiste pese a las inclemencias de los tiempos también fuera de Francia: así, el prusiano de ascendencia holandesa Anarcharsis Cloots (1755-1794), en un discurso del 13 de junio de 1790 declaraba: “no habrá provincias, ni ejércitos, ni vencedores o vencidos (...), no habrá más desiertos; toda la tierra será un jardín”, y el 21 de abril de 1792 remitía a la Convención una obra titulada *La République universelle*, en la que solicitaba la supresión de los gobiernos locales y su reemplazo por una República mundial centralizada, renunciando a una posible fórmula federalista¹⁹⁹.

En cuanto a Suiza, sería enteramente neutra, y se convertiría en la sede de Oriente: tal habría sido una Europa repartida entre Napoleón y el zar Alejandro. En realidad, esta visión presenta el problema del límite oriental, incierto desde el despertar ruso. Pero eso sí, hay una certeza: ya no podremos apartar a Rusia como lo hacía Sully (Texto mencionado por Bois, 1999, p. 323).

¹⁹⁹ Béliassa, 2006, pp. 418-419. Entre los ilustrados españoles destaca por su parte la obra de Jovellanos: ante el revulsivo que supone en las mentes ilustradas la Revolución Francesa y la guerra contra los franceses, Jovellanos ve nacer en su interior ese anhelo de paz perpetua y fraternidad universal que se estaba dando del mismo modo entre sus coetáneos del resto del continente, y, en el contexto de la guerra con Francia, se expresa también vehemente contra los desastres de la guerra para a continuación reclamar la paz, conclusión inevitable de la Ilustración. En el sueño de Jovellanos se esconde la pretensión de

A pesar de que Jean Pierre Bois afirma que, pese a las numerosas invocaciones a Europa de la Convención, ningún plan serio de unión continental sale de la Revolución²⁰⁰, lo cierto es que la Revolución constituyó una gran tribuna oratoria para este tipo de ideas, alimentando y amplificando el debate; en el periodo que va de 1789 a 1799 un gran número de proyectos europeos vieron así la luz: Rolf Helmut Foerster (1967), ofrece un completo y detallado recuento bibliográfico de todos los proyectos de paz que emergen entre 1730 y 1830 en todo el continente, y Swedberg convierte estos datos en una tabla gráfica para mostrar frecuencias²⁰¹: comprobamos así que la cota más alta se da entre los años 1789-1800, con más de 140 obras, y que acontece un importante repunte en el periodo comprendido entre 1810-1819. Y tal y como ha estudiado Anna-María Rao para el caso italiano, entre 1795 y 1800 aparecen en Italia una miríada de proyectos, que presentan importantes analogías con los propios objetivos dictados por el Directorio: en ellos se propone una federación de repúblicas o una alianza entre reinos y repúblicas²⁰².

“rehacer Europa con una ilusionada utopía de progreso que se eleva a la idea de paz universal y a una organización política, primero de Europa y después de la humanidad” (Sánchez Agesta, 1955, p. 6), y que se concreta también en una organización política internacional, tal y como apuntaba en su diario con motivo del final de la guerra contra Francia: “¡Oh paz! ¡Oh santa y suspirada paz! Por fin vuelves a enjugar los ojos de la afligida y llorosa humanidad. ¿Se habrán acabado para siempre los horrores de la guerra? Empiezo a columbrar un tiempo de paz y fraternidad universal; un Consejo general para establecerla y conservarla...” (“Diario: 17 de agosto de 1795”, en *Obras Completas VII*, 1999, pp. 420-422). Idea que repetiría más tarde: “¿Quién no ve que en el progreso de esta ilustración los gobiernos trabajarán sólo y constantemente en la felicidad de los gobernados, y que las naciones, en vez de perseguirse y destrozarse por miserables objetos de interés y ambición, estrecharán entre sí los vínculos de amor y fraternidad a que las destinó la providencia? ¿Quién no ve que el progreso mismo de la instrucción conducirá algún día, primero a las naciones ilustradas de Europa, y al fin las de toda la tierra, a una confederación general cuyo objeto sea mantener a cada una en el goce de las ventajas que debió al cielo, y conservar entre todas una paz inviolable y perpetua, y reprimir, no con ejércitos y cañones, sino con el impulso de su voz, que será más fuerte y terrible que ellos, al pueblo temerario que se atreva a turbar el sosiego y la dicha del género humano?” (“Memoria sobre Educación Pública, o sea Tratado teórico-práctico de enseñanza...”, en 1996, pp. 120-121). En España aparecen proyectos coetáneos al propio Jovellanos como el del escolapio Joaquín Traggia, quien escribía en 1799 un *Proyecto de pacificación en Europa* (RAH 9/5240, manuscrito inédito), en el que apostaba también, como había hecho Kant, por la uniformización de los sistemas políticos en Europa –en torno a los nuevos principios revolucionarios– como base para la paz (sobre la obra de Traggia, consultar: Basabe, 2004b).

²⁰⁰ Bois, 1999, p. 302.

²⁰¹ Swedberg, 1994, p. 163.

²⁰² Galdi redacta un proyecto en 1796 en el que concibe un pacto federativo entre Francia e Italia, que implicaría una previa unidad italiana. Pero la política centralista, autoritaria e intervencionista que se colegiría disuade a los patriotas italianos Anna-Maria Rao, « Républiques et monarchies à l'époque révolutionnaire : une diplomatie nouvelle ? », en *Annales historiques de la Révolution française*, nº2, 1994 (cit. en Jourdan, 2002, p. 59).

La aportación mayor del periodo será en todo caso, en todos estos proyectos, el paso de una liga de reyes a una liga de los pueblos, condenando así definitivamente la monarquía universal de Luis XIV. Por el contrario se promueve una diplomacia *pública* y no privada, se rechazan los pactos de familia y el Secreto real. El Derecho de guerra se le antoja a Voltaire un absurdo, y se concibe un poder federativo controlado por las propias naciones. Los pensadores de esta época son conscientes de que, para que esta federación europea vea la luz, será necesario corregir previamente el equilibrio de fuerzas. Predominan entonces dos tendencias: aquélla que preconiza la independencia de los Estados y el *statu quo*, y aquella otra que aboga por la reordenación del mapa europeo, creando Estados compactos de dimensión semejante²⁰³.

Bentham, Kant, Görres: evoluciones en el ideal de la paz universal

Veamos ahora algunos de estos proyectos europeístas con mayor detenimiento. Hemos hablado ya en algún momento de “Derecho Internacional Público”, término acuñado por Jeremy Bentham en 1780. Bentham representa el deslizamiento del antiguo concepto del Derecho de gentes hacia una interrogación fundamental sobre las nuevas reglas de las relaciones que comienzan a llamarse internacionales. En 1789 redactaba su “Plan de paz universal y perpetua”, aunque no sería publicado sino póstumamente en el volumen *Principles of the International Law*. En él se propone el desarrollo de dos proposiciones fundamentales: la reducción y control de las fuerzas de las naciones que componen el sistema europeo y la emancipación de sus dependencias ultramarinas. Para ello propone el establecimiento de una Dieta o Congreso europeo²⁰⁴, formado por dos diputados representantes de cada nación, y sus funciones básicas

²⁰³ La cuestión de la idea de Europa en el siglo XVIII es un tema increíblemente amplio sobre el que no quisiera extenderme más y del que ya existe una ingente bibliografía entre la que cabe destacar, para una panorámica general, el *Dictionnaire européen des Lumières* de Michel Delon (París, 1997), *L'idée d'Europe au siècle des Lumières* de Gilbert Py (París, 2004), *L'idée d'Europe au XVIIIè siècle* (Bottaron Palumbo, de inminente aparición en Honoré Champion), o para los casos nacionales, el clásico *L'Europa nel pensiero italiano del Settecento* de Ada Annoni (Milán, 1959, y que conserva pese a todo su actualidad) o para el caso español, el citado *Idea de Europa en la España del siglo XVIII* de Alejandro Diz (Madrid, 2000), entre otros muchos.

²⁰⁴ “¿Por qué razón no habría de echar raíces la fraternidad europea como lo han hecho la Dieta alemana y la Liga suiza? (...) ¿cómo podríamos concitar la aprobación del pueblo y obviar sus prejuicios?” (Bentham, “Plan de paz universal y perpetua”, en 1991, p. 242).

serían informar de su opinión, así como hacer que ésta circule por los dominios de cada Estado. Su proyecto de Tribunal Internacional, que no es sino un Congreso de diputados de cada nación, incide en el aspecto de la publicidad y la libertad de comercio, pero no contaría con poder coercitivo alguno, puesto que su único poder estribaría en esa capacidad de informar a la opinión pública, convencido — ingenuamente, para algunos— de que una opinión pública esclarecida no apoyaría más guerras. En el proyecto de Bentham están ausentes los poderes legislativos o ejecutivos federales que sí aparecían por ejemplo en la obra de Saint Pierre, pero nos ofrece a cambio los principios para una moderna judicatura federal y una opinión pública abierta a las cuestiones internacionales.

Pero el texto principal de este periodo, que marcará el debate de manera definitiva, será sin duda el famoso opúsculo kantiano *Proyecto para una paz Universal* de 1795. Especialmente atento al devenir de los acontecimientos franceses desde 1789, y conocedor del proyecto del abad Saint-Pierre que alabó ya en 1750, empieza a interesarse, a partir de 1760 y gracias al *Extrait* añadido por Rousseau, por esta idea del *Völkerbund* o federación de pueblos.

La redacción del *Proyecto para una paz perpetua* kantiano es contemporánea de las negociaciones de Basilea (y precisamente a ello hace alusión en su opúsculo), momento en el que se le plantea a Kant la urgencia de una regulación para un nuevo orden europeo que integre a la República francesa y que conciba la paz no ya sólo como una perspectiva política, sino como un imperativo de la razón. La sociedad civil de naciones no puede ser construida sin antes un cambio radical en la constitución de cada una de las sociedades particulares, afirma Kant, coincidiendo aquí con la crítica de Rousseau de su *Jugement de la paix perpétuelle de l'abbé de Saint-Pierre*; hace falta “republicanizar” las constituciones civiles de los Estados para poder construir la sociedad de naciones. Kant ya había considerado en su *Idea para una historia universal en clave cosmopolita* de 1784 la evolución del género humano hacia una forma cosmopolita de gobierno. A la luz de los acontecimientos revolucionarios, vuelve en 1793 sobre la cuestión de la paz (en su artículo *Esto puede ser justo en teoría, pero no es válido en la práctica*²⁰⁵): según él, la fraternidad universal no es una “idea consoladora” sino la base de los deberes que reúne a todos los

²⁰⁵ Kant, *Ueber den Gemeinspruch: das mag in der Theorie richtig sein, taugt aber nicht für die Praxis*, en *Werke*, Suhrkamp, Frankfurt am Main 1968, XI, pp. 125-72.

hombres. Frente a los problemas de la constitución conjunta de la *polis* y la *cosmópolis*, Kant responde apostando por la construcción de un derecho de gentes que asocie a las sociedades civiles republicanas: la paz perpetua sería entonces resultado de una constitución cosmopolita. Será Immanuel Kant así quien reconozca explícitamente por vez primera que no es posible un orden cosmopolita a menos que se trate de la expresión de una forma política universal. Para él, la paz perpetua es ante todo un Estado de Derecho Público, que toma la forma de una constitución cosmopolita y en un sistema republicano²⁰⁶.

El ideal cosmopolita no es pues un principio filantrópico, es un principio jurídico²⁰⁷, que adquiere el rango de transcendente en la forma de la publicidad. En tanto que Idea, la paz perpetua no puede ser una forma de regulación internacional, ya que una “Idea” es de por sí *irrealizable*, pero sin embargo la voluntad permanente de obrar en pro de la construcción de la paz a través del Derecho es un principio moral y jurídico de regulación del orden internacional ineludible, a través de un Derecho de gentes que habrá de fundarse en una federación de Estados libres, una alianza de pueblos por la paz (*Friedens-und-Völkerbund*) que se aparta de la solución radical de un Estado mundial (*Weltstaat* o *Weltrepublik*) apuntada en textos precedentes. Y ya se ha señalado²⁰⁸ que las proposiciones del opúsculo de Kant no son meramente especulativas, sino que las referencias a la Revolución francesa más o menos implícitas aparecen dispersas a lo largo de la obra: también Kant consideraba que la victoria de Francia sería la de la paz y la humanidad, y con ello aprobaba la política exterior del

²⁰⁶ La república de Kant, no obstante, objeto del primer artículo definitivo de la Paz Perpetua (“*La constitución debe ser en todo Estado republicana*”) no responde al ideal republicano del mundo antiguo; aquí la clave es la noción de representación: libertad de los miembros de una sociedad, igualdad entre todos los ciudadanos y sometimiento a una única legislación común (separación del ejecutivo y el legislativo), bases que propician esa paz buscada: “En la constitución republicana no puede por menos de ser necesario el consentimiento de los ciudadanos para declarar la guerra. Nada más natural, por tanto, que, ya que ellos han de sufrir los males de la guerra –como son los combates, los gastos, la devastación, el peso abrumador de la deuda pública, que trasciende a tiempos de paz-, lo piensen mucho y vacilen antes de decidirse a tan arriesgado juego. En cambio, en una constitución en la cual el súbdito no es ciudadano, en una constitución no republicana, la guerra es la cosa más sencilla del mundo. El jefe del Estado no es un conciudadano, sino un amo, y la guerra no perturba en lo más mínimo su vida regalada, que transcurre en banquetes, cazas y castillos placenteros. La guerra, para él, es una especie de diversión, y puede declararla por levísimos motivos...” (Kant, 1996, p. 223): Como vemos, los argumentos esgrimidos en cuanto a irresponsabilidad del gobernante son muy similares a los ya mencionados por La Harpe o Mercier casi treinta años antes, pero Kant supera la simple crítica ofreciendo a cambio un esquema sólidamente articulado de constitución política con base jurídica. La constitución cosmopolita es fruto por su parte del imperativo moral aplicado al ámbito social, y el Estado de Derecho, por lo tanto, una mezcla de política y moral.

²⁰⁷ Kant, *Principios metafísicos de la doctrina del derecho*, México, Dirección General de Publicaciones, 1968, p. 193.

²⁰⁸ En Bélissa, 2006, p. 395.

Directorio y absolvía a la Revolución de la violencia exterior a la que sometía en aquellos días al resto del universo, siguiendo una fe en la providencia que hace nacer, según los principios de la historia, la paz de la guerra. Las Repúblicas hermanas, a pesar de la política de dominación de la Gran Nación, quedarían así justificadas en su interpretación como orientadas hacia la consecución de esa constitución cosmopolita europea.

Por lo demás, lo cierto es que Kant no se pregunta demasiado por el proceso que pueda llevar a semejante federación, ni imagina la creación de organismos supranacionales concretos. La contribución kantiana puede haber resultado excesivamente intelectualista, teórica y casi hasta utópica, y responder meramente a las necesidades diplomáticas del momento (aunque no todos los autores lo vean así, e incluso hay quien como Bois, ve en la obra un “*souci manifeste de réalisme politique*”²⁰⁹), pero supo exponer con claridad la necesidad de desarrollo del principio republicano.

Las ideas ejes que subyacen al proyecto kantiano (que Europa tiende a una federación de Estados soberanos independientes, es decir “republicanos”, con una igualdad formal de los ciudadanos bajo el imperio de la ley, separación de poderes legislativo y ejecutivo y un gobierno representativo; que la federación se basa en el derecho cosmopolita de la hospitalidad universal y el “espíritu de comercio”; que esta federación europea será un modelo para el resto de los pueblos del mundo, como consecuencia de un proceso histórico de desarrollo por “estadios”²¹⁰) se convertirá andando el tiempo en una idea regulativa y canónica para los futuros proyectos europeístas. Y lo cierto es que el texto de Kant tuvo un éxito fulminante: los dos mil ejemplares de la primera edición (Königsberg, 1795) se agotan en pocas semanas. Dos ediciones más en 1796 y 1797 vienen a sumarse en Frankfurt y Leipzig, además de una primera traducción al francés en Berna en 1795, segunda en la propia Königsberg y tercera en París ya en 1796, además de las traducciones al inglés y al danés de 1798²¹¹, hasta llegar a un total de doce ediciones (traducciones aparte) hasta 1804, año de la muerte de Kant²¹². El Proyecto de Kant desencadena un vivo debate en Francia y

²⁰⁹ Bois, 1999, p. 303.

²¹⁰ Tully, 2002, pp. 331-333.

²¹¹ Bois, 1999, p. 304.

²¹² Bélicsa, 2006, p. 391.

Alemania, una “guerra de plumas”²¹³ que mezcla la reflexión especulativa con el debate político acerca de la paz y el nuevo orden europeo resultante del proceso revolucionario²¹⁴. La obra de Immanuel Kant de una federación de Estados republicanos, fundados en la ley y el Derecho, cuenta con un amplio eco en Francia desde primera hora del debate: *Le Moniteur* la reseñaba el 3 de enero de 1796 en un artículo elogioso, además de publicar algunos fragmentos, y otros periódicos como el *Magazine Encyclopédique* o el *Journal d'économie publique, de morale et de politique* lo recogían igualmente; de la mano de Reinhardt llega al conocimiento de Sièyes, interés que culmina con un congreso organizado en París el 27 de mayo de 1798 por Destutt de Tracy y los ideólogos: Kant seguiría siendo así la referencia ineludible en todo debate acerca de la guerra y la paz hasta 1815²¹⁵. Y en Alemania, Fichte será uno de esos autores que, al menos en estos primeros años —últimos del siglo—, se embarque en la batalla por la paz, al insistir (en la recensión que publica en el *Philosophischen Journal* en 1796 de la obra kantiana) en que la perspectiva de la paz perpetua es política y no meramente utópica, y que sólo la perspectiva de una “gran república de Estados europeos” logrará aventajar al desorden de las constituciones despóticas —y proyecto que no parece inicialmente preocuparle que sea abanderado por la República francesa:

“¿Cuál es pues la patria de un europeo cristiano verdaderamente civilizado? De una manera general, es Europa: de manera particular, en cada época, será el Estado que se halle a la cabeza de la civilización. ¡Poco importa que una nación se estanque en su progreso, sucumba o sea superada por otras! (...) El espíritu, hijo del Sol, es atraído de manera invencible y se volverá siempre hacia el lado de la luz y del Derecho. Con este sentido cosmopolita, podemos asistir tranquilos a las vicisitudes y a las catástrofes de la historia”²¹⁶.

²¹³ Droz, 1949, p. 88.

²¹⁴ Se publican así obras como *Préliminaires de la paix*, de Oelsner (1795), *Europa und seine politischen und Finanzverhältnisse* de Andreas Riem (1795), el *Ensayo sobre el republicanismo* de Schelegel en 1796, *La Paz perpetua, un ideal* de Görres (1797), *El Estado Comercial cerrado* de Fichte en 1800 o *De la paz perpetua* también en 1800, y otros muchos publicistas, por y contra Kant, vienen a sumarse a la polémica: Krug, Friesen, Jean-Paul (*Declaración de la guerra a la guerra*, 1809), Adam Muller... Además de la obra de Görres, de la que me ocuparé más detenidamente con posterioridad, Schlegel en su *Ensayo sobre el republicanismo* se hace eco de la perspectiva kantiana y defiende que “sólo un republicanismo universal puede realizar el imperativo político”, “artículo definitivo” de la paz perpetua (Bélissa, 2006, p. 393).

²¹⁵ Bélissa, 2006, pp. 391-392; Bois, 1999, p. 304.

²¹⁶ Fichte, *Fundamentos del tiempo presente*, lección 14^o (1805), cit. por Duroselle, 1965, p. 172. Fichte insistirá en estos aspectos del debate en su *Fundamentos de derecho natural*: al igual que Kant, recela de un super-Estado al estilo del que concibiera Cloots, porque los obstáculos naturales e históricos entre los pueblos lo hacen imposible; los Estados son necesariamente múltiples, apunta, pero en sus relaciones recíprocas pueden llegar a garantizar los derechos de sus ciudadanos, haciendo de ellos sujetos de un Derecho interestatal, anterior a todo contrato entre los Estados y base del Derecho cosmopolita. La paz será entonces posible cuando un Derecho internacional, desvinculado de la constitución republicana de cada pueblo pero a todos ellos común, sea proclamado, para lo cual deberá organizarse un *Völkerbund*, una

Joseph Görres publicaba por su parte en 1797 su *La paz universal, un ideal*, en el que retomaba el análisis cosmopolita kantiano pero yendo más allá y asignándole a Francia de manera expresa el deber de realizar la paz perpetua, de “republicanizar” Europa para formar una “República de los Pueblos” que asegurara la paz. Presenta la filosofía kantiana de la paz como la contribución más avanzada que Alemania haya hecho nunca a la constitución de la República europea, y cuyo exponente máximo de su contrario sería la *bellum internacium* sostenida por Inglaterra. En Görres conoce así su punto álgido la confluencia entre el proyecto cosmopolita kantiano y la misión revolucionaria francesa²¹⁷. A partir de 1800, sin embargo, al igual que muchos de sus compatriotas, Görres vivirá un giro hacia el pesimismo, y empezará a rechazar, desde su tribuna del *Mercur Rhenan*, la visión acerca de la misión emancipadora de Francia.

2. 2. 2. El giro a partir de 1800

La tradición académica ha caracterizado con frecuencia dos “modelos” en torno a la idea de Europa antitéticos, de un lado una cierta idea de Europa cosmopolita, racional, universalista pero restringida en su mayor parte a la abstracción y al dominio cultural (tal sería la Europa dibujada por la Ilustración, que hemos venido repasando hasta ahora), y del otro lado una Europa concebida en términos de pluralidad, diversidad de naciones e incardinada en la historia y la política de manera más sólida, que correspondería a la idea de Europa comúnmente extendida en el siglo XIX²¹⁸.

Contra esta idea de nítida cesura entre ambos siglos conviene tratar de establecer un estudio más matizado y atento a los detalles, que sepa desbrozar los elementos de cambio o permanencia en este momento de transición, este *Sattelzeit* o “tiempo-bisagra” que representa el cambio de siglo (1750-1850), y tal es el objetivo que me propongo en el presente trabajo: seguir el rastro de las posibles mutaciones, de las continuidades y rupturas que atraviesan el periodo para tratar de explicar de qué manera sucede esta

“unión de pueblos” dotada de un ejército federal propio. Para los kantianos, la sola regulación jurídica posible del orden europeo será una normalización en el seno de un orden republicano.

²¹⁷ Bois, 1999, p. 304.

²¹⁸ Boer, 1995, p. 70.

transición, y probando que los propios límites o incoherencias de esta idea europea ilustrada constituyeron de por sí una fuente potencial para el siglo siguiente, que se iba a nutrir aún en buena medida de muchas de las ideas y conceptos expresados más arriba, aplicándose a las nuevas circunstancias.

La oposición a las ambiciones militares de Napoleón se mezcla pronto con una cierta desconfianza hacia los ideales cosmopolitas de todo género. La reacción intelectual en el siglo XIX mantendrá a partir de entonces una concepción mucho más pluralista, basada en la reconstrucción del orden cosmopolita ilustrado, sí, pero sustentada esta vez por la libertad y el comercio, de los que Benjamin Constant será exponente mayor. Ésta pasa a constituir a partir de entonces la nueva vía para completar el proyecto allá donde el imperio y la conquista habían fracasado: lograr la unidad por la diversidad será a partir de entonces el objetivo compartido por todos los proyectos pan-europeos que vienen a poblar el siglo, y que se alejan profundamente de toda tentativa unificadora anterior. La exaltación del sentimiento nacional se opondrá así a la uniformización, vista como una forma más de absolutismo.

Las nuevas voces que se alzan contraponen la civilización a la barbarie y empiezan a atacar con dureza la “usurpación” y el “despotismo”, «counter-concept to the vision of European order that emerged from the Coppet circle»²¹⁹, y en torno al cual se articulará el nuevo pensamiento. Pero tampoco el término de “despotismo” es nuevo, y así lo encontrábamos ya en Montesquieu y su crítica al poder uniformizado que él compara con el poder absoluto, reflexiones de las que beberá luego Constant. En sus *Réflexions sur la monarchie universelle en Europe* (1727), Montesquieu expresaba su convencimiento acerca de la imposibilidad “moral” de que, visto el estado actual del desarrollo europeo, pueblo alguno pueda imponerse por su superioridad sobre los otros tal y como hicieron los romanos. Los grandes imperios, por otra parte, nunca han logrado mantenerse durante mucho tiempo en Europa, nos advierte Montesquieu, mientras que han existido siempre en Asia: y Montesquieu achaca esto al hecho de que en Europa se ha formado históricamente un “génie de liberté” y un Estado de Derecho (ambos influidos por su geografía, la cual ha posibilitado semejante variedad de caracteres nacionales) que impide el despliegue de esos imperios que, también él, vinculaba al despotismo:

²¹⁹ Tenenbaum, 1994., p. 361.

« Un grand Empire suppose nécessairement une autorité despotique dans celui qui le gouverne, il faut que la promptitude des résolutions supplée à la distance des lieux où elles sont envoyées, que la crainte empêche la négligence du gouverneur et du magistrat éloigné, que la loi soit dans une seule tête, c'est à dire, changeante sans cesse »²²⁰.

De manera que Imperio, uniformización y despotismo se igualan, y se excluyen de la idea de Europa:

« Le monarque, qui connoît chacune de ses provinces, peut établir diverses lois, ou souffrir différentes coutumes. Mais le despote ne connoît rien, et ne peut avoir d'attention sur rien; il lui faut une allure générale; il gouverne par une volonté rigide qui est partout la même; tout s'aplanit sous ses pieds »²²¹.

Montesquieu no fue el único en anticipar estas ideas faro de libertad, civilización y federación («l'Europe n'est plus qu'une nation composée de plusieurs») que van a determinar a partir de 1815 la idea europeísta entre los autores liberales. Otro de los grandes escritores ilustrados que sirvió de inspiración para estos sería Rousseau quien, con su pluma y su voz discordante, había abierto ya una brecha profunda en el espíritu ilustrado por la que se iban a colar los primeros hilos del romanticismo. Rousseau sirve así de inspiración para esta nueva idea europea desde el mismo momento en que clama que “no existen más que europeos”²²² o alienta el sistema federal, el cual aunaría en su opinión las ventajas de los pequeños y los grandes Estados constituyendo una verdadera «chef-d'oeuvre de la politique»²²³. Y sin embargo, al contrario que la mayor parte de sus contemporáneos, Rousseau no comparte el optimismo con respecto al tan proclamado progreso de la civilización europea que debería conducir por sí mismo a la unidad y la paz, y presenta el estado actual de Europa con desconfianza y desagrado,

²²⁰ Montesquieu, *Réflexions sur la monarchie universelle en Europe*, 2000, p. 82. Opúsculo en el que asegura que son las « disposiciones civiles », y no las guerras, las que han conformado Europa durante los últimos cuatrocientos años (p. 76).

²²¹ Montesquieu, en *Esprit des lois*, livre VI, chap. 1, 1827, p. 261.

²²² Aunque no lo reconoce con un sentido positivo, precisamente: «Il n'y a plus aujourd'hui des Français, d'Allemands, d'Espagnols, d'Anglais même, quoi qu'on en dise; il n'y a que des Européens. Tous ont les mêmes goûts, les mêmes passions, les mêmes moeurs, parce qu'aucun n'a reçu de forme nationale par une institution particulière» (Rousseau, 2002, p. 13).

²²³ « Si vous ne voulez que devenir bruyants, brillants, redoutables, et influer sur les autres peuples de l'Europe, vous avez leur exemple, appliquez-vous à l'imiter. Cultivez les sciences, les arts, le commerce, l'industrie, ayez des troupes réglées, des places fortes, des Académies, surtout un bon système de finances qui fasse bien circuler l'argent, qui par là le multiplie, qui vous en procure beaucoup; travaillez à le rendre très nécessaire, afin de tenir le peuple dans une grande dépendance, et pour cela fomentez et le luxe matériel, et le luxe de l'esprit, qui en est inséparable. De cette manière vous formerez un peuple intrigant, ardent, avide, ambitieux, servile et fripon comme les autres, toujours sans aucun milieu à l'un des deux extrêmes de la misère ou de l'opulence, de la licence ou de l'esclavage: mais on vous comptera parmi les grandes puissances de l'Europe, vous entrerez dans tous les systèmes politiques, dans toutes les négociations on recherchera votre alliance, on vous liera par des traités: il n'y aura pas une guerre en Europe où vous n'ayez l'honneur d'être fourrés: si le bonheur vous en veut, vous pourrez rentrer dans vos anciennes possessions, peut-être en conquérir de nouvelles, et puis dire comme Pyrrhus ou comme les Russes, c'est-à-dire comme les enfants: 'Quand tout le monde sera à moi je mangerai bien du sucre'» (Rousseau, 2002., pp. 22 y 43).

asociándolo a la ambición sin medidas, las intrigas y la guerra²²⁴. De esta manera Rousseau, el hombre que, tal y como ya hemos visto, había recuperado, renovado y dado su impulso definitivo al *Projet de paix perpétuelle en Europe* del abad Saint-Pierre, evoluciona no obstante en sus escritos posteriores hacia posiciones menos universalistas, y en el momento de redactar sus *Considérations sur le gouvernement de Pologne* (1772) no duda en darle vuelta al conocido proverbio, que él encuentra en su forma original “execrable”, para convertirlo en “*Ubi patria, ibi bene*”, poniendo fin a casi un siglo de espíritu cosmopolita. El patriotismo parecía imponerse así al europeísmo por la ola de los tiempos.

Vemos así cómo en el momento de superar la “trampa” de la Ilustración que había vuelto las en otra época aspiraciones cosmopolitas en una “Monarquía universal” de ambiciones de uniformización indistinta, los hombres del XIX van sin embargo a encontrar su inspiración en las ideas del siglo precedente, siguiendo el rastro del patriotismo sentimental y el “retour au terroir” de un Rousseau o un Herder, pero también y en lo que concierne a la idea de Europa, a través de esos primeros bocetos para un historia universal, los conceptos clave de civilización y progreso o los planes de “paz perpetua” y demás proyectos utópicos de asociación política diversos. Proyectos europeístas que no van a desaparecer al alba del nuevo siglo y bajo la “hégira” napoleónica, sino que por el contrario se multiplican, siguiendo todavía la pista de los trabajos de Sully o el abad Saint-Pierre, aunque imprimiéndoles al mismo tiempo un nuevo perfil –frecuentemente de corte bonapartista: es el caso por ejemplo del italiano Scipione Piattoli y el polaco Czartoryski, que conciben entre 1803 y 1805 el diseño de una Europa basada en la reagrupación de Estados tal y como veremos seguidamente, u otros proyectos menores como el del también italiano Giuseppe Franci quien, en 1814, sueña con una Cristiandad dividida en cuatro grandes imperios que cohabitan en equilibrio y armonía. Echassériaux había publicado ya en 1802 un *Tableau politique de l'Europe*, y Delisle de Sales publicaba *De la Paix de l'Europe et de ses bases* en 1800. Aparece también, entre otras muchas, la obra de J. J.B. Gondon de 1807, en la que algunos autores²²⁵ han visto el precedente mayor y más inmediato de la obra del Conde de Saint-Simon que inauguraría en 1814 toda una nueva época y que analizaremos con posterioridad.

²²⁴ Rousseau, 2002, p. 48.

²²⁵ Duroselle, 1965, p. 175.

Pero veamos antes de qué manera los paradigmas ilustrados comienzan a ser sometidos a seria crítica en torno a 1800 por todos aquéllos que creen hallar en ellos el origen de la Revolución, cambio que empieza a fraguarse especialmente en el ambiente intelectual alemán. La paz perpetua republicana se desvanece en tanto que perspectiva política para la mayor parte de los ilustrados europeos; la idea federal, central en el pensamiento irenista de la Ilustración, es también descalificada en pro de una concepción hegemónica y autoritaria del orden. Podemos pues decir que si la Europa contemporánea nace en cierta manera en el Congreso de Viena, es en torno a 1800-1802 que la Europa moderna desaparece²²⁶.

El debate alemán sufrió ciertamente una brutal inflexión en torno a 1800. 1798 supone el año de apogeo de la problemática kantiana, pero al mismo tiempo ya para entonces las críticas se habían ido haciendo más y más numerosas. Ya en 1796, Wieland contestaba amargamente al proyecto kantiano, señalando « hasta qué punto los cosmopolitas pueden errar »; los acontecimientos de los últimos años han venido a desmentir el ideal cosmopolita, aunque esto no le impide persistir en el proyecto de una asociación para los pueblos europeos²²⁷.

Pero Bonaparte ocupa todo el protagonismo de la escena y el pesimismo van en aumento²²⁸. En 1806, Algunas semanas después de la batalla de Jena, Jomini, adjunto al estado mayor instalado por entonces en Berlín, expuso al Emperador su concepción de un sistema federativo europeo donde todo sería común, “los esfuerzos, los sacrificios, las recompensas”, a lo que Napoleón tan sólo parece que replicó secamente: “je vous connaissais bien comme un bon militaire, mais je ne savais pas que vous fussiez si mauvais diplomate”²²⁹. Muchos de los autores alemanes, apenas unos pocos años antes defensores entusiastas, varían entonces su punto de vista; Schiller escribe su poema “*El nuevo siglo*”, en el que evoca con melancolía un mundo entregado a las inclinaciones

²²⁶ Bélissa, 2006, p. 421.

²²⁷ Dos años más tarde, publica *Gespräche unter vier Augen* (“Discusiones en privado”), donde pone en boca de uno de los personajes: “À quel degré de perfection et de bien-être les peuples d’Europe ne parviendraient-ils (...) s’ils renonçaient définitivement à tous ces résidus honteux de la vieille barbarie, à cette haine sanguinaire de nation à nation (...). Ils pourraient atteindre ce résultat par une association de peuples, constituée sans tenir compte de cette variété des formes de gouvernement, peu importante dans le fond; et ainsi serait créée et organisée, de façon durable, une communauté d’États européenne » (Cit. en Bois, 1999, p. 302).

²²⁸ Así lo ve al menos Bélissa (2006, p. 397), contrariamente a la opinión de Boudon (2005, pp. 77-83) que presenta el año 1800 como un año tranquilo y presidido por la esperanza de paz.

²²⁹ Cit. en Dufraisie, 1995, pp. 4-25.

bélicas y los apetitos imperialistas: la idea del “Estado monárquico nacional” se afirma cada vez con mayor fuerza frente a pretéritas inclinaciones cosmopolitas. El giro viene marcado por la publicación en 1799 de *Europa o la Cristiandad* de Novalis (del que nos ocuparemos más tarde), donde se consagra una visión idealizada de la Edad Media caracterizada por la unidad cristiana y la jerarquización social, proponiendo una profunda reorganización de Europa sobre bases antirrevolucionarias y anti francesas. La Reforma y el racionalismo ilustrado (y por supuesto, la Revolución) son señalados como los principales culpables de la destrucción de ese orden europeo que habrá de reconstruirse en adelante: un orden espiritual, holístico, nacional y cristiano (como veremos en próximos apartados, estas ideas también serán la base que inspire el proyecto de reorganización europeo del conde de Saint-Simon, aunque dándoles un giro sorprendentemente inédito y moderno). Y es que, si bien la obra de Novalis tiene una modesta repercusión en el momento de su aparición, estará en la cabecera de muchos de los pensadores que a partir de 1815 vuelvan a replantearse la cuestión de la reordenación europea.

Schelegel funda en 1803 una revista llamada *Europa*, y a partir de este momento atenuará también de manera considerable el elemento democrático en su teoría del republicanismo, introduciendo la noción de contrabalananzas para derivar después abiertamente hacia la exaltación de la nación alemana, la apología del Santo-Imperio y la galofobia, que también acabaría haciendo suyas Fichte: en *El Estado comercial cerrado* de 1800 Fichte presenta, aun sin renegar todavía de la inclinación kantiana, el problema de las relaciones interestatales de una nueva manera; si bien para algunos se trata de una utopía social arcaizante, para otros constituye toda una anticipación hegeliana o incluso socialista. Es en todo caso el anuncio del Estado autárquico, en el contexto del debate acerca del orden europeo y sobre la “diplomacia comercial”. Fichte opina que un orden internacional pacífico sólo se alcanzará no a través del cosmopolitismo, sino en el rechazo de las colonias y el aislamiento comercial voluntario. Su obra pretende presentarse como el análisis de la inadecuación del Estado histórico a los estándares del modelo absoluto de Estado propio de la Razón: el pasaje del Estado histórico al Estado de razón, desde el punto de vista económico, reside para él en el “cierre” del Estado comercial como condición para la igualdad social, el acceso a lo necesario, el derecho general al trabajo y la desaparición progresiva del ejército y la represión interna (cierre comercial que no significaría pese a todo aislamiento cultural ni nacionalismo

xenofóbico, sino racionalización del espacio económico internacional por el bien de todos, puesto que un Estado que renuncia al beneficio del comercio exterior deja de suponer una amenaza bélica para los demás). Aparece en este contexto el tema del establecimiento de las fronteras naturales, pero en ningún momento plantea la federación de estos Estados comercialmente aislados. Y aunque en el fondo subyace también la perspectiva de la paz que preocupaba a todos estos autores, se reconoce cierta inexorabilidad de la guerra, y el modelo se aparta, como es obvio, cada vez más del ideal cosmopolita kantiano²³⁰.

Friedrich von Gentz será otro de los autores que, decepcionado de la Revolución francesa y lector asiduo de autores como Burke, se presentará como un enemigo declarado de los kantianos. Contraataca con su particular *De la paz perpetua* (1801), en la que expone que la paz perpetua no puede ser más que un ideal de la razón, pero nunca una perspectiva política²³¹. Gentz denuncia así la “quimera de la paz perpetua” y le reprocha estar en el origen de la guerra civil europea. La paz perpetua es según él una “exigencia de la razón”, y por tanto Kant erraba al concebirla como una perspectiva práctica, porque únicamente corresponde al ámbito de la razón pura. Gentz rechaza que la paz pueda convertirse en un imperativo categórico, y no cree en la posibilidad de construir pasarelas entre el sistema político europeo y la paz perpetua, ideas que no dudan en retomar algunos autores contemporáneos igualmente críticos con el proyecto kantiano.

²³⁰ Aun así, con ocasión de la reactualización e intensificación del debate experimentada durante las guerras revolucionarias, Fichte escribe todavía a su amigo Jung en el momento de la guerra con la segunda coalición (1798-1800): “es evidente que sólo la República francesa puede ser considerada por el hombre justo como su patria [...] la guerra actual es una guerra de principios, y sólo la superioridad incuestionable puede aportarle a la República un reposo seguro” (cit. en Droz, 1979, p. 279), postura que sin embargo pronto iría cambiando de orientación, hasta llegar al encendido tono nacionalista de los *Discursos a la Nación alemana* (1807-1808).

²³¹ Todos los proyectos que persiguen el objetivo de la paz perpetua, explica, se pueden resumir en cuatro grandes grupos: los que proponen una “monarquía federal” o “super-Estado”, el Estado cerrado, la federación de pueblos libres fundado sobre el derecho de gentes y el derecho cosmopolita, y finalmente, un gobierno mundial, pero todas estas fórmulas resultan de una forma u otra defectuosas e impracticables: la monarquía universal sólo podría ser un factor de pacificación en el caso de que lograra la unificación de la totalidad de los Estados y consiguiera acabar con cualquier atisbo de disensión interna, el aislamiento al que se refiere Fichte es simplemente una utopía, y el gobierno mundial es simplemente imposible por ser contrario a la diversidad fundamental de los seres humanos (y en este sentido vaticina, aunque sin mucho tino, la próxima quiebra de los Estados Unidos americanos). La constitución federal de los Estados le ocupa algo más de reflexión: entiende por tal todo proyecto en la línea de aquél del abad Saint-Pierre con un congreso permanente que arbitre los conflictos entre los Estados federados, pero le plantea una seria objeción: la ausencia de un verdadero poder ejecutivo con poder de coerción vuelve a todos estos proyectos impotentes para el mantenimiento de la paz.

Y es que, a estas alturas, empieza a hacerse palpable el gran peligro que encerraba esta concepción ilustrada europea: la tentación imperial, sombra que parece planear siempre por encima del ideal, y las sospechas sobre las posibles amenazas que pudiera albergar el proyecto cosmopolita kantiano se disparan. “Kantian cosmopolitanism had its origins in an ambition to transmutate, to ‘transvaluate’, the older European imperial ambitions”, apunta Pagden²³². Y efectivamente, da la impresión de que el concepto kantiano de “cosmopolitismo” estuviera basado en una concepción no-antropológica de la naturaleza humana, sino en una determinación ética de lo que ésta debería ser, por lo que la idea *filosófica* de Europa (universalista, cosmopolita) se convertiría en último extremo, al pretender ser una idea *política* de Europa, en un proyecto de imperio y dominación; y es que, si el *cosmopolitismo* es la tendencia hacia el universal, el *imperio* será la realización de ese universal, aunque al mismo tiempo signifique la negación de su esencia, tal y como desarrolla Jocelyn Benoist en su artículo. James Tully, desde una perspectiva “post-imperial” (que Benoist juzga como una crítica multiculturalista y de identidades plurales demasiado “presentista”), también acusa a Kant de no ser tan cosmopolita como él mismo se pretende, e interpreta sus concepciones culturales, de las constituciones y las federaciones, así como los procedimientos que ofrece para la legitimación constitucional, como parciales y ejemplo de prolongación de un imperialismo cultural que se perpetúa cuando se trata como si verdaderamente fuesen principios universales²³³.

Y ante la imposibilidad de la realización práctica de una paz perpetua tal y como había sido concebida en la década anterior, Gentz teoriza en cambio sobre el derecho de intervención y hace de él el nuevo principio regulador positivo del orden europeo, sentando las bases de lo que será uno de los aspectos fundamentales de la Santa Alianza²³⁴.

²³² Pagden, 2002, p. 16.

²³³ Tully, 2002, p. 358.

²³⁴ En la segunda parte de esta obra Gentz analiza las causas de la imposibilidad de la paz y la ruptura provocada por la Revolución francesa en el sistema europeo; más allá, elabora una nueva teoría del equilibrio, fundado sobre el derecho de intervención, para la reconstrucción de un orden continental basado en la existencia de un concierto de soberanos que legitime la ingerencia en nombre de la estabilidad europea, equilibrio que prefigura el de Viena. Y más allá de teorizar acerca del fin del paradigma de la paz perpetua, Gentz llega incluso a defender el lugar de la guerra en el orden natural y social, defendiendo la naturaleza guerrera de la especie humana a través de la “prueba histórica” contrarrevolucionaria, que demuestra la eternidad de la guerra en los procesos históricos (cabría aquí responder a Gentz que, igual que subraya la distancia entre el estado social y el estado natural para

La Memoria política de Czartoryski (1803-1805)

El Príncipe Adam Czartoryski será quien, bajo los auspicios del zar Alejandro I, redacte uno de los más importantes proyectos de pacificación para Europa de este periodo.

Alejandro I llega al trono de Rusia en 1803 a la edad de veintitrés años, y desde su posición se verá obligado a responder a los avances políticos y militares de Napoleón, cosa que hará desarrollando una densa y original reflexión acerca de las cuestiones europeas. Formado por el preceptor ilustrado suizo Frédéric-César de la Harpe a instancias de su abuela Catalina II (al que antes citábamos como uno de los autores que concurrió al certamen de *l'Académie* sobre los males de la guerra y las ventajas de la paz), el nuevo príncipe es un hombre digno del legado de las Luces, imbuido de ideas liberales y que tratará desde el comienzo de reconducir la errática política en materia extranjera de su padre Pedro I²³⁵.

Alejandro I toma inicialmente con respecto a las cuestiones europeas una postura expectante y de orientación pacifista, centrada más en una política expansionista interior. En la convención comercial de 1801 restablece las relaciones diplomáticas con Austria, y en una política de apaciguamiento con respecto a Francia, firma un tratado de paz con la potencia revolucionaria en octubre del mismo año. Hacia

cuestionar los derechos humanos, también cabe esgrimir esta discontinuidad a la hora de hablar de la más que cuestionable “naturaleza guerrera” que no pueda llegar a ser superada por el estado social). Parece ser, sin embargo, que Gentz no concibe el estado de guerra exactamente como un estado de naturaleza, sino más bien como la expresión de una “constitución social imperfecta” (Bélissa, 2006, p. 404), destacando su papel civilizador. Gentz se aleja así tanto de las posiciones ilustradas como de la concepción hobbesiana, puesto que para él el ideal del Estado perfecto es tan irrealizable como el de la paz perpetua internacional, y constituye igualmente un “ideal de la razón”. Gentz es un conservador racionalista (Jacques Godechot habla de “cosmopolitismo conservador”, que no es pacifista ya pero tampoco nacionalista todavía), que no rechaza la idea de progreso y se muestra preocupado por el *orden europeo*, pero que en su concepción sólo es regulable en la práctica por el poder y la guerra, reelaborando la teoría de Burke de la “Ley de vecindad” que justificaría la intervención de las potencias para devolver en el interior de otro Estado los límites del orden social, con lo que se adelanta a su época.

²³⁵ Rusia había comenzado a descollar como gran potencia del norte en la primera mitad del siglo XVIII, al ocupar Suecia Pedro el Grande. Catalina II pretendería después continuar extendiéndose territorialmente hacia el oeste a costa de Polonia, además de dar comienzo a una apertura cultural y estética a la Europa occidental, reivindicando la pertenencia de pleno derecho a la familia europea, a pesar de las resistencias que persisten en verla como una Rusia “bárbara, despótica y asiática”.

1803, no obstante, y en vista de la evolución del contexto internacional, el Zar acabará variando su postura, y su juicio con respecto al Primer Cónsul será cada vez más severo. Emerge así su voluntad de convertirse en el promotor de una paz europea establecida sobre el respeto de las identidades nacionales, y así se lo hacía saber Oubril, representante de Rusia en París, al ministro Talleyrand: “L’unique voeu de Sa Majesté serait que la paix renaisse en Europe, que personne ne veuille s’arroger une suprématie quelconque et que le gouvernement français reconnaisse aussi l’égalité des États moins forts (...). La Russie, on ne saurait assez le répéter, n’a aucune envie, aucun intérêt de faire la guerre »²³⁶.

Pero el compromiso del zar con la paz no siempre fue bien acogido; así lo hacía notar Joseph de Maistre, por entonces embajador de Cerdeña en San Petersburgo:

« La Russie, assumant une attitude plus menaçante et élevant la voix, aurait pu facilement rendre jusqu’à un certain point l’équilibre à l’Europe, mais essayez donc de faire entrer de telles idées dans une tête farcie par La Harpe. L’empereur de Russie n’a que deux pensées : la paix et l’économie »²³⁷.

Lo cierto es en todo caso que Rusia no podía permanecer ya al margen de la nueva escena internacional, y en el compromiso del Zar con la paz está precisamente la base del proyecto para Europa del Príncipe Adam Czartoryski, consejero personal para asuntos diplomáticos en 1803, y nombrado Ministro de Asuntos Exteriores un año más tarde. Czartoryski, quien sería después autor también de un panfleto filohelenístico u otro simpatizante con la Revolución del cuarenta y ocho²³⁸, redacta entonces, a petición de Alejandro I y con ayuda de su secretario italiano el abad Piatoli, una extensa memoria sobre el sistema político que debería seguir Rusia, completado en 1804 por un Artículo para la ordenación de los asuntos de Europa. En él se incluía un llamamiento a la nación rusa para emprender una política “grande y generosa por el bien de las naciones”, y para ello Czartoryski propone acabar antes que nada con el expansionismo napoleónico, y lograrlo mediante una alianza militar con Inglaterra; una vez lograda la victoria y consolidada esta alianza, el objetivo sería instituir un sistema europeo fundado sobre las nuevas bases.

²³⁶ Oubril a Talleyrand, 21 de julio de 1803, cit. en Grunwald, 1955, p. 99.

²³⁷ Cit. en *Mémoires politiques et correspondance diplomatique de Joseph de Maistre*, París 1859 (cit. en Rey, 2005, p. 295).

²³⁸ *Essai sur la diplomatie, manuscrit d’un philhellène* (París, 1830) ; *A. M. de Lamartine, membre du Gouvernement provisoire et ministre des Affaires étrangères* (París, abril 1848).

Rusia e Inglaterra aparecerían así como garantes de un nuevo sistema que haría de la paz en Europa su objetivo prioritario, siendo regidas las relaciones internacionales de ahora en adelante nada más que por la razón y renunciando al estado de naturaleza, que hasta ese momento había dominado los asuntos diplomáticos. Se trataba de transferir a la escena internacional los valores de la razón, la apertura y la tolerancia preconizados por la Ilustración. El espacio europeo se remodelaría así sobre la base de dos principios claves, el principio liberal y el principio, por entonces todavía novedoso, de las nacionalidades, factor clave del sistema a reconstruir —y bajo el que se intuyen los sentimientos patrióticos de un príncipe polaco dolido por la desmembración de su país así como la influencia de autores como Herder. Al igual que éste, Czartoryski hace de las naciones cuerpos orgánicos “con su propia manera de ver y de sentir”²³⁹. Y define el sistema europeo como un conjunto de Estados liberales, organizados en Repúblicas o Monarquías constitucionales, a la par que como un conjunto respetuoso del principio de nacionalidad y organizados bajo la forma de Estados-nación o bajo la forma de Estados federados: Czartoryski considera la posibilidad de una federación italiana, e incluso de una federación de Estados alemanes (para los países sometidos a la tutela francesa, Alejandro dispone el restablecimiento de los reyes en sus tronos y el respeto de las voluntades nacionales).

La idea clave que subyace a todo el proyecto, y en la que se fundamenta, es la alianza ruso-inglesa. Cuando en agosto de 1804 Pitt es nombrado Primer Ministro, el Zar confía a Novossiltsov la misión de negociar secretamente con Pitt un acercamiento o incluso una alianza que no se limitaría tan sólo a consideraciones tácticas con vistas a vencer a Napoleón, sino que incluiría un ambicioso plan de reconstrucción de Europa, tal y como queda expuesto en las *Instrucciones secretas*²⁴⁰, las cuales tienen su origen en el proyecto previo de Czartoryski.

El proyecto del Zar (que es el de su ministro Czartoryski) se inscribe en la lucha ideológica contra Napoleón; en su opinión, la propaganda napoleónica había sabido manipular en su provecho principios e ideas que convendría ahora recuperar:

«L’arme la plus puissante dont se soient servis jusqu’à présent les Français, et avec laquelle ils menacent encore tous les pays, est l’opinion universelle qu’ils ont su répandre, que leur cause est celle de la liberté et de la prospérité des peuples. Il serait honteux pour l’humanité qu’une cause aussi belle dût être considérée comme

²³⁹ Cit. en Rey, 2005, p. 296.

²⁴⁰ Recogidas en *Mémoires du Prince Adam Czartoryski et Correspondence*, 1887.

le propre d'un gouvernement qui ne mérite sous aucun rapport d'en être le défenseur ; il serait dangereux pour tous les États de laisser plus longtemps aux Français l'avantage marquant d'en conserver l'apparence. Le bien de l'humanité, l'intérêt véritable des autorités légales, et la réussite de l'entreprise que se proposeraient les deux puissances exigent qu'elles arrachent aux Français cette arme formidable et qu'en se l'appropriant, elles la fassent servir contre eux-mêmes »²⁴¹.

Lejos de buscar restablecer en Francia una monarquía de derecho absoluto, la alianza ruso-británica, cuyo uno de sus principales objetivos sería desembarazarse del “yugo de Bonaparte”, deberá esforzarse por promover y garantizar la libertad a la que muestra predisposición el pueblo francés (“on s’efforcera au contraire de leur assurer la liberté fondée sur ses véritables bases”²⁴²). Aquí es donde muestra Alejandro I a las claras su gran sentido político y su moderación, porque sabe comprender como nadie que la Revolución francesa y la experiencia y logros napoleónicos no podrán borrarse así como así de la memoria de los pueblos, por lo que se trataría de derrotar a Napoleón en su propio terreno ideológico, teniendo en el horizonte para la construcción de una nueva Europa la herencia de la Revolución francesa. Subraya así una y otra vez que las potencias coaligadas “no desean otra cosa que liberar a Francia del despotismo bajo el que gime, de dejarle la libre elección del gobierno que quiera otorgarse”²⁴³, mostrándose abierto a una monarquía constitucional si ésta contase con el beneplácito de los franceses. Desde su profundo apego a las ideas ilustradas y el rechazo al modelo napoleónico, amplía este propósito a los demás países europeos, pronunciándose a favor de regímenes siempre respetuosos de los “derechos sagrados de la humanidad”:

« Les principes sans doute devront être partout les mêmes, et c’est de quoi il faudrait avant tout convenir. Partout ils doivent être fondés sur les droits sacrés de l’humanité (...) ; partout le même esprit de sagesse et de bienveillance doit diriger les institutions. Mais l’application des mêmes principes pourra varier selon les localités... »²⁴⁴

Sobre el plano estrictamente geopolítico, las *Instrucciones secretas* se muestran todavía más novedosas y adelantan el concepto de “*federación europea*”²⁴⁵. La federación europea que anhela el zar deberá construirse sobre el respeto del derecho de gentes y

²⁴¹ Czartoryski, 1887, T. II, p. 29.

²⁴² Czartoryski, 1887, T. II, p. 29.

²⁴³ Czartoryski, 1887, T. II, p. 31.

²⁴⁴ Czartoryski, 1887, T. II, p. 32.

²⁴⁵ Czartoryski, 1887, T. II, p. 34.

sobre un cierto número de principios formalizados en “un tratado que se convierta en la base de las relaciones recíprocas entre los Estados europeos”.

« Ce ne point le rêve de la paix perpétuelle qu'il s'agit de réaliser; cependant on se rapprocherait sous plus d'un rapport des résultats qu'il annonce, si dans le traité qui terminerait la guerre générale on parvenait à fixer sur des principes clairs et précis les prescriptions du droit des gens. Pourquoi ne pourrait-on pas y soumettre le droit positif des nations, assurer le privilège de la neutralité, insérer l'obligation de ne jamais commencer la guerre qu'après avoir épuisé les moyens qu'une médiation tierce peut offrir, avoir de cette façon mis au jour les griefs respectifs, et tâche de les aplanir? C'est sur de semblables principes que l'on pourrait procéder à la pacification générale, et donner naissance à une ligue dont les stipulations formeraient, pour ainsi dire, un nouveau code du droit des gens, qui, sanctionné par la plus grande partie des États de l'Europe, deviendrait sans peine la règle immuable des cabinets, d'autant que ceux qui prétendraient l'enfreindre risqueraient d'attirer sur eux les forces de la nouvelle union »²⁴⁶

El Zar propone aquí un sistema geopolítico que sustituya al sistema napoleónico, respetuoso del derecho de naciones y del derecho de gentes. Destaca su dimensión moral, si no mesiánica, y el cambio radical de perspectiva que supone: desde que a finales del siglo XVIII Rusia se esforzase en demostrar su “europeísmo” (a través de la sumisión al modelo europeo) a esta nueva posición de 1804 en la que se presenta como director de orquesta del mismo, se ha producido en muy pocos años una gran revolución mental y política. La modernidad del proyecto europeo de Alejandro se cifra en la concepción de una liga pacifista de naciones europeas que respetaría valores políticos comunes y la idea de que las decisiones adoptadas por esta Liga substituirían al Derecho internacional, lo que prefigura una construcción supranacional (aparece así incluso alguna velada alusión a la constitución de una fuerza militar única)²⁴⁷.

La acogida dispensada en Londres al plan ruso no fue sin embargo demasiado entusiasta. Novossiltsov trató de convencer a las autoridades inglesas durante tres meses, aunque Czartoryski expone en sus Memorias un juicio muy severo acerca del modo torpe en que se llevó a cabo esta misión diplomática²⁴⁸. El fracaso de la misión, no obstante, probablemente resulte más imputable a factores estructurales, y a la propia

²⁴⁶ Czartoryski, 1887, T. II, p. 35.

²⁴⁷ El proyecto incluye seguidamente consideraciones geopolíticas de orden más pragmático, tales como la inserción de los nuevos Estados en sus límites geográficos naturales, la vigilancia de que estos estén formados por “pueblos homogéneos”, o la idea de promover entre ellos un equilibrio natural, favoreciendo la creación de Estados “de segundo orden”; aparecen reiteradamente nociones de equilibrio y contra-poder, y se posiciona a favor de la construcción de una federación de Principados alemanes que debería establecerse independientemente de Austria y Prusia.

²⁴⁸ Czartoryski, 1887, T. I, p. 376.

escasa receptividad del gabinete inglés, que a elementos coyunturales. Pitt comparte pese a todo algunos de los análisis geopolíticos rusos, y se muestra de acuerdo en que Napoleón “ha acabado con el derecho de gentes”, declarándose favorable a que ese Derecho sea garantizado por una “asociación de Estados” bajo la protección de Rusia e Inglaterra. Sin embargo, Pitt no está dispuesto a llegar a la firma de un tratado de paz que imponga a los Estados miembros reglas precisas de comportamiento. Y se contenta de manera vaga en dar su aquiescencia a la idea de una definición de “las prescripciones del Derecho internacional de una manera exacta y positiva bajo la forma de un nuevo código de Derecho internacional”, sin pronunciarse sobre el contenido de dicho código. Esta desconfianza iba a comprometer el aspecto de la “seguridad europea” del proyecto de Alejandro I que no podría desembocar ya en una alianza militar relativamente clásica.

La versión del acuerdo que se firma el 30 de marzo de 1805 en San Petersburgo resulta pues decepcionante con respecto al proyecto inicial. Varias cláusulas secretas se vinculan a la construcción geopolítica de Europa, previendo el regreso de Francia a sus antiguas fronteras. Pero el resto de los elementos del proyecto de Alejandro I fueron cuidadosamente eludidos o postergados. Los años siguientes parecieron enterrar el plan; ni a la hora de los reveses frente a los ejércitos napoleónicos, ni a la hora de la frágil alianza con Napoleón sobre una base de *Realpolitik*, el proyecto de un orden europeo liberal pudo ya ver la luz. Cuando, tras las invasiones del territorio ruso de 1812, el Zar Alejandro vuelve a su proyecto europeo, será bajo una mirada totalmente diferente, elevada al misticismo y que acabaría cristalizando en la Santa Alianza.

El *Proyecto de paz general y perpetua* de J. J. B. Gondon (1807)

Pero no todos los proyectos de la época se establecen contra Napoleón, y así los hay también, del lado francés, quienes pretenden sustentar teóricamente la obra imperial. Escasamente conocida es la muy interesante y voluminosa obra de J. J. B. Gondon, como escasos son los datos que tenemos de su autor: el juez de paz Gondon nació en algún lugar de las provincias francesas en 1770 y murió en 1834, a la edad de sesenta y cuatro años y soltero. Autor de algunas obras jurídicas fundamentalmente, también fue

autor de una tragedia inédita, *Sédécias*, escrita en el año de su muerte. Poco más se conoce de él, aparte de su amor a la naturaleza²⁴⁹.

En 1807 publicó el gran trabajo de su vida, una obra en tres extensos volúmenes sobre Derecho Público y Derecho de Gentes, acompañada de un proyecto de paz perpetua, con el título de *Du Droit Public et du Droit des Gens, ou Principes d'association civile et politique; suivis d'un projet de paix générale et perpétuelle*, y cuya dedicatoria se dirige a Cambérès, entonces archi-canciller del Imperio.

Centraré mi análisis en el Libro Sexto de este extenso libro, aquél que se ocupa de la paz perpetua y los principios de asociación universal (su encabezamiento dice textualmente así: *De la perfection de la Société de peuple à peuple par l'institution d'un Gouvernement politique qui doit établir la paix générale et perpétuelle*), tema que aquí nos ocupa. El capítulo primero de este Libro Sexto se ocupa de una demostración preliminar sobre “la posibilidad y la utilidad de un Gobierno político”: se propone aquí trazar el plan de un gobierno que proteja, con fuerza de carácter general, a todos los Estados de Europa, y que reúna en sí mismo todas las voluntades nacionales, garantizando los gobiernos civiles “los unos por los otros” y procurando a todos ellos la paz. Gondon sabe que para alcanzar este objetivo será necesario hallar un medio que concentre y haga confluir los diferentes intereses de las naciones europeas, conservando siempre las propiedades, los derechos, las libertades y la independencia de cada una, gracias a un acuerdo de “todas las voluntades” y bajo la protección de una fuerza común (claro guiño al poder imperial, pese a todo). Gondon subraya que los intereses nacionales no se oponen en ningún caso a la paz, puesto que el bien que de la misma se colija será común y libremente disfrutado en condiciones igualitarias por todas esas naciones europeas que serán “como si no hubiera más que un único pueblo en Europa”, aunque subsistan diferentes gobiernos civiles formando, en la nueva institución concebida por Gondon, un mismo *Gobierno político*. Y a continuación añade una interesante nota explicando qué es lo que él entiende por “gobierno político”:

« Je dois fixer le sens de ce mot, afin de donner plus de clarté à mes idées : dans l'acception commune on entend par *gouvernement politique* le rapport existant du prince aux sujets, ce qui constitue *l'état* ; et moi j'appelle *gouvernement politique* le rapport dérivant d'une nation à l'autre. Quand on manque de termes pour exprimer ses idées il faut en créer de nouveaux, ou donner aux anciens une nouvelle application, en le faisant, comme je l'ai observé, d'une manière claire et

²⁴⁹ Prévost, D'Amat, 1954.

précise ; car l'abus d'un mot qu'on présente dans un sens, et qu'on laisse entendre dans un autre, est la cause ordinaire des malheurs qui affligent l'humanité. Au reste, je pense que le gouvernement de chaque état particulier doit s'appeler plutôt *civil* que *politique* ; et pour lors la dénomination dont je me sers est parfaitement exacte. J'observe encore que pour ne pas répéter trop souvent le même terme les mots *national* et *européen* seront quelquefois employés comme synonymes de celui de *politique*, qui exprime, comme nous le disons, les relations de peuple à peuple »²⁵⁰

La propuesta de Gondon obviamente no nos resulta nueva, y se enmarca en la tradición clásica del género de paces perpetuas abierta por el abad Saint-Pierre y canonizada por Kant o Bentham, pero sí presenta importantes matices que cabe la pena resaltar aquí: por un lado, la contextualización en los tiempos del Imperio, dominio que él respalda y al que pretende colaborar con esta obra, aunque apuntando ya aspectos clave para la “nueva” idea de Europa que comenzará a fraguarse a partir de 1815, y que ya veíamos esbozados en el proyecto rousseauiano: la salvaguarda de la independencia, los derechos, las costumbres y las libertades de cada una de las naciones que forman la nueva organización supranacional. Por otro lado, presenta un inequívoco interés para los estudiosos en particular de la historia de los conceptos, acerca de cómo se forma en este cambio de siglo el nuevo vocabulario político contemporáneo y la especial atención que Gondon muestra en este texto a la resemantización, sensible como se muestra a los cambios políticos y sociales que exigen nuevas palabras, y así nos lo dice explícitamente aquí como en otros pasajes de su obra: “cuando faltan términos para expresar esas ideas hace falta crear nuevos términos, o dotar a los antiguos de una nueva aplicación, haciéndolo, tal y como yo lo observo, de una manera clara y precisa”, puesto que el abuso de un término presentado con un sentido diferente a su uso o interpretación que tan a menudo se da en estos tiempos es la causa más frecuente “de las desgracias que afligen a la humanidad”. Y preocupado hasta el extremo por esta precisión terminológica, fruto probablemente de su rigor jurídico, Gondon nos propone reservar el término de “político” para las relaciones internacionales (es decir, entre naciones) como verdadero objeto de la política que lleva a convertir “europeo” en sinónimo de “político” (politización del término, como iremos viendo a lo largo de este trabajo, que asoma ya aquí muy tempranamente), mientras que la política nacional, doméstica, se queda en el campo de lo “civil”, según esta nueva y particularísima lectura.

²⁵⁰ Gondon, 1807, L. VI, p. 2, Nota 1.

Gondon opina que la paz sólo puede ser establecida o por la separación más absoluta de los distintos intereses nacionales, o por su compenetración; y puesto que la primera es imposible en nuestros días, porque alejándolos unos de otros les haríamos perder las ventajas del comercio y la comunicación volviéndose los pueblos de esta manera desgraciados, no queda más remedio que la reunión, haciendo que lo que tienen de común esos intereses forme el vínculo entre los imperios²⁵¹. Tal reunión se concibe como la forma de un pequeño sacrificio por parte de cada monarca en beneficio del todo que, por lo demás, verán multiplicados sus intereses nacionales gracias a la provechosa comunicación. Gondon, pese a todo, seguramente lector atento de Montesquieu, presta especial cuidado en la descripción de los distintos caracteres nacionales²⁵² y es consciente de las dificultades de semejante empresa, que no se queda en el plano de lo abstracto, tantas veces criticada a sus predecesores del siglo pasado:

« Mais avec l'inégalité des empires, la différence des climats, la diversité des gouvernements, et la variété des mœurs et des caractères des nations, comment cela pourra-t-il se faire ? (...) Comment former avec harmonie de tous les divers gouvernements civils un seul et même gouvernement politique ? »²⁵³

La solución para este conflicto no es otra que la de la paz general. Gondon es consciente de las dificultades para convencer a los príncipes de semejantes ventajas, y tirando del discurso característico sobre la paz y la guerra que veíamos en las páginas precedentes, apunta a que los monarcas tienden a separar sus intereses propios de los del pueblo: si esto no ocurriera, no habría nunca guerra entre las naciones, subraya. Y en las páginas siguientes se vuelve hacia la teoría del contrato social, aplicada esta vez a las relaciones internacionales, siguiendo el hilo de una historia hipotética universal que explicaría cómo los distintos pueblos se establecieron y dispersaron por todo el continente europeo. Del mismo modo que antiguamente los hombres de un mismo condado pudieron ponerse de acuerdo para reunirse bajo las mismas leyes civiles de cara a la conservación mutua, podrán hoy los pueblos de un mismo continente reunirse bajo el mismo derecho de gentes para la seguridad general, sin importar las diferencias nacionales, igual que tampoco importan, en el gobierno civil, las desigualdades de riqueza o inteligencia entre sus ciudadanos²⁵⁴.

²⁵¹ Gondon, 1807, L. VI, p. 3.

²⁵² Gondon, 1807, L. VI, p. 129

²⁵³ Gondon, 1807, L. VI, pp. 5-6.

²⁵⁴ Gondon, 1807, L. VI, p. 8.

La puesta en marcha de este Gobierno político (que, recordemos, es sinónimo aquí de “gobierno internacional”) no se llevaría a cabo de manera directa ni inmediata. Y aquí arremete indirectamente contra la autoridad napoleónica, cuando apunta a que no existe en Europa potencia capaz de impedir, por su dominio, la necesidad de semejante gobierno europeo de mutua seguridad:

« Non, il n’y a pas en Europe de puissance dont la nature empêche une institution qui ne dérive que des rapports externes des empires unis politiquement pour la commune sûreté : c’est pour être à l’abri des invasions que chaque état doit consentir à instituer le gouvernement européen, et à lui donner tout ce qu’il demandera au nom de la paix générale »²⁵⁵.

Como en tantas otras veces, la federación se propone aquí para la paz y la seguridad general, a la manera de un pacto defensivo, pero que también va más allá: una vez lograda esta reunión política, Gondon examina si acaso no podrá lograrse para Europa un solo gobierno civil, un gobierno de una naturaleza tal que lograra acabar con las guerras extranjeras, donde no harán falta más tropas para saberse a cubierto de invasiones enemigas puesto que ya no habrá fronteras territoriales, y donde sólo hará falta mantener el orden interior asegurando la ejecución de las leyes. Y nuevamente arremete contra el poder absoluto imperial y toda idea de monarquía universal:

« Ce serait encore un très grand danger pour le genre humain de se trouver exposé à la puissance énorme d’une seule monarchie européenne ; il faudrait qu’un dieu vînt se placer à la tête de ce gouvernement pour qu’il n’abusât pas de son immense pouvoir... »²⁵⁶

Este emperador que necesitaría ser el mismo Dios, debería poseer unas virtudes y unas facultades capaces de extenderse en proporción a su vasto imperio y en razón del número de sus súbditos para ser capaz de experimentar los mismos placeres y dolores que ellos, y conseguir de esa manera que la relación entre el monarca y sus súbditos no fuese desigual. Como esto no es posible, hará falta buscar otra forma de gobierno que pueda proporcionar la ansiada paz a Europa sin perjudicar a súbditos ni soberanos. Evalúa a continuación si tal gobierno que asegure la paz ofreciendo al mismo tiempo las ventajas de una buena administración civil no podría ser, como tampoco lo fue la fórmula de la monarquía universal, un *gobierno federativo*:

²⁵⁵ Gondon, 1807, L. VI, p. 7.

²⁵⁶ Gondon, 1807, L. VI, p. 11.

« Mais on ne pourrait établir une confédération de cette espèce qu'autant qu'il y aurait entre tous les gouvernements l'unité de nature et l'unité de principe. Or, celui qui voudrait composer un gouvernement fédératif des divers états européens formerait un corps monstrueux qui se détruirait de ses propres mains »²⁵⁷

Gondon no sólo no ve necesaria la conversión previa de los Estados a un mismo sistema o principio que podría ser el de la república kantiana, tal y como lo concebía Traggia (1798), que apostaba por la conciliación y la sumisión al principio republicano como piedra de toque para su proyecto de pacificación o como lo establecerá más tarde de manera definitiva Saint-Simon abogando por el sistema representativo como condición previa para la unificación bajo un gran Parlamento europeo, sino que todavía ve esta posibilidad como absurda e imposible, y en ese sentido se muestra todavía lastrado por opiniones, podríamos decir, prerrevolucionarias: a su parecer, un gobierno federal donde el Derecho civil y el Derecho de gentes se confundirían no es un fin deseable, y daría lugar a una irregular aplicación de la Ley, además de ser contraproducente con respecto a las libertades de cada pueblo. En ese tipo de dependencia recíproca, los Estados grandes pesarían más y asfixiarían a los pequeños, y daría lugar a una masa demasiado heterogénea de intereses discordantes que necesitaría de una vigilancia continua de unos sobre otros, impracticable además debido a la vasta extensión de Europa²⁵⁸.

« Il n'est donc pas question d'établir pour les peuples européens un gouvernement fédératif ; car il faudrait, comme je l'ai observé, que tous les états fussent sous la même forme de gouvernement ; mais il s'agit d'instituer un gouvernement politique sur la base des relations qu'il y a de peuple à peuple. Ce n'est pas ici une civilisation, mais une *popularisation*, car pour pouvoir former cette institution politique il n'est pas nécessaire que tous les états aient l'unité de nature et de principe ; il suffit qu'ils aient l'unité de rapport. J'avoue que leur réunion serait plus parfaite s'ils avaient tous le même gouvernement civil (...) ; mais, attendu l'impossibilité physique et morale qu'il y a de le faire par les différences caractéristiques des peuples, il faut les réunir extérieurement pour conserver à chaque état sa forme de gouvernement, ainsi que tous les avantages qui résultent de sa constitution particulière »²⁵⁹.

²⁵⁷ Gondon, 1807, L. VI, p. 12.

²⁵⁸ Frente a estos argumentos podríamos objetar que una unión en la que los sistemas de gobierno no se equiparan está destinada a no ser más que una débil alianza externa, pero no una verdadera unidad política, en el sentido en el que el propio Gondon parece desearla.

²⁵⁹ Gondon, 1807, L. VI, pp. 13-15.

Si bien reconoce la supuesta idoneidad de semejante gobierno federal que se asemejaría a un gobierno civil supranacional (idea que se repite a menudo a lo largo del texto: sería deseable que los europeos no formasen más que un mismo pueblo, pero las leyes civiles que harían falta para gobernar semejante diversidad de pueblos serían demasiado complejas, y quien podría gobernarlos, un dios²⁶⁰), ante las dificultades prácticas de semejante solución Gondon apuesta aquí por esta otra solución, la de la “popularización” que viene a sustituir al término de “civilización” en tanto que vínculo entre las naciones, y así explica nuevamente la utilización de esta palabra en “una nueva acepción”, que pueda nombrar “une chose qui n’a pas encore existé, et qui manque par conséquent de terme propre”²⁶¹: del mismo modo que la civilización se entiende de la sociedad civil, o de la relación de hombre a hombre, la *popularización* viene a representar para él el equivalente en la sociedad política, es decir, en el vínculo de pueblo a pueblo²⁶².

En el gobierno político que él nos propone los Estados europeos conservarían su independencia en el interior, organizando su seguridad externa en una reunión que sería federativa tan sólo por lo que respecta a la administración política, pero no para la administración civil. Este gobierno político lograría pacificar la convivencia entre los soberanos al conciliar sus intereses con los de sus pueblos; sólo estrechando los vínculos entre pueblos y reyes se podrá lograr que los intereses sean comunes y la felicidad dependa unos de otros.

« Les peuples de l’Europe sont sûrement disposés à s’unir pour la paix générale ; mais peut-être les souverains ne seront pas d’accord pour la leur procurer. Ceux-ci, ayant ordinairement pour objet la fausse gloire, se repoussent mutuellement, tandis que ceux-là [les peuples], ayant toujours en vue leurs vrais intérêts, s’attirent réciproquement. (...) Mais comment concilier les intérêts nationaux avec les intérêts royaux, qui paraissent si opposés ? Cela se fera dans le gouvernement politique, où chaque puissance trouvera son intérêt particulier dans l’intérêt public par le moyen de la paix »²⁶³

En una nota a pie de página reconoce que probablemente su proyecto pase por una quimera, pero esto sería una gran desgracia para la humanidad, precisa, y lo que en

²⁶⁰ Gondon, 1807, L. VI, p. 131.

²⁶¹ Gondon, 1807, L. VI, p. 14, Nota 1.

²⁶² Y tiene para él esta nueva acepción mayor precisión que el sentido que comúnmente se le da cuando se dice coloquialmente que un individuo cualquiera “se populariza”. Para Gondon esto no es sino un sentido figurado, puesto que, propiamente hablando, un individuo simple no puede convertirse en un ser complejo.

²⁶³ Gondon, 1807, L. VI, pp. 26-27.

un tiempo nos parece una quimera puede verse realizado en otro tiempo más favorable (¿tal vez reconoce aquí que éste no es el tiempo adecuado?), del mismo modo que muchas otras cosas que no hubiésemos creído posibles, han llegado finalmente (y a lo largo del presente trabajo veremos que esta manera de discurrir se convierte en un *topos* de la literatura de este género: si la idea de una Europa unida se nos presenta como absurda hoy, tal vez no lo sea en un futuro próximo, del mismo modo que realidades nacionales antes impensables han acabado constituyéndose en Estados. Ésta es por ejemplo la manera de razonar de Víctor Hugo, como más tarde veremos, y un clásico de este siglo XIX en el que la *utopía* se convierte en *ucronía*, al desplazarse ya no en el espacio sino en el tiempo)²⁶⁴. Quién sabe pues si no llegará un día luminoso en el que los soberanos, abriendo los ojos sobre sus intereses, reconocerán de una vez por todas la locura de la guerra: el mal ha llegado a su último periodo y es necesario que se acabe²⁶⁵.

Siguiendo la analogía organicista, Gondon presenta a la Europa de su tiempo como un cuerpo cuyos miembros no cesan de desgarrarse, a falta de una cabeza que pueda dirigirlos y reunirlos en la paz²⁶⁶. Y aquí dedica un gesto a las circunstancias de su tiempo y, admitiendo que todos los Estados son susceptibles de reunirse bajo gobierno semejante, matiza que sólo un genio será capaz de formar esta institución; y sobre las características de este organizador apunta a que ni el más grande legislador podrá operar esta reunión si no se halla inspirado por el amor del género humano²⁶⁷, añadiendo en una nota unas páginas después, por si no ha quedado suficientemente claro:

« le génie capable d'exécuter ce plan existe [un génie supérieur de faire, avec l'agrément général, ce chef-d'œuvre politique] ; je n'ai pas besoin de le nommer, parce qu'il fait l'admiration du monde par son génie supérieur »²⁶⁸

²⁶⁴ Y aunque tarde un siglo en surtir efecto su plan, prosigue en otro pasaje, éste no perderá su utilidad ni su vigencia, lo mismo si sólo sirve para impulsar a otros más sabios que él mismo en la idea de trabajar sobre esta materia crucial, ya que el mismo reconoce que su obra está lejos de ser perfecta, ni lo pretende, renegando de toda utopía: la idea misma de perfección se le antoja en este mundo absurda, algo que sólo se logra en planes puramente imaginarios y que sin embargo, por más bellos que sean, sufren siempre correcciones. Contesta del mismo modo, aunque sin nombrarlo, a Sully y su "*grand dessein*" elaborado bajo Henri IV (idea que, entre otros muchos, G. Franci repite en 1814), argumentando que tampoco serviría la división de Europa en cuatro grandes imperios.

²⁶⁵ Gondon, 1807, L. VI, p. 27, Nota 1.

²⁶⁶ Gondon, 1807, L. VI, p. 46. "Certes, cette Europe dont on vante tant la civilisation n'a pu encore se donner un droit des gens sous la protection duquel ses habitants reposent en paix: on y possède tout en abondance, et on n'y jouit de rien en sûreté » (p. 51).

²⁶⁷ Gondon, 1807, L. VI, p. 25.

²⁶⁸ Gondon, 1807, L. VI, p. 29, Nota 1.

Vemos aquí cómo Gondon se contradice en cierta manera, puesto que, aunque empezó renegando de la figura de la monarquía universal y un soberano que se asemejara al poder divino, cede pronto también él al genio de su tiempo²⁶⁹. Gondon no duda en rendir homenaje, por otro lado, a los que él considera los grandes artífices y teóricos del poder civil, como fueron Penn, Moro, Montesquieu, Locke o Francklin, pero les achaca haberse olvidado del gobierno político: resulta inútil buscar la perfección del gobierno civil y la felicidad de la sociedad aislada e independientemente de las otras sociedades que le circundan, esto es, obviando el gobierno político, y anteponiendo el amor a la patria al amor a la humanidad:

« Pour donner trop de force à l'amour de la patrie ils ont totalement affaibli l'amour de l'humanité (...) ; ils ont agi comme s'il n'y avait eu qu'un seul peuple sur la terre : de là sont venues les guerres étrangères, et toutes les irruptions qu'on a vues dans le monde »²⁷⁰

La obra maestra de la legislación sería pues lograr reunir por los vínculos de la humanidad en un mismo gobierno político a todos los imperios europeos, conservándolos tal y como son, es decir, dejando subsistir sus constituciones civiles, sus leyes, sus usos y costumbres y su religión: sólo así se logrará establecer en Europa una sociedad de pueblos que vivirán entre ellos como hermanos bajo el mismo Derecho de gentes, conciliándose en la nueva institución el *egoísmo*, el *civismo* y la *humanidad*²⁷¹. La institución de este nuevo gobierno no será otra cosa que una convención por la cual cada Estado de Europa, formando de manera separada un gobierno civil, consentirá sin embargo, por el órgano de su soberano, en convertirse en un miembro de un Estado mayor que formará un solo cuerpo político; será ésta una sociedad general compuesta de diversas sociedades particulares, donde los príncipes, sin perder un ápice de su soberanía, se convertirán en ciudadanos los unos frente a los otros por mor de la paz y la felicidad de los pueblos²⁷². Pero implícitamente en contra de la difusión del Código Napoleón que por aquellos años estaba teniendo lugar, Gondon ve impracticable un mismo Código de Derecho civil para toda Europa, y apuesta por una diversidad

²⁶⁹ Enaltecimiento de la figura de Bonaparte que se repite en más de una ocasión en el texto (conf. Gondon, 1807, L. VI, p. 162).

²⁷⁰ Gondon, 1807, L. VI, p. 31.

²⁷¹ Gondon, 1807, L. VI, pp. 39 y 41.

²⁷² Gondon, 1807, L. VI, p. 50.

legislativa adecuada al espíritu de cada pueblo (sintonizando en este punto con la escuela historicista del Derecho alemana encabezada por Savigny):

« Dans un vaste pays comme l'Europe le caractère des hommes peut se diversifier de tant de manières ; il peut y avoir tant de contrastes dans les mœurs et dans les principes, qu'il serait impossible de régler par un même code de droit civil ce qui pourrait être utile aux uns et aux autres : il faut que les lois s'adaptent à l'esprit de chaque peuple ; car quoique la nature ait donné aux hommes les mêmes idées de justice, les mêmes notions de morale, la manière qu'ils ont de les envisager est différente chez eux. Il faut donc qu'il existe divers états, afin qu'on puisse leur donner à chacun en particulier des lois civiles telle qu'elles puissent rendre heureux les habitants, et à tous en général un droit des gens tel qu'il puisse établir la sûreté de chaque peuple »²⁷³

El capítulo segundo de este Libro Sexto de Gondon se ocupa a continuación de la organización del gobierno político, que se basará en un *congreso*, un *tribunal* y un *protectorado*. Las funciones ejercidas por estas instituciones serán pasivas mientras que cada imperio permanezca en sus límites; pero se volverán activas siempre que sea necesario detener las empresas de una nación contra otra. El Congreso hará las veces de depósito de las leyes constitutivas del Derecho de gentes, mientras que el Tribunal juzgará toda diferencia entre los Estados, estando formado este cuerpo de grandes jueces nacionales elegidos por los respectivos ministros. Gondon prevé un equilibrio de poderes que impida todo abuso, así como un poder “concéntrico” reunido en torno a un mismo centro. Será ésta una especie de imitación de las repúblicas federales, donde todas las partes, en equilibrio civil y manteniendo sus intereses particulares separados, permanecen siempre estrechamente ligadas por el interés general, reunidas en un centro común para disfrutar del reposo bajo el imperio de la ley²⁷⁴.

El poder legislativo del gobierno europeo, del que se ocupa el capítulo tres, será indivisible, emanando de la soberanía y perteneciendo esencialmente a los pueblos. Gondon no parece tener en cuenta sin embargo aquí el modo en que se exprese de manera “indivisible” esta soberanía que no aparece previamente unificada de una manera definida. Habrá en todo caso para formar este gobierno europeo cuatro poderes distintos, cuyas funciones deberán ser igualmente pacíficas: el poder legislativo (que es el del saber) residirá en manos de los príncipes de Europa, siendo este poder extrínseco el primero; el poder observador residirá por su parte en las manos del congreso para

²⁷³ Gondon, 1807, L. VI, p. 135.

²⁷⁴ Gondon, 1807, L. VI, pp. 56 y 141.

vigilar la ejecución de las leyes nacionales (aquí se explicita pues cómo es sólo su “depositario”, y no un verdadero instrumento legislador); en tercer lugar, el poder judicial, que será puesto en las manos del tribunal supremo para llevar a cabo la aplicación de la ley en los casos de controversia; y por último el poder guardián, puesto en manos del protectorado para operar la ejecución de esas mismas leyes²⁷⁵.

El Derecho de gentes se reunirá en un Código redactado por el Tribunal supremo y presentado para su sanción a cada gobierno de Europa; en él se recogen principios contra la guerra y contra la esclavitud. El Congreso se encargará por su parte de la representación y vigilancia, mientras que el Tribunal será, además del encargado de su redacción, el que administre la ley. El Protectorado, por su parte, como fuerza de ejecución, consistirá en un único ejército formado por tropas de cada país.

El capítulo octavo y último de este libro que venimos analizando con detalle se ocupa, a la manera de conclusión general, de la cuestión de si este gobierno político podría abrazar a todos los pueblos del mundo (algo deseable y sin embargo imposible, detalla, por los distintos grados de civilización)²⁷⁶. Y tras demostrar que los hombres han nacido por naturaleza para la paz, concluye defendiendo su idea de que la paz europea será posible una vez que los Estados, vinculados por una Constitución general (y es importante constatar que ésta es la primera vez que aparece tal referencia), opongan la misma como obstáculo invencible para la envidia, el odio o la ambición de los gobernantes. Y así se constituirán en naciones civilmente separadas, pero reunidas en un mismo cuerpo político.

« Si j'avais, comme tant d'autres publicistes, annoncé aux souverains que la guerre est un fléau destructeur qu'ils doivent écarter de leurs états (chose que tout

²⁷⁵ Gondon, 1807, L. VI, p. 69.

²⁷⁶ Gondon considera deseable la extensión de este gobierno político por toda la faz de la tierra, y entonces la humanidad formaría una familia; pero ante las tremendas dificultades que se presentan para tal fin, el jurista francés nos invita a que no nos desanimes por esta imposibilidad de operar para la generalidad y que no nos impida por ello operar en detalle: tal vez podamos así formar cuatro gobiernos políticos para las cuatro partes del globo, puesto que los pueblos de la tierra no se hallan todos en el mismo grado de civilización al mismo tiempo: han sido por el contrario necesarios desarrollos sucesivos, y una marcha gradual y progresiva (1807, L. VI, p. 322). Vemos aquí los ecos comunes de una historia de la civilización, que desde las historias universales de Voltaire, Kant o Herder alcanzan hasta Guizot. Gondon dice así haber tenido por guía para su proyecto a la naturaleza y que, para marchar sobre sus huellas, no ha hecho sino observar la división que ésta ha hecho del universo a través de las barreras por ella impuestas, a saber: los mares, los ríos y las montañas, concluyendo que era moral y físicamente imposible reunir bajo un solo gobierno político a todas las naciones existentes en el mundo. Y aunque el gobierno civil general sea imposible a su parecer incluso para Europa, los príncipes europeos servirán de ejemplo para los otros continentes, pudiendo darse finalmente entre esos cuatro gobiernos políticos resultantes una verdadera paz mundial y perpetua, que ligue a todas las partes del universo por el comercio, y haciendo de esta forma de la ley natural, una ley política (pp. 337-338).

le monde sait) c'eût été un beau conseil de morale que je leur aurais donné ; mais en politique il faut proposer des lois : (...) J'ai tâché d'établir la paix entre les empires par les lois divines, naturelles, civiles, politiques et militaires »²⁷⁷

Si bien Renouvin destacaba en su texto clásico sobre los proyectos europeístas del siglo XIX, en tanto que rasgo distintivo, el salto de las utopías a los proyectos jurídicos que habría tenido lugar sólo en la segunda mitad de siglo²⁷⁸, vemos cómo desde mucho antes (el propio proyecto de Kant, ya lo veíamos antes, desde el momento en que anuncia que el cosmopolitismo constituye un concepto jurídico, no ético) asoman ya voluntades de basar la unificación europea en principios jurídicos, y de lograrla a través de la Ley; y no menos importante es, dentro de esta concepción jurídica, su alusión a una “Constitución general” para Europa, proyecto constitucional que no aparecía expresamente hasta la tercera década del siglo, con la obra del español Siñeriz a la que me referiré más tarde. Este proyecto de Gondon ya olvidado, posee en todo caso, en palabras de Curcio²⁷⁹, una verdadera importancia: constituye el primero en proponer una organización “federalista”, reconociendo en el plano “civil” la necesaria autonomía de los Estados.

Le Conservateur de l'Europe de Marc-Antoine Jullien (1813)

En 1813 la política de Bonaparte atraviesa un momento difícil, del que no se recuperará ya más; a partir de esta fecha las voces disidentes y críticas con la figura del emperador comienzan a multiplicarse, y se van abriendo paso, aunque inicialmente de manera tímida, en la opinión pública francesa. También los proyectos de paz para el continente y organización europea sufrirán este cambio, alejándose de los proyectos propagandísticos y partidarios del emperador como el que acabamos de comentar hacia modelos que empiezan a proponer, a partir de ahora, alternativas para la unificación europea al margen del proyecto napoleónico. Una de estas primeras voces críticas en

²⁷⁷ Gondon, 1807, L. VI, pp. 316-317.

²⁷⁸ Renouvin, 1949.

²⁷⁹ Curcio, 1958, vol. II, p. 556. Duroselle lo califica igualmente de “le premier”, aunque yo no me atrevería a tanto. En los mismos proyectos ilustrados de paz perpetua de finales del XVIII podemos encontrar visos, aunque no sean explícitos, de ese “federalismo” *avant la lettre*; así, Rousseau por ejemplo, a quien Duroselle presenta como simple proyectista de una “liga de príncipes”, hablaba ya en su comentario al proyecto del abad St-Pierre de “una asociación de pueblos”.

Francia, que ya no comparte con el emperador (entre otras muchas cosas) su visión de Europa, será la de Marc Antoine Jullien²⁸⁰, que muestra en su obra algunos interesantes rasgos incipientes que apuntan ya hacia la obra clásica de Benjamin Constant y de ese giro que ya está próximo.

Desde su puesto de inspector de los ejércitos de Verona que ocupaba precisamente en ese 1813 (año de la primera derrota de Napoleón, en la batalla de Leipzig), Jullien, que no le perdonaría nunca las campañas de Italia y la expedición a Egipto con las que siempre se mostró muy crítico, percibe que el poder napoleónico se halla atrapado en un *impasse*, e interpreta los acontecimientos de esa época como el fin de la monarquía napoleónica. Y ante el riesgo de que la caída del Imperio signifique también la destrucción de Francia, empieza a ver, al igual que otros autores de ese momento, la necesidad de dissociar las responsabilidades del “tirano” y las del pueblo, con el fin de evitar el mayor de los peligros, la vuelta al absolutismo posrevolucionario²⁸¹. Jullien aprovechará pues la situación para tratar de esbozar una salida al bonapartismo en un sentido liberal, y lo hará mediante la redacción de un panfleto con un plan para esa inminente Europa, en octubre de 1813, que lo llevará a la cárcel, acusado de conspiración contra Napoleón (proceso desencadenado por un oficial extranjero, Klopstock, quien tenía deudas con el francés). Sin embargo el escrito nunca pudo ser hallado, porque Jullien puso mucho cuidado en esconderlo —al mismo tiempo que quemaba toda su correspondencia más comprometedora (entre ella, las cartas intercambiadas con Mme. de Stäel).

A pesar de estar escrito en 1813, dicho folleto permanece oculto durante la primera Restauración y los Cien Días, y no vería la luz hasta octubre de 1815, en París y aprovechando las nuevas circunstancias políticas, aunque eso sí, todavía de manera anónima, bajo el título de *Le Conservateur de l'Europe, ou Considérations sur la situation actuelle de l'Europe, et sur les moyens d'y rétablir l'équilibre politique des différents états, et une paix générale solidement affermé*. La obra está además dedicada al zar Alejandro I, protector de otros proyectos europeos como el de Czartoryski que veíamos antes, y que en esta época

²⁸⁰ Marc Antoine Jullien fue un publicista y activista político muy conocido sobre todo por su actividad revolucionaria, tiempo en el que ocupó, entre otros cargos, el de representante del Comité de Salvación Pública de Burdeos. Escritor de numerosos artículos, panfletos y libros de temas muy diversos (entre los que destaca la especial atención con la que se ocupó de cuestiones pedagógicas), su actividad fue incesante no sólo en Francia, sino también en Italia y Suiza, donde pasó frecuentes periodos de su dilatada vida, hasta su muerte en 1848.

²⁸¹ Pancera, 1991, p. 179.

inspira especial confianza a muchos moderados de todo el continente. Los ataques a Napoleón se suceden en este trabajo, en el marco de un análisis más genérico en el que enfrenta al mundo del orden y la libertad con el mundo del absolutismo y el desorden, porque ve en él ve una contradicción ética inherente; Jullien rechaza tanto la vuelta al absolutismo de los Borbones como al desorden revolucionario, y lo fundamental para él es instaurar el orden sin renunciar por ello a la libertad. Propone para ello una suerte de congreso que promueva la federación entre los gobiernos continentales, garantizando la paz y asegurando el orden en Europa. Sus esperanzas se centran en la creación de una “Sociedad de Naciones” a nivel continental —concepto que aparece una y otra vez en sus escritos—, una Sociedad que deberá establecer “les bases possibles et raisonnables d’une grande *fédération européenne* et de la *pacification générale*”²⁸², fundada sobre una política de desarme y de coexistencia, donde la distensión venga propiciada por la reducción del papel preponderante jugado hasta ese momento por el factor nacionalista —esperanza que parece ingenua y poco profética a la luz de lo que luego sería el siglo XIX.

Jullien reclama entre sus medidas más específicas la previa independencia de Holanda, Polonia, España e Italia, para la que propone el mantenimiento del Reino de Italia bajo mandato del virrey Eugenio y también la del Reino de Nápoles en manos de Murat, además de una Liga confederada de los distintos Estados italianos bajo la protección de Austria. A Francia le dedica un análisis más detenido: en pro de la seguridad de su nación y de todo el continente, Jullien propone la aceptación de la oferta de paz de Metternich hecha tras la derrota de Napoleón en Leipzig, basada en un tratado de paz continental que respete las “fronteras naturales” de Francia. En opinión de Jullien, el rechazo expreso de Napoleón muestra que el emperador es de hecho el único obstáculo para la paz, por lo que exige su abdicación y su exilio en Córcega. Jullien deja ver en estas líneas la decepción por las ocasiones perdidas de un Imperio en el que inicialmente había puesto todas sus esperanzas. Anticipa el advenimiento de una era nueva para Francia y para Europa, y propone, renunciando a toda concepción centralizada del Estado, nuevas alternativas de organización política, apostando por el federalismo (que podrá igualmente aplicarse “a la gran familia europea”):

« Il seroit à désirer, pour la tranquillité de l’Europe, et même pour la prospérité

²⁸² Jullien, 1815, p. 9.

intérieure de la France, afin que cette nation guerrière, et trop facilement docile au joug, ne fut pas, une seconde fois, dans les mains d'un chef ambitieux, un instrument de conquête et de destruction, qu'on put, en conservant l'indépendance, l'unité et l'intégrité du territoire françois, organiser cette grande contrée en union fédérative, sous le gouvernement de l'impératrice régente, assistée d'un conseil de régence, qui distribuerait de grands gouvernements militaires, ou provinces, aux premiers personnages de l'état, chargés d'y tenir les rênes de l'administration publique, avec l'assistance de conseils ou d'états provinciaux »²⁸³

Junto a esta visión democrática de la descentralización del poder, el folleto de Jullien presenta también aspectos prefectorales, de nombramiento por el rey y de una estructura burocrática conservadora que sirva de contrapeso a la organización policéntrica y al peligro de desmembración. Finalmente, el autor concluye con una apología de Inglaterra, “rempart de la civilisation européenne”, a la que apela para que tome la iniciativa en la pacificación y regeneración del continente:

« Une répartition proportionnelle et bien combinée des possessions coloniales entre les principales puissances de l'Europe, suivant leur influence commerciale respective, formeroit le sujet d'une vaste et utile travail, pour lequel l'auteur du présent mémoire n'a point les lumières ni les renseignements nécessaires. Il seroit également digne de l'Angleterre et des souverains de l'Europe de mettre à exécution le projet réparateur de la population et des finances, d'opérer une réduction proportionnelle convenue dans l'état militaire des différentes puissances du continent, véritable et nécessaire garantie de la paix »²⁸⁴

El resto de la obra y vida y de Marc-Antoine Jullien se precipita al fragor de los acontecimientos: en el momento en que Napoleón abdica, el 6 de abril de 1814, Eugène de Beauharnais saca a Jullien de la cárcel y éste regresa a Francia, donde ocupa un puesto en el ministerio de la Guerra. Mantiene algunos contactos con el conde de Artois, futuro Carlos X, pero recaen sospechas de pro-bonapartismo sobre su persona,

²⁸³ Jullien, 1815, p. 78. Jullien intenta combatir la concentración del poder económico, financiero, administrativo y político en la capital, que conduce a una “macrocefalia” del Estado y provoca un peligroso *clivage* entre París y la provincia, abonando un terreno favorable para los golpes de Estado. En este punto está desarrollando los temas que ya planteara en un opúsculo anterior, *Mémoire sur l'organisation fédérative et indépendante de l'Italie*, escrito en 1800 y en el que elogiaba la estructura federativa, que favorece la unidad en el terreno de la defensa nacional poniendo obstáculos a las ambiciones ofensivas. Sus frecuentes viajes a Suiza le han permitido además conocer bien la Constitución de este país, que le parece un elemento impulsor capital de un espíritu de tolerancia y un modelo de tipo democrático y federal; el Estado plurilingüe, la tolerancia religiosa, la convivencia entre el patriotismo cantonal y el nacionalismo helvético constituyen para Jullien un modelo a seguir (que proseguirá después en sus estudios sobre pedagogía): “la même pensée peut s'appliquer à la grande famille européenne”. Además de a la Constitución suiza, Jullien profesa también una gran admiración por la Constitución de los Estados Unidos, como modelo de estabilidad y orden político en libertad (tema que se deja ver en su dilatada correspondencia con el propio Thomas Jefferson) (Conf. Pancera, 1991, p. 183).

²⁸⁴ Jullien, 1815, p. 81.

y se ve obligado a huir a Suiza. A su regreso a París y a medida que se precipitan los acontecimientos (Congreso de Viena, los Cien Días, Tratado de París), sus escritos de este periodo se empañan de cierto “oportunismo”, aunque, bajo el constante cambio de forma que sufren (en 1814 ya había modificado algunos pasajes de su *Conservateur en Europe*, como por ejemplo todo lo relacionado al tema de las fronteras naturales), mantienen siempre sus objetivos –liberales– fundamentales. Cuando Constant es encargado por Napoleón de redactar una nueva Constitución, Jullien también parece olvidar sus rencores hacia el emperador: publica algún escrito contra los Borbones, se congratula de la regeneración del país y participa plenamente de la vida política²⁸⁵. Cuando el 18 de junio Napoleón abandona el poder definitivamente tras el desastre de Waterloo, Jullien cree que por fin ha llegado la ocasión para un “gobierno representativo fundado sobre la verdadera libertad”²⁸⁶. Ese mismo año se atreve por fin a publicar el ya comentado *Le Conservateur de l'Europe*, al que suma otros escritos antinapoleónicos. Publica además en el periódico *L'Aristarque Français* un artículo sobre la “confederación europea”, en el que recoge muchas de las ideas presentadas en *Le Conservateur de l'Europe* y analiza las oportunidades que se abren ahora a la luz del Congreso de Viena para superar las divisiones nacionalistas y asegurar la paz perpetua por medio de una confederación de las potencias victoriosas y otros Estados, nuevos o “restaurados”, idea que recupera al mes siguiente en otro artículo sobre la situación general de Europa y los posibles resultados de la paz, orientado esta vez en un sentido cultural y científico²⁸⁷. Pero el curso de los acontecimientos que frustra todas sus esperanzas hace que una vez más se refugie en Suiza, donde retoma contacto con su amigo Pestalozzi y su interés por los asuntos pedagógicos, a los que reducirá a partir de ahora sus esfuerzos, aunque concibiéndolo siempre como un elemento base para su plan de pacificación europea.

Su trabajo más importante y original de estos años será la concepción de una “sociedad cultural internacional”, que le valdrá para la posteridad el título de precursor

²⁸⁵ Pancera, 1991, p. 185. Funda junto a Jay el periódico *L'indépendant*, el que luego se convertiría en *Le Constitutionnel*, y publica una obra, *Le Conciliateur*, en la que critica tanto la etapa revolucionaria como el sistema “tiránico y feudal” de Luis XVIII (*Le Conciliateur ou la Septième époque. Appel à tous les Français. Considérations impartiales sur la situation politique, et sur les vrais intérêts de la France, à l'époque du 1^{er} mai 1815, par un Français ami de la patrie*. Colas, París 1815).

²⁸⁶ Cit. en Pancera, 1991, p. 187.

²⁸⁷ “De la Confédération européenne”, en *L'Aristarque Français*, n° 145, 22 septiembre 1815, y « Coup d'oeil sur la situation générale de l'Europe, et sur les résultats possibles de la paix », n° 217 y 218, 3 y 4 de diciembre 1815, base de la posterior creación de la *Revue Encyclopédique*, que sería en los años siguientes un referente ineludible para los intelectuales liberales de todo el continente.

de organizaciones como la UNESCO o la OIE²⁸⁸. Participa en la fundación de la “Société pour l’Instruction Élémentaire” y funda la *Revue Encyclopédique*, cristalización de su viejo proyecto de crear una “Sociedad enciclopédica intereuropea” que impulsara los encuentros transnacionales de cuadros científicos y las investigaciones para el progreso general de la civilización europea más allá de toda barrera nacional —planes que ya expuso en 1801 a Napoleón, aunque con escaso éxito²⁸⁹. Durante su estancia en Suiza recupera este proyecto abandonado, y comienza a redactar un trabajo sobre educación comparado, el *Esquisse sur l’Education comparée*²⁹⁰ que empieza a aparecer en el *Journal d’Éducation* a partir de diciembre de 1816, con vistas a la realización de una “Société Intereuropéenne pour le Progrès de la Civilisation”, y en el que trata de demostrar la función central de la educación en el progreso de la civilización²⁹¹. En esta obra Jullien propone la creación de un Instituto Normal de Educación con sucursales en cada país, de una Comisión internacional y de un Boletín general de Educación que sirva de vínculo para llegar a la unidad y a la creación de una verdadera institución de educación paneuropea. La obra, de un minucioso rigor metodológico, concluye con el elogio de Suiza, verdadero modelo en su opinión una vez más para la “futura federación europea”. Todavía en 1848, año de su muerte, es capaz de adherirse con entusiasmo a los movimientos republicanos, y en uno de sus manifiestos, que sería su último escrito, nos dice:

« La République était le seul remède à de si grands maux. Par elle, le pays reprend ses droits, sa dignité, son influence légitime et traditionnelle sur la civilisation du monde »²⁹².

²⁸⁸ Pancera, 1991, pp. 187-188.

²⁸⁹ Jullien lo explica así en un artículo aparecido en la *Revue Encyclopédique* (T. XIX, p. 250), aduciendo que al primer Cónsul su proyecto se le antojó “un moyen de centralisation de la pensée humaine” poco deseable.

²⁹⁰ Su título completo y definitivo es *Esquisses et vues préliminaires d’un ouvrage sur l’éducation comparée, entrepris d’abord pour les vingt-deux cantons de la Suisse, et pour quelques parties de l’Allemagne et d’Italie, et qui doit comprendre successivement, d’après le même plan tous les états de l’Europe ; et séries de questions sur l’éducation, destinés à fournir les matériaux des tables comparatives d’observations, à l’usage des hommes qui, voulant se rendre compte de la situation actuelle de l’éducation et de l’instruction publique dans les différents pays de l’Europe, seront disposés à concourir au travail d’ensemble dont on expose ici le plan et les buts* (1817).

²⁹¹ « C’est l’ignorance, l’oubli ou la violation de tous les devoirs, le relâchement et la dissolution de tous les liens religieux, moraux et sociaux, l’extrême corruption, la dégradation des esprits et des coeurs, qui ont produit les révolutions et les guerres, si cruellement prolongées, dont les affreux résultats ont successivement désolé toutes les contrées de l’Europe » (1817, p. 6).

²⁹² “République française. Réunion démocratique du premier arrondissement. Paris, 1848 ».

***De la Révolution Européenne* de C. J. B. Bonnín (1815)**

Charles-Jean-Baptiste Bonnín publicó en 1815 *De la Révolution Européenne*. Literato nacido en 1772, publicó numerosas obras (muchas de ellas anónimas) preferentemente de carácter jurídico o político, ocupándose de temas como el Derecho natural, principios de filosofía política o de administración pública, o sobre las relaciones entre los pueblos a la luz del Derecho, algunas de ellas reeditadas en varias ocasiones y que le valieron el reconocimiento del público, amén de puestos en la Administración²⁹³.

De la Révolution Européenne constituye un largo relato histórico, en el que Bonnín repasa la historia del progreso de la civilización en Europa, extrayendo de ahí sus predicciones para el futuro. Representa así uno de los primeros ejemplos de lo que pronto se volverá un lugar común en la literatura política francesa, con especial éxito entre los autores socialistas y utópicos: el futuro es inminente y se puede conocer si conocemos el pasado porque, como reza la cita de Leibniz con la que se abre este libro, *le présent est gros de l'avenir*, el presente está preñado de futuro. Así, y tal como veremos en el desarrollo del trabajo en curso, si la década de los años veinte se encargará en lo sucesivo de sentar las bases de una nueva historiografía que aborde el pasado con una nueva perspectiva científica, la década siguiente de los años treinta se encargará de extraer de ahí sus conclusiones políticas con urgente carácter predictivo. Pero mucho antes de que este modo de operar se convierta en una generalidad, encontramos anticipados ejemplos como es el caso de Bonnín.

C. J. B. Bonnín concibe el periodo de convulsiones políticas de los últimos veinte años como una verdadera “revolución europea” y no una mera revolución nacional, porque si bien estalló sólo con toda su fuerza en el territorio francés, las causas que lo provocaron eran comunes para todo el continente. Sus reflexiones en torno a la Revolución francesa toman así la forma de un verdadero fenómeno europeo. Y para la exposición de estas causas Bonnín se retrotrae hasta los orígenes de Europa, que él sitúa en el momento de las invasiones bárbaras al final del Imperio romano, que desmembran el colosal imperio en una multitud de pequeños Estados fundados por la

²⁹³ Fue condenado por sus escritos, que hacían gala de una encendida hostilidad hacia el catolicismo, a una multa de tres mil francos y a trece meses de prisión (Prévost, D'Amat, 1954).

fuerza y la violencia (y sigue aquí una cita de Montesquieu). El estado de guerra continua marcó así los primeros momentos de la Europa antigua, y la feudalidad vino a constituer una infinidad de pequeños Estados en el seno del Estado, debilitando y deteniendo todo proceso de civilización y suponiendo el fin de todo Derecho público. En esta exposición de la Edad Media como un proceso continuado de degradación y progresiva corrupción y un estado de barbarie presidido por el espíritu de conquista y dominación, Bonnin culpa especialmente a la Iglesia y sus funestas consecuencias:

« Quelques historiens peu judicieux ont voulu faire honneur au christianisme du retour des lumières et de la civilisation en Europe ; mais il faut avoir une bien grande envie de louer cette religion pour contredire les faits qui déposent en foule, et donner pour cause de l'abolition successive de la barbarie ce qui même en prolongea les maux pendant dix siècles. Il fallut ensuite tous les efforts de trois siècles, et même la division dans le christianisme, pour que les peuples commençassent à s'affranchir du joug religieux, et à avoir le sentiment de leurs droits. (...) les religions seront toujours un moyen stérile pour l'avancement de la police des peuples »²⁹⁴

Las cruzadas contra el Islam, a las que juzga también de manera negativa, trajeron sin embargo, junto con la llegada a Europa de los primeros griegos perseguidos, las primeras luces, y las costumbres se suavizaron hacia el retorno del orden público, la extensión de la administración y la concentración del poder. Gutemberg, Colón o Vasco de Gama tuvieron durante tres siglos una influencia decisiva en la civilización, la industria, el comercio, las riquezas, las costumbres, las opiniones, las relaciones y los destinos de los pueblos: “Les heureuses découvertes de ces trois bienfaiteurs de l'humanité changèrent la face de l'Europe”²⁹⁵. Los esfuerzos continuos de la razón, tras diez siglos de barbarie, dotaron a los pueblos de la tendencia a seguir buscando siempre una mejora en el orden social. Se empezó a imitar, en las lenguas respectivas, los escritos y las artes de los antiguos, conocidos a través de esa diáspora griega, y así aparecen los primeros atisbos del pensamiento científico, y la necesidad de la civilización y la ley: “L'imprimerie fut pour la civilisation une découverte immense, le premier effort qui retira l'Europe de sa léthargie : (...) l'imprimerie affranchit les hommes, et civilisa les nations »²⁹⁶.

²⁹⁴ Bonnin, 1815, nota en la p. 11 y 17.

²⁹⁵ Bonnin, 1815, p. 13.

²⁹⁶ Bonnin, 1815, pp. 15-16. Por otra parte, nos relata Bonnin, el arte de la guerra y la disciplina de los europeos les hizo poseedores de una superioridad sobre los demás pueblos dispersos del Nuevo Mundo, donde llevaron a cabo devastaciones y masacres en provecho de su propio desarrollo. Las ventajas de estas dos revoluciones, la invención de la imprenta por un lado y el descubrimiento de nuevos mundos del

Seguidamente Bonnin se ocupa de la Reforma, de las divisiones y luchas que causó en Europa, cambiando totalmente la faz de su sistema político y dando origen por vez primera en la historia moderna a la confederación de los pueblos europeos: «Après une guerre de trente ans, terminée par le traité de Westphalie, qui fut le premier acte de confédération entre les peuples d'Europe, et alors le fondement du système politique européen»²⁹⁷.

En esta «memorable lucha» entre la barbarie y la razón, que son los motores que según él han conducido la historia de Europa, aparece entonces por primera vez la esperanza entre sus habitantes de liberarse de toda opresión política. Europa avanzaba así lentamente hacia la civilización, mientras que el comercio pacificaba sus costumbres (aunque las naciones, acostumbradas ya a la comunicación, no habían acabado de aprender todavía que la paz es la primera necesidad de todo pueblo, mientras que la guerra, incluso cuando es necesaria, es siempre una situación forzada): «La civilisation est le produit lent du temps et de lumières : elle est dans les opinions»²⁹⁸. Todo tendía así hacia la liberación de la razón y la entera civilización de los pueblos; y si el siglo XVII fue el de la literatura, el XVIII sería el siglo de los sistemas.

Europa formaba entonces ya de por sí una “asociación”, pero sin nociones exactas de Derecho común ni más acto positivo de unión que tratados parciales; la ausencia de esas leyes positivas internacionales habría conducido así a la crisis y colapso final del Antiguo Régimen y al estallido de la Revolución:

«L'Europe formait une association qui, sans des notions exactes du droit des nations, sans acte positif d'union que des traités partiels, se maintenait quelquefois par le contrepoids de la faiblesse de chaque État, et plutôt par la jalousie, qui faisait que chaque puissance se croyait intéressée à la conservation de ce qui était établi, que par l'intérêt bien entendu de tous au maintien de l'espèce d'ordre qui existait ; mais cet ordre, plus apparent que réel, éprouvait des changements toutes les fois qu'il plaisait à l'ambition des grands États de le troubler. (...) Ainsi l'Europe languissait dans son indolence et sa sujétion accoutumées malgré ses efforts pour en sortir. L'absence de lois positives était la cause première de son malaise intérieur et extérieur, et de la non civilisation de ses peuples depuis leur établissement. Dans cette fluctuation d'intérêts divers qui se croisaient sans cesse l'Europe était sans cesse agitée, les guerres naissaient des guerres, les motifs et les

otro, trajeron a los pueblos de Europa cierta mejora en su orden político y en su organización social. Hobbes, nos dice, fue el primero en aliar la filosofía a la ciencia política, a la que añadieron “algunas verdades” gente como Grotius, Puffendorf o Sully; «les conceptions de l'esprit servirent la civilisation et la politique, et préparèrent insensiblement cette étonnante révolution qui allait être comme le dernier terme des efforts de la raison» (Bonnin, 1815, p. 30).

²⁹⁷ Bonnin, 1815, nota en la p. 33.

²⁹⁸ Bonnin, 1815, nota en la p. 41.

rivalités subsistaient après les combats, les traités n'étant que des trêves revêtues de formes politiques. Malgré ses efforts et le sang qu'elle perdait l'Europe (...) : une grand commotion pouvait seule l'arracher à son état de malaise, à ses troubles et à son indolence »²⁹⁹.

Europa permaneció atenta a los cambios políticos que se operaban en Francia, pero con una idea equivocada acerca de sus causas, que eran los mismos principios que dirigían la política de todos los países. Y como tantos otros hicieran antes, todavía en 1815 Bonnin acusa a Inglaterra, que ha establecido mediante su sistema de comercio universal una tiranía marítima sirviéndose de la guerra y de la paz a su antojo, invadiendo con su comercio el continente y rompiendo así “la armonía de la confederación general”, de causante de la guerra: « Les guerres de la révolution furent proprement les guerres de la haine et de la rivalité de l'Angleterre contre la France »³⁰⁰. Francia, al verse atacada entonces por las potencias coaligadas, expandió por todo el continente el mismo espíritu de libertad por cuya defensa luchaba:

« La France, attaquée par l'Europe coalisée, se vengea de son injuste agression par la civilisation, qui n'eut plus d'obstacles ; les lois et la politique sortirent de leur état d'enfance, et commença avec cette révolution, qui devait changer les destinées de l'Univers, une nouvelle histoire pour les peuples »³⁰¹

El territorio europeo se ve así asolado por una serie de “guerres opiniâtres”, que iban a costar más de dos millones de hombres a la población europea, estableciendo un nuevo sistema de relaciones en la antigua política de Europa. Como tantos otros, Bonnin mantiene una visión ilustrada muy crítica con respecto a los males de la guerra, a los que tacha de “impolíticos”: « Voilà à quoi aboutirent deux coalitions insensées, huit années de guerre, des haines impolitiques, des passions ambitieuses et imprévoyantes »³⁰².

Bonnin se descubre como un acervo defensor de la política de anexiones, de las intenciones pacíficas y del Imperio de Napoleón: « Ils n'étaient pas venus ces temps où le génie d'un seul homme devait changer les destinées de l'Europe et la politique des

²⁹⁹ Bonnin, 1815, pp. 58-59.

³⁰⁰ Bonnin, 1815, nota en p. 71.

³⁰¹ Bonnin, 1815, p. 71.

³⁰² Bonnin, 1815, p. 141 : porque la sangre de los pueblos no debe derramarse inútilmente, porque la guerra es sólo un medio extremo para la conservación de la libertad y la independencia, pero sólo en ese caso, mientras que las naciones estaban siendo entonces víctimas de los caprichos y las pasiones de sus gobernantes (y cita aquí un pasaje de otra obra suya llamada *Traité de Droit naturel et Droit des Nations*).

nations ! »³⁰³. Desde su punto de vista, los países anexionados fueron consultados para su incorporación, respetando “el derecho natural de cada nación a pronunciarse sobre su destino”. Admitiendo a aquellos pueblos a vivir bajo su Ley, pasar a ser parte integrante de su territorio y disfrutar de sus ventajas como ciudadanos de igual rango, Francia los vincula con la cadena más fuerte que puede existir entre dos pueblos, fundiendo la diferencia de costumbres, lenguas y usos en uno sólo. Así tales conquistas se convirtieron en un “bien de la humanidad” conducido por “el genio del capitán más grande” que haya existido nunca, que impulsó como nadie el progreso de las ciencias y las artes, y con ello, el de toda la civilización. Napoleón estableció los primeros sistemas federativos, lo que supuso un primer llamamiento para los pueblos hacia el reconocimiento de sus derechos; los Estados confederados adoptaron en su mayoría las instituciones francesas: “L’Europe n’avait jamais fait que des conquêtes dans ses guerres : la France fit des réunions »³⁰⁴. Vemos así cómo, aun en estos tiempos difíciles de cambio de régimen, en el que muchas voces tratan de distanciar a Francia de las actuaciones de su máximo representante, también quedan hombres reacios a la restauración borbónica y nostálgicos del Imperio, ola que se intensificaría con los años.

Su antigua división en pequeños y grandes Estados es el gran mal de Europa y la causa de sus guerras continuas, continúa argumentando. El buen hacer del Imperio francés ha venido a poner fin a tales divisiones sobre “un plan uniforme”, sabio en principios y benéfico en sus resultados, que conduce hacia la confederación de los pueblos unidos ahora bajo una misma legislación y superando los tratados parciales de la antigua diplomacia:

« La pensée devança dès lors les temps où les peuples, unis par les mêmes lois, n’auraient pas d’autre pacte que leur confédération. (...). Véritablement membres de la grande famille humaine, alors seulement il y aura harmonie politique, il existera un droit des nations, vainement cherché jusqu’alors dans des traités partiels. La diplomatie, cette science ancienne de la politique des princes, ne sera plus que la connaissance de la statistique des pays »³⁰⁵

La caída del Imperio viene a significar sin embargo la vuelta al desmembramiento, porque todas las potencias se apresuran a recuperar los territorios que creen les pertenecen, desorden en el continente que Inglaterra se encargará de

³⁰³ Bonnin, 1815, p. 150.

³⁰⁴ Bonnin, 1815, p. 154.

³⁰⁵ Bonnin, 1815, p. 165.

fomentar interesadamente. Bonnín ve a los senadores que propician la caída de Napoleón como un grupo de « facciosos », y el retorno de los Borbones como la peor de las calamidades. Sucede entonces el regreso del “hombre extraordinario”, en estos tiempos donde todo resulta extraordinario y que, antiguo señor del universo, limita por sí mismo esta vez su poder; se pone con ello fin a veinte años de agitaciones y parece entonces que por fin se iban a cumplir “los destinos de Europa y del mundo”.

Los pueblos están ahora maduros para su libertad, nos anuncia Bonnín; el tiempo de su regeneración social ha llegado. Poseen ya el sentimiento de sus derechos, y no tardarán en reclamarlos, como de hecho han empezado ya a hacer³⁰⁶. El contacto entre las naciones se ha hecho además más intenso. La causa de los pueblos y los reyes ha sido ya juzgada, y una revolución común a toda Europa tendrá lugar ahora; fermenta sordamente en las naciones, nos anuncia, y sólo espera a la imprevisión y la mala gestión de una política opresiva que no sabe escuchar la voluntad de sus súbditos para estallar:

« La cause des peuples et des rois a été jugée ; et une révolution juste dans ses causes, terrible dans ses moyens, bienfaisante dans ses résultats, et amenée par les temps et par la force irrésistible du développement de la raison dans les hommes, deviendra commune à l'Europe »³⁰⁷

La uniformidad de leyes e instituciones resultante de esa gran “revolución europea” establecerá así una paz durable entre las naciones, porque de esta uniformidad resultarán costumbres y opiniones semejantes, teniendo a Francia como modelo para el resto del mundo. El amor a la patria, el patriotismo dejará de ser una virtud y el motor que anime la conservación de las naciones, toda vez que éstas, dotadas de la suficiente

³⁰⁶ España ha recibido la ilustración a lo largo de la estancia francesa en sus provincias, y al mal pasajero se impondrá el conocimiento de sus derechos, por lo que pronto experimentará la necesidad de reclamarlos, vaticina, tras tantos siglos de olvido que se los han arrebatado, y bendecirá a los franceses por ello algún día. Italia querrá ver a sus pueblos pronto libre de todo yugo extranjero y unidos en una sola nación; lo mismo le ocurrirá a Alemania, que acabará constituyéndose en un solo Estado. Y así continúa sus predicciones para todos los países (para Inglaterra, desde luego, menos benéficas), hasta que las luces y las ciencias logren liberar a todos los pueblos de todo sistema de religión y de opresión.

³⁰⁷ Bonnín, 1815, p. 191. Bonnín define las revoluciones como « el producto lento pero inevitable de los tiempos », cuyo curso nada puede detener. Una vez impulsada, toda resistencia no hace sino añadirle fuerza; es una “poderosa masa” contra la que se resquebraja todo esfuerzo particular. “Il n'est pas au pouvoir humain d'empêcher l'ordre naturel des choses politiques, non plus les révolutions de la nature » (1815, nota en p. 192). Desaparecerá entonces el pretexto para la guerra. Las naciones, mejor ponderadas entre sí, más seguras en su interior y más independientes hacia el exterior, estarán también mejor ilustradas sobre sus derechos y deberes, y cada pueblo, confinado a los límites que la naturaleza y su peso en la balanza política le confiere, asegurará el “feliz equilibrio”, la tranquilidad y el mantenimiento de la “confederación general”, porque no son tanto los tratados como el convencimiento de que no se pueden causar mal alguno entre sí lo que provoca la tranquilidad de los Estados.

ilustración, sientan que son miembros de una misma familia y que un único espíritu las dirige, y se verá suplantado entonces por el amor a la humanidad, que les hará desear el bien de todo hombre sin distinción de origen. “La confédération européenne sera alors créée pour la première fois”³⁰⁸.

Charles-Jean-Baptiste Bonnin publicaba esta obra en el transcurso efímero de los Cien Días, que dieron alas a las esperanzas de muchos y confiaron en que un tiempo nuevo era todavía posible. A pesar de su fracaso, Bonnin no abandonaría nunca su interés por estas materias, y en 1820 volvería a publicar una obra de orientación semejante, *Doctrine sociale ou Principes universels des lois et des rapports de peuple à peuple déduits de la nature de l'homme et des droits du genre humain*, que contó con varias reediciones. Todavía a principios de 1834 publicaba un pequeño panfleto de apenas treinta páginas titulado *Réfutation de l'Avenir, selon Lamennais et Chateaubriand*; en él polemizaba con escritos coetáneos de ambos autores, y aunque en sus páginas no se menciona la cuestión de Europa esta vez, en la cuestión acerca de cuál vaya a ser la forma del futuro sigue estando presente de manera todavía más viva, sirviendo de inspiración para proyectos europeístas ulteriores³⁰⁹.

3. Conclusión: ¿Napoleón, europeísta?

En el caso de que Napoleón hubiese logrado vencer en Rusia y establecer la paz general, incluyendo a Inglaterra, la federación resultante habría tenido sin embargo probablemente más analogías con el Santo Imperio Germánico que con la

³⁰⁸ Bonnin, 1815, p. 194.

³⁰⁹ Lamenta en su opúsculo las “lamentaciones proféticas” de ambos autores que interpreta como “la confesión forzada de un hecho que les repugna” (Bonnin, 1934, p. 7), y frente a ellos vaticina el fin de la religión y la monarquía, así como el advenimiento de la libertad para los pueblos, que vivirán pronto en armonía democrática y republicana. Este breve opúsculo, que se aleja en principio de las preocupaciones explícitamente europeas, servirá sin embargo de inspiración, curiosamente, para otra singular obra en el panorama de los proyectos europeístas de esta primera mitad de siglo, me estoy refiriendo a la *Constitución europea* del español Juan Francisco Siñeriz publicada en 1839, quien cita en el apéndice de su obra al propio Bonnin, y de la que me ocuparé con más detalle en el capítulo cuarto.

confederación republicana propuesta por Rousseau, Hume o Kant. La Europa francesa así constituida habría tomado la forma de un súper-Estado, a la manera de la monarquía universal que Montesquieu reprobaba, y que nunca hubiese sido acorde a los presupuestos ilustrados de libertad, comercio, independencia y moderación³¹⁰, manteniéndose alejada de los bienintencionados proyectos de paz perpetua y confederación que han sido someramente expuestos en el apartado precedente.

Y sin embargo, la cuestión del europeísmo de Napoleón todavía sigue siendo un punto controvertido para muchos, que todavía no podemos zanjar completamente a la luz de lo ya expuesto, y que se centra básicamente en el aspecto de la pacificación, que supuestamente habría dirigido sus empresas como objetivo último (a pesar de que este punto tiene mucho de contrafáctico, a tenor de los acontecimientos), y especialmente en el legado que para el futuro europeo pudo haber sembrado la política napoleónica.

3. 1. Napoleón, hombre de paz

Napoleón inaugura el nuevo siglo XIX con la promesa de una paz largamente esperada. Los años de 1800-1802 son años de tratados de paz y alianzas, de una reconciliación espectacular de la República consular con el mundo y sobre todo con Inglaterra³¹¹. La opinión pública de 1799 veía ciertamente en él al general victorioso en la campaña de Italia y el propiciador de una situación momentáneamente estabilizada que podía conducirles finalmente a la paz. Aparece así como un nuevo salvador, un “rey del pueblo”³¹², el pacificador tanto tiempo anhelado. La Revolución había creado una tradición en la que sus generales eran promovidos al rango de héroes y príncipes de la paz, y en esa perspectiva destaca en el imaginario nacional Bonaparte, de cuya mano podría finalmente convertirse la Revolución en reorganizadora de un nuevo equilibrio europeo. Tal y como afirma el sargento Faucher en sus Memorias: “tout le monde voulait le repos et la sécurité, sans cependant abdiquer les idées de grandeur à un État comme la France”³¹³. Y Bonaparte sabe que esto es lo que se espera de él: en su regreso

³¹⁰ Jourdan, 2002, p. 69.

³¹¹ Waresquiel, 2005, p. 138.

³¹² Bertaud, Forrest, Jourdan, 2004, p. 5.

³¹³ *Souvenirs de campagnes du sargent Faucheur*, Tallandier, París 2004 (cit. en Petiteau, 2005, p. 117).

a París entre ovaciones, elige el traje de miembro del Instituto y no el uniforme de general; cuando la opinión pública aclama a Bonaparte, ¿lo hace al guerrero cubierto de laureles o al salvador capaz de reestablecer la paz civil y exterior? Napoleón persuade a la opinión de su voluntad de retirarse a la vida privada en cuanto la paz internacional sea restablecida (intenciones que repite en los Cien Días y en su posterior exilio en Santa-Helena) y con tal fin intensifica, por un lado, los esfuerzos por asegurar el fin de las disensiones internas y la paz civil en el país; trata de sobreponer a los objetivos bélicos objetivos pacíficos, y con tal fin prepara la expedición a Egipto, enmascarada bajo la égida de una pléyade de hombres de ciencias, al mismo tiempo que se vuelve hacia las principales potencias en guerra contra Francia (la Segunda Coalición formada por Inglaterra, Austria, Rusia y el Imperio Otomano) para invitarles a firmar la paz (25 diciembre de 1799). Y en estos términos se dirigía por entonces al emperador austrohúngaro José II: “étranger à tout sentiment de vaine gloire, le premier de mes vœux est d’arrêter l’effusion du sang”³¹⁴; en sentido semejante, en un discurso impregnado de filosofía ilustrada, se dirige también al rey de Inglaterra:

« La guerre qui depuis huit ans ravage les Quatre parties du monde doit-elle être éternelle ? N’est-il donc aucun moyen de s’entendre ? Comment les deux nations les plus éclairées de l’Europe, puissantes et fortes plus que ne l’exigent leur sûreté et leur indépendance, peuvent-elles sacrifier à des idées de vaine grandeur le bien du commerce, la prospérité intérieure, le bonheur des familles ? Comment ne sentent-elles pas que la paix est le premier des besoins comme la première des gloires ? [...] le sort de toutes les nations civilisées est attaché à la fin d’une guerre qui embrasse le monde entier »³¹⁵

Estrategia retórica o no, lo cierto es que también *intramuros* Napoleón utiliza palabras semejantes, haciéndose principalmente eco de los anhelos de la opinión pública, y pocos días después insiste en su discurso pacificador, dirigido esta vez a su Ministro de Exteriores Talleyrand en una nota del 16 de enero de 1800:

« De toutes parts la voix des peuples et de l’humanité implore la fin d’une guerre marquée déjà par de si grands désastres et dont la prolongation menace l’Europe d’un ébranlement universel et de maux sans remèdes »³¹⁶

³¹⁴ “Bonaparte à Sa Majesté l’Empereur, roi de Hongrie et de bohême, 25 décembre 1799 », en *Correspondance de Napoléon Ier publiée par ordre de l’empereur Napoléon III*, n° 4446

³¹⁵ « Bonaparte à Sa Majesté le roi de Grande-Bretagne et d’Irlande, 25 décembre 1799 », en *Correspondance de Napoléon Ier publiée par ordre de l’empereur Napoléon III*, n° 4445.

³¹⁶ Nota para el Ministro de Relaciones Exteriores, 16 enero 1800, *Correspondance de Napoléon Ier publiée par ordre de l’empereur Napoléon III*, n° 4530, (citadas en Boudon, 2005, pp. 81 y 77).

Todo apunta a que efectivamente logra acallar, en ese momento, las rivalidades entre partidos y los desgarramientos nacionales: multiplica las iniciativas a favor de la paz civil, firma la amnistía para los emigrados, el Concordato con Pío VII, y también parece aplicarse sinceramente a organizar la paz en Europa, al menos inicialmente; tras la victoria de Marengo de 1800, firma la paz de Lunéville con Austria en 1801 y la de Amiens con Inglaterra en 1802. Decenas de textos espontáneamente enviados por los particulares testimonian esta percepción, adulando al hombre victorioso pero también – y sobre todo- al pacificador. Así, un tal Béraud de Cadenet, escribe en una nota del 23 de diciembre de 1804 que se asemeja a muchas otras recibidas por la época, que daba gracias a Dios por las victorias logradas por Bonaparte, pero también por la paz que éste había sido capaz de imponer en Europa, y por la “tranquilidad” que había sabido restablecer en Francia, especialmente con la restitución del culto católico³¹⁷ (habría que ver, eso sí, si estas cartas de particulares son verdaderamente espontáneas, o si no hacen más que reflejar un estado de opinión difundido por la prensa oficial). Y aunque, desde el principio, hubo también ideólogos críticos con una apuesta muy firme por la paz, lo cierto es que estos no llegaron a calar especialmente en la opinión pública³¹⁸.

Y a pesar de todo, es obvio no obstante que la relación de Napoleón con el tema de la paz resulta más que controvertida. ¿Hombre de paz u hombre de guerra? ¿Gran político o militar glorioso? tal es una cuestión que está en el corazón de todos los debates en torno al periodo que tratan de cifrar la responsabilidad del emperador en la concatenación de los conflictos, y ha sido objeto de diversas interpretaciones por la posteridad, partiendo de las representaciones construidas por sus contemporáneos, como por las de sus herederos, en la que destaca sobre todo la visión que nos lega el *Memorial*, en el que el propio Napoleón se presenta como ese hombre de paz que vio truncados sus sueños de reorganización por las circunstancias:

« La paix dans Moscou accomplissait et terminait mes expéditions de guerre. C'était pour la grande cause, la fin des hasards et le commencement de la sécurité. Un nouvel horizon, de nouveaux travaux allaient se dérouler, tout pleins du bien-être et de la prospérité de tous. Le système européen se trouvait fondé ; il n'était plus question que de l'organiser. Satisfait sur ces grands points, et tranquille partout, j'aurais eu aussi mon *congrès* et ma *sainte-alliance*. Ce sont des idées qu'on

³¹⁷ Archives Nationales, AF IV n° 1951 (cit. en Petiteau, 2005, p. 118).

³¹⁸ Dufraise, Kerautret, 1999, p. 193.

m'a volées. Dans cette réunion de tous les souverains, nous eussions traité de nos intérêts en famille, et compté de clerk à maître avec les peuples»³¹⁹.

La campaña de 1812 habría supuesto así en sus expectativas “la fin des hasards”, “le commencement de la sécurité”, la consecución del sistema europeo. La realidad de los hechos diplomáticos y militares de 1802 a 1814 nos muestran hoy en qué medida Napoleón heredó ciertamente conflictos bélicos de las coaliciones formadas en Europa contra la Francia revolucionaria. Pero lo cierto es que la escalada de violencia se iría haciendo permanente debido sobre todo a su negativa creciente a renunciar a todo proyecto de hegemonía europea cada vez más ambicioso, a medida que las conquistas van extendiéndose. A partir del momento en el que la paz de Amiens se rompe (1803, y aquí es cierto que la responsabilidad de esta ruptura cae del lado inglés), tratar de preservar todas las victorias obtenidas pasa necesariamente por la derrota de Inglaterra. El enfrentamiento político, ideológico y económico que le enfrenta a la potencia insular, y que viene labrándose de antiguo, durará más de diez años, y despertará la anglofobia dormida —y viceversa³²⁰. Los empeños de Napoleón por doblegar a Gran Bretaña aparecen así en el centro de las interpretaciones de 1814-1815 como causa de todos los males que asolan el continente desde 1799, visión que cambia no obstante a partir de su muerte, cuando sus partidarios empezarán a multiplicarse: se impone entonces la visión que señala a Inglaterra como única responsable de la ruptura de la paz de Amiens, tesis que se repite a lo largo de todo el periodo de la Restauración: las *Ideas Napoleónicas*³²¹ que publica Luís Napoleón Bonaparte en 1839 vienen a reforzar la tesis de que las conquistas le fueron impuestas al emperador por Inglaterra, y que no constituían sino un prefacio para una reorganización racional de Europa³²². Así aparece también en Vincent Arnault, en Touchard-Lafosse, Saint-Amant, Montbreton de Norvins o el propio Thiers, que a pesar de que reconoce los muchos errores de

³¹⁹ Las Cases, 1935, T. II, p. 149. Del mismo modo, lecturas posteriores como la de Renouvin y Fugier destacaron posteriormente este carácter de tarea inacabada: “lorsque tomba le régime, (...) cent projets de prestige ou d'utilité restaient inachevés, comme le demeura la transformation politique et sociale par laquelle Napoléon eût voulu marquer l'Europe du sceau révolutionnaire et impérial » (Fugier, 1954, p. 280).

³²⁰ También la prensa se hace eco de esta “guerra de palabras” (Bertaud, Forrest, Jourdan, 2004), y se suceden a uno y otro lado las caricaturas y los moteos injuriosos, tan hirientes como las balas. Esta guerra de papel dura más de un siglo, y aún se sigue echando mano de ella; pero la fobia entre ambas naciones conoció su paroxismo en la época del Imperio.

³²¹ *Des Idées Napoléoniennes, par le prince Louis-Napoléon Bonaparte* (París/Londres, 1839).

³²² Petiteau, 2005, Tulard, 1977, p. 456.

Napoleón, responsabiliza a las ambiciones inglesas de la ruptura de la paz de Amiens³²³, imagen de una Francia agredida por los ingleses que no se vería puesta en cuestión hasta bien entrado el siglo XX (Lavissee, Lefebvre, Soboul), con visiones más neutrales que reparten culpas a ambos lados y rebaten la posición victimista que se venía defendiendo desde el propio Napoleón:

« À Amiens, du reste, a-t-il dit, je croyais de très bonne foi le sort de la France, celui de l'Europe, le mien fixés ; la guerre finie. C'est le cabinet anglais qui a tout rallumé, c'est à lui seul que l'Europe doit tous les fléaux qui ont suivi, lui seul en est responsable. Pour moi, j'allais me donner uniquement à l'administration de la France, et je crois que j'eusse enfanté des prodiges. Je n'eusse rien perdu du côté de la gloire, mais beaucoup gagné du côté des jouissances ; j'eusse fait la conquête morale de l'Europe, comme j'ai été sur le point de l'accomplir par les armes. De quel lustre on m'a privé !

On ne cesse de parler de mon amour pour la guerre ; mais n'ai-je pas été constamment occupé à me défendre ? Ai-je remporté une seule grande victoire que je n'aie immédiatement proposé la paix ? »³²⁴

Napoleón dice soñar con una Europa futura convertida en una gran familia por la ley y la cultura, en la que los ejércitos serían reducidos “à la seule garde de souverains”, y la guerra sólo se daría en casos defensivos:

« Pourquoi, disait-il, mon Code Napoléon n'eût-il pas servi de base à un code européen, et mon Université impériale à une université européenne ? De la sorte, nous n'eussions réellement, en Europe, composé qu'une seule et même famille » ; « De retour en France, au sein de la patrie, grande, forte, magnifique, tranquille, glorieuse, j'eusse proclamé ses limites immuables ; toute guerre future, purement *défensive* ; tout agrandissement nouveau, *antinational*. J'eusse associé mon fils à l'Empire ; ma *dictature* eût fini, et son règne constitutionnel eût commencé... Paris eût été la capitale du monde, et les Français l'envie des nations !... »³²⁵

No obstante, si bien cabe la controversia en torno a la guerra de 1803, la crítica se muestra unánime en lo que respecta a la paz de Tilsit y la situación a partir de 1807, fecha que, marcada por el inicio de la guerra en España, marca un punto de inflexión en la política continental de Napoleón y le responsabiliza gravosamente. El barón de Rémusat lo condenaba sin miramientos en 1814: “L'Empereur ne me faisait nulle pitié. Je ne savais que trop que tout arrivait par sa faut”³²⁶, y tampoco Madame de Staël veía otra explicación en el encadenamiento de conflictos que la voluntad de Napoleón de

³²³ Auguste Thiers, 1845-1862, T. III, p. 338-342.

³²⁴ Las Cases, 1935, T. II, pp. 482-483.

³²⁵ Las Cases, 1951, t. II, 14 de noviembre 1816, p. 583, y 24 de agosto 1816, p. 233.

³²⁶ Rémusat, 1958, T. I, p. 141.

someter a toda Europa³²⁷. En palabras de Chateaubriand, a Napoleón le viene estrecho el espacio de paz que la tregua con Inglaterra le ha dejado³²⁸, y las sucesivas posiciones adoptadas en adelante en la escena europea se deberán más bien a una “gigantesca ambición” embriagada de éxito que es capaz de someter y oprimir a Europa, sacrificarlo todo, por el título de “emperador de Occidente”, tal y como señala Thiers³²⁹. Sus esfuerzos por hacer respetar el bloqueo continental harán de él cada vez más un hombre de guerra, aunque él siga cada día más persuadido de ser un hombre de paz, arrastrado por el torrente de las circunstancias:

« Toutes ces guerres [...] étaient-elles donc de mon choix, insiste-t-il, n'étaient-elles pas toujours dans la nature et dans la force de choses, toujours dans cette lutte du passé et de l'avenir, dans cette coalition constante et permanente de nos ennemis, qui nous plaçaient dans l'obligation d'abattre, sous peine d'être abattus ? »³³⁰

Sin embargo, su propio entorno (ejército, notables) había dejado de percibirlo así: Le Doulcet de Pontécoulant, senador del Imperio y originario de la nobleza normanda, le reprocha su evolución hacia el despotismo, que percibe como indiscutible a partir de 1807³³¹. Y el capitán Laugier lo acusa igualmente de ser enemigo de la paz:

« Fausses promesses! Non seulement il ne voulait pas donner la paix à notre patrie mais déjà il méditait une nouvelle guerre. [...] Nous ne combattons plus, comme il avait promis, pour conquérir la paix, mais pour une ambition démesurée... »³³²

Y el sargento Faucher, al que ya antes hacíamos alusión, coincide con sus correligionarios en deplorar la evolución de la política extranjera napoleónica a partir de ese año de 1807:

³²⁷ Stäel, 1983, pp. 401-403: crítica con la política de conquista y dominación, Mme. de Stäel se inclina mas por la vía del modelo pacífico, idea que, como veremos, tomará cuerpo en el debate de las revoluciones de primera mitad de siglo: “L'exemple de la liberté constitutionnelle en France auroit agi graduellement, mais avec certitude, sur le reste de l'Europe” (1983, p. 401).

³²⁸ Chateaubriand, 2003, T. I, p. 674.

³²⁹ Thiers, 1845-1862, T. XII, p. 214-216.

³³⁰ Las Cases, 1951, T. II, 2 de septiembre 1816, p. 285.

³³¹ Petiteau, 2005, p. 119.

³³² Marbot hace también una distinción entre un antes y un después de 1807: « On l'a dit avec raison, jamais l'empereur ne fut si grand, si puissant, qu'en 1807, lorsqu'après avoir vaincu les Autrichiens, les Prussiens et les Russes, il venait de conclure une paix si glorieuse pour la France et pour lui. Mais à peine Napoléon eut-il terminé la guerre avec les puissances du Nord, que son mauvais génie le porta à en entreprendre une bien plus terrible au midi de l'Europe, dans la péninsule Ibérique » (Cit. en Gilbert Bodinier, 2000, p. 221).

« Malheureusement, la gloire des armes l'avait ébloui et le dominait, il pensait que rien ne lui était impossible. Ce fut alors qu'il conçut le projet de placer les princes de sa famille sur divers trônes, afin de pouvoir, par leur intermédiaire, gouverner en quelque sorte l'Europe entière. [...] La raison, la prudence, tout devait alors engager Napoléon à vivre en paix avec toutes les puissances et à consacrer son immense génie au bonheur de la France. La sagesse la plus vulgaire aurait dû lui faire voir que la guerre que nous soutenions en Espagne était sans gloire et désastreuse pour notre armée »³³³

El Conde de Ségur lo define entonces como un emperador arrebatado por “le vaste projet de rester seul maître en Europe”, y lo cierto es que, habiendo podido permanecer como un gran gobernador doméstico, se sigue empeñando sin embargo en la acción exterior que acabaría llevándole en última instancia al desastre. ¿Se trata de una verdadera voluntad europea, o es simplemente la *ratio belli* lo que le impulsa?

En 1807 se produce, tal y como percibimos en estos testimonios, un funesto giro en la historia del Imperio que ya condenan sin paliativos las primeras obras de principios de la Restauración, y que ni los admiradores de la monarquía de Julio pueden soterrar. La condena al Emperador de 1808 y 1809 por su enclaustramiento en la lógica de los conflictos no es meramente una recomposición *a posteriori* de memorialistas inquietos por su suerte y deseosos de someterse al diapasón del discurso de la Restauración. Se condena en cambio al Emperador como único factor de la guerra, y así, la guerra de España es juzgada unánimemente como el más clamoroso de los errores, también de las injusticias, cometidas por Napoleón; a partir de 1812, las protestas se hacen todavía más explícitas y generalizadas, y en la Asamblea plenaria del 19 de diciembre de 1813, el cuerpo legislativo invita a Napoleón a prometer “de ne continuer la guerre que pour l'indépendance du peuple Français et l'intégrité de son territoire”³³⁴. Los legisladores expresaban así su hostilidad a un imperialismo sin límites, porque percibían que buena parte de la opinión pública no se hacía ilusiones ya acerca de la voluntad pacifista de Napoleón; en la medida en que el Emperador se aparta de la lógica de los conflictos generados por la Revolución deja de ser percibido como un soberano capaz de imponer la paz en Europa. Incluso aquellos autores que defienden la entrega de Napoleón a la causa de la paz frente a Inglaterra (autores como G. Touchard-Lafosse o J. Saint-Amant³³⁵), reconocen la inflexión de su política a partir de 1807. Esta es la visión que compartirá posteriormente Thiers, para quien España es una

³³³ *Souvenirs de campagne du sargent Faucheur*, Tallandier, París 2004, pp. 118 y 121.

³³⁴ Ésta y las citas anteriores aparecen recogidas en Petiteau, 2005, pp. 120-121.

³³⁵ *Précis de l'histoire de Napoléon*, París 1825 (cit en Petiteau, 2005, p. 126).

mancha en la gloria de Napoleón, y que condena igualmente la intervención de Rusia³³⁶, versión que recogerán en adelante las obras de vulgarización y que comparte todavía en 1977 Jean Tulard: en su opinión, Napoleón, al pretender integrar a la Península en el sistema continental, emprende una guerra imprudente en España, y que es además, pese a lo que mantendría siempre Napoleón, la primera guerra no heredada de la Revolución y que en cambio sólo sirve al interés de su propia dinastía³³⁷.

Y sin embargo, todavía en 1813, en un discurso solemne en la Asamblea el 14 de febrero, el Emperador aún sostendría: “Je désire la paix (...) Je ne ferai jamais qu’une paix honorable et conforme aux intérêts et à la grandeur de mon empire »³³⁸. Las elites sin embargo ya no se fían, los deseos de paz entre los hombres próximos a Napoleón (incluyendo altos mandos del ejército y ministros) son muy fuertes y, del otro lado, se está fraguando el descontento de los católicos y el complot realista. El vínculo y las implicaciones entre las relaciones internacionales y el futuro del régimen es cada vez más evidente. La opinión pública por su parte se halla cada vez más desapegada de su emperador, harta de gloria y ansiando la paz, y cansada sobre todo de tanta empresa demasiado lejana, oposición que se plasma en las fuertes resistencias a la conscripción de 1813³³⁹. Por primera vez empieza a surgir una oposición embrionaria, y Chateabriand y Constant preparan ya su “revancha” personal en secreto.

No obstante, una segunda corriente seguiría empeñándose en inscribir las guerras imperiales en la línea de continuidad de los conflictos revolucionarios y en absolver a Napoleón de toda responsabilidad. Así ocurrirá entre algunos historiadores de la Restauración, y como consecuencia de una ola de opinión fruto de la lectura del *Memorial*: tal es la interpretación que se presenta en las obras de un Antoine-Vincent Arnault (*Vie politique et militaire de Napoléon*, 1822), un Léonard Gallois (*Histoire de Napoléon après lui-même*, 1825), o un Achille Henri (*Histoire de Napoléon offrant le tableau complet de sa vie civile, politique et militaire, de son élévation et de sa chute; le récit de son exil, de sa mort à Sainte-Hélène, suivi de détails sur la translation de ses cendres à Paris en 1840*, 1845), tal y como nos las presenta Natalie Petiteau en sus repasos bibliográficos³⁴⁰, y que duran, según su investigación, hasta el II Imperio y la III República. Y así lo vería todavía

³³⁶ Thiers, 1845-1862, T. VIII, pp. 657-658 y p. 672.

³³⁷ Tulard, 1977, pp. 335-336.

³³⁸ Cit. por Dufraisse, Kerautret, 1999, p. 233.

³³⁹ Dufraisse, Kerautret, 1999, p. 241.

³⁴⁰ Petiteau, 2005, p. 123, y 2002.

Arthur Lévy (*Napoléon et la paix*) en 1902: como un emperador pacifista que siempre trató de evitar la guerra, y que finalmente habría sucumbido víctima de los complots permanentes de una Europa empeñada en detener la expansión de las ideas de libertad nacidas en Francia, y que Napoleón habría asumido como herencia.

También las tesis marxistas harían una lectura del enfrentamiento entre Bonaparte y el resto de Europa en el sentido de la prolongación del antagonismo entre una Francia hostil al Antiguo Régimen y las monarquías europeas preocupadas por preservar el orden político y social tradicional: “tous les conflits qui éclatent alors [de 1796 à 1815] ne sont qu’un épisode de la lutte qui dresse la féodalité continentale contre la démocratie française naissante”³⁴¹. Y los autores más conservadores, coinciden paradójicamente en sostener relecturas semejantes. Así, un tradicionalista como Albert Sorel (*L’Europe et la Révolution Française*, 1885-1911), interpreta las guerras del imperio en la línea de un conflicto plurisecular entre una Francia en busca de sus fronteras naturales y las restantes potencias monárquicas, convirtiéndose en el difusor principal de la tesis de la total responsabilidad de Inglaterra. A lo largo de todo el siglo XIX había ido cristalizando, a la par que las rivalidades comerciales con Inglaterra, la historia oficial difundida por los manuales escolares de la III República de una Francia napoleónica constantemente agredida por los ingleses, imagen a cuya difusión habría colaborado el propio Thiers, responsabilizando de la ruptura de la paz de Amiens a una aristocracia comercial del otro lado de la Mancha que temía la competencia económica de Francia³⁴². Y la “leyenda negra”³⁴³ de un Emperador sediento de sangre desaparece finalmente con la construcción de una historiografía de nivel, a pesar de una propaganda que hizo mucho por fraguar mitos que invadieron la memoria de generaciones sucesivas³⁴⁴. El mito napoleónico aparece alimentado de estereotipos, y tanto la leyenda negra como la dorada, merecen ser reevaluadas todavía hoy.

Tampoco los aliados extranjeros resultan siempre necesariamente belicistas. Petiteau apunta en este sentido que en la diplomacia reina el pragmatismo sobre las cuestiones ideológicas, y hay suficientes ejemplos de que las potencias europeas estaban

³⁴¹ Élie Faure, *Napoléon*, Denoël-Gonthier, París 1983 (cit. en Petiteau, 2005, p. 124).

³⁴² Thiers, 1845-1862, T. III, pp. 338-342.

³⁴³ Tulard, *L’Anti-Napoléon. La légende noir de l’empereur*, 1965.

³⁴⁴ Jacques Houdaille señala por ejemplo que, frente a los siete millones de muertos que se le imputaban en 1817, rigurosos estudios dan hoy un balance final de 900.000 víctimas en “Le problème des pertes de guerre”, *Revue d’histoire moderne et contemporaine*, julio-septiembre 1970, cit. en Petiteau, 2005, p. 127).

más que dispuestas a aceptar una Francia republicana, siempre y cuando no fuese estrepitosamente contra sus intereses³⁴⁵. Los partidarios de la paz abundan casi tanto como los partidarios de la guerra: Whigs en Inglaterra, el emperador Francisco II de Austria o el rey de Prusia Federico Guillermo, ninguno de ellos era partidario de aventuras bélicas. Pero la política ambiciosa e invasora de Napoleón, coronado emperador el 2 de diciembre de 1804, acaba inclinando la balanza necesariamente del lado de la guerra³⁴⁶.

El retrato construido por Napoleón, también por Las Cases, no convenció nunca a los historiadores; a su teoría de un engranaje de guerras sucesivas que lo privó de una paz que él habría supuestamente deseado de manera ardiente, la mayor parte de la historiografía responde denunciando su ambición, que le impidió frenar las guerras heredadas de la Revolución. Georges Lefebvre por su parte va más allá y estima que el temperamento del Emperador no se satisfacía más que por un sólo propósito: la conquista de Europa entera y el restablecimiento de la unidad política del mundo occidental³⁴⁷. Napoleón podía haberse contentado efectivamente con gobernar sin contestación *intramuros*, pero persiguió el objetivo de Europa sin fin, y eso le llevó a la quiebra. Tampoco su imagen de precursor de la Europa moderna se sostiene más allá de las páginas de las conversaciones de Santa Helena que la vieron nacer, y por lo tanto solamente en el caso de la influencia en el nacimiento de los movimientos nacionales, y por la autoridad ejercida en los países conquistados, se pueda concluir tal vez que Napoleón jugó un papel determinante para el devenir de Europa³⁴⁸.

3. 2. El legado de Napoleón

³⁴⁵ Petiteau, 2002.

³⁴⁶ Bois, 1999, p. 306. El Imperio se había construido por las armas, y por las mismas debía defenderse: la propia extensión del Imperio era el resultado de una estrategia de “defensa” llevada al extremo, que crea como anillos circundantes sucesivos cinturones de defensa. Pero lo cierto es que Bonaparte tuvo infinidad de opciones de firmar paces ventajosas, y sin embargo las rechazó todas llevado por su voluntad de poder sobre toda Europa, motivo por el que la práctica totalidad de los historiadores coinciden en censurarle incluso en tiempos de Napoleón III. En todo el territorio ocupado, el primer signo visible de la presencia del Imperio era la presencia del ejército –junto con la de los aduaneros (Dufraisse, Kerautret, 1999).

³⁴⁷ Lefebvre, 1969, p. 435.

³⁴⁸ Petiteau, 2002, p. 31.

La leyenda napoleónica deja una larga estela tras de sí. Después de los románticos franceses y extranjeros, que le otorgarán el estatus de un genio creador o un nuevo prometeo alimentado por la memoria colectiva de los ex combatientes que adornan los recuerdos de una época heroica, los positivistas quieren ver en él la encarnación de la “idea”. Napoleón se convierte en el hombre-pueblo (salvo para Comte, que a contracorriente de su época, ve en él a un falso héroe). Para Victor Cousin, en cambio, fue el gran hombre que supo encarnar su siglo (aunque se perdiera en empresas azarosas); una vez vencido, es un hombre “desplazado de su tiempo”, y debe ceder el puesto a otros visionarios mejor anclados en el espíritu de su siglo³⁴⁹. Genio creador para los románticos, encarnación del destino fáustico, héroe mesiánico para místicos, hombre representativo u hombre de acción de los positivistas y los trascendentalistas, lo cierto es que la “napoleomanía” nos llega todavía hoy y es fácilmente constatable en la prensa francesa³⁵⁰.

Pero los valores marciales que encarna Napoleón no están de moda en este siglo XXI, y si por algo podría volver a escena, será por otros rasgos: fundador de la Europa moderna, creador del Código civil, padre de las nacionalidades, difusor de los bellos principios revolucionarios (así aparece al menos, en el año 2000, en manuales escolares franceses y revistas de vulgarización histórica), todo en provecho de un sentimiento patriótico francés, que nunca europeo, y desde luego en muchos casos contra la verdad histórica³⁵¹.

La herencia de Napoleón no es, sin embargo, tan sólo la que recogen sus seguidores y otros bonapartistas que seguirían en adelante operando en la clandestinidad. Por el contrario, en torno a la reflexión y significación de la controvertida figura napoleónica los resultados más fértiles y provechosos y de mayor trascendencia para la historia de la idea de Europa iban a provenir del lado de la oposición. La paz que conoce el continente en 1800 es una *Pax franca*, con dos *Europas* siempre enfrentadas una a la otra, la Europa de la Revolución francesa contra la Europa de la Contrarrevolución. Y así, contra Napoleón se alzan dos tipos de reacción: de un lado, los partidarios del Antiguo Régimen, del otro los de las nacionalidades. Tres

³⁴⁹ Alice, 1998, p. 31-48.

³⁵⁰ Bertaud, Forrest, Jourdan, 2004, p. 275. Aunque se le ensalza ya no en el sentido de una Europa unida y plural sino como exponente de orgullo patrio, y así podemos leer por ejemplo en la página web del “Forum Napoléon I” que toma por emblema en su cabecera la siguiente cita: “Je veux élever la gloire du nom français si haut qu’il devienne l’envie des nations” (www.napoleon1er.org/forum).

³⁵¹ Bertaud, Forrest, Jourdan, 2004, p. 276.

concepciones distintas de Europa, por tanto, que iban a enfrentarse en la arena política en lo sucesivo durante más de quince años.

En filigrana, Napoleón había provocado también una unidad de carácter más coyuntural de la otra Europa, la de los enemigos de Francia³⁵²; de poco le valía a Coulaincourt, negociando con Metternich en 1813, protestar: “Je suis tout aussi Européen que vous pouvez l’être”³⁵³, porque la causa europea parecía haberse pasado de bando, y así describía el propio Metternich en 1809 lo que a sus ojos era el panorama de una Europa sombría:

« L’Europe subit une réforme totale. Un gouvernement central et monstrueux pèse sur de faibles tributaires, uniquement occupés à traîner une chétive existence en rivant leurs chaînes. L’Espagne est subjuguée, la Porte Ottomane reléguée au-delà du Bosphore : la frontière du grand Empire s’étend de la Baltique à la mer Noire ; la Russie sera sous peu de mois refoulée en Asie, le plan constant de Napoléon a reçu son exécution. Il est le Souverain de l’Europe »³⁵⁴.

En su opinión, en Francia existían por entonces dos partidos, tan opuestos entre sí como “los intereses de Europa se oponen a las ideas particulares del Emperador”: los partidarios de la “destrucción universal” frente a los partidarios de la “pacificación general”³⁵⁵, y a estos últimos se debía su apoyo. Los Aliados hacen una gran campaña de propaganda, persuadiendo a la población de que hacen la guerra sólo a Napoleón, o más bien “a esa preponderancia que ha ejercido demasiado tiempo fuera de los límites de su imperio, para desgracia de Europa y de Francia”, y que ellos vienen en cambio a devolver la paz al mundo, y la libertad y la felicidad a Francia³⁵⁶.

Los británicos por su parte se habían mostrado como los más enérgicos en su lucha contra la hegemonía. Canning a la cabeza, que ya había fundado en su momento un periódico de expresivo título *Anti-Jacobin Review*, declara que el único objetivo es la “liberación de Europa”, y que la “balanza general de Europa” es el verdadero objetivo británico, a través de la alianza con las potencias del continente. En otro discurso de 1808, Canning insistía en la idea de que en Europa ya no existe una comunidad de Estados unidos por el Derecho público, sino tan sólo un único Estado devorador que, lejos de respetar la independencia de las naciones, las ha reducido y sometido:

³⁵² Bois, 1999, p. 306.

³⁵³ Cit. por Dufraisse, Kerautret, 1999, p. 220.

³⁵⁴ Cit. en Duroselle, 1965, pp. 163-164.

³⁵⁵ Metternich en Stadion, 24 septiembre 1808, cit en Duroselle, 1965, p. 182.

³⁵⁶ Cit. en Dufraisse, Kerautret, p. 242.

Bonaparte dicta ahora sus órdenes a todas las naciones del continente, y ha anulado todo vestigio de derecho público en Europa³⁵⁷.

Pero sin duda la gran apuesta contra Napoleón, la que acabaría imponiéndose a largo plazo, iba a ser la postura liberal de defensa de las nacionalidades. Aunque muchos de los pueblos recibieron inicialmente a las tropas francesas como liberadoras, pronto la reacción subsiguiente sería la exaltación del sentimiento patriótico; reacción popular instintiva en muchas ocasiones, sobre la que los intelectuales comienzan a elaborar y proyectar nuevas doctrinas acerca de las nacionalidades. Según Guy Hermès³⁵⁸, hasta 1806 Napoleón es percibido como una figura liberadora: es la época en que Hegel vio en él la encarnación del alma del mundo, la “Historia a caballo”; pero esta llama se apaga cuando el imperialismo napoleónico se vuelve incompatible con las libertades de las naciones que él mismo había alentado. Los grandes poetas nacionales como Fichte denuncian en sus discursos y sus obras el grave proceso de aculturación francesa, y a Napoleón como el peor de los opresores. Las privaciones a las que había dado lugar el bloqueo continental, la dura represión, inciden de manera especial en este despertar del sentimiento nacional: las movilizaciones española, tirolésa, dan el pistoletazo de salida, y estos movimientos surgidos de un “nacionalismo del resentimiento”³⁵⁹ bajo el Imperio abocan a la Europa napoleónica a su fin. El cemento de un odio común contra el invasor sirve de acicate en muchos casos, fortaleciendo sentimientos nacionales en el seno de naciones que se constituyen contra Francia, que sin embargo es, paradójicamente, el modelo nacional por excelencia³⁶⁰. La ocupación de Napoleón se representa así también como “oportunidad”³⁶¹, creando circunstanciales vacíos de poder y popularizando la idea de que el derrocamiento de los soberanos es

³⁵⁷ Cit. en Duroselle, p. 179. Otros autores (Dufraisie, Kerautret) ponen sin embargo en el ojo de mira a esa Inglaterra a la que ningún compromiso de paz podía satisfacer, puesto que era ya evidente desde 1793 que su prosperidad le venía de la guerra mientras que, a partir de 1802, se afianza la evidencia de que su adversario progresaba gracias a la paz (1999, p. 261).

³⁵⁸ Cit. en Petiteau, 2002, p. 28.

³⁵⁹ Thiers es uno de los autores que insiste de manera especial en el desarrollo del nacionalismo por reacción a la ocupación francesa.

³⁶⁰ Son éstos años de un fuerte desarrollo del espíritu nacional: los medios de comunicación están embriagados de un gran nacionalismo que se contagia al arte y a la cultura popular; los estereotipos nacionales, que una y otra vez se reactualizan en las representaciones de la opinión pública, sirven para fijar las identidades colectivas y la cohesión nacional, incluso antes del surgimiento del nacionalismo en el siglo XIX. Se trata de simplificaciones en las que el extranjero encarna el mal, dicotomías maniqueas que triunfan sobre todo en tiempos de guerra, capaces de convertir sin embargo a dos países en enemigos “hereditarios” (Bertaud, Forrest, Jourdan, 2004, pp. 8-11).

³⁶¹ Bois, 2005, p. 68.

realmente posible. Por vez primera, la nación se presenta como “enemiga de la idea europea”³⁶²; y pronto, la única unión europea verdadera que se iba a dar, iba a ser la de la unión de los aliados *contra* Napoleón.

Los levantamientos patrióticos se sucedieron de manera más o menos espontánea en España, Rusia, en la Prusia Oriental y en Holanda. El patriotismo instintivo y más elemental se agravaba con el deterioro de la situación económica, las exacciones llevadas a cabo por las tropas francesas, la carestía o los altos tributos exigidos³⁶³. Paradójicamente, esta reacción contra la hegemonía francesa se basa ideológicamente en principios revolucionarios franceses, y anticipa la futura “Europa de los pueblos” que, como veremos, le debe mucho de su propia autoconciencia a Napoleón, en detrimento de unos príncipes, convertidos ahora en “tiranos”, causantes de las guerras y la fragmentación, y que habrán de defenderse en lo sucesivo no sólo del embate de las tropas napoleónicas, sino de la cada vez más pujante fuerza emancipadora de los pueblos³⁶⁴, guía de todo futuro proyecto europeo hasta 1848.

La Revolución había aparecido ya como en el origen de todos los nacionalismos, al sustituir las guerras de mercenarios dirigidas por el juego de los príncipes por una guerra patriótica, “la nación en armas”, el prototipo del conflicto total. La Revolución había dotado en ese sentido al concepto de nación de un verdadero cuerpo político: las aspiraciones nacionales emergentes en el siglo XVIII se vieron intensificadas por el discurso patriótico de la Revolución que la propaganda disemina por todo el continente. Pronto se hace evidente la contradicción inherente entre el despotismo de Napoleón tal y como se venía ejerciendo en Europa y el principio de nacionalidad consagrado por la Revolución³⁶⁵, y así, todos los autores coinciden hoy en que, negando a los pueblos el derecho a disponer de ellos mismos proclamado por la Revolución, Napoleón se estaba entregando a las resistencias nacionales. Bonaparte se opuso tanto a las naciones en busca de su identidad como a los soberanos en busca de su cetro; al tratar de hacerles frente, el ejército francés se abismó en los peores horrores de la guerra: el Emperador perdería así su corona y Francia, su legitimidad como nación

³⁶² Tulard, 2005, p. 429.

³⁶³ Álvarez Junco, 2001, p. 124, quien apunta además a factores más complejos.

³⁶⁴ Hay quien apunta que ya en 1813, lo que se enfrenta a Napoleón no es una coalición monárquica, sino una liga de los pueblos, la resistencia popular a la hegemonía francesa que haría conocer la batalla de Leipzig como la “batalla de las Naciones” (Brekilien, 1993, p. 448).

³⁶⁵ Bois, 1999, p. 315.

liberadora³⁶⁶. Aprendiz de brujo³⁶⁷, al tiempo que moderniza los Estados europeos, está dotando con ello a sus enemigos de armas para combatirle de manera más eficaz³⁶⁸.

El propio Napoleón, que tantas veces se presentó como defensor de la causa de los pueblos y que pretendió la reunificación territorial de acuerdo al principio de las nacionalidades y la autodeterminación de los pueblos, supo plasmar el dualismo venidero entre la Nación y Europa que marcaría en adelante toda política continental, y ver con antelación preclara que la causa nacional sería la gran baza política del futuro — con lo que inauguraría una línea de pensamiento que alcanza hasta a Mazzini³⁶⁹ :

« Quoi qu'il en soit, cette agglomération arrivera tôt ou tard par la force des choses : l'impulsion est donnée, et je ne pense pas qu'après ma chute et la disparition de mon système, il y ait en Europe d'autre grand équilibre possible que l'agglomération et la confédération des grands peuples. Le premier souverain qui, au milieu de la première grande mêlée, embrassera de bonne foi la cause des peuples, se trouvera à la tête de toute l'Europe, et pourra tenter tout ce qu'il voudra »³⁷⁰.

Adalid de la causa de los pueblos o no, lo cierto es que la opresión del régimen absolutista resurgido de 1815 hará olvidar pronto la tiranía imperial, y la oposición comenzará a construir a cambio la leyenda de Napoleón como un campeón de la libertad de los pueblos; el ejemplo francés, o la obligación de responderle, animado por el “impulso” de la Restauración, despertará bien pronto nostalgias de todo tipo. La leyenda napoleónica operó de esta forma a favor de las nacionalidades y condujo a que se considerara a Francia como la educadora de los pueblos que marchaban hacia la unidad: “pour tous les opprimés et humiliés d'Europe, le despote populaire resta le porte-drapeau des droits des peuples”³⁷¹. La publicación en 1830 del *Memorial de Santa Helena* de Las Cases viene precisamente a insistir en esa reclamación histórica de la figura de Napoleón como defensor de la independencia de los pueblos y encarnación del espíritu revolucionario. La unidad europea se forjará, andado el tiempo (y tal y

³⁶⁶ Bértaud, 2005, p. 179.

³⁶⁷ Petiteau, 2002, p. 31.

³⁶⁸ Y cuando en 1814, los países anexionados desde 1801 le fueron arrancados a Francia, los nuevos gobernantes conservaron en la mayoría de las ocasiones las reformas introducidas por los ocupantes, tales como el Código Civil, la abolición de las instituciones del Antiguo Régimen, la supresión del diezmo, la libertad de empresa, la venta de bienes eclesiásticos, la organización judicial o el sistema representativo para las comunas y asambleas locales.

³⁶⁹ Cellina, 1961, p. 136.

³⁷⁰ Las Cases, 1935, T. II, p. 487.

³⁷¹ Droz, 1988, p. 155.

como apuntan Dufraisse y Kerautret), a través de esta adhesión a la figura del héroe, que opera en Byron como en Pushkin, en Leopardi o en Heine; un héroe mítico que no será ya patrimonio exclusivo de Francia, sino bien común de todos los pueblos, “patrimonio histórico de la humanidad”³⁷². Corrientes, ilusiones y aspiraciones que no dejarían de ganar vigor, hasta las explosiones de 1830 y 1848, “crises d’enthousiasme et d’impuissance, (...) qu’aura préparés le moins justifiable des mythes: celui d’un Napoléon démocrate et patriote”:

« Quoi qu’il fût la légende, en soi absurde, d’un Napoléon champion des droits de l’homme et émancipateur des asservis ne cessa pas, jusqu’en 1848, d’alimenter un courant de la vie clandestine, partout en Europe où des groupes sociaux ou ethniques avaient à se plaindre de leurs maîtres »³⁷³.

“À la charnière du monde ancien et du monde nouveau”³⁷⁴, bisagra entre la Europa tradicional y la Europa de las nacionalidades, la Europa de Napoleón parece presentarse como un breve y gigantesco accidente (identificado con la guerra permanente o la “epopeya”), pero también, tal vez, como eslabón necesario. Si bien fue tildado de “Atila” por sus enemigos, lo cierto es que Napoleón fue, en muchos sentidos, un constructor, y desde luego, un “acelerador de la historia”³⁷⁵ —y ésta constituye su victoria póstuma. A pesar de los intentos, el orden internacional post-napoleónico no volverá a ser ya el de 1789, y Europa quedará irremediablemente transformada. Los trazos profundos que deja en la superficie de la historia europea sirven de lecciones para el futuro; para la posteridad deja antes de nada la lección aprendida de lo que no se habrá de repetir (aunque esto no siempre se consiga): el intento de una unidad de potencias en provecho de una sola y una política de explotación de los socios, basada en la desigualdad de éstos y en la fuerza, así como la memoria de la guerra total que durante tanto tiempo convulsionará a toda Europa. Pero igualmente se aprovechan y reconocen también su esfuerzo de modernización y sus ventajas, que se conservan en muchos lugares incluso después de 1815, sobreviviendo una cierta uniformización (cuyo mayor resultado será la desaparición del Antiguo Régimen) a la efímera dominación napoleónica. Cellina reconoce la influencia indirecta,

³⁷² Dufraisse, Kerautret, 1999, pp. 260-261. La leyenda napoleónica que se va forjando es cada vez más consistente: hacia 1830, como veremos, son cada vez más numerosas las voces que se levantan contra los tratados de 1815, que reivindican la misión histórica de Francia para con los pueblos de Europa y reclaman la orilla izquierda del Rin.

³⁷³ Brugmans, 1970, p. 231.

³⁷⁴ Dufraisse, Kerautret, 1999, pp. 267.

³⁷⁵ Dufraisse, Kerautret, 1999, p. 52.

su contribución a la unificación civil y económica, y el remoto fundamento político-territorial de la unificación europea al fundar nuevos Estados con el principio nacional como base, además del acceso de las masas a la política³⁷⁶, que traspasa en adelante la preocupación del “problema de Europa” de unos pocos espíritus precursores y utópicos a la primera línea de atención de una opinión pública democratizada, cuyas consecuencias se harán notar en toda la época revolucionaria del siglo XIX. Y es que, la transformación profunda que experimentó el continente durante esos años, ante la imposibilidad de restaurar el pasado, iba a convertirse para la Europa de la Restauración y en lo sucesivo, en su gran acreedora: “Napoléon a éveillé l’Europe à son destin”³⁷⁷.

³⁷⁶ Cellina, 1961, p. 138.

³⁷⁷ Hesse, 1991, p. 183.

II. 1815: LA NUEVA EUROPA Y LA EUROPA RESTAURADA

1. De la Europa del Imperio a la Europa de la Santa Alianza

Muchos son los estudios que han tratado la historia europea de los atribulados años de 1814-1815, en los que la política y el mapa continental iban a conocer un cambio drástico, rediseñando una nueva Europa. En estos años cruciales se inaugura una verdadera política multilateral y de alcance europeo, y de los estudios más clásicos de la historia de las relaciones internacionales y diplomáticas que cubren la época¹, y a pesar de haber sido denostados durante un tiempo como pura “historia de acontecimientos”, se pueden extraer interesantes reflexiones y concepciones sobre nuestro objeto de estudio que, más que nunca, se convirtió en centro de atención de la actualidad política. Pero el tema de Europa no se trató sólo en las negociaciones diplomáticas y en la mesa de los principales gobernantes, sino que surgió también en el corazón de una nueva mentalidad (cristiana, romántica, liberal) que pronto se erigiría como alternativa, con novedosas visiones y proyectos de unificación, a esa versión

¹ Han prestando especial atención al periodo en torno al congreso de Viena autores como Renouvin, Droz, Sauvigny, y más recientemente Sédouy o Schroeder.

“oficial”, de la mano de intelectuales y escritores individuales así como por obra de ciudadanos cada vez más activos².

1. 1. El fin del Imperio

“Je sais, monsieur le comte, que l’Europe est votre alliée et je sais aussi que la France a l’honneur d’être seule » : con estas duras palabras replicaba Caulaincourt al conde Razoumovsky, delegado ruso, tras su insistencia reiterada en que Europa entera apoyaba y marchaba detrás de los aliados³. Corría el 5 de febrero de 1814; Napoleón acumulaba derrotas de La Rothière a la Brienne, y ese día tenía lugar la primera sesión del congreso de Chatillon.

De esa solidaridad existente entre los Estados europeos se había hablado explícitamente ya en los mismos textos constitutivos del régimen que estaba naciendo. El Protocolo surgido de aquella sesión en Châtillon, diría así:

« Les plénipotentiaires des cours alliées déclarent qu’ils ne se présentent point aux conférences comme uniquement envoyés par les quatre cours de la part desquelles ils sont munis de pleins pouvoirs, mais se trouvant chargés de traiter la paix avec la France au nom de l’Europe, ne formant qu’un seul tout »

Y en la Declaración de Vichy de un mes después (15 de marzo de 1814), se insistía:

« La marche des événements [a donné] aux Cours alliées le sentiment de toute la force de la ligue Européenne (...) La paix sera celle de l’Europe, toute autre est inadmissible »⁴.

La sexta coalición contra Napoleón, a partir del verano de 1813, había sido la que lograra finalmente unir a todos los soberanos y traer consigo la victoria. Metternich ya lo había advertido: « Le sort de l’Europe dépend de la détermination des Souverains

² Cooper, 1991, p. 14.

³ Sédouy, 2003, p. 94.

⁴ Citas en Rougemont, 1961, p. 199

de l'Autriche, de la Russie et de la Prusse; de la sincérité, de l'énergie qu'ils mettront dans leur union; du point de vue élevé qu'ils donneront à leur concert"⁵.

A finales de junio de 1812, Napoleón, a la cabeza de un verdadero ejército europeo formado por seiscientos mil hombres (repartidos en veinte nacionalidades), había cruzado el Niemen e invadido Rusia. En diciembre, contrariado por los acontecimientos adversos, decide regresar a París. Su único verdadero principio de unidad, demasiado reciente, lo constituían las victorias del ejército imperial (aunque hay quien apunta, como Bernard Voyenne, que “ce n'est pas le capitaine, mais le législateur qui fondait un empire”⁶). Esta Europa no descansaba en la adhesión de gobiernos o naciones, sino en la dominación de un “*parvenu*”, tal y como lo califica Jean Pierre Bois⁷; la Europa nacida de la conquista no había sido formada de manera voluntaria, y no podía subsistir más que por la conquista. Del 24 de junio de 1812 al 6 de abril de 1814 (abdicación de Fontainebleau) tienen lugar tres campañas decisivas: la campaña de Rusia (cuyo hito es la entrada imperial en Moscú el 13 septiembre), a la que sigue la desastrosa retirada de Moscú a Vilna en el mes de diciembre; Alejandro I se decidiría entonces a proseguir la guerra fuera del territorio ruso, y Federico Guillermo III de Prusia se le une en esta empresa; finalmente, la campaña de Alemania, conocida históricamente como la “batalla de las naciones” de Leipzig, que tiene lugar entre el 16 y el 19 de octubre de 1813. Circulaban entonces en esa ciudad panfletos y grabados que celebraban “el entierro de la Monarquía universal, nacida el 18 de mayo de 1804, muerta el 18 de octubre de 1813”⁸.

El objetivo será a partir de entonces reconstruir Europa sobre las ruinas del Imperio. Y el canciller austriaco Metternich iba a ser uno de sus principales “ideólogos”, imprimiendo a la nueva alianza europea un marcado carácter antirrevolucionario y antiliberal⁹; antiguo embajador en París y antiguo alumno de la Academia Política de Estrasburgo, Metternich era partidario de una Europa fundada en el equilibrio europeo, y se mostraba hostil a los principios de libertad y de derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos. Educado en una atmósfera afrancesada y de

⁵ Metternich a Hardenberg, 15 de enero de 1805, citado por Duroselle, 1965, p. 180.

⁶ Voyenne, 1964, p. 111.

⁷ Bois, 1999, p. 315.

⁸ Cit. en Bois, 1999, p. 316. Tal era el nuevo estado de cosas: “La Russie préparait la guerre qui renverserait tout, l'Espagne continuait d'engloutir en vain des milliers de soldats, la Prusse en secret s'armait pour la revanche, Metternich attendait son heure en souriant, Talleyrand trahissait à toutes mains, les frères et sœurs de Napoléon gémissaient de son « despotisme », et les populations s'impatienzaient de payer si cher leur café » (Dufraisse, Kerautret, 1999, p. 151).

⁹ Tanto es así que el la política europea del periodo 1815-1848 ha sido dada en llamar por algunos como el “Sistema Metternich”, pese a lo discutido del término (ver: Sked, 1979, p. 98 y ss).

ambiente aristocrático europeo y cosmopolita, tiene sin embargo una amarga experiencia de los franceses: desde hace veinte años los franceses vienen combatiendo a los ejércitos austriacos, y en cada ocasión el país ha sufrido amputaciones. Sirve por eso sobre todo a los intereses de Austria, el país potencialmente más vulnerable al embate de la nueva amenaza, las pujantes nacionalidades; pero al mismo tiempo, actúa también como hombre consciente de la solidaridad de los destinos de Europa, de una Europa “que ha adquirido para mí el valor de una patria”, tal y como escribía en 1824¹⁰. Impregnado por las ideas de equilibrio, éstas se iban a convertir en el hilo rector de su diplomacia: la de una Europa central fuerte que fuese capaz de interponerse entre las dos grandes potencias de Francia y Rusia¹¹.

La necesidad de una entente sobre condiciones comunes de paz se evidenciaba más que nunca, y ésta sería liderada por Castlereagh. El Vizconde había tomado las riendas del gobierno británico en 1807, tras la muerte de Pitt. Conservador y profundamente insular, sus objetivos principales serían proteger a Gran Bretaña de un ataque procedente de Europa, vigilar sus intereses en el mundo y limitar sus operaciones en el continente (que se restringen al apoyo económico de los aliados), manteniendo su preponderancia marítima. Al idealismo místico de Alejandro I, que proponía la puesta en marcha de un sistema general de seguridad mutua en Europa, Inglaterra, reacia a comprometerse demasiado en los asuntos del continente, responde con un elaborado plan para la reconstrucción europea: sustituir definitivamente el feudalismo en el continente por gobiernos liberales y someter a Europa a un nuevo

¹⁰ Cit. en Droz, 1988, p. 12 ; Sked, 1979, p. 99, etc.

¹¹ En 1806 Metternich había sido nombrado embajador en París, donde se introduce en los círculos políticos, hasta que en 1809 se vio obligado a regresar a Viena, al ser retomadas las hostilidades entre Francia y Austria. Antes, en Dresde, había conocido a Gentz, publicista reputado que había traducido al alemán las obras contrarrevolucionarias de Burke, y que actuaría de secretario del congreso en Viena. “Maestro de compromisos” (Renouvin, 1982, p. 29), inicialmente apostaría firme por la neutralidad, y se mantuvo en buenas relaciones con Napoleón; Metternich era un convencido de la paz (tanto que, en 1827 y durante la Guerra de Independencia Griega, no dudaría en afirmar que Austria estaba “armada para la paz perpetua”, cit. en Sked, 1979, p. 106). Su afán era reconstruir el equilibrio europeo, y para ello, una guerra europea representaba la máxima amenaza a un posible reavivamiento de los movimientos revolucionarios, algo que, como buen conservador, temía más que nada (“la revolución es la peor desgracia que puede ocurrirle a un país”). En el tratado de Reinchebach de junio de 1813, iba a apostar por una paz que trajese “equilibrio y tranquilidad durables a Europa”, y que habría de basarse en el retroceso tanto de Francia como de Rusia (sus relaciones estrechas con Prusia le hacen confiar para el futuro en una “gran alianza voluntaria en el corazón de Europa”). Metternich considera al Imperio austriaco como un microcosmos de lo que sucede a nivel europeo, por lo que aquello que es bueno para el Imperio lo será también para Europa (o lo que es lo mismo, apuesta por un gobierno fuerte y centralista, y propone la creación de una red policial europea). Pero ante la inminencia de la guerra, la situación ruinoso de su ejército le impide poder optar a hacer prevalecer su voluntad de manera unilateral y, en vez de esa deseada unidad en “el corazón de Europa”, tanto Francia como Rusia le reclaman como aliado. Finalmente Metternich no tendrá más remedio que distanciarse de Francia, aproximarse a los nuevos aliados y erigirse en mediador, abandonando en la práctica su papel de adalid de la paz y entregándose a un peligroso doble juego.

sistema de Derecho internacional gracias al cual ningún Estado pueda declarar la guerra sin someterlo antes a un proceso de arbitraje. Pero los objetivos de Rusia y Gran Bretaña, más allá de su oposición a Napoleón, son en el fondo dispares, y los desastres de Jena y Austerlitz harían caer pronto en el olvido estas negociaciones previas. El 18 de septiembre Castlereagh firma unas instrucciones a su delegado:

“La actual coalición puede ser considerada como la unión de prácticamente toda Europa contra la ambición ilimitada y perversa de un individuo... Este es el peligro común, que debe ser siempre considerado como la base de una verdadera alianza (...). Si los Aliados fracasan de manera colectiva, estarán perdidos por separado. La mejor baza para una paz rápida es persuadir al enemigo de que una negociación por separado es imposible”¹²

Propone así un tratado común, que excluya toda negociación bilateral, y establece una “alianza defensiva perpetua” para mantener la paz; y es que el proyecto de tratado de alianza entre las potencias coaligadas ostentaba una particularidad: su efectividad no expiraría con el regreso de la paz, sino que contendría además compromisos defensivos permanentes contra un nuevo ataque de Francia¹³.

El 20 de noviembre Caulaincourt era nombrado ministro de asuntos exteriores, encarnando la búsqueda de la paz. Caulaincourt había exigido como condiciones para esa paz el equilibrio de Europa y el reconocimiento de la independencia de los Estados en sus límites naturales; las “proposiciones de Frankfurt” resultantes, que garantizaban las fronteras naturales (objetivo principal de Francia en todas las negociaciones hasta la caída definitiva del Imperio) tienen un gran éxito en la opinión pública francesa. Se trataría, en definitiva y según esta proposición, de aceptar en nombre del equilibrio europeo sacrificios compartidos por todas las potencias. Pero la invasión del territorio francés había comenzado ya por parte del ejército de Bohemia (tropas rusas, prusas y austriacas). Y mientras Metternich pretende todavía conservar a Napoleón en su trono (única garantía del orden en Francia, y único capaz de servir de contrapeso al poder ruso), los ingleses empiezan a albergar la idea, que cada vez se presenta más plausible, de su sustitución por la restauración borbónica, ajena a toda conquista revolucionaria.

¹² Cit. en Sédouy, 2003, pp. 76-77. Muchas de las citas que aparecen a continuación (y siempre que no se indique otra procedencia) han sido extraídas de esta obra, una de las más recientes en tratar el tema del Congreso de Viena y que a su vez recoge los estudios más clásicos sobre la materia: Bertier de Sauvigny, Houssaye, Nicolson, Renouvin, Schroeder, Sorel, Thiers, Waresquiel, Webster, Ziesenis, etc.

¹³ A pesar de todo, la diplomacia inglesa no había completado aún la transición de una política insular a una verdadera política europea, y Londres, que sigue todavía las instrucciones de la nota de Pitt de 1805, no tiene una idea precisa de equilibrio continental, ni renuncia a su hegemonía marítima.

Napoleón acepta finalmente en diciembre las bases del acuerdo de Frankfurt, aunque no está dispuesto a ser el único que pierda el derecho a la extensión de su territorio, lo cual sería ajeno a todo equilibrio: insiste en el reconocimiento de la independencia de los Estados y del sacrificio equitativamente repartido. Napoleón expresa además su deseo de que los Estados-Unidos, “nación verdaderamente europea”, se unan al congreso que se prepara:

« Les États-Unis ont avec l'Europe et ses possessions dans le Nouveau Monde des rapports si multiples, leurs intérêts et ceux de l'Europe se touchent et se mêlent de tant de côtés que, bien que placés dans un autre hémisphère, ils sont une nation véritablement européenne. Il est donc nécessaire de les compter dans les arrangements de l'Europe, de faire de leur paix particulière un élément de la paix générale et d'appeler, à cet effet, leurs plénipotentiaires au congrès »¹⁴.

Y mientras Alejandro I sigue marchando sobre Francia con intención de tomar París, comienza el congreso de Chatillon (finales de enero de 1814). Un consejo en el que se reúnen los cuatro aliados, y que paradójicamente se desarrolla en francés e inmerso en una cultura preponderantemente francesa. A pesar de las ambiciones ocultas y enfrentadas, de las divergencias y de continuar simultáneamente con la campaña militar, se alcanzan algunos acuerdos, tales como la apertura de negociaciones con Napoleón y el punto de que las instrucciones a los negociadores se pactarán de manera conjunta. Castlereagh se opone igualmente a que Francia sea informada sólo de las condiciones impuestas, y no de aquéllas que presidirían un reglamento europeo; Sin embargo, en la práctica, Francia es tratada como una potencia que ya no tiene voto en los asuntos europeos. La mayor novedad que aporta este tratado se centra precisamente en lo que concierne a la “posguerra”: en una especie de pacto de seguridad mutua, los aliados se comprometen por veinte años a proteger a Europa de toda tentativa francesa de volver a cuestionar el orden de cosas, y a establecer tropas conjuntas para ello. En el artículo quinto, esbozo de una especie de garantía para todos los Estados, las cuatro potencias, que dicen hablar en nombre de Europa, se reservan el derecho de concierto sobre “les moyens les mieux adaptés pour garantir à l'Europe, et à elles-mêmes réciproquement, le maintien de la paix”, con lo que surge en la práctica una distinción entre las grandes potencias responsables del orden en Europa (entre las que no se cuenta Francia) y el resto de los Estados europeos: “Les quatre puissances parlent au

¹⁴ Participación norteamericana que no se haría realidad hasta un siglo más tarde, en Versailles (cit. en Sédouy, 2003, p. 86).

nom de l'Europe, elles sont l'Europe tant qu'elles sont en guerre contre Napoléon et elles continueront à l'être aussi longtemps qu'elles seront unies"¹⁵. En consonancia con la cita que abría este capítulo, Europa pues parece a estas alturas haber “cambiado de bando”; ya no es más la Europa del Imperio y una nueva Europa, todavía algo indeterminada y frágil, comienza a configurarse, imprimiéndole en adelante un nuevo sentido¹⁶.

El camaleónico Talleyrand cogería a partir de entonces las riendas de la política exterior francesa; inicialmente vinculado al movimiento revolucionario, los cuatro años de exilio posteriores le hicieron vislumbrar lo que luego sería su guía de acción para las negociaciones de 1814: que Francia debe limitarse a sus fronteras de 1792 (“la France doit rester circonscrite dans ses propres limites: elle le doit à sa gloire, à sa justice, à sa raison, à son intérêt et à celui des peuples qui seront libres par elle”), su admiración por el sistema parlamentario británico y su visión de las relaciones económicas internacionales con una acertada temprana visión del capitalismo (“les habitudes commerciales sont plus difficiles à rompre qu'on ne pense et l'intérêt rapproche en un tour et souvent pour jamais ceux que les passions les plus ardentes avaient armés pendant plusieurs années consécutives”¹⁷), porque tal y como defiende, la guerra no sirve para fundar un imperio, y sólo son verdaderas victorias las del comercio. En adelante tratará de persuadir a los aliados de que los Borbones suponen una solución para el futuro de Francia, frente a la incertidumbre de estos, que ante su indecisión y divergencias, apuestan por un principio aparentemente noble: dejar a los franceses que sean ellos los que decidan. Pero Talleyrand, aunque artífice último de la restauración borbónica, no apuesta por una vuelta total al Antiguo Régimen, y sí por una Constitución que permita asumir la herencia revolucionaria y conciliarla con la vieja Francia¹⁸.

¹⁵ Sédouy, 2003, p. 101.

¹⁶ El Profesor Jean-René Aymes, quien generosamente me ayudó en este punto del trabajo, indica también cómo el uso del término ‘Europa’ en los folletos y libelos españoles de la época, y ya desde 1808, hace referencia a las potencias coaligadas frente a Napoleón; Europa vendría a significar pues ya todo aquel que se enfrenta a Francia, que queda momentáneamente fuera de esta nueva concepción. Para este aspecto, ver: Campmany, Antonio: *Centinela contra franceses* (éd. de F. Étienvre, 1988, p. 145); “Manifiesto de la Nación española a la Europa”, en Dérozier, Albert: *Manuel Quintana y el nacimiento del liberalismo en España*, 1978; *Guerra de la Independencia: proclamas, bandos y combatientes* (ed. S. Delgado, 1979); *Demostración de la lealtad española*, 1808, etc.

¹⁷ Informe al Instituto Francés en abril de 1797, cit. en Sédouy, p. 108.

¹⁸ Y mientras, los aliados han entrado ya en París. Talleyrand le presenta una declaración al Zar el 31 de marzo, a la que Alejandro I añade una enigmática frase: “pour el bonheur de l'Europe, il faut que la France sois grande et forte”. El problema de las fronteras se pospondrá así a un futuro debate sobre la reglamentación de conjunto del equilibrio europeo. El 1 de abril el Senado nombra un gobierno

Talleyrand y el conde de Artois abrazan así el partido de la paz, frente a una sección de la opinión pública que sigue animada de un patriotismo ardiente, y la paz acaba asociándose al nombre de los Borbones, presentados como la mejor manera de tranquilizar a Europa y de que Francia conserve su rango de gran potencia. Pero Talleyrand se equivocaba en este punto, porque ni los aliados estaban dispuestos a aceptar de buen grado a Francia en el círculo de las grandes potencias, ni la opinión pública se mostraría satisfecha con una paz de derrotados; y la esperanza de recuperar la dignidad perdida se encarnaría pronto nuevamente en Napoleón.

Se prevé presentar en Viena una posición ya común y aceptada por Francia, que sería sometida así a la aprobación de Europa. Pero hay otros problemas relativos a los territorios que Francia deja vacantes en el continente, además, que nublan toda posibilidad de acuerdo¹⁹, por lo que quedan postergadas, y que sin embargo Castlereagh juzga sólo “cuestiones secundarias”, porque lo principal está asegurado “du moment que nous avons toute assurance sur le continent, l’ancienne famille et les caractéristiques essentielles de notre propre paix”²⁰. Se negocian además otras disposiciones relativas a la limitación de armamentos, al medio de asegurar a los extranjeros el derecho de propiedad con el fin de hacer “tanto como sea posible, de las diversas sociedades europeas, una sola y misma sociedad”, en torno a una amnistía general para los países abandonados por Francia y a la libertad de navegación para el Rin y los demás grandes ríos europeos. Sólo estas dos últimas disposiciones se mantendrán en el tratado, pero estas cuestiones muestran en todo caso que los negociadores tenían la intención de ir más allá de los problemas circunstanciales del momento para reconstruir a largo plazo una Europa pacificada y reconciliada consigo misma, temas todos que irían a debate en la mesa de Viena.

provisional, y cinco días después se produce la abdicación definitiva de Napoleón; finalmente, el 11 de abril, se firma el tratado de Fontainebleau.

¹⁹ Son éstas las ambiciones rusas sobre Polonia, o las reivindicaciones de Prusia sobre Sajonia, Majencia y la rivera izquierda del Rin; y las diferentes propuestas sucesivas a este respecto no parecen contentar a nadie. Todo indica que los aliados, en la práctica, no lo son tanto, y por eso, en el tratado de París del 30 de mayo, no se alcanza más que un acuerdo provisional. Para contrarrestar las divergencias, los aliados renuevan, el 29 de junio, el compromiso de París de no ocupar más que provisionalmente los territorios cuya suerte no haya sido formalmente decidida, además de otro acuerdo secreto, en el que se comprometen a mantener en alerta un ejército de setenta y cinco mil hombres hasta la resolución final de los “problemas europeos”, y a no utilizarlo “más que de común acuerdo” —reflejo de la desconfianza que reina entre los propios vencedores.

²⁰ Sédouy, 2003, p. 127.

1. 2. Las negociaciones de Viena y el Derecho público europeo

Viena, corazón geográfico del continente, se presenta como el lugar natural para reconstruir el equilibrio europeo; con ciento cincuenta mil habitantes, se prepara en 1814 para recibir en torno a veinte mil extranjeros, entre los soberanos y sus cortes, ministros y diplomáticos, así como el resto de la Europa más mundana (un enjambre de periodistas, espías, hombres de negocios, iluminados, aventureros y un buen puñado de prostitutas que acuden al calor de semejante concentración); todos ellos participan en un gran programa festivo de bailes, conciertos (el propio Beethoven estrenó allí y dirigió para ellos su 7ª Sinfonía), partidas de caza, teatros, fiestas de disfraces (en las que empieza a asomar el gusto por recrear la Edad Media), salones donde tienen lugar negociaciones informales y enredos sentimentales que se cruzan con las cuestiones europeas a debatir... En la línea de los grandes tratados que, desde Westfalia, arreglan los asuntos del continente, esta es la primera gran “cumbre” de la Historia.

Las principales delegaciones comienzan a llegar a finales de septiembre. Una de las primeras cuestiones que se presentará será la de cómo conciliar la estipulación secreta según la cual los cuatro aliados se reservan para sí toda decisión relativa a los territorios incautados a Francia con los principios que persiguen un “equilibrio europeo real y durable”²¹.

Talleyrand, por su parte, se presenta en Viena con unas instrucciones de La Besnardière y Luis XVIII bien precisas, y de gran calidad diplomática: el artículo 32 del tratado de París establecía que todos los Estados europeos, incluso los más pequeños, que de un modo u otro hubiesen participado en la guerra, debían de estar presentes, y éste será el primer principio de su política: Francia se erige en protectora de los Estados más débiles para, apoyándose en ellos, contestar las pretensiones de los cuatro grandes de monopolizar el congreso. El segundo punto de estas instrucciones también muestra un especial interés: “Les nations d’Europe... vivent sous une loi qu’elles se sont faite...”

²¹ Y el hecho de no haber comunicado a los Estados invitados la existencia de tal disposición, pone de manifiesto las grandes carencias que afectan al supuesto principio de igualdad. Tras cuatro sesiones, los aliados llegan finalmente a un acuerdo acerca de un sistema que se presenta como totalmente arbitrario: los cuatro grandes deberían llegar a “acuerdos preliminares” antes de consultar con Francia y España, que son incluidas en el círculo pero en un rango distinto, lo que en la práctica conlleva que se reservan el derecho en exclusiva de repartirse los restos del imperio de Napoleón, justificándolo en el simple derecho de conquista.

le droit public”, por lo que “la souveraineté ne peut être acquise par le simple fait de la conquête » ; « aucun titre de souveraineté n’a de réalité à l’égard des autres États qu’autant qu’ils l’ont reconnu ». Pero a pesar de todo, la legitimidad fundada en el “antiguo derecho de posesión” y no en la voluntad de los pueblos sigue siendo la referencia suprema. En cuanto a los países cuya soberanía hubiese quedado vacante tras la guerra, la delegación francesa propone considerarlos bienes de derecho privado, cuya transferencia no podrá hacerse sino de acuerdo con el *derecho público europeo*: “lorsque la cession par le souverain est impossible, il est de toute nécessité qu’elle soit supplée. Donc, elle ne peut l’être que par la sanction de l’Europe”²². Esta lección de derecho público, que opone al derecho de conquista esgrimido por los cuatro un verdadero orden de derecho europeo superior a los Estados, supone la invocación de una autoridad europea superior, algo inédito hasta el momento. Por último, Francia aduce que, al no presentar ambición territorial alguna, está en situación de arbitrar por el bien de todos. Y en cuanto a las proposiciones generales, se pronuncia acerca de la necesidad de internacionalización de la navegación del Rin así como a favor de la abolición de la trata de esclavos. Cuando finalmente se redacta un protocolo, Talleyrand va a protestar contra el reiterado uso en el texto del término “aliados”, que recuerda más a los tiempos del tratado de Chaumont y no parece percatarse de que la paz ya ha sido firmada; el texto es finalmente retirado. Francia logra así imponer en un primer momento su principio: todo poder emana del Congreso, y por eso lo principal es convocarlo y reunirse, en tanto que única instancia valedora del derecho público europeo²³.

A lo largo de las negociaciones, y mientras las mutuas reticencias y ambiciones expansionistas soterradas se hacen cada vez más patentes, Talleyrand se mantiene firme en que el Derecho ha de prevalecer sobre las conveniencias de cada cual, y Alejandro I le replica: “Les convenances de l’Europe sont le droit”, ante lo que Talleyrand se lamenta: “Malhereuse Europe! Que vas-tu devenir?”²⁴ Pero las visiones interesadas, partidistas y regionales se imponen sobre una concepción de conjunto del equilibrio europeo, y las negociaciones acaban desembocando en un punto de bloqueo; y cuando

²² Cit. en Sédouy, 2003, pp. 168-169.

²³ A este respecto, tiene lugar una interesantísima conversación, en la que Hardenberg protesta: “Non, monsieur, le droit public, c’est inutile. Pourquoi dire que nous agirons selon le droit public? Cela va sans dire”, y Talleyrand le replica con ironía : « Si cela va sans dire, cela ira mieux en le disant ». Humboldt, por su parte, se pregunta qué pinta en todo esto el derecho público (“que fait ici le droit public?”), y el delegado francés le responde en la misma línea: “Il fait que vous y êtes” (cits. en Sédouy, 2003, p. 177).

²⁴ Cit. en Duroselle, 1965, p. 195.

se reabra el congreso, el pragmatismo se impondrá aún con más fuerza: las grandes potencias imponen su voluntad al resto de Europa, mientras que la idea de una gran asamblea constituyente europea, promovida inicialmente por Talleyrand, se queda en papel mojado.

El Zar se había destapado por su parte como el soberano más europeísta, aunque fuera en su provecho. De buena gana habría vinculado así a los Estados de una Europa “regenerada” en una federación si le hubiesen ofrecido su jefatura²⁵, además de una salida al Mediterráneo; una Europa unida y libertad en los mares, es lo que pedía Alejandro. Pero los ingleses pretendían igualmente mantener su hegemonía marítima, y para eso, sólo cuentan con mantener las divisiones en el continente. Y es que el horizonte que se perfila en ambas potencias no es ya Europa, sino el mundo²⁶. Rusia y Gran Bretaña (potencias “extra-europeas”, se podría decir) serán las que salgan así victoriosas de este congreso, frente a una Austria que pierde su antiguo papel en Alemania, una Prusia que no ve colmadas todas sus ambiciones y una Francia neutralizada que había logrado finalmente ser readmitida en el grupo de las potencias, pero a expensas de, por primera vez en su historia, carecer de una clara política para el continente europeo.

El 21 de enero se rememora en París el aniversario de la decapitación de Luis XVI, pretendiendo con ello demostrar a Europa que Francia se asienta sobre el principio de legitimidad y que ha vuelto al grupo de las grandes potencias, aportando a Europa los frutos del “tributo de su arrepentimiento”, la esperanza y la religión. El inminente retorno de Elba del Emperador y los acontecimientos de los Cien Días ulteriores, todavía iban a poner en evidencia sin embargo la fragilidad del nuevo sistema. La opinión pública parece estar con el general derrotado, quien insiste en que, habiéndose ofrecido a firmar el tratado de París, no hay razón para que Europa pretenda hacerle la guerra. Pero las potencias aliadas iban a improvisar un “derecho de intervención” consagrado en la reactualización de su tratado, ratificado el 25 de marzo, cuyo artífice sería precisamente Gentz:

« Elles [les puissances] ne renonceront jamais au droit d'empêcher que, sous le titre de gouvernement, il ne s'établisse en France un foyer de désordre et de bouleversement pour les autres États. Elles respecteront la liberté de la France

²⁵ Renouvin, 1982, p. 27.

²⁶ Bois, 1999, p. 318.

partout où elle ne sera pas incompatible avec leur propre sûreté et avec la tranquillité générale de l'Europe »²⁷.

Al mismo tiempo que se reactiva la guerra, se apresuran en Viena los trámites para cerrar los expedientes pendientes y tomar las últimas decisiones de urgencia²⁸. En junio de 1815, Europa vuelve a tener así un mapa político; Francia queda rodeada de una cadena de Estados secundarios que protegen a las potencias de nuevas eventuales empresas francesas, sin ser por eso débiles como para caer bajo su dependencia: el Reino de los Países Bajos (Bélgica más la antigua República de las Provincias unidas, cuyo trono se otorga a la dinastía de los Orange, Guillermo I), la Confederación helvética, reconfigurada y ampliada, el Reino de Piamonte y Cerdeña (con Saboya, Niza y el territorio de la antigua República de Génova), y La Confederación germánica, que no reconstruye el Sacro Imperio de trescientos sesenta estados pero tampoco crea una Alemania unificada. Rusia por su parte conserva Finlandia (arrebataada a Suecia en 1809), Besarabia (a los turcos en 1812), y sobre todo la mayor parte de Polonia (reino autónomo unido a Rusia en la persona de su soberano). El rey de Inglaterra recupera su reino de Hannover y algunas colonias conquistadas a Holanda y Francia, además de otros puntos estratégicos como Hélioland en Dinamarca, Malta o Gibraltar. El reino de Suecia, finalmente, se queda con los territorios de Noruega. Se aprueba además un régimen de libre navegación de los ríos, cuyos peajes serán establecidos por los Estados ribereños de común acuerdo; la “comisión del Rin” establecida en marzo de 1815 sigue todavía hoy vigente, siguiendo el principio de entonces de irrigar Europa con grandes vías fluviales portadoras de desarrollo económico y libertad. También se discute la cuestión de la trata de negros, y se establecen moratorias (aunque el tema de la abolición sería aún objeto de negociaciones que se alargarían mucho más allá de 1815), además de otorgárseles a los judíos de Europa la ciudadanía, de la que ya disfrutaban en Francia desde los tiempos de la Revolución.

²⁷ Cit. en Sédouy, 2003, p. 238.

²⁸ La cuestión alemana destaca entre estas disposiciones, y ocupa 50 artículos de los 117 que forman el Acta final, puesto que se considera que el futuro de la paz europea dependerá en buena medida de la estabilidad de Alemania (Kerautret, 2005, p. 335-336): se disuelve la Confederación del Rin, aunque eso sí, conservando el “vínculo federativo” inspirado por Napoleón, y representado en una asamblea federal (la Dieta de Frankfurt, hasta 1866), un consejo ejecutivo y un tribunal federal, que impediría toda guerra entre miembros de la confederación; se limitan por lo demás a establecer una confederación algo vaga y regida *de facto* por un dualismo informal (frente a las protestas de los pequeños Estados, excluidos de las negociaciones, y la decepción de los movimientos patrióticos, que lo consideraron insuficiente), a pesar de lo cual Metternich no duda en referirse a esta Confederación germánica como toda una “institución europea” (cit. en Sked, 1979, p. 116). La nueva confederación germana, pues, se desvía de esa política general de vuelta al *status quo* precedente, y conserva buena parte de los frutos de la profunda transformación llevada a cabo por el emperador francés.

El 9 de junio de 1815 se firma el Acta final del congreso, aprobado por la sesión plenaria que el día anterior se había reunido por vez primera (y al que España, Turquía y el Vaticano no se adhieren). Una iniciativa más ambiciosa, promovida por Castlereagh, pretendía establecer una garantía general de que todo Estado que violase el orden establecido por el tratado se vería confrontado a la coalición, pero ésta finalmente no fructificó²⁹. El regreso de Napoleón había hecho comprender a los aliados que las amenazas se cernían todavía sobre el nuevo orden, y así va fraguando la conciencia de la necesidad de un sistema permanente de garantía común y equilibrio general, que sustituyese a las alianzas pasajeras y circunstanciales, tal y como lo expresa Talleyrand en un informe a Luis XVIII en junio de 1815. “Garantía” aquí quiere decir garantizar las fronteras de Europa, pero también la estabilidad de los regímenes europeos en el interior de sus fronteras. Salvo algunos Estados libres alemanes y la Confederación helvética, los demás Estados continentales se ven constituidos en monarquías de carácter absolutista, que funcionan en su mayor parte mediante Cartas otorgadas. El debate acerca de las “garantías” se desarrolla entre 1815 y 1818, y de él depende de hecho, de la extensión que se le atribuya al término, la concepción misma de Europa en estos momentos³⁰.

En el nuevo tratado de paz, se insiste además en que Europa necesita, por su interés permanente, que Francia pierda todas sus capacidades ofensivas; por encima de todo sigue prevaleciendo el miedo de las potencias aliadas contra la capacidad potencial de Francia de reavivar el monstruo de dos cabezas de la guerra y la revolución o lo que, en palabras de un periódico radical de la época, había sido ya descrito como “la guerra de los pueblos de Europa contra los reyes de Europa”³¹. En el segundo tratado de París, firmado el 20 de noviembre de 1815, Francia pierde así todas las posesiones territoriales que había logrado salvar en 1814 y se ve obligada a pagar además importantes sumas en concepto de indemnización³². Sédouy se muestra especialmente

²⁹ Tras muchas discusiones, la propuesta de Castlereagh no prospera, pero dejaría su rastro en la ulterior formación de la Santa Alianza y en el artículo sexto relativo a la concertación permanente del tratado de alianza firmado por las cuatro grandes potencias.

³⁰ La idea de “garantía” parece desprenderse de la ideología inmovilista de Metternich, para quien “la base de la politique contemporaine est et doit être le repos” (cit. en Duroselle, 1965, p. 198).

³¹ Cit. en Sked, 1979, p. 133.

³² Francia constituye así la única potencia obligada, mediante un tratado internacional, a establecer y mantener un gobierno constitucional (Sellin, en Schroeder y Krüge, 2002, p. 230); la Carta constitucional otorgada de 1814, condición para la paz, había instaurado un régimen de inspiración británica, basado en la separación de poderes (con un rey, una cámara de pares nombrados por el rey y una cámara de diputados —la “chambre introuvable”— elegidos por los aproximadamente 90.000 electores que formaban el “país legal”), pero que conservaba en lo esencial las instituciones existentes, por lo que la “restauración” no habría sido tanto jurídica o social como simplemente dinástica (Droz, 1988, p. 103).

reacio a aceptar la visión tradicional de que la derrota y sometimiento de Francia después de 1814 no fuera más severa gracias a los talentos del gran hombre diplomático³³; Talleyrand había apostado a la carta de la paz, una paz rápida que restituyera la popularidad de los Borbones e hiciese a Francia recuperar su rango entre las potencias europeas, todo por superar el aislamiento en el nuevo concierto. Pero los Cien Días vinieron a acabar con semejante proyecto diplomático; probablemente su precipitación al firmar el armisticio del 23 de abril, después el tratado de paz del 30 de mayo de 1814 que la opinión pública juzgaría a un precio demasiado elevado (pues implicaba la pérdida de Bélgica y la rivera izquierda del Rin), propició el éxito del retorno de Elba, encarnación de la ambición nacional. De la mano de Talleyrand, Francia iba a seguir a pies juntillas la política británica, pero lo cierto es que en la práctica quedó excluida de las principales decisiones para la reconstrucción de Europa, perdiendo definitivamente su supremacía en el continente. La derrota de Napoleón en Waterloo, aunque aplacaría las reacciones adversas, dejó a Francia en la práctica totalmente fuera del núcleo de decisiones³⁴.

1. 3. La Santa Alianza

La invasión del territorio ruso en junio de 1812 había relanzado las aspiraciones mesiánicas del zar y su proyecto europeo de 1805; pero si la cuestión del futuro de la federación europea había estado siempre en el pensamiento del zar, el contexto de 1813-1814 se presenta como radicalmente diferente, porque el zar mismo ha cambiado³⁵. Es entonces cuando se decide a retomar sus antiguos proyectos europeos.

³³ Sédouy, 2003, p. 9.

³⁴ Renouvin sin embargo mantiene una visión más optimista sobre la situación francesa: “Aunque vencida, Francia continuó siendo el centro de la política internacional por su situación geográfica, por el número de sus habitantes (29.700.000 en 1815) y por la fuerza proselitista de que dio muestras durante más de veinte años” (1982, p. 34). A partir de 1818, Francia recobra su autonomía (se retiran los ocupantes, se le admite en Aquisgrán en la Cuádruple Alianza y reorganiza su ejército), y a partir de entonces, trataría de superar esa imagen de ser “estela del extranjero” y recuperar ante su opinión pública su autoridad moral. Y esa misma opinión mantiene Waresquiel, que califica de “suave” las medidas tomadas contra Francia, en comparación con las que Napoleón imponía a sus adversarios derrotados (Waresquiel, 2005, p. 140).

³⁵ El incendio de Moscú había agudizado sus “crisis místicas”, y propició su final “conversión” de 1813. Así se lo describía al menos a Federico-Guillermo de Prusia en vísperas del congreso de Viena: “L’incendie de Moscou a illuminé mon esprit... (...) je dois mon propre salut et ma délivrance à la délivrance de l’Europe de sa ruine » (Cit. en Rey, 2005, p. 305). Incendio del que Benjamin Constant

182

Alejandro I participa activa y personalmente en la elaboración del mapa europeo diseñado a lo largo de los tres congresos, donde no cesa de multiplicar proposiciones audaces. La perspectiva es no obstante menos global que en 1803-1804; ya no es cuestión de soñar con la puesta en marcha de un “sistema pacífico”. El zar favorece aun así la adopción de un cierto número de decisiones que remiten al espíritu de los textos de 1803 y 1804: la preocupación de no anular a Francia y de conservar el principio del Estado-nación, y su insistencia para que la restauración de los Borbones en el trono francés se complete sobre la base de un texto constitucional –la futura Carta – y en el respeto del Código Civil. Alejandro I no renuncia completamente a una aproximación global desde las relaciones internacionales pero, a diferencia de los años 1803-1804, su aproximación combina ahora religiosidad y respeto del principio dinástico.

En las semanas que siguieron a Waterloo y a la derrota definitiva de Napoleón, Alejandro I y Castlereagh invocaron los *intereses colectivos de Europa* pretendiendo asegurar su conservación³⁶. En junio de 1815, al mismo tiempo que se concluye el tratado de paz con Francia, el zar propone al emperador de Austria Francisco I y al rey de Prusia Federico-Guillermo la firma de una alianza que en cierta manera podría recordar el proyecto de Sully y del abad Saint-Pierre. A medio camino entre el pragmatismo y el idealismo europeo, Alejandro I impulsa la iniciativa para la constitución de una “Santa Alianza” inspirada por el misticismo y su devoción cristiana, con vistas a que los soberanos permanezcan “unis par les liens d’une fraternité véritable et indissoluble”, en tanto que “membres d’une même nation chrétienne”, tal y como cita el preámbulo de su texto constitutivo, conforme a las palabras de las Santas Escrituras que describen a todos los hombres como hermanos y miembros de una única familia cuyo padre era Dios³⁷. Contestan así a los principios franceses de la Revolución (parafraseando sus textos pero dándoles un sentido totalmente opuesto), que sólo la Santa Trinidad es única e indivisible, y que la única fraternidad humana que se puede considerar realmente como tal es la que toma por base la existencia de un Padre común. El tratado se firma el 26 de septiembre de 1815 en París, entre Rusia, Prusia y Austria, aunque queda abierto a “todos los príncipes cristianos”. Esta alianza se inspira en las ideas que animaron ya en 1805 su pacto de garantía europeo, pero la dimensión cristiana constituye una novedad radical: la comunidad europea soñada por

escribiría: “Les flammes de Moscou ont été l’aurore de la liberté du monde » (1952, 31 de diciembre 1813).

³⁶ Renouvin, 1982, p. 37.

³⁷ Vovene, 1964, p. 113, Droz, 1988, p. 237, Renouvin, 1982, p. 37, etc.

el zar cambia pues de naturaleza y se hace cada vez menos geopolítica y más cultural. Los tres monarcas, preocupados por la renovación espiritual de una “república cristiana” medieval, constituyen una asentada alianza con el propósito de “promover la fraternidad entre los pueblos de Europa sobre una base cristiana y bajo el liderazgo de los viejos poderes legítimos”³⁸, principios cristianos que dejaban entrever los propósitos del zar con respecto al imperio otomano, y texto que no hace sino decepcionar al que fuera su mentor y asesor el ilustrado La Harpe, desconfiado de la aplicabilidad del concepto de fraternidad religiosa en política extranjera.

El 26 de septiembre de 1815, la Santa Alianza es oficialmente concluida no sin antes haberla expurgado Metternich de todo aquello que pudiera parecer algún resto de contenido subversivo; el 21 de marzo de 1816, siempre fiel al espíritu pacifista de la Santa Alianza y deseoso de instalar de manera eficaz la paz en Europa, Alejandro I propone en una carta confidencial dirigida al primer ministro Castlereagh “una reducción simultánea de fuerzas armadas de todo tipo cuyo mantenimiento en pie de guerra debilita la credibilidad de los tratados existentes y constituye un pesado fardo para todos los pueblos”³⁹, ofreciendo así a la historia contemporánea europea su primera tentativa de desarme. Pero ante la desconfianza de los ingleses, la iniciativa cae en saco roto.

La alianza cuenta con unas bases muy poco sólidas, se asienta sobre principios demasiado abstractos como “justicia, caridad, paz”, y no prevé ninguna sanción, por lo que su rol político sería siempre menor. Apenas lanzado, el texto suscita sarcasmos: Metternich lo tildó de “aspiraciones filantrópicas, ocultas bajo el manto de la religión” y Gentz lo tachó de “nulidad política”⁴⁰; los ingleses vieron en él “una pieza de sublime misticismo y sinsentido”⁴¹ tal y como lo define Castlereagh, e Inglaterra, que había renunciado a unirse a las tres potencias, recelosa de toda iniciativa rusa, funda a cambio secretamente la Cuádruple Alianza en noviembre de 1815. El porvenir les daría finalmente la razón a estos detractores y la Santa Alianza, pese al éxito de su nombre como lema político, apenas desempeñaría papel alguno en las relaciones internacionales⁴².

En la alianza de las cuatro potencias impulsada por Castlereagh, en cambio, regida por el pragmatismo y aunque su voluntad de compromiso y unión era mucho menor,

³⁸ Boer, 1965, p. 70

³⁹ Cit. en Rey, 2005, p. 307.

⁴⁰ Cit. en Renouvin, 1982, p. 38.

⁴¹ Cit. en Rey, 2005, p. 306, y en Droz, 1988, p. 238.

⁴² Renouvin, 1982, p. 38.

los firmantes (las cuatro vencedoras, que pretendían renovar el pacto de Chaumont y el segundo tratado de París) se comprometían a una intervención inmediata en caso de que Napoleón o cualquier otro Bonaparte retomase el poder en Francia, así como a la consulta mutua en caso de nuevos disturbios revolucionarios en el territorio francés, consagrando así para el futuro un derecho generalizado a la intervención colectiva para reprimir revoluciones (Castlereagh sin embargo trató de limitar este derecho de intervención, limitándolo exclusivamente al caso francés, aunque luego se haría extensivo a cualquier movimiento que alterase el reposo de Europa). El hecho de hacer pervivir una “alianza defensiva” en el nuevo concierto europeo perpetúa de facto la lógica de las guerras de coalición contra Napoleón, y se presenta así como un instrumento clásico para una política de balanza de poderes⁴³. En él se contempla sin embargo, en tanto que procedimiento diplomático sin duda novedoso, que los gobiernos se reúnan en conferencias periódicas:

« pour assurer et faciliter l'exécution du présent traité (...) les hautes parties contractantes sont convenues de renouveler à des époques déterminées (...) des réunions consacrées aux grands intérêts communs et à l'examen des mesures qui seront jugées les plus salutaires pour le repos et la prospérité des peuples et pour le maintien de la paix en Europe »⁴⁴

Habría pretendido constituirse así en “Tribunal político supremo de Europa”, en un órgano de policía internacional contra la revolución⁴⁵, aunque sobre todo se trata de una alianza contra la potencial amenaza de Francia, con vistas a asegurar “la tranquilidad general de Europa”, sin garantía concreta alguna respecto a las otras fronteras; no existe ninguna cláusula que garantice el *statu quo* territorial. Su único punto verdaderamente original es ese artículo sexto, en el que se constituye ese “Concierto europeo” con las citadas conferencias periódicas que discutirán, “en épocas determinadas” acerca de los “grandes intereses comunes, la tranquilidad y prosperidad de los pueblos”. Resulta destacable pues su afán por superar el caso francés e ir más allá, haciendo referencia a la seguridad del continente europeo en su conjunto, único indicio para la posibilidad de un sistema de garantía generalizado (nunca previsto explícitamente) que, en caso de desembocar en un principio de intervención colectiva, hubiera dado lugar a una verdadera organización europea.

⁴³ Sellin, en Schroeder y Krüger, 2002, p. 230.

⁴⁴ Cit. en Sédouy, 2003, p. 275, Renouvin, 1982, p. 40, Wood, 1984, p.42, etc.

⁴⁵ Droz, 1988, 239.

Redacción flexible y pragmática, en fin, a contrapelo de la construcción teocrática que era la Santa-Alianza, y que podría haber instaurado una verdadera concertación europea, una especie de Consejo de seguridad europeo, que se reuniría cada vez que uno de sus miembros así lo solicitase; pero en caso de no llegar a ningún acuerdo, el sistema seguiría en los parámetros de la Europa de los Estados tradicional⁴⁶. Porque Inglaterra se mostraría siempre radicalmente contraria a toda intervención colectiva, y en una nota de mayo de 1820, Castlereagh recuerda a la Alianza que su fin es “proteger a Europa contra un poder revolucionario de forma militar”, pero que nunca ha estado destinada a constituir una “union pour le gouvernement du monde ou pour la superintendance des affaires intérieures des Etats”⁴⁷. Y sin embargo, a Castlereagh le preocupa igualmente cómo garantizar los acuerdos territoriales a los que se ha llegado para el futuro, y confiaba, al menos, en haber asegurado la paz “para los siete años próximos”⁴⁸. Francia, admitida en la Santa Alianza el 19 de noviembre de 1815, fue también finalmente incluida en este sistema tras el veto inicial (Congreso de Aquisgrán, 1818), aunque no otras potencias medianas como España, e Inglaterra se negó a apoyar una extensión ni generalización de los términos y fines de la alianza⁴⁹. Pero la vieja Europa de los Estados soberanos y el equilibrio europeo (tan acertadamente conceptualizada por Jakob Burckhardt⁵⁰) tendría que hacer frente, más allá del peligro de los ejércitos de Napoleón y sus ambiciones imperialistas, a la nueva pujante fuerza emancipadora de los pueblos, y contra esa joven amenaza la Cuádruple Alianza no ha previsto ningún mecanismo de defensa. Metternich ya lo había predicho, indicando cuál era el sentido para él de esa Santa Alianza:

« Nous voulons la conservation de la paix politique. Non que nous ayons épousé les utopies de l'abbé de Saint-Pierre, mais parce que nous savons que le jour où

⁴⁶ Duroselle, 1965, p. 201

⁴⁷ Cita en Duroselle, 1965, p. 202, Renouvin, 1982, p. 49. Castlereagh, ya en octubre de 1818, había declarado con ironía que los principios del Pacto de la Santa Alianza, si bien “podían ser considerados como la base del sistema europeo en el dominio de la conciencia política”, no debían invocarse en las “obligaciones diplomáticas ordinarias, que ligan a un estado con otro”. Atribuir como finalidad a una alianza entre las potencias “apoyar contra toda violencia o ataque el estado de sucesión, de gobierno, de posesión, de todos los otros estados” era equivalente a postular la existencia de un gobierno supranacional. Y en cuanto a la extensión universal de la alianza, en opinión de Castlereagh se trataba tan sólo de una eventualidad que “siempre había carecido de sentido práctico, y que no puede tenerlo nunca” (en Renouvin, 1982, p. 45).

⁴⁸ Cit. en Renouvin, 1982, p. 9.

⁴⁹ Castlereagh pone siempre límites a su implicación en los distintos sistemas europeos, y no sólo por la distancia y precaución que le supone el hecho de ser el único país no absolutista entre los coaligados, sino que comienza ya a marcar la pauta histórica de lo que será la “excepción inglesa”, y de un distanciamiento generalizado respecto de los asuntos del continente.

⁵⁰ En Gollwitzer, 1951, p. 171.

cette paix serait interrompue, la meute libérale se jetterait sur la puissance pour en faire la curée »⁵¹

La evolución del contexto internacional cada vez más trastornado por las aspiraciones nacionalistas y liberales (puestas a prueba en Alemania, Italia o España) se suma a las propias inquietudes del zar frente a las contestaciones que comienzan a dibujarse en el seno de su país. La defensa del absolutismo y de los derechos de los soberanos tienen que hacer frente al auge del nacionalismo y la democracia; las insurrecciones liberales de España y Nápoles en 1820, plantean por primera vez la cuestión de una posible intervención colectiva, vivo debate que se lleva a cabo en las conferencias de Troppau (noviembre de 1820), Laybach (enero 1821) y Verona (octubre de 1822), como forma primera en la que funciona una verdadera institución común europea (al margen de cuál fuese su objetivo). Tras muchas discusiones, en las que con frecuencia se apela a las figuras de “orden europeo” o “intereses colectivos de Europa”, finalmente se decide la intervención de Francia en España y de Austria en Nápoles; intervenciones en las que ese carácter “colectivo” será más que cuestionable, a pesar de que actúen bajo las apariencias de un “*mandato europeo*” (que les fue más bien impuesto, frente a su voluntad de actuar por iniciativa propia en ambos casos respectivos⁵²). En cuanto al debate en torno a la posible intervención con relación a las independencias tanto de Grecia como de América Latina, también acaba fracasando en lo que a articulación de un sistema coordinado y conjunto de acción se refiere, inoperancia generalizada que muy pronto se vería como definitiva⁵³. Y sin embargo, el simple hecho de que tales temas se debatían una y otra vez en los reiterados congresos que marcan el ritmo de la vida política de la Restauración, pone en evidencia que asuntos como la independencia de las colonias americanas españolas, por ejemplo, o lo sucedido en Nápoles y en Cádiz, son vistos como asuntos que afectan a todo el continente, “asuntos internos” que han de ser tratados por una acción coordinada, en lo que resulta el aspecto más destacable de esta, no por conservadora, nueva política.

⁵¹ Cit. en Vovenne, 1964, p. 113.

⁵² En el caso de la intervención de Francia en España, comandada por el secretario de asuntos exteriores Chateaubriand, se trataba de una oportunidad única para volver a ingresar en el orden europeo, restaurar el honor militar y recuperar la histórica influencia francesa en España (Sellin, en Schroeder y Krüger, 2002, p. 232).

⁵³ Canning, sucesor de Castlereagh, será más firme aún en su apego a la política de no-intervención, y con la muerte de Alejandro I desaparece también la idea de “garantía colectiva”, todo lo cual va a acabar suponiendo la desaparición *de facto* de la Santa Alianza. En 1820, en fin, y en detrimento de lo que fuera la postura de La Harpe, no quedaría ya del proyecto inicial de 1804 y de la Santa Alianza de 1815 más que un instrumento represivo al servicio de una policía conservadora. Y si bien subsiste a la crisis de 1820, las olas revolucionarias de 1830 y 1848 la herirían de muerte, reduciéndola en lo sucesivo a meras conferencias diplomáticas.

1.4. Conclusiones: la Europa restaurada

En apenas treinta meses, toda la obra napoleónica es barrida; Francia regresa en 1815 a sus límites anteriores a la Revolución mientras que el resto de las potencias europeas crecen, y el nuevo orden europeo se construye fundamentalmente contra ella, sensiblemente debilitada, con su potencial demográfico y de defensa mermado, y que se sume en la nostalgia. Definitivamente vencido Napoleón, confinado ahora en la remota isla de Santa Helena, la paz de 1815 de las restauraciones dinásticas quedaría simbolizada en la ópera de Rossini *Il Viaggio a Reims*, en la que un grupo de personajes de diferentes nacionalidades viajan para asistir a la coronación de Carlos X, como canto a la armonía y la paz del nuevo periodo y celebración de la monarquía restaurada⁵⁴. Pero lo cierto es que en 1815, y tras veinte años de guerras, el papel en el mundo de Europa como conjunto quedó disminuido⁵⁵, y la necesidad de replantearse su sentido se hizo más urgente que nunca; se podría decir por tanto que, de la crisis, la idea de Europa surgió fortalecida.

El orden de Viena emerge en el corazón de toda discusión acerca de las transformaciones de la política europea⁵⁶. El debate en torno a su sentido, surgido a partir de la obra crucial de Paul Schroeder, autor de un “indispensable mapa conceptual”⁵⁷ para su interpretación, ha tratado de dilucidar su significado en tanto que simple episodio o modelo para dicha transformación; la “revolucionaria transformación” acaecida entre 1813 y 1815 habría venido así a reemplazar un equilibrio de poderes altamente competitivo, conflictivo e inestable propio del siglo XVIII por un sistema más cooperativo, consensual, orientado al concierto y la primacía del Derecho⁵⁸. Schroeder, en su trabajo, distinguía las nociones de *juste équilibre*

⁵⁴ Fontana, 2002, pp. 116-117

⁵⁵ Renouvin, 1982, p. 3

⁵⁶ Kraehe, Enno E., en Schroeder y Krüger (eds.), 2002, p. 161. Y acerca de estas transformaciones, el propio Schroeder apunta : « successive transformations in international politics over time can change a vague Utopian ideal into a practical possibility or reality » (2002, p. 326)

⁵⁷ Kolodziej, en Schroeder y Krüger (eds.), 2002, p. 315. Kolodziej atribuye a este marco conceptual la virtud de ser capaz de superar la discontinuidad y desconexión entre episodios históricos en un contexto interpretativo mayor de las transformaciones políticas europeas, aproximación conceptual con la que no puedo mostrarme de acuerdo, puesto que supone eludir la historicidad de los propios conceptos.

⁵⁸ Tesis que defiende Schroeder (2002, p. 323) aunque sigue siendo un aspecto controvertido.

(definido como un equilibrio político basado en los derechos adquiridos bajo un Derecho internacional, que habría caracterizado al concierto de Viena) del mero *balance of power*, entendido en su sentido más tradicional, como una política propia de los siglos precedentes⁵⁹, distinción que no obstante ha sido muy respondida, tanto por historiadores lexicográficos como por otro tipo de autores⁶⁰. Otro de los aspectos discutidos es la convivencia antitética entre una supuesta balanza de poderes, concepto que centra también el análisis del periodo de Alan Sked⁶¹, y la existencia de políticas hegemónicas (con potencias extra-europeas como Rusia o Gran Bretaña), que sólo habría posibilitado ese periodo de paz y estabilidad mediante un *equilibrio* de derechos y satisfacciones, y no un sistema de balanzas basado en la disuasión recíproca; en opinión de Edgard Ingram⁶², este equilibrio de paz y seguridad sólo pudo lograrse exportando la violencia a las periferias, surgiendo así una política europea, de paz y cooperación, frente al resto del mundo colonizado, a donde se desplazan el conflicto y las políticas imperiales; y en el corazón de todo este debate, sigue estando el lugar de la propia Europa en el sistema.

De Viena emerge así un orden europeo cuyo máximo mérito iba a ser el de la durabilidad⁶³. Contener a la “gran Nación”, devolverla a sus fronteras anteriores al noventa y dos (exceptuando Saboya y Niza), sería uno de los principales objetivos del Congreso de Viena, la viga maestra necesaria para devolver la paz a Europa⁶⁴. Este objetivo se persigue a través de esa noción de “*equilibrio*”, principio introducido por Talleyrand, junto al de *legitimidad*, los dos grandes fundamentos intelectuales del sistema. La noción de equilibrio (en el sentido de “*balance*”), que refleja una “política de gabinete” propia del siglo XVIII, no agota sin embargo en sí misma el contenido del orden europeo surgido del congreso, que incluye además —desde una perspectiva

⁵⁹ Schroeder, 1994, pp. 580-583.

⁶⁰ A lo que Schroeder responde que un riguroso estudio del discurso sobre el concepto de “balanza” en el siglo XIX debería llevarse a cabo (2002, p. 328), empresa que no ha sido acometida por el momento. En su opinión, cuando se utiliza los términos de “equilibrio europeo” o “equilibrio político” en este periodo, se hace referencia más a un deseable estado de equilibrio y armonía, equilibrio de derechos, pues, y no a un mero “balance of power”. Para Wood, no obstante, el objetivo fundamental del Congreso seguía siendo “to bring about a balance of forces in Europe that would remove any danger of expansion by France or Russia” (1984, p. 8).

⁶¹ Sked, 1979.

⁶² Ingram, en Schroeder y Krüger (eds), 2002.

⁶³ Aunque no faltan autores en señalar los defectos que le alejan de sus principios, y que iban a suponer serios límites a su efectividad y durabilidad (Schroeder, 2002, p. 329): la desventaja y aislamiento a la que se condena a Francia, el choque ideológico latente entre las potencias constitucionales y las absolutistas...

⁶⁴ Y sin embargo, Voyenne apunta: “En 1815, les souverains, victorieux de l’usurpateur, sont préoccupés de leurs couronnes et même de leurs têtes qu’ils sentent vaciller, beaucoup plus que de la paix et de l’ordre européens » (1964, p. 112).

optimista— un primer esbozo de organización económica internacional (a través de las disposiciones del Acta final que aseguran la libre navegación en los grandes ríos europeos, por ejemplo); el equilibrio de potencias propicia la emergencia de un Estado de Derecho, con instituciones consultivas y prácticas de negociación para el consenso; comprende además valores comunes, y el sentimiento de pertenecer a una misma civilización que influirá en todo el siglo. Se funda, en fin, sobre la base de una nueva forma de entender y organizar las relaciones internacionales, en la que cada Estado, incluso aunque sea pequeño, ve sus derechos reconocidos e incluso, a veces, garantizado su estatus por los restantes países europeos (como es el caso de Suiza). Comienza además a tomar peso la idea de que la seguridad de cada cual depende en gran medida de la voluntad de todos. Los encuentros y cumbres regulares, surgidos a partir del Congreso, se reforzarán en la segunda mitad del siglo a través de instituciones internacionales permanentes, sentando las bases metodológicas y de principios que se habrían proyectado en organizaciones internacionales ulteriores⁶⁵. William McNeill llega a sugerir que este episodio marca un hito en el que la humanidad alcanza un nuevo grado de evolución y de conciencia colectiva, participando en un “sistema global”⁶⁶.

Se trataba de llevar a cabo una reconstrucción de Europa lejos ahora de la uniformización y la “espantosa novedad” que había supuesto la política de la “dinastía usurpadora”, pero sin perder de vista los lazos que de manera común y familiar unían a los príncipes —y a los pueblos— de Europa. Poco después de Waterloo, el periódico *Le Moniteur Universel*, evocando los hechos de la Revolución, el Imperio y el futuro más inmediato, escribía:

« Aussi s'écroule cet antique édifice de ce que Voltaire avait appelé la 'République européenne', devant une puissance nouvelle qui, tantôt dans l'intérêt de ses maximes toutes neuves, tantôt dans l'intérêt d'un seul homme et d'une dynastie usurpatrice, voulait que tout changeât autour d'elle... que tout participât à sa nouveauté si effrayante. Il était donc aujourd'hui question de le reconstruire: tel fut l'ouvrage du Congrès. Adoptons l'idée lumineuse et juste de l'auteur du *Siècle de Louis XIV*, et sans partager les idées honorables du grand Sully et du bon abée de Saint-Pierre, considérons un moment l'Europe, dans son ensemble et dans le système général de ses rapports fondamentaux, comme une société, comme une famille, comme une république de princes et de peuples »⁶⁷

⁶⁵ Un ejemplo de estas secuelas será la conferencia de La Haya de finales de siglo, que declarará la guerra ajena al Derecho y establecerá un mecanismo permanente de arbitraje Sédouy, 2003, pp. 16-17.

⁶⁶ McNeill, *The Global Condition*, 1992, cit. en Kolodziej (Schroeder y Krüger, 2002), p. 320.

⁶⁷ *Moniteur Universel*, 27 de julio 1815.

No se trataba sólo de llevar a cabo la Restauración en Francia, sino de impedir en toda Europa que pudiese volver a brotar el espíritu revolucionario, para lo cual se propugna volver a la tradición, y devolverle a la legitimidad dinástica su carácter sagrado, como “garantía” mayor para los Príncipes de Europa. Se impone de este modo la idea de “qu’il existe une solidarité européenne fondamentale, et que celle-ci, fondée sur la légitimité, puis sur l’équilibre, est le plus solide rempart de la paix”⁶⁸; Castlereagh habla de un “balance of power” como una de sus mayores preocupaciones, y de una “Commonwealth of Europe”, como queriendo resaltar la idea de solidaridad generalizada entre las grandes potencias. Por otro lado, el deseo de paz y la autoridad recobrada por la gracia de Dios son valores que se proyectan con carácter retroactivo en una visión idealizada del pasado y más exactamente de la Edad Media, utilizada a su vez como argumento histórico en el debate político contemporáneo, un pasado que vendría a significar ahora una instancia de legitimidad hacia el presente y el futuro (tal y como veremos en el apartado siguiente de este capítulo). Pero intereses y Derecho son malas a casar en muchas ocasiones, y si no, recordemos la expresión de Alejandro I “les convenances de l’Europe sont le droit”. Hay quien habla de una paz general fundada sobre un contrato colectivo⁶⁹ y el mismo Gentz apuntaba que el principio de equilibrio había sido superado por el principio de unión general⁷⁰.

Los principios que rigen el concierto, sin embargo, no son más que un débil muro de contención frente a los sucesivos embates de la voluntad de poder de las propias potencias, que no se sienten ni mucho menos “obligadas” por ese contrato. Y lo que hubiera sido fundamental, la limitación de la soberanía de los Estados en favor de un organismo superior independiente, aunque algunos autores como el polaco Czartorysky o el Conde de Saint-Simon (de cuyo proyecto trataremos más adelante) traten de reorientar el congreso en este sentido, nunca tendrá lugar⁷¹.

El trabajo diplomático de Viena se limitará pues, en la contrabalanza de los puntos negros, a reconstruir Europa sobre bases estrictamente legales, sin reconocer las “fuerzas morales” surgidas en la Revolución Francesa y continuadas por el espíritu romántico, y que desde entonces dirigirán poderosamente los ánimos de muchos

⁶⁸ Duroselle, 1965, p. 192

⁶⁹ Fórmula de Albert Sorel, recogida por Duroselle, 1965, p. 196, y por Droz, 1988, p. 236

⁷⁰ Así lo definía Friedrich von Gentz en un momento de entusiasmo: “The political system existing in Europe since 1814 and 1815 is a phenomenon without precedent in the world’s history. In place of the principle of equilibrium (...) and the counterweights formed by separate alliances (...) there has succeeded a principle of general union, uniting all the states collectively with a federating bond” (cit. en Cooper, 1991, p. 14).

⁷¹ Brekilien, 1965, p. 290

europeos. Se crea así un estado de cosas artificial, que despierta numerosas hostilidades entre los sectores más progresistas (liberales, nacionalistas...), y los tratados despiertan muchos resentimientos: la política interior francesa estaría así marcada en lo sucesivo por la voluntad de muchos de revisar los tratados que le fueron impuestos en 1815.

Actualmente parece estar de moda despreciar la historia diplomática en tanto que historia puramente de acontecimientos, ajena a los procesos sociales y los destinos de los pueblos, tal y como se lamenta Sédouy⁷². Y es cierto que sobre la mesa se negociaron, bajo el manto retórico del orden y la paz europea, un buen número de intercambios de territorios y poblaciones, repartidos en lotes y de lo que se encarga la “comisión de estadística”, sin tener en cuenta las diferencias lingüísticas y religiosas, las tradiciones, las simpatías o antipatías entre los pueblos, y sin que la voluntad de los propios habitantes pudiera jugar ningún papel en el sistema⁷³. La aportación de Paul Schroeder tiene, en este sentido, el mérito de haber reintroducido, de una manera crítica, la fuerza causal de los agentes humanos a la hora de explicar el comportamiento estatal, a través de las decisiones, reflexiones y esfuerzos cooperativos de las elites políticas, superando la falacia metódica de una transferencia espuria de las motivaciones de los agentes humanos a entidades colectivas tales como “los aliados”, “el congreso”, o “las grandes potencias”⁷⁴. Al Congreso de Viena se le achaca con frecuencia este hecho de no haber tenido en cuenta la voluntad de los pueblos, y aunque el impulso nacionalista era todavía débil en 1815, Alejandro, Wellington y Metternich no dejaban de ser conscientes de que el fracaso de las armas no implicaba el fracaso de las ideas, ideas que, vinculadas ellas también a la dominación francesa durante esos veinticinco años, podían amenazar seriamente el edificio de Viena; si la conciencia de *nacionalidad* se había afirmado en la resistencia a la dominación napoleónica, pero identificada entonces sólo con un sentimiento patriótico y de reacción a la ocupación extranjera, a partir de 1815 adoptaría la forma de una “doctrina”⁷⁵, y las aspiraciones de los pueblos italianos, alemanes o polacos iba a empezar pronto a jugar un papel decisivo (aunque inicialmente

⁷² Sédouy, 2003, p. 15.

⁷³ Gentz, una vez más, lo vio así, en una memoria del 12 de febrero de 1815 (y no tan optimista como en el párrafo citado anteriormente): “Les grandes phrases de ‘reconstruction de l’ordre social’, de ‘régénération du système politique de l’Europe’, de ‘paix durable fondée sur une juste répartition des forces’, etc, se débitaient pour tranquilliser les peuples, et pour donner à cette réunion solennelle un air de dignité et de grandeur; mais le véritable but du Congrès était le partage entre les vainqueurs des dépouilles enlevées au vaincu” (cit. en Duroselle, 1965, p. 194).

⁷⁴ En Schroeder y Krüger, 2002, p. 161 y p. 315.

⁷⁵ Renouvin, 1982, p. 13.

restringido, guiado por sociedades secretas en su mayoría) como ariete de la obra de la Restauración

El Congreso de Viena toma pues en muchos sentidos la forma de un *anacronismo*⁷⁶. La pretensión de volver al estado anterior a todo el proceso revolucionario restableciendo el orden del Antiguo Régimen iba a presentarse desde el principio como un objetivo ingenuo, si no imposible de cumplir; semejantes acontecimientos históricos no se borran “como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo”, tal y como pretendía en España Fernando VII y muchos otros como él en el resto de Europa. El sistema de equilibrio de poder iba a acabar resultando así tan impracticable como cualquier utópica hermandad ideal y universal de paz perpetua. Se mantiene en cambio el principio de reagrupamiento heredado de Napoleón; la división de Polonia tampoco iba a ser puesta en cuestión; pequeñas repúblicas como la de Venecia desaparecen también del mapa de Europa, que sale de 1815 completamente refundido. Las grandes potencias no iban a disolver el Congreso sin sacar beneficios en recompensa por su victoria, y así, sólo Inglaterra, que tiene sus expectativas puestas en ultramar, se contenta con hacer retroceder el poder de Francia y limitar al mismo tiempo el de Rusia, su nueva rival continental a partir de ese momento. Llama la atención la participación de Rusia en calidad de igual, e incluso, su revelación como salvadora de la Europa cristiana. La inclusión o no de Rusia en el concepto de Europa siempre ha sido controvertida; Voltaire propició con su *Historia del Imperio ruso bajo Pedro el Grande* que se comenzara a pensar en el país eslavo como parte, si no territorial, sí al menos cultural de Europa, pero sería Napoleón, con su guerra, el causante definitivo de que Rusia fuera considerada en lo sucesivo como europea sin asomo de dudas, aceptando en adelante, como parte intrínseca a la esencia europea, la contradicción interna entre una corte afrancesada, convertida a la civilización occidental, y un pueblo que aún conservaba mucho del mito bárbaro.

La Europa de después de 1815 se había convertido así en un nido de intrigas y rivalidades, que albergaba disensiones profundas que antes o después acabarían

⁷⁶ “by the methods of eighteenth century statecraft and old-style cabinet diplomacy”, censura Sellin (en Schroeder y Krüge, 2002, p. 234); “Congrès d’hommes de Cour, le Congrès de Vienne se passait davantage en bals, fêtes et spectacles, qu’en séances de travail”, ironiza Brekilien (1965, p. 285) como otros muchos, queriendo demostrar que lo que allí sucedía era además como de otra época, con un sentido desfasado de la política. Chateaubriand, del mismo modo, evocando la entrada en París de Luis XVIII el 3 de mayo, dedica estas líneas a la Vieja Guardia Napoleónica que le recibe en Notre Dame: “Ces hommes, privés de leur capitaine, étaiet forcés de saluer un vieux roi, *invalide du temps...*” (Cit. en Wood, 1984, p. 7).

estallando. Gentz, secretario del Congreso de 1815, escribía de nuevo: “Le mot d’Europe m’est devenu objet d’horreur... J’ai perdu toute envie d’être un Européen”⁷⁷. El interés europeo fue sólo cuestión de palabras, un disfraz de la retórica. Y por lo que respecta al tema que aquí nos ocupa: “¿Pensaban los hombres de Estado de 1815 en el establecimiento de una *Confederación europea*?”; Pierre Renouvin se contesta a sí mismo tajantemente que no: en los textos estudiados de este periodo no hay nada que implique una limitación de la soberanía de los Estados en beneficio de un organismo supranacional; nada que organice una protección mutua de integridad territorial ni compromiso alguno de renunciar definitivamente a la guerra, en pos de una *pax perpetua*: “las soluciones propuestas no tuvieron otro objeto que confirmar la preponderancia de las grandes potencias victoriosas; todo lo más, consistían en un esbozo de *Directorio*, no el preludio de un esfuerzo de organización inspirado en ideas federativas”⁷⁸. Y Duroselle, por su parte, juzga a este respecto que, contrariamente a la leyenda, no hubo ni podía darse una verdadera “*organización europea*” en los años siguientes a 1815; los intereses de los Estados se antepusieron siempre a los principios; se hablaba de Europa sin cesar, pero en el fondo se trataba de la Europa de las rivalidades, de la lucha de influencias y las ambiciones, donde una sincera Europa política habría brillado por su ausencia⁷⁹.

Y sin embargo, desde otra perspectiva, el concierto que iba a nacer en el Congreso de Viena sí puede ser considerado en cierto sentido como un “sistema”, una organización europea concebida bajo la presunción no del todo desacertada de que, en el futuro, la paz y la estabilidad del continente no podrían dejarse al libre albur de un ajuste de fuerzas o una política de alianzas más o menos espontánea y circunstancial, sino que habría de necesitar de un plan construido y monitorizado desde arriba a nivel continental (la Cuádruple Alianza había establecido en esta dirección el principio de consulta permanente como un importante avance). Las clases dirigentes de 1815 se ven políticamente impulsadas por un creciente sentimiento de solidaridad⁸⁰, ante la convicción de que comparten algo más que un territorio. Y su obra se constituiría en la base necesaria para cualquier pretensión de unificación posterior. El sansimoniano Gustave d’Eichthal, aunque defensor de una unión europea más completa y definitiva,

⁷⁷ Cit. en Duroselle, 1965, p. 205.

⁷⁸ Renouvin, 1982, p. 38 y p. 34.

⁷⁹ Duroselle, 1965, pp. 204-205.

⁸⁰ Droz, 1988, p. 239

hacía no obstante la siguiente evaluación *a posteriori* acerca del Congreso de Viena, veinticinco años después:

« Un règlement nouveau des relations politiques de l'Europe, et qui furent complétées par le traité de la Sainte-Alliance, dont les monarques signataires s'engagèrent à se considérer désormais comme des compatriotes, comme des membres d'une même nation chrétienne, et se promirent mutuellement de diriger leurs peuples dans le même esprit de fraternité dont ils étaient eux-mêmes animés. Nous avons déjà dit comment, depuis 25 ans, ce lien européen n'a fait que se fortifier. Croire qu'il puisse disparaître aujourd'hui (...) c'est croire que l'unité nationale qui s'est établie par tant d'efforts chez les divers peuples européens peut, tout à coup, faire place à l'ancien fractionnement des territoires et des populations »⁸¹

De ese modo, las interpretaciones más optimistas se afanan en rescatar la idea de una federación europea reconciliada, el empuje del combate antinapoleónico, y una Rusia durante mucho tiempo en la periferia de Europa que se atreve a proponer, no obstante, una Europa a construir a partir de entonces, no sobre la fuerza o la amenaza, sino sobre valores y principios compartidos⁸². Más allá del nuevo equilibrio y los aspectos místicos, resulta destacable la aparición de una alianza militar y un procedimiento de concertación que garantizan el orden europeo surgido del congreso de Viena. Estas disposiciones manifestaron su eficacia, y de ahí su longevidad. Abrieron además la vía a una serie de conferencias que contribuyeron al mantenimiento de la paz en Europa a lo largo de todo el siglo XIX; un concierto europeo que testimonia, en fin, acerca de un sentimiento de pertenencia a un conjunto común, Europa.

Del congreso de Viena queda sobre todo y en definitiva la imagen de una sociedad aristocrática europea ya desaparecida, la Europa de los Príncipes. Pero al mismo tiempo, anuncia ya el futuro: inaugura el género de las conferencias internacionales, las “cumbres”; cuando los Cuatro grandes decidieron convocarlo, lo hicieron ignorando los problemas que conllevaría la celebración de una asamblea tan vasta y general, que agrupara a todos los jefes de Estado europeos, así que una buena parte del tiempo se perdió de hecho en debatir asuntos formales y de organización. Aunque oficialmente el congreso en su totalidad sólo se reunió en una única ocasión para aprobar el Acta final, se había abierto de algún modo la vía para la diplomacia multilateral. Viena deja tras de sí en herencia la inspiración de toda una serie de instancias convertidas en permanentes que siguen a día de hoy discutiendo acerca de la

⁸¹ Eichthal, 1840, p. 29-30

⁸² Rey, 2005, p. 308.

organización del continente. Del orden territorial que estableció, por el contrario, no queda prácticamente nada; sus fronteras frágiles y arbitrarias, y ajenas a las voluntades de los pueblos, empezaron pronto a ser puestas en cuestión. Pero sobre todo contribuyó a la emergencia de una conciencia europea común, sabedora de sus intereses compartidos. La Europa que nace en este momento es radicalmente diferente de la que le precede; fundada en el principio de equilibrio de potencias para que ninguna pueda aspirar a la hegemonía, la nueva idea de Europa va más allá de los intereses de cada país. Los arreglos territoriales no son objeto de tratados bilaterales sino de un Acta única firmada por todos los Estados participantes en el congreso, donde los derechos de los pequeños y medianos Estados se respetan, y donde surge además una incipiente noción de seguridad colectiva.

Y sin embargo, la Europa del Congreso de Viena es todavía una Europa de los Estados, aún no ha surgido la Europa de las Naciones que vendría a sustituirla, y una Europa del Antiguo Régimen que difícilmente casa con los modernos principios políticos de libertad y de representatividad que la fase revolucionaria, —incluyo el periodo napoleónico—, se habían encargado de expandir por todo el continente europeo.

En tres siglos de época moderna, entre la salida de la Edad media y el ingreso en el mundo contemporáneo, la idea de Europa va tomando cuerpo. La idea de Europa tiene pues una duración en el tiempo, y muestra que se transforma con los siglos; posee además un espacio, y no es ya meramente occidental, sino que se torna en continental y va incluso más allá. Pero sobre todo la idea de Europa se dota de contenido; las perspectivas medievales habían opuesto la unidad natural de la Cristiandad a la solución unitaria imperial, de concepción piramidal, que se aplicaría al nacimiento de los Estados modernos⁸³; y al hacer esto, introdujeron por vez primera la idea federal, que aseguraba la supervivencia de la vieja concepción unitaria, y que ahora retornará con fuerza. Una idea de la que el sueño roto de Napoleón fue tal vez una de sus expresiones, como lo fue el orden del congreso de Viena; pero lo cierto es que ni una ni otra lograron una duración efectiva. Para una Europa verdaderamente fortalecida, habría hecho falta, detrás de los jefes de Estado y sus ministros, la participación de los pueblos que pronto harían su entrada en escena.

⁸³ Bois, 1999, p. 323.

2. Una nueva mentalidad para una nueva Europa

Si el universo no nos hubiera formado de la ruina de algo que nos precedió...

(Sir Arthur Eddington)

2. 1. El aliento romántico: Musset y el *mal du siècle*

« Tout ce qui était n'est plus ; tout ce qui sera n'est pas encore. Ne cherchez pas ailleurs le secret de nos maux »⁸⁴. Alfred de Musset definía así el sentimiento de toda una generación, y diagnosticaba la enfermedad de su siglo por las heridas causadas en el corazón de 1793 y 1814; esta expresión de vivir entre dos mundos, uno que se ha terminado y otro que todavía no ha empezado, hallaría un gran eco entre sus contemporáneos⁸⁵, y nos ayuda a comprender el sentimiento colectivo de toda una época a través de la evocación sonora de esos niños hijos del Imperio y nietos de la Revolución, concebidos entre dos batallas, repentinamente desamparados por la caída del héroe largamente aureolado de gloria y decepcionados más aún por la mediocridad de la Restauración, cuya palabra fetiche, la “libertad”, no acaba de colmar sus expectativas⁸⁶.

⁸⁴ Musset, 1973, p. 35.

⁸⁵ Aunque Musset publicó su novela *Mémoires d'un enfant du siècle* en plena década de los treinta ya, resulta oportuno rescatarla aquí por la elocuente evocación que hace de aquellos años de cambio, y por haber dado con ella voz a las preocupaciones de sus contemporáneos, expuestas también en obras como la *Servitude et grandeur militaire* de Vigny, o los primeros poemas de Victor Hugo. Lamartine utilizó términos similares para describir esta circunstancia, en una carta de agosto de 1819: “Notre malheur est d'être né dans ce maudit temps où tout ce qui est vieux s'écroule, et où il n'y a pas encore de neuf”. Y del mismo modo un joven Edgar Quinet, en su *Histoire d'un enfant (histoire de mes idées)* expresaba el desconcierto de crecer en un mundo ininteligible para él (Quinet, 1905, p. 103).

⁸⁶ Constant también lo describía así: “Nous sommes une génération de passage. Nés sous l'arbitraire, nous sommes pour la liberté” (cit. En Jaume, 1997, p. 110). Y de esta manera continúa describiendo Musset estos momentos de esperanzas frustradas : « il monta à la tribune aux harangues un homme qui tenait à la main un contrat entre le roi et le peuple ; il commença à dire que la gloire était une belle chose, et l'ambition et la guerre aussi ; mais qu'il y en avait une plus belle, qui s'appelait la liberté » (Musset hace aquí alusión a la Carta promulgada por Luis XVIII el 4 de junio de 1814, que garantiza las libertades individuales, religiosas y de la prensa, pero no satisface a los liberales : y es que el rey podía, en virtud del art. 14, legislar a través de ordenanzas sin el apoyo de las Cámaras) ; « d'autres harangueurs, montant à la tribune, commencèrent à calculer publiquement ce que coûtait l'ambition, et que la gloire était bien chère ; ils firent voir l'horreur de la guerre (...). Toutes les illusions humaines, comme des arbres en

En pocas ocasiones una ruptura en la historia había resultado tan brusca, o al menos había aparecido como tal a ojos de sus contemporáneos (y poco importa, frente a esta percepción sangrante, la interpretación historiográfica posterior, empeñada en demostrar la persistencia de muchas continuidades históricas)⁸⁷; es « L'esprit du siècle, ange du crépuscule, qui n'est ni la nuit ni le jour »:

« Derrière eux un passé à jamais détruit, s'agitant encore sur ses ruines, avec tous les fossiles des siècles de l'absolutisme ; devant eux l'aurore d'un immense horizon, les premières clartés de l'avenir ; et entre ces deux mondes... quelque chose de semblable à l'Océan qui sépare le vieux continent de la jeune Amérique, je ne sais quoi de vague et de flottant, une mer houleuse et pleine de naufrages, (...) ; le siècle présent, en un mot, qui sépare le passé de l'avenir qui n'est ni l'un ni l'autre et qui ressemble à tous deux à la fois, et où on ne sait, à chaque pas qu'on fait, si l'on marche sur une semence ou sur un débris »⁸⁸

Y como resultado de esta experiencia de estar a caballo entre dos mundos (la de un hombre, describe Musset en otro de los pasajes que, habiendo demolido su antigua casa, aún no ha construido una nueva y por tanto no sabe dónde dormir ni vivir), una enfermedad moral que es además generacional: « Ayant été atteint, dans la première fleur de la jeunesse, d'une maladie morale abominable, (...) il y en a beaucoup d'autres que moi qui souffrent du même mal »⁸⁹. Los hombres de 1815 tienen la sensación, pese a todo, de que les aguarda una inmensa tarea: *construir* una nueva Francia; comparten el sentimiento de pertenencia a una generación radicalmente innovadora, debido a los cometidos que la historia les asigna, y por eso rompen con la filosofía del siglo dieciocho, que no enseñaba más que a criticar cuando la verdadera labor presente es la de *fundar*. Nostálgicos del pasado, hambrientos de la gloria perdida, sí, cunde la

automne, tombaient feuille à feuille autour d'eux (...) Les uns disaient : Ce qui a causé la chute de l'empereur, c'est que le peuple n'en voulait plus ; les autres : Le peuple voulait le roi ; non, la liberté ; non, la raison ; non, la religion ; non, la constitution anglaise ; non, l'absolutisme ; un dernier ajouta : Non ! rien de tout cela, mais le repos. (...) sous le prétexte de bâtir, démolissait tout pierre à pierre. Il y avait pour eux dans ce mot de liberté quelque chose qui leur faisait battre le cœur à la fois comme un lointain et terrible souvenir et comme une chère espérance, plus lointaine encore ».

⁸⁷ Peyre, 1971, p. 107-108. Esta percepción o experiencia de hallarse al alba de un tiempo nuevo sería de hecho la que marcara el nuevo “régimen de historicidad” (Hartog), el “principio de modernidad” (Koselleck).

⁸⁸ Musset, 1973, pp. 24-25. También en el Memorial de Santa Helena encontramos algún pasaje semejante: “L'Europe attend (...); le vieux système est à bout, et le nouveau n'est point assis, et ne le sera pas sans de longues et furieuses convulsions encore », predice Napoleón (Las Cases, 1935, T. II, p. 457).

⁸⁹ Musset, 1973, p. 19. Entre 1815 y 1830 se contagia esta moda, esta epidemia moral. La posteridad ha admitido que el *mal du siècle* del que se jactaban o quejaban estos románticos ostentaba la importancia de un gran mito, y no desapareció de Europa tras los años supuestamente « románticos »; entre las causas, la pérdida de la fe religiosa que les hace caer en un estado de melancolía. Así, Chateaubriand, por ejemplo, el hombre de acción pero también el romántico de *René* o las Memorias, escribía en 1786, cuando sólo era un joven oficial de 17 años : « Toujours seul au milieu des hommes, je rentre pour rêver avec moi-même et me livrer à toute la vivacité de ma mélancolie »(cit. en Peyre, 1971, p. 13).

desesperanza, que sin embargo habría de dar grandes logros⁹⁰, entre una generación nueva que se conoce como los « románticos ».

« J'étais douloureusement navré de ma propre impuissance, et je puis dire aussi, de l'impuissance de mon temps (...). Tout cela, joint à un désir consumant de produire, de créer, de faire quelque chose, au milieu d'un monde vide encore »⁹¹

El término “romántico” empieza a abrirse paso a mediados del siglo XVIII⁹²; el romanticismo —término algo vago, por lo demás—, no puede ser considerado por sí mismo un *movimiento* —lo que implicaría un cierto grado de organización—, sino más bien un conjunto de actitudes, formas de pensar y actuar que afectaron de manera decisiva a la vida europea de este periodo. Y aunque la historia nos ha querido hacer creer con frecuencia que los románticos sabían con certeza lo que buscaban y lo que eran, y que una división tajante los separaba de sus oponentes los valedores del clasicismo⁹³, lo cierto es que ninguno de ellos, por esta época, sabía a ciencia cierta a qué campo pertenecía o con qué amigos debía asociarse; el romanticismo no era una teoría, sino un “estado de alma”, una “energía, aspiración y sueño”⁹⁴.

Benjamin Constant había terminado su *Adolphe* en 1806, aunque no lo publicaría hasta 1814; Chateaubriand había publicado en 1811 su *Itinéraire de Paris à Jerusalem*, y *De l'Allemagne*, ya lo decíamos antes, destruida primero por la censura, no vería la luz hasta 1813. El *Cours de littérature dramatique* de Schlegel aparecía traducido al francés en 1814, y Jay daba una conferencia bajo el título *Discours sur le romantisme* en el Ateneo de París el 25 de noviembre de 1815; a partir de 1816, se lee en Francia cada vez más a Byron y Walter Scott; una decena de sus libros aparecen en apenas tres años. Y en marzo de 1820 aparecen las *Méditations poétiques* de Lamartine, que tuvieron un inmenso eco entre

⁹⁰ Y así, comienza a darse un ingente desarrollo de publicaciones, en las que se plasma toda esta búsqueda de una nueva filosofía política e histórica.

⁹¹ Quinet, 1905, pp. 181-182.

⁹² Revisiones más profundas sobre dicho concepto se pueden encontrar en Baldensperger: “Romantique: ses analogues et ses équivalents. Tableau synoptique de 1650 à 1810” (*Harvard Studies in Philology*, 1937), o en François Jost: “Romantique: la leçon d'un mot” (*Essais de littérature comparée*, 1968).

⁹³ Los hermanos Schlegel se servirían de Goethe para lanzar la oposición “clásico-romántico”, heredada y popularizada enseguida por Mme. de Staël en *De l'Allemagne* (escrito en 1810 pero leído en Francia sólo a partir de 1813, por la edición de Londres): “Le nom de *romantique* a été introduit nouvellement en Allemagne, pour désigner la poésie, dont les chants des troubadours ont été l'origine, celle qui est née de la chevalerie et du christianisme... La question pour nous n'est pas entre la poésie classique et la poésie romantique, mais entre l'imitation de l'une et l'inspiration de l'autre » (Staël, 1864, p.144).

⁹⁴ Peyre, 1971, p. 76. Renouvin, por el contrario, habla de un « movimiento unido » (1982, p. 18) que sólo conoció un “cisma” a partir de 1830, basándose en la obra de Baldensperger (*Le Grand Schisme de 1830: Romantisme et 'Jeune Europe'*, 1930).

el gran público. Estos son, podría concluirse, los jalones iniciales del romanticismo francés, que tienen lugar, ya lo vemos, en torno a la fecha umbral de 1815 (aunque sin duda existen plasmaciones anteriores). Por su capacidad de difusión entre un público inquieto, arrastrado por las emociones revolucionarias, impaciente por avanzar hacia el futuro, podemos hablar del romanticismo francés (pese a la determinante influencia de corrientes venidas de otros países como Inglaterra o Alemania), y especialmente a partir de 1815, como el más “auténtico”, en palabras de Peyre⁹⁵: bajo la opresión y desde el exilio experimenta esa nostalgia y energía entre la que bascula todo el romanticismo europeo; el contacto con nuevos paisajes, el aislamiento en el nuevo país, la añoranza de un pasado más sereno y el temor ante la incertidumbre del futuro se vuelcan así en la nueva literatura francesa⁹⁶.

Es el tiempo además de la curiosidad por las literaturas extranjeras, que va de Byron o Scott a los Romances españoles (traducidos en 1822 por Abel Hugo), así como su teatro (Lope, Calderón), lanzado por el librero Ladvocat. La Europa literaria se hace así cada vez más “pequeña” y estrechamente comunicada. Así se impuso por ejemplo cierta *germanofilia* entre los medios intelectuales, influidos por la decisiva obra de Mme. de Staël, que alcanzó hasta muy tarde: Lermínier, profesor del Colegio de Francia y autor en 1835 de *Au-delà du Rhin*, impulsó una gran encuesta cuyos resultados, pese a las voces opuestas de Quinet o Heine, seguían iluminando esta visión positiva, de la que no dudó en extraer conclusiones políticas (llegando a proponer una alianza franco-prusiana). Los salones de la alta sociedad, por su parte, se llenaron de ideas inglesas, civilización que también despertaba la admiración de escritores como Vigny o Stendhal; un periódico de la época describía así la benéfica influencia literaria: “el genio de Shakespeare ha triunfado de los grandes prejuicios de la nación francesa y ha iniciado, quizá, entre las dos naciones, una reconciliación que la política se ha empeñado durante mucho tiempo en hacer imposible”⁹⁷.

Desde la antigua Grecia, occidente había vivido en la confianza de la posibilidad de hallar respuestas verdaderas, objetivas, universales y eternas; si no en las

⁹⁵ Peyre, 1971, p. 56.

⁹⁶ Tanto Chateaubriand como Mme. de Staël, Constant, Sénancourt o Charles de Villiers eran todos o bien extranjeros o bien exiliados. Todos ellos sufren un vacío sentimental que los impulsa místicamente hacia el pasado o lo divino. Los exiliados habían vivido un emotivo desgarramiento obligándoles a la revisión de sus valores, y que llega de manera impactante al público desorientado de 1815, fecha de inflexión romántica. Pero no es sólo la emigración; la Revolución y la epopeya napoleónica, más que las influencias extranjeras o la revolución industrial, estarían en el origen del romanticismo francés (Roe, 1929, p. 82).

⁹⁷ Cit. en Renouvin, 1982, p. 20.

circunstancias en las que el sujeto se halla inmerso, sí al menos en un inocente y feliz pasado o tal vez en una edad dorada que reside aún en el futuro pero que podrá ser alcanzada algún día. Muchas son las diferencias que separan a los pensadores románticos más destacados, de Novalis a Nietzsche o de Chateaubriand a Baudelaire, aunque en todos aparece la asunción común de que las respuestas a las grandes preguntas han de ser *inventadas, creadas*, más que descubiertas —en su forma más extrema de un idealismo que abarca la visión del mundo entero⁹⁸. El nuevo énfasis reposa en lo subjetivo e ideal, en el proceso de creación más que en sus efectos, la caída resulta más noble que el éxito, la auto-inmolación por una causa más que la causa en sí, y el sacrificio son los nuevos síntomas de la actitud romántica; manifestaciones de la omnipresente actividad del Espíritu, que llevan a la consagración de la imagen popular del artista como sujeto del proceso histórico: en palabras de Rimbaud, se trataría ahora de transformar la vida⁹⁹.

Pero sobre todo destaca en ellos una ambición de ser “de su tiempo” y escribir “para su época”, un impulso que les empuja hacia lo nuevo, aunque esto a veces pueda hallarse en las sombras del olvido de lo antiguo. En los románticos se mezcla así la nostalgia del pasado con atisbos proféticos, que tanto llamó la atención del historiador German Ernst von Lasaulx¹⁰⁰. Y es que esa nostalgia del pasado unida a ecos proféticos y un “ansia de infinito” que caracteriza a estos primeros románticos es inextricable del aspecto religioso, tan relacionado con la “enfermedad moral” diagnosticada por Musset y que fue enfatizado por Chateaubriand ya en 1802, cuando predijo que el día en que la religión fuese barrida en tanto que superstición, la vía se abriría para todo tipo de criminalidad¹⁰¹. Las visiones apocalípticas, un recurrente tema que acompaña al nuevo Cristianismo trascendental, se extienden por toda Europa en este *revival* religioso postnapoleónico (del que hablaremos seguidamente en este apartado). Una mentalidad catastrofista específicamente restringida al ámbito europeo: así definía por ejemplo Friedrich Schlegel en 1820 la unidad europea, como “el dramático sujeto de la tragedia del futuro”. Y F. G. Wetzel, olvidado colega de E. T. A. Hoffmann, en el pasaje final de su *Magischer Spiegel* (1866), vaticina el tiempo en que “la luz le será arrebatada a Europa, cuando Europa esté llena de lugares de memoria demolidos, cuando los gobelinos se

⁹⁸ Berlin, Isaiah, “Preface”, en H. G. Schenk, 1979, p. xvi.

⁹⁹ Lema de Rimbaud (“Changer la vie”), al que Breton añade la fórmula de Marx “transformer le monde” (André Breton, « Discours au Congrès des écrivains », 1935).

¹⁰⁰ *Die prophethische Kraft der menschlichen Seele in Dichtern und Denkern* (Munich, 1858).

¹⁰¹ Lamennais, el célebre director del periódico *L'Avenir*, vaticinaba también una escalada de degradación en busca del placer toda vez que el sentido moral parecía haberse extinguido (*De la religion considérée dans ses rapports avec l'ordre politique et civile*, 1825).

encuentren entre ellos en los desiertos, y el paraíso se haya desvanecido en la gran corriente del fuego y la rabia”. También para Schlegel, en esta línea de lecturas catastrofistas que protagonizan el periodo, el “drama de la historia de la Humanidad” puede hallarse mucho más cerca de su final que de su principio¹⁰². Y Chateaubriand, para quien ese final cobraría la forma de una dominación rusa, vivimos no sólo en la decrepitud de Europa, sino del mundo entero. El tema del “último hombre” aparece en los románticos con especial fascinación, y la aprensión hacia el futuro se mezcla con miradas nostálgicas hacia el pasado, incluso con el afán por habitar épocas anteriores; así pretende defenderse por ejemplo Chateaubriand de la tiranía napoleónica que le envuelve: refugiándose en la libertad que precede a su tiempo:

« L’homme qui ne donne aujourd’hui l’empire du monde à la France que pour la fouler à ses pieds, cet homme, dont j’admire le génie et dont j’abhorre le despotisme, cet homme m’enveloppe de sa tyrannie comme d’une autre solitude; mais s’il écrase le présent, (...) je reste libre dans tout ce qui a précédé sa gloire »¹⁰³

La nostalgia por el pasado europeo (tema que enlaza con el capítulo siguiente, en el que desarrollaré algunos de estos aspectos) toma diferentes formas: como exhortación frente a una época de incertidumbre espiritual que se nutre en el ejemplo del cristianismo medieval, también en el sentido de naciones que sólo en el pasado hallan su momento de apogeo político o cultural, o incluso como rechazo de la superación de una época feudal y caballeresca por parte de aquellos que, como Alfred de Vigny o Adam Mickiewicz, pertenecían a esas elites del pasado. Precisamente ese tiempo de los ideales heroicos contribuirá a la resurrección de un patriotismo retrospectivo, en el que la nostalgia por el pasado se confunde en muchas ocasiones con la simpatía por las causas perdidas, y que pronto dará alas al nacionalismo, estableciendo, con sus estudios históricos y folklóricos, nuevas bases para una identidad colectiva de los pueblos (pero que como veremos, también reivindicará a la postre una identidad común europea). Es la huida al pasado del Quijote romántico que inspirará a Walter Scott, y que da origen a la novela histórica moderna.

La nostalgia romántica focaliza su atención preferentemente en la Edad Media. La vuelta al pasado medieval marca además una etapa más significativa para el caso francés que para el alemán, el italiano, el inglés o el español, países que no habían llevado a cabo un corte total con su Edad Media, al contrario de lo que se pretendía en Francia,

¹⁰² “Signatur des Zeitalters” *Concordia*, Viena 1820, p. 32.

¹⁰³ Chateaubriand, 2003, Chap. I, p. 116.

ya desde el siglo XVII. Frente a la imagen de una época de oscuridad y retroceso transmitida por el Renacimiento y la Ilustración, los románticos recuperan el valor de este periodo por diversos motivos, entre los que destaca la cuestión religiosa, pero también aspectos artísticos y políticos que jugaron un papel importante. Así ocurre por ejemplo en Alemania, donde la motivación religiosa se ve reforzada por reflexiones político-patrióticas, tratando de superar el periodo de dominación napoleónica mediante la vuelta idealizada a un Sacro Imperio Románico donde abundaban los poderes intermedios de municipalidades, gremios y corporaciones, que impedían la centralización del absolutismo mientras que, por su rígida jerarquía feudal, impedían al mismo tiempo la potencial anarquía en su base. La Revolución Francesa había hecho perder la confianza en la estabilidad de toda institución política, y a esta incertidumbre se intenta responder mediante la recuperación medieval, proyectándola idealmente hacia el pasado¹⁰⁴. Así se vuelven hacia la historia, desde la arqueología a la historia como forma de tragedia; Lord Acton destaca a este respecto que los escritores románticos “doblaron el horizonte europeo” al recuperar y traer para la acción “toda la herencia de los hombres”¹⁰⁵. Pero su tendencia a hacer confluir disciplinas como la historia, la filosofía de la historia y la teología entraña también riesgos, y se nutre de imaginación más que de ciencia. El pasado se convierte así en “el único paraíso del que no podemos ser expulsados”¹⁰⁶, y se busca en él el consuelo más que en una hipotética vida eterna en el más allá, sustituyendo la idea trascendente de un alma cristiana por una pura “inmortalidad terrestre”. Movimiento inminentemente cultural, el romanticismo dio pese a todo sus frutos también en la arena política, y contagió el espíritu de la época de aspectos como la recuperación de la historia y la tradición, el resurgir de lo religioso o el aprecio por lo extranjero junto con el orgullo nacional, así como la experiencia de estar viviendo un tiempo nuevo que habría otros horizontes de futuro, todo lo cual iba a determinar en adelante la idea de Europa.

¹⁰⁴ La recuperación de este “paraíso perdido” se lleva a cabo también a través del arte, la revalorización de su arquitectura y el descubrimiento de las virtudes de los pintores primitivos. Subyace a todo esto el sentimiento de que el hombre moderno, distanciado de la Cristiandad, ha sufrido una pérdida irreparable. La inextricable presencia de la Iglesia en la cultura europea de la Edad Media es un hecho crucial resaltado por autores como Schlegel y Novalis entre los alemanes o Frédéric Ozanam entre los franceses. Una de las peculiaridades románticas es así su afición casi morbosa por las ruinas, que les lleva a construir, a lo largo y ancho de toda Europa, ruinas artificiales de castillos, en aras de recrear una determinada sensación de trascendencia y perennidad que dé sosiego a los melancólicos espíritus del tiempo presente, además de dejar entrever tendencias nihilistas que subyacen a todo el movimiento romántico: la recuperación y rehabilitación de cada punto de vista acabaría por debilitar todo estándar moral, en el que la historia, relativizada, viene en última instancia a sustituir a la religión.

¹⁰⁵ Cit. en Schenk, 1979, p. 42.

¹⁰⁶ Jean Paul, “Impromptus”, *Taschenbuch für Damen*, 1812.

2. 2. La Europa cristiana:

Novalis, Burke, De Maistre y Chateaubriand

“Fueron tiempos bellos y resplandecientes aquellos en que Europa era *un* país cristiano...”¹⁰⁷. Con estas primeras palabras comienza Novalis su obra *Europa o la Cristiandad*, publicada en 1800 pero que sólo a partir de 1815 adquiriría toda su capacidad de influencia, marcando de forma indeleble una época decisiva y trazando la línea de este resurgir religioso: “*una* cristiandad vivía en esta parte del mundo humanamente configurada; *un* gran interés comunitario unía las más lejanas provincias de este vasto imperio espiritual”¹⁰⁸.

Los diversos trabajos que se han preocupado por establecer la genealogía y evolución semántica de la idea de Europa han destacado siempre su emergencia como contra-concepto que venía a sustituir al término cada vez más cuestionado de *Cristiandad*; así, Paul Hazard, en su obra *La crisis de la conciencia europea*, situará la emergencia del concepto entre los años 1680 y 1715, momento de un “brusco pasaje” y uno de cuyos síntomas habría sido la sustitución del término “Cristiandad”, en tanto que espacio superior común, por el más moderno y laico término de Europa¹⁰⁹, reemplazo estudiado y subrayado también por otro autor ya clásico, el primero en preguntarse por el concepto de Europa contemporáneamente, Heinz Gollwitzer: el término de Europa no surge y se impone por azar, sino que habría respondido a cierta “estrategia” o intencionalidad de un momento dado: Gollwitzer muestra, a través de los textos que promovieron su uso, hasta qué punto la formación histórica del concepto responde a un proceso de secularización, contexto en el que el término de ‘Europa’ aparece como una figura “racional” y “moderna”, capaz de superar la fragmentación confesional y ofrecer una nueva coherencia¹¹⁰. Pero pese a esta historia enmarcada en

¹⁰⁷ “es waren glänzende Zeiten, wo Europa ein christliches Land war...” (Novalis, *Die Christenheit oder Europa*, 1799).

¹⁰⁸ Novalis, 1977, p. 71.

¹⁰⁹ Hazard, 1935.

¹¹⁰ Aspecto también subrayado, recordemos por el trabajo de Schmidt, 1966 (estos aspectos acerca de los orígenes primeros de la idea moderna de Europa, y de los trabajos que con anterioridad han rastreado en la genealogía semántica de este concepto, como oposición a “Cristiandad”, se hallan desarrollados con mayor detalle en el capítulo de Introducción del presente trabajo).

un proceso de secularización y racionalización, y recordándonos una vez más que la historia está lejos de presentarse como un fenómeno lineal, las primeras décadas del siglo XIX conocen, tras la traumática experiencia del ciclo revolucionario, un *revival* religioso que, de la mano de contrarrevolucionarios y románticos, intentará discutir esa sustitución, apostando en su lugar por la equiparación: la verdadera alma de Europa, su fundamento y unidad, residirá precisamente en ese espíritu y comunidad cristiana, que nunca debió abandonarse.

Los románticos alemanes eran casi todos de origen protestante, pero colectivamente inclinados a pensar que la Reforma había sido el primer acto de rebelión de la Europa moderna frente a la unidad integradora y cohesiva del orden medieval católico. Por ello, trazaban una línea de continuidad de la Reforma a la Revolución, en tanto que núcleos del proceso de descomposición y ruptura de la política europea. Llegaron a la conclusión además de que el protestantismo, que se había presentado siempre como un movimiento puro de autenticidad religiosa renovadora, no era en verdad tal, al menos no lo era principalmente, sino que constituía un intento político, en el interior de la Cristiandad misma, por fomentar la división, que había cambiado y trastornado radicalmente la anterior situación armónica de Europa¹¹¹: “Así perdió la religión su gran influencia política pacificadora, su papel peculiar como principio unificador e individualizador de la Cristiandad”¹¹². Pero esa unidad perdida se le antoja susceptible de ser reconstruida ahora por una nueva Iglesia (reclamación que se convertiría en una constante en los años sucesivos), surgida de un concilio europeo¹¹³.

¹¹¹ Poch (autor de la introducción a Novalis), 1977, pp. 20-21. Es así como tiene lugar en este momento la citada apertura al catolicismo, a la que acompaña la denuncia a unos príncipes europeos por haberse servido del protestantismo como instrumento para asentar su propia soberanía territorial frente a las integraciones supranacionales y supraterritoriales del Pontificado y del Imperio que habían animado la vida política de la Edad Media; unos Príncipes que, en opinión de Novalis, “estaban muy fervientemente preocupados por evitar la unión de las iglesias protestantes”. La religión fue así encerrada “de manera irreligiosa dentro de fronteras estatales, poniéndose con ello la base para la progresiva destrucción del interés religioso cosmopolita”. Novalis hace recaer en la Reforma el fin de la Cristiandad, “divorcio sectario” que separa a los europeos entre sí más de lo que lo están de paganos o mahometanos. La “sede universal vacante”, además, se convirtió entonces en objeto de codicia de poderosos Estados aislados, que buscaban transformarla en un trono.

¹¹² Novalis, 1977, pp. 80 y 81.

¹¹³ “¿No debe terminar por fin el protestantismo y hacer sitio a una Iglesia nueva, permanente? Las otras partes del mundo esperan la reconciliación y resurrección de Europa para unirse y llegar a ser conciudadanos del reino celestial (...). La Cristiandad tiene que hacerse de nuevo viva y eficaz y formarse otra vez una Iglesia visible sin respetar fronteras nacionales, que acoja en su seno a todas las almas sedientas de lo supraterrrenal y se haga gustosa mediadora entre el viejo y el nuevo mundo. (...). La Cristiandad se levantará del seno sagrado de un venerable concilio europeo (...) el ser de la Iglesia será auténtica libertad, y todas las reformas necesarias se llevarán a cabo bajo la dirección de la misma en forma de procesos estatales pacíficos y formales” (Novalis, 1977, pp. 105-106).

“La sangre correrá por Europa hasta que las naciones descubran su terrible locura que las hace correr en círculo, y, alcanzadas y calmadas por una música sagrada, vayan hacia antiguos altares en una mezcla multicolor, se propongan obras de paz y se celebre un ágape (...). Sólo la religión puede despertar otra vez a Europa y dar a los pueblos seguridad, e instalar con nuevo esplendor la Cristiandad visible sobre la tierra, en su antigua y pacificadora función”¹¹⁴

Novalis, como tantos otros, añoraba los tiempos idealizados medievales y prerreformistas, en los que Europa formaba esa unidad perfecta tan anhelada (tema que veremos recuperado, aunque con consecuencias políticas bien diferentes, también por el Conde de Saint-Simon). La Europa que a duras penas se repone de las heridas de la guerra busca con fervor un nuevo motivo de cohesión, y éste lo va a encontrar en el pasado. La Edad Media se presenta así como el tiempo del pleno cumplimiento político y cultural, una sociedad pacificadora dirigida por una vida unitaria y diversa, en donde el espíritu religioso se constata más necesario para la construcción política que cualquier andamiaje racional o utilitario¹¹⁵.

“Cuán benéfico, cuán adecuado era este gobierno, esta institución, a la naturaleza interna de los hombres, lo revelaba el poderoso auge de todas las otras fuerzas humanas, el desarrollo armónico de todas las disposiciones, la prodigiosa altura que alcanzaron algunos hombres en todas las materias de las ciencias de la vida y del arte, y el tráfico comercial, floreciente en todas partes, de mercancías espirituales y terrenales en el ámbito de Europa e incluso hasta la India más lejana”¹¹⁶

Y sin embargo, la idealización de una Europa medieval asimilada a la Cristiandad, lugar común del pensamiento de esta época, no deja de ser una concepción anacrónica, porque Europa no había sido comúnmente identificada, no se había autorreconocido como equiparable a la Cristiandad hasta el siglo XV; las primeras apariciones del término “Europa” no llegaron sino en las últimas décadas del siglo VIII, ante la dificultad de designar la nueva realidad del continente: en la corte de Carlomagno como en los centros eclesiásticos del Imperio y también en Roma se empezó a extender su uso, como un término unívocamente político (designando a Carlomagno como “*gloria regni europae*”, -775 d.c.-, o como “*Europae venerand pharus*”, 779), pese a lo cual, en la Edad Media, Europa constituía todavía una expresión culta arcaizante, más que el reflejo de una realidad¹¹⁷.

¹¹⁴ Novalis, 1977, pp. 102-103.

¹¹⁵ Poch, 1977, p. 58.

¹¹⁶ Novalis, 1977, p. 75.

¹¹⁷ Gollwitzer, 1951, pp. 165-166.

La perspectiva de Novalis presenta desde luego desvíos de la verdad histórica, pero ofrece, en su insistencia de volverse hacia la historia, una nueva mirada, y contribuye a que, a partir de entonces, el desenvolvimiento de la civilización en todos sus periodos pasase a concitar un interés de primer orden (que cristalizaría en la gran obra de Guizot que veremos en el capítulo siguiente).

“Nos encontramos aquí frente a tiempos y períodos [...] ¿pero no hay que esperar también de ellos con seguridad una resurrección, un rejuvenecimiento en una forma nueva, intensa? Evoluciones progresivas y que crecen cada vez más, son la materia de la historia. Lo que ahora no alcanza la perfección, la alcanzará en un intento posterior o reiterado; nada de lo que abrazó la historia es pasajero, y a través de transformaciones innumerables renace de nuevo en formas siempre más ricas”¹¹⁸

A continuación repasa los frutos de la Ilustración, que fundó un nuevo “gremio europeo: los filántropos e iluministas”, quienes sí supieron no obstante dar cristalizaciones a esa materia histórica. Novalis se muestra ambivalente frente a la Revolución Francesa; muestra respeto y admiración por lo que a sus ojos constituye una obra prometeica, pero sufre también la influencia de las lecturas de Burke, que le hace ver la Revolución como la espada que ha cortado el hilo de la historia política europea. Sus convicciones metafísicas le llevan finalmente a rechazar la Revolución, antítesis del organicismo medieval (Novalis defiende una visión organicista de la sociedad, donde la nobleza representa la “facultad moral” que le hace valedora de su función social), y a apostar por una síntesis restauradora y progresiva¹¹⁹. Oponiéndose con firmeza a Voltaire, esa oposición cristaliza y alcanza su punto más álgido en la noción de Europa: se pasa así de la Europa volteriana de la cultura, a la Europa romántica del espíritu. Ha llegado el tiempo de volverse hacia la religión: es el momento, en fin, de resucitar la Edad Media. Sorprendente resurgir éste de la *Christianistas*, o al menos de una *Christianitas* poderosamente fantasmagórica, de la que Novalis esboza un retrato idílico. Pero no se trata, con exactitud, de nostalgia: en sus proposiciones inspiradas por el “concilio europeo”, es en el futuro en lo que sueña el poeta. La Europa de mañana surge de la Europa de antes de ayer; el pasado cristiano, en el que hay que reencontrar el espíritu más allá de las catástrofes de la Reforma y la Ilustración, nos anuncia un alba

¹¹⁸ Novalis, 1977, p. 77.

¹¹⁹ Poch, 1977, p. 54.

nueva¹²⁰: “seréis así cristianos y miembros de una comunidad única, eterna, indeciblemente feliz”¹²¹.

Cualquier “espíritu histórico”, nos dice Novalis, sabe que ha llegado el tiempo de la resurrección, y que la anarquía es el elemento generador principal de toda religión. El revolucionario es como Sísifo, y su piedra no se mantendrá arriba si no es por la atracción de una fuerza celestial. Así, Novalis nos anuncia el advenimiento de una nueva época religiosa que iba a marcar este primer momento restaurador, “el latido de la nueva época”, de una nueva historia y una nueva humanidad, una edad de oro y reconciliación:

“Para mí no es más que la llamada solemne hacia una nueva reunión primigenia, el poderoso aletazo de un heraldo angelical que pasa. Son los primeros dolores del parto, ¡dispóngase cada cual para el nacimiento!”¹²²

En Novalis se mezcla el nacionalismo con el europeísmo o el más abierto cosmopolitismo universalista. Los románticos no eran de por sí nacionalistas, aunque hayan contribuido grandemente a su difusión histórica. Para Novalis, la Nación es un gran ser individual, un *macro-anthropos* que se opone a la visión revolucionaria e imperial, y que se sostiene en base a organismos, que constituyen a su vez sistemas finalistas y funcionales¹²³. El patriotismo es para Novalis la “*pietas*” por la Europa del pasado y por la Humanidad del futuro; Esta *piEDAD* europea, cristiana y humanitaria, no representa sin embargo una merma de la posición de Alemania, que en este ideal de la Nueva Cristiandad viene a jugar un papel decisivo; mientras el resto de los países andan ocupados en la guerra, la especulación y el espíritu partidario, Alemania hace gala de

¹²⁰ Hersant, Durand-Bogaert, 2000, p. 117.

¹²¹ Novalis, 1977, p. 104

¹²² Novalis, 1977, p. 99. Pero si la fe en el futuro es grande, el espectáculo político que le presenta su tiempo no puede aparecérselo como menos desolador: “¿No se harán amigas [las naciones], ante los ataúdes de sus seres queridos, no olvidarán todo lo adverso cuando les hable la compasión divina y una desgracia, una desolación, un sentimiento les llene los ojos con lágrimas? ¿(...) no ansían ser amigos y aliados? (...) ¿dónde está aquella confianza celestial de los hombres entre sí (...), aquel espíritu de la Cristiandad que todo lo abraza?” (1977, p. 103). Novalis se encuentra con un mundo antiguo y uno nuevo en lucha, en el que el precario equilibrio entre potencias nunca podrá suponer una paz real: “¿Como si aquí también, al igual que en las ciencias, una conexión y contacto más estrecho y diverso entre los Estados europeos fuese ante todo la finalidad histórica de la guerra, si un nuevo movimiento de la Europa hasta ahora adormecida se pusiese en juego, si Europa quisiera despertar de nuevo, si un Estado de los Estados, una doctrina política de la ciencia nos amenazase! ¿Debiera ser acaso la jerarquía, esta figura básica simétrica de los Estados, el principio de la unión de los Estados como visión intelectual del yo político? Es imposible que fuerzas temporales se equilibren a sí mismas, sólo un tercer elemento, a la vez temporal y supratemporal, puede resolver este cometido. Entre las potencias beligerantes no cabe concertar la paz, toda paz es mera ilusión, mero armisticio; bajo el punto de vista de los gabinetes, de la conciencia vulgar, no es pensable ninguna unión” (1977, p. 101).

¹²³ Poch, 1977, p. 59.

una cultura superior, y así el patriotismo germano se vierte en función ecuménica de los nuevos tiempos, y el espíritu alemán se vuelve resorte y fermento de la nueva edad¹²⁴.

En el quicio de estos dos siglos, Novalis aparece como uno de los primeros románticos. Pero el autor alemán es también un ilustrado, al que el *mal du siècle* no tienta; frente a él, muestra una decidida apertura hacia el conocimiento científico y empírico, influido por Schlegel y la escuela de Jena, el pensamiento crítico-idealista y subjetivo-trascendental de Fichte o Schelling, y muestra un decidido optimismo frente al futuro. El pensamiento romántico, ya lo veíamos antes, es ante todo un pensamiento histórico; pretende penetrar en el pasado para proyectarse hacia el porvenir, soslayando el presente, que se presenta así como mero momento de ensamblaje. El fin del historiador no sería otro pues que el de vincular el pasado con el futuro. La historia de los románticos no es espejo de virtudes ni acumulación de datos, sino que se somete a la reelaboración poética, en pos del sentido profundo y oculto de los acontecimientos; siguiendo las concepciones historicistas de autores como Möser, Herder o también Burke, para Novalis la Historia es un arte en sentido estético¹²⁵ —del mismo modo que sus ideas políticas son indiscernibles de sus especulaciones estéticas.

“Donde no hay Dioses, reinan fantasmas, y la época en que nacieron propiamente los fantasmas europeos, y que explica asimismo bastante su figura, es el periodo de transición de la doctrina de los Dioses griega al Cristianismo. Así, pues, venid también vosotros, los filántropos y enciclopedistas, a la logia pacificadora, y recibid el beso fraternal, quitad la red gris, y contemplad con amor joven la gloria milagrosa de la naturaleza, de la historia y de la humanidad”¹²⁶

Novalis muere en 1801, en plena época napoleónica, pero, siendo probablemente el más importante de los pensadores políticos del romanticismo, pronto se erige en una cantera para todo el pensamiento posterior (“el problema político es, supongo, uno de los más importantes problemas, si no el más alto”), fuente de la que bebería directamente el *Génie du Christianisme* de Chateaubriand (1802). Su pensamiento político, humanista y contrario al totalitarismo prusiano, construido sobre esa fusión filosófico-poética con tintes de pietismo, se nutre así de las discusiones doctrinales de los tiempos de la Revolución, pero también del historicismo de Möser y Herder, y se contagia del organicismo social característico del romanticismo, la reviviscencia religiosa

¹²⁴ “Del resto de los países europeos, sólo cabe profetizar que con la paz comenzará a latir en ellos una nueva vida religiosa superior y pronto devorará cualquier otro interés temporal. En Alemania, por el contrario, se puede ya con toda certeza mostrar las huellas de un mundo nuevo. Alemania marcha a paso lento pero seguro a la cabeza del resto de los países europeos” (Novalis, 1977, p. 94).

¹²⁵ Novalis, 1977, pp. 55-56.

¹²⁶ Novalis, 1977, p. 98.

como reacción contra el paganismo racionalista de la época clásica y la Ilustración, y el ideal europeísta de integración propio de la Cristiandad, asimilado ahora a esa “paz perpetua” perseguida por tantos filósofos en la estela de Kant:

“¿Cuándo, y cuando pueda ser antes? Esto no hay que preguntarlo. Tengamos tan sólo paciencia, vendrá, tiene que venir, el tiempo sagrado de la *paz perpetua*, en que la nueva Jerusalén será la capital del mundo”¹²⁷.

Con frecuencia se ha calificado de utópica la obra *Europa o la Cristiandad*; pero subyace aquí una confusión conceptual entre lo “ideal” y lo “utópico”, tal y como explica Poch: así, todo pensamiento político puede y debe tener un momento ideal, posible, que es “marcha hacia la estrella en la navegación”; en cambio, lo que se ha dado en llamar momento utópico para nada tiene juego en el contexto de lo real. *Europa o la Cristiandad* es pues una obra ideal, que muestra una idealidad retrospectiva y medievalizante, pero también una idealidad proyectiva y soñada para el futuro. Y por ser precisamente ideal es por lo que ha influido en facturas históricas de Europa tales como la de la Santa Alianza y, como apunta su prologuista, “por lo que Novalis, si un día la construcción europea se logra, debe ser contado entre sus fundadores”¹²⁸. Y aunque yo no suscribiría una afirmación semejante, es cierto que ha de contársele entre los grandes pensadores que abordaron el tema de Europa en este tiempo; se trata de un texto no exento de mesianismo (“los restantes continentes del mundo esperan la reconciliación de Europa para unirse a ella”), y que pese a que los hermanos Schlegel juzgaron demasiado exaltado¹²⁹, dejó una impronta innegable en toda esta primera mitad de siglo.

Hemos visto cómo uno de los aspectos de este *revival* del cristianismo será el afán precisamente por abolir las barreras que dividen a las distintas familias cristianas y perseguir la recuperación de un cristianismo ecuménico, yendo un paso más allá de la tolerancia ilustrada, hacia el entusiasmo romántico. Novalis no constituye el único ejemplo; otro de los grandes representantes de este movimiento sería Franz von Baader, católico de origen pero que prestaría una especial atención a los grandes pensadores protestantes místicos del pasado, en su camino hacia la reunificación del Cristianismo. Con las guerras napoleónicas empezó ya a abrazar estas aspiraciones de reconciliación y

¹²⁷ Novalis, 1977, p. 106.

¹²⁸ Poch, 1977, p. 67.

¹²⁹ Hersant, Durand-Bogaert, 2000, p. 117.

ecumenismo, y así lo expresa en una de sus primeras plasmaciones, que serviría también de aliento a la Santa Alianza del zar Alejandro I. El panfleto *Ueber das durch die Französische Revolution herbeigeführte Bedürfnis einer neueren und innigeren Verbindung der Religion mit der Politik*¹³⁰ apareció en 1815 y llegó a las manos de los tres principales monarcas europeos: el zar ortodoxo, el emperador católico Francisco de Austria y el rey protestante Federico Guillermo de Prusia. En él se hacía hincapié en el hecho de que ninguna liga de Estados podría perdurar sin una previa liga de almas; la unidad religiosa aparecía así como el requisito previo principal para una genuina paz en Europa.

Pero acerca de cómo lograr esta reunificación no había consenso entre los románticos, que apuntaban bien a una vuelta a los orígenes del cristianismo primitivo, bien a la superación de toda diferenciación nominalista. Baader apoyaba esta segunda opción “latitudinaria”: “vivimos en un tiempo en el que todos los cristianos sin distinción deben aunar sus esfuerzos para luchar contra la incredulidad y la perdición”¹³¹. Su proyecto fue especialmente acogido con interés por el Zar, convencido de la necesidad de fundar las relaciones internacionales europeas sobre bases cristianas y, protegido por él, Baader organizó la migración de pietistas alemanes a Rusia a partir de 1815, el país que, en opinión de muchos, tenía en sus manos la capacidad de mediación entre las dos ramas del cristianismo occidental (convencimiento que se intensificó con motivo de la guerra de independencia griega de los años veinte, y que puso a la Iglesia ortodoxa en primer plano). Pero estos esfuerzos apenas duraron una década, y para los años veinte el sueño de la tolerancia y la reconciliación ecuménica era ya algo del pasado.

Semejante resurgir religioso alcanza no sólo a los románticos; otros autores ya lo venían esgrimiendo desde mucho antes. Del mismo modo que la obra de Novalis se había publicado en 1799, los máximos representantes de una Europa “neo-católica”, Burke o De Maistre, escribieron sus trabajos con anterioridad, aunque sólo en torno a 1815 comenzarían a rendir sus frutos. El tradicionalismo en Francia se centra en torno a la reflexión crítica sobre la Revolución de 1789, que llega a ser tachada de obra fruto de la conspiración de la francmasonería y el iluminismo¹³². Y curiosamente, es entre estas filas antirrevolucionarias donde se había venido cultivando una idea más precisa de Europa, tal y como nos recuerda Pim den Boer: “What is remarkable in this

¹³⁰ Citado por Schenk, 1979, p. 104.

¹³¹ Baader, *Considérations sur la doctrine et l'esprit de l'église orthodoxe* (1816).

¹³² Droz, 1988, p. 3

connection is the fact that the idea of Europe and the realization of belonging to a European community were much more clear among those who attempted to resist the revolution than among its supporters”¹³³. Una idea de Europa, eso sí, con unos matices muy particulares, como veremos, opuesta a toda abstracción universalista y racional, pero también a toda concepción moderna de libertad de los pueblos y federación. Una idea de Europa, en fin, que se esgrime políticamente para hacer frente a los cambios operados por la Revolución.

Contraria al racionalismo, su obra es fruto de la revelación divina: impregnan de justificación teológica las ideas de legitimidad, jerarquía y obediencia. Además de religiosidad, sus posiciones están igualmente marcadas por el historicismo; opuesta al universalismo de las instituciones francesas, también la escena del Derecho reacciona contra la disposición de los hombres de la precedente generación que carecían a su parecer de “sentido histórico”; autores como Savigny y Eichhorn se presentan como los nuevos firmes opositores al Derecho natural, teóricos de la Europa tradicional fundada en el Derecho de gentes, la legitimidad de los soberanos, el equilibrio europeo y la moderación de ambiciones, de cuyas fuentes van a beber los políticos del momento, de Canning a Metternich o el zar de Rusia. Y sin embargo, hay quien apunta¹³⁴ que estos pensadores, así como los partidarios del partido ultramonárquico, no buscan tanto una vuelta al *Ancien Régime* como crear un orden nuevo, basado eso sí en la monarquía y la religión, con ideas del catolicismo y el romanticismo que llegan a Francia de mano de los exiliados que regresan ahora (autores como Chateaubriand ya habían expuesto la imposibilidad de un restablecimiento completo del pasado), y difunden sus ideas a través de periódicos como *La Gazette de France*, *La Quotidienne* y *Le Drapeau blanc*, o las sociedades secretas de “Caballeros de la fe” y “Francos regenerados”, rama escindida de la francmasonería.

Edmund Burke iba a ser el autor que dejase su impronta más que nadie tanto en el pensamiento reaccionario francés (Bonald, de Maistre), como en políticos del espacio austro-germánico de la talla de Gentz (su traductor) o Metternich. También entre los románticos halla lectores apasionados: Burke expresa lo que esta generación sentía, pero partiendo de bases ideológicas muy distintas. Su obra *Reflections on the French Revolution*, publicada en 1790, fue inmediatamente traducida al francés, donde tuvo un

¹³³ Boer, 1995, p. 66

¹³⁴ Droz, 1988, p. 106

gran impacto. Pocos años después (1796) escribía *Three letters on the proposals for peace with the Regicide Directory of France*, donde daba la siguiente definición de Europa, como un “gran Estado” con bases comunes en cuanto a Derecho, religión, sistema económico y político, surgido de las instituciones feudales y el Derecho romano:

“At bottom [religion, laws and manners throughout Europe] are all the same. The writers on public law have often called this *aggregate* of nations a commonwealth. They had reason. It is virtually one great state having the same basis of general law, with some diversity of provincial customs and local establishments. The nations of Europe have had the very same Christian religion, agreeing in the fundamental parts, varying a little in the ceremonies and in the subordinate doctrines. The whole of the polity and economy of every country in Europe has been derived from the same sources. It was drawn from the old Germanick or Gothick customary, from the feudal institutions which must be considered as an emanation from the customary; and the whole has been improved and digested into system and discipline by the Roman law. (...) From all those sources arose a system of manners and of education which was nearly similar in all this quarter of the globe; and which softened, blended and harmonized the colours of the whole. There was little difference in the form of the universities for the education of their youth, whether with regard to faculties, to sciences, or to the more liberal and elegant kinds of erudition”¹³⁵

Burke veía en el Sacro Imperio romano de la nación germana la piedra angular del equilibrio europeo, la fuente de las costumbres, las instituciones, la educación y el modo de vida común. Y así concluye afirmando que no hay exilio en Europa, porque ningún hombre se sentirá, a pesar de residir en otro país, totalmente en el extranjero:

“There was little difference in the form of the universities for their education of their youth (...) From the resemblance in the modes of intercourse, and in the whole form and fashion of life, no citizens of Europe could be altogether an exile in any part of it (...) When a man travelled or resided for health, pleasure, business or necessity far from his own country, he never felt himself quite abroad”¹³⁶

Palabras estas últimas que, recordemos, hallarían eco, quién lo iba a decir, en afirmaciones similares del mismo Napoleón¹³⁷. Burke, en todo caso, traza esta descripción de Europa en su sentido más histórico; si para Napoleón Europa era algo a construir en el futuro, para Burke Europa es sobre todo obra del pasado, y esta visión será la que va a prevalecer en el pensamiento de principios de siglo. La Francia revolucionaria no construye una nueva Europa, sino que atenta contra la vieja, y está

¹³⁵ Burke, Vol. II, 1834, p. 299.

¹³⁶ Burke, 1834, p. 215.

¹³⁷ Las Cases, 1935, 6 de noviembre 1816 (acerca de que un viajero se hallará siempre como en casa en cualquier rincón del continente).

llevando al continente a una guerra civil entre “the ancient civil, moral and political order of Europe, against a sect of fanatical and ambitious atheists... It is not France extending a foreign empire over other nations; it is a sect aiming at universal empire and beginning with the conquest of France”¹³⁸.

Joseph de Maistre se descubre como otro recalcitrante defensor de la fe (de una fe iluminada, en esta ocasión), con la que busca devolverle a Europa su unidad perdida. Adversario de la Revolución y de la razón ilustrada, Joseph de Maistre pretende también regenerar Europa; pero su visión no es romántica, le importa poco la poesía y su elogio de la Edad Media resulta bastante convencional; su único fin es político, al servicio del cual pone la historia. Militante infatigable, soldado del Papa más que de Cristo, y defensor acérrimo de la monarquía clerical, presenta algunas ideas fijas en su obra: para evitar el doble escollo del despotismo y de la anarquía, una cierta soberanía es necesaria; la del Papa es permanente, mientras que las otras se presentan efímeras; y a esta suprema instancia espiritual debe Europa su civilización y su felicidad.

El ensayo *Du Pape* se publica en 1819, veintitrés años después que sus *Considérations sur la France*, y es tributario de una estancia efectuada por el autor en Rusia, en calidad de consejero oficial del zar Alejandro I. Allí Maistre, afectado por la reprobación que sufría el catolicismo, decide combatir a los adversarios de Roma, comenzando por los galicistas y ortodoxos, a los que lanza una ruda advertencia: “Toute nation européenne soustraite à l’influence du Saint-Siège sera portée invinciblement vers la servitude ou la révolte »¹³⁹.

Los reyes favorecieron tres siglos antes, en su opinión y en la línea de lo sostenido por Novalis, “la grand révolte pour voler l’Église”¹⁴⁰. De Maistre ostenta el “merito”, si puede calificarse de tal, de esgrimir con naturalidad y recurrencia la expresión “soberanía europea”, reconociéndola por lo tanto como una fuente legítima de poder, real y reconocible. Y apunta además a que las diferencias nacionales deben ser erradicadas y a que ésta es “una opinión universal”; subraya pues que no es el único en pensarlo así, aunque su particularidad reside en que esa soberanía europea la hace descansar en manos de la Providencia y el Pontífice, y en su relación con “la civilización y la felicidad de los pueblos”:

¹³⁸ Burke, *Reflections on the Revolution in France*, 2003, p. 225.

¹³⁹ De Maistre, 1966, p. 278, recogido en Hersant, Durand-Bogaert, 2000, pp. 123-124.

¹⁴⁰ De Maistre, 1966, p. 277, y cita para apoyar esta afirmación curiosamente unas palabras de Hume.

« Nul esprit droit et pur ne refusera de reconnaître l'action de la Providence dans cette opinion universelle qui envahit l'Europe et montra à tous ses habitants le souverain pontife comme la source de la souveraineté européenne, parce que la même autorité, agissant partout, effaçait les différences nationales autant que la chose était possible et que rien n'identifie les hommes comme l'unité religieuse. La Providence avait confié aux papes l'éducation de la souveraineté européenne »¹⁴¹

En el capítulo IV del tercer libro titulado *Institution de la monarchie européenne*, De Maistre da a entender que los Papas son « delegados divinos », por lo que toda acción de un Papa contra los soberanos resultará siempre en favor de esa soberanía europea. Su fundamento constitucional: una “gran Carta europea”, proclamada insensiblemente, sin amenazas, sin leyes ni combates, sin violencia ni resistencia alguna; pero por supuesto, una constitución consuetudinaria y no escrita: “non sur le vil papier, non par la voix des crieurs publics, mais dans tous les cœurs européens, alors tous catholiques »¹⁴². Europa no necesita de otra constitución, los Papas son sus “verdaderos genios constituyentes”. El cristianismo es pues el fundamento de la monarquía europea (“les Papes ont élevé la jeunesse de la monarchie européenne”), y la sola vía para penetrar en los espíritus unificados que permita un avance de la moral, la ciencia y la civilización común:

« C'est le christianisme qui a formé la monarchie européenne, merveille trop peu admirée. (...) sans le pape, ce n'est plus qu'un système, une croyance humaine, incapable d'entrer dans les cœurs et de les modifier pour rendre l'homme susceptible d'un plus haut degré de science, de morale et de civilisation »¹⁴³

Y a pesar de todo De Maistre también reconoce a Europa otra especificidad característica, en consonancia con lo que expondrá más tarde Guizot: la búsqueda de la libertad como rasgo primigenio (aunque De Maistre, claro está, no lo secunda):

« L'univers s'est partagé en deux systèmes d'une diversité tranchante. *La race audacieuse de Japhet* n'a cessé, s'il est permis de s'exprimer ainsi, *de graviter* vers ce qu'on appelle *la liberté*, c'est-à-dire vers cet État où le gouvernement est aussi peu gouvernant, et le gouverné aussi peu gouverné qu'il est possible. Toujours en garde contre ses maîtres, tantôt l'Européen les a chassés, et tantôt il leur a opposé des lois. Il a tout tenté, il a épuisé toutes les formes imaginables de gouvernement

¹⁴¹ De Maistre, 1966, pp. 275-276.

¹⁴² De Maistre, 1966, p. 276.

¹⁴³ De Maistre, 1966, p. 292. Nada identifica a los hombres como la unidad religiosa; todas las naciones han sentido, en su opinión, ese poder constituyente del Cristianismo, su « sello universal », y aquella que permanezca separada de sus congéneres sentirá que algo le falta; tarde o temprano, por la razón o por la violencia, pronostica, acabará sin embargo reuniéndose con el reino europeo, porque los pueblos se hallan unidos por un vínculo misterioso, y la durabilidad de sus regímenes es inextricable de la perfección del principio religioso que los rige. El principio de gobierno perfecto, claro está, es el del Papado, al que ensalza una vez más a modo de conclusión: « Les papes furent les instituteurs, les tuteurs, les sauveurs et les véritables génies constituants de l'Europe » (1966, p. 293).

pour se passer de maîtres ou pour restreindre leur puissance (...). Personne sans doute n'imaginera de conseiller à l'Europe le droit public, si court et si clair, de l'Asie et de l'Afrique; mais puisque le pouvoir chez elle est toujours craint, discuté, attaqué ou transporté; puisqu'il n'y a rien de si insupportable à notre orgueil que le gouvernement despotique, le plus grand problème européen est donc de savoir: *Comment on peut restreindre le pouvoir souverain sans le détruire*"¹⁴⁴.

Como otros autores de la época, exalta la supremacía de Europa "a la cabeza de la humanidad", aunque no por eso deja de hacer al respecto las más sombrías profecías, si todos los pueblos de Europa no se avienen a regresar a Roma y a la sumisión al papado, "gran demiurgo de la civilización", fundador de la "monarquía europea" y "fuente de la soberanía de Europa". Europa no constituye ningún proyecto para el futuro, es algo que queda olvidado en las brumas del pasado; y antes de morir, dejaba estas aciagas palabras: "Je meurs avec l'Europe, je suis en bonne compagnie"¹⁴⁵.

El llamamiento al Papa como único salvador posible del estado europeo también aparece en Chateaubriand. Chateaubriand, aunque inclinado a posturas más liberales que las últimas expuestas, constituye el principal artífice en Francia del retorno de lo religioso:

« S'il existait au milieu de l'Europe un tribunal qui jugeât au nom de Dieu les nations et les monarques, et prévînt les guerres et les révolutions, ce tribunal serait le chef-d'œuvre de la politique et le dernier degré de la perfection sociale. Les Papes, par l'influence qu'ils exerçaient sur le monde chrétien, ont été au moment de réaliser ce beau rêve »¹⁴⁶

En los últimos años del siglo dieciocho publicaba un opúsculo con el título de *La Religion chrétienne par rapport à la morale et à la poésie*, en el que reclamaba la importancia de la religión para las instituciones sociales y que sería el germen de su famoso *Le Génie du christianisme* de 1802, en la misma línea de Novalis y con idéntico éxito y repercusión; una extensa descripción, sin asomo de ambición teológica alguna, sobre las bondades de la religión católica en tanto que madre de las artes y las letras europeas.

Pero junto a la religión, otros son también los temas que atraen su reflexión, y que se relacionan directamente con el tema que aquí tratamos; más allá de la mera concepción de una Europa cristiana, Chateaubriand, curiosamente, también es capaz de prever, una Europa democrática para el futuro. En 1797 había publicado *Essai sur les*

¹⁴⁴ De Maistre, 1966, p. 131.

¹⁴⁵ De Maistre, carta al conde Marcellus, 9 de agosto de 1819, citado en Rougemont, 1963, p. 208.

¹⁴⁶ Cit. en Vuyenne, 1964, p. 115.

révolutions, contemporánea de las obras de Burke o Herder, una obra acerca de todas las revoluciones acaecidas en la historia que dejaba entrever tanto su carácter monárquico y religioso como su gusto por las ideas generales y la libertad, y en el que clamaba contra las primeras violencias de la Revolución, liquidadoras del sueño de la República universal, la paz general y la fraternidad de naciones: “République universelle, fraternité des nations, paix générale, fantôme brillant d’un bonheur durable sur la terre, adieu!”¹⁴⁷.

Chateaubriand cree en el parentesco profundo, la afinidad existente entre la sensibilidad cristiana y la melancolía moderna. En los últimos capítulos de sus *Mémoires d’Outre-Tombe*, y en concreto en el artículo de 1834 que lleva por título “L’Avenir du monde” (y que trataremos con más detalle en el cuarto capítulo), Chateaubriand desarrolla su personal interpretación de lo que serán los tiempos futuros: “L’idée chrétienne est l’avenir du monde”. Pero este “futuro del mundo” aparece a su vez marcado por dos procesos mayores: la democratización y la internacionalización. Su anuncio del advenimiento democrático, es cierto, resulta de un tono ambiguo: “L’Europe court à la démocratie... La France et l’Angleterre comme deux énormes béliers frappent à coups redoubles les remparts croulants de l’ancienne société (...) Le monde comme on le mène va à la république”. Pero como contrapunto a esta democratización generalizada que él anuncia y la previsión de la desaparición de las fronteras entre las naciones, respecto a la cual se muestra inquieto, augura dificultades al tiempo que deja preguntas sin respuesta; así, por ejemplo, en el capítulo de las Memorias que habla sobre las desigualdades de riqueza, escribe acerca de un mundo que, abolidas las fronteras geográficas, tendrá dificultades para mantener las fronteras sociales (lograda la libertad, se impone el reclamo de la igualdad)¹⁴⁸. Desde esas mismas páginas constata la permanencia entre sus contemporáneos de la utopía de que el progreso avanza hacia la unión de la humanidad, pero duda de que esto sea deseable:

« La folie du moment est d’arriver à l’unité des peuples et de ne faire qu’un seul homme de l’espèce entière, soit; mais en acquérant des facultés générales, toute une série de sentiments privés ne périra-t-elle pas? Adieu les douceurs du foyer;

¹⁴⁷ Chateaubriand: *Essai sur les révolutions*, 1797, citado por Bénichou, 2001, p. 56

¹⁴⁸ “Quand la vapeur sera perfectionnée, quand unie au télégraphe et aux chemins de fer, elle aura fait disparaître les distances, ce ne seront plus seulement les marchandises qui voyageront mais encore les idées rendues à l’usage de leurs ailes. Quand les barrières fiscales et commerciales auront été abolies entre les divers États, comme elles le sont déjà entre les provinces d’un même État; quand les différents pays en relations journalières tendront à l’unité des peuples, comment ressuscitez-vous l’ancien mode de séparation?” (Chateaubriand, 2003, t. II, p. 1006).

adieu les charmes de la famille: parmi tous ces êtres blancs, jaunes, noirs, réputés vos compatriotes, vous ne pourriez vous jeter au cou d'un frère »¹⁴⁹

En el *Essai sur les révolutions* ya había atribuido a Godwin y a Condorcet la idea de que « les nations après un amas énorme de lumières, deviendraient toutes éclairées et s'uniraient sous un même gouvernement dans un état de bonheur inaltérable », idea que había constituido para él de hecho la gran base de la doctrina jacobina. Si bien en los años veinte se aproximaría en algunos momentos a posturas liberales acerca de la perfectibilidad indefinida, en las Memorias da un giro al criticar el sistema de perfección en la medida en que se distingue de la esperanza cristiana, a la que seculariza. Aunque se muestra favorable a los progresos técnicos, resalta a cambio el empobrecimiento moral y cultural al que llevaría la unificación:

« Quelle serait une société universelle qui n'aurait point de pays particulier (...)? Qu'en résulterait-il pour ses mœurs, ses sciences, ses arts, sa poésie? Comment s'exprimeraient des passions ressenties à la fois à la manière des différents peuples dans les différents climats? (...) De la fusion des sociétés résultera-t-il un idiome universel... ? Sous quelle règle semblable, sous quelle loi unique existerait cette société? »¹⁵⁰

Apologista de la monarquía restaurada (*Réflexions politiques*, octubre de 1814), apuesta por un “liberalismo aristocrático” inspirado en el modelo británico, que ha sabido adelantar en más de un siglo el devenir de los acontecimientos. Y frente al cosmopolitismo del siglo precedente, Chateaubriand expresa bien el sentir romántico de su siglo, su apuesta por la diversidad; dada la heterogeneidad moral de los individuos, la sociedad natural es imposible. El talento por su parte es algo íntimo, individual, nacional, cuyos misterios escapan al espíritu que no es su compatriota: « Le style n'est pas, comme la pensée, cosmopolite; il a une terre natale, un ciel, un soleil à lui ». Chateaubriand recibe con interés y de manera favorable los progresos económicos y técnicos, tales como el desarrollo de los intercambios comerciales, la exploración del mundo entero, la rápida transformación de los medios de transporte y de transmisión de información, la circulación cada vez más intensa de hombres e ideas entre las naciones. Pero al mismo tiempo se enfrenta a la utopía de la mundialización cultural

¹⁴⁹ Chateaubriand, 2003, t. II, p. 1011.

¹⁵⁰ Chateaubriand, 2003, t. II, p. 1012. Melancolía en fin con la que expresa los tiempos de incertidumbre que le ha tocado vivir, y el rechazo a ese mundo democrático y unido que parece deparar el porvenir: “Il est passé le temps des félicités individuelles : les petites ambitions, les étroits intérêts d'un homme s'anéantissent devant l'ambition générale des nations et l'intérêt du genre humaine. En vain vous espérez échapper aux calamités de votre siècle... » (Cit. en Berenkassa, 1986, p. 11).

cuyo falso universalismo se le antoja una de las herencias más discutibles de la Ilustración y su culminación en el periodo revolucionario e imperial, justificando su rechazo por el vínculo natural a las identidades recibidas de la tradición, junto con una extensa reflexión acerca de las repercusiones de la aculturación¹⁵¹. Y pese a todo, tiene una premonición final: “L’Europe sera République ou tombée sous le despotisme militaire”¹⁵².

Su anclaje en el tiempo pasado, sin proyecto preciso de ideas nuevas aplicables al futuro de una sociedad cambiante –más allá de algunas visiones catastrofistas–, iba a limitar sobremanera, a pesar del inicial éxito inmediatamente reflejado en la obra restauradora de 1815, el alcance a un medio-largo plazo de estos discursos religiosos. “Le point le plus faible du néo-catholicisme était son impuissance à assimiler le progrès moderne des sciences et la méthode de pensée qui avait rendu ce progrès possible”¹⁵³. Aunque en muchos sentidos se trate de un pensamiento reaccionario y marcadamente obsoleto ya para los tiempos modernos y el siglo que se estaba estrenando, y aunque su pretensión de restablecimiento de unos idealizados tiempos antiguos no resulte más que un sueño ilusorio, estos autores tienen el interés de haber dotado al pensamiento acerca de Europa, a través de la recuperación de esa mítica Cristiandad medieval, de una dimensión profundamente histórica, que marcaría en adelante el siglo, incluso para los pensadores socialmente más avanzados (luego estudiaremos el caso de Saint-Simon, por ejemplo). La idea de una *historia* de Europa es una idea específica del XIX¹⁵⁴, capaz de convertir el concepto de Europa en algo dinámico, estrechamente conectado con los ideales políticos, sociales y religiosos del momento, y operativo en el marco del debate acerca de lo que el futuro político debiera deparar; y esto iba a quedar reflejado, mejor que en ninguna otra parte, en los proyectos liberales concebidos en este año de 1814-185 para la nueva Europa.

¹⁵¹ Berger, 2001, p. 84.

¹⁵² Chateaubriand, *Itinéraire de Paris à Jerusalem – Note sur la Grèce*, 1825 (cita en Clément, 1999, p. 45).

¹⁵³ Bénichou, 2001, p. 223

¹⁵⁴ Y que llega a nuestros días con poderosa fuerza; tal es la tesis que explicita Brugmans en el prólogo de su historia de Europa: “*tout ce qui est arrivé aux Européens de vraiment important, leur fut toujours commun*” (1970, p. 12). La « historización » de Europa la estudiaremos con más detalle en el capítulo siguiente.

3. Proyecciones y proyectos europeos (1814-1815)

Nada inspira más el interés en una paz internacional y durable que décadas de guerras; las guerras revolucionarias y napoleónicas cambiaron para siempre las relaciones entre la guerra y la política y, más allá de los tradicionales encuentros diplomáticos para dar forma a la nueva paz, asomó un fenómeno inaudito hasta el momento: una conciencia crítica en los individuos privados que desafiaba la necesidad y la justificación moral de esos conflictos armados presuntamente legales¹⁵⁵. Al calor de los acontecimientos de 1814-1815 (“moment collectif par excellence”¹⁵⁶) germinan un buen número de proyectos de confederación europea; Foerster hace un recuento (probablemente incompleto) de nueve¹⁵⁷ y Sainte-Lorette se hace eco de al menos otros tres, todos fuera de las fronteras francesas: Arnold Mallinckrodt (1813), Karl Friedrich Krauss (1814) o Wilhelm von Gegt (1815)¹⁵⁸. Pero sin duda destacan entre ellos, en el escenario francés, las obras de Benjamin Constant o de Claude-Henri de Rouvroy, el conde de Saint-Simon.

3.1. Los liberales frente a Europa

En torno al Castillo suizo de Coppet y su propietaria Germaine de Staël se iba a congregarse un importante grupo de reflexión, de diversas procedencias, que tendrán como núcleo de sus preocupaciones el presente y futuro político y cultural europeo. Aquello que Stendhal definiría como “*les états généraux de l’opinion européenne*”¹⁵⁹, parecía erigirse efectivamente como un centro de poder intelectual paralelo, pero de sentido bien diferente al que en esos mismos momentos se congregaba en Viena (y que construye un discurso de oposición¹⁶⁰), un centro que irradiaría y ejercería

¹⁵⁵ Cooper, 1979, p. 13.

¹⁵⁶ Winock, 2001, p. 13.

¹⁵⁷ Foerster, 1967, pp. 325-354. En la representación gráfica que hace Swedberg de esta bibliografía de Foerster, este periodo correspondería pues a uno de los momentos álgidos de la gráfica, junto con la década revolucionaria (1994, p. 163).

¹⁵⁸ Sainte-Lorette, 1955, p. 25.

¹⁵⁹ Stendhal, *Rome, Naples et Florence*, 1817 (citado por Mortier, 1994, p. 17)

¹⁶⁰ King, 1986, p. 67.

poderosamente su influencia sobre todo el pensamiento libre del continente: “l’objectif de Coppet est d’encourager la réflexion libérale”¹⁶¹.

Desde allí se comenzaría a elaborar una crítica sistemática de la uniformidad como forma del despotismo moderno y la subsiguiente unificación europea bajo hegemonía francesa, mientras se exaltan las especificidades culturales y los valores románticos¹⁶². Contra la “desnacionalización”¹⁶³ llevada a cabo por Napoleón, Madame de Staël defiende (en *Considérations sur la Révolution Française*) que sólo el fortalecimiento del sentimiento nacional podrá salvar a Europa del despotismo. El “despotismo”, con el que calificarán todos los miembros del grupo de Coppet los excesos revolucionarios e imperialistas, es efectivamente el gran hallazgo, el “counter-concept to the vision of European order that emerged from the Coppet circle”, el contra-concepto frente al cual se articula la reflexión liberal de este momento, cuya genealogía y debate histórico ha sido largamente estudiado por Melvin Richter¹⁶⁴: “In contrast to the closed, static, uniform order represented by Napoleonic hegemony, Coppet offered the model of an open society founded on respect for European diversity and dedicated to the project of cultural cross-fertilization”¹⁶⁵. Napoleón es juzgado culpable de no haber sabido ofrecer a los pueblos europeos un proyecto apropiado a sus necesidades:

« Il fallait au moins qu’il soulevât l’Europe au nom de quelques avantages pour elle (...), le rétablissement de la Pologne, l’indépendance de l’Italie, l’affranchissement de la Grèce avaient de la grandeur: les peuples pouvaient s’intéresser à la renaissance des peuples. Mais fallait-il inonder de sang la terre pour que (...) les Allemands fussent gouvernés par des administrateurs français? »¹⁶⁶.

En vez de eso, Napoleón se había contentado con “établir une monarchie universelle dont il se serait déclaré le chef”, en la que tanto la Gran Nación como

¹⁶¹ Mortier, 1994, p. 20

¹⁶² “L’idée qu’ils se font de l’Europe n’est certes pas encore celle d’un Monnet ou d’un Schumann. De 1803 à 1817, c’est en fonction de l’imperialisme militaire gallocentrique de Napoléon que la réflexion politique et morale se construit et s’approfondit. Rêver d’une Europe unie relevait encore de l’utopie, et les hommes et les femmes de Coppet ne sont nullement utopistes. Constant, lecteur de Mably, avait clairement décelé les liens subtils entre la pensée utopique et la pensée autoritaire, entre le revê et la tyrannie” (Mortier, 1994, p. 20).

¹⁶³ Mme. de Staël describe el Código Civil de Napoleón como “une manière de les *dénationaliser*, pour se servir des expressions du jour”: la palabra desnacionalización aparece en cursiva de hecho por tratarse de un neologismo, aparecido en torno a 1800 (*Dix années d’exil*, 1996, p. 142).

¹⁶⁴ Quien demuestra que ya durante la Ilustración y los años de la Revolución fue motivo de un intenso debate conceptual (Richter, 2007, pp. 5-22).

¹⁶⁵ Tenenbaum, 1994, p. 361.

¹⁶⁶ Staël, *Considérations sur la Révolution Française*, 1818, T. II, p. 339.

Europa se oprimían mutuamente¹⁶⁷, porque toda dominación en ese sentido es ilegítima por naturaleza:

« Singulière manie des révolutionnaires français, d'obliger tous les pays à s'organiser politiquement de la même manière que la France! Il y a sans doute des principes communs à tous les pays, ce sont tous ceux qui assurent les droits civils et politiques des nations libres, mais que se soit une monarchie limitée comme l'Angleterre, une république fédérée comme les États-Unis ou les treize cantons en Suisse, qu'importe ? et faut-il réduire l'Europe à une idée comme le peuple romain à une seule tête, afin de pouvoir commander et changer tout en un jour ! »¹⁶⁸

Germaine de Staël reconoce así una unidad de principios en Europa, caracterizada por los derechos civiles y políticos de las naciones libres, que está por encima, por lo demás, de la forma de gobierno (y que incluye, sorprendentemente pero en una idea que veremos repetida, a los Estados-Unidos, porque Europa, por encima de un territorio, es un conjunto de principios políticos); y aunque en un Discurso al Directorio Bonaparte había anunciado el advenimiento de la era del gobierno representativo en Europa, lo cierto es que su práctica política para el continente (“Europa, esa gran palabra”), había sido bien distinta:

« C'est par l'art d'alterner entre la ruse et la force qu'il a subjugué l'Europe. Au reste, c'est un grand mot que l'Europe. En quoi consistait-elle alors? Dans quelques ministres dont il n'y en avait aucun qui n'eût autant d'esprit que beaucoup d'hommes pris au hasard dans la nation qu'ils gouvernaient »¹⁶⁹

Frente a la uniformidad napoleónica y en su exaltación de la variedad cultural y la originalidad de los pueblos, Mme. de Staël, a la cabeza de este grupo de Coppet, llega incluso a “felicitar” a los rusos por conservar su naturaleza “bárbara”:

« heureusement pour eux, ils sont toujours ce que nous appelons des barbares... je dis heureusement pour eux, non que je prétende vanter la barbarie, mais je désigne par ce nom une certaine énergie primitive qui peut seule remplacer dans les nations la force concentrée de la liberté »¹⁷⁰.

Para Germaine de Staël, como para muchos de sus contemporáneos, la verdadera Europa es también la medieval. En *La littérature considérée dans ses rapports avec*

¹⁶⁷ « Le Corse qui ne voulait se servir de la grande nation que pour opprimer l'Europe et de l'Europe que pour mieux opprimer la grande nation... » (*Dix années d'exil*, 1996, p. 123).

¹⁶⁸ Staël, 1996, p. 140.

¹⁶⁹ Staël, 1996, p. 55 y pp. 93-94.

¹⁷⁰ Staël, 1996, p. 279. Y sin embargo, por otro lado, su elogio del sistema inglés le lleva incluso a proclamar su universal aplicabilidad, con indiferencia de su acentuado sentido de las diferencias sociales (Tenenbaum, 1994, p. 366).

les institutions sociales (1801), expone la oposición entre los pueblos del sur frente a los del norte, decantándose por estos últimos, a la par que rechaza el paradigma del clasicismo. Y reconoce también el lazo de la cristiandad, que ha sabido unir a pueblos opuestos:

« La religion chrétienne a été le lien des peuples du Nord et du Midi; elle a fondu dans une opinion commune des mœurs opposés; (...); mais en fin les vainqueurs et les vaincus ont fini par n'être plus qu'un même peuple dans les divers pays de l'Europe et la religion chrétienne y a puissamment contribué »¹⁷¹

De l'Allemagne (1810), su obra cumbre, exalta el espíritu romántico y la nación alemana como corazón de Europa, origen del verdadero “patriotismo europeo” y cuya unificación sería el prefacio a la “grande association continentale”; “*Il faut, dans nos temps modernes, avoir l'esprit européen*”¹⁷², al tiempo que asegura escribir para los “lectores europeos”, porque Francia no debe construirse en torno a sí una muralla china (en su novela *Corinne* había mostrado ya la caída de las dominaciones extranjeras, frente a la que se consigue la verdadera unidad en la independencia y la libertad¹⁷³). Su idea de lo que pueda ser el “*esprit européen*” está desde luego muy lejos de la concepción napoleónica; aunque exalta las diferencias entre las distintas naciones¹⁷⁴, apela por encima de ello a una confraternidad necesaria: “Les nations doivent se servir de guides les unes aux autres et toutes auraient tort de se priver des lumières qu'elles peuvent mutuellement se prêter”¹⁷⁵, recuperando así el espíritu ilustrado de primacía de la moral universal sobre el interés nacional, pero modernizándolo tras la experiencia revolucionaria y napoleónica, para devolvérselo, reelaborado, al espíritu pacifista del diecinueve. Su visión de Europa rechaza la visión de la Revolución como fuerza nacional unificadora que habría borrado efectivamente la distinción entre la política doméstica y la internacional, e insiste, contra la imagen de una configuración de Estados tendiendo hacia un ideal abstracto universal, en un esquema mucho más complejo de

¹⁷¹ Staël, *De la littérature*, 1991, pp. 168-169.

¹⁷² Staël, *De l'Allemagne*, 1864, p. 347 (cita recogida Duroselle, 1965, Vuyenne, 1964, Rougemont, 1961, etc.).

¹⁷³ Balayé, 1994, p. 27

¹⁷⁴ “Il y a quelque chose de très singulier dans la différence d'un peuple à l'autre: le climat, l'aspect de la nature, la langue, le gouvernement contribuent à ces diversités, et nul homme quelque supérieur qu'il soit, ne peut deviner ce qui se développe naturellement dans l'esprit de celui qui vit sur un autre sol, qui respire un autre air”).

¹⁷⁵ Staël, 1864, p. 371.

imbricación de historias, culturas y vidas sociales paralelas, en la mutua retroalimentación de la unidad y la diversidad¹⁷⁶.

La crítica política de los autores de Coppet, sumado a sus importantes trabajos de crítica literaria y al rechazo generalizado de los modelos estéticos del clasicismo, hacen del grupo un importante caldo de cultivo para la crítica cultural y en general para la explosión de los nuevos modelos culturales (como la autoconciencia germana de su especificidad nacional). Aunque aquéllos que se reúnen en Coppet forman verdaderamente un grupo de pensamiento internacional (con Benjamin Constant, la propia Staël, los hermanos Schelegel, Bonstetten, Sismondi...), y efectivamente dan muestra en cierto sentido de una “voluntad de internacionalización de la cultura”¹⁷⁷, su ideal intelectual está lejos de asemejarse a la tradicional *république des lettres*; y a pesar de todo Mme de Staël sí sueña con “l’association de tous les hommes qui pensent d’un bout de l’Europe à l’autre”¹⁷⁸.

Todo lo cual va conformando poco a poco una idea de Europa, en suma, entendida como sistema abierto de Estados interdependientes en continua evolución histórica y orientados por un sentido de *perfectibilidad* —humana y social— infinita¹⁷⁹, que se alza contra el sistema cerrado y uniforme impuesto por la fuerza de las armas y donde prima tanto la especificidad de la tradición como los mecanismos de comunicación. Esta comunicación o intercambio destaca especialmente en el núcleo de Coppet, en el seno del cual se lleva a cabo una incesante transferencia cultural entre personas y países, donde se transgreden continuamente tanto las fronteras reales como las lingüísticas y acontece una formidable apertura al otro (tanto del lado de los franceses como de los alemanes), creando toda esa red de nuevos conceptos deliberadamente interculturales, que daría como resultado una interculturalidad

¹⁷⁶ “This empirically-based conception of freedom as national self-determination formed the core of Coppet’s vision of European order, incorporating principles of national differentiation as well as of European commonality (...) The European order was marked by elements of diversity and unity, each receiving recognition in the conceptual frameworks of the Coppet circle” (Tenenbaum, 1994, p. 365).

¹⁷⁷ Mortier, 1994, p. 23

¹⁷⁸ “Souvent ils n’ont entre eux aucune relation; ils sont dispersés souvent à de grandes distances l’un de l’autre; mais quand ils se rencontrent un mot suffit pour qu’ils se reconnaissent. Ce n’est pas telle religion, telle opinion, tel genre d’études, c’est le culte de la vérité qui les réunit. (...) ils sont vraiment le peuple de Dieu, ces hommes qui ne désespèrent pas encore de la race humaine, et veulent lui conserver l’empire de la pensée” (Mme. de Staël, 1864, p. 512).

¹⁷⁹ « Leur mot clé n’est pas ‘révolution’ mais ‘perfectibilité’ » (Winock, 2001, p. 21). ; « La célèbre doctrine de Mme de Staël d’une perfectibilité infinie de l’espèce humaine est peut-être le lien le plus direct entre le XVIIIe et le XIXe siècle, entre les Lumières et le romantisme » (Behler, 1989, p. 255). Perfectibilidad que, desde Turgot o Condorcet, constituye uno de los principales componentes de la conciencia moderna, y aspecto que trataremos en el siguiente capítulo.

universalizante y una verdadera “cultura europea”, alejada esta vez de la clásica “Europa de las letras”¹⁸⁰. En medio de una Europa que se hunde, Coppet se presenta como un verdadero “carrefour européen” que se beneficia lo mismo de los *clivages* que de las convergencias. Dos factores coadyuvan para que este refugio de exiliados se convierta en el lugar privilegiado de la toma de conciencia europea, en opinión de los especialistas: por un lado, la historia “coyuntural”, el hecho de encontrarse en un “entretiempo”, en el umbral de una nueva era; del otro, en el campo de la historia cultural, ese choque entre divergencias y convergencias en torno al cual se articula una noción verdaderamente europea de la cultura concebida al mismo tiempo como una tentativa de síntesis y una proyección hacia el futuro, y que se construye a partir de itinerarios personales y experiencias contrastadas, que escapan al pretendido universalismo del siglo precedente, y que no se mueven ya en esquemas a escala de la humanidad, sino precisamente en esa circulación e intercambio de ideas, en medio de la experimentación de una ampliación del espacio y una aceleración del tiempo, creando un espacio y un público genuinamente europeo. Allí se conciben y se discuten los *Archives littéraires de l'Europe*, o la revista *Europa* de los hermanos Schlegel, y dotan al arraigo nacional, mediante el intercambio y la recepción recíproca, de una dimensión europea, convirtiéndose en mediadores culturales; toda referencia a un ideal universalizante queda borrado, frente a la moderna toma de conciencia de “l'enjeu interculturel” que constituye Europa¹⁸¹.

Pierre Renouvin no duda en afirmar que todos estos contactos intelectuales transfronterizos, la apertura a otras culturas, podría haber sido el detonante para abrir el camino a “una organización pacífica de la vida internacional”, y destaca en ese sentido cómo algunos “innovadores” de esta época, retomando las viejas ideas del abad Saint-Pierre o Kant, buscaron fundar las relaciones entre los pueblos en una nueva concepción de la vida internacional, de manera que los estados subordinasen sus intereses privados a la idea de un interés superior y común, que renunciaran al ejercicio completo de su soberanía y consintiesen en someterse al control de un organismo en que tendrían cabida las opiniones de una “*comunidad europea*”. Entre estos *innovadores*

¹⁸⁰ El intercambio permanente epistolar, que genera una escritura inmediata de la historia, se presenta así como una de las características y de los frutos más originales del grupo de Coppet; una red o constelación donde se sucede el esfuerzo por conciliar –entre exiliados, y en el marco de una sociabilidad ajena a toda frontera– la identidad nacional a veces perdida con el anhelo europeo (“le désir d’un espace et d’une culture européens”), en una actitud supranacional y una sincera voluntad por penetrar en la cultura ajena, que supera las contradicciones y que se plasma en toda esa ingente correspondencia, tal y como ha estudiado Hooch-Demarle (1999).

¹⁸¹ Hooch-Demarle, 1999, pp. 19-27.

destaca los trabajos del príncipe Czartoryski (*Essai sur la Diplomatie*, ya aludido en el capítulo anterior, en el que se pretende fundar la noción de solidaridad europea en el respeto de las nacionalidades), del alemán Karl Krause (quien soñaba con un pacto de *confederación* por medio del cual los Estados europeos renunciarían a la guerra, estableciendo mutuas garantías), y el más ambicioso y acabado de todos ellos, el del conde de Saint-Simon¹⁸².

Y esta imagen de Europa que se construye desde Coppet transcurre paralela a la del equilibrio de potencias que se estaba diseñando en Viena, aunque ambas difieren hondamente, como vemos. La Europa del Congreso de Viena en nada se parece a la Europa de las naciones con la que empieza a soñarse desde este rincón de Suiza, y esta tensión de visiones acabaría materializándose en abierto conflicto a lo largo del siglo XIX.

Pero el liberalismo (de tintes románticos) no es sólo el pensamiento que surge de Coppet; otros importantes focos de expresión conocerán su repercusión en Francia; es el “parti de la liberté”, que se expresa a través de escritores, publicistas y periodistas, y cuya labor se verá intensificada toda vez que la Restauración haga manifiesto su fracaso en la tarea de conciliar concesiones liberales y mantenimiento del orden dinástico, entre la autoridad y la libertad¹⁸³. Una de estas corrientes, conocida como el *doctrinarismo*, contará entre sus máximos exponentes con la figura de Guizot, que analizaremos con más detenimiento en el capítulo siguiente. Otro de esos liberales, el representante de la corriente ecléctica Jouffroy, autor del famoso *Comment les dogmes finissent* (1823), manifiesto de toda una generación y una nueva forma de pensar, reconocía la unidad de Europa como el tema específico a tratar de su tiempo; y como Guizot (y tantos otros después, como Victor Hugo), cree que Francia es la vanguardia de esa nación llamada Europa que comienza a gestarse:

«Les guerres civiles de l'Europe sont finies, la rivalité des peuples qui la composent va en s'éloignant, (...), et de même l'Europe commence à n'être plus qu'une nation depuis qu'il y a une Amérique, une Asie et une Afrique. C'est de l'unité de l'Europe contre ces masses et de la balance de ces masses entre elles que l'homme doit à présent s'occuper »¹⁸⁴

¹⁸² Renouvin, 1982, pp. 20-21.

¹⁸³ Winock, 2001, pp. 7 y 8.

¹⁸⁴ Jouffroy : *De l'état actuel de l'humanité*, 1826 (1860, p. 101). En Jouffroy está presente la idea de la “misión” de los pueblos, igual que la de “primacía”, a las que tantas veces aludiremos a lo largo de este trabajo.

De entre las filas liberales, otro autor más, Louis-Henri-Camille Pasquier, Conde de Francieu y diputado liberal por la región del Delfinado, publicaba en ese crucial 1815 sus *Considerations critiques et politiques*, un muy interesante texto, si bien escasamente conocido, que considero merece la pena rescatar aquí: en él responde a las *Réflexions politiques* de Chateaubriand, al trabajo en torno a los Estados Unidos de Félix de Beaujour, y al proyecto de reorganización de la sociedad europea de Saint-Simon (todas obras publicadas en los meses anteriores), además de aprovechar para exponer sus propias ideas, en este momento histórico que se presenta tan proclive para la reflexión política, tan cargado de futuro:

« En ce moment des grandes vues de bonheur public sont présentes, et l'on appelle les peuples au fédéralisme, au respect mutuel des droits communs. L'on veut que toute idée d'envahissement, de domination, de férocité tombe, pour y substituer celle de garantie, d'accord et d'harmonie »¹⁸⁵

La obra comienza, como muchas de esta época, con una firme condena del poder absoluto: la felicidad no reside en el poder, los hombres no pertenecen nunca a un solo hombre, y por eso mismo propone que se comience por adoptar “un Gouvernement resserré, fondé sur la sagesse, fort de ses idées généreuses, libérales, et les peuples, sans crainte comme sans jalousie, voudront se fédéraliser avec nous”. Se ha de impulsar la opinión pública, que es el canal de progreso de las luces; frente a un pensamiento dirigido por “un ministre quelconque, sous son bon plaisir, sous sa dictée”, él reivindica un estado de opinión pública en el que todos los hombres virtuosos serán escuchados y así, ayudados por la virtud y las luces, los odios nacionales acabarán por extinguirse:

« Allemands, Russes, Anglais, Espagnols, Français, nous sommes tous une même famille; adoptons des institutions, qui, loin d'éterniser nos sanglans débats, amènent parmi nous la confiance et l'amour »¹⁸⁶

De manera extensa, el Conde de Francieu desarrolla el tema del federalismo, rebatiendo las ideas que Félix de Beaujour había expuesto en su *Apperçu des États Unis d'Amérique*, en el que achacaba al gobierno norteamericano “todos los vicios de los gobiernos federativos”, a lo que Francieu responde ensalzando el principio federativo:

« Mais si le mot société implique l'idée d'association, de fédération, d'alliance plus ou moins étendue! Si loin d'isoler tous les peuples, nos efforts doivent tendre à les allier, à les fédérer au moyen de principes bien simples, bien sages, bien

¹⁸⁵ Francieu, 1815, p. 3

¹⁸⁶ Francieu, 1815, p. 8

positifs; tout Gouvernement fédératif est-il nécessairement chargé de vices, et celui des États-Unis d'Amérique les a-t-il tous? Je ne le pense pas »¹⁸⁷

Y unas páginas después, insiste: « J'établis en opposition à M. Félix de Beaujour, qu'il est de l'intérêt de l'humanité, de l'intérêt de tous les peuples, que les gouvernemens se fédèrent », es decir, se reconozcan como mutuamente soberanos e independientes, estableciendo entre ellos una especie de tribunal, un congreso donde el diputado y su suplente de cada nación, “sans faste comme sans orgueil, sans autre prééminence que l'âge, viendrait cimenter l'union commune, se garantir une mutuelle défense, statuer sur leurs rapports réciproques et transiger sur toute querelle (...) Et tel est le vœu que je forme, l'objet de toutes mes espérances”¹⁸⁸.

El federalismo será la concreción eminentemente decimonónica de las aspiraciones ilustradas de paz, armonía y confraternidad entre las naciones, pero que distingue, con novedad, como sujeto a los “pueblos europeos”. Para Franclieu constituye un sistema inherente al principio de toda sociedad: « Les avantages de la fédération la plus générale, me paraissent devoir être palpables à tous. Je les juge évidens »; y el principio de las sociedades europeas no será otro que el derecho de autodeterminación de los pueblos, que aparece aquí explicitado¹⁸⁹ (y recogido ya antes, como veremos después, por el propio Saint-Simon, cuyo lectura sigue de cerca este autor).

Franclieu muestra igualmente un profundo pacifismo, siempre tan vinculado a todo proyecto federalista: « Avoir de continuelles armées sur pied (...) c'est menacer

¹⁸⁷ Franclieu, 1815, p. 41. En su opinión, cada nudo que entrelaza las distintas partes sociales tiene un verdadero carácter de alianza, de federación, y cada porción o parte del todo tendrá interés en permanecer unido en la asociación, si disfruta en su interior de toda porción de libertad que le sea preciso a cada cual conservar, mientras que ha depositado en manos de las autoridades centrales todas las atribuciones que por seguridad, grandeza y ventaja para todos es recomendable poner en común. Así, todos tienen interés en la unión, tanto más si son “*éclairées*”. El federalismo es para él: « [un] système, j'ose le dire, qui entraîne toute mon admiration, objet de tous les vœux du sage, éminemment convaincu, que tous les hommes sont frères; que leur félicité mutuelle ne peut consister dans de perpétuels massacres à se commander, à s'asservir; mais qu'ils ont tous besoin de se protéger mutuellement, de se soutenir, de se défendre; et que leur plus grand intérêt est de s'aimer. Qui peut avancer que les hommes, que les peuples, loin de se nuire, loin d'avoir de sottes jalousies, de sottes haines nationales, ne doivent pas mutuellement s'estimer et s'entendre? Elles seront donc fédéralisées!” (1815, p. 43).

¹⁸⁸ Franclieu, p. 49

¹⁸⁹ Respondiendo a Chateaubriand y a Beaujour, y a todos los escritos que repiten que un Estado extenso no puede adoptar un “poder republicano”, alega también él que la forma de gobierno se halla determinada no por el territorio, sino por los principios que rigen esa sociedad, y que en Europa son compartidos: « Ce n'est point l'étendue d'un peuple qui détermine les bases de son gouvernement; ce sont ces lumières. Les principes, qui constituent un peuple civilisé, sont les mêmes pour tous les lieux, les temps et l'étendue. (...). Les principes sont généraux. Par tous les pays les hommes réunis en société ont le droit de se régir, et s'appartiennent à eux-mêmes. (...) Principe qui détruit tout prétexte à l'envahissement, au prétendu droit de conquête et rend chaque pays à lui-même” (Franclieu, 1815, p. 55).

sans cesse la liberté publique, c'est l'anéantir"¹⁹⁰. Y así, acaba proponiendo una alianza marítima, un “orden de neutralidad marítima armada”, regido por un Congreso de carácter permanente; y aunque este Congreso de delegados nacionales tiene todavía la forma de otras antiguas propuestas, Franclieu apunta más allá y matiza:

« Le député d'une nation, rendu au Congrès, n'est plus le député d'un peuple particulier, il est revêtu du caractère de médiateur général, d'arbitre souverain (...) Tout peuple, faisant partie de l'union, soutient l'ordre de tous ses moyens; il en reçoit une protection positive. Il souscrit sans réplique à la décision du Congrès »¹⁹¹

El conde de Franclieu recoge una cita de Chateaubriand, quien en sus *Reflexiones Políticas* anunciaba que de todas partes se avanza hacia un objetivo común, por el que habrá que dejarse llevar al hilo de los tiempos; y se apunta él mismo también a esa inexorabilidad de la unión futura, presentando este plan que, ya en el *Mercure de France*, en octubre de 1814 (al mismo tiempo que Saint-Simon publicaba su *De la réorganisation de la société européenne* y que en Viena daba comienzo el Congreso), había tenido el honor de presentar a sus conciudadanos, “et s'il se pouvait à tous les peuples”¹⁹², y que ahora reproduce aquí: “Je dis pour l'humanité, persuadé que tout ce qui est généralement avantageux ou nuisible à mon pays, l'est pour tous les peuples”¹⁹³.

3. 1. 1. La aportación de Benjamin Constant

Pero sin duda una de las figuras más destacadas del momento será la de Benjamin Constant; su obra de 1814 *De l'esprit de Conquête et de l'usurpation*, en el umbral de esta nueva época, encierra en sí mismo la mayor parte de estos principios de los que venimos hablando, y supera las circunstancias en el que está escrito para proyectarse en la historia de la teoría política: así la condena del despotismo, la defensa de la pluralidad contra la uniformidad, o las nociones de civilización, representación, federación o el principio de libertad. Principios que Constant elabora, sumergiéndose en una escritura

¹⁹⁰ Franclieu, 1815, p. 69

¹⁹¹ Franclieu, 1815, p. 120

¹⁹² Franclieu, 1815, p. 89

¹⁹³ Franclieu, 1815, p. 146

política de la historia¹⁹⁴ y siguiendo el surco abierto por el legado de la Revolución, en de la que los teóricos del liberalismo francés posterior serán profundos deudores.

En enero de 1814 publicaba la que sería una de sus obras más destacadas, *De l'Esprit de Conquête et de l'usurpation dans leurs rapports avec la civilisation européenne* (contemporánea del panfleto de Chateaubriand *De Buonaparte et des Bourbons*), un texto político de circunstancias no obstante que en su momento no gozó del favor inmediato del público¹⁹⁵.

Como lo será más tarde para Guizot, la *civilización* aparece como una noción clave en su estudio. Constant entiende “civilización europea” (término que hace alusión a una coyuntura moderna) en un sentido amplio de evolución de la humanidad¹⁹⁶, desterritorializando así el sentido semántico de “Europa”; civilización como opuesta a *barbarie*, pero en un sentido temporal, “barbarie”¹⁹⁷ como algo anacrónico opuesto al “*esprit du siècle*”, ya no la simple alteridad de lo extranjero; es el espíritu de los “modernos” opuesto al de los “antiguos”, por parafrasear uno de sus más conocidos textos: “Un gouvernement qui voudrait aujourd’hui pousser à la guerre et aux conquêtes un peuple européen, commettrait donc un grossier et funeste anachronisme”¹⁹⁸. El único objetivo de las naciones modernas es por el contrario la “tranquilidad” –“*le repos*”- y la “industria”, y el gobierno que hable de la gloria militar como objetivo, equivocándose en más de un millar de años, estaría desconociendo y despreciando el espíritu de la época y de las naciones, un espíritu que mide todo por su utilidad: “Mais de nos jours, la guerre ne procurant aux peuples aucun avantage, et n’étant pour eux qu’une source de privations et de souffrances, l’apologie du système des conquêtes ne pourrait reposer que sur le sophisme et l’imposture”¹⁹⁹. También

¹⁹⁴ Berenkassa, 1989, p. 75.

¹⁹⁵ « Ce manifeste de la liberté, déposé sur le seuil de notre ère, est resté sans effets sur les destins du siècle, sort qu’il partage avec la plupart de ces écrits politiques” (Rougemont, 1980, p. 18. Aunque sí conoció hasta dos reediciones más en los siguientes tres meses; a lo que se refiere Rougemont seguramente es al escaso reconocimiento inicial de Constant como autor de filosofía política frente a la figura literaria, autora de *Adolphe*). Como muchas otras las grandes obras, cobra todo su sentido a largo plazo, consiguiendo hacer perdurar su actualidad.

¹⁹⁶ Fink, 1994, p. 97.

¹⁹⁷ Thierry también añadía, contra la barbarie: “La barbarie est conquérante; c’est contre la barbarie que la force est encore utile, comme barrière qui lui coupe le chemin. Où finit la civilisation (...) doivent être (...) les seuls remparts en Europe” (Thierry & Saint-Simon, *L’Industrie*). Y unos años después Lammenais parafraseaba estas mismas palabras de Thierry: “Pour continuer son évolution (...) la civilisation de l’Occident a besoin d’un rempart contre la barbarie” (*Le Peuple constituant*, citas en Michel, 1995, pp. 136 y 243).

¹⁹⁸ Constant, *De l’esprit de conquête...*, 1997, p. 133

¹⁹⁹ Constant, 1997, p. 147. Y en un famoso artículo de *Journal des débats* (19 marzo 1815) no dudaba en comparar a Bonaparte con Atila o Genghis Kan (cit. en Winock, 2001, p. 29)

Chateaubriand contraponía las nociones de arcaísmo y modernidad, al comparar los regímenes de Napoleón y Washington²⁰⁰; entre los liberales franceses se halla extendida la creencia de que una nueva guerra a escala europea sería un crimen contra la civilización, y contra empresa semejante, toda la propaganda liberal coincidía en la argumentación de que cualquier conflicto ofensivo era propio de gobiernos despóticos y sociedades serviles, y ajeno al espíritu europeo y a su nuevo régimen.

Y si la “barbarie” es un anacronismo, el otro término clave será el de *despotismo* (contra-concepto clave, como veíamos más arriba, bajo el que el grupo de Coppet aglutina la forma de gobierno arbitraria, militar y expansionista de Napoleón, haciendo énfasis Constant en sus dimensiones exteriores); la barbarie y el despotismo (y la variante que aplica Constant, la “usurpación”, subrayando su carácter ilegítimo), en tanto que opuestos a la civilización y a la libertad, son pues nociones que quedan excluidas de la definición de Europa, en tanto que representan la negación tanto temporal como espacial de lo que constituye la realidad presente del continente²⁰¹.

Dos momentos, el inmediato presente y el tiempo como duración (una visión de la historia de la civilización y de su desenlace presente), se dan cita en esta obra, habitada por la historia inmediata en su forma más amplia. Constant, al igual que veremos luego en Saint-Simon, es consciente de la importancia del momento vivido; su obra sufre cambios en las distintas ediciones dependiendo del curso de los acontecimientos, y en la cuarta edición, además de añadir dos nuevos capítulos, cita en su “Advertencia”: “au milieu du bouleversement de toute l’Europe...”: Constant escribe por y para esa Europa trastornada y sacudida.

« Ces deux ajouts (...) nous dirigent du côté d’une Europe entrevue non tant comme groupement de nations, mais comme amalgame de civilisation sans frontières d’ordre normative ou mythique, ou comme une dynamique soumise à des lois d’ordre historique »²⁰²

Civilización que además tiene al comercio, en un sentido claramente historicista, como su pilar central, la culminación de una sucesión de épocas, hasta el advenimiento de la era pacífica y consensual que será la comercial: « Nous sommes arrivés à l’époque du commerce, époque qui doit nécessairement remplacer celle de la guerre, comme

²⁰⁰ Chateaubriand, 2003, pp. 351-352.

²⁰¹ Así, mientras que, en su acepción, Montesquieu desterraba el despotismo del espacio europeo, como ajeno al mismo en un sentido territorial (y en la oposición entre Occidente y Oriente), en Constant el despotismo toma más las dimensiones de un concepto temporal, que excluye lo antiguo de lo moderno (a pesar de que en algún momento también señala que el despotismo napoleónico “es peor que el oriental”, porque aquél se limita al castigo pero no obliga a la conversión a su idea).

²⁰² Constant, 1997, p. 101

celle de la guerre a dû nécessairement la précéder”²⁰³. Noción de comercio heredada de la Escuela de Edimburgo, neutralizadora del estado de guerra, y base “de la situation des peuples modernes”, desde el momento en que una red de “ramifications infinies et compliquées ont placé l’intérêt des sociétés hors des limites de leur territoire; et l’esprit du siècle l’emporte sur l’esprit étroit et hostile qu’on voudrait parer du nom de patriotisme”²⁰⁴, volviendo así el despotismo imposible para nuestra época de civilización; el mundo actual se opone al antiguo precisamente en que no debe su existencia al estado de guerra: «Le commerce s’appuie sur la bonne intelligence des nations entre elles; il ne soutient que par la justice; il se fonde sur l’égalité; il prospère dans le repos »²⁰⁵.

La civilización actual es por lo tanto una civilización pacífica, desviada de su propia naturaleza por la acción de Napoleón pero nuevamente encarrilada por las ideas, las opiniones que pueden ahora expresarse libremente y circular sin obstáculos²⁰⁶. Una opinión general que se forma por la concurrencia en libertad de la diversidad de opiniones que tienden a la formación del espacio público “pour la délivrance de la race humaine”. El espíritu pacífico y comercial de las naciones modernas conlleva una participación creciente de los pueblos en su destino, y desemboca así en el sistema representativo, característico en exclusiva de esta época, pues ni la república de Lacedemonia ni la de Roma ni la de los galos gozaron de tal libertad política²⁰⁷. Constant hereda la idea de Europa que se recoge en el pequeño artículo del Caballero Jancourt de *l’Encyclopédie* (comentado en el capítulo anterior), y más recientemente en la *Encyclopédie méthodique* de François Robert, de Europa como espacio de civilización superior y primacía del comercio.

Se va conformado así una idea dinámica de Europa, a medio camino entre la existencia orgánica de una “civilización europea” y la autonomía de un “agrupación de naciones”, sobre el sustrato de la creencia en el mito de su supremacía cultural. “Ciertamente que no propone un plan de unión, pero la idea de Europa formando un conjunto no está solamente en el título; es el sobreentendido de toda la obra”²⁰⁸. La yuxtaposición de una “civilización europea” y un agrupamiento de naciones aparecen así en el núcleo de la problemática del *De l’esprit de conquête*, del mismo modo que se superpone a lo

²⁰³ Constant, 1997, p. 130

²⁰⁴ Constant, 1997, p. 132

²⁰⁵ Constant, 1997, p. 149

²⁰⁶ “Constant est quasi prophétique dans son tracé d’une Europe des opinions” (Fink, 1994, p. 104).

²⁰⁷ Constant, 1997, pp. 592-593

²⁰⁸ Rougemont, 1963, p. 204

circunstancial la *longue durée*. El mito (en el sentido de una representación idealizada) de una Europa centro del universo, de un espacio que delimita la civilización pero que es al mismo tiempo presa ella misma de la barbarie, subyacen en la obra de Constant, en opinión de Beatrice Fink.²⁰⁹

« La division même de l'Europe en plusieurs États, est, grâce aux progrès des lumières, plutôt apparente que réelle²¹⁰. Tandis que chaque peuple, autrefois, formait une famille isolée, ennemie-née des autres familles, une masse d'hommes existe maintenant, sous différents noms et sous divers modes d'organisation sociale, mais homogène par sa nature. Elle est assez forte pour n'avoir rien à craindre des hordes encore barbares. Elle est assez civilisée pour que la guerre lui soit à charge. Sa tendance uniforme est vers la paix »²¹¹

Europa forma un conjunto diverso pero homogéneo en su naturaleza, poderosa, civilizada y pacífica. Las naciones comerciantes de la Europa moderna no tienen pues nada que esperar de las conquistas, y así la guerra inútil se presenta como el atentado mayor que un gobierno podría cometer. Y sin embargo, el espíritu de conquista, que la sociedad de naciones moderna censura, ha resurgido “más impetuoso que nunca” de las tormentas de la revolución francesa, y se presenta todavía más brutal, pretendiendo establecer por doquier la uniformidad:

« Les conquérants de nos jours, peuples ou princes, veulent que leur empire ne présente qu'une surface unie, sur laquelle l'œil superbe du pouvoir se promène, sans rencontrer aucune inégalité qui le blesse ou borne sa vue. Le même code, les mêmes mesures, les mêmes règlements, et, si l'on peut y parvenir graduellement, la même langue. (...) Sur tout le reste, le grand mot aujourd'hui, c'est l'uniformité. C'est dommage qu'on ne puisse abattre toutes les villes pour les rebâtir toutes sur le même plan... (...) Les vaincus (...) ont à subir un nouveau genre de malheurs. Ils ont d'abord été victimes d'une chimère de gloire, ils sont victimes ensuite d'une chimère d'uniformité »²¹²

En el prólogo que Denis de Rougemont escribe para esta obra, destaca en su lectura la percepción, expresada probablemente por vez primera, del Estado-Nación como estado de guerra permanente²¹³. Según este planteamiento, la crítica de Constant al “espíritu de conquista y usurpación” se puede leer de manera prospectiva como una

²⁰⁹ Fink, 1994, pp. 98-99

²¹⁰ Constant, *De la liberté des anciens comparée à celle des modernes*, 1997, p. 597. Este comienzo de cita Constant lo añade al párrafo siguiente, extraído palabra por palabra de su obra anterior *De l'esprit de conquête*, p. 129, en el que introduce un único cambio, “civilisée” por “éclairée”. En las páginas siguientes también repite las ideas de que “la guerre est antérieure au commerce” (al que sigue una larga disquisición acerca de la diferencia entre ambas), y que hemos llegado ya a esa época en que la guerra sea suplantada por la paz, ideas todas que ya estaban en su obra de 1814.

²¹¹ Constant, 1997, p. 129

²¹² Constant, 1997, pp. 162-163

²¹³ Rougemont, 1980, p. 19

crítica al Estado totalitario asociado a la guerra total. Como lo más contrario a ese estado, Constant propondría una organización de la sociedad que corresponde en muchos aspectos a lo que hoy llamamos *federalismo*²¹⁴: “Je n’hésite pas à le dire: il faut introduire dans notre administration intérieure beaucoup de fédéralisme”²¹⁵. Un federalismo que debemos tomar con cautela, pero que aparece en su obra tan ligado en todo caso a la paz como el Estado-nación a la guerra, y que debe partir, según el sentir común romántico, de abajo, de las raíces de la “pequeña patria” local (“le patriotisme qui naît des variétés locales, seul genre de patriotisme véritable”)²¹⁶: el apego a los intereses y las costumbres de lo local, frente a los que el “gran imperio” como la “nación entera” no tienen ninguna realidad y resultan nociones abstractas²¹⁷. Constant hace resaltar la paradoja de que la uniformidad haya sido impuesta por una revolución hecha precisamente en nombre de los derechos y libertades de los hombres, y arremete contra aquellos que han querido acabar con estas raíces: “nos soi-disant patriotes ont déclaré la guerre à toutes ces choses. Ils ont tari cette source naturelle du patriotisme, et l’ont voulu remplacer par une passion factice envers un être abstrait, une idée générale, dépouillée de tout ce qui frappe l’imagination et de tout ce qui parle à la mémoire”²¹⁸. Pero esta adherencia a las raíces y al color local no es la de un Burke u otros conservadores, “puisque le passé et la région participant activement au mouvement du devenir”²¹⁹; contra el estatismo de la uniformidad, la centralización y la estandarización, Constant propone, al igual que hiciera su compañera Mme. de Staël, una Europa de las diversidades: “La variété, c’est de l’organisation; l’uniformité, c’est du mécanisme. La variété, c’est la vie; l’uniformité, c’est la mort”²²⁰.

²¹⁴ Rougemont, 1980, p. 22.

²¹⁵ Constant, *Principes de politique*, 1997, p. 427. Sin embargo, Patrice Higonnet, que ha estudiado la relación de Benjamin Constant con el federalismo, destaca una paulatina evolución en sus posiciones federalistas, hacia un paulatino desencanto y distanciamiento, sobre todo en lo que concierne al modelo norteamericano, inicialmente muy alabado. Así, “le fédéralisme des *Principes* est une garantie des droits de l’individu plutôt qu’une méthode transactionnelle de gouvernement” (1989, p. 58). Y en todo caso, la controvertida adscripción de Constant al federalismo, que Rougemont no duda en ensalzar, en ningún momento adquiere el sentido explícito de un “federalismo europeo”, a la manera en que veíamos en algún autor anterior como el Conde de Franclieu.

²¹⁶ Constant, *De l’esprit de conquête...*, 1997, p. 167

²¹⁷ Su alabanza de la diversidad y las tradiciones nacionales, defendida más debido a los fines políticos que le orientan en ese momento que a un sentir verdadero, admite sin embargo numerosas excepciones que se presentan a veces en sentido contradictorio.

²¹⁸ Constant, 1997, p. 164.

²¹⁹ Fink, 1997, p. 104. Y sin embargo, Constant llega a aseverar: “si je voyais un peuple auquel on aurait offert les institutions les plus parfaites, métaphysiquement parlant, et qui les refuserait pour rester fidèle à celles de ses pères, j’estimerais ce peuple” (eso sí, puntualizando en una nota, a modo de excepción, que queda fuera del respeto al pasado todo aquello que es injusto; Constant, *De l’esprit de conquête...*, 1997, p. 166).

²²⁰ Constant, 1997, p. 168. « Le modèle européen que recèle ‘L’Esprit de conquête’ serait apprécié aujourd’hui comme étant d’inspiration fédérale dans la mesure où cette formule s’adapte aux grandes

En los *Principes de Politique* advierte que ha de tratarse de “un fédéralisme différent de celui qu’on a connu jusqu’ici”, y así acaba por proponer un federalismo que organiza las relaciones competenciales en el interior, pero esta concepción tiene implicaciones de cara al exterior, puesto que “la constitution intérieure d’un État et ses relations extérieures sont intimement liées”. Constant denuncia al mismo tiempo toda “confederación” espuria que en un futuro trate de oponérsele a una federación sincera (de donde se obtiene una definición negativa de lo que entiende él por federalismo):

« L’on a nommé fédéralisme une association de gouvernements qui avaient conservé leur indépendance mutuelle, et ne tenaient ensemble que par des liens politiques extérieurs. Cette institution est singulièrement vicieuse. Les États fédérés réclament d’une part sur les individus ou les portions de leur territoire une juridiction qu’ils ne devraient point avoir, et de l’autre, ils prétendent conserver à l’égard du pouvoir central une indépendance qui ne doit pas exister. Ainsi le fédéralisme est compatible, tantôt avec le despotisme dans l’intérieur, et tantôt à l’extérieur avec l’anarchie »²²¹

El término de “Europa” va y viene a lo largo de toda la obra de Constant, en *De l’esprit de conquête* pero también en otros textos, y pese a que no toma nunca la forma de una propuesta específica, marcará muchas de las pautas que en adelante regirán toda reflexión sobre Europa; sensibilizado por esta cuestión, en 1817 publicaba el artículo *Tableau politique de l’Europe* y en 1819 *De l’état de l’Europe sous le point de vue constitutionnel* — aunque luego su contenido no sea estrictamente un desarrollo de la idea de Europa, sino más bien un compendio de estudios comparados. Poco después, y como consecuencia del regreso del Emperador durante los Cien Días, Constant y Napoleón emprenderían una —tan sorprendente como efímera— colaboración, plasmada en la redacción de las *Actes additionnels aux Constitutions de l’Empire*, que Constant comienza a elaborar a propuesta del mismísimo Emperador. Mediante este texto Constant logra que Bonaparte dé su consentimiento con su firma a algunas de las proposiciones más subversivas del *Esprit de Conquête* (“le nouvel Empire sera libéral ou ne sera pas”²²²), y donde se añade además la mención a un proyecto preciso de federación de Europa:

« Nous avons alors pour but d’organiser un grand système fédératif européen, que nous avons adopté comme conforme à l’esprit du siècle, et favorable aux progrès de la civilisation. Pour parvenir à le compléter et à lui donner toute l’étendue et toute la stabilité dont il était susceptible, nous avons ajourné

étendues et tient compte à la fois des exigences du tout et de celles des parties” (Fink, 1994, p. 105). El secreto del federalismo estaría pues en la repartición de competencias entre ese todo y las partes.

²²¹ Constant, *Principes de politique*, 1997, p. 427

²²² Cit. en Winock, 2001, p. 30

l'établissement de plusieurs institutions intérieures, plus spécialement destinées à protéger la liberté des citoyens... »²²³

Este último servicio al Imperio por parte de uno de sus más acendrados enemigos no deja de sorprender²²⁴; si bien se presentó como uno de sus más furibundos adversarios durante el Imperio, a lo largo del restablecimiento de su mandato durante los Cien Días, Constant sí parece creerle esta vez del lado de la libertad. El 21 de junio de 1815, vísperas de la partida para Santa Helena, Constant escribía en su diario: “les misérables, ils l'ont servi avec enthousiasme quand il écrasait la liberté, ils l'abandonnent quand il l'établit”²²⁵. Constant se erigirá desde entonces un firme opositor a la reacción monárquica; con motivo del cierre de las Cámaras en julio, concibe el proyecto de escribir una memoria apologética sobre su acción durante los Cien días: “Je le publierai sous forme de lettres. Il faut qu'il soit européen”²²⁶. El *Acte additionnel*, de la que Thiers llegó a comentar “jamais la liberté, toute celle qui est raisonnablement désirable, n'avait été plus complètement donnée à la France”²²⁷, y que incluía esta afirmación expresa de la voluntad de crear una Federación europea, nunca llegaría a aplicarse, y del mismo modo tal proyecto no pudo verse cumplido.

En 1814 Constant había presentado una idea de Europa, en la encrucijada entre el historicismo y lo circunstancial, donde « une Europe mythique, éthique, dynamique et en fin de compte quelque peu romantique se confond imperceptiblement avec la notion constantienne de civilisation et sa vision du monde »²²⁸. Constant puede ser considerado como el máximo exponente, el que le dio su más poderosa expresión, a la nueva idea de la diversidad y de la Europa plural, diversidad sin la que a partir de entonces no podrá pensarse Europa. Los ideólogos de la Revolución (tal y como supo ver Burke), de Rousseau a Saint-Just, habían amenazado con disolver la verdadera libertad que la sociedad comercial del siglo dieciocho había alcanzado; en su lugar habían instalado la

²²³ Constant, *Préambule à l'Acte additionnel aux Constitutions de l'Empire*, 22 abril 1815. El texto íntegro se puede localizar por ejemplo en la página web del Consejo Constitucional francés: www.conseil-constitutionnel.fr/constitution/c1815.htm

²²⁴ “A-t-il pu croire un seul instant que la France napoléonienne, ‘réparant ses longues erreurs’, pourrait enfin se réplacer au premier rang des puissances de paix, comme l'avait suggéré deux ans plus tôt la dernière phrase de ‘l'Esprit de Conquête’?” (Rougemont, 1980, p. 16): lo más probable, por el contrario, y como apunta el mismo Denis de Rougemont, es que tratara simplemente de salvaguardar un poco de “libertad real”.

²²⁵ Constant, 1952, 21 de junio 1815.

²²⁶ Constant, 1952, 21 junio 1815. Y recordemos, según lo expuesto por Hoock-Demarle, la estrecha relación entre el género epistolar y la extensión de una red privilegiadamente europea.

²²⁷ Thiers, citado por Rougemont, 1980, p. 18

²²⁸ Fink, 1994, p. 104

ficción de una sociedad basada en la virtud y la voluntad común, sustituyendo el sentido de nación como “patria” con “a factitious passion for an abstract being, a general idea stripped of all that can engage the imagination and speak to the memory”²²⁹. Constant muestra en cambio una visión de la identidad basada en la lealtad al lugar común, y a los modos compartidos de vida, más que a una entidad abstracta vacía; pero su ambición más amplia se sitúa, no obstante, para Fontana como para Pagden, en una Europa “del comercio y la libertad”²³⁰. Del mismo modo que expresara antes Montesquieu, los liberales posrevolucionarios franceses tienen su esperanza en que el comercio lograría lo que la conquista no consiguió: extraer la homogeneidad de la diversidad sin destruirla. Y este énfasis en la diversidad cultural iba a ir conformándose, andado el siglo, en un nacionalismo basado no en la exclusión sino en la idea de una comunidad de Estados cooperativos con fuertes identidades nacionales.

Tesis como ésta son las llevan a Denis de Rougemont, —principalmente pero no sólo—, a reclamar a Benjamin Constant como uno de los principales adalides de la idea de la Europa unida en vísperas de 1815, idea que también aparece en Duroselle²³¹, Brékilien, Fink, Chabbannes²³², etc. Todos ellos coinciden en destacar igualmente la “absoluta modernidad” de tan temprana visión²³³.

Hay quienes señalan que el liberalismo, a medio camino entre las aspiraciones universalistas y las miras patrióticas, acaba resultando en definitiva contradictorio; puede mantener este equívoco gracias a su oposición contra los “restauradores”, pero será finalmente “desenmascarado” en 1848²³⁴: en el caso británico, el sueño liberal acabaría desembocando en una tentativa imperial; en cuanto a los liberales del continente, no pensaban “Europa” más que en la medida en que significaba una solidaridad entre todos aquellos que combatían a los tiranos, pero con un programa de futuro algo vago. Superados por su izquierda por los socialistas, por la derecha por la *real politik* de un Cavour o un Bismarck, su apoyo ambiguo a los nacionalismos, hizo del

²²⁹ Pagden, 2002, p. 18, siguiendo a Fontana.

²³⁰ “But Constant’s larger ambition was always, in Fontana’s words, for a Europe of commerce and freedom —where money fled from the constraints of national frontiers, and individuals refused to fight for a cause they did not understand or left their country in search of a better lifestyle or more liberal government” (Pagden, 2002, pp. 17-18).

²³¹ Duroselle, 1965, p. 210.

²³² Chabbannes, 1978, p. 191

²³³ Aunque hay mucho del empeño por buscar precursores de manera retrospectiva en estas lecturas, y la cuestión de si Constant sostenía una clara idea de Europa sigue apareciendo hoy como un tema escasamente evidente.

²³⁴ Brugmans, 1970, p. 271

liberalismo, aunque una ideología universalmente europea, incapaz de pacificar y construir verdaderamente Europa, tal y como defiende Henri Brugmans²³⁵. Esta lectura presenta no obstante a mi juicio numerosas deficiencias: la aparente contradicción entre nacionalismos y aspiraciones universalistas resulta tan sólo una interpretación presentista ajena a la experiencia del momento —y que, por otra parte, 1848 no hizo sino intensificar, tal y como veremos; y si bien es cierto que no supieron dar proyectos específicos, resulta innegable que, con estas primeras obras, sentaron las bases para una nueva concepción de Europa, que en adelante habría de arraigar en la historia, la pacificación y en la defensa de las diversidades de los pueblos que la conforman.

3. 2. El Conde de Saint-Simon y la utopía pseudo-cientista de Europa

No se trata tanto de que las concepciones de Europa que podamos catalogar bajo este epígrafe (cuyo título está tomado prestado de la obra de Paul Bénichou), difieran sustancialmente de las anteriores de carácter liberal (el propio Saint-Simon, si bien padre del posterior socialismo “utópico”, se muestra en su texto más europeo como todavía un sincero liberal), pues incluyen ideas semejantes en lo concerniente al carácter federativo, representativo, de respeto de las diversidades que presentaban las anteriores, y sugieren en ambos casos un parentesco “romántico” común, pero si acaso sí se presentan tales proyectos “pseudo-cientistas”, anticipadoras de un temprano socialismo (“c’est de cette néo-utopie qu’a procédé, ou que s’est nourri, l’humanitarisme de l’âge romantique”²³⁶), marcados por la especificidad de haber ido mucho más allá en las ambiciones de sus proyectos de unificación, que pretenden proyectarse de una manera más concreta en el futuro —y por ese motivo también, de manera más utópica—, abriendo el camino para las grandes corrientes socialistas y democráticas que iban a marcar en adelante el siglo.

Obras de un carácter fuertemente voluntarista, espiritualista, reformador, transmiten una inusitada fe en la capacidad humana para cambiar el orden social y se presentan así como los más directos herederos del XVIII ilustrado. La ideología

²³⁵ Brugmans, 1970, p. 272 y 273

²³⁶ Bénichou, 1977, p. 11

socialista que nace a partir de aquí, y a partir de 1815, surge fundamentalmente en Francia, de donde arranca toda su literatura y doctrinas de liberación social, aún dándose la paradoja de que su movimiento obrero se muestra especialmente débil aún frente a otros países más desarrollados industrialmente²³⁷. Así el pensamiento saintsimoniano, del que nos ocuparemos extensamente a lo largo de este trabajo por su aportación a esta idea de Europa, pero también el pensamiento de Charles Fourier, que publicaba en 1820 su *Nuevo mundo industrial*, en torno a la idea eje del “asociacionismo” y el “federalismo”, o el todavía más radical Proudhon, que proponía, alcanzado el medio siglo, una federación de comunas autónomas. Este primer socialismo es no obstante todavía acentuadamente individualista.

El antecedente más cercano a la obra de Saint-Simon podemos encontrarlo en el trabajo de Gondon, quien publicaba en París en 1807 los tres volúmenes de su *Du Droit public et du Droit des gens ou Principes d'association civile et politique suivis d'un projet de Paix générale et perpétuelle*, comentados en el anterior capítulo. Gondon, como buen pacifista, se muestra contrario al sistema de equilibrio europeo (que acabaría imponiéndose no obstante), ya que divide Europa en Estados enemigos. Para mantener la paz en Europa, por el contrario, hace falta que cada pueblo mantenga su existencia particular, al tiempo que se convierte en miembro de una comunidad más vasta; se trata de un proyecto olvidado, pero que no carece de importancia, pues aparece como uno de los primeros en proponer una verdadera organización “federalista”, reconociendo al tiempo la necesaria autonomía de los Estados, ideas que se repiten, con una plasmación más acabada, en la obra del conde de Saint-Simon. *De la réorganisation de la société européenne* cuenta seguramente con la lectura previa del opúsculo kantiano, aunque no lo mencione explícitamente (pero que sí conocía, ya que fue traducido por su íntimo amigo Oelsner²³⁸), así como de una clara influencia de los ideólogos y su nueva política y moral fundada científicamente; la obsesión por la búsqueda de una nueva filosofía política e histórica que caracteriza estos años, su empeño en importar las regularidades del orden científico al mundo social, es una constante que aparece en las obras de Comte como de Guizot, Constant o Dunoyer, y que plasma esta aspiración por un orden político racional, alejado tanto del Terror como del Antiguo Régimen. Mme de Staël también había sido una entusiasta de este programa de una “ciencia de lo político” impulsado por Laplace o Cabanis, pero en la obra de Saint-Simon es donde mejor

²³⁷ Droz, 1988, p. 70

²³⁸ Desbazeilles, 1996, p. 156.

quedaría reflejado este ideal de una sociedad reestructurada por los medios de organización propiamente científicos²³⁹.

En los años de crisis de 1814-1815, años de grandes cambios e incertidumbres con respecto al futuro, el espacio europeo se muestra más proclive que nunca a la germinación de todo tipo de proyectos para una nueva Europa: “*L’Europe a besoin de projets et les Européens de prophètes*”²⁴⁰. Anthony Pagden destaca que Saint-Simon supo ver como nadie de qué manera una unidad simbólica como la existente en Europa en tiempos anteriores a la reforma sólo podría llevarse a cabo en la modernidad sustituyendo la fuerza de la religión por las políticas del liberalismo, y las instituciones de la Iglesia por aquéllas de la democracia parlamentaria²⁴¹. Profeta pues de los tiempos venideros, si no precursor (tal y como se empeñan en presentarlo los trabajos que lo vinculan al surgimiento de la Sociedad de Naciones)²⁴², todo un visionario en fin que presenta una Europa que no es ni tecnocrática ni económica o social, sino fundamentalmente política (aunque muestra todos estos rasgos, en mayor o menor medida)²⁴³; la ilusión de lo político le lleva incluso a convencerse de que es la inadecuación, la caducidad institucional la que provoca los conflictos sociales: “*le défaut d’institutions mène à la destruction de toute société*”. En este texto no encontramos aún una clara influencia de su posterior pensamiento social y económico²⁴⁴, se trata de toda una consagración de la autonomía de la política, aunque sí presenta elementos de continuidad con respecto a su futura obra, como la presencia central del cientifismo, o el influjo de Newton como nueva religión y nuevo principio de reorganización social. Profecía de una Europa federada, conjuga a un tiempo cientifismo racionalista y utopía²⁴⁵.

²³⁹ Rosanvallon, 1985, pp. 22-23.

²⁴⁰ Carbonell, 2001, p. 39

²⁴¹ Pagden, 2002, p. 22

²⁴² Puech, 1921, Jouvenel, 1925, 1948, Polinger, 1943, así como el propio Jacques Delors en su introducción a la obra de Rougemont, 1961.

²⁴³ Con frecuencia se ha tildado esta obra de “tecnocrática”, pero se trata de un anacronismo, puesto que esta noción es ajena al sansimonismo (no aparece en el Larousse hasta 1910), y vehicularía una inspiración anti-parlamentarista que a todas luces es contraria al propósito de Saint-Simon.

²⁴⁴ Las anotaciones de carácter económico son apenas anecdóticas en esta obra, y se limitan a la mención de la necesidad de construcción de canales, de un banco europeo y de una moneda común (Saint-Simon, p. 204)

²⁴⁵ Utopía y oportunismo también, siendo así que acogió favorablemente de manera sucesiva la Revolución, el Imperio, y la posterior restauración de los Borbones, cosa que para Michel Ganzin por ejemplo es síntoma de un gran desdén por la política (1992, p. 157).

El tema de Europa no sólo acucia a Saint-Simon y sus correligionarios en las postrimerías del Imperio, sino que ya había asomado, si bien no de manera tan explícita, desde sus primeros escritos durante la etapa napoleónica, y no dejaría en lo sucesivo de recorrer veladamente el resto de su obra²⁴⁶. Siguiendo esa hipótesis de continuidad, Richard Swedberg ha dividido el pensamiento europeísta de Saint-Simon en tres grandes periodos, marcados por el cientifismo y un escaso interés inicial por la concreción de figuras políticas (en los textos de hasta 1813), el momento central que supone *De la réorganisation de la société européenne*, y un giro posterior hacia el industrialismo como eje de su pensamiento social, en el que se postula que una sociedad europea industrial habrá de ser inherentemente pacífica²⁴⁷, industrialismo que acabaría desembocando en una nueva “religión” (de 1815 a 1825).

En *Lettres d'un habitant de Genève* (1803), su primera obra publicada (con motivo de un viaje a Suiza para pedir la mano de la recientemente enviudada Mme. de Staël), encontramos ya el germen de la mayoría de las que después serían las ideas contra-maestras de toda su teoría (la obra de hecho se titulaba, en su versión inicial, *Lettre aux Européens*, y en ella llamaba “Instituto Europeo” a lo que luego pasaría a denominar como “Consejo de Newton”). Allí evocaba ya una cierta idea de Europa y los europeos, dejaba intuir un proyecto de “*pax europæana*” así como de una religión científica que la guiase. Característica de estos escritos de sus primeros tiempos es su tono mesiánico: en esta primera ocasión, se valió del artificio de un mensaje divino que le había sido revelado en sueños para anunciar una nueva religión, la religión de Newton: concepción intelectualista ésta cuyos orígenes se remontan a Condorcet, Cabanis o la obra de los ideólogos; una fe ciega inicial en los científicos como poder espiritual, que ya no invertirían sus talentos en guerras de destrucción sino en la paz. Condorcet ya había dicho: “*¡Basta de honores para los Alejandro! Vivan los Arquímedes!*”²⁴⁸, expresión que parece ser recogió más tarde el propio Saint-Simon en la misiva con la que acompañó el envío al Emperador de esta primera obra²⁴⁹). Establecía además que los europeos son una

²⁴⁶ Richard Swedberg (1994, p. 145) es de los que defienden la idea de que, aunque menos conocido, el tema de Europa recorre toda la obra de Saint-Simon, (frente a quienes opinan que el propio Saint-Simon olvidaría esta cuestión después de su trabajo de 1814), y parafraseando a Durkheim (*Le Socialisme*, 1895-96), cita: “The ‘reorganisation of Europe’ represents the central theme in all of his writings”.

²⁴⁷ En el *Cathéchisme des industriels* (1824) habla de que los intereses unidos de la sociedad industrial harán reemplazar al nacionalismo por el ‘europeísmo’. En *Du Système industriel* (1820-1822) insiste en que la sociedad industrial es un asunto europeo, no exclusivamente francés (citado por Swedberg, 1994, pp. 157-158). Otros autores como Constant hablaban, como veíamos, en vez de “sociedad industrial”, de “sociedad comercial”, como responsable del advenimiento de la paz final en la armonía de intereses.

²⁴⁸ Cit. en Manuel, 1981, p. 89

²⁴⁹ Polinger, 1943, p. 477

raza hija de Abel, mientras que los habitantes de Asia o África son los descendientes de Caín; y sin embargo la sociedad europea es ahora una sociedad en crisis, que es preciso reorganizar, para lo que propone, preocupado especialmente por la crisis del poder espiritual, la creación de un “Consejo de Newton” cuya tarea principal sería la de desarrollar un nuevo “sistema general de pensamiento”; insistía ya entonces en que los hombres deben ser definidos fundamentalmente en tanto que trabajadores, unidos por su trabajo, y destacaba el carácter internacional de su proyecto, criticando en toda forma de patriotismo una “forma de egoísmo nacional”. En 1808, año de la *Introduction aux travaux scientifiques du XIXe siècle*, se mostraba como un fervoroso partidario de Napoleón, a quien juzgaba por entonces capaz de fundar un nuevo sistema de unificación para Europa siguiendo los principios de la razón, con “l’infaillible compas et l’épée exterminatrice des opposants au progrès des lumières”²⁵⁰. En los años de conquista militar francesa a lo largo de todo el territorio continental, Saint-Simon, que ya arrastra para entonces una curiosa biografía²⁵¹, se afanaba ahora en sacar adelante el proyecto de una *Nouvelle Encyclopédie*. Tras el fracaso de este proyecto, en el que no consigue embarcar a casi nadie, Saint-Simon abandonaría toda concepción newtoniana del universo y la sociedad, aunque seguiría siempre empeñado en el diseño de un sistema para Europa donde moral, religión, sociedad y política mostrasen una coherencia total.

1813 ha sido señalado como el año del gran cambio en Saint-Simon; también es el año en que, tras la derrota de Leipzig, Francia pierde Europa. Bajo el impacto de los acontecimientos, el Conde de Saint-Simon comienza a prestar más atención a los hechos políticos y sociales del momento, a preocuparse por la paz, aplazando toda gran teoría del universo: “il s’intéresse aux grandes questions du moment: la paix et la régénération de l’Europe”²⁵², e imbuido de ese espíritu redacta su *Mémoire sur la science de l’homme*. En noviembre de 1813, mientras los jefes de la coalición se reúnen en Frankfurt para discutir los términos de la paz, Saint-Simon hace su propia campaña irenista a través de dos famosas cartas, una al Emperador, otra dirigida a los físicos y

²⁵⁰ Saint-Simon, *Introduction aux travaux scientifiques*, 1808 (1977), cit. en Puech, 1921, p. 83. Otros autores que, antes que él, pusieron sus esperanzas en el genio militar de Napoleón para alcanzar la unidad europea fueron Sylvian Maréchal (*Correctif à la gloire de Bonaparte ou lettre à ce général*, 1797) o Fourier en 1803 (cit. en Puech, 1948, pp. 83-86).

²⁵¹ Llena de abigarradas y extravagantes anécdotas y planes megalómanos, entre los que se cuentan su pretensión de demostrarse para sí mismo una pretendida genealogía carolingia (con una misión compartida con su antecesor, a saber: la reorganización espiritual y temporal de la sociedad europea), su colaboración con el Conde de Cabarrús para construir un canal que conectase Madrid con el mar, o sus oscuras maniobras en tiempos de la Revolución.

²⁵² Carbonell, 2001, p. 34

matemáticos del Instituto²⁵³. En el transcurso de la carta que dirige a Napoleón, repentinamente reconvertido en consejero áulico y ya sí comprometido para siempre con las cuestiones políticas, sugiere al Emperador los medios para acabar con el bloqueo marítimo inglés; contra los excesos de la ambición, el mensaje final es claro: que el Emperador renuncie a sus conquistas (“que votre Majesté doit renoncer au protectorat de la confédération du Rhin; qu’elle doit évacuer l’Italie; qu’elle doit rendre la liberté à la Hollande et en fin qu’elle doit cesser de s’ingérer dans les affaires d’Espagne”), e Inglaterra renunciará al bloqueo. Saint-Simon, hasta entonces gran defensor de la política bonapartista, comienza a cambiar de actitud y a mostrarse hostil a toda política de conquista. Al contrario de lo que hiciera Carlomagno, considera que el gran error de Napoleón ha sido enfrentarse al poder espiritual del papado, y qué sólo un nuevo poder espiritual, el de la ciencia, podrá ahora fundamentar una nueva soberanía, tal y como avanzaba en este trabajo dirigido al Emperador: “les sciences ont donné les moyens de réorganiser la Société Européenne et d’améliorer son système politique”²⁵⁴.

El tono de la carta que dirige a los miembros del Instituto, *Mémoire sur la science de l’homme*, es en cambio bien distinto, mucho más duro, acusándoles de estar más centrados en sus experimentos individuales que en su deber histórico, y de traidores a la ciencia, a la historia, a Napoleón y a Europa; tras estas duras acusaciones, concluye afirmando la primacía de las ciencias del hombre, las únicas que pueden “*ramener la paix générale en réorganisant la société*”; sólo la “ciencia del hombre” (cruce entre la Psicología social y la Historia que marcaría en adelante su obra) podría reconciliar los intereses de todos los pueblos europeos concentrándolos en su interés general²⁵⁵, y su tarea principal sería la *organización*, término al que Saint-Simon dota de un significado particular, y que se entiende en un sentido positivo, opuesto a la tarea crítica y de

²⁵³ Por lo general, el conde de Saint-Simon llevaba a cabo un gran trabajo de difusión de todos sus trabajos, que siempre iban acompañados de cartas pidiendo financiación para el proyecto; la mayoría de los envíos, ni siquiera eran abiertos por sus destinatarios. En el caso que nos ocupa, el de la *Réorganisation de la société européenne*, se sabe que envió un ejemplar de la obra a cada delegado en el Congreso de Viena, aunque no hay constancia alguna de que ninguno de ellos llegara siquiera a leerla.

²⁵⁴ Saint-Simon, *Travail sur la gravitation universelle*, 1813 (1977, citado en Puech, 1921, p. 84). En esta misiva le proponía además al Emperador la convocatoria de un certamen para que se premie el mejor proyecto de reorganización para Europa, a presentar antes del 1 de diciembre de ese año, y que se fallaría en enero de 1815 (cosa que, obviamente, nunca tuvo lugar).

²⁵⁵ Para Carbonell, por ejemplo, en este pasaje Saint-Simon funda, de un solo golpe, la sociología y la idea de una unidad europea: “Messieurs: je n’ai qu’une passion, celle de pacifier l’Europe; qu’une idée, celle de réorganiser la société européenne” (Carbonel, 2001, p. 37; Saint-Simon, *Mémoire sur la science de l’homme*, 1977, citado por Ganzin, 1992, p. 151).

derribo de la filosofía del XVIII: “La philosophie du siècle dernier a été révolutionnaire; celle du XIXe siècle doit être organisatrice”²⁵⁶.

El 31 de marzo de 1814 las tropas aliadas entraban en Francia; lejos de todo pesimismo, Saint-Simon ve en ello un momento de oportunidad: “Aujourd’hui la France peut se joindre à l’Angleterre pour être l’appui des principes libéraux”²⁵⁷. Y al saber de la celebración del Congreso de Viena, se consagra a la redacción del ensayo en el que plasmaría su proyecto para Europa (y no será el único panfletista que se consagre a esta tarea, con vistas a dirigir las decisiones de los reyes y ministros reunidos en Viena); ayudado por su secretario Auguste Thierry (es difícil especificar la aportación de este último a la obra, a pesar de que ambos firman el opúsculo, este último en calidad de “alumno”²⁵⁸), *De la réorganisation de la société européenne* estará listo en apenas tres meses²⁵⁹.

En octubre de 1814 se publicaba así en París un opúsculo con el título de *De la réorganisation de la Société Européenne, ou de la nécessité et des moyens de rassembler les peuples de l’Europe en un seul corps politique en conservant à chacun son indépendance nationale, par M. Le Comte de Saint-Simon et par A. Thierry, son élève*. Europa se halla sumida en un estado de violencia, el sistema político y social está destruido en sus fundamentos, y ha de ofrecerse otro que lo sustituya²⁶⁰. Saint-Simon busca antes que nada la “mejor

²⁵⁶ Saint-Simon, *De la réorganisation de la société européenne*, 1977, p. 158.

²⁵⁷ Citado por Carbonell, 2001, p. 45. Parece ser que poco después, con motivo de los Cien Días, Saint-Simon escribió otra obra, *Profession de foi du Comte de Saint-Simon au sujet de l’invasion du territoire français par Napoléon Bonaparte* (1815), texto hoy perdido pero citado por Charles Lemonnier, y que Puech trae a colación (1921, p. 84); reconvertido a los principios liberales con la Restauración, en el texto de 1814 *De la réorganisation...* llega a referirse al proyecto de Bonaparte como “projet vaste et insensé de domination universelle” (Saint-Simon, 1977, p. 216).

²⁵⁸ Y puesto que el libro está redactado en forma de primera persona singular, en adelante me referiré por lo general a un único autor, el Conde de Saint-Simon, atribuyéndole a él, en calidad de “maestro”, el grueso de la reflexión en él contenida, aunque autores como Desbazeilles atribuyen la redacción de la obra a la pluma de A. Thierry, bajo la supervisión general de su superior (1996, p. 155).

²⁵⁹ “Cet ouvrage a été hâté par les circonstances...”, nos explican sus autores desde la ‘Advertencia’ inicial (1977, p. 155).

²⁶⁰ Saint-Simon, 1977, pp. 173 y 245. La obra está dividida en tres libros, precedidos de una “Advertencia”, un “Avant-propos”, así de como de una carta dirigida a los parlamentos francés e inglés. El primer libro, de siete capítulos, lleva por título: “*De la meilleure forme de gouvernement; démonstration que la forme parlementaire est la meilleure*”, y el segundo libro, bajo el epígrafe “*Que toutes les nations de l’Europe doivent être gouvernées par un parlement national, et concourir à la formation d’un parlement général qui décide des intérêts communs de la société européenne*” consta de seis capítulos; un último libro, compuesto de doce capítulos y una conclusión, remata la obra bajo el título de “*Que la France et l’Angleterre, ayant la forme de gouvernement parlementaire, peuvent et doivent former un parlement commun chargé de régler les intérêts des deux nations. —Action du parlement anglo-français sur le reste des peuples de l’Europe*”. Su propia estructura, como vemos, nos da una primera idea bastante completa acerca de su contenido, que se presenta bajo la forma de un perfecto silogismo.

Constitución posible”²⁶¹: “Je veux chercher s’il n’y a point une forme de gouvernement bonne par sa seule nature, fondée sur des principes sûrs, absolus, universels, indépendants des temps et des lieux”²⁶². El modelo político que propone para la generalidad de Europa es básicamente el modelo liberal inglés, pues lo considera “le type d’organisation qui remplacera succesivement chez tous les peuples européens le régime féodal”, la constitución que ha hecho precisamente del pueblo inglés un pueblo libre y poderoso, punto de vista en el que coincide con otros políticos de su época como Talleyrand (y también con Châteaubriand o con Constant). Los parlamentos de Inglaterra y Francia representan en su opinión la fuerza del progreso, son las naciones-faro desde el punto de vista institucional:

« Aujourd’hui que la France peut se joindre à l’Angleterre, pour être l’appui des principes libéraux, il ne reste plus qu’à unir leurs forces et à les faire agir, pour que l’Europe se réorganise. (...) Cette union peut changer l’état de l’Europe, car l’Angleterre et la France unies sont plus fortes que le reste de l’Europe »²⁶³

Un parlamento franco-inglés promoverá en el resto de las naciones, asegura, el establecimiento de gobiernos representativos, y una vez constituidas éstas en esa constitución representativa, podrán integrarse también en la nueva organización europea. De la unión de ambos, pues, habría de salir la “institución política definitiva” que Saint-Simon busca con tanto afán; una Constitución europea que no sería sino un calco de la Inglesa, del mismo modo que lo era en gran parte la Carta de 1814²⁶⁴.

Swedberg defiende la imagen de Saint-Simon como heredero de los postulados pacifistas e internacionalistas del pensamiento revolucionario, pero lo cierto es que el proyecto del Conde se basa en buena medida en el afán de impedir que la revolución estalle nuevamente. Y la constitución representativa se presenta para ese fin como la mejor porque la convicción acerca de su idoneidad es inquebrantable en el seno de la

²⁶¹ En sus preliminares, hace llamamiento a “un rey” que trabaje en pos de la causa de esta reorganización europea; ¿se refiere ahora a Luis XVIII, como antes hiciera apelando a Napoleón? En todo caso, especifica, ese “rey europeo” (“chef scientifique et politique”) reinará pero no gobernará (para ello nombraría a un primer ministro). Inmediatamente después, dirige su escrito a los “messeigneurs” de los parlamentos de Francia e Inglaterra: “Messeigneur, vous seuls pouvez hâter cette révolution de l’Europe”.

²⁶² Saint-Simon., 1977, p. 182

²⁶³ Saint-Simon, 1977, p. 167

²⁶⁴ Jouvenel, 1925, p. 43. Pero en una lectura más detenida y crítica del proyecto también podemos percibir cierta estrategia subyacente que busca detener la “grandeur” jingoísta de la superpotencia en la que se ha convertido Inglaterra, que tiene entre sus manos el comercio del mundo entero: “il n’y a point de repos ni de bonheur possibles pour l’Europe, tant qu’un lien politique ne ralliera pas l’Angleterre au continent dont elle est séparée” (1977, p. 165). Y en todo caso, como una estrategia defensiva, pues sólo unidos podrán ambos países hacer frente a las amenazas de grandes agitaciones políticas y de “revolución inevitable” que se ciernen sobre ellos, pudiendo poner así fin de una vez por todas a los “malheurs de l’Europe”.

opinión, y así las posibles amenazas de disturbios políticos y sus golpes recaerán fundamentalmente sobre los administradores, pero en ningún caso sobre los poderes constitucionales en sí²⁶⁵.

« Politiquement la chance de l'Europe réside dans le parlementarisme. Puisque le meilleur régime existe, la seule solution consiste à transplanter ce paradigme dans l'espace européen ». La oportunidad de Europa reside pues en que, una vez que las naciones que la forman estén gobernadas por parlamentos nacionales, convengan en reconocer la superioridad de un parlamento general situado por encima de los gobiernos nacionales e investido del poder de juzgar acerca de sus diferencias. El sistema político representativo, opuesto a todo otro sistema, ya sea feudal o despótico, será pues prerrequisito *sine quoniam* para entrar a formar parte de la nueva asociación (« l'établissement du parlement européen s'opérera sans difficulté, dès l'instant que tous les peuples de l'Europe vivront sous le régime parlementaire »²⁶⁶), puesto que tal sistema representa como ninguno (y en ello reside su superioridad) el equilibrio entre los principios de “interés general” (el de la nación) e “interés particular” (el de los individuos). Con tales principios pretende cimentar una asociación de pueblos y no de soberanos, como había ocurrido hasta el momento²⁶⁷.

Establece así, sobre esos principios del interés general y el interés particular (extraídos a su vez del método de las ciencias positivas) una división de poderes bastante moderna, en el sentido de “poderes colaboradores” (“la disposition fondamentale, celle qui fait la force de la constitution, c'est qu'aucune des décisions de l'un ne puisse être exécutée sans avoir été au préalable examinée et approuvée par l'autre”)²⁶⁸. Jean Jaurès ha señalado a Saint-Simon como el primer autor que concibe un

²⁶⁵ Saint-Simon, 1977,, p. 228. Es el caso del parlamento francés, que Saint-Simon reconoce ha defraudado en sus medidas, al no establecer la libertad de prensa, la libertad individual, ni la responsabilidad del gobierno (pero esto no hace de por sí denunciabile al poder constitucional, tan sólo a los que lo ocupan). Sus acusaciones contra el gobierno francés también alcanzan a la institución monárquica, extraña mezcla de rey parlamentario y absoluto: “Une forme de gouvernement bâtarde, où la représentation n'est qu'un vain appareil qui ne peut rien contre les abus du pouvoir, voilà ce que nous voyons aujourd'hui” (p. 231).

²⁶⁶ Saint-Simon, 1977, p. 207: y su establecimiento podrá comenzar, desde el mismo momento en que sea mayoría la parte de la población europea que viva bajo tutela de un gobierno representativo.

²⁶⁷ Ya lo había presagiado con anterioridad, en su proyecto para una *Nouvelle Encyclopédie*: « ...que tu les peuples européens se trouvent liés par une institution politique de laquelle chacun d'eux dépende et qui ne dépende d'aucun d'eux en particulier » (citado en Ganzin, 1992, p. 152).

²⁶⁸ El primer poder será pues el “*pouvoir des intérêts généraux*”, representado por el poder ejecutivo (del que sin embargo apenas se ocupa y no conoce desarrollo ulterior), el del rey, representante de los intereses generales. Con respecto a esta figura, que él mismo reconoce como el jefe supremo de la sociedad europea y por tanto de una mayor importancia, la laguna es flagrante (promete un desarrollo del tema en una segunda obra que nunca tendría lugar), y también lo es la ambigüedad terminológica acerca de la naturaleza de tal institución, de la que poco dice más allá de que se trata de una institución hereditaria, además de sugerir una división interna, como ya había sido desarrollado por Constant, y

verdadero “Parlamento Europeo”²⁶⁹, aunque yo no suscribiría sin reservas tal aseveración, puesto que en proyectos de paz perpetua anteriores, como los de Kant o Jeremy Bentham expuestos en el capítulo anterior, ya se hablaba de representación y de la necesidad de crear una Dieta europea, en términos incipientemente diferentes a los de la tradicional delegación de una alianza de monarquías. En ese sentido prefiero la versión que el propio Swedberg propone en el mismo texto más adelante, al insinuar que no se trata tanto de originalidad en las ideas como de haberles dado forma en la expresión²⁷⁰. Y desde luego, el Parlamento Europeo propuesto por Saint-Simon cuenta con mayores atribuciones que ninguno de los planteados previamente, y se muestra enteramente independiente de los gobiernos nacionales: capacidad impositiva, una sede federal sobre la que detenta soberanía exclusiva, una banca independiente, el establecimiento de una moneda única, o la constitución de un código moral (aunque nada nos dice de un tema crucial como es el de la defensa); entre otras funciones, ostenta también el derecho a decidir acerca de posibles secesiones o anexiones de poblaciones:

«Si une portion quelconque de la population européenne, soumise à un gouvernement quelconque, voulait former une nation à part, ou entrer sous la juridiction d'un gouvernement étranger, c'est le parlement européen qui en décidera. Or, il n'en décidera point dans l'intérêt des gouvernements, mais dans celui des peuples, et en se proposant toujours pour but la meilleure organisation possible de la confédération européenne »²⁷¹

Y así se presenta de manera revolucionaria en este texto, el principio de autodeterminación como derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos, que no sería completamente formulado hasta más de un siglo después. Este parlamento tiene además, con su papel de “instructor europeo” y su propuesta de un código moral, una asombrosa anticipación educativa y una gran influencia en el plano espiritual (el gran parlamento defenderá la libertad de conciencia y el libre ejercicio de todas las religiones); en el plano económico, se destaca como intervencionista (tiene derecho a establecer impuestos para todo el territorio europeo, y propone una política económica

siguiendo el propio caso inglés, entre un rey y un primer ministro, responsable ante las cámaras. El “*pouvoir des intérêts particuliers*”, por su parte, está representado en la Cámara de los comunes, y un tercer “poder moderador” será el de la Cámara de los pares, que juntos, forman el Parlamento Europeo, donde se dirimen los asuntos generales de Europa.

²⁶⁹ Cit. en Swedberg, 1994, pp. 154, y 165-166. También Sainte-Lorette encuentra una ‘innovación’ el empleo del término “pueblos europeos” (1955, p. 26).

²⁷⁰ “Neither Saint-Simon nor any single individual ‘created’ these ideas in any meaningful sense of this word. What Saint-Simon did do, however, was to give them a powerful expression” (Swedberg, 1994).

²⁷¹ Saint-Simon, 1977, p. 203.

de “utilidad general” y de grandes obras públicas, proponiendo la construcción a cargo del parlamento de canales del Rin al Danubio y del Rin al Báltico, por ejemplo).

« Ainsi, il y aura entre les peuples européens ce qui fait le lien et la base de toute association politique: conformité d'institutions, union d'intérêts, rapport de maximes, communauté de morale et d'instruction publique »²⁷²

El Parlamento europeo, elegido mediante sufragio de todos los alfabetizados, constituye en verdad un sufragio *capacitario*, donde halla un hueco también el talento. Esta reunión de la propiedad y del talento es sin embargo una concepción más ilustrada que verdaderamente próxima a cualquier esbozo de modernidad liberal, y cita explícitamente el trabajo de Laborde, *Des Aristocraties représentatives*, donde se subraya la importancia de la representación económica; “c’est la propriété qui fait la stabilité du gouvernement”, apunta Saint-Simon, pero como considera que la propiedad va siempre unida a las luces, una veintena de puestos de la Cámara serán reservados para los más destacados talentos. Con respecto a los elegibles, Saint-Simon introduce estas curiosas precisiones, que presagian lo que poco a poco iría formándose como su ideal utópico social: así, sólo serán elegibles para el Parlamento Europeo “*les négociants, les savants, les magistrats et les administrateurs*”, ya que ellos representan “tout ce qu’il y a d’intérêts communs à la société européen”²⁷³: las ciencias, las artes, la legislación, el comercio, la administración y la industria. Y sin embargo, hay aspectos de esta designación corporativa que no quedan suficientemente claros (puesto que supondrían una organización previa de la que nada se dice). Se trata en todo caso de un estadio intermedio en la evolución de su pensamiento entre la fe en los científicos como nuevos guías espirituales de la sociedad capaces de neutralizar el conflicto, hacia la concepción de los productores como nueva vanguardia social²⁷⁴. Un régimen que para

²⁷² Saint-Simon, 1977, p. 205.

²⁷³ Más adelante, vuelve acerca de la importancia de unir el talento y la propiedad en el gobierno, esta vez con consideraciones históricas; y recordemos su fábula de las abejas y los zánganos (*fainéants*), en la que atacaba a la nobleza feudal y terrateniente, ociosa e inútil, reclamando el poder político para aquellos que constituyen el verdadero corazón y motor de la nación: los propietarios industriales y mobiliarios.

²⁷⁴ La primacía de la sociedad industrial no cobraría protagonismo en su obra hasta 1816 (descubrimiento que también significaría el “fin de la política”, reduciendo al gobierno a un mero gestor), y así, *De la Réorganisation...* queda como un paréntesis intercalado en el conjunto de su obra, entre la etapa cientifista y la industrial, lo cual acrecentaría, desde esa perspectiva, su carácter utópico y marginal en el conjunto de la obra (Ganzin, 1992, p. 137). No obstante, lejos de cualquier falta de coherencia, ya se anuncian sus preocupaciones futuras: se queja de la falta de una banca sólida e independiente, de la falta de promoción de la industria y de la consideración en que aún se tiene a la nobleza (1997, p. 226). Y recordemos que otros autores, como Swedberg, reclaman más bien la continuidad y la coherencia de esta obra con respecto a la evolución del conjunto de su obra.

algunos estudiosos resulta “elitista y plutocrático”²⁷⁵, y que nos lleva tal vez a hacer la consideración de si no nos hallamos más bien ante el planteamiento de un régimen corporativista, lo que influiría en su carácter inactual. Su concepción de la sociedad perfecta como reflejo del orden natural, de una naturaleza desigual (y sigue aquí, en sus concepciones organicistas y jerárquicas, a Maistre o De Bonald), le hacía adaptar una tipología humana (recogida directamente de Bichat) en base a sus funciones sociales, en la cual un orden de sabios, industriales y artistas constituía, cumpliendo la “gran trinidad de aptitudes”, la organización social perfecta. Aunque aún pesa en esta obra una concepción fuertemente estatalista, se vislumbra ya la posterior derivación hacia concepciones más tecnócratas: “al gobierno de los hombres debe suceder la administración de las cosas” y a los “poderes”, las “capacidades”; en este aspecto *De la réorganisation* se presenta también como una obra de transición.

Al igual que sí aparece de hecho el término “*corporation*”²⁷⁶, también lo hace el de “*confédération*”, pero de manera inespecífica, sin verdaderas implicaciones jurídicas; el precedente en el que se basa, calificado igualmente de “sociedad confederativa”, es de hecho la Cristiandad medieval:

« L'Europe a formé autrefois une société confédérative unie par des institutions communes, soumise à un gouvernement général qui était aux peuples ce que les gouvernements nationaux sont aux individus: un pareil état de choses est le seul qui puisse tout réparer »²⁷⁷

Convencido de que el periodo desde el que escribe, necesariamente transitorio, debe resolverse en una nueva organización social (tiene ya la intuición, antes de 1816, de que el Estado no es sino producto de la sociedad), la *Réorganisation...* queda como la

²⁷⁵ Carbonell, 2001, p. 120

²⁷⁶ “Les élections de chacun des membres se feront par la *corporation* à laquelle il appartiendra”, (Saint-Simon, 1977, p. 200).

²⁷⁷ Saint-Simon, 1977, p. 165. Michel Ganzin (1994) es de la opinión de que todo aspecto confederativo del proyecto se devalúa debido a debilidades como la ausencia de un tratado constitutivo, de regla de unanimidad o de derecho de secesión para cualquier Estado, así como la ausencia de toda especificación geográfica acerca de los componentes de tal confederación europea, más allá de los citados Francia, Inglaterra y Alemania. En cambio, también parece reconocer un sistema en el que la perfección de la constitución parlamentaria aboca en una constitución federal, en la que los parlamentos nacionales, abandonando buena parte de su soberanía a un poder superior, crean una nueva institución, el Parlamento Europeo, mientras que el grado de autonomía de las naciones no se especifica, por lo que el resultado final tendría un cariz marcadamente “unitario” (Voyanne, 1964, p. 120). Analizando también los rasgos del sistema que postula, Carbonell llega a calificarlo igualmente de “federación” de hecho, debido a la existencia de una capital simbólica, y de los poderes de tasación atribuidos al Parlamento general: “Le parlement européen aura en propriété et souveraineté exclusive une ville et son territoire. Le parlement aura le pouvoir de lever sur la confédération tous les impôts qu’il jugera nécessaires” (Saint-Simon, 1977, p. 203). Y es que Saint-Simon no se pierde en distinciones aporéticas entre confederación o confederación, términos que utiliza como equivalentes en su obra (Desbazeilles, 1996, p. 157 y 158, quien opina además que el contenido jurídico y constitucional de esta obra deja mucho que desear).

primera aplicación del determinismo histórico a la previsión política, determinismo histórico al que Saint-Simon se refiere como “*la seule force de choses*”, o “*le cours de l’esprit humain*”²⁷⁸. *De la réorganisation de la société* supone la aplicación del método científico a cuestiones políticas, con el fin de poder establecer positivamente cuál es la mejor constitución posible y prever el futuro de Europa, del mismo que ya antes había tratado de inaugurar una metodología moral sobre las bases de la ley de la gravitación universal. A diferencia de sus anteriores *Mémoires*, este texto de ahora no se presenta ni como un sueño, ni como una visión ni como una revelación²⁷⁹, sino como un texto estrictamente científico, positivo. Así, aplicando el método científico de las ciencias de la observación, toda cuestión habrá de ser abordada de manera sintética y analítica, *a priori* y *a posteriori*, por lo que la mejor constitución será la que siga tal método (es decir, la constitución liberal que analizábamos más arriba, basada en una división de poderes cuya idoneidad es tan cierta, absoluta y universal “que celle d’un bon syllogisme”²⁸⁰). Pero al razonamiento se une también la experiencia como método²⁸¹, el conocimiento del pasado de las sociedades humanas como vía que permite enunciar las leyes por las cuales éstas son regidas y hacer inteligible su pasado, así como su futuro; la Historia se convierte así en un método para la previsión científica²⁸².

²⁷⁸ En la dedicatoria Saint-Simon dice: “la révolution de l’Europe, commencé depuis tant d’années, qui doit s’achever par la seule force de choses”; y en la conclusión, nuevamente: “C’est là que nous tendons sans cesse; c’est là que le cours de l’esprit humain nous entraîne”. (p. 168 y p. 247, respectivamente).

²⁷⁹ En una de sus memorias de 1808 relataba por ejemplo cómo Bacon había salido de su tumba para proponer a Carlomagno como el “verdadero organizador de la sociedad europea” (cit. en Puech, 1948, p. 84).

²⁸⁰ Saint-Simon, 1977, p. 187

²⁸¹ “Le raisonnement et l’expérience sont les éléments de cette méthode” (Saint-Simon, 1977, p. 195).

²⁸² « L’avenir se compose des dernier temps d’une série dont les premiers constituent le passé. Quant on a bien étudié les termes d’une série, il est facile de poser les suivants: ainsi, du passé bien observé, on peut facilement déduire l’avenir » (Saint-Simon, *Mémoire sur la science de l’homme*, 1813, cit. en Carbonell, 2001, p. 107). Aplicado al caso que estudia, y viendo los paralelismos de las series históricas que se vienen sucediendo tanto en Francia como en Inglaterra (con especial atención a las condiciones de sendas revoluciones), le lleva a afirmar rotundamente que, visto lo ocurrido en Inglaterra con los Estuardo, en Francia había llegado el momento también de que cayera otra monarquía restaurada (es decir, la de los Borbones; profecía que se hizo realidad apenas unas semanas después de la vuelta de Luis XVIII, lo que causó lógica inquietud en el gobierno y la subsiguiente censura de la obra saintsimoniana, del mismo modo que su parábola de las abejas y los zánganos fue interpretada después —profecía o, en opinión de algunos, incitación—, a la luz del asesinato del duque de Berry; y es que la obra del conde de Saint-Simon, todo lo utópica que se quiera, tuvo la particularidad de entremezclarse y adelantarse incluso a las circunstancias históricas). Capaz de entrever el futuro con más claridad que su propio presente (Jouvenel, 1925, p. 42), otras previsiones, sin embargo, no iban a correr la misma suerte, y con el tiempo coadyuvarían a ese tratamiento de utopía y ensoñación de la que fue objeto la obra: así el presagio del inminente fracaso de Viena (cuando lo cierto es que, como hemos visto, y a pesar de sus debilidades, el sistema de equilibrio de potencias que salió de Viena rigió durante todo el siglo las relaciones internacionales continentales, a falta de nada mejor), o su previsión acerca del rápido establecimiento de una confederación europea, además de su anunciada vinculación a la expansión colonial, en relación a la cual llega a sugerir que la misión de Europa es poblar el mundo con la raza europea, “qui est supérieure à toutes les autres races d’hommes”. Lo que sí supo entrever, en todo caso, fue que el momento del establecimiento de ese régimen representativo y federativo en Europa aún no había llegado, y que el

Y en ese marco de consideraciones históricas, su idealización de la Edad Media le lleva a argüir un sistema en el que la unidad se regía por cuatro “principios excelentes” (principios que faltaban a su parecer en la obra del abad Saint-Pierre, y que deben tenerse en cuenta en todo proyecto de organización política y social): la homogeneidad en la organización política, la existencia de un “gobierno general” independiente de los gobiernos nacionales, la primacía del interés general en ese gobierno general, y la “opinión pública” sobre la que descansa ese gobierno, que asegure la fuerza y unidad de todo el sistema: “Avant la fin du XVe siècle, toutes les nations de l’Europe formaient un seul corps politique...”²⁸³. La religión de Roma servía como vínculo pasivo de la sociedad europea, y el gobierno del clero, elevado por la opinión y por el poder de los reyes, limitaba las ambiciones nacionales. La Europa medieval, “única organización europea digna de tal nombre”, se hallaba sin embargo fundada en “prejuicios y supersticiones”, déficit que la ciencia ahora vendría a enmendar, como nuevo vínculo ideológico; porque “toute institution fondée sur une opinion ne doit pas durer plus longtemps qu’elle”, y así la obra de Lutero vino a desorganizar Europa, al romper la unidad de creencias (en la misma línea de lo expuesto por Novalis; él, por el contrario, no tratará de reorganizar la sociedad recuperando ese cristianismo ecuménico, sino a través de una Europa laica, en la que existe libertad de conciencia y de culto):

« L’Europe fut partagée en deux confédérations qu’on s’efforçait de maintenir égales: c’était créer la guerre et l’entretenir constitutionnellement, car deux ligues d’égale force sont nécessairement rivales »²⁸⁴

Desde Westfalia se estableció un sistema cuyo fin era la paz pero que no ha hecho más que engendrar guerras, tal y como denuncia en esta obra: “depuis le traité de Westphalie la guerre a été l’état habituel de l’Europe”. Desde su óptica, el Congreso de Viena va a repetir el mismo error, volviendo a sumir a Europa en el conflicto²⁸⁵:

camino hasta su consecución sería arduo, dejando caer un presagio tan pesimista como cierto: “Mais cette époque est loin de nous encore, et des guerres affreuses, des révolutions multipliées doivent affliger l’Europe durant l’intervalle qui nous en sépare” (Saint-Simon, 1977, p. 207).

²⁸³ Saint-Simon, 1977, p. 161

²⁸⁴ Saint-Simon, 1977, p. 163

²⁸⁵ “Sur ce désordre, qu’on a appelé et que même encore on appelle la base du système politique...”, (1977, p. 163). Al final de su vida, en las últimas páginas de su inconclusa obra *Le nouveau Christianisme*, retoma esta crítica haciéndola extensible a la Santa Alianza, de la que denuncia su manera errática de conducir la política europea (Swedberg, 1994, p. 160)

« Les souverains de toutes les nations européennes s'assemblent pour lui donner la paix. Tous semblent la désirer, tous sont célèbres par leur sagesse, et cependant ils ne parviendront point où ils veulent arriver »²⁸⁶

Y contra todo equilibrio de potencias o « balance of power », él propone una verdadera armonización y un modelo de equilibrio de orden bien distinto, que ponga fin a toda posibilidad de guerra fratricida futura, inscribiéndose así su proyecto en la larga tradición de los *proyectos de paz perpetua*²⁸⁷, pero subrayando al mismo tiempo lo que a sus ojos le diferencia de sus predecesores:

« Et il ne s'agit pas ici d'une 'rêverie philosophique' semblable au projet de paix perpétuelle de l'abbé Saint-Pierre (...) ce n'est point une chimère, mais bien une réalité que je propose pour but (...) Donner à la politique un caractère positif est l'objet de mon ambition »²⁸⁸

De una manera radicalmente moderna (o tal vez sería mejor decir “posmoderna”) introduce el tema de la identidad, y nos habla ya de un “*patriotismo europeo*”²⁸⁹ necesario a la sustentación de todo este sistema, una unidad de espíritus o de “opiniones públicas”, como apunta él (y va más lejos, en este sentido, de lo que fueron Kant o Bentham). La tarea de construir una Europa unida no se puede hacer simplemente desde arriba²⁹⁰; un cuerpo social no subsiste por virtud de frágiles acuerdos ni por la coacción, y por eso la necesidad de esa “reorganización social europea”, de una comunidad europea homogénea en torno a los valores constitucionales como antes sirvió de aglutinante la religión: “il faut une organisation. Hors de là, tout se décide par la force”. Comparte, como ya sostuviera Montesquieu,

²⁸⁶ Saint-Simon, 1977, p. 169.

²⁸⁷ Indirectamente él mismo se reconoce como continuador de tal tradición, cuando apunta que la gran falacia del sistema de Westfalia sólo habrían sabido verla hasta el momento dos autores, que trataron con sus obras de ponerle remedio: Henri IV y el abad Saint-Pierre; Frank E. Manuel también describe la obra como una adaptación avanzada del proyecto de paz perpetua del abad Saint-Pierre (1981, p. 86), pero ésta va mucho más allá.

²⁸⁸ Cit. en Puech, 1921, p. 83. Aún reconociéndole ciertos méritos (la reconoce como la concepción “más fuerte” que se ha producido desde el siglo XV), al abad Saint-Pierre y su proyecto les achaca tres grandes debilidades: lo juzga un proyecto irrealista, donde los diputados de la Dieta no representan más que a su señor y donde no existe sentimiento alguno de comunidad inherente a la idea europea. En su opinión, es un proyecto que no hace más que asegurar a los soberanos contra “toda rebelión de los sujetos”, garantizándoles la perpetuación de “l'ordre de choses existant”. Polinger (1943) no se cansa de destacar los paralelismos de la obra de Saint-Simon con las propias propuestas de Wilson o Churchill en aquel momento (como por ejemplo, la propuesta de unificación franco-británica durante la guerra). Y lo mismo le ocurre a Henry de Jouvenel, cuando cifra su genio en haber sabido sustituir el término de “alianza” por el más necesario de “société” (1925, p. 42).

²⁸⁹ Saint-Simon, 1977, p. 199.

²⁹⁰ « Vouloir que l'Europe soit en paix par des traités et des congrès, c'est vouloir qu'un corps social subsiste par des conventions et des accords; des deux côtés il faut une force coactive qui unisse les volontés, concerte les mouvements, rende les intérêts communs et les engagements solides » (Saint-Simon, 1977, p. 173).

que las instituciones hacen al hombre, pero también es consciente de la necesidad subjetiva de un vínculo identitario común como base²⁹¹, posibilitado a través del nacimiento de una “opinión pública europea”, que haga salir al patriotismo de sus límites y cree el hábito de considerar los intereses de Europa —lo cual vendrá a su vez posibilitado por el establecimiento del parlamento europeo. En aras de fomentar en la opinión pública este patriotismo europeo, el filósofo propone la instauración de una instrucción pública y una enseñanza cívica y moral bajo la dirección y vigilancia de la organización europea, finalidad que compartirán con los escritores, capaces de crear esa opinión sobre la que tienen capacidad de reinar, “et l’opinion règne sur le monde”²⁹². Junto a los intereses comunes, Saint-Simon es capaz de ver también la importancia de los *sentimientos* (nuevamente influido por el romanticismo), aspecto subjetivo por el que no dejaría de preocuparse y que le llevará en sus últimos tiempos a preocuparse por crear una doctrina religiosa²⁹³. El hombre, por educación y relaciones, va adoptando a lo largo de su vida una progresiva tendencia o hábito a extender su propio bienestar e interés particular a nociones más generales, que se confunden con la sociedad a la cual pertenece, y que acaban convirtiéndose, de hábitos en sentimientos: así al menos lo describía La Rochefoucauld y es lo que Saint-Simon llama *patriotismo*²⁹⁴, que convierte en altruismo la extensión natural del amor propio. Con estos postulados, si bien un tanto vagos en cuanto que no explicita en qué consistiría o cómo surgiría esa opinión pública europea, deja muy atrás la concepción tradicional de un Voltaire, para quien el “sentimiento europeo” reposaba en unos orígenes comunes, el recuerdo de la unidad cristiana y un sistema político común compuesto por principios de derecho público europeos y un equilibrio de potencias. Y es aquí donde a mi entender, y pese a las debilidades y vaguezas de una intuición tan temprana, la obra de Saint-Simon se

²⁹¹ “Mais aussi ce sont les hommes qui font l’institution, et l’institution ne peut s’établir si elle ne les trouve tout formés d’avance” (Saint-Simon, 1977, p. 199). Sería pues un antecedente de la noción subjetiva de nación de Max Weber, y aún más avanzada, en tanto que lo aplica a un espacio más general como es Europa.

²⁹² Saint-Simon, 1977, p. 158, haciéndose eco de la famosa expresión. Las referencias a la importancia de la opinión pública abundan en esta obra, llegando incluso a aplicar la noción, con efectos retroactivos y de manera anacrónica, a la sociedad de la Edad Media. Éste será el efecto que la nueva organización tenga sobre la opinión pública: “En fin l’opinion publique en France se fixera sur des bases solides, par le commerce intime des Anglais, nos maîtres en politique nationale; le parlement d’Angleterre et le parlement anglo-français par leur influence sur le nouveau parlement français, l’entraîneront dans la direction vraiment constitutionnelle, et affirmeront la marche du gouvernement, en détruisant cette hésitation qui résulte du combat des vieilles habitudes et des opinions nouvelles” (p. 236).

²⁹³ “New Christianity is the only social doctrine appropriate to Europe at its present state of enlightenment and civilization” (en *Nouveau Christianisme*, 1825, citado por Swedberg, 1994, p. 160).

²⁹⁴ Saint-Simon, 1977, p. 198.

muestra en su carácter más moderno y su mayor interés prospectivo, frente a las fallas en el sistema representativo señaladas anteriormente.

La obra de Saint-Simon, aunque se fundamenta como hemos estado viendo en la alianza franco-británica, tiene en su apéndice lugar aparte para tratar el caso de Alemania: “Il y a un peuple en Europe que son gouvernement semble reléguer parmi le vulgaire des nations européennes, mais qui s’en éloigne à des distances infinies, par son caractère, ses sciences, sa philosophie”²⁹⁵. Siguiendo la periodización por épocas que él utiliza, Saint-Simon augura que el mismo riesgo de revolución que ya sacudiera a Inglaterra y Francia se cierne ahora sobre Alemania; para que esto no suceda, habrá de cambiar su constitución a una representativa, y reunirse en un solo cuerpo político, unido bajo un mismo gobierno: como en el caso europeo, también para Alemania se da que la generalización de la constitución liberal representativa conllevará la federación del territorio. Promover tal cambio será uno de los primeros objetivos del parlamento anglo-francés. Pronostica así a Alemania como la tercera nación en unirse a esta nueva confederación, una vez que haya conseguido unificarse y liberalizarse, requisitos previos para que pueda entrar como miembro de pleno derecho a la sociedad europea²⁹⁶; y una vez asociados estos tres países, la reorganización del resto de Europa será ya cosa hecha. Supo ver así la necesidad de instaurar a la cabeza de Europa un núcleo de potencias, recientemente reconciliadas, que actuara como motor del proceso. Su método, como hemos visto, es gradualista y proselitista, y está basado en la homogeneidad institucional como lazo social fundamental:

«La nation allemande, par sa population qui comprend près de la moitié de l’Europe, par sa position centrale, et plus encore par son caractère noble et

²⁹⁵ Saint-Simon, 1977, p. 239. Su visión de Alemania, imbuida del espíritu romántico de la época, está fuertemente marcada por la figura de Mme. de Staël y la lectura de su *De l’Allemagne*. Así, elogia de este país su moral, su sinceridad, su probidad, la nobleza de un país que se ha visto preservado del espíritu mercantilista al verse privado de la posibilidad de todo comercio marítimo. Saint-Simon, fiel a su orientación historicista, establece tres estadios en la forma de gobierno, en lo que se refiere al aspecto de una nación: aquella que está sometida a un gobierno arbitrario, aquella otra que ha sido capaz de elevarse de tal estado político gracias a sus espíritus filosóficos y la nobleza de sus sentimientos, y finalmente, la tercera y mejor, en la que la nación se ha arrogado un gobierno del cual todos pueden ser miembro; mientras que Francia e Inglaterra se situarían bajo este último aspecto, Alemania se encontraría en la fase inmediatamente anterior, la de las luces críticas, la independencia del pensamiento y los nobles sentimientos, que están provocando una gran agitación en todo el territorio alemán: “Une grande agitation se fait sentir maintenant en Allemagne; les idées de liberté germent dans tous les esprits; tout dit qu’une révolution se prépare” (1977, p. 241).

²⁹⁶ Su discípulo Enfantin, gran amigo de Heine, será uno de los que se ocupe posteriormente acerca de esa unificación alemana, teniendo a Austria por federadora.

généreux, est destinée à jouer le premier rôle en Europe, aussitôt qu'elle sera réunie sous un gouvernement libre"²⁹⁷

“Hâté par les circonstances”, como confiesa en la advertencia que abre el libro, *De la Réorganisation de la société européenne* no es sin embargo un texto circunstancial, y supera con mucho ese marco histórico en el que surge. Saint-Simon, hijo de su época, comparte la fe en el progreso y en la perfectibilidad del hombre, que llevarán inexorablemente a la ansiada reorganización social europea final, tema de Europa que está en el corazón de sus preocupaciones como en los de sus contemporáneos; años más tarde, en 1821, aunque la vehemencia de su discurso europeísta se había disipado en un alto grado, aún escribía: “...la plus grande utilité morale de la Révolution Française a été de déterminer la tendance au perfectionnement qui se manifeste aujourd’hui dans toute l’Europe”²⁹⁸. Pretendiendo fundar su proyecto en la metodología de las ciencias positivas aplicada a la nueva “ciencia del hombre”, cree haberse encaminado por el camino de la razón y la ciencia, pretendiendo dejar atrás toda fantasía o utopía: “Et qu’on ne croie pas que cette constitution soit une de ces théories impraticables, des ces spéculations chimériques qui sont bonnes tout au plus à exercer la plume des faiseurs de livres”²⁹⁹. Y a pesar de tanta cautela, su obra se ve aquejada de todos los achaques propios del “género” de la utopía; así las contradicciones por las que hace recaer tal reorganización europea sobre el impulso espontáneo y el determinismo a un tiempo, hacen de él un proyecto excesivamente cargado de razón optimista y voluntarismo, que considera ingenuamente que la ciencia, la economía y el liberalismo político serán suficientes para instaurar finalmente el ideal de paz y unidad europea tan largamente soñado, y que no duda en que las monarquías no pondrán mayor resistencia a lo que constituiría su suicidio político, así como tampoco la razón de Estado, que se avendría sin problemas a ser relegada a simple anécdota. Su escatología cientista anuncia los tiempos del marxismo a venir, desde el momento en que predice la perfección social y política, la paz y el bienestar generalizado:

²⁹⁷ Saint-Simon, 1977, p. 243.

²⁹⁸ Saint-Simon, *Du Système Industriel*, 1821, citado en Puech, 1948, p. 85

²⁹⁹ Saint-Simon, 1977, p. 187.

« L'âge d'or du genre humain n'est point derrière nous, il est au-devant, il est dans la perfection de l'ordre social; nos pères ne l'ont point vu, nos enfants y arriveront un jour; c'est à nous de leur en frayer la route »³⁰⁰

El problema de la utopía de la ciencia finalmente es que, heredando un esquema de tiempos de la Ilustración, pretende hacer de la ciencia, a través de su mejor conocimiento positivo de “lo que es”, una instancia moral que defina “lo que ha de ser”. Así, algunos autores (entre ellos, Saint-Simon el principal) cayeron en la tentación de atribuir a la ciencia el papel de garante de los valores morales y sociales que ya no podía cubrir el dogma religioso (pretensión de restablecimiento, como veíamos en un epígrafe anterior, en el que naufragaron los pensadores tradicionalistas y neo-católicos)³⁰¹. Y sin embargo, la obra de Saint-Simon cuenta en cualquier caso con inestimables valores de carácter prospectivo, y él mismo es el primero en ser consciente de su carácter precursor: “Le plan que j'ai exposé est le premier qui ait eu un caractère neuf et général”³⁰², a modo de introducción a su conciencia de estar, con su obra, inaugurando el siglo: “j'ose entreprendre d'ouvrir la route”... Saint-Simon se lamenta de que tal proyecto no haya sido defendido por ningún hombre de Estado, ningún gran poder que hubiese podido atraer más prontamente los espíritus. A falta de ese gran poder, Saint-Simon toma la iniciativa de alzarse sobre la división de opiniones, para situarse al nivel del punto de vista del “interés común de los pueblos europeos”, presentándose como la baza de la idea europea en este siglo de los nacionalismos, y esperando el momento en el que esos mismos pueblos comprendan que los problemas de interés general han de ser solucionados antes de descender hacia los intereses nacionales: “alors les maux commenceront à devenir moindres, les troubles à s'apaiser, les guerres à s'éteindre; c'est là que nous tendons sans cesse, c'est là que le cours de l'esprit humain nous emporte!”³⁰³.

³⁰⁰ Saint-Simon, 1977, p. 248.

³⁰¹ Pero esta pretensión sería un grave error, porque la esencia de la ciencia es precisamente contraria a tal utilización, y su carácter positivo, opuesto a toda inducción idealista; pretendiendo hacerle asumir tal virtud, en calidad de instancia de verdad, estaríamos ungiéndole de una autoridad irracional, similar a la del dogma religioso y sustraída a toda discusión, con lo que su pretendida “modernidad” naufragaría ante la clausura de la libertad crítica, tal y como apunta Paul Bénichou (1977, p. 224-225).

³⁰² Saint-Simon, 1977, p. 245. Swedberg no duda tampoco en presentarle por delante de algunos de sus contemporáneos más preclaros: “Saint-Simon gave the theme of unity-and-peace-through-industry a much clearer expression than any of his contemporaries had done, including Benjamin Constant” (1994, p. 165). Jacques Delors, o Denis de Rougemont, no han dudado en calificarlo como el verdadero precursor de la Comunidad Europea.

³⁰³ Saint-Simon, 1977, p. 247.

De la réorganisation de la société européenne... fue un texto que contó con una buena acogida en un primer momento, pero que pronto cayó en el olvido, para no ser rescatado de ahí hasta más de un siglo después³⁰⁴. Flagrante puede resultar el propio olvido en el que parece que se perdió de hecho para sus propios autores, que después de él siguieron desarrollando sus obras por derroteros bien distintos, a pesar de los futuros “grands développements” y la continuación que se prometía en su interior. Así, la obra supondría un paréntesis en la carrera de ambos³⁰⁵, aunque ya hemos destacado que para otros autores existe una profunda continuidad subterránea con lo que sería el posterior trabajo del Conde de Saint-Simon, de cuyo horizonte no desaparecería la preocupación por la cuestión europea. El caso es que esta obra pronto fue tachada de utópica en el sentido más peyorativo, tomada por una mera fabulación tanto por patriotas como por internacionalistas³⁰⁶. Y sin embargo, ya lo decíamos, inicialmente contó con una buena acogida por parte de la opinión pública: el periódico *Le Censeur* inmediatamente le abrió sus puertas, reseñándolo de manera favorable y publicando él mismo un plan de características muy similares poco después³⁰⁷, mientras que la “Direction générale de l’imprimerie et de la librairie” trató de censurar la obra e impedir su difusión³⁰⁸. Una segunda edición apareció inmediatamente en noviembre de 1814, y muchos se animaron a seguirlo o discutirlo; el Conde de Franclieu, ya lo veíamos en el epígrafe anterior, publicaba ese mismo año de 1815, pocos meses después, una obra en la que incluía una inmediata réplica al proyecto de reorganización europeo sansimoniano, haciendo suyas muchas de sus ideas³⁰⁹.

³⁰⁴ A consecuencia de la I Guerra Mundial, en 1919, el movimiento de la opinión pública “Plus jamais ça!” llevó a cabo la recuperación de la obra, que sería reeditada en Francia en 1925, con un prólogo de Henri de Jouvenel, quien dijo al respecto: “Cent ans après sa mort, Saint-Simon n’est pas derrière nous, dans l’histoire, il est devant” (Jouvenel, 1925, p. 43).

³⁰⁵ Según sostiene Ch.-O. Carbonell, “après 1814, Saint-Simon et Augustin Thierry ne s’intéresseront plus ni à la prévision politique ni à l’avenir de l’Europe” (2001, p. 104).

³⁰⁶ “His ideas were laughed at by the English and dismissed by the French as mad” (Polinger, 1943, p. 475).

³⁰⁷ “Considérations sur la situation de l’Europe, sur la cause de ses guerres, et sur les moyens d’y mettre fin” (*Le Censeur*, 1815, p. 29, artículo de autor desconocido). Allí se dice: “Le but de la Confédération [européenne] doit être la paix, le bonheur et la prospérité... car ce sont les raisons pour sa formation”. Se ha especulado en torno a la idea de quién pudo influir sobre quién en el caso de *Le Censeur*, pero Swedberg prefiere zanjar así la cuestión, siguiendo a Edgar Allix: “In reality, from 1814 to 1817 all of them lived in the same world of thought” (1994, p. 165).

³⁰⁸ El 27 de octubre de 1814 la Dirección General, haciéndose eco de la preocupación del gobierno de Louis XVIII, dirigía una carta a M. Beuchot, redactor del *Journal de la Librairie*, indicándole lo siguiente: “S’il en est encore temps, je vous prie de ne pas annoncer, dans le *Journal de la Librairie*, la brochure intitulée: *De la réorganisation de la société européenne*, par Saint-Simon, imprimerie d’Égrou” (publicada en la introducción a la obra de Saint-Simon, *Oeuvres I*, 1977, p. 151).

³⁰⁹ Y a pesar de todo, y de su apoyo sin reservas antes expuesto a la idea federal, el Conde de Franclieu no acaba suscribiendo enteramente el proyecto sansimoniano, precisamente por su demasiada dependencia de Inglaterra: « M. de Saint-Simon veut nous confédérer de telle sorte dès ce moment avec l’Angleterre,

La acogida de la obra por los discípulos de Saint-Simon y futuros socialistas, por su parte, iba a ser más bien irregular (tema que desarrollaremos ampliamente en el capítulo cuarto); los discípulos de Saint-Simon defendieron como idea directriz para el futuro, en su *Exposition de la doctrine* de 1829, la idea de la asociación universal, “état dans lequel les différentes nations réparties sur la surface du globe ne doivent plus se présenter que comme les membres d’un vaste atelier travaillant sous une loi commune à l’accomplissement d’une même destinée”³¹⁰, presagiando así la gran utopía de una comunidad internacional de trabajadores, la próxima Internacional Socialista. El romanticismo que desborda los márgenes de la escuela puramente literaria había desembocado rápidamente en un ideal político radical y nacionalista, que acabaría llevando pronto a posturas democráticas y socialistas; su vertiente más europeísta está estrechamente relacionada en Francia con el sansimonismo: reorganizar la sociedad europea constituye para ellos “le seul but philosophique digne d’attention des gens instruits”, y así se plasmará en numerosos artículos de *Le Globe*, convertido en su órgano de difusión. En *Le Producteur*, podemos leer: «une innombrable et fraternelle population, n’ayant plus qu’un même intérêt et une même pensée, l’exploitation complète et méthodique de la planète»³¹¹. Sin embargo, la corriente principal del sansimonismo, convertido en Escuela de la mano de Prosper Enfantin, deriva pronto hacia un misticismo pseudo-religioso, y la nueva “secta” cada vez se preocupa menos de los asuntos europeos (aunque entre sus postulados de “nuevo cristianismo” destaca el principio de amor fraterno universal del catecismo más primitivo). Sólo disidentes como Comte o Buchez, director en los años treinta del periódico *L’Européen*, mantendrán sus preocupaciones europeístas, además de Pierre Leroux (1827), Michel Chevalier (1832) o Gustave d’Eichthal (1840), trabajos en los que nos detendremos llegado el momento. Discípulo de Buchez fue también Auguste Ott, autor del panfleto *De la fédération européenne*, o incluso Henri Feugueray, uno de los pioneros en acuñar el término “Estados-Unidos de Europa”, que conocerá su momento de gloria con la Revolución de 1848.

que nous fassions qu’un même corps avec elle. Projet que ni elle ni nous ne pouvons en ce moment consentir. S’il se peut, soyons amis; mais en notre intérieur restons, quant à présent, chacun libres, souverains, indépendants. J’ajouterai: n’adoptons pas sa Charte constitutive” (Franchieu, 1815, p. 29).

³¹⁰ *Doctrine de Saint-Simon, Exposition*, 1829 (citado en Berger, 2001, p. 86).

³¹¹ Cit. en Puech, 1921, p. 83.

III. LA DÉCADA DE 1820: LA HISTORIZACIÓN DE LA IDEA DE EUROPA

1. *Del espacio al tiempo. La nueva escuela historicista y Europa*

“When did it begin to be said that ‘Europe’ had a history, and when did it begin to be implied that all history was the history of Europe?”, es la pregunta que nos lanza Pocock en su artículo “Some Europes in their History”¹; y el historiador italiano Marcello Verga, por su parte, formula la pregunta en este sentido: “*perché* si sono scritte tante storie d’Europa?”², interrogantes a los que trataremos de dar respuesta en este capítulo.

Los siglos XVIII y XIX (desde Voltaire a Guizot y otros muchos) “inventaron” la Historia de Europa como un género narrativo específico; en este periodo de transición se escribieron innumerables ‘historias de Europa’, con el objetivo de hallar en el pasado respuestas a la incertidumbre del tiempo presente. Una historia a la que se le otorgaron diferentes orígenes, diferentes sentidos (no pocas veces contradictorios), de acuerdo al contexto de circunstancias en el que se desarrollaba su escritura y los propósitos que la impulsaban. Trascendiendo su mero significado espacial o geográfico, esas diversas ‘historias de Europa’ sirvieron como instrumentos útiles para la definición

¹Pocock, 2002, p. 62.

²Verga, 2004, p. 10. Schaub, por el contrario, se pregunta: *L’Europe a-t-elle une histoire?* (2008).

y representación de un ideal europeo todavía *en construcción*, como una idea *regulativa*³ o una idea *refugio*, según la famosa fórmula acuñada por Lucien Febvre⁴, que se hizo más acuciante que nunca en los años siguientes a la caída del Imperio, del mismo modo que ocurriría más de un siglo después, tras la Segunda Guerra Mundial, años que vieron proliferar nuevas historias de Europa, de Curcio a Rougemont o Duroselle, y que siguen confirmando con sus discrepancias⁵ esta tesis, a saber: la idea de que Europa es ante todo un “constructo”, una idea, una invención, tal y como insiste en subrayar Pocock.

La primera mitad del siglo XIX experimenta como nunca antes una brusca interrupción de la continuidad histórica, debida a la aceleración y los cambios en los procesos sociales acarreados por la revolución industrial y la ruptura política que significó la Revolución francesa y el Imperio napoleónico. Estos cambios profundos sufridos en la sociedad, sumados a los incipientes progresos llevados a cabo en el campo de la historiografía por sus predecesores, marcan la pauta de los nuevos historiadores de la Restauración: en 1815 surge así en Francia una nueva escuela historiográfica (sancionada por la fundación en 1821 de la “École des Chartes”)⁶, que supone toda una ruptura epistemológica con el tipo de historia elaborada hasta entonces. La historiografía de una época muestra complejas relaciones de interdependencia con las estructuras generales de la sociedad, y la confluencia de los factores históricos con las transformaciones sociales y epistemológicas es lo que propicia en última instancia la aparición de estos nuevos historiadores, tal y como coinciden en subrayar todos los autores que han estudiado este fenómeno.

Esa joven generación de la nueva escuela representa ante todo a la oposición liberal, como veremos más tarde. Una historiografía romántica que no se convertiría sin embargo en escuela oficial hasta después de las Jornadas de Julio (para entonces, algunos como Michelet o Quinet habrían regresado a la oposición abrazando la causa

³ Pagden, 2002, p. 7.

⁴ Febvre, 1999.

⁵ Y así, mientras Denis de Rougemont (1961) no duda en subtitular su trabajo “3.000 años de una idea” (Chabannes apunta más allá y subtitula a la suya “3.000 años de una esperanza”, 1978), Duroselle se opone a esa continuidad y titula su trabajo contrariamente *La idea de Europa en la historia* (1965), contra esa supuesta “historia de la idea” más propia de filósofos que de historiadores.

⁶ Profundo trastorno historiográfico del que Thierry reclamaría más tarde la paternidad al presentarse como “verdadero instigador de una revolución en la manera de escribir la historia en Francia” (Thierry, *Lettres sur l'histoire de France*, 1827, cit. en Zanone, 2007, p. 105-106. Igualmente Ernest Renan aplaude esa « fundación de la historia » años más tarde).

socialista, mientras que otros como Thiers o Guizot ocuparían altos cargos políticos). La enorme proliferación de obras históricas en esta década de los años 1820 iba a suponer una transformación profunda en la concepción general de la historia, frente a la historiografía tradicional de carácter *événementiel*, nobiliario o religioso; las fuentes documentales afloraron además más accesibles y completas que nunca, se recuperaron textos de la Edad Media, etc., otorgándoles a estas nuevas obras un rigor ausente en sus predecesoras, de carácter fundamentalmente literario. La nueva historiografía convive además, en un intercambio enriquecedor, con la proliferación del teatro y la novela histórica, esenciales para difundir esa nueva conciencia de vinculación con el pasado.

Aunque el surgimiento de la Historia de Europa como género es principalmente una invención del siglo XIX, el siglo precedente no obstante también conoció obras (fundamentalmente provenientes de la Filosofía de la historia, disciplina recuperada ahora tras “cuarenta años de exilio”⁷, con nuevos matices) que anunciaron esta vía, y la ruptura, lejos de ser total, ya había sido avanzada por autores como Voltaire (*Le siècle de Louis XIV, Charles X*) o Schiller (*Histoire de la revolte des Pays-Bas, Histoire de la guerre de Trente Ans*), quienes de alguna manera prepararon la transición de una historiografía racionalista hacia la nueva historia, introduciendo en la filosofía la dimensión histórica; afrontando la cuestión histórica como una totalidad, como un hecho de *civilización*⁸ que sobrepasaba a los individuos.

Así, los nuevos historiadores son también deudores en muchos aspectos y como no podía ser de otra manera, de sus mayores: de la historiografía bíblica y cristiana (de San Agustín a la historia providencialista de Bossuet o de Leibniz) recogen la explicación de la historia como el desarrollo de un plan divino, aunque se trate de una historia concebida enteramente *a priori* y de un gran inmovilismo; Vico les aporta por el contrario una teoría cíclica de las civilizaciones, y la idea de libertad como el fin de la Historia; Herder ponía el acento en la evolución de las sociedades humanas, y en la especificidad de las nacionalidades, aspecto que recogen con entusiasmo los románticos; los filósofos de la Ilustración aportan por su parte doctrinas de la filosofía política y social que van a orientar los estudios de estos hombres del siglo XIX: algunos buscaron así en el pasado la confirmación del voluntarismo y de sus ideas progresistas, mientras otros hallaron argumentos para combatirlos. La concepción de la historia

⁷ *Le Globe*, 17 de mayo de 1827.

⁸ Walch, 1986, p. 11. Este término de “civilización” lo veremos aparecer en infinidad de ocasiones, y constituye el nuevo concepto clave de la historia, al que prestaré atención más adelante.

como una totalidad, una historia global de civilización reaparece en Guizot; el énfasis en lo social de Rousseau resurge en Saint-Simon y también en los doctrinarios; de Montesquieu, Michelet hereda el determinismo geográfico y climatológico, un determinismo también socio-económico en el que profundizarían los sansimonianos, y así podríamos seguir extensamente.

Los jóvenes historiadores no ocultan estas deudas, y el renacido interés por la Filosofía de la historia lleva a Michelet o a Quinet a traducir las obras de Vico y Herder, acontecimiento que tiene especial eco en la prensa de la época⁹, donde se congratulan de este reencuentro entre el presente y el pasado. Contra aquella drástica ruptura de la cadena temporal experimentada, los nuevos historiadores buscan devolverle a la historia de Francia su unidad en la *longue durée*, la coherencia dentro de un cuadro inteligible global (que, autores como Guizot, hallarán en el “movimiento de civilización”).

Influídos por la Filosofía de la historia ilustrada así como por el empeño cientifista de su siglo, se afanan así una vez más en la búsqueda de esa ley universal para la historia, que convive amistosamente —pero de manera ambigua— con el voluntarismo del nuevo liberalismo político. La nueva historiografía, en la estela de autores como Gibbon o Robertson, y con nombres como Daunou, Lemontey o Sismondi, afrontaba la Historia como una ciencia natural, una ciencia de la *evolución global* de las sociedades humanas, y el temperamento romántico, ya lo veíamos en el capítulo anterior, experimentaba la sensación de vivir una crisis casi apocalíptica, que hizo surgir en ellos la creencia en la necesidad —e inevitabilidad— de una solución próxima y definitiva, inclinados como eran a relacionar su época con un designio histórico universal. La esperanza en una etapa final de felicidad y paz universal se ve intensificada en esta fase desde una perspectiva siempre historicista, viéndose a sí mismos como ejecutores de la voluntad o la ley de la Historia y sabiéndose miembros de una especie de “confraternidad universal”¹⁰, íntimamente ligada con la nueva noción de Europa y su porvenir.

⁹ *Le Globe*, 17 de mayo de 1827. Allí se reconoce el mérito de Vico de haber concebido la historia como algo progresivo y de haber buscado la ley que rige los acontecimientos en los acontecimientos mismos (frente a un Bossuet que lo hacía en la Biblia): “La gloire de Vico est d’avoir conçu que le développement de l’humanité est soumis à une loi et qu’il faut la chercher ». Y mientras que Vico llega a la conclusión de una ley absoluta para el avance de la Humanidad, Herder asigna a cada pueblo una ley particular, efecto de la combinación de factores exteriores (de manera similar a como haría Montesquieu). Pero uno y otro desestiman el papel ya sea del hombre en el proceso, ya sea de la naturaleza, cuando la verdadera razón de la evolución de la humanidad surge de la concurrencia de ambos principios, critica Jouffroy en este artículo: voluntarismo y necesidad se dan la mano así en estos nuevos autores. En “la era de la observación”, también se les acusa a estos autores de los siglos XVII y XVIII de haber menospreciado la historia y desconocido los hechos: “les faits plient comme l’herbe sous leurs pieds”.

¹⁰ Talmon, 1960, p. 3-5.

El momento de ensamblaje entre ambos siglos, el momento revolucionario y el orden liberal, se haya representado en la figura de los Ideólogos¹¹ y su proyecto de fundar científicamente la historia, como preludio del positivismo. Fundado en el sistema disciplinar (un sistema omnicomprensivo o *teoría de teorías*) de Cabanis y su pensamiento médico, el programa de esta nueva ciencia del hombre aplica a la política una lectura orientada por el devenir histórico, con una marcada visión *perfectibilista* de la historia. La influencia de los Ideólogos no se agota en los primeros años del siglo: el *Cours d'études historiques* de Daunou en el Collège de France (1819-1830), aunque adolece de ciertos “retrasos” con respecto a la nueva escuela historicista ya en auge en ese momento, también nos habla de la permanencia de su herencia; Daunou sistematiza allí, en plena Restauración, la reflexión que los Ideólogos habían consagrado a la historia en su proyecto de fundar una ciencia del hombre, y sigue para ello el camino emprendido por Volney. Todos ellos abordaron esta tarea convencidos de la posibilidad de constituir la historia como una verdadera ciencia; tenían además presente la especificidad del mundo social (proveniente del análisis de Condillac), y pretendían constituir una “ciencia experimental” que se oponía a las nuevas categorías de la filosofía romántica¹², especialmente a ese “fatalismo historiográfico”¹³ que antes mencionábamos. La historia ocupaba en su programa pedagógico un lugar muy destacado, así como en el aspecto político; se trata, como el propio Daunou afirma, de una “moral experimental”. Pero Daunou presenta todavía aspectos del XVIII, y mientras Guizot inaugura una nueva definición de la historia de la civilización, Daunou permanece fiel a fórmulas precedentes, con una aproximación desde “lo alto”, donde se privilegia la perspectiva de las instituciones políticas (aunque no está exento su análisis tampoco de consideraciones sociales o económicas). Otra de las diferencias que marca el estudio de Daunou es la escasa importancia y presencia en su análisis de la Revolución francesa, que para sus contemporáneos constituía sin embargo un objeto de estudio ineludible. Pero su mérito reside sobre todo en haber introducido en los

¹¹ Ver por ejemplo Sánchez Mejía, 2004.

¹² Siendo la Edad Media para Daunou una época de barbarie y oscurantismo, la primera victoria del misticismo romántico, frente a la idealización de Thierry o Guizot, que hacen de ella el centro de su análisis histórico, como la cuna de la civilización europea moderna.

¹³ Pozzi, 2007, p. 63.

estudios históricos ese ideal científico, que seguirá durante todo el siglo, anunciando el positivismo¹⁴ (término que aparece sin cesar en su Curso).

Frente a la Razón omnipotente del siglo XVIII que había prescindido de la historia, la nueva historiografía decimonónica redescubre ahora la importancia de las fuerzas colectivas, y surge paradójicamente, ante esa ruptura de la continuidad histórica, una mayor apreciación de los factores históricos: la “idolatría de la Historia”¹⁵ no es precisamente sino el resultado del colapso de esa continuidad. Más allá del —no necesariamente lógico— criterio nacional y cronológico, el nuevo concepto de Historia constituye una amplia y coherente unidad, una historia única e indivisible, una estructura de fuerzas e ideas, llenas de conexiones necesarias y de significado, y que avanza hacia un fin preestablecido (la libertad, como objetivo generalizado, y la unidad europea, como fin más concreto pero compartido por muchos). Los hechos son constituidos por leyes históricas (“Les hommes créent les circonstances, mais les circonstances entraînent les hommes”¹⁶) y se busca en el seno de la diversidad de los acontecimientos aquello que preside la marcha de los mismos. La historia no es ya simple erudición, constituye el medio de pensar la política con ayuda de las leyes de las que es lugar de su manifestación. A la vista de esta nueva concepción de la Historia, en la que las derrotas o las victorias no constituyen más que veredictos de la misma, la política no puede ser tampoco ya cuestión de decisiones pragmáticas, y se le exige por el contrario que descifre los dictados de la historia y mida el significado de sus acciones dentro del contexto de esa estrategia del progreso. La razón pasó así de ser una fuerza que repudiaba la historia, a constituir una fuerza que se desenvolvía gradualmente a través de ella (Hegel¹⁷); y la historia, de algo que había que vencer, a algo que había que cumplir¹⁸.

¹⁴ “aujourd’hui, quoique dépourvus d’une doctrine positive, et encore flottants au milieu des doutes que nous ont laissés tant d’écoles politiques différentes...” » (*Le Globe*, 24 de noviembre de 1827).

¹⁵ Talmon, 1960, p. 10. Y también en *Le Globe*, 17 de mayo de 1827.

¹⁶ Constant, cit. por Travers, p. 296.

¹⁷ Aunque la influencia de Hegel en Francia es tardía y menor, y sólo penetraría a través de la obra de Victor Cousin.

¹⁸ Talmon, 1960, p. 8.

2. La Historia, objeto del debate político

*Europeans have more than a shared past;
they have a shared history of antagonisms to overcome.*

Anthony Pagden

En el siglo XIX el concepto de Europa transformó su significado, adquiriendo una dimensión política e histórica inédita hasta entonces. Al contrario que el cosmopolitismo abstracto y la idea de Europa preconizada por la Ilustración, el europeísmo del siglo XIX se dota de un contenido más concreto, estrechamente relacionado con otras nociones como la pluralidad, la diversidad de tradiciones, y sobre todo la civilización o su “contra-concepto” principal, la Nación, adquiriendo un carácter polémico. En el discurso político de este periodo, apelar a Europa significaba recrear su pasado y también su futuro en el tiempo presente: “le présent n’est pas neutre, mais toujours chargé, toujours saillant dans l’exposé”, apuntaba Cabanis¹⁹. Se proveía así a la coyuntura presente de una dimensión histórica, con el fin último de formular el futuro; un futuro siempre desconocido y en la sombra, y que en el fondo, no era más que el horizonte de una apuesta política. En el debate político de la Restauración, entre las “nuevas” y las “viejas” ideas, se enfrentan así distintas concepciones de Europa, todas ellas incardinadas en distintas interpretaciones de la Historia. Tal y como afirma Michel Winock:

«L’histoire, dont la spécialité est en train d’acquérir ses méthodes en se dégageant peu à peu du genre littéraire, est aussi devenue un instrument de combat, prodiguant des leçons (réversibles), des exemples (contradictoires), des doctrines (opposées)»²⁰

La tradición parecía inicialmente un arma exclusiva de la reacción; al comienzo de la Restauración, autores como Chateaubriand o Montlosier nutrían sus argumentos políticos en ejemplos históricos, y la historiografía era un ámbito, por decirlo

¹⁹ Cit. en Zékian, 2007, p. 92.

²⁰ Winock, 2001, p. 286.

brevemente, reservado a la “derecha”²¹. Los primeros autores en apelar a aquella pretendida ‘Historia de Europa’, ya en tiempos de la Revolución Francesa y en oposición a ésta, habían reclamado la legitimidad de la tradición y el carácter religioso como rasgo principal, haciendo hincapié en una historia común europea en torno a la Cristiandad, verdadero acta de nacimiento de la civilización europea. Y aunque estas obras de Novalis, Burke o De Maistre fueron publicadas con anterioridad, sólo a partir de 1815 empezaron a gozar de cierta influencia. “Aquellos eran tiempos maravillosos cuando Europa era un solo país cristiano...”, eran las palabras de añoranza, tal y como veíamos en el capítulo anterior, con los que se habría la obra de Novalis; y su continuador, Chateaubriand, tampoco dudaría en substituir la idea de progreso del espíritu humano por la superioridad del cristianismo. Este regreso a lo religioso representa sobre todo el afán por reivindicar la recuperación de una tradición compartida, así como la idea de una Europa estrechamente relacionada con la realización de la pertenencia a una misma comunidad, idea que aparece inicialmente de manera mucho más vehemente —y más profundamente enraizada en una perspectiva histórica— entre aquellos que se enfrentaron a la Revolución que entre sus partidarios.

El preámbulo de la Carta de 1814 afirmaba igualmente su voluntad de “renouer la chaîne des temps, que de funestes écarts avaient interrompue”²². Y a esta contrarrevolución —los “*champions du passé*”²³— la oposición va a enfrentarse precisamente con ese mismo pasado en la mano, llevando el debate político al terreno de la historia²⁴ y haciendo estallar esa supuesta oposición entre historia y razón²⁵.

Aquella primera concepción historicista de Europa se vería confrontada así muy pronto con las procedentes de los medios liberales y los primeros socialistas. El historicismo está especialmente presente entre los autores liberales post-napoleónicos,

²¹ Rosanvallon, 1985, p. 194.

²² En Waresquiel e Yvert, 2002, p. 59 : “En cherchant ainsi à renouer la chaîne des temps, que de funestes écarts avaient interrompue, nous avons effacé de notre souvenir, comme nous voudrions qu’on pût les effacer de l’histoire, tous les maux qui ont affligé la patrie durant notre absence ». El pasaje entero recuerda a otros de la época, como las palabras de Fernando VII a su regreso a España y la reinstauración de la monarquía absoluta, « como si no hubiesen pasado jamás tales actos y se quitasen de en medio del tiempo...”: La Carta de 1814 era una Carta otorgada, aunque inspirada en las instituciones británicas y en la Constitución de 1791 y que establecía un sistema constitucional; bicameral, con un sufragio muy restringido, con el catolicismo como religión de Estado y en la que se afirmaba fuertemente el principio monárquico.

²³ Goblot, 1825, p. 264.

²⁴ Los estudios históricos se hallaban en todo caso sumamente politizados en esta época: la censura establecida por el régimen de Villèle obligaba a callar sobre los temas de actualidad, y el único resquicio lo hallaron estos liberales en verter sus opiniones acerca de situaciones pasadas pero en cierto modo análogas al presente.

²⁵ Y así por ejemplo, aunque Guizot no duda de que la legitimidad esté basada en la historia, comprende de otra manera esa relación entre historia y derecho: una legitimidad que no existe más que en movimiento, como encarnación de la razón en la historia, al modo hegeliano, y no de manera abstracta.

quienes, imbuidos de la mentalidad romántica y el apego a la tradición, no concebían Europa si no era a través de su dimensión histórica: “against the vision of a Europe emancipated from its past and subject to uniform law, the Coppet Group sought to define Europe as an *historical* entity”²⁶; una Europa concebida, en fin, cada vez más en términos históricos, para la que debate político contemporáneo operaba como marco de referencia²⁷. Y si aquéllos reclamaban el Imperio romano y una Cristiandad unida como punto de origen, los otros van a reclamar, por su parte, las asambleas medievales del mundo germánico o la antigua democracia ateniense como carta de constitución de la civilización europea; una guía y referente que servirá de programa de acción para los nuevos movimientos revolucionarios que luchaban por la emancipación y federación del continente, desde la década de los años 1820 a la revolución de 1848.

La Restauración aparece así como un teatro en el que se representa la profunda ruptura ideológica, el choque definitivo entre la “nueva” y la “vieja” política, y esto implica todo tipo de recursos a la historia. El estudio de las figuras históricas mencionadas por los diputados de la Restauración, tal y como revela el trabajo de Pierre Triomphe²⁸, evidencia la profunda división entre *ultras* y liberales, desde el momento en que sus preferencias políticas marcan una particular manera de mirar al pasado y un particular sentido de la memoria. Así, más allá de las compartidas y omnipresentes alusiones al ‘Tiempo presente’, la insistencia en la Antigüedad parece ser herencia exclusiva del discurso liberal, mientras que los *ultras* privilegian las referencias a la Edad Media en su discurso histórico. ¿Constituye todo esto una ilusión retrospectiva, históricamente arbitraria, con el único sentido de justificar alianzas presentes y exclusiones? ¿O se trata tal vez de una realidad histórica que nos permitiría comprender porqué las sociedades occidentales poseen instituciones específicas, costumbres y valores compartidos?, se pregunta Triomphe. La narrativa de semejante producto cultural llamado “Occidente” fue históricamente construido en torno a un tiempo mitificado y unos espacios simbólicos²⁹, en los que reclamar la Roma del papado o la Atenas de la democracia como punto de partida se convierte en un debate crucial. Cada

²⁶ Tenenbaum, 1994, p. 367.

²⁷ Boer, Bugge, Woever, 1995, p. 70.

²⁸ Triomphe, 2000.

²⁹ Hereda, en concreto, la invención de un Estado secular y la noción de la libertad sometida a la ley de la constitución ateniense; todo un sistema de Derecho privado, fuente del futuro humanismo e individualismo, de Roma; y finalmente, de Jerusalén, la noción de un tiempo bíblico que vendría a hacer posible, en última instancia, la idea de progreso, concepto fundamental de la Europa del siglo XIX. Cada grupo, eso sí, privilegiaría más una herencia que otra (Nemo, 1997, pp. 235-287).

facción política iba a privilegiar así la cuna en que se mecen mejor sus propias aspiraciones, y es que, tal y como afirman Alexandre Escudier o Pierre Rosanvallon, no hay filosofía de la historia que no se articule de acuerdo a un cierto número de opciones políticas³⁰. Arma retórica por excelencia en este periodo, la historia acaba por imponerse en la arena política para ejercer sobre ella una influencia decisiva³¹.

2. 1. La *Jeune France*

No se puede estudiar el desarrollo de la idea de Europa en este periodo sin acudir a la prensa que, pese a las restricciones³², sufre un inaudito auge estos años, y en particular a *Le Globe*, probablemente el periódico literario más importante de la primera mitad del siglo XIX³³. Fundado en 1824, en una coyuntura de dominación *ultra*³⁴, por un grupo de jóvenes desconocidos, ocupó durante la década de 1820 un primer plano en la vida intelectual francesa, y constituyó una lectura extendida también por el resto de Europa, convirtiéndose en un instrumento de intervención activa en la vida cultural, política y social. Sus fundadores fueron Paul-François Dubois (cuyas contribuciones coyunturales al mismo fueron perdiendo paulatinamente peso) y Pierre Leroux, principal redactor del diario y, con sus artículos sobre “filosofía de la historia”, primer introductor en la prensa del sueño federalista europeo.

Herederos de la Revolución, entre sus firmas se encontraban personajes de la talla de Blanqui, Comte, Victor Cousin, Guizot, Jouffroy, Sainte-Beuve, Stendhal, Thiers o Quinet, y se reclamaban representantes de la “*jeune France*” (término acuñado

³⁰ Escudier, 2007, p. 324; Rosanvallon, 1985, p. 203.

³¹ Zékian, 2006, p. 81.

³² La libertad de prensa se ve mermada por sucesivas leyes restrictivas a partir de 1820. No obstante, entre esa proliferación de periódicos de la época, destacan nombres que, como *Le Globe*, nos hablan de esa vocación universal: *Le Censeur Européen* (1819-1820), *Les Tablettes Universelles* (1820-1824, en la que trabajarían muchos de los redactores de *Le Globe* antes de su constitución), *L'Européen* (1835-1838)...

³³ Así lo afirma Goblot, 1995, p. 17.

³⁴ El avance de la oposición liberal, y el asesinato del duque de Berry hicieron que al gobierno moderado de Decazes le sustituyese un ministerio *ultra*, presidido por el ministro Villèle (1821), quien iba a mantenerse seis años en el poder, marcando la política de esta década. En 1824 muere el rey Luis XVIII, y el trono pasa a manos de Charles X, espíritu nostálgico del Antiguo Régimen: los *ultras* imperan en la Cámara, conocida ahora como la “*chambre retrouvée*”. Algunas tentativas de insurrección militar, como la de la carbonería en 1822, fracasaron, y así dio comienzo una etapa de política de represión, con recortes a la libertad de prensa y las garantías individuales. La radicalización *ultra* del régimen a partir de 1820 otorga a esta tarea de renovación histórica una urgencia nueva, y la dispersión de los *carbonari* no deja de estar relacionada con esta red de estudios históricos (Leroux, entre otros, militarían en sus filas). A partir de 1826 no obstante crece el descontento, la impopularidad del ministerio de Villèle, quien se ve obligado a dimitir finalmente en enero de 1828.

por el propio Dubois)³⁵, reivindicándose independientes de sus mayores y pretendiendo abrir nuevas vías de pensamiento. Desde posiciones liberales, románticas, de filosofía espiritualista y ecléctica, emprendieron la vulgarización de las principales obras del pensamiento de su época, con una marcada voluntad de ruptura con todo lo anterior y siendo entusiastas defensores de la nueva escuela historicista. Con ella comparten muchas relaciones personales, y los nombres de muchos de ellos firman en las páginas del periódico; testigos, vulgarizadores y promotores, en sus páginas se presta una especial atención a esta renovación, conscientes del papel sin precedentes que la historia va a jugar en la vida intelectual francesa a partir de 1820. Así lo estima Jouffroy, para quien “les études historiques sont la *vocation du siècle* », o Mme. De Broglie, para quien su época es la primera que ha sabido comprender el pasado³⁶. La historia está presente por todas partes, y también en el eclecticismo de Victor Cousin: “l’esprit de l’éclectisme moderne est un esprit *historique*”³⁷. Se reconocen así deudores de las obras de Constant, Germaine de Staël o el conde de Saint-Simon, y como ellos, también estos publicistas se proponen renovar la cadena del tiempo interrumpida:

« Les publicistes s’empresment à l’envi de renouer la chaîne rompue ; le dix-neuvième siècle s’ouvrit par les écrits de madame de Staël, par le livre de M. B. Constant sur l’esprit de conquête, et par quelques beaux travaux de Saint-Simon sur la philosophie de l’histoire, travaux qui sans doute n’ont pas perdu de leur valeur pour avoir été associés à des plans chimériques, à des théories prématurées ou fausses »³⁸

Un interés por la historia que resultaba además inextricable del *color* político del momento, cuyo compromiso va creciendo paulatinamente en un periódico que nace originariamente como un “*recueil philosophique et littéraire*”, y que a partir de 1828, aprovechando las leyes favorables a la prensa del gabinete moderado de Martignac, se vuelve también “*político*” y pasa a tener una periodicidad diaria; los *globistas*, doctrinarios en su mayoría, se pretenden imparciales, pero su imparcialidad nunca será neutra³⁹. Grupo liberal pero heterogéneo, entre sus miembros no faltan las pequeñas disensiones

³⁵ “Les doctrines que nous défendons ont pour elles l’avenir; chaque jour elles gagnent d’un pas la société. En vain on s’épuise contre leurs progrès : la mort et le temps balayent les obstacles. Rien de ce qu’on oppose n’est jeune : la jeunesse, la force, le travail, et la foi sont pour nous » (*Le Globe*, 2 de enero de 1827).

³⁶ En Goblot, 1995, p. 263.

³⁷ Cousin, *Le Globe*, 25 de abril de 1825.

³⁸ *Le Globe*, 24 de noviembre 1827.

³⁹ Goblot, 1995, p. 264. Posteriormente hombres públicos de carreras brillantes, el fracaso de la Revolución de 1830 creó en la opinión pública un ambiente hostil contra estos hombres del *juste milieu*, mezcla de elevación filosófica y moderación política, tal y como los ha caracterizado Rosanvallon (1985, p. 27).

historiográficas e intelectuales, que esconden importantes divisiones políticas, latentes durante el ministerio de Villèle pero que no tardarían en estallar en vísperas de las Tres Gloriosas⁴⁰.

Pero uno de los aspectos más originales del periódico *Le Globe*, antes de que todo eso ocurra, y que merece la pena ser destacado aquí, es su *cosmopolitismo*, representado ya en el propio nombre del diario; la presencia e importancia de firmas extranjeras y artículos que se ocupan de asuntos de otros países, así como el lugar que ocupan también en él los departamentos franceses, escapando a la centralidad parisina y rompiendo así la tendencia de la mayoría de los periódicos de la época. Todos los *globistas* denuncian sin excepción las estrecheces del “patriotismo exclusivo”⁴¹. Y así lo reclamaba el “Prospectus” o “Profession du foi du Globe”, un primer editorial que es casi un manifiesto, y en el que aparecen todos los conceptos “fetiche” del periodo –y por ende, de este capítulo–, como la civilización, el librecambio, la paz, el destino común o el perfeccionamiento social:

« Les peuples sont aujourd’hui unis par les intérêts ; la civilisation entretient entre eux un utile échange de connaissances comme de produits ; avec les nuances qui les distinguent, tous marchent, à l’ombre de la paix, vers un but commun, le perfectionnement de leur état social et les jouissances du travail. Rien de ce qui se fait chez l’un n’est étranger à l’autre ; il y trouve exemple et profit. C’est donc une grande utilité que de propager dans un pays la connaissance de tous les autres »⁴²

Inicialmente concebido como una recopilación de artículos de prensa extranjera, pronto crecen las ambiciones y las corresponsalías se expanden⁴³; también se sirven de firmas extranjeras residentes en París, y de firmas especialistas en asuntos extranjeros, donde predomina el interés por Inglaterra, un interés sobre su régimen constitucional y su desarrollo industrial de preferencia política sobre todo pero orientado también por razones más prácticas, como el conocimiento de la lengua entre sus redactores, que marca la pauta de una “anglo-manía” que no dudan en reconocer⁴⁴. Los doctrinarios, de

⁴⁰ La visión bipartidista de los doctrinarios, así, se vio claramente marginada desde mediados de la época, imponiéndose posturas cada vez radicales, voces republicanas o evoluciones como la de Pierre Leroux, que acabaría próximo al sansimonismo que pronto se haría con la dirección del diario.

⁴¹ Y abogan por un patriotismo “ilustrado”, que no contradiga al “amor de la humanidad”. Para Dubois, los conceptos de “patria” y “patriotismo” no designan más que una supervivencia ya obsoleta, destinada a desaparecer en el seno de la “grande société des hommes”, y llega a afirmar “il n’y a plus de patrie” (cit. en Goblot, 1995, p. 367).

⁴² Dubois, *Le Globe*, 15 de septiembre de 1824, cit. en Trahard, s/f.

⁴³ La primera en Madrid, publicada el 26 de octubre de 1824.

⁴⁴ “On admire les merveilles de l’industrie anglaise, les ressources d’un pays si peu étendu, et pourtant le plus puissant du monde: une des causes de son activité et de ses succès, c’est cette étude continuelle de toutes les nations et de leurs besoins. L’instruction fait la fortune de l’Angleterre. Nous aussi, depuis la

la misma manera que hacía Saint-Simon y tema en general extendido entre todos los publicistas liberales a partir de 1823 (una vez que Inglaterra se aparta abiertamente de la Santa Alianza), creen en una unión entre ambos países; Inglaterra y Francia, afirman, se encuentran “à la tête de la civilisation humaine” y por ello “il importe au monde entier qu’elles soient fortement unis”⁴⁵, puesto que no se trata sólo de Inglaterra, sino del papel que la potencia juega en el mundo entero y de su calidad como modelo europeo. Y no faltan tampoco, de la mano de algunos germanistas, las miradas sobre los intelectuales y literatos del otro lado del Rin, siguiendo la tradición staëliana.

La oposición a las intervenciones de la Santa Alianza en Nápoles como sobre todo en España, imprimen a la causa liberal un perfil abiertamente internacional, sobre todo en lo que respecta a antiguos carbonarios como Leroux o Dubois que, tras el fracaso de los complots militares de 1822, renuncian a la idea de un cambio político inmediato y revolucionario y a los métodos de las sociedades secretas para trasladar su esperanza al terreno de la paciente lucha de ideas:

« Partout où des cœurs d’hommes battent pour la liberté, dans la malheureuse Irlande comme aux bords du Tage, dans les murs de Nauplie comme par-delà les rivages de l’Atlantique, là sont nos affections, là nous avons des concitoyens »⁴⁶

Alerta a la actualidad, los asuntos relacionados con las independencias latinoamericanas⁴⁷ y sobre todo griega, como veremos más tarde, también ocupan un lugar preferente, intensificando su perfil liberal y de compromiso; levantamientos que suponen no sólo una victoria liberal, sino que se perciben como un “movimiento de la historia y de los destinos humanos”. Hay dos maneras de considerar la política extranjera, nos indica un artículo de 1828⁴⁸: la diplomática y la filosófica, y cada una sostiene un sistema diferente. A la primera corresponde la política del equilibrio, y a la

Restauration, nous en sentons le besoin et le gout, parce que de la Restauration date le libre développement de notre industrie... » (*Le Globe*, 15 de septiembre de 1824). Dubois (*Le Globe*, 13 de noviembre de 1824) tampoco duda en reconocer su superioridad, a la cabeza de Europa desde la caída de Napoleón, y Duvergier de Hauranne alaba su régimen de *publicidad*, frente a la restricción a la libertad de prensa que opera en Francia (15 de junio de 1826). También Leroux, en su artículo de filosofía de la historia “De la politique extérieure au XIXe siècle et du perfectionnement du droit international”, reclama los sistemas de Bonaparte y de Canning como los dos grandes sistemas que han presidido el siglo hasta ese momento, sucediéndose uno a otro (*Le Globe*, 24 de junio de 1826). A partir del fallecimiento de Canning, sin embargo (agosto de 1827) la mirada sobre Inglaterra ya no será la misma, y se mostrarán especialmente críticos con respecto al problema de Irlanda y la libertad religiosa.

⁴⁵ *Le Globe*, 30 de agosto de 1827.

⁴⁶ Trognon, *Le Globe*, 17 de febrero de 1827.

⁴⁷ “l’attention de toute l’Europe est fixée sur cette partie du monde », se afirma desde sus páginas, mientras se saluda el nacimiento de la República de Haití. Uno de sus artículos más memorables corresponde a Jouffroy: “De l’état actuel de l’Amérique espagnole” (11 de noviembre de 1826).

⁴⁸ “De la politique étrangère”, *Le Globe*, 25 de octubre de 1828.

segunda, la civilización del mundo; una considera si la guerra es útil, la otra si es legítima; la primera establece la justicia en un reparto equitativo de fuerzas, territorios e influencia, y la segunda concibe la justicia como todo aquello favorable a la felicidad de los pueblos, la mejora del gobierno y el progreso de la sociedad. La primera política se adhiere al partido del absolutismo y la aristocracia; la segunda a las doctrinas de la igualdad y la libertad; una está representada por los gobiernos, la otra por los pueblos. El *statu quo* es la utopía de los diplomáticos: la permanencia hace derecho, pues el tiempo se convierte en una fuente de legitimidad. El estado de Europa instaurado por el congreso de Viena, la balanza de Europa, se convierte así en algo sagrado para los gabinetes. Pero no prestaron atención a si este nuevo sistema europeo contaba también con el favor de la opinión y los filósofos; para estos, el orden existente no constituirá nunca el último término del movimiento europeo. Defensores de la paz, sostuvieron la revolución española porque su causa era justa, y porque era la señal que parecía anunciar una liberación más general y la caída del orden establecido. Pero haría falta aún otro acontecimiento, más impactante aún, para acercar y reconciliar estas dos políticas: la insurrección griega. En estas palabras se cifra en buena medida el espíritu de equilibrio y compromiso de los *globistas*. Una perspectiva internacional y de apoyo a la causa de la “gran familia humana”, en fin, que jugará un papel no espurio en la victoria electoral de los liberales en 1827⁴⁹:

« Dès notre début, les sujets traités dans ce journal et le nom même que nous lui avons donné indiquaient assez qu'à nos yeux rien n'était plus important que l'étude des nations étrangères et l'appréciation de leurs efforts pour le perfectionnement de la grande famille humaine »⁵⁰

Los *globistas* se muestran así convencidos de que la multiplicación de intercambios de todo tipo entre las naciones es una condición indispensable para el progreso de la civilización, siguiendo la estela de autores como Mme. de Staël⁵¹. Hasta el punto de que Rémusat llega a afirmar, en este sentido: “L'Europe, le monde parfois, n'est plus divisée en nations, mais en partis, et la guerre générale prend les caractères d'une guerre civile »⁵².

⁴⁹ Goblot, 1995, p. 344.

⁵⁰ *Le Globe*, 22 de Julio de 1826.

⁵¹ En un tono todavía propio de la Ilustración, Mme. de Staël afirmaba : « Les nations doivent se servir de guide les unes aux autres et toutes auraient tort de se priver des lumières qu'elles peuvent mutuellement se prêter (...). On se trouvera donc bien en tout pays d'accueillir les pensées étrangères ; car, dans ce genre, l'hospitalité fait la fortune de celui qui reçoit » (Staël, 1823, t.III, p. 371).

⁵² Cit. en Goblot, 1995, p. 354.

2.2. De la historia antigua a la historia de la Revolución

En esta renovación historiográfica de la década de 1820 juega un papel destacado, dentro del rigor creciente de los estudios históricos —pero no exento de connotaciones políticas— la recuperación y la luz arrojada sobre el pasado; también el pasado más lejano actúa como guía para las preocupaciones actuales: la importancia creciente de la Grecia clásica como referente entre los liberales, que supone un punto de inflexión ideológico en esa elaboración de la historia europea (aspecto que desarrollaremos más adelante), y la atención minuciosa dedicada a la Edad Media, denostada como una época oscura por la edad de la razón e idealizada por el romanticismo⁵³. Así, la Antigüedad se presta ahora a la explicación del presente⁵⁴, no ya en calidad de modelo imitativo como en tiempos de la Revolución, sino con una importante vertiente crítica (que sigue la estela de Volney); y si la Carta de 1814 apelaba a ejemplos de la historia medieval para justificar una legitimidad absoluta, ajena sin embargo a toda historicidad, y el espíritu contrarrevolucionario se empeñaba en oponer, a la ola de la modernidad, la permanencia de una tradición inmutable y sagrada, a esta quimera de una historia inmóvil, el pensamiento liberal opondría la fecundidad de un *movimiento histórico*⁵⁵, haciendo suya la tesis de Leibniz, que se recoge en numerosas ocasiones: “Le présent, enfanté par le passé, est gros de l’avenir”⁵⁶.

Pero en esta historiografía liberal de la Restauración prevalece sobre todo, en tanto que historia contemporánea por excelencia, la historia de la Revolución: “el espectro de la Revolución francesa constituye el telón de fondo de toda la vida política de la Restauración”⁵⁷; un regreso a un pasado tan reciente cuya conclusión aún es cuestionada, y que se presenta no obstante, entre los años de 1800 y 1830, como una tarea urgente (con un componente moral y político destacado), a la vez que

⁵³ Y que cuenta con su vulgarizador principal en las páginas de *Le Globe* en la figura del medievalista Trognon.

⁵⁴ Principato, 2007, p. 189.

⁵⁵ “Les Royalistes en appellent, contre la République, à l’histoire, j’en aurais appelé à l’histoire aussi, contre l’hérité” (Constant, *De la force du gouvernement actuel*, cit. por Escudier, 2007, p. 309).

⁵⁶ Aforismo que de Leibniz heredan Rémusat, Mignet, o Leroux, quien lo convertirá en una de las máximas principales de su particular filosofía de la historia.

⁵⁷ Rosanvallon, 1985, p. 204.

problemática desde el punto de vista epistemológico. Un tiempo presente de carácter muy particular además, “único y sin precedentes”, como se destaca en más de una ocasión, y cuyos fantasmas manipulan y monopolizan inicialmente los partidarios del Antiguo Régimen. De ahí que adquiriese una importancia política central, en las filas liberales, una nueva interpretación de la Revolución.

La experiencia acumulada por los hombres que ya vivían en 1814 les provee, de facto, de un saber y una conciencia de los acontecimientos del mundo que les hace de por sí superiores a los historiadores que les precedieron, afirman de sí mismos. La renovación historiográfica aparece en buena medida condicionada por la necesidad de comprender la Revolución⁵⁸, donde el tiempo histórico se entrecruza inevitablemente con el tiempo biográfico. Es el momento también así de una fiebre por las “memorias”, por el testimonio histórico que aplican autores como Chateaubriand, Rémusat o Benjamin Constant; Francia tiene sed de leer su propia historia. En estos años cunde la imperial necesidad de ver narrada la historia de la Revolución, y también en este caso surge un desacuerdo profundo acerca de su interpretación; en la nueva historiografía la Revolución es privilegiada como lo era también la Edad Media, con la particularidad de que la historia revolucionaria juega un papel más como punto de vista que como verdadero objeto de estudio⁵⁹.

En la obra de Condorcet *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (1795) la historia de la humanidad se dividía en diez fases, reservando la décima etapa a un futuro que ya había comenzado con la Revolución francesa y que no sería sino resultado de ésta. Y a instancia de Napoleón los manuales escolares de historia ya se habían volcado hacia los tiempos más recientes. El “tiempo presente” se volvía así una noción clave en la nueva historiografía de la Restauración, una categoría heurística de éxito⁶⁰.

La década de 1820 se ve inundada por una plétora de historias de la Revolución, lo que se traduce en un giro epistemológico (según Principato, es lo que hace que la historiografía se vuelva sobre las cosas y no ya sobre los hombres). La versión primera

⁵⁸ Zanone, 2007, p. 108.

⁵⁹ Precisamente Koselleck cifra en la Revolución ese cambio de perspectiva o de “régimen de historicidad” (Hartog), un nuevo régimen de historicidad moderno en el que el pasado no ilumina ya el futuro, sino que, a la inversa, son el presente y futuro los encargados de esclarecer el pasado. (Koselleck, 1993). Lucien Febvre escribe por su parte que el movimiento revolucionario es necesariamente un movimiento optimista, volcado enteramente *hacia el futuro*. Y que detrás de ese optimismo no se esconde sino una filosofía: la del progreso (Febvre, 1930, p. 512).

⁶⁰ Zanone, 2007, p. 113-114.

vendrá de Mme. de Staël, obra inaugural que será aplaudida por unos (Constant, los Doctrinarios) y criticada por otros (los “liberales independientes”⁶¹, liberales de izquierdas opuestos al Ministerio y al mismo régimen), corriente que se acabará imponiendo con el tiempo. El campo liberal presenta también fracturas, y así, en la década de 1820, las ideas staëlianas serán ya minoritarias, imponiéndose finalmente la corriente más liberal sobre la de los doctrinarios. Thiers (a partir de 1823) o Mignet (1824) abordarían la historia de la Revolución refutando a Mme. de Staël en muchos aspectos, aunque permanecen algunas características de su lectura durante todo el periodo, como la inscripción de la Revolución en un proceso de *longue durée*, cuyas raíces se hunden profundamente en la historia: “la liberté devait venir un jour. Elle n’est pas venue, elle viendra. J’ai décrit la première crise qui en a préparé les éléments en Europe”⁶². Michelet y Quinet defenderán la Revolución como una epopeya inacabada, una etapa necesaria en el advenimiento de una libertad todavía por llegar, de la misma manera que para Turgot, todas las experiencias de la raza humana constituían parte del indispensable mecanismo del progreso, no lamentando ni los errores ni las calamidades de la historia⁶³.

La Revolución francesa, esa historia que el régimen restaurado había pretendido borrar de sus páginas tal y como se expresaba en el preámbulo de la Carta, juega también un papel central en las páginas de *Le Globe*, que participa en la controversia, y de la que Dubois y su grupo no dudan en reclamarse como herederos; la comprensión del presente necesita del conocimiento del pasado, y todos los *globistas* concuerdan en la necesidad de este capítulo histórico⁶⁴, que estaría lejos de suponer una ruptura de la “cadena de los tiempos”; La Revolución no es ya ruptura, es realización; no es tabla rasa, sino el triunfo sobre los obstáculos que impedían el desarrollo natural de las nuevas tendencias sociales. El nuevo contexto creado por la llegada de los *ultras* al poder hace que también 1793 sea rehabilitado; en estas nuevas lecturas se da un paso más allá reivindicando el Terror como parte del todo y no un mero extravío, y se reconoce además el papel fundamental de las estructuras de clase en la evolución histórica, poniendo las bases para el nacimiento de una historia social que privilegia la

⁶¹ Término acuñado por Louis Girard, recogido por Tribouillard, 2007, p. 227.

⁶² Thiers, 1886, vol. 2, p. 571.

⁶³ Bury, 2006.

⁶⁴ Así lo expresaba Rémusat en su primer artículo, influido como todos los de su generación por la obra de Mme. de Staël, que comenzaba: “La révolution en France es une des grandes époques de l’ordre social. Ceux qui la considèrent comme un événement accidentel, n’ont porté leurs regards ni dans le passé, ni dans l’avenir. Ils ont pris les acteurs pour la pièce ; et enfin de satisfaire leurs passions, ils ont attribué aux hommes du moment ce que les siècles avoient préparé» (Staël, 1983, p. 63).

“force des choses”⁶⁵. Tesis no obstante “fatalistas” (de necesidad histórica y de carácter teleológico) que todavía suscitan vivas controversias incluso entre los liberales; si no justificado por la eficacia política o la necesidad histórica (tesis más extremas), los doctrinarios de *Le Globe* aplauden en todo caso que también el Terror sea estudiado y reintroducido en la historia. Estos estudios revisten pues cierto carácter teleológico, y retrospectivamente, las revoluciones aparecen como sanción y consecuencia inevitable de la evolución social⁶⁶, hermanándose con las nuevas doctrinas de continuidad y perfectibilidad: “c’est par les révolutions que l’espèce humaine avance vers la perfection morale et le bonheur”⁶⁷. El desarrollo histórico se concibe así como un progreso orientado hacia el bien, envuelto en un discurso de ciertos tintes providencialistas, pero también como una manera de justificar y reclamar, de manera indirecta (en época de leyes restrictivas para la prensa⁶⁸) y a través de esa “ley de las revoluciones”, también el contenido de espíritu constitucional de la Carta de 1814, un “régimen medio” que vendría a completar la Revolución, según el pensamiento doctrinario.

Uno de sus principales representantes, François Guizot, no se iba a ocupar directamente de la Revolución en ninguno de sus escritos (prefiere en todo caso hacerlo sobre la inglesa); su interpretación se halla diseminada en sus obras políticas, y encuadrándolo siempre dentro del cuadro más general de las revoluciones, entendidas como un “movimiento de civilización” y reclamando su interpretación, siempre, no de acuerdo a sus gestos, sino de acuerdo a los principios que la impulsan, interpretando la Revolución en tanto que “movimiento” más que acontecimiento⁶⁹, y eso sí, lamentando sus “écarts déplorables”, según su propia expresión.

⁶⁵ En su fe en esta “force des choses”, expresión extendida en los escritos de esta época (también la utiliza Constant o Guizot), los nuevos historiadores se aplican a buscar las causas profundas de los acontecimientos, que en ocasiones oponen al lenguaje y el discurso: “para comprender el carácter de una revolución de una manera que no sea superficial, es necesario no detenerse en la lengua que ésta habla”, se apunta por ejemplo en *Le Globe*; la Revolución de 1789 no se produjo así por el discurso de unos filósofos, no hay que tomar el lenguaje revolucionario al pie de la letra, lo que supondría obviar las determinaciones objetivas, políticas y sociales de este acontecimiento, se afirma allí; porque, a menudo, “une révolution qui éclate s’ignore elle-même”, y los *globistas* alertan contra esta ingenuidad que no puede presidir la labor del historiador (Leroux, *Le Globe*, 25 de agosto de 1825). También para Constant se trata de un movimiento vinculado a la fuerza de las cosas, inevitable e irresistible, y provocado necesariamente por el poder de las ideas conectadas con una realidad concreta, histórica. (Sánchez-Mejía, 1992, p. 94).

⁶⁶ El mismo Guizot afirma acerca de la Revolución: “Vous comprenez qu’il était impossible que le choc n’eût pas lieu” (Guizot, 1828, p. 38), mientras que acerca de la caída del Antiguo Régimen afirma irónico: “la mort est un assez bon symptôme de maladie” (1818, cit. en Rosanvallon, 1985, p. 186), haciendo un elogio de la fuerza que se enmarca en buena medida en estas tesis fatalistas.

⁶⁷ Jouffroy, *Le Globe*, 17 de noviembre de 1827.

⁶⁸ Y así la filosofía de la historia sirve como refugio de los azotes de los últimos años del ministerio Villèle a autores como Jouffroy.

⁶⁹ También Rémusat dice que la Revolución es más que un acontecimiento político, “es una crisis en la historia de la humanidad toda entera” (cit. en Rosanvallon, p. 205, nota 3).

Como parte del periodo revolucionario, también la epopeya napoleónica empieza a recuperarse en términos positivos para finales de la década (siempre, eso sí, desde la “historia de la filosofía” y no como discurso político). En su artículo “*De la politique extérieure au XIX^e siècle, et du perfectionnement du Droit International*” (24 de junio de 1829), Leroux cifraba los sistemas de Napoleón y de Canning como los dos grandes sistemas que habían remodelado y gobernado Europa en el siglo XIX. Sin ser por ello partidario ni elogioso (reivindicándose por el contrario como historiador y observador imparcial), reivindica la figura del Emperador, a quien, al igual que al zar Alejandro, dirigía igualmente un “pensamiento de civilización”. Su objetivo habría sido pues la conquista, pero siempre en beneficio de la civilización: “Napoléon était pour ainsi dire folle de civilisation”⁷⁰. Napoleón había cifrado su gloria en extender en Europa los resultados de la Revolución francesa, preservando así los logros alcanzados en Francia y cambiando la faz del continente, que pasó a convertirse en la principal —y más problemática— tarea: “procéder ainsi, c’était (...) fonder un grand empire unitaire, une monarchie européenne (...), une grande et productive association de peuples”. Ya en tiempos del consulado Napoleón se había expresado, nos recuerda Leroux, en términos de un “sistema federativo continental”, en el que los gobiernos representativos no eran sin embargo percibidos bajo la forma usual de instituciones y garantías individuales, sino, con una perspectiva más amplia, como el derrocamiento de las viejas ideas y el establecimiento de un nuevo orden europeo, lo que habría justificado en última instancia su uso de la fuerza y la voluntad de llevar a cabo, en la vida de un solo hombre, lo que habría necesitado de siglos: “Sa monarchie universelle, qu’était au fond que l’union européenne sous une certaine forme ? »⁷¹.

El proyecto de Napoleón de establecer la constitución política de Europa no pudo completarse; su esfuerzo, pese a todo, y según el criterio de Leroux, preparó el advenimiento del sistema de Canning, que en buena medida se sostenía sobre los logros (la coalición de intereses a nivel continental, la unión de inteligencias) del Imperio. El sistema de Canning sería así la consecuencia y al mismo tiempo la continuación pacífica del sistema de Napoleón; una vez más, se impone el criterio de continuidad y necesidad histórica, pero enrocado por la ley del progreso:

⁷⁰ “L’idée de civiliser est toujours pour lui la source et le fondement de la gloire à laquelle il aspire ». Leroux, *Le Globe*, 24 junio 1829.

⁷¹ Leroux defiende así que, en el propósito de 1798 de abrir la era de los gobiernos representativos, y en la monarquía que abraza a toda Europa después, yace pese a todo la misma idea, pero bajo una fórmula diferente.

« La liberté du commerce doit remplacer toutes les idées de conquêtes et d'accroissement de territoire en Europe, *comme atteignant le même résultat d'une manière infiniment plus avantageuse* »

La Revolución francesa no aconteció en vano, pero ya no es hora de volver a retomar las armas, nos advierte Leroux: “notre organisation sociale n'est plus propre à ce travail”. La ciencia política contemporánea se encamina al perfeccionamiento del Derecho internacional, aunque éste se halle todavía en su infancia, del mismo modo que todo el mundo se burla ya del sistema de equilibrio, sin que por ello hayan logrado superarlo. En una etapa todavía de transición, se eterniza lo provisional, impidiendo el acceso al verdadero porvenir. Pero el espíritu pacifista acabará imponiéndose, augura Leroux, y la fórmula para alcanzar ese porvenir que pareciera malogrado reside en comprender aquel pensamiento que orientaba la conquista (aquella fusión de los pueblos europeos que sembró el germen de la emancipación), y seguirlo ahora por otras vías: “fonder par la circulation libre des idées et du commerce l'unité de l'Europe”, idea que late en todo su pensamiento, que anima su ensalzamiento del sistema napoleónico, y que explicita en uno de sus artículos principales, “*De l'union européenne*”, tal y como veremos en el apartado siguiente.

2. 3. Perfectibilidad, progreso y civilización

La idea de progreso constituye una de las ideas más arraigadas en Occidente, y en este siglo XIX se convierte en la idea eje por excelencia⁷². “La idea del progreso es una síntesis del pasado y una profecía del futuro”, tal y como apunta J.B. Bury⁷³. De ser una de las ideas importantes de la civilización pasó a convertirse en la idea dominante: el concepto de progreso es claramente central en este momento porque es el contexto en el que las otras ideas contemporáneas (ideas como la igualdad, la justicia social o la soberanía, e incluso la misma idea de Europa) viven y se desarrollan, haciendo de esos

⁷² Nisbert cifra el cénit de esta idea entre 1750 y 1900. Aunque presente ya en el siglo XVIII, la idea de progreso es central en esta primera mitad del siglo XIX, y así se expresa en los descubrimientos sobre la ley de la evolución natural en el campo de las ciencias anterior a Darwin (representados en Francia por Lamarck o Cuvier), o en los avances sociales fruto de la revolución industrial, tal como el crecimiento demográfico, etc.

⁷³ Bury, 2006.

objetivos políticos algo necesario e históricamente inevitable⁷⁴. La idea de progreso (en tanto que movimiento de aumento y mejora gradual) sostiene que la humanidad ha avanzado en el pasado y que sigue y seguirá avanzando en el futuro; se construye como un elemento esencial del cambio histórico, desde el pasado hacia el futuro y pasando por el presente, y abandona con ello el terreno de lo que sería deseable para entrar en el de la necesidad histórica. Delimitar su contenido sin embargo se presenta como algo más problemático: progresar es avanzar, pero ¿en qué sentido? Tradicionalmente, los intelectuales han defendido el aumento de conocimientos como vía para el perfeccionamiento humano, y en esta coyuntura específica, se apunta además al intercambio de los mismos y su democratización, en aras de una creciente felicidad de los pueblos. Bajo la idea de progreso, pese a algunos peligros de sus corrupciones (las espinas de la inexorabilidad y el presentismo⁷⁵, la justificación de la carrera colonial), se esconde en todo caso una férrea voluntad de cambio y mejora, en la que el fatalismo y la libertad del hombre se dan la mano en una suerte de “libre fatalidad”⁷⁶.

Aunque presentes ambas ya en el siglo XVIII⁷⁷, la idea de progreso toma una forma específica en los primeros años del siglo y a la luz de la experiencia vivida, en relación al concepto de *perfectibilidad*, término de éxito al que se consagran distintas obras⁷⁸, y que haya su mejor nicho en el pensamiento de algunos primeros autores como Cabanis, Mme. de Staël o Constant, discurso perfectibilista que, aunque con matices distintos en unos y otros, ejercería una fuerte impronta sobre la generación de historiadores posterior⁷⁹. Antes hablábamos ya de la influencia, en tanto que momento de transición, del trabajo de los Ideólogos: la perfectibilidad en Cabanis estaba

⁷⁴ “Y es evidente que todo valor que puede ser hecho aparecer como históricamente necesario adquiere un relieve inmediato en el campo de la acción política y social”, añade Nisbert (1981, p. 243).

⁷⁵ El pensamiento progresista tiende así a juzgar los hechos históricos exclusivamente en términos de valor y de mérito, en tanto que contribución a ese movimiento ascendente y de acuerdo con una escala de valores previamente determinada (Zékian, 2006, p. 68).

⁷⁶ Zékian, 2006, p. 72.

⁷⁷ Spadafora se ha ocupado de estudiar esta filosofía del progreso en el siglo XVIII anglosajón, perfeccionado por la idea de perfectibilidad (1990). La idea del progreso aparece ya en la ilustración escocesa, y en concreto en la obra de las postrimerías del siglo de Robertson, *View of the progress of society*, en la que emprende una historia de esa entidad llamada Europa (Pocock, 1999, pp. 278 y ss); idea de la perfectibilidad la hallamos también ya en Rousseau, aunque como veremos, se retoma ahora en un nuevo sentido: “...algunos de los elementos que han configurado la filosofía de las Luces, pero contemplados desde una realidad distinta a la vivida por el siglo XVIII, abriéndose así una nueva perspectiva que va a propiciar un giro importante en la teoría política, giro del que se beneficiará, desarrollándolo y completándolo, todo el siglo XIX” (Sánchez-Mejía, 1992, p. 102).

⁷⁸ Jean-Baptiste Salaville, *De la perfectibilité*, 1801.

⁷⁹ Así, mientras que Staël aplica estas nociones principalmente al campo artístico y literario, Constant se vuelve hacia los ideólogos y la teoría del progreso del espíritu de Condorcet para imprimirle un cariz social (la perfectibilidad no es una cualidad individual, es social), rehabilitando en la secuencia histórica la Edad Media y haciendo de la igualdad motor del progreso (Sánchez-Mejía, 1992, pp. 102-121; Jaume, 1997, pp. 109-113).

impulsada ante todo por un optimismo científico: si la sociedad se puede perfeccionar, el individuo en sí mismo también es perfectible. Esta teoría del perfeccionamiento humano supuso una importante línea de fractura en el cambio de siglo, coexistiendo en ella dos *a priori* contradictorios: la descripción triunfante del progreso humano definido como un hecho histórico necesario, con una subrayada concepción voluntarista. Una corriente en fin que había arrancado ya en Turgot y Condorcet, y que Cabanis no sería más que uno de los muchos primeros en recoger⁸⁰: «l'esprit humain n'est pas stationnaire»; en el estado presente del programa de los trabajos científicos e industriales, todo apunta al perfeccionamiento generalizado de las ciencias, las artes y la filosofía, afirma, vinculando su existencia cada vez más sólida a la libertad pública y la felicidad de los ciudadanos:

«Jusqu'au point où les nations civilisées de l'Europe sont parvenues (...) une vérité consolante résulte de la lecture judicieuse de l'histoire: c'est que les choses tendent toujours vers l'amélioration»⁸¹

En esta doctrina de la perfectibilidad predomina el sentimiento de un “tiempo histórico”, en el que el momento presente aparece no tanto como la confirmación paradójica de ese optimismo, sino como una instancia de posible extravío⁸². La importancia del momento presente destaca en todo caso para estos nuevos historiadores: el presente es el horizonte de toda escritura histórica, y reúne en sí sin cesar el destino de la narración⁸³; y el discurso de la perfectibilidad no alcanza su pleno sentido si no es por la urgencia de la coyuntura presente que la reclama. Estudiar la ley del progreso en el pasado no es pues una mera tarea de reconstrucción histórica, sino que se orienta en el sentido de una urgencia política, tal y como declaraba Daunou, otro de los ideólogos:

«Déterminer avec le plus de précision possible la loi générale des progrès de l'esprit humain et de la civilisation. Cette série d'observations sera entreprise, non pour satisfaire une vaine curiosité, mais dans le but de fournir aux recherches

⁸⁰ Diseminada, eso sí, a lo largo de toda su obra, y mostrando una indecisión conceptual entre “perfectibilidad” y “progreso”, al que finalmente acaba equiparándola. “Progreso” también se vuelve sinónimo de “evolución” en este siglo XIX (Nisbert, 1981, p. 247).

⁸¹ Cabanis, cit. en Zékian, 2007, p. 94-95.

⁸² Zékian, 2007, p. 91. « En los momentos de crisis –afirma Constant al inicio de su *Histoire abrégée de l'égalité*– lo único que hay que hacer para tranquilizarse es mirar las cosas desde más arriba (...) salir por un momento de las situaciones, deslizar la mirada por el pasado y hacia el futuro, sin cuya ayuda no se puede juzgar el presente, porque se le conoce mal cuando uno se concentra exclusivamente en él” (Cit. en Sánchez-Mejía, 1992, p. 103).

⁸³ Schlanger, “Le moment présent dans les philosophies de l'histoire”, en *L'invention du XIX^e siècle. Le XIX^e siècle par lui-même*, 1999.

politiques, la seule base solide et le seul point de départ positif qu'elles puissent avoir »⁸⁴

El discurso de la perfectibilidad y el progreso no es sólo por tanto un discurso histórico, y su ensamblaje en el tiempo presente hace de él también un discurso de alas políticas. Así, en los autores liberales tales como Constant, su pensamiento político se muestra íntimamente ligado a su filosofía de la historia; la hipótesis de la perfectibilidad de Constant, expresada en su texto *De la perfectibilité de l'espèce humaine*⁸⁵, toma la igualdad como motor de progreso de la historia. Este principio dinámico, una doble teoría en la que los principios generales de la política y las condiciones históricas concretas de aplicación de tales principios se entremezclan, hace que su liberalismo político presuponga una teoría general del desarrollo de la historia⁸⁶, con una proyección siempre al horizonte futuro: “L’avenir répondra; car la liberté sortira de cet avenir, quelque orageux qu’il paraisse encore”⁸⁷. Y de todo ello resulta una relación entre la historia y la política que modifica la interpretación tradicional de los pensadores del siglo XVIII para enlazar con el concepto de evolución histórica que está empezando ya a trazar su línea ascendente sirviéndose de la teoría de la perfectibilidad⁸⁸.

La nueva escuela historiográfica difundida por *Le Globe* se aplica a poner en evidencia la realidad de este devenir, donde se impone la noción de un *desarrollo progresivo*, oponiéndose tanto a los reaccionarios que idealizan el pasado, como a aquellos filósofos ilustrados que condenaron cualquier tiempo pasado a la luz de la razón, y estableciendo una nueva “historia crítica” que viene a romper todos los estereotipos. Porque la civilización moderna posee raíces lejanas y profundas, reclaman, y la continuidad del movimiento histórico invita a enlazar las distintas épocas, eso sí, sin

⁸⁴ Cit. en Pozzi, 2007, p. 69. Daunou se propone como muchos de su época hacer una “historia del progreso del espíritu humano”: evaluación del pasado a la luz de la racionalidad presente, donde se proyecta todo el pensamiento liberal de estas primeras décadas del siglo: la conciencia de superioridad de las instituciones modernas frente a las de la Antigüedad, en la línea del famoso discurso de Constant acerca de la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos. Mme. de Staël cifraba igualmente la ruptura entre la historia antigua y la moderna en el hecho de que la perfectibilidad (que en la Antigüedad sólo correspondía a cada individuo) había cedido ahora su lugar a la idea de un progreso continuo de la especie humana (A. Blaesche, recogido por Principato, 2007, p. 193).

⁸⁵ Escrita en 1805, pero que no se llegó a publicar hasta 1829 (Constant, 1997, pp. 700-721); esta cuestión también aparece en *Histoire abrégée de l'égalité*.

⁸⁶ Jaume destaca “la compleja y confusa tentativa de Constant por asentar los fundamentos del liberalismo sobre una base histórica” (1997, p. 109).

⁸⁷ Constant, *Principes de Politique*, 1997, p. 506.

⁸⁸ Sánchez-Mejía, 1992, p. 116.

confundirlas nunca⁸⁹; la naturaleza no da nunca saltos, tal y como imponía la *ley de la continuidad* de Leibniz⁹⁰; y la historiografía contemporánea se muestra fascinada por esa idea de una serie única, homogénea y gradual.

En las páginas de *Le Globe* ocupa un lugar destacado, con una sección de título homónimo a partir de 1826, la Filosofía de la historia, ejercida principalmente por Victor Cousin, Jouffroy y Leroux, y enmarcada siempre en este discurso de progreso⁹¹. La historia también se adueña así de la filosofía decimonónica, constituyéndose (en la definición que de la misma da Cousin) como el conocimiento especulativo de la esencia del progreso histórico. La *ley del desarrollo* ocupa un lugar capital en la filosofía de la historia de Jouffroy, y a ésta (“la ley de la evolución de la humanidad”, tal y como él la llama) dedica la primera lección en 1827 de su curso de filosofía, recogido igualmente en las páginas del diario. Ese principio de movilidad residiría, en su manera ecléctica de entenderlo, en la movilidad de ideas⁹², por lo que se trataría de un devenir necesariamente conflictivo. La omnipresente noción de *civilización*, especialmente extendido su uso entre los liberales e inextricable en esta época del dogma del progreso, vendría a representar, así, la manera en que esa evolución del espíritu humano se traduce en los hechos (civilización entendida como producto del progreso que será en buena parte el sentido que herede Guizot, aunque imprimiéndole una nueva forma). Jouffroy llega a decir que “la civilisation n’est autre chose que la connaissance de la vérité », una verdad que es por ende inmutable. Y si la civilización de un pueblo se funda en las grandes verdades sobre las que esa sociedad se apoya, la religión, en términos de Jouffroy, es lo que constituye en última instancia la civilización⁹³. Él será uno de los primeros en utilizar este concepto en plural, distinguiendo así tres grandes civilizaciones, entre las que destaca claro está la civilización cristiana, la única que presenta en el momento actual “cierta virtud expansiva” y una perspectiva inmensa de crecimiento, y a la que atribuye una superioridad de verdad en su sistema, lo que hace augurar su universalización (inspirando la guerra entre griegos y turcos buena parte de

⁸⁹ Y así Trognon alerta contra las “trampas del lenguaje”, que hacen creer que por el hecho de que el nombre de ‘Francia’ se halle en textos del siglo V y del siglo XV, que porque los bárbaros que conquistaron la Galia recibieran el título de ‘rex’ y puesto que Luis XIV también se llama ‘rey’, se trata de una misma Francia y de una misma monarquía, tal y como parecen apuntar algunos autores (*Le Globe*, 30 de junio de 1827).

⁹⁰ Cit. en Nisbert, 1981, p. 226.

⁹¹ Filosofía del progreso que mantiene una relación compleja con la “fiebre documental” y de erudición de estos años ’20, animándola y desarmándola al mismo tiempo (Zékian, 2006, p. 66)

⁹² Papel preeminente de las ideas también destacado por Constant en su *De la perfectibilité de l’espèce humain*, 1829.

⁹³ En la misma línea apuntada ya por Chateaubriand.

estas especulaciones sobre el destino futuro de la civilización, que serviría ulteriormente a la justificación de la carrera colonial e imperial⁹⁴). La *civilización europea* (Jouffroy utiliza explícitamente este término⁹⁵) está llamada así a tornarse una civilización universal, porque “la civilisation européenne est évidemment *progressive* depuis quelques siècles”.

Y en esta “gran familia de pueblos” que conforman la civilización europea, sobresalen tres naciones, Francia, Inglaterra y Alemania⁹⁶, las cuales van desbrozando el camino por el que el resto de la humanidad deberá pasar, y cuyos avances arrastran al resto del universo (mientras que los pueblos ajenos a la herencia cristiana aparecen, según la expresión de Jouffroy, privados de todo dinamismo interno, de toda capacidad de acción histórica autónoma⁹⁷). Las ideas gobiernan el mundo, y las nuevas ideas son las que deciden el porvenir; con estos instrumentos teóricos el filósofo trata así de esclarecer el pasado, el presente y también el futuro de la humanidad: “cette philosophie de l’histoire annonce l’avenir”⁹⁸.

Contra estas generalizaciones y abstracciones trascendentales se alzan otros autores liberales, sin embargo, como Thierry o Guizot: la inteligibilidad del devenir histórico debe buscarse dentro del proceso histórico mismo, no más allá de él. Leroux retoma estas especulaciones de su compañero, así como la distinción entre las tres

⁹⁴ Posicionamiento que choca no obstante con el de su compañero Leroux, quien, sin ser ajeno a los mitos civilizadores que acompañan a la expansión europea, se muestra enérgico frente a la conquista (*Le Globe*, 24 de octubre de 1827).

⁹⁵ *Le Globe*, 26 de noviembre de 1826.

⁹⁶ La preeminencia en última instancia la tendrían, claro está, Francia. El patriotismo de Jouffroy se basa en la conciencia del rol eminente que juzga juega su país en el desarrollo de la humanidad, y se justifica en la filosofía de la historia. La idea de una misión civilizadora por parte de Francia era común en la época. Cada una de las tres naciones avanzadas, a la cabeza de la civilización cristiana, aporta su “genio”, en una suerte de reparto de tareas, y Francia destaca entre ellas como un término medio entre los dos extremos de la especulación y el saber utilitario: « La France est le pays du monde où les idées sont le plus avancées ; (...) nation philosophique par excellence, aucune autre n’a tant contribué à éclairer le monde » (Jouffroy, 1833, p. 130). Francia, así, se erige como pivote de la civilización, al unir en su saber la ciencia y la práctica, y por estar dotada de una “universalidad” (en palabras de Rémusat) sin igual.

⁹⁷ Buena parte de estas ideas, expresadas por Jouffroy en un artículo de 1826, serían recogidas un par de años después por François Guizot en su *Curso de Historia moderna*.

⁹⁸ En Goblot, 1995, p. 296. En otro de los artículos de *Le Globe* (4 de junio de 1828), en una recensión sobre la obra de Ballanche *Essais sur les institutions sociales dans leur rapport avec les idées nouvelles*, aprovechan una vez más para tratar estas cuestiones. Conscientes de vivir una época de crisis, para Francia como para Europa entera, la pregunta acerca de las bases sobre las que habrá de reconstruirse la sociedad se hace más urgente que nunca. Para Ballanche, la ley universal de la creación es una ley de sucesión y progreso; su obra cifra la evolución del hombre en la lucha que el pensamiento, “esencialmente progresivo y perfectible por naturaleza”, ha llevado a cabo, como elemento libre y progresivo, contra el yugo impuesto de lo estacionario, la Palabra como institución de sometimiento y despotismo: “émancipation de la pensée des entraves de la parole”, es su lema. Del mundo de las ciencias naturales se toma prestada la idea de una cadena infinita de seres, unidos y de elevación gradual en un gran proyecto de progresión, que toma una forma destacada precisamente en el hombre. Concebido como un proceso de redención, uniendo la ley de la perfectibilidad con la libertad humana, y a través de ciclos palingenésicos que aseguran la continua evolución, las sociedades alcanzan así, paulatinamente, el más alto grado de civilización (civilización que entraña también distintas edades). El cristianismo ha jugado sin duda una baza principal en esta progresión de la civilización y la unidad, promoviendo la igualdad social y la soberanía común.

civilizaciones principales establecidas por Jouffroy, pero le da un giro importante, alejándose del espiritualismo y el intelectualismo de sus maestros, Jouffroy o Cousin. Contra la preeminencia de las ideas como motor, Leroux apunta que las especulaciones de los filósofos se enraízan siempre en su siglo: siempre es el mundo de su tiempo el que les da el impulso, “par la force des choses”⁹⁹. Leroux tiene la impresión de vivir en una época en la que profundas e incalculables transformaciones se están operando, y cuyos efectos son imprevisibles e inagotables, dando un paso más allá en el pensamiento liberal frente a otros compañeros que, como Jouffroy o Guizot, consideraban la tarea del futuro como mera estabilización de los movimientos del presente. La civilización no es ya un absoluto racional, sino la consecución de una historia singular, y autores como Duvergier de Hauranne siguieron utilizando el concepto de “civilización cristiana” que, aunque pudiera parecer extraña a la mentalidad liberal, demuestra la pretensión de los *globistas* de reconciliar cristianismo y filosofía (Leroux, sin embargo, sobrepasa una vez más estos límites). Así, Leroux duda de la existencia de una civilización que desde los tiempos medievales haya permanecido inmutable, a pesar de que sí reconoce la existencia de una “*unión europea*” que queda sancionada en el momento de la victoria de Navarino. Los vencedores de esa batalla, sin embargo, ya no son los soldados de la Cristiandad que lucharon en Lepanto, recalca; el fundamento real de esta nueva “fuerza unitaria” no es ya una simple herencia de la unidad espiritual de la Europa medieval, sino el “espíritu general” de las sociedades modernas, tal y como se vienen desarrollando a través del progreso industrial y las conquistas revolucionarias, que es algo intrínsecamente diferente a la unión religiosa de entonces. Y si la civilización del siglo XIX no ha alcanzado un punto de perfección, es indudable que se perfecciona sin cesar. Los progresos de la industria y el comercio, al unir invisiblemente a los pueblos, crean entre las naciones europeas una comunidad de intereses cada vez más estrecha¹⁰⁰. La paz es consecuencia y al mismo tiempo garantía de ese desarrollo industrial; es una necesidad del siglo, y la civilización moderna “tend à éteindre les guerres entre les nations éclairées et raisonnables”¹⁰¹.

⁹⁹ « Si l’Orient est resté stationnaire, l’organisation et le climat n’en sont point la cause directe et immédiate. La cause directe et immédiate, c’est l’organisation politique ; c’est la division en castes et en tribus », por lo que su inmovilidad no sería una condena eterna y natural, sino tan sólo histórica y de organización política, y por lo tanto, superable (Leroux, cit. en Goblot, 1995, p. 362). En términos similares se expresará Guizot en su *Historia de la civilización en Europa*, atribuyendo la inmovilidad de India o China a su división social en castas, frente a la lucha dinámica de clases europea.

¹⁰⁰ También Voltaire había relacionado en numerosas ocasiones, como fenómenos indesligables, el comercio, la libertad y el progreso, y Turgot sería el primero en defender explícitamente el crecimiento económico como factor positivo de progreso (Nisbert, 1981, p. 263).

¹⁰¹ Leroux, *Le Globe*, 24 de noviembre de 1827.

Su posicionamiento choca también con Jouffroy con respecto a la incipiente carrera colonial; Leroux, sin ser ajeno a los mitos civilizadores que acompañan a la expansión europea, se muestra enérgico frente a la conquista: “En toute occasion nous réservons notre sympathie pour les vaincus, nous n’en avons pas pour les oppresseurs”¹⁰². La idea de que una colonización, siempre y cuando fuese bien entendida, pudiera servir como instrumento propio a favorecer la *asociación de pueblos*, permanece sin embargo todavía con ambigüedad —si no ingenuidad— en la mente de estos liberales de los años veinte. Pero la idea de esa gran “asociación de pueblos” late en el fondo del pensamiento de Leroux con un sentido bien distinto, y así lo expresa en su artículo *De l’union européenne*, enmarcado bajo la rúbrica de “Philosophie de l’histoire” y publicado el 24 de noviembre de 1827.

Leroux no duda en hacer suya la máxima que sirve como epígrafe a los sainsimonianos de *Le Producteur*, a cuyas filas acabaría acercándose en los últimos años de su vida: “L’âge d’or, qu’une aveugle tradition a placé jusqu’ici dans le passé, est devant nous”, añadiéndole además de su propia cosecha: “si nous savons regarder attentivement en arrière”. Y esa edad de oro no será otra para él que la de una inminente Unión europea. Una unión formada por el espíritu de los pueblos que combatieron a la monarquía y a la nobleza (causas de la “guerra perpetua”) y que vino a reemplazar a la doctrina de guerra con una doctrina de paz: “c’est l’esprit des sociétés qui a formé l’union européenne, dont les cabinets voudraient aujourd’hui s’emparer”¹⁰³.

Una unión que, sin embargo, reconoce que aún no está completada, y que probablemente tardará mucho en completarse; y para atisbar qué le deparará a esta unión en el futuro, qué pueblos o gobiernos orientarán esta “fuerza unitaria”, si continuarán implicándose en guerras de intervención o bien se aplicarán al perfeccionamiento de las sociedades, no hay nada mejor, nos indica Leroux, que, una vez más, “considérer attentivement comment l’union s’est formée, et qu’elle est aujourd’hui; car *le présent est gros de l’avenir*”, máxima de Leibniz repetida tantas veces hasta llegar a convertirse en el lema de esta generación¹⁰⁴.

Con ese objetivo Leroux diserta largamente sobre la política exterior del Antiguo Régimen y su “famosa teoría del *equilibrio*”, cuya organización interna se basaba en la guerra. Principio que, apunta, se halla fuertemente debilitado en nuestros días,

¹⁰² Leroux, *Le Globe*, 24 de octubre de 1827

¹⁰³ Leroux, *Le Globe*, 24 de noviembre de 1827.

¹⁰⁴ También J.J.B. Bonnin, en su *De la Révolution Européenne* (1815) del que hablábamos en el primer capítulo de este ensayo, utilizaba ya esta cita presidiendo el comienzo de su obra.

surgiendo otros nuevos principios en su lugar, que impulsan a establecer un nuevo orden en las relaciones entre las distintas sociedades: “du même qu’au combat des nations a succédé le duel des rois, le temps ne peut-il venir où les conquêtes territoriales disparaîtront à leur tour”. Y de la mano de esa política bélica que presidía el Antiguo Régimen, Leroux inicia una verdadera “historia de las ideas”, demostrando que, al contrario de lo que mantenía su colega Jouffroy, los filósofos y sus ideas no han sido el motor del progreso de la historia, sino que vivieron, pensaron y escribieron sometidos al yugo de sus tiempos: “Cette sorte d’adoption de la guerre par les philosophes, de même que le consentement formel ou tacite qu’ils ont donné si long-temps à l’esclavage, offre assurément un des exemples les plus remarquables de la faiblesse et des variations des l’esprit humain”. Así recorre Leroux el pensamiento y la obra de Bodin, “padre de la ciencia política”, de Bacon (para quien la guerra era un “ejercicio saludable”: “tout Empire qui ne conquiert pas périlite”), la doctrina de Maquiavelo por supuesto, y Hobbes como techo y fundamento filosófico último de toda esta construcción de una organización política de base militar¹⁰⁵.

Hay, pese a todo y en todos los tiempos, ciertos “esprits téméraires, qui se détachent tout-à-fait de leur siècle”; genios tal vez menos vigorosos, menos sabios y eruditos pero que, con un siglo de intervalo entre ellos, supieron ver más allá y abrazar el principio de la paz: Tomás Moro, Fénelon y el abad Saint-Pierre. Las obras de estos tres autores escogidos por Leroux despertaron, afirma, las risas y el desprecio de los reyes, no fueron tomadas en consideración más que como obras literarias; pero, quién hubiera dicho que, apenas un siglo después, el zar de Rusia se apropiaría de estas ideas creando la Santa Alianza, apunta Leroux: “le cœur préfèrera toujours l’auteur de l’Utopie à l’auteur du Léviathan, Fénelon à Machiavel”.

El nacimiento de la economía política vino a anunciar un orden nuevo para las sociedades: “une véritable union s’était opérée parmi les hommes éclairés de toutes les nations”. Turgot, Condorcet, pusieron en marcha la teoría de la perfectibilidad indefinida, recuerda; y el espíritu de guerra y de conquista no podía ser ya, en el siglo XIX, más que un “accidente”; en cuanto pasó la tormenta, el principio pacífico reemergió más fuerte que nunca, con la autoridad de un nuevo ejemplo. Leroux anhela la extensión de unos mismos hábitos, una misma religión, misma lengua y un principio de igualdad general sobre los vastos territorios del continente, como premisa para el

¹⁰⁵ “De tant de milliers de sermons qu’ont produits le dix-septième siècle et le commencement du dix-huitième, il y en a à peine deux ou trois où la guerre soit condamnée et flétrie » (Leroux, *Le Globe*, 24 de noviembre de 1827).

rápido perfeccionamiento de la civilización; el día en que los nuevos principios, que ya reinan en el interior de Francia, salgan al exterior y dirijan las relaciones entre las sociedades. Pero este último deseo no apunta hacia la centralización ni la conquista, matiza, y en esto parece alejarse del sentimiento de muchos de sus compatriotas, yendo un paso más allá: “pourquoi voudrions-nous que la France gouvernât ses voisins, lorsque nous demandons à grands cris que Paris ne gouverne pas nos provinces?”

« Si la liberté du commerce doit s'établir dans toute l'Europe, les grandes nations n'auront (...) aucun avantage sur les petites. L'économie politique se prépare une monarchie universelle, plus durable que celles que Charles-Quint et Napoléon voulurent inutilement fonder sur la violence. Décentraliser les empires, établir dans chaque province, dans chaque ville, une activité propre, et en même temps faire tomber les barrières qui séparent les nations, voilà à quoi tendent la liberté, la science et l'industrie »

La nueva economía política, la libertad de comercio como orden internacional que sustituye a la antigua política bélica, es pues lo que traerá esa paz perpetua y esa unidad europea que hemos visto ya tantas veces, advenimiento inexorable a la luz de las leyes de la historia y el progreso. Y de esa “gran sociedad de hombres” inminente Leroux afirma aquello que Pascal aplicaba al Universo: “*Centre partout, circonference nulle part*”; con esta cita concluye su artículo consagrado a la Unión europea¹⁰⁶, superando una visión imperialista o hegemónica y abriendo la vía para una verdadera concepción federalista¹⁰⁷.

El concepto de civilización¹⁰⁸, tal y como estamos viendo noción omnipresente en los escritos de esta época, data su acuñación de mediados del siglo XVIII, en las páginas

¹⁰⁶ Este artículo sobre la Unión europea de Leroux será el primero dedicado a la materia en las páginas de *Le Globe*, que en su segunda etapa sansimoniana (1830-1832) verá cómo se multiplican estas apuestas.

¹⁰⁷ Y es que la mirada de Leroux no se contenta con detenerse ahí, y declara que ha llegado el momento de dejar de dividir el mundo entre “griegos y bárbaros”; y a la *unión europea* seguirá después “la grande société des hommes”¹⁰⁷.

¹⁰⁸ La *Revue encyclopédique* veía en este concepto “le mot d'ordre de notre siècle », y lo definía como el movimiento general de los espíritus hacia el perfeccionamiento social e industrial, el desarrollo de las facultades del hombre aplicadas a la tierra, comprendiendo aspectos de todas las esferas, tanto físicas como religiosas y morales, industriales e intelectuales, o sociales y políticas (art. “*Considérations sur la civilisation*”, julio de 1825). Las innumerables obras consagradas a este concepto se hallan recogidas, por ejemplo, en la obra Philippe Beneton: *Histoire de mots: culture et civilisation*, 1975. Lucien Febvre había participado ya en un volumen de discusión sobre la materia en 1930, *Civilisation, le mot et l'idée*; otras obras destacadas que se han ocupado de esta cuestión: Joachim Moras, *Ursprung und Entwicklung des Begriffs der Zivilisation in Frankreich (1756-1830)*, 1930; Jean Starobinski, “Le mot Civilisation”, 1983; o Émile Benveniste, “Civilisation. Contribution à l'histoire du mot”, en *Hommage à Lucien Febvre*, 1954, entre otros muchos. Más recientemente, la revista de Historia conceptual *Contributions to the History of Concepts* también ha prestado una especial atención con numerosos artículos consagrados a este concepto: así, Pim den Boer publica “Civilization: comparing Concepts and Identities” (2005) y “Toward a Comparative History of Concepts: Civilisation and *Bescharing*” (2007), en un número especial que incluye un “Concepts in Focus: Civilization”, así como aproximaciones nacionales a la historia de este

del Marqués de Mirabeau (padre), y presenta su primera formulación explícita en Voltaire, quien en su *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations* trató de producir una primera

historia general de la civilización, extendiéndose pronto esta idea, que se hizo común, por toda Europa. Idea secularizada de la noción de Cristiandad, íntimamente relacionada también con la fe en el progreso, pronto implica ese aspecto de fases o niveles de graduación, el carácter de un proceso hacia un estado superior ideal, en su doble significado de resultado de una acción (proceso dinámico) y estado. El concepto de “civilización” pronto se asoció al de “Europa” (ya desde Voltaire), y así surgió inmediatamente la noción de “*civilización europea*”, que veíamos ya en Constant (1814) y en Jouffroy (1826) y de la que Pim den Boer ha datado su primera aparición en 1766, cuando en un escrito acerca de las colonias americanas el fisiócrata abad Baudeau recomendaba convertir a los indios americanos no sólo al cristianismo, sino también a la “civilización europea”, distinguiendo así netamente ambas nociones por primera vez¹⁰⁹. Civilización pasó a ser así sinónimo de Europa: con un sentido positivo en tanto que nivel superior de la misma, animada por la popularidad de la idea de progreso se llega a establecer, en esta primera mitad del siglo XIX, una total identificación entre civilización y Europa¹¹⁰. Pero quien por encima de todo llevó a su cénit este concepto de *civilización europea* fue sin lugar a dudas François Guizot, probablemente el político e intelectual más destacado de todo este periodo¹¹¹.

2. 4. François Guizot y la *Historia de la civilización europea*

Entre todas las personalidades políticas e intelectuales del periodo destaca François Guizot por su especial compromiso con la escritura de esa Historia de Europa. Guizot intenta explicar el flujo de la Historia por medio de principios generales, profundas tendencias que actúan como guía, aspectos sociales y realidades

concepto: la italiana de Sandro Chignola, la española de Javier Fernández Sebastián (“The Concept of Civilization in Spain, 1754-2005: From Progress to Identity”, 2008) o la francesa de Raymonde Monnier: “The Concept of *civilisation* from Enlightenment to Revolution: An Ambiguous Transfer” (2008).

¹⁰⁹ “...convertir ces naturels non seulement à la foi chrétienne, mais encore à la civilisation européenne... » (cit. en Boer, 1995, p. 64).

¹¹⁰ Boer, 1995, p. 65.

¹¹¹ Tanto que Rosanvallon no duda en denominar al periodo como “*le moment Guizot*” (título de su famoso libro), que identifica además con un “momento conceptual”, ante la tarea de redefinición del orden y las libertades que se les presenta a los hombres de este tiempo y por la originalidad de la cultural política liberal de los años 1814-1848 (1985, p. 26 y 29).

enmarcadas en la *longue durée*. A través de esta suerte de metodología, Guizot examina la noción de “civilización” y Europa como principal unidad de la misma, cuyo proceso de configuración trata de analizar partiendo de la encrucijada medieval entre los bárbaros, el Imperio y la Cristiandad. Guizot publicó su Curso de Historia moderna de 1828 dividido en dos volúmenes, el primero de ellos dedicado a la historia de la civilización europea y el otro a la historia de la civilización en Francia¹¹².

El curso de 1828 *Histoire de la civilisation en Europe*, impartido desde su recién recuperada cátedra de la Sorbonne bajo el auspicio del nuevo gobierno moderado de Martignac, supone grandes innovaciones en la historiografía tanto por el sujeto tratado (diversos autores apuntan a la relativa novedad de este concepto de civilización¹¹³, y en todo caso, a partir de él el concepto toma un nuevo significado¹¹⁴), como por el método empleado, enfocado a vincular “las ideas generales y las circunstancias”, lo que otorga a su visión de Europa un carácter y una amplitud inédita hasta entonces.

Guizot entiende la civilización como algo concreto y real (“la civilisation est un fait comme un autre, fait susceptible, comme tout autre, d’être étudié, décrit, raconté”¹¹⁵), y que cifra en un equilibrio armónico entre el desarrollo del bienestar material y el espiritual, una suma de justicia, igualdad, libertad individual y orden social que constituye el verdadero “*génie des peuples*”: “la civilisation est un fait général et définitif auquel tous les autres viennent aboutir”¹¹⁶. Y aunque más allá de ésta no dé una definición exacta de la misma, confundiendo a menudo su sentido de estado con su sentido de movimiento, resultado y proceso, éste último parece prevalecer; la civilización, pues, es un devenir, un proceso dinámico que supone un motor, difícil de concretar pero que Guizot relaciona con el progreso¹¹⁷, “instancia inteligente”¹¹⁸ por

¹¹² Entre 1820 y 1822, justo antes de ser retirado de su cátedra, ya había impartido un curso sobre la *Histoire des origines du gouvernement représentatif en Europe*, con la esperanza –truncada– de hallar en el pasado premisas para las instituciones libres, y oponiéndose en todo caso a la posición *ultra*, que defendía la aparición de las mismas como extraña a la tradición francesa e introducidas sólo por la Revolución; destacaba en ese estudio pese a todo su temprano interés por la historia europea: “l’originalité de Guizot réside dans le cadre géographique de son étude, l’Europe” (Triomphe, 2002, p. 26). Guizot, como gran conocedor de otras lenguas y otras culturas literarias, fue siempre propicio a abrirse a esa perspectiva comparada.

¹¹³ Triomphe, 2002, p. 29, Zékian, 2006, p. 57.

¹¹⁴ Rosanvallon, 1985, p. 191. A diferencia del sentido expresado en autores ilustrados como Voltaire, Condorcet o Ferguson, la civilización de Guizot no es ya un hecho que recoge todas las características económicas y culturales, sino que pasa a designar lo que hay de esencial en la historia, concebida ésta como la realización de ideas y principios.

¹¹⁵ Guizot, 1828, p. 6.

¹¹⁶ “La civilisation est une espèce d’océan qui fait la richesse d’un peuple, et au sein duquel tous les éléments de la vie d’un peuple, toutes les forces de son existence, viennent se réunir” (Guizot, 1828, pp. 8 y 9).

¹¹⁷ “L’histoire de la civilisation de Guizot es une histoire du progrès », Rosanvallon, 1985, p. 253.

¹¹⁸ Zékian, 2006, p. 57.

encima de la mera sucesión cronológica de hechos: la civilización es siempre progresiva, un camino lento y difícil hacia el progreso del individuo y la sociedad, pero con un destino preciso:

« Pour mon compte, je suis convaincu qu'il y a, en effet, une destinée générale de l'humanité, une transmission du dépôt de la civilisation, et par conséquent, une histoire universelle de la civilisation à écrire »¹¹⁹

Su análisis de la civilización, aun sabiendo que no es completo y que no abarca ese ámbito universal de la humanidad, se contentará con abarcar el ámbito europeo, específicamente diferenciado. Porque Guizot no duda de que algo llamado “civilización europea” exista, derivado de un proceso histórico común que ha conducido, en última instancia, a una cierta unidad:

« Il est évident qu'il y a une civilisation européenne; qu'une certaine unité éclate dans la civilisation des divers États de l'Europe; que, malgré de grandes diversités de temps, de lieux, de circonstances, partout cette civilisation découle de faits à peu près semblables, se rattache aux mêmes principes et tend à amener à peu près partout des résultats analogues »¹²⁰

La definición de Europa como fenómeno de progreso se halla así en la base de la identidad europea; una identidad no susceptible de ser establecida por unos límites geográficos ni por una característica étnica o cultural específica de su población. Lo propio de Europa es por el contrario su heterogeneidad, por lo que no es sino la historia, el proceso histórico, lo que constituye su civilización, y en última instancia, su identidad (una identidad dinámica y progresiva, por lo tanto). Alejado de las posturas ilustradas que atribuían a factores naturales tales como los climáticos el origen de la diversidad, o a la noción revolucionaria de “fronteras naturales”, en la concepción de Guizot es la historia la que deja su impronta sobre los hombres y se recrea un espacio propio, y no al contrario: Europa es su historia. Y mientras América —poblada de europeos de origen— avanza rápidamente constituyéndose en nuevos países, sólo a estos —por su ausencia de historia— les es dado elegir sus instituciones siguiendo exclusivamente el criterio de la razón; Europa, por el contrario, sólo puede desarrollarse sustentándose en el pasado. La identidad europea es fruto de su pasado, Europa no

¹¹⁹ Guizot, 1828, p. 7. Aunque el autor no desarrolla esta cuestión, limitándose a afirmar que los europeos, eso sí, debían obrar por el progreso general de esa humanidad (aunque en su labor política posterior no parecerá orientarse en este sentido).

¹²⁰ Guizot, 1828, p. 3.

surge sino por las circunstancias históricas y está modelada por esa historia, que ha dado lugar a un proceso dialéctico engendrador de una transformación perpetua hacia el progreso. La Europa de Guizot se define ante todo como el lugar en el que se despliega el progreso, movimiento regular y continuo que caracteriza a la civilización del continente, o la civilización *tout court*¹²¹: “l’idée du progrès, du développement, me paraît être l’idée fondamentale contenue sous le mot de *civilisation*”¹²². Heredero de la fe en el progreso de su época y animado por el contexto de desarrollo, en diversos pasajes expresa que lo propio de la civilización es el progreso, lo que excluiría a otras áreas geográficas (aunque también para ellas utiliza en algunas ocasiones este expresión). Pero “progreso” es un concepto que corresponde exclusivamente a Europa; y si la civilización europea constituye una unidad, el rasgo principal de esa Europa común reside paradójicamente en su diversidad. Las demás civilizaciones parecen haber sido históricamente presididas por un único principio de gobierno; Asia, África o el mundo musulmán, regímenes monolíticos, aparecen inmersos en un gran inmovilismo, debido a esa dominación exclusiva de un único principio social que establece un orden tendente a perpetuarse, mientras que en Europa se ha dado la coexistencia de todo tipo de principios y diferentes formas de organización, y esa variedad, presente en los sentimientos y las ideas europeas, ha constituido el motor de progreso¹²³, engendrando la libertad y acelerando su desarrollo:

« Tandis que, dans les autres civilisations, la domination exclusive, ou du moins la prépondérance excessive d’un seul principe, d’une seule forme, a été une cause de tyrannie, dans l’Europe moderne, la diversité des éléments de l’ordre social, l’impossibilité où ils ont été de s’exclure l’un l’autre, ont enfanté la *liberté* qui règne aujourd’hui (...); et tandis qu’ailleurs la prédominance d’un principe produisait la tyrannie, en Europe, la liberté est résultée de la variété des éléments de la civilisation, et de l’état de lutte dans lequel ils ont vécu... La civilisation européenne est entrée, s’il est permis de le dire, dans l’éternelle vérité, dans le plan de la Providence; elle marche selon les voies de Dieu. C’est le principe rationnel de sa supériorité »¹²⁴

El mito de la inmovilidad de Imperios como el de China ha ejercido una profunda influencia sobre el pensamiento europeo. De acuerdo al dogma del progreso,

¹²¹ Triomphe, 2002, p. 53.

¹²² Guizot, 1828, p. 15. Obviamente, su noción de civilización no es una definición neutra. En la segunda mitad de siglo tendrá un particular éxito la idea de “falsa civilización” (fruto de la división entre lo que debe ser y lo que no es civilización), criticada y problematizada por escritores como Baudelaire, Flaubert o Bourget (Zékian, 2006, p. 68).

¹²³ Pero el “progreso” como hipótesis de partida y objeto de estudio se presenta más problemático de lo que podría parecer en un primer momento, tal y como veremos en el desarrollo de este apartado.

¹²⁴ Guizot, pp. 10-12.

la movilidad se presenta como una condición necesaria a la libertad y la felicidad del individuo. La noción de despotismo oriental expuesta por Montesquieu (tipológica, es decir, antihistórica), entraba así en el siglo XIX en una perspectiva de historia progresista; y desde esta perspectiva, Constant por ejemplo había definido a estas naciones como “nations vieilles dans l'enfance”¹²⁵.

La inmovilidad perjudica no solamente a la libertad de los individuos sino también al progreso de la civilización: “tout ce qui est stationnaire est funeste”¹²⁶, había indicado Constant, en la misma línea en que lo haría poco después Guizot. El liberalismo se engarza así en una perspectiva de historia dinámica, subrayando esa “necesidad del progreso”; el avance de las investigaciones científicas dota a los modernos de una prueba tangible de progreso, que impone una visión jerarquizada y eurocéntrica: “il y a un certain Génie qui n'a point encore été hors de notre Europe”, apuntaba Fontenelle ya en el XVII¹²⁷. Los hombres no avanzan de una manera uniforme sobre la Tierra, se insiste; la perspectiva progresista supone una desigualdad o desequilibrio entre las civilizaciones. Al criticar el estancamiento de otras civilizaciones, se reconoce implícitamente el progreso de la civilización europea, aspecto que se acentuará con el tiempo, introduciéndose en la concepción de la historia universal.

Guizot halla en la pluralidad, por lo tanto, el elemento crucial para la supremacía europea; lo que distingue fundamentalmente a la civilización europea es su complejidad

¹²⁵ Constant, en *L'Esprit de conquête et de l'usurpation* (1997, p. 241, nota al pie), expresión que se repite en *Principes de politique*. Al exponerse los grados de desarrollo en la historia de la especie humana como un paralelismo como las edades distintas del hombre, China queda anclada en la infancia (a la manera sugerida ya por Turgot o Condorcet), aunque hay excepciones, como la de Voltaire o el *ultra* Antoine Ferrand, que en 1817 declara su admiración por la estabilidad del régimen chino. El punto de vista progresista acerca de la historia europea impone un sentimiento de superioridad sobre otras civilizaciones como la china; no se trata sólo de un Imperio decadente, sino “retrasado” con respecto a Europa. Aunque el estancamiento de China no es una idea nueva de esta época, y se trata de un discurso negativo anclado profundamente en el flujo del pensamiento occidental. La antigüedad fabulosa de la cronología china la hace incompatible con la explicación bíblica de la historia, y cuestiona gravemente la visión del mundo europea. Sin embargo, y a pesar de esa dilatadísima historia, no parecen haber progresado. Tras los cataclismos socio-políticos del cambio de siglo, China queda clasificada definitivamente en el pasado. Para Hegel es una nación privada de toda posibilidad de progreso, y por tanto, fuera de la historia universal: en su teoría de los cuatro estadios, China se habría estancado en la primera, y sólo Europa (en el cuarto estadio, el germánico) estaría capacitada para seguir el camino de la libertad. El discurso que afirma la inmovilidad o retraso de China justificarán así con el tiempo la incorporación del Imperio al nuevo orden mundial, hegemonizado por Europa: China juega, en ese sentido, el papel de un fósil: constituye un dato del pasado a pesar de su existencia actual (Ohno, 2007, p. 293)

¹²⁶ Constant, 1997, p. 677. En este escrito de 1829 (« De M. Dunoyer et de quelques-uns de ses ouvrages »), Constant arremete contra la concepción peyorativa que de la civilización detenta Dunoyer, y el empeño por fijar ciertas realidades, que no son sino siempre transitorias, por parte de algunos como él, haciendo una inflamada defensa de la civilización, del progreso y la perfectibilidad, y de la libertad consecuente. Y apunta a que también las “razas inferiores” están llamadas a perfeccionarse.

¹²⁷ Bernard Fontenelle, *Entretiens sur la pluralité des mondes habités*, 1687, cit. en Ohno, 2007, p. 286.

y diversidad, que choca con esas antiguas civilizaciones monolíticas. En la civilización europea conviven, desde la caída del Imperio romano, todos los principios de la teocracia, la democracia, la monarquía y la aristocracia, que se suceden o se solapan sucesivamente, sin que ninguna de estas formas haya logrado anular totalmente a las demás. La “mezcla” de estos principios se ha dado en Europa en todas las épocas y en todos los países, y supone su especificidad más determinante, que marca todos los productos de su cultura, puesto que en ella conviven:

« partout le mélange ou plutôt la coexistence des races, des langues, des situations sociales, des mœurs, des idées, des impressions les plus diverses. C’est là, je crois, une preuve évidente de la vérité du caractère général que j’ai attribué à notre civilisation »¹²⁸

Europa se presenta así como un *concentrado* de diversos y a menudo contradictorios elementos constitutivos, que la han empujado, tras enfrentamientos iniciales desde la violencia, paulatinamente a la tolerancia, origen de la libertad. De esta manera es que la civilización europea progresa y se desarrolla desde hace quince siglos; la libre diversidad sería la responsable de su progreso constante y cada vez más acelerado, haciendo de la libertad el rasgo principal de la idiosincrasia europea.

« Ce sont là des éléments que la civilisation romaine a transmis à la civilisation européenne : d’une part, le régime municipal, ses habitudes, ses règles, ses exemples, principe de liberté ; de l’autre, une législation civile commune, générale, et l’idée du pouvoir absolu, de la majesté sacrée, du pouvoir de l’empereur, principe d’ordre »¹²⁹

Esa unidad frente a la diversidad se acompaña del surgimiento de los Estados, nuevo motor de centralización: “Tout tend à se rapprocher (...). C’est en ce sens que marche la société, que se dirigent tous ses progrès »¹³⁰. La civilización europea se caracterizaría así por dos hechos principales: la formación de los Estados-Nación

¹²⁸ Guizot, 1828, p. 38.

¹²⁹ Guizot, 1828, p. 22. El proceso europeo, en tanto que proceso histórico complejo, se inicia con la caída del Imperio romano de Occidente y las invasiones bárbaras a finales del siglo V. Las violentas luchas iniciales y la anarquía imperial impidieron la imposición de un orden social exclusivo y, desde entonces, Europa es una realidad que conoce constantes transformaciones; tierra de la libertad, las formas en que ésta se manifiesta no dejan de cambiar. Las cruzadas marcan, al parecer de Guizot, la primera manifestación del sentimiento de unidad de los europeos; en el descubrimiento del otro yacería la transformación de Europa, su momento constitutivo y su acceso a la diversidad, identificación de Europa frente al exterior fuertemente arraigada en el pensamiento occidental y que se relaciona tradicionalmente con la oposición de la libertad al despotismo, desde su nacimiento en las guerras médicas contra Persia (Depré, 2006, p. 144).

¹³⁰ Guizot, 1828, p. 30.

(movimiento de centralización y principio de unidad) y la liberación del espíritu humano (movimiento de libertad y principio de igualdad)¹³¹. En la interpretación de Guizot, la confusión del poder temporal y del poder espiritual es lo que mantiene fijas a las restantes sociedades y les impide progresar; la especificidad del mundo europeo se explica así ante todo por el papel histórico desempeñado por el cristianismo y la Iglesia. Guizot, del mismo modo que hacía Jouffroy, habla en más de una ocasión de la “Europa cristiana”, subrayando la identidad religiosa del continente y apelando a la Providencia de Bossuet, tal y como le veíamos hacer más arriba. En esta Historia de la civilización europea se produce pese a todo un “*glissement sémantique*”¹³², un cambio en el sentido del concepto de providencia, y mientras que la concepción tradicional hacía recaer la acción divina en el corazón mismo del proceso histórico, Guizot ofrece una versión laica del mismo, donde la providencia se contentaría con fijar unas reglas para la historia, accesibles a la razón, y en la que se abstiene de intervenir. Los hombres descubren así esas leyes por su propia inteligencia, y este conocimiento, inaugurado en el siglo XIX, es el que permite a los contemporáneos actuar en la historia de manera consciente, acelerando su proceso (e incrementando igualmente su responsabilidad sobre la misma)¹³³.

La historia está exenta pues de una intervención divina directa, pero Guizot subraya el papel esencial del mensaje cristiano como liberador, tanto de las conciencias individuales como de las sociedades. De filiación evangélica, Guizot reactualiza aquella concepción olvidada pronto en la Revolución, a saber, la de la vinculación entre el mensaje cristiano y los valores de 1789, tema que sin embargo retomarán otros románticos de la época como George Sand, Lamennais o Buchez, reconciliando la Revolución con la religión en una nueva versión republicana. Y en la misma línea, la Reforma constituiría un peldaño más hacia el objetivo de la libertad, esencia de la civilización europea y resultado de su pluralidad. La Reforma, con la emancipación de

¹³¹ El desarrollo de las municipalidades y la vida urbana había acarreado consigo la aparición de un motor determinante en la historia europea: la burguesía y la lucha de clases, otro de los claros ejemplos del proceso dialéctico y conflictual origen del progreso, y que Guizot será uno de los primeros en reclamar (Rosanvallon no duda en apuntar a Guizot como “precursor del materialismo histórico”, 1985, p. 206). La nueva clase burguesa impulsa ese desarrollo animada por el principio de libertad, pero su incapacidad de unidad social traería pronto la monarquía absoluta, encarnación de esa anhelada unidad social. La monarquía absoluta, sin embargo, no lograría ahogar tampoco las demandas de libertad, y en esa etapa de emancipación, ya en el mundo moderno, la Reforma iba a jugar un papel decisivo.

¹³² Triomphe, 2002, p. 59

¹³³ « Il nous a été beaucoup donné, il nous sera beaucoup demandé ; nous rendrons à la postérité un compte sévère de notre conduite » (Guizot, 1828, p. 33)

las conciencias que supuso —origen de las demás libertades intelectuales y políticas—, marca así la entrada de Europa en la modernidad¹³⁴.

El estudio de Guizot se centra en Europa occidental, donde precisamente está acabando por imponerse la monarquía parlamentaria, etapa última del progreso en su opinión. Y si admite a los países eslavos y del este como integrantes de esta civilización, no lo hace sin reticencias: “Je ne parle pas de la Pologne, ni des nations esclavonnes, qui sont entrées si tard dans le système de la civilisation européenne”¹³⁵. Ni siquiera reconoce a la tradición de la antigua Grecia aporte alguno a la civilización europea, estableciendo el origen de ésta en el fin del Imperio romano, perspectiva no obstante que estaba siendo rebatida y superada en estos años, tal y como veremos en el apartado siguiente. El único país al que se consagra un capítulo entero aparte en esta obra sería Inglaterra, cuya evolución parece presentarse como anticipo de lo que iría a ocurrir en el resto del continente. Así, Guizot tan sólo se ocupa del aporte de tres grandes naciones a la civilización: Inglaterra, Francia y Alemania (y con más matices, Italia, estableciendo una suerte de “tetrarquía europea”¹³⁶). Guizot sigue en esta parte de su análisis el artículo ya comentado anteriormente de Jouffroy aparecido en las páginas de *Le Globe*: Inglaterra privilegia los progresos prácticos y sociales de la civilización, Alemania, que se presenta culturalmente unida y a la cabeza intelectual de Europa, parece sin embargo retrasada en ese progreso político y social (convirtiéndola esta ruptura en una nación meramente especuladora), y sólo Francia ha sabido reunir con éxito ambos rasgos, práctico e

¹³⁴ Esta tesis no deja de chocar con algunos de sus contemporáneos, y reabre el debate acerca del papel de la religión en la historia de Europa; frente a la acendrada exaltación de Novalis o Chateaubriand en su *Génie du Christianisme*, el historiador Michelet, en su obra *Histoire de la France*, había subrayado el rol ominoso del clero cristiano en el desarrollo de la civilización europea. El conde de Saint-Simon, aunque comparte con Guizot la idea de que la Iglesia jugó un papel fundamental en la civilización de Europa, tampoco veía en Lutero un promotor de progreso, sino el responsable del desmembramiento de la obra cristiana y ecuménica de Carlomagno. En su libro *Introduction aux travaux scientifiques*, Saint-Simon relataba cómo Lutero había venido a romper esa “maravillosa federación” que era la Cristiandad medieval, y cómo, desde la Reforma y debida a esa fragmentación, Europa naufragó en una crisis de mentalidades: « Nous affectons un mépris superbe pour les siècles qu’on appelle du moyen âge; nous n’y voyons qu’un temps de barbarie stupide, d’ignorance grossière, de superstitions dégoûtantes, et nous ne faisons pas attention que c’est le seul temps où le système politique de l’Europe ait été fondé sur sa véritable base, sur une organisation générale » (Saint-Simon, 1814, p. 174). La antigua unidad simbólica existente en Europa en tiempos anteriores a la Reforma sólo se podrá restaurar así en los Tiempos Modernos sustituyendo la fuerza de la religión por las políticas del liberalismo, apuntaba el filósofo utopista, y la institución de la Iglesia por la de una gran democracia parlamentaria, para lo que proponía la organización de aquella gran Cámara europea comentada en el capítulo anterior. Ya apuntábamos, por lo demás, cómo Guizot subraya, y en eso coincide con Saint-Simon (y se opone a Michelet), el papel de la Iglesia como instancia civilizadora europea, pero otorgándole una importancia mayor a su organización institucional (y a la separación de poderes que surge como resultado) que a su mensaje mismo. La separación de poder espiritual y temporal sería así otro de los factores clave del progreso.

¹³⁵ Guizot, 1828, p. 35.

¹³⁶ Triomphe, 2002, p. 70.

intelectual, constituyéndose así como modelo para la civilización europea: puesto que además de ese perfecto ensamblaje entre práctica y teoría, otra de las particularidades del papel desempeñado por Francia en la historia europea reside en la propensión a exportar sus ideas; Francia encarna al mismo tiempo la culminación de la sociedad europea y el faro que impulsa las transformaciones del continente, en tanto que cuna histórica de las nuevas ideas —visión ampliamente compartida en la Francia de la época. Frente a la filosofía racionalista del XVIII, abiertamente cosmopolita, la historiografía francesa del siglo XIX se había recluso en buena medida, tras la derrota de 1815, en el nacionalismo, presente incluso en los escritos más europeístas; y tampoco Guizot deja de hacer alarde de ese sentimiento chauvinista; la identidad europea es la que permite así en última instancia comprender mejor el particularismo francés:

« Il ne faut flatter personne, pas même son pays : cependant je crois qu'on ne peut dire sans flatterie que la France a été le centre, le foyer la civilisation de l'Europe (...). Et non seulement telle a été la destinée particulière de la France ; mais les idées, les institutions civilisantes, si je puis ainsi parler, qui ont pris naissance dans d'autres territoires, quand elles ont voulu se transplanter, devenir fécondes et générales, agir au profit commun de la civilisation européenne, on les a vues, en quelque sorte, obligés de subir en France une nouvelle préparation ; et c'est de la France, comme d'une seconde patrie, qu'elles se sont élancées à la conquête de l'Europe. Il n'est presque aucune grande idée, aucun grand principe de civilisation qui, pour se répandre partout, n'ait passé d'abord par la France »¹³⁷

2. 4. 1. Una lectura política

Europa es pues resultado de la interacción entre fuerzas centrífugas y fuerzas centrípetas, y su progreso es el resultado de esa lucha¹³⁸. Todos los que cifraron la historia de Europa en base a un único principio (Mably con el principio republicano, el abad Dubois con el principio monárquico, u otros siguiendo el principio teocrático), se equivocaban. La pluralidad que por el contrario esgrime Guizot nos lleva pues a una última concepción de la unidad, radicalmente diferente a la de la uniformidad experimentada hasta el momento —y tan criticada ya por Constant o Staël. Desde esta hipótesis, pretende estudiar los elementos del pasado vertidos en el mundo moderno,

¹³⁷ Guizot, 1828, pp. 4-5.

¹³⁸ “L'Europe moderne est née de la lutte des diverses classes de la société” (Guizot, 1828, p. 29)

tales como el régimen de municipalidades o la idea de Imperio. Y sin embargo, en su análisis del imperio romano, la Iglesia católica o los bárbaros, Guizot tiende a privilegiar el “elemento germánico” como motor de la libertad en la Historia de Europa, del que heredamos las nociones de independencia y libertad, de libre asociación y de “confederación”¹³⁹.

La Historia de la Civilización en Europa, una historia teórica que relata y explica el desarrollo progresivo de las fuerzas sociales, es la historia global de la civilización reclamada ya antes por Voltaire o por Saint-Simon, y que explica ese desenvolvimiento simultáneo hacia la libertad y la unidad. La historia de la civilización pretende poner en escena un lento movimiento, con sus avances y retrocesos, y demostrar con él que, a pesar de las apariencias, no ha habido verdaderas rupturas en la cadena de los tiempos, devolviéndole así su coherencia y unidad al proceso histórico dentro de un nuevo marco conceptual de inteligibilidad: la civilización y el progreso.

Esta historia europea de Guizot sigue una pauta comúnmente extendida (de los orígenes bárbaros a la Cristiandad; las cruzadas y las municipalidades; las monarquías de los siglos XV y XVI y el auge del comercio; la Reforma y la Revolución Inglesa...) y no es por lo tanto en este aspecto en donde reside su originalidad; su solvencia desde un punto de vista teórico ha sido igualmente cuestionada en más de una ocasión¹⁴⁰, pero lo que sí es innegable es su éxito como respuesta a las necesidades y expectativas de ese momento histórico; la tesis general de Guizot acerca de la complejización progresiva de las estructuras sociales como generadora de libertad sería adoptada más tarde por Durkheim, y su tesis acerca de la evolución de Europa, a través de su lúcido análisis histórico, se convertiría en la visión estándar para los círculos liberales, que conduciría finalmente a las revoluciones de 1830 y 1848¹⁴¹.

Y es que en este punto reside precisamente la llave para una interpretación política de esta obra, desde el momento en que reclama la libertad como el valor esencial de Europa. François Guizot nunca escribió ningún gran tratado político, como sí hizo con los consagrados a la historia. Pero sus escritos políticos de circunstancia y

¹³⁹ Walch, 1986, p. 107, y Verga, 2004, p. 42. Pierre Michel, en su artículo “Europe ou barbarie, 1793-1848” pretende reclamar, frente a la impronta del concepto de ‘civilización’ en la idea de Europa, la herencia de su antítesis la barbarie, de la que es igualmente deudora Europa, y reclama, en la tríada de Guizot, la preponderancia de este elemento bárbaro: “L’Europe moderne, c’est le pari d’une liberté de propriétaires surgie de l’esprit d’indépendance des Barbares. La liberté d’aller et de venir, la liberté d’échanger biens et idées” (Michel, 1995, p. 238). Montesquieu ya había señalado que la libertad nació en los bosques...

¹⁴⁰ Febvre, 1930 ; Braudel, *Écrits sur l’histoire*, 1969.

¹⁴¹ Boer, 1995, p. 72 y Verga, 2004, p. 46.

sus grandes libros históricos se confunden, porque, tal y como señala Pierre Rosanvallon, todos ellos obedecen a una misma voluntad de intervención en la vida política¹⁴². La elección del progreso —concepto cargado de ideología— como tema de estudio histórico subrayaba ya la imposibilidad de toda neutralidad, haciendo pasar a esta obra de la categoría histórica a la del discurso político¹⁴³; el tema del progreso (y por lo tanto, del sentir general de esta obra) es ante todo un *objeto político*¹⁴⁴, donde la evocación de un progreso pasado no hace sino comprometer al orador en su discurso. En *Histoire de la civilisation en Europe* el progreso es la materia, el contenido del curso, pero también es el contexto de pensamiento en el que el mismo se imparte (Guizot escribe *sobre* el progreso pero también *desde* el progreso), y estos niveles se confunden en la obra de Guizot, que se presenta como síntoma y diagnóstico al mismo tiempo, partiendo de una nueva noción de civilización que es igualmente vista como *el principio y la síntesis* de la evolución histórica¹⁴⁵.

La fe progresista implica un cambio radical en la experiencia común del tiempo, una mutación en el orden de lo que François Hartog ha denominado “régimen de historicidad”¹⁴⁶; marca el descubrimiento de un tiempo específico y propio a la historia, distinto de la cronología, y en la que el concepto de progreso se presenta como la primera categoría en la que se expresa ese tiempo inmanente a la historia y que trasciende la naturaleza¹⁴⁷. La noción de progreso opera así en Guizot como una “idea preconcebida”, en la que los hechos históricos quedan eclipsados por la teoría (seleccionando tan sólo aquéllos que convienen mejor a su hipótesis¹⁴⁸), algo de lo que ya se le acusó en su época¹⁴⁹ y que autores como Zékian siguen reprochándole en el

¹⁴² Rosanvallon, 1985, pp. 30 y 31.

¹⁴³ Zékian, 2006, p. 59. Este autor juzga el *Cours d'histoire...* como una obra eminentemente retórica, y estudia sus recursos lingüísticos para demostrar que los elementos de oratoria y persuasión se imponen a la propia narración, la aserción a la argumentación, y que Guizot hace alarde de una amplia paleta metafórica para presentar su teoría como verdad primera, el desvelamiento paulatino de una verdad oculta que se presenta ante el auditorio como un “gran espectáculo”, naturalizando los hechos históricos, sirviéndose de la noción de progreso como “artefacto historiográfico” o el pasado compuesto como tiempo lingüístico preferido, que vincula los hechos pasados con el enunciante y exhibe así una utilización interesada de los acontecimientos, haciendo del pasado un objeto inmediatamente político (2006, p. 79 y ss.).

¹⁴⁴ Zékian, 2006, p. 79. Todos los elementos mencionados en la nota anterior convierten a esta escritura histórica en un compromiso con el presente, que apela y justifica el tránsito a la acción.

¹⁴⁵ Rosanvallon, 1985, p. 192.

¹⁴⁶ Hartog, 2003.

¹⁴⁷ Koselleck, 1993, pp. 48-50.

¹⁴⁸ A pesar de que Guizot sí admite ciertas discontinuidades y heterogeneidades, temporalidades diversas que hacen del progreso un movimiento no necesariamente lineal a todos los niveles.

¹⁴⁹ “Nous nous permettons seulement de lui dire qu’il a peut-être tort de vouloir aussi créer des systèmes et, au lieu de narrer simplement les faits, et de les coordonner ensuite, au lieu de nous instruire par des détails d’événements positifs et d’en faire jaillir les grandes leçons politiques et morales qu’ils contiennent, il s’attache à la théorie : il la préconçoit et l’applique ensuite ; il nous infuse ses doctrines, ne

presente: “Si ce cadre conceptuel peut absorber de la sorte nombre d’événements passés, c’est d’abord parce qu’il inclut une vision du futur”¹⁵⁰; y es que, para el historiador “progresista”, el futuro representa no sólo un horizonte, sino sobre todo el origen de su punto de vista¹⁵¹, en la línea de lo expresado por Koselleck, por lo que civilización, progreso y Europa acaban estableciendo de hecho una “*liaison dangereuse*”.

Guizot construye de este modo una lectura políticamente interesada acerca del pasado¹⁵², que pronto se torna en un programa de acción para el futuro: “de 1820 à 1830, la politique reflue dans l’histoire de la même façon qu’elle s’était repliée dans la philosophie au XVIIIe siècle”¹⁵³. Su discurso histórico no evita enredarse en los debates del día: Guizot juzga los procesos revolucionarios, por ejemplo, de forma negativa: las nuevas libertades no pueden prosperar si no es bajo un régimen de orden, y esa instancia el doctrinario la halla precisamente en la monarquía parlamentaria existente en ese momento, cénit del proceso histórico y garante de ambos principios, libertad y orden. La lucha entre los principios de unidad y de libertad, de centralización e igualdad se resuelve a su entender en la figura del gobierno representativo, esencia de la civilización que aúna la tradición y el cambio, el derecho y la fuerza en una síntesis inédita, y que constituye una síntesis histórica además de un compromiso político¹⁵⁴. Guizot, firme partidario de este nuevo régimen que concibe como una “transacción con el pasado”¹⁵⁵, ve como una necesidad “natural” la institución monárquica en tanto que personificación del poder, y su forma constitucional tendría además el mérito de superar por primera vez los antagonismos (con lo que el proceso evolutivo habría llegado a su fin; la monarquía parlamentaria no es ya una etapa más, es el culmen del

choisit dans le passé que ce qui lui plaît pour les établir, ne montre enfin l’histoire que de profil, et seulement comme une succession d’idées générales qui devaient toutes venir se perdre dans les opinions de la Sorbonne en 1829 » (Anónimo, *Examen critique du cours d’histoire de M. Guizot*, 1828).

¹⁵⁰ Zékian, 2006, p. 63.

¹⁵¹ Así, en la lección octava dedicada a la Baja Edad Media (siglos XIII-XVI), explícitamente afirma que, considerada *en sí misma*, se trata de una época sin carácter, oscura, confusa; “considérée au contraire dans son rapport avec ce qui l’a suivie, comme la transition de l’Europe primitive à l’Europe moderne, cette époque s’éclaire et s’anime; on y découvre un ensemble, une direction, un progrès...” (Guizot, 1828, p.9).

¹⁵² Y así, no duda en presentar al Tercer Estado de 1789 como descendientes directos de los comunes del siglo XII, queriendo afirmar la continuidad de una clase que legitime mejor su acción en 1828; y es que la filosofía del progreso posee más una vertiente práctica que cognitiva, porque es ante todo *prescriptiva* (Zékian, 2006, p. 81). El propio Guizot no tiene empacho en hablar de la alianza entre lo que él llama filosofía y la historia: “Elle est précisément l’un des caractères, peut-être le caractère essentiel de notre époque. Nous sommes appelés à considérer, à faire marcher ensemble la science et la réalité, la théorie et la pratique, le droit et le fait » (Guizot, 1828, p. 3).

¹⁵³ Rosanvallon, 1985, p. 200.

¹⁵⁴ Rosanvallon, 1985, p. 192 y 212.

¹⁵⁵ Expresión corriente en los años de la Restauración.

recorrido¹⁵⁶). Y la legitimidad, a su entender, si bien se realiza en la historia, es en el *movimiento* de ésta donde se encarna, en tanto que realización de una presunción y plasmación de la razón en la historia; la tradición toma en él pues un sentido totalmente diferente al de los *ultras*, donde la prueba del tiempo no puede ser tomada ya de modo abstracto, sino de acuerdo a un sentido de la historia. Guizot hace así de la legitimidad un concepto político y no ya meramente descriptivo de un estado dado, y utiliza estos cursos de historia como crítica a la ideología *ultra*¹⁵⁷. El derrocamiento del gabinete de Villèle y la llegada al gobierno del moderado Martignac, momento en que se publica esta obra, no hace sino alimentar el optimismo y la confianza de su autor, en la búsqueda de un equilibrio entre el pasado monárquico y la herencia revolucionaria, entre el orden y la libertad así como entre la teoría y la práctica política.

Estrechamente vinculado a distintos gabinetes políticos de la Restauración (con el paréntesis del gobierno *ultra* de 1822 a 1827, que lo tendría alejado de la primera línea de la arena política), y aunque su objetivo principal sería siempre el de preservar la paz¹⁵⁸, su conservadurismo no irá sino en aumento tras la llegada al poder bajo el régimen de Julio. En sus *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps*, redactadas a finales de la década de 1850, no duda en burlarse de proyectos como el de Saint-Simon, que soñaban con una estructura unitaria capaz de impedir las guerras nuevamente en Europa¹⁵⁹. Embajador en Londres cuando estalla la crisis de 1840 y el fuego de la “cuestión de Oriente” se aviva, posterior ministro de Asuntos Exteriores tras la caída de Thiers, su interés sigue volcándose en las cuestiones europeas (rescatando a Francia por ejemplo de su aislamiento, y creando la primera “entente cordial” con Inglaterra, que impulsará la generalización de la monarquía parlamentaria a países como España o Grecia). El impulso revolucionario en países como Italia o Suiza en vísperas de 1848 le hace temer sin embargo por la paz europea, acercándose a las potencias absolutistas de

¹⁵⁶ Triomphe, 2002, p. 67. Igual que muchos otros de sus contemporáneos, tal y como señalábamos antes, Guizot concibe el futuro como mera estabilización del orden alcanzado, visión que sólo pocos (tal es el caso de Leroux) serán capaces de trascender. No obstante late en él, como en sus coetáneos, también ese interés por el destino: “On veut savoir non seulement d’où l’on vient et l’où on est, mais où l’on va”. (Guizot, 1828, p. 4)

¹⁵⁷ Rosanvallon, 1985, pp. 188-189.

¹⁵⁸ Paz política que define como “la résignation des faibles au passé, la sécurité des forts dans le présent et sur l’avenir » (*Des moyens de gouvernement*, cit. en Rosanvallon, 1985, p. 186). Y es que la nueva moral política es una moral fundada en la historia.

¹⁵⁹ « On a souvent parlé d’un congrès et de la question de la paix remise à une délibération européenne. Je ne crois ce procédé ni efficace pour la solution de la question, ni convenable pour la France. Les congrès sont bons pour régler les résultats du passé, non pour déterminer l’avenir » (Guizot, 1868, p. 30). Y eso a pesar de que no podrá negar cierta influencia sansimoniana en su historia de la civilización europea (Walch, 1986, p. 96).

la Santa Alianza. Las ambiciones iniciales de Guizot que buscaban el desarrollo de la libertad en Europa se habrían transformado así progresivamente en una voluntad cada vez más férrea e incapaz por mantener el *statu quo*; incapaz de adaptarse al nuevo espíritu democrático y a la nueva coyuntura europea, todavía en 1866 defendía, en *La France et la Prusse responsables devant l'Europe*, el sentimiento de independencia de los Estados germánicos del sur frente a Prusia, en un texto que sin embargo trataba de aferrarse aún al propósito de una Europa en paz¹⁶⁰.

3. Grecia, nueva cuna de la civilización europea.

La opinión pública frente a la Guerra de independencia griega (1821-1828)

La Guerra de Independencia griega (1821-1828) representa en esta década otro gran acontecimiento que ahonda en la construcción de una narración histórica europea: a través del debate que se genera en la opinión pública se desarrolla un particular discurso ideológico, que determinaría para el futuro no sólo la forma del nacionalismo griego, sino también la propia concepción que detentará Europa sobre sí misma: la historia de Grecia como una referencia contradictoria para el ideal de civilización, a medio camino entre la cruzada religiosa y la cuna de la democracia y la libertad, y sobre todo, un poderoso instrumento retórico en manos de las distintas facciones políticas.

La sublevación por la independencia iniciada en Grecia en 1821 provocó en las demás naciones europeas un interés y una movilización sin precedentes, una situación histórica sólo equiparable, como ha sido sugerido, a lo ocurrido con ocasión de la

¹⁶⁰ « Y aurait-il dans la situation et la disposition actuelle des états européens, princes et peuples, quelque forte passion, quelque travail spontané et puissant qui, malgré les intérêts et les vœux pacifiques, pousse à la guerre et doive fatalement l'amener ? Ni chez les peuples ni chez les princes, rien de semblable ne se rencontre ; il n'y a maintenant point de nation en proie à la fièvre belliqueuse, point de chef d'état ardent à l'ambition et à la conquête » ; « la France s'est de plus en plus convaincue non-seulement que la paix est l'état normal des sociétés civilisées, mais que, pour nous en particulier, avec notre récente histoire et dans l'état général de l'Europe, la paix est le gage de la liberté au dedans de l'influence au dehors, aussi bien que de la prospérité matérielle et du bien-être de la population » ; y concluye, en fin : « la France désire la paix » (Guizot, 1868, pp. 4-5 y 9).

Guerra Civil española¹⁶¹. “*Nunca antes hubo una causa*, sentenció Lord Byron, uno de sus mayores adalides, *que haya tenido tan fuertes y decisivas pretensiones sobre la simpatía de toda la gente de Europa*”¹⁶². Fue éste un ejemplo de reconocimiento internacional prácticamente unánime de los derechos de un movimiento de “liberación nacional” como tal vez no haya vuelto a tener lugar, porque se hallaba cargado además de claras connotaciones simbólicas, en las que las potencias europeas veían comprometido el sentido de su propia historia así como el de la mitificada herencia cultural de la que eran deudores¹⁶³. Si el acontecimiento histórico se caracteriza por colmar de intensidad un instante de la experiencia humana con un exceso de significado¹⁶⁴, el episodio de levantamiento y posterior irredentismo griego se presenta como paradigmático en esa concentración de significado histórico que supera sus propios límites, en tanto que modelo de relaciones internacionales del momento, y por su efecto galvanizador en las reacciones del resto del continente, en torno a las cuales se comienza a rearticular una nueva concepción de Europa, de su pasado mítico y sobre todo de las nuevas perspectivas políticas que se abren ante ella, siendo instrumentalizado con estos fines —y con frecuencia de acuerdo a intereses nacionales— en el debate político de la Restauración.

Toda esa movilización popular volcada de inmediato con la causa griega contrastaba con la ausencia inicial de intervenciones oficiales por parte de las grandes potencias extranjeras, más preocupadas por mantener el difícil equilibrio del frágil concierto europeo¹⁶⁵. Metternich y el Zar optaron en un principio por abandonar a los rebeldes a su propia suerte, absteniéndose de toda injerencia en pos del mantenimiento del *statu quo*, pero el desarrollo del movimiento helénico acabaría obligando a los diplomáticos a someterse a “los deseos imperiosos de la opinión pública”¹⁶⁶, en un pulso, como también ha sido descrito, que llegó hasta el extremo de que, “por una vez, los principios de la Santa Alianza parecieron tener que ceder a una inflamada opinión pública europea”¹⁶⁷. La cuestión griega será en efecto uno de los primeros capítulos que inaugure el fenómeno que diversos autores han acuñado como flamante “*opinión pública*

¹⁶¹ “Perhaps only in the foreign reactions to the Spanish civil war of the 1930s has there been such a sharp contrast between the cold abstention of governments and the passionate involvement of individuals” (Brewer, 2001, p. 135).

¹⁶² Cit. por Constantine, 1989, p. 417.

¹⁶³ Tsoukalas, en Malmberg y Strath, 2002, p. 35.

¹⁶⁴ Cruz, 1993, p. 264, retomando la idea expresada por Paul Ricoeur, 1995.

¹⁶⁵ “L’insurrection de la Grèce, ayant eu le double caracteres d’une Enterprise de la liberté, et d’un fait isolé de toutes les révolutions de notre continent, a donc pu émouvoir les peuples, sans inquiéter les rois » (*Le Globe*, 25 de octubre de 1828).

¹⁶⁶ Droz, 1988, p. 245.

¹⁶⁷ Tsoukalas, 2002, p. 35.

européa”¹⁶⁸, que insiste en condenar todo sometimiento o conquista política que no cuente con el beneplácito de las poblaciones afectadas¹⁶⁹.

Destaca en este debate público su contenido ideológico específico; su capacidad de sacudir conciencias, concitar reacciones, posturas, sentimientos y decisiones políticas que aparecen en última instancia estrechamente vinculadas a una determinada concepción de Europa: en torno al debate sobre la independencia de Grecia, bajo mando otomano desde siglos atrás, se comienza a construir una rearticulación del concepto de Europa radicalmente diferente al conocido hasta ahora; en el discurso político de este periodo, apelar a Europa significaba recrear su pasado pero también recrear su futuro en el tiempo presente; proveerlo de un sentido histórico que orientase la consecución del futuro¹⁷⁰, tema estrella de la época. Su uso retórico en las luchas ideológicas del tiempo de la Restauración y en el debate político que se teje en torno a las grandes revoluciones enmascara un abigarrado tejido de diversas intenciones y estrategias que se ocultan detrás, campaña por la independencia de Grecia apelando a su estatus de nación cristiana y cuna de la civilización europea que enmascara un desafío a los poderes establecidos de las monarquías europeas. El estudio del caso de la guerra de independencia griega como uno de los jalones principales que inauguran el siglo sirve de ostensible ejemplo, entre otras cosas, para examinar precisamente esta explotación que a menudo tiene lugar en la esfera política de los discursos acerca del pasado, la instrumentalización a la que se presta la historia en la gestión de periodos de crisis, y que apunta hacia los nexos entre las narraciones míticas de los orígenes y las construcciones contemporáneas de lo nacional¹⁷¹ —del ‘europeísmo’ en este caso, pero también y de manera recíproca del propio nacionalismo griego.

¹⁶⁸ Duroselle, 1965, p. 211.

¹⁶⁹ Aunque con la cautela necesaria para hablar de una verdadera *opinión pública europea*, cuya existencia es cuestionable incluso en nuestros días, lo cierto es que, frente a la fragmentación política, la opinión pública naciente comenzó en todo caso a manifestar desde la segunda mitad del XVIII en numerosos aspectos su vocación paneuropea (tal y como ha destacado Margaret C. Jacob, 1994): así lo demuestra el carácter transnacional de muchos periódicos de la época, o el despertar de un interés ampliamente compartido por las relaciones internacionales, que suscitan juicios comunes más allá de las fronteras en torno a diversas polémicas, como es el caso del tema de la guerra y la paz, debate de primera importancia en aquellos días y que aparece íntimamente ligado a la esencia de esa nueva opinión pública transnacional.

¹⁷⁰ Y en relación con el tema de Grecia en concreto, se apunta cómo “the projection of European cultural supremacy into the future paved the way toward the elaboration of discursive metaphors going back into the past” (Tsoukalas, 2002, p. 32)

¹⁷¹ Una ingente bibliografía en torno a estos aspectos ha proliferado en los últimos años, entre los que merecen la pena un vistazo, en el ámbito francés, Létorneau, y Jewsiewicki: *L’histoire en partage. Usages et mises en discours du passé*, 1996; el clásico de Pierre Nora: *Les lieux de mémoire*, 1997, o Hartog y Revel: *Les usages politiques du passé*, 2001.

Y es que Grecia se presenta en el debate político del momento con un sentido cargado de historicidad: como recuerdo del pasado para unos, como modelo de futuro para otros. “Grecia, como ideal, tenía un potencial filosófico, cultural y político enorme. Era el Estado antes de la Caída, o después de la Revolución”¹⁷². Pero el uso retórico del modelo griego para apoyar argumentaciones en el debate intelectual o político no es nuevo: “uno de los más curiosos y decisivos rasgos de la historia de Occidente es que sus distintas épocas se han definido en su peculiaridad y han tomado conciencia de sí mismas enfrentándose y midiéndose con la Antigüedad”, nos recordaba Díez del Corral¹⁷³. Así, cuando, desde mediados del XVIII, la preocupación por la cuestión de la civilización salta a primera plana, la clásica discusión acerca de la rivalidad entre el modelo mercantil, cosmopolita ateniense y el modelo espartano, cerrado sobre sí mismo y de corte más militarista había venido ya a cobrar un claro protagonismo en el corazón del debate y la reflexión historiográfica:

“Both camps, however, had this in common: in their endeavour to grasp the meaning of history, they went beyond the examination of individual events and made the idea of civilisation the main theme of history; they both used Greek antiquity to fortify their respective arguments about the origin of civilisation”¹⁷⁴

Una larga tradición de estudios eruditos y narraciones de viajes que, desde el siglo XVI, habían venido conformando el imaginario cultural de este país¹⁷⁵, convierte precisamente al público francés en uno de los más receptivos frente a las noticias que llegan ahora de Grecia, sensibilización agudizada por la crítica situación política que la

¹⁷² Constantine, 1989, p. 14.

¹⁷³ Díez del Corral, 1974, p. 9.

¹⁷⁴ Augustinos, 1994, p. 17

¹⁷⁵ Tal vez no sea éste el mejor espacio para detenerme a exponer siquiera los capítulos más importantes de esa larga y vasta historia de la formación de la cultura helenística en una Francia inicialmente filolatina, que emerge tímidamente en el Renacimiento a la sombra precisamente de esos estudios latinistas, de la mano de los primeros humanistas ilustrados y bizantinos exiliados que como Lascaris o Budé presentan ya lo que serían los tres rasgos principales del Helenismo en Europa: el análisis lingüístico y filológico, el estudio de la Antigüedad como una civilización distinguida, y la creencia en la universalidad de sus modelos culturales y literarios así como en la eficacia de su imitación (Geanakoplos, 1976, p. 60 y ss). Ya en el siglo XVII servía a los dramaturgos del periodo clásico de poderosa metáfora o representación no sólo de las cuestiones metafísicas atemporales que acechan a los seres humanos, sino también de las luchas internas y los conflictos morales inherentes a su propia sociedad; y aunque el uso del ideal clásico se ve salpicado de ciertas ambigüedades a lo largo del siglo XVIII y pierde en algunos aspectos su vigor, viene por otro lado a constituirse pronto en poderoso instrumento polemista para los *philosophes* (Augustinos, 1994): en el momento de las grandes transformaciones políticas y convulsiones sociales del periodo revolucionario se recurre a la Antigüedad como fuente de todo un repertorio moral y simbólico no-cristiano (Díez del Corral, 1974, pp. 12 y ss.), y aunque el modelo ejemplificador que prevalezca todavía en esos días sea el de Roma y Esparta (introducido por Rousseau como ideal político, militar y social), Hölderlin describiría con posterioridad la Francia revolucionaria como una Atenas democrática en lucha por la supervivencia contra el absolutismo de Persia (Constantine, 1989, p. 368).

nación atraviesa en esos años inmediatamente posteriores a la caída del Imperio, inmersa en la búsqueda de nuevos referentes¹⁷⁶.

El precedente más inmediato a los acontecimientos de 1821 se halla en la insurrección de 1770¹⁷⁷, aunque por aquel entonces, y más tras el fracaso de la misma, los griegos modernos eran tenidos por un pueblo caído en la barbarie, indigno heredero de sus ancestros, y despertaba pocas simpatías entre el público culto europeo; el conde Choiseul-Gouffier, autor del *Voyage pittoresque de la Grèce* (1776-1779), había descrito el país como “bajo el gobierno de los bárbaros, y los nacidos en él son olvidadizos y aún indignos de su herencia”¹⁷⁸, cita que recuerda a lo descrito todavía treinta años después por el vizconde de Chateaubriand, y es que el ideal helénico chocaba de manera especialmente sangrante con la realidad del país, siendo éste uno de los aspectos más controvertidos del debate:

« On dirait que la Grèce elle-même a voulu annoncer, par son deuil, le malheur de ses enfants... le pays est inculte, le sol nu, monotone, sauvage, et d'une couleur jaune et flétrie... Je crains bien que les Grecs ne soient pas sitôt disposés à rompre leurs chaînes. Quand ils seraient débarrassés de la tyrannie qui les opprime, ils ne perdront pas dans un instant la marque de leurs fers... »¹⁷⁹

El incremento de los viajes a Grecia (especialmente toda vez que las contiendas napoleónicas hacen imposible la ruta del *Grand Tour* por Italia), y toda la narrativa subsecuente de estos viajeros que se convierte en el transmisor de ideas más directo¹⁸⁰,

¹⁷⁶ “French philhellenism, while being a facet of a European complex of attitudes and feelings toward Greece, held a unique appeal for the modern Greeks. A belief that the French, more than any other Europeans, resembled the ancient Athenians...” (Augustinos, 1994, p. 288).

¹⁷⁷ Insurrección que había supuesto ya, si bien un pequeño episodio en la eterna rivalidad entre Rusia y Turquía sin mayor trascendencia política, todo un antecedente, cincuenta años antes, en lo que respecta a la movilización pública; así lo explica Constantine: “Era muy grande el interés que sentía el público por esos asuntos del extranjero y además estaba cargado con un particular sentimiento... (...). Aunque nunca fueron tan fuertes y decisivos como el filohelenismo de principios del siglo XIX, los sentimientos que brotaron en 1769 y continuaron durante todo el año de 1770 eran esencialmente los mismos, e indican las esperanzas y las expectativas que la Europa neoclásica estaba empezando a acariciar con respecto a la verdadera patria de sus ideales literarios, estéticos, morales y políticos” (1989, p. 335). Y Catalina la Grande, untando su pluma en un estratégico altruismo, en la correspondencia que mantenía por entonces con Voltaire no dudaba en congratularse: “Voilà la Grèce au point de redevenir libre... on entend avec plaisir nommer le lieu dont on nous a tant battu les oreilles dans notre enfance... ».

¹⁷⁸ cit. en Constantine, 1989, p. 343. Choiseul-Gouffier es por su parte el perfecto primer exponente de la ambivalencia francesa que entremezcla una retórica altruista e idealista con intereses prácticos nacionales, al pasar de viajero sentimental y filohelénico a embajador de Francia frente a la Puerta y amigo del Sultán.

¹⁷⁹ Chateaubriand, 1806.

¹⁸⁰ Constantine expone en su obra la paradoja de que, mientras que la mayoría de los viajeros que en el siglo XVII pero sobre todo en el XVIII se aventuraban en tierras helénicas eran fundamentalmente ingleses y franceses, el ‘núcleo duro’ por así decirlo de la elaboración del ideal helénico, el pensamiento que le da su forma más definitiva, es de origen alemán, de autores como Winckelmann que nunca pisaron

viene a romper la brecha entre la fuerza intelectual del ideal y la localización física concreta de una geografía marcada por los vestigios de su pasado, aunque también alejada de estos por un lacerante abismo: Grecia reaparece en todo caso como un lugar preciso reconocible en el mapa y en las mentalidades contemporáneas, a lo que se le suma, desde luego, la ola histórica del espíritu romántico, que encuentra en la cuestión griega una causa digna de su energía exuberante, recuperando muchos de los principios y los valores del clasicismo¹⁸¹, pero otorgándoles un nuevo sentido¹⁸², que representa el giro decisivo en la nueva actitud frente a Grecia: el acceso definitivo de lo político a una cuestión ceñida hasta ahora meramente al terreno de lo literario-sentimental, y que en el contexto ideológico del nuevo siglo, hace del renacimiento del pueblo griego no sólo algo deseable, sino algo inminentemente factible, a través de la senda de la emancipación política¹⁸³.

suelo griego. “Nur aus der Ferne, nur von allem Gemeinem getrennt, nur als vergangen muss das Altertum uns erscheinen” [“a cierta distancia, en el pasado, y alejado de la realidad cotidiana, solamente así debería aparecer ante nosotros el Mundo Antiguo”], opinaba Humboldt...

¹⁸¹ ‘*Querelles*’ aparte, la ruptura entre clasicismo y romanticismo no es tan nítida como a veces se nos ha querido hacer creer: y es que “el culto por Grecia en el siglo XVIII era, en muchos aspectos importantes, parte fundamental de la revolución romántica que dio forma al siglo XIX y al nuestro”(Constantine, 1989, p. 412). Así lo apunta también Díez del Corral: « La contraposición clásico-romántico es de las más comprometidas y desorientadoras. Cualquiera que sea su preciso sentido, no son dos términos que se excluyan, sino que en muy buena medida se interpenetran, y sólo teniendo en cuenta su interna implicación será posible comprender la nueva tarea que a la memoria de la cultura clásica incumbe en la gestación del espíritu contemporáneo... » (1974, p. 10).

¹⁸² “Toute l’idéologie classique travaille pour la cause des Grecs, mais aussi (...) tout ce qui, dans les années postérieures à 1815, excite l’opinion romantique. La cause grecque séduit les romantiques comme elle séduit les classiques –on peut citer aussi bien Lamartine que Byron” (Clement, 1999, p. 43).

¹⁸³ “The linking of politics and culture put the condition of the modern Greeks in a new light”(Augustinos, 1994, p. 285). El concepto de opinión pública experimenta en estos años del *Sattelzeit* un proceso de politización e internacionalización (Fernández Sebastián y Chässin, 2004) del que el debate sobre Grecia constituye un destacado exponente: del mismo modo que la opinión pública pasa de literaria a política, también el modelo griego pasa de ser una instancia filológica, intelectual, a convertirse en un paradigma que orienta la moral y la política: el año 1821 supone así un punto de inflexión en el que los difusos elementos pro-helénicos de los cincuenta años precedentes cristalizan y se traducen en un verdadero compromiso político. “El proceso de identificación con los antiguos, hasta entonces un mero ejercicio filosófico-literario, deviene ahora un imperativo de la conciencia moral. (...). De manera inevitable, la imitación estilística de los escritos clásicos lleva a la emulación de las ideas allí expresadas” (Augustinos, 1994, pp. 5 y 18).

La maquinaria de esta nueva percepción del ideal clásico y sus implicaciones¹⁸⁴ se pone definitivamente en marcha a partir de marzo de 1821, momento en que los independentistas griegos comenzaron las sublevaciones. Imbuidos recíprocamente de toda la parafernalia ideológica ilustrada y revolucionaria en la que los exiliados en las grandes capitales europeas (Londres, Viena, París) se habían cultivado en los años precedentes¹⁸⁵, una de tantas sociedades secretas nacida al final del periodo napoleónico, la *Hetaïra* (una elite social bien empapada de las nuevas ideas europeas y que buscan la liberación del dominio turco), había logrado penetrar desde Odessa a lo largo y ancho de todo el Imperio otomano. Las sublevaciones de 1821 cuentan con el apoyo del clero ortodoxo y del bajá de Janina (Albania), pero el sultán responderá con una represión extremadamente brutal, llevando a cabo terribles masacres que costarán la vida a más de doscientas mil personas en muy poco tiempo, y cuyos ecos sacuden de inmediato las conciencias europeas como algo intolerable:

« On prétendrait qu'il est permis d'assister paisiblement à l'égorgement de quelques millions de chrétiens! ...Vous ne voulez pas serrer la main suppliante de la Grèce? Eh bien! Sa main mourante vous marquera d'une tache de sang... »¹⁸⁶

Desde los albores del conflicto, los hay que se apresuran a unirse a los insurgentes¹⁸⁷; entre 1821 y 1822 parten once barcos desde el puerto de Marsella, con un total de trescientos sesenta voluntarios a bordo, principalmente alemanes, italianos y franceses. Y a pesar de que las autoridades francesas deciden, a finales de 1822, cerrar el puerto para toda embarcación fletada con destino a Grecia, los empeños no cejan; por

¹⁸⁴ Me atrevo a seguir manteniendo esta hipótesis, a pesar de la interesante tesis de Díez del Corral acerca de la desmitificación de la Antigüedad clásica llevada a cabo precisamente en estos años por los liberales franceses; según este autor, el pensamiento liberal habría llegado en muchos aspectos a prescindir de la Antigüedad como referencia (Locke), a desidealizarla (Montesquieu), a subrayar la distancia insalvable que separa los tiempos modernos de los tiempos antiguos (Constant), o incluso a criticarla abierta y ferozmente (Hume, en su obra *Of the Populousness of Ancient Nations*) [Para un mayor desarrollo, ver Sánchez-Mejía, 1992, pp. 40-42]; Tocqueville, por su parte, simplemente desprecia a los clásicos, y encuentra la lectura de Aristóteles “un peu trop antique” para su gusto: él, contrariamente a otros autores que aquí presento, sostiene en una carta a un amigo de 1836: “Nous ne sommes pas assez grecs pour trouver un bon profit à ces livres-là” (cit. en Díez del Corral, 1969, p. 70). Lo que sí que me parece percibir es que esta tendencia a la desmitificación, que desde luego no cuestiono, habría corrido en todo caso paralela a la ‘remitificación’ que tiene lugar por otras vías, y que ambas lecturas acaban por converger.

¹⁸⁵ La retroalimentación es patente: Grecia es la ‘madre patria’ de los valores universales que exporta al resto del continente y que nutren el ‘renacimiento’ de la nueva Europa, como es deudora de estas explosiones liberales europeas para su propia liberación, siendo ésta la gran paradoja de la identidad y el nacionalismo griegos, tal y como han señalado Tsoukalas (2002) o Gourgouris (1996).

¹⁸⁶ Chateaubriand, en la reedición de 1826 de su *Itinéraire de Paris à Jérusalem*, prefacio; también el vizconde de Marcellus llora en sus *Souvenirs de l'Orient*, por los amigos masacrados en Scio y en Constantinopla (cit. por Bruguère, 1999, pp. 78-79).

¹⁸⁷ Aunque los más se limitarían a “galvanizar la opinión pública desde casa”(Augustinos, 1994, p. 282).

todas partes cunde un optimismo que convierte las vías que cruzan la geografía europea en modernos caminos de peregrinación, por donde estos jóvenes filohelenos (voluntarios compuestos por soldados desmovilizados, refugiados políticos, jóvenes idealistas, algún millonario y excéntricos de todo pelaje, además de clérigos, profesores y publicistas diversos) transitan difundiendo el triple mensaje de que “Europa debe su civilización a los antiguos griegos, que los modernos griegos eran los descendientes de aquéllos, y que sólo por la liberación del yugo otomano podrá llevarse a cabo la regeneración de esa nación”¹⁸⁸. En todos los países se forman pronto comités filohelénicos con objeto de recaudar fondos para estos voluntarios, además de otras actividades de apoyo y solidaridad para con los rebeldes¹⁸⁹; iniciativas populares a las que los descontentos con sus respectivos gobiernos (un malestar provocado por la política de no-intervención de los gabinetes europeos, pero que va más allá y aún a todas las ramas de la oposición) se precipitan a sumarse, estableciéndose como potenciales focos de protesta¹⁹⁰.

Pese a que Francia asiste a una temprana explosión de panfletos políticos en pro de la causa griega (más de treinta el primer año), y se cuentan entre los primeros promotores y difusores del movimiento, el comité filohelénico francés no llega a fundarse hasta febrero de 1825, aunque eso sí, pronto adquiere una gran notoriedad bajo la dirección de René de Chateaubriand, poniéndose a la cabeza del movimiento europeo, y que involucra a otros grandes nombres como Víctor Hugo, Constant o Lamartine¹⁹¹. El arte también se hace eco de esta ola de filohelenismo, con la publicación de numerosas obras literarias¹⁹², el estreno de dramas teatrales (Lemercier),

¹⁸⁸ Brewer, 2001, p. 138.

¹⁸⁹ Madrid reclama haber sido sede del primero de ellos, en 1821; los más numerosos se dan sin embargo en la Suiza democrática. Dimopoulos cifra en este movimiento de opinión el origen de un “sérieux tournant de l’histoire européenne”, en el que se debilitan los nacionalismos, a su entender, y constituyó una condición favorable al desarrollo de la idea de la solidaridad europea: “les comités des philhellènes se constituaient comme *un grand état européen*” (1964, p. 93).

¹⁹⁰ A pesar de que en Inglaterra estuvieron inicialmente prohibidas, las suscripciones privadas fueron autorizadas a partir de 1822 por el gobierno de Canning, que no veía contradicción en ello con respecto a su política de neutralidad; así, en el *London Greek Committee*, la frecuencia de apellidos irlandeses y escoceses parece querer venir a confirmar hasta qué punto la lucha griega sirvió de espoleta para otros sentimientos nacionalistas adormecidos hasta el momento en la vieja Europa: “The London Greek Committee was, in short, a protest movement, and opposition to the government was the prime qualification for membership of it” (Brewer, 2001, p. 140). Función de oposición que, como veremos, también se cumple para el caso francés que estamos tratando.

¹⁹¹ “Quelles soient les déterminations de la politique, la cause des Grecs est devenue la cause populaire. Les noms immortels de Sparte et d’Athènes semblent avoir touché le monde entier: dans toutes les parties de l’Europe il s’est formé des sociétés pour secourir les Hellènes; leurs malheurs et leur vaillance ont rattaché tous les coeurs à leur liberté” (Chateaubriand, 1825, p. 110).

¹⁹² Entre los que destacan *Le dernier chant du pèlerinage d’Harold* de Lamartine, la *Nota sobre la Grecia* de Chateaubriand, o las *Orientales* de Víctor Hugo, mientras que los poetas hacen causa común con la

las pinturas de Delacroix (*Les massacres de Chio*, 1824 o *La Grèce expirante sous les ruines de Missolonghi*, 1826), e incluso aparecen referencias en la ópera, como en *Il viaggio a Reims* de Rossini, por no hablar de la figura crucial del poeta inglés Lord Byron, cuyos textos y cuya trágica muerte en la batalla de Missolonghi en 1824 hicieron buena mella en el imaginario del público europeo¹⁹³, constituyendo tal vez uno de los hitos —o al menos una de las “excusas”— que vino finalmente a precipitar la intervención armada¹⁹⁴.

3. 1. *Entre el Olimpo y el Cielo. Miradas cruzadas sobre Grecia:*

Chateaubriand, Constant o Victor Hugo

El discurso de todos estos filohelenos iba a reclamar sobre todo las raíces cristianas y europeas de Grecia, tal y como no deja de exaltarlo Victor Hugo en sus poemas¹⁹⁵. Pero entre todos los filohelenos destaca sin duda alguna el conde de Chateaubriand, presidente del comité de París. En sus *Mémoires d'outre-tombe* resume de esta manera tan clara como concisa su dedicación a la causa de Grecia, “Grecia madre” de la que se reconoce descendiente directo: “Je me dévouai à la liberté de la Grèce; il me semblait remplir un devoir filial envers une mère”¹⁹⁶. Chateaubriand encuentra efectivamente en Grecia su “patria natural”, la patria cultural de todos los europeos. En la segunda parte de las *Mémoires*, regresa sobre esta figura, que también aparece en la *Note sur la Grèce*: “La France (...), fille aînée de la Grèce par le courage, le génie et les

Ode aux Grecs de Alexandre Guiraud o el poema *Barga* de Viennet, que se añaden a la literatura de los relatos de viajes de los voluntarios enrolados al servicio de los griegos.

¹⁹³ Para un desarrollo más amplio del tema, consultar por ejemplo Bruguère, 1999, pp. 80 y ss.

¹⁹⁴ “By then Greece had moved into the foreground of public and government concern, partly because of the profound impression made by the death of Byron, partly because the outcome of the war came to be more clearly seen as affecting France’s national interests” (Brewer, 2001, p. 140).

¹⁹⁵ Así lo exaltaba Victor Hugo por ejemplo en uno de sus poemas de *Les Orientales* (1826): « Et toi, chrétienne Europe, entends nos voix plaintives. / Jadis, pour nous sauver, saint Louis vers nos rives / Eût de ses chevaliers guidé l’arrière-ban. / Choisis en fin, avant que ton Dieu ne se lève / De Jésus et d’Omar, de la croix et du glaive, / de l’auréole et du turban / (...) / Ah! Si l’Europe en deuil, qu’un sang si pur menace / Ne suis jusqu’au serial le chemin qu’il lui trace, / Le Seigneur la réserve à d’amers repentirs / Marin, prêtre, soldat, nos autels vous demandent; / Car l’Olympe et le Ciel à la fois vous attendent, / Pléiade de héros! Trinité de martyrs!” (1829, poema III, : “Les têtes du serial”). Y en el poema “Navarin”, dedicado a la otra gran batalla ulterior, elogia a las monarquías inglesa, rusa y francesa, porque juntas, representando por fin a una Europa unida, van a traer finalmente la libertad a Grecia: “Ici l’Europe: en fin l’Europe qu’on déchaîne! / Avec ses grand vaisseaux voguant comme des tours / (...) / La Grèce est libre, et dans la tombe / Byron applaudit Navarin / Salut donc, Albion, vieille reine des ondes! / Salut, aigle des Czars, qui planes sur deux mondes! / Gloire à nos fleurs-de-lis, dont l’éclat est si beau!” (1829, poema V : « Navarin »).

¹⁹⁶ Chateaubriand, 2003, p. 144.

arts, contemplerait avec joie la liberté de ce noble et malheureux pays”, evocaciones que hacen pensar nuevamente en Victor Hugo, en cuya obra posterior encontramos alguna referencia muy similar: Europa es una gran nacionalidad, y constituye para Francia su patria primera como lo era Grecia para Atenas¹⁹⁷.

Chateaubriand, no obstante, es consciente de la distancia que separa a la Grecia actual de esa madre idealizada, y en su *Itinéraire*, lo describe como un pueblo errante y miserable que ha olvidado su propia historia de grandeza, siguiendo el patrón de un *Essai sur la grandeur et la décadence des Romains* montesquiano. A comienzos de siglo, Grecia, tan arrasada en su esencia tanto por el cristianismo como por los turcos, vive anclada en el pasado, al margen de la historia y ajena a su propia herencia y tradición, esclava de la barbarie de un tirano invasor; para rescatarla de esa penosa situación y devolverla a su destino, y frente a un gobierno que desconfiaba de la causa griega, la oposición filohelenista iba a solicitar de Chateaubriand el apoyo de su pluma; el conde había abandonado ya la carrera diplomática para consagrarse a la literatura, cuando esta nueva causa lo recupera para la vida política. No contando ya con la capacidad de actuación política, Chateaubriand buscará influir a través de la prensa¹⁹⁸. Su actividad al frente del comité filoheleno será muy activa; en 1828 presenta un vasto plan, *Mémoire sur l'Orient*, cuyo objetivo es hacer retroceder al imperio otomano (“el hombre enfermo de Europa”, según Bismarck), apoyándose en Rusia. Y años antes, ya en el Congreso de Viena, Chateaubriand había denunciado que no se hubiese querido recibir a la delegación griega, reclamando con esto su pertenencia al concierto europeo¹⁹⁹. Pero sin duda su texto más representativo en lo que al asunto griego se refiere, el estandarte para muchos de la causa griega, sería la *Note sur la Grèce* aparecida en 1825; escrito en un exaltado tono agresivo, que recuerda a su primer panfleto publicado, *De Buonaparte et des Bourbons* (dinastías a las que precisamente exhorta al principio de esta obra),

¹⁹⁷ Chateaubriand, 1825, p. 107, y Victor Hugo, en *Les Burgraves* (1843): “La France qui prêt a la civilisation même sa langue universelle et son initiative souveraine, la France, lors même que nous nous unissons a l’Europe dans une sorte de grande nationalité, n’en est pas moins notre première patrie comme Athènes était la première patrie d’Eschyle et de Sophocle. Ils étaient Athéniens comme nous sommes Français, et nous sommes Européens comme ils étaient Grecs” (este último cit. en Laurent, 1995).

¹⁹⁸ “Aujourd’hui que l’auteur de la Note est privé des renseignements et de l’autorité que donne une place active, ces facilités d’être utile lui manquent: il ne peut servir une cause sacrée que par le moyen de la presse, moyen borné sous le rapport diplomatique, puisqu’il est évident que ne pouvant ni ne devant tout dire au public, beaucoup de choses restent dans l’ombre par l’impossibilité même où l’on est de les expliquer » (Chateaubriand, 1825, pp. 16-17).

¹⁹⁹ “N’est il pas étrange que l’on voie l’Afrique, l’Asie et l’Europe mahométane, verser incessamment leurs hordes dans la Grèce, sans que l’on craigne les effets plus ou moins éloignés d’un pareil mouvement? Un poignée de chrétiens qui s’efforcent de briser un joug odieux, sont accusés par des chrétiens d’attenter au repos du monde; et l’on voit sans effroi s’agiter, s’agglomérer, se discipliner, ces milliers de Barbares qui pénétrèrent jadis jusqu’au milieu de la France, jusqu’aux portes de Vienne” (Chateaubriand, 1825, p. 21)

especialmente en lo que se refiere a la manera de arremeter contra el despotismo. “Le derniers événements de la Grèce ont attiré de nouveau les regards de l’Europe sur cet infortuné pays”, refiere Chateaubriand al comienzo de su texto, e intenta defender la postura de los rebeldes griegos alejando su imagen de la de los revolucionarios que algunos intentan divulgar, y rescatando su anhelo de ser admitidos en la “gran comunidad cristiana” europea²⁰⁰. Frente a aquellos que niegan su legitimidad, Chateaubriand esgrime una concepción específica de la legitimidad, propia del momento y el lugar en el que se escriben estas líneas, similar a la esgrimida por Guizot, basada en la ausencia de toda arbitrariedad y reconocible como rasgo definitorio — diferenciador— de la civilización europea; legitimidad que se identifica con los principios del Estado de Derecho heredados precisamente del “*milagro griego*”²⁰¹, y que aparece unida a llamamientos a Europa como un todo (“L’Europe y songe-t-elle bien?”), en tanto que sujeto histórico con más capacidad de actuación que nunca y como opuesto al mundo árabe, en una reactualización entre el antagonismo civilización-barbarie: “Établie sur les ruines de la Grèce antique et sur les cadavres de la Grèce chrétienne, la barbarie enrégimentée menacera la civilisation”. Y precisamente debido a su vinculación a ese estado de civilización es pues que Europa debe estar del lado de Grecia (frente a Turquía, a la que reconoce como ajena al “derecho político europeo”): “Sous ce seul rapport, l’Europe doit préférer un peuple qui se conduit d’après les lois régénératrices des lumières, à un peuple qui détruit partout la civilisation”²⁰². Es por tanto una cuestión que afecta a toda Europa, y que pone en el punto de mira la propia « legitimidad europea » : « La conséquence de l’extermination des Hellènes seroit grave

²⁰⁰ “Que les Grecs ne sont point des jacobins; qu’au lieu de s’élever contre les princes des nations, ils ont imploré leur puissance. Ils leur ont demandé de les admettre dans la grande communauté chrétienne; ils ont élevé vers eux une voix suppliante, et loin de préférer le gouvernement républicain, leurs mœurs et leurs désirs les font pencher vers la monarchie” (Chateaubriand, 1825, pp. 45-46).

²⁰¹ Philippe Nemo entiende por “*miracle grec*” la invención del Estado laico y el principio de libertad bajo el mando de la ley, valores que la civilización griega nos deja en herencia y que junto con el humanismo al que da lugar el derecho privado romano y la idea de progreso proveniente de la concepción bíblica del tiempo, conformarían el acervo histórico europeo (Nemo, 1997, p. 235).

²⁰² Chateaubriand, 1825, p. 55. Y más adelante, insiste: el nombre de la legitimidad europea no puede ser otorgada a una tiranía como la turca, el sentido europeo de la legitimidad está del lado de las reclamaciones de los insurgentes: “Notre siècle verra-t-il des hordes de sauvages étouffer la civilisation renaissante dans le tombeau d’un peuple qui a civilisé la terre? La Chrétienté laissera-t-elle tranquillement des Turcs égorger des Chrétiens? Et la légitimité européenne souffrira-t-elle, sans en être indignée, que l’on donne son nom sacré à une tyrannie qui auroit fait rougir Tibère?” (1825, p. 88). Y es que Chateaubriand descarta el argumento por el cual el Imperio turco fue reconocido como parte integrante de Europa en el Congreso de Viena de 1814, ya que, “Elle [La Turquie] ne reconnoît pas le droit politique de l’Europe (...); elle ne reconnoît pas notre droit des gens” (1825, p. 92), puesto que la arbitrariedad es precisamente la esencia de su régimen, y como tal no puede pertenecer al sistema europeo.

pour le monde civilisé. On veut, répète-t-on, éviter une commotion militaire en Europe »²⁰³.

Sin embargo, y a pesar de todo, Chateaubriand se mantiene firme contra la idea de una guerra contra los turcos, porque precisamente esa posibilidad es ajena al espíritu pacífico ilustrado de Europa: la publicidad de los actos de gobierno, sus instituciones y las “luces” de sus habitantes habrían así generalizado un sentimiento de justicia en toda Europa, que descarta toda guerra de conquista, opuesta al espíritu de la libertad de comercio que rige ahora:

« D'un autre côté, l'Europe n'est plus, ni par la nature de ses institutions, ni par les vertus de ses souveraines, ni par les lumières de ses cabinets et des peuples, dans la position où elle se trouvoit lorsqu'elle révoit le partage de la Turquie. Un sentiment de justice plus général est entré dans la politique, depuis que les gouvernements ont augmenté la publicité de leurs actes. Qui pense à la guerre avec la Porte? Qui convoite des terres et des privilèges commerciaux (...), quand l'égalité des droits et la liberté du commerce deviennent peu à peu le vœu et le code des nations »²⁰⁴

Chateaubriand no será ni mucho menos el único en defender estas posiciones; Benjamin Constant será otro de los grandes nombres que, desde las filas liberales esta vez, lucha por la causa griega. Gran conocedor de la cultura y la lengua griega, Constant había mostrado un filohelenismo ya muy temprano²⁰⁵; en su obra *De la religion* (1825), vuelve a subrayar la importancia del papel histórico de la Grecia clásica en la formación del pensamiento y la moral occidental contemporánea:

« Il est (...) heureux, cent fois heureux pour la race humaine que les Grecs aient suivi la marche que la nature leur avait tracée. Ils ont seuls conservé cette liberté de l'intelligence, qui permet à l'âme ses élans les plus sublimes, à l'esprit ses plus nobles développements. (...). Nous devons aux Grecs la vie de la pensée et la force morale. Ils nous ont transmis l'héritage de ces biens précieux. Gardons avec soin ce dépôt inestimable: l'ancienne Grèce a su le conquérir, que l'Europe moderne sache le défendre »²⁰⁶

²⁰³ Chateaubriand, 1825, p. 31. « D'imaginer que la Porte déclareroit la guerre à l'Europe chrétienne, si toute l'Europe demandoit ou reconnoissoit l'indépendance de la Grèce, ce seroit vouloir s'épouvanter d'une chimère » (p. 28).

²⁰⁴ Chateaubriand, 1825, p.90

²⁰⁵ En una carta a Isabelle de Charrière escrita el 20 de marzo de 1788, expresaba su intención de redactar « une histoire de la civilisation graduelle des Grecs, par les colonies égyptiennes, &c, &c, depuis les premières traditions que nous avons sur la Grèce, jusqu'à la destruction de Troie, & une comparación des mœurs des Grecs, avec les mœurs des Celtes, des Germains, des Ecossois, des Scandinaves, &c &c'', proyecto que no obstante nunca llevaría a cabo (Cit. por Anelli, 2000, p. 195).

²⁰⁶ Cit. en Anelli, 2000, p. 196.

Unos meses después de que Chateaubriand publicara su *Note sur la Grèce*, Constant sacaba su *Appel aux nations chrétiennes en faveur des Grecs*. Fundadores de las libertades políticas y la libertad de conciencia, encarnan para Constant la modernidad y simbolizan la civilización: la independencia griega es la causa que se enfrenta a otra forma de despotismo, más antigua y total que la del mismo Napoleón, la del Imperio otomano, que oprime al pueblo que precisamente inventó la noción de libertad. Más allá de este opúsculo, su lucha por la causa griega la desarrolló en periódicos como *Le Courier français* o *Le Temps*, donde publicó varios artículos al respecto, y en la propia asamblea, en cuyos Archivos parlamentarios se recogen hasta quince discursos de Constant referidos de una u otra manera a la causa griega: “Secourons les Grecs: sauvons-les; ils sont nos frères...”, clamaba en uno de ellos²⁰⁷. En unos y otros textos, en fin, destaca el carácter cristiano del pueblo griego, que hace de ellos “hermanos europeos” en tanto que “favorece la civilización”, y llama la atención la vehemencia de su discurso anti-musulmán que, si bien se basa en una creencia sincera respecto de la superioridad de la religión cristiana, pretende sobre todo atacar una vez más, y en su propio terreno (el de la religión), a los *ultras* que, hasta la caída de Villèle en 1828, se muestran mayoritariamente reacios a una intervención en Grecia en apoyo de los insurrectos. Según Constant, pese a sus pretensiones y su nombre, esta organización de la Santa Alianza no defiende los intereses del cristianismo ni de la humanidad. El tono de su crítica va más allá de la de Chateaubriand: en un artículo del *Courier français*, del 28 de octubre de 1822, se dirige duramente contra los gobernantes europeos:

« Si les Grecs succombent dans leur lutte si légitime et si héroïque, on pourra réunir leurs ossements épars, en former un monument qui sera colossal; et l'inscription gravée sur ce monument apprendra à la postérité ce qu'a coûté à l'humanité la conservation des titres et du pouvoir de l'aristocratie européenne »²⁰⁸

²⁰⁷ Incluso se habla de la existencia de un texto confidencial dirigido al duque de Orleáns, memoria en la que presumiblemente Constant habría recomendado al monarca el establecimiento para Grecia de un gobierno de monarquía constitucional, siguiendo la Carta francesa, así como la constitución de una armada organizada “a la europea” y el consentimiento final de las demás potencias europeas (datos en Anelli, 2000, p. 198).

²⁰⁸ El poeta Guiraud, miembro de la Académie Française, escribirá igualmente en un poema aparecido en el *Journal des Debats* años después que Grecia es ejemplo y gloria del mundo, que allí tuvo la “santa libertad” su primer altar, y amenaza con que sus ciudadelas derrumbadas y sus ruinas humeantes de ahora oscurecen la gloria, y también el futuro de los reyes de Europa: “Poursuis, Grèce héroïque, en prodiges féconde, / Grèce toujours l'exemple et la gloire du Monde, / Où la liberté sainte eut son premier autel, / Poursuis: ton sort est beau, car il est immortel! / Notre plus noble espoir n'a rien que tu démentes; / Tu scelles de ton sang notre honte et tes droits: / Tu ne rends qu'en débris tes héros et ta croix: / Et tes forts

El activismo de estas grandes figuras como Chateaubriand o Constant, a medio camino entre la sincera preocupación por los intereses y el bienestar del pueblo griego al que restituir en su libertad, y la estrategia para la arena política que se servía del combate por la independencia griega para golpear duramente los pilares de la Restauración, sirvió en todo caso de modelo y acicate para movilizar al público. En la implicación de este buen número de personalidades en la causa griega concurrieron una multiplicidad de principios, muchas veces contradictorios: el peso de la antigüedad clásica, la búsqueda del exotismo romántico, la idea de una cruzada contra el Islam impulsada por el “*revival*” religioso europeo, ideas liberales y nacionales de autodeterminación de los pueblos... “El helenismo era multifacético, y tenía posibilidades de cambio, al igual que cualquier entusiasmo vivo”²⁰⁹. Así, tal y como acabamos de ver, pronto se convertiría en una causa (“lo suficientemente lejana”, tal y como se apuntaba en las páginas de *Le Globe*) susceptible de ser adoptada tanto por el bando monárquico como entre las filas liberales: “dans tous les comités philhellènes formés en Europe, on remarque des noms qui, par des oppositions politiques, sembloient devoir difficilement se réunir”²¹⁰, se felicitaba Chateaubriand. Y si las filas conservadoras se mantendrán inicialmente más reacias a cualquier toma de posición con respecto a la cuestión griega²¹¹, finalmente también acabarán tomando partido; incluso antes de Navarino, buena parte de la facción legitimista había mostrado ya algún interés por Grecia, pues veía en la intervención una especie de nueva “*cruzada*”; Genoude presentaba en la *Gazette de France* la cuestión griega como una cruzada de católicos contra musulmanes (“la cause grecque apparaît comme la cause du christianisme”)²¹², y el periódico ultra *Drapeau Blanc* se afanaba en dejar bien claro que, si bien su posición filohelena lo colocaba del mismo lado que los liberales, las razones que les habían llevado a tomar esa posición no eran desde luego las mismas²¹³.

éclatés, tes ruines fumantes, / Obscurcissent la gloire... et l’avenir des Rois” (“Missolonghi”, *Journal des Debats*, 10 de junio 1826).

²⁰⁹ Constantine, 1989, p. 414

²¹⁰ Chateaubriand, 1825, p. 44

²¹¹ Entre los *ultras*, el barón de Frénilly se escandalizaba, en sus *Mémoires*, de que la batalla de Navarin halla venido a romper la tradicional alianza franco-turca, para acercarlos a Inglaterra y a Rusia y volver a los franceses contra ellos mismos, en el único beneficio de los liberales de Europa, que buscan hacer rey de Grecia al hijo de “un pequeño rey alemán” (Parece aludir a Leopoldo de Saxe-Coburg, aunque finalmente el elegido resultara Otón de Baviera; (en Bruguière, 1999, p. 77)

²¹² Clément, 1989, p. 43

²¹³ Cit. por Anelli, 2000, p. 201

Y es que el filohelenismo será, por encima de todo, una marca específica de los liberales, que ven en la causa griega su propia causa, además de una oportunidad única para arremeter contra el poder establecido. Tras la publicación de la *Note* de Chateaubriand, en la Asamblea hay burlas, se habla de una pretensión de “nuevas cruzadas”, de excesos *ultras*, y la cuestión de Grecia acaba pasando a ser tema acotado de la izquierda. Stendhal, por ejemplo, será de los que vea en la causa griega, antes que nada, una forma de oposición²¹⁴. También Benjamin Constant, al igual que otros filohelenos liberales franceses como el general Sébastiani o el diputado Laisné de Villevesque, aprovechará la ocasión para llevar a cabo ataques contra la mayoría ultrarrealista en su propio terreno, polémica antigubernamental que a veces se lleva hasta el extremo; *Le Constitutionnel* comienza su campaña a favor de los griegos con un artículo del 30 de marzo de 1821, y le siguen el *Courrier Français* así como otros periódicos liberales. En la tribuna, los primeros oradores liberales en hablar sobre Grecia serán el ya citado Benjamin Constant (el 14 de mayo de 1821) y el general Foy; en el “comité grec” de París, presidido por Chateaubriand, participan personalidades de tendencias políticas heterogéneas, como Sebastiani, La Fayette, el duque de Broglie, Laffite o el coronel Fabvier. Madame de Staël, en sus *Considérations sur la Révolution française*, deploraba ya que Napoleón no intentara «le rétablissement de la Pologne, l'indépendance de l'Italie, l'affranchissement de la Grèce», y en su novela *Corinne*, la protagonista, a orillas del Adriático, suspira:

«Du côté de ces nuages, il y a la Grèce; cette idée ne suffit-elle pas pour émouvoir? Là sont encore des hommes d'une imagination vive, d'un caractère enthousiaste, avilis par leur sort, mais destinés peut-être ainsi que nous à ranimer une fois les cendres de leurs ancêtres»²¹⁵

El movimiento liberal experimenta así una paulatina convergencia hacia el romanticismo (en lo que juegan sin lugar a dudas un papel destacado episodios como éste de la guerra en Grecia o la influencia que autores como Scott o Byron ejercerán sobre ellos)²¹⁶. Y de la mano de esta confluencia, al contenido romántico del filohelenismo se añade ahora además un importante factor político: la idea revolucionaria.

²¹⁴ Cit. por Bruguère, 1999, p. 80

²¹⁵ Staël, 1983, p. 401; 1841, pp. 368-369.

²¹⁶ Winock, 2001, p. 109, y Bénichou, 1977, pp. 15 y ss.

3. 2. El debate en la prensa

De todo ese estado de opinión, pero sobre todo de los visos que toma en torno al *clivage* político, nos da buena cuenta la prensa del momento; este medio se presenta de manera particular como un objeto de estudio especialmente significativo para conocer mejor los entresijos del movimiento filohelénico, destacando su relevancia en tanto que detallado reflejo del estado de conciencia que provoca en el público en general, en el contexto de las ideas de la época y del espíritu general de la Restauración. La especificidad del movimiento filohelénico en prensa pasa precisamente por esta inextricable vinculación al debate político general del momento, aspecto que no ha sido muy tenido en cuenta hasta el momento, pero que resulta ineludible para comprender el verdadero carácter del filohelenismo europeo en su conjunto: “dans les colonnes de la presse, le filhellénisme présente un visage résolument moins désintéressé, puisque il est forcément mêlé de politique partisane”²¹⁷; la lucha ideológica desplegada en las páginas de estos periódicos con ocasión de la guerra en Grecia sirve para comprender mejor aspectos especialmente relevantes de un debate más amplio, en una crucial época de cambio y de oposición entre las fuerzas conservadoras y las fuerzas liberales, tal y como se expone elocuentemente en un artículo de *Le Constitutionnel*: “Le genre humain est engagé dans une lutte immense et d’un genre nouveau; il opère sa réformation; les intérêts s’opposent à ce renouvellement (...). Telle est la véritable signification de tout ce qui se passe dans le monde depuis trente ans”²¹⁸.

Lo primero que llama la atención es la alta recepción de los asuntos griegos en la prensa francesa —y en general en la de toda Europa, si tenemos en cuenta que la gran mayoría de los periódicos franceses se alimentaban de las noticias que aparecían en otros países²¹⁹—, la profusión de artículos diarios que aparecen dedicados al tema en la gran mayoría de los periódicos generalistas: “L’insurrection grecque occupe à la presse française beaucoup plus que tout autre événement extérieure”²²⁰. La insistencia de la prensa sobre los asuntos griegos, desplegando todo el drama de los acontecimientos a

²¹⁷ Dimakis, 1976, p. 177.

²¹⁸ *Le Constitutionnel*, 14 de junio 1826.

²¹⁹ Entre ellos destaca la importancia del prestigioso periódico alemán *Gazette Universelle* de Augsburgo, verdadera agencia de noticias de la época, y fuente recurrente de donde bebe el periodismo francés. (Dimakis, 1976, p. 174, y 1968, p. 273).

²²⁰ Dimakis, 1968, p. 272.

ojos de los ciudadanos, tiene como resultado alertar a la opinión pública y movilizar sus ánimos, convirtiéndose así en un poderoso agente del filohelenismo. Desde las mismas páginas de esos periódicos, no dejan de hacerse eco de la amplitud de la movilización pública que, como resaltan, abarca a todas las clases sociales y a todos los pueblos de Europa²²¹:

« Les populations européennes, quelle que soit leur foi politique et religieuse, se prononcent chaque jour avec plus d'énergie pour la cause de l'insurrection grecque. Cet entraînement est d'autant plus remarquable et d'autant mieux prouvé qu'il rencontre dans tous les gouvernements des résistances plus ou moins opiniâtres. Il est évident que les cabinets d'Autriche, de France et d'Angleterre ont contrarié autant qu'ils l'ont pu ce mouvement de la pitié publique qui, aujourd'hui, paraît parfaitement étranger à l'esprit de parti »²²²

Los periódicos conservadores, contrarios a la independencia griega, no cierran tampoco los ojos ante este fenómeno generalizado. Pero si desde las filas de la prensa liberal se regocijan de la emergencia de este “nuevo contra-poder”, periódicos como *La Quotidienne* se afanan en advertir contra el peligro que supone la tolerancia hacia esta profesión pública de simpatía por los griegos y la constante acción política de los comités filohelénicos, que actúan como diplomacia al margen de los gobiernos, recaudando fondos, enviando tropas y armamento, y pudiendo hacer creer después de todo a los pueblos que los gobiernos ya no son necesarios, y que estos comités bien podrían acabar por reemplazarlos; lanzando sus sospechas además sobre este nuevo afán de los liberales por defender la causa de la Santa Cruz que nunca hasta ahora les había despertado tanto interés ni entusiasmo²²³.

²²¹ Desde los salones a las bellas artes, en política como en economía o en moral humanitaria, se dirige “presque exclusivement l'attention publique sur les affaires de la Grèce. (...) tout ce qui forme les liens sociaux entre les nations, se rattache également à cette question” (*Le Pilote*, 22 de abril de 1826).

²²² *Journal du Commerce*, 17 de mayo 1826

²²³ “La question de la Grèce nous le répétons, présente des difficultés immenses. En supposant sa régénération, que ferez-vous de cet état nouveau jeté à l'extrémité de l'Europe sans antécédent, sans force, sans alliance et qui se placera nécessairement sous la protection de la Russie ou de l'Angleterre? (...) Nous sommes loin toutefois de blâmer cet enthousiasme sympathique qui porte les peuples à fournir des secours à la sainte cause de la croix; empressons-nous de recueillir cette profession publique d'amour et de respect pour une religion qui n'inspira pas toujours au parti libéral le même intérêt ni le même enthousiasme; mais il nous semble que les reproches qu'on adresse aux gouvernements de n'être pas favorables à la cause des Grecs, ne sauraient s'accorder avec cette tolérance bien large qui permet non seulement la formation, mais encore l'action continuelle et politique de comités grecs. C'est un spectacle assez curieux que cette diplomatie en dehors du gouvernement, qui lève des tributs, envoie des armes, des députés, de l'argent, sans que le pouvoir politique s'en mêle, de sorte que lorsque l'un veut demeurer inactif, l'autre s'agite, et que les peuples peuvent ainsi s'habituer à croire que les gouvernements ne sont plus nécessaires, et que des comités peuvent les remplacer. (...) l'intervention pacifique des cabinets fera cesser l'effusion du sang chrétien et assurera à la Grèce la place qu'elle doit désormais occuper parmi les nations d'Europe” (*La Quotidienne*, 27 de junio 1826).

Así, incluso periódicos como el *Moniteur Universel*, órgano oficialista, aunque prefiere guardar silencio y no implicarse en el debate, no dejan por ello de reconocerse como “hijos de Grecia” (de una forma más sentimental, eso sí, que política), al tiempo que alertan con la confusión que se está operando:

« Nous sommes en quelque sorte les enfants des Grecs, nous, peuples modernes, à qui les Hellènes ont légué, bien plus que les Romains, les arts de la civilisation, l'éloquence, la philosophie (...). De tout façon, l'imagination confond très facilement sous le nom de la Grèce les lieux et les époques (...). Ah, que l'on ne nous accuse pas de traiter avec indifférence ces questions qui remuent si puissamment les cœurs et touchent de si près aux plus grands intérêts de la civilisation, de l'humanité elle-même... »²²⁴

En éste como en otros artículos, a pesar de que se enfatiza la importancia que todos estos acontecimientos tienen para la civilización, por ser los pueblos modernos hijos de Grecia (a la que deben más que a Roma, se especifica, aspecto que supone un inaudito punto de inflexión en la concepción de la historia de la civilización europea tradicionalmente mantenida hasta entonces y todavía en Guizot, que nunca antes había vuelto la mirada tan atrás), del mismo modo se pone en cuestión la vinculación de la Grecia actual con la de la gloriosa Antigüedad, uno de los aspectos claves y más polémicos de este debate²²⁵. Otro artículo en la misma dirección, publicado esta vez en el *Journal des Debats* (30 de agosto 1821), insinúa que, siendo como son los griegos contemporáneos resultado de una mezcla de diversos pueblos, poco tienen que ver con los antiguos griegos gloriosos, y no podrán mantener su unidad si no es bajo el sable turco. Por otro lado, la larga ocupación turca ha sido reconocida durante siglos por toda Europa. Y se pregunta: ¿cuál ha de ser la línea de demarcación entre el reconocimiento de los derechos de soberanía y el de los derechos de insurrección? De otro modo, apunta, se corre el riesgo de que todos los reyes acaben siendo considerados tiranos²²⁶.

²²⁴ *Le Moniteur Universel*, 26 de agosto 1821.

²²⁵ “El restablecimiento en la prensa de los antiguos nombres como Lacedemonia, Peloponeso, es un indicio del matiz particular que daba color a esas esperanzas a favor de Grecia. A los habitantes de aquellas regiones se les calificaba en comparación con sus supuestos ancestros. Eran como actores en un escenario público e inevitablemente fallaban antes las exigencias del auditorio” (Constantine, 1989, p. 336).

²²⁶ El oficialista *Moniteur Universel*, que había tardado en pronunciarse sobre la cuestión griega, publica pronto el que sería prácticamente su último artículo al respecto, en el que juzga que si bien la causa griega es merecedora de todas las simpatías, sus protagonistas son demasiado débiles para lograr y mantener la independencia solos, y que una intervención de Europa acarrearía demasiadas consecuencias no deseables, comprometiendo el interés general, por lo que habría que esperar que el problema griego se resuelva a largo plazo de una manera más natural. Su silencio de aquí en adelante, dará alas al resto de la prensa para expresarse más libremente, e incitará en última instancia contradicciones y confusiones entre los adeptos al gobierno (*Le Moniteur Universel*, 21 de octubre de 1822).

En líneas generales, los artículos de los periódicos que abordan la cuestión de la guerra en Oriente se ocupan principalmente de los siguientes aspectos: las perspectivas de triunfo de la insurrección, la responsabilidad de los extranjeros en el drama y sus consecuencias para la política europea. Los periodos filohelénicos y panfletos de la época que reclamaban la intervención de los poderes europeos en el conflicto, acostumbraban a apelar a la hermandad con el pueblo griego no sólo por los vínculos religiosos, sino también por la pertenencia a una civilización común y a la existencia de una deuda histórica a resarcir. Los defensores de la insurrección utilizan diversos argumentos, presentando la insurrección como una batalla por la libertad, una guerra de religión, o la lucha de un pueblo histórico aureolado por la gloria de la Antigüedad clásica. Cada uno de estos motivos influye, no obstante, de un modo diferente en los razonamientos, dependiendo de la adscripción política del medio. Aparece en todos los casos una frecuente insistencia (sincera o no), en el carácter religioso de la contienda, con frecuentes evocaciones a las cruzadas. Lo que merece el apoyo a la vista de la opinión pública europea no es, en última instancia, la propia causa nacional griega, sino su condición de heredera de un pasado glorioso -y común-, y su carácter de hermanos cristianos y de civilización: “La cause des Grecs est celle de la civilisation et des lumières, de la justice et de la liberté, enfin celle de la religion chrétienne elle-même”²²⁷. También los periódicos se hacen eco de la idea de estar ante una nueva representación de la eterna lucha entre civilización y barbarie:

« De quels hommes sera donc peuplée la terre, maintenant habitée par nos anciens maîtres en religion, en sciences, en esprit, en littérature, en goût, s'ils sont exterminés tous dans la lutte engagée depuis cinq ans? Ou les gouvernements préfèrent-ils voir des barbares se substituer à des habitants chrétiens et civilisés? »²²⁸

En el *Courrier Français* del 22 de julio de 1821 ya había aparecido un artículo en el que se consideraba expresamente a los turcos como enteramente extranjeros a la civilización europea, y tres días después, insistían desde la misma tribuna:

« Une guerre à mort est déclarée à la religion et à la civilisation européenne (...). Un peuple entier est livré au glaive exterminateur, parce qu'il adore un Dieu au

²²⁷ *Journal des Débats*, 1 de julio 1821

²²⁸ *L'Aristarque français*, 30 de junio 1826.

nom duquel tous le Rois de l'Europe ont formé une alliance solennelle, et aucune barrière ne se lève entre les victimes et les bourreaux...!»²²⁹

En el terreno de las relaciones internacionales, el conflicto griego se encuadra como una manifestación más de la enquistada cuestión de Oriente. Y en este sentido supone una amenaza, un riesgo de ruptura del equilibrio europeo, por lo que la evaluación de la insurrección está teniendo lugar en todo momento no por criterios que le conciernen propiamente, sino desde el interés de la propia Europa monárquica –y del de sus adversarios. La crítica a la no-actuación de la Santa-Alianza en el conflicto se va a convertir de hecho, como leíamos en la última cita, en la baza principal de la oposición liberal, para la que la causa griega ejemplifica la rebelión contra una dominación tiránica e ilegítima de un pueblo sometido, arropada por todos los valores del romanticismo, porque “*la causa griega es la causa de los pueblos...*”:

«La cause des Grecs est la cause des peuples: il ne faut pas s'étonner si les cabinets et les jésuites sont ligués contre cette cause sacrée. (...) Ces secours qu'on réclame de nous, ce n'est pas une générosité que nous faisons, c'est une dette sacrée qu'il faut acquitter. Notre religion nous l'ordonne, car les Grecs sont chrétiens; l'humanité le veut, car ils sont malheureux; la politique le conseille, car ce sont des opprimés qui luttent contre l'oppression; l'honneur national l'exige, car nous avons à laver la France de l'opprobre dont quelques-uns de nos enfants la souillent en s'unissant aux bourreaux de nos frères d'Orient. Tous les sentiments du cœur, toutes les lumières de la raison s'unissent pour nous prescrire un devoir sacré; qui ne serait touché de ces voies persuasives? Qui oserait avouer qu'il ne les entend pas?»²³⁰

El periódico *Le Globe* se embarca con especial entusiasmo y se entrega a la emoción suscitada por la causa de liberación griega, especialmente tras la muerte de Byron. Ardientemente filohelenos, desde sus páginas denuncian una y otra vez la inacción de los gobiernos europeos por ayudar a esos “martyrs de la Croix et de la Liberté”²³¹ al mismo tiempo, y hacen de ello un asunto personal: “les espérances de l'Europe civilisée ne seront pas déçues”. Jouffroy no duda en apuntar a Grecia como la “cuna de la *civilización*”, y señala a las batallas de Maratón y de Salamina como las primeras victorias de la civilización emergente contra Asia. Ellos también no dejan, no obstante, de alertar contra los falsos estereotipos e idealizaciones que envuelven a este

²²⁹ *Le Courrier Français*, 25 de julio 1821. Encontramos aquí nuevamente esa distinción explícita entre religión cristiana y “civilización europea”.

²³⁰ *Journal du Commerce*, 17 de mayo 1826

²³¹ Verso de Delphine Gay citado en *Le Globe*, 25 de septiembre de 1825.

país, reclamando en cambio su realidad actual²³². *Le Globe* pone así en marcha un filohelenismo « crítico » que se propone descubrir el verdadero rostro de la Grecia del presente, despojándola de todos los lugares comunes que pueblan los espíritus occidentales. Así Sainte-Beuve será de las pocas voces que se alce contra ese consenso basado en la tradición clásica para matizar la naturaleza de ese pueblo que “est un fait à part, essentiellement isolé de tous les faits européens, ayant ses causes propres et distinctes dans l'état même de la nation depuis la conquête ottomane »²³³. Y Dubois no esconde los rasgos bárbaros de estos insurgentes que causan la admiración de toda Europa, aunque tampoco olvidan que durante siglos fueron “la cabeza de la humanidad”, y que los pueblos europeos han recogido los frutos de sus victorias, con su papel destacado en el enfrentamiento milenario entre Europa y Oriente: “ce malheureux pays sera rendu à la civilisation qui en est sortie”²³⁴.

Que los ciudadanos de toda Europa puedan apasionarse por la causa de los griegos como lo hacían por sus propios asuntos, es en todo caso un hecho inaudito hasta el momento y que no deja de tener su importancia, recalcan. Y además de en los artículos de actualidad, la cuestión griega también aparece en las páginas de *Le Globe* enmarcada en textos de filosofía política, de alcance reflexivo mayor; así, el artículo ya comentado de Leroux “*De l'union européenne*” comenzaba, como no podía ser de otra manera, con una evocación a la guerra griega: la victoria de Navarino aparecía ante la opinión pública como un nuevo Lepanto, un nuevo triunfo de la unidad cristiana. La voz de la nueva escuela historicista, sin embargo, que defiende la continuidad de la historia como alerta en más de una ocasión contra las trampas de los paralelismos históricos, emerge aquí para subrayar las “diferencias esenciales” que se dan entre estos dos acontecimientos, las batallas de Lepanto y de Navarino; aquélla, en nombre de una unidad religiosa, y ésta de ahora, gracias a una nueva unidad superior a aquella, reclama Leroux:

« Aujourd'hui le Pape n'a plus qu'un vain titre (...) ; nous avons vu toutes les chaires catholiques rester silencieuses. Mais à quoi bon continuer cette

²³² « Chacun s'est représenté les Grecs à sa manière. Les uns ont rêvé les Spartiates de Léonidas, les autres les croisés du moyen âge ; (...). Les opinions politiques sont intervenues dans la composition de ces portraits provisoires, et en ont augmenté la bizarre divergence ; l'histoire des insurgés était faite de cent façons avant qu'on les connût ; ...on a beaucoup déraisonné sur les Grecs » (Jouffroy, *Le Globe*, 30 de octubre de 1824).

²³³ Sainte-Beuve, *Le Globe*, 15 de junio de 1826.

²³⁴ Jouffroy, *Le Globe*, 16 de junio de 1827, puesto que para él la lucha del mundo civilizado contra la barbarie “est le fond de l'histoire de l'humanité”, y su mismo concepto de “civilización” se halla hondamente influido por las circunstancias del conflicto griego.

comparaison, puisqu'il est trop évident que le catholicisme est aujourd'hui ruiné ? Une union bien supérieure à l'unité catholique, s'est formée ; et celle-ci convient à notre époque comme l'autre a pu convenir aux premiers développements de la société européenne. Cette nouvelle unité (...) n'a pas de bûchers, pas d'inquisition, mais elle n'en est pas moins puissante : c'est elle qui abolit l'esclavage, qui émancipe l'Amérique, qui sauve la Grèce »²³⁵

A estas alturas, y más tras la batalla de Missolonghi (1824), no es ningún misterio que “toutes les informations concernant l'insurrection grecque sont systématiquement exploitées à des fins de polémique de politique intérieure”²³⁶. La cuestión griega, con la responsabilidad del gobierno francés en la prolongación de la guerra, se convierte en un poderoso caballo de batalla para los liberales en la polémica emprendida contra el partido en el poder. Hasta el punto de que toda catástrofe humanitaria puede ser bien aprovechada si se somete a cálculos políticos, y que el constante llamamiento a los valores cristianos, acusando al gobierno francés y a la Iglesia de faltar a sus deberes para con los cristianos oprimidos (mientras al mismo tiempo se está llevando a cabo desde esas mismas páginas una campaña contra las congregaciones religiosas en Francia, en plena campaña anticlerical) parece ser tan sólo un instrumento retórico del debate; y así lo hacen ver desde las páginas más conservadoras: “Parmi les douleurs véritables qu'a causées cet événement, on a pu remarquer beaucoup d'afflictions hypocrites. Que de gens déplorent les revers de la Croix en Orient, et pour lesquels la vue d'une cérémonie religieuse est importune!”²³⁷.

Y es que a nadie escapa que el levantamiento griego coincide en el tiempo con otros movimientos insurreccionales en Europa: Nápoles, Turín, o la propia Cádiz: tras el estandarte de la Cruz, parece esconderse la bandera tricolor, sospechan desde las filas monárquicas. Para la oposición conservadora, las doctrinas liberales son por el contrario más acordes con el Corán (“croyance sans mystères, monothéisme spéculatif, aride et d'abstraction”) que con el propio Evangelio, incompatible con todo sistema de razón filosófica y de moderno constitucionalismo. La Santa-alianza y la Iglesia, por temor a dar alas a la revolución, han cometido la falta de ceder al liberalismo el papel que ellos mismos debieran haber jugado, valiéndose de la diplomacia y la policía, y han perdido una oportunidad única de actuar sobre el espíritu público y el pensamiento de

²³⁵ Leroux, *Le Globe*, 24 de noviembre de 1827.

²³⁶ Dimakis, 1976, p. 176.

²³⁷ Y a continuación se les acusa de mostrar una gran preocupación por la suerte de la religión cristiana en Oriente, mientras que cuando el catolicismo estaba en peligro en España y hubieron de intervenir los Cien mil hijos de San Luis, estos que ahora claman tanto no se mostraron entonces tan favorables *La Quotidienne*, 22 de mayo 1826.

los hombres: “comme on ne s’est pas occupé de l’esprit publique, on l’a laissé à la merci de l’ennemi, qui a eu ainsi carte blanche pour gouverner par la pensée le monde civilisé tout entier”. El autor del artículo insiste en que el problema griego no es tanto un problema diplomático o financiero, sino fundamentalmente un “*problème d’esprits*”, una batalla de ideas en la que se corre el riesgo de que la “secta liberal” acabe monopolizando la causa griega; para evitarlo, los tronos de Europa no deberían dudar en una intervención, que tal vez sirviera incluso para atraer nuevamente a los griegos al seno del catolicismo del que un día se escindieron²³⁸.

Desde las filas liberales del *Constitutionnel* se le responde enmarcando igualmente la cuestión griega en el contexto más amplio de la guerra de ideas que desde hace tres décadas se viene operando en Europa, y acusando a los gobiernos de desoír la voz que clama de una punta a otra del continente y actuar en contra del espíritu público, en una argumentación que una vez más mezcla historia, religión y libertad, sus armas retóricas más afiladas:

« Laissons à l’histoire dire, qui a plus perdu à Missolonghi, de la Grèce ou de ces gouvernements qui n’ont pas pu tolérer le parlement de Naples et les Cortès d’Espagne, et qui, le nom de la religion à la bouche, ou le chapelet à la main, assistent avec un flegme stoïque à l’extermination d’un peuple chrétien. Leur silence trouble seul le concert de vœux et d’acclamations qui se fait entendre d’un bout de l’Europe à l’autre en faveur de la plus glorieuse cause dont l’histoire fasse mention; la haine seule de la liberté peut expliquer ce prodige d’insensibilité; elle est la continuation manifeste de l’opposition de l’esprit des gouvernements avec celui des peuples; là se trouve l’explication de l’énigme qui couvre leur conduite et qui sans cesse est inexplicable »²³⁹

Bajo todas estas presiones, el 6 de julio de 1827 se firma el tratado franco-anglo-ruso que prevé la mediación y, en el caso de una negativa turca, el establecimiento de relaciones comerciales y consulares al margen con Grecia; finalmente, si un armisticio no es concluido, las tres potencias se interpondrían militarmente entre los beligerantes, aunque sin participar directamente en la guerra²⁴⁰. Ya antes, en 1821, Rusia había dirigido una nota conminatoria exigiendo la protección para la religión cristiana

²³⁸ *Le Drapeau Blanc*, 20 de abril 1826.

²³⁹ Art. “Pertes et Avantages de la Liberté”, en *Le Constitutionnel*, 14 de junio 1826. Todas las voces de una punta a otra de Europa claman pidiendo la libertad de Grecia, a la que sólo se oponen los que no la han tolerado ni en Nápoles ni en España, y el abismo que separa a los pueblos y sus gobiernos se ensancha cada vez más... Sólo la historia sabrá fijar el precio de lo que Europa ha perdido con la batalla de Missolongui, concluye el artículo.

²⁴⁰ Un ministerio moderado y de compromiso, al mando de Martignac, impulsa la intervención definitiva en Grecia y contribuye a su compromiso, aunque pronto se vería sustituido por el rey y el ministerio *ultra* de Polignac. Con el objetivo de reconquistar a la opinión pública, Charles X se embarca en una expedición militar a Argelia.

garantizada por los tratados de 1774; no hay respuesta, y los insurrectos declaran su independencia y una constitución en Epidauró, de carácter democrático y cuajada de principios revolucionarios más cerca de la constitución norteamericana que de las cartas europeas. La particular actuación por cuenta y riesgo de unos almirantes sin que mediara una declaración formal de guerra, iba a precipitar no obstante los acontecimientos (batalla de Navarino, 20 de octubre de 1827): el sultán se vio obligado a declarar la guerra santa a los Estados cristianos, y dividió a los aliados.

La intervención francesa supondrá de inmediato, en cualquier caso, un éxito del que también la facción ministerial intentará sacar su rédito. En la campaña electoral de noviembre de 1827, el gobierno trata de exprimir como un activo a su favor la victoria en la batalla de Navarino, de monopolizar la gloria frente a un electorado manifiestamente pro-helénico; “el éxito de la marina francesa se convirtió en el principal reclamo electoral de ambos bandos en sus esfuerzos por atraer a la opinión de su lado”²⁴¹. El pro-gubernamental *Moniteur Universel* augura en efecto que las elecciones tendrán lugar bajo el ruido de los cañones de Navarino y los gritos de alegría de los griegos liberados²⁴², y se pretende ahora a la cabeza del movimiento filohelénico: “seuls les gouvernements sont de vrais philhellènes, comme ils sont aussi de vrais constitutionnels”²⁴³; por la senda constitucional, también ellos los primeros...

Para la oposición, por su parte, no pasa desapercibido este cambio de estrategia, e ironiza con respecto a este supuesto filohelenismo estatal de última hora, en el que no ven sino oportunismo; no es por las súplicas de los griegos que el gobierno se ha decidido a intervenir, sino por el miedo que le han suscitado los pueblos europeos con su grito indignado:

« Voilà le philhellénisme de ce ministère qui prétend aujourd’hui exploiter à son profit la victoire de Navarin. C’est au nom de la Grèce sauvée qu’il nous demande l’asservissement de la France à son despotisme. S’il est entré dans la coalition suscité par M. Canning en faveur des Grecs, c’est qu’il a été remorqué par l’opinion européenne: ce ne sont pas les longs gémissements de la Grèce qui l’ont ému, ce sont les cris des peuples indignés qui l’ont effrayé... (...) et si la Grèce entière avait parmi nous droit de suffrage, elle voterait pour les candidats de l’opposition constitutionnelle... »²⁴⁴

²⁴¹ Dimakis, 1976, p. 177.

²⁴² *Moniteur Universel*, 11 de noviembre 1827

²⁴³ *Moniteur Universel*, 18 de diciembre 1827

²⁴⁴ Art. “Philhélénisme du ministère aux élections”, en *Le Courrier français*, 15 de noviembre 1827. Y apenas tres días después, otro artículo aparecido igualmente en el *Courrier Français* viene a incidir nuevamente en este punto de que el primer ministro inglés Canning habría acabado cediendo a las demandas de la opinión pública europea, a la que ahora se quiere amordazar y procesar: “M. Canning céda à l’opinion européenne que chez nous on se faisait un mérite de braver. La triple alliance fût

Las conclusiones del *Journal des Debats* reaccionan igualmente frente a este intento de reconducir el voto (infructuosas, por lo demás, puesto que sería el momento del acceso de los liberales al gobierno), y llega a conclusiones semejantes, lamentando que se haga siempre esta diferenciación entre dos bandos, de un lado los gobiernos y de otro los ciudadanos, y no una unidad conciliada a través de un pacto: existe suficiente libertad y suficientes gobiernos representativos en Europa como para que quepa despreciar a la opinión pública, y estos otros publicistas oficiales, con sus llamamientos al orden y al espíritu de conservación, están por el contrario atizando “*les premières étincelles de l’incendie*”²⁴⁵; pronosticado incendio que no será otro que el de las revoluciones de 1830 y del cuarenta y ocho.

3. 3. “*Las primeras chispas del incendio*”

Era efectivamente la ruina definitiva del sistema de Metternich²⁴⁶: la guerra ruso-turca que estalla finalmente, la independencia de Grecia, vienen a sumarse a la cadena de acontecimientos internacionales que comienzan a precipitarse (las actuaciones de Inglaterra con respecto a las colonias latinoamericanas, el apoyo francés a la independencia belga...); todo esto iba a significar no sólo la destrucción del sistema de alianzas monárquico, introduciendo la división y rompiendo el *statu quo*, sino que serviría además de precedente revolucionario y modelo para las aspiraciones emancipatorias de todas las demás nacionalidades oprimidas: “Les Grecs ont incontestablement le droit de choisir la forme de leur existence politique...”²⁴⁷.

Con esas palabras Chateaubriand había destapado la caja de Pandora. Un acontecimiento en apariencia alejado de los destinos de Occidente, pero había bastado que se anunciase que los griegos luchaban por la causa de la libertad mientras que los turcos lo hacían por la del despotismo, para que su espíritu contagiase a toda la masa europea, al poner en juego las “oportunidades de nuestro futuro”, la gloria de Francia

conclue, et aujourd’hui le ministère, en s’en attribuant les résultats, ose faire le procès à l’humanité des peuples qui l’a seule provoquée” (*Le Courrier français*, 19 de diciembre 1827).

²⁴⁵ *Journal des Debats*, 29 de diciembre 1827

²⁴⁶ Droz, 1988, pp. 247-248

²⁴⁷ Chateaubriand, 1825, p. 99

como la libertad del mundo entero: “l’Europe peut bénir la Grèce, elle lui doit sa délivrance”²⁴⁸.

El papel de Grecia como modelo político resulta de todas formas complejo: el culto al Progreso en el que vive inmerso el siglo XIX parece en principio poco propicio a prestar atención a modelos de la Antigüedad; el romanticismo aparecía a grandes trazos como una reacción al clasicismo, y es un lugar común la oposición constantiana de la libertad de los modernos comparada con la libertad de los antiguos. Con anterioridad (especialmente a lo largo del siglo XVIII), la “excepción ateniense” apenas se había tenido en cuenta y era en cambio el modelo de virtud de Esparta el que triunfaba entre los pensadores, de Rousseau a Robespierre²⁴⁹; en los umbrales de siglo, con Bonaparte, el modelo había pasado de Esparta a Roma. Pero será entonces precisamente Chateaubriand quien venga a romper este esquema y marque finalmente el rumbo para el siglo que comienza:

« Devant la ville de Solon, on est comme enchanté par les prestiges du génie: on a l’idée de la perfection de l’homme considéré comme un être intelligent et immortel. Les hauts sentiments de la nature humaine prenaient à Athènes quelque chose d’élégant qu’ils n’avaient point à Sparte. L’amour de la patrie et de la liberté n’était point pour les Athéniens un instinct aveugle, mais un sentiment éclairé, fondé sur ce goût du beau dans tous les genres, que le ciel leur avait si libéralement départi; enfin, en passant des ruines de Lacédémone aux ruines d’Athènes, je sentis que j’aurais voulu mourir avec Leonidas, et vivre avec Périclès »²⁵⁰

Chateaubriand es así el primero en recuperar Atenas como cuna de la libertad, lo cual tendrá una importancia crucial para todo el liberalismo posterior²⁵¹. De igual manera había abierto Chateaubriand las puertas para una inevitable concepción posterior, que brotaría en los años cuarenta con inusitada fuerza de la mano de republicanos y demócratas: Atenas como cuna del modelo político a seguir, como referente supremo para la Europa democrática. Y así interpretará la ocasión de Grecia como el símbolo del comienzo de una nueva época: “Une nouvelle époque politique

²⁴⁸ *Le Globe*, 25 de octubre de 1828.

²⁴⁹ Pocos, como Voltaire, Turgot o los fisiócratas, habían seguido prefiriendo el ejemplo ateniense por aquel entonces (en Brugièrre, 1999, pp. 84-85). “La parquedad de la democracia liberal ateniense se comprueba por el escaso eco que ha tenido a lo largo de la historia del pensamiento político occidental, pese a la atención que casi siempre ha dedicado al mundo antiguo” (Díez del Corral, 1969, p. 20).

²⁵⁰ Chateaubriand, 1806.

²⁵¹ Que recorriendo el siglo llega hasta Clémenceau quien, asimilando Atenas a Francia en tanto que “faros de la libertad” ambos, también él, cien años después, encuentra en la ciudad griega “le plus bel idéal de lumière humaine” (Clémenceau, *Démosthène*, 1926, cit. por Brugièrre, 1999, p. 91).

commence: le temps qui a appartenu à la restauration proprement dite, finit, et nous entrons dans une ère inconnue”²⁵².

Durante la época carolingia y la alta Edad Media había dominado en la comunidad occidental una conciencia basada en un abierto “antihelenismo franco-latino” como opuesto al “antilatinismo bizantino”²⁵³: el giro de una Europa romana y cristiana a una Europa que hunde sus raíces en el modelo político y cultural griego será el gran aporte que el siglo XIX haga a la idea de Europa. “Hemos de volvernos siempre hacia los antiguos griegos”, escribía Goethe en 1829²⁵⁴; “We are all Greeks” añadía por su parte Shelley. En vísperas de la revolución del cuarenta y ocho, George Grote, miembro del parlamento británico y ferviente activista demócrata, publicaba una *Historia de Grecia* (1846), en que sometía el significado histórico del modelo griego a una reevaluación fundamental y definitiva: el punto de arranque de la civilización europea ya no sería en adelante la instauración del Cristianismo en el Imperio romano, sino la democracia ateniense, su acto fundador definitivo²⁵⁵. Se busca en Grecia un modelo de libertad, según las bases de una democracia idealizada (el propio Constant, en su mencionada contraposición de los modernos a los antiguos, ensalza la figura de Atenas como única excepción en el mundo antiguo y antecedente de nuestra libertad²⁵⁶). Por el momento vemos sin embargo que estos autores no reivindican más que un “*état d’esprit*”, una atmósfera política e intelectual que no se detiene en consideraciones institucionales más precisas²⁵⁷. Se da en todo caso una frecuente simplificación, y abundan las visiones históricas erróneas que desvirtúan el verdadero carácter de la sociedad griega; Guizot por ejemplo, en su *Histoire de la Civilisation en Europe* de 1828, en la lección segunda, ve “la Grèce” como un todo, un bloque homogéneo, que se opondría así a la Europa moderna igual que lo hicieron todas las civilizaciones precedentes, marcadas por la unidad. En uno u otro caso, nos encontramos siempre

²⁵² Chateaubriand, no obstante, está lejos todavía de defender la idea de soberanía nacional como principio generalizable, y enseguida quiso poner límites a su propuesta, que no trataba tanto de desmembrar el imperio otomano, como de simplemente obligar al sultanato a poner fin a una guerra de exterminio, contando con la acción de “los hijos de San Luis”, bienhechores y no enemigos de los pueblos oprimidos Chateaubriand, 1825, pp. 9-10. Y posteriormente, en « L’Avenir du Monde », extracto de las páginas finales de sus *Mémoires d’outre-tombe* que Chateaubriand publica en la *Revue de Deux Mondes* en 1834, expresa ideas en esta misma dirección acerca del futuro.

²⁵³ Gollwitzer, 1951, p. 164.

²⁵⁴ Citado en Chabannes, 1978, p. 204. La adhesión como modelo estético a Grecia por parte de Goethe es total. En su Segundo Fausto, con el matrimonio simbólico entre Helena y Fausto, la belleza clásica con la tradición nórdica, alcanza la consagración de la cultura europea (1978, p. 205).

²⁵⁵ Boer, 1995, p. 74

²⁵⁶ Constant, *De la liberté des anciens comparée à celle des modernes*, 1997, p. 596.

²⁵⁷ Bruguère, 1999, p. 89.

frente a una Grecia preconcebida, una construcción imaginaria de Grecia como símbolo y madre de Occidente, del Hombre y de la Libertad. El nuevo guía de Europa ya no será el guerrero, el militar que recoge el testigo romano como hizo Bonaparte, sino el poeta o vate de la tradición griega erigido ahora en nuevo guía espiritual del siglo XIX, con una misión histórica bien clara²⁵⁸, que tiene mucho que ver con esa liberación, pacificación y unificación del continente, y que recoge el testigo de Grecia:

« Il y a aujourd'hui une nationalité européenne comme il y avait, du temps d'Eschyle, de Sophocle et d'Euripide, une nationalité grecque. Le groupe entier de la civilisation, quel qu'il fût, a toujours été la grande patrie des poètes. Pour Eschyle c'était la Grèce, pour Virgile c'était le monde romain. Pour nous, c'est l'Europe"²⁵⁹

La reclamación de libertad política²⁶⁰ se iba a convertir así, andado el tiempo, en un llamamiento a una concepción de la historia de la civilización europea que encuentra sus raíces en Atenas (“place of birth of European civilisation that still stands face to the Asian barbarism”)²⁶¹ y no en Roma, y que vuelve a tener en la libertad, frente a las Persias de ayer y hoy, su máxima expresión:

“As the call for political democratisation grew louder and the concept of liberty became radicalised, it becomes useful to extend the history of Europe further into the past and to make Athenian democracy and Greek liberty the memorable starting-point of Europe”²⁶²

4. De las historias en liza a la historia *contrafactual*.

La inexorabilidad y el porvenir como destino común.

En el siglo XIX Europa cambia su significado espacial, geográfico, y se convierte en un concepto temporal; cuando Pocock dirige sus pesquisas hacia los

²⁵⁸ Tal es la tesis que defienden autores como Paul Bénichou, 1977.

²⁵⁹ Victor Hugo, *Burgraves*, 1843, cit. en Chabannes, 1978, p. 213, y en Laurent, 1995.

²⁶⁰ Una buena confrontación de la nueva libertad liberal con la libertad antigua se halla en Avlami (2001), que compara el caso francés con el inglés.

²⁶¹ Brewer, 2001, p. 135.

²⁶² Boer, 1995, p. 74. Del otro lado queda sin embargo, olvidada por la historia, la propia Grecia abandonada a su suerte, sin más recursos para su construcción nacional que una serie de discursos importados; pero ésa ya es otra historia.

modos en que históricamente ha sido utilizado el concepto de Europa por parte de los sujetos actuantes en la historia, señala que su crecimiento y difusión llega al punto de denotar primero un continente y más tarde, una civilización²⁶³. Es el momento en el que se descubre, o se “reinventa”, la historicidad de una entidad llamada Europa; la temporalidad histórica, convertida en el horizonte común, se unge con la dinámica de un devenir²⁶⁴. Paul Ricoeur ha explicado ya cómo la condición de toda narración, en tanto que principio mismo de su *mise en intrigue*, es su orientación hacia un fin²⁶⁵; y la teleología se plasma con ahínco en estos historiadores de la Restauración.

La nueva escuela de historiadores, con Guizot, Michelet y otros tantos, influidos por el idealismo y el historicismo alemán así como por la corriente en auge del periodo, el positivismo, comparte esta idea: la Historia tiene sus propias leyes, y si llegamos a desentrañar éstas, si conocemos el pasado, podemos anticipar el futuro. Los discursos históricos constituyen también “acciones que impulsan a la acción”, según el sentido que Lucien Jaume otorga a la noción de “ideopraxis”²⁶⁶, con lo que la narración histórica adquiere necesariamente una dimensión prescriptiva. El horizonte presente como instancia de la escritura histórica que proyecta sin cesar el destino de la narración, esa temporalización esencial que constituye la marca de identidad del régimen moderno de historicidad, en palabras de Koselleck o François Hartog tal y como hemos ido viendo evocando, constituye un “estrabismo voluntario”²⁶⁷ que hace de la mirada histórica anticipación y retrospección al mismo tiempo; en esta densidad del instante se desarrolla la lógica temporal de un “futuro anterior”, por medio de la cual la acción presente no se describe ni se evalúa sino en términos del mañana, y el futuro pasa a constituir la perspectiva desde la que se interpreta el pasado:

« Si le temps présent est gros de l'avenir, comme l'a dit un philosophe, l'avenir est renfermé dans le présent ; s'il est renfermé dans le présent, il existe actuellement, il est actuellement sous nos yeux ; une savante investigation des causes et des effets peut nous le faire apercevoir »²⁶⁸

Koselleck destaca igualmente a esos escritores de esta época que, por razones normativas o políticas, tuvieron el coraje de llegar a una “ciencia del pronóstico”. Porque la historia, una vez temporalizada de manera consecuente, no se deja ya

²⁶³ Pocock, 2002, p. 56.

²⁶⁴ Zanone, 2007, p. 108.

²⁶⁵ Ricoeur, 1995.

²⁶⁶ Jaume, 2004.

²⁶⁷ Zékian, 2007, p. 93.

²⁶⁸ Jean-Baptiste Salaville, 1801.

encasillar como mera “historia del tiempo presente” si no incluye el futuro potencial²⁶⁹; y la construcción de ese futuro potencial aparece como una tarea específica del historiador, con lo que la escritura histórica acaba volviéndose, necesita también, de una escritura política. La modificación del estatus del futuro por parte de la nueva historiografía supone así un cambio en el sentido de la acción, tal y como señala Ricoeur:

« Si en effet un futur nouveau est ouvert par les temps nouveaux, nous pouvons le plier à nos plans : nous pouvons *faire* l'histoire. Et, si le progrès peut être accéléré, c'est que nous pouvons en hâter le cours et lutter contre ce qui le retarde (...). D'impérative, la « disponibilité de l'histoire »²⁷⁰ devient un optatif, voire un indicatif futur (...). L'humanité devient le sujet d'elle-même en se disant. (...). Le faire et le raconter sont devenus l'endroit et l'envers d'un unique processus »²⁷¹

Desde el mismo Constant o Saint-Simon, estos autores que se enfrentan a la tensión entre teoría política y filosofía de la historia encaran la historia como “temporalización hacia el futuro”²⁷². Partiendo de un concepto apriorístico, resultado inexorable de las leyes históricas, ven en muchas ocasiones ante sí un desenlace inevitable, donde la vanguardia ilustrada toma un papel fundamental como representante de la posteridad. Los intentos por probar un sistema del fin lógico y último de la historia que reconciliase la inevitabilidad histórica con la libertad humana, la innovación revolucionaria con las leyes deterministas de la evolución toman en la época del romanticismo un auge nunca conocido hasta entonces, cuajado de proyectos utópicos que han sido englobados en alguna ocasión bajo el calificativo de “mesianismo político”²⁷³. La certidumbre instintiva se había visto suplantada por una sensación de inseguridad permanente, a la que acompañaba la añoranza de formas inalterables de existencia; la rápida sucesión de regímenes distintos originó a su vez la fe en la

²⁶⁹ Koselleck, 1993, p. 287. La experiencia histórica del tiempo restituye así al presente en su función mediadora con lo posible: “Quién liberó el comienzo de la modernidad de su propio pasado y también abrió con un nuevo futuro nuestra modernidad fue, sobre todo, la filosofía de la historia. Desde las sombras de la política absolutista se formó, primero ocultamente y luego de forma abierta, una conciencia del tiempo y del futuro que surgió de una arriesgada combinación entre política y profecía. Se trata de una mezcla, propia del siglo XVIII, entre pronóstico racional del futuro y esperanza cierta de la salvación”. (1993, p. 36).

²⁷⁰ La expresión pertenece a Koselleck.

²⁷¹ Ricoeur, 1995, t.3, pp. 382-383.

²⁷² Escudier, 2007, p. 309.

²⁷³ Talmon, 1960. Aunque tal y como él mismo determina, por “mesianismo político” entiende “democracia totalitaria”, concepto de cuya formulación discrepo en parte y que en todo caso se desvía del objetivo de mi análisis, aunque si me ha parecido pertinente rescatar el término de “mesianismo político” para denominar y englobar a muchas de estas corrientes que, anclándose en un sentido escatológico de la historia, prometen un futuro de redención política ensayando una solución definitiva, completa y coherente.

posibilidad de crear mundos totalmente nuevos. Y la historia, el canon de la inevitabilidad histórica, pasa a convertirse en el único fundamento capaz de asentar, en medio de tanta inestabilidad, un proyecto de futuro. Talmon explica cómo, paralelamente, toma forma el elogio del ideal de asociación, el nacimiento de la idea de que la auténtica auto-afirmación del individuo sólo podía conseguirse mediante su integración en una fuerza colectiva coherente —y el transcurso del tiempo es considerado como un constante avance hacia esa integración superior. Esta “religión de la Historia” constituye una profunda fe en que la marcha del tiempo equivale a una creciente integración y cohesión del contenido humano y social, donde la unidad de la historia se dibuja como la visión final de una sociedad justa y armoniosa, y se realiza en la unidad de la humanidad.

El proyecto de federación europea del conde de Saint-Simon, *De la réorganisation de la société européenne* (expuesto en el capítulo anterior), se fundaba precisamente en estas premisas históricas descritas por Talmon. En opinión de Saint-Simon, era fundamental “comprendre le passé afin de pouvoir interpréter le présent”²⁷⁴; al igual que Vico, Saint-Simon trataba de desentrañar también él las leyes eternas que presiden los destinos de los pueblos, y se mostraba crítico con los historiadores que le precedieron, rechazando el viejo método historiográfico que considera una mera “colección de hechos sin concatenación”²⁷⁵. La falta de una concepción unitaria de la humanidad hacía precisamente ininteligible el proceso histórico, clasificando los acontecimientos según criterios exclusivamente cronológicos y geográficos; él reclama por el contrario una historia capaz de describir más allá la serie de evoluciones de la especie humana. Saint-Simon pretende hacer de la historia una ciencia positiva, y considera que la historia general de la civilización quedaba aún por hacer, relevo que habría tomado

²⁷⁴ Cit. en Walch, 1986, p. 53. Saint-Simon mostró desde muy temprano su admiración por la obra de Condorcet, y siguiendo esta pauta pretende relatar los acontecimientos históricos en relación al desarrollo del espíritu humano. A Condorcet debe pues la idea de dividir el tiempo histórico en periodos o épocas, aunque no comparte con él su concepción lineal de la historia como un camino de progreso constante e imparable. Saint-Simon, por el contrario, destaca los momentos de crisis y de ruptura (que ocurre, las más veces, de manera violenta a través de revoluciones). En cuanto a su relación con la historia más contemporánea, ya veíamos en el capítulo anterior cómo nunca se mantuvo, biográfica como ideológicamente, al margen de los acontecimientos de su época, y su pensamiento evolucionó tan atribulado como los propios tiempos; así pasó de ensalzar a Napoleón como el “gran legislador científico de la humanidad” a entusiasmarse con la Santa Alianza y su promesa de una paz universal, para en los años veinte llegar a proponer al nuevo rey Borbón una suerte de dictadura que permitiese el tránsito a una sociedad industrial y la final instauración de su sistema.

²⁷⁵ « Jusque vers le milieu du siècle dernier, l’histoire n’a presque jamais été qu’une biographie du pouvoir, dans laquelle les nations ne figurent que comme instruments et comme victimes, et où se trouvent clairsemées ça et là quelques notions épisodiques sur la civilisation des peuples » (en *L’Organisateur*, cit. por Walch, p. 50).

magistralmente Guizot. Pero la historia no acontece, a la vista de Saint-Simon, de forma lineal, sino dividida en *periodos orgánicos* (el caso de la Edad Media, por ejemplo) y *periodos críticos* (la Ilustración) en una circularidad de alternancia, detentando cada periodo una organización social diferente. Una edad orgánica se caracteriza como un periodo de integración y cohesión en torno a un principio fundamental, mientras que en el periodo crítico ya no existe un cuerpo común de creencias axiomáticas y todas las cuestiones se vuelven objeto de duda. El antiguo sistema teocrático debe ser sustituido ahora por un sistema positivo, propone, con un principio único, que se imponga no sólo a nivel nacional, sino en todo el continente²⁷⁶. Una función que cumplía el antiguo sistema feudal, pero que fallaba en su verdadera unidad, puesto que frente a la unidad espiritual se mantenía la fragmentación temporal, división que la ciencia positiva y la federación europea superarán en ese gran Parlamento por él diseñado (y en elaboraciones posteriores, en una Iglesia universal).

Soñando con deducir paso a paso las leyes del universo por su orden de sucesión, tomó primero el orden del universo (influido por la Encyclopédie y entusiasmado con Newton, en cuyo honor propuso institucionalizar un Consejo Europeo de Newton y erigir un mausoleo que disipase las guerras en Europa para siempre²⁷⁷) como *a priori* para el orden social, el cual compartiría, en tanto que parte del todo, el principio de gravitación universal; más tarde, influenciado por Montesquieu, abrazó el organicismo según el cual las sociedades se hallarían organizadas a la manera de fenómenos fisiológicos, para desembocar en la Historia como principio determinante; una historia del hombre como emancipación progresiva a través del incremento de las formas de asociación y cohesión social²⁷⁸. Sólo al pensamiento histórico corresponde pues el procedimiento correcto, y por ello Saint-Simon persigue hacer de la historia una ciencia positiva, con las naciones y las sociedades como su sujeto principal. Las disposiciones fundamentales de su proyecto son por tanto deducidas de una gran serie de observaciones sobre la marcha de la civilización: una filosofía de la historia positiva, en fin, fundada sobre el conjunto de los conocimientos científicos, que nos permitiría desentrañar las claves del futuro, y cuyas consideraciones históricas revierten para Saint-Simon en un proyecto de confederación continental.

²⁷⁶ Puesto que una doctrina general debe mantener el orden entre las diferentes naciones suficientemente avanzadas para poder adoptarla, igual que entre los diversos individuos de una nación única.

²⁷⁷ *Lettres d'un citoyen de Genève*, 1802.

²⁷⁸ Cit. en Talmon, 1960, p. 42, citando a Saint-Simon: "Nuestro plan de organización social proviene directamente del avance del espíritu humano y su adopción es consecuencia inevitable del pasado político de la sociedad europea"

A pesar de poder ser considerado un pensador utópico, Michelet lo consideraba el pensador más avanzado del siglo XIX²⁷⁹, y no dejó de tener un buen número de seguidores. La relación entre la perspectiva histórica y el proyecto para Europa siguió constituyendo una línea de pensamiento fuerte entre sus seguidores, la escuela sansimoniana, durante la Restauración y la década de los años treinta, momento de esplendor de esta corriente. El editor del periódico *L'Européen* (1835-1838) Buchez, reclamaba así el mérito y la importancia de la doctrina sansimoniana, “porque fue la primera en mostrar que, a través de la historia del pasado, podemos llegar a vislumbrar el futuro...”²⁸⁰, en la misma línea en que muchos años antes Condorcet había afirmado en su *Esquisse pour un tableau historique des progrès de l'esprit humain* que, si se conocen las leyes pertinentes, el hombre puede predecir algunos fenómenos con casi absoluta confianza, y no tiene por qué ser considerada como una empresa fantástica la de esbozar cuál será el futuro destino de la humanidad, a la luz de lo que se ha demostrado ya en la historia²⁸¹. Y a su parecer, al igual que para muchos de sus correligionarios, el futuro tomaba la forma de la unidad europea²⁸².

Las leyes del progreso y la civilización que sirven de guía a la historia son pues leyes comunes para todos los pueblos europeos del continente, por lo que todos ellos compartirían este inminente futuro europeo, un *destino de unidad*²⁸³ justificado por aquellos mitos de los orígenes ya mencionados: la Cristiandad, el Imperio, las asambleas bárbaras o la democracia ateniense. La Restauración francesa hizo buen uso de todos estos elementos del pasado en el debate político del periodo, justificando los hechos de la historia (tales como la Revolución) por “la force de choses”, y algunos pocos visionarios, como Saint-Simon o Victor Hugo (cuya obra estudiaremos en el último capítulo), supieron exprimirlos y proyectarlos hacia el futuro, vislumbrando un porvenir de unidad europea. Mientras que la historicidad de un fenómeno suele ser considerada hoy como sinónimo de contingencia, para la narrativa europea del siglo XIX implicaba precisamente lo contrario, y se volvía una cuestión de inexorabilidad.

²⁷⁹ Talmon, 1960, p. 22

²⁸⁰ Buchez, en una reunión sansimoniana del 5 de junio de 1830, citado por Juste Olivier, 1951, p. 73.

²⁸¹ Condorcet, cit. en Nisbert, 1981, p. 295.

²⁸² Así lo mantuvieron al menos autores como Michel Chevalier, J. M. Giacobbi, Gustave d'Eichthal, Juvigny y muchos otros que estudiaremos en el capítulo siguiente. Lo mismo ocurre con el periódico *Le Globe*, órgano de difusión del pensamiento doctrinario primero (aspecto que hemos estudiado en este capítulo) y portavoz del sansimonismo a partir de 1830. Todos estos panfletos y textos se abrían siempre con unas líneas consagradas al recurso al pasado, bajo la forma de una narración histórica, y basaban sus proyectos para una futura federación europea en una conciencia profundamente histórica.

²⁸³ Interpretación de Europa como comunidad de destino que sigue presente todavía en el siglo XX, en autores como Sorel, 1958, o Morin, 1990: “La nouvelle conscience européenne est la conscience d’une communauté de destin » (p. 191).

En contra de semejante determinismo, el filósofo Charles Renouvier publicaba años después una *Ucronia*, cuyo título completo era *Uchronie, tableau historique apocryphe des révolutions de l'empire Romain et de la formation d'une fédération européenne* (1857)²⁸⁴, una narración histórica apócrifa y contrafactual desde los tiempos del Imperio romano hasta el presente, tal y como nunca sucedió. Si la naturaleza humana es libre, se plantea Renouvier, la fatalidad histórica no puede existir, así que el mayor acontecimiento del mundo occidental, la ascensión del cristianismo, bien podría ser tan sólo un hecho contingente. Con esta premisa, el filósofo reconstruye una historia paralela —pero posible— de la historia europea, partiendo de la hipótesis ficticia de que el cristianismo, en vez de haber triunfado en el Imperio romano, podría haber sido relegado al Imperio de Oriente. Esta ficción histórica, esta *ucronía*, “boceto de una elección entre las transformaciones posibles”²⁸⁵, conduce no obstante a Renouvier al mismo punto de llegada, aunque tomando un atajo que aventaja a la Europa histórica y que pasa por encima de diez siglos de dominación de la Iglesia: una federación europea basada en la Razón, la Justicia y la Libertad, que logra con éxito erradicar por siempre las guerras y es plenamente consciente de su esencial unidad²⁸⁶.

²⁸⁴ La primera parte fue efectivamente publicada en 1857, en tres artículos de la *Revue philosophique et religieuse* (vols. 7 y 8). La versión final no aparecería hasta 1876.

²⁸⁵ Turlot, 2003, p. 169.

²⁸⁶ En otro de sus trabajos posteriores, “De la nécessité de constituer en Europe un sentiment européen” (incluido en *Critique philosophique*, 1872, II, pp. 33-42), asimila el sentimiento europeo al panhelénico de la antigua Grecia, aunque falte la unidad de una lengua común (que se ve sustituida por “un sens de l’histoire” compartido), e insiste en que el cristianismo no constituye el elemento fundamental en la idea paneuropea: “le christianisme est un fait étranger à la civilisation, un fait de religion et non de la société civile et politique. (...) les rapports qu’il soutient avec la civilisation il les doit aux emprunts de l’antiquité gréco-romain ». El verdadero carácter de Europa sería por el contrario la preeminencia de la razón, vinculada a la cultura, al reconocimiento y respeto de la legalidad, a la búsqueda de una ley social cada vez mejor; y su civilización europea tampoco es germánica: “la civilisation européenne est la fille unique de la civilisation gréco-latine” (1872, p. 37), apostando por una federación “bien ordonnée” que respete las libertades nacionales, y tenga como principio exclusivo el de la paz.

IV. POLITIZACIÓN DE LA IDEA DE EUROPA

1830 puso fin a la Restauración y el *statu quo* mantenido en el continente hasta ese momento. La Revolución, cuyo final tantas veces había sido proclamado, parecía no haber concluido, y estalló una vez más en el país del que era origen; al tratarse de una gran potencia, las restantes potencias se negaron a intervenir, pese a los convenios de Aquisgrán; la Santa Alianza se desmoronaba de un solo golpe, habiendo fracasado en su propósito de “falsear” la historia y de dismantelar el espectro de la revolución, y el progreso histórico se afirmaba así como nunca antes¹. Tal y como señaló Metternich, el dique tan penosamente levantado en Europa se derrumbaba, y con ello se abría un futuro desconocido ante el cual ninguna de las experiencias hasta entonces habida parecía tener valor². Esta nueva situación iba a impulsar toda una nueva literatura política acerca de ese futuro desconocido, en un tiempo que, una vez más y ante la intensa sacudida, se reconocía con más intensidad aún como la aurora de un cambio profundo.

Las revoluciones de 1830 supusieron la primera revisión de la ordenación de la paz, brindando en varios países una solución nacional y liberal-democrática sobre el principio de la legitimidad monárquica. Acaeció así un cambio de toda la geografía

¹ Holzapfel, 1991, p. 267. Todos los autores de esta época, desde Saint-Simon o Comte a los doctrinarios, recurren a la historia como vía para darle un sentido a la modernidad. La historia permite legitimar históricamente la Revolución, así como justificar su cierre. En esta inflexión del historicismo, la teoría de la historia se torna en árbitro de la legitimidad y de la acción, más allá del derecho o de la acción. (Rosanvallon, 1985, pp. 83-85).

² En Koselleck, 1976, p. 251.

política, por el que comenzó a asociarse firmemente la estructura del Estado constitucional liberal y nacional a los elementos característicos del mundo político europeo³. La nueva situación de tensión política generada en el continente hizo que la impresión de provisionalidad se extendiera cada vez más por la conciencia de toda Europa, resorte para la búsqueda de nuevas formas para el futuro que quedaron reflejadas en títulos tan significativos como el del periódico de Lamennais, *L'Avenir*, y muchos otros semejantes. Y tal y como señala Koselleck, “en la medida en que estos formulaban proyectos contradictorios para el futuro, se hacían más nítidos los contornos de las facciones y grupos”⁴, por lo que el discurso acerca del futuro europeo tomó más que nunca el cariz de un combate político e ideológico, al que venían a sumarse ahora nuevos movimientos de emancipación social.

1. La política del régimen de Julio

La sorprendente caída de Charles X de Francia y de su ministro Polignac en el plazo de tres días provocó una reacción en cadena, una ola revolucionaria que se extendió por toda Europa. La chispa revolucionaria prendió en Bélgica ese mismo verano, en Suiza, alcanzó en septiembre a varias ciudades alemanas y sus efectos alcanzaron incluso a Inglaterra, así como a Italia y los Estados del centro de Alemania; en el canto del gallo francés los pueblos europeos escucharon una llamada a la libertad, tal y como describió Heine. Los principios nacionales o lingüísticos empezaron a enfrentarse al principio monárquico, y el grito de “patria, soberanía popular, unión de los pueblos” esgrimido por los nacionalistas alemanes (Hambach, 1832), acabó convirtiéndose en el lema de toda una generación europea. Un parcial rearme y movilización de los ejércitos recrudeció la situación, y el reguero de pólvora de las respectivas rebeliones amenazó con desembocar en una guerra revolucionaria internacional. El fantasma de la guerra extendió una vez más su sombra sobre todo el continente, y mientras las naciones insurrectas aguardaban la ayuda de Francia, los medios diplomáticos trataron de atajar ese peligro mediante el principio de la no-

³ Francia no fue el único país que cambió su trono; la institución monárquica pasó a ser así, en los nuevos Estados liberales y constitucionales, una institución funcional.

⁴ Koselleck, 1976, p. 252.

intervención, reconociendo al nuevo rey de inmediato a fin de estabilizar la situación y poner fin a la revolución, que el movimiento republicano quería llevar más allá (la aspiración de este grupo se resume bien en las palabras de Edgar Quinet: “dejar que las consecuencias de la Revolución se detengan en las fronteras significa ocultar la misión e instinto de Francia para difundir la civilización”⁵). El conflicto total entre los defensores del *statu quo* y aquellos que luchaban por su libertad nacional pareció durante un tiempo inevitable —tiempo en el que Metternich, los *ultras* prusianos o la Rusia zarista no escatimaron en declaraciones altamente belicosas. Finalmente, sin embargo, el principio de no-intervención acabó imperando, desoyendo toda llamada de auxilio por parte de los movimientos polacos o italianos. La máxima del banquero Rotschild de que si la paz reinaba en el exterior, lo haría igualmente en el interior, pasó a ser la política adoptada por la práctica totalidad de los gabinetes europeos, apostando por la no-intervención⁶.

De esta política de no-ingerencia surgió un nuevo orden europeo, con la consolidación de las potencias liberales en el oeste y de las contrarrevolucionarias en el este, con la ambigua posición de Prusia en medio (“bandos” que firmaron nuevas alianzas enfrentadas en 1833 y 1834, quedando patente la confrontación europea entre este y oeste), y en el que las diferencias constitucionales y los consiguientes programas revolucionarios y contrarrevolucionarios transformaron la política exterior de todas las grandes potencias en una especie de política interior europea⁷. Los intentos constitucionales nacional-revolucionarios puestos en práctica a partir de 1830 desplegaron un programa de renacimiento nacional o de formación de un Estado de base nacional, que sólo más tarde, cuando las reivindicaciones nacionales asumieron un carácter imperialista, les llevaría a enfrentarse entre sí. En estos años anteriores, mientras, se desarrolló un gran trabajo en el campo de las lenguas nacionales, y emergió

⁵ Cit. en Koselleck, 1976, p. 253.

⁶ “Il ne s’agissait pas encore d’une anticipation de la politique de la coexistence pacifique, mais d’un expédient temporaire pour éviter le pire : l’élargissement des acquis démocratiques et révolutionnaires en France, et en Europe, la libération des peuples de la tutelle des seigneurs. Toujours est-il que « le principe de non-ingérence » montre que des États pourvus de systèmes sociaux différents peuvent très bien s’entendre en période de paix sur la base d’intérêts fondamentaux communs. La non-ingérence sauva, d’une part, la Révolution en France et en Belgique des menées contre-révolutionnaires et, d’autre part, laissa les mains libres à la Sainte Alliance pour écraser dans le sang les autres émeutes et mouvements révolutionnaires européens » (Holzapfel, 1991, p. 269).

⁷ Koselleck, 1976, p. 205: “Que no pudiese subsistir ante el foro de la moral ninguna diferencia esencial entre una política interior y una exterior era un hecho sobre el que se hallaban de acuerdo ya los ilustrados, y los proyectos de una paz eterna desde Saint-Pierre, a través de Rousseau hasta Kant, así lo prueban. También el *pathos* de las primeras guerras revolucionarias seguía viviendo de esta premisa. La guerra era considerada una guerra civil, iba sólo dirigida contra los príncipes, no contra los pueblos”.

una nueva fuerza social; tal y como explica Koselleck, la nación lingüística dio origen a un concepto antiestamental de pueblo, y de esta manera, cada uno de los movimientos se iba integrando en el movimiento europeo de conjunto: la fe en la propia misión nacional poseía un alcance internacional, y la emigración facilitaba la rápida evolución de la nueva ideología; si la humanidad fue siempre considerada como el objetivo común, cada pueblo debía ser a su vez el vehículo de su realización: “la patria es la iniciación necesaria para la fraternidad universal”, escribiría Michelet⁸. También los escritores llevaron a cabo, a partir de 1830 y en nombre de un romanticismo orientado hacia el presente, un viraje hacia la “*littérature engagée*”, entendiendo la poesía, a la manera de Byron, como “la conciencia de un mundo futuro”, y ya en 1830 Mazzini pudo formular así el nuevo programa de emancipación: la Revolución francesa acaba de empezar para toda Europa.

En Francia, mientras tanto, había surgido un nuevo régimen en apenas tres días. El último ministerio de Charles X, centrado en la defensa de la monarquía y nombrado en agosto de 1829, había resultado el más débil y políticamente dividido de todos cuantos viera la Restauración; el gobierno de Polignac sólo supo reclutar perfiles sin peso político específico y reprobados por los más moderados. La Asamblea, mayoritariamente liberal, pronto se convirtió en un poder paralelo y rival del poder *ultra* monárquico, que temía un golpe de Estado monárquico contra la Carta (y el mismo Chateaubriand no dudó en pasarse a la oposición). El nuevo gobierno, inactivo o dubitativo en sus primeros pasos, mostraba un discurso cada vez más agresivo, y no dudaba en ensalzar la preponderancia de la autoridad del rey, aferrándose a la ambigüedad del artículo 14 de la Carta. La interpretación del texto constitucional pasó a convertirse así en un debate de primer orden desplegado fundamentalmente en la prensa, y el viraje definitivo del romanticismo hacia la oposición acentuó la ruptura de la generación más joven con la monarquía. Ante el deterioro de la situación, en mayo de 1830 se anunció la disolución de la Cámara; Polignac y el rey habían confiado en que la nueva campaña para la conquista de Argelia volviese a la opinión pública en su favor, pero los resultados de las elecciones de finales de junio—principios de julio superaron con mucho sus peores previsiones; el temor a un nuevo 1789 empujaba a los *ultras* cada

⁸ Michelet en *Le Peuple*, 1846, cit. en Droz, 1988, p. 274. “El nacionalismo era entonces un fenómeno ingenuo y espontáneo, todavía no contaminado por ideologías imperialistas, que los nacionalistas de entonces habrían rechazado con indignación” (Koselleck, 1976, p. 281).

vez más a la convicción de la necesidad del recurso a la fuerza. El 25 de julio, el Rey, acompañado de todos sus ministros, firmaba unos nuevos reglamentos, suspendiendo la libertad de prensa, disolviendo la nueva Cámara de diputados, reformando — restringiendo— la ley electoral y convocando unas nuevas elecciones para septiembre, ordenanzas publicadas al día siguiente en *Le Moniteur*. Un artículo-protesta aparecido al día siguiente en *Le National*, redactado por Thiers y Rémusat y firmado por cuarenta y cuatro periodistas de once medios distintos invitando a la no-obediencia constituyó el pistoletazo de salida para la insurgencia. Entre el 27 y el 29 de julio se desarrollan así las “Tres Gloriosas”, los días en que la capital volvió a cubrirse de barricadas, y la movilización parisina, en principio espontánea, venció a las tropas monárquicas y abrió la vía para un cambio de régimen, que en sus primeras horas basculó entre la República, atrincherada en el Hôtel de Ville y con La Fayette al mando de una comisión municipal provisional, y aquellos liberales que, temerosos del talante jacobino de republicanos y bonapartistas, propusieron a Louis-Philippe d’Orleans siguiendo el modelo inglés (opción difundida por Thiers, Mignet o Guizot, y que acabó imponiéndose): temerosos del impulso republicano e igualitarista, bajo la sombra siempre presente del Terror del noventa y tres, los liberales optaron finalmente por una solución que recordaba más bien al precedente inglés de 1688, llamando al trono a un nuevo monarca (paralelismo historiográfico entre la revolución inglesa y la de julio que pasaría a ser de hecho un tema recurrente en las obras de la época, así como en la prensa⁹).

A partir de entonces las tendencias políticas quedaron encuadradas en torno al “movimiento” (surgido del partido republicano, que busca romper con la Carta de 1814) y la “resistencia” (los doctrinarios que pretenden un retorno a la Carta violada por Charles X), y el nuevo programa político del gobierno se centraría desde entonces en oponer un dique a la revolución¹⁰. Se consolidó un nuevo régimen en el que sólo las capas dirigentes se vieron alteradas, frente a una estructura social que permaneció intacta, una Carta de 1814 que tan sólo sufrió adaptaciones, y un nuevo rey de Francia que, a fin de impedir la radicalización interior, llevó a cabo un complicado doble juego, con un discurso revolucionario desautorizado más tarde por secretos conductos

⁹ “La comparaison entre 1830 y 1688 domine en effet l’interprétation des journées de Juillet » (Rosanvallon, 1985, p. 273); el paralelismo servía así tanto para comprender el pasado como para anticipar el futuro (p. 274), y la comparación tanto con Inglaterra como con Estados Unidos, precedentes históricos del gobierno libre representativo, colocaba sin embargo a Francia a la vanguardia, porque sólo ella poseía una idea clara de su experiencia (p. 282).

¹⁰ Waresquiel, Yvert, 2002, p. 474 y anteriores.

diplomáticos y excluyendo en particular toda llamada al “pueblo”¹¹, nuevo protagonista de los acontecimientos; el “enemigo común”, aglutinador de las clases dirigentes, tomaba ahora la forma del “partido revolucionario internacional” concebido por Metternich y que los doctrinarios franceses no tardaron tampoco en adoptar.

“La France voulait une révolution qui ne fût pas révolutionnaire et qui lui donnât, du même coup, l’ordre avec la liberté»¹²; en estos términos paradójicos concebían los doctrinarios los acontecimientos de 1830: una ecuación ciertamente difícil a resolver que pronto se convirtió en el punto débil del nuevo régimen, confrontado durante toda su existencia al problema de la justificación y de la coherencia de su fundamento: así fue cuestionada tanto la legitimidad dinástica, por un lado, como la pretendida clausura revolucionaria desde los bancos opuestos. Su “cuasi-legitimidad” (término polémico que aparece en más de una ocasión por esos días) pretendía una ruptura en la forma junto con una continuidad en el fondo; frente a la retórica revolucionaria que se hizo tan popular a partir de 1830, los doctrinarios se afanaron en hacer entrar a Francia en una era post-revolucionaria, ideal del conservadurismo y objetivo obligado de toda política fundada en la historia¹³. Los acontecimientos de 1830 aparecen así cargados de significación en tanto que advenimiento final de la civilización, y es que la idea misma de la historia de la civilización esgrimida por Guizot resulta indisociable de la representación de su desarrollo y su clausura. Fin de la revolución, orden estable y regular que pese a todo resultó de corta duración; por el contrario, estos años fueron presididos por una agitación pública casi permanente¹⁴, en los que planeaba la sombra de 1793 y la cuestión siempre abierta de la revolución completada o todavía en marcha. Tal y como ha señalado el profesor Rosanvallon, los doctrinarios no

¹¹ Holzapfel, 1991, p. 269. Acerca del advenimiento del « Pueblo » como nuevo sujeto histórico y político, y aunque sin duda su bibliografía es demasiado amplia como para abordarla en este trabajo, resultan de referencia insoslayable algunas de las siguientes obras: Alain Pessin, *Le mythe du peuple et la société française au XIXe siècle*, 1992; Hélène Desbrousses, Bernard Peloille, Gérard Raulet (dirs.), *Le peuple, figures et concepts: entre identité et souveraineté*, 2004; la revista *Romantisme* igualmente le dedicó un número monográfico (nº 9, 1975).

¹² Guizot, *Trois générations*, cit. en Rosanvallon, 1985, p. 271.

¹³ Rosanvallon, 1985, p. 277 y p. 279: “être conservateur c’est en effet gérer et contempler une société qui sait qu’elle n’a plus de révolution devant elle » (p. 278).

¹⁴ Especialmente en sus cinco primeros años: el 22 de diciembre de 1830 dieron comienzo los primeros disturbios post-revolucionarios, como reacción a la sentencia absolutoria a los ministros de Charles X, incidentes que se multiplican entre los meses de marzo a septiembre, cuando Périer releva a Laffitte al frente del ministerio, y se extienden de París (noviembre de 1831, insurrección del 5 y 6 de junio 1832, atentado contra el rey en julio de 1835, etc.) al resto del país (Lyon 1831 y 1834, huelgas de trabajadores manuales unidos a los republicanos), al menos hasta 1835. Todo lo cual, unido a la epidemia de cólera de 1832, a las huelgas de 1833 y la primavera de 1834, hizo sumergirse al régimen en una tremenda inestabilidad

supieron ver en estas insurrecciones, que truncaban sus esperanzas políticas, sino efectos de la anarquía y el complot, “supervivientes de la barbarie y sus formas contemporáneas como la democracia”. Los nuevos dirigentes no parecían comprender además el nuevo calado social de estos levantamientos, disociando la “cuestión social” y el incipiente movimiento obrero de la agitación política, de forma que quedasen encuadrados en un marco de inteligibilidad menos amenazante pero que falló en su interpretación en un plazo más largo. Los hombres del *juste-milieu* se limitaron por tanto a poner en práctica una política “de resistencia”, lamentándose de que la situación los había obligado a ocuparse únicamente del presente, abandonando las vistas en el futuro que hasta ahora había sido el objeto de sus mayores esperanzas¹⁵. El nuevo régimen comenzaba así un deslizamiento hacia el conservadurismo moralizador (si no hacia cierto autoritarismo), colapsado por la permanencia del conflicto y la contestación en una época que ellos habían concebido como post-revolucionaria. Contestación reflejada en la opinión pública de todas las tendencias, y oposición que se entremezcló también en los discursos sobre Europa, desembocando en última instancia en las revoluciones de 1848 y demostrando así que la gestión de la crisis de los años treinta no tuvo más que un carácter provisional.

Los problemas de orden político interno dominan así los debates de la Asamblea en estos primeros años del nuevo régimen, y aunque la frecuencia de debates relacionados con asuntos de política exterior es menor, tal y como se critica desde algunos medios, el miedo a la guerra, preocupación central a la que el nuevo régimen debe hacer frente y que impulsaría una vez más tantos escritos sobre Europa, también planea sobre muchas de estas intervenciones parlamentarias, recién inaugurada la nueva legislatura; y así encontramos en ellas reflexiones sobre la paz y la guerra, la gran familia humana o la asociación sin duda reseñables en el contexto de este trabajo: el diputado M. Jars¹⁶, que contrapone en un discurso de gran interés (sesión del 7 de diciembre de 1830) la guerra, legado de la barbarie, al progreso y la civilización:

¹⁵ Guizot, “Discours à la Chambre des députés du 12 mars 1834 », en 1863-1834, T.II, p. 218.

¹⁶ Antoine Gabriel Jars (1774-1857), fue miembro de la Asamblea desde 1827 a 1842. Miembro del cuerpo de ingenieros, se mantuvo en las filas de la oposición durante la Restauración, y aliado de la monarquía tras la revolución de Julio, votó con el centro izquierda contra las leyes restrictivas y por las mejoras sociales (en Prévost y D’Amat (dirs.), 1989, T. 18, p. 492).

« La guerre ne saurait être le vœu d'un esprit progressif; la guerre compromet tout et détruit tout; c'est un obstacle certain à tous les progrès, à toutes les améliorations ; c'est un fléau des temps anciens, un legs de la barbarie, et nous devons espérer que la civilisation moderne, à mesure de ses progrès, pourra nous en délivrer »

O el diputado M. Audry de Puyravault que, por su parte, va más allá en esa misma sesión, y declara el final para siempre de la guerra, basándose en el hecho de que los pueblos forman una gran familia:

« Bientôt la guerre ne sera plus possible; les peuples ne voudront plus se suicider. Ils forment par le fait une seule famille qui bientôt n'aura plus de limites que celles nécessaires à l'administration. Des rapports existeront, qui feront participer tous les peuples aux créations de toutes les contrées, et l'association sera réalisée dans le vœu de la nature »¹⁷

Y a pesar de todo, más allá de los canales políticos, el verdadero foro donde se representa este debate acerca de las posibilidades de la paz y el futuro europeo lo constituye la opinión pública, a través de la prensa y los panfletos, que conoce un despliegue sin precedentes en estos años¹⁸. Pero uno de los aspectos más peculiares que se dan en el orden intelectual de esta época es precisamente la estrecha relación entre la vida política y la producción intelectual, la *politiización* de los discursos filosóficos, teóricos o históricos, y que también alcanza, como no podía ser de otra manera, al discurso acerca de Europa. Durante los años de la Restauración se había intensificado el sentimiento de ruptura y distanciamiento con respecto a la filosofía del siglo XVIII por parte de los nuevos intelectuales franceses, distanciamiento que Guizot había cifrado,

¹⁷ Y así propone, en el debate sobre el presupuesto de 1832, reducir el gasto en armamento, “tous les peuples étant frères”; Pierre-François Audry de Puyravault (1773-1852), industrial progresista como su homónimo Jars, fue elegido diputado por vez primera en 1822; ocupó los bancos de la oposición durante la Restauración, periodo en el que participó en sociedades secretas y mostrándose abiertamente republicano; tomó parte activa en la revolución de Julio y, con el nuevo régimen, su oposición se volvió cada vez más virulenta (fue, entre otros, miembro fundador de la “Société des droits de l'homme”). Retirado de la vida parlamentaria en 1837, volvió a la arena política en 1848, como representante del pueblo en la Asamblea constituyente (en Prévost y D'Amat (dirs.), 1941, T.4, pp. 462-465).

¹⁸ La cuestión de la opinión pública ocupa un lugar nodal en la filosofía política de los doctrinarios y el régimen de Julio. Externa a la esfera del poder, constituye el sustrato invisible de lo social, es resultante de un derecho que protege a los individuos y educa en la libertad, en tanto que proceso de aprendizaje para el nuevo régimen. Para los doctrinarios constituye incluso un “modo de gobierno”, y así es que autores como Broglie, Rémusat o Guizot ven en la libertad de prensa una “necesidad social”, intrínseca al espíritu contemporáneo de la sociedad. Guizot fustiga a aquellos que no ven en ella sino un arma ofensiva, un contra-poder, porque su convicción es que la publicidad constituye el medio determinante para instaurar una comunicación política de nuevo tipo, al operar un trabajo de revelación recíproco y crear un espacio público, que es a la esfera política lo que el mercado a la económica. Para Guizot, la prensa es “l'expansion et l'impulsion de la vapeur dans l'ordre intellectuel ».

en un artículo de 1829, en la ruptura entre el “espíritu filosófico” del siglo precedente y el “espíritu político” que a sus ojos caracteriza a la nueva generación¹⁹; un nuevo espíritu político que no se relaciona con las ideas más que en la medida en que éstas participan de los hechos sociales, y con vistas a su aplicación en la acción política, desde una perspectiva utilitarista que profundiza además en el análisis sociológico. Así critican la filosofía anterior, calificándola de “demasiado literaria”, alejada de las realidades sociales e incapaz de depurarse por la experiencia política²⁰. La labor intelectual que se emprende ahora por el contrario se concibe con una intención práctica y civilizadora, y el intelectual deja de ser mero espectador para implicarse en la realidad política y social, lo que explica el trasvase de numerosos escritores e historiadores a la vida política y viceversa, y determina un cariz específico en el pensamiento de esta época. Politización significa ante todo hacer hincapié en la naturaleza conflictual del debate: las posiciones mantenidas resultan a menudo opuestas, y frente al industrialismo de los sansimonianos, por ejemplo, los doctrinarios se ocupan por el contrario escasamente de los problemas económicos e industriales: al tratar de la posible unión aduanera franco-belga en 1842, Guizot sólo la concibe como una solución para el “maintien de la paix et de l’ordre européen”²¹, mientras que el economista Louis de Carné, fundador de la *Revue européenne*, sueña, a la manera sansimoniana, con “la bourgeoisie exploitant l’Europe comme une grande usine, l’organisant comme une ruche d’abeilles, constituant simultanément dans son sein le mandarinat de la science et la hiérarchie du travail »²².

Este periodo constituye en todo caso una “época dorada” de la filosofía política²³, base del pensamiento político contemporáneo, al tenerse que enfrentar a la necesidad de una ciencia política y al mismo tiempo social (con la emergencia de la sociología y el pensamiento sociológico) que pudiese hacer frente a la nueva amenaza de disolución social de la que tanto se ocuparon los publicistas del periodo, y frente a la que muchos esgrimieron como receta política las máximas de *asociación, fraternidad o federación*.

¹⁹ Guizot, en *La Revue Française*, septiembre de 1829, cit. por Rosanvallon, 1985, p. 144.

²⁰ Rémusat, *La Revue Française*, nº1 de 1829.

²¹ Guizot, *Mémoires*, cit. en Rosanvallon, 1985, p. 269.

²² Louis de Carné, 1838, T.I, p. 147.

²³ Rosanvallon, 1985, p. 75: aspecto sin embargo, señala este autor, no destacado por todos aquellos que no han abordado el movimiento intelectual de este periodo más que como una época de transición indecisa y confusa hacia otra cosa, haciendo de los autores de la Restauración y el régimen de Julio “precursores” de algo que todavía estaba por llegar, o simples “continuadores” del pasado, y negando así el sentido particular del hervidero intelectual que constituyeron estos años, verdadero laboratorio del pensamiento político contemporáneo.

2. La prensa de 1830:

“La presse a fait deux gouvernements: celui de 1830 et celui de 1848”²⁴. Esta famosa sentencia resulta desde luego válida para los acontecimientos de julio de 1830, desencadenados por el rechazo de la prensa a las nuevas ordenanzas de Charles X, y primeros impulsores —periodistas y obreros de las imprentas que de otro modo quedarían desempleados— de la movilización. La monarquía había comprendido desde el primer momento la fuerza de la prensa y se afanó en obstaculizar su tarea mediante decenas de leyes represivas y de censura durante todo el periodo de la Restauración. A pesar de las dificultades, los periódicos no flaquearon en su campaña contra la monarquía, dentro y fuera de sus páginas, impulsando suscripciones, panfletos, promoviendo la acción electoral o la influyente “campaña de los banquetes”. Y cuando no podían publicar libremente opinión política en su país, los periodistas franceses introducían “correspondencias privadas” en los periódicos liberales de otros países como Inglaterra, ejerciendo su derecho a la opinión desde el exterior e internacionalizándola, por lo que fueron acusados de “corromper a la opinión pública europea”²⁵.

Y si desde luego no faltaban periódicos de todas las tendencias y colores, lo cierto es que en estos años predomina la prensa de la oposición; triunfan los periódicos políticos de carácter independiente, que superan a ministeriales y legitimistas incluso sumados estos dos últimos. En el segundo trimestre de 1832, por ejemplo, el número de abonados a periódicos independientes es de 45.000, mientras que el número de abonados total a los diarios ministeriales es de sólo 23.000, y de 17.000 a los periódicos legitimistas²⁶. En 1836, por su parte, nacen órganos menos costosos y por lo tanto más

²⁴ Hippolyte Castille, 1853, cit. por Ledré, 1960, p. 5.

²⁵ *Le Conservateur*, cit. en Ledré, 1960, p. 19.

²⁶ Entre los periódicos independientes destacan *Le Constitutionnel*, *Le Courrier Français*, *Le Temps*, *Le National*, *Le Commerce*, *La Tribune*, *Le Corsaire*, *Le Messager des Chambres* o *La Révolution*; entre los ministeriales: *Le Journal des Débats*, *Le Journal de Paris*, *Le Moniteur*, *Le Figaro*, *La Constitution de 1830* o *Le Nouvelliste*; entre los legitimistas se cuentan *La Gazette*, *La Quotidienne*, *Le Courrier de l'Europe*, *Le Revenant* y *el Brid'oison*. Datos extraídos de *L'Européen*, 15 de septiembre 1832.

extendidos, y así se dobla, entre 1836 y 1846, el número de periódicos publicados en París²⁷.

El contenido político y de actualidad incrementa paulatinamente su presencia en los periódicos, a lo largo de toda la Restauración como durante la década de 1830. En el último gobierno *ultra* de la Restauración, el silencio ministerial había cedido el “monopolio” del debate político a la prensa, y los periódicos conservadores arremetieron con una campaña de interpretación absolutista de la Carta, mientras que la prensa liberal contraatacó con virulencia abogando por la teoría de la prerrogativa parlamentaria; periódicos como *Le Globe* o *Le National* —surgido en enero de 1830 y en cuyas páginas Thiers escribió aquello de “el rey reina pero no gobierna”— jugaron un gran papel en el derrocamiento de los Borbones²⁸. Así se puso en marcha esta pequeña guerra de textos, “guerra de papel” que con frecuencia se valió del anacronismo histórico en su argumentación, haciendo publicidad de la “leyenda de Napoleón” (especialmente tras el retorno de sus restos mortales en 1840) y mostrando una diversidad de oposiciones vigorosas a la monarquía de Julio (con quinientos procesos judiciales en apenas dos años). Aquellos periódicos posteriores a 1830 contaban además con la firma de importantes intelectuales y activistas políticos, como Louis Blanc, Raspail o Leroux, que tomaron el relevo de los socialistas utópicos, cuya huella profunda, especialmente la de los sansimonianos que estudiaremos en este apartado, permaneció durante mucho tiempo²⁹.

2. 1. Los saintsimonianos de *Le Globe* : la asociación universal

Tras la Revolución de Julio, muchos de los colaboradores habituales del periódico *Le Globe* habían pasado a ocupar cargos oficiales; las disensiones entre los miembros del consejo de redacción ya habían hecho mella, y el grupo de *globistas* acabó por disolverse, siendo adquirido el periódico por los sansimonianos (de los que Pierre Leroux, redactor jefe de la primera época, había estado cada vez más cerca) en

²⁷ Datos de Ledré, 1960, p. 18.

²⁸ Waresquiel, Yvert, 2002, pp. 439-440.

²⁹ Ledré, 1960, p. 20.

diciembre de 1830, bajo la dirección de Michel Chevalier y bajo la nueva rúbrica, que acompaña ahora al título, de *“Journal de la Religion Saint-simonienne”* y de la *“Association Universelle”*.

Los seguidores de la doctrina de Saint-Simon, convertidos ahora en una suerte de nueva Iglesia a cuyo mando, ocupando el lugar de “Padre” se encontraba Prosper Enfantin, y reclusos en su residencia de Ménilmontant, gozaron de cierto protagonismo en los comienzos de esta década de 1830, si bien siempre al margen de los canales políticos habituales, y hasta su desmembración de agosto de 1832, cuando las autoridades, que siempre sospecharon de su carácter sectario, pudieron finalmente ponerle fin y encarcelar a algunos de sus cabecillas. Pero sus ideas conocerían una importante influencia en la doctrina social de la época y posterior, y en lo que respecta a esa idea de Europa, cuyas bases unitarias ya habían sido establecidas por el maestro, no cejaron en su campaña de opinión, mediante la publicación de periódicos y panfletos y la predicación por toda Francia³⁰, difundiendo ese mensaje de carácter eminentemente político³¹:

« Qui aujourd’hui, en dehors de nous, a une politique purement européenne découlant ainsi d’une pensée unique? Qui pourrait traduire ainsi ses principes politiques par une carte de géographie? »³²

Muchos de ellos provenientes de la prestigiosa École Polytechnique (Olinde Rodrigues, o los propios Enfantin y Chevalier), que darían importantes resultados en ingeniería en las décadas siguientes, también se cuentan entre sus filas economistas

³⁰ “Le règne de la paix et de l’amour est arrivé... (...) Notre politique c’est l’association universelle à tous les peuples », son el tipo de consignas que se repiten en las predicaciones del Padre Hoart y de Canet en Toulouse, o de Le Chevalier en Rouen (« Profession de foi aux habitants de Rouen »), recogidos en artículos de *Le Globe* del 18 de marzo y del 5 de abril de 1832. En 1832 los sansimonianos contaban con más de 600 miembros de pleno derecho, y más de 2.000 trabajadores dirigidos por su escuela (datos en *Le Globe*, 13 de marzo de 1832). Frédéric Passy no duda así en situarlos, en su estudio “La Paix par le Droit” a la cabeza de aquellos a los que se debe honrar por haber contribuido al advenimiento de tiempos mejores (*Revue de la Paix*, mayo 1910, p. 259). Enfantin, que ni siquiera había formado parte del círculo de Saint-Simon, se esforzó junto a sus nuevos discípulos por preservar las enseñanzas del maestro, aunque las desviaciones doctrinales también fueron frecuentes.

³¹ Los participantes en la comuna de Ménilmontant fueron juzgados por asociación ilícita y su actitud escandalosa contraria a la moral pública, pero detrás de tal acusación se escondía sobre todo el miedo de las autoridades a un importante movimiento de oposición política. Ante el tribunal que le juzgaba, Enfantin reconoce así el carácter eminentemente político de su grupo: “Oui, certes, nous avons un but politique, car nous avons une foi religieuse qui nous dit ce que Dieu veut des sociétés humaines : nous formons une association politique et religieuse », y su misión no es otra, tal y como él mismo expresa, que « fonder la sainte famille humaine (...), réaliser l’association universelle (...) annoncer la fin des guerres » (*Parole du Père à la Cour d’assises*, 8 de abril de 1833).

³² Chevalier, *Nécessité des formules politiques. Les nôtres*. París, 1832.

como Adolphe Blanqui, médicos como Buchez o filósofos de la talla de Charles Lemonnier o Auguste Comte; todos ellos comparten, pese a escisiones posteriores, el sentimiento vivo de que su época representa realmente un giro en la historia, de que se hallan “placés sur les limites d’un monde qui finit et d’un monde qui commence”. Seguros de las consecuencias morales y sociales del progreso material y económico, “l’âge saint-simonien autorisait tous les espoirs”, tal y como ha señalado uno de sus estudiosos³³.

Le Globe, en ésta su segunda etapa y convertido en órgano oficial del sansimonismo hasta su desaparición en abril de 1832, sirvió para la difusión de estas ideas; bajo el epígrafe de “*política exterior*”, que pronto fue corregido por “*política europea*”, con una nota lo suficientemente elocuente³⁴, numerosos artículos trataron el tema de Europa en torno a esta voluntad de afianzar la pacificación del continente a través de la organización y el diseño de una fraternidad universal³⁵. El discurso europeísta de estos artículos sigue concretamente la pauta de las siguientes ideas comunes, a saber: frente a los ecos de guerra que sacuden la actualidad política, los sansimonianos reaccionan y no dudan en hacer una crítica a la política timorata y muchas veces errónea del gobierno de Julio, a la diplomacia tradicional, y ante las crecientes amenazas, defienden con vehemencia la idea de que la guerra en Europa es ya imposible; analizan la situación de cada país haciendo énfasis en lo que el destino espera de cada uno, y lanzan su propuesta de una nueva política, que habría de girar en torno a una *asociación universal*, abanderada por la alianza franco-inglesa-alemana o, posteriormente, el proyecto de un gran *sistema mediterráneo*, una organización política y económica que englobase a toda Europa así como al norte de África³⁶.

³³ Puech, 1948, p. 41.

³⁴ “C’est par erreur que nos articles précédents ont paru sous le titre de *Politique étrangère*; il n’est pas de politique étrangère pour les disciples de Saint-Simon” (« Politique européenne », *Le Globe*, 7 de abril 1832).

³⁵ Sustituyendo la ley de la gravitación por la ley de asociación en tanto que ley universal, creyeron completar así la doctrina de su precursor (Brothier, 1859).

³⁶ Muchos de estos artículos, firmados en su mayor parte por el propio Michel Chevalier (alguno también por Gustave d’Eichtal, posterior autor de *De l’unité européenne*, 1840), fueron compilados y publicados en 1832 bajo el título de *Réligion Saint-simonienne. Politique Européenne*. En su “Avis” preliminar, Michel Chevalier presenta estos artículos escogidos de política general en la novedad que proponen para las relaciones entre los Estados sobre una base más amplia y generosa de lo nunca expuesto hasta entonces, y cifra esta obra como el primer intento real de distribución de tareas “en la obra humanitaria que debe preparar la *asociación universal*”. Reconoce aun así ciertos errores: haber asignado en el pasado un papel excesivamente pasivo a Oriente en sus relaciones con las potencias occidentales, y el carácter profundamente crítico que empaña algunos de estos textos, inmersos en la polémica del momento en que fueron escritos.

2. 1. 1. La *vieja política*

Este casi medio centenar de artículos (de julio de 1830 a abril de 1832) fueron escritos con la resaca aún de la revolución de las Tres Gloriosas, y bajo la amenaza de una nueva guerra europea. Los primeros artículos, publicados todavía en la época liberal del periódico, miran con reticencia más allá de sus fronteras, y tratan de apaciguar los ánimos de las potencias europeas atenazadas por el miedo revolucionario; Europa es para ellos todavía el partido de la oposición, la “monarquía universal” de la Santa Alianza³⁷. Y todos sus esfuerzos se dirigen a tranquilizar los ánimos con la esperanza de una paz general, acogiendo con regocijo la noticia de que Inglaterra reconoce el nuevo régimen en el mes de septiembre: « Ainsi s'évanouissent les alarmantes prévisions de ceux qui, trompés par des fausses analogies avec 89, nous montraient déjà l'Europe en armes, la coalition renaissante, et notre indépendance menacée »³⁸.

Al año siguiente, con la redacción de *Le Globe* en manos ya de los sansimonianos, la amenaza bélica sigue planeando sobre la política internacional, y

³⁷ « Le parti qui médite la ruine de nos institutions (...) se flatte d'avoir pour lui l'étranger », comienza un artículo del 11 de julio. Portavoz de la moderación, augura que las potencias europeas no quieren la guerra, y se mantendrán en la defensa del *statu-quo* y el principio de no-intervención. Y el 7 de agosto, pasados los tres días de julio ya, escriben: “Les députés ont (...) manqué de tact et d'esprit d'avenir. (...) J'aurais voulu aujourd'hui voir les rois de l'Europe dans une tribune de la chambre des députés. (...) ils auraient admiré ces concessions mutuelles que se sont faites les opinions les plus opposées pour l'amour de l'union et de la paix ; ils auraient compris que la fièvre des révolutions violentes ne brûle plus les têtes françaises. L'étonnement qu'ils ont dû ressentir de voir un trône si vite brisé, eût été surpassé par l'étonnement bien autrement grand d'en voir un nouveau reconstruit plus vite encore, et les bases de la plus libérale des constitutions européennes posées en quelques heures ».

³⁸ « La France n'est pas plus en 1830 dans les conditions périlleuses de 89. (...) ce qu'il y eu de bon, de sympathique et de cosmopolite dans le mouvement extérieur de 89 se retrouve aujourd'hui et déjà éclaté de toutes parts ; seulement cet esprit de liberté européenne, qui de tout temps s'est ranimé à notre foyer, va se faire jour... (...) nous l'espérons, sans intervention du dehors et sans conflagration générale (...) et la paix de l'Europe ne sera pas détruite ». (*Le Globe*, 3 de septiembre 1830). A finales de mes la sombra de la guerra planea todavía sin embargo: « Au dire de certaines (...) l'Europe chauffe (...), et peuvent l'entraîner dans une guerre européenne. Cette prévision, aussi malheureuse que inhabile, semble avoir influé sur la marche du ministère. (...) Il était urgent de prouver aux souverains de l'Europe qu'en changeant de dynastie nous n'avons pas changé l'essence de notre gouvernement ». Y tras repasar la situación de cada potencia para argumentar que no están en disposición de entrar en guerra, y congratularse por la buena acogida en la opinión inglesa, concluyen : « Enfin tous les états qui nous avoisinent (...), fermentent et soupirent après un meilleur ordre de choses, et au milieu de cette fermentation générale, la France apparaît jeune et forte de son dernier triomphe (...), sûre de prendre (...) la position la plus brillante de l'Europe et la prépondérance que méritent partout la sagesse et la force réunies » (*Le Globe*, 23 de septiembre 1830).

marca la línea de todos sus artículos sobre política extranjera, que inevitablemente giran sobre una firme apuesta por la paz que acabe con toda posibilidad de una “guerra civil europea”: « Une vaste conflagration semble à chaque instant imminente : et de tous les faits qui peuvent se produire, une guerre européenne est le plus terrible. (...) la guerre des Européens entre eux serait atroce comme une guerre civile »³⁹. La difusión de los movimientos insurreccionales por el resto del continente, la conferencia de Londres sobre la independencia belga, la cuestión irresuelta de las provincias renanas que algunos reclaman generan un estado de incertidumbre y tensa inestabilidad, que repercute en la política interior francesa, tal y como reiteran estos periodistas:

« La question de la paix et de la guerre, toujours palpitante, car les dispositions insurrectionnelles des peuples multiplient les chances d’une conflagration générale, est celle dont les esprits sont le plus préoccupés. (...) l’instabilité des rapports extérieurs de la France réagit intensément sur son état intérieur. C’est seulement lorsque l’Europe sera pacifiée que la paix du dedans sera certaine »⁴⁰

La postura de los sansimonianos, más enérgica que la de los anteriores directivos del periódico, ve claro que la época de la Santa-Alianza ha pasado⁴¹, así como la ausencia de nuevas reglas que dirijan los asuntos europeos: “les relations actuelles de peuple à peuple révèlent dans l’état de l’Europe un désordre profond »⁴² ; los distintos planes enfrentados de los diferentes partidos, de los legitimistas a los republicanos, y que pasan en su mayoría por la necesidad de otra conflagración general como solución a la crisis europea, no tienen tampoco a sus ojos ningún futuro⁴³. Las nuevas

³⁹ *Le Globe*, 16 de agosto 1831. « C’est la paix qu’il faut à l’Europe. (...). L’Europe, en se livrant à la guerre, se condamnerait à de rudes commotions, à des désastres industriels, à un renouvellement des sentiments arriérés de haines nationales » (*Le Globe*, 29 de junio 1831)

⁴⁰ *Le Globe*, 29 de junio 1831.

⁴¹ « En 1830, le cadavre de la vieille Europe accidentellement ranimé en 1815, est bien cette fois un cadavre » (en Laurent, 1832) ; « L’Europe n’est pas en paix ; car la guerre est dans tous les esprits. (...) L’Europe n’est pas en paix ; car sa constitution actuelle repose sur les traités de Vienne et de Paris » (en *Le Globe*, 16 de agosto 1831).

⁴² *Le Globe*, 14 de junio 1831.

⁴³ « Quels seraient les caractères d’une guerre européenne, quels en seraient les résultats... ? (...). Une guerre européenne aurait pour but, dans l’esprit des libéraux qui la veulent, de mettre à bas toute aristocratie et d’aller partout, les armes à la main, implanter dans la pratique gouvernementale les principes démocratiques » (31 de enero 1832). Pero los sansimonianos se muestran tan contrarios a la santa-alianza y el viejo orden como a la fiebre revolucionaria republicana y democrática, y así, en la semana del 22 al 27 de febrero, *Le Globe* entabla una polémica con el periódico *La Tribune*, que ha respondido a sus proyectos de paz y asociación universal: *La Tribune* parece dar muestras de una mentalidad “progresiva” y acoge con fe y esperanza la idea de asociación universal de todos los pueblos; a pesar de todo, este periódico afirmaba que semejante progreso no podría lograrse más que con la condición previa de una guerra general y del establecimiento por toda Europa de *corrientes revolucionarias*. Estos *medios* resultan extraños a ojos de los sansimonianos, quienes respondieron que les era difícil concebir de qué manera, para llegar a pacificar y a asociar a los pueblos, habría que

“corrientes revolucionarias”, esperanza para muchos y amenaza para otros tantos, intensifican cada vez más esos “*bruits de guerre*”: « c’est dans la crainte de la guerre que se résument toutes les craintes »⁴⁴. Y para atajar esos miedos los sansimonianos proponen una *tercera vía* para la crisis europea, que no apele a las armas, porque la guerra ya no tiene razón de ser:

«Il reste à savoir si l’on aimera mieux continuer cette guerre de tirailleurs qui maintient toute la société en alerte perpétuelle, que d’ouvrir par les journaux et par les discussions publiques les congrès où sera signé le pacte d’harmonie et de confiance entre les peuples, et par conséquent de prospérité par tous, peuples et individus » ; « Que faire alors, comment terminer la crise qui travaille l’Europe, comment en finir avec les aristocrates ? » « Et c’est précisément parce que si la guerre offrait le moyen de sortir de la crise européenne, elle n’y conclurait qu’à l’aide de ces mesures préventives à l’Attila, que la guerre est aujourd’hui sans but et qu’elle ne peut avoir lieu »⁴⁵

Estos textos sansimonianos toman además un cariz altamente polémico y de fuerte crítica a la política contemporánea. Ya hemos visto cómo entran en debate con otros periódicos; critican además la falta de sensibilidad respecto a las cuestiones europeas del gobierno de Julio, sus decisiones de corto alcance y la política liberal en su totalidad; especialmente duros son con la diplomacia tradicional y las políticas de equilibrio europeo; y tampoco se libran de este negativo enjuiciamiento los gabinetes de otros países, o incluso intelectuales contemporáneos de la talla de Guizot o Michelet.

La política actual desconoce y desprecia el papel que Francia es llamado a jugar en los asuntos del mundo civilizado: la caída de Charles X, subrayan, tiene consecuencias europeas, no es política nacional exclusivamente: « Il y a eu désertion odieuse de la cause européenne et de l’honneur de la France »⁴⁶. En su opinión, el gobierno de julio está primando la política interior, sin darse cuenta de que el orden de ésta depende de la paz exterior; los sansimonianos son por el contrario conscientes del

comenzar por despertar las susceptibilidades y los odios nacionales, y lanzarlos unos contra otros comprometiéndolos en una lucha general sangrienta (27 de febrero 1832): “Comment (...) peuvent-ils encore se rire des moyens d’association et d’union ineffable entre les peuples que nous proposons, et affirmer sans frémir que cette association ne peut se réaliser que par une guerre générale et terrible?” (22 de febrero 1832).

⁴⁴ *Le Globe*, 12 de enero 1832: « On voit la guerre pendant au bout de toutes les discussions. (...) les bruits de guerre sont défavorables à la cause du progrès. (...). La crainte seule de la guerre est donc aujourd’hui funeste aux intérêts du travail, funeste à la cause de l’émancipation. (...) Mais l’Europe menace ; il faut se tenir en garde contre la perfidie des cabinets (...) L’Europe des rois menace la France comme la France menace l’Europe des rois ».

⁴⁵ *Le Globe*, 12 y 31 de enero 1831.

⁴⁶ *Le Globe*, 31 de marzo 1831.

cariz europeo de los últimos acontecimientos⁴⁷, y de la necesidad de abordarlos como algo prioritario:

« Dans un discours qui avait des prétentions à la profondeur, M. Guizot a dit qu'il fallait exclusivement s'occuper d'abord de la question d'organisation intérieure, parce que de là dépendait l'état des relations extérieures. On pourrait dire avec autant de raison qu'il faut provisoirement laisser de côté la question du dedans, pour donner tous les soins à la politique extérieure ; car (...) il est indispensable que l'Europe soit réellement pacifié »⁴⁸

El 8 de diciembre de 1830 reprochan a la Cámara la decisión de una conscripción de 80.000 hombres, resuelta tan sólo en cuatro días. Polemizan además con el debate que ha tenido lugar esos días en la Asamblea, y destacan cómo algunos diputados se reacomodan al *progreso*, “ce mot dont on s'était fait un épouvantail”. Se lamentan de que las ideas antibélicas son sin embargo “malheureusement peu habitués à entendre prononcer par les politiques du jour, par les hommes qui contemplant dans le ravissement de l'extase le mécanisme compliqué de l'équilibre européen ». Los nuevos *globistas* están convencidos de que “la Chambre ne veut pas la guerre”, a pesar de las declaraciones hostiles del general Richemont contra Inglaterra, cuya resolución es finalmente rechazada. Y si bien es cierto que el gobierno se ha opuesto a la guerra por todos sus medios, « ce n'était point qu'ils eussent en eux un sentiment des véritables intérêts européens »⁴⁹. Francia actúa sobre la idea de que la guerra sería mortal para su recién estrenado sistema, pero se empeña en mantener el *statu quo* que confunde con la paz, esperando evitar la conflagración general que teme más que nadie. El gobierno se equivoca no obstante, apuntan desde *Le Globe*, tratando de tapar un agujero tras otro, posponiendo conflictos que de ese modo se agravan; su falta de una visión más amplia, su estrechez y egoísmo es sin embargo, tal y como se subraya en varias ocasiones, más desconocimiento que traición o mala fe⁵⁰, conceden: « Le ministère ignore les moyens de pacifier l'Europe »⁵¹.

⁴⁷ « Après les événements de juillet les esprits étaient préoccupés des souvenirs de la révolution française, l'idée de guerre traversa tous les esprits. On sentait que ces événements avaient un *caractère européen* » (*Le Globe*, 20 de enero 1832).

⁴⁸ *Le Globe*, 16 de agosto 1831.

⁴⁹ *Le Globe*, 20 de enero 1832.

⁵⁰ “Le ministre [Guizot] annonce la paix, à condition qu'il restera au pouvoir. (...) Mais le ministère sait-il ce qu'il doit faire pour être ainsi le bienfaiteur des nations ; sait-il même en quoi consiste la paix ? Nous n'hésitons pas à dire qu'avec des intentions fort bonnes il ne s'en doute pas » (*Le Globe*, 16 de agosto 1832) ; « Le gouvernement lui-même, chez lequel il y a, quoi qu'on en puisse dire, bien plutôt absence de lumières que mauvais vouloir... » (16 de junio 1831).

⁵¹ « Non, l'Europe n'est pas en paix. Et comment lui assurer des institutions pacifiques dont elle a un besoin pressant? Quel procédé conçoit le ministère ? Il veut négocier sourdement (...) ; il veut négocier

Esta crítica al gobierno de julio entronca en realidad con una crítica a los doctrinarios y a todo el liberalismo, ideología que, opinan, ha perdido su valor para el futuro. Las revoluciones inspiradas por el republicanismo han fracasado⁵²; la insurrección belga, tan gloriosa y prometedora en sus primeros días, está hoy sin aliento: « La liberté des libéraux a perdu de son prestige, parce qu'elle n'est pas la liberté de l'avenir »⁵³. Los doctrinarios han dejado, desde la revolución de las Tres Gloriosas, de comprender a Francia, y con sus discursos no hacen sino adjudicarse una sentencia de muerte, porque demuestran que ya no viven en su siglo, y que han desertado de la causa de la civilización⁵⁴. La política de estos hombres, ya no del justo-medio sino simplemente mediocres (« Les hommes médiocres qui ont été portés à la tête des affaires en France depuis la révolution de juillet... »), basada en mantener el orden en el interior y la paz en el exterior, ha dejado subsistir fuera una cuasi santa-alianza, y Francia y Europa se encuentran así en el mismo punto que antes de la revolución. Y sin embargo, « le système de la sainte-alliance craqua par toute l'Europe, comme celui de la

en prenant pour les bases les traités de 1814 et 1815 ; il veut faire de la *légalité européenne* ». Frente a eso, los sansimonianos alertan sobre « l'irritation générale, la méfiance des cabinets les uns contre les autres, les privilèges de quelques classes, et l'exploitation du plus grand nombre (...) ; les lignes de douanes (...), des divisions territoriales (...) » (*Le Globe*, 3 de junio 1831 y 16 de agosto 1832). Y en esta crítica a la política europea del gobierno de julio, hay lugar también para críticas a actuaciones más concretas, en las que se plasma esa falta de visión europea; los sansimonianos protestan así, en varias ocasiones, por la ausencia de intervención a favor de Polonia, del mismo modo que antes ocurriera con Grecia: ¿Y qué hemos hecho por esta noble víctima? se preguntan : « Le gouvernement français a dit qu'ils étaient trop loin ! Il a fait de la petite diplomatie ; il n'a même pas osé offrir une médiation embarrassée ». (*Le Globe*, 8 de marzo 1831).

⁵² « Le régime républicain est sans poésie ; il a trop d'aridité et de sécheresse (...), est trop mesquin, trop dépourvu de haute solennité » (*Le Globe*, 31 de enero 1832). « Toute doctrine exclusive qui ne peut réussir que par l'extirpation et l'extermination n'est pas une doctrine d'avenir, et ce n'est pas la république qui dotera les peuples de l'émancipation » ; « Une guerre révolutionnaire serait d'ailleurs peu populaire en Europe, même parmi les masses ».

⁵³ *Le Globe*, 31 de enero 1832. Su crítica a los liberales de la época también alcanza a algunos intelectuales contemporáneos, como al historiador Michelet y su *Introduction à l'Histoire universelle* : « ce petit livre est encore un des signes de l'absence de lien social, de la dissolution des croyances et des institutions, du besoin de régénération et de foi nouvelle qui se manifeste à notre époque (...) demandant où est l'unité générale. (...) ; sans connaissance de l'avenir, il méconnaît le passé, il souffre dans le présent ». Recordando la obra de Bossuet, quien demostró las leyes de la historia y la unidad de destino del hombre y las sociedades, subrayan: « Michelet se laisse entraîner plus loin à prophétiser le retour vers le repos, la paix, l'unité, (...) influencé par l'état social au milieu duquel il vit, regarde l'humanité comme éternellement condamnée à la lutte, à la fatalité ; et qui de l'autre, inspiré par le sentiment de l'avenir auquel il ne peut échappée, s'élance irrésistiblement vers une époque d'ordre, d'association, d'unité ». Michelet comete sin embargo un error, está atravesado por las contradicciones, y sólo ellos creen poseer la clave de esa « *unité* » con la que sueña el historiador (24 de junio 1831). Y unos días después siguen polemizando con Michelet (29 de junio 1831): « il n'a rien de nouveau à nous apprendre ni de l'avenir ni du passé » ; el historiador predice « une révélation nouvelle, une *nouvelle unité* », pero se expresa todavía por dualismos, antagonismos que deben desaparecer definitivamente. El hombre no puede estar condenado a una guerra sin fin; el futuro ha de estar en *unir, armonizar*. Michelet es consciente de las « misères européennes » que asolan el continente, pero cree también en la misión providencial de Francia, conceden finalmente.

⁵⁴ *Le Globe*, 28 de enero 1832.

restauration avait croulé en France ». Es cierto que otros pueblos se han levantado contra sus gobernantes a la señal de Francia; “mais nos gouvernants imperturbables, nos fins diplomates ne se flattent pas moins d’avoir jusqu’ici maintenu la *paix* en Europe”. Tan solo :

« les hommes les plus avancées du parti libéral, qui entrevoyaient ce progrès de politique positive, poussaient aussi au dehors à l’émancipation des peuples et à leur union avec la France, leur sœur aînée et leur guide »⁵⁵

Pero sin duda alguna, la crítica en la que se vierten las críticas más duras versa sobre la diplomacia clásica y sus maneras de obrar, sus “principios retrógrados”, los “misérables *imbroglios* des diplomates”, sus intrigas y sus “conciliábulos”:

« Depuis dix mois il s’est fait beaucoup de diplomatie en Europe. (...) ; mais il l’a enveloppée de tant de mystère, si indécise... » ; « ...des errements d’une diplomatie aveugle qui se croit profonde, parce qu’elle opère ténébreusement et tortueusement sous terre » ; « ...tout ce qu’il y a de mesquin dans les rapports actuels des peuples, dans le système des rivalités nationales ; tout ce qu’il y a de petit, de misérable dans le ténébreux régime de la diplomatie » ; « Ne voit-on pas les diplomates, c’est à-dire, les fortes têtes des cabinets, pratiquer entre eux la ruse, le mensonge, la méfiance, la haine, avec une imprudence de bon ton consacrée par l’usage dans le monde des cours ? »⁵⁶

En opinión de los sansimonianos, la vieja política y la diplomacia, tal y como se han ejercido hasta ahora, son bárbaras e inmorales; una política nueva es indispensable:

« La diplomatie est arriérée; elle vit encore sur un principe du passé (...). Suivant les diplomates, chaque peuple a des intérêts opposés à ceux des autres peuples (...) ; chez tous les peuples de l’Europe occidentale l’élément de progrès a cessé d’être dans le gouvernement »⁵⁷

⁵⁵ Pero para los doctrinarios, el verdadero objetivo de las revoluciones modernas fue ya descubierto y fijado en 1688; para esos “espíritus metafísicos”, la forma política representativa es el tipo natural al que Europa, desde hace siglos, aspira a elevarse. No tienen en cuenta el “problema social”, piensan que está ya agotado; así actúa esta metafísica constitucional (*Le Globe*, 31 de marzo 1831).

⁵⁶ *Le Globe*, 18 de junio 1831, 14 de junio 1831, 26 y 29 de junio 1832, 3 de junio 1831, 8 de diciembre 1830, 16 y 26 de junio 1831, estos dos últimos referidos a las intrigas urdidas en la conferencia de Londres, y al gobierno *wigh*. Y acerca de los Países Bajos y las disposiciones tomadas en la conferencia de Londres, añaden: « Actuellement une délimitation absurde, qu’on dirait l’oeuvre de quelque diplomate distrait qui se serait amusé à découper en figures bizarres la carte d’Europe, a haché ce littoral. Les potentats du congrès de Vienne ont fait du népotisme en grande (...) ; les oncles et les cousins ont obtenu tous quelques lieues carrées et quelques milliers de têtes de bétail humain. L’on a institué des villes *libres*, c’est-à-dire qui sont à la merci de toutes les polices de l’Europe. On a disjoint ce qui devrait être uni » (10 de noviembre 1831).

⁵⁷ *Le Globe*, 14 de junio 1831.

Y ese elemento de progreso que los sansimonianos pretenden representar, capaz de superar las políticas de desconfianza y enfrentamiento, les lleva a preguntarse con ironía si el señor Périer, jefe del gabinete, considera los resultados de su diplomacia tan brillantes como para no cambiarlos por los nuevos propósitos que ellos presentan: “nous faisons peu de cas de la diplomatie”⁵⁸, concluyen así, seguros de que la guerra es cosa sólo de los gabinetes, de que el pueblo está por la paz y el trabajo⁵⁹ y de que « la politique nouvelle va à substituer, entre les cabinets, à ces vieilles relations de haine, de jalousie et d’ambition étroites qui ont enfanté le système de l’équilibre européen »⁶⁰. Y contra ese supuesto “equilibrio europeo” en el que tanto empeño ponen gabinetes y diplomáticos, apenas un trapo viejo un año antes y convertido ahora nuevamente en la “grande charte des peuples”⁶¹, los sansimonianos apuestan por las « sympathies d’association ».

2. 1. 2. La nueva política

« Nous ne croyons donc pas à la guerre »; los sansimonianos no comparten por lo tanto ese miedo a la posibilidad de una guerra, cuando tantos se empeñan en establecer paralelismos con la situación de 1792: « Une guerre européenne, et il ne peut y en avoir d’autre, serait aujourd’hui sans but, sans utilité sociale. (...) La guerre ne peut être aujourd’hui sérieusement désirée d’aucune puissance »⁶²; y si bien en todos los países hay un partido de la guerra, « partout l’industrie a fait entendre un cri de paix ». Los

⁵⁸ *Le Globe*, 29 de junio 1832.

⁵⁹ “Il y a mauvaise humeur, bouderie et rancune dans les cabinets, mais les peuples ne prennent aucun intérêt à cette querelle » (12 de enero 1832); « l’humanité attend quelque chose de mieux qu’une nouvelle application des recettes de 89 » (28 de enero 1832).

⁶⁰ *Le Globe*, 16 de junio 1831.

⁶¹ « Tel est l’état d’abjection du parti populaire en Europe, telle est dans le Nord l’arrogance de l’aristocratie, que ces traités [Les traités de Vienne], si opiniâtrement invoqués, mauvais chiffons il y a un an, sont devenus depuis lors la *grand charte* des peuples » (*Le Globe*, 20 de octubre 1831, contra la no-intervención en Polonia, cuya administración militar se deja ahora en manos de unos « cosacos »). « Les cabinets de France et d’Angleterre, assourdis par le tapage de la machine constitutionnelle qui joue toute détraquée à leurs oreilles, on dans leur embarras oublié la Pologne »; y de igual modo a los españoles, italianos o belgas, « dans quel abîme d’anarchie et de souffrance ne l’a pas jetée le manège de cette diplomatie perfide ? » (30 de marzo 1831).

⁶² *Le Globe*, 10 de enero 1832. “Ces terreurs (...) nous ne les partageons pas. La situation de la France ne ressemble pas à ce qu’elle était en 1792. (...). Aujourd’hui les masses sont imprégnées de sentiments de générosité et d’ordre »; « La guerre ne peut avoir lieu parceque partout le sentiment belliqueux a fait place chez les masses au sentiment de l’amour du travail » (10 de enero 1832).

sansimonianos exigen al gobierno que modifique su política exterior y apuestan sobre todo por la paz de la industria y la banca:

« Du jour où les banquiers voudront former eux aussi leur sainte-alliance, du jour où ils se seront réunis en congrès, leur puissance politique sera fondée. De ce jour toute chance de guerre s'évanouira comme une fumée »⁶³

Los sansimonianos pretenden desterrar con ello todo *esprit de conquête*: « Le temps de conquête est passé, celui de l'*association* commence. (...) Le temps est proche d'un grand *mouvement européen* ». Y si bien reconocen que la guerra jugó un papel útil en el pasado, como factor de civilización, éste ya no es el caso; el principio retrógrado de la diplomacia clásica, que oponía los intereses de cada país, estuvo en vigor mientras la vida exterior de los pueblos no se manifestaba más que por la guerra, cuando “l'Europe était un champ de combat”: “La guerre fut le signe de la vieille humanité, la paix est le signe de l'humanité régénérée”⁶⁴.

La paz que desde 1815 conoce el continente ha cambiado las condiciones de Europa; en estos años la industria ha conocido un desarrollo prodigioso, y « l'industrie est éminemment pacifique »⁶⁵. Por lo que la paz que ellos proponen, lejos de la de los gabinetes, no es la del *statu quo* y el principio de no-intervención, sino más bien lo contrario; en un artículo titulado precisamente « De l'intervention », defienden la intervención como un hecho insoslayable en las actuales relaciones entre los pueblos y algo de por sí positivo en la vía de la asociación: « Dans la situation présente des peuples européens, leurs relations ordinaires ne sont qu'une intervention continuelle. Il y a déjà entre eux de nombreux éléments d'une association vigoureuse ». Y una vez más

⁶³ *Le Globe*, 20 de enero 1832. En otro artículo, referido a la independencia belga, afirmaban: « je trouve la protection accordée par les banquiers, par M. Rothschild au roi Léopold, beaucoup plus rassurante, beaucoup plus concluante en faveur du maintien de l'état belge, que n'aurait pu l'être l'appui d'aucune tête diplomatique » (10 de enero 1832).

⁶⁴ *Le Globe*, 18 de junio 1831 y Barrault y Laurent, *Prédications saint-simoniennes*, t. I, 1832, p. 271. Si históricamente la relación entre los pueblos se basaba en la guerra, ésta les ha preparado para la asociación donde la violencia ya no tendrá cabida: “ce n'est plus toujours les armes à la main et la menace à la bouche qu'un peuple se présente à un autre peuple. Les armées ne sont que les escortes de commerçants, ou de prêtres, ou de philosophes ». (*Le Globe*, 17 de diciembre 1830). Y continúan evocando la labor pacifista de William Penn.

⁶⁵ « La paix dont le monde a joui depuis 1815 a bien autrement changé la condition de l'Europe. L'industrie manufacturière a pris un essor prodigieux. (...) Les publicistes qui ont réclamé ou désiré la guerre, ceux qui aujourd'hui la croient probable, n'ont pas conscience de l'importance actuelle du crédit industriel. (...) Dès lors la guerre serait la destruction d'une des branches de la civilisation, la guerre serait la rétrogradation » (*Le Globe*, 20 de enero 1832). Porque « Les chances de prospérité sont dans la paix » (31 de enero 1832) ; « L'élément industriel est la garantie de la paix et de l'ordre intérieur. Toutes les prétentions exclusives de parti ou de classe doivent se fondre dans cet intérêt immense » (12 de enero 1832).

citan la banca y el sistema financiero como ejemplo, donde una bajada en la bolsa de París repercute inmediatamente en Londres, Frankfurt, Ámsterdam o San Petersburgo. También desde el punto de vista científico, en las relaciones constantes entre academias, se da esa asociación, mantienen, además de un intercambio constante de sentimientos, ideas y productos, resultado de una *intervención* perpetua de hombre a hombre: “Dans ce majestueux ensemble, des peuples gravitant avec dignité vers une unité glorieuse de bonheur »⁶⁶. El progreso marcha hacia el destino final que constituye la asociación universal, y así lo expresa también Augute Comte en *Le Producteur*, otro de los periódicos sansimonianos, movimiento del que participó durante buena parte de su vida: “Les hommes et les nations sont continuellement poussés à former des associations de plus en plus étendues et de plus en plus paisibles ». Continuación de la obra del cristianismo primitivo, los sansimonianos se esfuerzan en defender que la emancipación y la fraternidad entre todos los hombres no podrán alcanzarse si no es a través de esa asociación universal: “L’un des principaux objets de l’exercice spirituel, c’est la réunion de tous les peuples européens, et, en général, du plus grand nombre de nations possible dans une même communion morale »⁶⁷.

Este sueño de la asociación universal sansimoniana tomará a lo largo de estos pocos años diversas formas, tal y como iremos viendo, entre las que no falta la figura de un “pacificador mundial” que, con ecos mesiánicos y sin partidismos democráticos o republicanos, tenderá la mano a todos los pueblos y todas las clases⁶⁸. Pero los sansimonianos empiezan su aproximación a esta nueva política de una forma realista, con reformas parciales, moderadas, y primeras aproximaciones; así abogan en enero de 1831, recién adquirido el periódico, por el principio de publicidad, a la manera kantiana, que acabe con los modos de la vieja política en uso hasta el momento. El artículo comienza una vez más con una ironía hacia el escaso eco que las cuestiones europeas, tan cruciales para ellos, ocupan en los debates de la Asamblea: « Pendant deux jours la chambre a interrompu le cours de ses discussions ordinaires pour se livrer à une

⁶⁶ *Le Globe*, 17 de diciembre 1830.

⁶⁷ Comte, “Considérations sur le pouvoir spirituel” (1826, 2º art., p. 324, y 3º art, p. 319).

⁶⁸ « Le pacificateur du monde tendra la main à tous les peuples : il leur ouvrira la carrière à tous, sans placer à l’entrée des gardes qui les obligent à revêtir la tunique de la démocratie. (...) ne peuvent se plier à l’aridité ou à la mesquinerie du parlementarisme. De même, au sein de chaque peuple, il n’exclura aucune classe (...). Le pacificateur accueillera tous » (5 de febrero 1832).

excursion dans la politique extérieure »⁶⁹. Y así se lanzan a comentar ese debate, en el que los diputados han expresado que la publicidad es el alma de los gobiernos representativos; un principio general y absoluto para el interior, pero que no aplican de cara el exterior, critica *Le Globe*. La Cámara ha reclamado publicidad también para los asuntos exteriores, pero el Ministerio, a través de Sébastiani, ha rechazado esta posibilidad. Los mismos motivos sin embargo que han llevado a establecer el principio de publicidad en la política interior resultan igualmente válidos para la política exterior, arguye el periódico, porque la política moderna está basada en la *desconfianza*⁷⁰; y lo que a los «libéraux plus ombrageux» les parece una situación normal, para los sansimonianos no es sino un estado anómalo y transitorio. Hoy se trata de saber si el poder es más apto para actuar sin control en el contexto de las relaciones exteriores, se plantean; si Francia, que no tiene la menor confianza en sus gobernantes para nombrar al último de los consejeros municipales, dejará en manos de los diplomáticos los más altos intereses que pueden ser discutidos sobre la tierra: “Peu à peu la publicité a envahi toutes les opérations d’administration intérieure; il faut qu’elle pénètre aussi dans la labyrinthe diplomatique”. Y así podrá tener finalmente lugar, tal y como auguran unos meses después, un gran congreso europeo, sin parentesco alguno con los anteriores, basado en la publicidad y con objeto de redactar una Constitución internacional para las naciones:

« Moins de vingt ans après le Congrès de Vienne qui a cru organiser l’Europe, une nouvelle assemblée de diplomates en agiterait encore les destinées. Mais cette fois ce n’est plus en fin de guerre, ce n’est plus pour traiter entre vainqueurs et vaincus, c’est pour élaborer une Charte internationale des Nations (...). Ce Congrès n’aura rien de commun avec les conciliabules diplomatiques du passé qui ont accrédité cette idée que tout Congrès est un complot contre la liberté et les sympathies des nations : la publicité la plus grande possible provoquera la sympathie des peuples pour ce Congrès »⁷¹

⁶⁹ Un día antes se congratulaban así de que la Cámara por fin se volviese hacia las cuestiones europeas: « Des orateurs qui paraissaient deviner ses sympathies progressives, ses vagues désirs d’association pacifique ; le pressant intérêt qui s’est attaché aux discussions parlementaires dès qu’elles sont sorties de leur cercle habituel d’organisation ou de désorganisation constitutionnelle, pour entrer enfin dans la sphère des questions européennes ; tout cela révèle de quel côté tendent les vœux de la France, et sur quel point il faut converger ses puissants efforts, si l’on veut la retirer enfin de la tristesse et de l’incertitude qui ont succédé aux transports de juillet ». (30 de enero 1831).

⁷⁰ “En un mot, tout ce qui s’appelle garanties ou droits, et la publicité en particulier ; tout ce qui porte le nom d’institutions constitutionnelles ou républicaines, tout cela n’est autre chose que des manifestations diverses d’un même sentiment : la méfiance contre le pouvoir » (31 de enero 1831).

⁷¹ *Le Globe*, 29 de junio 1831.

De la mano de ese mismo principio de publicidad propondrían también una carta de confraternización a enviar por el rey de Francia y dirigida al rey de Inglaterra, como un primer paso hacia la paz y la asociación del continente:

« Le roi des Français ferait une démarche authentique près du roi d'Angleterre; il lui donnerait connaissance de la conviction où il est qu'il importe au repos du monde d'unir étroitement les deux peuples pour qu'ils interposent partout leur médiation ; il s'adresserait à lui, non par des protocoles glissés dans l'ombre, mais par une lettre envoyée avec la publicité la plus éclatante »⁷²

Ellos mismos no dudan en presentar una posible carta de modelo, supuestamente escrita por el nuevo rey de Francia (plena de imaginación pero también de interés), en la que afirman que Europa conforma una única nación (cuyas provincias toman el nombre de “estados”), por lo que toda guerra europea sería una guerra civil ; y expresan su deseo al rey de Inglaterra de formar una alianza entre los dos países olvidando los odios nacionales que les separaban hasta entonces; alianza bilateral que tomaría la iniciativa, en aras de poner fin a la crisis europea, de ese nuevo congreso en el que se dirimiese, bajo el régimen de publicidad, cuál es la organización (a lograr por las reformas y no por la revolución) que mejor conviene para unir a todas las poblaciones europeas⁷³.

Así se logrará el éxito del nuevo diseño « secouant les formes timides et frauduleuses de la diplomatie » que han primado hasta el momento; porque, a pesar de

⁷² *Le Globe*, 29 de junio 1831.

⁷³ « Mon frère, le nom que je vous donne ici, et que nous donnons l'un et l'autre à toutes les têtes couronnées de l'Europe, est à lui seul une preuve des liens de parenté qui existent entre tous les peuples... Il nous révèle tout ce qu'aurait d'odieux une guerre européenne. (...) les peuples sont insurgés (...). C'est un symptôme que des nouvelles relations doivent être établies entre les princes et les peuples. (...). Une guerre européenne serait un affreux désastre, un fait immoral. Il y a partout en Europe une telle similitude de sentiments et de mœurs, de pensées et d'études, d'habitudes et de travaux ; une telle solidarité de lumières et de richesses, (...) ne sont point des nations juxtaposées, (...) ; c'est véritablement une seule nation, ayant sous le nom d'états des provinces nombreuses et diverses. Toute guerre européenne serait donc une guerre civile. (...). Pour ces deux puissances si longtemps rivales, une alliance solennellement jurée sera le symbole de la réconciliation, de la paix universelle ; et déjà les haines nationales qui les divisent ont cessé. (...). Mon frère, mettons fin à la crise européenne, faisons savoir à tous les rois de l'Europe que nous les convions à la formation d'un congrès général où seront débattus les griefs de leurs nations et les leurs propres (...). Par là les populations, dégagés des plus lourds des privilèges qui pèsent sur elles, dotées d'institutions dont l'observation loyale sera garantie par nous, respirant plus à l'aise, prendront patience ; la fermentation insurrectionnelle s'apaisera ; et de concert avec les hommes éclairés de tous les pays, nous pourrons procéder à loisir à l'examen de cette grande question : *quelle est l'organisation dans laquelle il convient d'embrasser l'ensemble des populations européennes*. (...) L'assemblée qui s'ouvrirait sous nos auspices n'aurait rien de commun avec ces conciliabules diplomatiques. (...) La plus grande publicité devrait présider aux actes de l'assemblée (...) repoussant tout parenté avec les congrès précédents. (...) Ce ne sera pas comme si la fouguese propagande de la démocratie leur intimait fièrement ses ordres. (...) Il s'agit seulement de prudentes et pacifiques reformes » (extracto de la carta aparecida en *Le Globe*, 29 de junio 1831).

las mezquindades de la política actual, « la cause de France ne cessera jamais d'être la cause de la civilisation. (...). L'avenir des peuples a cessé d'être dans la lutte, dans l'exploitation, dans la suprématie militaire », y se inclina ahora del lado de la paz. Una paz que se logrará de una vez por todas a través de dos proyectos concretos mayores, expuestos una y otra vez en estos artículos, y en los que se plasma todo el pensamiento sansimoniano: la “asociación política continental”, dirigida por la alianza entre Francia, Inglaterra y Alemania, y más tarde el “sistema mediterráneo”, enorme diseño industrial y de infraestructuras que llevase a cabo finalmente la reconciliación y unificación entre Oriente y Occidente.

La nueva “Santa Alianza”

Así resumen los sansimonianos de *Le Globe* su plan para la “gran unidad europea” que acabe con las fronteras de una vez para todas:

« Notre théorie, à nous, sur les frontières, c'est qu'elles doivent disparaître, c'est que les fortifications qui les hérissent seront bientôt démolies, c'est que les douanes, plus difficiles à traverser au voyageur le plus pacifique que deux fleuves et deux chaînes de montagnes, sont proches d'être abolies, c'est qu'une grande *unité européenne* est proche de se constituer, qui fera l'éducation du reste du monde ; et cette *unité*, nous l'avons souvent dit, elle s'opérera sous les auspices de trois grandes puissances, la France, l'Angleterre et la Prusse »⁷⁴

Frente a la temida alianza ruso-turca que parece estar fraguándose, se prepara esta otra gran alianza entre los tres pueblos más avanzados, tal y como auguran desde las páginas de *Le Globe*; en primer lugar, los gobiernos de Francia e Inglaterra se echarán unos en brazos de los otros, tal y como había previsto Saint-Simon en 1814: “cette alliance sans doute aura lieu”, y es de hecho la más conveniente para Francia, porque, en su opinión, son los *aliados naturales*, los pueblos más avanzados, lo más ricos, los más cercanos. Los dos países que tienen en sus manos “las riquezas del mundo y la antorcha de la ciencia”, se unirán así para marchar hacia el mismo objetivo, conduciendo tras

⁷⁴ *Le Globe*, 26 de junio 1831. En estas palabras se condensan « les traits principaux d'un plan au moyen duquel on pourrait doter le monde de la paix et assurer à jamais aux peuples un avenir pacifique de prospérité et de gloire » (5 de febrero 1832), con el fin de « préparer en paix l'organisation définitive de l'Europe » (*Le Globe*, 29 de junio 1831).

ellos a los demás pueblos “tan acostumbrados a seguir sus huellas”. Sus constituciones liberales los han acercado poderosamente, así que la asociación es sencilla entre Francia e Inglaterra, aseguran, y ha de cimentarse cuanto antes entre ambos pueblos una estrecha solidaridad. Y a esta primera alianza habrá de unirse seguidamente, ayudándola a su “reconstitución unitaria”, objetivo en interés de todos, Alemania. Francia, la Alemania confederada e Inglaterra tienen las tres necesidades unas de otras para completarse; juntas, presentarán una masa de entusiasmo, de “lumières et de puissance matérielle”, y producirán inevitablemente, tanto sobre sí mismas como sobre el resto del globo, prodigios de perfeccionamiento social y la pacificación final del continente⁷⁵. Ellas liderarán la asociación general de los pueblos, en la que cada cual contribuirá según la misión que le asigne su “carácter nacional”:

« L’avenir de l’Allemagne, celui de la France et de tous les peuples est dans une *association* pacifique où chacun contribuera, suivant la mission que lui assigne son caractère national, au grand œuvre de l’amélioration morale, intellectuelle et physique de l’humanité. Ces idées, qui commencent à être au fond de tous les cœurs généreux, ne tarderont pas à se traduire en événements politiques. Tous les jours de nouveaux faits viennent fortifier en nous cette croyance ; tous les jours la cause de l’*association des peuples* trouve de nouveaux défenseurs »⁷⁶

La doctrina sansimoniana, que pretende superar todas las divisiones existentes en Europa, presupone efectivamente que cada pueblo posee un carácter distinto, que determina su misión en el conjunto de la humanidad. Por ese motivo señalan a Francia, Gran Bretaña y Alemania como la cabeza de esta alianza, pues ellos representan la moral, la industria y la ciencia, que corresponden a su vez a las tres facultades del hombre: el amor, la fuerza y la inteligencia: « L’avenir, c’est l’association universelle des peuples et des individus, unis entre eux pour leur développement pacifique, MORAL, *scientifique et industriel* »⁷⁷.

⁷⁵ « Il n’y aura de paix possible qu’autant que la France s’interposera, non diplomatiquement mais *publiquement*, dans les débats des souverains avec les peuples et des peuples entre eux, dans la pensée de réorganiser l’Europe. Il n’y aura de paix possible qu’autant que l’Europe tendra sciemment à cette organisation, aux premiers rangs de laquelle seront assises les trois nations qui représentent les trois faces de la civilisation (...) Il n’y aura de paix possible qu’autant que la France aura noué avec l’Angleterre, non pas une de ces unions intéressés (...), mais une solide alliance qui pourra commander au monde. (...). Jusque là il n’y aura qu’une fausse paix (...); jusque-là, une guerre générale sera sans cesse pendante » (« L’Europe n’est pas en paix », *Le Globe*, 16 de agosto 1831).

⁷⁶ *Le Globe*, 28 de enero 1832, firmado por Henri Lagarmitte.

⁷⁷ Esta idea se repite en infinidad de artículos: 8 de junio de 1831, 16, 18, 22 y 29 de junio de 1831, etc. « Cette triple association présidera aux destinées de l’humanité ; elle changera la face du monde » ; « L’Europe ne sera à un état normal que lorsque ces trois peuples se seront associés, et que leur triple alliance exercera sur le monde une pacifique prééminence. (...). Alors la guerre sera

Esta alianza, una suerte de nueva « santa-alianza » según las consideraciones religiosas de la escuela sansimoniana, se ocupará de la « haute administration des affaires de l'humanité » (8 junio 1831), ejercerá « une influence civilisatrice toute paternelle » (29 junio 1831) y nadie se atreverá a luchar contra ella, puesto que concentraría la mayor fuerza de Europa. Se trata de una idea nueva, no dejan de reclamar los sansimonianos, “base de una política fecunda”, por lo que reclaman al gobierno francés que se aplique a la consecución de esta asociación; ésa ha de ser su “nueva política”⁷⁸. Y con carácter más general, también a los otros gabinetes : « qu’elles s’instituent médiatrices ; qu’elles veulent couper court aux débats entre les intérêts du passé, représentés par les souverains, et ceux de l’avenir, personnifiés dans les peuples »⁷⁹.

Esa asociación universal comenzaría pues con una alianza con Inglaterra, antigua rival en tiempos del Imperio, pero nueva aliada desde el momento en que reconoce el nuevo régimen francés, apenas un mes después de la revolución, hecho que llena de entusiasmo a los publicistas galos (pese a algunas reticencias todavía existentes), que dejan de verla como la *perfidia Albión*⁸⁰: “Anglais et Français sont déjà unis, trompant le ténébreux espoir des rois européens qui, épouvantés par notre 1830, (...) ne voyaient pas que déjà Anglais et Français formaient une seule nation »⁸¹. Inglaterra es para los sansimonianos, ante todo, la patria de la industria, de la riqueza y de la práctica; el pueblo que representa la fuerza. Su misión pues de cara a la asociación universal es de carácter eminentemente industrial: el imperio universal de los mares al que aspira, conquistado por la guerra, debe convertirse en sus manos ahora en el teatro de una inmensa obra industrial, tal y como las conquistas militares de Roma en Europa supusieron la preparación para la unidad católica: “l’Inde entière devient anglaise, reçoit

définitivement abolie, surtout en Europe » ; « C’est vers cette alliance que doit tendre toute l’activité des hommes dévoués au progrès de l’espèce humaine » (*Le Globe*, 18, 29 y 16 de junio 1831).

⁷⁸ *Le Globe*, 8, 28 y 16 de junio, 1831.

⁷⁹ *Le Globe*, 29 de junio 1831.

⁸⁰ “Il y a encore en France un vieux levain de haine contre ce qu’on appelait, sous la république et l’empire, la *perfide Albion* ; les antiques rivalités nationales sont profondément assoupies depuis juillet » (10 de noviembre 1831).

⁸¹ Béranger, 1832.

de ses vainqueurs la civilisation européenne, et la réfléchit jusque sur les friches immenses de la Polynésie »⁸².

Inglaterra, a través de sus colonias, su comercio y su marina, ha sembrado por todo el universo las semillas de la asociación universal, estableciendo un primer *vínculo* entre las naciones. Es el comienzo de la carrera colonial, y así, respecto a las colonias en África por ejemplo, los sansimonianos, en vez de concebirlo en términos de concurrencia, opinan más bien que Francia debe unir sus propios establecimientos en la costa africana a los ingleses, mediante una “combinaison équitable d’échanges et d’avantages commerciaux”⁸³. En un artículo del 10 de noviembre de 1831 acerca del futuro todavía incierto del territorio de Argelia, los sansimonianos se muestran incluso favorables a que esta colonia se ceda a Inglaterra⁸⁴; si cada pueblo tiene una capacidad propia y por tanto una misión específica, un “nombre”, hay que reconocer, afirman que “le nom des Anglais est celui de *peuple colonisateur*: “Elle a fait d’immenses empiétements sur des civilisations arriérées. Elle a solidement planté sur les mers et sur tout le littoral des deux continents des jalons auxquels se nouera le réseau de l’association universelle ». El genio inglés reposa en esa capacidad industrial y administrativa sobre los distintos pueblos que administra, ha logrado la unión material de los pueblos y en ella reside su contribución al futuro. Pero la tarea colonial, que los sansimonianos se presentan no como una obra de conquista, sino como una misión de civilización, debe ir más allá:

« Un jour viendra sans doute où la colonisation, c’est à dire l’intervention de la civilisation chez des peuples barbares, sera un acte à la fois de MORALE, d’industrie et de science ; où les colonisateurs apporteront à la fois, aux peuples arriérés, sentiments RELIGIEUX, c’est-à-dire, d’ASSOCIATION, *lumières* et *aisance* »⁸⁵

⁸² *Le Globe*, 22 de junio 1831.

⁸³ *Le Globe*, 26 de febrero 1832.

⁸⁴ “Il est beaucoup d’Alger en ce moment” (10 de noviembre 1831). En esos días se habla mucho acerca del futuro de esta importante conquista: “Il a couru ces jours-ci des bruits qui n’ont peut-être aucun fondement, sur un combinaison nouvelle qui réglerait le sort de ce pays. Il s’agirait de laisser à l’Angleterre le soin de civiliser les côtes barbaresques, en commençant par Alger. En revanche, la France s’arrondirait des provinces rhénanes». Los *globistas* ven sin embargo poco plausible semejante solución: “il y a quelque chose de brutal, d’immoral dans ce morcellement de territoires qu’on découpe froidement pour en prendre chacun sa part ». Y si en algún momento muestran cierta repugnancia ante la idea de que se ceda Argelia a Gran Bretaña, puesto que es la única nación preparada ahora para la colonización, acaba pareciendo una solución de su agrado: “A chacun selon sa capacité”.

⁸⁵ *Le Globe*, 10 de noviembre 1831.

En cuanto a Alemania, a la que consagran buen número de artículos, ocupa el segundo eje de esta asociación universal, puesto que representa el elemento racional, científico y espiritual de la humanidad. Tal y como ya apuntábamos antes, los sansimonianos no dejan de insistir en que todo pueblo que debuta en la escena internacional aporta una nueva individualidad, que determina su misión (idea que retomarán más tarde nacionalistas como Mazzini); cada pueblo representa así una idea primordial, y el desarrollo histórico de las naciones en su conjunto constituye por lo tanto la traducción del pensamiento universal: “Telle est l’histoire du monde: le progrès de l’humanité ne s’opère qu’à l’aide d’une grande et sublime division du travail à laquelle tous les peuples on concourent »:

« La Prusse, et ici nous ne disons pas l’Allemagne, a élaboré ou naturalisé chez elle des conceptions d’un caractère cosmopolite et universel qui sont destinées à former l’une des bases les plus importantes de la grande loi d’association qui se prépare pour l’humanité : (...) ses philosophes sont les nouveaux messies qui ont mission d’apporter à l’humanité tout entière la parole d’avenir. (...) ce pays représente dans l’univers une idée tout à fait nouvelle, l’union de la théorie et de la pratique, de la pensée cosmopolite et de la puissance nationale, de la philosophie et de la politique »⁸⁶

Prusia se ha ganado así “son siège dans le haut aréopage européen”. Pero los sansimonianos no ignoran pese a todo la hostilidad histórica de Alemania contra Francia, el conflicto del Rin, y cierta “política funesta”, “política oblicua” llevada a cabo desde 1815 por el gobierno prusiano⁸⁷. E insisten en que lo que le hace falta es la alianza con Francia: « comment se peut-il donc qu’elle cherche à remuer les imaginations allemandes en les excitant à une croisade contre la France ? » ¿Por qué intentar resucitar un odio que los quince años transcurridos ya han calmado, y qué

⁸⁶ *Le Globe*, 7 de abril 1832. Tal es el carácter de Prusia, cabeza de los territorios germánicos y la que, frente a la Confederación (« falsa asociación ») presidida por Austria, ha de tomar el liderazgo en el proceso de unidad alemana, que los sansimonianos consideran tan necesaria; Prusia, con una “population éclairée, à la tête du mouvement scientifique de l’Allemagne, est destinée à reconstituer une unité germanique toute pacifique, toute civilisante, au lieu de l’unité féodale mal jointe et mal assise dont l’Autriche avait été le chef » (*Le Globe*, 8 de junio).

⁸⁷ *Le Globe*, 3 y 16 de junio 1831. “Sans doute le gouvernement *actuel* de la Prusse s’est rendu coupable de bien des méfaits envers les idées progressives » (10 de noviembre 1831). « Nous déplorons sincèrement la funeste direction qu’elle paraît donner à sa politique ». Tras la caída de Napoleón, indican, Alemania olvidó sus promesas de unidad y emancipación: se criminalizaron sociedades secretas como la *Deutsche Bund* o la *Tungen Bund*, y Prusia se entregó a la Santa Alianza: “Avouons toutefois que nous avons peu de regrets que l’*unité allemande* n’ait pas été constitué en 1815, car alors elle n’aurait pu être établie qu’en haine de la France ». El sentimiento de hostilidad que pervive aún en Prusia es una perspectiva retrógrada, un germen de disolución. Hoy sin embargo esa antipatía contra Francia, resultado de la ocupación alemana, se ha desvanecido, confían los sansimonianos, y ha llegado el momento de reemprender la tarea abandonada hace 15 años de la “*unité glorieuse*”. (*Le Globe*, 16 de junio 1831).

significan entonces esas “pretensiones ridículas” de amputar de la unidad francesa Alsacia, Lille y Metz? Persistiendo por esa vía el gobierno prusiano corre el riesgo de extraviarse, le advierten, “car tout retard apporté à la conclusion de la triple Alliance entre la France, l’Angleterre et l’Allemagne confédérée autour de Berlin, serait un malheur pour l’humanité tout entière»⁸⁸.

No todos los intelectuales de la época comparten pese a todo esta fe en la labor futura de Prusia y su “iniciativa y existencia europea”; y así, del mismo modo que polemizaban con el escrito galófono de Ardnt, también lo hacen con el historiador Edgar Quinet y su obra *De l’Allemagne et de la Révolution*, quien vislumbra en Alemania al enemigo del futuro⁸⁹. A la luz de los acontecimientos futuros, investigadores como Puech no dudan en describir este optimismo sansimoniano como de “noble candor”, si no incoherencia que bascula entre la crítica al militarismo y el elogio de la virtud prusiana⁹⁰; y es cierto que esta incoherencia se trasluce de la división que existe entre

⁸⁸ En un segundo artículo sobre el rol de Prusia aparecido diez días más tarde, los globistas polemizan con un panfleto de M. Ardnt, titulado “*Die frage uber die Niederlande und die Rheinlande*”. Se trata de un trabajo encargado por el gobierno prusiano al profesor Ardnt de Bonn, personaje conocido en Alemania por su papel en la sociedad secreta de la *Tugend-bund*, que buscaba liberar a Alemania de la dominación napoleónica. Concibió entonces un odio violento hacia los franceses, que en su momento compartieron sus compatriotas pero del que afortunadamente ya se han recuperado. M. Ardnt, lamentablemente, no ha avanzado ni un paso en ese terreno, se nos advierte: « M. Ardnt est arriéré, (...) la vue bornée, il ne comprend pas que la politique de rivalité a fini son temps, et que la seule politique qui ait de l’avenir est celle qui tend à abaisser les barrières qui séparent les nations ». (26 de junio 1831). Ardnt discute acerca de los límites territoriales de Francia y de la superioridad de la nación francesa, aspectos que los sansimonistas de *Le Globe* rebaten en este artículo. Seis meses antes ya había aparecido en la *Gazette d’État de Prusse* que no había más límites naturales que las montañas, y no los ríos (en referencia velada a la frontera del Rin: Francia debería extenderse sólo hasta los Vosgos). Los globistas replican irónicos: “nous ne savons (...) quelle chaîne de montagnes si escarpées s’élève entre (...) la France et la Belgique, que l’on doive proclamer impossible l’association des deux peuples français et belge ». Según este trabajo, también deberían reunirse bajo una única ley los territorios que hablen la misma lengua ; pero entonces Bélgica, que habla francés, sería francesa y no holandesa o prusiana; igualmente, y puesto que el francés se habla en Londres, San Petersburgo, Varsovia o Berlín, M. Ardnt debería comprender que la consecuencia de su teoría sería reconocer a Francia “une dictature non pas seulement européenne, mais universelle”, palabras en las que se deja entrever, más allá del universalismo, el chauvinismo que también reina en la mentalidad de estos discípulos de Saint-Simon (*Le Globe*, 26 de junio 1831). Unos meses después (13 de marzo 1832), reproducen con entusiasmo un artículo de la *Gazette d’Augsbourg*, en la que un ciudadano alemán critica la postura de Ardnt: “l’opinion galophobe d’Ardnt ne doit pas avoir plus de valeur que celle de deux de ses concitoyens moins aveugles que lui”.

⁸⁹ Quinet sospecha de las naciones germánicas, ve en ellas a los enemigos del futuro, y frente a eso, los sansimonianos acusan a los hombres que dirigen la opinión en Francia de desconocer la realidad de este país, vivo y pleno de futuro. Los sistemas de ideas que trabajan Alemania desde hace medio siglo, aseguran, se traducirán en acciones políticas, “et des grands tours, des tours de gloire et d’initiative européenne, se préparent pour ces peuplades si long-temps dédaignées » (*Le Globe*, 28 de enero 1832). Sin dejar de apoyar los razonamientos de Quinet, gran conocedor de la historia de ese país, no comparten sin embargo sus conclusiones, y por su parte concluyen: una forma deplorable oprime Alemania a día de hoy negándole su “existencia europea”.

⁹⁰ « Il est curieux de voir l’incohérence des jugements saint-simoniens, à la fois convaincus de la malfaisance militariste et de la vertu prussienne » (Puech, 1948, pp. 60-61).

los propios sansimonianos, donde su máximo representante, Prosper Enfantin, confiaba más en Austria como guía para los destinos de Alemania, en clara oposición a la postura oficial de *Le Globe*, representada por estos textos de Michel Chevalier, duramente críticos con la potencia austriaca.

A Austria se dirigen efectivamente las palabras más duras de estos artículos sansimonianos; representante de la feudalidad, se le retira su rango de gran potencia y se la expulsa del “arcópagos europeo”, para ponerla bajo mandato y control de la nueva alianza⁹¹. Tampoco Rusia, a la que califican de “despótica”, se encuadra entre las grandes potencias europeas⁹², aunque con un matiz diferente respecto a Austria: los zares se afanaron históricamente en implantar la civilización europea; hasta ahora, pues, el rol de Rusia frente a Europa ha sido el de absorción⁹³. Y frente a Asia, ha cumplido un rol de expansión, “faisant refluir vers ces populations arriérées la lumière européenne” e iniciando a las naciones asiáticas en la civilización europea. Por eso, a pesar de sus formas violentas, el gobierno ruso tiene más futuro que los gobiernos occidentales, afirman *los globistas*: porque, en su terreno, sí es progresivo. Su expansión natural es hacia Oriente y no hacia Occidente, reiteran en numerosas ocasiones: en Varsovia es una fuerza opresiva y retrógrada; en la plaza de la media luna es civilizadora⁹⁴. A esta expansión oriental se oponen no obstante las potencias más feudales de Europa, la aristocracia inglesa, el “consejo áulico” de Viena e incluso

⁹¹ “L’influence de l’Autriche sur les affaires de l’Europe est à son terme » (18 de junio 1831), y afirman así ; « L’Autriche joue en ce moment le rôle le plus odieux ; elle est le mauvais génie de la sainte-alliance. (...) le temps est proche où elle sera repoussée de l’aréopage européen et placée sous la surveillance de la haute police des nations » (8 de junio 1831), porque no hay más potencia que la que cumple una misión civilizadora y lleva a su pueblo por la vía del progreso. Austria debe ser pues, apuntan, rescatada del yugo feudal, de la “lepra feudal” que padece, y su nuevo lugar estaría en torno a Berlín (del mismo modo que la península ibérica e Italia, rescatada de la dominación del papado, tendrán París por referente, o Irlanda tendrá a Londres). Austria, “personnification de la féodalité et du retardement” (16 de junio y 10 de noviembre 1831), supone para Europa lo mismo que supondría para Francia un gabinete formado por Polignac, Syriey y Marinhac, concluyen: “un prodige d’incapacité”. (*Le Globe*, 8 de junio 1831). El primer acto de los gobiernos de las tres grandes potencias de Europa occidental, en el momento en que renuncien a la política del pasado, deberá ser pues comunicarle a Austria su imposibilidad de decidir acerca de las cuestiones de otros pueblos, y que por el contrario se intervendrá en las suyas, para sustraerla poco a poco el yugo feudal que la somete todavía.

⁹² Así mantienen que Rusia no puede ser aliada natural de Francia tal y como algunos parecen sustentar, porque no hay dos países más lejanos en Europa, separados tanto territorialmente como en su posición en los dos polos opuestos de la escala de la civilización europea. Su ensañamiento con Polonia es visto también como algo funesto y doloroso, una tendencia política “funeste à la Russie et funeste à la cause de la civilisation” (*Le Globe*, 8 de diciembre 1830).

⁹³ Y así ha de continuar, tal y como defienden: Rusia no ha de tener más relaciones con Europa que para recibir de ella moralidad, ciencia e industria (18 de junio 1831).

⁹⁴ *Le Globe*, 4 de junio 1831. “Nicolas n’a rien à voir dans le règlement des affaires de l’Europe”. Pero tiene necesidad de actuar, y por eso hay que abrirle *el camino de Bizancio*, porque su objetivo legítimo es Constantinopla (18 de junio 1831).

Francia, confundida por ese viejo aforismo de la diplomacia de que Turquía es el *aliado natural* de Francia, y sólo ahora comienzan a darse cuenta de las graves consecuencias de obstaculizar a Rusia las vías de Oriente, al verla amenazando a Grecia, Bélgica, torturando a Polonia, desafiando a Francia y conspirando con Turquía un desbordamiento de Asia sobre Europa, “de la barbarie sur la terre des arts, des sciences et de l’industrie”⁹⁵. Por el contrario, la civilización europea debe ser la que se extienda sobre Asia, y ésa es precisamente la gran tarea de Rusia, civilizar Oriente⁹⁶.

Y si todas las naciones cumplen una misión específica en el destino común de la humanidad, por encima de todas ellas sobresale la misión civilizadora de Francia, piedra angular de todo este sistema de la asociación universal propuesto: “la France apparaît comme le coryphée qui précède et conduit la foule, comme le foyer de toutes les sympathies, de tous les efforts généreux ; c’est elle qui continue avec éclat la mission des peuples civilisateurs ». El pueblo francés, que encarna el elemento moral de la humanidad, constituye así el « lien de l’association universelle » al presentarse como el pueblo más “SYMPATHIQUE”, “LIANT”, el que muestra “au plus haut degré du sentiment d’association avec les autres peuples”⁹⁷.

El rol de liderazgo francés viene subrayado, a ojos de estos pensadores, por el propio papel histórico de este país, confirmado en su última revolución de 1830, que le ha puesto una vez más a la cabeza de los acontecimientos europeos y de la emancipación general:

« D’un bout de l’Europe à l’autre, la Révolution de 1830 a fait arborer avec enthousiasme les trois couleurs (...), et cette unanime sympathie pour notre pays, cette communion en notre idéal permet d’augurer qu’un jour se réalisera le rêve d’union en une seule famille à laquelle la France doit inviter les peuples »; « Depuis quarante ans la France est à la tête d’un immense travail qui s’opère dans toute l’Europe. Elle renverse le passé ; elle prépare l’avenir. (...) il travailla sans relâche à la réforme politique de l’Europe. (...) Le mouvement réactionnaire ayant cessé, le

⁹⁵ Y se hacen eco de lo que se dice en el resto de la prensa, en periódicos como *Le Courrier française* que insiste en esos rumores, y protesta contra esta alianza monstruosa: “la Russie qui commence un pas rétrograde, qui retourne vers la barbarie, et qui justifie son origine orientale en se liguant avec les Turcs contre la civilisation européenne » (recogido en *Le Globe*, 18 de junio 1831).

⁹⁶ « Qu’elle aille rejoindre la civilisation européenne que les Anglais ont glorieusement établie dans l’Inde (...) ; qu’elle aille hardiment dans cette direction, et elle verra les peuples européens, qui aujourd’hui la considèrent avec effroi, empressés à lui inoculer affectueusement le perfectionnement social, afin qu’elle le transmette à l’Orient » (8 de junio 1831).

⁹⁷ *Le Globe*, 17 de diciembre 1830 y 3 de junio 1831 (las mayúsculas son del propio periódico). El 16 de junio se repiten estos epítetos de “lien d’association”, “caractère liant, sympathique”, y se describe nuevamente a Francia como “personnification de l’amour entre les peuples, de la morale générale”.

mouvement d'émancipation devait reprendre ; c'était à la France de donner la signal »⁹⁸

Desde las páginas de *Le Globe* no dejan de recalcar esta misión civilizadora y de emancipación como una constante histórica de la actividad de Francia, que ha demostrado siempre los sentimientos más generosos y devotos para con los intereses de la humanidad⁹⁹; en las Cruzadas, en la independencia de Estados Unidos o de Grecia, Francia siempre ha estado ahí, « prédicateurs destinés à répandre la parole de paix et de fraternité » tanto en el pasado como en la hora que se avecina:

« C'était la France qui présidait au mouvement général de la civilisation. C'est en France que les sentiments larges et généreux sont les plus développés ; c'est elle qui sera le lien de l'*association universelle* vers laquelle marchent tous les peuples, car les Français est le peuple *aimant et liant* par excellence. (...). C'est la France dont la politique extérieure a été la plus loyale, la plus magnanime, la plus sympathique. C'est la France qui, par Charlemagne, constitua l'Europe... »¹⁰⁰

Estos « antecedentes de iniciativa europea » le hacen valedora pues de dirigir la inminente tarea de unificación europea para el futuro : « c'est elle qui doit prendre l'initiative de la justice, de l'ordre et de la paix par la Fédération centrale de l'Europe »¹⁰¹. Y esta tarea urgente, que sigue un principio de futuro, lo hará de manera que se evite por todos los medios la guerra, para lo que Francia necesitará de la alianza con Inglaterra y Alemania; por su posición geográfica y su genio particular, Francia debe erigirse de hecho en vínculo entre Inglaterra y Alemania, y a través de esta alianza, convertirse en rectora de la humanidad.

Y así se establecen los pasos que el gobierno francés debe tomar en el contexto de esta nueva política de 1831: en primer lugar, emprender una alianza con Inglaterra para después ampliarla también a Prusia, con intención de que ésta pueda liderar la

⁹⁸ *Le Globe*, 28 de marzo 1831 y 3 de junio 1831.

⁹⁹ « C'est elle qui a sauvé la patrie des Washington et des Franklin, qui a arraché la Grèce aux hordes d'Ibrahim; c'est elle qui a entrepris les guerres de la révolution, au nom de la fraternité des peuples ; c'est elle qui, par l'expédition d'Alger, est allée porter la civilisation sur une terre de brigandage, respectée jusqu'ici comme une pièce indispensable de l'équilibre européen ; c'est elle dont la voix réveillera l'Europe qui s'endort pendant qu'on égorge la Pologne ; c'est elle qui les sentiments d'association avec les autres peuples sont les plus développés » (*Le Globe*, 8 de junio 1831).

¹⁰⁰ *Le Globe*, 7 de abril 1832.

¹⁰¹ *Le Globe*, 30 de enero 1832: « La France peut maintenant reporter à l'extérieur une partie de sa prodigieuse activité, qu'elle avait jusqu'ici consacrée à une lutte intestine. Il faut qu'elle prépare les peuples à la suivre dans sa carrière de perfectibilité ; il faut que son action soit présente sur les nations étrangères ; il faut que, par une intervention large et féconde, elle les initie à ses progrès passés, en s'élançant elle-même à des progrès nouveaux ».

recomposición del imperio germánico; a partir de ese momento, afirman, la guerra ya no será posible, pues nadie se atreverá a enfrentarse con esta nueva alianza verdaderamente *santa*, y de esa manera toda Europa será contagiada, por medios pacíficos, de principios progresivos que establecerán una política europea eminentemente moral y civilizadora, lo cual alcanzará también a los absolutistas Metternich y Nicolás, que se afanarán finalmente en la educación de sus pueblos, y Grecia y Polonia serán salvadas¹⁰².

Pero esta proclamación de la vocación universal de Francia y su misión civilizadora, tan reiterada, no está exenta de una retórica patriótica a veces exaltada; así no dudan en afirmar, desde su visión mesiánica, que “il faut envisager la France comme l'instrument des destinées futures de l'Europe»; que ella es “el verdadero mesías de la emancipación universal” o incluso « le Christ des nations », el “pueblo elegido”:

« Gloire à nous ! Nous sommes le peuple chéri de Dieu, nous irons prendre les nations par la main et nous les amènerons devant sa face » ; « Pourquoi Dieu nous aurait-il donc choisis, nous Français ? »¹⁰³

La iniciativa de la revolución de julio, que enciende la mecha de las insurrecciones por el resto del continente, había venido a reforzar de esta manera la convicción, extendida ya desde la revolución de 1789, de que Francia detenta la vanguardia política de Europa, una suerte de predestinación que los sansimonianos, aunque es cierto que acentúan el tono mesiánico, no son los únicos en reclamar; y así aparecerá también en el pensamiento de Victor Hugo, o incluso de historiadores como Michelet y Quinet. Pero lo destacable es que no se trata en todo caso todavía de un nacionalismo excluyente, tal

¹⁰² *Le Globe*, 3 de junio 1831.

¹⁰³ En *Le Globe*, 22 de febrero 1832, 5 de febrero 1832, 31 de enero 1831, 7 de abril 1832, etc: « La France a fait dans la douleur l'enfantement sublime du dernier fruit de l'humanité ; la loi de l'association religieuse des peuples pour leur amélioration morale, intellectuelle et physique préparée par les souffrances dès la révolution française... » (22 de febrero 1832). Contra esta supuesta superioridad de Francia, Ardnt reaccionaba en su panfleto ya antes mencionado de manera implacable : « vous vous nommez, dit l'auteur, le premier peuple du monde ; vous prétendez que votre capitale est le centre de la civilisation, le flambeau de l'Europe ; dans votre vanité, vous chantez chaque matin, ainsi que votre coq, que tout ce qu'il y a en Europe de lumières, de liberté, de justice, est votre ouvrage ; que depuis quatre siècles vous êtes les bienfaiteurs de l'Europe ; (...) ; l'ignorance le répète chez les autres peuples ; mais cela n'est pas vrai ». (26 de junio 1831), afirmaciones a las que *Le Globe* responde como no cabía de otro modo con la misma vehemencia panegírica, defendiendo el papel histórico de Francia en la libertad de Europa, e incluso la necesidad de recuperar las provincias renanas (10 de noviembre 1831).

y como matizan autores como Puech, sino de un nacionalismo que busca la armonía en la federación europea¹⁰⁴.

Saint-Simon ya había soñado, tal y como vimos en el capítulo segundo, con una unión entre Francia e Inglaterra a la que debería unirse más tarde Alemania¹⁰⁵. De esta manera quedaría establecida la unión de estas tres naciones, con Francia como embrión de la asociación mundial y el futuro concierto europeo: “Nous avons posé les bases d’un nouveau système de relations entre les peuples de l’Europe, destiné à préparer l’association universelle »¹⁰⁶. Y el concepto de asociación no es ya aquí una construcción imaginaria para el futuro, sino una realidad de la política presente, una “defensa del interés europeo”, tal y como defiende Puech; es la culminación de la transición de la vieja política a la nueva política: « Les hommes vont passer de notre civilisation transitoire, *suspicionnelle*, à la *civilisation associationnelle* »¹⁰⁷.

El Sistema Mediterráneo

Si la *asociación universal* propuesta por los sansimonianos tomaba en 1831 la forma de una asociación eminentemente europea, a través de esa alianza entre las tres mayores potencias y en la que Oriente sólo jugaba un papel subsidiario y pasivo (con el caso de las colonias como Argelia o la misión civilizadora de Rusia para con Asia), al año

¹⁰⁴ “il n’y a là nul rêve d’hégémonie oppressive, nulle hostilité...” (Puech, 1948, p. 55). Laszlo Lederman, al comienzo de un curso impartido en Ginebra en 1848, afirmaba a este respecto : « Il n’est pas étonnant de rencontrer parmi les tenants de l’idée de Fédération internationale tant de noms français... même le patriotisme français s’est fort bien concilié avec une sorte d’internationalisme humaniste » (cit. en Sainte-Lorette, 1955, p. 35). Y así lo describe Brékilien : « Les penseurs qui faisaient entendre la grande plainte des nations opprimées n’étaient nullement inspirés par des conceptions natiocentristes ou puérilement autarchiques. (...) versus l’estatisme (...), nouant des liens par-dessus les frontières avec les représentants des autres minorités qui affrontaient les mêmes problèmes, ils acquéraient un sens de l’Europe qui ancrerait en eux –libéraux par définition- le souci de l’harmonie des nations au sein d’une union européenne » (Brékilien, 1965, p. 299).

¹⁰⁵ “On le lui reprocha comme un crime de lèse-nationalité, et pourtant cette association future trouvera pour l’Europe les meilleurs moyens de perfectionner son organisation et assurera le maintien de la paix. C’est le premier progrès important de la politique extérieure à réaliser » (Olinde Rodrigues, *Le Producteur*, t. IV, 1826, p. 89).

¹⁰⁶ *Le Globe*, 22 de junio 1831: « cette triple association présidera aux destinées de l’humanité... » ; « Ce sera sous les auspices de cette trinité sainte que les peuples graviteront vers leurs destination, l’association universelle. Mais les éléments de cette trinité son épars, aucun d’eux n’a encore conscience de son avenir personnel et collectif. L’œuvre de colonisation est donc temporairement étroite e incomplète » (8 de junio 1831).

¹⁰⁷ Puech, 1948, pp. 57-78, y cit. en p. 39.

siguiente, y a la luz de la creciente conflictividad de la sempiterna “cuestión de Oriente”, el proyecto se torna explícitamente mundial:

« Je dis le monde entier; car il ne s'agit pas seulement de comprendre dans les prévisions de pacification tous les peuples qui firent parti de l'agrégation catholique européenne. Ce ne sont pas seulement les membres de la ci-devant chrétienté qu'il s'agit de concilier et associer (...). Les peuples chrétiens ne sont pas aujourd'hui les seuls qui aient soif de progrès (...) Le plan de pacification devra donc faire une vaste part à l'Orient »¹⁰⁸

Conscientes de que una pacificación definitiva no será posible a no ser que incluya también a Oriente, constante foco histórico de conflictos, la nueva apuesta sansimoniana aboga porque la nueva política del viejo continente se oriente a establecer una comunión estrecha entre Oriente y Occidente, teniendo por primer objetivo la puesta en marcha de un sistema destinado a regenerar los territorios bañados por el Mediterráneo, como eje para la nueva asociación universal:

« Le plan de pacification qu'attend le monde devra être la conciliation de l'Orient et l'Occident. La Méditerranée (...) continuel champ de bataille (...) doit être désormais un vaste forum sur tous les points duquel communieront les peuples jusqu'ici divisés. La Méditerranée va devenir le lit nuptial de l'Orient et l'Occident »¹⁰⁹

El sistema mediterráneo constituye así la nueva preocupación que domina la política sansimoniana en 1832¹¹⁰; un nuevo gran diseño que encuentra sus predecesores, tal y como ellos reivindican, en Alejandro, César o Napoleón. El programa de este nuevo diseño es fácil de resumir: se basa en la construcción de vías ferroviarias que, partiendo de París, nueva metrópolis mundial, conectarían con todas las capitales de Francia y de Europa; proyecta asimismo canalizar el suelo europeo y unir así a todas las partes del globo, haciendo navegables todos los ríos y estableciendo el Mediterráneo como mercado universal. Si la primera asociación se basaba en una

¹⁰⁸ Michel Chevalier en *Le Globe*, 5 de febrero 1832 (art. « La Paix est aujourd'hui la condition de l'émancipation des peuples » III). « La paix universelle sera conclue dès que sera terminée cette lutte dévorante qui fit couler des flots de sang entre les Romains et les Parthes, (...), entre les Sarrasins, Maures et Turcs, et la Chrétienté. La lutte la plus colossale, la plus générale et la plus enracinée qui ait fait jamais retentir la terre du fracas de batailles, est celle de l'Orient et de l'Occident. (...) Tous les autres guerres sont des dissensions intestines. (...) Cette association sera consommée du jour où les princes et les peuples de l'ancien continent se seront dit: 'A quoi bon nos intarissables querelles?' et que tous ils auront tourné la face vers la Méditerranée ».

¹⁰⁹ *Le Globe*, 12 de febrero 1832.

¹¹⁰ El sistema mediterráneo sansimoniano ha sido especialmente estudiado por M. Charlety, *Histoire du Saint-Simonisme*, 1896, pp. 374 y ss.

alianza política, el nuevo proyecto es eminentemente un plan industrial; convencidos de su misión de industrializar el universo, los sansimonianos se alinean en una teología (de un Dios universal y de la consiguiente asociación universal) que no se resuelve empero sino en una *política*, tal y como ha sido señalado¹¹¹: “Considérons ce système méditerranéen sous le rapport industriel, car la politique est spécialement le règlement des intérêts des peuples et des individus sous ce rapport »¹¹².

Los medios de transporte constituyen así el “vínculo material” de esta nueva política asociativa, mientras que la banca constituye el “vínculo espiritual”, organizados ambos en redes. Los ferrocarriles en los continentes y los barcos de vapor en los mares, junto con el telégrafo, que permitirá gobernar los continentes con la misma unidad y el mismo carácter instantáneo con el que hoy se gobierna Francia, constituirán así, insisten, una « révolution non seulement industrielle, mais politique ». El progreso técnico, auguran, multiplicará singularmente las relaciones de pueblos y ciudades, y cambiará definitivamente las condiciones de la existencia humana: “de ce jour un immense changement sera survenu dans la constitution du monde; de ce jour ce qui maintenant est une vaste nation sera une province de moyenne taille”¹¹³.

“Los ferrocarriles son el símbolo más perfecto de la asociación universal”, aseguran, y en ellos se sustenta de hecho todo el sistema mediterráneo, que Michel Chevalier presenta al detalle y dividido en áreas geográficas (teniendo por punto de partida los golfos que se abren a lo largo de la costa mediterránea, en cada cual se erigirá un puerto principal del que arranquen las vías ferroviarias que, extendiéndose de manera reticular, acabarán uniendo Cádiz y San Petersburgo, Ceuta y Constantinopla)¹¹⁴. Se añadirían además comunicaciones fluviales, haciendo de toda corriente fluvial una vía navegable, y del Mediterráneo, su centro; la agricultura florecerá en torno a este mar gracias a numerosos canales de irrigación y de desecación; la riqueza mineral será explotada conforme a un gran plan de conjunto. Supongamos en fin, nos propone el autor, que un vasto sistema bancario extendiese un ciclo saludable en las venas de ese inmenso cuerpo; imaginemos que esta obra gigante se logra mañana y

¹¹¹ Puech, 1948, pp. 43-44.

¹¹² *Le Globe*, 12 de febrero 1832.

¹¹³ *Le Globe*, 12 de febrero 1832.

¹¹⁴ Este vasto proyecto, « dans ce grand mouvement qui pousse instinctivement tous les peuples vers l'unité », propiciará no solo la unidad europea y entre Oriente y Occidente, sino también la de países como Alemania o España, asegura en su descripción, cuya integración actual es “forte imparfaite”; la unión de intereses materiales se presenta así como el mejor lazo para vincular las sociedades, tal y como expone de forma minuciosa Chevalier en este artículo del 12 de febrero como en otros semejantes.

preguntémonos si, en esas circunstancias, ningún gabinete volverá a sentir la fiebre belicosa:

« Concevons que poussant devant soi la civilisation, l'Europe s'étendre ainsi peu à peu sur l'Asie, par les Russes au nord, par les Anglais au midi, par la Turquie à l'est, par les Américains peut-être à l'ouest ; et qu'à cet effet l'on perce les deux isthmes de Suez et de Panama, et représentons-nous, s'il est possible, le ravissant tableau qu'offrirait bientôt l'ancien Continent »

Por último, Michel Chevalier calcula incluso los costes al detalle que esta magna obra supondría, y demuestra su factibilidad: si se sustituye el gasto militar por el de estas infraestructuras propuestas, los pueblos no verían aumentada su imposición en un solo céntimo, concluye. Si todos los soldados de Europa se volcasen en el trabajo industrial, el desarrollo de esta “confederación mediterránea”, que acarrearía el advenimiento político definitivo de la era industrial y la paz perpetua, sería gigantesco¹¹⁵.

Traducción material de la obra moral concebida por el Padre Supremo y garantía del triunfo de la fe sansimoniana, “tel est le système politique que nous proposons à tous les hommes qui sont préoccupés de la crise européenne, aux méditations des diplomates et des gouvernants»¹¹⁶. Convencidos de que el viejo equilibrio europeo se halla ya definitivamente destruido, ponen todas sus esperanzas para la paz en la industria como regeneradora de los pueblos mediterráneos y en el día en que Europa tome la forma de un “immense atelier”, y no dudan en polemizar con las ideas vertidas en otros periódicos¹¹⁷, porque tienen « une foi inébranlable dans cet avenir »: “ainsi se réalisent par nous toutes les prophéties !”¹¹⁸

¹¹⁵ *Le Globe*, 12 de febrero 1832.

¹¹⁶ « La réalisation progressive de cette haute pensée (...) jusqu'à ce que la diplomatie nous ait entendus. Il n'y a plus de guerre possible, car elle serait sans but. Le vieil équilibre européen est à jamais détruit, il lui en faut substituer un autre. Ralliez-vous au système méditerranéen » (22 febrero 1832, firmado por L. Delaporte).

¹¹⁷ El 27 febrero 1832 respondían a un artículo aparecido en la *La Tribune*, y su defensa de una última guerra general como condición para la emancipación y la unión europea, idea a la que los sansimonianos reaccionan con la propuesta de esta obra común de carácter industrial, y la puesta en marcha de un nuevo plan de equilibrio “non plus européen, mais continental”, teniendo por centro el Mediterráneo; estos son pensamientos políticos altamente eficaces para el afianzamiento de la paz, más que cualquier receta revolucionaria, insisten; es bonito hacer poesía sobre el establecimiento de *corrientes revolucionarias*, ironizan, pero por muy prosaicos que nuestros ferrocarriles puedan parecer, aseguran, hay más poesía en la conciliación de Oriente y Occidente por el Mediterráneo. Y cuando se les acusa de soñadores, reaccionan: “nous ne sommes ni les hommes du regret, ni ceux de l'utopie ». Otro periódico, *L'Observateur de l'Aisne*, parece sin embargo apoyar su programa ; de sus páginas recogen orgullosos este extracto, que viene a confirmar sus ideas : “De nouveaux congrès auront lieu désormais, non plus pour organiser la destruction des peuples, mais pour augmenter leur bien-être, effacer progressivement la

Hay además otras cuestiones que cabe destacar al hilo de estas reflexiones aparecidas en *Le Globe*, como son el lugar otorgado a la cuestión de Oriente, la relevancia de la argumentación histórica o las alusiones dispersas al nacionalismo. Acabamos de ver cómo estos sansimonianos de 1832 prestan una especial atención a Oriente, hacia donde la Europa moderna y unida deberá extender su acción pacífica. Si Michel Chevalier se disculpaba en el prefacio del compendio de artículos *Politique Européenne* de haber adjudicado a Oriente un rol demasiado pasivo, el interés por las cuestiones de Oriente iría en aumento, al hilo de los acontecimientos políticos de la década (los problemas en el Mediterráneo y el recrudecimiento de la cuestión de Oriente, la conquista de Argelia y su organización), y así Enfantin, en sus meses en prisión, se consagró al estudio y teorización de esta “cuestión de Oriente”, proyecto continuado por su viaje a Egipto y su proyecto de un Canal de Suez o su comisionado en Argelia (1833-1839).

Si la política extranjera debe llamarse más bien “política europea”, y si en ella sólo pueden tener lugar “disensiones internas” o la amenaza de una “guerra civil”, la cuestión de la paz y la asociación universal queda incompleta sin embargo si no alcanza más allá de las fronteras europeas. En estos años en que tiene lugar el pistoletazo de salida para la carrera imperial, Europa adquiere una nueva dimensión proyectándose hacia el exterior, intenta reconocerse “desde fuera” y aparece más que nunca como un proyecto que supera la delimitación espacial. Los sansimonianos iban a defender en este contexto la misión de los ejércitos de las grandes naciones, de continuar con sus “pacíficas conquistas” organizando, fertilizando aquellas regiones, y reuniendo así el mundo oriental al occidental, que formaría un único dominio humano teniendo por centro el Mediterráneo: « L'Europe, répandue sur toute la surface de la terre, sans abjurer les dons de l'esprit et même sans négliger de les communiquer aux peuples ». Un punto de vista que no es todavía, no obstante, el del colonizador imperialista, sino que está más próximo al del misionero civilizador y del poeta romántico: “Ce n'est pas

ligne des douanes, creuser des canaux, construire des chemins de fer, dessécher les marais et aviser à augmenter les richesses du globe par une organisation pacifique des efforts de l'intelligence et des bras des peuples. (...) il n'y a d'autres sources de richesses et de bonheur que le travail. Ces idées ont pénétré dans les cabinets des ministres et jusque dans les salons des rois. L'opinion de la masse est formée sur ce point » (recogido en *Le Globe*, 26 de febrero 1832).

¹¹⁸ *Le Globe*, 16 de enero 1832.

en vain que les poètes rêvent l'Orient, (...). Les poètes ont le don de prescience. Leur élan dans les régions orientales atteste qu'en effet une association est proche entre l'Orient et l'Occident »¹¹⁹.

Pero los pueblos orientales no sólo están llamados a unirse a la civilización europea, sino que se reconoce a Oriente como cuna de esa civilización, de cuyas manos la recibió Europa y a la que se debe devolver ahora¹²⁰. Expresión del dualismo eterno, Oriente y Occidente necesitan de una nueva religión que los regenere y reconcilie: « Enfin une religion nouvelle unira par un mariage solennel l'esprit et la matière, la science et l'industrie, la théorie et la pratique, l'Orient et l'Occident, voués jusqu'ici à la lutte et à l'antagonisme »¹²¹.

Y más allá de consideraciones poéticas, místicas o civilizatorias, al problema de Oriente le brindan una solución práctica de carácter económico, afrontándolo además desde una nueva perspectiva jurídica: al insertar a Oriente bajo la garantía del Derecho público europeo, se elabora por sí mismo un nuevo Derecho público (“la fraternidad bajo el imperio de una nueva ley”), que instaurará definitivamente el verdadero “Consejo anfictiónico europeo” que viene fraguándose desde el Congreso de Viena, y que reemplazará a aquella “Confederación monárquica” que era la Europa de 1815¹²².

La argumentación histórica juega asimismo un importante papel en la retórica política de los sansimonianos de *Le Globe*. Siguiendo la máxima de Hegel de que todo hombre es hijo de su época¹²³, sus redactores muestran en todo momento una clara conciencia de la experiencia histórica desde la que escriben: “Les quinze années qui viennent de s'écouler ont été comme un long entracte dans le grand drame de

¹¹⁹ *Le Globe*, 5 de febrero 1832. « L'Europe, jeune encore (...) rêve de tous les imaginations (...) animée de cet invincible besoin de tendre la main à un peuple nouveau-venu dans la famille européenne. Ne sont-ce pas là des signes manifestes de cette tendance de deux mondes à se réconcilier ? Et pourquoi n'interrogerions nous pas les poètes, car ils sont doués du privilège de la prophétie ? » ; Chateaubriand, Byron o Hugo han preludiado ya la creación de este mundo nuevo (« L'Orient et l'Occident », prédication du 15 janvier par E. Barrault, en *Le Globe*, 16 de enero 1832).

¹²⁰ “La Grèce (...) assis demi nue sur les ruines du Parthénon, tend les bras à l'Occident, et réclame de lui la civilisation qu'elle a tant contribué à lui donner » (*Le Globe*, 5 de febrero 1832). Y no sólo Grecia; también a las ruinas de Palmira o a la explanada de las Pirámides se les reconoce este mérito.

¹²¹ *Le Globe*, 16 de enero 1832.

¹²² Eichthal, 1840, p. 17. Gustave d'Eichthal se aleja de las anteriores enseñanzas de Enfantin, resignándose a esas guerras coloniales tan lejanas de la penetración pacífica inicialmente defendida.

¹²³ Citada el 7 de abril 1832, y también en otras ocasiones.

l'affranchissement et de la régénération des peuples. Voici qu'un nouvel acte vient de s'ouvrir... »¹²⁴.

Estos nuevos historiadores conciben la historia como un pensamiento “grande y verdadero” que ayuda a hacer descender la filosofía de la nebulosa de la utopía al terreno fecundo de la realidad: « la philosophie historique n'a d'autre but que de comprendre par la pensée le monde au milieu duquel on vit ». (y desde esta óptica del presente juzgan tanto el pasado como el futuro). Polemizan así con la obra de Quinet, y juzgan la Restauración, contestando la visión de “transacción siempre provisional” que preside a los liberales doctrinarios¹²⁵; el pretendido « equilibrio europeo » se había formulado bajo la influencia de una política de rivalidad, afirman, que obligaba recíprocamente a la inacción, negando la posibilidad de expansión y todo aquello que alterase la “balanza”: “L'équilibre européen a été, quant à l'organisation générale de l'Europe, ce qu'a été pour la France le système représentatif, une transaction entre les intérêts rétrogrades et les intérêts de l'avenir ; transaction toujours déclarée *perpétuelle* et toujours violée »¹²⁶.

Y frente al equilibrio europeo surgido del sistema de Viena, repasan la obra de Napoleón, a quien reconocen el mérito de haber elevado el “nivel de civilización”, aunque acusándole, desde la perspectiva historicista, de no haber sabido entrever el “secreto del futuro”: “c'est un copiste du passé”¹²⁷, concluyen.

« La Convention et Napoléon sont venus en leur temps: ils avaient une terrible mission à remplir. (...) Mais ce qu'ils ont fait n'est pas à refaire »¹²⁸

La argumentación histórica no se limita sin embargo a juzgar los acontecimientos contemporáneos, sino que traza una línea de continuidad, una historia

¹²⁴ *Le Globe*, 17 de diciembre 1830.

¹²⁵ “Installé sous la protection des baïonnettes étrangères, l'ordre politique de la restauration ne fut jamais regardé par la France comme un libre produit de son génie national. Les publicistes eurent beau vanter la sagesse de la Charte octroyée qui venait « renouer la chaîne des temps ». (...). Le parti doctrinaire vint s'interposer avec ses vues de conciliation, ou plutôt de transaction provisoire, et l'utile dépôt de ses études philosophiques et historiques. (...) eux qui avaient cru trouver dans l'histoire une progression dont la Charte de 1814 formait le dernier terme possible » (28 de enero 1832).

¹²⁶ *Le Globe*, 18 de junio 1831.

¹²⁷ Charton, “Prédication du 29 mai 1831”, en *Le Globe*, 30 de mayo 1831.

¹²⁸ *Le Globe*, 10 de enero 1832. « Cette épouvantable querelle de Napoléon et du cabinet anglais n'était autre chose que l'effrayante agonie du génie guerrier de l'Europe. Les sentiments de patriotisme étroit qui divisait jadis les peuples sont tombés avec des monceaux de cadavres dans les fosses profondes de Leipsick, de Lutzen et de Waterloo ; la sainte-alliance cherchait en vain à les exhumer (...). De pareilles guerres d'horreur et d'extermination sont désormais impossibles ; car la guerre ne vit que de haines, et les haines nationales sont éteintes à jamais » (8 de diciembre 1830).

de progreso y perfectibilidad de la humanidad que se remonta más allá del sistema de Westfalia hasta aquellos tiempos más remotos que constituyeron pese a todo la condición de posibilidad del tiempo presente; así declaran: « L’histoire entière de l’humanité n’est autre chose qu’une série d’*interventions* d’homme à homme, ou de peuple à peuple (...). Pendant les premiers âges de l’humanité (...) l’*intervention* a eu un caractère violent »; y en la naturaleza de ese carácter reside precisamente la radical novedad de este tiempo nuevo que experimentan, la ruptura definitiva: entre el tiempo de la guerra y el tiempo de la paz que ellos anuncian. Pese al paralelismo con las civilizaciones griegas y romanas, que supieron forjar una civilización y un sentimiento de nacionalidad superior a través de esas intervenciones¹²⁹, se ha producido una ruptura que no tiene vuelta atrás, y que concede a los nuevos tiempos un carácter inédito hasta entonces: la intervención ya no es posible mediante la violencia: la guerra, como intervención armada, medio poderoso de educación del género humano, instrumento de progreso y mejora, y vínculo que ha unido a los pueblos mezclándolos unos con otros, los ha preparado “à une association générale où la violence ne trouverait plus de place”.

Por último, llama la atención en estos artículos la particular consideración de la “*patria*” y la “*nación*”; frente a la unidad de Europa, la pluralidad que prevalece es la de los *pueblos*, citados sin cesar, y apenas sí aparecen en alguna ocasión calificados de “Estados” o países, mucho menos aún como “naciones”. Y prácticamente siempre que el término de nación o nacionalidad aparece mencionado, va acompañado de calificativos negativos, además de apuntarse que el sentimiento nacional no constituye sino un prejuicio y es de hecho —lo más llamativo de estas reflexiones— un sentimiento *obsoleto*: los “odios nacionales” y las “nacionalidades estrechas” constituyen así en la literatura sansimoniana parejas de términos indisociables: “une foule de nationalités étroites”, « sentiments arriérés de haines nationales » y « préjugées d’une nationalité étroite » son lo que provoca el actual « mesquin système des rivalités

¹²⁹ « Les Grecs et les Romains, épanchant leur civilisation supérieure sur des peuples moins avancés, et superposant une nationalité plus large à une foule de nationalités étroites... » (17 de diciembre 1830); « Rome eut pour mandat d’établir entre les peuples une première *communion*, violente il est vrai; de les dresser à l’*unité*, de leur enseigner un commun langage, de leur imposer de communes lois, et de les préparer ainsi à l’*unité* religieuse du catholicisme » (*Le Globe*, 18 de junio 1831).

nacionales », « dominé par un sentiment de nationalité haineuse » y frente al que ellos claman por la « disparition des haines nationales », etc.¹³⁰

Lo mismo ocurre con la patria y el patriotismo, que es siempre un sentimiento “egoísta”, “estrecho” y bárbaro”¹³¹; entre los que apoyan la política de no intervención, afirman así, la mayoría lo hacen llevados por sentimientos de orden y paz, pero también los hay llevados por “*inspirations d’un patriotisme égoïste et barbare*”, que les habría conducido a construir en torno a Francia una muralla que les aislase del exterior como en China, sin preguntarse qué pasaría del otro lado de la muralla (evocación a las palabras de Mme. de Staël citadas ya aquí). Eso sí, introducen un importante matiz, y así exponen que existen dos tipos de patriotismo, el del sentido más común, que resulta a su entender reproachable, y el del sentido que ellos le otorgan, más generoso:

« Le *patriotisme*, sentiment étroit et vulgaire lorsqu’il est restreint à l’affection d’habitude qu’un homme éprouve pour le sol qui l’a vu naître, pour les hommes au milieu desquels s’est passée sa vie ; sentiment large et puissant lorsqu’il a pour base la conviction raisonnée ou instinctive de la mission qu’accomplit dans le monde la nation à laquelle on se fait gloire d’appartenir »¹³²

2. 2. *L’Européen* de Buchez: la “federación europea”

Por esas mismas fechas otro de los discípulos de la escuela de Saint-Simon, Philippe Joseph Benjamin Buchez (posteriormente inclinado hacia el socialismo cristiano y fundador de un segundo periódico más conocido, *L’Atelier*, además de futuro presidente de la Asamblea de 1848), sacaba a la luz otro periódico, *L’Européen*, que nace con una periodicidad semanal en diciembre de 1831 bajo el nombre inicial de *L’Européenne. Journal de sciences morales et économiques* (aunque en menos de un mes

¹³⁰ *Le Globe*, 17 de diciembre 1830, 29 de junio 1831, 20 de enero 1832, 16 de junio 1831, 26 de junio 1831, 8 y 17 de diciembre 1830, etc.

¹³¹ *Le Globe*, 8 y 17 de diciembre, etc.

¹³² *Le Globe*, 7 de abril 1832. Esta interpretación del patriotismo o nacionalismo como visión no excluyente de la misión a desempeñar en el conjunto más amplio la veremos reaparecer con especial fuerza en 1848.

modifica el título al definitivo de *L'Européen*¹³³). El mismo nombre de este periódico nos da una primera indicación pues, del mismo modo que hacía el de *Le Globe*, de su vocación internacionalista, a la que pretenden acercarse, tal y como se expresa en la Introducción del primer número, “no con vanas utopías, sino en lo realizable”¹³⁴. Veremos qué entiende este nuevo periódico por realizable, qué doctrinas comparte con *Le Globe*, órgano oficial del sansimonismo en este periodo, y cuál es la aportación particular de Buchez, aquél médico que ya en 1830 dijo aquello de que “a través de la historia del pasado, podemos llegar a vislumbrar el futuro”...

El primer número de este periódico comienza con un artículo titulado “De la France” en el que se afirma que: “la plupart des écoles philosophiques qui ont surgi dans notre pays depuis dix-sept ans, se sont appliqués à attaquer le sentiment de la nationalité ». Frente a esta doctrina anti-nacionalista *L'Européen* reclama por el contrario un sentimiento francés, pero matiza, a la manera en que también aparecía en *Le Globe*, que no se trata ya de un sentimiento de “egoísmo brutal y exclusivo”¹³⁵; el sentimiento nacional francés que Buchez, quien firma este artículo, defiende es más bien, una vez más, el sentimiento de una “alta función entre los pueblos”: “La France sent qu'elle est le monarque du monde”; “Les destinées de la France sont celles du monde entier”¹³⁶. Y esa misión de la Providencia que detenta Francia, “instrumento admirable de la universalidad”, es la de mostrar a Europa y educarla en el nuevo objetivo de la actividad social, donde se extingan las diferencias entre los hombres y los pueblos —objetivo

¹³³ *L'Européen*, nº 5, 31 de diciembre 1831: “Sur les observations du parqué, et pour éviter le cautionnement, nous avons été obligés à modifier notre titre. Mais cela n'apportera aucun changement à notre but, à notre plan, ni à notre rédaction ».

¹³⁴ *L'Européenne*, 3 de diciembre 1831.

¹³⁵ En otro artículo, afirma acerca del patriotismo y el concepto de nacionalidad: “A Dieu ne plaise que nous voulions caresser un préjugé étroit et mesquin de patriotisme : ce n'est point ainsi que nous entendons la nationalité ; nous sommes loin de penser que ce mot doive exprimer le sentiment égoïste d'une société humaine envers les sociétés qui l'entourent ; nous voyons, au contraire (...) que la nationalité c'est l'influence de cette faculté progressive sur les autres peuples, (...), le désir de réaliser les mêmes destinées » (5 de mayo 1832, p. 353).

¹³⁶ Ideas de patriotismo exaltado que se amplían y redundan en otro artículo posterior, “De la Nationalité”, del 31 de diciembre 1831. “Cette belle France (...) quand on voit rayonner sur la surface du globe les découvertes de son intelligence, les inspirations de son génie (...), empressée à communiquer aux nations les dons que le ciel lui accorde incessamment” (5 de mayo 1832, p. 353). Y es que Francia se percibe sola en la lucha por la emancipación de los pueblos desde el momento en que todas las esperanzas puestas en Alemania han naufragado, se apunta un tiempo después, y que la alta misión que ostentaba España, aquélla de extender la civilización europea más allá de sus fronteras (“promener sur d'autres continents le drapeau de l'Europe”) también fracasó (“Mouvement Social”, 31 de marzo 1832, y “De l'Espagne”, 16 de junio 1832).

social que Francia alcanzará estableciéndose primero como modelo de organización social, y seguidamente:

« en provoquant l'institution d'une *fédération européenne* librement consentie et représentative de l'union réelle qui existe entre les intérêts moraux et matériels de toute les nations »¹³⁷

La polémica en torno al sentimiento nacional sigue pues vigente, y Buchez, como otros sansimonianos, la ataja por el ambiguo camino de la vocación histórica de liderazgo continental del pueblo francés, sancionada por la revolución de Julio: “Par suite de la révolution de 1830, la France a institué vis-à-vis du reste de l'Europe et dans le sein de ses relations diplomatiques, un nouveau principe de droit de gens, celui de la souveraineté du peuple »¹³⁸. Esta « soberanía del pueblo », el nuevo Derecho Público europeo al que consagrará diversos artículos, será de hecho la piedra angular del pensamiento europeísta de Buchez, que toma así un cariz distinto al de sus colegas los *globistas*, y tiende a una visión más jurídica y por ende democrática. Las jornadas de Julio habían despertado el espectro de la soberanía popular, y la recurrente exaltación del principio de la soberanía del pueblo por parte de Buchez y con él otros muchos, contrasta con la visión doctrinaria, que ve en ella, tal y como apuntó Guizot, “une théorie de circonstance et de transition”¹³⁹.

Pero sin duda uno de los artículos principales aparecido en esta revista, precisamente en el número en que cambia de nombre, será el que lleva por título “*D'une fédération européenne*”, en el que presenta las bases más detalladas de su proyecto federalista¹⁴⁰. El artículo comienza con una consideración histórica acerca de las antiguas guerras entre soberanos, y una remembranza del famoso proyecto ilustrado del abad Saint-Pierre; aquel *proyecto de paz perpetua*, concebido en una época en la que las guerras no dirimían más que cuestiones de propiedad entre soberanos, se limitaba a buscar una alianza entre los monarcas de Europa, como “único medio de *conservar* los

¹³⁷ *L'Européenne*, 3 de diciembre 1831.

¹³⁸ *L'Européenne*, 10 de diciembre 1831.

¹³⁹ Guizot, *Des moyens de gouvernement et d'opposition...*, cit. en Rosanvallón, 1985, p. 85. La voluntad de desprenderse del modelo de soberanía popular figuraba en el centro de las preocupaciones de los doctrinarios, puesto que era juzgada la responsable de todos los excesos del periodo precedente, matriz del caos revolucionario y lecho del despotismo napoleónico al mismo tiempo. Emprenden así una crítica de la soberanía popular en tanto que consagración del número en la vida política, a la que temen y evocan frente a ella todas las amenazas de la descomposición social, otra de las preocupaciones claves del periodo, que tratan de conjurar rechazando precisamente esta idea de soberanía popular (pp. 75-76).

¹⁴⁰ *L'Européen*, nº5, 31 de diciembre 1831, pp. 65-67.

derechos de los soberanos”, según rezaba el propio texto. Y aunque ese texto fue en un primer momento objeto de burlas y se convirtió en una expresión proverbial sinónima de locura y sueño impracticable, lo cierto es que, argumenta Buchez, aquella alianza de soberanos europeos llegó a culminarse cien años más tarde bajo el nombre de “Santa-Alianza”, establecida contra “las conspiraciones, las sediciones y las revueltas de los pueblos”. Buchez equipara así aquel sueño utópico del XVIII con la realización práctica de la Santa-Alianza, que poco habrían de parecerse a primera vista (y cabría por lo tanto aquí la misma acusación que veíamos en el capítulo primero, dirigida al Imperio de Napoleón, como realización política de la idea filosófica del cosmopolitismo kantiano, otra “máscara” más de “lo universal”¹⁴¹), y por eso dirige a ambas el mismo reproche:

« Malheureusement pour les rois, la Sainte-Alliance avait le même défaut que le projet de l'abbé Saint-Pierre ; c'était de prétendre fixer à tout jamais un état social à l'humanité, progressive de sa nature ; aussi la paix perpétuelle, basée sur la Sainte-Alliance, ne dura-t-elle que 15 ans »

En el último día de 1831, cuando el fracaso de la política de la Restauración y de la Santa-Alianza es ya un hecho, Buchez afirma compartir el mismo objetivo que aquellos dos planes truncados y desprestigiados, el de la pacificación universal, pero apunta que ambos se equivocaban en los medios; la paz del siglo XIX no puede tomar ya la forma de la paz estática del siglo XVIII, y la idea de una Europa unida ha cambiado ya sustancialmente de sentido, convirtiéndose en un concepto progresivo.

L'Européen, que adopta como lema “*Liberté, Égalité, Fraternité Universelle* », emblemas revolucionarios como, en opinión de Buchez, cristianos, entiende por igualdad última la *asociación*, y por fraternidad, la *federación europea*¹⁴², por lo que la pacificación universal sería la “consecuencia directa e inevitable de la aplicación completa del principio cristiano, cuyos elementos han de ser traducidos ahora a la política”. La nueva alianza europea habrá de tener por base, por lo tanto, el mismo principio y objetivo: unos intereses comunes que permitan llegar mediante la asociación a la satisfacción de las necesidades de cada uno de los aliados, y la coincidencia de una misma base política; tal y como ya había establecido el Conde de Saint-Simon en 1815, “l'union ne peut donc avoir lieu qu'entre sociétés établies sur la même base

¹⁴¹ Benoist, 1993.

¹⁴² *L'Européen*, 27 de octubre 1832, p. 335.

politique”¹⁴³. Y esa misma base política no será otra que la *soberanía del pueblo*, principio establecido en 1789 y que sólo en 1830 ha comenzado su realización. La unión se opera pues en una doble vía material e intelectual, y el gobierno, representante del pensamiento social de los hombres, no ha de tener otro objetivo que “mejorar la suerte de aquellos que sufren”, a través de los principios de libertad e igualdad:

« Ce dogme, une fois admis pour un des états européens, doit l'être nécessairement pour tous. Sans cette première conformité, on n'assemblerait que des éléments hétérogènes et l'union ne serait que fictive, car les intérêts des alliés seraient différents »

Buchez se ocupa igualmente del vínculo material, y advierte que resulta imprescindible que el mismo punto de vista económico presida la totalidad de los trabajos industriales en Europa, favoreciendo al máximo las disposiciones productivas de cada país. Porque el aislamiento de las naciones, la autarquía “où l'on prétend enclôtrer un territoire d'une barrière insurmontable, et lui faire produire bon gré mal gré tout ce qui est nécessaire à la population qui le couvre », es un error manifiesto que en todos los casos merma la eficacia del conjunto y acarrea una importante pérdida de tiempo y de esfuerzos. La tendencia política debe dirigirse por lo tanto a la desaparición de los obstáculos que impiden el libre intercambio de productos nacionales, la extinción del sistema de aduanas y la modificación de los sistemas de explotación (tendencia, no obstante, que matiza, no se realizará sino de forma paulatina). Por último, para constituir un verdadero vínculo entre el pensamiento social y los intereses materiales, habrá de utilizarse la vía de la educación, como medio de influencia general en los espíritus que permita el surgimiento de una moral común, del mismo Derecho público (idéntica legislación civil y penal), la misma teoría política e igual teoría económica para todos los Estados aliados. Pero el nuevo pensamiento europeísta post-imperial no busca la asimilación y equiparación de todos los territorios, y reconoce, sin dejar de evocar la frustrada tentativa napoleónica, las diferencias nacionales:

« Sans doute nous ne voulons pas dire ici que toutes les nations, quelque différents qu'elles soient aujourd'hui de mœurs et de langage, doivent être rangées sous une seule et même loi ; nous voulons seulement indiquer qu'une pensée générale doit planer sur tout le système européen, en se modifiant suivant les mœurs et les lois de chaque peuple qu'elle vient toucher, et en fâchant de les tourner dans le sens de l'unité fédérale »

¹⁴³ *L'Européen*, 31 de diciembre 1831.

El error gubernamental del Emperador, quien ya intentó algo similar a lo que él propone ahora y que pese a todo no duda en elogiar, fue basar el Imperio en los intereses de una reducida aristocracia, en lugar de asegurarlo sobre los del pueblo. Al contrario que la generación inmediata de 1815, los intelectuales de los años 1830 y especialmente de 1840 se inclinan a reconocer los méritos bonapartistas y la influencia ejercida sobre toda Europa¹⁴⁴, aunque no comparten con él los mismos presupuestos de partida: como ya indicaban en *Le Globe*, Bonaparte llevó a cabo una política propia de su tiempo, pero ese tiempo ahora ya no es el mismo, aunque la continuidad histórica justifica pese a todo su plausibilidad:

« Ainsi donc la fédération européenne que nous proposons, est possible puisqu'elle a été tentée plusieurs fois et qu'elle n'a échoué que pour avoir été basée sur une vue rétrograde, au lieu de l'être sur une vue progressive, et dans l'intérêt des classes aristocratiques, au lieu de l'être dans celui du peuple »

La nueva federación europea deberá por el contrario alcanzar esa unión mediante la comunidad de intereses materiales y de pensamiento entre los pueblos, inspirada por la educación y a instancia de la iniciativa de todos los gobiernos, y sus resultados más inmediatos serán la extinción de la guerra como medio de solución a los conflictos entre naciones, además del empleo, en beneficio de todos, de una masa de esfuerzos productivos que se perderían de manera aislada. Y la iniciativa corresponde a los gobiernos precisamente porque, tal y como analiza conceptualmente y a través del análisis silogístico en el siguiente artículo, gobernar significa conducir hacia un objetivo, y un objetivo es algo por venir: “On ne peut donc gouverner qu'à condition de connaître l'avenir vers lequel une société d'hommes a besoin d'être conduite”¹⁴⁵.

Unos meses después, ya en 1832, otro artículo titulado “*Plan d'un Système de politique positive applicable au temps présent*”¹⁴⁶ viene a incidir en los aspectos prácticos de esa federación europea, apostando una vez más por su realizabilidad lejos de toda utopía y la confianza en que un día verá la luz, esperanzas manifestadas en numerosas ocasiones

¹⁴⁴ “Il faut bien voir que dans la grande mission d'éducation que la France exerce sur les autres nations, les premières années du 19^e siècle occupent une grande place pour l'émancipation des peuples » (*L'Européen*, 31 de diciembre 1831).

¹⁴⁵ “De la Nationalité”, artículo aparecido el 31 de diciembre 1831 (pp. 68-69) y que viene a completamentar al anterior, en esta época en que nacionalismos y universalismo no se excluían todavía.

¹⁴⁶ *L'Européen*, 7 de abril 1832, pp. 289 y ss.

en este periódico y que toman en esta ocasión la forma de una Asamblea europea de carácter representativo. Las relaciones entre los pueblos deben tender por definición, comienza, al establecimiento de una federación europea fundada en la representación de las necesidades morales y físicas de las poblaciones. No se trata por tanto, matiza, de nada semejante a las reuniones y congresos mantenidos hasta el momento, donde sólo se hallaban representados los intereses nacionales y la hostilidad que las diferencias de patria y lengua han venido manteniendo hasta el presente:

« Mais nous voulons parler d'une Assemblée législative qui s'occuperait de ce que les peuples ont entre eux de commun, en tant qu'hommes, en tant qu'Européens ; car il faudrait se proposer, pour dernier terme de la progression à parcourir, la fondation d'un état de civilisation où il ne resterait entre les nations d'autre différence que celle des services rendus à la communauté »

Para el establecimiento de esta federación europea, Francia debe atraer primero a las naciones vecinas a su “terreno gubernamental” y debe producirse el cambio de Derecho público europeo. Buchez matiza, frente a las duras críticas vertidas en *Le Globe*, que la diplomacia no marcha sin rumbo fijo, que existe de hecho ya un Derecho público europeo; la Revolución de Julio, sin embargo, ha introducido una nueva doctrina que debe ser tomada ahora como punto de partida para un nuevo Derecho de gentes: la diplomacia europea debe someterse ahora al principio de soberanía popular, insiste, que traduce como la realización de la ley cristiana contenida en los conceptos de Libertad, Igualdad y Fraternidad Universal. Y no duda en que este principio de Derecho será adoptado, puesto que “la humanidad nunca da marcha atrás en la vía del progreso”. Consecuencia de este nuevo Derecho público europeo será que los representantes ya no serán sólo delegados de los Jefes de Estado, sino diputados de los pueblos, de manera que de su reunión resulte “una verdadera *representación europea*”. La Asamblea europea no se ganará la confianza si no es elegida, no por las individualidades nacionales, sino por mandato de los pueblos. Y sus principales funciones residirán en la iniciativa para todas las cuestiones de interés general europeo así como en la mediación en las cuestiones suscitadas entre naciones, para lo que debe presidirla la imparcialidad. Y una vez más apunta a la diferencia entre el nuevo y el viejo sistema: “Le système ancien d'agrandissement par la conquête a fait une habitude de la défiance entre les peuples; le système Nouveau la remplacerait par la confiance”¹⁴⁷.

¹⁴⁷ *L'Européen*, 7 de abril 1832, p. 291.

Pero todo esto supone, ya lo apuntábamos antes, atraer al resto de Europa al círculo de actividad francés, haciendo de Francia finalmente “el centro de la actividad moral, intelectual e industrial del viejo mundo”, centralidad que se alcanzaría mediante la implantación de mayores canales de comunicación industriales e intelectuales, y uno de cuyos resultados más visible sería la implantación del francés como lengua predominante para todo el continente mediante una red de colegios, resultando finalmente Francia “*pivot unique*” de la nueva federación.

Los siguientes artículos de relevancia para el tema que nos ocupa (hasta siete artículos), tratan más en profundidad sobre la cuestión de ese nuevo Derecho público europeo¹⁴⁸. Francia marcha a la cabeza del movimiento de los pueblos por la conquista de la emancipación, y es caracterizada aquí como la “nación menos egoísta”, la que más ha sufrido por la emancipación de los pueblos, principio que se opone al pensamiento y los esfuerzos de los monarcas. El principio de soberanía popular, introducido por la Revolución Francesa y realizado por la Revolución de Julio, ha venido a modificar el Derecho público europeo, socavando las bases sobre los que se asentaba el antiguo Derecho; y si el destino de Francia es la conquista moral del mundo, su misión es la aplicación universal de su ley, que representa la forma más avanzada de la ley cristiana hacia cuya consecución total se dirigen también todos los demás pueblos cristianos, de manera inevitable. Buchez deriva el Derecho civil de la ley religiosa, que comparten originariamente todas las naciones y que las prepara para un destino común: formar parte de un mismo sistema político, ya que todo sistema político constituye una *unidad de ley*¹⁴⁹; tal es la historia de las naciones, concluye Buchez, y en ella reside el destino de Europa (de Europa en un futuro próximo, y del mundo entero en un futuro más alejado, añade).

La unidad de Derecho instauro un mismo objetivo para todos, y una división de funciones para las naciones. Históricamente, la separación progresiva de la unidad religiosa dio lugar a Derechos civiles particulares, expresión de una evolución particular pero al mismo tiempo de un origen común. El Derecho público o de gentes actual se basa en esa diferenciación en virtud de la cual existen las naciones, pero el principio de

¹⁴⁸ Otro interesante artículo es aquél en el que comenta la obra de Michelet, y en el que cuestiona las determinaciones climáticas y geográficas establecidas por éste, en la línea de Montesquieu, para diferenciar el carácter político de Asia y Europa.

¹⁴⁹ *L'Européen*, 5 de mayo 1832.

soberanía religiosa primitivo domina por encima una vasta organización política de un conjunto común, y hacia él han de retornar las naciones europeas¹⁵⁰. Buchez, desde una metodología historicista, examina en los siguientes artículos, tratando de establecer una “filiación histórica del Derecho público europeo”¹⁵¹, el Derecho público de la Antigüedad, el establecimiento político del Cristianismo y su sistema político, hasta llegar al principio de soberanía popular nuevamente, demostrando mediante esta genealogía que es este principio el que genuinamente corresponde al Derecho público europeo, y no el que las monarquías han venido ejerciendo subsidiariamente, basado en sus intereses egoístas y no en los intereses generales de los pueblos¹⁵². Consciente como sus contemporáneos del particular momento histórico que vive, concibe que “el presente no puede ser jamás sino una transición entre el pasado y el futuro”¹⁵³, un pasado representado por las monarquías y la guerra, y un inminente futuro asociado a la paz y la emancipación de los pueblos en una federación europea, tónica del nuevo pensamiento de las revoluciones liberales de 1830 y 1848, que convierten la lucha ideológica de los dos partidos en una batalla entre dos momentos históricos, el pasado y el futuro, enfrentados en el campo de batalla del presente.

L'Européen deja de publicarse en octubre de 1832, apenas un año después de su primera aparición. Uno de sus últimos artículos constituye una vehemente arenga contra esos “rumores de guerra” que amenazan en aquel momento: frente al ruido de los cañones, Buchez reclama una vez más la herencia del abad Saint-Pierre o del revolucionario Clootz¹⁵⁴, “grandes predicadores de la República Universal”, y proclama

¹⁵⁰ *L'Européen*, 19 de mayo 1832.

¹⁵¹ *L'Européen*, 26 de mayo 1832.

¹⁵² La legislación judía, griega y romana, origen del sistema europeo, ya proclamaba la universalidad y anunciaba el dogma de la unidad y la fraternidad humanas; se trata pues de una “filiación histórica no interrumpida”, que vincula el sistema político moderno al antiguo y sostiene como tesis que un nuevo Derecho entre los hombres y nuevo sistema político entre las naciones debe ser instaurado en base a sus premisas (26 de mayo 1832). El sistema político y religioso de la Edad Media fundó por su parte el estado social europeo actual, del que la diplomacia actual no es sino una derivación respecto a aquel sistema de intervención de señores y clérigos, aunque estos actúan ciegamente comparados con aquellos, que lo hacían como expresión de un pensamiento unitario y positivo (7 de julio 1832, p. 67). Ahora Francia, con la adopción del principio de soberanía popular, se ha colocado a sí misma al margen y por delante del Derecho público europeo existente, y esta situación continuará hasta que los demás pueblos europeos comprendan que, siendo su origen común con el de Francia, un mismo destino los ampara: “Aujourd’hui l’association européenne ne peut avoir pour base une pensée commune; mais elle peut reposer sur des intérêts communs, et la pensée suivra plus tard” (1 de septiembre 1832).

¹⁵³ Art. “Écoles philosophiques du 19e”, 2 de junio 1832.

¹⁵⁴ Se refiere aquí a Anacharsis Clootz (1755-1794), famoso orador y miembro de la convención, que defendió ardientemente los ideales de la raza humana y abogó por la liberación de toda Europa bajo los principios de la Revolución, hasta su ejecución bajo el Terror.

la indivisibilidad de la soberanía del género humano; frente a aquellos que se afanan en despertar el fantasma de la guerra, afirma:

« C'est en vain qu'il existe toujours des frontières et des lieux de passage où la douane lève son impôt ; il y a fraternité entre les peuples, et les idées ont passé la grande muraille que les pouvoirs égoïstes opposaient éternellement aux envahissements de la raison »¹⁵⁵

Buchez se reclama así enérgicamente como « no-liberal », acusa al gobierno nacido de las Jornadas de Julio de utilizar las mismas armas que la Restauración para inmovilizar al país todavía en un sistema aristocrático, arremete contra los doctrinarios y llama a los Pueblos, ahora en mayúsculas, “amigos nuestros”, afirmando que sus sufrimientos son también los del pueblo francés, negando la posibilidad de guerra entre ellos y arengándolos por el contrario a una próxima insurrección general: “Peuples, attendez, et si nous nous levons, cette fois levez-vous!”¹⁵⁶; la llamada a la primera del cuarenta y ocho ya está sobre la mesa. El periódico, hasta ahora una publicación de carácter predominantemente científico (“Journal des sciences morales et économiques”), aspira ahora, indignado por el grave cariz que van tomando los acontecimientos internacionales y ante la frustración para con el nuevo gobierno, a reconvertirse en folleto político, para lo que pone en su “Nota final” acciones a la venta y anima a quien así lo desee a embarcarse en esta nueva aventura¹⁵⁷ (nave que no obstante naufragaría siquiera antes de partir).

Profetas de aires místicos, los sansimonianos creyeron trazar así el porvenir¹⁵⁸: una política de paz y de federación para Europa sobre un fundamento eminentemente económico: “des banquiers cosmopolites, puissants par leur association, enchaînent toutes les places de l'Europe (...) ils sont les germes féconds de la Fédération européenne »¹⁵⁹. También Comte aspiraba a la organización industrial del globo: la humanidad se uniría así en el trabajo del mismo modo que el socialismo moderno proclamó un siglo después que la unión de los trabajadores traería la paz del mundo.

¹⁵⁵ “De la Guerre”, 13 de octubre 1832.

¹⁵⁶ *L'Européen*, 13 de octubre 1832, p. 298.

¹⁵⁷ *L'Européen*, 27 de octubre 1832.

¹⁵⁸ “Doués d'une imagination idéaliste, n'ont su que prédire l'avenir, plus exactement le prêcher, sans trop se soucier de connaître comment serait organisée et viable la société nouvelle » (Puech, 1948, p. 68).

¹⁵⁹ *Enfantin, Le Producteur*, 1826, t. II, p. 205.

Entre sus epígonos, Constantin Pecqueur expondría igualmente su idea de Europa desde un punto de vista económico; veamos ahora con más detalle algunos de esos otros proyectos publicados en estas décadas de 1830 y 1840.

3. La nueva política europea en sus textos

Como parte del gran debate de la opinión pública, los acontecimientos de la nueva situación política actúan como un soplo que aviva la proliferación de panfletos, libelos y otros textos de batalla en estas dos décadas, muchos de los cuales relacionan la nueva revolución con los peligros que acechan a Europa o la inminencia de una nueva organización europea. Así, Victor Hugo daba la bienvenida a la Joven Francia con un poema publicado el 10 de agosto de 1830, cuyos tres días gloriosos (a los que reconoce en la tradición heroica napoleónica) han despertado la admiración de toda Europa, anunciando la libertad a los pueblos del mundo, que se desembarazan de un pasado vuelto ruinas, y augurando el magnífico futuro de un siglo puro y de paz¹⁶⁰, donde toda nación reine y en la que Francia marcará el paso.

Las voces de estos grandes vates de la nación conviven con plumas menos conocidas, pero que no callan su voluntad de aportar un grano de arena a las ideas del nuevo periodo; y así Pierre Nicolas Berryer¹⁶¹ se dirige por esas mismas fechas también a la Jeune France, presentándose como “amigo de libertad” y bajo el lema: “Mes amis, Le *présent* vous doit; l'*avenir* vous appartient; que le *passé* vous serve”. En contra de aquellos que quieren retrotraer el siglo a los tiempos de la barbarie, Berryer se presenta como espectador de esta “maravillosa regeneración” que toda Europa se apresura a adoptar, en armonía con la tranquilidad del mundo. Moderado, alerta no obstante contra los peligros del interior, especialmente por parte de lo que llama los “*ultra-*

¹⁶⁰ “Oh! L’avenir est magnifique! / Jeunes Français, jeunes amis, / Un siècle pur et pacifique / S’ouvre à vos pas mieux affermis / (...) / Que tous les peuples de la terre / De la France prenaient le nom, / Quittaient leur passé qui s’écroule, / et venaient s’abriter en foule / À l’ombre de Napoléon » (Victor Hugo, 1830).

¹⁶¹ Como él mismo se presenta, Berryer fue un abogado activo ya en la Asamblea de 1789 y durante el periodo constituyente, silenciado después por el Terror, y oponiéndose, en todos los casos que llevó, a los excesos de la Revolución primero y al despotismo de Napoleón después.

libéraux”, que amenazan, mediante la demolición y la disolución a la que tanto temen los doctrinarios del momento, la paz y la prosperidad francesas que a tantos extranjeros atrae¹⁶². Del mismo modo ensalza el advenimiento del derecho de las Naciones, cuyas bases han sido obra del lento trabajo, a través de los siglos, de un buen número de “valientes publicistas”, apunta.

Y frente a aquellos que aplauden y ponen todas sus esperanzas en las jornadas de Julio, se alzan también voces *ultras* como la del conde Achille de Jouffroy¹⁶³, quien en 1831 advierte a los soberanos contra los peligros que amenazan a Europa. Su intención no es otra, tal y como él mismo declara, que “preservar a Europa de los últimos triunfos de la anarquía”, y así dirige sus palabras a los “Príncipes de Europa”: “une guerre à mort vous est déclarée; elle a pour champ de bataille l’opinion publique pervertie...”. El orden social ha sido enteramente atacado en sus bases, y es hora de que los príncipes examinen de qué modo pueden utilizar el poder que aún les resta, en estos tiempos difíciles y siguiendo el mandato divino:

« En ce moment l’Europe est le théâtre d’une lutte mortelle, engagée entre le système social dont vos trônes forment les sommités, et un système nouveau vers lequel on dirige incessamment, depuis un grand nombre d’années, l’esprit et les désirs des peuples »¹⁶⁴

La cuestión se reduce, pues, a saber qué sistema prevalecerá finalmente, si el orden monárquico o las ideas revolucionarias. Los monarcas europeos hacen bien en desconfiar de Francia, señala, cuya propaganda penetra en los demás pueblos y para quienes la paz no es sino un “tiempo de conquistas”. La “revolución europea” es ajena a toda creencia religiosa, advierte, y el cristianismo es lo que constituye a Europa como tal, es el fundamento de la legislación civil europea; la justicia consiste, en el campo de las relaciones exteriores y en tiempos de paz, simplemente en la observancia de los tratados adoptados, concluye¹⁶⁵.

¹⁶² “La France de 1830 est une terre promise pour les arts, pour les sciences, l’industrie et le commerce ; où la paix fait abonder tous les étrangers qui cherchent sous un ciel tempéré, au sein d’une douce hospitalité, les jouissances de la vie » (Berryer, 1830, p. 10).

¹⁶³ Quien no comparte con el famoso filósofo más que la coincidencia de apellidos: monárquico de carácter conservador, Achille de Jouffroy D’Abbans (1785-1859) pasó parte de su infancia y juventud como emigrado en Italia, tomó parte en el Congreso de Viena y durante la Restauración fue colaborador habitual de periódicos como *Le Drapeau blanc* o *Le Conservateur*. Exiliado nuevamente en Inglaterra con Charles X, sólo regresa a París en 1836, donde funda el periódico *L’Europe* (En Prévost y D’Amat, (dirs.), 1989, T. 18, pp. 838-839).

¹⁶⁴ Jouffroy, 1831, pp. 7-8.

¹⁶⁵ Jouffroy, 1831, p. 64.

Diametralmente opuesta es la posición de Carlo Antonio María Pezzi, también conocido por su pseudónimo de J.M. Giaccobi, editor del periódico *L'opinion* (1831-1832) y que en 1831 publica su *Nécessité d'une nouvelle organisation européenne en harmonie avec notre révolution peopulaire, ou coup d'oeil sur la situation et les besoins de la France et de l'Europe*¹⁶⁶; el choque de 1830 ha hecho removerse a los tiranos en sus tronos, mientras que los pueblos no han cesado de saludar con entusiasmo los nuevos colores de la libertad, tendiendo al pueblo francés la mano y jurando imitarle. Pezzi se lamenta por ese motivo de que el gobierno revolucionario haya rechazado finalmente aliarse con las fuerzas revolucionarias de otros países, lo que hubiese constituido el verdadero interés de Francia: formar alianzas que tengan por base el Derecho público fundado en la razón, la libertad y la justicia y apunten hacia la confederación de pueblos:

« La civilisation a rapproché les peuples: les antipathies et les haines qui les divisaient ont cessé d'exister ; désormais ils voudraient ne former qu'une grande confédération en communauté de principes et de bien-être. Prêtons la main à ce grand œuvre, qui seul peut faire le bonheur de la société européenne. (...) Soyons enfin la grande nation »¹⁶⁷

Los argumentos de la *doctrina*, a los que Pezzi califica de “estacionarios”, egoístas e ignorantes, afirman que hay que temer el poder que todavía poseen los reyes europeos, y que ponerse a Inglaterra en contra supondría una guerra que arruinaría el comercio, por lo que los tratados deben ser respetados, argumentos que Pezzi discute seguidamente, a la luz de los “hechos”: “notre politique doit considérer autre chose que l'intérêt des rois. La révolution essentiellement populaire de 1830 l'exige. C'est le moment de satisfaire ce besoin d'une nouvelle organisation européenne »¹⁶⁸.

Pezzi, que no parece mostrar demasiado aprecio por la alianza con Inglaterra, reclama las fronteras naturales de Francia, la reunión de España y Portugal, y la federación germánica. Una vez que Polonia pase a convertirse en “la Francia del norte”, Rusia se verá por fin reducida a sus verdaderos límites, y dejará de amenazar la libertad y la civilización europea. La barbarie y la ignorancia deben ser derrotadas por la revolución, revolución que no será completa hasta que no haya llamado a todos los

¹⁶⁶ El segundo de los títulos, “Coup d'oeil...”, corresponde a un primer libelo publicado en 1827, del que éste es una ampliación, al hilo de los nuevos acontecimientos revolucionarios.

¹⁶⁷ Pezzi, 1831, p. 4.

¹⁶⁸ Pezzi, 1831, p. 9. Nueva organización europea que incluye, contra del principio de no-intervención, la reunión con Bélgica, provincia “natural” francesa, acudir en auxilio del pueblo polaco, oprimido por los “bárbaros”, así como el auxilio de las naciones oprimidas por Austria, por la libertad y la independencia y contra el despotismo que las tiraniza

demás pueblos a su feliz existencia. Para que la revolución se complete, pues, en contra de lo que pensaban los doctrinarios, hacía falta hacer de ella verdaderamente una “revolución europea”; una vez desmontado el equilibrio sobre el que reposaba el continente, se impone la necesidad de su reconstrucción, para poder así salir “du provisoire qui nous enveloppe de tout part”. Y el nudo de esa provisionalidad imperante, como otros han denunciado ya, sólo podrá deshacerse mediante la guerra, la última de las guerras, que pondrá fin de una vez por todas al viejo orden político —y seguirá siendo evocada en 1848 por otros muchos autores como Victor Considérant:

« Il n’y a qu’une guerre de propagande qui puisse remédier aux maux qui pèsent sur notre patrie et sur l’Europe entière dont elle est l’âme mouvante. Tous les peuples ont confiance en nous, fils aînés de la civilisation européenne (...). La guerre est devenue un besoin pour la France, mais ce sera la dernière qu’elle aura à soutenir en faveur des principes de la civilisation et la cause des peuples. La fin du vieux monde politique est arrivée »¹⁶⁹

La revolución de Julio estaba destinada a altos destinos que sin embargo no ha sabido alcanzar, denuncia, debido a la estrechez de miras y el egoísmo de algunos de sus timoratos guías que han preferido colmar sus ambiciones de “enanos políticos”. Es necesario no obstante llevarla a sus últimas consecuencias, mediante un programa que se expone en estas páginas, y entre cuyos puntos se incluye la necesidad de formar alianzas con los pueblos que adopten los principios franceses, y que mediante semejantes alianzas se les preste ayuda contra sus opresores, “...pour le bonheur de la France et de l’Europe entière”, concluye.

Comprobamos así cómo ya en torno a los años de 1830-1831, diversas concepciones sobre Europa se ven enfrentadas en la arena ideológica, adoptando programas políticos radicalmente opuestos y abriendo con ello una nueva etapa.

¹⁶⁹ Pezzi, 1831, pp. 16-17. Otros muchos reclaman este “rol iniciador” de Francia, que sin embargo forma parte de un todo. Estas son las palabras por ejemplo de Alexandre-Charles Germain, en su discurso inaugural de Historia en la Facultad de Montpellier, y que tiene precisamente por tema *De l’influence de la France sur la Civilisation européenne*, presupuesto en bases históricas: “Pourquoi cette mission? C’est que la France, avec la vigueur de la jeunesse, a su en acquérir la liberté ; c’est qu’elle a reçu de la Providence un caractère et un rôle d’initiation (...) ; elle est le peuple chéri et choisi de Dieu. Voilà pourquoi la France a marché la première dans la voie du progrès social » (8 de enero 1839, p. 15).

3. 1. La crisis de 1840: punto de inflexión para los proyectos europeos

Desde 1830, Europa había permanecido dividida en dos grandes bloques, la alianza *constitucional*, formada por Francia e Inglaterra, y la alianza absolutista. El tratado del 15 de julio de 1840 acerca de la cuestión de Oriente iba sin embargo a cambiar esta relación de fuerzas, al unirse en su firma Inglaterra al bloque formado por Austria, Prusia y Rusia. Este tratado contaba con un primer antecedente en 1833, pero que no había contado con la participación de Inglaterra. Francia consideró este nuevo pacto, que alteraba la relación de fuerzas, una ofensa (“Un traité est signé contre la France par le reste de l’Europe”¹⁷⁰) y emprendió el rearme, disponiéndose para la guerra. Una vez más, la sombra del conflicto bélico se cernía sobre el continente con especial virulencia, e intelectuales y publicistas tomaron conciencia del nuevo peso que los asuntos extra-europeos iban a jugar a partir de entonces para el resto de Europa, volviéndose todas las miradas hacia Oriente, en el origen de la nueva carrera imperial¹⁷¹. Los debates parlamentarios así como la bibliografía de actualidad que este acontecimiento suscita son ingentes, y ocupa la pluma no sólo de Guizot, Lamartine o Tocqueville¹⁷², sino también de otros muchos publicistas menores que se preocuparon especialmente de sus consecuencias para Europa y las posibilidades de reorganización continental.

Ante las dimensiones del peligro, un publicista como David Urquhart reprocha a Francia no haber protestado contra este tratado, y haberse apartado así de toda vía diplomática para la resolución del conflicto. El nuevo tratado parece implicar no sólo la caída de Turquía, sino la guerra de toda Europa contra Francia; con vistas a hacer estallar el cisma en el Imperio Otomano, este tratado parece buscar primero un cisma en Europa, señala: “l’exclusion de la France est donc devenue la base du traité entre les

¹⁷⁰ Urquhart, 1840, p. 2.

¹⁷¹ « Le peuple turc diffère des peuples européens : c’est pourquoi les Européens ne peuvent juger sans se tromper aucune question orientale, et par là même aucune question européenne où il s’agit de l’Orient ; c’est là le secret de la force de la Russie et du pouvoir qu’elle exerce sur l’Europe » (Urquhart, 1840, p. 12).

¹⁷² Guizot, “La question d’Orient”, en *Mémoires pour servir à l’histoire de mon temps*, 2004 ; *Discours de M. de Lamartine prononcé à la Chambre des Députés, dans la séance du 1^{er} décembre 1840, sur la question d’Orient*, s.f. Y acerca del posicionamiento de Tocqueville, diputado también por aquel entonces, se puede consultar : Lawlor : « Alexis de Tocqueville in the Chamber of Deputies. His views on Foreign and Colonial Policy », 1959.

Puissances européennes”¹⁷³; y del mismo no podrá resultar, asegura, sino una guerra europea, porque todo enfrentamiento entre las potencias de Francia e Inglaterra implicaría al globo entero. Urquhart denuncia la ceguera y la sumisión de Europa a los vastos planes del gabinete de San Petersburgo, quien afirma así su supremacía. Y puesto que la intervención constituye una violación al derecho de las naciones, toda potencia debería proteger a la Puerta de semejante ataque. Francia debe salvarse a sí misma salvando al mismo tiempo a Inglaterra, sabiendo separar las decisiones del ministerio inglés del pueblo inglés, que es su amigo natural, matiza; toda agresión a Francia o Inglaterra supone un ataque a Europa, reitera en diversas ocasiones. Urquhart no ahorra en duras críticas al gobierno “insensato” de Thiers, que compromete a la nación francesa con su política beligerante y de indecisión.

« Ce n'est pas dans la grandeur du génie de la Russie, c'est dans la dégradation de l'intelligence de l'Europe qu'il faut chercher l'explication d'une situation aussi désastreuse. (...). La France doit répudier le passé si elle veut que l'avenir présente quelque espoir de sécurité »¹⁷⁴

Otros autores van más allá, y proponen, como Francisque Bouvet, la solución general al conflicto mediante la creación de un « Congreso universal y perpetuo » en Constantinopla¹⁷⁵. Y hacia una solución semejante apunta el sansimoniano Gustave d'Eichthal, en su obra *De l'unité européenne* (1840), un panfleto de apenas treinta y cinco páginas en el que, teniendo como punto de partida la cuestión de Oriente y la conveniencia de un protectorado para Jerusalén, se intenta concitar el ser unánime de los intereses continentales, que habrán de reunirse finalmente en un consejo anfictiónico que dirija los destinos de Europa. En la lectura de Eichthal, la Francia que surge del tratado del 15 de julio se halla condenada entre dos alternativas, la posibilidad de una guerra “sans espoir” o de una paz “sans honneur”; pero Francia necesita de otra solución. Eichthal se reconoce, como el común de sus coetáneos, viviendo un momento histórico de crisis que le insta a escribir este opúsculo; tras Westfalia, tras Viena, hoy es el momento de dotarle a Europa de una última y definitiva organización, apunta: “La difficulté qu'éprouve aujourd'hui la France et l'Europe de retourner aux habitudes du viel individualisme national, au régime de paix et de guerre, annonce que

¹⁷³ Urquhart, 1840, p. 8.

¹⁷⁴ Urquhart, 1840, p. 47.

¹⁷⁵ Bouvet, *Du rôle de la France dans la question d'Orient : Congrès universel et perpétuel à Constantinople*, 1840.

ce grand événement est proche”¹⁷⁶. Así centra su pequeña contribución a esa unidad europea, tan “posible” como “inevitable”, en algunas consideraciones relativas a la cuestión siria, para la que llega a proponer un protectorado europeo. Y hoy como ayer, Jerusalén sigue constituyendo un reto para Europa: cuna de la religiosidad, puerta de Oriente, debe constituirse en un símbolo de conciliación y tolerancia, que pese a todo no constituye por el momento más que un tema de división en el seno de la política europea. Situar Palestina (“but central de la politique européenne”¹⁷⁷) bajo tutela de un concierto europeo significaría la necesidad de una reelaboración del derecho público común, así como la constitución definitiva de ese consejo anfictiónico europeo que, desde los tiempos de Viena, no hace más que reclamarse como necesario. Europa es un “ensemble organique”¹⁷⁸ (y subyacen aquí una vez más los ecos organicistas propios de los sansimonianos) fuera del cual ninguna nación puede desarrollarse, ni tan siquiera subsistir:

« C’est donc au sein de cet ensemble que la France doit à l’avenir trouver sa destinée. Il faut qu’elle dise adieu à cette sauvage indépendance de la jeunesse qui, si longtemps, a fait sa force et sa gloire (...) Pour les peuples comme pour les individus, l’association est la conduite indispensable de leur développement et de leur puissance »¹⁷⁹

Desde un punto de vista político, se trata aún pues de conciliar los principios de la Revolución con los del espíritu de Viena, pero la nueva base posible ya no puede ser otra que la del respeto a la circunscripción territorial de los diversos Estados europeos, a la preponderancia de las cinco grandes potencias y a la conciliación de las diversas religiones que han adoptado los pueblos de Europa. D’Eichthal no se hace ilusiones utópicas, no predice la paz perpetua, pero sí que las guerras, en lo sucesivo, cambiarán el sentido de su existencia: ya no serán guerras de conquista o rivalidades, ni expedicionarias, sino que en lo sucesivo serán guerras “de policía”, tomando así la guerra un verdadero sentido *anfictiónico*. La política francesa con respecto a Oriente, por

¹⁷⁶ Eichthal, 1840, pp. 7-8

¹⁷⁷ Eichthal, 1840, p. 31: “La Palestine est devenu le but central de la politique européenne; tous les intérêts, tous les souvenirs qui s’y rattachent se sont réveillés”. Pide para el territorio de Palestina que se aplique el principio de neutralidad ya estipulado para los casos de Bélgica y Grecia, y que se garantice allí el libre ejercicio de todos los cultos religiosos.

¹⁷⁸ Más adelante, vuelve a incidir en la metáfora organicista: “Il en est de la société humaine comme de tous les corps organiques, chez lesquels la vie est fractionnée, et en quelque sorte anarchique, dans les premiers âges, et tend au contraire à l’unité et à l’harmonie à mesure que le corps se développe” (p. 28).

¹⁷⁹ Eichthal, 1840, p. 30.

su parte, ha de conciliarse con la del resto del continente, con el fin de “nous rattacher franchement à cette grande famille européenne hors de laquelle il n’y a pas pour nous d’existence possible, mais dans laquelle cependant nous ne pouvons occuper qu’une place de frère et non point de maître”¹⁸⁰: en esta sencilla frase, D’Eichthal consagra la idea que iba a marcar definitivamente la nueva concepción de Europa, una Europa, vivida en adelante en Francia, desde la fraternidad y no desde el dominio.

El fourierista Victor Considérant tiene del mismo modo, en este año de 1840 y ante las nuevas eventualidades de la política continental, a Constantinopla en el punto de mira (*De la Politique générale et du rôle de la France en Europe*). Su objeto de análisis será la política nacional que habrá de regir en adelante en Francia, en el nuevo contexto de las relaciones internacionales y con especial aplicación a la cuestión de Oriente, tal y como explicita en el primer capítulo. Si el Mediterráneo es, para él como lo era para los sansimonianos de *Le Globe*, el “centro del mundo”, Constantinopla, en el centro de las tres divisiones del mundo antiguo, deberá ser algún día, en tanto que símbolo de la reconciliación, la capital del mundo. Desde su perspectiva, todos la perciben ya como sede de esa futura unidad, y por eso se ha convertido en el objetivo de todas las grandes potencias: Rusia persigue hacerla su capital, y de ahí conquistar el resto del mundo, y frente a esta política de conquista, Constant exige una actuación inmediata que haga de Constantinopla, “sede del futuro gobierno de la familia Humana y la Unidad”, un territorio neutral¹⁸¹. A medida que va avanzando el siglo observamos cómo el concepto de Europa va desbordándose progresivamente de su propio espacio, para tornarse una idea ecuménica que desplaza una y otra vez el centro allende sus fronteras.

Porque como el resto de los socialistas utópicos, Considérant no duda en vaticinar la inminencia de una gran Unidad pacífica e industrial para la Humanidad: “L’Unité des Nations est l’expression d’un besoin supérieur de l’Humanité, d’un But auquel elle a toujours tendu, auquel elle tend et tendra jusqu’à ce qu’il soit atteint par des voies quelconques”¹⁸². Unidad a la que da diversos nombres, desde el “Imperio Universal” a

¹⁸⁰ Eichthal, p. 25

¹⁸¹ “De ce que Constantinople réunit tous les caractères propres au Chef-lieu de l’Unité sociale, au siège du Gouvernement de la famille humaine, il en résulte *a priori* que Constantinople, jusqu’à l’établissement de l’Unité des nations, doit être tenue hors d’emploi et *neutralisée*” (Considérant, 1840, pp. 1-2).

¹⁸² Considérant, 1840, p. 9. “Oui! Il faut, pour ne pas le voir, il faut être de ceux que la lumière aveugle: l’Unité de la famille humaine déposée dès le berceau du monde dans les témoignages religieux des Peuples; cette Unité, dont le sentiment s’est manifesté à des degrés proportionnels à leur grandeur propre chez tous les hommes qui ont cumulé la double grandeur du cœur et de l’intelligence, chez tous ces

la “Unité administrative de Nations”¹⁸³. Su punto de partida es no obstante una perspectiva realista y observadora de las condiciones actuales, sobre la que despliega una visión de política estratégica; así repasa las posibles ventajas o inconvenientes de la alianza con Rusia o con Inglaterra, las dos grandes potencias que sin duda se disputan la primacía del mundo en estos momentos. Rusia persigue, según sus términos, la conquista del continente hasta el Imperio universal y la Unidad de Naciones, “terme humain et glorieux”; Inglaterra por su parte ansía la conquista de los mares, hasta la explotación universal de las Naciones divididas, “terme inhumain et odieux”¹⁸⁴. Ante esta disyuntiva, a Francia parecen presentársele sólo dos opciones: la alianza con Inglaterra para impedir la expansión rusa que amenaza al continente, o la alianza con Rusia para repartirse las ruinas del imperio inglés y la supremacía del mundo; Rusia tendría así la tarea de conquistar, industrializar y civilizar Asia, y Francia, de marchar a la cabeza de la civilización occidental reuniendo los haces dispersos en el rayo de un solo Imperio. Considera que Rusia tiene un objetivo positivo y legítimo, la unidad, pero es ilegítimo y reprobable en sus medios (la conquista y la dominación, la vía de la barbarie). Porque los Pueblos no permitirán en adelante una unificación basada en la violencia:

« S’il fallait nécessairement, pour établir l’Unité administrative des Nations, passer par la domination d’une Puissance conquérante, nous regarderions la Russie comme prédestinée à l’accomplissement de ce grand But; nous prêcherions le sacrifice de l’orgueil national à un besoin supérieur de l’Humanité, et nous hâterions de nos vœux le moment où la Russie serait en état de mettre la main sur Constantinople et de poser ainsi sur la terre un Centre d’Unité sociale autour duquel les Peuples seraient appelés à s’unir de gré ou de force. Mais la résistance naturelle que toutes les Nations éprouvent à l’idée de subir une domination

grands Génies qui ont été les expressions les plus hautes du Génie de l’Humanité, les avant-coureurs de ses Destinées glorieuses; cette Unité a maintenant son trône tout préparé sur la Terre, et la voix des grands Evènements qui se sont accomplis depuis trois siècles au sein des Nations l’appelle et proclame sa venue prochaine” (p. 55) ; porque desde el Imperio romano o la cristiandad, “l’Humanité a toujours tendu à l’Unité comme à son état nécessaire » (p. 102).

¹⁸³ Considérant es consciente de que la novedad del tema que trata requiere igualmente de innovaciones terminológicas, de un lenguaje nuevo que se le adapte, y así advierte en una nota preliminar a su obra: “Je ne dois pas quitter la plume sans demander pardon au lecteur pour deux ou trois néologismes et pour quelques formes insolites, qui pourront le choquer de prime abord, mais avec lesquels il ne tardera pas à se familiariser et dont il arrivera peut-être à reconnaître l’utilité” (« Avertissement », Considérant, 1840).

¹⁸⁴ Inglaterra, a la que califica de “vampiro social”, entre otras lindezas, es el objeto de las más duras críticas vertidas en este texto que se muestra fervientemente contrario a la alianza con la potencia atlántica que tantos compatriotas parecen querer seguir apoyando pese al último revés.

semblable atteste assez que, si l'*Unité est la destinée de la famille humaine*, il est pour y parvenir d'autres voies que celles de la violence"¹⁸⁵

Mientras estas dos potencias tienen claros sus objetivos, la política francesa naufraga en un mar de dudas, critica Considérant, es una nación que no sabe a dónde va y se desliza por una pendiente, falto de una verdadera “política nacional”. Así que ni alianza con Rusia ni con Inglaterra, porque una verdadera alianza sólo puede estar basada en una verdadera comunión de objetivos, y no en intereses pasajeros¹⁸⁶; Francia debe optar en cambio por otra política, mantenerse como potencia “intermedia y arbitral”, y unirse en cambio a aquellos que sospechan de Inglaterra y Rusia, a fin de mantener el equilibrio; emprender una política pacífica *activa* (frente a la política pacífica pero pasiva que ha venido rigiendo desde 1830¹⁸⁷), porque Francia también tiene un objetivo, una tarea inmensa:

« La France doit prendre pour But d'activité *l'établissement de l'Unité des Nations*, non dans une simple vue d'Ambition, mais dans une haute vue de Bien général et d'Humanité, et elle doit marcher à la réalisation de ce But, non pas en *subjuguant les Nations*, mais en *organisant leur Association* »¹⁸⁸

Esta Política general así formulada, al aplicarse a la cuestión de oriente, y con el fin de que Inglaterra y Rusia fracasen en sus objetivos, debe orientarse a la protección de

¹⁸⁵ Considérant, 1840, p. 4.

¹⁸⁶ “Une véritable Alliance n'est possible qu'entre Nations qui tendent au *même but*. Des Nations qui n'ont pas le même But ne peuvent pas former d'Alliance durable, elles ne peuvent que se coaliser momentanément contre un danger, contre un ennemi commun et dans un But subsidiaire” (Considérant, 1840, pp. 17-18).

¹⁸⁷ “La Politique *pacifique-passive* est celle qui craint la Guerre et qui s'efforce de maintenir un *statu quo* de Paix; la Politique *pacifique-active* est celle qui veut la Paix et qui l'organise” (Considérant, 1840, p. 104).

¹⁸⁸ Considérant, 1840, p. 10. Éste y no otro ha de ser el verdadero carácter de la política francesa, el de árbitro en Europa. Y quien diga que es un rol sentimental, de utopistas y soñadores, Considérant responde que por el contrario se trata de la mayor de las políticas “positivas”: “Du jour où il serait bien entendu en Europe que la France sait ce qu'elle veut, qu'elle ne veut être ni russe ni anglaise, qu'elle prétend non pas se renfermer dans une honteuse *Neutralité passive*, mais exercer une *Neutralité active et arbitrale* dans l'INTERÊT COMMUN DES NATIONS ET DE LA PAIX EUROPEËNNE... (...), dès ce jour la France exercerait, par le fait, un Haut Protectorat en Europe” (pp. 11-12); “Si la France reconnaît clairement que sa mission est de fonder la Paix du Monde, l'Association, l'Unité des Nations; si l'accomplissement de cette tâche devient la pensée dominante de la Nation, alors (...), la France deviendra Centre d'Alliance et de Fédération pour toutes les Nations intermédiaires” (p. 20); “Le But de la politique française doit être aujourd'hui l'établissement solide de la Paix et de l'Unité des Peuples” (p. 33); « La France a pour mission de sauver la liberté de l'Europe en prenant la *Constitution de l'Unité ou la Fédération européenne* pour le But de sa grande Politique » (p. 101).

Egipto contra Inglaterra, que pretende el istmo, y proteger a Turquía contra Rusia¹⁸⁹, estableciendo, bajo los auspicios franceses y haciendo predominar la influencia de la Europa continental y central, un Gran Protectorado europeo sobre el imperio Otomano y haciendo pasar a Constantinopla de su estatus neutral a una verdadera “capital de naciones”; Constantinopla debe ser así declarada “*ville des congrès européens*”, sede de los Congresos generales que constituirán, una vez fijados y regularizados hasta convertirse en una verdadera institución permanente, la primera piedra de la Unidad futura¹⁹⁰.

El objetivo de Francia no es otro pues que la paz mundial y la « Fédération des Nations »; crear una “Alianza del Centro”, que tampoco perseguirá enfrentarse a las otras potencias, y en la que Rusia e Inglaterra también acabarán participando, pues comprenderán que es de su mayor interés, a través de esos congresos en los que la amenaza que supone su política actual quedará neutralizada:

« On peut donc établir que, si la France fondait la Politique de Paix et d'Unité, elle unirait directement toutes les Nations intermédiaires dans une GRANDE FÉDÉRATION dont elle serait le Pivot, et que la Russie et l'Angleterre, bien que contrariées d'abord et paralysées quant à leur Politique actuelle, ne tarderaient pas

¹⁸⁹ “Il n’y a que la Russie et l’Angleterre qui puissent désormais souhaiter la guerre (...). Toutes les autres Puissances ont intérêt à la paix et salueraient avec bonheur la fondation de la Paix perpétuelle” (p. 20).

¹⁹⁰ Tome las formas que tome en el futuro, la unidad europea se realiza hoy mediante los congresos, proclama Considérant: “Il est singulier que, dans un siècle où l’on remarque tant de petites choses, où l’on attribue si souvent avec emphase beaucoup de valeur à des riens, on ne soit pas plus frappé de la transformation vraiment transcendante qui s’opère sous nos yeux dans la vie des Nations et dans la nature de leurs relations” (p. 25). Las conferencias y congresos han logrado en la Europa actual algo inaudito en el pasado: que sucesos como la revolución de Julio o su contagio a Bélgica no se resuelvan mediante la conflagración bélica general, sino a través de la palabra: “Les faits prouvent que nos sociétés sont arrivées à la transition des Époques guerrières aux Époques pacifiques et industrielles” (p. 26); ha pasado el tiempo de la guerra y llega el de la paz, transición operada por la industria, que ha dado origen a un “orden nuevo” en el que el antiguo Derecho de la guerra se ve sustituido por el Derecho de los congresos, germen que ha de ser propagado hasta fundar en Europa una legitimidad general, una SOBERANÍA superior a la individual, aislada y egoísta de cada nación, una nueva soberanía a la que ningún Pueblo, en el orden de las relaciones exteriores, quiera sustraerse. “Ces Nations, qui n’ont été longtemps que des individualités isolées, haineuses, armées les unes contre les autres, ne sont déjà plus que d’immenses Ateliers avides d’établir entre eux des relations de Science et de Travail, des communications amicales, des échanges de toutes sortes” (p. 27). Los congresos europeos, añade, deben extender su acción más allá de los asuntos territoriales y políticos a la industria y el comercio, las artes y la ciencia, tratando las cuestiones de forma supranacional: “ils doivent avoir pour But de fonder un *Corps de Droit unitaire et une Administration unitaire*” (pp. 29-30). Semejante nueva institución, cuyo tiempo, augura, ha llegado, logrará hacer de las Naciones una Federación, primera forma de unidad en la que deben reunirse.

à s'y rallier elles-mêmes, et à entrer, à leur propre satisfaction, dans le régime de l'Unité européenne”¹⁹¹

A continuación Víctor Considérant emprende un estudio histórico de lo que él denomina la “ley de transformación de las relaciones internacionales”, en la que la propia evolución social determina las relaciones políticas de pueblo a pueblo, y que iría desde una época guerrera o bárbara a una época diplomática o civilizada¹⁹², hasta alcanzar la época pacífica o unitaria, y la preponderancia de la necesidad de la Paz entre las Naciones industriales en la época final de la Armonía, a la manera de las fases establecidas por su maestro Fourier¹⁹³. Y como se trata de una sucesión histórica natural en la que cada una determina la siguiente¹⁹⁴, no duda en afirmar que “la *Fédération européenne* va se dégager du système de l'équilibre européen”¹⁹⁵, cuya política debe cerrar la época de la diplomacia clásica mediante la transición de la época de los congresos de unidad, única institución que puede garantizar la paz al constituer un Derecho común y un gobierno superior para los estados pacíficamente confederados.

¹⁹¹ Considérant, 1840, p. 24. Promoviendo así el germen de una soberanía general, en la que se considerarán ilegítimos todos actos que no cuenten con la sanción de la Autoridad unitaria común, del mismo modo que ya ninguna potencia se atreve a quedarse al margen de los congresos periódicos.

¹⁹² Considérant aborda un examen crítico del orden diplomático; reconoce la diplomacia como un inmenso progreso social, aunque diferencia el valor semántico de esta palabra y el que usualmente se le da, como algo llevado con astucia y en secreto, que es el que él utilizará. La diplomacia no es aún el último paso del progreso, posee un carácter de transacción, resulta tal y como se ejerce hoy una acción precaria y sin garantía (al igual que un contrato entre particulares sin una autoridad superior que vigile su cumplimiento). Los tratados se ocupan tan sólo de intereses presentes, no tienen miras al futuro; el sistema del equilibrio europeo es transitorio, es el paso que media entre la incoherencia y la unidad social, que va de una *diplomacia divergente* a la *diplomacia convergente*, la de los Congresos de unidad.

¹⁹³ “Le vieux Saturne ne peut suivre nos locomotives...” (p. 56). La Revolución fue la primera en establecer la fraternidad de los pueblos y proscribió la conquista: “c’est le premier grand Pouvoir national dont le patriotisme ait cessé de s’allier au sentiment d’une égoïste domination, au désir de l’abaissement des autres Peuples”; y aunque Napoleón salió derrotado, no lo fue la Unidad que impuso a sus vencedores; pese a que las naciones se cubrieron de odio contra él, veinticinco años después su gloria ha permanecido en Europa como una comunión de sentimientos, un vínculo profundo entre aquellas naciones y Francia: “Parce que, tout en appartenant à un Peuple, un Grand Homme appartient d’abord à l’Humanité, et que l’Humanité toujours le revendique” (p. 68).

¹⁹⁴ “Le mouvement social suit un cours dont il est facile aujourd’hui à l’intelligence de saisir la direction et de voir distinctement le terme final” (p. 42); « Avec ces conditions on peut tracer *a priori* et d’une main sûre l’histoire de la grandeur et de la décadence de tous les Empires ; on peut même prédire l’Avenir aussi bien qu’on explique le passé » (Considérant, 1840, p. 100).

¹⁹⁵ El equilibrio europeo representa también un gran avance, que ha sabido sobrevivir a los embates de la última revolución; y si logra igualmente salir triunfador de la prueba de Oriente, “il sera parvenu à son apogée, et de cet apogée sortira nécessairement l’Unité fédérale des Nations civilisées. Encore dix ans de Paix, et la Guerre n’est plus possible en Europe! (...) Encore dix ans de Paix, et les besoins universels, et les progrès naturels de la sociabilité humaine, de la fraternité des peuples, auront amené l’ère des Traités généraux de commerce, et instauré la haute et souveraine INSTITUTION DU CONGRÈS D’UNITÉ” (p. 55).

« L'idée de l'Unité des Peuples est partout; elle sort de tous les faits, elle sort de tous les systèmes; elle se manifeste dans les éléments les plus opposés, et ménage le ralliement dans lequel ceux-ci doivent bientôt s'unir. (...). Enfin, l'Unité est le sens, le vrai sens, qui, resté longtemps obscur, caché, étouffé sous les ténèbres de la barbarie et sous les mœurs du vieux monde, se dégage aujourd'hui, resplendissant de jeunesse et de clarté, du sein du Christianisme! »¹⁹⁶

Dios y la naturaleza han destinado el mundo a la cultura general, no a la devastación, y la Humanidad a la Unidad, no a la división ni a la guerra. El ideal que pretende que un Pueblo se baste a sí mismo, produzca todo lo que consume, es salvaje y una monstruosidad en estos tiempos industriales: “Il n’y a pas de *Peuple* si les individus vivent dans l’isolement, il n’y a pas d’*Humanité* si les Peuples restent dans la solitude”¹⁹⁷. La Alianza de Francia y Alemania, naciones naturalmente vinculadas por el intercambio de ideas y sentimientos y por una franca amistad, constituirá, frente a la alianza franco-británica, el primer paso del sistema, la “*fédération de l’Europe centrale et méridionale sous drapeau Franco-allemand*”¹⁹⁸, hasta que un día alcance a incluir a los Estados Unidos de América, y así se convierta en una federación mundial¹⁹⁹.

Texto que bascula entre la teoría iluminada, los planteamientos esotéricos y religiosos y la estrategia geopolítica más realista, reclama como tantos otros el deber de iniciativa de la Nación francesa²⁰⁰ en el empeño de lograr la Federación Europea (inicialmente central, más adelante mundial) a través de la institucionalización de los Congresos supranacionales que concilien los intereses de los pueblos y traigan la paz

¹⁹⁶ Considérant, 1840, p. 57.

¹⁹⁷ Considérant, 1840, p. 78.

¹⁹⁸ Y ensalza la unión comercial alemana como un primer paso, abogando por su unidad política así como por la italiana en aras de una mayor satisfacción de sus intereses comunes en el Congreso de Unidad europeo, mientras que se muestra contrario a la independencia belga que, en su opinión, no constituye más que una provincia francesa; sin embargo, si para otros autores esta cuestión resulta de interés crucial, Considérant le resta importancia en ese inminente futuro de unidad: “Que si l’on suppose l’Institution du Grand Congrès d’Unité, la thèse change absolument: la Paix est constituée; il n’est plus question d’envahissements; il n’est plus question de dangers; bientôt même il ne sera plus question de douanes. Qu’importe alors que telle province porte un nom ou qu’elle en emporte un autre? Si la Belgique, dont nous parlions, se croit une individualité, si son nom lui paraît plus beau, plus glorieux que celui de France, qu’elle conserve son individualité et son nom, cela sera fort bien, car il n’est plus nécessaire qu’elle soit un membre de l’Unité française maintenant qu’elle est devenue un membre de l’Unité européenne” (pp. 94-95).

¹⁹⁹ “Remarquons que le jour où les États-Unis auront leur représentant au Congrès d’Unité, ce Congrès quittera la qualification d’*Européen*, et prendra le nom de *Congrès universel*, ou de *Congrès de l’Unité sphérique*. Ce jour-là, et dès lors seulement, l’Humanité sera constituée” (Considérant, 1840, p. 98).

²⁰⁰ Para el triunfo de esta política sólo hace falta que Francia la desee verdaderamente y tome la iniciativa, desde la publicidad y la tribuna política: “Il faut qu’une voix logique et entraîante enseigne cette doctrine du haut de la Tribune nationale, et la prêche à la France et au Monde : enfin il suffirait que la Presse la développât et la soutînt quelques mois » (p. 107). La suerte de la Humanidad está pues en manos de los directores de los diez periódicos más importantes de París, añade, pero pertenece a todos los partidos porque es francesa, y pertenece a todos los Pueblos porque es humana.

definitiva al continente. El libro termina con una “*Observación sobre la Alianza inglesa*” (de carácter eminentemente crítico, constituyó en todo una necesidad transitoria de 1830 ya superada) y con una “*Apreciación de la marcha del gobierno desde Julio de 1830*”: Francia perdió su capacidad de influir en Europa a partir de Napoleón, y ésta constituye su mayor preocupación política actual. En el momento en que Francia recupere un « but national », entonces el partido del gobierno se hallará constituido por la nación toda entera²⁰¹. La nueva opinión simpatiza con el movimiento democrático pero rechaza su violencia revolucionaria, y acepta los buenos deseos del liberalismo, pero pide dirección, una política activa, mejora de las condiciones sociales y del inmovilismo que enciende la mecha de las revoluciones; esta Nueva Opinión no es todavía un partido, pero es una idea cada vez más extendida, y que cuenta ya con representantes en la Cámara, anuncia; constituye el único partido capaz de absorber a legitimistas, doctrinarios y republicanos revolucionarios en una final unidad nacional que pueda encabezar la unidad europea.

Tres años después Considérant insistía en otro breve ensayo acerca de esta nueva política y sus relaciones con la publicidad²⁰²: en él diagnostica un gran cambio en la opinión pública, que desierta de los antiguos campos de batalla políticos para volverse, desde las jornadas de Julio, hacia un nuevo movimiento, una nueva política que se desplaza hacia el terreno económico y social, la “cuestión de fondo”. El discípulo de Fourier reconoce su época como la época en que las ideas tienden a realizarse, en que aparecen indesligables de la práctica política y, al igual que los doctrinarios, constata en este giro político la ruptura con sus precedentes, que describe como una fase exclusivamente teórica: “L’esprit public, pendant le dix-huitième siècle, n’avait même pas conscience encore de la génération des faits par les idées »²⁰³. Insiste en que la idea liberal ha constituido por su parte una fase de transición que debe dejar

²⁰¹ Fuertemente crítico con el gobierno del *Juste-milieu*, Considérant denuncia que desde 1830 no hay política positiva en Francia. El Partido liberal no representaba más que una propuesta de oposición, pero carecía realmente de un programa de gobierno, afirma, de orientación y de una política tanto nacional como exterior, acabando por imponerse, en su práctica política y frente a la libertad, los intereses: “Le Juste-milieu a donc péri par le développement de son élément illégitime, c’est-à-dire de son principe égoïste » (p. 137). La democracia, por su parte, es peligrosa e irrealizable. Pero lo bueno que tienen ambas posturas puede salvarse en una unión final, de carácter positivo y organizativo. Propone para ello un nuevo ministerio de progresos industriales y mejoras sociales, que convertiría de forma inmediata la política pasiva en activa y organizadora, dotando a un gobierno puramente administrativo y conservador de dirección y progreso.

²⁰² Considérant, *De la politique nouvelle convenant aux intérêts actuels de la société : et es conditions de développement par la publicité*, 1843.

²⁰³ Considérant, 1843, p. 8.

ahora paso a la nueva idea; los objetivos políticos han sido cumplidos en lo fundamental, y a partir de ahora, profetiza desde su posición societaria, triunfarán aquellos que promuevan el progreso pacífico y la conciliación de los intereses de todas las clases y las naciones, según el nuevo principio de *asociación*. Principio de asociación, es decir de paz, libertad, justicia y organización, que rige la política nueva y que habrá de regir para todas las nacionalidades; los Estados y los Pueblos, considerados individualidades vivientes, deberán de esta manera organizarse en una Sociedad de Naciones, tal y como él mismo la llama e insistiendo en la fórmula ya antes expuesta de los congresos regularizados, para la que la guerra no será ya más que un resto de los tiempos de la barbarie:

«La guerre ne sera définitivement anéantie que le jour où les Puissances, développant le procédé diplomatique actuel des grandes Conférences et des Congrès auront régularisé le système du concert européen, en faisant, du Congrès de Puissances, une institution permanente. (...). Cette institution souveraine sera la création du XIXe siècle »²⁰⁴

La extensión de comunicaciones y el progreso de un Derecho común impedirán en adelante toda política de invasión y conquistas, marca del espíritu moderno que empieza ya a reinar en una Europa educada, sabia, industrial y cristiana, en la que los pueblos sentirán el globo entero como su “patria común”. El principio de representación es pacífico por naturaleza, afirma, y esos progresos se perciben ya en los gabinetes actuales que, amantes de la paz, solucionan por vías diplomáticas cuestiones que en otro tiempo hubiesen desembocado en guerra. Esos mismos gabinetes deben sin embargo dar un paso más allá, y a la cabeza de ese movimiento deberá posicionarse Francia, iniciadora de la organización de la paz en el mundo: tal es la verdadera “tarea europea” de Francia, reitera, alejada de todo “chauvinismo”, esa política pasiva y vergonzosa que parece dirigir ahora a los miembros del gabinete y que perjudica gravemente los intereses del país. Por último, *Considérant* concluye que este movimiento hacia la nueva política deberá ser impulsado por la publicidad, por una nueva prensa imparcial, regida por un principio de unidad y con numerosos corresponsales y relaciones con el extranjero, por lo que llama a la creación de un periódico que reúna estas características.

²⁰⁴ *Considérant*, 1843, p. 14.

El fourierista Considérant, a quien una concepción cosmopolita inspira las soluciones para los problemas presentes como el proteccionismo, las relaciones internacionales o la política europea en Oriente, apuesta así por una organización representativa a la que aplica teorías de la administración societaria²⁰⁵, otorgando una especial preponderancia a la publicidad, la cuestión social y a la libertad y fraternidad de los pueblos, aspecto que toma su forma más acabada en una obra posterior, en las postrimerías de la revolución del cuarenta y ocho, titulada *De la paix définitive en Europe*, y que examinaremos en el capítulo siguiente.

Pero sin duda uno de los folletos más interesantes aparecido en torno a este atribulado 1840 es aquél que lleva por título *De la fédération européenne*, aparecido de manera anónima y que parece representar a una pluralidad de intelectuales²⁰⁶. El escrito comienza atestiguando los profundos odios nacionales, las causas de enemistad y de lucha existentes actualmente y que dividen a Europa; no obstante, los autores de este panfleto mantienen su fe en que una “íntima unión” será posible, siempre que el gobierno francés dirija su política hacia este objetivo. Su reclamación, su “utopía”, como ironizan, no deja lugar a dudas: “Nous demandons une fédération européen”. Y para este objetivo, acusan a los poderes actuales de ser impropios para una tarea semejante: “certains intérêts dynastiques s’opposent actuellement à toute fusion entre les peuples européens”²⁰⁷. Los autores consideran no obstante esta circunstancia como transitoria, y que será superada más tarde o temprano, dependiendo de la conducta de los gobiernos y los pueblos implicados. Por su utilidad y posibilidad abogan por un pacto europeo federativo, capaz de decidir pacíficamente acerca de los conflictos que hoy se dirimen por las armas, y capaz de unir en una “obra común y un pensamiento común” a los diversos miembros de la federación.

El Derecho de gentes actual forma entre los pueblos una sociedad demasiado imperfecta, en la que los pueblos resultan independientes y aislados y ha hecho de las estériles rivalidades nacionales la reina de la política, a través de la fuerza puesta al servicio tan sólo de los intereses monárquicos. Este texto recuerda a continuación las dos experiencias históricas, en los tiempos modernos, que ensayaron ya la puesta en

²⁰⁵ Bourgin, 1909, p. 124.

²⁰⁶ Y de hecho así se presentan, rememorando un pasaje de la Carta de San Pablo a los Corintios: “Il y a plusieurs membres, et Tous ne font qu’un seul corps” (Anónimo, 1840).

²⁰⁷ Anónimo, 1840, p. 1.

marcha de esta voluntad de poner fin a los combates e instituir un tribunal europeo de carácter pacífico: son los proyectos de Henri IV, conocido a través de su secretario Sully, y la Santa Alianza, las dos únicas ocasiones en que los poderes se marcaron como objetivo terminar de forma pacífica con las diferencias entre los pueblos. Pero el proyecto de Henri IV constituía tan sólo una transacción entre los príncipes, y la Santa Alianza, establecida en aras de una mera circunstancia, se proponía un pacto de seguridad de los reyes contra los pueblos, contra su revolución, le reprochan. Ahora bien; el mantenimiento de los egoísmos en paz necesita de algo más que una firma y un juramento. Y así evocan los tiempos medievales, en que las naciones no estaban imbuidas aún de ese sentimiento de enemistad, y en el que la Cristiandad formaba verdaderamente un cuerpo, una federación, constituyéndose la Iglesia como ese “pacificador universal” tan largamente soñado.

Entre las diversas naciones de Europa existe actualmente un fondo común de ideas, de costumbres, de instituciones y de civilización lo suficientemente grande como para formar la base de una asociación europea. En el momento en que los pueblos entren en comunidad de pasiones, que compartan los mismos intereses y trabajen en la misma tarea, se hallarán unidos ya como los miembros de un solo cuerpo, y el interés europeo, superando a los distintos intereses nacionales, fundará la federación europea. Los europeos forman ya una raza particular, insisten, con una actividad extrema de las inteligencias que ha desarrollado la ciencia; en el terreno de las instituciones, destaca la abolición de la esclavitud en todo el continente, así como en las costumbres, el respeto por las mujeres y por los más débiles; en los dogmas, la enseñanza de la igualdad de todos los hombres; son éstas las incontestables similitudes que presentan los distintos miembros de la familia europea y que constituyen una ventaja evidente que justifica de por sí la preponderancia de esta familia sobre el resto del globo. Este parecido moral y político que no se ha logrado más que por su comunión religiosa, recuerda este texto, constituye la verdadera esencia de los pueblos europeos, naturalmente unidos y sólo separados por los intereses de algunos monarcas: “Nations de l’Europe, vous êtes sœurs!”

« Pourquoi donc les peuples chrétiens continueraient-ils à se haïr et à se combattre ? Nous voyons bien l’intérêt qu’ont les dynasties à la perpétuité de ces divisions : nous ne voyons pas l’intérêt qu’y ont les peuples »²⁰⁸

²⁰⁸ Anónimo, 1840, p. 4.

En estas palabras se concentra precisamente uno de los argumentos que tomará a partir de ahora todo el protagonismo, produciendo un giro en la orientación de los proyectos europeos: la iniciativa pasa en este momento de los gobiernos a los pueblos, la división la provocan de manera artificiosa e interesada los poderes y monarcas sobre unos pueblos que son naturalmente hermanos, argumento que se repetirá una y otra vez y permanece en el magma ideológico que estallará en 1848.

Frente a los obstáculos que representan las rivalidades nacionales, las oposiciones religiosas y las oposiciones políticas labradas por dolorosos recuerdos históricos, lo cierto es que muchos de estos autores perciben, y así se explicita en este texto, cómo estas enemistades se han disipado en muchos aspectos en los últimos años, y la paz duradera, las comunicaciones cada día más fáciles, las relaciones de intercambios acrecentadas conducen a la convicción profunda de todos los partidos progresistas de que Francia es su modelo, sustituyendo así las antipatías por la imitación, concluyen: “la lutte a toujours été notre histoire, il est vrai; mais pourquoi l’alliance ne serait-elle pas notre but?”²⁰⁹

Dado que la fraternidad religiosa es la madre de la fraternidad política, las divisiones de credo presentan un grave problema; pero la mejor doctrina acabará imponiéndose, no por el poder de los emperadores esta vez, sino por la palabra y la discusión: la espada temporal no será ya más la que zanje las cuestiones religiosas, y la libertad será la palabra común que una a todas las religiones. En los asuntos políticos, por su parte, se presenta el problema de conciliar principios políticos en principio inconciliables, pero en diez años, augura, esas divisiones transitorias desaparecerán, y lo único que restará será entonces nacionalidades distintas, lenguas diferentes y costumbres diversas, que ya nadie soñará en aunar bajo una idéntica ley y administración; y así se explicita, aspecto a subrayar también y que marca claramente este giro entre el Imperio (invocado en las líneas precedentes sin nombrarlo) y la Federación: “la fédération n’est pas l’unité”; la federación se establece entre los pueblos, que conservan su libertad nacional para otorgarse la administración y el tipo de gobierno que mejor les parezca, sea monarquía o república (aunque eso sí, siendo necesaria la desaparición de todo privilegio aristocrático, de todo resto feudal, y haciendo de la propiedad un bien accesible a todos, una ley igual para todos y

²⁰⁹ Anónimo, 1840, p. 5.

estableciendo instituciones representativas por medio de constituciones): éstas serán las condiciones para que una nación sea admitida en la gran alianza, “et quel peuple ne saluerait pas avec joie cette imitation de 89?” La unión europea puede alcanzarse ciertamente por la fuerza, del mismo modo que hicieron macedonios o romanos. Y sin embargo:

« Des nationalités violement brisées, des révoltes perpétuelles, les douleurs et les haines qu’entraîne à sa suite toute conquête, l’abaissement de toutes les volontés devant une volonté unique, seraient les inévitables conséquences de l’établissement de cette monarchie universelle »²¹⁰

Napoleón fracasó en este intento : « une alliance véritable et profonde entre les peuples de l’Europe ne sera jamais le produit de la force; cette sainte Alliance ne peut naître que par le concours des volontés, comme elle ne pourra se conserver que par la justice ». Francia debe así abrir sus puertas, pero sin coaccionar a nadie; el principio de libertad de adhesión, el reparto equitativo de los derechos y los beneficios son las bases sobre las que debe fundarse el gran edificio federativo. De esta manera se hará finalmente posible la federación europea, prometen, y siempre precisando que ellos no son “filántropos cosmopolitas”, sino ante todo franceses, por lo que no está entre sus intenciones exigir a Francia que abdique de su patriotismo ni que renuncie a sus pretensiones más legítimas; Francia, insisten también los autores de este opúsculo, es la más antigua y avanzada de todas las naciones cristianas, por lo que debe llamar a su lado al resto de las naciones, como una madre acoge en su seno a sus hijos. Prevalecerá así la autoridad francesa, y París, que ya lo es en el orden de las ideas, pasará a convertirse en la capital de Europa también en el orden de los asuntos públicos, a la cabeza de un Consejo federativo que toma la forma de un Senado electivo, donde cada nación tendrá su voz, según una estricta equidad. Los miembros del Consejo no dependerán ni recibirán instrucciones de gobiernos que no son más que pasajeros, sino que serán representantes de un pueblo y ministros de la federación en sí, asegurando de este modo su imparcialidad, del mismo modo que la Iglesia medieval ejercía su arbitraje por encima de las querellas y los intereses de los reyes. La pacificación universal es sin duda una tarea ardua, conceden, pero los autores de este texto se hallan convencidos de que es posible si se logra hacer penetrar las reglas de la justicia allí donde hasta ahora sólo regían las “finezas diplomáticas”, si predomina la idea del Derecho sobre la idea de la

²¹⁰ Anónimo, 1840, p. 6.

fuerza. La conciliación universal así lograda no será más que una parte de las funciones atribuidas a este Consejo federativo, que se encargará además del reglamento de las relaciones comerciales, modificando las leyes aduaneras hasta alcanzar la libertad de comercio; vigilará además las relaciones con los pueblos extranjeros de todo el cuerpo federal (es decir, unidad europea diplomática) y el establecimiento de colonias que serán comunes para todos los pueblos europeos, idea que se repite en otros textos de esta época; por último, impondrá a la federación algunas leyes comunes, impulsando los intereses compartidos.

En el momento en que Francia, nos dicen del mismo modo que hacía Considérant, deje de dudar entre la alianza rusa y la alianza inglesa y se decida a no ser más que francesa, emprenderá la vía de acercarse a sus pueblos vecinos, y hallará en ello menos dificultades de las que tuvo la monarquía para reunir todas las provincias francesas en un solo Estado, con lo que la federación europea podrá alcanzarse en un plazo de pocos años. El resultado de esta federación será el cese de las guerras —que en Europa son siempre, añaden, guerras civiles—, la libertad comercial y la distribución eficaz del trabajo y la producción tal y como se distribuye en un taller²¹¹. Así se producirá la victoria definitiva de la familia europea sobre el resto de la humanidad, a la que concederán su civilización, sustrayéndolos de la barbarie para elevarlos hasta el rango europeo: “les peuples européens marchent à la conquête du globe”²¹².

Los textos que exponen, reclaman y difunden todas estas ideas seguirán produciéndose a lo largo de la década de 1840, hasta las puertas de la última gran revolución. Participa de estos ideales el Capitán Ferdinand Durand, un miembro del ejército de tendencias pacifistas e inspiración sansimoniana que, aplicándolos al futuro de los ejércitos, defiende, ante la “decadencia del espíritu guerrero” y el porvenir pacífico de los pueblos que él ve como ya evidente, la necesidad de alcanzar una organización industrial de los ejércitos. Desde un repaso histórico, constata que, gracias a la ley del progreso y el perfeccionamiento gradual, el espíritu militar, preeminente en los tiempos primitivos, ha venido históricamente cediendo de manera paulatina ante los progresos del espíritu pacífico y religioso. En el presente, el Capitán Durand percibe,

²¹¹ Encontramos ecos aquí de las palabras sansimonianas: “L’Europe, un immense atelier...”

²¹² Anónimo, 1840, p. 8. Vemos aquí ecos del incipiente imperialismo, que en este primer momento trata de resolverse mediante la colonización coordinada, frente a la concurrencia que se impondrá en la práctica.

como sus contemporáneos, la persistencia de cierto espíritu “estacionario o retrógrado” entre los monarcas, que él relaciona con el espíritu militar, y que choca en todo caso con “el espíritu progresivo de los pueblos”. La unión pacífica de los pueblos es ahora no sólo inminente, sino la condición para toda futura mejora social. En la tercera parte de la obra, consagrada a Francia, destaca su influencia civilizadora sobre el resto de las naciones, lo que le otorga el deber de iniciativa para la federación, relacionándolo con la crisis de Oriente:

« La France doit marcher à la fédération pacifique des peuples. (...). Ce n'est point par la guerre qu'on peut résoudre les questions soulevées en Europe. Le partage de l'Empire Ottoman par la Russie et l'Angleterre ne peut être accepté par le reste de l'Europe (...) La France doit organiser une fédération de l'occident pour arrêter de telles prétentions »²¹³

Pero la burguesía francesa no ha comprendido todavía, critica, sus deberes tras la victoria de 1830, y su política indecisa cada vez le arroja más adversarios. Durand duda de la convicción de aquellos que, como Victor Cousin, mantienen que el gobierno representativo haya colmado todas las posibilidades poniendo fin a las largas vicisitudes políticas (y es que tal y como venimos viendo, cada vez son más las voces insatisfechas que claman que la revolución debe extenderse al resto del continente y profundizar en sus logros). Así, Durand critica la lentitud del gobierno representativo en alcanzar mejoras, y señala que cuenta todavía con numerosos enemigos: “le progrès pacifique est le seul *durable*. C'est par l'éducation, par l'instruction et par le travail que le pouvoir doit conduire le peuple aux améliorations qu'il demande »²¹⁴.

La cuarta y última parte de este libro está dedicada al nuevo papel que corresponderá a los ejércitos en esta sociedad pacífica: dado que los ejércitos responden a las tendencias generales de la sociedad, comprenden bien que el espíritu militar se desvanece, por lo que todo futuro se cierra para ellos; de ahí su actual desánimo, por lo que ha de proporcionársele un nuevo porvenir, instruirlo y otorgarle una nueva utilidad, aplicándolo a las obras públicas de utilidad general y constituyéndolo en un cuerpo de

²¹³ Durand, 1841, pp. 171-192. “C'est à fonder cette vaste fédération que doit travailler la France. C'est en unissant tous les intérêts de ces peuples qu'elle peut empêcher l'envahissement militaire de la Russie, et préparer à l'Europe l'avenir pacifique où la poussent ses tendances. Il faudrait bien alors, qu'en face de cette puissante fédération, le Slave arrêât sa marche à l'occident et jetât tout entier vers l'orient où sa mission est tracée » (1841, p. 372).

²¹⁴ Durand, 1841, p. 227.

trabajadores pacíficos²¹⁵: “l’armée deviendrait une grande école nationale où les jeunes générations se pénétreraient de leurs devoirs sociaux”²¹⁶. Y el lugar que él proyecta para comenzar con esta educación industrial es precisamente Argelia, como el mejor modo de colonización: “la France doit rendre ce pays à la civilisation”.

Para todo ello hará falta, concluye, superar la anarquía industrial que reina en el presente, dejar de creer en el pecado original, lograr una verdadera unión científica en Europa y renovar el conjunto de la sociedad europea, que se hará, tal y como pronostican muchos, por la espada o por la palabra, por el soldado (identificado con Rusia) o el predicador:

« Nous touchons aujourd’hui à une de ces époques rares et solennelles dans la vie de l’humanité où les nations vieilles meurent ou se transforment, où le monde prend un aspect nouveau. C’est par l’épée ou par la parole que se font ces grandes crises. (...) Le prédicateur vient de se lever. Il avertit les nations que les temps sont proches, que le monde actuel va finir pour faire place à un monde nouveau »²¹⁷

En este tiempo de cambio, abundan los vates y profetas que anuncian la nueva época, el discurso político se llena de mesianismo y poesía (de los Sansimonianos a Victor Hugo o Lamennais, tal y como nos recuerda Paul Bénichou²¹⁸); los hombres han soñado siempre con un mundo mejor, señala Durand, y lo que él califica el “partido social” finalmente lo ha identificado; los obstáculos existentes no son razón suficiente para negar su posibilidad, para tratar de “utopistas” a todos aquellos que persiguen alcanzarlo. Estos utopistas anuncian un mundo donde reinará la paz, la unión y la felicidad, tal y como pregonaba también este Capitán Durand: “si les peuples n’écoutent en fin la voix qui leur prêche la régénération pacifique, ils seront régénérés par le sabre”.

Para comenzar el trabajo de la federación tan necesario para la salud de Europa hace falta, señala Durand, que los pueblos salgan por fin de la “nationalité haineuse”

²¹⁵ Y cita para ello la opinión de otros altos cargos del ejército contrarios, a los que refuta, responde igualmente a las objeciones del periódico *la Phalange* y se acerca a perspectivas como la de Michel Chevalier y su proyecto de organización industrial para el ejército, evocando también tentativas llevadas a cabo ya, en el terreno práctico, como la compañía de ferrocarriles de Saint-Germain, o ensayos realizados en el extranjero para la aplicación de los ejércitos en trabajos civiles.

²¹⁶ Aunque matiza también que la reorganización de la sociedad no podrá llevarse a cabo tan sólo por la reorganización del ejército (Durand, 1841, pp. 294-324).

²¹⁷ Durand, 1841, pp. 369-370.

²¹⁸ “Dans le même temps [1830] se cristallisaient, autour de la notion de pouvoir spirituel, des justifications et des constructions doctrinales diverses embrassant le présent et l’avenir de la société » ; « un fonds commun de pensées inspire toute l’époque : liberté, progrès, sainteté de l’idéal, dignité de la science, foi dans la Providence et religion de l’avenir humain... » ; « elles entendent ajouter à leur crédit l’aurore du Beau : Poésie et Art sont le seul firmament du monde nouveau, l’unique couronne mystique de l’Esprit dans le siècle commençant. Tous les fondateurs de doctrines ont voulu parer de cette couronne le nouvel ordre qu’ils annonçaient » (Bénichou, 1977, pp. 7-12).

que los mantiene aún aislados de sus vecinos; hace falta hacerles comprender que su interés mayor les ordena unirse íntimamente a los pueblos vecinos, que no será sino por el intercambio recíproco de sus productos intelectuales y materiales como aumentarán su bienestar. Y Durand señala, igual que hacía Considérant, el ejemplo de la Unión aduanera alemana, el Zollverein que constituye un paso en la vía indicada²¹⁹; se trata ahora de llevar esta feliz idea prusiana a una escala más amplia, para que Europa, finalmente federada, pueda abrir sus rutas comerciales hacia las Indias (a través, cómo no podía ser de otra manera, del proyecto de un canal en Suez); Constantinopla, por su parte, pasará a ser una ciudad neutral, el nudo de las relaciones entre Oriente y Occidente, y la federación europea, al apartar así toda posibilidad de guerra, permitirá al fin a los gobiernos transformar sus ejércitos, tan costosos para los pueblos, en regimientos de trabajadores sin miedo alguno. La federación europea así alcanzada, vaticina, constituirá un inmenso progreso hacia la asociación pacífica de todas las naciones del mundo, y ni siquiera Rusia podrá mantenerse largo tiempo fuera de esta nueva política a la que también acabará coaligándose. Y en el último párrafo el Capitán Durand concluye trayendo a colación las ideas tantas veces expuestas hasta ahora: que es el interés de los reyes el que ha mantenido tanto tiempo a los pueblos divididos, y que lo que Napoleón (cuyas cenizas acaban de desembarcar de regreso a Francia, despertando las simpatías bonapartistas por todo el país²²⁰) intentó por las armas, ha de lograrse ahora por la palabra, teniendo como protagonistas a los pueblos que por fin han alcanzado la conciencia del interés de su unidad:

« Au commencement du siècle, Napoléon rêva une fédération européenne ; mais les sympathies mutuelles des peuples n'étaient pas assez développées encore. Les peuples, enfermés dans l'étroite nationalité dont les rois maintenaient l'esprit avec tant de soin, ne comprenaient pas tout ce qu'il avaient à gagner en s'unissant à leurs voisins ; ce fut par la guerre, par la contrainte, que Napoléon voulut travailler à l'unité européenne ; (...). La France de 1840 doit continuer l'œuvre du grand homme, dont les restes sommeillent enfin au milieu de nous, non par les armes, mais par la parole »²²¹

²¹⁹ Otros autores como Carwill ven sin embargo en la unión aduanera germana una amenaza tanto para los intereses de Francia como para los de Alemania (Carwill, 1840).

²²⁰ Ver el prefacio de Maurice Agulhon en Humbert, 1990.

²²¹ Durand, pp. 372-373.

3. 1. 1. El resurgir de la paz perpetua

En estos años de 1840 iban así a ver la luz los primeros movimientos modernos a favor de la paz; frente a las querellas diplomáticas el romanticismo giraba hacia posturas sociales y humanitarias, y el ideal de fraternidad humana comenzaba a imponerse. Aparecen entonces en Francia, en Inglaterra o en Norteamérica, los primeros movimientos pacifistas fundados en el repudio a los horrores de la guerra; en 1840, Raspail, en su periódico *Le Reformateur* había denunciado ya el espíritu guerrero: “la guerre ne convient pas à une démocratie et la presse républicaine a tort de réclamer les frontières naturelles...”²²²; y en Londres, en 1843, tiene lugar la primera conferencia internacional para la paz, convocada por la “Sociedad americana para la paz” en apoyo a un tribunal de arbitraje internacional y a la que acuden trescientos delegados.

Un año antes, la « Société de la morale chrétienne » había convocado (abril de 1842) un premio con el fin de fomentar la « investigación acerca de los medios para asegurar la paz universal y permanente ». Dos obras fueron al menos laureadas en aquella edición: la del ingeniero Pierre Bazan, *D'une paix universelle et permanente*, y *De la paix, de son principe et de sa réalisation*, del conocido economista y socialista Constantin Pecqueur²²³. Ambos trabajos siguen una línea de argumentación similar, con una primera parte dedicada al repaso histórico y teórico de los males de la guerra, siguiendo el discurso ilustrado más tradicional sobre este asunto (la guerra como contradicción manifiesta con el espíritu y los preceptos del cristianismo, y contraria al sentimiento de humanidad, a la prosperidad de los pueblos y a la felicidad del hombre; funesta a la moralidad, a la educación, la agricultura, industria, comercio, ciencia y bellas artes, así como demostraciones históricas de su incompatibilidad con la prosperidad de los pueblos, etc.), y una segunda parte en la que se proponen medios para su solución y que, en ambos casos, pasan por la instauración de una unión de los pueblos, aunque con distintos matices institucionales en cada propuesta. Así Bazan, desde un discurso más tradicional y apegado con evocaciones constantes todavía al abad de Saint-Pierre, referencia inexcusable en todo proyecto de paz perpetua, aboga por una reforma de la instrucción pública (que incluya la fomentación del estudio de las lenguas vivas), la

²²² Cit. en Amoudruz, 1945, p. 58.

²²³ Ver Puech, 1948, pp. 117-159.

extensión de la navegación comercial, el desarrollo de la industria y un Congreso General de las Naciones o de los Pueblos, donde se fijarán de manera definitiva los límites de los estados, las fuerzas militares a conservar, etc. (aunque no precisa más detalles acerca de cómo se hallaría formado).

Su concepción de la paz perpetua y la unidad respeta el estado actual de cada Nación en el momento de su reunión en lo que él denomina “pacte général fédératif”²²⁴, como algo “inviolable y sagrado”. No se hablará por tanto de si conviene un estado italiano, polaco o alemán, puntualiza; en el proyecto de Bazan no hay lugar para nada que vuelva a cuestionar el orden —y que parte por tanto de un *statu quo* que significaría no obstante todo un obstáculo a una verdadera unión política, ciñéndose simplemente a un bienintencionado programa basado en un cristianismo que persigue como objetivo la más estrecha confraternidad posible entre todos los hombres que forman la familia humana. Las ideas dominantes de la época hacen la idea de una paz perpetua más posible que nunca, insiste; hay síntomas visibles de reacercamiento y concordia entre los pueblos, y se impone el triunfo de la civilización²²⁵, defiende contra aquellos que califican estos ideales de sueños utópicos:

« Non, la guerre n'est point l'état normal des peuples, mais un accident, un cas exceptionnel. Que les partisans des combats, des invasions, des conquêtes, qualifient tant qu'ils le voudront de rêveurs, d'utopistes, de bonnes gens, ceux qui pensent que la navigation par la vapeur, l'érection de nombreux chemins de fer sont de puissants moyens de resserrer les liens de confraternité parmi les peuples, et que la paix universelle et permanente est une chose possible, je n'en persisterai pas moins dans mes convictions »²²⁶

Constantin Pecqueur resulta por el contrario más extenso y detallado en sus propuestas, y así distingue, de forma exhaustiva, los medios indirectos y directos para alcanzar la anhelada paz final. Entre los medios indirectos cita una educación para la paz y la propagación de la moral y el desarrollo intelectual de los pueblos, así como de la imprenta y los periódicos, las sociedades de paz u otros actos de caridad internacional como las suscripciones frente a desastres, además de la celebración de congresos científicos, literatos y artísticos de carácter cosmopolita; hace hincapié además, como no podía ser de otra manera, en el desarrollo de la industria, las uniones aduaneras y

²²⁴ Bazan, 1842, p. 70.

²²⁵ Y en estos términos interpreta la mediación francesa en la querella entre Inglaterra y el Reino de Nápoles, como un paso inédito hacia la paz universal y permanente.

²²⁶ Bazan, 1842, p. VII.

comerciales (siguiendo el ejemplo alemán), los ejércitos asalariados (organizados industrialmente) y las guardias nacionales, los trabajos de utilidad nacional y, curioso aspecto que ya hemos podido ver en otros textos, las colonizaciones en común entre las naciones confederadas para la paz²²⁷. La perspectiva de Constantin Pecqueur es de carácter eminentemente económico, y así uno de los ejes principales de su propuesta está constituido por la unión y fusión gradual de las confederaciones económicas diversas, la multiplicación de ferrocarriles, barcos de vapor y canales, el perfeccionamiento de las vías de comunicación en general a través de grandes líneas mediterráneas y declaración de franquía y neutralidad para todas las arterias comerciales; por último, la constitución de una banca internacional y el establecimiento de un crédito cosmopolita especialmente consagrado a los trabajadores y obras de orden pacífico; el fin de los préstamos con fines bélicos, el veto a todo monopolio y la fusión de trabajadores y capitalistas nativos y extranjeros, así como la introducción general del espíritu de asociación y de la economía social.

Pero Pecqueur reclama además la necesidad de la generalización del gobierno representativo²²⁸ y de una nueva diplomacia para llegar a estos fines, y así establece, en el orden político y entre los medios directos, la independencia de las naciones como principio fundamental²²⁹ (aunque estableciendo límites de la nacionalidad), y sobre esa base, la institución de un poder internacional y una justicia cosmopolita (con un nuevo código de Derecho de gentes como régimen transitorio). El equilibrio político se lograría institucionalmente mediante un sistema de contrapesos en un congreso permanente de embajadores plenipotenciarios, que formaría así un gobierno representativo de “peuples-unis” o congreso permanente al modo del norteamericano; un congreso cosmopolita, en fin, que habría de erigirse siempre a la imagen de los

²²⁷ “Le mélange d’essaims européens dans une même colonie. La formation, sur tous les points du globe, de populations et de nations européennes ou cosmopolites ; la civilisation des pays arriérés par les peuples les plus avancés, collectivement, au moyen d’expéditions pacifiques et amies, sur grande échelle, dans les régions encore sauvages, sous les auspices et aux frais des gouvernements confédérés pour la paix” (Pecqueur, 1842, p. 441-442).

²²⁸ Para alcanzar una paz perpetua, nos dice, es necesaria la transformación progresiva y gradual de los poderes absolutos en poderes condicionados; del régimen autocrático en regímenes representativos : “L’apparition des gouvernements représentatifs doit être considérée comme le signe précurseur, obligé, du règne de la paix universelle. Sans eux l’institution d’un pouvoir supernational devenait presque impossible. Les congrès promettaient de n’être jamais que des conciles de rois et d’aristocrates, au lieu d’être des conciles de peuples » (p. 449).

²²⁹ « Cependant nous l’avons reconnu : pour que la paix ait de satisfaisantes garanties, il n’est pas nécessaire que la fusion des peuples s’accomplisse jusqu’à leur faire perdre leur nom et leur indépendance, et jusqu’à faire disparaître les dynasties et les pouvoirs nationaux. Il suffit que par le fait l’esprit de paix dirige les conseils des cabinets et le système politique de l’Europe ; que l’opinion générale anathématise les moyens de la violence et de la guerre... » (Pecqueur, 1842, 448-449).

gobiernos constitucionales, constituyendo una reunión voluntaria de pueblos en pie de perfecta igualdad.

« La nouvelle sainte alliance ne naîtra que par le concert et l'adhésion libres des volontés et des intérêts, ne se conservera que par la justice et la grandeur des pouvoirs souverains, constituants et constitués »²³⁰

Persuadado de la existencia de una sociedad general por encima de las naciones, y de que Europa forma una única república²³¹, reclama la personificación de esta sociedad general en los representantes de los diversos pueblos del mundo; esos representantes de las naciones no deben ser sin embargo los poderes legislativos o ejecutivos, reyes, emperadores, presidentes, senadores o cámaras de cada país, nos advierte, sino “especialmente” aquellos que estarán en posesión legítima (o sea, por elección popular) del poder de las naciones en los límites de sus constituciones respectivas. A la asamblea de representantes especiales de las naciones corresponderá así el poder legislativo y ejecutivo internacional o humanitario; de este cuerpo debe emanar la fuerza y la justicia internacional, y la garantía de su buena gestión reposará en última instancia en la sanción soberana y última de la opinión pública. Confiere a la asamblea de representantes de las naciones el nombre de Potencia internacional o universal, y su primer deber será asegurar la seguridad, derechos y existencia de cada nación. A ella sola pertenece el derecho de represión, añade²³².

Pecqueur insiste en la necesidad e inminencia de una unión económica y política entre las naciones cristianas y de instituciones para una soberanía universal pero, de forma realista, advierte de algunos de los riesgos que albergan las confederaciones, y propone para su impedimento medios para conciliar las diferencias nacionales, basándose en ejemplos de unidad política como la del Papado en la Edad Media o algunos otros proyectos históricos de paz perpetua²³³; pero por encima de todos, en el

²³⁰ Pecqueur, 1842, p. 451.

²³¹ “Il y a une *nation de nations*, une *société générale*, au-dessus des sociétés particulières. Il y a la nation universelle : HUMANITÉ, formée de toutes les nations du monde. Il y a la société du genre humain divisée en sociétés nationales. Toutes les nations de l'Europe et du monde constituent, en fait, une grande république une et indivisible, qui a ses lois dans le droit des gens, lois que nulle d'entre elles ne doit pouvoir violer impunément » (pp. 446-447).

²³² No hay nada más lícito que una justicia cosmopolita ejerciendo de policía en el nombre de las naciones, nos dice: una policía supranacional, la organización de una fuerza armada cosmopolita es por ello deseable y necesaria: “Les guerres doivent se transformer en RÉPRESSION sous les auspices de la *justice commune des nations* ; et les armées en *haute police cosmopolite* » (Pecqueur, 1842, p. 436).

²³³ No obstante, tampoco cree en una paz a cualquier precio, y concede el derecho insurreccional, frente a su contrincante Bazan que defendía el mantenimiento del *statu quo*: “L'insurrection, quand devient-elle

ejemplo de la confederación norteamericana, que es la que le inspira, porque tal y como destaca, no se trata de una utopía a inventar, sino de una realidad a generalizar:

« Nous avons prouvé que la réunion des peuples est possible sans entraîner absolument la ruine ou la déchéance d'un nombre de dynasties et d'aristocraties correspondant au degré et à l'étendue de la fusion ou de la fédération. Nous y tenons ; car le plus grand obstacle à une réunion pacifique et volontaire entre les peuples est là : dans l'opposition supposée des chefs et des puissants dans chaque nation. Comment donc dénouer ou trancher ce nœud gordien, sans recourir au glaive et à la déchéance ? L'expédient que nous proposons a pour lui la sanction d'une belle expérience : 26 états, dans l'Amérique du nord, conservent leur législation et leur pouvoir exécutif local ; tandis qu'ils sont soumis à l'unité d'empire et d'action par le pacte de confédération et de nationalité qui les relie entre eux dans le congrès. Nous avons donc conçu un état de choses analogue pour deux ou un plus grand nombre de nations, en Europe et dans le monde entier, à mesure que la conciliation et l'accord rapprochent les esprits et les intérêts. Il n'y a point là de chimère, ni même d'utopie. Presque tout est à imiter et à généraliser, presque rien ne reste à inventer »²³⁴

Y como no podía ser de otra manera, semejante futuro depende aquí también de Francia; los demás pueblos, sus hermanos, la observan con esperanza y esperan una señal, nos dice el autor. No obstante Pecqueur teme, en una crítica solapada al gobierno del momento, que Francia no halle el camino de la “Igualdad real” y de la “fraternidad práctica”. Por eso anima a sus compatriotas a renacer de sus cenizas, a que siga siendo la grande de las naciones, la que acoge en su seno a los demás pueblos europeos y los colme de los dones de la civilización; no mediante la falsedad del principio histórico de los imperios (la fusión final de los pueblos no se logrará esta vez mediante su absorción sucesiva por un poder mayor, advierte), sino a través de la fraternidad, la igualdad y la propaganda pacífica, recomienda:

« Surtout gardez de prétendre vous arroger sur eux la suprématie brutale de la force guerrière. Allez à eux par la propagande pacifique. Soyez d'ardents et de fraternels apôtres de liberté et d'égalité »²³⁵

un devoir? Quand il y a violation des grands devoirs de l'humanité, et que les libertés et les existences son menacées. Les révolutions, quand faut-il les désirer e les seconder ? Quand les droits imprescriptibles d'une société sont méconnus, et lorsque la force juste est assez proportionnée à la force injuste pour tenter la répression avec succès » (pp. 437-438). Pecqueur recomienda permanecer en guardia para que una alianza funesta de dinastías y aristocracias feudales no sustituya a la pretendida “sainte-alliance des peuples” (p. 452), y por eso se ha de seguir alerta mientras el principio de la representación de los pueblos no se aplique en todas partes de manera sincera.

²³⁴ Pecqueur, 1842, p. 450.

²³⁵ Pecqueur, 1842, p. 456.

Finalmente, llama la atención en este texto el tratamiento del tiempo histórico; como muchos de sus contemporáneos, advierte contra los tiempos graves y sombríos que amenazan, considera la paz condición única para el progreso²³⁶, mientras que la guerra y los ejércitos representan instituciones caducas, son el “génie du retardement”; alzando su voz contra toda posible justificación histórica de la guerra, hace prevalecer el Derecho sobre la historia y desvincula en última instancia el futuro del pasado:

« Qu'importe l'histoire! Le fait ne peut prévaloir contre le droit. L'histoire n'est le plus souvent que le récit des abus de la force. Jamais elle n'a été le livre de Dieu ni de la justice. L'histoire raconte le passé: elle ne peut enchaîner l'avenir »²³⁷

Y es que este año de 1842 parece ser el tiempo de la resurrección del género de las paces perpetuas ilustradas, por un momento dejadas de lado, y que ahora recupera también una tercera obra, *Nouveau Projet de traité de paix perpétuelle*, escrita por el doctor en Medicina P. R. Marchand. Proyecto también para un nuevo Congreso permanente entre las potencias en aras de la paz, escrito a la luz del tratado del 15 de julio de 1840 y desde la perspectiva, tal y como reitera, no de un especialista, sino de un simple ciudadano observador. Su proyecto tiene dos ideas base sobre las que se construye: el poder marítimo que detenta Inglaterra, y el restablecimiento de todas las nacionalidades mediante la reorganización de Europa y largas indemnizaciones pecuniarias que cubran la recuperación de los derechos y territorios perdidos, reuniéndose de esa manera en una confederación general que impulse al avance de la civilización general.

Marchand comienza rememorando los trabajos de los precursores, Henri IV, el abad Saint-Pierre o Leibniz, pero reconoce que el momento no estaba maduro entonces:

« Mais l'état du monde à la fin du XVI^e et pendant le XVII^e siècle ne permettait pas qu'une spéculation de cette nature sortît du domaine de la pure théorie et des livres des philosophes pour passer dans la pratique. Le XVIII^e siècle en fit le sujet de ses moqueries. Mais les grands événements qui en ont marqué la fin et qui ont enfanté ceux dont nous sommes témoins, le retour à des doctrines plus pures, le perfectionnement des sciences morales et politiques (...) ont appelé de nouveau la pensée des publicistes sur cette grande question »²³⁸

²³⁶ « La paix est la condition du progrès. (...). La paix n'est qu'une autre manière de nommer la civilisation » (p. 432).

²³⁷ Pecqueur, 1842, p. 432.

²³⁸ Marchand, 1842, p. 1.

Ahora, apunta, la cuestión ocupa tanto a los autores de obras teóricas de primer orden como a los periódicos, agudizado además por la agitación e inquietud surgidas a raíz del tratado de 15 de julio²³⁹. Precedentes como la reconstrucción de la sociedad del medievo, ejemplos de libre asociación como el de los griegos en la antigüedad o los casos de Alemania, Suiza y los Estados Unidos en tiempos más recientes prueban la facticidad de una idea semejante²⁴⁰, y se apoya para ello en las palabras de Pierre-Simon Ballanche: “Une idée acquise est une vraie conquête. Une fois entrée dans le monde, cette idée ne peut plus périr”; ¿Por qué entonces los políticos califican de utópica la idea de una unión indisoluble entre las potencias? Marchand apunta una vez más a la cesura entre la teoría y la práctica, que este siglo está logrando superar: “Je crois en apercevoir la raison: c’est que cette question a plutôt été traitée scientifiquement que d’une manière pratique”²⁴¹. Convencido de que los monarcas y Estados abrazarán las ventajas que tal unión acarrearía siempre y cuando sus intereses no se vean perjudicados, Marchand se propone un proyecto que otorgue garantía a los mismos: “dans une confédération generale des puissances, il ne faut pas croire que les peuples se laisseraient mener sans rien dire”²⁴².

La garantía de los intereses para que ninguna nación se sienta ultrajada pasa así por reparar las reclamaciones de cada estado, asegurar sus intereses y derechos adquiridos para siempre y dejar libre la vía para el desarrollo natural de las distintas potencias, afín de “guérir les plaies profondes que les traités précédents ont faites à certains États”²⁴³. Y de esta forma quedarían organizados los “Estados de Europa

²³⁹ Y a aquello que se avecina, Marchand lo califica de “primera guerra general”, cuyas consecuencias desastrosas son inimaginables (1842, p. 7).

²⁴⁰ “Si la question de la paix perpétuelle n’a jamais été prise au sérieux par les hommes d’état, ce n’est pas que la chose en elle-même soit chimérique et absurde. Au point de vue philosophique, elle est possible et très possible” (p. 3).

²⁴¹ Marchand, 1842, p. 4. “Est-ce à dire pour cela que les travaux des publicistes sur la possibilité d’un état de paix perpétuelle soient inutiles? Je suis loin de le penser. Peut-être qu’à force en présenter le tableau sous les yeux des peuples et des souverains, on finira par faire entrer cette idée dans le domaine du trésor intellectuel des nations, comme tant d’autres idées qui n’ont pris possession du monde qu’après avoir éprouvé des fortunes diverses, et lutté contre des obstacles qui paraissaient insurmontables” (p. 5).

²⁴² Marchand, 1842, p. 5.

²⁴³ Marchand, 1842, p. 27. El autor no deja de subrayar las ventajas que presenta el equilibrio de fuerzas y, para evitar las guerras en adelante, no se le ocurre mejor solución que el intercambio de territorios y las concesiones a las grandes potencias. A Inglaterra le concede así la prerrogativa en los mares, que naturalmente le pertenecen, aunque lo juzga como transitorio. Propone ofrecer a Rusia una indemnización equivalente al precio de Polonia; devolver la frontera del Rin a Francia, organizar una Alemania federal y una Italia unida de forma federal e independiente, con la retirada de Austria de sus territorios. Al Imperio otomano se le comprarían los territorios en Europa, que pasarían a manos de Prusia. España debe unirse a Portugal, es una de sus provincias naturales, y esta división no tiene más sentido que la que tendría volver a la división en los antiguos reinos que formaban España. Para el caso de Portugal, Bélgica y otros territorios que reclaman una nacionalidad independiente, Marchand se muestra sin embargo fuertemente

confederados”: una gran familia que formaría de por sí una gran potencia única en el mundo, una asociación voluntaria sometida a leyes libremente aceptadas; una sociedad, en fin, formada no de individuos, sino de naciones, en la que, eso sí, los monarcas conservados en sus tronos y no los revolucionarios tomarían la iniciativa; e incluso apunta al tratado del 15 de julio como un primer paso hacia la confederación europea²⁴⁴.

Marchand apuesta decididamente por una Unión europea, mediante la cual el continente se constituya en un cuerpo homogéneo: la organización de los pueblos no se puede dejar al imperio de la ley de la naturaleza, señala. Existen pues dos formas posibles de unión: conservando la libertad y limitándose a conferencias periódicas (éste será en todo caso el primer paso necesario), o mediante un vínculo federativo (que toma en este caso una forma contractual, como un pacto libre para abandonar el estado de naturaleza de las relaciones internacionales), “de façon que chacune, libre seulement chez elle, ne le serait plus au dehors, et que cette part de son indépendance, aliénée au profit commun, s’exercerait par un pouvoir unique, résultat de la volonté générale des associés”²⁴⁵. Poder único, alianza o “Unión europea” (con todos estos nombres se refiere el autor al mismo) que residirá en un congreso formado por los representantes de cada Estado, en el que las decisiones se tomarán por mayoría²⁴⁶ y dotado de poderes legislativos, ejecutivos y judiciales²⁴⁷.

hostil al principio de nacionalidad “car ce serait multiplier les nations sans besoin” (p. 75); “l’excès de diversité de langues est un obstacle au développement de la civilisation” (p. 85).

²⁴⁴ Aunque de cortas vistas y con la triste excepción de Francia, que no ha sabido reaccionar adecuadamente, “ce traité peut être considéré comme un commencement de confédération européenne. (...) Oui, le traité du 15 juillet est une grande époque. Il est peut-être l’inauguration de la confédération des peuples, c’est à dire de l’usage de traiter dorénavant toutes les affaires importantes en commun, et de prononcer à la majorité des voix” (p. 94). Y cita las palabras de Guizot, en la sesión de la Asamblea del 19 de enero de 1842: “Ce qu’on appelle le *concert européen*, c’est simplement l’esprit de paix entre les grandes puissances de l’Europe; c’est simplement la manifestation de cette pensée commune que, si quelque grand événement survient, avant de recourir aux chances de la guerre, on essaiera de s’entendre et de résoudre en commun les grandes questions politiques”.

²⁴⁵ Marchand, 1842, pp. 105-106.

²⁴⁶ Teniendo cada país un voto, pues los Estados no aceptarían la desigualdad de partida, aunque eso sí, distribuye a cambio de forma ponderada cierto número de tareas dependiendo de las ventajas de cada país, y destaca que todos los debates y decisiones se tomarán según un principio de publicidad. En cuanto a la presidencia del congreso, se inclina de entrada por una presidencia “de nacimiento”, al modo de Austria con la Dieta germánica, que concede además a Rusia. Y trata de consolar a Francia, que bien podría querer esta distinción: “Ce serait folie à elle [France] de vouloir recommencer l’empire” (p. 254); “Mais que la France se console. Si, d’abord, elle n’avait pas de fonction spéciale à remplir dans la confédération, son tour viendrait plus tard; et lorsqu’il s’agirait de travailler à la civilisation générale, ce serait elle qui marcherait à la tête de cette propagande et qui, missionnaire de la science et de l’humanité... (...). Ainsi, son empire moral s’étendrait loin de s’affaiblir, et ferait l’admiration des peuples sans exciter leur jalousie. Ne devrait-elle pas se contenter de ce rôle qui va mieux à son hauteur

El doctor Marchand presenta pese a todo reservas ante principios fundamentales del Derecho público de federaciones tal y como el de la renuncia de cada miembro a toda relación externa, poder que quedaría trasferido al poder federal, y establece límites más restrictivos al poder del Congreso federal que otros de sus compañeros (en cuestión de aduanas, o colonización)²⁴⁸; explicita igualmente la necesidad de respeto por el gobierno que cada pueblo haya decidido adoptar, y matiza, “más aún por las dinastías”²⁴⁹. Pese a lo cual no deja, siguiendo las palabras de Voltaire que describía Europa como “una gran república”, de concebirla como ligada de una forma íntima:

«L'Europe ne méritera réellement ce beau titre que lorsque toutes ses parties seront liées d'une façon intime, et qu'elles se porteront secours et protection en cas de besoin »²⁵⁰

En cuanto a la sede del Congreso, se inclina por la necesidad de un nombre ya famoso en vez de un lugar creado *ex nihilo*, para así vincular el presente con un pasado glorioso; y entre Roma, Constantinopla o Alejandría, se inclina finalmente por ésta última —comprobamos aquí nuevamente de qué manera las miradas se vuelven hacia el

que celui d'une grandeur matérielle, deux fois essayé sous Louis XIV et sous Napoléon, et deux fois raté aussitôt qu'obtenue?” (Marchand, 1842, pp. 256-257).

²⁴⁷ Acerca de las atribuciones concretas de tal congreso, Marchand se muestra algo vago y tal sólo presenta reflexiones generales, tal y como reconoce él mismo: “j'ai seulement essayé d'appliquer à une vaste association les doctrines des publicistes sur des associations comparativement très petites” (p. 150) ; “J'ai crû plus sage de m'en tenir à l'exposition de mes idées. La rédaction parfaite d'un traité d'alliance entre les nations serait un immortel monument de législation et le fruit de l'expérience consommée des plus grands hommes d'Etat” (p. 151). Su objetivo no es otro, como modestamente reconoce, que tratar de descubrir, en tanto que simple ciudadano y no hombre político, “la théorie des confédérations, et essaie de pressentir l'avenir des gouvernements” (pp. 106-107).

²⁴⁸ “Je me suis gardé de tomber dans la même faute en rédigeant mon traité; mais j'ai été forcé de laisser aux diverses puissances liberté entière de régler comme elles l'entendront trois points importants de leur régime extérieur” (Marchand, 1842, p. 109) : las excepciones que establece corresponden así a las colonias (que en este caso permanecen privativas y no son posesiones comunes), los grandes territorios que poseen las potencias fuera de Europa y sus relaciones comerciales; las grandes potencias no consentirán nunca en alienar a favor del Congreso general estos derechos, justifica Marchand, y el poder central de la “grande confédération européenne” tampoco podría hacer frente a semejante tarea ingente.

²⁴⁹ Así el congreso se reserva un Derecho de intervención que no siempre será pacífico: será necesario intervenir a veces, apunta, directamente y por la fuerza para frenar desórdenes que pongan en peligro la existencia de algunos estados, sea por pérdida de independencia nacional, sea por “tourmentes révolutionnaires et anarchiques” (p. 140). Y se muestra crítico con la doctrina de la no-intervención: “Quelle honte pour notre civilisation qu'une doctrine si désespérante soit presque devenue une maxime de droit public, et fût-il jamais preuve plus convaincante de l'imperfection déplorable de la constitution actuelle de l'Europe?” (p. 141). Marchand busca soluciones que puedan ser de antemano bien acogidas por los soberanos actuales; así, en sus comparaciones con los Estados Unidos, que también abundan en este texto, no tiene empacho en reconocer que la Confederación europea “no será tanto”, y no le concede similares prerrogativas, emparentándolo más con la Dieta germánica, debido a la coexistencia de distintos regímenes (Marchand, 1842, p. 251).

²⁵⁰ Marchand, 1842, p. 114.

exterior, a la cuna de la civilización y el punto de reconciliación entre Oriente y Occidente²⁵¹.

El autor concibe finalmente una constitución federal a aprobar por todos, y compara nuevamente, en cuanto a su forma, este Congreso europeo con la Dieta germana, que no recauda impuestos ni cuenta con un ejército federal, mientras que pretende acercar las atribuciones ejecutivas del mismo al modelo norteamericano. Y de este modo concibe en una de las conclusiones su visión de la soberanía europea:

« car ce corps si puissant [le congrès], ce régulateur des destinées du monde, cette personnification de la souveraineté européenne, serait une réunion de mandataires exprimant une volonté qui ne serait par la leur. Ce serait un collège d'ambassadeurs, de négociateurs, plutôt que de législateurs »²⁵²

Marchand se apoya en la miríada de autores contemporáneos que parecen estar abrazando esta idea de unidad de manera simultánea, que tampoco resulta ajena a los políticos de la época, señala, y polemiza al respecto con algunos de ellos²⁵³; la Europa unida que defiende él actuará tan sólo de forma confederada en el plano exterior, y no podrá intervenir en los Estados más que en casos muy concretos: “L’union de l’Europe ne peut nuire ni à la liberté, ni au progrès”²⁵⁴.

Finalmente, critica la política actual del gobierno francés, errática y que poco ayuda a conseguir este objetivo de “tirer l’Europe du provisoire ruineux dans lequel elle se traîne toujours”; apunta que Francia debe dar la señal de salida y marcar el rumbo, una vez más, para lo que propone éste su “Projet de Traité de Confédération entre les puissances” desarrollado al final de la obra y compuesto por 142 artículos; semejante tratado se halla concebido para las cinco potencias principales, y desarrolla al detalle

²⁵¹ Alejandría aparece como una ciudad neutral, que acogió ya a Alejandro, Cesar y Napoleón, constituye una metrópolis de la civilización y es de por sí una ciudad europea, destaca, ajena a Egipto que tiene su capital en El Cairo (frente a Roma y Constantinopla, que significarían competir con el poder del Papa o arrebatarle la capital a Turquía).

²⁵² Marchand, 1842, p. 258.

²⁵³ Recoge así una cita, de la que no cita la fuente pero que le parece representar el pensamiento unánime de los grandes escritores contemporáneos, reforzado además por los acontecimientos del momento: “On dirait que l’Europe voudrait graviter vers une sorte d’unité qui n’exclurait pas le maintien intégral des nationalités et l’indépendance individuelle des peuples dans leur régime intérieur”. Pero polemiza en cambio con Michel Chevalier, quien, a juicio de Marchand, retarda la solución del problema: “quand on part de donnés tout-à fait étrangères à la question, est-il étonnant que l’on fasse fausse route?” (p. 309).

²⁵⁴ Por eso tampoco pretende que finalmente los gobiernos sean todos iguales, puesto que “Il est impossible de savoir maintenant ce que la société deviendra un jour, ou plutôt il est facile de reconnaître que nos formes constitutionnelles, par exemple, auxquelles nous attachons avec raison tant d’importance, ne sont que des formes transitoires de la société en travail d’enfantement de la science sociale” (Marchand, 1842, pp. 318-319, y 321-322, tras citar a Tocqueville, y mantener pese a todo que no cree, como dicen algunos, que las repúblicas vayan a sustituir a las monarquías).

todo lo expuesto anteriormente; pero en ningún caso se trata de una constitución, sino que es un tratado de alianza, tal y como él mismo se refiere a él, un “texto diplomático” para una alianza sólida y durable en aras del mantenimiento de la paz, basada en el respeto de todos los derechos y de todos los intereses legítimos de cada nación. Así, en su Declaración inicial, las potencias reconocen que:

« Pour arriver à ce but, elles ont reconnu que quatre choses étaient surtout nécessaires, savoir: 1- le rétablissement de toutes les nationalités; 2- le respect des droits des souverains et des populations; 3- l’abandon du droit de nature entre les nations, au moyen d’un droit positif international interprété par un pouvoir coactif; 4- enfin, l’adoption de toutes les mesures qui pourront faire avancer la civilisation, s’opposer à la barbarie, et surtout faire cesser, autant que possible, ce terrible droit de la guerre qui a causé tant de ravages dans l’univers »²⁵⁵

Un año más tarde, en 1843, se publicaba una novela que pasaría desapercibida, *Le Hachych*, pero que por su capacidad anticipativa se vería reeditada no obstante en 1848, bajo el subtítulo de “*Révolution politique et sociale de 1848 prédite en 1843*”. Su autor, el médico Claude François Lallemand, miembro de la Academia de Ciencias y amigo y familiar de Pierre Leroux —de cuyo pensamiento se convirtió él en vulgarizador—, pronosticaba en esta pequeña obra de ficción, encuadrada dentro del género de las ucronías, una unión política europea liderada por la reunión de Francia y Alemania²⁵⁶; el viajero que la protagoniza se encontraba en su viaje al futuro de un siglo después (1943 no iba a ser sin embargo una buena fecha para este tipo de sueños) con una Europa federada formada por naciones solidarias entre sí, presidida por un Congreso general de la Federación Europea y con una bandera común que representa bien las aspiraciones de estos años:

« Cette fédération européenne a un drapeau: arc-en-ciel sur fond blanc. Le blanc résulte de la fusion de toutes les couleurs. Ce fond blanc représente donc exactement le gouvernement central, expression de la volonté générale, et réunion de tous les intérêts commun à tous les états fédérés. L’arc-en-ciel est un autre emblème d’alliance et de paix, dans lequel chaque couleur fondamentale se mêle à sa voisine sans pourtant s’y confondre, ni y perdre entièrement ses caractères primitifs, de même que l’administration de chaque état, de chaque province, de

²⁵⁵ Marchand, 1842, pp. 339-340.

²⁵⁶ En verdad su proyecto europeo se concreta, como primera fase de la asociación, en la “Ibergallitalie”, federación de las naciones latinas.

chaque commune, reste parfaitement distincte en ce qui concerne ses intérêts spéciaux sans compromettre ceux des autres »²⁵⁷

En 1846, cerca ya de la revolución de Febrero, Louis Juvigny²⁵⁸ publicaba un opúsculo de una cincuentena de páginas titulado *De l'unité européenne*, que se abre con dos citas, tanto de Napoleón como de Joseph de Maistre, conciliando ambas posiciones: desde la premonición del Emperador de que, en cuarenta años, Europa sería republicana o cosaca, o su intención declarada de organizar “un grand système fédératif européen” (en el *Acta Adicional*) al vaticinio contrarrevolucionario: “tout annonce que nous marchons vers une grande unité que nous devons saluer de loin”.

La amenaza rusa persiste en este 1846, así como la idea de que sólo mediante la victoria pacífica de los principios de la Revolución francesa se podrá salvar la civilización occidental, tal y como defiende Juvigny. El autor reconoce igualmente, en diversos pasajes, vivir un momento de cambio²⁵⁹, donde sólo esa nueva idea-principio podrá salvar a la sociedad, transformándola, y cuyos frutos finales serán la paz, la unión y la seguridad, al reunir a todos los pueblos y todas las razas bajo la sombra protectora de una civilización común. Los principios revolucionarios constituyen la querella fundamental de estos días, afirma, han sustituido a los conflictos territoriales o dinásticos y en Europa ya no hay más que una guerra de principios, en la que Francia representa esas ideas liberales, que han conquistado otros países no por las armas, sino por las ideas, mientras que Rusia representa el pasado –y es el enemigo común²⁶⁰.

Juvigny insiste en la existencia de una misma civilización común, que es igual en todas partes y cuenta con el mismo origen, tendiendo así a los mismos resultados (semejanza que sin embargo se detiene al llegar a las fronteras rusas), y los pueblos europeos, por tanto, en tanto que herederos de las conquistas de la civilización, poseen la conciencia de su fuerza y sus derechos; “L’Europe est comme une grande nation”,

²⁵⁷ Lallemand, 1843, pp. 149-150.

²⁵⁸ De “publicista alsaciano escasamente conocido” lo califican las referencias biográficas. Louis de Juvigny, hijo de un ingeniero y secretario de Lamartine de 1848 a 1849, fue autor de otras obras acerca de cuestiones europeas: *L’Occident en Orient, considérations sur la mission politique de l’Europe*, 1860, o *La question européenne*, 1863 (cit. en Prévost y D’Amat, 1993, T. 18, p. 1062).

²⁵⁹ “Comme on l’entend dire souvent, nous sommes arrivés à une époque de transition”; “nous disons tous que nous sommes à une époque de transition”, etc.

²⁶⁰ La acción de Rusia, no obstante, puede resultar beneficiosa como motor que impulse la reunión de los pueblos europeos, señala: « Cet Empire formidable, placé entre l’Europe et l’Asie, pût menacer d’une terreur salutaire les peuples de l’Europe, afin de les forcer à rajeunir leur civilisation vieillie, et à fonder l’unité européenne en réunissant leurs forces contre un ennemi commun » (Juvigny, 1846, p. 11).

repite evocando esta idea ya clásica; pero, al igual que la ciudad romana, se halla actualmente paralizada por una lucha intestina entre los patricios que detentan el poder y aquellos plebeyos que aspiran a participar de él; y así es cómo Juvigny entiende y aplica los principios políticos revolucionarios y las nuevas ideas sociales a su concepción de una Europa unida: sólo la fusión de las clases hará posible la alianza de los pueblos, puesto que la Unidad social no es otra cosa que la aplicación de los principios del ochenta y nueve, y la fraternidad civil, corolario político de la fraternidad religiosa, será la única que pueda salvar a Europa. El futuro pertenece por igual a los principios de libertad, aportados por los bárbaros, como al principio de igualdad aportado por el cristianismo, y así es cómo la historia moderna prepara lentamente su triunfo final, aunados en el principio de fraternidad (los principios de 1789 no serían pues más que una aplicación del cristianismo a la política).

La civilización occidental, por su parte, que como toda civilización tiende a transformarse siempre en algo mejor, se precipita hacia su final, anuncia Juvigny. Y el objetivo final de toda civilización no es otro que la unidad, unidad religiosa que se alcanzará con el establecimiento de la libertad de conciencia, y unidad política que llegará “par l’essor et l’indépendance de toutes les nationalités: car l’union durable ne peut se faire que dans la liberté et la justice”; la unidad europea de Juvigny, estratégicamente edificada para hacer frente a la amenaza rusa, se asienta sin embargo en la libertad y la igualdad de las naciones como condición previa, y requerirá además de la unidad social, representada por la igualdad de todos ante la ley y la igualdad de derechos políticos.

Esa igualdad social, que despertará el respeto y el reconocimiento de todo el género humano, debe ser llevada a cabo no obstante por la monarquía, nos dice, árbitro entre las diferentes clases y los distintos intereses, elegidos por la Providencia para tomar la iniciativa y guiar a los pueblos en esta vía de unidad como sus pastores que son. Los reyes pueden así conjurar las amenazas que se ciernen sobre el futuro de Europa, uniendo eso sí sus destinos a la *democracia*, tal y como defiende curiosamente el autor²⁶¹.

²⁶¹ Y así podrán decir ese día, tal y como hiciera Napoleón, que son los “reyes-pueblo”, presentándose ésta como la única forma contemporánea de reafirmar aquellos tronos tan cuestionados; porque la autoridad es solidaria de la libertad, pero una autoridad que se erija en representante de la familia humana sólo podrá triunfar si se arroga como misión principal la de proteger la independencia de las nacionalidades, en una libertad que se opone conceptualmente a la violencia y el despotismo y una solidaridad que se presenta como emblema del progreso (Juvigny, 1846, p. 24).

El Santo Imperio romano-germánico constituyó en la Edad Media el signo anunciador de la Unidad moderna, prosigue. Juvigny evoca el concepto de imperio, diciendo de él que es una “palabra mágica” cuyo destino es planear eternamente sobre el mundo; así, Napoleón, que poseía un sentido profundo de la historia, intentó despertarlo, siendo siempre la unidad política de Europa una tendencia constante en la historia de la civilización occidental. Todo intento de monarquía universal ensayado hasta el momento ha resultado sin embargo efímero e imperfecto, porque se apoyaban en la coacción y el despotismo, desde Carlomagno o Carlos V a Napoleón, que chocaron con la libertad atávica de las naciones: “il résulte de là que l’Unité politique ne pourra s’établir d’une manière durable que par le libre concours des nationalités et qu’elle doit se faire par la liberté”²⁶². Y aunque en la actualidad no pervive ninguna institución formal que represente esta unidad (Juvigny no reconoce como tal a la Santa-Alianza, al estar dominada por Rusia, que no forma parte de la civilización europea), ésta llegará en cuanto se alcance a concebir este *imperio* (que no federación, aunque sus presupuestos sean casi idénticos) “como formado por el libre concurso de las naciones, sin serles impuesto, y respondiendo a la necesidad imperiosa de la civilización”: “il faut que les États européens fassent librement, pour sauver la civilisation occidentale, ce que Napoléon avait tenté par le despotisme”²⁶³.

Este imperio que Juvigny anuncia tomará no obstante, matiza después, la forma de una Confederación de potencias centrales europeas. Anteriormente no se trataba más que del equilibrio de Europa, pero a partir de ahora el problema de la diplomacia pasará a ser el equilibrio del mundo entero, profetiza. Frente a las potencias de Inglaterra, Rusia y los Estados Unidos de América, las naciones centrales europeas no podrán asegurarse un futuro digno mientras se mantengan desunidas (ni podrán salvar a Polonia o Constantinopla, añade). ¿Qué rol jugarán en la historia, presionadas por estas tres grandes potencias? Su veredicto es enérgico: “l’existence d’un Empire puissant ou au moins d’une vaste Confédération au centre de l’Europe, est nécessaire à l’équilibre du monde”²⁶⁴. Juvigny lo plantea más concretamente como “una guerra entre dos civilizaciones contrarias”, rusos y franceses disputándose el honor de imprimir su marca en la civilización, así que la unidad se hará necesariamente, ya sea en el sentido de la libertad o en el del despotismo.

²⁶² Juvigny, 1846, p. 27.

²⁶³ Juvigny, 1846, p. 39.

²⁶⁴ Juvigny, 1846, p. 33.

La unidad de civilización comenzó con el pueblo romano, y así persistió como ideal hasta que la Revolución francesa introdujo en la constitución europea el elemento democrático, que trastocó el contenido conceptual del ideal de unidad. En la actualidad se trata de conciliar pues la unidad y la libertad, la unión de los pueblos en libertad como única recetar para salvar la civilización europea, respetando todos los derechos y todas las nacionalidades en una asociación que será equivalente a la paz definitiva: “cette idée est celle de l’époque où nous sommes, et le temps paraissent mûrs pour sa réalisation”. El mundo espera una gran transformación, y vive animado por esta esperanza; la situación actual de Europa no puede durar: éste es el contexto de experiencia y las expectativas que comparten todos estos autores coetáneos, que se expresan una y otra vez de manera tan similar: “alors arrivera cette grande époque entrevue par quelques génies prophétiques et dont l’approche agite toute la terre”²⁶⁵:

« L’époque où nous sommes est une de ces époques de fin et de renouvellement où l’aurore d’un jour nouveau se mêle aux dernières lueurs d’un passé qui s’éteint ; époque de transition, jours douloureux et pleins d’anxiété, jusqu’à ce que les principes nouveaux qui doivent régir l’avenir, aient été nettement définis et acceptés par tous. Mais enfin grâce à Dieu, nous touchons à leur terme, et déjà nous pouvons entrevoir les premières clartés d’un avenir meilleur. Les destinées temporelles du genre humain se dessinent et s’expliquent ; la lumière se fait »²⁶⁶

Curiosa mezcla de principios revolucionarios y moderación monárquica, sólidamente cimentado en los principios de la religión, compara a Napoleón con Moisés, puesto que ambos condujeron a la humanidad a las puertas de un futuro del que sin embargo no pudieron disfrutar; el mundo espera ahora a su nuevo Josué, para que los introduzca en la tierra prometida, que ya no está lejos: esa tierra prometida será la paz y la libertad, la fraternidad de los pueblos y la Unidad de la civilización, la fusión de las clases y las razas, y la abolición de la conquista. Las grandes corrientes de la

²⁶⁵ Juvigny, 1846, p. 44.

²⁶⁶ Juvigny, 1846, p. 46. En este momento solemne en que los destinos de la civilización se mantienen como en suspenso, la pregunta fundamental resulta si Europa volverá a la barbarie o marchará por la vía de la libertad, añade. La misión de la libertad se hace pues más urgente que nunca, e Irlanda, Polonia, Francia, todos los pueblos que han combatido o sufrido por la libertad, se encuentran ya en la primera línea a la espera de este nuevo y gran edificio del que son sus cimientos: “c’est aux persécutés qu’appartient la gloire de l’avenir”. Y específicamente otorga este rol a Alemania, cuando comprenda que las disensiones que la han mantenido largamente enemistada con Francia no tienen en verdad razón de ser entre dos pueblos hermanos, Francia y Alemania: “que les Francs et les Germains s’unissent donc de nouveau et ils tendront la main aux Slaves opprimés, et ils protégeront l’Orient contre la Russie, et l’Unité européenne se fera par la liberté et la justice” (Juvigny, 1846, pp. 60-61).

historia tienden constantemente a la unidad, y así se alcanzará finalmente incluso la unidad con Oriente, donde la tolerancia sustituirá al intento de imponer por la fuerza el dogma de la cruz, porque la conquista de las ideas se impondrá sobre las armas, concluye.

Todos estos libros, opúsculos y folletos de las décadas de 1830 y 1840 que acabamos de repasar constituyen un buen ejemplo de las novedades discursivas que presenta la idea de Europa en esta época, toda vez que entra de lleno en la arena política. La nueva Europa —la Europa de las nacionalidades contemporánea que comenzaba a fraguarse—, nutrida por el resurgir de los principios revolucionarios, el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos o los planteamientos de Herder y otros románticos alemanes relativos a la vida orgánica de los pueblos, venía a oponerse así tanto a la libre disposición de los territorios por parte de los Príncipes como al cosmopolitismo abstracto ilustrado, y en ese sentido, se presenta como una Europa menos coherente y cohesionada de lo que fuera la Europa del Antiguo Régimen, lo que plantea el desafío de una incógnita y sólo verá posible a partir de ahora la unificación en un federalismo que mantenga las particularidades nacionales, fórmula novedosa y todavía contestada.

Y a pesar de los elementos dispares que aparecen en estas propuestas (el enfrentamiento entre los principios revolucionarios y los monárquicos, la salvaguarda de los tronos frente a la nueva condición representativa y democrática, diferentes propuestas institucionales, diferentes marcos territoriales que incluyen o rechazan a Rusia, desplazamientos de la eventual ciudad-capital...), destaca sobre todo lo que de común tienen, y que caracteriza a esta nueva época: la idea de una unidad basada en la libertad e independencia de las naciones sobre la base de una confederación o federación de los pueblos —esos nuevos agentes—, afianzada, frente a todo intento anterior de dominio y monarquía universal, de forma democrática y por la vía de la representación, además de por la cohesión social y el desarrollo económico, que amplían el círculo de lo político. La crítica al gobierno de Julio, la percepción de estar sujetos a un momento histórico “bisagra” frente a los vaticinios del nuevo mundo que se avecina, y en el que, como característica común, Europa se desbordará de sus

fronteras, plantean el nuevo reto para Francia, nación a la que todos estos publicistas exigen una acción de anticipación con vistas a alcanzar la misión (afirmada por los acontecimientos de 1830) que está llamada a cumplir.

4. Extranjeros en París: la *Constitución europea* de Juan Francisco Siñeriz

A partir de 1830 París vuelve a erigirse en centro de referencia político e intelectual de todo el continente²⁶⁷, y a ella acuden tanto jóvenes de provincias como extranjeros (exiliados políticos de sus países tras las revueltas liberales y la consiguiente represión, o simples hombres de letras curiosos y atraídos por la gloria literaria, a la manera del Lucien Chardon balzaquiano), que contribuyeron notablemente a la proliferación de relaciones culturales y a la transferencia internacional de ideas; todos ellos quedan ejemplarizados en la figura de Heinrich Heine, el “cosmopolitismo encarnado” tal y como él mismo se describió²⁶⁸, que desembarca en París, “centro del mundo civilizado y lugar donde nacerá el futuro de la Humanidad”, en la primavera de 1831, teniendo como primer círculo de sociabilidad al grupo sansimoniano y la amistad de Michel Chevalier o Pierre Leroux, de quienes se contagia de sus ideas europeístas.

Otro autor sin duda mucho menos conocido pero igualmente reseñable para el tema que nos ocupa aquí es el del español Juan Francisco Siñeriz, autor en 1839 de la que probablemente sea la primera “Constitución europea” que se reconozca conscientemente como tal. Autor de numerosas obras de vulgarización de Derecho, política o economía, logró la fama gracias a una novela de ficción, *El Quijote del siglo XVIII*, aparecida casi simultáneamente en España y en Francia, y en la que criticaba ardientemente los excesos revolucionarios a través de esta reactualización del personaje cervantino²⁶⁹:

²⁶⁷ “La révolution de juillet 1830 (...) réassigne à Paris sa place au centre du monde moderne” (Werner, 1991, p. 46).

²⁶⁸ A propósito de su participación en el proyecto periodístico *L'Europe littéraire*, cit. en Werner, 1991, p. 48.

²⁶⁹ Su obra más reconocida es efectivamente esta obra de ficción literaria que llevaba por título completo *El Quijote del siglo XVIII, o historia de la vida y hechos, aventuras y fazañas de Mr. Le Grand, héroe filósofo moderno, caballero andante, prevaricador y reformador de todo el género humano. Obra escrita*

“Nuestros venideros se asombrarán cuando sepan que se han estampado en letra de molde tantas proposiciones absurdas en religión, en moral y en política, con las cuales, de revolución en revolución, vamos casi exterminando la especie humana”²⁷⁰

La crítica de las innovadoras doctrinas filosóficas que tanto caló en los lectores de la época seguiría hallando un eco sustancial en su inmediata *Constitución europea* que aquí nos ocupa, y no es despreciable este detalle porque, más allá de esta coincidencia, son escasos los vínculos que el lector puede hallar a primera vista entre la *Constitución* y el resto de la producción literaria de Siñeriz, en la que el proyecto europeísta se presenta como una isla del pensamiento²⁷¹.

Juan Francisco Siñeriz residió en París durante al menos varios años de la efervescente década de 1830, y allí se nutrió de las ideas y los textos que le inspiraron esta temprana *Constitución europea*²⁷², que lleva por título completo *La Constitución europea, con cuya observancia se evitarán las guerras civiles, las nacionales y las revoluciones y con cuya sanción se consolidará una paz permanente en Europa* y fue publicada en 1839 en Madrid. De poco más de una cincuentena de páginas, se compone únicamente de trece artículos que comprenden proposiciones de carácter más bien general, precedidos de un preámbulo donde se hace llamamiento a los Príncipes y Soberanos de toda Europa, y seguidos de un largo apéndice donde se resume lo esencial de su propuesta constitucional en tres grandes principios: una Confederación europea, una Alianza

en beneficio de la humanidad y aplicada al siglo XIX, novela en cuatro tomos que fue publicada en Madrid en 1836, y que conoció numerosas reimpresiones y reediciones (bajo el título posterior de *El Quijote de la Revolución*), además de una traducción al francés, de la pluma de su propio autor (*Le Quichotte du XVIII^e siècle*, publicado en París meses más tarde, en 1837), idioma desde el que después se hicieron directamente sucesivas versiones en otras lenguas. En este *Quijote del siglo XVIII aplicado al siglo XIX* Siñeriz emprendía la ridiculización de los excesos del Siglo de las Luces a través de una parodia del héroe cervantino, advirtiendo contra los peligros que comportaba la lectura de tales *philosophes*. La obra gozó de gran éxito y fue calurosamente acogida tanto en la prensa española como la francesa, probablemente debido más a su oportunidad política que a su calidad literaria, como parece demostrar su efímera fama (para más detalles, ver Basabe, 2005).

²⁷⁰ Siñeriz, 1836, p. 66.

²⁷¹ Precaver de las consecuencias funestas de las revoluciones fue siempre de cualquier modo su preocupación principal, como ya adelantaba en *El amante de la nación española en el siglo XIX*; en su opinión, 1789 introduce el espíritu de sus desgracias y padecimientos en el resto de Europa. Antes había otra paz y otra quietud en Europa, que regresará “cuando seamos todos sumisos y obedientes a nuestros gobiernos y a nuestras leyes” (Siñeriz, 1833, pp. 63-64).

²⁷² Mis propias investigaciones lo sitúan a partir de 1834 residiendo en París y al menos hasta el año de la publicación de la *Constitución*, a pesar de que las notas biográficas consultadas en el transcurso de este trabajo no hagan nunca mención al respecto (Suárez, 1936, y Gil Novales, 1991, que saca a su vez su información del autor precedente). Lo cierto, en cualquier caso, es que sí resulta a todas luces evidente la filiación francesa del espíritu de esta *Constitución*, que queda subrayada por las citas en que se apoya, ancladas en el medio intelectual francés del momento.

militar a escala continental y una Corte suprema de Justicia, subrayando la importancia de la unidad y la prevención de revoluciones futuras.

Al igual que en otros tantos proyectos europeístas que hemos venido viendo, el objetivo principal de la *Constitución* de Siñeriz es la garantía de la paz: y es que la idea contemporánea de Europa se erige una vez más como ideal regulativo para la resolución del conflicto, y alcanza su máxima expresión en los momentos de crisis bélicas y revolucionarias²⁷³. El Preámbulo se lee así como un llamamiento a la erradicación definitiva de la guerra entre los hombres, dirigido primeramente “a todos los Emperadores, Reyes, Príncipes y otras Autoridades Supremas del poder político”; porque a nadie más sino a ellos, jueces y parte responsable de la felicidad de los pueblos, corresponde la consecución de la paz y del bienestar de los hombres. Siñeriz reconoce que el orden social, infectado de pasiones que acarrearán las mayores desgracias y la desolación de la especie humana, está lejos de ser perfecto, pese a lo cual no pretende trastocarlo, sino que trata de hallar en lo ya existente el medio de desterrar la guerra para siempre. Y el autor cree efectivamente haber encontrado este medio en el Derecho y la Justicia: sometido a la Ley todo motivo, razón o causa de guerra, la paz triunfará necesariamente:

“Tronos y gabinetes del continente europeo: ¿Queréis afianzar vuestra existencia consolidando una paz permanente en la Europa? Estableced una alianza y un código fundamental para todo el continente, sobre las bases que os propongo u otras equivalentes, y seréis invencibles”²⁷⁴

El orden social, advierte, es un “edificio mal construido, y que amenaza ruina”: el derecho a la propiedad que siembra entre los hombres la envidia y la rivalidad, la alienación de los derechos naturales del hombre que promueve la injusticia por doquier, son los responsables de todas las desgracias, y mientras no haya un Tribunal capaz de evitarlas, la violación de tales derechos continuará desencadenando guerras y revoluciones sangrantes. Y sin embargo no pretende con su obra invertir el orden de

²⁷³ Pagden, 2002, p. 7: “The initial and prime objective of ‘Europe’ as a political (and economic) conception is to ensure peace. (...) The concern to create a Europe that would no longer be prey to internal conflict has been the foundation of many postwar foreign policy objectives”. Del mismo modo Renouvin apunta que “les projets sont plus nombreux aux heures troubles, lorsque l’Europe est lasse ou inquiète (Renouvin, 1949, p. 4).

²⁷⁴ Siñeriz, 1839, p. xiv-xv. No es por lo tanto únicamente en razón de la prosperidad de todas las naciones y la felicidad de sus habitantes que Siñeriz anhela la paz, sino que su búsqueda persigue lograr también mediante el cálculo político la seguridad y el interés de los monarcas amenazados (aunque concluye su Preámbulo, desde la filantropía, firmando pomposamente como “*el amante de la Humanidad*”).

las sociedades bajo el equivocado principio en que se hayan establecidas, en el convencimiento de que esto sólo acarrearía males mayores: “Mas este derecho de propiedad se haya ya perpetuado en todas las sociedades constituidas (...), no puede ya abolirse sin caer en otros tan graves...”²⁷⁵. A ojos de Siñeriz poco importa que la forma de gobierno sea ya monárquica, ya democrática o mixta, si las naciones persisten en destruirse entre ellas. Siñeriz se muestra alerta a los acontecimientos de su tiempo que interpreta como convulsos y amenazadores, especialmente por la expansión del ejemplo francés²⁷⁶, y trata de conjurarlos mediante los preceptos de este Código que deberá regir en todo el continente y que incluye la eventual necesidad de una alianza militar: “Si tal vez alguna potencia faltase a la observancia, uníos todas las demás, hasta obligarla a la obediencia de vuestro pacto continental”²⁷⁷, idea que retoma en el segundo de sus artículos, donde establece esta vez de manera explícita la formación de una “alianza ofensiva y defensiva contra toda potencia interior o exterior que osase declarar la guerra a cualquiera de las naciones de esta confederación”²⁷⁸, Confederación continental declarada a su vez en el primer artículo por los autores del poder político, “cualquiera que sea su denominación”:

“Art. 1º: los Emperadores, Reyes, Príncipes, soberanos y demás autores del supremo poder europeo, cualquiera que sea su denominación, se declaran pertenecientes a la confederación continental establecida por los mismos para consolidar una sólida y constante paz en la Europa”²⁷⁹

En cuanto al resto del articulado de este texto constitucional, se centra fundamentalmente en torno a la institución del *Tribunal Supremo Europeo*, cuyos

²⁷⁵ Siñeriz, 1839, p. 40.

²⁷⁶ Por lo que respecta a la situación española, inmersa en pleno periodo progresista tras la proclamación de la Constitución de 1837 y minada por la primera de las guerras carlistas, apunta: “Que la España se destruya, se despedace y aniquile, todo os ha sido indiferente hasta hoy. Muy bien. Los elementos convulsivos que se agitan y conmueven al presente en todos los ángulos de la península, ya volverán a montar al Peryneo [*sic.*] para fijarse en el punto o puntos de la Europa que mejor les prepare el teatro de su representación” (Siñeriz, 1839, p. 11). A pesar de que el texto se dirige inicialmente a los reyes y soberanos de toda Europa, y que el medio intelectual del que se nutre tal y como veremos es palmariamente de origen francés, la preocupación primera de Siñeriz se centra en los sucesos de su país natal, aunque se trata en cualquier caso de una lucha cuyos aires revueltos son comunes a las circunstancias de otras muchas naciones europeas y se insertan en el marco superior de la ola revolucionaria continental.

²⁷⁷ Siñeriz, 1839, p. 16.

²⁷⁸ Siñeriz, 1839, p. 18, art. 2.

²⁷⁹ Siñeriz, 1839, p. 17. Formando una alianza militar en cuya virtud quedan desarmados y licenciados todos los ejércitos de Europa, manteniéndose tan sólo tropas urbanas para la conservación del orden interior, y a cuyas fuerzas concurrirán los Estados con el número de tropas que venga a disponer un futuro artículo adicional (arts. 3, 4 y 7).

magistrados serán nombrados “por los tronos y por los pueblos en igual número por una y otra parte”²⁸⁰; recomienda seguidamente el decreto de una ley electoral que venga a fijar el número de magistrados, su modo de elección, así como la organización y duración de su mandato, previendo igualmente una rotación en el sitio de su presidencia, sede que será elegida por sorteo en cada ocasión. Este Tribunal Supremo de Justicia tendrá jurisdicción sobre todo el continente y decidirá, con la “autoridad ilimitada de la que gozan sus jueces”, acerca de las querellas que puedan ocasionarse no sólo entre las naciones, sino también en relación con las diferencias que “puedan sobrevenir de los tronos respecto de los pueblos, y de los pueblos respecto de los tronos”²⁸¹, con lo que las causas de guerra civil caerían igualmente bajo la jurisdicción de su arbitraje²⁸², mientras que la potencia o nación que no se atuviere a las sentencias del Tribunal pasaría a ser considerada por su parte nación rebelde que hubiera declarado la guerra a las restantes naciones, las cuales se unirían para obligarla a la obediencia del pacto constitucional.

A lo largo de todo el articulado constatamos que el texto se presenta a veces como una simple proposición o base para una Constitución, mediante recomendaciones generales de cara al futuro y a través de llamamientos a leyes o artículos adicionales ulteriores que vengan a desarrollar lo dispuesto en el proyecto constitucional, mientras que en otras ocasiones se expresa en el sentido de un verdadero Código constituido, que pretende ir de forma consciente más allá de otras propuestas de alianzas, mediante tratados diplomáticos, expuestos aquí con anterioridad²⁸³. A pesar de su llamativa novedad y de las notas de color que añaden su denuncia de la propiedad privada como origen de todos los males o el reconocimiento de los pueblos como sujeto de derecho internacional, el pensamiento de Siñeriz y Trelles y el texto en sí mismo no escapan a

²⁸⁰ Siñeriz, 1839, p. 20, art. 8.

²⁸¹ Siñeriz, 1839, pp. 18 y 21, arts. 5 y 11.

²⁸² “Art. 12º: Queda por consignar sujeto a este supremo tribunal todo motivo, razón o causa para la guerra civil de un estado, y todas las naciones del continente obligadas a llevar a debido efecto la decisión o sentencia que sobre ello haya recaído” (p. 21).

²⁸³ Así la *Constitución europea* de Siñeriz puede recordar al *Nuevo proyecto de tratado de paz perpetua* de Marchand: desde puntos de vista conservadores ambos, que no cuestionan el *statuto quo*, proponen una suerte de alianza europea en defensa de los tronos amenazados, que exponen, tras una extensa introducción -que en verdad se convierte en el total del libro-, organizado en un texto articulado. Y si el de Marchand presenta sin duda mucho más detalle (142 artículos frente a los 13 de Siñeriz), y las formas institucionales proyectadas son altamente similares, no hemos de olvidar que el texto de Siñeriz se adelanta tres años al del francés, y se pretende además como un código verdaderamente constitucional, frente al mero “tratado de alianza” de Marchand.

los límites del conservadurismo²⁸⁴, como viene a recordarnos precisamente el último artículo de esta sucinta Constitución:

“Art. 13º: El proyecto de ley indicado en los artículos precedentes se entiende con la conservación de los derechos adquiridos por los tronos y por las naciones europeos”²⁸⁵

Tocado del espíritu más moderado del periodo fernandino y la Restauración europea, comprobamos efectivamente que la *Constitución* de Siñeriz no cuestiona los poderes constituidos, a pesar de las solapadas críticas al orden social anteriormente mencionadas que interpreta en el sentido de un mal inevitable y en todo caso menor, con lo que el proyecto se queda en la presentación de un programa mucho menos “moderno” y de alcance más limitado, desde nuestro punto de vista contemporáneo, que otros proyectos europeos mayores que le preceden, desde Kant y su fórmula de una República representativa basada en el Derecho, caracterizada por la libertad de los individuos en sociedad, la igualdad entre todos los ciudadanos y el sometimiento a una única legislación común, bases que propiciarían esa paz buscada (“en la constitución republicana no puede por menos de ser necesario el consentimiento de los ciudadanos para declarar la guerra”²⁸⁶), porque la erradicación de la guerra parece ser algo más complejo de lo que se le antoja a Siñeriz. La *Constitución Europea* de Siñeriz resulta igualmente menos “avanzada” que la obra del conde de Saint-Simon *De la réorganisation de la société européenne*, en la que la “conversión” al sistema de gobierno parlamentario aparecía como condición primera para lograr la adhesión a la organización europea y a su gran Parlamento General, tal y como vimos en el segundo capítulo.

El periodo de guerras revolucionarias había hecho comprender de manera definitiva que la paz y la unidad no serían efectivamente posibles si no se plasmaban en

²⁸⁴ De “hiperconservador, antirrevolucionario y católico a machamartillo”, además de “muy retórico” lo ha llegado a catalogar la prensa reciente aunque éste constituya un juicio probablemente demasiado severo formado desde una óptica actual. “Es interesante destacar la naturaleza conservadora del pensamiento de Siñeriz porque en algunas reseñas y comentarios recientes ha sido presentado como una especie de precursor de ciertas posturas políticas actuales, de carácter progresista. La verdad es que aunque algunas propuestas de Siñeriz converjan -a veces muy sorprendentemente- con ideas actuales, los puntos de partida, los principios y las mecánicas de razonamiento son muy distintos, incluso radicalmente opuestos”, comienza apuntando el artículo de Neira aparecido en el diario “La Nueva España”. Celestino Del Arenal no duda igualmente en calificar el proyecto de “solución conservadora” (1981, p. 70), y entiende la convergencia del conservadurismo del autor con ciertos atisbos reformistas como una contradicción en su construcción teórica.

²⁸⁵ Siñeriz, 1839, p. 22, art. 13.

²⁸⁶ Kant, 1996, p. 223.

la forma más concreta de un proyecto político —y acaso jurídico—, y de ese modo la idea de Europa pasa a convertirse en el siglo XIX, más de lo que lo fuera nunca antes, en un concepto político, tal y como venimos defendiendo en estas páginas. Por el contrario, se percibe aquí que la *Constitución Europea* de Siñeriz permanece todavía anclada en un discurso profundamente deudor de la tradición más clásica de la Ilustración prerrevolucionaria previa a estas contemporáneas formulaciones político-constitucionales, aquella del cosmopolitismo abstracto, las alianzas continentales y las “pazes perpetuas”, que efectivamente parecen haber “resucitado” en torno a 1840. A pesar de sus reservas manifiestamente antirrevolucionarias, buena parte de la ideología de las Luces pervive así en la terminología del siglo XIX y en el propio discurso de Siñeriz²⁸⁷.

Siñeriz se inscribe igualmente en esta corriente ilustrada de la que reniega cuando se hace eco y utiliza la expresión de “*paṡ perpetua*” (“ved aquí las bases de un código continental para cimentar una *paṡ perpetua* en la Europa”)²⁸⁸ que le alinea entre los herederos directos del abad Saint-Pierre, tal y como sugiere la reseña aparecida en la *Gaceta de Madrid*²⁸⁹, un *Projet pour rendre la paix perpetuelle en Europe* (1713) del que probablemente tuviera conocimiento Siñeriz a través de sus trabajos de traducción de Voltaire²⁹⁰. Ecos volterianos que volvemos a encontrar por otra parte a lo largo de su discurso sobre la paz y los desastres de la guerra²⁹¹, mensaje ampliamente extendido entre los publicistas desde el siglo XVIII y que la citada nota aparecida en la *Gaceta de*

²⁸⁷ “¿Será posible, repito, que no se ha de poner un término al torrente de sangre humana que ha corrido y amaga correr por nuestro ilustrado continente? (...) ¡Oh mal aventurado orden social! ¡Oh miserables ilustrados europeos!” (Siñeriz, 1839, p. 14). Sólo que, en su opinión, la “verdadera ilustración”, a diferencia de aquella que era blanco de su saña crítica en *El Quijote del siglo XIX*, es algo bien distinto: “...y evitaréis de esta suerte las guerras desoladoras que os aniquilan, y que son ciertamente bien impropias de la verdadera ilustración”.

²⁸⁸ Siñeriz, 1839, p. 22.

²⁸⁹ “¿Pero será realizable este proyecto, dirán muchos, o deberá reputarse como uno de aquellos sueños apreciables de un buen corazón, de un ciudadano amante de la felicidad de su nación y del mundo todo? ¿Podrá tener más efecto que la Atlántida de Bacon, la Eutopía del canciller Tomás Moro, y el proyecto de paz universal del buen abate Saint Pierre?” (*Gaceta de Madrid*, 15 de marzo 1839).

²⁹⁰ Siñeriz, *Originalísimo e ingeniosísimo discurso de Voltaire, traducido al español y aumentado con notas*, 1834.

²⁹¹ Así apunta que, con una paz permanente, “disminuirán los impuestos, subirán las fortunas, subirán los brazos de la agricultura, las artes y el comercio, subirá la población, mejorarán las costumbres, reinará la justicia” (Siñeriz, 1839, p. 35), afirmaciones que recuerdan al art. “Guerre” del *Dictionnaire Philosophique* de Voltaire (Voltaire, 1874, p. 670).

Madrid con motivo de la publicación de la *Constitución Europea* no duda tampoco en recoger²⁹².

La obra de Siñeriz se muestra, en definitiva, igualmente fiel al discurso ilustrado cuando se explaya acerca de la civilización: “el nuestro es sin disputa el más reducido de los cuatro [continentes] en que se halla dividido nuestro globo. No obstante, él ha llegado a dar la ley por su superioridad ilustrada en una gran parte de Asia, en algunas de África y en casi toda la América”²⁹³, descripción de Europa que remite nuevamente al artículo de Jaucourt que *L’Encyclopédie* dedica a Europa²⁹⁴. O del mismo modo cuando discurre acerca de América, de la que recela en tanto que gran potencia emergente, a la cual sólo una Europa unida podrá hacer frente, del mismo modo que defendía Juvigny. Porque la unidad, por cuya falta pereció el Imperio Romano, “la *unidad*, afirmada en la justicia y en las leyes es el único medio de afianzar la paz entre los hombres”²⁹⁵.

Y a pesar de haberse desvelado como gran deudor del pensamiento filosófico del siglo XVIII, Siñeriz se explaya de manera acalorada contra esta “*doctrina criminal*”²⁹⁶ que, difundida por “el escandaloso abuso que se ha hecho de la imprenta”, busca, con sus conspiraciones, revoluciones y trastornos, reducir a cenizas todo el edificio social. Siñeriz diserta extensamente en su “Apéndice” acerca de las consecuencias funestas del 4 de agosto de 1789, los excesos de la Revolución Francesa y todos los horrores cometidos en nombre de “los derechos sagrados del hombre y del ciudadano”. Y es con el fin de que todos esos trágicos sucesos no vuelvan a tener lugar jamás, que Siñeriz propone precisamente esta *Constitución*.

¿Quiénes son entonces sus acreedores principales, de los que Siñeriz reconoce haberse inspirado directamente? Juan Francisco Siñeriz añade a ese respecto un curioso

²⁹² “Penetrado [Siñeriz] de que el origen de los males sociales suele ser la ambición de los gobernantes, y particularmente del de la guerra, se dirige a ellos respetuosamente para probarles que según el curso invariable y que jamás falla de los sucesos naturales, los efectos de la destrucción de los pueblos engendran al cabo una reacción sobre ellos mismos, y conmueven los solios que reputan incontestables. Cualquiera que sea el Gobierno que hayan adoptado para regir, ninguna alteración les propone sino el de constitucionalizarse en un solo punto, que es el de no derramar por capricho u ambición la sangre humana, y dejar al arbitrio de un Senado, que pudiera llamarse el *Senado de la humanidad*, la decisión de si es justo o no una guerra en la que se crean empeñados” (*Gaceta de Madrid*, 15 de marzo 1839).

²⁹³ Siñeriz, 1839, p. 30.

²⁹⁴ Jaucourt, 1967, v.6, p. 212 : “il importe peu que l’Europe soit la plus petite des quatre parties du monde par l’étendue de son terrain, puisqu’elle est la plus considérable de toutes par son commerce, par la navigation, par la fertilité, par les lumières & l’industrie des peuples, par la connoissance des Arts, des Sciences, des Métiers & (...) par le Christianisme...”.

²⁹⁵ Siñeriz, 1839, p. 40.

²⁹⁶ Siñeriz, 1839, p. 25.

párrafo con el nombre de un buen número de contemporáneos, todos ellos franceses, que vienen a reforzar así su proyecto:

“No despreciéis absolutamente las predicciones que vemos ya publicadas por Mr. De Chateaubriand, Mr. El abate de La-Mennais, Mr. De Richelot, Mr. Bonninr [sic], la Revista del Progreso Social y otros varios”²⁹⁷

Y se da el curioso caso de que todas estas citas se resumen de hecho, como *mises en abîme* en un juego de espejos o de muñecas rusas, a únicamente dos textos, publicados ambos en París en la primera mitad del año 1834: se trata « De l’avenir du Monde, selon M. de Chateaubriand », artículo firmado por Hippolyte Richelot y aparecido en la *Revue du Progrès Social*²⁹⁸, y *Réfutation de l’Avenir, selon Lamennais et Chateaubriand*, pequeño panfleto de treinta páginas escrito por J.C.B. Bonnin (autor en 1815 de *De la Révolution européenne*, del que hablábamos en el primer capítulo de este trabajo). El hecho de que los cite como fuentes (se trata de los únicos nombres propios que aparecen citados en la *Constitución Europea*) resalta hasta qué punto el estudio de panfletos y textos menores puede resultar pertinente y significativo como instrumento heurístico: es más que probable que Siñeriz no llegara a leer las obras principales de Chateaubriand (« L’avenir du monde », una de las últimas partes de sus *Memorias de ultratumba* aparecido inicialmente en la *Revue des deux Mondes*) o Lamennais (*Paroles d’un croyant*) de las que todo el mundo parecía hablar en el medio intelectual francés del primer semestre de 1834, y que él no habría conocido por el contrario más que a través de estos otros pequeños artículos, que sin embargo parecen bastarle para nutrir de ideas nuevas su *Constitución Europea*, siendo ella misma uno de esos textos pertenecientes a la llamada literatura marginal que, de manera imprevista y por azarosas contingencias históricas, pueden ver visto renovado su interés a la luz del presente.

Lamennais profetizaba en su obra el advenimiento del reino de Dios, momento culminante de la emancipación de la raza humana (“mientras que los reyes vuelven a la caverna como serpientes”²⁹⁹), en el que los hombres pasarán a verse entre ellos como hermanos, y no enemigos:

²⁹⁷ Siñeriz, 1839, p. 34. La reciente edición de 2005 a cargo de la Junta del Principado de Asturias corrige “Bonninr” por “Bonniu”, pero tampoco éste es el nombre exacto del autor referido, J.C.B. Bonnin.

²⁹⁸ *Revue du Progrès Social*, junio 1834. En el mismo número escribe también Charles Lemonnier otro artículo acerca del mismo asunto, titulado “Présent et Avenir”, que después publicaría como libro independiente.

²⁹⁹ Lamennais, 1860, p. 11.

« Aimez-vous les uns les autres, et vous ne craindrez ni les grands, ni les princes, ni les rois. Ils ne sont forts contre vous que parce que vous ne vous aimez point comme des frères les uns les autres. Ne dites point : celui-là est d'un peuple, et moi je suis d'un autre peuple. Car tous les peuples ont eu sur la terre le même père, qui est Adam, et ont dans le ciel le même père qui est Dieu. (...) vous êtes tous un même corps : on ne peut opprimer l'un de vous, que tous ne soient opprimés »³⁰⁰

Chateaubriand por su parte también cree hallar en la idea cristiana la clave acerca del porvenir del mundo, con la internacionalización y la democratización que ésta entrañará, a pesar de que estos dos últimos aspectos son evocados en su *L'avenir du monde* con melancolía y cierto disgusto. Se aventura en todo caso a predecir el inevitable advenimiento de la democracia en Europa, desde el momento en que las naciones europeas creen haber alcanzado su mayoría de edad y no necesitar más de tutores:

« L'Europe court à la démocratie. La France est-elle autre chose qu'une république entravée d'un directeur ? (...) La France et l'Angleterre comme deux énormes béliers frappent à coups redoublés les remparts croulants de l'ancienne société (...). Le monde comme on le mène va à la république »³⁰¹

El vapor, el telégrafo y los ferrocarriles ayudarán, desde su perspectiva, a borrar las distancias con lo que, no solamente las mercancías, sino también las ideas viajarán de una punta a otra del globo. Y una vez abolida toda frontera geográfica, tampoco las barreras sociales sobrevivirán mucho tiempo. Chateaubriand anuncia igualmente la nivelación de las fortunas, la emancipación de la mujer y el éxito del individualismo, aunque confiesa ignorar los medios por los que estos cambios tendrán lugar. Prevé asimismo el ensanchamiento de la especie humana, aunque en detrimento del genio particular:

« La folie du moment est d'arriver à l'unité des peuples et de ne faire qu'un seul homme de l'espèce entière, soit ; mais en acquérant des facultés générales, toute une série de sentiments privés ne périra-t-elle pas ? Adieu les douceurs du foyer ; adieu les charmes de la famille : parmi tous ces êtres blancs, jaunes, noirs, réputés vos compatriotes, vous ne pourriez vous jeter au cou d'un frère (...) Quelle serait une société universelle qui n'aurait point de pays particulier, qui ne serait ni française, ni anglaise, ni allemande, ni espagnole, ni portugaise, ni italienne, ni

³⁰⁰ Lamennais, 1860, p. 13.

³⁰¹ Chateaubriand, 1989, v.2, pp. 1007-1008.

chinoise, ni américaine, ou plutôt qui serait à la fois toutes ces sociétés ? Qu'en résulterait-il pour ses mœurs, ses sciences, ses arts, sa poésie ? »³⁰²

Chateaubriand recela, en suma, de una futura sociedad nivelada, individualista, prosaica y petrificada, y los artículos de Richelot y Bonnín vienen a reprocharle al poeta esta incompreensión que muestra hacia el futuro, su oscura visión y su sarcasmo, como si estuviera lanzando sobre la humanidad renovada una suerte de maldición: « Le vieux athlète du christianisme ajoute que, s'il s'en va, nous serons pétrifiés comme les Chinois »³⁰³. Richelot por su parte contesta a este “profeta de la desgracia” que, si los reyes se han visto obligados a abandonar sus tronos se ha debido a su incapacidad para adaptarse a los nuevos tiempos, porque las naciones necesitan ahora de otro tipo de guía³⁰⁴. Richelot se lamenta de que Chateaubriand, habiendo pronunciado una palabra de esperanza al anunciar el engrandecimiento de la especie humana, se retracte inmediatamente después; porque ciertamente, Chateaubriand parece interpretar el fin del Antiguo Régimen como el fin de la civilización, *tout court*: « Tu vois des doctrines républicaines d'une désolante sécheresse qui ont un certain crédit, et tu crois que c'est là la dernière page du livre de l'humanité... »³⁰⁵. Bonnín, en su caso, que considera tanto a Chateaubriand como a Lamennais escritores de partido, contrarrevolucionarios, religiosos y monárquicos, censura del mismo modo estas “lamentaciones proféticas” que interpreta como “la confesión forzada de un hecho que les repugna”³⁰⁶. Bonnín centra sus previsiones para el futuro en la extinción de la monarquía y la religión, en la que insiste con vehemencia: el futuro es en su opinión la libertad para los pueblos y la vida republicana y democrática. Ambos autores comparten esta esperanza con respecto al futuro y creen en las leyes positivistas e inexorables de la Historia (« c'est seulement à ceux-là qui savent les faits dans le passé et observer le présent (...), à parler de l'avenir »)³⁰⁷, y en ese sentido reprochan a Lamennais y a Chateaubriand “su ignorancia de las ciencias explicativas del hombre y del universo”³⁰⁸, que interpretan en términos

³⁰² Chateaubriand, 1989, v.2, pp. 1011-1012.

³⁰³ Richelot, 1834, p. 681.

³⁰⁴ Richelot, 1834, p. 679 : « que de chefs dévoués et intelligens doivent marcher en tête de l'armée pacifique des nations ».

³⁰⁵ Richelot, 1834, p. 681.

³⁰⁶ Bonnín, 1834, p. 7. El propio Chateaubriand se hace eco de esa buena relación y ese estado mental que comparte con el clérigo Lamennais en sus *Mémoires*, donde cita pasajes suyos y cuenta haberle visitado durante su presidio tras la revolución de Julio, que él condena vivamente (Chateaubriand, 1989, v. 2, 1017-1019).

³⁰⁷ Bonnín, 1834, p. 29.

³⁰⁸ Bonnín, 1834, p. 22.

de progreso de las fuerzas históricas de la libertad, es decir, de la emancipación de los pueblos y perfeccionamiento del nuevo orden social.

El debate acerca del futuro, hacia el que se proyecta también esta *Constitución*, se había convertido efectivamente en todo un lugar común a lo largo de la década de los años treinta tal y como hemos estado comprobando, y así lo confirma Bonnín en su panfleto: «cette grande question humaine [l'avenir], exclusivement devenue depuis 1830 la préoccupation et le but d'un chacun selon sa portée et sa condition...»³⁰⁹. Términos muy similares son también los que expresa su correligionario Richelot:

« Avenir! Il est peu de bouches aujourd'hui, si habituées qu'elles soient même à prononcer les paroles du passé, qui ne répète ce mot avec espoir comme un mot mystérieux et magique... (...) Chacun place devant soi le fantôme qu'il aime, et il l'appelle l'avenir. (...) Curieux que nous sommes de ce nouveau rivage où le vent nous pousse et dont il semble parfois que les brises nous apportent quelques parfums consolateurs au milieu des ennuis du présent»³¹⁰

Y así lo explicaba Victor Hugo precisamente en una carta aparecida en el primer número de la *Revue du Progrès Social* con la que saludaba el nacimiento del nuevo periódico:

« Depuis long-temps tous les hommes éclairés et intelligens qui ont étudié le passé dans un but d'avenir, ont sur les destinées futures de la société une idée commune qui, éclore et développée à l'heure qu'il est séparément dans chaque cerveau, aboutira quelque jour, prochainement, je l'espère, à une grande œuvre générale. Cette œuvre sera la formation paisible, lente et logique d'un ordre social où les principes nouveaux, dégagés par la révolution française, trouveront enfin leur mode de combinaison avec les principes éternels et primordiaux de toute civilisation »³¹¹

Y es en este contexto cientifista, historicista, de profundos cambios históricos que hacía del futuro no sólo algo predecible sino incluso programable, donde se inscriben estos escritos de pinceladas visionarias de Chateaubriand o Lamennais³¹²: Bonnín les reprochaba al respecto aprovecharse de su fama y de la opinión comúnmente extendida

³⁰⁹ Bonnín, 1834, p. 29.

³¹⁰ Richelot, 1834, p. 677.

³¹¹ Hugo, 1834, pp. 2-3.

³¹² Este último dirigía precisamente el periódico llamado *L'Avenir*, y publicó también *Du Passé et de l'Avenir du Peuple*, donde respondía, igual que haría Chateaubriand en sus Memorias, a estos y otros ataques de las doctrinas igualitaristas.

para de manera oportunista tomar prestadas ideas propias del espíritu de los tiempos que sin embargo ellos no comparten³¹³.

Porque ya hemos visto cómo fueron de hecho primordialmente los sansimonianos quienes en la práctica desarrollaron mayoritariamente toda esta especulación y casi teorización del futuro que, aunque ampliamente extendido, pasó a convertirse en terreno privilegiado si no acotado de estos primeros socialistas, que supieron entrever con brillantez, a pesar de sus utópicas aporías, las grandes oportunidades políticas que entrañaba ese porvenir. Y es precisamente de ese modo en los medios sansimonianos³¹⁴ donde Siñeriz se sumerge para localizar sus ideas a propósito de un futuro concebido en términos de una unión federal, al mismo tiempo que, paradójicamente, no deja de recalcar una vez más su desaprobación hacia la doctrina sansimoniana, que él entiende como peligrosamente “igualitarista”:

“El hombre suspira por esta igualdad inverificable, y le vemos proclamarla de palabra y obra, y también por escrito. ¡Insensatos! (...) Este pretendido sistema de los Sansimonianos, tal vez no llegará a realizarse jamás. Pero si fuese posible su realización, ¿cuántos sacrificios de sangre humana hubiera que hacer en las cuatro partes del mundo? La tierra quedaría casi despoblada antes que sus habitantes se desprendiesen de su adquirida subsistencia”³¹⁵

Siñeriz había pretendido a pesar de todo contribuir también él con su aportación a este debate en torno al porvenir³¹⁶, mediante una *Constitución Europea* en la que se

³¹³ Bonnin, 1834, p. 29: « Que penser de deux écrivains empiriques n'ayant jamais vu le passé et le présent qu'à travers le vieux prisme du christianisme et de la légitimité, et venant parler de l'avenir ? Que penser de deux sophistes seulement d'aujourd'hui empruntant le langage de tous, et descendant sur la place publique pour venir y exploiter l'opinion commune sur le présent, comme marchandise de vogue ? ». Y un sentimiento parecido expresa Richelot: « Il faut être sévère, en effet, toutes les fois qu'un homme [Chateaubriand] abuse de son génie et de sa renommée pour émettre, à tort et à travers, les avis les plus dangereux et les moins raisonnables sur la plus grave des choses graves, l'avenir des sociétés » (1834, p. 676).

³¹⁴ La *Revue du Progrès Social*, dirigida por Jules Lechevalier, constituía un importante órgano de difusión sansimoniano, mientras que Bonnin por su parte también deja entrever sus simpatías por esta ideología, se declara republicano y demócrata, se expresa en términos positivistas y cita a Auguste Comte, alumno en su juventud de Saint-Simon.

³¹⁵ Siñeriz, 1839, pp. 47-48.

³¹⁶ De idéntico sentir que el propio Siñeriz, también Chateaubriand se había pronunciado en su *Essai sur les révolutions* (1797) contra los primeros excesos revolucionarios, que habrían venido a anular para siempre los sueños de paz perpetua y de república universal: “République universelle, fraternité des nations, paix générale, fantôme brillant d'un bonheur durable sur la terre, adieu!” (Chateaubriand, 1908, p. 257). Al mencionar a Chateaubriand y a Lamennais, Siñeriz buscaba seguramente arroparse en una corriente de pensamiento cristiana y moderada que se extendía por todo el continente; el asturiano evoca así la religión en su *Constitución* como cemento ideológico último que aglutine a las gentes de todas las naciones: “si este sagrado código [Evangelio] es el único que puede dar la felicidad a todos los hombres

apela a los Evangelios y desprecia a los sansimonianos a los que sin embargo lee y cita. Y más allá de esta paradoja, lo más significativo y sorprendente resulta que, a pesar de todos esos discursos acerca del porvenir que sostienen los autores, ninguno de ellos menciona en ocasión alguna la posibilidad de una futura Europa unida y regida por una Constitución común. Una buena parte de los sansimonianos compartían desde luego ilusiones semejantes, que expusieron por aquella época tal y cómo hemos venido repasando; pero el caso es que todo este torbellino de pensamiento europeísta no aparece reflejado en los textos que en concreto cita Siñeriz y que aquí acabamos de diseccionar, con lo que el salto que separa tales reflexiones acerca del porvenir allí expuestas del proyecto de una Constitución para Europa resulta de tal magnitud que impide explicar esta obra sobre la base de esas simples lecturas, y engrandece así el mérito personal y la originalidad de la obra de Juan Francisco Siñeriz, a la que la nota ya antes mencionada de la *Gaceta de Madrid* auguraba un grato porvenir:

“No vemos dificultad en que la pequeña obra, en su volumen, del Sr. Siñeriz llegue traducida en los idiomas europeos a todos los gabinetes, excite ideas, despierte recuerdos patrióticos, interese a los Monarcas por su propio bien, y sea como el grano de mostaza, que aunque pequeño en sí, crezca y llegue a ser un árbol a cuya sombra descansen los Reyes y las naciones”³¹⁷

Aunque tales traducciones, tal difusión, nunca tuvieron obviamente lugar, y la obra no alcanzó ni sombra del eco que tuviera su predecesora *El Quijote del siglo XVIII*, por lo que la *Constitución* de Juan Francisco Siñeriz permanece como un caso único y excepcional, un extraño y aislado “precedente”, tanto más cuanto que veía la luz en un país de la “periferia”, periferia no sólo geográfica sino también, por lo que aquí nos concierne, sin una gran tradición de pensamiento europeísta hasta bien entrado el siglo XX³¹⁸. No obstante, así como existe una bibliografía abundante que ha sabido demostrar, desde el pionero *Estudios de historia del pensamiento español (siglo XVIII)* de

(...) [habremos de tener] el mayor interés en la circulación de la doctrina del hijo de Dios, que tanto se eleva sobre todas las demás obras del entendimiento humano” (Siñeriz, 1839, p. 44).

³¹⁷ Tal capacidad de concitar reacciones e influir gobiernos lo justifica este periódico por el cada vez mayor peso de la opinión pública, que expone de este modo rotundo: “Los Monarcas ya no son tan inaccesibles: la desgracia los ha amaestrado: el siglo, cuya fuerza es irresistible, los ha llegado a popularizar; y la prensa es ya, por decirlo así, la verdadera introductora de embajadores, que penetra hasta los más retirados retretes de sus alcázares” (*Gaceta de Madrid*, 15 de marzo 1839).

³¹⁸ “Constituye el único proyecto de paz perpetua, mínimamente elaborado, y publicado, que conocemos en la literatura pacifista española hasta finales del siglo XIX”: Celestino del Arenal cifra precisamente en la “precaria y secundaria posición internacional” que ocupaba la España de entonces, agitada por turbulencias internas, esta pobre aportación española a la doctrina pacifista y europeísta hasta fechas más recientes (Del Arenal, 1981, pp. 68 y 54).

Maravall a la más reciente aportación del profesor Alejandro Diz, *Idea de Europa en la España del siglo XVIII*, que en nuestro país sí existió una verdadera Ilustración que participaba de las preocupaciones y debates generales del continente y que contribuía de hecho a estos de manera significativa, también en el siglo XIX, y a pesar de que un estudio general falta por hacer, encontramos algunas interesantes aportaciones a este debate acerca de la idea de Europa³¹⁹.

La citada nota de prensa que se hacía eco de la publicación de la *Constitución* invocaba en su introducción los nombres principales del linaje de los utopistas, de Bacon a Moro, para arropar al asturiano. Pero a diferencia de otros muchos, destaca en Siñeriz la firme voluntad por salirse del fondo de esa saca de la utopía, a través del anclaje en el Derecho. Aunque Kant ya lo había alentado con su *Paz perpetua*, los proyectos para Europa no empezarán sin embargo a tomar esa forma netamente jurídica hasta el último cuarto de siglo, de la pluma de autores de la escuela jurídica internacionalista alemana como Lorimer o Blüntschi³²⁰, a los que Siñeriz se habría adelantado entonces medio siglo³²¹. Ciertamente, es probable que el acierto principal de la obra de Siñeriz (que se limita a desarrollar unas ideas por lo demás, ya lo hemos visto, que flotaban en el ambiente) resida en esa forma jurídica que le da a su obra, la creación de un cuerpo articulado, la temprana y clarividente inclusión de lo que más tarde sería la

³¹⁹ Tales contribuciones se dan principalmente, es cierto, en torno al último cuarto de siglo, en el seno del republicanismo de corte federalista (“el deseo de apertura a Europa fue, sin duda, uno de los signos característicos de la actitud política española entre 1867 y 1874” (López Cordon, 1973, p. 91) cuyo iberismo se hace eco, aunque algo tardíamente, de la consigna cuarentayochista de los “*États-Unis d’Europe*” introducida ya por Fernando Garrido (Orobon, 2000, p. 184), así como en el contexto de la crisis del ’98, cuando se empieza a concebir la “europeización” en términos de “modernización”. Pero también en la primera mitad del siglo podemos hallar ya algunos ejemplos de este temprano europeísmo en el medio español, que vienen a salvar a Siñeriz de su solipsismo. Y así podíamos ya leer en el periódico *El Censor* de 1821: “En este siglo ilustrado no es tan fácil contaminar los pueblos con los odios religiosos o nacionales. Es un principio de liberalismo el amor universal de los hombres (...). Si es locura, aunque locura propia de un hombre de bien, esperar la época de la *paz perpetua y universal*, no lo es esperar la época en que las guerras sean de corta duración, y en que sus calamidades se reduzcan a la centésima parte. La ilustración, el gusto de las ciencias y las artes, las sociedades sabias (...) han empezado la grande obra de la concordia de los pueblos” (pp. 83-84). Y de este tono mesurado, ilustrado todavía de 1821, vemos pasar en el momento de las revoluciones del cuarenta y ocho, en dos décadas de evolución en las que la *Constitución europea* de Siñeriz sobresaldría como paso equidistante y de transición, al tono ya exaltado y revolucionario de este breve texto aparecido en el *Eco del Comercio* de 1848, donde se clama abiertamente por la “*Confederación europea*” y se insiste en la necesidad de una Constitución que la establezca (*El Eco del Comercio*, 15 de marzo 1848, texto del que nos ocuparemos en el siguiente capítulo).

³²⁰ Renouvin, 1949, pp. 12-13.

³²¹ “La *Constitución Europea* de Siñeriz se adelantó a todos estos, al periódico “*Les États Unis de l’Europe*” de Charles Lemonnier, a la “fraternidad europea” de Victor Hugo, a Comte, Proudhon, (...), a la “*PanEuropa*” de Coudenhove-Kalergi...” (Tomás Ortiz de la Torre, 2005, p. 18).

clásica tríada del constitucionalismo europeísta (*Código, Tribunal y Ejército*) y el título definitivo de *Constitución europea*, que la hace única en su género y sitúa a España, que ya contaba por otra parte con una larga tradición de pensamiento jurídico cosmopolita y de derecho de gentes desde Francisco de Vitoria y la escuela de Salamanca, en la corriente europeísta de la época como miembro de pleno derecho.

Pese a lo cual, no cabe duda y a tenor de todo lo expuesto, de que el pensamiento de Siñeriz resulta ciertamente heterodoxo, contradictorio en más de una ocasión, quizás falto de cierta originalidad y sin aparente trascendencia inmediata alguna, al igual que todos aquellos textos europeístas de sus compañeros de viaje que comentábamos en el apartado anterior; rescatarlos del exotismo de su condición de insularidad y ponerlos en contexto, mostrando así cómo, aun con la novedad que aportan, también se inscriben ostensiblemente en una larga “tradición” que, si no de *continuum*, nos permite al menos hablar de un claro magma ideológico en la época, se presenta pues como una tarea urgente. La historia se escribe a golpe de rupturas más que de continuidades, y frente a la “idolatría de los orígenes” y el afán por buscar equívocos “precursores”³²² que suelen resultar ser en la mayoría de las ocasiones construcciones *a posteriori*, se trata de comprender los hechos en su contexto pero iluminándolos además a la luz del presente, con la intención más que de determinar un “precedente” de establecer unas ciertas *condiciones de posibilidad*, y por qué no, tal vez aportar una herramienta que, aunque algo anticuada, pueda resultar útil también hoy³²³, en la conclusión abortada de un proyecto constitucional que Siñeriz avanzaba con estas palabras de esperanza:

“Será ésta una obra seguramente grandiosa y que admirarán todos los hombres si la sabéis consolidar. Porque dirán: la Europa, la dividida, la sangrienta Europa apuró por fin la ciencia del saber humano. Venció sus pasiones, se sujetó a la ley y consolidó la paz”³²⁴

³²² Tomás Ortiz de la Torre no duda en calificarlo de tal: “Siñeriz, sin duda, es, pues, en justicia, un precursor: el precursor asturiano de la *Constitución Europea* del siglo XXI” (2005, p. 19). Y sin embargo, frente a estas exaltaciones, hemos de precavernos de las trampas del presentismo, que hacen proyectar hacia el pasado realidades presentes, con lo que se desvirtuaría el sentido de una historia que acaba resultando ininteligible.

³²³ Recordemos que en el propio texto de Siñeriz desentrañábamos parte de esta dialéctica entre pasado y futuro, que no le era ajena, porque precisamente se ha señalado –y criticado– en alguna ocasión el hecho de que tal vez una buena parte del fracaso del actual proyecto constitucional europeo se deba justamente a esa ausencia de antecedentes, de textos o elaboraciones previas desde los que los miembros de la Convención, huérfanos, no pudieron partir a la hora de su redacción final (he de agradecer aquí las sugerencias aportadas a este trabajo por el profesor Antonin Cohen, de la Universidad de Picardie).

³²⁴ Siñeriz, 1839, p. 16-17.

V. LAS REVOLUCIONES DE 1848 Y LA REVOLUCIÓN EUROPEA

1. La Primavera de los Pueblos

La fecha de 1848 representa la extraña experiencia de una fácil y universal victoria de las fuerzas revolucionarias y, unos meses después, el rápido y total fracaso de la Revolución en todos los países en los que tuvo lugar.

Muchos autores han subrayado la espontaneidad y lo inesperado de los levantamientos; descrita como *“l'enfant de la force et du hasard”*, o “acontecimiento desproporcionado con su causa”, Talmon concluye: “fueron muchas las voces que antes de 1848 invocaron la revolución con esperanza, amenaza o pánico, sin embargo, ninguno estaba preparado para recibirla”¹. Porque lo cierto es, sin embargo, que en el horizonte general planeaba ya la intensa expectativa de una revolución por venir, “a sense of revolution as a play waiting to be performed”, tal y como lo describe Breuilly². La sensación extendida de que “algo” de enormes proporciones iba a estallar de forma inminente, y que quedó plasmada en el famoso pronóstico de Tocqueville (27 de enero

¹ Talmon, 1960, p. 363.

² Breuilly, 2004, p. 46. Y Von Strandmann apunta incluso a este clima subjetivo previo como causa directa del estallido: “the discussion about a forthcoming revolution was so pervasive that it seems possible to consider it as a direct cause of the revolution” (Von Standmann, 2000, p. 6).

de 1848) pero también de otros muchos, acabó adquiriendo así los visos de una profecía auto-cumplida³.

Y es que la idea de la universalidad de la revolución, finalmente acaecida tan tantas profecías acerca de su carácter inevitable, estaba llamada a ocupar un lugar preferente en la filosofía de la historia de la época, en tanto que vindicación incuestionable de una idea de la historia como desarrollo de un plan universal dotado de lógica determinista; todo el misticismo del discurso revolucionario, la convicción fatalista acerca de su carácter ineluctable, o la grandeza determinista e impersonal que se le atribuía, se nutría además de las grandes Historias de la Revolución francesa publicadas en los años inmediatamente anteriores, posibilitando así a los nuevos acontecimientos su inserción en una lógica de continuidad histórica. Desde una óptica menos filosófica, también se ha apuntado a los acontecimientos de 1848 como el desenlace necesario y directo fruto de la reordenación territorial del Congreso de Viena, oponiéndose a las interpretaciones que niegan razones sustanciales para los levantamientos⁴. “La Revolución de 1848 estaba predeterminada, y sin embargo fue un accidente”, concluye paradójicamente Talmon⁵.

Lo cierto es que en 1848 Europa fue confrontada a una reacción en cadena: desde finales de 1847 hasta el verano de 1849, el proceso se expandió a escala continental y de manera sincrónica, afirmándose la revolución como fenómeno político dominante —a diferencia de 1789, cuando ésta no afectó directamente a todo el continente.

Numerosos países habían experimentado ya un estado de incubación prerrevolucionaria: los acontecimientos de la Galitzia centroeuropea en 1846, Suiza e Italia en 1847 o Palermo en enero de 1848 precedieron a la revolución en Francia y por lo tanto nada deben a esta última; el ejemplo alemán en cambio sí habría estado directamente influenciado por los acontecimientos de febrero, puesto que los levantamientos comenzaron en las regiones renanas para ir progresivamente avanzando

³ “La fuerza arrastró al pueblo de París, no fue éste el que la hizo” (Talmon, 1960, p. 367); “La prophétie sur l’Europe apportant la liberté paraît vérifiée par les révolutions de février et mars 48 » (Aprile, 1998, p. 231).

⁴ Fortis (1977, p. 11) rechaza la idea de que constituyera una sorpresa para nadie, y contesta así a todas aquellas lecturas historiográficas que mantienen que la movilización y la protesta social, tan presente en la década de 1830 en Francia, había amainado a partir de 1840.

⁵ Talmon, 1960, p. 368, quien achaca esa predeterminación al mesianismo político de la época, a la inclinación romántica por dotar a la Revolución de antropomorfismo, etc.

hacia el este hasta alcanzar Berlín. Así, para finales de marzo toda Europa se halla ya más o menos profundamente afectada y sacudida, “de Estocolmo a Sevilla, de Irlanda a los principados del Danubio”⁶.

Y a pesar de que los sucesos suizos⁷ o de Palermo y Nápoles, previos a las jornadas parisinas de febrero, también tuvieron su repercusión en el imaginario europeo⁸, fueron sin embargo los acontecimientos franceses de 1848 los que iban a jugar un papel central en el paisaje revolucionario europeo⁹. La sombra nunca disipada de una nueva revolución francesa y su posible extensión, por medio de la intervención, al resto del continente (esperanza de unos, temor de otros), nubló los horizontes de la acción y las expectativas del resto del continente, marcados por el peso simbólico de las experiencias de 1789 y 1830. En ese contexto interpretativo, los acontecimientos de febrero en París se presentan como clave para la comprensión del devenir posterior del resto de Europa, que nutre su discurso y su experiencia (a través de las numerosas comunidades de exiliados presentes en ese momento en la capital así como por influjo y difusión de sus intelectuales, tal y como veremos) de la experiencia francesa¹⁰. De este modo, lo que acontecía en París se extendía como la pólvora por el resto del continente, no sólo por su carga simbólica y referencial (francofilias y recuerdos de la ocupación francesa de principios de siglo que predisponían a asumir que los acontecimientos en Francia afectaban al resto del continente, como una profecía auto-

⁶ “Les journées de Février ont été –non la cause profonde- mais le facteur déterminante de nombreux troubles, qu’elles ont pour le moins singulièrement précipité une évolution déjà commencée” (Tersen, 1948, p. 7).

⁷ En el debate sobre los acontecimientos suizos, a principios de 1848, Thiers comentó: “Por supuesto, yo no soy radical, pero pertenezco al partido de la Revolución de Europa” (cit. en Talmon, 1960, p.366). Y es que en la Dieta suiza de 1847, en plena guerra civil, Ochsenbein había dirigido ya un “Discurso de la corona de la revolución a toda la vieja Europa”, que iba a actuar como uno de los primeros llamamientos a la movilización generalizada.

⁸ Aprile (1998, pp. 198-200) indica que la historiografía actual coincide en situar en los acontecimientos italianos el inicio de la ola revolucionaria, levantamientos contra las tropas austriacas y las monarquías absolutistas que provocaron que el rey de Nápoles y Sicilia, los mandatarios del Piamonte y la Toscana en incluso el Papa Pio IX otorgaran constituciones liberales a sus pueblos, despertando las esperanzas de otras muchas nacionalidades: “C’est à partir de 1846 que l’Europe des sujets s’unifie dans la souffrance et l’espoir, l’Europe des princes dans la peur” (Sigmann, 1970, p. 16).

⁹ “Dans l’Europe des sujets et des princes d’avant 1848, la France reste l’héritière de 1789 et Paris, la capitale des exilés. Si elle n’est pas à l’origine des révolutions européennes, la France joue certainement un rôle d’accélérateur à l’égard de celles-ci. L’espérance d’une solidarité qui ne soit pas seulement oratoire, d’une nouvelle fraternité européenne anime les révolutionnaires à Londres, à Vienne ou à Rome » (Aprile, 1998, p. 9).

¹⁰ Körner, 2004, p. 8, que también destaca la dependencia del discurso revolucionario francés, por medio de la traducción de los conceptos políticos fundamentales franceses a otros idiomas y otros lenguajes políticos. Y es que, tal y como apunta Tersen, la Europa que lleva a cabo la revolución es la Europa que ha leído a Saint-Simon y Fourier, conoce el pensamiento de Louis Blanc o Proudhon; devora libros como *Le Peuple* de Michelet o *Paroles d’un croyant* de Lamennais y le apasionan las novelas de Eugène Sue (1948, p. 8).

cumplida), sino también por una innegable red de conexiones a escala internacional que proporcionaba París como no podía hacerlo por ejemplo Palermo.

Aunque en circunstancias históricas bien distintas, muchos vieron efectivamente en la revolución de 1848 a la “hija primogénita” del ochenta y nueve¹¹; la República traía aparejado así el inevitable recuerdo de la primera, y bastó para provocar entre las clases dirigentes y propietarias el miedo a la extensión de la ola revolucionaria, y a la eventualidad de una posible organización solidaria obrera (que en la práctica no iría sin embargo más allá del discurso). La mayoría de los gobiernos reaccionaron pues con recelo¹²; Bélgica se sintió especialmente amenazada por la nueva República, así como también los alemanes, que temieron el reinicio de una política de conquistas y anexiones (los estudiantes de Munich firmaron un manifiesto el 3 de marzo en el que vinculaban la instauración de la República en Francia a la amenaza militar)¹³.

La opinión pública europea reaccionó sin embargo, en la mayoría de los casos, con más entusiasmo: tal y como ha sido descrito, el continente pronto se convirtió en la

¹¹ Berindei, 1993, p. 153.

¹² Aunque no llegara a pasar del recelo, y en ningún caso supusiera la iniciativa de una acción conjunta contra Francia; la actitud de las grandes potencias europeas frente a la noticia de la revolución de febrero prueba de hecho que en 1848 la tentativa del internacionalismo monárquico de 1815 ya no es sino un recuerdo, y que la Santa- Alianza se hallaba definitivamente muerta (Quentin-Bauchart, 1908, p. 24). En la Corte de Viena la noticia tomó inicialmente la forma de una catástrofe: Metternich convocó inmediatamente a sus aliados de la Santa- Alianza, mediante una nota simultánea enviada el 7 de marzo a San Petersburgo, Berlín y Londres, en la que reclamaba que se hiciese observar al gobierno francés que: “la question en instance embrassant des intérêts généraux et européens d’une gravité incontestable, la Cour requise ne saurait prendre à son égard un parti sans s’être au préalable concertée avec les Cours ses alliées ; que les communications nécessaires à cet effet allaient avoir lieu et que le résultat ne tarderait pas à être transmis à Paris » (cit. por Quentin-Bauchart, 1908, p. 13 y 14, nota que resume la política de las grandes potencias frente a la política de febrero, por la que acabaron considerando el cambio de régimen como un asunto interno de ese país). No parece sin embargo que albergara idea de cruzada conservadora alguna para apagar la hoguera revolucionaria francesa: el zar estaba demasiado lejos y también el rey de Prusia se había declarado por la no intervención. Desaparecía así el carácter ofensivo de la alianza, previsto en su origen en 1815; tan sólo se daría, todo lo más, una unión de intereses amenazados en el caso de que Francia decidiera atacarlos: “c’est une phase qui finit dans l’histoire de l’Europe”. La estabilidad internacional que se había tratado de fundar en Viena sobre la base de la fraternidad de los monarcas, se había topado frente a sí con otro bando, el del internacionalismo liberal de los adversarios de la monarquía absolutista. Y mientras el primero, pronto debilitado por la diversidad de ambiciones e intereses, había sufrido ya en 1830 una bancarrota parcial, el segundo había ido tomando, a lo largo del medio siglo, cada vez más ímpetu, hasta identificarse como el “parido de la Revolución” que, en virtud precisamente de su carácter internacional, buscaría llevar hasta sus correligionarios políticos de otros países todo el apoyo, “jusqu’à ce que partout en Europe, il ait assuré le triomphe des autres partis libéraux, ou plutôt le sien même, celui du grand parti international” (Quentin-Bauchart, 1908, p. 3).

¹³ La noticia de la revolución de París provocó igualmente el pánico en la bolsa londinense el 25 de febrero, y así reaccionaba Palmerston por ejemplo: “L’exemple de la France va mettre en l’air notre population non votante et faire crier pour l’extension du suffrage, le vote secrète et autres choses dangereuses » (cit. en Tersen, 1948, p. 6). Al mismo tiempo, la prensa inglesa mostraba más bien simpatía, en líneas generales, con respecto a una revolución que había desterrado al rey autor de los matrimonios españoles. Finalmente, el primer ministro lord John Russel llevó a cabo una solemne declaración de neutralidad (28 de febrero, en la sesión de la Cámara de los Comunes), pese a lo cual nunca dejaron de desconfiar del origen revolucionario del gobierno provisional y de sus intenciones.

Europa de las barricadas, los mítines, los cortejos, las asambleas, los clubs y los diarios, y de ahí a una Europa de los parlamentos que vivía en la exaltación y la esperanza¹⁴.

Fue así como la revolución cuarentayochista se convirtió, desde Francia, definitivamente en un fenómeno continental; su preeminencia cultural y espiritual lo propició. El 24 de febrero escribía así desde París el rumano Nicolas Balcescu a un amigo compatriota: “la grande nation s’est levée (...) la liberté du monde s’est réalisée”¹⁵. Esta concatenación de ideas iba sin embargo a resultar contestada en la práctica porque, tal y como veremos, lo cierto es que Francia no llegó a prestar el apoyo efectivo que las demás naciones insurrectas esperaban (la situación precaria del nuevo régimen en París, sus dificultades internas, así como su pronta inclinación hacia posturas conservadoras impidieron toda acción o implicación concreta y efectiva en este sentido). Y a pesar de todo, la revolución francesa de febrero sigue imponiéndose como desencadenante y modelo para el resto de Europa: unas naciones que se rebelaron contra causas internas y específicas, pero siguiendo siempre el ejemplo francés¹⁶; el *Journal des Débats* del 13 de marzo no dejaba al menos de arrogarse ese mérito: “Ces révolutions, nous en sommes plus que les témoins; nous en sommes, jusqu’à un certain point, les auteurs ». Consideraciones todas ellas que nos llevan a la necesidad de abordar la interesante cuestión de las posibles relaciones entre la revolución en Francia y las revoluciones en Europa con más detalle.

1. 1. La Revolución de Febrero

El régimen de Julio había promovido una maduración de la sociedad francesa (en lo referente a la cultura y la práctica política) que finalmente iba a volverse en contra¹⁷, y que había incluido, de forma inevitable, un cierto reconocimiento oficial implícito de la herencia de 1789¹⁸. El estancamiento de un régimen liberal sin tradición

¹⁴ Tersen, 1948, p. 13.

¹⁵ Cit. en Berindei, 1993, p. 155.

¹⁶ Berindei, 1993, p. 156.

¹⁷ Los logros constitucionales de 1831 o la ampliación del sufragio para las elecciones municipales, entre otros aspectos, habían propiciado, pese a cierto giro conservador y autoritario a partir de 1834 con restricciones a la prensa y el asociacionismo, que los ciudadanos asomaran ya a la vida política.

¹⁸ El éxito obtenido por la *Histoire des girondins* de Lamartine, o los trabajos de Michelet, que ayudan a recuperar el periodo republicano de la revolución, habían contribuido a esta restitución [“l’histoire

ni raíces estructurales, acuciado por una fuerte crisis económica (las malas cosechas de 1847 que se acompañaron de los “motines del pan”) y algún que otro incidente imprevisible (como la muerte del heredero en accidente en 1842), hicieron que en su canto del cisne el gobierno se volcara en la política exterior, apoyando, eso sí, siempre una paz y una defensa del *statu quo* que en la práctica se tradujo en más de una humillante derrota y que muchos no dejarían de reprocharle (patriotas que anhelan una política más activa capaz de devolver a la nación su gloria —y con ella, Bélgica y la frontera del Rin—, a la que se suma el ala más conservadora, crítica con el régimen orleanista por lo que consideran servilismo hacia Inglaterra). En 1848 se concitan así no sólo esperanzas patrióticas y de orden liberal, sino también sociales: “ce n’est pas seulement la machine politique mais la société humaine dont on a voulu corriger le fonctionnement”¹⁹, y una vez más vuelve a surgir la cuestión de “*comment finir la Révolution*” (François Furet) nunca del todo completada.

El frustrado banquete de París que precipitó los acontecimientos no surgió ni de la oposición ni de la clandestinidad revolucionaria²⁰; se había convocado por iniciativa de un grupo de oficiales de la Guardia Nacional, y siempre en el marco de la legalidad. Antes, habían tenido ya lugar unos sesenta banquetes, y ni se había solicitado permiso para los mismos, ni el gobierno había hecho nada por impedirlos. El último de esta Campaña de los banquetes, convocado en París para el 22 de febrero, fue sin embargo prohibido por las autoridades; tras la prohibición, la mayoría se pronunció por la suspensión del banquete y los organizadores oficiales cedieron, pero para entonces ya se habían desatado las protestas y obreros, estudiantes y otros grupos mas radicales (algunas unidades de la Guardia Nacional, sociedades secretas de corte socialista...), que ya se hallaban movilizados, salieron a manifestarse en su lugar, manifestación a la que se sumó la ciudad y que precipitó la dimisión de Guizot esa misma tarde (23 de

(Lamartine, Michelet) s’était retournée, on l’a dit, contre le régime des historiens (Guizot, Thiers)”, apunta Maurice Agulhon (2002, p. 15)], junto con toda una política de homenajes públicos y monumentos a la Revolución que, en la práctica, asociaban el combate patriótico a la Revolución, logrando para ésta, en vísperas del 48, una audiencia, un pasado glorioso y una credibilidad: “Une fois lancée en 1830 cette entreprise de restitution et de méditation du passé national récent, il n’était au pouvoir de personne de l’arrêter, et l’on devait aboutir à des études plus approfondies, plus chaleureuses et politiquement moins circonspectes » (Agulhon, 2002, p. 10). Del mismo modo, los estudios de economía política, área que tanto había favorecido a impulsar el gobierno de Guizot, también iban a jugar un inesperado papel en su contra: en diez años (1830-1840), la cuestión social había invadido la prensa y la literatura.

¹⁹ Agulhon, 2002, p. 14.

²⁰ Talmon apunta que a finales de 1847 el ímpetu del movimiento de los banquetes ya había pasado (1960, p. 369).

febrero). La fiesta en que se convirtieron las movilizaciones esa noche acabó sin embargo, de forma inesperada, trágicamente con víctimas, y la cólera desatada llevó a radicalizar a partir de ahí las exigencias, convirtiendo las manifestaciones iniciales en una verdadera revolución²¹, que en apenas tres días logró derrocar el régimen orleanista y establecer una nueva República.

La noche del 24 de febrero se presenta así ya la lista definitiva del gobierno provisional, resultado de un compromiso entre dos tendencias: la de los liberales no-socialistas (representados por el periódico *Le National*) y la de aquellos demócratas mas abiertos al socialismo (encuadrados en el periódico *La Réforme*). El nuevo gobierno provisional, único órgano de poder tras la revolución, cuenta además con jóvenes socialistas (uno de ellos, Albert, de origen obrero), y su único interlocutor por el momento lo halla en el pueblo de París (constantemente movilizado frente al Hôtel de Ville). Elegido el poeta y diplomático Lamartine como ministro de Asuntos Exteriores y jefe de gabinete en la práctica, Ledru-Rollin ocuparía la cartera de Interior, Arago la de Marina, y Garnier-Pagès, inicialmente nombrado alcalde de París, pasaría después a ocupar el puesto de ministro de Finanzas, reparto que pone de manifiesto la marginación, ya desde un primer momento, de los miembros más radicales del gobierno (Flocon, redactor de *La Réforme*, Louis Blanc y el “obrero Albert”), que no obtienen ministerio. Esta situación se intensificaría tras las elecciones de abril y mayo, que dieron origen a una Asamblea marcadamente más conservadora, y que emprendería la depuración del gobierno de miembros socialistas, poniendo fin a la fase verdaderamente revolucionaria y entrando en una etapa de progresiva polarización y radicalización, donde la cuestión obrera iba a mostrarse como un problema cada vez

²¹ “La promenade des cadavres”, como es conocida, se convirtió de hecho en una verdadera llamada a las armas; y si durante años campó entre los historiadores la tesis de la provocación, las interpretaciones más recientes apuntan ahora a la hipótesis de un primer disparo accidental. Agulhon, sin embargo, se muestra reacio a creer en semejante azar que habría determinado los acontecimientos (2002, p. 39). Es un lugar común de la tradición historiográfica, pese a todo, destacar el carácter pacífico de esta revolución “relativamente benigna” (2002, p. 40), y así parece poder ser considerada la entrada del pueblo en las Tullerías, comparada con la del 10 agosto 1792. Revolución hecha bajo el signo del nuevo credo humanitario y el respeto de lo sagrado, inocente y espontánea, en ella se lleva a cabo una exaltación de la no-violencia que no deja de resultar pese a todo ambigua: se trata de la aspiración de unos socialistas humanitarios que buscan una revolución acorde con los tiempos modernos, pura y fraternal, frente a la perspectiva de los notables en posición defensiva, temerosos de un nuevo Terror. Así, le “*esprit du temps*” (científico, pacífico y moderno) se mezcla todavía con los rasgos arcaicos del viejo repertorio en la acción colectiva del pueblo de París, representada por ejemplo en la costumbre revolucionaria de plantar “árboles de la libertad” (heredada a su vez de las fiestas paganas mayas), con la peculiaridad de que en 1848 estos árboles, antes símbolo laico, son bendecidos ahora por el clero (el árbol ha dejado de representar la “anti-cruz” de 1830), porque, tal y como se afirmaba entonces, “es ésta una República cuyo programa está en los Evangelios”.

más acuciante hasta el estallido de las trágicas jornadas de Junio y la caída del gobierno provisional (en el que Lamartine sería sustituido por el general Cavaignac)²².

Es innegable que entre aquellos sucesos de febrero en París y los sucesivos levantamientos en el resto del continente se dio algún tipo de conexión —por lo que resultan fenómenos comparables²³: las jornadas de febrero estimularon sin duda las manifestaciones en el suroeste alemán, y está probada la colaboración transnacional de revolucionarios entre Francia, Suiza y el suroeste alemán²⁴. Los acontecimientos parecían de hecho seguir un guión preestablecido, dibujando escenarios de sobra conocidos —y en los que era fácil reconocerse: barricadas en las calles, revueltas de campesinos, y Francia instigando, una vez más, una crisis internacional. La mecánica de estas conexiones se alimentó de las nuevas infraestructuras (el impacto de las nuevas líneas telegráficas, la extensión de los ferrocarriles o los medios impresos) así como de los contactos transnacionales, que proporcionaron una base para la percepción de una revolución de carácter “europeo”: “En fait tout se passe (...) comme s’il n’y avait qu’une Révolution, prenant dans chaque pays un visage différent »²⁵.

La circulación en Europa en aquellos momentos no es sólo de ideas, sino de manera especialmente destacable, también de viajeros, exiliados o simples curiosos a los que Trotsky denominará más tarde los “revolutionary tourists” que ya empiezan a emerger²⁶: alemanes que cruzan la frontera en cuanto estallan las revueltas de París, rumanos residentes en la capital gala que regresan a su país en cuanto tienen noticia de que también allí han comenzado los primeros levantamientos, oficiales rusos o generales polacos luchando en los distintos territorios de Alemania, voluntarios

²² Sin un programa de gobierno ni un plan constitucional bien determinados, los republicanos acabaron siendo víctimas de sus propias divisiones así como de su indecisión, sentencia Fortis, porque en febrero no estaban todavía verdaderamente preparados (Fortis, 1977, pp. 20-21).

²³ Tal es la tesis de Breuilly, 2004, tema que ampliaremos en las conclusiones a este capítulo.

²⁴ Conf. art. De Jan Merk en Körner, 2004.

²⁵ Tersen, 1948, p. 9. En esta internacionalización del fenómeno jugaron un papel determinante los extranjeros afincados en París. Desde las primeras jornadas de febrero, muchos de estos extranjeros tomaron parte, con las armas en la mano, en la instauración de la nueva República, a la que inmediatamente profesaron una adhesión sin reservas, evidenciando una temprana tendencia a la solidaridad; participaron igualmente del movimiento de los clubs políticos: el primero en formarse sería el Club de la Emigración polaca, al que siguieron el Club de obreros alemanes, la Sociedad democrática alemana, la Asociación italiana o el Club de Emigrados italianos, la Sociedad patriótica belga o incluso el Club democrático ibérico. Además de estos y otros muchos, se crean también clubs como el Club de la Fraternidad de los pueblos o el Club por la emancipación de los pueblos, todos ellos radicados en París, que se convierte en apenas unos días, tal y como ha sido señalado, en el “centro revolucionario internacional” (1948, p. 15).

²⁶ Cit. en Haupt, 2002, p. 464.

húngaros, suizos, etc.: interconexiones personales todas ellas que subrayan el carácter europeo de la revolución; “l’émigration est le premier indice d’une révolution que se prépare”, afirmaba el revolucionario ruso Herzen, y esta emigración, desde 1830, se había ido instalando en París, vector de las nuevas aspiraciones políticas²⁷. Los exiliados no son sólo nobles desclasados o liberales burgueses, también hay obreros (especialmente alemanes) trabajando allí. Del mismo modo los demócratas franceses habían intensificado sus lazos con el extranjero, formado parte de comités y organizaciones secretas en el exterior²⁸; los escritores republicanos y socialistas gozan igualmente de un gran prestigio fuera de Francia, donde sus libros son introducidos de manera clandestina²⁹; la revolución de 1830 y la difusión de las ideas francesas habían preparado así la renovación intelectual y política desde comienzos de los años cuarenta, despertando profundas corrientes de simpatía por las naciones oprimidas.

La presencia de extranjeros registrada en la práctica totalidad de los países envueltos en el proceso revolucionario venía efectivamente a reforzar esos lazos continentales³⁰, ese sentimiento de fraternidad europea expresado desde el primer momento y que ya encontramos por ejemplo en una carta dirigida al Gobierno provisional por la *Association démocratique* (fundada en Bruselas, entre otros, por figuras como Josserand y Marx), el 28 de febrero, en la que interpretan la revolución francesa en clave continental, destinada a estrechar los vínculos entre las naciones y como servicio a la causa de la humanidad:

« L’Association démocratique ayant pour but l’union et la fraternité de tous les peuples, établie depuis quelque temps à Bruxelles, et composée de membres de plusieurs nations de l’Europe (...) vient vous offrir hommage de ses félicitations pour la grande tâche que vient d’accomplir la nation française et sa gratitude pour l’immense service que cette nation vient de rendre à la cause de l’humanité (...) Ce n’est au reste qu’une raison pour que toutes les nations hâtent désormais le pas pour vous suivre. (...). Cette conjecture est d’autant plus certaine que la France vient de faire une révolution destinée bien plus à resserrer les liens qui la joignent à toutes les nations, qu’à menacer aucune de celles-ci dans leur indépendance. C’est

²⁷ En Aprile, 1998, p. 188.

²⁸ “Les démocrates français ne sont pas seulement prêts à accueillir les exilés à bras ouverts, ils ont souvent eux-mêmes vécu hors de France et ont déjà participé à des sociétés secrètes à l’étranger. Eugène Baune futur membre du comité des Affaires étrangères à l’Assemblée législative, Jules Bastide ministre des Affaires étrangères de mai à décembre 48, entre autres, ont appartenu en Italie à la Charbonnerie » (Aprile, 1998, p. 190).

²⁹ *L’histoire des Girondins* de Lamartine tiene una especial repercusión tanto en Alemania como en Austria.

³⁰ « La révolution eut des dimensions spirituelles dans chaque pays et elle resserra les liens à l’intérieur du continent » (Berindei, 1993, p. 155).

l'exemple des peuples que nous saluons dans la France de Février 1848, et non leur maîtresse. (...). Nous voyons déjà la grande nation (...) renouer même avec les peuples qu'elle a considérés longtemps comme des rivaux de puissance, une alliance que l'odieuse politique de quelques hommes était seule parvenue à ébranler. (...). A vous, Français, à vous l'honneur, à vous la gloire d'avoir jeté les principaux fondements de cette alliance des peuples si prophétiquement chantée par votre immortel Béranger. Nous vous offrons, citoyens, dans toute l'effusion des sentiments d'une fraternité immuable, le tribut de notre plus profonde reconnaissance »³¹

Lamartine respondió declarando en su manifiesto del 5 de marzo (del que nos ocuparemos más tarde) a Francia como “aliada intelectual y cordial de las naciones que quieren vivir del mismo principio que el suyo”, y del mismo modo el parlamento de Frankfurt se mostró inicialmente abierto e interesado por las cuestiones de otras naciones. Frente a esta aparente fraternidad solidaria, sin embargo, llaman la atención actitudes de patriotismo de carácter a veces abiertamente xenófobo, que chocan con esa solidaridad más lejana y abstracta al mismo tiempo que se complementan con el discurso de la Fraternidad de manera compleja; tanto Maurice Agulhon como Aprile han recogido en sus trabajos hechos puntuales de reacciones antisemitas, o sobre todo ataques contra obreros extranjeros que son percibidos, en tiempos de crisis en los que escasea el trabajo, como amenaza³².

1. 1. 1. El Gobierno provisional y su política europea

Inmediatamente después de la victoria revolucionaria, todo parecía indicar la inminencia de una guerra provocada, bien por la internacional monárquica para contener una plaga revolucionaria que amenazaba con extenderse por toda Europa, bien por el nuevo Gobierno revolucionario empujado tanto por su celo proselitista

³¹ Carta cit. en Tersen, 1948, pp. 15-17, que añade: « Ce texte (...) n'apparaît-il pas comme un effort pour lier à la Révolution française victorieuse le sort des aspirations (...) européennes ? ». Esta carta resulta de interés además porque junto a las felicitaciones también hay una advertencia velada: a diferencia del pasado, expresan reconocer a Francia como ejemplo y modelo, pero no como dueña y señora del proceso revolucionario.

³² Aprile, 1998, p. 202, Agulhon, 2002, pp. 60-61: “Antisémitisme en Alsace, xénophobie un peu partout, ces émotions populistes sont assez souvent réactionnaires, au regard de la démocratie humaniste moderne. L'homme du peuple quarante-huitard était capable à la fois de fraterniser de loin avec le patriote polonais et de conspuer de tout près le travailleur belge immigré. Contradiction mal recouverte par le discours officiel sur la Fraternité ».

como por su resentimiento nacional y afán de gloria: “Cette année marque en effet une date critique dans l’histoire du dix-neuvième siècle »³³.

Francia se encontraba así ante un dilema: hacer la Revolución para un solo país, al que reservaría los beneficios del nuevo orden de cosas manteniendo al mismo tiempo las relaciones diplomáticas con los demás países en su forma más clásica y apostando por la no-intervención —y como corolario, por la paz—, o bien, extender la Revolución, como en el pasado, al resto del continente³⁴.

Muchos ciudadanos franceses mantenían la convicción de que la “Gran Nación” ostentaba una misión para con la humanidad (aunque se tratase de un sentimiento vago, que no exige definirse para entrar en los límites precisos de la acción). Así *Le Moniteur*, órgano oficial, anunciaba el 26 de febrero en sus páginas la próxima formación de una “Fédération des Peuples”, sin especificar más al respecto, y Armand Marrast, miembro del Gobierno provisional, afirmaba en una manifestación el 2 de marzo en Saint-Mandé: “Notre devoir est de maintenir les droits de tous les peuples qui ont combattu pour leur liberté”; la ascendencia de Francia sobre los destinos del continente es pues una asunción comúnmente compartida, que toma a veces ecos mesiánicos (« Ce drapeau que vous avez relevé pur (...) redeviendra l’oriflamme de la croisade de la liberté ! », alentaba el profesor Ozanam, al reinicio de las clases en la Sorbona) y se presenta en este momento histórico crítico más acuciante que nunca: : “L’influence de la France sur les destinées du monde ne fut jamais portée aussi haut, poussée aussi loin », afirmaba Garnier-Pagès, otro de los miembros del Gobierno provisional que, como tantos de sus contemporáneos, compartía el sueño de la fraternidad universal y los “Estados-Unidos de Europa”:

« L’heure de la liberté et de l’indépendance sonnera pour tous les peuples de l’Europe, pour les peuples russes mêmes, qui, eux aussi, ont le jour de leur délivrance et de leur résurrection *marqué sur le livre de Dieu*. (...). Dans ce jour *saint et béni*, la Pologne et la Russie viendront, comme deux peuples frères, prendre leur place dans la fédération pacifique et puissante toutes les nations de l’Europe. Dans ce jour saint et béni, plus de guerre pour des questions de partage, de domination,

³³ Quentin-Bauchart, 1908, p. 1.

³⁴ La nueva joven república debe hacer frente a dos desafíos simultáneos: defenderse por un lado de una posible “cruzada monárquica”, a la par que el deber moral de brindar su ayuda a los demás movimientos de la “cruzada revolucionaria” (Aprile, 1998, p. 201) que empieza a azotar el continente. Y la cuestión estribará en qué tipo de ayuda se puede ofrecer, quedando pronto descartada toda posibilidad de intervención militar (a pesar que algunos apoyan la guerra, como misión histórica de Francia, para completar así el ciclo revolucionario y establecer la ansiada república universal; creencia en la fraternidad patriótica que es ampliamente compartida entre las distintas capas sociales, una vocación universalista que había quedado impresa ya en la Declaración de derechos del hombre y del ciudadano).

de nationalité, d'influence ! *Plus de faibles et de forts, d'opprimés et d'opresseurs !* Chaque pays, libre de sa propre liberté, vivant de sa vie propre, viendra s'unir à la liberté et à la vie de tous. Ce ne seront plus des ambassadeurs, des maîtres qui décideront de la paix ou de la guerre (...), ce seront les représentants des peuples, qui, arbitres des destinées communes, viendront volontairement se soumettre à la loi générale, égale pour tous. Les 'États-Unis' de l'Europe, voilà ce qui est écrit. *Le règne de la paix, de l'ordre et de l'harmonie* sera fondé. Nous y marchons à grands pas. Aveugle qui ne le voit pas, malheur à qui s'y oppose ! Rois ou peuples, ils seront absorbés par ce grand mouvement de l'attraction humaine... »³⁵

Y Louis Blanc, otro de los miembros del gobierno provisional, iba a mantener aún con mayor vehemencia la postura del intervencionismo, justificada por la idea de que “Francia se debe a la humanidad, y su principal virtud, es la del cosmopolitismo”:

« Les républicains français ont été accusés de réclamer pour leur pays le droit de secourir toute nation foulée aux pieds par une tyrannie étrangère : à Dieu ne plaise que je repousse cette accusation glorieuse ! Oui, je le reconnais, et bien haut, et avec orgueil, le parti dont je suis estime que la force de la France appartient à l'humanité, et que la France se doit de mettre la défense d'un peuple opprimé sur la même ligne que sa conservation propre. (...). Le génie de la France ayant toujours été son cosmopolitisme, et le dévouement lui ayant été imposé par Dieu comme un élément de sa puissance, comme une condition de sa vie »³⁶

En *Le Moniteur* se recogen por su parte estas palabras de Buchez, presidente de la Asamblea constituyente ahora (y antiguo sansimoniano y carbonaro): “la France doit être prête à donner son aide à toutes les nations qui la réclameront (...) c'est le devoir qu'elle a à accomplir envers les autres nations », mientras que Ledru-Rollin, ministro del Interior, preconizaba asimismo como base de la política exterior “la croisade générale des peuples contre les rois”³⁷.

Constituye ésta una opinión universalista al mismo tiempo que exaltadamente patriótica, liberada ya de la política exterior de Guizot que muchos juzgaron como una traición nacional (y así fue criticada, por inactiva, por autores y hoy políticos diversos como Louis Blanc, Ledru-Rollin o incluso Lamartine en su *Histoire des Girondins*). Sin embargo, los hechos del pasado estaban lejos de haber constituido una lucha conjunta de los pueblos “fraternalmente asociados”, así que reclamarse como herederos resultaba

³⁵ Garnier-Pagès, 1861, T.VII, p. 177. Teorías como éstas de Garnier-Pagès eran compartidas por todos los miembros del gobierno, eran comunes a todos aquellos que se agitaban, peroraban, aconsejaban, influenciaban o dirigían la política francesa; las mismas, en fin, que reinaban en el ministerio de asuntos exteriores dirigido por Lamartine: “Un caractère essentiel, cependant, et très curieux de ces conceptions du milieu du dix-neuvième siècle, est qu'à ces aspirations en quelque sorte mystiques vers la fraternité universelle, s'unissait étroitement, et sans qu'on pût l'en séparer, un sentiment patriotique très vivace » (Quentin-Bauchart, 1908, p. 27).

³⁶ Cit. en Garnier-Pagès, 1861, T. I, p. 230, y en Blanc, 1842, t. II, p. 313.

³⁷ *Le Moniteur*, 21 de marzo 1848 y Ledru-Rollin, cit. en Quentin-Bauchart, 1908, p. 33.

cuanto menos cuestionable; tampoco era sencilla de resolver la cuestión de las “fronteras nacionales”, siempre presente, ni la ambivalencia con respecto a la nostalgia de unos tiempos heroicos: y es que, para muchos, luchar por la independencia de los pueblos europeos y reclamar al mismo tiempo la anexión de parte de sus territorios no resultaban objetivos necesariamente contrapuestos³⁸.

Y a pesar de todo, tan sólo el pequeño grupo abanderado por Blanqui había llegado explícitamente a la noción de una guerra revolucionaria al servicio de la “libertad mundial”, llamamiento que no obstante contó con escasa repercusión³⁹; se imponía por el contrario el humanitarismo, probablemente uno de los rasgos ideológicos más llamativos de 1848⁴⁰ —y del que nos ocuparemos más adelante con más detalle—, que conllevaba una inclinación pacifista, de base marcadamente sentimental y traducida en la práctica por el apoyo a la no-intervención⁴¹, paz por la que se posicionó la mayoría del gobierno provisional. Este humanitarismo caló hondo en el pensamiento de Lamartine, quien ya en 1847, y a pesar de sus críticas al régimen de Julio, había rendido homenaje al antiguo gobierno por su política pacifista: “la paix sera dans l’avenir (...) la glorieuse amnistie de ce Gouvernement”⁴². Frente a aquellos que desean una política intervencionista, Lamartine ofrecerá una política alternativa⁴³, llena de dobleces y ambigüedades, dirigida por un lado al pueblo francés (cuya aspiración a la

³⁸ Tersen llega a cuestionar la verdadera sensibilidad de la opinión pública francesa con respecto a la cuestión de las nacionalidades emergentes: Michelet en *Le Peuple* (1846) había celebrado esos “grandes y bellos sistemas” llamados naciones, y Henri Martin (*De la France, de son génie et de ses destinées*, 1847) había vaticinado que, en pocos años, la cuestión de las nacionalidades combinada con la cuestión social sería el eje de la política. ¿Pero podían los ciudadanos franceses comprender y apasionarse verdaderamente por esta Europa en gestación? (1948, p. 22). Y en todo caso, esta hermandad entre posiciones internacionalistas y patrióticas que reclaman las fronteras queda bien expresada en este párrafo de Quentin-Bauchart: « On résout donc ainsi le dilemme entre l’internationalisme et le patriotisme inquiet: *paix et fraternité* dans l’*Europe unifiée*; cette Europe divisée en vertu du *principe des nationalités*; les limites entre ces nationalités fixées d’un accord mutuel, ce qui nécessite l’introduction de l’axiome des *frontières naturelles*; enfin, la frontière du Rhin est une de ces frontières naturelles pour la France » (Quentin-Bauchart, 1908, p. 30).

³⁹ La voluntad de llevar la revolución más allá de las fronteras encuentra pese a todo no pocos partidarios: muchos de los exiliados reclaman al nuevo gobierno armas y organizan legiones de voluntarios cuando los levantamientos europeos se anuncian.

⁴⁰ « La spécificité quarante-huitarde est bien là, dans le mouvement humanitaire... », apunta Agulhon (2002, p. 22). Bénichou describe por su parte el humanitarismo como una mezcla de « libéralisme, néo-catholicisme, utopie néo-scientifique, et enfin, ces dégagements critiques au-delà de l’Utopie qui ont conduit Pierre Leroux, et bien d’autres, aux formulations plus simples du ‘Credo humanitaire’ » (1977). Sus bases son la democracia, la piedad y generosidad para con los humildes, la justicia social mediante la conciliación y la realización de la fraternidad, que se plasma en leyes como la abolición de la pena de muerte mientras busca distanciarse de la I República y su herencia de Terror.

⁴¹ En la concepción de Raspail, el humanitarismo primaba las tareas de orden interior, y en Pierre Leroux, anteponía la fuerza del amor a la de la guerra.

⁴² Discurso de Mâcon, 18 de julio 1847, cit. en Tersen, 1948, p. 25.

⁴³ Siendo acusado en interpretaciones posteriores por ello de inexperto y limitado a esperar los acontecimientos (Chastain, 1988).

solidaridad internacional en el fondo es una demanda vaga) y con una política clásica, diplomática y de alianzas de cara al exterior (siguiendo la línea diplomática orleanista). El poeta trataría así de asegurarse, desde el primer momento y tanto por los canales diplomáticos más clásicos como a través de las relaciones personales, el reconocimiento y apoyo de Inglaterra, del mismo modo que Guizot lo obtuvo para el cambio de régimen de 1830. Y la respuesta inglesa, a través de su embajador de Normanby, próximo a Lamartine, no dejaba de mostrar esa buena disposición: « Le gouvernement de Sa Majesté doit apprécier comme moi les services immenses que vous avez rendus à votre pays, à la cause de l'ordre et aux intérêts de la civilisation pendant ces derniers jours »⁴⁴.

Oficialmente, la joven República se iba a definir pues por una política pacífica, proclamando, eso sí, su simpatía a las naciones y su respeto por el orden europeo establecido —en busca siempre del visto bueno británico. Y aunque, de manera oficiosa, algunos miembros del gobierno como Ledru-Rollin trataron de poner en marcha algunas tentativas de acción allende sus fronteras, se trataron siempre de operaciones de escaso éxito y repercusión.

La ambigüedad, pues, iba a marcar la política exterior del Gobierno provisional, aquejado ya de otras muchas complicaciones de orden interno en estos turbulentos meses de febrero a junio. Las poblaciones extranjeras hambrientas de libertad iban pese a todo a recibir a la nueva República con alborozo —y también, un exceso de expectativas; delegaciones representando sobre todo a las naciones oprimidas se presentaron desde el primer día ante las nuevas autoridades republicanas francesas, ofreciendo sus servicios y tratando de recabar apoyos. Durante las primeras semanas, estas numerosas delegaciones constituyeron un desfile constante ante el Hôtel de Ville: los primeros en ser recibidos fueron los polacos, el mismo 26 de febrero, visita que se repitió el 4 de marzo, siempre para reclamar el apoyo del Gobierno provisional a su insurrección y solicitando la intervención francesa. Al día siguiente fueron los cartistas ingleses los recibidos; el 9 de marzo, al grito de “Vive la République européenne!”, se presenta un grupo de demócratas alemanes; la diputación suiza es recibida el 13 de marzo y el 15, los griegos, además de los húngaros, que llegan con una banderola en la que la bandera francesa y la húngara aparecen entrelazadas con una banda en la que reza la palabra “Fraternité”. Al día siguiente, es el turno de la diputación irlandesa, el día

⁴⁴ Cit. en Quentin-Bauchart, 1908, p. 6.

19 vuelven los polacos (hacia los que Lamartine no cambia su discurso cuajado de buenas intenciones pero firmemente no-intervencionista), el 20 los saboyanos y el 21 una diputación de demócratas belga además de otra de rumanos (a los que se recibe como “l'avant-garde de l'Europe tournée vers l'Orient”); la delegación portuguesa desembarca el 22 de marzo, y el 27, el propio Lamartine recibe a los italianos. El 2 de abril es el turno de los demócratas españoles, y de nuevo de los irlandeses, a los que se contesta secamente que es un principio de la República la inviolabilidad de los pueblos, y que por ese motivo no se inmiscuirán en los asuntos de Gran Bretaña, con quien desean conservar las mejores relaciones⁴⁵. La República anima así a los países ávidos de liberación alentándolos de manera verbal y siempre sin compromisos prácticos; los distintos miembros del gobierno que se ocuparon de recibir a estas delegaciones expresaron sin excepción la simpatía de la República hacia aquellos movimientos, la fraternidad de las naciones y el deseo de constitución de una única República bajo el cielo, pero recordándoles al mismo tiempo que la consecución de la misma había de ejercerse por medios pacíficos, a través del movimiento de ideas, y no por las armas, ni exportando por la fuerza las mejoras políticas alcanzadas en Francia.

a) El *Manifiesto a Europa* de Lamartine

Lamartine se había propuesto pues no ofender ni a la Santa Alianza ni a Inglaterra, ni caer tampoco en una guerra de propaganda que radicalizase la República; como buen demócrata, cree más en la revolución de ideas que en la de los territorios y las armas, y confía en el proselitismo y el contagio de la influencia pacífica⁴⁶. Diputado desde 1833, comienza su carrera política en el bando legitimista de la derecha más tradicional, para pasar después, a través de la vía del romanticismo, a posturas de centro

⁴⁵ Aparte de una tardía delegación noruega, el desfile de delegaciones nacionales parece acabarse aquí.

⁴⁶ « Quelle est la nature de la Révolution de Février ? Est-ce une révolution territoriale ou une révolution d'idées ? C'est évidemment une révolution d'idées, une question de régime intérieur. La changer en révolution territoriale, militaire et conquérante, c'est l'affaiblir dans son principe, la dénaturer et la trahir. Cent lieues de sol ne l'élargiraient pas d'une idée. Il faut donc la déclarer fraternelle et non offensive aux nations, quel que soit le gouvernement, despotique, monarchique, mixte ou républicain, de ces nations » (Lamartine, 1849, t.II, p. 24). Y sostiene que Napoleón hizo impopular la causa revolucionaria al extenderla a otros países: « Partout la nationalité des peuples, opprimée par ses soldats et ses décrets, a réagi contre la France de 89 (...) Les baïonnettes ont décrédité les idées (...) Le mouvement de 1813, qui souleva le patriotisme européen contre nous... » (Lamartine, 1840, p. 24).

y a partir de 1842, a militar en las filas de la extrema izquierda —aunque siempre desconocería en profundidad las doctrinas socialistas⁴⁷. Diplomático y diputado además de poeta renombrado, el aura de su prestigio personal le lleva a ocupar la cartera de Asuntos Exteriores en el nuevo gobierno (tradicionalmente la de más consideración), lo que le aúpa como jefe de gobierno.

Hombre en el que confluyen —de manera problemática— la especulación filosófica y la acción, el humanitarismo y la razón de Estado, Lamartine se vio necesitado de un lenguaje que gustara a las masas nacionales tanto como a las monarquías extranjeras, buscando siempre defender los intereses nacionales pero persuadiendo al mismo tiempo al público de que todo ello se hacía de manera desinteresada y por el bien de la humanidad. En el antagonismo entre la patria y el humanitarismo, Lamartine optaría sin embargo por este último: «Je suis homme avant d'être Français, Anglais ou Russe, et s'il y avait opposition entre l'intérêt étroit du nationalisme et l'immense intérêt du genre humain, je dirais, comme Barnave: 'périssent ma nation, pourvu que l'humanité triomphe !'»⁴⁸.

Lamartine sería autor precisamente del texto fundamental y en el que mejor se recoge la política europea del Gobierno provisional de la República (con todas sus ambigüedades, sus aciertos y sus debilidades), el famoso *Manifiesto a Europa*, una circular en la que se plasman notoriamente las ideas y la sensibilidad de una época.

El 27 de febrero, en una nota interna enviada a los embajadores extranjeros notificando su nombramiento, Lamartine ya había adelantado que “Ce sera un bonheur pour moi (...) de concourir par tous les moyens en mon pouvoir à cet accord des peuples dans leur dignité réciproque et à rappeler à l'Europe que le principe de paix et le principe de liberté sont nés le même jour en France»⁴⁹, compromisos de paz y libertad que marcarían en adelante su hoja de ruta, ofreciendo a los gobiernos extranjeros la seguridad de que la Revolución no sostendría por las armas las revueltas de otros países ni emprendería ninguna guerra de conquista.

A la nota interna enviada a los representantes en el exterior iba a seguirle un Documento oficial a los diplomáticos franceses firmado el 4 de marzo, la *Circulaire aux*

⁴⁷ Su educación tradicionalista le hace sin embargo especialmente crítico con respecto a la burguesía, en una postura que Marx denominó como “socialismo feudal”.

⁴⁸ Lamartine, 1840, 2º art.

⁴⁹ Cit. en Tersen, 1948, p. 31.

agents de la République française (más conocida como *Manifeste à l'Europe*), un texto pomposo, al gusto de la época⁵⁰, destinado más a satisfacer a la opinión pública francesa que al exterior —sin por ello herir las susceptibilidades de los gobiernos europeos—, en un doble equilibrio que pudiera contentar a todas las partes.

El famoso manifiesto pretende a un mismo tiempo anticiparse a la propaganda revolucionaria y tranquilizar a Europa. El texto comienza así con una afirmación orgullosa: la República francesa no necesita del reconocimiento ajeno para existir, porque se basa en la ley natural y a la vez en la ley internacional: «La République française n'a pas besoin d'être reconnue pour exister. (...). Elle est la volonté d'un grand peuple qui ne demande son titre qu'à lui-même»⁵¹. Para añadir a continuación, eso sí, que desea, sin embargo, formar parte de la familia de naciones “como potencia normal” y no como fenómeno destructor del “orden europeo”⁵², reiterando que la proclamación de la República no constituye un acto de agresión contra ningún gobierno, y asegurando que ésta no variará ni la posición de Francia en Europa, ni su disposición a mantener relaciones de amistad con el resto de las potencias (potencias, eso sí, y aquí se desliza la primera advertencia velada, que compartan con la República sus valores de paz mundial e independencia de las naciones)⁵³. Y para justificar esa promesa de paz, Lamartine lanza una teoría relativista en la que, la República, lejos de aparecer como un valor absoluto, respeta y convive en paz con otras formas de gobierno, que sólo responden a las diversas edades de las naciones, en una historia de progreso cuya culminación, claro está, su forma más madura, sería la republicana; entre la pretensión de validez exclusiva del sistema republicano y el principio de no

⁵⁰ « Le titre pompeux, l'ampleur, l'allure un peu trop majestueuse sont dus à l'époque ; la nouvelle République ne pouvait se contenter d'une simple note diplomatique, il lui fallait un Manifeste : Lamartine sacrifie au goût du temps, qu'il partageait d'ailleurs » (Quentin-Bauchart, 1908, p. 53). Lamartine pertenece a su tiempo, posee las ideas de su tiempo, y eso hace que, sin contradicción alguna, “il manifeste des tendances internationalistes tout en restant très patriote”; un sentir de la época que será el que le inspire precisamente los “grandes envolées sur la fraternité des peuples” (1908, p. 43 y 42).

⁵¹ En la nota de febrero, esta idea tomaba la siguiente forma : “Ces idées que le Gouvernement provisoire vous charge de présenter aux puissances comme gage de sécurité européenne, n'ont pas pour objet de faire pardonner à la République (...) encore moins de demander humblement la place d'un grand droit et d'un grand peuple en Europe » (cit en Tersen, p. 32).

⁵² « La République française, désirant entrer dans la famille des Gouvernements institués comme une puissance régulière, et non comme un phénomène perturbateur de l'ordre européen... » (Lamartine, 1848, s/p).

⁵³ “La forme républicaine du nouveau gouvernement n'a changé ni la place de la France en Europe, ni ses dispositions loyales et sincères à maintenir ses rapports de bonne harmonie avec les puissances qui voudront, comme elle, l'indépendance des nations et la paix du monde » (Lamartine, 1848).

intervención en los asuntos internos de otros Estados, acuña la feliz fórmula de que “las diferentes formas de gobierno son la expresión de los diferentes grados de madurez del genio de las naciones”; la diversidad de formas de gobierno serían así legítimas aun cuando, a la larga, sea la democracia la que acabe por sustituir a todas las demás (justificando así la coexistencia mediante una doctrina sobre el carácter inevitable de la historia):

« La proclamation de la République n'est un acte d'agression contre aucune forme de Gouvernement dans le monde. Les formes de Gouvernement ont des diversités aussi légitimes que les diversités de caractère, de situation géographique et de développement intellectuel, moral et matériel chez les peuples. Les nations ont, comme les individus, des âges différents... La monarchie et la République ne sont pas, aux yeux des véritables hommes d'État, des principes absolus qui se combattent à mort ; ce sont des faits qui se contrastent et qui peuvent vivre face à face, en se comprenant et en se respectant. Aujourd'hui, les trônes et les peuples se sont habitués au mot, aux formes, aux agitations régulières de la liberté exercée dans des proportions diverses dans presque tous les États (...). Ils s'habitueront à la République, qui es sa forme complète chez les nations plus mûres »

La guerra no es pues el principio de la República francesa, insiste, porque cree firmemente en que la emancipación de los pueblos, el hábito del lenguaje de la libertad, lograría por sí mismo necesariamente la República universal (entendida ahora como democrática y social), en tanto que proceso lógico de la civilización, compromiso mayor para ella: « sa première et sa plus universelle alliance: l'esprit des peuples et le génie de la civilisation »⁵⁴. Y debido a esa vocación pacifista⁵⁵, un tercio del Manifiesto se consagra a desvincular el nombre de la nueva República al de la Convención, insistiendo en que la Francia de 1848 no es aquélla de 1792.

Pero más allá de la declaración de paz, este *Manifiesto a Europa* pone sobre el tablero algunas otras cuestiones: que Francia no renuncia a su « misión emancipadora », y que la guerra, pese a la reiterada voluntad pacifista, no queda totalmente excluida⁵⁶.

⁵⁴ Con anterioridad Lamartine ya había expresado que: “Notre système d'aujourd'hui, c'est le système d'une vérité démocratique qui s'élargira aux proportions d'une foi sociale universelle. Notre horizon, c'est l'avenir des peuples civilisés. Notre air vital, c'est le souffle de la liberté dans les positions libres de tout l'Univers (...), les mains pleines d'alliances et pures du sang humain » (cit. en Tersen, 1948, p. 70).

⁵⁵ « Nous désirons, pour l'humanité, que la paix soit conservée ; nous l'espérons même », afirma, evocando a continuación la tensión bélica originada hace un año entre Francia e Inglaterra, que achaca a los intereses de la dinastía, que nada tienen ya que ver con la nueva República: “La dynastie emporte avec elle ce danger de guerre qu'elle avait suscité pour l'Europe par l'ambition toute personnelle de ses alliances de famille en Espagne » (Lamartine, 1848). La voluntad de paz, eso sí, no renuncia a la « grandeur » nacional, porque la paz no es algo que la República implora, sino que otorga.

⁵⁶ Mientras, envía numerosos agentes (a veces, verdaderos conspiradores) en misión secreta a tomar contacto con los revolucionarios de los distintos países, con vistas a favorecer su acción —uno de ellos, el

Así aparecen los temas más espinosos del Manifiesto, desde las críticas a la Revolución de 1792, la vaga promesa de posible apoyo a otras insurrecciones, o el rechazo a los tratados de 1815 (puntos que aparecen como concesión a la opinión pública nacional más inflamada, y también acordados con los miembros del gobierno provisional más radicales). El texto proclama la emancipación de la República con respecto de los tratados de 1815 —aunque añade después que este aspecto no es inconciliable con la tranquilidad de Europa, mostrando una abierta ambigüedad al no reconocer los tratados (punto que había exigido Louis Blanc), pero aceparlos como un hecho, a modificar de acuerdo a las otras potencias y sin que esto suponga una amenaza para nadie (y sin alusión alguna a la cuestión de las fronteras, tema crucial de esos tratados). Alentando además a los movimientos de emancipación, reconoce como excepción un *casus belli*, en el caso de que se vulnere el derecho de independencia de ciertas nacionalidades oprimidas, con lo que su promesa de paz se torna especialmente ambigua:

« Si l'heure de la reconstruction de quelques nationalités opprimés en Europe ou ailleurs nous paraissait avoir sonné dans les décrets de la Providence (...) la République française se croirait en droit d'armer elle-même pour protéger ces mouvements légitimes de croissance et de nationalité des peuples... »⁵⁷

Aunque eso sí, al final del Manifiesto Lamartine retoma su idea tan querida de una difusión de la revolución por contagio pacífico, no mediante la propaganda incendiaria, advierte, sino a través de un proselitismo ejemplar basado en la simpatía⁵⁸; el modelo de orden y paz de una república fundamentada en lo social, que se opone a la división de la humanidad y que tiene por credo la divisa revolucionaria: una “libertad, igualdad y fraternidad” cumplida, en palabras de Lamartine, gracias a la abolición de la pena de muerte en lo que respecta al orden interno; y que en política exterior se traduce por la emancipación de los tratados de Viena, la recuperación del rango que le

ruso Bakunin, enviado a Alemania (Aprile señala que el peso de la acción de estos enviados en la explosión de revueltas está aún por estudiar. 1998, p. 205).

⁵⁷ Lamartine, 1848. La República se presentaba así, en palabras de Quentin-Bauchart (1908, p. 59), y sin asumir mayores riesgos, en protectora de la Europa liberal, ampliando de este modo su eventual campo de acción a la vez que halagaba las ambiciones populares. Eso sí, Lamartine no dejaría de insistir en que Francia en ningún caso alentaría las revueltas, ni brindaría su apoyo a quien no lo solicitase: “la France ne doit pas devenir l'organe obéissant, asservi, de toutes les factions nationales ou internationales du monde” (Discurso del 8 enero 1849, cit en Quentin-Bauchart, 1908, p. 51).

⁵⁸ « La République ne fera point de propagande sourde ou incendiaire chez ses voisins (...). Mais elle exercera, par la lueur de ses idées, par le spectacle d'ordre et de paix qu'elle espère donner au monde, le seul et honnête prosélytisme, le prosélytisme de l'estime et de la sympathie » (Lamartine, 1948).

corresponde entre las demás potencias europeas y la declaración de alianza y amistad a todos los pueblos:

« La République a prononcé en naissant trois mots qui ont révélé son âme : *liberté, égalité, fraternité* (...). Le sens de ces trois mots appliqués à nos relations extérieures est celui-ci : affranchissement de la France des chaînes qui pesaient sur son principe et sur sa dignité ; récupération du rang qu'elle doit occuper au niveau des grandes puissances européennes ; enfin déclaration d'alliance et d'amitié à tous les peuples. Si la France a la conscience de sa part de mission libérale et civilisatrice dans le siècle, il n'y a pas un de ces mots qui signifie *guerre*. Si l'Europe est prudente et juste, il n'y a pas un de ces mots qui ne signifie *paix* »

Esta circular del 4 de marzo, más parecida a un discurso académico que a un documento diplomático, en opinión de algunos⁵⁹, es una muestra en todo caso de habilidad diplomática: constituye, según Lefebvre, la justificación de la República por una teoría histórica y relativista del desarrollo de los pueblos; tras hacer una declaración de alianza y amistad a Europa, su autor denuncia de forma paralela los tratados de 1815, denuncia que no es más que un gesto simbólico, puesto que no alcanzaba a poner verdaderamente en duda el alcance de la organización territorial de aquellos tratados; al mismo tiempo muestra sus simpatías por los movimientos suizo e italiano, sin por ello definir una línea política, y la voluntad pacifista se expresa con imprecisión. El Manifiesto contó no obstante con una excelente acogida en la opinión francesa: la izquierda aplaude la crítica a los tratados de 1815 y la asistencia ofrecida a las naciones oprimidas; los hombres de Estado aprueban, por su parte, que esa ayuda no se ofrezca de forma incondicional y no comprometa al país; y los moderados se sintieron aliviados por el conjunto del mensaje. En el extranjero, mientras tanto, el texto contó en líneas generales también con la aprobación de los gabinetes europeos (especialmente por parte del gabinete británico, y a pesar de ciertas reticencias hacia el pasaje donde se hacía mención a 1815, la lectura más extendida es aquélla que se centra en la promesa del mantenimiento de la paz), y sólo el gobierno ruso protestó contra su contenido, mostrando su indignación.

Apenas habían tenido tiempo los gobiernos monárquicos de aceptar las seguridades contenidas en el Manifiesto de Lamartine cuando Alemania, Austria e Italia se vieron invadidas por una ola irresistible de revoluciones populares. Con ello la

⁵⁹ Tersen, 1948, p. 35.

profecía de Lamartine pareció confirmarse: ya no era necesario recurrir a la guerra para librarse de los déspotas: con sólo su brillante ejemplo, Francia había cumplido con su deber mucho mejor y con más gloria de la que hubiera obtenido de haber recurrido a la guerra proselitista. Pero aunque la marea de revoluciones crecía por toda Europa, el ejército y la burocracia permanecieron intactos en manos de los príncipes, que se limitaron a hacer pequeñas concesiones; el embajador francés en Berlín optó por evitar el radicalismo en la revolución alemana, mostrando una despectiva indiferencia hacia los revolucionarios, y la apuesta por la paz internacional constituyó de ese modo el cimientamiento de un compromiso entre el liberalismo insurgente y los antiguos poderes capaz de frenar la extensión del conflicto⁶⁰.

Se dieron pese a todo intentos de exportar la revolución; algunos avanzados del Gobierno provisional como Ledru-Rollin quisieron ir más allá y llevar a la acción esas pretendidas simpatías profesadas hacia los movimientos europeos (expresadas, eso sí, siempre más en privado que de forma pública). Se hicieron pues algunos préstamos financieros, siempre comedidos y de forma indirecta preferentemente, para apoyar a los insurrectos extranjeros, se permitió —o se fingió ignorar— a los grupos de voluntarios organizarse en territorio francés, rearmarse o desplazarse (expediciones que, como expresó Ledru-Rollin, contaban con su apoyo como hombre, pero no podía dárselo en calidad de ministro). Algo más allá fueron las tentativas de apoyar a los republicanos belgas (en la conocida batalla del “Risquons-tout” de finales de marzo, empresa mal preparada y de inevitable fracaso), asunto que podría haber comprometido seriamente, a pesar de su participación indirecta, al gobierno republicano, o a los demócratas alemanes con la “columna del Rin” (formada el 2 marzo en Lyon con 300 alemanes, y que el 17 desfila ya en París, mucho más numerosa, como la “Legión germánica”, pero cuya extensión, tras la toma de Estrasburgo, hubo de prohibirse más firmemente), o los apoyos a la invasión de Saboya (pero que no fueron comprendidos ni bien recibidos por la población local). Con los territorios menos cercanos, en cambio, y no directamente fronterizos, el Gobierno provisional mostró algo más de audacia; en el caso polaco, que contaba con amplias simpatías por parte de la opinión pública, o en el caso italiano; pero mientras los polacos solicitaban, reclamaban e imploraban la intervención directa francesa que siempre les fue negada, la opinión y los gobiernos

⁶⁰ “La rapidez con la que cedieron los antiguos regímenes fue lo que detuvo las revoluciones a un paso de la democracia republicana” (Talmon, 1960, p. 439, quien mantiene que sólo a través de la revolución internacional habría podido consolidarse la República).

italianos se mostraban por el contrario más bien reacios a una intervención armada francesa: “Italia fara da sè” acabaría imponiéndose como lema.

b) La causa polaca:

La cuestión polaca resultó explosiva en los asuntos internos de Francia durante los primeros meses de la República y sirve como barómetro del clima revolucionario durante ese periodo. La causa polaca había sido abrazada por unos quince o veinte mil refugiados políticos de todos los países de Europa residentes en París, así como por todos los clubs políticos; frente a eso, la ausencia de toda mención al problema polaco en el Manifiesto de Lamartine resulta un irónico contraste con el voto de fidelidad a una Polonia libre e independiente que la Cámara francesa había pronunciado anualmente durante dieciocho años bajo el régimen de Luis Felipe. Cierta representante de una delegación polaca llegó incluso a amenazar a Lamartine con que los polacos derribarían el Gobierno provisional si se negaba la ayuda armada a su país. A Lamartine le correspondió finalmente el apaciguamiento de estas esperanzas como parte de sus esfuerzos por contener el filo universalista de la Revolución de Febrero, al mismo tiempo que reducía la temperatura política interior, siendo ambos propósitos inseparables⁶¹.

Diversos clubs de extrema-izquierda hicieron un llamamiento al París más popular para manifestarse a favor de la causa polaca; igual que ya ocurriera en 1830 y 1831, el socorro a los pueblos europeos oprimidos se había convertido en una de las reivindicaciones permanentes de los revolucionarios, que percibían la aspiración a la justicia y la libertad como algo universal, y por ello experimentaban la solidaridad como algo más allá de los límites del Estado⁶² —postura ante la que las autoridades, acechadas por dificultades tanto internas como externas, se mostraban sin duda más cautelosos. Lamartine, en uno de sus últimos actos diplomáticos (el 7 de mayo) había impulsado la negociación ante el rey de Prusia a favor de los polacos, si bien de forma tímida; su sucesor Bastide, sin embargo, resultaría aún más reticente —también con respecto al movimiento nacional germánico que la extrema-izquierda veía con simpatía.

⁶¹ Talmon, 1960, p. 441.

⁶² Agulhon, 2002, p. 72.

Mientras, la publicación de panfletos se multiplicaba, donde la cuestión polaca aparece frecuentemente relacionada con el tema de la democracia europea, y a menudo se presenta como su “nudo gordiano”⁶³. Los comités polacos, formados tanto por exiliados como por militantes de origen francés, reclaman en decenas de pasquines y manifiestos la intervención francesa en territorio polaco, en aras de la esgrimida solidaridad fraternal de los pueblos: “Frères Français! —comenzaba uno de estos folletos— La cause des Peuples, la cause de la Liberté et de la Fraternité, est la cause de Dieu”⁶⁴.

Uno de esos jóvenes emigrados polacos, que firma simplemente como “J. N.”, publicaba en ese año de 1848 un pasquín de apenas diez páginas y con el título precisamente de *La démocratie européenne et la question polonaise*, texto que comenzaba evocando la impresión omnipresente de estar viviendo un tiempo de cambios profundos, políticos y sociales en Europa, y que recogía ya en su primer párrafo todos los *topoi* de la literatura europeísta que venimos destacando: en época de transformaciones, sólo las enseñanzas de la historia y la observación del progreso de la humanidad nos permiten entrever la forma que tomará el futuro que, siguiendo los preceptos sansimonianos, comtianos o proudhonianos, a los que suman además los principios revolucionarios franceses, tomará ineluctablemente la forma de la asociación y la federación en la fraternidad, construcción única que permitirá finalmente alcanzar la tan anhelada, desde hace más de siglo y medio ya, paz perpetua:

« Le vieux monde s'en va: l'Europe est au début des transformations politiques et sociales, dont on ne saurait déterminer les dernières limites (...). Certains traits caractéristiques, particuliers au mouvement actuel de l'humanité, autorisent néanmoins quelques conjectures pour son avenir. Si l'on doit en juger par les tendances actuelles de l'esprit humain, le dernier mot de l'ordre social serait l'*association*, le dernier mot de l'ordre politique la *fédération* des peuples (...). Longtemps isolé, l'homme a découvert la véritable source de sa force et de son bonheur sous le drapeau qui porte pour devise: *Fraternité* (...). Substituer au système d'une guerre permanente le système d'une paix universelle et durable, tel est le but définitif que la nouvelle réformation se propose de réaliser »⁶⁵

El polaco J. N. dice sentirse « conmovido » por la grandeza de la empresa que transformará hasta tal punto las condiciones de la existencia política y social europea; el

⁶³ *La démocratie européenne et la question polonaise*, 1848, p. 7.

⁶⁴ *Liberté, Égalité, Fraternité*, 5 de mayo 1848.

⁶⁵ *La démocratie européenne et la question polonaise*, 1848, pp. 1-2.

antiguo equilibrio europeo, fundado en base a las conveniencias de los vencedores y en la opresión de los pueblos, ha tocado a su fin: “bon gré malgré nous sommes entraînés vers de nouvelles destinées, soumis à la loi éternelle du progrès”. Y esos nuevos destinos, tal y como observa y adelanta con respecto al rumbo que parecen estar tomando los acontecimientos en Alemania, Italia o la península ibérica, se encarnan en la formación de “nuevas federaciones europeas”, de las que estas tres últimas serían sus modelos: “Ce même principe de la Fraternité, qui va régler les rapports de l’homme à l’homme, dans la sphère civile, trouvera sans doute une application plus large dans les relations internationales des peuples”.

Francia, pues, “antorcha del mundo, mentora de la humanidad”⁶⁶, se encontraría según esa hipótesis pronto rodeada por grupos federativos, por lo que, señala, constituirá una preocupación legítima para la Francia republicana el tratar de asegurarse una influencia preeminente en el “nuevo sistema político de la democracia europea”. Por ese motivo, le reclaman, Francia ha de evitar adoptar los principios de la no-intervención y el *laissez-faire*, limitándose a una política pasiva y expectante, y comprometerse en cambio al desarrollo de las instituciones liberales en el resto del continente. Y especialmente en Polonia, país-barrera contra el despotismo, pero donde las doctrinas “civilizadoras y progresivas” occidentales empiezan a ceder ante “el absolutismo asiático”. Rusia, una vez más, representa aquí por lo tanto el despotismo, lo no-europeo, y el rey de Prusia, al apoyar de manera infame el nuevo reparto del territorio polaco (“signes précurseurs d’un cataclysm menaçant pour l’avenir de la démocratie”), se erige igualmente como amenaza, no ya contra la integridad de la nación polaca, sino contra el conjunto de la “democracia europea”. Con una Polonia reconstituida y libre, augura este joven exiliado, Europa quedaría abierta a la propaganda pacífica, la actividad de los pueblos occidentales podría alcanzar a los eslavos; pero sin Polonia, el futuro de la democracia europea continuará en manos del azar de próximos combates.

Otro panfleto del mismo periodo, que lleva por título emblemático los tres principios revolucionarios, reclamaba igualmente al pueblo polaco como feudo y base cristiana para todos los pueblos eslavos, y a Francia, “nación destinada a guiar a la

⁶⁶ País del que la humanidad ha recibido el “bautismo de la libertad”, cuyos principios políticos conocen hoy la consagración universal en los pueblos de Europa, por su lucha hercúlea contra el absolutismo, por su declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, por su generosidad al acoger a los proscritos de allende sus fronteras, etc, Francia ostenta por todo ello los mayores títulos de reconocimiento que puede otorgar la humanidad (*La démocratie européenne...*, 1848, p. 4).

humanidad hacia el progreso”, como la esperanza y apoyo de todos los pueblos oprimidos, “hermanos franceses” a los que los polacos quieren agradecer su hospitalidad, antes de volver a su patria natal para luchar, mediante esta “sincera y fraternal confesión de nuestra fe”⁶⁷. El texto insiste así en que una simpatía mutua, de carácter instintivo, vincula a estos dos pueblos hermanos, destinados a realizar la palabra del cristianismo sobre dos territorios distintos; Italia ha dado la señal de salida para la liberación de los pueblos europeos, y a esa tarea se encomiendan ahora los polacos, siguiendo tanto los principios revolucionarios como los del cristianismo.

El movimiento pro-polaco había comenzado en Francia años atrás, y especialmente activa fue la labor del comité de Lyon, ciudad que en un manifiesto de 1846 se declaraba ya “fiel a la fraternidad que une a los pueblos” y con los brazos abiertos a la emigración polaca: “c’est une sainte insurrection qu’il faut soutenir; (...) combattants ou proscrits, ils seront toujours vos frères”⁶⁸.

Todos estos textos, del mismo modo que el propio movimiento revolucionario, parten de la denuncia de los tratados “espoliadores” de 1815 que pretendieron constituer una Europa contra-revolucionaria pero que no lograron aniquilar pese a todo los derechos (ya no del hombre ni del ciudadano) de los pueblos. Y es en ese aspecto donde la causa polaca se convierte en una causa *européenne*⁶⁹, por lo que este comité llama a la movilización primero en Lyon, después en toda Francia y pronto (llegaría en el cuarenta y ocho) en Europa entera.

El 26 de abril de 1848 el Príncipe polaco Adam Czartorisky, antiguo secretario del zar y del que ya nos ocupamos en el capítulo primero, dirige a Lamartine, en ese momento ministro de Asuntos Exteriores, una carta solicitando la ayuda francesa. Czartorisky espera de esa nueva República francesa que dice defender el derecho de las nacionalidades la intervención en Polonia, para “lavar Europa de este crimen político”: una vez más, y en el contexto de la nueva Europa que se está gestando, la causa polaca se presenta como una “cuestión europea” de primer orden⁷⁰, en tanto que núcleo de la batalla que se libra entre la reacción absolutista y la libertad, y que amenaza —si se abandona a Polonia a su suerte— con devolver Europa a la barbarie:

⁶⁷ *Liberté, Égalité, Fraternité*, 5 de mayo 1848.

⁶⁸ *Manifeste du Comité Polonais*, 23 de marzo 1846.

⁶⁹ *Cause Polono-Européenne*, 2, 4 y 5 de abril de 1831.

⁷⁰ « Dans la réorganisation inévitable et prochaine de l’Europe, (...) Nous lui demandons [au gouvernement] de prendre ainsi l’initiative sur cette question européenne » (Czartorisky, 1848, p. 3).

« Cette conspiration réactionnaire ne refoulerait pas seulement la malheureuse Pologne dans l'horrible cachot où elle est enterrée vivante. Elle menacerait la France elle-même et toutes les nations émancipées. Et qu'on ne s'y trompe pas, cette réaction, en anéantissant la liberté, n'apporterait pas même aux peuples de l'Europe l'ordre public et le respect aux lois, impossibles aujourd'hui sans elle. Ainsi ce combat entre la réaction absolutiste et une liberté égoïste voulant pactiser avec le crime, refoulerait inévitablement l'Europe vers la barbarie »⁷¹

El príncipe Czartorisky apela además a la solidaridad de los pueblos, que comparten una causa común y por tanto, se hallan amenazados por idénticos riesgos⁷² ; por eso solicita mediante esta misiva que la Asamblea Nacional de « ese gran pueblo », Francia, haga escuchar su voz a favor de Polonia, no ya a los gabinetes, sino entre los pueblos europeos, que son ahora “árbitros de sus destinos” y nueva fuerza a la que se apela; y confía en que esto será así porque está seguro de que la República no traicionará a esa Fraternidad de los Pueblos que tiene como emblema: « la France ne donnera pas un démenti aux paroles écrites sur son drapeau, la fraternité des peuples ne sera pas pour elle un vain mot »⁷³.

Pero tales expectativas nunca se verían cumplidas; y las frustraciones de la izquierda francesa llegaron a su apogeo coincidiendo precisamente con la destrucción de las esperanzas polacas: durante la manifestación del 15 de mayo Blanqui asoció la llamada a una guerra a favor de Polonia con su aspiración a la organización del trabajo, y ambos objetivos se vieron truncados. Inicialmente exitosa, la manifestación pro-polaca logró ocupar la Asamblea, con el consiguiente alboroto, intervención de las fuerzas del orden y detención final de los líderes del movimiento. Se trataba de una demostración de fuerza, no de un verdadero golpe de poder⁷⁴, cuyo único resultado sin embargo fue la decapitación de la extrema-izquierda (con la detención de Louis Blanc y el inmediato exilio forzado de otros líderes, y una contra-violencia ejercida

⁷¹ Czartorisky, 1848, pp. 5-6.

⁷² “Tous les peuples sont aujourd'hui solidaires, ils ont tous un même intérêt, une cause commune à défendre. Aucun d'eux ne peut être abandonné sans que tous soient en danger » (Czartorisky, 1848, p. 6).

⁷³ Czartorisky, 1848, p. 5. En la práctica, no obstante, el príncipe polaco tenía sus esperanzas puestas en Alemania, de la que esperaba la verdadera ayuda, y de ahí su permanencia en Berlín; expectativas que sin embargo pronto se verían decepcionadas, porque Prusia no sólo se negó a intervenir, sino que aspiraba también a la anexión de los territorios polacos habitados por poblaciones germanas.

⁷⁴ Hay quienes opinan que se trató de una conspiración, con infiltrados en la manifestación para convertirla en desorden, que la Asamblea se hallaba desprotegida a propósito a fin de poder legitimar a los más conservadores, pero esta tesis de la provocación buscada ha sido descartada por los historiadores a día de hoy: en palabras de Maurice Agulhon, fue una tentativa de subversión real, aunque confusa y mal gestionada (Agulhon, 2002, p. 74).

preferentemente contra el pueblo de los *ateliers nationaux* que adquirió proporciones de franca ilegalidad). Lamartine ya había advertido a los polacos: “amamos a Polonia, amamos a todos los pueblos oprimidos, pero, por encima de todo, amamos a Francia”, y poco después de esta renuncia a la solidaridad revolucionaria internacional a favor de la oprimida Polonia, estallaron los acontecimientos de junio, sangriento fracaso de la revolución social en París que tuvo repercusiones gigantescas en toda Europa; la misma Francia que en febrero había desencadenado toda la serie de revoluciones, tomaba ahora la iniciativa de una reacción europea. Con las elecciones del 23 de abril y la preponderancia de hombres conservadores en la Asamblea, la política exterior del gobierno provisional se había visto definitivamente afectada (quedando a partir de entonces bajo control parlamentario). La manifestación del 15 de mayo, en la que una concentración en favor de Polonia había degenerado en graves incidentes de orden interior, cerraba definitivamente el periodo: el entusiasmo por la causa polaca de otro tiempo se tiñó de rechazo ante los disturbios, imperando la sed de orden ante todo. Y cuando Janiszewski, el delegado polaco en la Asamblea de Frankfurt espetó que los representantes del pueblo alemán soberano eran más enemigos de la nación polaca que los signatarios monárquicos de los Tratados de 1815, la desilusión de los hombres de 1848 alcanzó su cenit.

Se puede pensar, más allá del caso particular polaco tomado aquí como ejemplo y símbolo, que aquella manifestación del 15 de mayo aspiraba en verdad a pronunciarse contra el curso retrógrado que estaba tomando la política de mayo, y por una vuelta a los principios de febrero, tal y como apunta Agulhon, interpretándola en clave interna; el supuesto europeísmo, una vez más se habría presentado así como un arma política, una excusa retórica en la batalla política interna. Y es que en 1848 como en 1815, el concepto de Europa sigue siendo una herramienta de la oposición; lo fue con un contenido reaccionario y tradicionalista durante la Revolución para autores como De Maistre o Bonald, pasó a ser eminentemente liberal una vez que la Restauración se impuso, y en vísperas del cuarenta y ocho funciona como ideal al servicio de los movimientos populares, socialistas y de las nacionalidades.

A medio camino entre sus ideas filosóficas, especulativas, y las constricciones y el pragmatismo de un hombre de Estado, Lamartine perdió el poder el 24 de junio de 1848, quedando más tarde en las elecciones presidenciales en un lugar marginal, y para

la posteridad, su política exterior como errática o incierta (algo que combaten autores como Quentin-Bauchart). Hay quienes le achacan a su “inacción pacífica” una delación sobre todo de impotencia⁷⁵; Francia, mediocrementemente armada en ese momento, asediada por una fuerte crisis interna, rechazó implicarse en complicaciones europeas, y el gobierno provisional no hizo gala más que de una política de ganar tiempo. El mantenimiento de la paz como valor absoluto tantas veces esgrimido, sin embargo, benefició sobre todo a las monarquías europeas, tal y como apunta Tersen; la reacción europea, por un momento al borde del abismo, comprendió más rápido la identidad de sus intereses comunes, y frente a la represión proletaria en Francia, supo que la vía de la exportación revolucionaria al resto del continente quedaba definitivamente clausurada (esperanza que se confirmaría con la expedición a Roma).

Lamartine había esperado más de la revolución: un gran papel histórico a jugar por su país, una gran tarea universal a cumplir; soñaba con dotarla de la aureola de los liberadores al mismo tiempo que reparar la brecha de sus fronteras. Italia, que por un momento pareció brindar esa oportunidad, finalmente no pudo ser porque estalló justo entonces la insurrección de junio, que paralizó a sus sucesores. El fracaso de su República soñada, tras las jornadas sangrientas de junio y con su estrepitoso fracaso en las elecciones presidenciales, haría de él para la historia un personaje denostado, incomprendido por unos y otros⁷⁶.

La idea de una fraternidad europea no iba sin embargo a desaparecer con la disolución del gobierno republicano provisional; en la Constituyente de 1848 Francisque Bouvet, representante del pueblo nombrado por el departamento de l'Ain, demócrata y no exento del misticismo religioso de la época, intervino en la discusión del preámbulo de la Constitución (en la sesión del 5 de septiembre); y tras felicitar a la

⁷⁵ Tersen se muestra altamente crítico con su política : « Lamartine n'as pas pu, n'as pas voulu choisir ; sans oser la livrer –mais c'est ainsi qu'on est le plus sûrement vaincu- il a perdu la bataille de la liberté européenne » (Tersen, 1948, p. 77).

⁷⁶ “La conception internationaliste, en donnant à ce mot un sens très large et en lui ôtant sa signification politique contemporaine qui le pose en antagonisme avec le patriotisme, la conception internationaliste de Lamartine est plus affinée également que celle d'un grand parti international cosmopolite. Ceux qui professent le plus la fraternité des peuples ne le suivraient plus quand il affirme ‘qu'un bon traité de commerce, une suppression mutuelle du système des douanes entre les nations, valent autant qu'un drapeau et une sentinelle portés à quelques pas plus loin vers une rivière ou vers une montagne’. Les braves gens qui déclament contre les ambitions monarchiques et les guerres de conquête ne le comprendraient plus: ils tiennent à leur drapeau, à leur sentinelle, à quelques pas gagnés sur l'étranger ; certes ils veulent la fraternité des peuples, la grande démocratie européenne, mais c'est qu'ils voient en même temps, pour la France, la frontière du Rhin » (Quentin-Bauchart, 1908, p. 44).

Asamblea por haberse pronunciado a favor de la “fraternidad evangélica de la patria”, añadía:

« Vous avez aussi proclamé ou vous proclamerez sans doute la fraternité universelle des hommes et des nations. Peut-être ce principe lumineux vous conduira-t-il à poser la première pierre d’une institution qui n’existe pas encore dans le monde et qui doit être le clef de voûte du christianisme universel. Je veux parler d’une juridiction internationale, d’un grand jury ou assemblée universelle des peuples qui remplacerait la guerre, garantirait les traités, réglerait les différends élevés entre les gouvernements, répartirait les charges de chacun d’eux pour les grands travaux d’un intérêt général... »⁷⁷

1. 2. La Fraternidad de las Naciones

Con la difusión de la revolución por todo el continente, la monarquía constitucional y la república (e incluso la “república social”) se afirmaron como los regímenes típicos del cuarenta y ocho, mediante nuevas constituciones que venían a garantizar las conquistas revolucionarias. El parlamento, por su parte, se impuso como institución esencial del Estado a nivel continental. Leyes electorales con una base más amplia, modernización de las instituciones y de la administración, se convirtieron en realidades de la evolución política europea⁷⁸, mientras los monarcas buscaban soluciones de compromiso (y así, desde los primeros meses de 1848 asistimos ya a la destitución sucesiva de ministros símbolos del Antiguo Régimen, y al otorgamiento de constituciones en Estados alemanes e italianos, así como a la abdicación en los casos más extremos).

Los programas revolucionarios de 1848 acusaban igualmente una buena cantidad de trazos comunes, así como un evidente proceso de transferencia de un país a otro (el rumano Démètre Bratianu escribía por ejemplo a un amigo francés que el programa revolucionario de su nación estaba “calcado” del francés). La proclamación reiterada de libertades, la igualdad ante la ley, medidas frente a los problemas sociales con una mejora de la integración de las clases más desfavorecidas, mayor nivel de

⁷⁷ Cit. en Renard, 1919, p. 122. Poco más tarde, el mismo Bouvet depositaba una proposición de ley para la convocatoria de un congreso internacional que tendría por misión llegar a un desarme proporcional entre todos los Estados.

⁷⁸ Berindei, 1993, p. 156.

participación en la vida pública, constitución o afirmación de una guardia nacional como defensora del pueblo, además de la institución de jurados populares, la organización moderna del Estado o la independencia de la justicia fueron algunas de las muchas reivindicaciones compartidas que mantenían esos programas, alentados por la ola de fraternidad que embargaba al continente⁷⁹ y que se tradujo en una multitud de acciones populares, manifestaciones y cortejos, explosión de periódicos y folletos políticos como fenómeno común en todos los países. El vínculo profundo y fraternal de un sufrimiento que halla su grandeza y su consuelo precisamente en ese carácter “europeo”, hizo que las masas de Francia se sintieran unidas a las de Italia, Alemania, la Bohemia, Hungría o Polonia⁸⁰: “Ainsi, à la veille de 1848, le monde européen est comme transfiguré à l’appel de la liberté. Moment unique où les haines de peuple à peuple paraissent reculer devant l’image immense de la paix politique et sociale qui dispensera aux humains —on l’espère du moins— le bonheur »⁸¹.

Las nuevas redes intelectuales de comunicación provocaron una dimensión internacional del debate político⁸²; mucho más concentrados en París de lo que pudieron haberlo estado en 1789, ahora vienen de todas partes, a estudiar o hacer carrera. El sistema centralista galo propiciaba, primero, que lo ocurrido en París tomase inmediatamente el cariz de un fenómeno nacional, y los gobiernos europeos se apresuraron en reaccionar a la nueva república, que para ellos no podía sino pretender repetir los acontecimientos de la primera, a pesar del discurso de Lamartine

⁷⁹ Espíritu de la fraternidad que se encarna en la abolición de la esclavitud, el aspecto humanitario y universalista de la revolución (Aprile, 1998, p. 6). “A wave of fraternization swept the continent, uniting the most implausible elements. French priests blessed the planting of trees of liberty, previously the symbol of a goddess radicalism. Protestants, Catholics and Jews of Mainz all came to the Rhineland city’s cathedral to celebrate jointly the great tidings of liberty. Czechs and Germans worked and spoke together on the “National Committee” in Prague. The Polish revolutionary Ludwik Mieroslawski, imprisoned by the Prussian police for his role in the abortive uprising of 1846, was released from jail in Berlin, to be greeted by a crowd issuing cheers in Poland. For a few brief weeks, Europe experienced the “springtime of the peoples”, celebrating the end of a decades-long winter of oppression” (Sperber, 1994, p. 116). Frente a esta primera explosión de alegría, sin embargo, no tardarían en hacer su aparición el conflicto social o las rivalidades nacionales, como la otra cara de la moneda de la pretendida fraternidad.

⁸⁰ Droz cita unas palabras de Harney, quien exclamaba con motivo de una manifestación de los « Fraternal Democrats » en Londres : « Un golpe contra la libertad a orillas del Tajo es igual que un golpe contra la libertad a orillas del Támesis; una victoria del republicanismo en Francia significaría el fin de la tiranía en el mundo entero; el triunfo de la Carta democrática inglesa implicaría la libertad para millones de individuos en Europa » (Droz, 1988, p. 101).

⁸¹ Fortis, 1977, p. 16. « En accusant le réveil des nationalités, les révolutions de 1848 accentuèrent également leur solidarité et en premier lieu celle des nationalités opprimées. On assista donc, pendant cette période, à une prise de conscience ‘collective’, essentielle non seulement au développement des liens intereuropéens, mais aussi favorable à la lutte de libération de chacune des nations concernées » (Berindei, 1993, pp. 154-155).

⁸² Namier, 1944.

garantizándoles la paz. De ese modo se establecieron también —y probablemente más directas y mejores— conexiones entre los contra-revolucionarios, que buscaban hacer frente a una causa común. Es el momento además en que los románticos triunfan hasta en los últimos rincones de Europa, y aparecen nuevas figuras como la del poeta-obrero, en un “confuso acceso de las masas a la cultura”⁸³. Las obras de todos estos intelectuales habían preparado la explosión, sembrando las semillas de la revolución y, en el transcurso de los acontecimientos, los encontramos en las primeras filas de la acción (también formando parte como miembros de los gobiernos provisionales). Fueron especialmente ellos los que tejieron los vínculos entre las diferentes revoluciones, quienes les inspiraron una vía para el futuro e incluso cuando el movimiento empezaba a decaer, mantuvieron viva la fe en el progreso y el futuro de una Europa unida⁸⁴. A lo largo de 1848, en medio del fragor revolucionario, se planteó así un interesante debate en torno tanto a la unidad nacional como a la unidad europea, en el que un público ilustrado discutió acerca de sus diferentes posibles configuraciones y posibilidades⁸⁵, de algunos de los cuales nos ocuparemos a continuación.

2. Fraternidad, democracia y república europea:

Europa en los hombres y los textos de 1848

“La letteratura del continente fu negli ultimi pochi anni essenzialmente politica, rivoluzionaria, temprana a guerra”, sentenciaba Mazzini en 1852; al menos siete de cada diez obras históricas hablaban de una revolución ya bien extinta o sospechada, apunta; y

⁸³ Agulhon, 2002, p. 20. « Reprenant des thèmes lancés à la fin du siècle précédent par le romantisme allemand, les inspireurs et les dirigeants des mouvements nationaux en Europe centrale et orientale exaltent, pour combattre les cours et les aristocraties de culture cosmopolite, les vertus nationales des folklores, des chants et poésies populaires (...). La France, certes, n'est pas dans la même situation, et le problème national y est tenu pour réglé. Mais les peuples et nationalités protestataires, de la Grèce à l'Irlande, de la Pologne à l'Italie, sont chéris par nos libéraux et nos républicains, et du coup l'idéologie vaguement populiste qui sous-tend les luttes européennes n'est pas sans imprégner leurs amis de France » (2002, pp. 20-21).

⁸⁴ Berindei, 1993, p. 159

⁸⁵ Sin que por ello se pueda trazar una línea directa entre aquellos planteamientos y resultados ulteriores, pero a los que vale la pena no obstante echar un vistazo.

al menos siete de cada diez obras políticas o económicas anunciaban los síntomas de una revolución inminente, aplaudiéndola o combatiéndola según los casos; cualquier juicio sereno parecía vetado entre los escritores. La poesía calló, nos dice, aterrada por la tempestad que agitaba las almas; las novelas escasearon, y en todo caso hallaban pocos lectores. El arte puro se convirtió en un mito e incluso el estilo cambió: “tutti pensino e scrivano come convinti d’essere alla vigilia d’una battaglia”⁸⁶.

Y en esa víspera de la batalla, los textos y las ideas proliferaron por doquier: una eclosión de nuevas ideologías que vinieron a transformar además las difusas aspiraciones de las masas en reivindicaciones políticas, convirtiéndose en verdaderos fermentos revolucionarios. Desde la iglesia sansimoniana, fórmula de éxito en estos años como ya hemos visto y que por su acento en el progreso técnico inspiraría al sector más moderno de la burguesía, a autores como Pierre Leroux que, si bien próximo al sansimonismo, acentúa el aspecto humanitario y democrático, insistiendo en la fraternidad; de Louis Blanc, apóstol de la fraternidad y el derecho al trabajo, a la figura más aislada e inclasificable del ateo Proudhon, forman todos ellos un hervidero intelectual al que se suman también los más radicales Babeuf y Cabet; Fourier y sus falansterios representan otra corriente de este primer socialismo, y su discípulo Victor Considérant, quien será jefe de la Escuela falansteriana a partir de 1837, sabrá otorgarle a este movimiento una nueva impronta, de carácter marcadamente europeísta, como ya vimos en el capítulo anterior y aún tendremos ocasión de comprobar en el presente. Todas estas nuevas ideologías sociales pueden encuadrarse en la izquierda, aunque no responden directamente a partidos organizados y, por utópicas o extravagantes que puedan parecer hoy a nuestros ojos, han de tenerse bien en cuenta, puesto que ejercieron una gran influencia social e intelectual, introduciendo en el debate toda una nueva terminología (“ocioso”, “trabajador”, “proletario”...) que acabó por redefinir e imponer, al nombrarlos, los problemas sociales⁸⁷.

Esta “feria de las ideas”, como la representaba una viñeta humorística de la época⁸⁸, se caricaturiza a sí misma a su vez por una multitud de epígonos, charlatanes e

⁸⁶ Mazzini, *Condizione e Avvenire dell’Europa*, 1984, p. 29, y continúa: “in un caos intellettuale e morale, simile a quello che annunciava (...) la caduta dell’Imperio Romano (...); quando la terra tremava sotto il passo di razze sconosciute, spine da una misteriosa irresistibile forza verso il core della società europea”.

⁸⁷ Fortis, 1977, p. 22.

⁸⁸ « La foire aux idées », dibujada por Bertall para el *Journal pour Rire*, octubre de 1848, en el que se presentan los sistemas utópicos y sus extravagancias (y entre los que aparecen Victor Considérant,

iluminados de distinto pelaje (como el abad Châtel, que se nombra a sí mismo “Primado de los Galos”, el “fusionismo” de Turreil o la “Ley de unión” de Rose-Marius Sadat, el “evadismo” de Ganeau...) que dan cuenta no obstante del ambiente ideológico y social, incluso religioso, que viene a sumarse a la agitación de los espíritus en este clima cuarentayochista. El hervidero de doctrinas, ideologías y utopías diversas que fue la víspera de 1848 mostraba en todo caso, y como rasgo común, una fe inquebrantable en el futuro, con la convicción de poseer las recetas para aportar, a Francia y al resto de la humanidad, la felicidad definitiva.

1848 marca el año en que los conceptos de Europa, República y democracia se superponen de manera indisociable⁸⁹. Persuadidos como estaban los hombres de aquel tiempo de que el advenimiento de la democracia marcaría definitivamente la era del bienestar universal, la unión europea no se concibe ahora si no es bajo la forma republicana, que se opone más que nunca a la Europa de 1815, representa la libertad y posibilita la concordancia entre las naciones. El advenimiento de la República en Francia nuevamente suscita de inmediato la urgente cuestión de la necesidad, u oportunidad, de exportar y universalizar el modelo republicano al resto de las naciones, tal y como veíamos en el debate en el seno del Gobierno provisional: la “República europea” de Voltaire vuelve así a la palestra. Pero la democracia, forma que toma el moderno Arcángel —como en el texto de Considérant—, exige por propia definición que se trate de una democracia universal —es decir, europea— que alcance necesariamente a todos. La Revolución no será completa mientras no triunfe en todas partes, claman voces aquí y allá, y su triunfo y expansión inicial así parecen augurarlos. De esta manera se fraguan, en los extremos más utópicos del movimiento revolucionario, los ideales de una “República universal, democrática y social” o de unos “Estados-Unidos de Europa”, verdaderos emblemas de la época en los que se concitan todas aquellas aspiraciones a la justicia universal, la democracia, la libertad, la igualdad o la fraternidad. En un momento en que la solidaridad internacional obrera empieza a fraguarse de la mano de los movimientos socialistas, reaparecen también las

Cabet, Pierre Leroux, Proudhon o Louis Blanc) como una feria de mercachifles ambulantes que, augura, “ces farces ne dureront pas longtemps...” (en *Les révolutions de 1848. L'Europe des images*, 1998, p. 146).

⁸⁹ Gilli, 1994. “1848 est un moment-clé dans l’élaboration de la tradition démocratique française et internationale » (Aprile et al., 1998, p. 5). « Il est vrai que le mot de République a servi de mot de ralliement, de moyen d’exaltation d’un peuple qui voulait se libérer ».

implicaciones cristianas (la ideología política cuarentayochista se empapa de religiosidad) de nociones tales como la fraternidad entre los hombres que, extrapolada al nuevo sujeto político, el Pueblo, marcan la vía para una fraternidad entre los pueblos que consolide la federación de naciones emancipadas (es decir, unidas libremente, y sin perder un ápice de sus rasgos distintivos tan celebrados en este momento). Tras la Libertad y la Igualdad, la Fraternidad se presenta pues como el concepto político clave de 1848, posibilitador y garante de los otros dos (sin el cual, se señala en más de una ocasión, los anteriores no son más que medios o conceptos negativos), y vía de acceso para la República y la democracia europeas. Sin duda conceptos heredados del pensamiento político que se había ido gestando en décadas inmediatamente anteriores, alcanzan sin embargo ahora en esta primavera su forma más completa y realizada, al asalto del discurso político, inextricablemente unidas. Todos los textos acerca de Europa que florecen en estos años iban a servirse de este modo de herramientas conceptuales como las citadas Fraternidad, Federación, República o Democracia, nuevo contenido semántico de la idea de Europa de 1848 y que veremos a continuación con más detalle de qué manera se articulan (aunque sin llegar nunca, eso sí, a superar el tono poético y plasmarse en un proyecto concreto⁹⁰).

2. 1. Felicité de Lamennais:

El clérigo Felicité de Lamennais es probablemente uno de los autores más relevantes e influyentes de este periodo; su pensamiento profético y su talante de apóstol de la emancipación le habían conducido ya en 1835 a vaticinar el enfrentamiento futuro entre los pueblos y las monarquías a escala europea. Y es que, como muchos de sus contemporáneos, Lamennais mantenía una fe firme en el progreso, y consideraba que, observando la historia con atención, se podía predecir el curso de los acontecimientos. Así predijo que la “inevitable conmoción” afectaría no sólo a Francia, sino a toda Europa:

⁹⁰ « Dans l'esprit de 1848, même si les aspirations de caractère fédératif apparaissent indissolublement rattachées aux idéaux démocratiques, on trouve rarement alors une proposition précise à propos des moyens de représentation et des institutions capables de donner voix à la diversité et la pluralité qui sont conçues comme la nouvelle essence de cette idée d'Europe renouvelée et fondée, désormais, sur la fraternité des peuples. Ainsi, tous ces discours ne restent que comme de grandes et belles prophéties, contribution majeure des romantiques à l'idée d'Europe » (Duroselle, 1965, p. 219).

« L'Europe est à la veille d'une commotion terrible qui l'ébranlera jusque dans ses fondements, le mouvement ne sera pas circonscrit dans un seul pays, il s'étendra à tous les peuples et chaque heure peut donner le signal de cette catastrophe »⁹¹

Estas y otras profecías (expresadas a menudo en el lenguaje poético de la Biblia) que le llevaron a vaticinar, a finales de la década de 1830, la revolución futura, amén de otras denuncias sociales, le convirtieron sin duda en una de las voces más potentes y efectivas del coro de protesta y rebelión cuarentayochista.

Y sin embargo, a Lamennais, el autor del pueblo, le persigue una sombra de pasado conservador y celo ultramontano que muchos no dudarían en utilizar como arma arrojadiza contra él: colaborador a partir de 1822 del periódico ultra *Le Drapeau Blanc*, desde cuyas páginas emprendería la ardiente defensa de Roma frente al galicanismo (su primera gran causa, que le iba a acarrear no pocos problemas, y su primer gran enemigo, el galicanismo, en tanto que Iglesia nacional independiente que atentaba contra el canon de unidad de la fe y el principio de una Iglesia ecuménica libre), amigo de Chateaubriand, pronto empieza no obstante a crecer una grieta en su amistad, a raíz de la intervención francesa en España (hecho que le haría abandonar las filas del periódico ultra, al mostrarse disconforme con esta intervención y los argumentos defendidos por su amigo para sostenerla).

Escritor infatigable, Lamennais es autor de más de quince libros además de una decena de panfletos y dos recopilaciones de poemas, fue colaborador en cuatro periódicos y dejó tras de sí una voluminosa correspondencia. Legitimista primero, orleanista conservador después, el poeta acabó evolucionando hacia una “democracia tintada de poesía y misticismo”⁹², de rasgos socialistas; proscrito por la Iglesia, imbuido del espíritu mesiánico de su tiempo, representaba en vísperas del cuarenta y ocho la esperanza de todos los oprimidos en Europa. Deseoso de la universalidad y la unión de la religión primero, acabó sustituyendo la Iglesia por la República en pos de un acercamiento al Pueblo, su verdadero objetivo (*Le livre du Peuple*, de 1839, o *De l'Esclavage Moderne*, reclamaban ya la reforma electoral y el sufragio universal). Su lucha

⁹¹ Cit. en Tuloup, 1961, p. 477; en febrero de 1833, Lamennais escribía igualmente: “Sans doute que tout se prépare pour une nouvelle, profonde et universelle révolution, rien au monde ne l'arrêtera » ; « Oui, la voilà [l'Europe] sur son lit de mort » ; « Le genre humaine est sur la croix. J'en conclus que le salut approche » (cit. en p. 476).

⁹² Fortis, 1977, p. 55.

igualitaria se acompaña además de una defensa de la descentralización del poder en pro de la autonomía local, ejerciendo un cristianismo evangélico a favor de los trabajadores, centrado en la fraternidad y la justicia social. Y como tantos otros, también Lamennais acabó volviéndose para ello hacia la historia, buscando en ella garantía de un propósito significativo así como la promesa de un desenlace inevitable (y nunca abandonaría la búsqueda del absoluto, en la que Dios acabaría equiparándose a la libertad).

La búsqueda de una unidad de la Iglesia ecuménica primero, del absoluto y la emancipación de los pueblos como destino de la humanidad iba a llevar a Lamennais, en la práctica política, a posturas y manifestaciones claramente europeístas. El periódico *L'Avenir* nace así el 16 de octubre de 1830 con una misión 'europea' y social⁹³, tal y como declaran su redactor jefe y sus principales colaboradores, autores de numerosos artículos a favor de Polonia o la Irlanda arrasada por el hambre. El periódico pronto atraviesa las fronteras y penetra en Bélgica; grandes nombres de la época, como Chateaubriand, Michelet, Victor Hugo o Lamartine saludan y aplauden al nuevo diario, que va adquiriendo cada vez más prestigio y difusión internacional (más tarde intentaría repetir la hazaña con un diario llamado *Le Monde*, que abandonaría no obstante en apenas cuatro meses por su falta de éxito).

Ya antes del periódico *L'Avenir*, Lamennais había manifestado preocupaciones de carácter europeo. Así, en 1822, le escribía a su amigo el barón de Vitrolles: "Les peuples n'ont jamais été unis en société générale. Le christianisme tendait à former cette société nécessaire à la civilisation qui sera toujours incomplète sans elle. L'Europe en sent vaguement le besoin... ». Contra las tiranías monárquicas, escribía : « La preuve que les rois ne comprennent absolument rien à tout ce qui se passe, c'est qu'ils ne combattent partout que les effets et jamais les causes. Ils opposent des soldats à des doctrines... » ; y a los poderes establecidos les reprochaba en 1829 (en *Des progrès de la Révolution et de la guerre contre l'Église*), no comprender que el mundo estaba penetrado ya por la necesidad de un orden nuevo⁹⁴.

Se podría concluir pues que en el periódico *L'Avenir*, que mantuvo encendidos debates y polémicas con *Le Globe*⁹⁵, se forjó la misión europea y social de Lamennais,

⁹³ « En se penchant sur les masses mécontentes, l'auteur des *Progrès de la Révolution* est devenu non seulement républicain, mais aussi 'européen'. Il le restera jusqu'à son dernier souffle. A cette préoccupation 'européenne' nouvelle, le journal *L'Avenir* doit sa naissance » (Fortis, 1977, p. 33).

⁹⁴ Citas en Fortis, 1977, p. 32.

⁹⁵ Las cuales han sido estudiadas por Derré, 1986, en su artículo "Lamennais et la pensée saint-simonienne".

hasta su condena por la encíclica *Mirari Vos*, el 15 de agosto de 1832. Desde sus páginas y tras la expulsión de la Iglesia, Lamennais transformó el periodismo en púlpito, o tal y como ha sido expresado, “en la cumbre, batida por todos los vientos, del profeta”⁹⁶. Gracias a escritores como Lamennais el concepto de Pueblo, que reemplazó a la idea de Iglesia como comunidad universal, se convirtió en una palabra plena de significado, y vino a ser sinónimo de una personalidad homogénea y una entidad sacralizada. Lamennais denominó al pueblo *universitas fidelium*; no le preocupaba el fenómeno particular de un pueblo específico al que la geografía, la raza, el idioma y la historia hubiesen constituido en nación: el concepto de pueblo que él se había forjado nació por el contrario como reacción contra lo que le parecía una traición a la doctrina de un solo pastor y un solo rebaño, cometida por esa Iglesia culpable de galicanismo⁹⁷. Pero será verdaderamente la doctrina política, y no tanto el dogma religioso, lo que conocerá una evolución fundamental en el pensamiento de Lamennais, desde el momento en que el progreso de la humanidad adelanta a la búsqueda individual de salvación como principio⁹⁸. La idea de hacer entrar en el plano de la Providencia el curso de la historia, y más concretamente en su curso presente, sería de hecho uno de los artículos de fe fundamentales del neo-catolicismo, su terreno más sólido para el entendimiento común con el humanitarismo laico —así como el tema principal de conflicto con la Iglesia oficial. La doctrina de la Caída y la Redención cede el paso pues a la fe en un progreso continuo, concepción que desde el siglo XVIII viene fraguando la ruptura entre el cristianismo ortodoxo y el humanismo laico, y el neo-catolicismo de Lamennais o Chateaubriand aparece así como una religión del futuro y del cambio⁹⁹ (lo cual les acerca igualmente a los representantes de la utopía). Pero a pesar de su desencuentro con Roma, Lamennais no pretende fundar una Iglesia nueva: se convence por el contrario de que lo verdaderamente espiritual reside en el ámbito de la política, que tal y como él la concibe, es la vida de los pueblos, y en ellos centrará toda su atención: el Pueblo sufriente que atestigua, él sólo, la santidad del género humano, frente a las potencias contra las que Lamennais dirige violentos anatemas desde su democratismo profético. Y de esta manera se completa su transición de cura católico a publicista humanitario en vísperas del cuarenta y ocho (el vínculo con Dios, no

⁹⁶ Talmon, 1960, p. 212.

⁹⁷ Talmon, 1960, p. 216.

⁹⁸ Y a partir de entonces, el clérigo se iba a esforzar en formular teológicamente el concepto de Progreso (Bénichou, 1977, p. 153).

⁹⁹ Bénichou, 1977, p. 155.

obstante, si bien ya no entendido en el sentido católico, seguirá siendo el principio fundamental de toda la vida espiritual, tal y cómo él la concibe). La religión viene así a culminar las esperanzas de superar el espíritu individualista de la Ilustración, y las mayores innovaciones ideológicas de la época se presentan a sí mismas como religiosas. Su humanitarismo no implica sin embargo un programa social preciso y permanecerá siempre, al igual que el conjunto del neo-catolicismo social de la época, más allá de un socialismo propiamente dicho —reserva también frecuentemente compartida por los humanitaristas laicos, por otra parte. Y tampoco su doctrina, como todas aquellas que esgrimen el dogma del futuro, sabrá resolver la antítesis entre libertad y unidad: el concepto de libertad iba a quedar así vinculado, aunque de manera poco convincente, a una noción dogmáticamente humanitaria de los destinos sociales; el derecho de los pueblos se opone así al de los individuos (confusamente identificados con los privilegios), y de ahí la preferencia por una autoridad colectiva que limite en cierta forma la libertad¹⁰⁰. Pero la primacía del Pueblo no deja de reclamarse una y otra vez de forma conjunta a la primacía de la Libertad, sin acabar de resolver o zanjar la aparente contradicción.

Así se desprende de la que probablemente es su obra más conocida, *Paroles d'un croyant*, publicado en 1834, y que avivó la llama de la revolución social consagrando a su autor a nivel europeo (la obra conoce un éxito terrible de difusión, y potencias como Prusia o Austria llegan a prohibirlo por considerarlo peligroso¹⁰¹).

Le livre du Peuple, de 1837, no vino sino a intensificar ese sentimiento de revuelta entre los pueblos europeos; condenado por dos encíclicas, declarado enemigo público por las monarquías europeas, vigilado por la policía de Metternich y delicado de salud, Lamennais se consagra a su misión de apóstol y educador del pueblo, fiel a sus “estrictos deberes para con la humanidad”. Y cuando en 1841 Lamennais es encarcelado en la prisión de Sainte-Pélagie, su prestigio como portavoz del pueblo —y mártir de sus aspiraciones— no hará más que crecer a ojos de las masas. Desde el

¹⁰⁰ Bénichou, 1977, p. 171.

¹⁰¹ *Les Paroles d'un croyant* le llevó al apogeo de su fama europea, y le supuso la segunda condena de Roma. Tuvo un éxito prodigioso, con ocho ediciones en el primer año, y traducido a todas las lenguas del continente. Una obra en la que reivindicaba los derechos sagrados de los hombres y condenaba a los tiranos europeos (con terribles imágenes como la de los siete reyes europeos bebiendo sangre humana). Obviamente los poderes se preocuparon por la influencia del clérigo, el absolutismo europeo se sintió amenazado por sus escritos incendiarios, y especialmente Metternich influyó de manera decisiva en las condenas papales.

encierro, su pensamiento no dejaría de perseguir la causa de la liberación de los pueblos europeos, y si ya había mostrado en anteriores ocasiones su proximidad a la Polonia mártir, a la Irlanda de O'Connell, en las cartas que escribe desde su reclusión a menudo muestra su interés por todas las cuestiones europeas (mantiene correspondencia durante ese periodo, entre otros, con Mazzini¹⁰²). Cuando en 1842 abandona la cárcel, no tardaría en soltar un nuevo vaticinio: “d’ici peu d’années, l’Europe sera en feu...”¹⁰³.

Ya en vísperas de la revolución, publicaba un panfleto que no dejaba dudas sobre su vocación de defensor de la causa de los pueblos europeos: *Le Denil de la Pologne, protestation de la démocratie française et du socialisme universel*, seguido de un llamamiento: *À la démocratie européenne, la démocratie française*¹⁰⁴. En este llamamiento Lamennais llama a luchar contra los tiranos y opresores, que identifica con el despotismo y la aristocracia; y reivindica el derecho de Francia a extender las protestas y movilizaciones más allá de sus fronteras, en pos de un ideal revolucionario que equipara con la justicia y la humanidad¹⁰⁵. Pero por encima de todo el llamamiento de la democracia francesa a la democracia europea es una invitación a la acción unida y conjunta de todas aquellas democracias, “hermanas europeas”:

« Démocraties de toutes le contrées, frères qu’unissent la même foi et les mêmes espérances, n’ayons plus qu’une même action qui ne se relâche jamais. Élevez, au milieu de l’Europe asservie, le signe de l’affranchissement »¹⁰⁶

En 1848 Lamennais entra como diputado en la Asamblea Nacional y se embarca en la redacción de otro diario, *Le Peuple constituant*, aparecido entre febrero y julio de 1848; apenas habían transcurrido dos días del nacimiento de la joven República, cuando

¹⁰² Refugiado en Londres, Mazzini les escribió una carta de admiración, en nombre de “los trabajadores italianos y la Joven Italia” (22 de noviembre de 1840), en la que alaba su “inspiration des choses futures” y le pide que no cambie, porque “Dieu et le peuple ne vous trahiront pas”. (cit en Fortis, 1976, p. 10).

¹⁰³ Cit. en Fortis, 1977, pp. 38 y 42.

¹⁰⁴ En este manifiesto acompañan a la firma del poeta otros nombres como Ledru-Rollin, Flocon o Marrast, y en una nota se añade que “la manifestation précédente sera traduite dans toutes les langues européennes et tirée à cinq cent mille exemplaires ». El apéndice « Du socialisme universel », por su parte, aparece firmado por un joven socialista inflamado, un tal A. Constant, que entre otras cosas pide el sufragio femenino, equipara la asociación universal a la “verdadera Iglesia católica” y sobre todo, hermana a Francia con el destino de Polonia, “Cristo de las naciones”, de cuyos verdugos dice que, al borrar esta nación del mapa, han menospreciado tanto a Europa como al Senado de los Pueblos: “Ils ont assez méprisé l’Europe et le sénat des nations pour envoyer leurs bourreaux effacer un nom de la carte d’Europe et traîner aux gémonies le cadavre d’une sœur que les nations pleuraient” (1847, p. 7).

¹⁰⁵ « La démocratie française (...) juge de son devoir de provoquer de semblables protestations de la part de tous ceux qui ne pensent pas que les nations soient une proie abandonnée à la violence, qui partagent, au dehors de la France, les principes sacrés de sa révolution, de tous ceux enfin qu’anime le sentiment de la justice et de l’humanité » (Lamennais, 1847, p. 4).

¹⁰⁶ Lamennais, 1847, p. 5.

Lamennais lanzaba el 27 de febrero este nuevo periódico, el quinto de su vida y que aparece inicialmente como una única hoja pegada en las paredes de París. Muchos han destacado la actitud “europea” y “precursora” de este periódico¹⁰⁷, que dedica un buen número de sus páginas (a través de dos secciones fijas, “Nouvelles des Républiques étrangères” y “Nouvelles des Monarchies étrangères”) a los conflictos insurreccionales de otros países, a los que anima y apoya, y reclama la intervención de la República francesa, autora del impulso que ha puesto en marcha a los pueblos europeos, a favor de la Irlanda insurrecta, la Italia sometida a la represión austriaca o la Polonia en pie contra austriacos, prusianos y rusos. En él participan además firmas de exiliados como el polaco Ostrowski y el italiano Ferrari, quienes insisten en la profunda influencia de la República sobre Europa y en su calidad de « salvadora de los pueblos »: “Paris est devenu la ville sainte qui décidera du sort du monde”; « La République seule peut nous sauver et sauver tous les peuples nos frères », reiteran¹⁰⁸. Son éstas unas primeras páginas llenas de entusiasmo por los acontecimientos europeos, y en los que un Lamennais pletórico vaticina la dislocación del imperio austriaco, el renacimiento de Polonia, la independencia de Italia, etc.: “*L’Europe entière marche...*”, repite esperanzado. El europeísmo de Lamennais, lo apuntábamos antes, está marcado por su visión de la historia; así, el 26 de marzo escribe en este periódico: “Affermissons le temps où toutes les nations viendront jurer l’indissoluble alliance qui doit les unir”, reclamando cuatro días más tarde en esas mismas páginas, y en ese momento único en la Historia en la que los combates librados por una misma causa parecen acercar más que nunca a los pueblos, “l’établissement d’une *Confédération Européenne des Nationalités libres*”¹⁰⁹, cuya realización le parece próxima a la luz de las halagüeñas noticias que llegan de los pueblos amotinados que acumulan victorias a su favor.

Desde el optimismo de esos primeros meses a las primeras decepciones y la desilusión y amargura final transcurren sin embargo apenas seis atribulados meses. El 4 de mayo persistía en el rechazo a la idea de abandonar a sus enemigos a “un peuple frère”, en referencia a Polonia; el aplastamiento de las insurrecciones por doquier se le antoja una masacre, orquestada en todos los puntos de Europa por la monarquía contra “los pueblos de la República, hijos de Dios”:

¹⁰⁷ Fortis, 1976, p. 7.

¹⁰⁸ *Le Peuple Constituant*, 29 y 28 de febrero 1848.

¹⁰⁹ *Le Peuple Constituant*, 30 de marzo 1848.

« L'Europe se partage en deux camps: du côté des peuples de la République, une religion, l'armée des enfants de Dieu, de l'autre côté, l'armée des fils de Satan qui n'ont d'autre moyen que le mal même... Qui nous sauvera ? Nous ne croyons qu'au peuple... »¹¹⁰

En todos estos artículos en los que parece haber conciliado las orientaciones divergentes del furierismo y del sansimonismo, el republicanismo romántico con el socialismo evangélico, Lamennais mantiene pese a todo su fe en una República que pretende hacer extensible al resto de Europa; Su pensamiento “europeísta” es pues indesligable de su naturaleza optimista y su creencia en la realización de la unidad de la humanidad, el sueño de una gran familia humana en la que se realizaría la solidaridad entre los pueblos y que se repite en varios artículos del *Peuple Constituant*, así como en su “Proyecto de Constitución”. Todavía en 1855, cuando ya muy enfermo consiga terminar su traducción de la Divina Comedia de Dante, el libro aparecería con una dedicatoria consagrada a la fraternidad: “Aux Italiens, hommage de sympathie fraternelle”.

2. 2. La fraternidad de los pueblos: Arnold Ruge y Giuseppe Mazzini

Semejantes homenajes de “simpatía fraternal” iban a tener también su eco allende las fronteras francesas, en los otros grandes focos revolucionarios europeos: el parlamento de Frankfurt o la independencia italiana.

Desde los años 1830 todos los liberales alemanes venían sosteniendo ya con mayor o menor énfasis la necesidad de que los Estados soberanos, emanados de la voluntad popular, se uniesen para crear un orden europeo, ideales desarrollados en la “fiesta de Hambach”, que reunió el 27 mayo 1832 a entre 20.000 y 30.000 liberales del sur y del oeste de Alemania en el castillo de Hambach, en el Palatinado bávaro, para demostrar el poder de la aspiración a la unidad nacional. Los hombres de Hambach no ignoraban los esfuerzos del patriota italiano Mazzini, fundador en 1834 de la Joven Europa, ni las ideas sansimonianas, introducidas por los intelectuales de la Joven Alemania; todas aquellas ideas de soberanía popular, de unificación nacional y también

¹¹⁰ Lamennais, *Le Peuple constituant*, 13 de junio 1848.

de igualdad y fraternidad entre los pueblos se hallan recogidas en las palabras de los oradores de aquel día; sobre las ruinas del sistema de Metternich, pretendían construir los “Estados-Unidos libres de Alemania” al mismo tiempo que la “Europa republicana confederada”¹¹¹.

Herederero de todos aquellos ideales, miembro del parlamento de Frankfurt y posteriormente miembro del Comité democrático europeo de Londres junto con Mazzini o Ledru-Rollin, Arnold Ruge sostenía que “la nacionalidad de una nación libre es la Humanidad”, y pretendía reemplazar la Santa Alianza por un “Congreso de los pueblos” que organizase el nuevo orden europeo de acuerdo al principio de libertad¹¹². En su discurso al parlamento de Frankfurt el 22 de julio de 1848, Ruge propuso una convención europea para el desarme, y junto con Julius Fröbel (que había publicado ese mismo año en Viena un pequeño panfleto titulado *Wien, Deutschland und Europa*, en el que defendía las tesis del federalismo democrático), una Federación europea de naciones-estado. En Frankfurt, también Karl Vogt y Robert Blum apelaron a la paz y la fraternización de los pueblos liberados de la Europa occidental, pero el principal portavoz de la izquierda en el parlamento de Frankfurt seguiría siendo Arnold Ruge, quien, influenciado por el “Manifiesto a Europa” de Lamartine de marzo 1848, proponía para los eslavos un organización democrática federal fundada en la libertad, la autodeterminación y la fraternidad, y desde ahí, el restablecimiento de Europa sobre la base de la autonomía de los pueblos, de un nuevo derecho internacional y de la acción conjunta de las tres grandes naciones ilustradas: Francia, Inglaterra y Alemania.

Probablemente no fue Ruge un hombre de ideas originales, pero lo cierto es que supo situarse en el centro de la acción y de la organización de los movimientos que representaron todos esos ideales (tales como los Jóvenes Hegelianos), abogando siempre por una República democrática y social (sin ser nunca comunista), por lo que vale la pena recordarle siquiera sucintamente aquí¹¹³.

Mazzini, promotor de la república italiana y revolucionario cuarentayochista por excelencia, también compartió el sueño de la federación europea. Y como tantos de sus congéneres, Mazzini resultó igualmente un profeta de su tiempo: consternado por los

¹¹¹ Cit. en Nurdin, 1994, p. 296, autor que apunta no obstante a que en Hambach se daba ya también un germen nacionalista que pronto devendría peligroso.

¹¹² Cit. en Körner, 2004, pp. 12 y 95.

¹¹³ Sobre la figura de Arnold Ruge, ver: Reinalter, 1994, p. 79.

acontecimientos continentales (la anexión rusa de Cracovia, las masacres en Galitzia o Rumanía), ya en octubre de 1847 había vaticinado en una carta dirigida a su madre: “puede vd. estar segura que se prepara para Italia y para Europa una terrible tempestad que estallará el año próximo”¹¹⁴.

Mazzini mantuvo relaciones intensas con la elite francesa de su época (Louis Blanc, Ledru-Rollin, Lamartine, Lamennais, George Sand, Quinet o Victor Hugo¹¹⁵), y en ese mismo país fundó, exiliado en Marsella en 1831, el movimiento de la *Joven Italia*. Miembro de la carbonería desde 1827, y aunque siempre rechazó adherirse a la Primera Internacional por no compartir las tesis marxistas, no dudaba del carácter continental de la revolución que estaba teniendo lugar: “sans entente préalable, d’un bout à l’autre du continent, des peuples esclaves se soulèvent (...) et se tendant la main par-dessus les barrières de la Sainte-Alliance, donnèrent un moment à leurs géôliers le *terrifiant* spectacle d’une Europe unie, prête à recouvrer sa liberté »¹¹⁶.

Encarcelado en su juventud por sus actividades carbonarias, convirtió la experiencia de aquellos primeros levantamientos fracasados en un programa decidido, unitario y republicano, que perseguía crear una organización política pública en el extranjero y secreta en el interior. Este programa de acción se hallaba inserto en una filosofía de la historia, que señalaba a la Joven Italia la misión de representar un papel dirigente en la historia de la humanidad. La época del individualismo había pasado, se avecinaba la de la colectividad, que reorganizaría a toda la humanidad en una federación de repúblicas. Con la creación de la Joven Europa en Suiza en 1834 pretende la sustitución de la alianza de los tres monarcas de distintas confesiones por la hermandad de las tres naciones representativas: la de los italianos para los latinos, la de los alemanes para los germánicos y la de los polacos para los eslavos. La *Joven Italia* contaba para 1833 con 60.000 federados ya, y aunque su epígono la *Joven Europa* fue creada en 1834 por tan sólo 17 miembros, no dejó de crecer, con la pronta adhesión de la *Joven Suiza*; en su escrito fundacional, la *Joven Europa* se definía como “association des opprimés contre les oppresseurs, à n’importe quel pays qu’ils appartiennent”, y se concebía como la única asociación susceptible de asegurar la paz en el continente. A Mazzini pertenece

¹¹⁴ Cit. en Isola y Bourgin, 1956, p. 63. El pensamiento profético de Mazzini, por lo demás, guarda numerosos paralelismos con el de Adam Mickiewicz, prócer de la revolución polaca y exiliado también en París.

¹¹⁵ Y participó además con entusiasmo en la vida política francesa: en los dosieres de la Constituyente de 1848 se conservan al menos cuatro misivas enviadas por Mazzini, además de dos cartas de felicitación dirigidas a la nueva República y que Lamartine acoge con entusiasmo.

¹¹⁶ Cit. en Isola y Bourgin, 1956, p. 12.

de hecho la famosa y tan extendida expresión de la “Santa-Alianza de los pueblos oprimidos”, acontecimiento histórico que el autor italiano incardina en el tiempo cifrando en Maratón el inicio de una “larga marcha por la libertad de Europa”.

Mazzini, al igual que Michelet con respecto a Francia, reclamaba para su país una significación superior sobre la multiplicidad de naciones diferentes, pero para ello se vieron obligados a defender la unicidad de la historia universal considerada como esquema, de inevitable lógica, que combina la diversidad dentro de la unidad. La idea de misión nacional exigía una visión más amplia de la Humanidad para que el concepto de nación elegida pudiese tener sentido. La Historia es así una, la historia universal: en palabras de Mazzini, “la Humanidad es la palabra viva de Dios” (la Historia, en Lamennais como Michelet o Mazzini, es ante todo teología, el relato de un desenlace), y el protagonista de la historia es el pueblo, no los individuos. Mazzini esgrime así un concepto de la ley que gobierna la Humanidad entera: la del pueblo-mesías, donde solamente la totalidad del pueblo indivisible es la Iglesia de Dios¹¹⁷.

Pero Mazzini está por delante de Michelet en la medida en que aplica doctrinas del sansimonismo al nacionalismo; así, considera que la humanidad está preparada para la nueva transformación que habrá de conducirla del individualismo a la asociación: el revolucionario italiano cree en la asociación, tal y como afirma, como único medio de establecer sobre la tierra ese progreso al que todos aspiran¹¹⁸; el amanecer de la era asociativa trae a primer término la nación —y no los productores como Saint-Simon creía—, convirtiéndola en instrumento de realización; del mismo modo que la nación constituye la realización del principio de asociación entre hombres del mismo origen y dentro de un marco natural, la asociación a nivel europeo se hará realidad armonizando las distintas aportaciones de las naciones independientes. Así, pues, la nación es el paso intermedio entre el individuo y el orden universal: “Al trabajar por nuestro país de acuerdo con principios verdaderos, trabajamos por la humanidad (...). Antes de que los hombres puedan asociarse con las naciones que componen la humanidad, deben tener

¹¹⁷ Talmon, 1960, pp. 217-219.

¹¹⁸ Mazzini se siente preocupado por el anárquico estado en que se encuentra todo, las universidades, las academias, las escuelas sin un sentido misional, ni programas unitarios ni visiones de conjunto: en su programa, por el contrario, la libertad de educación quedaría excluida, y el principio de asociación que representa un criterio firme, que todo lo abarca, será el único que se enseñe en escuelas y universidades, “un credo general que constituirá el programa de la nueva era”. Mazzini comparte la creencia sansimoniana de la necesidad de un credo común que responda al movimiento contemporáneo que arrastra a la humanidad hacia nuevos destinos.

una existencia nacional. (...). Los pueblos son los diferentes cuerpos y divisiones de ese ejército. Cada una tiene asignado un puesto y una misión específica que cumplir”¹¹⁹. Pero la nacionalidad no constituye en su pensamiento más que la base para una asociación más amplia, una “Liga internacional de los pueblos” en la que ya pensaba desde la fundación de la “Joven Europa” y que se inaugura finalmente en Londres el 28 de abril de 1847 (internacional mazziniana que se habría adelantado por tanto casi veinte años a la de Marx), el mismo año en que publicaba su *Système de démocraties*. Y así, Mazzini opone a la Santa-Alianza de los reyes, la *Santa Alianza de los pueblos*:

« Nous croyons dans la *Sainte-Alliance des Peuples*, qui est la plus vaste formule d’association de notre époque; dans la *liberté et l’égalité* des peuples, sans lesquelles aucune association n’est viable; dans la *nationalité*, qui est la conscience des peuples, qui assigne à chacun d’eux sa part de travail, sa fonction dans l’*Humanité*, constituant leur mission sur terre, c’est-à-dire leur *Individualité*; dans la Patrie sainte, berceau de la nationalité... »¹²⁰

La nación ostenta pues un lugar principal en el ideario mazziniano, y especialmente la nación italiana, en su opinión, cuestión capital para el futuro de Europa y en la que Europa debe por tanto comprometerse; y es que la nación italiana, dice Mazzini, es la destinada a iniciar el advenimiento de las naciones. Pero, ¿por qué Italia? La aparición en escena de las naciones, en su marcha hacia la fraternidad mundial, representa la negación de los valores defendidos por el Papado de Roma; sustituye a la Roma del Pontificado, “matriz de todo poder arbitrario en Europa”; dos veces ha tenido Roma la misión de unir al mundo: la Roma de los emperadores y la Roma de los Papas. La tercera unión que realizará Roma será ahora la de los pueblos, preconiza:

“Europa deambula en el vacío, buscando nuevos lazos que unan en una sola religión todas las creencias, esperanzas y fuerzas vitales de aquellos individuos (...). Y esta ansiada unidad, ¡oh, Italia! sólo puede venir de tu tierra y de ti (...). Sólo de Roma puede salir la voz de la unidad moderna, porque sólo Roma puede conseguir la destrucción completa de la vieja unidad (...). Así pues, la encrucijada de todo el problema europeo está en Italia y a Italia pertenece el alto oficio de proclamar solemnemente la emancipación de Europa”¹²¹

¹¹⁹ Manzini, Cit. en Talmon, 1960, pp. 237-238.

¹²⁰ Cit. en Isola y Bourgin, 1956, p. 42.

¹²¹ Cit. en Talmon, 1960, pp. 238-239. Adam Mickiewicz, ideólogo y revolucionario polaco afincado en París, iba a reclamar por su parte semejante alto honor para Polonia, “Cristo de las naciones”, por lo que este autor no duda en encuadrar a ambos autores en lo que él denomina como “nacionalismo revolucionario universalista”.

En vísperas de 1848, Victor Hugo escribía una carta abierta a Mazzini (exiliado por aquel entonces —mayo de 1846— en Londres) y a todos los italianos, con la intención tanto de indicarles el camino para la consecución de esos “Pueblos Unidos de Europa” como de exhortarlos a continuar su lucha por la conquista de su libertad y su soberanía: « Un peuple ne devient nation que par l’adhésion volontaire des hommes libres choisissant un avenir commun. Il faut donc créer un sentiment d’appartenance au peuple européen avant de faire fusionner les nations »¹²², rescatando, de paso, la idea de la necesidad de un patriotismo o una identidad europea evocada ya en su día por Saint-Simon.

Y en el momento en que estalla la revolución, desde su exilio en Londres, Mazzini da muestras de un frenético activismo europeo, mediante artículos publicados en el diario inglés *The Peoples’ Journal*, reuniones con la Liga Internacional, el apoyo ofrecido a Stanislas Worcell y su plan de insurrección para Polonia o a las iniciativas de la “Association ouvrière” francesa, además de seguir colaborando frecuentemente con el periódico italiano *L’Apostolato Popolare*; agitador infatigable, Mazzini estaba convencido de que la llama insurreccional se propagaría de un país a otro, y a alimentarla dedicó conscientemente todos sus esfuerzos. Mesianico como muchos de sus contemporáneos, Mazzini se percibe a sí mismo como instrumento divino, del mismo modo que cada nación ostenta una misión particular en el seno de la universalidad, misión que se concreta en el proyecto ético-político mazziniano. Concibe de ese modo una reorganización del territorio europeo de acuerdo a la historia, la tradición, la geografía y la moral, aspectos todos que el libertador italiano trata de introducir en la política, y su Europa queda así configurada de acuerdo a las tres grandes familias europeas (greco-romana, germánica y eslava) que conformarían catorce distintas nacionalidades¹²³:

« La carte d’Europe est à refaire (...) Baissez les yeux sur la carte d’Europe. Pénétrez par un regard synthétique les grands signalements que vous marquent les lignes des monts et des fleuves, dans la symétrique ordonnance de ses parties (...)

¹²² Hugo: “*À l’Italie*”, 1856, en 2001, p. 208.

¹²³ Mazzini, 1914. Al mapa europeo mazziniano no le faltan arbitrariedades, tales como la fusión de España y Portugal en una única nación ibérica, la unión de las “islas británicas”, la recuperación por parte de Grecia de Constantinopla como capital, “barrière contre les usurpations européennes de la Russie”, o la exclusión de Hungría, a la que no reconoce rasgos distintivos nacionales; sólo la “natural delimitación” de Italia resulta a sus ojos evidente, poniendo en evidencia una vez más los problemas de la geografía europea. Rusia, por su parte, mantiene el rol tradicional de “propagadora de la civilización europea en Asia” tantas veces evocado ya.

Regardez ensuite la carte officielle des gouvernements, sortie des traités de 1815 (...) Dans leur contraste (...) se cache le secret du monde futur »¹²⁴

Su idea de ese mapa europeo futuro hace que se muestre contrario al principio de neutralidad y de no-intervención, de acuerdo con el programa de reintegrar la moral en la política¹²⁵; el estado de insurrección de los pueblos implicaba un estado de guerra civil latente, y para muchos como Mazzini no podía darse catalizador más eficaz de la Revolución que la guerra internacional (y por eso la Santa Alianza o la burguesía de Europa occidental se habrían mostrado tan apasionados pacifistas, precisamente). El concepto de guerra revolucionaria hacía inoperantes las fronteras nacionales, además; en palabras de Michelet: “la Revolución no podrá conseguir nada a menos que lo intente en todas partes. La primera condición de su permanencia es la de hacerse universal”¹²⁶. El modelo para su unión federativa reside mientras tanto en Norteamérica, a quienes el italiano dedica efusivos elogios, como defensora de esos elementos republicanos que al fin empiezan a imponerse en Europa: “vous êtes la nation guide”.

Tras el fracaso revolucionario, Mazzini no se daría por vencido y fundaría en Londres con Arnold Ruge y otros destacados políticos europeos del momento el Comité Democrático Europeo. Y en ese año de 1852, y a pesar de la revolución malograda, el italiano todavía sigue confiando en que el movimiento de los pueblos dará en el futuro lugar a eventos decisivos, de los que 1848 no ha sido más que el prólogo:

“Una rivoluzione nazionale non può più rimanere isolata. Il primo grido di guerra che sorgerà, sommovertà una intera zona d’Europa, e per essa tutta l’Europa. Quel grido inizierà l’Epoica, della quale l’anno 1848 non diede che il prologo”¹²⁷

¹²⁴ Mazzini, 1914.

¹²⁵ “Le problème actuel consiste dans la nécessité de réintégrer la moral dans la politique ; c’est un élément de la vie internationale, indispensable pour traiter d’État à État » (cit. en Isola y Bourguin, 1956, p. 163).

¹²⁶ Cit. en Talmon, 1960, p. 243.

¹²⁷ Mazzini, *Condizioni e Avvenire dell’Europa*, 1984, p. 29.

2. 3. Más allá de la utopía: Henry de Feugueray y Victor Considérant

En torno al año 1848 antiguas escuelas utopistas como la de los sansimonianos o furieristas experimentan un cambio hacia posturas humanitarias, y confluyen con los planteamientos democráticos. La utopía de primera mitad de siglo nunca había consistido, de hecho, en un plan irreal de perfección social, sino que más bien constituía una suerte de intuición arbitraria según la cual el orden de cosas estaba obligado a implicar una determinada realización de la humanidad preestablecida de acuerdo a alguna filosofía. Así, los temas de la utopía, tras algunos balbuceos en busca de su mejor terreno de implantación, acabaron por encontrar su nido en la democracia avanzada y el incipiente movimiento obrero¹²⁸. Una tentativa de maridaje entre el espíritu utópico y el movimiento social y democrático que iba a dar a luz, no obstante, las versiones más populares del humanitarismo de esta época.

Tal es el caso por ejemplo de Pierre Leroux, disidente de la escuela sansimoniana (reconvertido ahora al furierismo y el socialismo pacífico que apuesta por la no-intervención) y que desde las páginas de *Le Globe*, como vimos, no dejó de difundir la idea de una unidad europea. Él y otros semejantes iban a insuflar al pensamiento democrático el fervor del sentimiento y el espíritu de regeneración heredado de sus raíces utopistas, de cuyas posiciones más extremas sin embargo se alejan. Pero pervive el principio de asociación, democratizado ahora y hermanado al de fraternidad, en Leroux como en el discípulo societario Considérant, tal y como en seguida veremos¹²⁹. Su misticismo laicizado les acerca también al neo-catolicismo en más de un aspecto, aunque consideran que éste debe abandonarse en manos de la Humanidad¹³⁰ y no al contrario, puesto que sus propios postulados les conducen a ese

¹²⁸ Aunque éste nunca fue su sustrato de origen sino, por el contrario, la intelectualidad del siglo XIX heredera más directa de los planteamientos ilustrados (Bénichou, 1977, pp. 327-328).

¹²⁹ Así, Pierre Leroux escribía en la *Revue Encyclopédique* de septiembre de 1831 (T. LI, p. 501), revista a la que se pasó tras dejar *Le Globe* en manos de los sansimonianos: “La société est en poussière parce que les hommes sont désassociés, parce qu’aucun lien ne les unit, parce que l’homme est étranger à l’homme ». Su libro de 1840, *De l’Humanité* (1985), estaba por su parte consagrado íntegramente a la exaltación de “la comunión del género humano, a la solidaridad mutua entre los hombres”, tal y como explica en su prefacio.

¹³⁰ El concepto de Humanidad, en su uso más corriente, pasa de designar una cualidad que define a cada miembro de la especie (como ocurría en la Antigüedad) a designar a la especie entera en su conjunto, en un sentido de devenir que aspira a su realización plena. De ahí también el adjetivo *humanitario*, para referirse a todo aquello relacionado con el valor supremo de la realización final del género humano (Bénichou, 1977, p. 383).

fin: la humanidad toma así el relevo de Dios. Alejados de la utopía ahora, siguen anhelando y manteniendo una doctrina del futuro, pero de un futuro que ahora se presenta de forma más abierta y desconocida, apenas vislumbrado y nunca formulado con anterioridad; la humanidad alberga un deseo infinito de futuro que sin embargo nunca se ve colmado, afirma Leroux¹³¹.

Del mismo modo que se aproximan a posturas democráticas, también lo hacen al liberalismo, en un intento de conciliación de los nuevos sistemas de economía política y de organización de los trabajadores con las libertades ciudadanas y las conquistas de la Revolución. Comparten cierto carácter socialista, sí, pero que no es dogmático ni totalitario: para Leroux, el concepto de socialismo es una “exageración de la idea de asociación”¹³². La libertad resulta indesligable de la democracia, pero tampoco pierden de vista el plano económico del problema, por lo que privilegian la igualdad como ley fundamental al mismo tiempo que ambicionan una transformación social:

« C’est maintenant à l’Europe de montrer un spectacle nouveau dans l’histoire, et dont toute l’histoire antérieure ne semble qu’une prophétie : il s’agit de constituer une société complète où l’homme soit complet »¹³³

Así la idea de libertad, unida a la noción ilustrada de progreso, actuó sobre los sistemas de pensamiento más dogmáticos, ya fuese el catolicismo romano o la utopía pseudo-cientista. Estas convergencias se lograron gracias a la idea de fraternidad, como uno de los rasgos más remarcables de toda la época romántica¹³⁴, y especialmente de la literatura cuarentayochista en la que culminan dichos procesos de convergencia. Pero esta ambigüedad, este desgarramiento entre el dogma y la libertad, lo colectivo y lo individual en las tesis democrático-humanitarias que pretenden conciliar la primacía del número con la santidad de la persona, así como la persistencia de una doctrina unitaria del poder (a la hora tanto de concebir la República como la Federación europea), constituyen los aspectos que, en opinión de Bénichou, plantean los mayores problemas.

¹³¹ “Nous marchons, sous l’oeil de Dieu, vers un avenir inconnu. Le terme ultérieur de la destinée humaine nous est aussi ignoré que le point initial. Nous sommes entre deux mystères » (Leroux, « Préface », en *Revue encyclopédique*, T. LX, p. XLV).

¹³² Cit. en Bénichou, 1977, p. 356.

¹³³ Leroux, “Culte”, en *Révue encyclopédique*, T. IV, p. 157.

¹³⁴ Bénichou, 1977, p. 382: el romanticismo “espiritualiza” la noción de progreso, y vuelve el deísmo hacia la religión, produciendo un corte con respecto a la herencia más envenenada de la Revolución.

Tanto el socialismo utópico como el nacionalismo de un Mazzini, por ejemplo, tenían fe en el esquema finalista de la historia universal; coincidían en su esperanza de un inminente desenlace de la Historia que, al entronizar el ideal de asociación, reconciliaría la auto-expresión del hombre con la cohesión de un orden social integrado¹³⁵. Aunque por caminos distintos, ambas tendencias perseguían un mismo fin: la hermandad de los hombres y los pueblos asentada sobre una justicia social. Pero los socialistas utópicos rehusaban en su mayoría la idea que la nación fuese el punto de partida; Saint-Simon no toleraba ninguna ideología que exaltase las características nacionales de un pueblo, o las virtudes del patriotismo, y se negaba así a reconocer las peculiaridades del genio nacional francés (“Francia no tiene una vida espiritual que le sea peculiar; no es más que un miembro de la sociedad europea, y existe una comunidad indisoluble de principios políticos entre ella y sus vecinos”¹³⁶). También el furierismo compartía estos planteamientos, y anhelaba el día en que el globo no formase ya más que una “sola nación, una sola administración” orientada a la paz perpetua y la unidad universal. Sin embargo, y a pesar de que atacaban el exclusivismo nacionalista, los socialistas utópicos franceses creían en la misión providencial que ostentaba su país y apreciaban al mismo tiempo los sentimientos de las nacionalidades oprimidas, en un momento en el que no se daba aún contradicción alguna entre las ideas de liberación nacional y de federación mundial basada en el socialismo. Tal es por ejemplo la postura de Henry de Feugueray, preconizador de una “confederación de naciones liberadas”.

El 23 de marzo de 1848 aparecía en la *Revue Nationale*, dirigida por el antiguo director de *L'Européen* Buchez y por Bastide (y de existencia de mayo de 1847 a julio de 1848) un artículo firmado por Henry de Feugueray, de orígenes sansimonianos, discípulo de Buchez y editor de la revista, que ha pasado a la historia y que lleva por título, una vez más, “De la fédération européenne”.

La Revolución de febrero apenas cumple un mes y su reguero de pólvora ya se ha extendido por toda Europa, se congratula el socialista; los imperios caen y el mapa de Europa ha de diseñarse nuevamente, esta vez no en provecho de las dinastías, sino de los pueblos, advierte. Feugueray apoya el Manifiesto de Lamartine, que repudia, en nombre de todos los franceses, toda agresión, porque ése no es el sentir del « socialismo

¹³⁵ Talmon, 1960, p. 250.

¹³⁶ Cit. en Talmon, 1960, p. 251.

cristiano » (al mismo tiempo que se arroga, eso sí, el papel de “guardianes de la justicia”¹³⁷). La apuesta de Feugueray es el Derecho público europeo, que sustituya, a través de un estado jurídico, a la anarquía del momento:

« Aujourd’hui, l’Europe chrétienne est dans le travail de l’enfantement d’un nouveau droit public, qui établisse enfin sur les bases de l’union et de la fraternité les relations des peuples ; (...) le droit chrétien, qui, en respectant les individualités nationales, doit les relier en un même faisceau et peut-être les fondre plus tard dans une unité commune. Le moment est venu d’entamer hardiment la grande œuvre de la FÉDÉRATION EUROPÉENNE »

Así, el nuevo Derecho público europeo, que tomará sus bases y su espíritu del cristianismo, será el encargado de fundar la Federación Europea, aquello que hasta hace apenas un mes parecía todavía un sueño y que hoy, en medio de tantos milagros que tienen lugar, puede verse pronto un hecho completado, al menos —matiza— para el continente, antes siquiera de que se alcance la mitad del siglo. La federación es pues, algo absolutamente inminente; es la conclusión lógica de la civilización cristiana, que impone por toda Europa los mismos principios que han dado lugar al mismo Derecho político y al mismo Derecho civil; una vez que han triunfado la libertad religiosa y los derechos feudales y de privilegios se esfuman frente al triunfo del régimen representativo, que pronto alcanzará a todos los países del continente, Europa se hallará ya indisolublemente unida, diagnostica, “nous ne disons pas dans la république (peut-être cet avenir est-il encore éloigné), mais du moins dans la liberté politique, dans le principe commun de la souveraineté nationale, et dans le grand travail de la fusion et de la P’égalisation des classes diverses”.

Y en esa federación inminente, Francia tendrá sin duda un papel destacado que jugar; una gran Nación necesita de un gran objetivo, y no lo hay mayor, nos advierte, que éste de la federación europea, función providencial para la que Francia se ha ganado el mérito ante los ojos de Dios y de la Humanidad, y para la que posee un lenguaje propio que comunicar:

« Nous autres Français, nous avons un langage analogue et plus élevé à tenir à l’Europe : nous avons à lui proposer la formation de la grande confédération des nationalités européennes, qui, sorties toutes du même sein, du sein fécond du

¹³⁷ « La République ne veut pas singer les monarchies; nous ne sommes pas de cette école qui ne voit de gloire que dans l’écrasement de l’ennemi vaincu : (...) dans le socialisme chrétien, ces monstruosités n’ont plus cours. Lamartine a fait mieux encore : il a réservé notre droit de secourir les opprimés. (...) gardiens de la justice et protecteurs de la faiblesse (...) nous avons un plus grand service à rendre à l’humanité ». (Feugueray, *Revue Nationale*, 23 de marzo 1848, p. 333).

christianisme, sont naturellement unies entre elles par les liens les plus étroits de la fraternité spirituelle »

Fraternidad espiritual¹³⁸ que impide, a pesar de las diferencias de lenguas y costumbres, que sean extranjeras las unas para las otras, opina Feugueray. Y tarea, recuerda, que cumplió el papado en la Edad Media y que ahora corresponde a la “cristiandad secularizada”: “L’Europe tout entière est lancée sur la même pente ; elle marche, elle court sur la même route ; pourquoi donc ne s’unirait-elle pas sous le même drapeau ? ».

Finalmente, Henry de Feugueray traza los principales caracteres que tomará esta confederación europea, tal y como él la concibe: su primer objetivo será el de establecer entre los pueblos un tribunal arbitral o jurado europeo al que, en presencia de la opinión pública, los pueblos acudirán para dirimir sus causas (frente al secreto diplomático con el que estas cuestiones se llevaban a cabo, ahora se tratará de audiencias públicas solemnes), un Derecho de arbitraje, pues, que equiparará en la práctica el Derecho de Gentes al Derecho civil, y que estará garantizado por la fuerza común de todos los Estados federados. La alianza europea no se limitará en todo caso a este sistema de arbitraje, sino que habría de extenderse también a la esfera económica, en busca de la solidez que otorgan los intereses materiales compartidos. Como buen heredero de la escuela sansimoniana, Feugueray sueña con grandes vías de comunicación, y una única administración federal a la que se le confiarán a partir de entonces todos los asuntos relacionados con esas vías de comunicación, las monedas o las aduanas (que acabarán necesariamente desapareciendo entre los Estados federados: “et le *Zollverein* allemand n’aura été que le prélude du *Zollverein* continental”). También las cuestiones industriales pasarían a constituer en este sistema un asunto federal: “l’organisation du travail, ce redoutable problème qu’il faut résoudre, dépend en grande partie de là”.

Por último, la tercera y probablemente la más grande de las funciones de la Federación europea, afirma, será la de, en tanto que instrumento de pacificación y de

¹³⁸ Este “espiritualismo humanitario” se constituye como una filosofía de los destinos de la especie, estableciendo la colectividad humana en un nivel de existencia “místico” en la que el cuerpo, provisto de una dignidad superior, trasciende a sus miembros (Bénichou, 1977, p. 383). Estos planteamientos, ofrecidos en una síntesis original junto con los preceptos de la libertad, suponen probablemente el rasgo más original –y de ahí su éxito– tanto de neo-católicos como de socialistas y demócratas humanitarios, haciendo del futuro el fruto de la libertad como, al mismo tiempo, el objeto de una certidumbre de carácter místico.

unión industrial continental, extender por todo el mundo la “souveraineté civilisatrice des nations chrétiennes, à qui est évidemment destiné l’empire de la terre”. La federación jurídica, pacífica, cristiana, económica e industrial, ya lo vemos aquí, es pues en última instancia una federación para el imperialismo que, eso sí, tomaría la forma de una misión pacífica y conjuntamente coordinada (“désormais, c’est par l’oeuvre commune de tous”), y no en régimen de concurrencia como estaba ocurriendo.

El acomodo a las tesis del humanitarismo democrático resultó en todo caso más fácil para el furierismo que para el sansimonismo. El furierismo, algo más tardío, tomó el relevo a la escuela sansimoniana, que triunfaba en la década de los años treinta, en la tarea de popularizar la utopía. Y a pesar de los aspectos más utópicos y excéntricos de la teoría del maestro, el optimismo que distingue a sus epígonos (si bien muchas veces mesiánico¹³⁹), junto con su alejamiento con respecto a posturas dogmáticas y autoritarias, hicieron de ésta una transición sencilla. Pero los furieristas siguen creyendo en una regeneración social como ley universal que habrá de producirse de forma espontánea —a partir de la instauración del primer falansterio y por el contagio de su ejemplo. En su concepción, se trata tan sólo de recuperar la Armonía del primer hombre, descartando toda violencia. Los nuevos societarios como Considérant no tienen empacho en desvincularse de los aspectos más estrafularios del pensamiento de Fourier, y llevan a cabo un análisis a veces muy acertado de la sociedad existente; aceptan la propiedad, la desigualdad o la religión, y se incardinan así en la realidad contemporánea, criticando, eso sí, los vicios del orden establecido, la incoherencia económica o el cinismo de los intereses y el exceso de sufrimientos inútiles. Toman la democracia como el estado de plenitud final de la comunidad humana, y este tipo de planteamientos son los que mejor recepción obtienen en el público, haciendo de ellos verdaderos militantes de la democracia, convencidos de que la humanidad se hallaba destinada a la emancipación y la felicidad, y que el orden de cosas existente autorizaba a prever como cierto tal porvenir.

Oponer la idea de nacionalidad a la “Santa-Alianza de los déspotas” cuajó de contradicciones los proyectos socialistas de mitades de siglo, como lo muestra el trabajo del fourierista Considérant, *la dernière guerre et la paix définitive en Europe* (1850), que

¹³⁹ Bénichou, 1977, p. 367.

pretendía realizar la unidad europea en el marco de un Estado fuertemente centralizado pero con el respeto de las nacionalidades (aspecto del que se mofaría y que atacaría duramente Proudhon). Y es que Considérant, heredero directo de los planteamientos y alumno más aventajado de Fourier, permanece fiel a las ideas unitarias del maestro, por lo que sigue confiando en un plan providencial que el hombre debe llevar a cabo, y que no es otro que la Asociación Universal, que representa la culminación de la Unidad en todas sus formas –también la Unidad federal de Naciones europeas.

Director del periódico *La démocratie pacifique* (del 1 de agosto de 1843 a 1851) que reemplazó al periódico *La Phalange*, su mismo título constituía ya en sí un programa, tal y como anunciaba Considérant en su primer número, que pretendía hacer de él “bandera del gran movimiento de regeneración del espíritu y las sociedades modernas” mediante un “gobierno de todos y para todos” y el “estado social más avanzado que se haya dado nunca a la Humanidad”, que lograrse la emancipación de las clases trabajadoras mediante una fórmula de progreso y futuro¹⁴⁰. Con el epíteto de pacífico, por su parte, el periódico societario dejaba claro que la democracia no se alcanzaría mediante la violencia, ni tampoco por la revolución. Y aunque todas estas ideas se apoyaban en muchos aspectos en las doctrinas de Fourier, Considérant evitaba ya citarlo abiertamente; más cerca de las cuestiones de política actual que su predecesor *La Phalange*, el periódico conoció un notable éxito que impulsó la literatura societaria y convirtió a su director en un autor de renombre.

La Démocratie pacifique también supo mostrar visos proféticos, cuando en sus páginas de agosto de 1847 declaraba: “La France marche à grands pas vers une crise: elle est à deux doigts d’une révolution qui menace de faire éclater l’Europe”¹⁴¹, y el 25 de febrero, al día siguiente de la instauración de la República, no dudó en expresar su adhesión al nuevo gobierno¹⁴².

¹⁴⁰ “Principes du Socialisme. Manifeste de la Démocratie au XIXe », en *Démocratie pacifique*, y reeditado en 1847.

¹⁴¹ Considérant, *Démocratie pacifique*, 23 de agosto 1847.

¹⁴² El primer programa revolucionario iba a aparecer de hecho en este periódico fourierista: “el nuevo programa exige la disolución de la Cámara, la convocatoria de asambleas primarias basadas en el principio de que todo miembro de la Guardia Nacional democrática es elector y elegible. Todos los diputados recibirán un sueldo, aunque se respetará la propiedad privada, y el derecho al trabajo será garantizado mediante una asociación fraternal entre los jefes de industria y los trabajadores. La santa alianza de los pueblos acabará para siempre con la guerra. Francia se proclamará guardiana de todas las nacionalidades oprimidas con el fin de establecer su total independencia: *fraternité universelle*” (cit. en Talmon, 1960, p. 382).

Durante la II República Victor Considérant fue elegido miembro de la Asamblea Nacional; entre sus iniciativas parlamentarias destaca un proyecto de declaración a los obreros, en el que se presentaba como garante de la voluntad reformista del nuevo gobierno, e insistiendo —al pie de la letra de las tesis fourieristas— en que la solución de los conflictos residía en la asociación y no en la confrontación de intereses (el proyecto sin embargo, suscrito por más de sesenta diputados, no llegó a ver la luz). En el momento en que se desencadenaron los trágicos sucesos de junio Considérant siguió apostando siempre por la paz social, lo que le situó al margen y en una incómoda posición intermedia que le colocó finalmente del otro lado de la barricada, actitud que no obstante cambiaría con los años¹⁴³.

Tras sus trabajos de los años cuarenta (especialmente *De la politique générale et du rôle de la France en Europe*, que estudiábamos en el capítulo anterior), Considérant iba a publicar en 1850 lo que sería su trabajo definitivo en torno a la cuestión de Europa, con la resaca todavía de la revolución: *La dernière guerre et la paix définitive en Europe*. Cargado de tono profético y místico una vez más, en este pequeño texto el fourierista vaticina una “última guerra”, cuya artillería estará formada por principios, sentimientos e ideas; los ejércitos del despotismo cubren ahora la tierra “como el rocío la mañana”, y para que estos se disipen sólo hace falta una cosa: que la Democracia social permanezca fiel a sus principios (*Asociación y Libertad*¹⁴⁴), de modo que pueda así triunfar definitivamente y de manera universal. El principio de esta Democracia, su idea superior y su síntesis, no sería otra que: “*Tous les peuples sont frères*”, lema que ondea en el lábaro que cubre el cielo de Europa y que pasa a convertirse, en las palabras exaltadas de Considérant, en más cierto que aquel estandarte imperial en el que Constantino hizo grabar la cruz¹⁴⁵:

¹⁴³ En junio de 1848 dirigió efectivamente duras palabras contra los movimientos obreros: “Le Socialisme (...) peut devenir criminel, et il l’est quand il provoque à la guerre civile, (...). Il est bon qu’il reçoive des leçons quand il devient factieux » (*Le Socialisme devant le vieux monde, ou le Vivant devant les Morts*. Librairie Phalansterienne, París, 1848). Con los años no obstante su postura iría evolucionando, más preocupado por el interés proletario que por el mantenimiento del orden, tal y como demostró frente a la Internacional Obrera o la Comuna (Dommanget, 1929, p. 185).

¹⁴⁴ Y es que el pensamiento humanitario es un esfuerzo constante de equilibrio entre las nociones de Libertad y Unidad social o Asociación, un intento de conciliación, ya lo veíamos antes, que sin embargo no es capaz de salvar la contradicción de sus conceptos (Bénichou, 1977, p. 356): pero en todo caso, tal y como afirma este autor de referencia, “Libéralisme et démocratie humanitaire, l’un et l’autre, l’un poussant l’autre, ont créé l’Occident moderne » (p. 357).

¹⁴⁵ La comparación con el lábaro romano-cristiano aquí no es una metáfora baladí, y en ella se mezclan distintos aspectos, como la particular relación con la religión que impregna el discurso de esta época: al estandarte imperial —europeo— se le añade ahora, como entonces, un nuevo símbolo de verdad: la cruz y el anagrama de Cristo son sustituidos por el principio de fraternidad entre los pueblos, como principio de

« C'est la fraternité sociale, la fraternité des nations et des races, corollaire collectif de la fraternité des individus. Tout est prêt pour une explosion européenne de cette religion nouvelle »¹⁴⁶

Considérant resuelve la aparente oposición entre lo colectivo y lo individual, la igualdad y la libertad que tan de cabeza traía a otros contemporáneos como Leroux, de la siguiente manera: “Association implique LIBERTÉ pour tous et FRATERNITÉ de tous envers tous”. Como veremos también en Victor Hugo, emblema de esta generación, la *fraternidad* viene a convertirse así en la clave de bóveda que resuelve la antinomia revolucionaria; la palabra “solidaridad”, según el fourierista, aparece ahora escrita sobre el suelo europeo en letras gigantescas, de un extremo a otro, y la libertad, sumada a la asociación —ese principio compartido con los sansimonianos—, han hecho “de todos los Pueblos un solo Pueblo, y de todas las Democracias, una sola Democracia”¹⁴⁷. Esta idea de asociación nace como reacción al aislamiento individual cosmopolita y dio al mundo, tal y como ha sido señalado, un concepto completamente nuevo de nacionalidad, es decir, el sentido de solidaridad entre aquellos que participan de un esfuerzo colectivo común dentro del gran esquema de la historia universal; los pueblos ya no se enfrentan unos a otros como entidades con intereses, derechos y propósitos contradictorios, sino como servidores de un ideal común, el de la humanidad: *fraternité de tous, amour pour tous, abaissement des barrières qui séparent les peuples*¹⁴⁸. La Democracia, para realizarse y completarse, necesita por tanto primero de la constitución de una unión europea, porque no habrá democracia mientras no la haya para todos (con lo que Democracia viene así a ser sinónimo *de facto* de “Democracia europea”):

« Le but immédiat de la Démocratie, le fait magnifique qui jaillira du sein des peuples de l'ancien monde, sous l'inspiration du Socialisme, après le prochain ébranlement, c'est la constitution harmonique de l'Europe, l'Unité par la Liberté, la

orden superior y de una nueva religiosidad (mientras califica a Constantino de simple “asesino coronado”): “Ces mots sortent de l'Évangile. C'est le principe Chrétien, passé de l'ordre simple à l'ordre composé, la formule évangélique élevée à sa seconde puissance » (Considérant, 1850, p. 3). De este modo, el Imperio se transmuta en confederación.

¹⁴⁶ Considérant, 1850, p. 3.

¹⁴⁷ Considérant, 1850, p. 4. Acerca del concepto de *solidaridad*, que equipara al de *fraternidad*, el autor pide a los publicistas y oradores de la Democracia universal (“tous ceux qui préparent par le Verbe la victoire de la Liberté”) que traduzcan la fe que simboliza este concepto a todas las fórmulas concretas, difundiendo y vulgarizando todas sus aplicaciones, para que así no sólo aparezca grabada en el suelo europeo ensangrentado, sino en los corazones de todos los hombres que pueblan el continente.

¹⁴⁸ Talmon, 1960, p. 241.

libre confédération de toutes les nationalités affranchies, petites ou grandes, et conséquemment l'inauguration de la *paix perpétuelle* »

1850 no es sin embargo un momento para el optimismo: Considérant, tras la experiencia fracasada de 1848, culpa a los representantes oficiales de la Revolución en Francia, responsables y guías del devenir de la libertad en el resto del continente tal y como él mismo les reconoce, de haberse entregado finalmente a los “amigos del orden”, “a las fuerzas coaligadas de la reacción europea”, olvidando los principios con los que la democracia estaba comprometida (esa Libertad y Asociación) y traicionando así a aquellos pueblos que necesitaron de su ayuda¹⁴⁹. Comenta desilusionado una conversación que tuvo con Lamartine acerca de la política internacional, y cómo percibió en el nuevo ministro que el “esprit de l’avenir” no había llegado todavía a desgajarse, puro y libre, del espíritu del pasado¹⁵⁰. El fourierista critica además el egoísmo implantado en el seno de aquella democracia efímera, y a aquellos que, en medio de la sacudida generalizada de todo el continente, no pensaban más que en el beneficio y la ampliación de fronteras de Francia, dando muestras de un talante imperialista como en el caso del periódico *National*. Pero Francia ha sido siempre el primer apóstol de la democracia, y debe continuar siéndolo, sirviendo a los demás pueblos¹⁵¹. La confederación europea acabará con todos los litigios acerca de las fronteras naturales, sustituyendo esas fronteras por agrupamientos naturales y voluntarios de las “provincias europeas unidas” que vivirán asociadas como hermanas¹⁵².

¹⁴⁹ “Les représentants officiels de la révolution française de 48, de cette révolution qui avait charge de Peuples, qui avait révolutionné les autres Peuples, qui leur avait promis aide et appui, ces républicains officiels, mus par le sot espoir de se faire accepter dans la communion européenne des grands amis de l’ordre (féodal), ont trahi les engagements de la Révolution et livré les Peuples » (Considérant, 1850, p. 4).

¹⁵⁰ « L’avenir brillait dans les dithyrambes du poète, le passé gouvernait les pensées et les tendances de l’homme politique. Lamartine était perdu pour la Révolution » (Considérant, 1850, p. 10).

¹⁵¹ Ella es la única capaz de liderar la unidad de las Naciones sin violencia, sin espíritu de ambición, con la mirada puesta en el interés general de la humanidad; por su posición geográfica y sus antecedentes históricos es, decía en 1840, “centro de protección y de equilibrio”. Tesis que sin embargo se ve mermada en 1850, toda vez que la República está ya en manos de la reacción y el rol de pacificador de Francia resulta más que cuestionable, y a la que sin embargo volverá en 1870 (Dommanget, 1929, p. 154). La iniciativa que le correspondía a la monarquía de Julio pasa ahora, tras los levantamientos italianos, austriacos, alemanes, húngaros, polacos, al impulso de los Pueblos. También el carácter conservador de su primera propuesta (una unión a través de la instauración de Congresos) desaparece tras 1848.

¹⁵² Y aquí Considérant recoge las ideas sansimonianas, como tantos otros, y reclama una red de carreteras, canales y ferrocarriles que unan Cádiz con San Petersburgo, como “l’arbre veineux et artériel du grand corps européen”. Esta idea sansimoniana había aparecido ya en artículos suyos anteriores publicados en *Démocratie pacifique*, donde se mostraba seguro de que las grandes vías de comunicación, las ramificaciones comerciales y los intercambios dificultarían en adelante las conflagraciones bélicas y

Considérant se desgaja además del discurso historicista; su Europa no es fruto del desarrollo ineluctable de la Historia, porque hasta ahora ésta ha seguido caminos opuestos, los de la barbarie¹⁵³: el mapa político de Europa se ha establecido hasta el momento según las reglas de casas reales e intereses aristocráticos, un juego de ambiciones que necesita de dos millones de hombres armados¹⁵⁴ y que ha instaurado ese desorden arbitrario al que la reacción se atreve sin embargo a llamar “orden europeo”: “l’Ordre européen des rois a contre lui tous les peuples”¹⁵⁵. Y por eso, al orden europeo tal y como se lo conoce hasta ahora, Considérant opone la hipótesis de un “orden democrático europeo”: un nuevo orden donde los pueblos dejen de estar gobernados por los intereses de algunas casas reales y no tengan que pagar más tributos a las mismas; donde puedan agruparse según sus tendencias e “instintos de nacionalidad” y en la que prime, para la constitución de los Estados, el principio de la más absoluta libertad —siempre con el respeto de la libertad de los otros: “Groupez-vous librement et confédérez-vous fraternellement”¹⁵⁶. Así, Considérant se reclama del

establecerían el camino para una “gran confederación europea” (“Chemins de Fer, ligne de París à Lyon”, en *Démocratie pacifique*, cit. en Dommanget, 1929, p. 27).

¹⁵³ “Arrière donc le prétendu droit historique, qui n’est que le droit féodal, le droit de conquête, l’oppression prolongée ! » ; « La constitution monarchique de l’Europe n’était donc que le dernier terme, la synthèse du régime barbare, conquérant, féodal » (Considérant, 1850, pp. 4 y 6). Hace ya trescientos años que comenzó la guerra entre el Despotismo y la Libertad, nos dice, pero : « Le passé est mort: son esprit s’en est allé; son cadavre seul pèse encore sur la société moderne », por lo que sólo se trata de elegir entre la inhumación inmediata de ese cadáver o seguir viviendo bajo la peste envenenada que desprende, decisión a la que exhorta a las burguesías francesas y alemanas: “Bourgeois, laissez tomber le système féodal; retirez votre appui à la réaction européenne (...) en vous ralliant à la Révolution européenne qui vous a faits ce que vous êtes (...), en revenant à l’invincible parti de la liberté et des peuples qui est votre parti ». Y es que la verdad de la ciencia histórica reposa tan sólo en la democracia europea: “la cause de la démocratie européenne (...), pour illettré qu’il puisse être, porte en lui cent fois plus de véritable science historique et politique que n’en contiennent toutes les têtes de nos poupées parlementaires » (p. 9).

¹⁵⁴ Sus detallados cálculos sobre los costes materiales de la guerra y el régimen militar así como su perjuicio para la producción aparecen en esta obra de 1850 como en artículos anteriores de la *Démocratie Pacifique*, y dejan entrever una vez más la inspiración económica de su pensamiento y sus deudas para con los sansimonianos (recordemos cálculos semejantes publicados en *Le Globe*). También de Saint-Simon toma prestada la fábula de las clases productoras y las ociosas, ampliándola a escala continental, y sueña con un arcángel que se lleve de un golpe a las dos mil familias de emperadores, reyes, príncipes, duques y cortesanos que campan en Europa (Considérant, 1850, pp. 5-6).

¹⁵⁵ No deja de sorprender sin embargo que, regido por un pensamiento económico y social que se antepone a las consideraciones políticas, culpe en exclusiva al régimen monárquico de las guerras en Europa (Dommanget, 1929, p. 148).

¹⁵⁶ Considérant, 1850, p. 6: y ni Dios podría llevar a cabo mejor la tarea de la reorganización del mapa político, porque si se le pidiese su consejo, remitiría a la voluntad de los pueblos, que alcanza así la sacralidad; el mapa europeo se establece de esta manera por sí mismo, de acuerdo a afinidades exclusivamente etnográficas, y el Arcángel toma el nombre ahora de Democracia: “La liberté des peuples, c’est la liberté de Dieu”; “Son Verbe [de Dieu] c’est la voix des peuples qui veulent être libres et s’unir” (pp. 12 y 13).

partido del nuevo orden europeo, que es más que un partido: “Nous sommes plus qu’un parti, nous sommes une Religion, le vrai Christianisme”¹⁵⁷.

El cambio en las condiciones históricas exige igualmente una nueva constitución europea; el progreso de la ciencia, la industria, la imprenta o la máquina de vapor han hecho que las ideas, el derecho y el trabajo ganen la partida a la fuerza y la guerra, y *extranjero* ya no signifique *enemigo*; el Derecho ha echado raíces en la humanidad y los pueblos, ávidos de paz y libertad, se tienden la mano; el espíritu de fraternidad fermenta ya en las entrañas de las naciones y un viento de libertad sopla por toda Europa: “A l’Europe nouvelle il faut une constitution nouvelle”. Ilusamente, sin embargo, Considérant critica la continuación de la *revolución europea* —a la que se refiere en numerosas ocasiones—, porque su nueva Europa, el resultado de esa “última guerra”¹⁵⁸ que será pacífica (no cree él en la acción revolucionaria internacional del proletariado), se establece de forma natural, libre y fraternal como resultado de la conversión de los pueblos a la Democracia:

« Faites-vous démocrates (...), et tout s’arrange pacifiquement, spontanément, fraternellement en Europe. Les peuples indépendants et librement unis, travaillent, commercent, multiplient à l’infini les relations fécondes, et forment la grande confédération pacifique de la civilisation européenne, préluant ainsi à l’unité collective du monde »¹⁵⁹

La libertad y la fraternidad de los pueblos es la causa de la democracia europea, reitera, la gran política de la época. Y para que la democracia no vuelva a fallar, es necesario que no se aliene ningún grupo político, ninguna nacionalidad, y que adquiriera una clara conciencia de su objetivo primordial, la constitución europea, una unidad que esta vez no será forzada ni violenta sino “unida por la libertad”¹⁶⁰. Ante el enemigo

¹⁵⁷ Considérant, 1850, p. 13. Las perspectivas religiosas de la humanidad excluyen, como tónica general, todo Mesías o Revelador, todo Legislador primordial, y así lo expresaba también Leroux: “nous ne voulons pas (...) d’autre législateur que celui que tout le monde reconnaît aujourd’hui, la volonté du peuple exprimée par ses mandataires” (Leroux, “De la philosophie et du christianisme”, en *Encyclopédie nouvelle*, T. IV, p. 289, cit. en Bénichou, 1977, p. 355).

¹⁵⁸ “La dernière guerre sera la guerre de l’indépendance européenne » (Considérant, 1850, p. 10).

¹⁵⁹ Considérant, 1850, p. 7. “Et la prochaine résurrection, je le sais encore, ne sera plus une résurrection des peuples isolés, mais de peuples unis, la résurrection européenne ! (...) Ce sera la démocratie européenne se dressant toute entière, se levant, parlant et agissant comme un seul homme ! Résurrection universelle, liberté de tous, liberté pour tous, libre confédération des peuples libres ! » (p. 8).

¹⁶⁰ Considérant arremete contra la política imperialista de Napoleón vehementemente, porque soñó con dominar, cuando podía haber restituido la libertad a todos aquellos pueblos, y rebate una de esas famosas afirmaciones del Emperador recogidas en el *Memorial de Santa-Helena*: “Il pouvait avoir être le Washington de l’Europe, il aime mieux étouffer la liberté. (...) Que la démocratie lui pardonne, car il a compris ses fautes et confessé la Démocratie et la République universelle à Sainte-Hélène” (p. 11).

feudal no se puede esgrimir más que el federalismo (“es decir, las libertades locales”), regulado por una Dieta democrática a la cabeza de la unidad federativa del continente. La democracia ha de aprender también las lecciones de la historia y reconocer que su orden no es la violencia, del mismo modo que ella misma representa el orden de la modernidad.

Esta unión federativa europea libre entre los pueblos que propone Considérant ostenta sin embargo un centro, que él sitúa en la reconciliación de Francia y Alemania, las cuales, unidas, liderarán la confederación continental. Y aunque reiteradamente arremete contra el discurso expansionista de aquellos que reclaman Bélgica o la frontera del Rin, y pide que Francia proclame el derecho soberano de todos los Estados a la libertad y la independencia nacional, este aspecto resulta pese a todo en su obra uno de los más polémicos, y le granjearía la enemistad de Proudhon, cuya concepción del federalismo sería diametralmente opuesta, como más tarde veremos. La rigidez unitaria, sin embargo, se ha relajado con respecto a sus propuestas de una década antes: Considérant renuncia en este opúsculo a una soberanía general, que cede a las soberanías particulares de las naciones federadas y a su plena autonomía, convirtiendo el vínculo federativo finalmente en algo desprovisto de contenido.

Por último, Victor Considérant dedica unas palabras a Mazzini, el húngaro Kossuth o Ledru-Rollin, “mártires y proscritos de la palabra” tal y como los define, para que sigan evangelizando la Religión de la Humanidad, y en la que la democracia tiene por ideal la confederación de pueblos libres, la fundación de un verdadero orden europeo y la paz perpetua. Contra los cañones del despotismo, Considérant esgrime la palabra *fraternidad*: la última guerra se librará pues con las armas de un bando y los ideales del otro, bajo el lema que evoca una vez más en la última línea (“*Tous les peuples son frères*”) y una máxima en latín que augura la victoria del verbo¹⁶¹: en el siglo romántico, la pluma ha sustituido a la espada.

¹⁶¹ En 1870, ante la inminente guerra franco-prusiana, Considérant todavía regresa a estas cuestiones, aunque el optimismo ha mermado sin duda; pese a todo propone en él (*Prédications sur la guerre...*) la supresión de la institución militar, incompatible con una República moderna y el arreglo de la paz no sujeto a acuerdos diplomáticos entre potencias, sino a la decisión “absolutamente jurídica de un tribunal arbitral”; se lamenta de que “los dos grandes pueblos más civilizados del corazón de Europa”, aquellos en los que en 1850 depositaba la confianza como núcleo de la federación pacífica europea, vayan a la guerra y frente a la Marsellesa entona el canto popular cuarentayochista que recuerda que “les peuples sont pour nous des Frères” (y sus tiranos, nuestros enemigos). La solución a la guerra (que además Francia tiene todas las de perder, vaticina), una vez más, no está en las fuerzas imperiales, sino en los pueblos: “Il faut proclamer ce collapse et mettre immédiatement, en face l’un de l’autre, au lieu de l’aigle victorien de la

En los años sesenta Considérant, desterrado por el régimen imperial, marchó a Texas donde formó el falansterio de *Reunión*, de estrepitoso fracaso; la tesis fourierista del advenimiento de la humanidad mediante la proliferación pacífica de falansterios por medio del contagio podría haberle llevado a una concepción federalista de corte más proudhoniano, pero en sus diversos proyectos europeos Considérant se mantuvo siempre en posiciones más unitarias y centralistas. No obstante, a su muerte en 1893, también muchos supieron reconocer sus méritos, y así lo recogía la necrológica aparecida en el *Journal des Débats*:

« Avec Victor Considerant tombe le dernier débris et disparaît le dernier vestige de ces socialistes de 48, disciples de Saint-Simon et Fourier, qui rêvaient, comme l'abbé de Saint-Pierre, la paix universelle et aussi la fraternité, l'égalité dans quelque Icarie »¹⁶²

2. 4. Las profecías poéticas de Victor Hugo: del Imperio a la República europea

Victor Hugo aparece ante nosotros hoy como uno de los principales adalides contemporáneos de la idea de la Europa federada, su profeta más exaltado; artífice del término “los Estados-Unidos de Europa”, prefigura los grandes temas de esperanza y las anticipaciones que van a nutrir durante un siglo toda la elocuencia de los militantes de la Europa unida. Hugo utilizó por vez primera esta expresión en su discurso inaugural del Congreso por la Paz que tuvo lugar en París en agosto de 1849¹⁶³ y del que él era presidente, discurso que ha sido señalado como el momento definitivo de

Prusse et de l'aigle déplumée du Napoléon, le peuple français et le peuple allemand” (Considérant, 1870, p. 1).

¹⁶² *Journal des Débats*, 28 de diciembre 1893.

¹⁶³ El Discurso inaugural de este Congreso (en el que participaron igualmente, por el lado francés, autores conocidos en estas páginas como Michel Chevalier, Frédéric Bastiat, Francisque Bouvet o Émile de Girardin), así como las restantes intervenciones en el mismo, se encuentran puntualmente recogidas en el periódico *L'Événement*, (22 de agosto 1849 y ss.), del que el propio Victor Hugo era director, y en el que a lo largo de 1848 se dedicaron duras líneas contra Lamennais, lo que causaría la ruptura entre ambos escritores, otrora amigos. (Otros periódicos, por el contrario, no dedicarían a este congreso más que breves notas llenas de ironía, siendo el más duro con ellos el *Times* del 22 de agosto, que los tacha de “endebles” y “visionarios sin sentido de la realidad”).

inflexión en su orientación ideológica¹⁶⁴ y en el que el poeta efectúa toda una “transfiguración” de los ideales del cuarenta y ocho en un europeísmo y un mundialismo sublimados. De manera premonitoria, Hugo adelantaba en este discurso del Congreso de la Paz (como lo haría más tarde en su famosa alocución ante la Asamblea) los grandes temas del futuro: habla de la Europa de las etnias, llama naciones a países aún sin constituir, invita a mirar más lejos que la unidad nacional, da importancia a los hechos económicos o expresa el sentimiento de aceleración de la historia, temas todos ellos comunes a sus contemporáneos:

« Un jour viendra où il n’y aura plus d’autres champs de bataille que les marchés s’ouvrant au commerce et les esprits s’ouvrant aux idées. Un jour viendra où les boulets et les bombes seront remplacés par les votes, par le suffrage universel des peuples, par le vénérable arbitrage d’un grand sénat souverain qui sera à l’Europe ce que le Parlement est à l’Angleterre, ce que la Diète est à l’Allemagne, ce que l’Assemblée législative est à la France! »¹⁶⁵

Proyectos de grandes aspiraciones pero vagos en su formulación, también en Victor Hugo ese gran Senado aparece como la única institución de gobierno prevista; su proyecto no es metódico ni riguroso, sino más bien una proyección poética para el futuro, haciendo hincapié en la figura de los pueblos y del sufragio universal, y la unión como vía para la paz definitiva: “La paix universelle, toutes les nations liées entre elles d’un lien commun, l’Évangile pour loi suprême, la médiation substituée à la guerre, cette pensée religieuse est-elle une pensée pratique? Cette idée sainte est une idée réalisable? (...) c’est un but inévitable”¹⁶⁶. Para ilustrar la situación presente y la inexorabilidad de su prospección, Victor Hugo evoca un territorio francés dividido, antes de constituirse como Estado, que albergaba en sí infinidad de guerras intestinas, pero que finalmente acabó uniéndose en un único cuerpo político:

« Un jour viendra où les armes vous tomberont des mains, à vous aussi! Un jour viendra où la guerre paraîtra aussi absurde et sera aussi impossible entre Paris et Londres, entre Saint-Petersbourg et Berlin, entre Vienne et Turin, qu’elle serait impossible et qu’elle paraîtrait absurde aujourd’hui entre Rouen et Amiens (...). Un jour viendra où (...) vous toutes nations du continent, sans perdre vos qualités distinctes et votre glorieuse individualité, vous vous fondrez étroitement dans une unité supérieure, et vous constituerez la fraternité européenne, absolument comme

¹⁶⁴ Kahn, 1984, p. 621.

¹⁶⁵ Hugo, “Discours à l’Assemblée Nationale du 17 juillet 1851”, en *Actes et Paroles (avant l’exil)*, s/f., pp.427-428.

¹⁶⁶ Hugo: “Discours à l’Assemblée Nationale du 17 juillet 1851”, en *Actes et Paroles (avant l’exil)*, s/f., p. 424.

la Normandie, la Bretagne, la Bourgogne, la Lorraine, l'Alsace, toutes nos provinces se sont fondues dans la France. (...) Si quelqu'un eût dit cela à cette époque, messieurs, tous les hommes positifs, tous les gens sérieux, tous les grands politiques d'alors se fussent écriés: 'Oh! Le songeur! Oh, le rêve-creux! Que voilà une étrange folie et une absurde chimère!' Messieurs, les temps a marché, et cette chimère, c'est la réalité"¹⁶⁷

Su reflexión acerca de una futura federación europea ("Pueblos Unidos de Europa" o "República europea", como lo llama en otras ocasiones) se presenta estrechamente vinculada a una particular concepción del tiempo, de su aceleración ("car nous vivons dans un temps rapide")¹⁶⁸ y de su avance ineludible en el sentido que marca el Progreso, fetiche decimonónico por excelencia ("Je crois en l'humanité et j'ai foi en mon siècle")¹⁶⁹: en su ensoñación acerca de esa futura Europa también hay espacio para exaltar los adelantos de la técnica, como los barcos a vapor o los ferrocarriles que acortan las distancias: "Encore quelques années, et le fil électrique de la concorde entourera le globe et étreindra le monde"¹⁷⁰, vaticina.

Pero por encima del tiempo, la reflexión y la imaginación política de Victor Hugo otorgan un lugar central a la categoría del *espacio*, por lo que se comprende este acceso a la dimensión europea desde bien temprano. Frente a la reorganización de 1815, cuyo lema "repartamos" denuncia, Hugo se va a valer de todo un lenguaje arquitectónico, entre la catedral y la fortaleza (desde el que nos habla de llaves de bóveda, contrafuertes, arbotantes... en textos como *Le Rhin* o *Les Jumeaux*), para construir esa nueva Europa, como ciudadela defensiva de salvaguarda de la civilización frente a la barbarie¹⁷¹, como una imagen geográfica del infinito. Siguiendo la concepción de Chenet-Faugeras¹⁷², Europa no sería entonces un lugar preciso, su espacio no estaría sino en el *logos*, en el discurso que funda Europa al mismo tiempo que funda también al intelectual consciente de su función principal en tanto que creador de ese discurso. La nación —la nación europea— no es sino una idea, pero apelar a ella supone ya que de algún modo está constituida, que es reconocible por el auditorio, por lo que, de *topos*

¹⁶⁷ Hugo, "Discours à l'Assemblée Nationale du 17 juillet 1851", en *Actes et Paroles (avant l'exil)*, s/f., pp. 425-427.

¹⁶⁸ "Et ce jour-là, car nous vivons dans un temps rapide, nous vivons dans le courant d'événements et d'idées les plus impétueux qui ait encore entraîné les peuples, et, à l'époque où nous sommes, une année fait parfois l'ouvrage d'un siècle. (...) Comme les peuples lointains se touchent! Comme les distances se rapprochent! Et le rapprochement, c'est le commencement de la fraternité" (Hugo, 1851, pp. 428-429).

¹⁶⁹ Hugo, "Discours de Réception à l'Académie Française", 1841, en *Actes et Paroles (avant l'exil)*, s/f., p. 82.

¹⁷⁰ Hugo, *Actes et Paroles (avant l'exil)*, pp. 428-429.

¹⁷¹ Laurent, 1993.

¹⁷² Chenet-Faugeras, 1995.

retórico pasa a constituirse en verdadero *locus*; Pierre Michel¹⁷³, por su parte, describe igualmente la Europa de Hugo y otros pensadores de su tiempo más como un recorrido o impulso, una tarea a emprender, el lugar en todo caso del Espíritu y la Libertad: un espacio simbólico construido con los principios elementales del fuego (representado por las revoluciones y los bárbaros), el agua (el agua del Rin, el Danubio o el Mediterráneo) y el vacío, el puro espacio de las marchas infinitas; un infinito que será clave en la obra de Victor Hugo correspondiente a su etapa en el exilio.

Tras una primera etapa en la que el joven Hugo, dejándose arrastrar por la *grandeur* y ese gusto por lo infinito, contempla la Historia desde lo alto, experimenta la nostalgia de la unidad política y simbólica, y elige aventurarse por el camino del sueño imperial (en sus primeras obras está presente el homenaje a figuras como Napoleón, Cromwell o Carlomagno, mitos de auto-fundación, de un *moi* absolutamente libre), acabará cediendo a la seducción de las Jornadas de julio, que aceleran su mutación política y maduran una nueva concepción de Europa, la de los pueblos unidos esta vez bajo el ideal democrático, de solidaridad y fraternidad (en una carta a Louis Blanc llega a reclamar, no ya la necesidad de una Revolución Francesa, sino de la Revolución Europea). Es un pensamiento común entre los idealistas de esta época, son los últimos discípulos sansimonianos, los seguidores de Mazzini, anarquistas o pacifistas iluminados, con los que Hugo comparte programa¹⁷⁴. Reconoce además tempranamente el advenimiento de las masas (Walter Benjamin lo señala como autor, junto con Poe y Baudelaire, de la colectividad como nuevo sujeto)¹⁷⁵, y en ese sentido su figura del “pueblo-océano” (que aparece por primera vez en *Hernani*) será clave. El espíritu romántico del cuarenta y ocho de liberación de los pueblos inflama los discursos de Victor Hugo de toda esta época, ya sea sobre Italia o Polonia, México o Serbia¹⁷⁶, donde repite muchos de los argumentos ya mencionados, y combina los conceptos de “nacionalidad” y “humanidad” como parte ineludible —y no mutuamente excluyentes— de su entramado discursivo: “L’Humanité, nation définitive”, tal como la

¹⁷³ Michel, 1995.

¹⁷⁴ Auguste Viatte (2003) ha analizado la influencia del iluminismo en la obra de Victor Hugo, reconociendo rastros de corrientes como el magnetismo, el espiritismo, el ocultismo y otros misticismos tanto en su obra poética como en su doctrina política: así por ejemplo el papel mesiánico del genio, el reconocimiento de fuerzas invisibles y ese gusto por el infinito al que ya hemos aludido.

¹⁷⁵ Benjamin, 1999.

¹⁷⁶ Ver : Hugo, 2001.

exalta en su escrito sobre París de 1867¹⁷⁷. Y sin embargo, no escapa totalmente a la ambigüedad que esconde la idea nacional, y en ese porvenir europeo que le augura a su patria, dibuja una Europa como horizonte de la patria francesa, cuyo rol mesiánico, en calidad de portadora de la antorcha de las libertades, ensalza, haciendo planear la sospecha del chauvinismo sobre todo el mensaje universalista del poeta (aunque no es la Francia histórica lo que él defiende, sino los valores de una República atemporal):

« Ô France, adieu! Tu es trop grande pour n'être qu'une patrie. On se sépare de sa mère qui devient déesse. Encore un peu de temps, et tu t'évanouiras dans la transfiguration. (...). Tu ne seras plus France, tu seras Humanité; tu ne seras plus nation, tu seras ubiquité. Tu es destinée à te dissoudre tout entière en rayonnement (...). Adieu, Peuple! Salut, Homme! Subis ton élargissement fatal et sublime, ô ma patrie, et, de même qu'Athènes est devenue la Grèce, de même que Rome est devenue la Chrétienté, toi, France, deviens le monde »¹⁷⁸

Su Europa en todo caso se sirve como apoyatura ("C'est toi / Europe, vouête énorme à la France appuyée..." recita en *Les Jumeaux*) además de Francia, también de Alemania, a través del eje del Rin y según una concepción organicista en la que Alemania sería el corazón, el sentimiento, y Francia la cabeza, el pensamiento. Frente a la guerra franco-prusiana, Hugo se negaría a aceptar esa realidad ("Deux peuples frères vont s'entretuer pour le plaisir de deux princes"), y seguiría reclamando en cambio la indisoluble fraternidad de ambas naciones. Tras el fracaso no obstante del cuarenta y ocho que cerró la puerta a la constitución de una Alemania democrática, y la brutalidad de la guerra, su visión se vuelve más oscura acerca de las posibilidades de esta confraternidad, y para el Congreso de la Paz de Lugano de 1872 profetiza de manera pesimista —y no desacertada, a la vista de los terribles acontecimientos del siglo XX:

« Effrayante fracture à l'Europe; (...). L'équilibre rompu d'un continent ne peut se reformer que par une transformation (...) en avant ou en arrière (...) par le retour aux ténèbres ou par l'entrée dans l'aurore. (...). Désormais, il n'y a plus de possible pour l'Europe que deux avenir: devenir Allemagne ou France, je veux dire être un empire ou être une république. (...). L'Europe empire ou l'Europe république; l'un de ces deux avenir est le passé. Peut-on revivre le passé? Évidemment non. Donc nous aurons l'Europe république. Comment l'aurons-nous? Par une guerre ou par une révolution. Par une guerre, si l'Allemagne y force la France. Par une révolution, si les rois y forcent les peuples. Mais, à coup sûr, cette chose immense, la République européenne, nous l'aurons »¹⁷⁹

¹⁷⁷ Hugo, 2001, p. 237.

¹⁷⁸ Hugo: "Paris", 1867, en 2001, pp. 242-243.

¹⁷⁹ Hugo: "L'avenir de l'Europe", 1872, en *Actes et Paroles (depuis l'exil I)*, s/f, pp. 294-295.

Entre la Europa-Imperio (cualidad germana ahora), o la Europa-República según el modelo de libertades francés, Victor Hugo apuesta firme por ésta última (el Imperio representa al pasado, recalca), aunque también advierte que no se conseguirá sino mediante la revolución o la guerra. Y aún le queda un atisbo de esperanza para hacer un último llamamiento, al final de esta carta dirigida a los congresistas de Lugano, a la reconciliación y la paz, en la que insiste acerca del día que finalmente se alcanzarán esos ansiados Estados Unidos de Europa, tierra donde culminan de forma teleológica los ideales políticos, sociales y humanitarios, “cielo sin infierno” donde la libertad y la paz, la humanidad y la felicidad quedan finalmente hermanadas:

« Cette patrie sans la frontière, le budget sans le parasitisme, le commerce sans la douane, la circulation sans la barrière, l'éducation sans l'abrutissement, la jeunesse sans la caserne, le courage sans le combat, la justice sans l'échafaud, la vie sans le meurtre, la forêt sans le tigre, la charrue sans le glaive, la parole sans le bâillon, la conscience sans le joug, la vérité sans le dogme, Dieu sans le prêtre, le ciel sans l'enfer, l'amour sans la haine. L'effroyable ligature de la civilisation sera défaite; l'isthme affreux qui sépare ces deux mers, Humanité et Félicité, sera coupé. Il y aura sur le monde un flot de lumière. Et qu'est-ce que c'est que toute cette lumière? C'est la liberté. Et qu'est-ce que c'est que toute cette liberté? C'est la paix »¹⁸⁰

La idea de unidad que sostiene Hugo gira en torno al concepto clave de *civilización*, como ideal universal, o como él mismo lo define, aquello que es “el magnífico sueño de la inteligencia: tener por patria el mundo y por nación la humanidad”. A pesar de que tal concepto esconde la trampa del etnocentrismo¹⁸¹, y de un profundo conservadurismo (puesto que encierra la presuposición de que la Historia tiene un sentido y avanza en el buen sentido, que es sólo una cuestión de mejoramiento y de grado), representa para él en todo caso un proceso deseable y necesario que se logra fundamentalmente a través de dos vías: la guerra, y el espíritu, por el que Victor Hugo, tras esos iniciales devaneos con el sueño imperial, acabará apostando; y así lo plasma en su poema *Le retour de l'empereur*: “Tu voulais (...) / Faire conquérir par le glaive / Ce que l'esprit doit conquérir”. La aptitud para unificar Europa, principal criterio constitutivo del genio histórico, pasa a ser una de las justificaciones fundamentales de la sacralidad del escritor¹⁸²: a la legitimidad guerrera del emperador le sustituye ahora la legitimidad espiritual del poeta. Se impone pues la Europa del pensamiento, heredera de Grecia y

¹⁸⁰ Hugo: “L’avenir de l’Europe”, 1872, en *Actes et Paroles (depuis l’exil I)*, s/f, pp. 294-295

¹⁸¹ Laurent, 1995, p. 156.

¹⁸² Laurent, 1995, y Bénichou, 1996.

no de Roma, construcción típicamente romántica, imbuida de esa ola de filohelenismo a la que Victor Hugo tampoco habría resultado ajeno (las citas, las equiparaciones entre nacionalidad griega y nacionalidad europea como patria del poeta, entre Atenas y París como capitales del mundo, se suceden), en su apuesta por la república del pensamiento: “Civiliser les hommes par le calme rayonnement de la pensée sur leurs têtes, voilà aujourd’hui, messieurs, la mission, la fonction et la gloire du poète”¹⁸³.

Una primera ruptura, política como estética¹⁸⁴, con posiciones monárquicas la llevaría a cabo como consecuencia de su apuesta por la libertad, a la que sumaría después, en su reivindicación de la igualdad, la ruptura con el ala conservadora del liberalismo. Pero a pesar de su encendida defensa de la abolición de la miseria, la esclavitud, la pena de muerte, de su lucha por los derechos de las mujeres, de los trabajadores, o por una educación obligatoria y gratuita, Victor Hugo nunca fue socialista —o en todo caso se halló más cercano al socialismo utópico en su vertiente más conciliadora y cristiana, que a un ideal de lucha de clases. Su base es más bien una reinterpretación del espíritu del ochenta y nueve, de sus principios democráticos y de derechos humanos, y sobre todo de esa *Libertad* y esa *Igualdad*, irreconciliables si no es a través del tercer punto de apoyo, la piedra angular de la *Fraternidad*, entendida ésta como reinstauración de la humanidad en todo hombre; una “piedad suprema” (de resonancias inequívocamente cristianas pero también rousseauianas) en tanto que conciencia de unidad de toda la humanidad, que adquiere el nombre de fraternidad y cuya consecuencia más inmediata es la solidaridad, superadora de todo *clivage* en el plano humano¹⁸⁵. Así, el advenimiento de ese “pueblo-oceánico” que es la democracia viene a tratar de paliar aquella nostalgia de la unidad primera (en la que fracasaba después de todo el sueño imperial), y al infinito geográfico se le suma de esta manera el infinito social, ensanchamiento y vaciamiento¹⁸⁶ simultáneos que no confluyen en el infinito político si no es a través de esa nueva concepción de Europa (Europa como

¹⁸³ Hugo: “*Discours de l’Académie...*” 1841, en 2001, p. 84.

¹⁸⁴ La ruptura y la apuesta por la libertad se habían presentado efectivamente en un primer momento en el plano literario. En *Les Contemplations* presentaba así su particular poética, desde la óptica del romanticismo: “J’ai pris et démolis la Bastille des rimes / J’ai dit aux mots: soyez république (...) / Les écrivains ont mis la langue en liberté” (Hugo, 1856).

¹⁸⁵ Pena Ruiz y Scot, 2002, p. 296.

¹⁸⁶ Fue Claude Léfort quien dijo que “la democracia moderna es el único sistema político en el que la representación del poder es un lugar vacío...” (cit. en Laurent, 1993, p. 45).

fraternidad¹⁸⁷), fundada precisamente sobre los otros dos infinitos, y cuyo objetivo y justificación última ha de ser la apertura y superación del espacio (es decir, la abolición de las fronteras, el infinito geográfico, la libertad) y la abolición de la miseria (que es el cumplimiento del infinito social, la igualdad), completando así la tríada revolucionaria.

El pensamiento de Victor Hugo, en fin, resalta por su capacidad de dilucidar el futuro no a través de un análisis racional sino por pura proyección poética, no desprovista eso sí de cierta clarividencia: del mismo modo que adelantó una unión europea, también aventuró, a la manera de los sansimonianos, proyectos para la construcción de canales en Suez y Panamá, o un túnel bajo el Mont Blanc. Envuelto siempre este discurso en la bruma de la utopía (*“les utopies d'aujourd'hui sont les faits de demain”*), otros aspectos de su discurso hallarían eco sin embargo en las corrientes principales del futuro debate político, como cuando proclama el derecho de las naciones culturalmente homogéneas a la unidad, o el “derecho de los pueblos a la existencia nacional”, así como la previsión de que estos serían los grandes temas que dominarían la diplomacia del futuro —mientras que otro de sus contemporáneos, sin duda teórico político más riguroso, el que fuera en 1849 ministro de Asuntos Exteriores Alexis de Tocqueville, se negaba a creer por ejemplo en el futuro de Prusia, o en el ascenso de las nacionalidades. Cumbre de ese visionarismo es el texto que, con motivo de la Exposición universal de 1867, escribe para el folleto *Paris-Guide*, en el que se dan cita todos los elementos más característicos de la literatura utópica, y que lleva por título precisamente, a la manera de Lamennais, *“L'Avenir”*, “El Futuro”:

« Au vingtième siècle, il y aura une nation extraordinaire. Cette nation sera grande, ce qui ne l'empêchera pas d'être libre. Elle sera illustre, riche, pensante, pacifique, cordiale au reste de l'humanité. (...) Elle considérera le gaspillage du sang humain comme inutile (...) La circulation sera préférée à la stagnation. On ne s'empêchera plus de passer. Aux fleuves frontières succéderont les fleuves artères. (...) Cette nation estimera un tunnel sous les Alpes plus que la gargousse Armstrong. (...). Cette nation aura pour législation un fac-simile, le plus ressemblant possible, du droit naturel. Les meurt-de-faim et les va-nu-pieds, (...) auront, en dépit de Malthus, leur table servie sous le même soleil. (...) locomotion aérienne pondérée et dirigée, le ciel peuplé d'air-navires (...); le globe sera la maison de l'homme (...) la propriété (...) sera démocratisée et universalisée. Il n'y aura plus de ligatures; ni péages aux ponts, ni octrois aux villes, ni douanes aux états (...). Unité de langue, unité de monnaie, unité de mètre, unité de méridien, unité de codes (...). Elle sera plus que nation, elle sera civilisation; elle sera mieux que civilisation, elle sera famille... (...). Un peuple fouillant les flancs de la nuit et

¹⁸⁷ “Ma vengeance, c’est la fraternité! Plus de frontières! Le Rhin à tous! Soyons la même République, soyons les États-Unis d’Europe, soyons la fédération continentale, soyons la liberté européenne, soyons la paix universelle!” (Hugo, 2001, p. 265).

opérant, au profit du genre humain, une immense extraction de clarté. Voilà quelle sera cette nation. Cette nation aura pour capitale Paris, et ne s'appellera point la France; elle s'appellera l'Europe. Elle s'appellera l'Europe au vingtième siècle, et, aux siècles suivants, plus transfigurée encore, elle s'appellera l'Humanité »¹⁸⁸

Humanidad, nación definitiva que a los pensadores, esos “contempladores de penumbras”, como los define el propio Victor Hugo incluyéndose a sí mismo, les ha sido dado entrever con antelación. Del Imperio a la República democrática, el pensamiento europeísta de Victor Hugo abraza todo el siglo, igual que lo hicieron su vida y su obra: ya anciano, en su exilio de Guernesey y en vísperas de la guerra, Hugo aún tiene fe para plantar en el jardín un roble en honor de los Estados Unidos de Europa, semilla, augura, desde la que germinará el futuro, porque *l'avenir n'est plus demain, il commence dès aujourd'hui...*”.

2. 4. 1. El movimiento de los “Estados-Unidos de Europa”

Aunque no está clara la exacta autoría de la exitosa fórmula política de los “Estados-Unidos de Europa”, que algunos atribuyen a Cattaneo, Mazzini o Cobden, lo cierto es que Victor Hugo fue en todo caso uno de los máximos impulsores de esta idea que estaba ya en el aire del cuarenta y ocho y que concentra las aspiraciones cristianas, republicanas, democráticas y socialistas fraguadas en décadas anteriores¹⁸⁹.

Aparece así registrada una primera utilización de la expresión en un discurso en Rouen, durante la “campana de los banquetes”, el 25 de diciembre de 1847: Vésinet, director del *Journal de Rouen* y miembro de la Sociedad de Librecomercio fundada por Frédéric Bastiat, apelaba en aquel banquete a esos “Estados-Unidos de Europa” como remedio contra las dificultades económicas del momento; el pacifismo de los librecomerciantes, no obstante, preferentemente centrado en aliviar las cargas económicas de la política bélica, no contemplaba aún una verdadera doctrina que dotase de contenido a la expresión. No sería por lo tanto hasta el artículo ya antes comentado de Henri de Feugueray, aparecido en la *Revue Nationale* el 23 de marzo de 1848, cuando esta noción tomase acta de nacimiento con un verdadero contenido programático; unos

¹⁸⁸ Hugo: “*Paris*”, 1867, en 2001, pp. 232 y ss.

¹⁸⁹ Renouvain, 1949.

meses más tarde, también en prensa (*La Presse*, 14 de agosto de 1848), será Émile de Girardin (director del periódico y considerado como el padre de la prensa moderna, además de hombre político de influencia) quien apele de nuevo a esos Estados-Unidos, en un sentido distinto al de su colega Feugueray pero igualmente deseoso del establecimiento de un nuevo Derecho de gentes continental; y, tomando a Norteamérica como modelo, se pregunta: “Pourquoi n’y aurait-il pas les États-Unis d’Europe, comme il y a les États-Unis d’Amérique?” —aunque Girardin tampoco se adentra más allá en la fórmula jurídica y política que habrían de tomar esos Estados-Unidos europeos¹⁹⁰. Con la intervención de Francisque Bouvet (miembro también de la Sociedad de Librecomercio y de quien ya nos ocupábamos en el primer apartado de este capítulo) en la Asamblea Nacional el 5 de septiembre, pidiendo, desde consideraciones religiosas de carácter retórico, “la proclamación de la fraternidad universal de hombres y naciones”¹⁹¹, el slogan de los *Estados-Unidos de Europa* salta de la arena del debate en prensa al terreno de la vida política, donde sería nuevamente evocado en la tribuna de la Asamblea, de manera más explícita y vehemente esta vez, precisamente de la mano de Victor Hugo, en 1851:

« Le peuple français a taillé dans un granit indestructible et posé au milieu même du vieux continent monarchique la première assise de cet immense édifice qui s’appellera un jour les *États-Unis d’Europe* ! »¹⁹²

Palabras a las que sin embargo sus colegas del hemiciclo reaccionaron con sorna y desprecio¹⁹³. En aquel Congreso de la paz en París de 1849 se presentó asimismo un pequeño proyecto redactado por un joven abogado de Lille, Louis Bara; de estilo más realista, no perseguía el sueño de una paz perpetua, pero apostaba por un nuevo Derecho de gentes penal (que se ocupara de legislar sobre la guerra) y político, que fundara una Confederación europea que llevaría por nombre “los Estados-Unidos de Europa”, objetivo no inmediatamente alcanzable pero que supondría una etapa intermedia, tal y como lo concebía él, hacia una verdadera Sociedad de Naciones (la obra de Bara no sería sin embargo publicada hasta 1872, aunque había sido redactada

¹⁹⁰ Girardin, “Faiblesse ou folie”, en *La Presse*, 14 de agosto 1848.

¹⁹¹ *Le Moniteur*, 6 de septiembre 1848.

¹⁹² Hugo: “Discours à l’Assemblée Nationale du 17 juillet 1851”, en *Actes et Paroles (avant l’exil)*, s/f.

¹⁹³ Montalambert: “Les États-Unis d’Europe! C’est trop fort. Hugo est fou ! » ; Molé: “Les États-Unis d’Europe! Voilà une idée ! quelle extravagance ! » ; Quentin-Bauchart : « Les poètes... » (en Actas de la Asamblea del 17 de julio de 1851, citadas por Kaenel, 1998).

en aquel año del cuarenta y ocho)¹⁹⁴. Y este repaso sumario a la difusión del término se cierra, de nuevo en la prensa, con un artículo de Littré en *Le National* (24 de septiembre 1849), en el que el autor diagnostica cómo la evolución análoga seguida por los pueblos europeos en materia económica, científica y filosófica se ha culminado en ese 1849 por la introducción generalizada del régimen constitucional y la democracia, lo que le lleva a defender la oportunidad de una “confederación republicana” que, una vez más, tomaría el nombre de “Estados-Unidos de Europa”. Pasada ya la marea revolucionaria, todavía en 1850 y 1851, el Comité Democrático de Ledru-Rollin, Mazzini o Ruge, desde Londres, iba a lanzar una serie de llamamientos a la maltrecha democracia europea, recuperando también el lema que aquí tratamos.

Lema que se extendió igualmente por otros países, principalmente Italia y Alemania, siendo sus máximos adalides italianos los revolucionarios Mazzini y Cattaneo¹⁹⁵ y por la parte germana, Arnold Ruge, en su discurso al Parlamento de Frankfurt del 23 de julio de 1848, del que también nos hemos ocupado ya aquí¹⁹⁶. En los países anglosajones, por el contrario, y aunque desde hace tiempo habían arraigado allí numerosos movimientos pacifistas, este tipo de iniciativas europeas son sin embargo más escasas, aunque con algunas excepciones como la del periodista escocés (lo que no es casualidad) Charles MacKay, quien utiliza la fórmula en dos de sus artículos para el *London Telegraph* (el 28 de marzo y el 1 de abril de 1848)¹⁹⁷.

Pero la “moda” de los Estados-Unidos de Europa, como una consigna llevada por los vientos de la revolución, se propagó rápidamente incluso a lugares más remotos y en principio ajenos al movimiento europeo; así encontramos por ejemplo este breve texto también de marzo en el *Eco del Comercio* de Madrid donde, dando la bienvenida a la joven República francesa, se clama abiertamente por la “*Confederación europea*” y se insiste

¹⁹⁴ Louis Bara: *La science de la paix: programme*, 1872.

¹⁹⁵ “Nous aurons la paix quand nous aurons les États-Unis d’Europe », insiste Cattaneo en 1848 y 1849, autor al que algunos como Momigliano (1919) atribuyen la paternidad de la fórmula, que sin embargo ya había sido utilizada en Francia con anterioridad.

¹⁹⁶ De la difusión de este ideario europeo en la Alemania de 1848 se han ocupado por ejemplo Veit Valentin o Jean Nurdin, quien señala no obstante que, aunque en el espíritu de la izquierda democrática de Frankfurt, la fórmula fue raras veces utilizada de forma explícita: “En 1848, l’idée européenne a joué un rôle dans les préoccupations politiques de la gauche démocratique à la Paulskirche, sans que la formule des ‘États-Unis d’Europe’ soit couramment utilisée »; “Tout le programme des États-Unis d’Europe était donc contenu dans les déclarations de Ruge sans que l’orateur y fit référence. Il faut attendre les années 1850 et surtout 1860 pour que le slogan illustré par V. Hugo dans son « Discours d’ouverture au Congrès de la Paix » en 1849 pénètre véritablement dans la littérature politique allemande » (Nurdin, Jean, 1994, p. 297).

¹⁹⁷ Evocados por Renouvin, 1949, p. 37.

en la necesidad de una Constitución que establezca las bases de esos Estados-Unidos de Europa, cuyos aspectos principales se esbozan sucintamente:

“La Europa constituye sólo una gran nación, aunque dividida en varias provincias. (...). Es cierto que ya existe una especie de *Constitución europea* en los tratados estipulados y reconocidos entre sus diferentes gobiernos. Pero este gran pacto necesita ser más explícito, más definido, más obligatorio, y no dejarlo expuesto a los vaivenes de la diplomacia ni a las oscilaciones del capricho de los gobiernos parciales. Es preciso que no sea una mera combinación de los enseñoreados sobre los pueblos, sino una convención, una federación entre estos, regida por sus legítimos representantes, (...), imposibilitando para siempre las guerras intestinas con que se han destrozado estas facciones de la parte más privilegiada del mundo antiguo. (...). —Esta organización del mando y regulación de las naciones reunidas o sea de los *Estados-Unidos de Europa*, es bien sencilla de formular, y sus bases naturales se presentan bien evidentes”¹⁹⁸

Aunque la fórmula de los “Estados-Unidos de Europa” es sin duda una de las originalidades acuñada al fuego de la revolución cuarentayochista, poco añade desde el punto de vista doctrinal al contenido de la idea de Europa que no se hubiese plasmado con anterioridad. La expresión de los “Estados Unidos de Europa” se presenta en este marco revolucionario más bien como un “ideal de compensación” (en palabras de Denis de Rougemont), que trata de conjurar los males presentidos de las pasiones nacionales, tan líricamente celebradas en aquellos momentos, para enfrentarse a ellas de otra manera, reclamando la necesaria alternativa de una soberanía nueva, más eficaz y franca que el concierto de la “Europa de las Naciones” establecido con el nuevo orden¹⁹⁹ —pero sin aportar tampoco claras alternativas. El mérito de esta suerte de neologismo convertido en eslogan habría residido así más en su difusión, su esfuerzo de propaganda capaz de concitar con éxito un verdadero movimiento de opinión, y que impulsó de hecho tres Congresos de la paz, una Liga de la Fraternidad Universal, etc., ocupando a buena parte de la prensa y calando en el público general; el concepto de Estados-Unidos de Europa, claramente acreedor ideológico del modelo norteamericano al que se aspira, habría resultado pues un efectivo movilizador político. Entre los partidarios de la no-violencia (pacifistas cristianos y economistas por el libre-cambio, predominantemente de origen anglosajón, que formaban el grueso del

¹⁹⁸ *El Eco del Comercio*, 15 de marzo 1848. La fecha de este artículo y de la utilización del nombre “Estados-Unidos de Europa” en España resulta a todas luces inusitadamente temprana (apenas dos meses y medio después de la primera aparición registrada, y 20 días después de la revolución en Francia), lo que evidencia una vez más la velocidad a la que se transferían las nuevas ideas en el campo internacional, al mismo tiempo que pone en cuestión las dataciones de primeras apariciones de la voz en los autores consagrados.

¹⁹⁹ De Rougemont, 1963, p. 249.

Congreso de los Amigos de la Paz en París) y los revolucionarios republicanos y demócratas que acabarían formando al año siguiente el Comité democrático de Londres, y que veían en el movimiento por los Estados-Unidos de Europa un medio para la agitación política, poco terreno común para el acuerdo podía haber, sin embargo —el término, una vez más, admitía múltiples significados. La incapacidad de establecer finalmente un programa preciso acabó haciendo así de la noción de los Estados-Unidos de Europa una fórmula vaga, que a duras penas sobreviviría al ecuador del siglo.

La Liga internacional de la paz y la libertad, fundada por el europeísta sansimoniano Charles Lemonnier en la década de los sesenta (y que tuvo especial implantación tanto en Francia como en Suiza o Alemania), retomó sin embargo este lema para titular su periódico²⁰⁰; *Les États-Unis d'Europe* estuvo así apareciendo —si bien de manera irregular— con una periodicidad mensual entre 1868 y 1939, publicado en Berna (más tarde en Ginebra) en inglés y en francés, y soportando el embate de los grandes conflictos bélicos hasta bien entrado el siglo XX, en el que se perpetuaría aquel sueño de Victor Hugo²⁰¹:

« Un jour viendra où l'on verra ces deux groupes immenses, les États-Unis d'Amérique, les États-Unis d'Europe, placés en face l'un de l'autre, se tendant la main par-dessus les mers, échangeant leurs produits, leur commerce, leur industrie, leurs arts, leurs génies, défrichant le globe, colonisant les déserts, améliorant la création sous le regard du Créateur, et combinant ensemble, pour en tirer le bien-être de tous, ces deux forces infinies, la fraternité des hommes et la puissance de Dieu »²⁰²

²⁰⁰ Charles Lemonnier publicaría igualmente una obra con este mismo título en 1872.

²⁰¹ «Le mythe des 'États-Unis d'Europe' a donc accusé en un siècle sa remarquable persistance. Après des avatars divers, il se perpétue dans les années 1930...» (Sainte-Lorette, 1955, p. 41) aunque insistir en este aspecto sería pecar de optimismo, porque lo cierto es que, tal y como ha sido señalado por diversos autores, la idea de los Estados-Unidos de Europa se estanca a partir de 1871, tras la guerra franco prusiana, y en el último número de 1888 el propio Charles Lemonnier escribía: «La Fédération des peuples et l'institution d'un tribunal International ne me paraissent pas, à l'heure où j'écris, réalisables en Europe... ».

²⁰² Hugo : «Discours inaugural du Congrès de la Paix, Paris, 22 août 1849 », en 2001.

3. La popularización de la idea de Europa

Uno de los fenómenos más relevantes de este 1848, como consecuencia de la democratización del debate político, es ese “acceso confuso de las masas a la cultura” al que Maurice Agulhon hacía referencia. Las nuevas libertades de opinión, de comunicación, de publicación y organización crearon un nuevo panorama de opinión pública por todo el continente, con la explosión de medios impresos, caricaturas, cancioneros, asociaciones y clubes de discusión²⁰³, que tuvieron buena parte de responsabilidad en la temperatura política y social del momento, así como en la formación de nuevas identidades colectivas y nuevas formas de acción. Un público europeo que podía informarse fácilmente de los acontecimientos extranjeros y extraer así provecho de experiencias lejanas, a la vez que incluía a cada vez más capas de la sociedad²⁰⁴. El debate sobre la idea de Europa, así, salió de los círculos cerrados intelectuales a los que hasta ahora se había visto confinado, para alcanzar a un público más vasto, que lo difundió y vulgarizó a través de medios populares, provocando la democratización del debate²⁰⁵.

Uno de los catalizadores principales para esta gran movilización lo constituyeron los clubes o sociedades secretas, que conocieron en este periodo una actividad constante que desbordó las fronteras: surgieron clubes como la “Société des Saisons”, “les Familles” (inspirados por Barbès y Blanqui, siendo el club de Barbès el que más seguidores contaba), la “Deutscherbund”, la “Fédération des Bannis”, la “Fédération

²⁰³ Sperber calcula en aproximadamente millón y medio el número de alemanes que formaron parte durante estos años de alguno de esos clubes.

²⁰⁴ “Même la couche sociale considérée comme la plus imprégnée de culture orale, à savoir les paysans, était entraînée dans le débat national, n’y participait pas seulement par des révoltes, mais, en Prusse aussi, par le moyen des pétitions adressés au Parlement » (Haupt, 2002, p. 471) ; « The vastly extended circulation of newspapers, placards, caricatures, posters, songs, and illustrated papers created something of revolutionary culture which was appreciated by a growing number of people » (Von Strandmann, 2000, p. 3, quien además añade datos sobre alfabetización en Alemania -80%- o aumento de prensa -79% en Austria- para esos años). Y Aprile añade que esa nueva prensa llega además a un público cada vez más popular, y se expresa en su lengua. “Surgieron a cientos los clubes y sociedades populares, (...) un diluvio de palabras, periódicos, octavillas, folletos, consignas políticas pintadas en las paredes, canciones, coplas, emblemas y caricaturas. Se ha dicho con frecuencia que quizá la cuestión por la que se luchó en la primera mitad del siglo XIX fue la libertad de expresión en diversas formas. Generación de románticos, especialmente intelectuales, colocados en primera fila pero negándose a ejercer influencia política, defendían por encima de todo la libertad de expresión” (Talmon, 1960, p. 395).

²⁰⁵ Y no olvidemos que esta “democratización” constituye una de las características de los conceptos políticos modernos señalada por Koselleck, junto a la temporalización, la politización y la ideologización que ya hemos visto, en los capítulos anteriores, en qué manera fueron afectando y modelando al concepto de Europa.

des Justes” (estas tres últimas fundadas por refugiados alemanes), las “Phalanges Communistes”, la “Société Gauloise”, “Société des Francs régénérés”, la “Société des Réclamants de Juillet”²⁰⁶... El carbonarismo mazziniano se extendió también por Francia, y en 1831 se fundaba así en Marsella la sociedad secreta de la Joven Italia, etc.: “prenant de l’ampleur, le mouvement ouvrier, grâce aux sociétés secrètes européennes, devient international »²⁰⁷.

Estas sociedades reivindicaban pues sus principios esenciales no sólo a nivel nacional sino también a nivel europeo: abolición de la sociedad capitalista, creación de una república obrera dotada de sufragio universal o la proclamación de la Santa-Alianza de los pueblos oprimidos y la derrocamiento de los tiranos. Los republicanos, demócratas y socialistas que los conformaban creían fervorosamente en la guerra de propaganda, y en su deber de asistir a sus “hermanos oprimidos”. Y es que, en la mayoría de los casos, eran los refugiados extranjeros los que se hallaban a la cabeza de estas movilizaciones, pese a que la mayor parte de la población era preponderantemente pacífica. La acción de estas sociedades secretas contribuyó en todo caso y fue clave para la difusión de las nuevas teorías políticas y sociales, actuando en muchas ocasiones como verdaderos grupos de presión sobre el gobierno.

Frente a los que incitaban a la intervención y la guerra, estaban también los que se movilizaban por la paz; la revolución de 1848 supuso también un importante impulso para todos estos movimientos: entre 1848 y 1853 tuvieron así lugar una serie de grandes congresos internacionales para la paz, de los que destacan el de 1848 en Bruselas, el de 1849 en París del que nos ocupábamos antes, 1850 en Frankfurt o los de Londres (1851), Manchester y Edimburgo en 1853. Promovidos fundamentalmente por activistas extraídos de medios religiosos y humanitarios, también contaron con la presencia de un número importante de publicistas y hombres políticos radicales, entre los que destacan discípulos de Saint-Simon y de Fourier, quienes reclamaban en sus comparecencias una federación europea de Estados, mazzinianos que consideraban la independencia nacional y la difusión de los ideales democráticos republicanos como condición necesaria para la armonía internacional, o partidarios norteamericanos del proyecto de un Congreso de las Naciones promovido por William Ladd, además de economistas políticos, mayoritariamente británicos, que apostaban por el libre cambio

²⁰⁶ Así tiene lugar por ejemplo el primer Congreso de la federación comunista en Londres en 1847, del que saldría el famoso Manifiesto Comunista de Karl Marx.

²⁰⁷ Fortis, 1977, p. 13.

internacional y el no-intervencionismo como fundamentos de la paz mundial. Uno de sus máximos representantes, el británico Richard Cobden, animó y ocupó un lugar destacado en el movimiento de los congresos, introduciendo sus teorías sobre el librecambismo, el arbitraje, el desarme o el fin de los préstamos de guerra. Frente a él, el más soñador Victor Hugo, cuyo discurso, lo veíamos antes, inauguró el Congreso de París y en el que el poeta preveía la creación de esos “Estados-Unidos de Europa” con más optimismo que realismo: “Qu’avons nous à faire pour arriver le plus tôt possible à ce grand jour? Nous aimer”²⁰⁸.

3. 1. Europa en la prensa y los manifiestos

Además de los grandes textos en prensa de los que hemos estudiado algunos casos, los periódicos de la época se llenaron de referencias a una Europa federada de la pluma de numerosos periodistas y corresponsales anónimos. El sueño de la concordia universal se había convertido en una idea fija de la II República, y así, en el *Moniteur* del 28 de febrero de 1848, la crónica que relataba la ceremonia solemne en que fue proclamada la República al pie de la columna de Julio, terminaba con las siguientes líneas, sumándose a la campaña por los Estados-Unidos de Europa:

« En servant la France, il [le gouvernement provisoire] servira toutes les nations de l'Europe: le peuple de Paris a ouvert une ère nouvelle. La République française fait reprendre à notre patrie le cours glorieux de ses destinées ; elle lui rend l'initiative du progrès ; elle vient enfin au secours du temps et des idées qui préparent peu à peu *les États-Unis de l'ancien continent* »

Y *Le National*, órgano del partido moderado que conformaba la mayoría del gobierno provisional, se sumaba igualmente a esta aspiración por la República democrática europea:

« L'Europe va être placée dans des conditions qui permettent pour elle une condition stable et définitive. On y apercevra trois groupes de populations : à l'occident, les populations latines, la France, l'Italie, et l'Espagne ; au centre, les populations germaniques ; à l'orient, les populations slaves. Ces trois groupes qui, ainsi que le montre la propagation de la révolution de Paris, sont unis par d'étroites

²⁰⁸ Nicholls, 1991, p. 329.

affinités morales et intellectuelles, formeront une fédération, et, dès à présent, jetteront les fondements de la grande République européenne. Le temps des rois est passé, celui des démocraties est venu »²⁰⁹

Incluso en las páginas más conservadoras como las del oficial *Journal du Débats*, se aprestan, el 28 de marzo, a dar la bienvenida a la Unión Europea: « L'Europe marche-t-elle vers l'unité? (...) Beaucoup de choses permettent de le croire », para ocuparse a continuación de las posibilidades de consumación de este « feliz acontecimiento », así como del papel que deberá ocupar Francia para impulsar cuanto antes su advenimiento. Y el mismo artículo continúa: « les nationalités ne seraient pas plus embarrassantes dans l'unité libérale de l'Europe que ne le sont, dans l'unité libérale de la France, nos vieilles nationalités françaises ».

Le National, contestando las fronteras de 1815 establecidas por la diplomacia monárquica, propone a cambio las fronteras naturales de esas nacionalidades solidarias:

« Les délimitations territoriales que la conquête avait faites chez les nations continentales disparaissent, et un ordre plus naturel et plus stable commence par les peuples. C'est le principe des nationalités substitué au fait brutal et accidentel des dominations monarchiques et militaires »²¹⁰

Y, abusando del lugar común en que se ha convertido hablar del glorioso rol emancipador que la naturaleza ha reservado a Francia y recogiendo una imagen que iba a volverse frecuente, añade, dos días después:

« Quand nous appelions de tous nos vœux, quand nous préparions de tous nos efforts l'avènement définitif de la démocratie en France, ce n'était pas seulement en vue des avantages qu'en devait retirer notre pays, mais encore en vue de l'influence qu'un tel événement devait exercer sur le reste de l'Europe. Nos désirs et nos espérances, loin de borner à nos frontières les bienfaits de cette grande œuvre, les étendaient partout où le rayonnement sympathique de nos idées avait déjà fécondé les germes d'une régénération politique... (...) sur le grand chemin de la démocratie (...) derrière nous la marche de cette longue colonne de peuples dont nous formions l'avant-garde, et que manquer à notre destinée serait manquer à la leur. Aussi avons-nous hâte d'accomplir notre devoir envers eux, autant qu'envers nous-mêmes, et ce devoir était une révolution »²¹¹

²⁰⁹ *Le National*, 21 de marzo 1848.

²¹⁰ *Le National*, 30 de marzo 1848.

²¹¹ *Le National*, 1 de abril 1848. Aunque antes, y en referencia siempre a este rol emancipador de la República, habían matizado que éste habría de ejecutarse por el ejemplo y no por las armas: « elle apportera aux peuples son appui moral, son exemple, qui sont suffisants pour modifier l'Europe (...) nos armes ne feraient que retarder cette modification et en interrompre le cours régulier » (27 de febrero 1848).

Y es que la obligación de ayudar por las armas a los adversarios de las monarquías europeas se había vuelto, en el credo republicano, una verdad incontestable; así lo recoge el diario *La Commune de Paris*, el 28 de abril, en tono mucho más enérgico:

« Les tendances de l'humanité sont révolutionnaires, et si la France, cette sublime école des peuples, doit être fière de son initiative, elle doit aussi ne pas déclinier la responsabilité de ce grand mouvement. (...). Notre République est le salut de l'humanité ! »

Mientras, las noticias sobre la revolución en Francia alcanzan, gracias a la prensa, a los lectores de otros países, e impactan en su opinión²¹². La proliferación de periódicos de carácter político, que se hacen eco de las noticias internacionales y llegan cada vez a más amplias capas de la población, también será un fenómeno común a los demás países europeos; así encontramos por ejemplo este breve texto en el *Eco del Comercio* de Madrid al que hacíamos referencia antes y que, dando la bienvenida a la joven República francesa, clamaba abiertamente por la “*Confederación europea*”. Durante las jornadas de junio, por su parte, la prensa obrera europea no dudó en solidarizarse con los trabajadores franceses²¹³, y así, un periódico obrero de Frankfurt, el *Allgemeine Arbeiter Zeitung*, describía el 10 de junio a Francia como “el gran y noble pueblo hermano”, en el que había tenido lugar “la fundación para la libertad de los pueblos europeos”, al mismo tiempo que recordaba también el noble papel jugado por los combatientes polacos: “en las calles de París, Viena y Berlín los polacos han luchado por la libertad de Europa, han combatido por nuestra propia libertad dando su sangre”²¹⁴.

La prensa y publicaciones obreras iban a jugar de hecho un papel inédito hasta entonces. Así, un claro elemento de la cultura popular como es el “almanaque” también se ve imbuido de la ola política y revolucionaria de esta época, apareciendo “almanaques obreros” que se dotan de un contenido claramente político. A finales de 1848 aparece en París, en este contexto, un pequeño *Almanaque obrero* que se ocupa de

²¹² Cuando los periódicos franceses y alemanes con la noticia de la revolución de febrero llegan a Rusia el 3 de marzo, son inmediatamente retirados de la circulación por la policía. Y la misma *Gazette de Saint-Petersbourg*, órgano oficial, veía su publicación suspendida hasta el día 7.

²¹³ Mientras la liberal aplaudía la determinación de Cavaignac que protegía al resto del continente de horrores similares (Körner, 2004, p. 15).

²¹⁴ *Allgemeine Arbeiter Zeitung*, 20 de mayo, 10 de junio y 24 de mayo 1848 respectivamente, reimpresso en 1968, pp. 10 y 21).

las grandes predicciones para el año 1849, tal y como impone la tradición, aunque eso sí, mezclando predicciones de orden climatológico con otras de orden más político, y siempre en tono de burla (Louis-Phillipe como emperador de Mónaco, Victor Hugo nuevo rey de los franceses, etc.), al tiempo que ejerce labores informativas y pedagógicas, difundiendo los contenidos de la constitución republicana recién aprobada, la labor de diversas asociaciones obreras, informando de la publicación del último libro de Proudhon, el viaje de Cabet en la fragata Chimère para fundar Icaria, la revolución en Italia o los últimos complots napoleónicos desenmascarados.

El *Almanach des Ouvriers* incluye, en esta línea, un “Tableau de l’histoire européenne”, centrado eso sí en la historia actual y que se regocija de la proclamación de la República francesa como el acontecimiento que ha provocado la caída final de todo “el antiguo edificio europeo”. Mostrando simpatía y solidaridad por el resto de los pueblos insurrectos, repasa la situación de países como Alemania, Italia, Polonia, Suecia, Dinamarca, Inglaterra, Irlanda, Holanda, España o Portugal, además de dedicarle unas líneas a Turquía y a la Rusia zarista, “enemiga de los católicos” y única enemiga de Europa y de la democracia, conceptos inseparables ahora:

« Cet Empire est resté seul tout à fait à l’abri des commotions qui ont suivi la révolution de février (...), reste seul le grand ennemi de l’Europe occidentale, de la démocratie, et surtout de la France! »²¹⁵

En el discurso de este Almanaque, Europa ejerce el papel de espectadora, se erige en sujeto de la opinión pública que observa y juzga de los acontecimientos que suceden en uno u otro de sus territorios —“L’Europe, (...) témoin de remarquables phénomènes”, de la crisis de la patata irlandesa a la candidatura bonapartista a la presidencia de la República—, dotándola así de vida y de una nueva autoridad (la de su perspectiva revolucionaria).

Pero entre los textos de corte más popular destacan (aunque sin duda hay muchos más) algunos extractos del periódico *Le Populaire*, dirigido por Étienne Cabet²¹⁶, que se publicaron en 1849 bajo el subtítulo de “Système de Fraternité”. Así, el

²¹⁵ Y añade los rumores de que, en caso de que el príncipe Louis Bonaparte obtenga la victoria en las inminentes elecciones presidenciales (figura contra la que arremeten una y otra vez en el Almanaque), Francia firmaría una nueva alianza con Rusia (*Almanach des Ouvriers*, 1848, pp. 55 y 56).

²¹⁶ *Le Populaire* comenzó a publicarse bajo el título completo de “Le Populaire: Journal des intérêts politiques, matériels et moraux du peuple » en 1833, hasta que en 1841, y ya bajo las órdenes del

texto que lleva precisamente por título “Fraternité”, consagra este principio como valor superior (de ecos religiosos) y se abre con una cita del mismo Cabet, quien presenta el ejercicio de la fraternidad como la mejor vía de acceso para la felicidad de la humanidad:

« Adoptons, pratiquons, proclamons, propageons, le principe chrétien de la Fraternité, tirons-en toutes les conséquences, et nous arriverons à l'organisation sociale la plus parfaite, et la plus capable de réaliser complètement le salut et le bonheur de l'Humanité »²¹⁷

En este texto la Fraternidad se presenta como único principio generador de toda Justicia, de toda ciencia social, de toda moral y toda religión, “del mismo modo que sólo hay un Dios y una verdad”; el progreso de la Humanidad, se nos dice, no podrá encontrar mejor punto de apoyo que este principio, “príncipe del Futuro”, y se recuerda que se trata de un principio ya presente tanto en la filosofía china como en las enseñanzas de Jesucristo. La fraternidad es pues, para estos icarianos, la llave de esa organización social donde “Dios será el único rey, señor y padre de todos los hombres”, puesto que realiza el reino de Dios en la tierra: siendo el principio superior de Dios el Amor, la Fraternidad es la forma que éste adquiere entre los hombres. Convertida así en única regla social, debe conducir a todos los Pueblos a la formación de una sola familia de Hermanos; de este modo, el concepto de fraternidad abandona el terreno de la práctica cristiana para convertirse en un principio político, que se coloca además en la cúspide de la pirámide revolucionaria de la República:

« Le principe triaire de notre République : *Liberté, Égalité...* n'est qu'une amplification du principe unitaire : la *Fraternité*. (...) la Fraternité sans Liberté et sans Égalité est inconcevable, et elle se manifeste inévitablement, entre ceux qui la pratiquent, par la Liberté de tous, sans aucun privilège pour personne »

Para señalar a continuación que los términos de Libertad e Igualdad son esencialmente negativos, “de los que no nos servimos más que para protestar contra la opresión y la explotación del hombre por el hombre”; esos dos pretendidos principios serían, además, esencialmente individualistas y egoístas, acusa el artículo, propios de aquellos republicanos *no-socialistas* que no abordan realmente la realización de la Fraternidad, y sólo conciben sistemas estériles, bastardos, individualistas y

utopista y antiguo diputado Cabet pasaría a llamarse “Le Populaire de 1841: journal de réorganisation sociale et politique”. El periódico dejaría de aparecer en 1851.

²¹⁷ *Le Populaire*, 13 de mayo 1849, p. 12.

mercantilistas, a los que se acusa de no servir más que para desunir: “aux yeux de vrais Chrétiens, hommes pénétrés du principe de la Fraternité, [ils] passent toujours pour des doctrines des Pharisiens”. Porque la Fraternidad, añaden, no depende de ningún sistema, no es emblema de doctrina alguna, sino que es anterior a todas ellas: ella misma es principio, medio y objetivo²¹⁸.

Frente al triunfo de la reacción, otro de sus artículos llama a los comunistas a seguir soñando por la *paix universal* y la *fusion de classes*, invocando con persistencia la Unidad y la Solidaridad de todos los ciudadanos y los pueblos. Su objetivo, afirman, no es otro que la realización sincera y completa del programa republicano de Libertad, Igualdad y Fraternidad, por lo que apelan a una “República Fraternal” en la que los Hombres sean hermanos y solidarios entre sí. Este texto, que se propone como un desafío a la irresolución del *National*, propone como objetivo (adelantando lo que más tarde sería la doctrina de Proudhon, como veremos):

« former tous qu’une seule Famille dans chaque Commune, dans chaque Canton, dans chaque Arrondissement, Département, Province, Nation, Race, Continent, et même sur tout le Globe de la Terre »²¹⁹

Y es que el ideario republicano —la « Unidad republicana », tal y como reza el título de otro de los artículos firmado por un tal A. Guépin—, comparte con los comunistas del *Populaire* el ideal de una Humanidad superior a todas las naciones, en la que la Humanidad conforma el verdadero cuerpo social del que los Pueblos no constituyen más que los órganos, les recuerdan; y semejante idea compartida de Humanidad comporta las siguientes consecuencias: la creencia en la Solidaridad de los Pueblos (“Cristo moderno” que ha de resucitar) y la creencia en la Asociación de los Pueblos (descendiendo hasta la asociación de comunas y departamentos), programa que incitan a hacer suyo por tanto a los republicanos más moderados:

« Voilà notre RÉPUBLIQUE FRATERNELLE dont nous demandons la réalisation ; et nous espérons que le Citoyen Girardin aura le courage d’y adhérer et de poursuivre jusqu’au bout les conséquences des principes reconnus par lui-même »²²⁰

²¹⁸ “Prétendre qu’une doctrine ou un système peut produire la Fraternité (...) c’est soutenir enfin qu’on ne peut vivre qu’après s’être pénétré de certaines conceptions à la mode » (*Le Populaire*, 13 mayo 1849, p. 15). Esta crítica alcanza pues también a los « pretendidos socialistas » que se empeñan en no defender más que el principio de Libertad o Igualdad.

²¹⁹ *Le Populaire*, 21 de abril 1851, p. 210.

²²⁰ *Le Populaire*, 29 de marzo 1851, p. 258.

Por último, *Le Populaire*, como no podía ser de otra manera, también se interroga acerca del futuro, en otro artículo titulado “Où allons-nous?” donde recogen citas proféticas de diversos autores, tales como las palabras de Joseph de Maistre, quien auguraba una próxima “Gran Unidad”:

« Les signes des temps annoncent qu’une GRANDE OEUVRE va s’accomplir prochainement. (...). Tout annonce (...) la GRANDE UNITÉ vers laquelle nous marchons à grands pas ! (...) un *événement immense* dans l’ordre divin vers lequel nous marchons avec une Vitesse accélérée ! (...) Il n’y a peut-être pas un homme véritablement religieux en Europe qui n’attende dans ce moment quelque chose d’extraordinaire... »²²¹

Entre los muchos panfletos políticos que se publicaron en ese año destaca igualmente, para el tema que nos interesa, el de un autor desconocido que firma como “P. Lambert”, y que dirige a la Asamblea Nacional y al Gobierno provisional la propuesta de una nueva Constitución, seguida de un proyecto de República Europea; queda así patente una vez más cómo las bases de la nueva República francesa resultan indeliberables del programa revolucionario europeo.

El texto de Lambert comienza con un saludo de bienvenida a la República, “protectora de todas las libertades”, y en sus apenas treinta y cinco páginas no cesa de evocar a Grecia, cuna de la patria y de la civilización, y ascendente reclamado para la nueva Europa. La Revolución de febrero, por su parte, justifica a Francia como iniciadora y líder de esa nueva República europea: “La République française est peut-être destinée à produire la plus grande chose des temps modernes, et de l’histoire entière de l’humanité: une *République européenne* »²²². Lambert no reconoce más fronteras que las que marcan hoy las diferencias de costumbres, lenguas e ideas entre los pueblos, por lo que aboga por la fusión de éstas como camino hacia la unificación (que se le antoja imposible mientras perviva la diversidad):

« Un jour viendra, et derrière des nuées d’orages, l’aube en est déjà transparente, une époque se révèle où la fusion des mœurs, des langues, des idées, comme celle de tous les intérêts, fera disparaître tous les obstacles et comblera tous les abîmes.

²²¹ *Le Populaire*, 1849, p. 259.

²²² Lambert, 1848, p. 27.

C'est à ce but qu'il faut convier tous les peuples de l'Europe, c'est le fondement moral d'une transformation sans laquelle in ne vivront jamais en frères »²²³

Con este derecho de iniciativa otorgado a Francia, más la reivindicación de la desaparición de todas las diferencias, Lambert parece retrotraerse medio siglo, hasta los proyectos de corte imperial, para reclamar sin embargo algo tan de su época, la República europea, lema de su tiempo pero también, tal y como hemos visto, presente ya en Voltaire. Lambert, en su opúsculo, trae a colación otros tantos lugares comunes, e invita a la desaparición de toda aduana (“medida fatal a los intereses generales”) entre ciudades y pueblos, apuesta por el libre cambio y opina que, de haberse contado y consultado antes el buen sentido de los pueblos, las guerras habrían sido menos frecuentes y la prosperidad más generalizada, por lo que reclama, no sólo la república europea, sino también una democracia europea²²⁴:

« Dans une hypothèse de République européenne, toutes les douanes des villes et des frontières seraient donc abolies, et les lois, les poids, les mesures, les monnaies seraient partout les mêmes, toutes les limites entre peuples librement franchissables. Toutefois, chaque peuple aurait son gouvernement *démocratique* et *républicain* ; son sol serait protégé de tout envahissement sous la sauvegarde de la puissance, des intérêts et de l'harmonie universels »²²⁵

Esa potencia de la armonía universal tomará la forma, en una Europa republicana y como no podía ser de otra manera, de un Congreso, de condición permanente, con una sede predeterminada (que él sitúa en Roma²²⁶) y con atribuciones de carácter universal; sus decretos serán inviolables y su potestad soberana. En el Congreso europeo, cada nación estará representada por tres diputados, elegidos democráticamente para diez años entre sus ciudadanos más destacados y con independencia del tamaño del país, para formar así una asamblea de sabios a la manera griega, una “santa-alianza de los pueblos”:

« Cette *sainte-alliance des peuples* vaudrait bien celle des rois. Il faudrait à cette unité un centre, et au salut de tous un maître : ce maître ne doit pas être un homme,

²²³ Lambert, 1848, p. 28.

²²⁴ “tout membre de la grande famille européenne a un mot à dire, ou un assentiment, ou une improbation, ou une idée à apporter aux tribunes de l'opinion publique » (Lambert, 1848, p. 34).

²²⁵ Lambert, 1848, pp. 28-29. En el apéndice, Lambert se reclama “républicain de la veille” e insiste orgulloso en que desde niño abrazó los principios democráticos y republicanos, por lo que fue expulsado de la Universidad en vísperas de la Revolución de julio y ha permanecido hasta ahora aislado, esperando el advenimiento de la República final” (p. 35).

²²⁶ “double siège de la religion et de l'empire”, « centralisation merveilleuse de toutes les forces vives », donde se reunirán los mandatarios del pueblo con el mandatario de Dios, etc. (Lambert, 1848, p. 32).

mais un *congrès*. L'Europe serait donc comme un faisceau de républiques confédérées dans un but unique, invinciblement rattachées à un pouvoir central qui prendrait le nom de congrès (...). Une République européenne est une affaire à débattre entre peuples, dans les grandes assises dont les rois seront exclus»²²⁷

Resulta especialmente digno de destacar de este párrafo citado la expresa mención a que el *maître*, el señor de Europa ya “no será un hombre, sino un congreso”, a pesar de que la idea de centralidad, asociada a la de unidad, no es capaz de desvanecerse; pero la nueva Europa, la de la democracia —como ese lugar de poder vaciado de Léfort al que hacíamos antes mención—, aunque persigue recobrar la unidad ha superado esa “nostalgia del imperio” medieval, y no busca ya un nuevo “Washington coronado”, porque su nuevo guía no es otro que el pueblo, idea del pueblo-Mesías compartida por Michelet, George Sand o Lamennais²²⁸.

El texto de Lambert, por lo demás, como la gran parte de los de su época, se mueve entre la exaltación del patriotismo y el universalismo, y así reivindica que si bien la patria es algo “santo y grande”, hay por encima de ella otra instancia más augusta: el amor a la humanidad. Y así se muestran también la correspondiente ambigüedad con respecto al estatuto que Francia habría de ocupar en esa República europea, de la que inicialmente reclama la paternidad: “j’ai cette conviction, que la France, d’un rang égal à tous comme état fédératif, conserverait infailliblement les premiers titres à l’estime du monde et la suprématie du génie”²²⁹. Francia conservará pues una “autoridad moral”, si se quiere llamar así, legitimada históricamente, pero ocupará un rango igual al resto de Estados federados, porque el elemento fundamental de esta “gran revolución política y social” que él propone yace en el afán de “invitar a los pueblos más débiles al banquete de los fuertes”, aunando intereses y también razas, inteligencias y corazones.

Otro pequeño libelo del mismo año, esta vez de autoría anónima pero de corte claramente obrero, lleva igualmente por título *Constitution pour la République universelle*, y en su preámbulo se ensalza el trabajo como “emancipador de los individuos y las

²²⁷ Lambert, 1848, p. 29.

²²⁸ Románticos entre los que pone no obstante la nota de discordia el polaco Mickiewicz, para quien el nuevo Mesías, que vendrá a completar la obra de Napoleón, se encarna en una única figura personal, no colectiva; Mickiewicz pone así en evidencia una de las paradojas del mesianismo político, tal y como señala Talmon, al partir del postulado de la unidad de la Historia para culminar en la ley viva e incorporada en un solo individuo, desde el determinismo y la inevitabilidad histórica hasta la intuición personal del profeta-vidente-mesías.

²²⁹ Lambert, 1848, p. 31.

naciones de toda tutela, conduciéndoles a la asociación universal”, así como los principios que habrán de guiar esta República universal: la libertad, la capacidad, la igualdad y la fraternidad:

« Ainsi toutes les institutions sociales, tous les actes de l'administration auront pour but la Fraternité, par l'amélioration la plus rapide de l'existence intellectuelle et physique des travailleurs, sous l'invocation de la Liberté et de l'Égalité »²³⁰

3. 1. 1. El *Diccionario Político* de los hombres de la República

En el año de 1848 se publicaba precisamente un interesantísimo y muy voluminoso *Dictionnaire politique* (o **Encyclopédie du langage et de la science politiques**) de casi mil páginas, en el que se reunían las firmas de destacados protagonistas de la revolución: de Louis Blanc a Lamennais, pasando por Bastide, Lagarde o Marrast, diputados, publicistas y periodistas además de ministros del gobierno provisional se afanaban, en esos meses turbulentos, en definir y fijar el sentido de los grandes términos políticos de la actualidad, que estaban viviendo como no podía ser de otra manera también ellos su propia revolución semántica, y que incluye los conceptos más representativos del nuevo pensamiento, de República o Democracia a Fraternidad o Federación. Dedicado a Garnier-Pagès, primero alcalde de París, después ministro de finanzas y jefe de gobierno, éste es también autor de una interesante introducción al diccionario. Texto en el que confluyen más que nunca el pensamiento, el lenguaje y la acción política, pues, y concomitancia de la que sus autores son bien conscientes, tal y como se puede leer en la introducción de Garnier-Pagès, verdadero manifiesto a favor de las bondades del régimen democrático: porque la ciencia política se ocupa de organizar y dirigir la sociedad hacia un objetivo, y porque si antiguos poderes estuvieron interesados en que este saber permaneciese en manos de unos pocos dirigentes, la democracia, opuesta al despotismo, ha cambiado esta relación y, difundida cada vez a más capas de la sociedad, ahora la opinión pública posibilita que los ciudadanos puedan juzgar y controlar los actos del poder:

²³⁰ *Constitution pour la République Universelle*, 1848, p. 4.

« L'opinion publique, n'est pas, en effet, l'opinion du tous ; elle est l'opinion de ceux qui en ont une. Or, on ne peut se former une opinion que lorsqu'on a des notions sur l'ensemble (...). L'opinion publique est d'autant plus puissante qu'elle se compose des opinions du plus grand nombre. (...). De là, l'utilité de propager la science politique et le devoir de l'acquérir »²³¹

La opinión se manifiesta a través de la prensa y la palabra pública, que acaba por imponerse modelando la primera, afirma. La ciencia política, pues, debe ser bien conocida no sólo por los gobernantes, sino también por los gobernados; y los publicistas, más que nadie, especifica Garnier-Pagès, deben tener especial cuidado en no cometer con respecto a ella, y a través del lenguaje político, errores funestos (especialmente en lo que concierne a las relaciones internacionales, precisa), porque impondrían al presente ideas erróneas, pero con ello también suscitarían para el futuro grandes males:

« Les erreurs du langage politique peuvent être (...) funestes. C'est presque toujours à l'aide des fausses interprétations que les gouvernements parviennent à anéantir les garanties écrites en faveur des gouvernés (...) ; c'est presque toujours par des abus de mots que les hommes du pouvoir entraînent les assemblées à faire des choses fâcheuses ou trompent l'opinion. Il est également de la plus haute importance que, dans les rapports de nation à nation, le langage soit tellement précis et net que nul ne se puisse méprendre, et que les termes des traités ne puissent être mal interprétés ; car, de même que l'obscurité ou l'ambiguïté d'un article de constitution ou de loi politique peut donner lieu à un accroissement de tyrannie, de même les plus terribles événements peuvent naître de l'interprétation erronée de l'une des dispositions d'une traité »²³²

Por último, el texto introductorio del ministro distingue entre la capacidad de acción de filósofos, historiadores, profesores, cuyos escritos están destinados a trabajar por la obtención de reformas sociales, y los productos más inmediatos de publicistas dedicados a labores de difusión cotidianas así como de los oradores miembros de las cámaras legislativas, destinados al trabajo de las reformas políticas. Los primeros viven en una esfera en la que no se encuentran con enemigos inmediatos a combatir, y pueden por tanto consagrarse a preparar más tranquilamente el futuro, afirma; los segundos viven en una esfera de lucha y actividad constante, lo que exige de ellos que se ocupen sobre todo del presente. Pero ambos cumplen una labor necesaria: los encargados de las reformas políticas, para posibilitar que la sociedad pueda hacer

²³¹ Garnier-Pagès, en *Dictionnaire Politique*, edición de 1860, p. XIV.

²³² Garnier-Pagès, 1860, p. XV.

prevalecer su voluntad; los destinados a las reformas sociales a largo plazo, para hacer conocer y tomar conciencia de sí misma a esa sociedad, y que pueda discernir entre los males y sus remedios.

El *Dictionnaire Politique* de estos hombres de la República incluye el término de “Europa”, otorgándole así el rango de concepto político. El artículo que se le consagra va firmado además por Jules Bastide, antiguo carbonario y ministro de Asuntos Exteriores que sustituiría a Lamartine (aunque apegado a la política de este último) durante el gobierno de Cavaignac, y ocupa más de tres páginas: su percepción como voz política de primer orden queda por tanto manifiesta²³³. Y es que, aunque Bastide comienza su definición de Europa apegado a los usos más clásicos, heredados de la *Encyclopédie* y Jaucourt (Europa como la parte más pequeña del mundo pero la de mayor progreso y civilización, etc.), y a consideraciones de orden geográfico, enseguida se apresta a especificar que existe además un uso y un sentido diferente del término en el lenguaje político, cuyos parámetros no encajan con los límites geográficos:

«Tels sont les traits généraux qui distinguent l'Europe proprement dite, considérée dans ses limites géographiques. Maintenant, si par le mot Europe nous entendons, comme on le fait souvent dans le langage politique, l'ensemble des nations qui forment la société européenne, nous serons obligés d'étendre le cercle et d'y comprendre la plupart des Etats américains, l'Egypte qui ne peut certes pas rester en dehors de nos systèmes d'alliance et de droit public, et enfin l'Inde anglaise elle-même, puissance née de l'Europe... »²³⁴

La sociedad europea, la identidad europea abraza pues también a Estados Unidos, o incluso Egipto o la India, como integrantes de una misma civilización que comparte un idéntico Derecho público; y su historia (porque Europa se define por su historia, tal y como reflejan estas páginas con la excepción de las iniciales consideraciones geográficas, que quedan eclipsadas ante el desarrollo histórico de la voz), su historia es la de una tendencia constante a la unidad: “Depuis les temps où son histoire commence à nous être connue, l'Europe a toujours tendu vers l'unité”. Así lo indica la conquista romana, o la unidad católica que vino a sucederla, en un desarrollo progresivo de configuraciones unitarias y disgregaciones que vuelven a tender a la unidad —aspecto inseparable, por otra parte, de la búsqueda de la libertad política; así,

²³³ La mayoría de las voces cuentan con entradas mucho más pequeñas, y a menudo no aparecen firmadas o se acompañan tan sólo de iniciales.

²³⁴ Jules Bastide en *Dictionnaire Politique*, 1860, p. 384.

la Cristiandad se organizó ya de acuerdo a los principios de representatividad y unidad, haciendo los concilios ecuménicos de Europa “una gran república”:

« Si l'on remarque que les fondateurs de cette religion avaient, en outre, consacré le principe d'élection comme base de l'autorité, et qu'ils avaient imposé aux hommes du pouvoir l'obligation d'être les premiers serviteurs de leurs subordonnés, on comprendra que l'Europe possédait dès cette époque les éléments nécessaires pour s'organiser comme en une seule famille. (...) L'institution des conciles œcuméniques faisait de toutes les nations européennes une grande république dans laquelle une immense assemblée de représentants était appelée à régler d'une manière uniforme et protecteur des intérêts de l'humanité »²³⁵

La historia de Europa así narrada, en clave de una lógica unificadora (la “civilisation unitaire de l'Europe”) y que tiende a privilegiar los movimientos de libertad, integra desde esa perspectiva también el episodio de las Cruzadas o los grandes imperios de la modernidad. Los tratados de paz de los últimos doscientos años, no obstante, lo que Bastide califica como “la era diplomática” y del nuevo orden europeo (“el concierto” o “equilibrio”), han privilegiado más los intereses particulares²³⁶: el político republicano arremete aquí de forma especialmente dura contra esos tratados que parten la geografía europea y la reparten como si de un botín de guerra se tratase, y deja entrever bajo sus palabras la acusación a los tratados de 1815, tema tan candente de la política exterior de la Segunda República:

« Nous pouvons en conclure qu'il n'y a pour eux d'autre droit que la force, qu'à leurs yeux les chefs des peuples sont entre eux à l'état sauvage. C'est, au reste, ce qui s'avoue hautement et s'imprime encore aujourd'hui dans toutes les histoires des congrès, dans tous les traités de droit public »²³⁷

El caos pues que gobierna en la actualidad en las relaciones internacionales, ese estado salvaje donde prima del Derecho de la fuerza por encima del Derecho divino (que Bastide equipara al principio democrático) sólo podrá ser superado en el momento en que se aplique el principio de la Soberanía popular, adoptado ya por casi todas las naciones europeas, señala, y representado en el “partido francés” —una vez más, será tarea de la nación francesa conducir al resto del continente a la República

²³⁵ Bastide, 1860, p. 384.

²³⁶ « Ce qu'on appelle l'équilibre européenne est fondé sur l'intérêt de quelques familles » (Bastide, 1860, p. 386).

²³⁷ Bastide, 1860, p. 386.

democrática europea, *desiderátum* con el que concluye esta peculiar “definición” cargada de normatismo e ideología:

« Partout, chez elles [les nations européennes], il y a ce qu'on appelle avec raison un parti français. Ce parti existe en Espagne, en Italie, en Grèce, sur les bords du Rhin, en Pologne, en Angleterre, même en Russie. Ses progrès sont lents, mais incessants; et c'est à lui qu'est réservé l'honneur de donner à l'Europe cette unité vers laquelle elle fait effort depuis tant de siècles. Des grandes ambitions ont tenté à plusieurs reprises de transformer l'Europe en une grande monarchie, elles ont échoué. (...). Nous croyons qu'il est réservé à la France de la faire enfin arriver au but qu'elle poursuit depuis tant de siècles en la constituant en République démocratique »²³⁸

La definición así expresada de Europa se acompaña y complementa con otras voces, como la de Federalismo, Fraternidad o Frontera. Auguste Billiard, secretario general del ministerio del Interior y miembro del Consejo de Estado en la primavera de 1848, además de destacado publicista (sobresalen entre sus escritos aquellos dedicados a la cuestión colonial, o sobre la abolición de la esclavitud, fruto de las experiencias acumuladas durante los años que ejerció la alta función pública en la isla de la Reunión), firma como A. Billiard el artículo sobre “Federalismo”, en el que éste se define como un sistema político en el que diversos Estados, vecinos entre sí, ponen en común el gobierno de ciertos intereses —particularmente aquellos de la paz y de la guerra—, reservándose la dirección en exclusiva de otros asuntos. Y aunque el artículo comienza recogiendo la definición que del federalismo hiciera Montesquieu como “sociedad de sociedades” y alabándolo como la mejor forma de gobierno (por lo que tiene de autonomía en el interior y asociación de cara al exterior), así como reconociendo las ventajas y los logros de sistemas actuales semejantes (Estados Unidos, la confederación suiza, las Provincias unidas de Holanda), Billiard acaba dando un giro en clave de lectura interna, desacreditando la opción federalista frente a la defensa de la centralidad y la unidad, y reenviando a la entrada “República”:

« Mais si uni qu'il soit par des liens communs, un faisceau formé de tiges différents ne saurait avoir la force de l'arbre qui tient au même sol par toutes ses racines, ni étendre-au-dessus du peuple d'aussi nombreux rameaux »²³⁹

²³⁸ Bastide, 1860, p. 386.

²³⁹ *Dictionnaire politique*, 1860, p. 397.

Estrechamente vinculado al concepto de Federación, aparece también en estas páginas la voz Fraternidad, a la que se dedica sin embargo tan solo una pequeña entrada carente de firma; reenviando a su vez a las entradas “familia” e “igualdad”, describe cada paso en la transformación de la sociedad como un desarrollo más del concepto de familia, en pos de la igualdad « car l'idée d'égalité ne repose que sur le sentiment de Fraternité ». Idea que durante mucho tiempo se mantuvo en el campo exclusivo de la religión, adquiere no obstante ahora una aplicación política, habiendo consagrado la República francesa, en lo alto de su sistema constitucional, la Fraternidad universal como fórmula política para el futuro, nos dice²⁴⁰. Y en este breve repaso a algunas de las voces más representativas de este diccionario (aunque sin duda hay muchas más), merece la pena destacar por último la entrada que se recoge inmediatamente a continuación y dedicada al concepto de Frontera, de nuevo a cargo de Jules Bastide (“J.B.”). El político reclama en su definición que, ya desde sus mismas raíces etimológicas, “frontera” —que provendría del “frons” latino— implica que es algo más que una simple delimitación geográfica: la frontera sería pues el *frente* que un país presenta u otro, con todas las connotaciones de eventual hostilidad y lucha que esta perspectiva acarrea, y cuyo origen no es más que la aplicación, una vez más, del derecho de la fuerza:

« Droit du plus fort, c'est un réseau de forteresses et de bureaux de douanes qui enveloppe les peuples et sépare, souvent de la manière la plus funeste, des populations faites évidemment pour former une même famille »²⁴¹

Pero si bien otorga esta definición peyorativa a las fronteras, como estado contra-natura que divide a la familia humana (con un nuevo reenvío al término “familia”), Bastide acaba reclamando en este breve artículo las “fronteras naturales” de Francia (con especial hincapié en la rivera del Rin), y siempre según su argumentación, “para poner fin a la situación de paz armada bajo la que vive Europa desde hace veinticinco años”. Esta peculiar definición de frontera que, como otras aquí recogidas, convierte al diccionario en una declaración de principios (enormemente ideologizada) de la República, da una suficiente muestra de las contradicciones y ambigüedades

²⁴⁰ « Le christianisme seul proclama tous les hommes égaux en les appelant tous frères. Mais cette idée resta longtemps à l'état de sentiment religieux sans application politique. Ce fut la République française qui proclama en tête de sa Constitution la Fraternité universelle; et la politique de l'avenir ne doit être que le développement de cette formule » (*Dictionnaire Politique*, 1860, p. 419).

²⁴¹ *Dictionnaire Politique*, 1960, p. 420.

resbaladizas en las que navegaba el pensamiento de estos hombres del cuarenta y ocho, perpetuando así el programa (universalista a la vez que patriota) de aquel Manifiesto de Lamartine.

Ideas de fraternidad y unidad, por lo demás, se repiten en voces como “Nación”, en la que Elías Regnault, secretario del comité central de la campaña de los banquetes, acaba afirmando: “Le jour viendra où toute l’humanité ne sera qu’une seule et même nation” (conclusión necesaria a la progresiva complejización de las sociedades, del individuo y la familia en comunidades de orden superior)²⁴²; en el artículo dedicado al término de “Paz”, firmado nuevamente por Bastide (en diálogo con Hobbes, y donde se afirma que la paz perpetua sólo llegará el día en que las naciones se unan en una sociedad civil perfecta administrada como una sola gran república, aunque matiza, la paz no se ha de desear a cualquier precio, y establece las condiciones para ésta); y de nuevo por Regnault, en la entrada dedicada a “Asociación”, “verbe nouveau de l’avenir”, donde ésta se concibe como la nueva forma social revolucionaria, fruto de la democracia (voz esta última que se equipara a la de República) y que traerá aparejada la paz universal²⁴³.

3. 2. La cultura popular: canciones e imágenes de Europa

Pero la cuestión sobre Europa se difundió también a través de numerosos medios que desbordaron las páginas impresas: de las canciones a las caricaturas, la eclosión de comunicación de ideas pudo alcanzar así a las clases más populares y salir del estricto ámbito intelectual.

En la primera fase más optimista de la revolución, un cartel en las calles de Berlín anunciaba un mitin público de carácter republicano para el 3 de abril de 1848, en honor de la “gran revolución europea”; encabezado por el eslogan en francés de “Vive la République!”, se anunciaba que los discursos tendrían lugar en alemán, francés e inglés, y se despedía brindando nuevamente por la “Revolución europea” y el “nuevo

²⁴² *Dictionnaire Politique*, 1960, p. 625.

²⁴³ *Dictionnaire Politique*, 1960, p. 116.

mundo”²⁴⁴; y es que la revolución europea era sin duda reconocida como una realidad por aquellos que la estaban viviendo.

Otro ejemplo de estas transferencias de carácter internacional lo constituye la figura de Robert Blum, miembro demócrata y de izquierdas del parlamento de Frankfurt, el héroe popular alemán de la revolución de 1848 pero también del imaginario popular francés; Robert Blum se convirtió, de hecho, en la única víctima heroificada con nombre propio de toda la revolución, un símbolo de la lucha al que se consagraron numerosas *Goguettes*²⁴⁵ (canciones populares francesas), elegido por los *chansonniers* de 1848 como representante de todos los demás caídos anónimos, y subrayando que, desde su percepción, la revolución de 1848 era un suceso compartido en todo el continente. Así, las letras de muchas de estas “canciones obreras” reflejan en qué medida los acontecimientos de 1848 fueron descritos por sus protagonistas como una “guerra social”, la lucha de los pueblos europeos contra sus gobiernos (la batalla entre la Europa de los pueblos y la Europa de los príncipes), desde una perspectiva transnacional²⁴⁶. Canciones como “Le chant des ouvriers” (de Pierre Dupont) o “Le congrès des Peuples » (de Festeau) clamaban por la libertad en una Europa donde ya no existiesen las fronteras: “Les peuples sont pour nous des frères / et les tyrans des ennemis”²⁴⁷; otras se solidarizaban con las insurrecciones de otros países (“La Sicilienne”, “Aux Italiens”, “Dernier cri de la Pologne”, etc.). Su contenido ideológico

²⁴⁴ Von Stradmann, 2000, pp. 3-4.

²⁴⁵ La “Goguette” es una canción popular, compuesta de una tonada conocida a la que se le añade un texto propio, normalmente humorístico, también de marcado perfil político y de crítica social. Práctica influenciada por las “Sociedades cantantes” burguesas y extendida en las sociedades secretas a partir de los años de 1820 e intensificada tras la revolución de 1830 hasta su final prohibición. Algunas de estas “goguettes” fueron enormemente populares; fáciles de retener y cantar, pasaban de oído a oído y hacían llegar su contenido ideológico a capas de la sociedad poco dadas a ilustrarse por otras vías, convirtiéndose en una forma de comunicación privilegiada para las ideas políticas y acercamiento a su contexto social. Las “goguettes” de 1848 y su relación con las ideas internacionalistas han sido estudiadas por Axel Körner (2004, pp. 85-105): “With regard to the people of 1848, the writing, singing and publishing of political songs represents an important example of such a cultural practice. They represent the ‘low-life’ of political literature in this period” (p. 90).

²⁴⁶ La famosa noción de Mazzini de “primavera de los pueblos europeos” no aparece sin embargo en ninguna de estas canciones, y tampoco referencia alguna al famoso slogan de los Estados-Unidos de Europa (Körner, 2004, p. 88 y p. 96). Este autor sostiene igualmente que, si bien reconocían la dimensión europea de los acontecimientos, no hay programas de acción precisos detrás; Europa solía aparecer en estos cánticos por el contrario como un concepto negativo, que representaba a la Santa Alianza, al sistema de Metternich y su diplomacia tradicional, todo contra lo que se levantaba la nueva insurrección. Las ideas del socialismo utópico iban por el contrario calando progresivamente en estas canciones obreras, alineándose con programas radicales-democráticos y de la República social, siendo especialmente intensa la influencia del sansimonismo y su idea de una unificación pacífica y fraternal de todos los pueblos y naciones.

²⁴⁷ Canción de Pierre Dupont muy conocida y difundida en la época, que abogaba por intervenir a favor de la solidaridad internacional, “tomar el fusil y correr a las fronteras” (Aguilhon, 2002, p. 125).

se alejaba en buena medida de la política oficial del gabinete de asuntos exteriores de Lamartine, y eso sí, la ambigüedad de la hegemonía francesa no dejaba de estar presente: “Nous verrons les peuples unis / Se modelant sur notre belle France”²⁴⁸.

La Primavera de los pueblos corresponde igualmente a un momento clave en el grabado político y satírico europeo, que conoció en este año una “difusión masiva”; la imaginaria política muestra así mejor que ningún otro medio las tensiones y mitos que construyeron el espacio europeo contemporáneo²⁴⁹. La conciencia común de que el orden europeo de Metternich tenía idénticas consecuencias para todos los pueblos europeos, que actuaban con una sola voz, caló por ejemplo hondo en la prensa satírica y gráfica de la época. Algunas caricaturas se ensañaron especialmente con la monarquía, y así apareció por ejemplo en *Le Charivari* una viñeta cómica en la que se mostraba a los principales representantes de las casas reales europeas naufragando en medio de un mar agitado (la “ola revolucionaria europea”), obligados en otra caricatura a “tragar la píldora de la Constitución”, o en otra litografía anónima del mismo periodo, subidos todos los monarcas absolutistas en una frágil chalupa atestada, de nuevo a punto de naufragar frente al gigantesco monstruo marino que se aparece ante ellos: es la “serpiente de mar de 1848”, con el rostro sin embargo bondadoso de la República y el gorro frigio de la libertad, que representa a una única Europa capaz de derrocar a la multiplicidad de cabezas coronadas²⁵⁰.

Y frente a las imágenes burlescas, nos encontramos con la proliferación del retrato de la nueva heroína victoriosa, las numerosas alegorías de la República o la Libertad que pueblan la iconografía revolucionaria y que muestran a la misma en la mayoría de las ocasiones subida a un carro tirado por leones y dando victoriosa la vuelta al mundo, aureolada por las banderas de las naciones emancipadas y por delante de

²⁴⁸ Estribillos finales de “Chant aux Soldats” y de “La Liberté”, respectivamente; publicadas todas las citadas primero en prensa revolucionaria, después en antologías de “canciones de barricadas” (para una bibliografía más exhaustiva, ver Körner, 2004). Aunque a menudo muestran deseos de venganza contra la Santa Alianza, ninguna canción parece reflejar tampoco el deseo de repetir la experiencia napoleónica.

²⁴⁹ Kaenel, 1998, p. 44, quien se pregunta además en este artículo sobre la internacionalización de medios impresos como la ilustración y la caricatura en este periodo, si se puede hablar de una verdadera producción a nivel europeo o en qué medida circularon los motivos y representaciones, y cómo estos fueron recuperados y reinterpretados de acuerdo a las demandas de los distintos públicos nacionales.

²⁵⁰ “Les rois absolus forcés d’avaler la pilule de la Constitution”, “Les rois allant à la dérive » o « Apparition du serpent du mer en 1848 » constituyen litografías anónimas de 1848, recogidas en el catálogo de la exposición *Les Révolutions de 1848 : l’Europe des images* (París/Turín/Nuremberg, 1998).

unos imperios agotados que, desde la sombra del cuadro, se ven impotentes para impedir su avance²⁵¹. En el periódico *L'inferno* de Livorno, el 12 de marzo de 1849, aparecía una semblanza de la *Libertà, Uguaglianza, Fratellanza* en forma de mujer, pisoteando con uno de sus pies una mitra papal, un águila imperial y unas cadenas, mientras que el otro pie aparece posado sobre la alfombra del mapa europeo; esta Libertad, Igualdad, Fraternidad, luce, como no podía ser de otra manera, un gorro frigio y una bandera con el lema “Dio e il Popolo”²⁵².

Las “Fiestas de la Fraternidad” ocupan igualmente buena parte de esta muestra pictórica (como la de Hippolyte Sébron, 1848), y por encima de todas destacan las famosas litografías coloreadas de Frédéric Sorrieu, máximo representante pictórico del utopismo cuarentayochista y que dedicó varias de sus obras a la *Repubblica universal, democratica y social* (con distintas variantes, como “El prólogo”, “El pacto” o “El triunfo”, celebración de aniversario, donde a veces la República es una estatua fija y otras, una diosa sobre un carro)²⁵³. En esta serie de cuadros, el Antiguo Régimen aparece representado por castillos en ruinas, coronas reales, águilas imperiales, oropeles militares y flores de lis rotas por los suelos, aplastadas por el león símbolo de la fuerza del pueblo soberano; aristócratas que corren huyendo despavoridos y personajes como Luis XIV, María-Antonieta pero también Napoleón ardiendo en las llamas del infierno. La Justicia (en forma de Marianne y con un coro de ángeles que con sus trompetas dispersa a las clases privilegiadas, en “Le Prologue”) y la Fraternidad (representada por el mismo Jesucristo con una cruz y un león, símbolo de esa fuerza popular, en “Le Pacte”) llegan siempre del cielo, evidenciando lo cerca que se hallaban en este 1848 los ideales políticos de las creencias religiosas. También los árboles de la libertad, poblados de banderas nacionales, son un elemento común en estos cuadros (“Le Pacte”, “Le Triomphe”), y el desfile de pueblos que pasa ante ellos constituye la imagen de la fraternidad, portando todos un mismo lazo rojo: en la hilera de las naciones, Francia va por delante, presidiendo el inmenso cortejo de pueblos, al que se suman, por orden de acceso a la emancipación, Alemania, Austria e Italia con sus banderas (por delante de Francia se atisban las banderas suiza y norteamericana, como modelos de federación y

²⁵¹ “La Liberté faisant le tour du Monde” (anónimo) o « La République faisant le tour du Monde » (de Bertrand, ambos de 1848, recogidos en *Les Révolutions de 1848 : l'Europe des images*, 1998, pp. 130-131).

²⁵² “Libertà, Uguaglianza, Fratellanza”, en *L'inferno*, nº 33, Livorno, 12 de marzo 1849.

²⁵³ Frédéric Sorrieu es igualmente autor de otro cuadro en honor del sufragio universal masculino, dedicado a Ledru-Rollin.

democracia). La procesión (que parte de un pueblo con campanario y de la que no se ve el final, en “Le Pacte”, y de París en “Le Triomphe”) ilustra el carácter ineluctable, festivo y pacífico de la revolución, con destacada presencia de clases populares que subrayan la espontaneidad del movimiento, donde no se admiten las jerarquías y niños, mujeres y campesinos festejan junto a las clases más acomodadas. Y el cortejo de las naciones y los pueblos conduce, en sus dos variantes, hasta la estatua de la Libertad (respaldada por un olivo de la paz, con la Declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano en una mano y la antorcha de la libertad en la otra, en “Le Pacte”) o hasta un monumento imaginario, piramidal y con la esfera del mundo en su cúspide, tributo a la gloria de las tres revoluciones de 1793, 1830 y 1848 y ante el que un esclavo negro rinde sus cadenas rotas (“Le Triomphe”). Por último, si el carácter internacional de la revolución se subrayaba en “Le Pacte” mediante la eclosión de banderas multicolores, en “Le Triomphe” está representado por numerosos trajes regionales (griegos, escoceses...) así como por cuatro niños de cuatro razas distintas que personifican el futuro y sostienen las riendas del carro de la Libertad (junto a ellos, otro guño socialista, un estandarte con el emblema: “Organisation du travail. Solidarité universelle”).

Diversas autoras han criticado sin embargo las ambigüedades y discordancias que muestran estas representaciones de la Primavera de los pueblos de Sorrieu²⁵⁴: así, frente a ese supuesto internacionalismo, predominan y se acaban imponiendo las imágenes a la gloria de Francia: la bandera tricolor siempre en primer plano, la imagen de la República o la Libertad representada como Marianne (también en representaciones extranjeras, como la italiana de *L'inferno* que comentábamos antes, la Revolución adquiere esta imagen francesa, se podría argüir). Los guños a la tradición republicana y al pasado revolucionario, por su parte (la fecha de la base del monumento de “Le Triomphe” es 1793 y no 1789, y aparece acompañado de dos retratos grabados de Saint-Just y Robespierre; la República se pasea en carro como una Diosa al modo de 1792, y la oriflama “organisation du travail” reenvía al ideario de Louis Blanc), ponen en evidencia las ideas más radicales del artista, y ofrecen una clave interpretativa de los acontecimientos en la que no todos los cuarentayochistas europeos estarían

²⁵⁴ Aprile, 1998, p. 181, y Mathilde Larrère: “L’utopisme républicain de 1848. Interprétation », en <http://www.histoire-image.org/>. Los cuatro cuadros de Sorrieu se encuentran en el Musée Carnavalet de París.

probablemente dispuestos a reconocerse, postulando el modelo francés de emancipación como el único posible.

La serie dedicada a la República universal por Sorrieu se cierra con un cuadro de 1849, “Un marché sous la République universelle, démocratique et sociale”, en el que retrata el futuro republicano como un futuro de prosperidad propiciado por la intensificación de intercambios económicos y pacíficos, ensalzando la supresión de las barreras aduaneras y el librecambio: en un gran puerto comercial, atestado de barcos y gentes bien vestidas, el mercado adquiere unas proporciones mundiales a través de la presencia de cuatro estatuas que representan a los cuatro continentes (en primera línea, por supuesto, aparece la estatua de Europa, con el lema ubicuo de “Libertad, Igualdad, Fraternidad” en su base), y del mismo modo se ha convertido al modo de producción socialista y cooperativo, con una Bolsa, en el flanco derecho, llamada “Banque du Peuple” (idea ésta lanzada por Proudhon) y unas mercancías en primer plano etiquetadas como “Association Fraternelle”. Estas cuatro litografías (especialmente “Le Pacte” y “Le Triomphe”) fueron ampliamente publicitadas, y conocieron un gran éxito de difusión; y por lo que respecta a la del mercado universal, junto con la del “Triunfo de la República universal, democrática y social”, pintadas ambas ya en 1849 y tras el fracaso de las aspiraciones de febrero, vienen a demostrar que, pese a todo, la idea de una revolución europea todavía seguía en pie, y que ésta continuaba apelando a la solidaridad y la fraternidad europeas.

4. A la sombra de la Revolución fracasada: del Comité Democrático Europeo a Proudhon

Tras la experiencia fallida, se impone la reflexión: el “Comité Central Democrático Europeo” formado en Londres tras el fracaso de la revolución, y que acoge a importantes nombres como Mazzini, Ledru-Rollin, Louis Blanc, Pierre Leroux o Arnold Ruge, perseguiría pese a todo, en un último aliento, continuar los trabajos en

la línea de esa república democrática europea soñada. Así publicaban en julio de 1850 un Manifiesto, *Ai Popoli*, redactado por Giuseppe Mazzini y que firman con él Ledru-Rollin, Arnold Ruge y Darasz, en el que continúan reivindicando la fuerza “inmensa” de la democracia:

“Noi conquistiamo, col moto d’una marea che s’innalza, nuovo terreno ogni giorno. Da Parigi a Vienna, da Roma a Varsavia, l’idea democratica solca il suolo europeo, dirige e connette il pensiero delle nazioni”²⁵⁵

Sus máximas son, todavía hoy igual que entonces, la libertad, la asociación y el progreso de todos y para todos. Y sin embargo, tras una breve introducción triunfalista, los hombres de la democracia europea no evitan reflexionar sobre las razones de su fracaso; ¿por qué la democracia no triunfa? El diagnóstico de Mazzini es que hasta ahora ha faltado una organización conjunta:

“La democrazia europea non è costituita. Gli uomini della democrazia sono dappertutto: il pensiero generale della democrazia non ha intanto in Europa rappresentanza collettiva, accettata. La democrazia porta la parola *associazione* scritta sulla bandiera; (...) annunzia all’Europa una nuova vita; (...) evangelizza la grande formula: *Dio e l’umanità*”

Pero, por el momento, esa democracia europea carece de un centro, un núcleo que ponga las bases de la Alianza de los pueblos, sin la cual la humanidad se queda reducida a un simple nombre. Es la hora de reconocer los errores, y el italiano apunta a los “sistemas” (y no es el primero), filosofías imperfectas, contradictorias, que han dividido “il pensiero governatore del futuro” y han impedido el florecimiento de una única creencia colectiva²⁵⁶: “seamo senza capi, senza disegno, senza parola d’ordine”, se lamenta, y muestra el arrepentimiento colectivo de no haber auxiliado a Varsovia o Roma cuando lo necesitaron.

Para superar esta situación su receta radica en superar los “dos grandes obstáculos” a los que el movimiento europeo se ha enfrentado: el reino de los sistemas especulativos y la “exageración de los derechos del individuo”: nosotros, dice, precursores de la democracia, vanguardia de la humanidad, “non dobbiamo dire *io*:

²⁵⁵ Mazzini, *Manifesto del comitato centrale democratico europeo* (1850), 1984, p. 25.

²⁵⁶ «L’esclusiva esigenza delle teorie è la negazione del dogma che professiamo. Ogni uomo che dica: *io ho trovato la verità politica*, e ponga l’accettazione del suo sistema a condizione d’associazione fraterna, nega il popolo”, porque la única fuente de verdad es la intuición colectiva del pueblo en acción; los sistemas son “anatomía forense de un cadáver”, capaces de analizar la muerte pero no de aferrarse a la vida, que es el pueblo (Mazzini, 1984, p. 26).

dobbiamo imparare a dir *noi*”, teniendo a la libertad, por su parte, no como objetivo sino simple medio de armonización de los esfuerzos entre hermanos (porque, tal y como apuntará más tarde, la igualdad y la libertad sin fraternidad no son fines sino medios, en la línea de lo ya apuntado por los icarianos en el periódico *Le Populaire*): “L’uomo è uno. Il pensiero e l’azione devono in esso indissolubilmente congiungersi”.

Y es que ese terreno común existe, reitera el italiano; no podemos haber combatido durante un siglo entero bajo la bandera del progreso, señala, sin haber conquistado al menos una serie de verdades suficientes susceptibles de establecer un signo común, un “bautismo de hermandad” que se define de la siguiente manera:

“Noi crediamo tutti nello sviluppo progressivo delle facoltà e delle forze umane verso la legge morale che Dio decretava. Crediamo nell’associazione come nell’unico mezzo normale che abbiamo a raggiungere quell’intento. Crediamo che l’interpretazione della legge morale e la norma del progresso (...), e che migliore interprete è il popolo, illuminato dall’educazione nazionale (...). Crediamo all’*individuo* e alla società, ambi sacri e destinati (...). Crediamo nella libertà, senza la quale ogni responsabilità umana svanisce; nell’eguaglianza, senza la quale la libertà non è se non illusione; nella fratellanza, senza la quale la libertà e l’eguaglianza non sonno che mezzi senza fine; nell’associazione, senza la quale la fratellanza sarebbe programma ideale e non attuabile; (...) nella *patria*, (...), nella santità del lavoro, (...), nella proprietà...”²⁵⁷

Y lo que defiende para un pueblo, afirma defenderlo igualmente para todos: porque los pueblos son los individuos de la humanidad²⁵⁸, y las naciones que la conforman son sagradas, teniendo una misión especial: armonizarse todas ellas y trabajar juntas por la mejora de todos, por el progreso de la humanidad. “La Carta e l’ordinamento d’Europa devono rifarsi secondo questi principii”. Y la tarea de los demócratas europeos, por su parte, debe ser, tal y como apunta, la de realizar un nuevo pacto, un congreso de hombres representantes de todas las nacionalidades (aceptadas y reconocidas, eso sí, adjetiva el texto) encargados de fundar la Santa Alianza de los Pueblos y de establecer los derechos y deberes comunes. “Noi vogliamo costituire la democrazia europea”; y esta tarea, apuntan, es posible y además urgente: “non è questo nostro un programma: è un grido”, anima a la lucha.

²⁵⁷ Mazzini, 1984, p. 27.

²⁵⁸ « Come crediamo nella libertà, nell’eguaglianza, nella fratellanza, nell’associazione per gli individui componenti lo Stato, crediamo nella libertà, nell’eguaglianza, nella fratellanza, nell’associazione delle nazioni. I popoli sono gl’individui dell’umanità » (Mazzini, 1984, p. 28).

Sin embargo, la acción del Comité Democrático Europeo resulta ya impotente, y recibe numerosas críticas, como la de un panfleto de tono exaltado publicado en 1852 y firmado por Couerderon y Dauthier²⁵⁹. Estos autores arremeten en el citado texto contra el “vago cosmopolitismo” de Mazzini²⁶⁰, así como contra el chauvinismo que rige en los ideales de los componentes franceses del Comité, y profetizan por el contrario la desaparición de la nación: “avant un siècle, il n’y aura plus de nation française: sur ses cendres aura grandi l’humanité”²⁶¹. Reconocen que esta minoría ilustrada ha combatido siempre por la solidaridad de los pueblos, y que las manifestaciones del 15 de mayo y de junio se emprendieron precisamente para sostener esta idea; pero no fue mérito de la Nación, que se mostró siempre conquistadora, rehusó su ayuda a Polonia, apoyó al Papa en Italia, al duque de Angoulême en España, reclamó la frontera del Rin con amenazas y levantó “arcos de triunfo” por doquier a su gran Emperador; y al recordar el *Manifiesto a Europa* de Lamartine, su voluntad fraternal con Polonia, Italia o Alemania, concluyen: “Elle [la Nation] fut toujours solidaire en paroles, oppressive en actions”²⁶².

Estos autores atacan especialmente la ambigüedad entre nacionalismo y universalismo que presidió el ideario cuarentayochista, y al que acusan en buena medida del fracaso de la revolución: “On ne peut être à la fois à Dieu et à Mahomet, à la France et à l’humanité »; « La France n’est pas l’Europe »²⁶³.

De talante abiertamente anarquista, este texto critica el individualismo que se impone por doquier, y recuerdan que « La démocratie européenne n’a nul besoin d’un César ». Espetan a los miembros del Comité democrático europeo que el público está harto de sus “pasos de acróbatas”, de sus uniones y desuniones, discusiones y reconciliaciones, y que la gran Revolución que la humanidad espera, alejada ya de los presupuestos de este Comité, será de carácter mucho más profunda, porque “la civilisation craque et s’écroule”, y a su rescate ya sólo podrán acudir los bárbaros:

« La Révolution qui nous presse! Elle aura pour théâtre le monde ; pour acteurs, les peuples ; pour moyens, une cataclysmes ; pour résultat, comme toujours, une despotisme unitaire d’abord, et puis l’égalité partout (...). Qu’ils descendent, les Barbares ! qu’ils transfusent leur sang jeune dans les veines de nos sociétés

²⁵⁹ *La Barrière du Combat ou Dernier grand Assaut...* Bruselas, 1852.

²⁶⁰ Couerderon, Dauthier, 1852, p. 10. A Mazzini califican de “dictador del Vaticano” que propone abiertamente su candidatura al papado europeo.

²⁶¹ Couerderon, Dauthier, 1852, p. 14.

²⁶² Couerderon, Dauthier, 1852, p. 15.

²⁶³ Couerderon, Dauthier, 1852, p. 17 y p. 26.

décrépites, constitutionnellement, organiquement bourgeoises. Qu'ils viennent et qu'ils soient bénis ! ne sont-ils pas nos frères ? »²⁶⁴

En esta vuelta de tuerca que reclama y profetiza de manera mesiánica el advenimiento de un nuevo déspota unitario o el retorno de los bárbaros, se constata el fracaso del ideal de civilización así como de los demás ideales cuarentayochistas, y empieza a abrirse paso un nuevo discurso sobre Europa, menos optimista y orgulloso, más crítico con sus enfermedades endémicas, y que adelanta en estas líneas algunos de los aspectos claves de próximos pensadores como Nietzsche²⁶⁵.

Aunque de forma tardía, la última y más madura obra del anarquista Proudhon, en la que se iba a consagrar definitivamente la noción de Federación (aunque como veremos, en forma muy distinta a lo expuesto hasta ahora), aparece insoslayable en el contexto de este trabajo, tanto por su aportación definitiva a la teoría federalista como por lo que ésta tuvo de respuesta al fracaso de 1848 (debates en los que ya tomó parte y donde empezó a fraguarse su pensamiento federalista ulterior); a contracorriente de los demás pensadores que hemos venido viendo hasta ahora, las soluciones alternativas que ofrece Proudhon al problema de las relaciones internacionales de su tiempo, y en última instancia su propuesta de Federación europea, parten de hecho de una crítica a la democracia y al principio de las nacionalidades, tal y como veremos.

Su ingente correspondencia, así como sus artículos publicados durante la Segunda República, dan efectivamente muestra de su creciente interés por las relaciones internacionales desde el mismo momento en que se instala en París (a donde llega en 1846), y donde, con la ola revolucionaria, es elegido representante en la Asamblea Nacional (al tiempo que funda el periódico *Le représentant du peuple*). Su primer programa político no se iba a ocupar sin embargo todavía de cuestiones exteriores, que relaciona con la política diplomática y el menosprecio de la economía: “cette préoccupation de la politique étrangère est ce qui montre le mieux combien faible encore est parmi nous

²⁶⁴ Couerderon, Dauthier, 1852, pp. 26-28.

²⁶⁵ Marx también se mostraría especialmente crítico con los ilusos ideales cuarentayochistas, burlándose de la “quimera” de una república europea o de la “fraseología” de la unión de los pueblos, al mismo tiempo que no dejaba de afirmar el internacionalismo del proletariado; Marx considera el principio de las nacionalidades como un ideario burgués, y considera que sólo los trabajadores pueden abolir la nacionalidad. Así tiene lugar también en Londres en 1863 la Asociación Internacional de los Trabajadores, realización primera, como algunos autores señalan, de la unión europea de forma permanente y concreta (Sainte-Lorette, 1955, p. 37).

l'intelligence de la Révolution", llegaría a afirmar²⁶⁶. El carácter internacional que cada vez con más intensidad iba a tomar la Revolución de 1848 despertaría en él sin embargo los primeros sentimientos acerca de la fraternidad de los pueblos²⁶⁷; así, en una carta del 26 de febrero, escribía: "on dit que la Belgique s'est constitué en république (...); Avec la Belgique, la Suisse, l'Italie bientôt, il y aura une fédération de Républiques assez imposante pour rendre la guerre étrangère à peu près impossible"²⁶⁸. Y en su periódico *Le Représentant du Peuple*, exigía el 19 de mayo a la República "une politique à l'unisson de la Révolution qui s'accomplit partout en Europe". En *L'idée générale de la Révolution au XIX^e siècle* (1851) se iba a mostrar no obstante nuevamente crítico al burlarse de esa «democracia europea ocupada sin cesar en equilibrar la balanza de las nacionalidades»²⁶⁹, así como de la ingenuidad del eslogan cuarentayochista de "guerre aux rois, fraternité aux peuples": sin haber llegado todavía a un pensamiento verdaderamente federalista (que no alcanzaría hasta la guerra italiana en 1860), los asuntos de política exterior ocupan en todo caso cada vez más su atención, vinculados siempre a sus preocupaciones por la revolución social:

« Le seul moyen de maintenir la paix est d'accomplir la République universelle, c'est de réaliser la révolution économique en substituant le régime économique ou industrielle au régime gouvernemental, féodal et militaire »²⁷⁰

Y es que la política no es para Proudhon más que fantasía, que debe ser sustituida cuanto antes por el gobierno de la ciencia positiva que reclama el socialismo. Crítico así también con los levantamientos revolucionarios y con el gobierno provisional (defensor de la causa de la República, no le parece sin embargo que Francia esté aún preparada para ella), se esfuerza, en solitario y desde la tribuna tanto de la Asamblea como de su periódico, en promover una revolución más profunda, de carácter fundamentalmente económico. Y de esta manera, mientras todo en torno a sí se agitaba con la efervescencia de la propaganda revolucionaria, Proudhon aparece como una figura

²⁶⁶ Cit. en Amoudruz, 1945, p. 43.

²⁶⁷ En el *Manifeste du Peuple*, del 2 de septiembre 1848, escribía así: "Nous avons, comme le peuple, pour principe la *liberté*, pour moyen l'*égalité*, pour but la *fraternité* » (cit. en Puech y Dolléans, 1948, p. 75).

²⁶⁸ Carta a Maurice, 26 de febrero 1848 (cit. en Amoudruz, 1945, p. 45); la noticia sobre la instauración de la República en Bélgica era por otra parte falsa.

²⁶⁹ Proudhon, *L'idée générale de la Révolution au XIX^e siècle*, 1851, p. 332.

²⁷⁰ Proudhon, 1851, p. 192. Y a los republicanos les espeta : « aussi longtemps que le problème social, ce problème dont vous détournez les yeux, n'aura pas été résolu (...) votre république universelle ne sera que le pastiche de la monarchie universelle ».

aislada y marginada, que despreciaba a todos y hacía su propia campaña —de escasa repercusión. Si bien ya contaba con cierta notoriedad en su jurisdicción anterior a la revolución, lo que le valió su elección a la Asamblea del 4 de junio, el teórico del Franco-Condado permaneció ajeno a las luchas de mayo y junio, mientras continuaba con su campaña particular por la resolución de la cuestión social, para la que requería el crédito gratuito y otro tipo de medidas difíciles de lograr. El 31 de julio sube a la tribuna para exponer su proyecto, con forma de proposición de ley; refutado por Thiers, abucheado por sus colegas, el socialismo de Proudhon fue rechazado por 600 votos contra 2 (otros partidarios del socialismo en la Asamblea como Considérant o Leroux prefirieron abstenerse al considerar que aquella propuesta tampoco encajaba con “su sistema”).

Tras este fracaso de sus propuestas económicas más atrevidas en la arena política, Proudhon se volvería cada vez más hacia la teoría y la política extranjera, a la que iba a consagrar los últimos años de su vida en obras como *La Guerre et la Paix. Recherches sur le principe et la constitution du droit de gens* (1861) o *Du principe fédératif et de la nécessité de reconstituer le parti de la Révolution* (1863). Entre sus muchas peculiaridades, destaca sobre todo su actitud crítica frente a la cuestión de las nacionalidades, así como su rechazo a las soluciones diplomáticas más inmediatas, que no abandonan el campo “ya viciado” de la política; y es que el federalismo proudhoniano seguiría siempre vinculado predominantemente a sus teorías económicas —y “anti-políticas”.

Influenciado inicialmente por Michelet, los fourieristas o por los sansimonianos, con quienes mantendría intensos contactos, su pensamiento iba no obstante a reaccionar contra estos ya desde los años cuarenta²⁷¹, oponiéndose a la primacía de las nacionalidades, a la cuestión de las “fronteras nacionales”, la idea de una “misión de Francia” así como a un pacifismo abstracto y difuso. No obstante, no cabe duda de que debe a los sansimonianos la idea de las relaciones entre política y economía, así como rescata del fourierismo la visión de una comprensión progresiva de la historia²⁷². Todas

²⁷¹ Con Michelet, con quien mantiene una estrecha relación epistolar pero choca abiertamente en lo que a la cuestión de las nacionalidades se refiere, la ruptura no tendría lugar hasta 1863 (Amoudruz, 1945, p. 24).

²⁷² « Ces gens-là comprennent qu'il n'est besoin ni de guerre ni de révolution », afirma acerca de los fourieristas en una carta a Bergman, fechada el 30 de septiembre de 1840 (cit. en Amoudruz, 1945, p. 25). Sin embargo, a partir de 1850 iba a mantener una ardiente polémica contra Victor Considérant, en la que no faltan las descalificaciones mutuas, a raíz de la publicación de este último de *La dernière guerre et la paix définitive en Europe*, de la que nos ocupamos anteriormente. A éste mismo le dedicó precisamente en 1848 el panfleto *Avertissement aux propriétaires, ou Lettre à M. Considérant, rédacteur de "La Phalange", sur une Défense de la propriété*, y en 1849 intercambiaron nuevas invectivas en *MM*.

estas perspectivas que Proudhon utiliza como punto de partida iban a servirle no obstante, andado el tiempo, para definir, por oposición, su propia postura.

Las tendencias racionales y positivistas de Comte, quien iba a lanzar igualmente en la década de los cincuenta su idea de una “República Occidental” (por oposición a “europea” y por lo tanto de connotaciones más geográficas que espirituales, tal y como él la concibe)²⁷³, también hallan un lugar de referencia en sus teorías, pretendiendo fundar en última instancia la política extranjera en una “historia natural”²⁷⁴, aunque sin lograr desvincularse aún del tono romántico y mesiánico que preside los escritos de estos filósofos de mediados de siglo (por ello, tal y como ha sido señalado por los especialistas, puede ser considerado como un “hombre de transición”). Y cómo no, la influencia de la época en la que vive, las esperanzas y desilusiones fruto de 1848, también iban a jugar un papel destacado, así como su controvertida relación con el Segundo imperio, sin olvidar su origen, que le marcaría de forma definitiva: “provinciano” por así decirlo (sólo tardíamente se instalaría en París, pasando la mayor parte de su vida en el Franco-Condado), resultan para él, desde muy temprano, familiares las teorías federalistas suizas o italianas: su ideal de una federación de cantones confederándose hasta el infinito está basada de hecho en buena medida en el modelo suizo. E influenciado por la *Histoire des Girondins* de Lamartine tan leída en estos años, en opinión de Proudhon la verdadera vocación de la Revolución de 1789 radicaba en el federalismo, el principio federativo que tiende a la paz, puesto que el sistema militar resulta incompatible con la libertad de los individuos.

Y es que la Unión de los Estados europeos constituye una concepción, ante todo de raíces sansimonianas, muy extendida en este periodo, tal y como hemos venido analizando, y de la que Charles Lemonnier, con su periódico *Les États-Unis d'Europe* se convierte en su principal apóstol en estos años en los que escribe Proudhon; es también una concepción que casa bien con el humanitarismo fraternalista de un Pierre Leroux o las consideraciones de Victor Considérant; pero a diferencia de todos ellos, Proudhon se muestra contrario a toda utopía, y se afana en examinar la realidad presente sin añadirle transformaciones imaginarias. Y si bien el concepto de federalismo circulaba ya

Considérant et Proudhon jugés par eux-mêmes. Pour en finir avec M. Proudhon, par M. Considérant ; Pour en finir avec M. Considérant, par M. Proudhon.

²⁷³ Braunstein, 1995, pp. 193-206.

²⁷⁴ « La politique se compose selon moi de cinq éléments principaux : géographie, ethnologie, histoire, économie politique, droit de gens. (...). Il ne faut pas s'en tenir à des théories abstraites, mais considérer en elles mêmes les réalités » (*Nouvelles observations sur l'unité italienne*, 1865, pp. 10-11).

y se hallaba ampliamente extendido entre los pensadores que a mediados de siglo abordaron la cuestión europea, tal y como se reclama el mismo Proudhon, nadie hasta él le había dado su forma definitiva, ningún autor podía reclamarse su profeta. Proudhon insiste en el aspecto revolucionario de su propuesta federativa, que no contradice sino que precisamente va hasta el fondo de los verdaderos principios de la Revolución, como nunca se había hecho hasta ese momento, señala. La reflexión acerca de los tratados de 1815 y el equilibrio europeo le condujeron pues a esta idea de federalismo, que enlaza además con su alternativa anarquista. El pensamiento federalista de Proudhon es ante todo la expresión de un sentimiento democrático²⁷⁵, ampliamente influido por las circunstancias históricas que le tocó vivir; cuando los revolucionarios republicanos afrontaron el futuro de las relaciones internacionales, sin precisar realmente la forma concreta que tomaría esa unión fraternal de los pueblos sustraídos finalmente del despotismo monárquico, lo hicieron en todo caso dando por hecho que en adelante toda unión europea tomaría la forma de una entente libremente consentida por las naciones dueñas en adelante de su destino, punto de partida en el que de alguna forma también se inscribe el pensador anarquista, aunque con muchos matices. Ya en 1847 había apostado como fórmula de gobierno por la República, en tanto que “anarquía positiva”: una anarquía que fundase la sociedad tan solo en las relaciones entre individuos —que son además relaciones primordialmente de orden económico. La Federación debe pues reunir a los grupos (cuya existencia no niega), pero sin absorberlos nunca. La paz es para Proudhon manifestación de la conciencia universal²⁷⁶, y desprecia firmemente toda inclinación, de raíces neo-católicas, hacia la unidad:

« Contrairement à l'idée messianique, contrairement aux suggestions de la fraternité évangélique et de la féodalité papale (...), la constitution politique du genre humain ne saurait être ni une monarchie ou catholicité des nations, ni une fédération ou communauté d'États, rassemblés sous l'autorité d'une diète, ni une hiérarchie de principautés et de royaumes telle que la conçut le moyen âge à la suite du pacte entre la Papauté et l'Empire. Une monarchie universelle serait la fusion de toutes les forces, par conséquent la négation de l'antagonisme : l'immobilisme absolu ; une Fédération universelle aboutirait à l'inertie de ces mêmes forces par leur soumission à une autorité commune : le système fédératif n'est applicable qu'entre petits États, réunis pour leur mutuelle défense contre les attaques des plus grands ; une hiérarchie universelle, enfin, se résoudrait en une

²⁷⁵ Tal y como apunta Georges Lefebvre en su introducción a Amoudruz, 1945, p. 4.

²⁷⁶ Puech, 1948, p. 184.

compression universelle ce qui impliquerait toujours la cessation de l'antagonisme, et par conséquent la mort »²⁷⁷

Por ese motivo no le interesan los “Estados-Unidos de Europa”, si estos suponen poderes comunes a todos, susceptibles de organizar una administración común y un Parlamento común, porque:

« Une nation peut supporter un Gouvernement tant que ses puissances économiques ne sont pas organisées et que ce Gouvernement est le sien : la nationalité du pouvoir faisant illusion sur la valeur du principe, le Gouvernement se soutient à travers un roulement indéterminable de monarchies, d'aristocraties et de démocraties. Mais si le pouvoir est extérieur à la nation, elle le ressent comme une injure ; la révolte est dans tous les cœurs : l'établissement ne peut durer »²⁷⁸

Lo cual está lejos de venir a significar que la Nación constituya para Proudhon la base de la soberanía reconocible, única sobre la que se pueda apoyar un gobierno democrático, porque esta interpretación conduce a una interpretación de la Nación como unidad dotada de poder indivisible, que adquiere formas de poder absoluto y que él rechaza con vehemencia; la unidad se halla representada a su entender por el gobierno, ya sea republicano o monárquico, en tanto que opresor de la libertad de los individuos, y no distingue entre formas de gobierno más que centralistas o federativas, puesto que la república unitaria se equipara en su pensamiento a la “esencia pura de la monarquía”. Para que Europa se constituya en una verdadera federación de Estados hace falta por el contrario que cada uno de ellos esté formado por una federación a su vez, con la provincia como célula primera y al margen de toda consideración nacional:

« Comme la nationalité telle que la comprend et l'interprète la Démocratie, a pour corollaire l'unité, elle a mis le sceau à son abjuration en se déclarant définitivement pouvoir absolu, indivisible et immuable »²⁷⁹

La incorporación del aspecto social, junto con el cuestionamiento del principio de las nacionalidades marcarían en todo caso el aspecto más original del pensamiento europeísta y federalista de Proudhon. Ya en 1858 no dudaría en desenmascarar a las

²⁷⁷ Proudhon, *La guerre et la Paix*, 1861, T. II, p. 270.

²⁷⁸ Proudhon, 1851, p. 209.

²⁷⁹ Proudhon, *Du principe fédératif*, 1865, p. 12. Y de hecho, Proudhon no duda en denunciar que la organización de las nacionalidades en Europa va en la dirección del imperialismo y de la guerra: “Nous marchons à une formation de cinq ou six grands empires, ayant tous pour but de défendre et restaurer le droit divin et d'exploiter la vile plèbe. Les petits États sont sacrifiés d'avance (...) Il n'y aura plus, en Europe, ni droits, ni liberté, ni principes, ni mœurs » (carta a Beslay, 3 de mayo 1860, cit. en Amoudruz, 1945, p. 105).

nacionalidades como “máquinas de guerra” frente a las que ha de esgrimirse “el derecho internacional y la ciencia de la historia”²⁸⁰. Se opone al liberalismo económico (esgrimido por Cobden o los últimos sansimonianos, para Proudhon tan sólo “socialistas autoritarios y hombres de negocios camuflados”) como instrumento de pacificación así como también al socialismo gubernamental, al tiempo que subordina todo patriotismo al interés de la civilización general, sin confundirlo con un pacifismo e internacionalismo que, tal y como ha sido concebido hasta ese momento, le parece que parte de falsos principios: frente a las expresiones ambiguas que trataban de conciliar nacionalismo y europeísmo (Considérant y su unión europea centralista, Pecqueur y sus tímidas alianzas entre gobiernos), Proudhon ofrece la versión doctrinariamente más completa del federalismo. Proudhon es capaz de ir más allá del principio de nacionalidad, que constituye para él no un progreso sino una regresión, fruto de poetas e historiadores que inflaman las oposiciones, y de la que se aprovechan no los pueblos sino las oligarquías económicas, diagnosticada. Hostil a los esfuerzos de unificación centralizadores basados en las fronteras, las razas o las lenguas, llega incluso a criticar aparentemente la idea de una República de Estados europeos, puesto que se halla persuadido de que, en un Estado federal europeo, las grandes potencias acabarán por asfixiar a las pequeñas, y recela de esa nueva “santa-alianza de los pueblos” que amenaza a su entender con convertirse en una nueva “monarquía europea”²⁸¹. Frente a esta posibilidad, Proudhon aboga en cambio por la creación y multiplicación de comunidades a escala humana, como el taller, el municipio o la provincia, que se federen libremente entre sí para subsistir y apoyarse mutuamente; así, la federación europea (una confederación de federaciones) será más fácil de lograr mediante naciones divididas que mediante el acuerdo entre príncipes.

Proudhon toma de este modo partido contra la reconstitución de las grandes unidades nacionales. El principio rector que propone a las relaciones internacionales es por el contrario ese federalismo al que llega a partir de la anarquía que ya reclamaba en 1848, pero que posteriormente rechaza realizar de una manera absoluta. Desemboca en el federalismo también como modo de contestación a los presupuestos teóricos de los unitaristas, partidarios de las nacionalidades. Proudhon concibe así el federalismo como

²⁸⁰ Proudhon, *De la Justice*, 1858, p. 180.

²⁸¹ Saint-Lorette, 1955, p. 36.

“aproximación a la anarquía”²⁸²; y observando con realismo cuán lejos se halla el estado presente de Europa de poder alcanzar la Federación, opta en una primera fase por la defensa del “equilibrio europeo” en su concepción más clásica, concibiéndolo eso sí como una “preparación a un orden de cosas superior”. Lo vemos así, de manera paradójica, convertido en defensor del principio ilustrado que mantienen las potencias más conservadoras, aquél al que se opone el principio de las nacionalidades o la fraternidad de los pueblos.

Y es que para Proudhon lo que constituye la patria no son los accidentes del territorio o las variedades de razas, sino el Derecho (en una posición que le acercaría a los postulados actuales del patriotismo constitucional); un Derecho concebido en pro del interés general de la civilización y no de la autodeterminación de los pueblos. Semejante concepto político de Europa, excepcional en este panorama del siglo XIX, se enriquece también, en Proudhon, con una dimensión económica: una concepción socialista de la libertad, que se resuelve, tanto en el plano exterior como en el interior, en el federalismo, “alfa y omega de mi pensamiento”²⁸³.

Todas estas ideas alcanzarían, tal y como hemos señalado, su expresión más madura en los últimos años de su vida (a partir de 1861, año en que publica *La Guerre et la Paix, recherches sur le principe et la constitution du droit de gens*, o dos años más tarde, con el definitivo *Du principe fédératif et de la nécessité de reconstituer le parti de la Révolution*), por lo que quedan sin duda más allá del periodo del que se ocupa el presente trabajo; no obstante, y tal y como hemos podido ver, muchas de estas “intuiciones” se hallaban ya presentes como reacción a la experiencia de 1848, en cuyo fracaso reposaría en última instancia la concepción de este original federalismo al margen de las corrientes más ortodoxas y como principio hostil al de las nacionalidades y las guerras emprendidas en el nombre del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos. Proudhon supo prever en todo caso el peligro que entrañaba este principio nacional, así como una Europa dividida en “cinco o seis grandes Estados” nacionalmente homogéneos que ineluctablemente desembocarían de nuevo en el imperialismo y la guerra. El siglo XX habría de ser pues el siglo de las federaciones, recomendaba, con un siniestro vaticinio

²⁸² Amoudruz, 1945, p. 94.

²⁸³ Proudhon en una carta a Chaudey del 27 de abril 1863, cit. en Amoudruz, 1945, p. 97.

en caso de no ser así: “si le XXe siècle ne voit pas ouvrir l'ère des fédérations, l'humanité recommencera un purgatoire de mille ans”²⁸⁴.

5. 1848: ¿Una revolución europea?

La historiografía concerniente a los acontecimientos de 1848 (sin lugar a dudas demasiado extensa como para poder ser tratada con exhaustividad en este trabajo) se caracteriza, tradicionalmente, por haber tratado y estudiado la revolución de 1848 como parte de un proceso de nacionalización, en el contexto de una historiografía preocupada fundamentalmente por la cuestión nacional y centrada en la historia de la construcción del Estado-nación²⁸⁵. Así se suceden los estudios nacionales, aislados del contexto revolucionario internacional, en oleadas interpretativas que se estrenan con estudios constitucionales, políticos y diplomáticos para ceder el testigo más tarde a los estudios de orientación marxista, centrados en el aspecto social, en la movilización y la acción colectiva, del mismo modo que la lectura de un “fracaso colectivo” cede paso a interpretaciones de carácter más positivo, que realzan las posibilidades abiertas por la experiencia cuarentayochista²⁸⁶; sólo en las décadas más recientes han penetrado estudios de carácter cultural, local, y lo que aquí nos interesa, de ambición comparativa; así comienzan a aparecer trabajos que tratan de *las revoluciones* de 1848 en Europa, aunque eso sí, con ese tratamiento de fenómeno plural que no alcanza, salvo excepciones, un punto de vista transnacional y genuinamente europeo²⁸⁷. La

²⁸⁴ Cit. en Saint-Lorette, 1955, p. 37.

²⁸⁵ Así por ejemplo la obra ineludible de Agulhon, 1975, o para el caso alemán, el trabajo clásico de Veit Valentin (1931) que pese a todo sí supo trascender ese marco interpretativo que consideraba 1848 tan sólo una función del proceso de la unificación alemana.

²⁸⁶ Sperber rescata tres interpretaciones mayores: como movimiento romántico, como farsa y como fracaso (1994, pp. 1-2 de la “Introducción”); su propia interpretación sin embargo apunta por el contrario a comprender los acontecimientos de 1848-1849 en su calidad de gran movimiento de masas político y social. Y Von Standmann suma su voz a los muchos que vienen a reclamar sus logros para el largo plazo: “The revolution of 1848 may not have the same significance as those of 1789 or 1917, but its lasting repercussions belie the impression of its short-term failure” (2000, p. 8).

²⁸⁷ Sperber: *The European Revolutions, 1848-1851*, 1994; Evans y Von Strandmann: *The Revolutions in Europe, 1848-1849*, 2000; Aprile: *La Revolution en France et en Europe*, 1998, y antes que ellos, haciendo hincapié en esa pluralidad, Sigmann (1970), Godechot (1971) o Stuke y Forstmann (1979), etc.

perspectiva comparativa ha ampliado en todo caso los escenarios sobre los que se ejerce el enfoque, resaltando que los efectos de la revolución fueron más generales y de mayor alcance —también espacial—, de lo mantenido por la historiografía clásica²⁸⁸, que mantenía fuera de la geografía revolucionaria a países europeos como España, a la que ahora sí se reconoce su participación en los hechos (aunque sea de forma indirecta), y apunta a la revolución de 1848 como un fenómeno que afectó a la totalidad del continente²⁸⁹.

Los significados políticos de la experiencia de 1848 también han ido cambiando con el tiempo, tal y como queda registrado en las conmemoraciones, inicialmente nacionales, que tornaban la memoria de 1848 un asunto de política nacional, y que sólo en los últimos años se han enfocado hacia el reconocimiento de su carácter histórico europeo y común²⁹⁰. Alejándose de las lecturas de perspectiva presentista y politizada,

Wolfgang Mommsen, otro de los clásicos, ya había señalado con anterioridad las similitudes entre el caso revolucionario francés y el alemán; no así Peter Stearns, quien reconoce que las revoluciones “interactuaron hasta cierto límite”, pero reclama la necesidad de abordar cada revolución “en su propio contexto” (1974, p. 5). Más recientemente, Haupt, por el contrario, quien reivindica las ventajas y el interés del marco comparativo (entre regiones, entre ciudades), alerta en cambio contra las trampas de la interpretación de orientación nacional, puesto que “l’État-nation n’était pas le modèle d’organisation étatique général de l’époque, mais plutôt un parmi d’autres” (Haupt, 2002, p. 464).

²⁸⁸ Y así aparecen trabajos como el Guy Thomson (2002), sobre la revolución de 1848 en América Latina, o sobre su efecto en Estados Unidos (Roberts y Howe, 2000), que extienden el campo de acción incluso más allá del ámbito europeo.

²⁸⁹ Y así, mientras un estudioso clásico del ’48 como Sigmann aseguraba que la revolución no había modificado, ni en España ni en Portugal, “le cours d’une évolution qui obéissait ses propres lois” (1970, p. 205, afirmación igualmente compartida por Gildea, 1987, p. 171, o Aprile, 1998, p. 188: “Seule l’Espagne paraît véritablement hors jeu, soumise alors à d’autres feux...”) o Koselleck, quien afirma que “Spain, which had been plagued by civil wars ever since the Napoleonic invasion of 1808, remained relatively quiet” (2004, p. 209), otros autores como Körner (2004, p. 11) han recordado más recientemente las insurrecciones habidas en la península en ese año contra el General Narváez, o la fundación al año siguiente del Partido Demócrata español, heredero directo del ideario y la experiencia cuarentayochista. La experiencia de España en 1848 es un tema historiográfico que sólo en estos últimos años parece que ha empezado a dar sus frutos (con la excepción del trabajo de 1981 de Sonsoles Cabeza Sánchez-Albornoz, *Los sucesos de 1848 en España*), y así hemos de dar la bienvenida a trabajos como los artículos de Marie-Angèle Orobón (2009), Clara E. Lida (2002, donde se afirma que “there is a widespread view that in the Iberian Peninsula 1848 came and went without any significant repercussions. This ignores the attempts at revolution that occurred through the year, as well as the longer-term effects of 1848 upon the development of the Spanish republican and democratic movement”, p. 52), o especialmente de Florencia Peyrou: “1848 et le Parti démocratique espagnol” (*paper in progress*, 2009, al que la autora me he permitido generosamente acceder en un primer borrador, y en el que se afirma: “Cette image d’une Espagne isolée devrait être remise en cause. Il est vrai que la révolution n’a pas triomphé, mais les événements européens ont eu une influence remarquable. Deux émeutes ont éclaté à Madrid inaugurant, en dépit de leur échec, une période de grande agitation et instabilité avec des tentatives et conspirations dans d’autres provinces espagnoles ainsi que dans les régions frontalières de la France (...). L’Espagne est resté jusqu’en janvier 1849 soumise à des lois d’exception...»). Redescubrimiento pues de un aspecto que sin embargo sí fue percibido por testigos contemporáneos de excepción como Benito Pérez Galdós, quien advirtió que la sacudida generalizada también afectaría a España, “cual centella perdida de la furibunda tempestad que corría por toda Europa” (*Las tormentas del 48*, 1985, p. 159).

²⁹⁰ “There was no single, objective view of the 1848 revolutions but only competing views, constructed and sustained by different political communities seeking to justify their own agendas”, afirma Gildea

la historiografía contemporánea devuelve los hechos a su situación histórica, y no evade sus complejidades²⁹¹, sus ambigüedades y contradicciones. Y ante semejante panorama, la pregunta que se nos plantea es: ¿se puede hablar de 1848 como una revolución europea?²⁹²

La revolución de 1848 fue sin lugar a dudas un fenómeno complejo, motivado y actuante a distintos niveles (económico, social, institucional, nacional, impulsado por distintas agendas), que queda abierto todavía hoy a diferentes interpretaciones y valoraciones (¿éxito o fracaso?), siendo un criadero rico para la reflexión y el debate²⁹³.

Uno de los aspectos claves del movimiento revolucionario cuarentayochista, a nivel continental, lo constituye precisamente esa relación a menudo problemática entre los ideales internacionalistas que lo alentaron y las reclamaciones nacionales, una de las

(2000, p. 207, en un trabajo que analiza en profundidad esta historia de las conmemoraciones -y las mitificaciones subsiguientes- relativas a 1848). Körner va más allá y defiende la idea de que es precisamente a través de los actos de conmemoración cómo una inicial “revolución europea” fue escamoteada: “through the process of commemoration a European revolution was transformed into many national revolutions” (2004, p. 5). En 1998, en el contexto del 150º aniversario de la revolución, se celebran ya sin embargo los primeros congresos (Oxford, Londres, París) y conmemoraciones que tienen en cuenta esta dimensión europea, ahora como parte de un proceso de legitimación de la integración continental; en el Congreso internacional de ese año celebrado en la Asamblea Nacional de París, en el que se hace hincapié en esa visión internacional, Mayaud se lamentaba de una insuficiente perspectiva comparativa, animando a futuros trabajos en la línea de una finalmente “historia de la revolución europea de 1848” (2002, p. 12); y la obra colectiva publicada en ese 1998 (Aprile et al.), se justifica del siguiente modo en su introducción: “étude consacrée à l’Europe de 1848 (...) pas seulement pour ceder à l’actualité que ce choix a été fait, mais bien parce que, malgré leur brièveté, les mouvements révolutionnaires, libéraux et nationaux de cette époque ont marqué le devenir futur de l’Europe, ont aidé sans doute à faire émerger une conscience européenne qui apparaît comme le couronnement et non la négation des aspirations nationales” (Aprile, 1998, p.7). Los intereses del presente planean así inevitablemente sobre la interpretación del pasado, aspecto que se intensifica en el caso de las conmemoraciones y su voluntad de construir y legitimar determinado discurso histórico. “Memories of 1848 have started to legitimize the process of European integration. At the end of the twentieth Century, the nation-state as political reference point is being replaced by a new political entity. In this way, the meaning of historical commemorations changes” (Körner, 2004, p. 21).

²⁹¹ Pouthas, 1979. A esta complejidad polifórmica (“complexité d’une période charnière”, Aprile, 1998, p. 233) hacen alusión todos los autores más recientes.

²⁹² Debo el título de este apartado y sus planteamientos fundamentales al trabajo del profesor Von Standmann, “1848-1849: A European Revolution?” (2000) así como a la obra coordinada por el profesor Körner, de idéntico título: *1848: A European Revolution?*, (2004), y especialmente a las conclusiones de este libro, redactadas por Reinhart Koselleck: “How European was the revolution of 1848/1849?”. El trabajo primero, es fruto de los seminarios que en 1998 tuvieron lugar en la Facultad de Modern History de Oxford, y el segundo, fruto del Congreso en torno a los cambios de significado de 1848 organizado en febrero de 1998 por el Centre for European Research de la University College de Londres y el German Historical Institute (también londinense), ambos con motivo del 150º aniversario de la revolución.

²⁹³ “The revolutionary aspirations across 1848 Europe were accompanied by a complex perception of the forms of community that could best underwrite liberty”; “the year 1848 was clumsy, untidy, (...) there were simply too many issues at stake at any one time”; “With the exception of Switzerland, where 1848 clearly enshrines a decisive turning point, there is a sense in which, for much of revolutionary Europe, 1848 was and is unclear in its symbolic significance (Swales, 2004, pp. 57, 59 y 62); “Social, economic and political concerns were mixed together and a great diversity of hopes and wishes were associated with the word ‘republic’” (Freitag, 2004, p. 107).

cuestiones más cruciales que no obstante sólo en los últimos tiempos ha despertado el interés de los historiadores. Semejante cuestión se hallaba sin embargo presente en el trabajo precursor de Veit Valentin, quien apuntaba, tal y como ha vuelto a aparecer en estudios más recientes, que esta relación se vio afectada por la propia experiencia revolucionaria, en la que el aspecto nacional acabó por eclipsar a los iniciales ideales europeístas: “The popular movement of 1848 (...) ended with the conviction that nationalism and internationalism are contrary poles”²⁹⁴; contradicción excluyente que, también según mi hipótesis, acabó imponiéndose por el propio fracaso de la empresa revolucionaria²⁹⁵). Así, Valentin, en su trabajo, enfatizaba la relación entre el cambio semántico del concepto de nacionalidad como parte de la experiencia de 1848 y de los ideales internacionalistas del movimiento revolucionario, y John Breuilly reconoce igualmente la conexión y comparabilidad de las revoluciones cuarentayochistas al menos en sus fases iniciales, cuyo desarrollo posterior, los debates políticos y constitucionales que tomaron preeminencia, habría conducido finalmente a la nacionalización de este marco europeo de partida²⁹⁶. Otro de los precursores a destacar en tratar de una manera sistemática esta ambivalencia nacional-internacional de 1848 es sin duda Hartmut Kaelble²⁹⁷, y Martin Swales, por su parte, se hace igualmente eco de esta ambigüedad incierta: “We are still not quite sure what to make of 1848, whether as a phenomenon within national or European history”²⁹⁸. En cualquier caso, lo más reseñable es que la mayoría de los autores coinciden en subrayar, no la oposición, sino la complementariedad de ambas nociones, al menos en su fase inicial²⁹⁹:

²⁹⁴ Valentin, traducción inglesa de 1940, p. 458.

²⁹⁵ “The failure of the revolution may itself have caused nationalism increasingly to overshadow constitutionalism. Liberal political practices were pushed into the background by concern for national unity and power”; así lo expresa al menos Freitag (2004, p. 118), aplicado al caso alemán.

²⁹⁶ Breuilly, 2004, p. 31 y ss.

²⁹⁷ Kaelble, 1998, pp. 260-278. Para este historiador, 1848 constituye el momento clave de una historia de Europa que culminaría no en el Estado-nación, sino en la unificación europea, puesto que la revolución de 1848 fue “la más europea de todas las revoluciones” (p. 273).

²⁹⁸ Swales, 2004, p. 52. Marita Gilli también señala estas contradicciones del sentimiento nacional, y sus relaciones problemáticas con la idea de Europa o la democracia: “Même dans des pays où le régionalisme est très fort comme l’Allemagne, certaines régions telle la Rhénanie sont plus européennes que prussiennes. On peut ainsi noter en Allemagne la persistance remarquable de l’idée des États-Unis d’Europe depuis 1830. Ce conflit permanent entre idée d’Europe, nationalisme, régionalisme et démocratie se situe dans un cadre où ni la république universelle, ni même la Fédération d’États républicains souhaitée par Kant ne voient le jour et c’est plutôt un nationalisme chauvin et xénophobe qui domine l’histoire du XIX^e siècle. Mais si l’Europe de la paix ne s’est pas réalisée, l’idée républicaine fait son chemin...” (Gilli, 1994, pp. 10-11).

²⁹⁹ “Initially nationalism had not been regarded by many revolutionaries as a term opposing freedom and solidarity. Only when the nationalist movements turned against each other did they tend to undermine the appeal of international solidarity and liberty in central Europe. If, in this later situation, nationalisms

« Conscience nationale et conscience universelle se fondent dans une intime complémentarité. A ce niveau, l'Europe —qui est à cette époque la quintessence de l'Universel— est le modèle culturel et la référence par excellence, elle préexiste donc à l'autodéfinition que ces nations veulent donner d'elles-mêmes »³⁰⁰

Y es que ya a principios de siglo Quentin-Bauchart había apuntado precisamente a esta doble identidad como la clave del éxito de estas teorías³⁰¹. Pero desde luego no cabe duda de que la cuestión nacional, en todo caso, ocupó un papel protagonista: “1848 avait été fortement marquée (...) par la question nationale. Aucune des histoires de la révolution ne renonce à y faire allusion »³⁰². Cuestión nacional que, si bien aún no étnica ni lingüísticamente excluyente, se convirtió ya entonces en un gran problema del que algunos predijeron sus peligros, y no estuvo al margen del debate de su tiempo esta incipiente oposición entre nacional y universal:

« Le principe des nationalités —le mot est d'usage courant depuis 1830- allait pour la première fois quitter le domaine du rêve et de la spéculation. En quelques mois, l'ambiguïté de l'expression apparaîtra sous une lumière crue. S'agit-il du droit des peuples à disposer d'eux-mêmes, selon la tradition révolutionnaire française ? Ou du droit de réunir, fut-ce sous la contrainte, des individus supposés de même race parce que parlant la même langue, selon la conception d'un Herder ou d'un Arndt? »³⁰³

Y así, el nacionalismo francés implicaba por ejemplo la controvertida idea de un rol de liderazgo en la emancipación de los demás pueblos europeos³⁰⁴, o pronto, la

proved to be decisively divisive, it showed that the first euphoric phase also had a strong symbolic character, expressed by the rather Utopian term ‘spring of the peoples’” (Von Strandmann, 2000, p. 5).

³⁰⁰ Robin, 1994, p. 39. “La nation devient une valeur, mais l'idée d'une solidarité internationale des peuples la complète, antidote contre un nationalisme réducteur et fermé, source de conflits” (Aprile, 1998, p. 6);

³⁰¹ « C'est pourquoi ils étaient si nombreux, car ils exploitaient simultanément les sentiments humanitaires et les sentiments patriotiques. Leur origine était la cause même de cette confusion. Qui étaient-ils essentiellement ? Les protestataires contre 1815, la défaite de la France et de la démocratie” (Quentin-Bauchart, 1908, p. 28). Otras lecturas, tal vez más simplistas, sin embargo, insisten en presentar al nacionalismo como simplemente un obstáculo para la idea europea (Gilli, 1994, p. 10, al evocar el europeísmo pangermánico, de carácter antidemocrático y anti-republicano).

³⁰² Haupt, 2002, p. 470.

³⁰³ Sigmann, 1970, p. 11.

³⁰⁴ “En 1848, la France cherche, non sans réserves et ambiguïtés, à être l'inspiratrice traditionnelle de l'élan révolutionnaire et à apparaître comme le médiateur d'un nouvel équilibre européen à créer » (Aprile, 1998, p. 10). Se ha intentado encuadrar, en todo caso, la problemática nacional como un componente revolucionario que sólo afectó a los movimientos no-franceses (donde la cuestión nacional estaría ya anteriormente solucionada), haciendo por tanto la comparación imposible, por tratarse de un fenómeno distinto; pero Agulhon ha matizado recientemente al respecto: “Nous avons, dans le colloque (...), fait comparaître la France et les pays voisins d'Europe Centrale et Orientale (...) en termes de juxtaposition, peut-être plus que de comparaison possible. L'idée reçue est que dans l'Europe autre que la France, les révolutions ont été surtout nationales, tandis qu'en France la révolution a été politique-sociale

afirmación de las diversas nacionalidades centroeuropeas se transformó en la práctica en un grave conflicto entre sí³⁰⁵.

Pero tal y como indicó en su día Talmon, las ideologías nacionalistas de la primera mitad del siglo XIX estaban muy lejos de afirmar que cada nación fuese una ley de sí misma, en inevitable rivalidad con las demás. Justificaban por el contrario las particularidades nacionales al servicio a una idea universal, de acuerdo al papel que le correspondiese a cada país en esa historia universal. La deificación de la nación precisaba de la apoteosis de la historia y de la unidad de la raza humana, por lo que perseguían una hermandad de naciones con ideales comunes, en la que los pueblos liberados realizarían finalmente el ideal nacional en sentido fraternal. No concebían así la posibilidad de un conflicto entre el credo revolucionario universal y las particularidades de cada nación³⁰⁶; el contenido semántico e ideológico del nacionalismo de esta mitad de siglo no era todavía pues el de un movimiento excluyente, xenófobo o agresivo:

« Le nationalisme exclusif, xénophobe et agressif qui donnait à la loyauté envers l'État-nation la priorité des valeurs (...) ne s'imposait pas encore en 1848. Pour beaucoup, la loyauté à la région, à l'État territorial était compatible avec la loyauté à la nation : l'attachement à la monarchie fut concilié avec celui à l'État-nation, et même à des prises de position universalistes et internationalistes »³⁰⁷

parce que la nation française en quelque sorte existait et ne faisait plus problème. En gros, c'est vrai, mais il est vrai aussi qu'on aurait pu ajouter à cela de nuances : n'y avait-il pas de questions, de problèmes, en France à mettre sous la rubrique du national ? » (Agulhon, 2002, pp. 577-578).

³⁰⁵ Así, las minorías en territorio germano o húngaro pronto se sintieron amenazadas por esta emergente noción de nacionalidad y las nuevas fronteras: "The discussions in the National Assembly at Frankfurt in 1848 about the basis for the future Germany, and about who should be included and excluded, demonstrated the extreme difficulty of definition since the German Confederation remained a multinacional complex" (Freitag, 2004, p. 117). Los reyes por derecho divino no actuaban mediante la absorción de una cultura nacional por otra, pero las razas "progresivas democráticas" apelaron a los hechos naturales en defensa de su deseo de conservar el patrimonio histórico de la nación como herencia sagrada, al mismo tiempo que se proclamaban parte de la Revolución europea. Frente a ellas, los pueblos en embrión o los que habían estado sometidos a otros durante mucho tiempo y deseaban alcanzar la categoría de naciones plenamente desarrolladas, buscaron protección contra el nacionalismo democrático dinámico de las razas históricas en una alianza con la dinastía supranacional contrarrevolucionaria de los Habsburgo. (...). En todos los casos mencionados anteriormente, la unidad nacional demostró ser un enemigo nada despreciable de la Revolución internacional, sobre la que acabó triunfando (Talmon, 1960, pp. 447-449). Y es que en 1848 la idea de nación, en un principio liberadora, se había convertido en un concepto demasiado rico, en una experiencia demasiado intensa para permitir reciprocidad. Los pueblos "sin historia", -croatas, eslovacos, rumanos, rutenos, checos...- su aspiración a convertirse en naciones plenamente desarrolladas, libres e independientes, amenazaba en la práctica a las naciones históricas con la desintegración territorial; a partir de entonces, empezaron a imponerse de este modo el clima bélico y el darwinismo político extremo.

³⁰⁶ Talmon, 1960, pp. 15-17.

³⁰⁷ Haupt, 2002, p. 471.

Los acontecimientos de 1848 habrían de poner, sin embargo, de manifiesto por primera vez la existencia de contradicciones esenciales entre uno y otras. 1848 marca probablemente así el punto de inflexión en el que nacionalismo y europeísmo se volvieron polos opuestos, pese a lo que autores como Körner no dudan en afirmar ahora: “despite nationalist claims Europe was an important reference-point in revolutionary discourse”³⁰⁸.

La perspectiva de los propios actores parece indicar cómo los contemporáneos, revolucionarios pero también sus detractores, efectivamente percibieron los acontecimientos de aquel año como un fenómeno fundamentalmente europeo³⁰⁹, el derrocamiento de un orden general europeo por una revolución de carácter igualmente continental, la famosa “primavera de los pueblos”. Así lo entendió Marx, probablemente uno de sus primeros intérpretes “científicos”, como fenómenos estrechamente conectados, y así lo reflejan los numerosos testimonios recogidos en este capítulo. La revolución de 1848, esperada por unos y temida por otros, era una presunción comúnmente admitida por todos, y no faltaba la creencia de que, una vez estallada en un lugar, fuese sólo cuestión de tiempo el incendio de todo el continente. Estas “revoluciones anticipadas” (ya fuesen múltiples o una gran revolución europea) compartieron su simultaneidad en el tiempo y sólo falta determinar si también sus formas y motivaciones.

³⁰⁸ Körner, 2004, pp. 4-5. Y por ese motivo, añade: “historians interested in the relationship between history and memory should reconsider 1848 from the perspective of this national-international bipolarism” (2004, p. 6).

³⁰⁹ “...le parallélisme dans le temps entre les révoltes en Italie, en France, en Allemagne et dans l’Empire austro-hongrois qui donnait aux contemporains l’impression d’assister à une vague révolutionnaire internationale... » (Haupt, 2002, p. 463). “Personne parmi les vainqueurs ne considère la révolution comme un événement purement français ; elle n’est, pur tous, que le premier acte d’un changement de régime dans l’Europe entière, le signal de la chute des rois et de l’avènement des peuples (...). C’est bien toujours la conception d’un seul grand parti démocratique combattant la même réaction monarchique dans la personne de différents souverains : quand, victorieux en France, il aura encore conquis les autres pays, il fondera la grande République universelle sur les principes proclamés par la Révolution française » (Quentin-Bauchart, 1908, p. 25). También para Tersen “il était bien possible de voir l’unité de la Révolution européenne, en dépit de ses variantes nationales et régionales », y por eso acusa al Gobierno provisional, en su interpretación, de ceguera, al no haber sabido comprenderlo suficientemente (1948, pp. 74-75) : « Dans une Europe plus consciente, une immédiate entente des peuples en lutte aurait dû en résulter. Mais la variété des moyens, des tendances, davantage encore les oppositions des doctrines et les rivalités des hommes, masquent une identité qui pour nous est évidente. La réaction européenne, apeurée, mais qui a une lucide conscience de ses intérêts menacés, la saisira beaucoup plus vite que la Révolution européenne » (Tersen, 1948, p. 9).

Los fenómenos de 1848 a lo largo y ancho del continente presentan sin lugar a dudas innegables conexiones de carácter objetivo: en el orden económico, así como social y político, fueron el resultado de un proceso que afectaba a Europa como un todo³¹⁰; los acontecimientos parisinos de febrero llevaron a la quiebra de todas las bolsas europeas. Mientras las regiones más periféricas del continente permanecían en una relativa calma³¹¹, la parte central, ampliamente y de acuerdo a un continuo geográfico (de Dinamarca a Sicilia, de Francia y Holanda a Hungría y Transilvania) sí se vio profundamente afectada, y en esta sacudida generalizada también los poderes hegemónicos se vieron implicados de manera conjunta, aunque la pentarquía monárquica de las grandes potencias (con la clamorosa excepción de Francia) y el orden general europeo permaneció pese a todo y en buena medida intacto tras el fracaso de las insurrecciones. Las prácticas y usos revolucionarios (tales como el levantamiento de barricadas o la utilización del color rojo como distintivo) apuntan igualmente a un modelo “europeo” de revolución. El continente se convirtió así en aquellos años en un espacio común de comunicación y acción, ampliando la esfera pública y en el que las demandas coincidían en muchos sentidos aquí y allá, tales como la democratización y el sistema parlamentario; el debate adquirió del mismo modo también formas análogas (en la oposición entre monarquía constitucional o republicanismo, liberales o radicales...): las ideas que compartían intelectuales y escritores europeos eran igualmente moneda de uso común. El análisis de transferencias culturales, el contagio de modelos políticos, circulación de personas y propagación de rumores, redes de influencias y reacciones resulta especialmente pertinente para estudiar este aspecto fundamental, que estudios como los de Werner y Espagne han comenzado a desarrollar en Francia³¹². Y no cabe duda de que Europa como una totalidad percibió los acontecimientos de 1848 con el significado común del fin del viejo orden político.

La primera objeción que se plantea al hecho de considerar 1848 como una revolución europea es que, efectivamente, no se trató de una revolución sino de

³¹⁰ Y así lo ha señalado Hobsbawm (1975), 1997, pp. 14 y 40.

³¹¹ Y así afirma Von Strandmann: “Given that the remaining west-European states of Belgium, Sweden, Spain, and Portugal did not experience any serious upheaval, it follows that the concept of a European revolution could be questionable. (...) does it make sense to use the label ‘European revolution’ if only four major countries –France, Germany, the Habsburg empire, and Italy- were directly involved?” (2000, p. 2).

³¹² Werner, Espagne, 1988; Haupt, 2002.

muchas³¹³. Y John Breuilly sostiene la tesis de que todas aquellas conexiones iniciales se debilitaron no obstante a partir de abril del cuarenta y ocho, puesto que estaban “basadas más en percepciones ideológicas que en verdaderos intereses e instituciones directamente relacionadas”³¹⁴; una vez que las revoluciones se intensificaron y entraron en un territorio desconocido, tuvieron que hacer frente a problemas y cuestiones inéditas, que les alejaron de las experiencias de sus vecinos, ahora ya de poca valía, para concentrarse en un fenómeno que, en cada lugar, tomaba el aspecto de un suceso nuevo. Condiciones internacionales comunes y evoluciones dispares se entremezclan pues en estas revoluciones: “L’Europe continentale découvrait son unité dans l’idée de révolution, mais aussi sa diversité dans le déroulement des révolutions »³¹⁵. Y así, lo que tenían de común, sus percepciones de partida, habrían funcionado más como herramientas del enfrentamiento que como verdaderos objetivos, fenómeno al que tampoco iba a ser ajeno el propio concepto de Europa: Koselleck señala que si bien Europa fue un punto de referencia ineludible a lo largo de los movimientos de liberación contra los regímenes opresivos, nunca fue la causa misma de la revolución. Y salvo por el movimiento obrero y sus futuros desarrollos internacionales, ninguna de estas visiones europeístas tuvo una influencia duradera; Europa, pese a los despliegues de la retórica, no era una de las prioridades revolucionarias, y el concepto de Europa en las ideas de 1848 no fue lo suficientemente fuerte como para poder ofrecer una alternativa al concierto europeo³¹⁶.

³¹³ “However neither the initial enthusiasm for certain general aims, nor general revolutionary exuberance nor the temporary collapse of most of the *anciens régimes* is a sufficient reason to interpret the revolution as a united and common action. What is, then, the case for calling it a European revolution (...)?” (Von Strandmann, 2000, p. 2). Así, Charles Pouthas (1979, pp. 17-29), es de los que rechaza categóricamente esta expresión de “revolución europea”, y niega, de manera maximal: “las revoluciones de 1848 no tuvieron en común más que su nombre”.

³¹⁴ Breuilly, 2004, p. 34: “The June Days for example, and their repression, did not seem to have as demoralizing an effect on radical and labour movements elsewhere as the February Days had had an invigorating effect. Indeed, revolutionaries seem increasingly disconnected from one another”. Breuilly mantiene la hipótesis de unas primeras conexiones ideológicas relativamente intensas pero que pronto habrían decaído, en beneficio de unas conexiones más directas y pragmáticas entre los oponentes de la revolución en un segundo estadio de la misma. Y así concluye: “connections based on common assumptions about the nature of revolution were very important at the outset of the revolution but tended to fade away as different revolutions became preoccupied with their own special and unanticipated problems” (pp. 45-46).

³¹⁵ Sigmann, 1970, p. 10.

³¹⁶ Körner, 2004, p. 17. “Au milieu du XIX^e siècle, l’idée européenne n’est pas envisagée pour elle-même, mais en fonction des idées le plus souvent républicaines ou socialistes de ses défenseurs » (Sainte-Lorette, 1955, p. 39). “Ainsi, l’échec d’une République universelle ne tient pas seulement à la vigueur de l’opposition monarchiste ou libérale, il tient aussi à la méfiance de la société » (Aprile, 1998, p. 238).

El carácter europeo de la revolución se justifica pese a todo por las circunstancias concomitantes que llevaron a su desencadenamiento, fenómenos verdaderamente continentales: los desafíos sociales y económicos compartidos³¹⁷, la sobrepoblación y la preeminencia de población rural como fenómeno generalizado (desde el feudalismo todavía presente en el este a formas pre-modernas de vida y trabajo persistentes en los países occidentales), y también algunas de sus exigencias, tanto las del campesinado como la lucha en las ciudades por la reforma constitucional, igualmente presente en todos los países afectados por la revolución, que llevó a cambios en el sistema político en prácticamente la totalidad de los Estados afectados³¹⁸. Las redes de transportes y comunicación aceleradas son un factor evidente que ya hemos destacado en más de una ocasión³¹⁹. Incluso la división nacional se presentó paradójicamente como un factor general europeo que coadyuvó en buena medida al fracaso último de la revolución, tal y como apunta Koselleck: a pesar de que las estructuras económicas, sociales y constitucionales se asemejaban, el campo de la acción política siguió siendo eminentemente local, regional o nacional³²⁰.

Pero las revoluciones de aquel año compartieron no sólo estructuras comunes, sino también otros elementos que van más allá (tanto en su proceso como en su fracaso), y entre los que destacan los aspectos discursivos y conceptuales³²¹ que

³¹⁷ "Symptoms of the crisis were already converging; the gradual transition from manufacture to industrial production caused similar problems throughout Europe. (...) Nowhere could economic progress be reconciled with social interests; and yet it was precisely this combination of disparate factors which was both revolutionary and European at the same time" (Koselleck, 2004, p. 210).

³¹⁸ "Everyone and everywhere demanded political and constitutional participation"; "The political system of almost every country changed from a bureaucratic or neofeudal structure to a constitutional one with varying degrees of parliamentary elements added. Ministries were replaced everywhere, sometimes even monarchs..." (Koselleck, 2004, pp. 215 y 211).

³¹⁹ "Even if the revolution was concentrated in four countries, yet the hole of Europe became involved by means of greatly improved communications" (Von Strandmann, 2000, p. 3).

³²⁰ Con la excepción tal vez del movimiento obrero, y tímidos intentos como el de la Joven Europa de Mazzini o el Comité londinense para la democracia europea, lo cierto es que, a pesar de los numerosos manifiestos dirigidos a un público europeo, no se dio un verdadero movimiento liberal, republicano y democrático de carácter verdaderamente internacional capaz de acciones conjuntas, ni institución alguna capaz de coordinarlas: "revolutionary activity above all was conceived of as national" (Koselleck, 2004, p. 212).

³²¹ Y así Agulhon destaca, por ejemplo: "entre les révolutions nationales d'Europe et la France, il y a tout de même un thème commun, c'est le peuple. Cette notion de 'peuple' qui est commune, parce que c'est elle qui sert à la fois à dresser les nationalités opprimées contre les rois et à dresser les travailleurs de Paris contre le roi et contre les bourgeois" (Agulhon, 2002, p. 578); tema del 'pueblo' que reenvía, tal y como apuntan Agulhon y Haupt (2002), en última instancia a la cuestión del lenguaje de 1848, en tanto que verdadera revolución del discurso político, y de algunos de cuyos aspectos hemos querido ocuparnos en este trabajo, aunque como señala Agulhon, todavía queda mucho por hacer en este terreno: « nous n'avons pas réellement récupéré la problématique historique de Bénichou » (2002, p. 578). Robin, por el contrario, apunta: "Quelles sont les critiques et les leçons à tirer de cette funeste expérience ? Tout d'abord, celle d'avoir accordé aux mots plus d'importance qu'aux faits et aux réalités" (Robin, 1994, p.

justifican esta dimensión europea: Europa se convirtió así, en aquellos efímeros meses, en el punto de referencia sin el cual no pueden comprenderse los diversos procesos insurreccionales. Así, a pesar de que las motivaciones podían ser particulares o circunstanciales, lo cierto es que los levantamientos se produjeron todos apelando a objetivos compartidos y de manera espontánea y prácticamente simultánea³²²: la revolución de 1848 no tuvo pues un centro de acción (las jornadas parisinas de febrero pudieron dar la señal de salida, alentar esperanzas allende sus fronteras, pero no se puede hablar de causa directa; a diferencia de 1789 o 1830, no se trató de un simple contagio o extensión)³²³. Y aunque las distintas revoluciones jugaron un papel específico en el contexto histórico y político de sus propios países, al mismo tiempo su simultaneidad, nexos de conexión, calidad de reacción recíproca, hacen que los sucesos aislados no puedan ser interpretados de forma adecuada sin tener en cuenta el contexto europeo, que se impone así como el marco de inteligibilidad primordial de los acontecimientos³²⁴.

1848 estableció de este modo los principios fundamentales de lo que habría de ser a partir de entonces la vida política europea (así como su lenguaje político) y en adelante, los movimientos democráticos y revolucionarios no dejarían de inspirarse en este modelo (del mismo modo que también la idea de una Europa federada volvería a ser retomada en la segunda mitad de siglo, y aún en el periodo de entreguerras)³²⁵. Por todo ello, “l’idéologie quarante-huitarde —développant celle de 1789— représente à l’échelon continental une conquête irréversible”³²⁶.

Todo esto le lleva a reclamar a Koselleck la revolución de 1848/49 no sólo como la primera gran revolución europea, sino también como la última que se ha dado en el continente, debido a su carácter único en tanto que acontecimiento

43). Y otros autores también señalaron hace tiempo este « exceso » de carga semántica: « les mots tenait lieu d’arguments : affranchissement des peuples, fraternité des nations, principe des nationalités, frontières naturelles, abolition des traités de 1815 » (Quentin-Bauchart, 1908, p. 30).

³²² Aprile achaca esta simultaneidad precisamente a la revolución en el ámbito de la información: “Cet embrassement simultané n’est pas le fruit du hasard. Les révolutions de 1848 sont aussi la conséquence des débuts d’une révolution moins éclatante mais durable, celle de l’information » (1998, p. 186).

³²³ Von Strandmann, 2000, p. 6. El historiador francés Jean Sigmann, por el contrario, reclama en varios pasajes de su libro (1970) a París como “la capital de la revolución en Europa”.

³²⁴ “Despite the divisive nationalisms of the revolution and regional variations, common factors, including common causes and common consequences, played a vital part in the revolutionary development. The revolution of 1848 was more than the summary of revolutionary and counter-revolutionary events in each country” (Von Strandmann, 2000, p. 8).

³²⁵ “La répression qui s’abat, en France comme ailleurs, va permettre aux révolutionnaires de l’Europe qui prennent le chemin de l’exil de perpétuer ou de créer de nouvelles formes de solidarités qui ont pour ambition d’être non seulement européennes, mais internationales » (Aprile, 1998, p. 10).

³²⁶ Berindei, 1993, p. 156.

verdaderamente europeo: “True, it was not a revolution of Europe, for Europe was not a politically active entity. But it was a European revolution. (...). If Europe was not politically active as a whole, it was certainly affected as a whole”³²⁷.

³²⁷ Koselleck, 2004, p. 209 y p. 212: “Despite the persistence of the traditional picture, we are now in a position to say that the various uprisings did come into being as one European revolution” (p. 215). En el volumen casi simultáneo de Evans y Von Strandmann (publicado cuatro años antes, pero ambos como resultados de seminarios celebrados por el 150º aniversario) se afirma igualmente en el Prefacio: “the first, and still to this day the only simultaneous European-wide collapse of traditional authority, and an event which we believe to possess seminal importance for the subsequent history of the continent”. Y es que Von Strandmann sí considera a Europa como una “entidad revolucionaria” en sí misma (2000, p. 2). La reclamación de 1848 como un legado europeo, por su parte, la hallamos en la arena política por ejemplo en esta cita de tono marcadamente europeísta de Laurent Fabius, Presidente entonces de la Assemblée Nationale (“Ouverture” al Congreso internacional del 150º aniversario de la revolución de 1848, en Mayaud, 2002, pp. 7-8), que reclama la dimensión europea de 1848, instigadora de cuestiones que son todavía “las nuestras”, y, evocando las palabras de Frédéric Morau, para el que la educación sentimental y la primavera de los pueblos aparecían íntimamente ligadas (“Tout l’Europe s’agitait”), afirma: “Dans les dédales de l’euro-technocratie actuelle, nous oublions souvent que la construction européenne fut d’abord un idéal romantique, un idéal sensible au cœur. C’est Byron expirant pour Athènes. C’est Musset écrivant Lorenzaccio. C’est Lamartine, ministre des Affaires Étrangères. C’est Hugo, patriote et républicain, mais rêvant déjà des États-Unis d’Europe. L’Europe ne peut devenir une puissance et une conscience que si elle devient enfin une Europe politique. Alors, mais alors seulement, nous aurions accompli la prophétie de 1848, conjuguant les libertés et les droits, suscitant une identité européenne commune non pas contre les nations, mais avec elles ».

CONCLUSIONES

El periodo que va de 1750 a 1850 ha sido definido como el periodo de la formación de un nuevo vocabulario político, y entre estos nuevos conceptos aparece Europa como uno de los términos clave que, por sus distintos significados a menudo contestados así como por su capacidad movilizadora, puede ser considerado una categoría política de primer orden. Sin dejar de ser el nombre propio de un espacio geográfico, Europa va tomando sin embargo cada vez más el sentido de un programa político, con una clara vocación performativa, en su referencia a realidades todavía no existentes y que se inserta en el discurso profético de la primera mitad del siglo XIX como un tema específico y privilegiado. Aunque autores como H. D. Schmidt (“The Establishment of ‘Europe’ as a Political Expression”, 1966) sitúan esta emergencia en el cambio de siglo entre el XVII y el XVIII para el caso anglosajón, el presente trabajo ha pretendido demostrar cómo esta formación contemporánea de la idea de Europa se ubica, para el continente como específicamente para Francia, el caso estudiado aquí, en la primera mitad de siglo XIX, momento de grandes transformaciones.

La idea de Europa, en tanto que aspiración a una unidad política, cuenta sin embargo con una vastísima trayectoria, que arranca en la Edad Media (y que los autores más optimistas han fijado en una historia de tres mil años); pese a sus novedades, el discurso europeísta de la primera mitad del siglo XIX no supone tampoco una ruptura

total con los presupuestos precedentes, y recoge así, y discute, conceptos heredados del discurso ilustrado, pero elaborados ahora a la luz de una nueva experiencia.

De la Revolución al Imperio, los acontecimientos políticos que en pocos años cambian la faz del continente provocan irreversiblemente una nueva visión de lo político, modifican la experiencia del tiempo histórico y transforman el lenguaje político y social, fenómenos íntimamente relacionados con la ruptura producida en la concepción de Europa. La necesidad de superar la fase imperial, esa “nostalgia del Imperio” que desde los tiempos de Carlomagno había configurado la idea europea, urge a los autores del periodo post-napoleónico a reelaborar los planteamientos en torno a Europa y dotarla de un nuevo sentido. De una concepción *imperial*, en un sentido abstracto y uniformizador —tal y como había sido concebido por las mentes especulativas y filosóficas del siglo XVIII y que alcanza su forma más completa en el famoso opúsculo de Kant *Hacia la paz perpetua* (1795), proyecto teórico de universalidad cosmopolita que en la práctica política se convierte en un orden de dominación e imperio (tal y como señala el artículo de Jocely Benoist, 1993)—, pasa así a convertirse, por resumirlo brevemente, en una concepción *federal*, que reacciona contra la uniformización y reivindica la diversidad y la libertad. Este cambio definitivo se produce fundamentalmente en torno al año de 1815, en las obras de autores como Constant, Mme. de Staël o el conde de Saint-Simon, pero sus primeros atisbos, como crítica a la dominación napoleónica, emergen ya desde el año de 1800 (inicialmente, de la mano de autores alemanes, fundamentalmente) y se agudiza en los últimos años del Imperio, en tanto que etapa de transición aún apegada a muchos de los presupuestos ilustrados, pero marcada con la impronta de la nueva experiencia histórica de la que resulta insoslayable. Del Imperio a la Federación, se produce así en apenas cincuenta años un giro semántico en la idea de Europa de enorme calado para la posteridad.

El devenir histórico de la construcción de esta “nueva” idea de Europa, de carácter plural, presenta de manera destacada dos características principales: su *historización* y su *politización* (ambas en íntima conexión), tal y como se presenta en el estudio del caso francés. Aunque el siglo XVIII ya conoció diversas historias universales y de Europa (de Condorcet o Voltaire, trabajos de los que beben ampliamente los nuevos historiadores), las “historias de Europa” se generalizan en esta primera mitad del siglo XIX, hondamente influenciadas por la nueva escuela

historicista. Europa abandona así el sentido espacial, geográfico, para tornarse en un concepto eminentemente *histórico*, dinámico en el tiempo: Europa es ante todo su historia. Se ensalzan así las diversas tradiciones, que ponen el acento más en la diferencia que en la unidad. Y aunque esta aproximación de carácter historicista aparece inicialmente en los autores conservadores, como reacción a la “novedad” revolucionaria y en su anhelo por recuperar la cadena de los tiempos, pronto pasa a las filas liberales y positivistas de la nueva escuela histórica que, con una experiencia de la historicidad marcada por la aceleración de los tiempos, la incertidumbre, el desafío de superar la ruptura histórica y la conciencia de estar viviendo un momento de transición, la “aurora de un tiempo nuevo” (Koselleck, 1993, Hartog, 2003), reinterpretarán esa historia europea en un sentido distinto (entre otros, con la rehabilitación del momento revolucionario como determinado por “la force des choses”, o la recuperación, por parte de la generación romántica, de la Edad Media, y más concretamente de su unidad espiritual como modelo), proyectándola hacia el futuro. El empeño por aplicar las leyes de la ciencia al mundo del espíritu y la sociedad (impulsado, inicialmente, por los Ideólogos), empuja a estos nuevos historiadores a buscar en el pasado las leyes de la historia (recuperando así la filosofía de la historia dieciochista), que no es ya una mera sucesión de acontecimientos, sino un desarrollo lógico y por ende, predecible.

Si se conoce el pasado, se puede adivinar el futuro: *le passé et gros de l'avenir*, máxima de Leibniz que se populariza en este periodo; los historiadores contemporáneos se vuelven hacia el pasado para coger, a la luz del presente, impulso hacia el futuro, “enjeu” mayor de estos años de transición e incertidumbre. Hundiéndose en la historia para hallar las raíces de Europa, trazan un origen común que por fuerza ha de proyectarse igualmente para el futuro: Europa se convierte así en una propuesta de porvenir, y de esa manera, en una tarea a realizar y un programa político que persigue realizar esa unidad. En los años de la Restauración, en los que la censura y la legislación restrictiva impedían los debates abiertamente políticos, la historia se vuelve además un refugio, sirve para ilustrar situaciones y opiniones del presente y así es que se conciben distintas historias de Europa, a veces enfrentadas: porque no se podrán extraer idénticas consecuencias de una historia europea que tiene su punto de partida en la caída del Imperio romano y la unidad de la Cristiandad, que la historia que toma como lugar de nacimiento las asambleas bárbaras o la democracia ateniense. En este contexto, el estallido de la guerra de independencia griega iba a jugar

un papel principal, animando el debate y sirviendo de soporte teórico para los liberales y opositores de la Restauración, así como retrotrayendo el origen de la civilización europea hasta las libertades de la Antigüedad, erigida en nuevo modelo.

Los presupuestos históricos hacen así de la unidad europea una necesidad (*“la force de choses”*), y su inserción en el debate político del momento (fenómeno que, ya hemos visto, va de la mano de la propia historización contestada) la conducen al campo de la contingencia: tras la Revolución de 1830, y con la crisis internacional de 1840, el supuesto equilibrio europeo surgido de Viena se derrumba y el debate en torno a Europa entra de lleno en las discusiones políticas; los propios autores del momento son los primeros en discernir este fenómeno, resaltando el nuevo cariz práctico, inmediato de la nueva filosofía frente a la del siglo precedente, más especulativa, como gran ruptura entre los siglos XVIII y XIX. El campo de lo político se amplía además en estos años con cuestiones de índole económica o social, ampliando su esfera y dotando a la idea de Europa de un nuevo contenido, más integral, que tiene en cuenta todas estas cuestiones y abraza una dimensión a menudo también jurídica; la idea de Europa trasciende así lo meramente geográfico y convertida en idea política y social, abarca incluso a regiones extra-continenciales como Egipto o la India, desbordándose de sus fronteras en una incipiente carrera colonial que la obliga a mirarse desde fuera, y alcanza hasta los Estados Unidos de América, tal y como se sostiene explícitamente en el *Diccionario político* de 1848, que distingue ambas acepciones (el uso geográfico y el uso político del término). Si antes constituía una idea preferentemente de orden cultural (la de la República de las Letras), la nueva Europa es sobre todo un programa político, que incita a la acción. Los distintos proyectos para Europa compiten entre sí por diferentes propuestas y concepciones continentales (como ya venía ocurriendo desde el comienzo de siglo, por otro lado, pero ahora intensificado), relacionando la cuestión de manera más inmediata con el hilo de los acontecimientos que van teniendo lugar así como con las divergencias ideológicas.

La formación de la idea de Europa es por lo tanto indesligable de los acontecimientos históricos y el debate político del momento que la impulsan y marcan su configuración de manera indeleble: los proyectos europeos de la primera mitad del siglo XIX hablan de planes para el futuro, pero concebidos siempre a la luz de las circunstancias del presente. Diversos autores (Swedberg, 1994, Renouvin, 1949) han

señalado ya esta concomitancia, constatando el aumento de proyectos para Europa en los años cruciales de crisis y amenaza bélica en el continente, de 1789 a 1848. Contextualizada de este modo, comprobamos que la idea de Europa se torna en una poderosa arma retórica para la acción, sirviendo a distintos propósitos de las diversas facciones. Y aunque también los autores conservadores (de Maistre o Bonald a Metternich y los artífices de la Santa Alianza) defendían su propia idea de Europa, ésta será fundamentalmente herramienta del debate y apoyo de la oposición liberal, democrática y revolucionaria, quienes serán precisamente los que le insuflén sus versiones más atrevidas en tanto que propuesta alternativa de dimensión internacional, siendo en semejante contexto intencional donde adquiere toda su inteligibilidad.

Inserta así en la batalla ideológica, la idea de Europa se cuaja de ambigüedades y sirve bien en muchas ocasiones a intereses nacionales, oscilando entre el patriotismo más acendrado y el más generoso internacionalismo humanitario. Y es que en la primera mitad de siglo la idea de Europa aún es compatible y congruente con la idea nacional, convivencia que sólo se rompe tras el fracaso de las revoluciones de 1848 —y en última instancia con la guerra franco-prusiana de 1870. Si bien sostuvieron siempre una relación tensa y conceptualmente ambigua, es de destacar cómo en este periodo ambos están todavía lejos de constituir términos excluyentes; así, la concepción de la Nación se insertaba inicialmente en el marco de una historia universal que la dotaba de una misión específica en tanto que parte de un todo, y por lo tanto ambas nociones —Europa y Nación— se condicionaban e implicaban mutuamente (haciendo de Europa una Europa de las Naciones). La experiencia de las revoluciones de 1848 pondría sin embargo en evidencia las complejidades de esta convivencia idealizada, acabando por imponerse, a la larga, la construcción nacional que eclipsaría el ideal europeísta y marcaría el debate historiográfico durante más de un siglo.

Las complejidades de la relación con la idea de Nación traen a colación los vínculos que la idea de Europa mantiene con otros conceptos afines, sin los cuales no puede comprenderse en su totalidad el alcance del nuevo sentido de Europa. Los proyectos europeístas aparecen así íntimamente relacionados con el debate en torno a la *paz* y la *guerra* (Europa se esgrime en todas las ocasiones como remedio pacífico contra la amenaza bélica, pero también frente a la revolución o en apoyo de ésta), por lo que constituye una tarea insoslayable el estudio de los textos en torno a la *paz perpetua*,

forma que, desde la obra del abad Saint-Pierre y hasta la década de 1840, toman la mayoría de estas propuestas de asociación europea: la nueva Europa se presenta como eminentemente comercial y pacífica, y el adalid de su unidad no será ya el general militar sino el intelectual y el poeta, porque la conquista queda descartada de su contenido (lo cual provoca dificultades, por otra parte, a la hora de justificar las conquistas coloniales, que son presentadas como una obra de “misión de civilización pacificadora”). En la primera mitad del siglo XIX el discurso acerca de Europa se une inextricablemente además a los conceptos de *perfectibilidad*, *civilización* y *progreso*, grandes voces del pensamiento de la época que, rearticulados en este nuevo contexto, imprimen a la idea de Europa su carácter dinámico y evolutivo; el nuevo contenido de Europa va marcando así exclusiones sucesivas en su significado: en la oposición entre *civilización* y *barbarie*, o *despotismo* y *libertad*, Europa va perfilando su significado no ya en un sentido espacial, sino temporal (el despotismo como ajeno al tiempo europeo, la civilización europea como grado máximo de desarrollo de la humanidad, etc.). En la batalla ideológica de la época, no son dos bandos lo que se enfrentan, sino dos momentos históricos: el de la *vieja política* y el de la *nueva política*, y así lo interpretan sus contemporáneos, haciendo de Europa el campo semántico privilegiado capaz de albergar los distintos aspectos de la discusión en torno a la Modernidad.

La historia de la idea europea, por lo demás, sigue una lógica de progresiva y paralela *unidad* y *libertad*, conceptos a veces difíciles de casar (Bénichou, 1977) pero a los que todos estos autores no están dispuestos a renunciar. A partir de la década de 1830 nuevos contenidos conceptuales vienen a añadirse a la idea de Europa, como son la emergencia omnipresente de la noción de *pueblo* (una “Europa de los pueblos”, porque son, tal y como se repite en infinidad de ocasiones, las querellas entre las monarcas las que crean las divisiones interesadas, frente a un pueblo europeo solidario), y en 1848, la vinculación a los términos de *República* y *democracia*: la democracia no estará completa mientras no constituya una “democracia europea”; la unidad no será real y completa, por tanto, mientras los Estados europeos no compartan unos principios y formas de gobierno (representativo) comunes. La exaltación del pueblo, de las especificidades nacionales y su independencia, obliga por su parte a poner en juego nuevos conceptos aglutinantes pero respetuosos con la libertad de cada cual: el *Derecho Público europeo* primero, la *asociación* (innovación eminentemente sansimoniana pero que influye hondamente sobre todo el periodo), la *fraternidad* —principio de la tríada revolucionaria

que ahora se ensalza, contagiada del nuevo espíritu religioso en el que hunde sus raíces pero fuertemente politizada, como clave de bóveda y condición para la igualdad y la libertad—, y la *federación* como su aplicación práctica, unión libremente consentida donde cada nación conserva su independencia.

La articulación conjunta de todas estas familias conceptuales conforma un nuevo campo semántico, un contexto ideológico capaz de otorgar finalmente a la idea de Europa un perfil inédito y concreto como no lo había tenido nunca hasta entonces (a pesar de que sea un lugar común entre los historiadores que se han ocupado de la materia achacar a todos estos proyectos su falta de contenido específico). Y así se materializa en las diversas formulaciones y nombres que adquiere la idea europea a lo largo de este periodo: del inicial “Imperio” y “Monarquía universal”, como concreciones del ideal unitario ahora fuertemente contestados, pasando por las fórmulas restauradoras del “equilibrio europeo” o la “balanza de poderes”, hasta llegar a las más modernas formas de “Asociación universal”, “República europea”, “Federación europea”, “confederación de naciones” o, características de 1848, la “Santa Alianza de los pueblos” (en clara oposición a la Santa Alianza monárquica) y los “Estados-Unidos de Europa” (siguiendo el modelo norteamericano), fórmula de éxito esta última que representa y aglutina por excelencia todas estas nuevas aspiraciones.

A lo largo de este trabajo se ha constatado la relevancia del estudio de fuentes llamadas “menores”, tales como artículos en prensa, pequeños folletos o libelos así como obras de autores desconocidos, donde en muchas ocasiones la idea de Europa, marginada y calificada no pocas veces de “utópica” en el contexto del debate político de la época, toma sin embargo una forma más explícita, concreta y de mayor alcance; la recurrencia de este tipo de escritos —en su mayor parte, desconocidos—, que alcanza también a algunos de los pensadores principales del periodo, incita a pensar en un consenso generalizado o al menos cierta popularidad de este tipo de ideales de unificación, que irían más allá de las páginas de un puñado de “iluminados” sin relevancia para la historia intelectual. El contexto de unidad europea presente, no obstante, que ha despertado el interés retrospectivo por este tipo de trabajos y han hecho proliferar una vasta bibliografía al respecto, no debería llevarnos tampoco a una exaltación desmesurada acerca del valor de estos escritos, ni caracterizarlos de precursores o trazar lógica alguna de continuidad. Por el contrario he tratado en todo

momento de interpretarlos en su contexto discursivo e histórico, evitando todo paralelismo ahistórico y estableciendo, en todo caso, unas lógicas de posibilidad. La diversidad política e ideológica del periodo analizado, por lo demás, verdadero “laboratorio” de la política contemporánea en el que, en apenas cincuenta años, se concitaron tantos regímenes, teorías y sistemas diferentes, se ha presentado como un campo especialmente rico para un estudio de estas características, más allá de los temas que tradicionalmente han ocupado a la historiografía del siglo XIX, y revela nuevas perspectivas para el análisis.

Y es que en el periodo que comprende 1800-1848 no sólo se dieron una multitud de proyectos e ideales de carácter más o menos especulativo, sino que también se pusieron en práctica, basadas en esta conciencia generalizada, diversas tentativas de unidad, cuyo alcance sigue siendo todavía hoy controvertido. Así, la historiografía contemporánea sigue polemizando acerca de la verdadera naturaleza de la práctica imperial llevada a cabo por Napoleón, a medio camino entre la expansión nacional de lógica militar y las declaraciones de carácter europeísta y pacificador del propio agente. Lo cierto en todo caso es que la política del Emperador dejó una impronta en todo el continente difícil de eludir en los años inmediatamente posteriores a la hora de reelaborar el contenido de la idea europea, que bien sea como herencia o como reacción no pudo prescindir de este ambiguo legado: la extensión de los principios revolucionarios, la generalización de un código jurídico común por todo el continente, la organización coordinada y multilateral en conferencias internacionales para tratar los asuntos del continente o el despertar de los nacionalismos en una causa solidaria contra un enemigo común constituyen parte inextricable de la experiencia acumulada que se proyecta en el futuro. Y si del lado de la reacción restauradora se pusieron en marcha ensayos de acción comunitaria como la Santa Alianza, también la Europa liberal y de los pueblos supo organizarse de manera coordinada (aunque con las limitaciones expuestas en el último capítulo) para propiciar el estallido de una gran revolución europea, aquélla de 1848, movida por objetivos similares, la generalización del sistema constitucional y parlamentario, y que tomó, a la luz de los acontecimientos, una fuerte conciencia de compartir un horizonte político común.

BIBLIOGRAFÍA

Introducción:

- ARON, Raymond: "The Crisis of the European Idea", en *Government and Opposition*, vol. 11, 1976.
- ABELLÁN, Jose Luis (coord.): *El reto europeo: identidades culturales en el cambio de siglo*. Trotta, Madrid, 1994.
- BERLIN, Isaiah: "La unidad europea y sus vicisitudes", en *Antología de Ensayos*. Espasa Calpe, Madrid, 1995.
- "Preface" a H. G. SCHENK, *The Mind of the European Romantics*. Oxford University Press, 1979.
- BLUMENBERG, Hans: *Conceptos en historias*. Síntesis, Madrid, 2003.
- BÖDEKER, H. E.: "Concept – Meaning – Discourse. *Begriffsgeschichte* Reconsidered", en *History of concepts: comparative perspectives*. Amsterdam University Press, Amsterdam, 1998.
- BOER, Pim den, BUGGE, Peter, y WOEVER, Ole: *The History of the Idea of Europe*. Ed. Kevin Wilson and Jan van der Dussen, Open University Press, Berkshire, 1995.
- BURKE, Peter: "Foundation Myths and Collective Identities in Early Modern Europe", en STRATH, Bo (ed.): *Europe and the Other and Europe as the Other*. Peter Lang, Bruselas, 2000.
- "Did Europe exist before 1700?", en *History of European Ideas*, vol. 1/1, 1980.

- CELLINA, Federico: *L'Europa di Napoleone e l'Europa. L'organizzazione e la concezione napoleónica dell'Europa alla luce dell'Europeismo*. Edizioni Rassegna Europea, Trieste 1961.
- CHABANNES, Jacques: *L'Europe ou 3000 ans d'espoir*. Éditions France-Empire, París, 1978.
- CHABOD, Federico : *Storia dell'Idea d'Europa*. Laterza, Bari, 1962.
- CHARTIER, Roger: "Intellectual History or Sociocultural History? The French Trajectories", en LACAPRA y KAPLAN (eds.): *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*. Cornell University Press, Ithaca, 1982.
- CONTER, Claude.: *Jenseits der Nation –das vergessene Europa des 19. Jahrhunderts. Die Geschichte der Inszenierungen und Visionen Europas in Literatur, Geschichte und Politik*. Aisthesis, Bielefeld, 2004.
- CORM, Georges: *L'Europe et le mythe de l'Occident. La construction d'une histoire*. Éditions la Decouverte, París, 2009.
- CURCIO, Carlo : *Europa, storia di un'idea*. Vallecchi, Florencia, 1958.
- DELANTY, Gerard.: *Inventing Europe: idea, identity, reality*. Macmillan Press, Londres, 1995.
- DEPRÉ, Olivier : « Dialectique de l'idée et du lieu : l'Europe 'utopique' », en *Utopia and Utopianism*, nº 1, The University Books, Madrid, 2006.
- DÍEZ DEL CORRAL, Luis : *El rapto de Europa*. Alianza, Madrid, 1981.
- DUROSELLE, Jean-Baptiste: *L'idée d'Europe dans l'Histoire*. Les Éditions Denöel, París, 1965.
- EGGEL, Dominic: « The study of the idea of Europe : some methodological reflections ». *Working Paper* presentado en el "2nd International Training Seminar: Beyond Classical Key Concepts: applied conceptual Analysis" de Concepta, Madrid, diciembre 2008.
- Imagining Europe in the XVIIIth Century: the case of Herder*. Studies & Working Papers nº2, Graduate Institute of International Studies, Ginebra, 2006.
- ESTRABÓN: *Geografía*, Libros I-II. Gredos, Madrid, 1991.
- FEBVRE, Lucien : *L'Europe : genèse d'une civilisation. Cours professé au Collège de France en 1944-1945*. Perrin, París, 1999.
- FERES, João Jr.: *La historia del concepto "latin america" en los Estados Unidos de América*. Universidad de Cantabria, Santander, 2008.

- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, y FUENTES, Juan Francisco : “A la manera de introducción. Historia, lenguaje y política”, en *Ayer*, n° 53, 2004 (I).
- Diccionario político y social del siglo XIX español*. Alianza, Madrid, 2002.
- “Textos, conceptos y discursos políticos en perspectiva histórica”, en *Ayer*, n° 53, 2004 (I).
- FOERSTER, Rolf Helmut: *Europa. Geschichte einer politischen Idee*. Nymphenburger Verlagsbuchhandlung, Munich, 1967.
- FONTANA, Biancamaria: “The Napoleonic Empire and the Europe of Nations”, en *The Idea of Europe (From the Antiquity to the European Union)*. Ed. Anthony Pagden, Woodrow Wilson Center Press & Cambridge University Press, Cambridge 2002.
- FOUCAULT, Michel: *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI, Madrid, 1991.
- GADAMER, Hans-Georg : *L’héritage de l’Europe*. Rivages poche / Petite Bibliothèque, París, 2003.
- El giro hermenéutico*. Cátedra, Madrid, 2001.
- GARCÍA PICAZO, Paloma: *La idea de Europa : Historia, Cultura, Política*. Tecnos, Madrid, 2008.
- GOLLWITZER, Heinz: “Zur Wortgeschichte und Sinndeutung von ‘Europa’”, en *Saeculum*, n°2, Munich, 1951.
- Europabild und Europagedanke : Beiträge zur deutschen Geistesgeschichte des 18. und 19. Jahrhunderts*. Berck’sche Verlagsbuchhandlung, Munich, 1951.
- GONZAGUE, Reinolds De : *Qu’est-ce que c’est l’Europe ?* Librairie de l’Université Egloff, Friburgo, 1944.
- HAY, Denis: *Europe : the emergence of an idea*. Edimburg University Press, Edimburgo, 1968.
- HAZARD, Paul : *La crise de la conscience européenne (1680-1715)*. Fayard, Paris, 1961.
- HEFFERMAN, Michael: *The Meaning of Europe. Geography and Politics*. Arnold, Londres, 1998.
- HUSSERL, Edmund: *La crisis de la humanidad europea y la filosofía* (en *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental: una introducción a la filosofía fenomenológica*). Crítica, Barcelona, 1990.
- IFVERSEN, Jan: “It’s about Time: is Europe old or new?” en *Discursive constructions of identity in European politics*. Palgrave MacMillan, Basingstoke, 2007.
- “Europe and European Culture: A Conceptual Analysis”, en *European Societies*, vol. 4, n° 1, Oxford, 2002.

- JAOUCOURT, M. Chevalier de : «Europe», DIDEROT & D'ALAMBERT (eds.) : *L'Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* (impresión en fac-simil de la primera edición de 1751-1780). Friedrich Frommann Verlag, Stuttgart, 1967.
- JAUME, Lucien: “Questions d’interprétation: le texte comme producteur d’idéologie », en BÉCHILLON, Denys de (et al.) : *L’architecture du Droit. Mélanges en honneur de Michel Tropper*. Economica, París, 2006.
- “El pensamiento en acción: por otra historia de las ideas políticas”, en *Ayer*, n° 53, 2004 (I).
- KAEUBLE, Hartmut: *The European Way: European Societies during the nineteenth and twentieth centuries*. Berghahn books, Nueva York, 2004.
- KOSELLECK, Reinhardt : « Historia de los conceptos y conceptos de historia », en *Ayer*, n° 53, 2004 (I).
- Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Paidós, Barcelona, 2001.
- Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós, Barcelona, 1993.
- y GADAMER, Hans-Georg: *Historia y hermenéutica*. Paidós, Barcelona, 1997.
- LE GOFF, J.: *La vieille Europe et la notre*. Éditions du Seuil, París, 1994.
- LÜTZELER, P. M. : *Die Schriftsteller und Europa. Von der Romantik bis zur Gegenwart*. Nomos, Baden-Baden, 1998.
- MIKKELI, Heiki : *Europe as an Idea and an Identity*. McMillian Press, U.K., 1998.
- MORIN, Edgar : *Pensar Europa. La metamorfosis de un continente*. Gedisa, Barcelona, 2003.
- MOSCOVICI, Pierre: “L’Europe, la seule utopie politique”, en *Cités*, n°. 13, París, 2003.
- PAGDEN, Anthony: “Introduction” y “Europe: Conceptualizing a Continent”, en *The Idea of Europe (From the Antiquity to the European Union)*, Woodrow Wilson Center Press & Cambridge University Press, Cambridge, 2002.
- PALONEN, Kari: *Quentin Skinner. History, Politics, Rhetoric*. Polity Press, Cambridge, 2003.
- PALTI, Elías: “Koselleck y la idea de *Sattelzeit*. Un debate sobre modernidad y temporalidad”, en *Ayer*, n° 53, 2004 (I).
- PASSERINI, Luisa (ed.): *The Question of European Identity: A Cultural-Historical Approach*. EUI Working Papers, European University Institute, San Domenico de Fiesole, 1998.
- y NORDERA, Marina (eds.): *Images of Europe*. EUI Working Papers, European University Institute, Florencia, 2000.

- “The Last Identification: Why some of Us Would Like to Call Ourselves Europeans and What We Mean by This”, en STRATH, Bo (ed.): *Europe and the Other and Europe as the Other*. Peter Lang, Bruselas, 2000.
- PATOCKA, Jan: *Ensayos heréticos sobre la filosofía de la historia, seguido de Glosas*. Península, Barcelona, 1988.
- POCOCK, John Greville Agard: “Some Europes in Their History”, en *The Idea of Europe (From the Antiquity to the European Union)*, ed. Anthony Pagden, Woodrow Wilson Center Press & Cambridge University Press, Cambridge, 2002.
- “De state of the Art”, en *Virtue, Commerce and History*. Cambridge University Press, Cambridge, 1985.
- “Deconstructing Europe”, en *History of European Ideas*, vol. 18/3, 1994.
- Politics, Language and Time: Essays on Political Thought and History*. Methuen, Londres, 1972.
- POMIAN, Krzysztof: *L'Europe et ses nations*. Gallimard, París, 1990.
- RENOUVIN, Pierre : “L'idée de fédération européenne dans la pensée politique du XIXe siècle”. Clarendon Press, Oxford, 1949.
- RICHTER, Melvin: “Conceptualizing the Contestable. ‘Begriffsgeschichte’ and Political Concepts”, en *Die Interdisziplinarität der Begriffsgeschichte*. Archiv für Begriffsgeschichte Sonderheft, Hamburgo 2000.
- RICOEUR, Paul : *Tiempo y Narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Siglo Veintiuno Editores, México, 1995.
- RIVIALE, Philippe : *L'enigme du dix-neuvième siècle. Un jeu de patience*. L'Harmattan, París, 2002.
- ROBIN, Claire-Nicolle: “De la totalité au totalitarisme ou ‘l'idée’ de l'Europe », en GILLI, Marita (coord.): *L'idée d'Europe, vecteur des aspirations démocratiques : les idéaux républicains depuis 1848*. Actes du Colloque International, Université de Franche-Comté, 14-16 mai 1992. Annales littéraires de l'Université de Besançon, 1994.
- ROSANVALLON, Pierre: *Pour une Histoire conceptuelle du Politique*. Seuil, París, 2003.
- Le moment Guizot*. Gallimard, París, 1985.
- ROUGEMONT, Denis de: *28 siècles d'Europe : la conscience européenne à travers les textes d'Hésiode à nos jours*. Payot, París, 1961. (*Tres milenios de Europa. La conciencia europea al través de los textos. De Hesiodo a nuestro tiempo*, Revista de Occidente, Madrid 1963).
- SCHAUB, Jean-Frédéric: *L'Europe a-t-elle une histoire?* Albin Michel, París, 2008.

- SCHMIDT, H. D.: “The Establishment of ‘Europe’ as a Political Expression”, en *The Historical Journal*, IX, 2, Cambridge University Press, 1966.
- SEMPRÚN, Jorge, y VILLEPIN, Dominique de: *El hombre europeo*. Espasa Calpe, Madrid, 2006.
- SKINNER, Quentin: *Visions of Politics. (Volume I: Regarding Method)*. Cambridge University Press, Cambridge, 2002.
- SLOTERDIJK, Peter : *Si l'Europe s'éveille: réflexion sur le programme d'une puissance mondiale à la fin de l'ère de son absence politique*. Mille et une nuits, París, 2003.
- SOREL, *Le destin de l'Europe*. Payot, París, 1958.
- STEINER, George: *La idea de Europa*. Siruela, Madrid, 2005.
- STRATH, Bo: “Introduction: Europe as a discourse”, en *Europe and the Other and Europe as the Other*. Presses Interuniversitaires Européennes, Peter Lang, Bruselas, 2000.
- “A European Identity: To the Historical Limits of a Concept”, en *European Journal of Social Theory*, 5 (4), Londres, 2002.
- y MALMBORG, Mikael: “Introduction: The National Meanings of Europe”, in *The Meaning of Europe*. Berg, New York 2002.
- SWALES, Martin: *Friedrich Schiller: Drama, Thought and Politics*. Cambridge University Press, Cambridge, 2004.
- SWEDBERG, Richard: “Saint-Simon’s vision of a united Europe”, en *Archives Européennes de Sociologie*, n°35, 1994.
- TALMOR, Ezra: “Reflections on the rise and development of the idea of Europe”, en *History of European Ideas*, vol 1/1, 1980.
- TODD, Emmanuel: *L'invention de l'Europe*. Seuil, París, 2006.
- TULLY, James : « The Kantian Idea of Europe : Critical and Cosmopolitan Perspectives », en PAGDEN, Anthony (dir.) : *The Idea of Europe. From Antiquity to the European Union*. Woodrow Wilson Center Press & Cambridge University Press, Cambridge, 2002.
- VALÉRY, Paul: “La crise de l’esprit”, en *Variété I*, Gallimard, París, 1924.
- VON ESSEN, Gesa: « Plädoyer für die Posaune. Geschichte als Imaginationsraum nationaler Identifikation und internationaler Diversifikation », en *Unerledigte Geschichten. Der literarische Umgang mit Nationalität un Internationalität*, 2000.
- VOYANNE, Bernard : *Histoire de l'idée européenne*. Payot, París, 1964.
- WINTLE, Michael: « Renaissance maps and the construction of the idea of Europe », en *Journal of Historical Geography*, vol. 25/2, 1999.

WITTGENSTEIN, Ludwig: *Investigaciones filosóficas*. Crítica, Barcelona, 1988.

CAPÍTULO I: La Europa de Napoleón

Fuentes primarias:

- *Archives Parlementaires. 1^è série*. Paul Dupont, París, 1883.
- *Code Civil des Français* (ed. oficial). Imprimerie de la République, año XII (1804).
- *Gazette de France*.
- *Les Constitutions de la France depuis 1789*. GF-Flammarion, París, 1995.
- *Le Globe*, 1824-1830. Tomos 1-8. Ed. Facsímil: Slatkine, Ginebra, 1974-1978.
- *Le Moniteur Universel*. Imprimerie de H. Agasse, París, 1811-1871.
- *Revue Encyclopédique*. Baudoin Frères, París, 1819-1835.
- BENTHAM, Jeremy: “Plan de paz universal y perpetua”, en *Bentham. Antología* (ed. J. M. COLOMER). Península, Barcelona, 1991.
- BONAPARTE, Napoleón: *Oeuvres de Napoléon*. C.-L.-F. Panckoucke, París, 1821-1822.
- BONNIN, J. C. B : *De la Révolution Européenne*. A. Eymerie, Delaunay, Pellicier. París, 1815.
 - *Réfutation de l'Avenir, selon Lamennais et Chateaubriand*, Adolph Havard Libraire, París, 1834.
- CHATEAUBRIAND, François-René de: *Mémoires d'outre-tombe*. Livre de Poche/Classiques Garnier, 2003.
- CONDORCET, marqués de : *De l'influence de la révolution de l'Amérique sur l'Europe*. 1786, Reprod. : Micro Graphix, 1993.
- CZARTORYSKI, Adam : *Mémoires du Prince Adam Czartoryski et Correspondence avec l'empereur Alexandre Ier*. Plon, Nourrie et Cie., París, 1887.
- GENTZ, Friedrich von: *La paix perpetuelle, 1800*. Centre du Philosophie du Droit, París, 1997.
- GOETHE : *Mémoires de Goethe*. Librairie de L. Hachette et Cie., París, 1862.
- GUIBERT, Jacques : « Traité de la force publique », en *Écrits militaires, 1772-1790*. Éditions Nation Armée, París, 1977.

- HAUTERIVE, Conde de: *De l'État de la France à la fin de l'an VIII*. Paris, Henrics, brumario año IX (octubre de 1800) [documento electrónico].
- JAOUCOURT, M. Chevalier de : «Europe», DIDEROT & D'ALAMBERT (eds.) : *L'Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* (impresión en fac-simil de la primera edición de 1751-1780). Friedrich Frommann Verlag, Stuttgart, 1967.
- GONDON, J.J.B. : *Du Droit Public et du Droit des Gens, ou Principes d'association civile et politique ; suivis d'un projet de paix générale et perpétuelle*. Imprimerie de Brasseur Ainé, París, 1807.
- JOVELLANOS, Melchor de : *Obras Completas VII*, ed. de J. M. CASO. Centro de Estudios del Siglo XVIII, Oviedo, 1999.
- *Oraciones y Discursos*. Impr. Enrique Teodoro, Madrid, 1880.
- JULLIEN, Marc-Antoine: *Le Conservateur de l'Europe ou Considérations sur la situation actuelle de l'Europe, et sur les moyens d'y rétablir l'équilibre politique des différents états, et une paix générale solidement affermé.*, Éd. le Chevalier A. de Glendi, París, oct. 1815.
- *Esquisses sur l'Éducation comparée...* Colas-Fain, París, 1817.
- *République française. Réunion démocratique du 1^{er} arrondissement*. Impr. de Guiraudet et Jouaust, París, 1848.
- KANT, Immanuel: *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre filosofía de la historia*. Tecnos, Madrid, 1987.
- *La metafísica de las costumbres*. Tecnos, Madrid, 1994.
- *Hacia la Paz Perpetua*. Porrúa, México D. F., 1996.
- *Principios metafísicos de la doctrina del derecho*. Dirección General de Publicaciones, México, 1968.
- LAS CASES, Comte de: *Mémorial de Sainte-Hélène*. Gallimard, París, ed. de 1935, y Flammarion, París, ed. de 1951.
- MABLY: *Observations sur le gouvernement et les lois des États-Unis d'Amérique*. Jombert Jeune, París, 1784.
- MERCIER, Louis-Sébastien: *Les malheurs de la guerre et des avantages de la paix. Discours proposé par l'Académie Française en 1766*. Chez Louis Cellot, au Palais & rue Dauphine, París-La Haye, 1767.
- MONTESQUIEU: *Oeuvres complètes*. Gallimard, París, 1949-1951.
- *Réflexions sur la Monarchie universelle en Europe*. Librairie Droz, Ginebra, 2000.

- Œuvres de Montesquieu. L'Esprit des lois*. Dalibon, Paris, 1827.
- MORVILLIERS, N. Masson De, ROBERT, F.: *Encyclopédie méthodique, Dictionnaire Géographique*, Paris, Panckoucke, 1783-1788.
- RÉMUSAT, Charles de : *Mémoires de ma vie*, Plon, Paris, 1958.
- ROUSSEAU , Jean-Jacques : *Considérations sur le gouvernement de la Pologne et sur sa réformation projetée*. Université du Québec, Chicoutimi, 2002.
- SÑERIZ, Juan Francisco: *La Constitución europea, con cuy observancia se evitarán las guerras civiles, las nacionales y las revoluciones y con cuya sanción se consolidará una paz permanente en Europa*. Imprenta del Colegio de sordo-mudos, Madrid, 1939.
- STAËL, Germaine de : *Considérations sur la Révolution française*, Tallandier, Paris, 1983.
- THIERS, Auguste : *Histoire du Consulta et de l'Empire*, Paris, Paulin-Lhereux, 1845-1862.
- TRAGGIA, Joaquín: “Proyecto de paz en Europa”, en *Discursos Políticos*, 1791-1799 (manuscrito BRAH 9/5240).
- TUCÍDIDES: *Discurso fúnebre de Pericles*. Sequitur, Madrid, 2007.
- VATTEL, Émile De : *Le Droit des gens et les devoirs des citoyens, ou Principes de la loi naturelle appliqués à la conduite et aux affaires des nations et des souvenirs*. Nîmes, 1793.
- VOLTAIRE : *Œuvres de Voltaire. T. 19 : Le siècle du Louis XIV*. Firmin Didot Frères/ Werdet et Lequien fils, Paris, 1830.
- Dictionnaire Philosophique*. (en *Œuvres de Voltaire, T. 26-30, 32*). Firmin Didot Frères/ Werdet et Lequien fils, Paris, 1829.
- “La paz perpetua”, en *Filosofía de Voltaire*. Madrid, s/f.
- « Lettre du M. Voltaire au docteur Jean-Jacques pansophe » (1766), en *Œuvres complètes de Voltaire (Melanges V)*, Document electronic, 2005.

Fuentes secundarias:

- ABEBERRY MAGESCAS, Xabier : « Les ralliés et les convertis : élites et notables européens au service du Grand Empire. L'exemple de l'Espagne », en LENTZ, Thierry (coord) : *Napoléon et l'Europe*. Fayard, Paris, 2005.
- ALICE, Gérard: “Le grand homme et la conception de l'histoire au XIXè siècle », en *Romantisme*, n° 100, 1998.

- ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro: *Palabras e Ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*. Anejos del Boletín de la Real Academia Española, Madrid, 1992.
- ÁLVAREZ JUNCO, José: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Taurus, Madrid, 2001.
- ANNONI, Ada: *L'Europa nel pensiero italiano del Settecento*. Marzorati, Milán, 1959.
- ARIJA NAVARRO, María Asunción.: *La Ilustración Aragonesa: Joaquín Traggia (1748-1802)*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1987.
- AYMES, Jean René: *La Guerra de España contra la Revolución francesa (1793-1795)*. Instituto de Cultura “Juan Gil-Albert”, Alicante, 1991.
- BASABE, Nere : « De l'Empire à la Fédération : l'idée d'Europe du XVIII^{ème} au XIX^{ème} siècle. L'ambivalence des discours sur la 'paix perpétuelle' chez quelques auteurs espagnols », en *L'idée d'Europe au XVIII^e siècle. Actes du colloque international sur le dix-huitième siècle* de la International Society for Eighteenth-Century Studies (Génova 24-29 octubre 2005). París, Honoré Champion Éditeur, 2009.
- «Paix et publicité: du cosmopolitisme éclairé au tribunal international de l'opinion publique», en CHASSIN, Joëlle, FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier : *L'avènement de l'opinion publique. Europe et Amérique XVIII-XIX^e siècles*. L'Harmattan, Paris, 2004.
- “Joaquín Traggia y su ‘Proyecto de Pacificación en Europa’: las razones religiosas y la religión razonada del nuevo orden político”, en *Cuadernos Dieciochistas*, vol. 5, año 2004b.
- BÉHAR, Pierre: *Vestiges d'Empires. La décomposition de l'Europe centrale et balkanique*. Desjonquères, París, 1999.
- BEJAR, Helena: « Kant: Espacio político y publicidad », en *Sistema. Revista de ciencias sociales*, marzo 1984.
- BÉLISSA, Marc : *Fraternité Universelle et Intérêt National, 1713-1795. Les cosmopolitiques du droit des gens*. Kimé, París, 1998.
- Repenser l'ordre européen, 1795-1802 : de la société des rois aux droits des nations*. Kimé, París, 2006.
- BELY, Lucien : « Napoléon, juge de Louis XIV », en LENTZ, Thierry (coord.) : *Napoléon et l'Europe*. Fayard, París, 2005.

- BENOIST, Jocelyn: «Les masques de l'universel: du cosmopolitisme à l'empire », en *Revue des Sciences Humaines (Mémoire(s) de l'Europe)*, n° 231, 1993.
- BERTAUD, Jean-Paul: «L'armée au service de la politique extérieure de Napoléon », en LENTZ, Thierry (coord) : *L'Europe et Napoléon*. Fayard, Paris, 2005.
- FORREST, Alan, JOURDAN, Annie : *Napoléon, le monde et les Anglais. Guerre de mots et des images*. Éditions Autrement, Paris, 2004.
- BODINIER, Gilbert : « Officiers et soldats de l'armée impériale face à Napoléon », en *Napoléon, de l'histoire à la légende. Actes du colloque des 30 nov. et 1er déc., organise par le Musée de l'Armée*. In Forma, Maisonneuve & Larose, Paris, 2000.
- BOER, Pim den, BUGGE, Peter, y WOEVER, Ole: *The History of the Idea of Europe*. Ed. Kevin Wilson and Jan van der Dussen, Open University Press, Berkshire (U.K.), 1995.
- BOIS, Jean-Pierre: *L'Europe à l'époque moderne. Origines, utopies et réalités de l'idée d'Europe. XVI^e – XVIII^e siècle*. Armand Colin, Paris, 1999.
- «La rupture de l'équilibre européen par la Révolution française », en LENTZ, Thierry (coord.) : *Napoléon et l'Europe*. Fayard, Paris, 2005.
- BOUDON, Jacques-Olivier: « L'exportation du modèle français dans l'Allemagne napoléonienne : l'exemple de la Westphalie », en MARTIN, Jean-Clément (dir.) : *Napoléon et l'Europe. Colloque de la Roche-sur-Yon*. Presse Universitaire de Rennes, Rennes, 2002.
- « L'Europe en 1800 », en LENTZ, Thierry (coord.) : *Napoléon et l'Europe*. Fayard, Paris, 2005.
- BRÉKILIEN, Yann: *Histoire Européenne de l'Europe*. Librairie du Journal des Notaires et des Avocats, Paris, 1965
- Les mémoires d'Europe*. Éditions du Rocher, Paris, 1993.
- BRUGMANS, Henri: *L'Europe des Nations* («Recherches Européennes», tome III). Collection du Collège d'Europe, Bruges / Librairie Générale de Droit et Jurisprudence R. Pichon & R. Durand-Auzias, Paris, 1970.
- BRULEY, Yves : « Le personnel diplomatique napoléonien », en LENTZ, Thierry (coord.) : *Napoléon et l'Europe*. Fayard, Paris, 2005.
- CARATINI, Roger : *Napoléon, une imposture*. L'Archipel, Paris, 2002.
- CASANOVA, Antoine : *Napoléon et la pensée de son temps : une histoire intellectuelle singulière*. La Boutique de l'Histoire, Paris, 2000.

- CELLINA, Federico : *L'Europa di Napoleone e l'Europa. L'organizzazione e la concezione napoleonica dell'Europa alla luce dell'Europeismo*. Edizione Rassegna Europea, Trieste, 1961.
- CHARTIER, Roger : *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*. Seuil, Paris, 1987.
- CURCIO, Carlo : *Europa, storia di un'idea*. Vallecchi, Florencia, 1958.
- CUTLER, Fred: "Bentham and the Public Opinion Tribunal", en *Public Opinion Quarterly*, volúmen 63, nº3, 1999.
- DELON, Michel : *Dictionnaire européen des Lumières*. PUF, Paris, 1997.
- DEPROOST, P.-A.: « L'utopie, une culture du projet », en *Folia Electronica Classica*, nº2, 2001.
- DIZ, Alejandro: *Idea de Europa en la España del siglo XVIII*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2000.
- DRIAULT, Édouard: *Napoléon et l'Europe : la politique extérieure du premier consul, 1800-1803*. Alcan, París 1910.
- *Napoléon et l'Europe. La Politique extérieure de Napoléon 1^{er} d'après les travaux récents*. E. Leroux, París 1911.
- *Napoléon et l'Europe : le grand Empire*. Alcan, París 1924.
- *La Question d'Orient depuis ses origines jusqu'à nos jours*. Alcan, París, 1898.
- DROZ, Jacques: *Europa: Restauración y Revolución, 1815-1848*. Siglo Veintiuno editores, Madrid, 1988.
- *L'Allemagne et la Révolution Française*. PUF, París, 1949.
- DUFRAISSE, Roger, KERAUTRET, Michel : *La France napoléonienne. Aspects extérieurs*. Seuil, París, 1999.
- « Napoléon : pour ou contre l'Europe ? », en *Revue du Souvenir Napoléonien*, nº 402, julio-agosto 1995.
- DUNAN, Marcel : « Les points controversés de l'histoire de Napoléon » y « La véritable place de Napoléon dans l'histoire de l'Europe », en *Napoléon et l'Europe*. Commission Internationale pour l'enseignement de l'Histoire, Éditions Brepols, París/Bruselas, 1961.
- DUROSELLE, Jean Baptiste : *L'idée d'Europe dans l'Histoire*. Les Éditions Denoël, París, 1965.
- ELORZA, Antonio: *La Ideología liberal en la Ilustración española*. Tecnos, Madrid, 1970.

- ÉMIEUX, Annick: « Joaquín Traggia et la France Révolutionnaire », en *Revue Ibérique*, 1981, III.
- FERRONE, Vincenzo, ROCHE, Daniel: *Diccionario histórico de la Ilustración*. Alianza, Madrid, 1988.
- FINK, Gonthier Louis: «Cosmopolitisme», en ROCHE, Daniel (dir.): *Dictionnaire européen des Lumières*. PUF, Paris, 1997.
- FONTANA, Biancamaria : « The Napoleonic Empire and the Europe of Nations », en PAGDEN, Anthony (ed.): *The Idea of Europe. From the Antiquity to the European Union*. Woodrow Wilson Center Press & Cambridge University Press, Cambridge, 2002.
- FOERSTER, Rolf Helmut: *Europa. Geschichte einer politischen Idee*. Nymphenberger Verlagshandlung, Munich, 1967.
- FUGIER, André : « La révolution française et l'empire napoléonien », en RENOUVIN, Pierre (dir): *Histoire des relations internationales*, vol. 4. Hachette, Paris, 1954.
- GARCÍA MONERRIS, Carmen: “Las utopías civilizatorias del capitalismo pensado” en *Historia y Política*, n° 4, 2000.
- GODECHOT, Jacques: *L'Europe et l'Amérique à l'époque napoléonienne (1800-1815)*. PUF, Paris, 1967.
- GOLLWITZER, Heinz : «Zur Wortgeschichte und Sinndeutung von “Europa”», en *Saeculum*, n° 2, 1951.
- GRUNWALD, Constantin de : *Alexandre Ier, le tsar mystique*. Amito, Paris, 1955.
- HABERMAS, Jürgen: *Historia y crítica de la opinión pública*. G. Gili, Barcelona, 1996.
- HAZARD, Paul : *La crise de la conscience européenne (1680-1715)*. Fayard, Paris, 1961.
- HESSE, Jérôme: *Le Roman des Européennes*. Presse Universitaire de Nancy, Nancy, 1991.
- HIPPLER, Thomas : «La “paix perpétuelle” et l'Europe dans le discours des Lumières», en *European Review of History*, n° 9, 2002.
- JOURDAN, Annie : *Napoléon, héros, imperator et mécène*. Aubier, Paris, 1998.
- « Napoléon et la paix universelle. Utopie et réalité », en MARTIN, Jean-Clément (dir.): *Napoléon et l'Europe. Colloque de la Roche-sur-Yon*. Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2002.
- JOVER ZAMORA, Jose María: *España en la política internacional, siglos XVIII-XX*. Marcial Pons, Madrid, 1999.
- KERAUTRET, Michel, DUFRAISSE, Roger : *La France napoléonienne. Aspects extérieurs*. Seuil, Paris, 1999.

- « Les Allemagnes napoléoniennes », en LENTZ, Thierry (coord.) : *Napoléon et l'Europe*. Fayard, París, 2005.
- KOSSELLECK, Reinhardt : *La época de las revoluciones europeas (1780-1848)*. Siglo XXI, Madrid, 1994.
- *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós, Barcelona, 1993.
- LAURENS, Henri : « Napoléon, l'Europe et le monde arabe », en LENTZ, Thierry (coord.) : *Napoléon et l'Europe*. Fayard, París, 2005.
- LEFEBVRE, Georges : *Napoléon*. PUF, París, 1936 (reedición de 1969).
- LENTZ, Thierry : « Napoléon et Charlemagne », en *Napoléon et l'Europe*. Fayard, París, 2005.
- MALIROIS, Maximilien : « Napoléon, les Bonaparte et l'Europe », en *L'Esprit Européen*, n° 13, 2004-2005.
- MARZAGALLI, Silvia: « Napoléon, l'Europe et le blocus continental. Application et réaction à partir de l'étude de trois villes portuaires: Bordeaux, Hambourg et Livourne », en MARTIN, Jean-Clément (dir.) : *Napoléon et l'Europe. Colloque de la Roche-sur-Yon*. Presse Universitaire de Rennes, Rennes, 2002.
- « Le Blocus continental pouvait-il réussir ? », en LENTZ, Thierry (coord.) : *Napoléon et l'Europe*. Fayard, París, 2005.
- ELORZA, Antonio. *La Ideología liberal en la Ilustración española*. Madrid, Tecnos, 1970.
- MOLINER PRADA, Antonio: “La imagen de Francia y su ejército en Cataluña durante la guerra del francés (1808-1814)”, en AYMES, Jean René, y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (dirs.): *La imagen de Francia en España (1808-1850). Coloquio Internacional de la Université Paris III-Sorbonne Nouvelle (París 1-2 diciembre 1995)*. Presse de l'Université Paris III, París / Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1997.
- MONNIER, Raymonde: “La noción de ciudadano en Francia de la Ilustración a la Revolución: definiciones, normas y usos”, en *Historia Contemporánea*, n° 28, 2004.
- MUÑOZ DE BAENA SIMÓN, José Luis : « El fenómeno codificador », en VV. AA.: *Filosofía del Derecho. Las concepciones jurídicas a través de la historia*. UNED, Madrid, 1999.
- PANCERA, Carlo: “Marc-Antoine Jullien de Paris et son projet de confédération entre les gouvernements européens (1813-1818) », en GILLI, Marita (éd.): *Le Cheminement de l'idée européenne dans les idéologies de la paix et de la guerre. Actes du*

- colloque international organisé à l'Université de Besançon les 29, 30 et 31 mai 1990. Annales Littéraires de l'Université de Franche-Comté, Diffusion les Belles Lettres, Paris, 1991.*
- PAGDEN, Anthony: "Introduction" y "Europe: Conceptualizing a Continent", en *The Idea of Europe (From the Antiquity to the European Union)*, Woodrow Wilson Center Press & Cambridge University Press, Cambridge, 2002.
- *La Ilustración y sus enemigos (dos ensayos sobre los orígenes de la modernidad)*. Península, Barcelona, 2002.
- PETITTEAU, Natalie : « Débats historiographiques autour de la politique européenne de Napoléon », en MARTIN, Jean-Clément (dir.): *Napoléon et l'Europe. Colloque de la Roche-sur-Yon*. Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2002.
- « Napoléon et la paix : mythe et réalités », en LENTZ, Thierry (coord.) : *Napoléon et l'Europe*. Fayard, Paris, 2005.
- PETITFILS, Jean-Christian : « La politique d'équilibre européen à la fin de l'Ancien Régime », en LENTZ, Thierry (coord.) : *Napoléon et l'Europe*. Fayard, Paris, 2005.
- POCOCK, John Greville Agard: "Some Europes in Their History", en *The Idea of Europe (From the Antiquity to the European Union)*, ed. Anthony Pagden, Woodrow Wilson Center Press & Cambridge University Press, Cambridge, 2002
- PRÉVOST, Michel, y D'AMAT, Roman: *Dictionnaire Biographique Français*. Libraire Letouzey et Ane, Paris, 1954.
- PY, Gilbert : *L'idée d'Europe au siècle des Lumières*. Vuivert, Paris, 2004.
- RENOUVIN, Pierre : *L'idée de Fédération Européenne dans la Pensée Politique du XIXe siècle*. Oxford and the Clarendon Press, Oxford, 1949.
- *Histoire des Relations Internationales*. Hachette, Paris, 1954.
- REY, Marie-Pierre : « Le projet européen d'Alexandre Ier », en LENTZ, Thierry (coord.) : *Napoléon et l'Europe*. Fayard, Paris, 2005.
- ROLDÁN, Concha: "Los 'prolegómenos' del proyecto kantiano sobre la Paz perpetua", en ARAMAYO, Roberto R., MUGERZA, Javier, ROLDÁN, Concha (eds.): *La paz y el ideal cosmopolita de la Ilustración. A propósito del bicentenario de "Hacia la paz perpetua" de Kant*. Tecnos, Madrid, 1996.
- ROUGEMONT, Denis de : *Tres Milenios de Europa. La conciencia europea a través de los textos*. Revista de Occidente, Madrid, 1963.

- SÁNCHEZ AGESTA, Luis: “España y Europa en el pensamiento español del siglo XVIII”, en *Cuadernos de la Cátedra Feijoo*. Ayuntamiento de Gijón, Gijón, 1955.
- SANDERSON, Beck: “Peace plans of Rousseau, Bentham and Kant”. (<http://rousseaustudies.free.fr/ArticleBeck.htm>).
- SCHROEDER, Paul W.: *The Transformation of European Politics, 1763-1848*, Clarendon Press, Oxford, 1994.
- SLOTERDIJK, Peter : *Si l'Europe s'éveille*. Mille et une nuits, París, 2003.
- SOBOUL, Albert : *Le Premier Empire, 1804-1815*. PUF, París, 1973.
- SOREL, Albert-Émile : *L'Europe et la Révolution Française*. Plon, París, 1885-1911.
- SOREL, Jean-Albert : *Le Destin de l'Europe*. París, Payot, 1958.
- SWEDBERG, Richard: “Saint-Simon’s vision of a united Europe”, en *Archives Européennes de Sociologie*, nº35, 1994.
- SYROS, Vasileios: “For an eternal peace through the establishment of the liberty of commerce: the case of Jeremy Bentham’s Economic Pacifism”, en *The History of Political Concepts: a new perspective on european political cultures*, 14, 2000.
- TENENBAUM, Susan: “The Coppet Circle and Europe: Visions of despotism – Visions of Freedom”, en *Le Groupe de Coppet et L'Europe 1789-1830 (Actes du Cinquième Colloque de Coppet, 8-10 juillet 1993)*, dirs. Klooche & Balayé, Institut Benjamín Constant, Lausanne / Jean Touzot, Libraire-Éditeur, París, 1994
- TRUYOL, Antonio: “La Paz Perpetua de Kant en la Historia del Derecho de gentes”, en ARAMAYO, Roberto R., MUGERZA, Javier, ROLDÁN, Concha (eds.): *La paz y el ideal cosmopolita de la Ilustración. A propósito del bicentenario de “Hacia la paz perpetua” de Kant*. Tecnos, Madrid, 1996.
- TULARD, Jean : « Les politiques européennes de Napoléon », en LENTZ, Thierry (coord) : *Napoléon et l'Europe*. Fayard, París, 2005.
- *Le Grand Empire: 1804-1815*. Albin Michel, París, 1982.
- *Napoléon ou le mythe du sauveur*. Fayard, París, 1977.
- *L'Anti-Napoléon. La légende noir de l'empereur*. Julliard, París, 1965.
- TULLY, James : « The Kantian Idea of Europe : Critical and Cosmopolitan Perspectives », en PAGDEN, Anthony (dir.) : *The Idea of Europe. From Antiquity to the European Union*. Woodrow Wilson Center Press & Cambridge University Press, Cambridge, 2002.

- VELASCO MORENO, Eva: *La Real Academia de la Historia en el siglo XVIII. Una institución de sociabilidad*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2000.
- VERGA, Marcello: *Storie d'Europa: secoli XVIII-XX*. Carocci, Roma, 2004.
- VILLAYERDE, María José: "Europa y el sueño de la paz perpetua", en *Cuadernos de Alzate*, nº 26, 2002.
- WARESQUIEL, Emmanuel de : « Talleyrand, une vision européenne », en LENTZ, Thierry (coord.) : *Napoléon et l'Europe*. Fayard, París, 2005.
- WEINACHT, Paul-L.: « Les États de la Confédération du Rhin face au Code Napoléon », en MARTIN, Jean-Clément (dir.) : *Napoléon et l'Europe. Colloque de la Roche-sur-Yon*. Presse Universitaire de Rennes, Rennes, 2002.
- WOOLF, Stuart: *Napoleon's integration of Europe*. Routledge, Londres 1991.
- Napoléon et la conquête de l'Europe*. Flammarion, París, 1990.
- www.napoleon1er.org/forum
- ZACHARIE-TCHAKARIAN, Clémence : « Le Code civil, instrument de l'unification de l'Empire ? », en LENTZ, Thierry (coord.): *Napoléon et l'Europe*. Fayard, París, 2005.

CAPÍTULO II: La nueva Europa y la Europa restaurada

Fuentes primarias:

- Acte principal du Congrès de Vienne et traités additionnels*. Gerdès, París, 1847.
- Préambule à l'Acte additionnel aux Constitutions de l'Empire du 22 avril 1815* (http://www.elysee.fr/les_institutions/les_textes_fondateurs/les_textes_constitut_iionnels_anterieurs/1_acte_additionnel_aux_constitutions_du_22_avril_1815.76754.html)
- Le Censeur*. Mme. Marchant, París, 1815.
- Demostración de la lealtad española*. Imprenta Collado, Madrid, 1988
- Guerra de la Independencia: proclamas, bandos y combatientes* (ed. de DELGADO, Sabino). Editora Nacional, Madrid, 1979.

- Moniteur Universel*, 27 julio 1815.
- Le Dessein Européen. Archives du Quai d'Orsay*. Ministère d'Affaires étrangères, Imprimerie nationale Éditions, París, 1995.
- BURKE, Edmund: *Reflections on the Revolution in France*. Yale University Press, Yale, 2003.
- *Selected Works of Edmund Burke. Vol. 2: Reflections on the Revolution in France. & Vol. 3: Letters on a Regicide Peace*. Liberty Fund., Indianápolis, 1999.
- *The Works of the Right Honorable E. Burke*. Holdsworth and Ball, London, 1834.
- CAPMANY, Antonio de: *Centinela contra franceses* (ed. de Étienvre, Françoise, Tamesis Books, Londres, 1988).
- CONSTANT, Benjamín: *Écrits Politiques*. Gallimard, París, 1997.
- Journaux intimes*. Gallimard, París, 1952.
- CHATEAUBRIAND, François-René de: *Mémoires d'outre-tombe*. Livre de Poche/Classiques Garnier, 2003
- Le Génie du Christianisme*. Flammarion, París, 1991.
- Itinéraire de Paris à Jerusalem*. Le Grand livre du mois, París, 1998.
- EICHTHAL, Gustave d': *De l'Unité Européenne*, G. Eichthal, París, 1840.
- FRANCLIEU, Louis-Henri-Camille Pasquier, Cte. de: *Considérations critiques et politiques (sur les Réflexions politiques de M. de Chateaubriand; sur l'aperçu des États-Unis de M. Félix de Beaujour; sur un passage du voyage en Angleterre de M. de Lévis; et, une note intercalé sur le projet de Réorganisation de la Société d'Europe de MM. Saint-Simon & Thierry)*, Delaunay, París, 1815.
- JOUFFROY, Theodore Simon : *Mélanges Philosophiques*. Hachette, París, 1860.
- LAMENNAIS, Félicité de : *De la religion considérée dans ses rapports avec l'ordre politique et civil*. Bureau du Mémorial Catholique, París, 1825.
- MAISTRE, Joseph de : *Du Pape*. Libraire Droz, Ginebra, 1966.
- MUSSET, Alfred de : *La Confession d'un enfant du siècle*. Gallimard, París, 1973.
- NOVALIS, *La Cristiandad o Europa*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977
(“Introducción de POCH, Antonio).
- QUINET, Edgar: *Histoire d'un enfant (histoire de mes idées)*. Hachette, París, 1905.
- QUINTANA, Manuel José: “Manifiesto de la Nación española a la Europa”, en
DÉROZIER, Albert : *Manuel José Quintana y el nacimiento del liberalismo en España*. Turner, Madrid, 1978.

- SAINT-SIMON, Claude-Henrie de: *Œuvres*, Tomo I. Slatkine Reprints, Ginebra, 1977
(reimpresión de la edición de París de 1868-1878, de E. Dentu, Éditeur).
- STAËL, Germaine de: *Dix années d'exil*. Fayard, París, 1996.
- De la littérature*. Flammarion, París, 1991.
- Considérations sur la Révolution Française*. Tallandier, París, 1983 / Delaunay, París, 1818.
- De l'Allemagne*. Firmin Didot Frères, París, 1864.

Fuentes secundarias:

- ABOUCAYA, Laurent: “Essais d’instauration d’un ordre européen (fin XVème – début XIXème siècle)», en *Association Française des Historiens des idées politiques. VIII. État et Pouvoir. L’idée européenne (actes du colloque de Toulouse, 11-13 avril 1991)*. Presses Universitaires d’Aix-Marseille, 1992-
- BALAYÉ, Simone: “Madame de Staël et l’Europe napoléonienne”, en *Le Groupe de Coppet et L’Europe 1789-1830 (Actes du Cinquième Colloque de Coppet, 8-10 juillet 1993)*, dirs. Klooche & Balayé, Institut Benjamin Constant, Lausanne / Jean Touzot, Libraire-Éditeur, París, 1994.
- Madame de Staël et l’Europe*. Klincksieck, París, 1970.
- BALDENSBERGER, Fernand : *Le Mouvement des idées dans l’émigration française (1789-1815)*. Plon, París, 1925.
- “Romantique: ses analogues et ses équivalents. Tableau synoptique de 1650 à 1810”, en *Harvard Studies in Philology*, 1937.
- BEHLER : « La doctrine de Coppet d’une perfectibilité infinie et la Révolution française », en *Le Groupe de Coppet et la Révolution Française (Actes du Quatrième Colloque de Coppet, 20-23 juillet 1988)*, Dirs. Hofmann & Delacrétaz, Institut Benjamin Constant, Lausanne / Jean Touzot, Libraire-Éditeur, París, 1989.
- BÉNICHOU, Paul : “Chateaubriand et son siècle d’après René et le Génie du Christianisme”, en *Chateaubriand visionnaire*, dir. Jean-Paul Clément. Éditions de Fallois, París, 2001.
- Le temps des prophètes. Doctrines de l’âge romantique*. Éditions Gallimard, París, 1977.
- BENREKASSA, Georges : « Chateaubriand et le refus du politique : le moment de l’Essai sur les Révolutions », en *Romantisme (revue du XIXe siècle)*, n° 51/1, 1986.

- « L'anachronique et le circonstanciel : Constant et l'histoire dans *De l'esprit de conquête et de l'usurpation* », en *Le Groupe de Coppel et la Révolution Française (Actes du Quatrième Colloque de Coppel, 20-23 juillet 1988)*, Dirs. Hofmann & Delacrétaz, Institut Benjamín Constant, Lausanne / Jean Touzot, Libraire-Éditeur, Paris, 1989.
- BERGER, Guy: "Chateabriand et la mondialisation", en *Chateabriand visionnaire*, dir. Jean-Paul Clément, Éditions de Fallois, Paris, 2001
- BOER, Pim den, BUGGE, Peter, y WOEVER, Ole: *The History of the Idea of Europe*. Ed. Kevin Wilson and Jan van der Dussen, Open University Press, Berkshire (U.K.), 1995.
- BOIS, Jean-Pierre: *L'Europe à l'époque moderne. Origines, utopies et réalités de l'idée d'Europe. XVIè – XVIIIè siècle*. Armand Colin, Paris, 1999.
- BRÉKILIEN, Yann: *Histoire Européenne de l'Europe*, Librairie du Journal des Notaires et des Avocats, Paris, 1965
- BROERS, Michael : *Europe after Napoleon : Revolution, reaction and romanticism : 1814-1848*. Manchester University Press, Manchester / New York, 1996.
- BRUGMANS, Henri: *L'Europe des Nations ("Recherches Européennes", tome III)*, Collection du Collège d'Europe, Bruges / Librairie Générale de Droit et Jurisprudence R. Pichon & R. Durand-Auzias, Paris, 1970
- CARBONELL, Charles-Olivier: *L'Europe de Saint-Simon*. Éditions Privat, Toulouse, 2001.
- CLÉMENT, Jean-Paul: "Chateabriand et l'indépendance de la Grèce: la Note de 1825", en *Chateaubriand historien et voyageur. Colloque Paris 8-9 octobre 1998*, Société Chateaubriand, La Vallée-aux-Loups, 1999
- COOPER, Sandi E.: *Patriotic Pacifism. Waging war on war in Europe, 1815-1914*. Oxford University Press, New York, 1991.
- CHABANNES, Jacques: *L'Europe ou 3000 ans d'espoir* Éditions France-Empire, Paris, 1978.
- DESBAZEILLES, Michèle Madonna: *L'Europe, naissance d'une utopie? Genèse de l'idée d'Europe du XVIè au XIXè siècle*. L'Harmattan, Paris, 1996.
- DROZ, Jacques: *Europa: Restauración y Revolución, 1815-1848*. Siglo Veintiuno editores, Madrid, 1988.
- DUFRAISSE, Roger, KERAUTRET, Michel : *La France napoléonienne. Aspects extérieurs*. Seuil, Paris, 1999.

- DUROSELLE, Jean-Baptiste: *L'idée d'Europe dans l'Histoire*. Les Éditions Denöel, Paris, 1965.
- FINK, Beatrice: "L'Europe de Constant vue à travers *De l'esprit de conquête*", en *Le Groupe de Coppet et L'Europe 1789-1830 (Actes du Cinquième Colloque de Coppet, 8-10 juillet 1993)*, dirs. Kloocke & Balayé, Institut Benjamin Constant, Lausanne / Jean Touzot, Libraire-Éditeur, Paris, 1994
- FOERSTER, Rolf Helmut: *Europa. Geschichte einer politischen Idee*. Nymphenburger Verlagshandlung, Munich, 1967.
- FONTANA, Biancamaria: "The Napoleonic Empire and the Europe of Nations", en *The Idea of Europe (From the Antiquity to the European Union)*, Ed. Anthony Pagden, Woodrow Wilson Center Press & Cambridge University Press, Cambridge 2002
- GANZIN, Michel: "La pensée européenne de Saint-Simon: Réorganisation et prophétisme", en Association Française des Historiens des Idées Politiques : *VIII. État et pouvoir. Actes du Colloque de Toulouse (11-13 avril 1991)*. Presses Universitaires d'Aix-Marseille, Aix-en-Provence, 1992.
- GOLLWITZER, Heinz: "Zur Wortgeschichte und Sinndeutung von 'Europa'", en *Saeculum*, n°2, Munich, 1951.
- HARPAZ, Ephraïm: *Benjamin Constant publiciste: 1825-1830*. Champion-Slatkine, Paris-Ginebra, 1987.
- HAZARD, Paul : *La crise de la conscience européenne (1680-1715)*. Boivin, Paris, 1935.
- HERSANT, Yves, y DURAND-BOGAERT, Fabienne (eds.): *Europes (de l'Antiquité au Xxe siècle, anthologie critique et commentée)*, Éditions Robert Laffont, Paris, 2000
- HESSE, Jérôme : *Le Roman des Européennes*. Presse Universitaire de Nancy, 1991
- HIGONNET, Patrice: "Le fédéralisme américain et le fédéralisme de Benjamin Constant", en *Le Groupe de Coppet et la Révolution Française (Actes du Quatrième Colloque de Coppet, 20-23 juillet 1988)*, Dirs. Hofmann & Delacrétaz, Institut Benjamin Constant, Lausanne / Jean Touzot, Libraire-Éditeur, Paris, 1989
- HOOCK-DEMARLE, Marie-Claire : « Un lieu d'interculturalité franco-allemande : le réseau épistolaire de Coppet », en *Romantisme (revue du XIXe siècle)*, n° 73/3, 1999.
- JAUME, Lucien : *L'individu effacé ou le paradoxe du libéralisme français*. Fayard, Paris, 1997.
- JOHNSON, Paul : *The Birth of the Modern (World Society, 1815-1830)*. Harper Collins Publishers, New York, 1991.
- JOUVENEL, Henry de : « Le Comte de Saint-Simon et la réorganisation de la société européenne », en *La Revue de Paris*, 1925, 2^a parte, 3^o año.

- KERAUTRET, Michel : « Les Allemagnes napoléoniennes », en LENTZ, Thierry (coord.) : *Napoléon et l'Europe*. Fayard, Paris, 2005.
- KING, Norman : « Romantisme et Opposition », en *Romantisme (revue du XIXe siècle)*, n° 51/1, 1986.
- MANUEL, Frank E. y Fritzie P : *El pensamiento utópico en el mundo occidental, III*. Taurus, Madrid, 1981.
- MICHEL, Pierre : “Europe ou Barbarie, 1793-1848. Repères pour l’idée européenne”, en *Victor Hugo et l'Europe de la pensée (Colloque de Thionville-Vianden, 8-10 octobre 1993)*, Dir. F. Chenet-Faugeras, Ed. Livraire A.-G. Nizet, Paris, 1995
- MORTIER, Roland : “Les États Généraux de l’opinion européenne”, en *Le Groupe de Coppet et L'Europe 1789-1830 (Actes du Cinquième Colloque de Coppet, 8-10 juillet 1993)*, dirs. Kloocke & Balayé, Institut Benjamín Constant, Lausanne / Jean Touzot, Libraire-Éditeur, Paris, 1994
- PADGEN, Anthony : “Introduction” y “Europe: Conceptualizing a Continent”, en *The Idea of Europe (From the Antiquity to the European Union)*, Woodrow Wilson Center Press & Cambridge University Press, Cambridge, 2002
- PEYRE, Henri M.: *Qu'est-ce que le romantisme?* Puf, Paris, 1971.
- POLINGER, Elliot H. : « Saint-Simon, the Utopian Precursor of the League of Nations », en *Journal of the History of Ideas*, volumen IV, n° 4, octobre 1943.
- PUECH, J. L.: *La Tradition Socialiste en France et la Société des Nations*. Librairie Garnier Frères, Paris, 1948.
- « La Société des Nations et ses précurseurs socialistes. Le Comte C.-H. de Saint-Simon », en *Revue Bleue politique et littéraire*, LIX, 1921.
- RENOUVIN, Pierre: *Historia de las relaciones internacionales (siglos XIX y XX)*. Akal, Madrid, 1982.
- REY, Marie-Pierre : « Le projet européen d’Alexandre Ier », en LENTZ, Thierry (coord.) : *Napoléon et l'Europe*. Fayard, Paris, 2005.
- REYMOND, Françoise : “Un manifeste inédit de Benjamin Constant en faveur de l’Empereur en 1815”, en *Annales Benjamin Constant*, n°5, 1985.
- RICHTER, Melvin : “The Concept of Despotism and *l'abus de mots*” en *Contributions (to the History of Concepts)*, vol. 3, n° 1, 2007.
- ROE, C : “Les véritables origines du romantisme français”, en *Revue d'histoire littéraire de la France*, n° 36, 1929
- ROSANVALLON, Pierre : *Le moment Guizot*. Éditions Gallimard, Paris, 1985.

- ROUGEMONT, Denis de: *28 siècles d'Europe....* Payot, París, 1961.
- Tres milenios de Europa. La conciencia europea al través de los textos. De Hesiodo a nuestro tiempo*, Revista de Occidente, Madrid 1963
- “Préface” a *De l'esprit de Conquête* de Benjamin Constant, ed. Pierre-Marcel Favre, Lausanne, 1980
- SAINTE-LORETTE, Lucien de : *L'idée d'Union Fédérale européenne*. Librairie Armand Collin, París, 1955.
- SÁNCHEZ-MEJÍA, María Luisa: *Benjamin Constant y la construcción del liberalismo posrevolucionario*. Alianza, Madrid, 1992.
- «Desencanto político y nostalgia del paraíso en los orígenes del “mal du siècle”», en *Thélème: Revista complutense de estudios franceses*, nº 9, Madrid, 1996.
- SCHENK, H. G.: *The mind of the European Romantics*. Oxford University Press, Oxford, 1979.
- SÉDOUY, Jacques-Alan de: *Le Congrès de Vienne : l'Europe contre la France*. Perrin, Paris, 2003.
- SCHMIDT, H.D.: “The Establishment of "Europe" as a Political Expression”, en *Historical Journal*, nº 9, 1966.
- SCHROEDER, Paul W.: *The Transformation of European Politics, 1763-1848*. Clarendon Press, Oxford, 1994.
- con KRÜGER, Peter (eds.): “*The Transformation of European Politics, 1763-1848*”: *Episode or Model in Modern History?* Palgrave Macmillan, New York, y Lit. Verlag, Munich, 2002.
- SKED, Alan: *Europe's Balance of Power 1815-1848*. The MacMillan Press Ltd., Londres, 1979.
- SWEDBERG, Richard: “Saint-Simon's vision of a united Europe”, en *Archives Européennes de sociologie*, nº35, 1994.
- TENENBAUM, Susan: “The Coppet Circle and Europe: Visions of despotism – Visions of Freedom”, en *Le Groupe de Coppet et L'Europe 1789-1830 (Actes du Cinquième Colloque de Coppet, 8-10 juillet 1993)*, dirs. Kloocke & Balayé, Institut Benjamin Constant, Lausanne / Jean Touzot, Librairie-Éditeur, París, 1994
- VILLEPIN, Dominique de: *Les Cents-Jours ou l'esprit de sacrifice*. Perrin, París, 2001.
- VOYENNE, Bernard : *Histoire de l'idée européenne*. Payot, París, 1964.
- WALCH, Jean : *Les maîtres de l'Histoire : 1815-1850*. Éditions Slatkine, Ginebra-París, 1986.

- WARESQUIEL, Emmanuel de, YVERT, Benoît: *Histoire de la Restauration, 1814-1830*. Éditions Perrin, París, 1996.
- « Talleyrand, une vision européenne », en LENTZ, Thierry (coord.) : *Napoléon et L'Europe*. Fayard, París, 2005.
- WENGER, Jean de : *L'Europe, un destin voulu*. Hatier, París, 1977
- WINOCK, Michel : *Les voix de la liberté. Les écrivains engagés au XIXe siècle*. Seuil, París, 2001.
- WOOD, Anthony : *Europe 1815-1960*. Longman Group Ltd., Essex, 1984

CAPÍTULO III: La década de 1820

Fuentes primarias:

- Examen critique du cours d'histoire de M. Guizot*. París, 1828
- Journal des débats politiques et littéraires*, 1814-1944.
- Journal du Commerce*, 1819-1837.
- L'Aristarque Français, journal politique, historique et littéraire*, 1815-1827.
- La Quotidiennne, ou la feuille du jour*, 1815-1847.
- Le Constitutionnel : journal du commerce, politique et littéraire*, 1815-1914.
- Le Courrier Français*, 1819-1851.
- Le Charivari*, 1832-1937.
- Le Drapeau Blanc*, 1819-1827.
- Le Globe*, 1824-1830. Tomos 1-8. Ed. Facsímil: Slatkine, Ginebra, 1974-1978.
- Le Moniteur Universel*, 1811-1901.
- Le Pilote*, 1821-1826.
- CONSTANT, Benjamin : *Écrits politiques*. Gallimard, París, 1997.
- CHATEAUBRIAND, François-René, comte de : *Itinéraire de Paris à Jerusalem*, 1806, y reedición de 1826. Impr. de Bèthume et Plon, París, 1839.
- Note sur la Grèce*. Le Normant Père, Libraire, París, 1825.
- Mémoires d'outre-tombe*. Livre de Poche/Classiques Garnier, 2003

- CZARTORYSKI, Adam : *Essai sur la diplomatie, manuscrit d'un philhellène*. F. Didot, París, 1830.
- FLAYOL, V. Alphonse : *La Grèce et l'Europe. À M. Lacretelle, éloquent défenseur des Hellènes*. Achille Désauges, Librairie, París, 1827.
- GUIZOT, Francois : *La France et la Prusse responsables devant l'Europe* (Extrait de la *Revue des deux Mondes*, Livraison du 15 septembre). Imprimerie de J. Claye, 7, rue Saint-Benoît, París, 1868.
- Cours d'Histoire Moderne. Histoire générale de la civilisation en Europe (depuis la chute de l'Empire romain jusqu'à la Révolution Française)*. Pichon et Didier Éditeurs, París, 1828.
- JOUFFROY, Théodore : *Mélanges philosophiques*. Paulin, París, 1833.
- Le cahier vert. Comment les dogmes finissent. Lettres inédites*. Les Presses Françaises, París, 1924.
- HUGO, Victor : *Les Orientales*. M. Didier, París, 1952.
- OLIVIER, Juste : *Paris 1830, Journal*. Mercure de France, París, 1951.
- RÉMUSAT, Charles de : *Mémoires de ma vie*. Plon, París, 1958.
- RENOUVIER, Charles : « De la nécessité de construire en Europe un sentiment européen », en *Critique philosophique*, París, 1872.
- « Uchronie, tableau historique apocryphe des révolutions de l'empire romain et de la formation d'une fédération européenne », en *Critique Philosophique*, París, 1876.
- SAINT-SIMON, Claude-Henri & THIERRY, Auguste : *De la Réorganisation de la Société Européenne ou de la nécessité et des moyens de rassembler les peuples de l'Europe en un seul corps politique en conservant à chacun son indépendance nationale* (1814), en *Oeuvres, Tome I*, Slatkine Reprints (reimpresión de la edición de "E. Dentu, Éditeur", París 1868-1878), Ginebra 1977.
- SALAVILLE, Jean-Baptiste : *De la perfectibilité*. Déterville, París, 1801.
- STAËL, Germaine de : *Considérations sur la Révolution française*. Tallandier, París, 1983.
- Corinne, ou l'Italie*. Charpentier, París, 1841.
- De l'Allemagne*. F. A. Brockhaus, París, 1823.
- SURIS Y BASTER, M.: *La paz en el siglo XIX, o teoría sobre la constitución del poder político y rehabilitación del poder moral en Europa*, Madrid, 1851.
- THIERS, Auguste : *Histoire de la Révolution* (2 vols.). Imp. E. Capimonte et V. Renault, París, 1886.

Fuentes secundarias:

—*L'Europe des images. Les révolutions de 1848*. Catálogo de la Exposición organizada por la Assemblée nationale de Paris, Museo Nazionale del Risorgimento de Turín, Musée national Suisse de Prangins y Germanisches Nationalmuseum de Nuremberg, 1998.

—*Le Philhellénisme dans la vie quotidienne en France, 1824-1830*. Institut Français d'Athènes, 24 noviembre 1982.

ANELLI, Boris: “Benjamín Constant et la guerre pour l'indépendance de la Grèce (1821-1830)”, en *Benjamín Constant en l'an 2000: nouveaux regards (Actes du Colloque 7-8 mai 1999)*, *Annales Benjamin Constant*, n° 23/24. Institut B. Constant, Lausanne, 2000.

ARON, Raymond: *Lecciones sobre la Historia. Cursos del Collège de France*. Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

AUGUSTINOS, Olga: *French Odysseys. Greece in French Travel Literature from the Renaissance to the Romantic era*. The John Hopkins University Press, Baltimore & London, 1994.

AVLAMI, Chryssanthi: “Libertà liberale contro libertà antica. Francia e Inghilterra, 1752-1856”, en SETTIS, Salvatore (dir.): *I Greci. Storia, Cultura, Arte, Società. 3. I Greci oltre la Grecia*. Giulio Einaudi editore, Turín, 2001.

BASABE, Nere: “La opinión pública europea frente a la guerra de independencia griega. El caso del filohelenismo francés”, en CANTOS CASANAVE, Marieta (coord.): *Redes y espacios de opinión pública, 1750-1850*, (actas del XII Encuentro *De la Ilustración al Romanticismo*, 2004). Universidad de Cádiz, 2006.

BENETON, Philippe : *Histoire de mots : culture et civilisation*. Presses de la Fondation nationale de sciences politiques, París, 1975.

BÉNICHOU, Paul : *Le Temps de prophètes. Doctrines de l'âge romantique*. Gallimard, 1977.

BOER, Pim den, BUGGE, Peter, y WOEVER, Ole: *The History of the Idea of Europe*. Ed. Kevin Wilson and Jan van der Dussen, Open University Press, Berkshire (U.K.), 1995.

—“Civilization: comparing Concepts and Identities”, en *Contributions to the history of Concepts*, vol.1, n°1, marzo 2005.

- BRÈKILIEN, Yann: *Histoire Européenne de l'Europe*. Librairie du Journal des Notaires et des Avocats, Paris, 1965
- BREWER, David: *The Flame of Freedom: The Greek War of Independence 1821-1833*. John Murray Publishers Ltd., London 2001
- BRUGUIÈRE, Marie-Bernardette: "Qu'est-ce que la Grèce, vue de France au XIX^e siècle?", en *Méditerranées (Revue de l'association "Méditerranées" de l'Université de Paris X-Nanterre)*, n°-21. L'Harmattan, Paris, 1999
- BURY, John Bagnell: *The Idea of Progress. An Inquiry into its Origin and Growth*. Echo Library, Londres, 2006.
- CANAT, René : *L'Hellénisme des romantiques. La Grèce retrouvée*. Marcel Didier, Paris, 1951.
- CHABBANNES, Jacques: *L'Europe ou 3000 ans d'espoir*. Éditions France-Empire, Paris, 1978
- CLEMENT, Jean-Paul: "Chateaubriand et l'indépendance de la Grèce: la Note de 1825", en *Chateaubriand historien et voyageur. Colloque Paris 8-9 octobre 1998*. Société Chateaubriand, La Vallée-aux-Loups, 1999
- CORBIN, Alain, GUÉGAN, Stéphane, MICHAUD, Stéphane (& comp.) : *L'invention du XIX^e siècle (1) : Le XIX^e siècle par lui-même : littérature, histoire, société*. Klincksieck y Presses de la Sorbonne nouvelle, Paris, 1999.
- CONSTANTINE, David, *Los primeros viajeros a Grecia y el ideal belénico*. Fondo de Cultura Económico, México 1989.
- CRUZ, Manuel: "Narrativismo", en MATE, Reyes (ed.): *Filosofía de la Historia*. Trotta, Madrid 1993.
- DEPRÉ, Olivier: "Dialectique de l'idée et du lieu: l'Europe utopique", en la revista *Utopia, Utopianism*, n°1. The University Book, Madrid, 2006.
- DÍEZ DEL CORRAL, Luis: *La función del mito clásico en la literatura contemporánea*. Gredos, Madrid 1974.
- La desmitificación de la Antigüedad clásica por los pensadores liberales, con especial referencia a Tocqueville*. Cuadernos de la Fundación Pastor n° 16, Madrid 1969.
- DIMAKIS, Jean: *La Presse Française face à la chute de Missolonghi et à la Bataille Navale de Navarin*. Institute for Balkan Studies, Thessalonika, 1976.
- La Guerre de l'indépendance grecque vue par la presse française (1821-1824). Contribution à l'étude de l'opinion publique et du mouvement philhellénique en France*. Institute for Balkan Studies, Thessalonika, 1968.

- DIMOPOULOS, Aristide G. : *L'opinion publique français et la révolution grecque (1821-1827)*. Publications du Centre Européen Universitaire de Nancy, Université de Nancy, 1962.
- DROZ, Jacques: *Europa: Restauración y Revolución, 1815-1848*. Siglo Veintiuno editores, Madrid, 1988.
- DUROSELLE, Jean-Baptiste: *L'idée d'Europe dans l'Histoire*. Les Éditions Denöel, Paris, 1965.
- ESCUDIER, Alexandre: "La conscience historique déchirée des Modernes : perfectibilité (B. Constant) ; éducation esthétique (F. Schiller) ; théodicée (F. Schlegel) », en BERLINGER, Marianne y HOFMANN, Anne : *Annales Benjamin Constant, n° 31-32. Le Groupe de Coppet et l'Histoire. Actes du VIIIe Colloque de Coppet (5-8 juillet 2006)*. Institut Benjamin Constant, Lausanne, y Éditions Slatkine, Ginebra, 2007.
- *Le récit historique comme problème théorique en France et en Allemagne au XIXe siècle*. Lille, Presses universitaires du Septentrion, 2001.
- FEBVRE, Lucien : *L'Europe. Genèse d'une civilisation. (Cours professé au Collège de France, 1944-1945)*. Librairie Académique Perrin, Paris, 1999.
- « Civilisation : évolution d'un mot et d'un groupe d'idées », en *Civilisation, le mot et l'idée*. La renaissance du livre, Paris, 1930.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y CHASSIN, Joëlle (eds.): *L'avènement de l'opinion publique. Europe et Amérique XVIII-XIX*. L'Harmattan, Paris 2004.
- GEANAKOPOLOS, Deno J.: "The Diaspora Greeks: the Genesis of Modern Greek National Consciousness", en VV. AA., *Hellenism and the Greek war of liberation, (1821-1830): Continuity and Change*. ed. Diamandouros, Thessalonika, 1976.
- GOBLOT, Jean-Jacques : *La Jeune France libérale. Le Globe et son groupe littéraire, 1824-1830*. Plon, Paris, 1995.
- Le Globe, 1824-1830. Documents pour servir à l'histoire de la press littéraire*. Honoré Champion Éditeur, Paris, 1993.
- GOLLWITZER, Heinz: "Zur Wortgeschichte und Sinndeutung von 'Europa'", en *Saeculum*, n° 2, Munich, 1951.
- GOURGOURIS, Stathis: *Dream Nation: Enlightenment, Colonization, and the Institution of Modern Greece*. Standford University Press, Standford, 1996.
- HARPAZ, Ephraïm: *Benjamin Constant, Publiciste. 1825-1830*. Champion-Slatkine, Paris-Ginebra, 1987.

- HARTOG, François: *Régimes d'historicité. Présentisme et expérience du temps*. Le Seuil, París, 2003.
- Y REVEL, J. (eds.): *Les usages politiques du passé*. Éditions de l'EHESS, París, 2001.
- HEYER, Friedrich : « Das philhellenische Argument : Europa verdankt den Griechen seine Kultur, also ist jetzt Solidarität mit den Griechen Dankesschuld », en KONSTANTINOV, Evangelos (coord.): *Die Rezeption der Antike und Der Europäische Philhellenismus*. Peter Lang, Frankfurt, 1998.
- HOBBSBAWN, E., y RANGER, T.: *The Invention of Tradition*. Cambridge University Press, Cambridge 1993.
- JACOB, Margaret C.: “The Mental Landscape of the Public Sphere: A European Perspective”, *Eighteenth-Century Studies*, vol. 28, nº 1, otoño 1994.
- JAUME, Lucien: “El pensamiento en acción: por otra historia de las ideas políticas”, en *Ayer*, nº 53, 2004 (I).
- L'individu effacé ou le paradoxe du libéralisme français*. Fayard, París, 1997.
- JOHNSON, Paul: *The Birth of the Modern (world society 1815-1830)*. Harper Collins Publishers, Nueva York, 1991.
- KOLIOPOULOS, John S. y VEREMIS, Thanos M.: *Greece. The Modern Sequel. From 1831 to the Present*. C. Hurst & Co. Ltd., Londres, 2002.
- KOSELLECK : *Futuro pasado . Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós, Barcelona, 1993.
- LAURENT, Franck: “La civilisation: le discours impossible”, en *Victor Hugo et l'Europe de la pensée (Colloque de Thionville-Vianden, 8-10 oct. 1993)*, Dir. F. Chenet-Faugerat. Ed. Livraire A.-G. Nizet, París, 1995.
- LÉTOURNEAU, J. y JEWSIEWICKI, B. (eds.): *L'histoire en partage. Usages et mises en discours du passé*. L'Harmattan, París, 1996.
- LIAKOS, Antonis: « The Canon of European Identity : Transmission and Decomposition », en PASSERINI, Luisa (ed.) : *The Question of European Identity: A Cultural Historical Approach*. EUI Working Papers, European University Institute, Fiesole, 1998.
- MICHEL, Pierre: “Europe ou Barbarie, 1793-1848. Repères pour l'idée européenne”, en *Victor Hugo et l'Europe de la pensée (Colloque de Thionville-Vianden, 8-10 octobre 1993)*, Dir. F. Chenet-Faugeras. Ed. Livraire A.-G. Nizet, París, 1995.
- MORIN, Edgar : *Penser l'Europe*. Gallimard, París, 1990.

- NEMO, Philippe: "Athènes, Rome, Jérusalem: trois composantes de l'identité européenne », en *The European Union & Nation State*. École de Commerce, Paris, 1997.
- NISBERT, Robert : *Historia de la Idea de Progreso*. Gedisa, Barcelona, 1981.
- NORA, Pierre (coord.): *Les lieux de mémoire*. Gallimard, Paris 1997.
- OHNO, Eijiro: "Benjamin Constant et l'immobilité de la Chine », en BERLINGER, Marianne y HOFMANN, Anne : *Annales Benjamin Constant, n° 31-32. Le Groupe de Coppet et l'Histoire. Actes du VIIIe Colloque de Coppet (5-8 juillet 2006)*. Institut Benjamin Constant, Lausanne, y Éditions Slatkine, Ginebra, 2007.
- PAGDEN, Anthony : « Europe : Conceptualizing a Continent », en *The Idea of Europe (From Antiquity to the European Union)*. Woodrow Wilson Center Press and Cambridge University Press, Cambridge, 2002.
- POCOCK, J. G. A. : « Some Europes in Their History », en PAGDEN, Anthony (ed) : *The Idea of Europe (From Antiquity to the European Union)*. Woodrow Wilson Center Press and Cambridge University Press, Cambridge, 2002.
- *Barbarism and Religion*. Cambridge University Press, Cambridge, 1999.
- POZZI, Regina: "Les Idéologues et la fondation scientifique de l'histoire. Daunou et le *Cours d'études historiques* », en BERLINGER, Marianne y HOFMANN, Anne : *Annales Benjamin Constant, n° 31-32. Le Groupe de Coppet et l'Histoire. Actes du VIIIe Colloque de Coppet (5-8 juillet 2006)*. Institut Benjamin Constant, Lausanne, y Éditions Slatkine, Ginebra, 2007.
- PRINCIPATO, Aurelio : « Antiquité et Révolution française : les lectures comparées de Madame de Staël et de Chateaubriand », en BERLINGER, Marianne y HOFMANN, Anne : *Annales Benjamin Constant, n° 31-32. Le Groupe de Coppet et l'Histoire. Actes du VIIIe Colloque de Coppet (5-8 juillet 2006)*. Institut Benjamin Constant, Lausanne, y Éditions Slatkine, Ginebra, 2007.
- QUACK-EUSTATHIADES, Regine : *Der Deutsche Philhellenismus während des griechischen Freiheits Kampfes*. R. Oldenbourg Verlag, Munich, 1984.
- RENOUVIN, Pierre: "L'idée d'États-Unis d'Europe pendant la crise de 1848", en *Actes du Congrès Historique du Centenaire de la Révolution de 1848*. PUF, Paris, 1949.
- RICOEUR, Paul: *Tiempo y Narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Siglo Veintiuno Editores, México, 1995.
- ROSANVALLON, Pierre : *Le moment Guizot*. Gallimard, Paris, 1985.
- ROUGEMONT, Denis de: *28 siècles d'Europe*. Payot, Paris, 1961.

- SÁNCHEZ-MEJÍA, María Luisa (editora y estudio preliminar de): CABANIS y DESTUTT DE TRACY: *Textos políticos de los Ideólogos*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2004.
- Benjamin Constant y la construcción del liberalismo posrevolucionario*. Alianza, Madrid, 1992.
- SCHAUB, Jean-Frédéric : *L'Europe a-t-elle une histoire ?* Albin Michel, París, 2008.
- SIRINELLI, Jean-François (dir.) : *Dictionnaire de L'Histoire de France*. Larousse, Madrid, 2006.
- SOREL, Jean Albert : *Le destin de l'Europe*. Payot, París, 1958.
- SPADAFORA, David : *The Idea of Progress in Eighteenth Century Britain*. Yale University Press, New Haven, 1990.
- STAROBINSKI, Jean : « Le mot civilisation », en la revista *Le Temps de la réflexion*. 1983.
- STRATH, Bo: “A European Identity: To the Historical Limits of a Concept”, en *European Journal of Social Theory*, 5 (4), London 2002.
- TABAKI-IONA, Fridériki: *Poésie Phyllhellénique et périodiques de la Restauration*. Société des Archives helléniques, littéraires de Historiques, Atenas, 1993.
- TALMON, Jacob L: *Mesianismo político. La etapa romántica*. Aguilar, México DF, 1960.
- TENENBAUM, Susan: “The Coppet Circle and Europe: Visions of despotism – Visions of Freedom”, en *Le Groupe de Coppet et L'Europe 1789-1830 (Actes du Cinquième Colloque de Coppet, 8-10 juillet 1993)*, dirs. Kloocke & Balayé, Institut Benjamín Constant, Lausanne / Jean Touzot, Libraire-Éditeur, París, 1994.
- TRAHARD, Pierre : *Le Romantisme, défini par « le Globe »*. Les Presses Françaises, París, s/f.
- TRAVERS, Emeric: “Le statut de l'exemple historique dans la pensée politique de Constant » en BERLINGER, Marianne y HOFMANN, Anne : *Annales Benjamin Constant, n° 31-32. Le Groupe de Coppet et l'Histoire. Actes du VIIIe Colloque de Coppet (5-8 juillet 2006)*. Institut Benjamin Constant, Lausanne, y Éditions Slatkine, Ginebra, 2007.
- TRIBOUILLARD, Stéphanie: “Les Considérations sur la Révolution française et l'historiographie libérale de la Révolution du premier XIXe siècle », en BERLINGER, Marianne y HOFMANN, Anne : *Annales Benjamin Constant, n° 31-32. Le Groupe de Coppet et l'Histoire. Actes du VIIIe Colloque de Coppet (5-8 juillet 2006)*. Institut Benjamin Constant, Lausanne, y Éditions Slatkine, Ginebra, 2007.
- TRIOMPHE, Pierre : *L'Europe de François Guizot*. Éditions Privat, Toulouse, 2002.

- « Un Panthéon, deux mémoires ? Les personnages historiques dans le discours des députés de la Restauration », en la Revista *Histoire, Économie et Société* (2000) 2.
- TSOUKALAS, Constantine: “The Irony of Symbolic Reciprocities –The Greek Meaning of ‘Europe’ as a Historical Inversion of the European Meaning of ‘Greece’”, en MALMBORG, Mikael af, y STRATH, Bo (eds.): *The Meanings of Europe*. Berg, New York 2002.
- TURLOT, Fernand : *Le personnalisme critique de Charles Renouvier. Une philosophie française*. Presses Universitaires de Strasbourg, Estrasburgo, 2003.
- VERGA, Marcello: *Storie d'Europa. Secoli XVIII-XXI*. Carocci, Roma, 2004.
- WALCH, Jean: *Les maîtres de l'Histoire: 1815-1850 (Augustin Thierry, Mignet, Guizot, Thiers, Michelet, Edgar Quinet)*. Slatkine, Ginebra-París, 1986.
- WARESQUIEL, Emmanuel de, et YVERT, Benoît : *Histoire de la Restauration, 1814-1830*. Éditions Perrin, París, 2002.
- WINOCK, Michel: *Les voix de la liberté. Les écrivains engagés au XIX^e siècle*. Éditions du Seuil, París, 2001.
- ZANONE, Damien : « Le tourment de l'histoire contemporaine sous la Restauration : les historiens, les mémorialistes et Benjamin Constant », en BERLINGER, Marianne y HOFMANN, Anne : *Annales Benjamin Constant, n° 31-32. Le Groupe de Coppet et l'Histoire. Actes du VIII^e Colloque de Coppet (5-8 juillet 2006)*. Institut Benjamin Constant, Lausanne, y Éditions Slatkine, Ginebra, 2007.
- ZÉKIAN, Stéphane : « La pratique des idées : perfectibilité et progrès chez Cabanis », en BERLINGER, Marianne y HOFMANN, Anne : *Annales Benjamin Constant, n° 31-32. Le Groupe de Coppet et l'Histoire. Actes du VIII^e Colloque de Coppet (5-8 juillet 2006)*. Institut Benjamin Constant, Lausanne, y Éditions Slatkine, Ginebra, 2007.
- « Le discours du progrès dans l'*Histoire de la civilisation en Europe* de Guizot : l'historien rattrapé par son sujet », en *Revue Française d'Histoire des Idées Politiques*, n° 23, 1^{er} semestre 2006.

CAPÍTULO IV: Politización de la idea de Europa

Fuentes primarias:

- De la Fédération Européenne*. Prévot Libraire, París, 1840.
- El Censor, periódico político y literario*: « De los odios nacionales y políticos », tomo XII, n° 68, sábado 17 de noviembre 1821.
- El Eco del Comercio*, 15 de marzo 1848.
- Gaceta de Madrid*, 15 de junio 1839.
- Le Globe*, 1830-1832.
- Parole du Père à la Cour d'assises*, 8 de abril de 1833. París, 1833.
- Revue du Progrès Social, Recueil Mensuel, Politique Philosophique et Littéraire*, n° 1 y junio 1834.
- BAZAN, Pierre (de la Manche): *D'une paix universelle et permanente*. Imprimerie de Pierre Baudoin, París, 1842.
- BÉRANGER, Charles : *Religion saint-simonienne Le Peuple français*. Éverat Imprimeur, París 1832.
- BERRYER, Pierre Nicolas : *Allocution d'un viril ami de la liberté à la Jeune France. Suivie d'une Notice sur la vie politique de l'auteur, et des premiers écrits sur les journées de Juillet 1830*. Pélicier et Chatet, Libraires, París, 1830.
- BONNIN, J. C. B.: *Réfutation de l'Avenir, selon Lamennais et Chateaubriand*. Adolphe Havard, Libraire, París, 1834.
- BOUVET, Francisque : *Du rôle de la France dans la question d'Orient : Congrès universel et perpétuel à Constantinople*. Impr. de A. Arène, Nantua, 1840.
- BUCHEZ, P. J. B : *L'Européenne / L'Européen. Journal des sciences morales et économiques*. París, 1831-1832.
- CARNÉ, Louis de : «De la démocratie aux États-Unis et de la bourgeoisie en France », en *Des intérêts nouveaux en Europe depuis la Révolution de 1830*. F. Bonnaire, Paris, 1838.
- CARWILL, W. M. : *Examen de l'origine, de progrès et de la tendance de la confédération commerciale et politique contre l'Angleterre et la France, nommée La Ligue Prussienne*. Librairie du P. Dufart, París, 1840.
- CHATEAUBRIAND, René : *Mémoires d'outre-tombe*. Garnier, París, 1989.

—*Essai sur les révolutions*. V. Giard & E. Brière, Paris, 1908

CHEVALIER, Michel : *Religion Saint-Simonienne. Politique Européenne*. Éverat Imprimeur, Paris, 1832

—*Religion Saint-Simonienne. Nécessité des formules politiques. Les nôtres*. Éverat Imprimeur, Paris, 1832

COMTE, Auguste : “Considérations sur le pouvoir spirituel” en *Le Producteur*, II, 1826.

CONSIDÉRANT, Victor : *De la politique nouvelle convenant aux intérêts actuels de la société ; et de ses conditions de développement par la publicité*. Paul Rénouard, Paris, 1843.

—*De la Politique générale et du rôle de la France en Europe, (suivi d’une appréciation de la marche du gouvernement depuis Juillet 1830)*. Bureau de la Phalange, et chez Perrotin, Libraire, Paris, 1840.

D’EIGHTHAL, Gustave : *De l’unité européenne*. Truchy, Paris, 1840.

DURAND, Capitaine Ferdinand : *Des Tendances Pacifiques de la Société européenne et du rôle des armées dans l’avenir*. Raymond Bocquet, Libraire Éditeur, Paris, 1841.

ENFANTIN, Barthélémy Prosper : *Le Producteur*, t. II, 1826.

GERMAIN, Alexandre-Charles : *De l’influence de la France sur la Civilisation Européenne. (Discours prononcé le 8 janvier 1839 à la Faculté des Lettres de Montpellier pour l’Ouverture du Cours d’histoire)*. J. Martel Ainé, Imprimeur de la Faculté des Lettres, Montpellier, 1839.

GUIZOT, François : “Discours à la Chambre des députés du 12 mars 1834 », en *Histoire parlementaire de France: recueil complet des discours prononcés dans les Chambres de 1819 à 1848, (T. II)*. Michel-Lévy frères, Paris, 1863-1864.

—“La question d’Orient : 1832-1837”, en *Mémoires pour servir à l’histoire de mon temps*, 7. Paleo Cop., Clermont-Ferrand, 2004.

HUGO, Victor : *À la Jeune France. 10 Août 1830*. Librairie industrielle et d’éducation de Chambert, fils, Paris, 1830.

—*Revue du Progrès Social*, n° 1, 1834.

JAUCOURT, M. Le Chevalier de: « Europe », en DIDEROT & D’ALAMBERT (eds.) : *L’Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, (impresión en facsimil de la 1ª edición de 1751-1780). Friedrich Frommann Verlag, Stuttgart, 1967.

JOUFFROY, M. le comte Achille de : *Avertissement aux Souverains, sur les dangers actuels de l’Europe*. Hivert Libraire, Paris, octobre 1831.

JUVIGNY, Louis : *De l’unité européenne*. A. Davesne, libraire, Paris, diciembre 1846.

- RODRIGUES, Olinde : *Le Producteur*, t. IV, 1826.
- KANT, Immanuel: *Hacia la Paz Perpetua*. Porrúa, México, 1996.
—*La metafísica de las costumbres*. Tecnos, Madrid, 1994.
- LALLEMAND, Claude François : *Le Hachych*. Paulin, París, 1843.
- LAMARTINE, Alphonse de: *Discours de M. de Lamartine prononcé à la Chambre des Députés, dans la séance du 1^{er} décembre 1840, sur la question d'Orient*. Impr. de E. Brière, s.f.
- LAMENNAIS, Félicité de: *Paroles d'un croyant. Le livre du peuple. Du passé et de l'avenir du peuple. Une voix en prison*. Garnier, París, 1860.
- LAURENT, Paul-Mathieu, BARRAULT, Émile: *Religion saint-simonienne. Recueil de prédications*, T. I. Bureau du Globe, París, 1832.
- LEMONNIER, Charles : *Présent et Avenir. Brochure politique*. Chez Maire Escudier, Libraire, Toulouse, julio 1834.
- MARCHAND, P. R. : *Nouveau projet de traité de paix perpétuelle*. Jules Renouard e Cie., Libraires-Éditeurs, París, 1842.
- OLIVIER, Juste: *Paris en 1830. Journal*. Mercure de France, París, 1951.
- PECQUEUR, Constantin: *De la Paix, de son principe et de sa réalisation*. Capelle, Libraire-Éditeur, París, 1842.
- PEZZI, Carlo Antonio María, (Pseud. J. M. GIACOBBI): *Nécessité d'une nouvelle organisation européenne en harmonie avec notre révolution populaire, ou coup d'œil sur la situation et les besoins de la France et de l'Europe*. Rouanet, Libraire, Imprimerie du Carpentier-Méricourt, París, 1831.
- RICHELOT, Hippolyte: « De l'Avenir du monde, selon M. de Chateaubriand », *Revue du Progrès Social*, n° de junio 1834.
- SAINT-SIMON, Claude-Henri & THIERRY, Auguste: *De la Réorganisation de la Société Européenne ou de la nécessité et des moyens de rassembler les peuples de l'Europe en un seul corps politique en conservant à chacun son indépendance nationale*, en *Oeuvres*, Tome I. Slatkine Reprints (reimpresión de la edición de “E. Dentu, Éditeur”, París 1868-1878), Ginebra 1977.
- SINERIZ, Juan Francisco: *La Constitución europea, con cuya observancia se evitarán las guerras civiles, las nacionales y las revoluciones y con cuya sanción se consolidará una paz permanente en Europa*. Imprenta del Colegio de sordo-mudos, Madrid, 1839.
—*El Quijote del siglo XVIII, o historia de la vida y hechos, aventuras y fañas de Mr. Le Grand, héroe filósofo moderno, caballero andante, prevaricador y reformador de todo el género*

humano. Obra escrita en beneficio de la humanidad y aplicada al siglo XIX. Imprenta de D. Miguel de Burgos, Madrid, 1836.

—*El amante de la Nación Española en el siglo XIX, ó colección de varias materias y tratados escritos en el sentido correspondiente a la felicidad por España.* Imprenta de D. Leonardo Nuñez, Madrid, 1833.

URQUHART, David : *La Crise : La France devant les quatre puissances.* P. Dufart, París, 1840.

VOLTAIRE : *Oeuvres Complètes*, v. VII. Chez Firmin-Didot Frères, fils et Cie., Libraires, París, 1874.

Fuentes secundarias :

AMOUDRUZ, Madeleine: *Proudhon et l'Europe. Les idées de Proudhon en politique étrangère.* Éditions Domat Montchrestien, París, 1945.

BASABE, Nere : « ¿Utopista o precursor ? La ‘Constitución europea’ de Juan Francisco Siñeriz », en *Revista de Estudios Políticos*, nº 130, Madrid octubre-noviembre 2005.

BÉNICHOU, Paul: *Le Temps des prophètes. Doctrines de l'âge romantique.* Gallimard, París, 1977.

BENOIST, Jocelyn: “Les masques de l'universel: du cosmopolitisme à l'empire », en *Revue des Sciences Humaines (Mémoire(s) de l'Europe)*, nº 231, 1993.

BOER, Pim den, BUGGE, Peter, y WOEVER, Ole: *The History of the Idea of Europe.* Ed. Kevin Wilson and Jan van der Dussen, Open University Press, Berkshire, 1995.

BOURGIN, Hubert : *Victor Considérant, son œuvre.* Imprimeries Réunies, Lyon, 1909.

BRÉKILIEN, Yann: *Histoire Européenne de l'Europe.* Librairie du Journal des Notaires et des Avocats, París, 1965.

BROTHIER, Léon : *Saint-Simon et le Saint-Simonisme.* E. Guyot, Bruselas, 1859.

CLÉMENT, Jean-Paul (dir.) : *Chateaubriand visionnaire. Recueil d'études.* Éditions de Fallois, París, 2001.

CHARLETY, Sébastien: *Histoire du Saint-Simonisme.* Hachette, París, 1896.

DERRÉ, Jean-René (dir.) : *Regards sur le Saint-Simonisme et les Saint-Simoniens.* Presses Universitaires de Lyon, Lyon, 1986.

DESBROUSSES, Hélène, PELOILLE, Bernard, RAULET, Gérard (dirs.) : *Le peuple, figures et concepts: entre identité et souveraineté .* F.-X. de Guibert, París, 2004.

- DROZ, Jacques: *Europa: Restauración y Revolución, 1815-1848*. Siglo Veintiuno editores, Madrid, 1988.
- DUROSELLE, Jean Baptiste: *L'idée d'Europe dans l'histoire*. Danoël, París, 1965.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier: "L'Europe vue de l'Espagne; le monde vue de l'Europe. La pensée européanisée de José Antonio Maravall et Luis Díez del Corral", *État et Pouvoir (II). Actes du Colloque de Nice*. Presse Universitaires d'Aix-Marseille, Marseille, 1993.
- GIL NOVALES, Alberto (1991): *Diccionario biográfico del Trienio Liberal*. El Museo Universal, Madrid, 1991.
- GREILING, Werner : « Nationalisme, cosmopolitisme et idée européenne : les intellectuels allemands autour de Varnhagen von Ense entre le Vormärz et la Révolution de 1848 », en GILLI, Marita (éd.) : *Le Cheminement de l'idée européenne dans les idéologies de la paix et de la guerre*. Actes du Colloque International, 29-31 mai 1990, Université de Franche-Comté. Diffusion les Belles Lettres, París 1991.
- HOLZAPFEL, Kurt : « Conscience et gestion d'une crise : la Révolution de Juillet 1830 et l'Europe », en GILLI, Marita (ed.) : *Le Cheminement de l'idée de l'Europe dans les idéologies de la paix et de la guerre*. Actes du Colloque International 29-31 mai, Université de Besançon, Annales littéraires de l'Université du France-Comté, Diffusion Les Belles Lettres, París, 1991.
- HUMBERT, Jean Marcel (dir.) : *Napoléon aux Invalides. 1840, le retour des cendres* (prefacio de AGULHOM, Maurice). Éditions de l'Albaron, Musée de l'Armée, París, 1990
- KOSELLECK, Reinhart, BERGERON, Louis, FURET, François : *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848*. Siglo Veintiuno, México D.F., 1976.
- LAWLOR, Mary : *Alexis de Tocqueville in the Chamber of Deputies. His views on Foreign and Colonial Policy*. The Catholic University of American Press, Washington, 1959.
- LEDRE, Charles : *La presse à l'assaut de la monarchie, 1815-1848*. Armand Colin, París, 1960.
- LÓPEZ-CORDÓN, Victoria: "El pensamiento político internacional del federalismo español", *Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XIX y XX*. Edicusa, Madrid, 1973.
- MORANDI, Carlo : *L'idea dell'unità politica d'Europa nel XIX e XX secolo*. C. Marzorati, Milán, 1948.
- NEIRA, Javier: "Europa en la cabeza de un asturiano", en *La Nueva España*. Asturias, 2 de junio 2005.

- OROBON, Marie-Angèle: « Les Républicains fédéralistes espagnols : de Marianne à l'échec de la fédération européenne », en AYMES, Jean-René y SALAÜN, Serge : *Être espagnol*. Presse de la Sorbonne Nouvelle, Paris, 2000.
- PAGDEN, Anthony: *The Idea of Europe, The Idea of Europe (From the Antiquity to the European Union)*. Woodrow Wilson Center Press & Cambridge University Press, Cambridge, 2002.
- PASSY, Frédéric : « La Paix par le Droit », en *Revue de la Paix*, mayo 1910.
- PEÑA GONZÁLEZ, José: « Evolución en el ámbito del pensamiento de las relaciones España-Europa », *Working Paper* del Instituto de Estudios Europeos de la Universidad San Pablo-CEU, nº 1-2004, Madrid, mayo 2004.
- PESSIN, Alain: *Le mythe du peuple et la société française*. PUF, Paris, 1992.
- PRÉVOST, M., et D'AMAT, Roman (dirs.) : *Dictionnaire de Biographie Française*. Librairie Letouzey et ané, Paris, 1931-.
- PUECH, J.L. : *La Tradition Socialiste en France et la Société des Nations*. Librairie Garnier Frères, Paris, 1948.
- RENOUVAIN, Pierre: *L'idée de Fédération Européenne dans la Pensée Politique du XIXe siècle*. Oxford and the Clarendon Press, Oxford, 1949.
- ROSANVALLON, Pierre : *Le moment Guizot*. Gallimard, Paris, 1985.
- SAINTE-LORETTE, Lucien de : *L'idée d'Union Fédérale Européenne*. Librairie Armand Collin, Paris, 1955.
- SAITTA, Armando : « Proiezioni pacifiste del liberalismo parlamentare e del socialismo utopista », en *Dalla Res Publica Christiana agli Stati Uniti di Europa. Sviluppo dell'idea pacifista in Francia nei secoli XVII-XIX*. Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1948.
- SUÁREZ, Constantino: *Escritores y Artistas Asturianos*. Madrid, [s.n.], 1936.
- TOMÁS ORTIZ DE LA TORRE, José Antonio: “Prólogo” a SIÑERIZ, *Constitución Europea*. Junta General del Principado de Asturias, Oviedo, 2005.
- TULOP, François : « La querelle de l'Avenir », en *Lamennais et son époque*. Imprimerie Commercial, Dinan, 1961.
- VAUCHEZ, Antoine y RASK MADSEN, Mikael: « **European constitutionalism at the cradle. Law and lawyers in the construction of a European political order (1920-1960)** », en *Recht der Werkelijkheid, Special issue: Lawyers' networks and European integration*, abril, 2005.

- VIARD, Jacques : « La France et l'Allemagne réunies, de Heinrich Heine à Malwida von Meysenbug », en *Les Amis de Pierre Leroux*. Association des Amis de Pierre Leroux, n° 15, Aix-en-Provence, avril 1999.
- VOYENNE, Bernard : *Histoire de l'idée européenne*. Payot, París, 1964.
- WARESQUIEL, Emmanuel de, YVERT, Benoît : *Histoire de la Restauration, 1814-1830*. Perrin, París, 2002.
- WERNER, Michaël y HAUSCHILD, Jan-Christoph : *Heinrich Heine : une biographie*. Seuil, París, 2001.
- « Heine interprète en France de l'Allemagne intellectuelle. Conflits autour d'un cas modèle de transfert culturel », en *Romantisme. Revue du XIX^e siècle*, n° 7 3/3, 1991.
- y ESPAGNE, Michel (éds.) : *Transferts, les relations interculturelles dans l'espace franco-allemand : XVIII^e et XIX^e siècles*. Recherche sur les civilisations, París, 1988.

CAPÍTULO V: Las revoluciones de 1848 y la Revolución europea

Fuentes primarias:

- Allgemeine Arbeiter Zeitung*. Sauer & Auvermann, Frankfurt, 1968 (reimpresión).
- Almanach des Ouvriers*. Martinon, Dumineray, París, 1848.
- Cause Polono-Européenne* (firmado por D...). Imprimerie de Brunet, Lyon, 2, 4, 5 avril 1831.
- Constitution pour la République Universelle*. Imprimerie de E. Marc-Aurel, París, 1848.
- El Eco del Comercio*, Madrid, 1848.
- Journal des Débats*, 1848.
- Journal pour rire*, 1848.
- La démocratie européenne et la question polonaise* (firmado por « J. N., émigré polonais »). Imprimerie de Maulde et Renou, París, 1848.
- La démocratie pacifique*, 1843-1851.
- La Presse*, 1848.

- La Revue Nationale*, 1848.
- Le Moniteur*, 1848.
- Le Peuple Constituant*, 1848.
- Le Populaire : Système de Fraternité (extraits du Populaire)*. Bureau du Populaire, Paris, 1849.
- L'Événement*, 1848-1849.
- Les États-Unis d'Europe*. Órgano de la Liga internacional de la paz y la libertad, Berna-Ginebra-París, 1868-1939.
- Liberté, Égalité, Fraternité*. Imprimerie de Hennuyer et Cie., Paris, 5 mai 1848.
- L'inferno*. Livorno, 1848-1849.
- Revue Encyclopédique*. Baudoin Frères, Paris, 1819-1835.
- Revue Nationale*, mayo 1847-julio 1848.
- BARA, Louis : *La Science de la paix, programme. Mémoire couronné à Paris, en 1849, par le Congrès des sociétés anglo-américaines des amis de la paix*. C. Muquardt, Bruselas, 1872.
- BASTIDE, Jules : « Europe » en *Dictionnaire Politique. Encyclopédie du langage et de la science politiques, rédigé par une réunion de députés, de publicistes et de journalistes*. E. Duclerc et Pagnerre, Paris, 1860 (6^e edición).
- BERTHOLON, LAFOREST, DE LA PRADE, RITTIEZ, KAUFFMANN, LORTET, BERGIER, BAUMÈS, VINCENT : *Manifeste du Comité Polonais*. Imprimerie de Bourst fils, Lyon, 23 mars 1846.
- BLANC, Louis : *Histoire de dix ans, 1830-1840*. Pagnerre, Paris, 1842.
- COEURDERON, Ernest y DAUTHIER, Oct. : *La Barrière du Combat ou Dernier grand Assaut (qui vient de se livrer entre les citoyens Mazzini, Ledru-Rollin, Louis Blanc, Étienne Cabet, Pierre Leroux, Martin Nadaud, Malarmet, A. Bianchi de Lille et Autres hercules du Nord)*. Imprimerie de A. Labroue et compagnie, Bruxelles, 1852.
- CONSIDÉRANT, Victor : *La dernière guerre et la paix définitive en Europe*. Librairie Phalanstérienne, Paris, 1850.
- Prédictions sur la guerre. La France imposant la paix à l'Europe : Lettre aux membres du gouvernement de la République*. Le Chevalier, Paris, 1870.
- CZARTORISKY, Adam : *À M. de Lamartine, membre du Gouvernement provisoire, et ministre des affaires étrangères, à Paris. Berlin, le 26 avril 1848*. Imprimerie Le Normant, Paris, 1848.
- FEUGUERAY, Henry de : « De la fédération européenne », en *La Revue Nationale*, 23 de marzo 1848.

GARNIER-PAGÈS: *Histoire de la Révolution de 1848*. Pagnerre, París, 1861.

—(Introducción) : *Dictionnaire Politique. Encyclopédie du langage et de la science politiques, rédigé par une réunion de députés, de publicistes et de journalistes*. E. Duclerc et Pagnerre, París, 1860 (6° edición).

HUGO, Victor: *Actes et Paroles (avant l'exil)*. Nelson Éditeurs, París, s/f.

— *Actes et Paroles (depuis l'exil I)*, Nelson Éditeurs, París, s/f.

— *Écrits Politiques*. Le livre de Poche, París, 2001.

— *Les Contemplations*. Hetzel, Bruselas, 1856.

LAMARTINE, Alphonse de : *Manifeste à l'Europe*. Barba/Pagnerre, París, 1848.

—*Histoire de la Révolution de 1848*. Perrotin, París, 1849.

—*La question d'Orient. La guerre, le ministère*. Imprimerie de Dejussieu, Mâcon, 1840.

LAMBERT, P. : *Nouvelle Constitution proposée à l'examen du gouvernement provisoire et de l'Assemblée Nationale, suivie d'un projet de République Européenne*. Librairie Nationale, París, 1848.

LAMENNAIS, Félicité de : *À la démocratie européenne, la démocratie française*. Imprimerie E. Brière, París, 1846 / Imprimerie Woinez, Caen, 1847.

—*Le Deuil de la Pologne. Protestations de la Démocratie française et du Socialisme universelle*. Ballay Ainé Éditeur, París, 1847.

LEMONNIER, Charles : *Les États-Unis d'Europe*. s/n, París, 1872.

LEROUX, Pierre : *De l'Humanité*. Fayard, París, 1985 (reedición).

MAZZINI, Giuseppe: *Per l'Europa unita e federata*. ENDAS, Roma, 1984.

—*The Map of Europe*, y HUGO, Victor: *The United-States of Europe*. World Peace Foundation, Boston, 1914.

PÉREZ GALDÓS, Benito: *Las tormentas del 48*. Alianza Editorial, Madrid, 1985.

PROUDHON, Pierre-Joseph: *Idée générale de la révolution au XIXe siècle, choix d'études sur la pratique révolutionnaire et industrielle*. Garnier Frères, París, 1851.

— *De la Justice dans la Révolution et dans l'Eglise, nouveaux principes de philosophie pratique*. Garnier Frères, París, 1858.

— *La Guerre et la paix, recherches sur le principe et la constitution du droit des gens*. E. Dentu, París, 1861.

— *Du principe fédératif et de la nécessité de reconstituer le parti de la révolution*. E. Dentu, París, 1863.

— *Nouvelles observations sur l'unité italienne*. E. Dentu, París, 1865.

SORRIEU, Frédéric: “La République universelle, démocratique et sociale » (serie de litografías). Musée Carnavalet, París, 1848-1849.

Fuentes secundarias:

AGULHON, Maurice: “Conclusion” a 1848. *Actes du colloque international du 150aire, tenu à l’Assemblée nationale à Paris, 23-25 février 1998*. Société d’histoire de la révolution de 1848 et des révolutions du XIXe. Créaphis, París, 2002.

—1848 ou l’apprentissage de la république. Ed. Seuil, París, 2002 (reedición).

AMOUDRUZ, Madeleine : *Proudhon et l’Europe. Les idées de Proudhon en politique étrangère*. Éditions Domat Montchrestien, París, 1945.

APRILE, Sylvie, HUARD, Raymond, LÉVÊQUE, Pierre y MOLLIER, Jean-Yves: *La révolution de 1848 en France et en Europe*. Éditions Sociales, París, 1998.

BALZANI, Roberto y GAVELLI, Mirtide (dirs.): *Albione, Marianna e il bersagliere. Stereotipi nazionali e stampa satirica nell’Europa tra Ottocento e Novecento*. Edizioni Nautilus, Boloña, 2000.

BARTIER et al. (VV.AA.): *1848: les Utopismes sociaux. Utopie et action à la veille des journées de février*. Société d’histoire de la révolution de 1848 et des révolutions du XIXe. C.D.U. et SEDES réunis, París, 1981.

BASABE, Nere : « Europa como proyección del espacio utópico: la obra visionaria de Victor Hugo », en *Utopia and Utopianism*. The University Book, nº1, 2007

BÉNICHOU, Paul : *Le temps des prophètes. Doctrines de l’âge romantique*. Gallimard, París, 1977.

— *Le Sacre de l’écrivain*. Gallimard, París, 1996.

BENJAMIN, Walter: *Iluminaciones II. Poesía y capitalismo*. Taurus, Madrid, 1999.

BERINDEI, Dan : « 1848 : Le ‘printemps des peuples’ réveille l’Europe », en COMPAGNON, Antoine et SEEBACHER, Jacques : *L’Esprit Européen. Dates et Lieux*. Flammarion, París, 1993.

BRAUNSTEIN, Jean-François : « Auguste Comte, l’Europe et l’Occident », en CHENET-FAUGUERAS (dir.) : *Victor Hugo et l’Europe de la pensée. Colloque de Thionville-Vianden (8-10 octobre 1993)*. Livraire A.-G. Nizet, París, 1995.

- BREUILLY, John: "1848: Connected or Comparable Revolutions?", en KÖRNER, Axel (ed.): *1848: A European Revolution? International Ideas and National Memories of 1848*. Palgrave MacMillan, Nueva York, 2004.
- CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Sonsoles: *Los sucesos de 1848 en España*. Madrid, 1981.
- CHARLE, Christophe : *Les intellectuels en Europe au XIXe siècle. Essai d'histoire comparée*. Seuil, París, 1996.
- CHASTAIN, James: *The Liberation of Sovereign Peoples. The French Foreign Policy of 1848*. Ohio University Press, Atenas, 1988.
- CHENET-FAUGERAS, Françoise: "Victor Hugo et l'Europe: esprit du lieu et lieu des esprits", en Colloque de Thionville-Vianden "*Victor Hugo et l'Europe de la pensée*", (8-10 octobre 1993). CHENET-FAUGERAS, Françoise (dir.). Librairie A.-G. Nizet, París 1995.
- DERRÉ, Jean-René (dir.) : *Regards sur le saint-simonisme et les Saint-Simoniens*. Presses Universitaires de Lyon, Lyon, 1986.
- DESSAL, Marcel: *L'accueil fait en Belgique à la Révolution de Février 1848. Comment l'opinion belge accueillit la nouvelle de la révolution française du 24 février 1848, d'après une lettre inédite*. Imprimeries Réunies, Rennes, 1939.
- DOMMANGET, Maurice : *Victor Considérant. Sa vie, son œuvre*. Éditions sociales internationales, París, 1929.
- DROZ, Jacques: *Europa: Restauración y Revolución, 1815-1848*. Siglo Veintiuno editores, Madrid, 1988.
- DUROSELLE, Jean-Baptiste: *L'idée d'Europe dans l'histoire*. Denoël, París, 1965.
- ESPAGNE, Michel y WERNER, Michael : *Transferts, les relations interculturelles dans l'espace franco-allemand : XVIIIe et XIXe siècle*. Éd. Recherches sur les civilisations, París, 1988.
- EVANS, R. J. W, y VON STRANDMANN, Hartmut Pogge (dirs.): *The Revolutions in Europe, 1848-1849*. Oxford University Press, Nueva York, 2000.
- FABIUS, Laurent: "Ouverture" a 1848. *Actes du colloque international du 150aire, tenu à l'Assemblée nationale à Paris, 23-25 février 1998*. Société d'histoire de la révolution de 1848 et des révolutions du XIXe. Créaphis, París, 2002.
- FORTIS, Pierre-Noël : *Lamennais et 1848*. N° especial de *Cahiers Mennaisiens* 7-8, 1977.
—« L'actualité de la pensée de Lamennais », en *Cahiers Mennaisiens*, n° 6, 1976.

- FREITAG, Sabine: “National Union or Cosmopolitan Unity? Republican Discourse and the Instrumental Approach towards the German Question”, en KÖRNER, Axel (ed.): *1848: A European Revolution? International Ideas and National Memories of 1848*. Palgrave MacMillan, Nueva York, 2004.
- GILDEA, Robert: “1848 in European Collective Memory”, en EVANS, R. J. W, y VON STRANDMANN, Hartmut Pogge (dirs.): *The Revolutions in Europe, 1848-1849*. Oxford University Press, Nueva York, 2000.
- Barricades and Borders. Europe, 1800-1914*. Oxford, 1987.
- GILLI, Marita (coord.): *L'idée d'Europe, vecteur des aspirations démocratiques : les idéaux républicains depuis 1848*. Actes du Colloque International, Université de Franche-Comté, 14-16 mai 1992. Annales littéraires de l'Université de Besançon, 1994.
- GODECHOT, Jacques: *Les Révolutions de 1848*. Albin Michel, Paris, 1971 (trad. Italiana : *Le rivoluzioni del 1848*. Istituto Geografico de Agostini, Novara, 1973).
- GUILLEMIN, Henri (dir.): *Lamartine en 1848. Colloque du Centenaire de la Révolution de 1848*. Presses Universitaires de France, Paris, 1948.
- HAUPT, Heinz-Gerhard: “1848 en Allemagne: une perspective comparative”, en *1848. Actes du colloque international du 150^{aire}, tenu à l'Assemblée nationale à Paris, 23-25 février 1998*. Société d'histoire de la révolution de 1848 et des révolutions du XIX^e. Créaphis, Paris, 2002.
- HOBSBAWN, Eric: *The Age of Capital, 1848-1875*. Weidenfeld and Nicolson, cop., Londres, 1975.
- ISOLA, María dell', y BOURGIN, Georges: *Mazzini : Promoteur de la République Italienne et pionnier de la Fédération Européenne*. Marcel Rivière, Paris, 1956.
- KAELBLE, Hartmut: “1848: Viele nationale Revolutionen oder eine europäische Revolution?”, en HARDTWIG, Wolfgang (ed.): *Revolution in Deutschland und Europa 1848/49*. Vandenhoeck und Ruprecht, Göttingen, 1998.
- KAENEL, Philippe: “La géographie de l'imagerie politique vers 1848”, en *Les révolutions de 1848. L'Europe des images*. Assemblée Nationale, Paris, Museo Nazionale del Risorgimento, Turín, et all., 1998.
- KAHN, Jean François: *L'extraordinaire métamorphose (ou cinq ans de la vie de Victor Hugo: 1847-1851)*. Éditions du Seuil, Paris 1984.
- KÖRNER, Axel: “The European dimension in the Ideas of 1848 and the Nationalization of its Memories”, y “Ideas and Memories of 1848 in France: Nationalism, République Universelle and Internationalism in the Goguette

- between 1848 and 1890”, en *1848: A European Revolution? International Ideas and National Memories of 1848*. Palgrave MacMillan, Nueva York, 2004.
- KOSELLECK, Reinhart: “How European was the Revolution of 1848/49?”, en KÖRNER, Axel (ed.): *1848: A European Revolution? International Ideas and National Memories of 1848*. Palgrave MacMillan, Nueva York, 2004.
- LARRÈRE, Mathilde: “L’utopisme républicain de 1848. Interprétation », en <http://www.histoire-image.org/>.
- LAURENT, Frank: “L’Europe dans l’œuvre de Victor Hugo avant l’exil: la politique des deux infinis”, en *Revue des Sciences Humaines*, 1993.
- “La civilisation: le discours impossible », en Colloque de Thionville-Vianden “*Victor Hugo et l’Europe de la pensée*”, (8-10 octobre 1993). CHENET-FAUGERAS, Françoise (dir.). Librairie A.-G. Nizet, Paris 1995.
- LEBRUN, Jean: *Lamennais ou l’inquiétude de la liberté*. Fayard-Marne, Paris, 1981.
- LEFEBVRE, Georges: *La Seconde République et la dictature de Louis Napoléon Bonaparte*. Centre de documentation universitaire, Paris, 1937.
- LIDA, Clara E.: “The Democratic and Social Republic of 1848 and its Repercussions in the Hispanic World”, en THOMSON, Guy (ed.): *The European Revolutions of 1848 and the Americas*. Institute of Latin American Studies, London, 2002.
- MAYAUD, Jean-Luc: “Introduction” a *1848. Actes du colloque international du 150aire, tenu à l’Assemblée nationale à Paris, 23-25 février 1998*. Société d’histoire de la révolution de 1848 et des révolutions du XIXe. Créaphis, Paris, 2002.
- MARECHAL, Christian : *Lamennais et Lamartine*. Librairie Blond et Cie., Paris, 1907.
- MICHEL, Pierre: “Europe ou barbarie, 1793-1848: repères pour l’idée européenne”, en Colloque de Thionville-Vianden “*Victor Hugo et l’Europe de la pensée*”, (8-10 octobre 1993). CHENET-FAUGERAS, Françoise (dir.). Librairie A.-G. Nizet, Paris 1995.
- MOMIGLIANO, Felice : *Carlo Cattaneo e gli Stati Uniti d’Europa*. Treves, Milán, 1919.
- NAMIER, Lewis : *1848 : The Revolution of the Intellectuals*. Oxford University Press, Londres, 1944.
- NICHOLLS, David : « Richard Cobden et le mouvement des Congrès internationaux de la paix, 1848-1853 », en GILLI, Marta (ed.) : *Le Cheminement de l’idée européenne dans les idéologies de la guerre et de la paix. Actes du Colloque International 29-31 mai 1990, Univ. Besançon*. Annales Littéraires de l’Université du Franche-Comté, Diffusion les Belles Lettres, Paris, 1991.

- NURDIN, Jean : « De la fête de Hambach à Heinrich Mann : les Allemands et le mythe des États-Unis d'Europe », en GILLI, Marita (coord.): *L'idée d'Europe, vecteur des aspirations démocratiques : les idéaux républicains depuis 1848*. Actes du Colloque International, Université de Franche-Comté, 14-16 mai 1992. Annales littéraires de l'Université de Besançon, 1994.
- OROBON, Marie-Angèle: "1848 y 1871: Las repúblicas rojas o la heroica derrota del pueblo", en BOIXAREU, Mercè y LEFERE, Robin (coords.): *La historia de Francia en la literatura española. Amenaza o modelo*. Castalia, Madrid, 2009.
- PENA RUIZ, Henri, y SCOT, Jean Paul: *Un Poète en Politique: les combats de Victor Hugo*. Flammarion, Paris, 2002.
- PEYROU, Florencia: « 1848 et le Parti démocratique espagnol », *paper in progress*, 2009.
- POUTHAS, Charles: "Die Komplexität von 1848", en STUKE, Horst y FORSTMANN, Wilfred (eds.): *Die europäischen Revolutionen von 1848*. Königstein, 1979.
- PRICE, Roger (ed.): *Revolution and Reaction. 1848 and the Second French Republic*. Croom Helm, Londres, y Barnes & Noble Books, Nueva York, 1975.
- PUECH, J. L. : *La tradition socialiste en France et la Société des Nations*. Librairie Garnier Frères, Paris, 1948.
- et DOLLÉANS, Édouard : *Proudhon et la Révolution de 1848*. Collection du Centenaire de la Révolution de 1848. Presses Universitaires de France, Paris, 1948.
- QUENTIN-BAUCHART, Pierre: *Lamartine et la Politique étrangère de la Révolution de février : 24 février – 24 juin 1848*. F. Juven, Paris, 1908.
- REINALTER, Helmut : « Arnold Ruge et le mouvement démocratique pendant le Vormärz allemand », en GILLI, Marita (coord.): *L'idée d'Europe, vecteur des aspirations démocratiques : les idéaux républicains depuis 1848*. Actes du Colloque International, Université de Franche-Comté, 14-16 mai 1992. Annales littéraires de l'Université de Besançon, 1994.
- RENARD, Georges : « Les précurseurs français de la Société des Nations », en *Revue de la Révolution de 1848*, T. XIV, 1919.
- RENOUVIN, Pierre: "L'idée d'États-Unis d'Europe pendant la crise de 1848", en *Actes du Congrès Historique du Centenaire de la Révolution de 1848*. PUF, Paris, 1949.

- ROBERTS, Timothy M. y HOWE, Daniel W.: "The United States and the Revolutions of 1848", en EVANS, R. J. W, y VON STRANDMANN, Hartmut Pogge (dirs.): *The Revolutions in Europe, 1848-1849*. Oxford University Press, Nueva York, 2000.
- ROBIN, Claire-Nicolle: "De la totalité au totalitarisme ou 'l'idée' de l'Europe », en GILLI, Marita (coord.): *L'idée d'Europe, vecteur des aspirations démocratiques : les idéaux républicains depuis 1848*. Actes du Colloque International, Université de Franche-Comté, 14-16 mai 1992. Annales littéraires de l'Université de Besançon, 1994.
- ROUGEMONT, Denis de: *Tres milenios de Europa. La conciencia europea al través de los textos. De Hesiodo a nuestro tiempo*. Revista de Occidente, Madrid, 1963.
- ROLLAND, Patrice : *L'unité politique de l'Europe : histoire d'une idée. Les grands textes*. Bruylant, Bruselas, 2006.
- ROUHIER, Daniel : « Nations et Universel : l'Europe peut-elle être républicaine ? », en GILLI, Marita (coord.): *L'idée d'Europe, vecteur des aspirations démocratiques : les idéaux républicains depuis 1848*. Actes du Colloque International, Université de Franche-Comté, 14-16 mai 1992. Annales littéraires de l'Université de Besançon, 1994.
- SAINTE-LORETTE, Lucien de : *L'idée d'Union Fédérale Européenne*. Librairie Armand Collin, Paris 1955.
- SIGMANN, Jean: *1848. Les révolutions romantiques et démocratiques de l'Europe*. Calmann-Lévy, Paris, 1970.
- SPERBER, Jonathan: *The European Revolutions, 1848-1851*. Cambridge University Press, Cambridge 1994.
- STEARNS, Peter : *1848. The Revolutionary tide in Europe*. W. W. Norton and Comp., Nueva York, 1974.
- SWALES, Martin: "Events and Non-Events... Cultural Reflections of and on 1948", en KÖRNER, Axel (ed.): *1848: A European Revolution? International Ideas and National Memories of 1848*. Palgrave MacMillan, Nueva York, 2004.
- TALMON, J. L.: *Mesianismo político. La etapa romántica*. Ed. Aguilar, México D.F., 1960.
- TERSEN, Émile: *Le Gouvernement provisoire et l'Europe (25 février – 12 mai 1848)*. Collection du Centenaire de la Révolution de 1848, Presses Universitaires de France, Paris, 1948.
- THOMSON, Guy (ed.): *The European Revolutions of 1848 and the Americas*. Institute of Latin American Studies, London, 2002.
- TULOP, François: *Lamennais et son époque. Sa vie, son œuvre, son influence, son prophétisme*. Imprimerie Commercial, Dinan, 1961.

- VALENTIN, Veit: *1848: Chapters of German History*. George Allen & Unwin Ltd., Londres, 1940.
- VIATTE, Auguste: *Victor Hugo et les illuminés de son temps*. Slatkine Reprints, Ginebra, 2003 (1^a ed. 1942).
- VIDAL, César: “La France et la question italienne et 1848”, en Société d’histoire Moderne : *Études d’histoire moderne et contemporaine. Tomme II. Études sur la Révolution de 1848*. Hatier, Paris, 1948.
- VON STRANDMANN, Hartmut Pogge: “1848-1849: A European Revolution?”, en *The Revolutions in Europe, 1848-1849*. Oxford University Press, Nueva York, 2000.
- WINOCK, Michel: *Victor Hugo dans l’arène politique*. Le Grand Livre du mois, Paris, 2005.
- Les voix de la liberté : les écrivains engagés au XIX^e siècle*. Le Grand Livre du mois, Paris, 2001.

ANNEXE

(mention de Doctorat européen)

De l'Empire à la Fédération (Résumé)

Le XIX^e siècle, le siècle de l'État-Nation par excellence, ne paraît pas être la meilleure période pour le développement d'une réflexion à propos de l'Europe unie. Pourtant, il s'agit de toute une longue tradition de la pensée qui demeure aux marges du débat politique et qui essaye, à partir de la chute de l'Empire, d'aborder avec une nouvelle perspective la reconstruction de cette idée de l'Europe, avec un discours, après la clôture des aspirations cosmopolites plus classiques, renouvelé autour de nouvelles notions-clés telles que la diversité, la pluralité nationale, la civilisation et la mission historique, la démocratie ou la fraternité. L'idée d'Europe expérimente ainsi, dans la première moitié du XIX^e siècle, tout un bouleversement sémantique, de l'Europe de l'Empire (enracinée encore dans des idéaux propres au XVIII^e) à l'Europe des peuples fédérés et ses nouvelles aspirations, à travers d'un processus d'historicisation et politisation lié à la redéfinition du rôle de l'intellectuel et au contexte des luttes idéologiques et politiques de la Restauration, où elle s'articule aussi en tant que nouvelle arme rhétorique. Les histoires de l'Europe et les projets pour l'union du continent qui prolifèrent pendant cette période, sur la trace des événements politiques, montrent bien cet intérêt dans différentes perspectives : des conceptions libérales, romantiques, religieuses, aux conceptions socialistes et nationalistes, mais toutes axées sur un discours plus ou moins commun qui ouvre la voie à l'idéal européen actuel.

De nombreuses histoires de l'idée d'Europe ont été écrites dès les années cinquante - soixante jusqu'à nos jours, profitant de l'actualité du sujet. Il s'agit en effet d'un genre avec une longue tradition, né à l'aube de l'après guerre face au déficit de la reconstruction du continent, qui jette un regard sur le passé afin d'éclairer les incertitudes du temps présent et futur. Dès « Vingt-huit siècles d'Europe » publié par Denis de Rougemont en 1961, à la perspective opposée de Jean Baptiste Duroselle, qui soutient la nouveauté de cette idée d'Europe unie et en paix sortie à partir de la Seconde guerre mondiale (*L'idée d'Europe dans l'histoire*, 1965), il y a eu plusieurs différentes perspectives, qui ont traité ce sujet soit pour des périodes trop larges (Brékilien, Curcio, Chabod, Chabannes, Hersant et Durand-Bogaert, Morin, Pagden, Wenger, Boer, Bugge et Woeber, Voyenne et beaucoup d'autres), soit au travers de moments précis et de cas particuliers. Les ouvrages plus récents ont adopté en effet un point de vue plus partiel (et, en même temps, plus *historique*), limité à des périodes historiques plus restreintes, tel que les travaux de Jean Pierre Bois, Gilbert Py, Marc Bèlissa, ou les travaux sur la période de Napoléon entrepris par Thierry Lentz ou Jean-Clément Martin. L'enquête semble s'arrêter là dans l'historiographie française, négligeant une période souvent perçue comme un « temps historique faible et de transition » (Pierre Rosanvallon, *Le moment Guizot*, 1985), qui n'a éveillé l'intérêt des historiens que dans les années plus récentes. Il restent pourtant des manques importants, notamment en ce qui concerne la Restauration et la monarchie de Juillet, temps fécond pour la pensée européeniste, en surpassant toujours la tentation du présentisme, qui s'efforce de trouver des précurseurs, et en attachant par contre une attention particulière au contexte politique, intellectuel et social où tous ces projets émergent, et qui pourrait les expliquer alors en tant que conditions du possible plus que des antécédents.

Ma recherche s'inscrit dans le cadre théorique et méthodologique des travaux historiques autour du langage, une voie de recherche ouverte par l'Histoire des concepts politiques et sociaux, encouragée par l'historien allemand Reinhart Koselleck (divulguée en France par des historiens comme Pierre Rosanvallon, Jacques Guilhaumou ou Raymonde Monnier), ou les études sur le langage de la pensée politique et l'approche des « *ideas in context* » et de la « *speech act theory* » de l'École de Cambridge (engagées notamment par Quentin Skinner). Une analyse heuristique qui sert à

interpréter le sens réel que ce discours avait pour ses protagonistes ainsi que le sens du monde historique où ils étaient plongés, ce qui ne prend l'entité d'un tissu signifiant, d'expérience et communicable, capable d'orienter les actions, qu'à travers le langage.

Partant d'une pluralité méthodologique « sans dogmatisme », je poursuis alors l'étude de l'Europe en tant que catégorie politique, dans la certitude qu'il s'agit d'un véritable outil conceptuel (au sens donné par Koselleck), dont la définition devient, à cette époque, un enjeu de la lutte idéologique ; si la période 1750-1850 constitue le « *Sattelzeit* » pour la formation de tout un nouveau vocabulaire politique, l'Europe y trouve une place distinguée : il s'agit en fait d'un terme-clé qui, avec son caractère performatif et sa capacité mobilisatrice, nomme des réalités encore non existantes, penche vers un horizon futur et sert de guide pour l'action politique. La formation de son sens tel qu'on l'entend désormais aurait eu lieu pendant la période de 1800-1848 (même s'il hérite aussi des aspects des prédécesseurs) ; au tournant du siècle il se produit une vraie rupture dans la conception de l'Europe, liée aux événements politiques du moment qui changent la face du continent : celle est le passage d'une conception « impériale » (abstraite, cosmopolite, unificatrice chez Kant ou Napoléon) à une conception « fédérale » (basée sur la diversité des peuples). Cette nouvelle idée d'Europe prend deux caractéristiques majeures : l'historicisation et la politisation (ainsi que le rapport étroit entre les deux), et elle est indissociable des événements historiques et du débat politique du moment. Un débat politique entre « les nouvelles idées » et « les anciennes idées » où l'Europe devient une arme rhétorique au service des différents partis (elle sera en fait un important appui dans la bataille idéologique pour l'opposition libérale, démocratique et révolutionnaire). Ainsi, l'idée d'Europe sera souvent le soutien des intérêts nationaux et des causes nationalistes ; pendant la première moitié du siècle elle montre encore un rapport logique à l'idée nationale, compatibilité qui se brisera pourtant avec l'échec des révolutions de 1848, au détriment du triomphe de la construction d'une histoire nationale.

Cette thèse est divisée en cinq parties ou chapitres (plus une introduction et une conclusion). Le premier chapitre traite de l'Europe de Napoléon ; de son témoignage à Sainte-Hélène aux interprétations de l'historiographie plus récente (chez Lentz, Martin,

ou Duffraisse et Kerautret, parmi d'autres), j'enquête sur le clivage entre l'homme de paix et l'homme de guerre, la nature de son « plan pour l'Europe », ses possibles périodisations, et la réalité de ses réalisations historiques et ses moyens pour une vraie politique européenne ; ses ambiguïtés par rapport à la cause nationale ou par rapport au temps historique, basculant entre la continuation et la rupture. De la même façon, je porte mon attention au contexte intellectuel : héritière du discours des Lumières, l'idée philosophique de l'Europe (cosmopolite, universaliste) devient chez Napoléon une idée politique d'Empire et de domination, en tant que réalisation de cet idéal universaliste (Jocelyn Benoist, *Les masques de l'universel*, 1993). J'étudie à cette fin le discours européen des Lumières, et la position de la Révolution face à l'Europe en tant qu'antécédents plus immédiats ; j'étudie également d'autres projets pour l'Europe peu connus, de l'Espagnol Traggia (1799) ou le Polonais Czartoryski (1803-1805) aux Français Gondon (1807), Jullien (1813) ou Bonnin (1815), et le glissement idéologique qui s'en détache. Je présente, enfin, le possible legs que l'œuvre de Napoléon constitue pour l'avenir, soit pour l'opposition générée, soit à travers des traits de permanence.

Dans le deuxième chapitre j'étudie les années 1814-1815, l'émergente bataille entre une Europe restaurée et une nouvelle Europe ; d'un côté, de l'Europe impériale (où saillit l'Acte Additionnel aux Constitutions de l'Empire, pendant les Cent Jours) à l'Europe de la Sainte Alliance, l'Europe politique et le nouvel équilibre sortant du Congrès de Vienne, avec une attention particulière aux réflexions sur l'Europe et le Droit public européen qui se développent pendant les négociations (à cette fin je me sers notamment des travaux de Sédouy, Schroeder, Waresquiel et Yvert, ou Broers). Après la chute de l'Empire, la nouvelle Europe semble représentée par les alliés de la coalition, et ainsi le prouvent de nombreux témoignages ; la question de l'Europe serait en effet un des sujets majeurs traité au Congrès de Vienne, et même s'il en résulte un nouveau partage des territoires (avec des méfiances réciproques accrues) et un nouvel ordre qui exclut la France, on peut également retenir l'élan d'une nouvelle politique multilatérale et coordonnée, à travers des conférences périodiques, qui cherche à perpétuer les accords de paix et la sécurité mutuelle au-delà des circonstances particulières de la fin de la guerre. La Sainte-Alliance est ainsi née dans ce contexte, redéfinissant le sens de l'Europe en tant que fraternité chrétienne : échec dans la

pratique, elle acquiert pourtant la conscience d'une paix nécessairement établie sur la volonté commune, et pour cela, voit les émeutes de Naples ou Cadix comme des affaires d'ordre « domestique ». Le nouvel ordre européen, à mi-chemin entre les ambiguïtés conceptuelles de « l'équilibre » et la « balance of power », et qui met le mot-clé de « garanties » au centre de son débat (sujet étudié par Schroeder, 1994) constitue en tout cas un exemple majeur de comment l'idée d'Europe va se transformer dans le temps.

De l'autre côté, face à Vienne, une nouvelle mentalité fait son apparition : pleine d'une conscience accrue d'habiter entre deux mondes (« tout ce qui était n'est plus ; tout ce qui sera n'est pas encore... », tel que Musset l'a décrit après), le « mal du siècle » s'étend : le retour de la religion en tant que valeur-refuge et l'idéal de l'Europe chrétienne (chez Novalis, Burke, De Maistre ou Chateaubriand, où la Chrétienté médiévale devient modèle historique pour une union spirituelle à rebâtir) marqueront cette nouvelle perspective. Le déploiement du souffle romantique, en même temps, avec ses implications pour cette nouvelle idée d'Europe (le goût pour la tradition et l'histoire, l'appel aux différences nationales, la diversité et l'esprit des peuples), donne un nouvel élan à la pensée européeniste. Mais face à la récupération de la portée historique de l'Europe par les auteurs contre-révolutionnaires, la perspective libérale commence à s'imposer : notamment chez le groupe de Coppet et sa position face à l'Europe (et en opposition à Napoléon ; en ce sens j'ai porté une attention particulière au contre-concept de « despotisme », tel qu'il a été traité par des auteurs comme Staël et Constant, critiquant tout essai d'uniformisation). Cette perspective libérale apparaît aussi dans des travaux comme celui de Jouffroy et celui du comte de Franclieu, sans doute moins connu, qui soutient en 1815 une polémique avec des ouvrages sur le sujet de l'Europe de son temps, et se penche vers une solution fédéraliste.

Deux œuvres principales se détachent pourtant dans ce contexte politique et intellectuel, publiées toutes les deux dans ce tournant de l'année 1814-1815 : ces sont *De l'esprit de conquête et de l'usurpation dans leurs rapports avec la civilisation européenne* de Benjamin Constant, et *De la réorganisation de la Société Européenne, ou de la nécessité et des moyens de rassembler les peuples de l'Europe en un seul corps politique en conservant à chacun son indépendance nationale* du comte de Saint-Simon, qui annoncent un temps nouveau. Le travail de Constant fait sortir du sens de l'Europe l'uniformité, le despotisme et la barbarie (exclusion opérée dans un sens temporel), face à une civilisation européenne

caractérisée aujourd'hui en tant qu'état de commerce, de paix et de liberté. Le comte de Saint-Simon, de son côté, dirige ses efforts à appliquer la méthode scientifique au monde politique et social, et il en conclut le système constitutionnel représentatif étant la meilleure forme de gouvernement, à étendre dès lors ; une alliance franco-britannique serait alors le moteur pour une union européenne, ayant pour but la constitution d'un grand parlement européen. De l'étude scientifique des lois de l'histoire se dégage un programme politique pour l'avenir, où l'union spirituelle du Moyen Âge sera rétablie par l'union politique du parlementarisme.

Le troisième chapitre s'occupe des années vingt et de la historicisation du concept d'Europe. La nouvelle école historique encourage toute une prolifération des « histoires de l'Europe », qui cherchent dans le passé des réponses à un présent incertain. Si la mise en valeur du passé tient initialement aux efforts des contre-révolutionnaires, bientôt elle deviendra la tâche des nouveaux historiens (libéraux, romantiques) qui, influencés par la philosophie de l'histoire du siècle précédent ainsi que pour la nouvelle scientificité, cherchent à déterminer les lois de l'histoire qui puissent éclairer les changements éprouvés (mais aussi l'avenir) ; cette démarche aura comme résultat la récupération de la Grèce antique et du Moyen Âge, mais surtout de la Révolution, insérée dorénavant dans le procès historique pas plus comme un accident, mais en tant qu'événement logique du développement social, et d'une histoire conçue en termes de « progrès », de « perfectibilité », et de « civilisation », concepts du XVIII^e siècle qui deviennent des notions-clés dans le débat contemporaine. De la théorie historique ainsi conçue on extrait des conclusions de dimension politique, et le débat historique devient en fait un débat idéologique.

Le discours historique devient aussi une constante dans les écrits sur l'Europe de cette époque ; à cet égard, j'ai étudié les productions du mouvement de la « Jeune France » et notamment celles du journal *Le Globe*, chez des articles de philosophie de l'histoire de Cousin, Jouffroy ou Pierre Leroux, qui popularisent toutes ces idées : l'histoire en termes d'un mouvement du progrès qui aboutit à la civilisation européenne comme son état le plus développé, et de là, l'union européenne en tant que but incontournable de tout le processus historique (tel que l'a décrit Leroux dans son article du 24 octobre de 1827).

Au milieu de tous ces écrits, se détache pourtant l'ouvrage de François Guizot, *Histoire de la civilisation en Europe*, sa notion de « civilisation européenne » et ses conclusions : l'Europe y devient un fait temporel, historique, où la notion de civilisation, conçue d'une façon dynamique, implique une évolution et met l'Europe au sommet de ce processus ; un passé commun qui entraîne un esprit spécifique, et marque la voie pour un destin commun. L'Europe est avant tout son histoire et, si la civilisation est un fait du progrès, le moteur de ce progrès en Europe aurait été, selon Guizot, la diversité de ses principes (face au monolithisme des civilisations immobiles telles que l'asiatique), qui ont promu un devenir dialectique en imposant finalement la liberté. Guizot privilégie ainsi « l'élément germanique » (la liberté, l'indépendance, l'association et la confédération) dans son interprétation de l'histoire de l'Europe, et place son sommet dans le système monarchique constitutionnel et le gouvernement représentatif. Le discours historique de Guizot devient donc notamment un discours à portée politique (où la notion de progrès constitue l'objet d'analyse autant que son présupposé méthodologique), une philosophie pratique qui masque un programme d'action pour l'avenir ; en ce qui concerne l'idée d'Europe, finalement, et à travers la relation idéologique qu'il établit entre l'Europe, la civilisation et le progrès, il contribue à populariser cette conception de « l'unité dans la diversité » qui aura autant de succès.

Dans ce chapitre j'ai étudié également le débat dans l'opinion publique à propos de la guerre d'indépendance grecque (chez les intellectuels comme dans la presse) : l'appel à un héritage commun, la reconnaissance de la Grèce en tant que la « patrie » de tous les Européens, berceau de la civilisation européenne, et le bouleversement que tout cela entraîne pour le récit historique et ses implications politiques : puisqu'il est bien différent de fixer l'origine de l'Europe à la Chrétienté et l'Empire romain, que de prendre la démocratie athénienne comme point de départ de l'histoire européenne. La guerre en Grèce sert ainsi à fonder un mouvement de solidarité européenne jamais vu jusqu'à ce moment où, en réclamant l'appui à l'indépendance des Grecs en tant que « peuple frère » (chez Chateaubriand, Constant ou Victor Hugo, mais aussi dans tout la presse libérale qui fera de la guerre une arme rhétorique puissante pour s'opposer au régime de la Restauration), Athènes devient nouveau modèle politique de démocratie et liberté, et l'interprétation de l'histoire européenne éprouve un tournant décisif.

L'histoire devient ainsi quelque chose de nécessaire et non pas contingente, où les récits historiques prennent bientôt la forme d'un projet politique pour l'avenir.

L'interprétation téléologique de l'histoire, qui cherche à concilier les lois nécessaires avec la liberté humaine, conçoit l'Europe en tant qu'une communauté de destin : vu qu'elle aurait eu les mêmes sources historiques, elle doit se diriger forcément vers le même avenir ; l'histoire du progrès devient aussi (chez Saint-Simon et beaucoup d'autres) une histoire progressive de la cohésion et l'association sociale. Ainsi, quelques années après, le philosophe Renouvier publiera une *Uchronie*, un récit historique contrefactuel à propos d'une histoire de l'Europe hypothétique, qui l'amène pourtant à la même ligne d'arrivée : la formation d'une fédération européenne. Le discours historique sur l'Europe prend inéluctablement l'élan d'un discours politique.

Le quatrième chapitre passe alors à la politisation du concept de l'Europe dans les années trente et début des années quarante. Cette idée se mêle en fait avec le débat politique du moment : la révolution de 1830, les crises diplomatiques de la période et la question d'Orient. Les crises politiques encouragent la prolifération de plein de brochures et libelles concernant cette question d'Europe, et beaucoup de projets fédératifs seront publiés à l'occasion, notamment parmi les milieux saint-simoniens : dans le journal *Le Globe*, ou dans les travaux de Buchez, Michel Chevalier, Gustave d'Eichthal, et d'autres comme ceux de Giacobbi, Victor Considérant ou Juvigny. Finalement j'ai étudié l'apport des étrangers habitant à Paris, noyau intellectuel de la période, tels que Heinrich Heine ou Juan Francisco Siñeriz, auteur espagnol d'une première constitution européenne en 1839, écrit au fil de la discussion avec d'autres auteurs français (de Chateaubriand et Lamennais aux saint-simoniens) et qui fait entrer l'idée d'Europe nettement dans sa dimension juridique.

La Révolution de Juillet —continuation de la révolution jamais conclue— suppose l'effondrement du régime de Metternich et la fin de la Sainte-Alliance. La révolution à Paris menace de s'étendre partout en Europe et le fantasme d'un nouveau conflit armé se réveille ; mais les possibilités d'un nouvel avenir inconnu sont élargies, et cela pousse les spéculations sur le futur de l'Europe, au milieu de l'intense débat politique et idéologique. En France, de son côté, la révolution entraîne la politisation accrue de la vie intellectuelle, ainsi qu'une montée des nouveaux journaux.

Le Globe, journal devenu alors porte-parole de l'école saint-simonienne, avec Michel Chevalier en tant que chef de rédaction, réagit particulièrement contre cette

menace de guerre et s'occupe intensément des affaires européennes (qu'ils ne considèrent pas « étrangères »). S'opposant à la « vieille politique » (la politique des haines et des jalousies nationales, des méfiances et des obscures intrigues diplomatiques), ils font campagne pour la paix et proposent une « nouvelle politique », basée sur la publicité et à travers l'action soit d'un « pacificateur mondial » soit d'un Congrès des Nations. Mais leur « nouvelle politique » prend surtout la forme précise d'une « nouvelle Sainte-Alliance » d'abord (projet de 1831, où ils proposent l'association des peuples dans une « association universelle » à laquelle chaque nation contribuera selon sa capacité, et qui aurait en tête la France, l'Angleterre et l'Allemagne unie, puisqu'elles sont les nations qui représentent par excellence les acquis majeurs sur les terrains de la morale, de l'industrie et de la science) ; et puis, elle prend la forme dans l'année suivant d'un « Système Méditerranéen », où l'association est élargie aux dimensions mondiales, ayant pour but la réconciliation de l'Orient et l'Occident et avec la mer Méditerranée comme axe de tout le système. Le Système Méditerranéen conçu par Michel Chevalier entraîne d'ailleurs le passage d'une alliance politique au projet industriel et économique d'intégration, avec les chemins de fer en tant que « symbole de l'association universelle ». Dans mon analyse des articles apparus dans *Le Globe* sur ce sujet, j'ai prêté une attention particulière aux considérations qu'ils font sur l'affaire d'Orient, dont le regard élargit l'espace européen et met en scène la question des colonies (en tant que « tâche pacifique et civilisatrice »). Je me suis également occupée de leurs considérations historiques (marquées toujours par l'expérience du présent, où la rupture entre le vieux ordre et le nouvel ordre politique prend la forme particulière du temps de la guerre contre le temps de la paix), ainsi que de leur usage des mots « patrie » et « nation », articulés toujours dans un sens négatif.

Buchez, ancien saint-simoniste et qui deviendra en 1848 Président de l'Assemblée, fait sortir aux mêmes dates son journal *L'Européen*. Ce journal apparaît avec une vocation explicitement européenne (annoncée dès le premier numéro) et lance aussi un projet de fédération européenne, fondée sur la fraternité et le nouveau Droit de gens, qui a pour principe la souveraineté populaire, notion-clé de son projet. L'Europe conçue par Buchez sera donc notamment un projet juridique et politique (l'union ne peut arriver que parmi des peuples avec une même base politique, et aura comme but une Assemblée européenne représentative), qui s'oppose à l'Europe des Congrès autant qu'au projet de l'abbé Saint-Pierre (dont la réalisation pratique serait la Sainte-Alliance

contemporaine). Mais Buchez ne néglige non plus l'aspect économique et industriel, et il revendique à cet égard le libre-échange et la spécialisation nationale. Son redéfinition du concept du « sentiment national » porte au-delà de la conception des *globistes*, en soulignant le clivage entre l'usage traditionnel, en tant que sentiment égoïste et exclusif, et le nouveau sens, plus généreux et solidaire. Cependant, même chez les *globistes* que chez Buchez on aperçoit une certaine exaltation patriotique, où la France se postule toujours en tant que promoteur et cœur de la fédération. *L'Européen* présent, finalement, ainsi que faisait *Le Globe*, la lutte idéologique du présent comme une lutte entre deux moments historiques, soulignant encore une fois le caractère historique de l'Europe.

La période qui va de 1830 à 1846 est aussi féconde en textes politiques sur la question de l'Europe. En 1831, sous les effets de la révolution, quelques ouvrages apparaissaient montrant des perspectives idéologiques différentes : la perspective modérée, qui met l'accent sur le Droit public des Nations, tout en préservant la paix (chez Berryer, par exemple), face aux perspectives plus radicales qui veulent promouvoir la révolution européenne et exigent l'intervention de la France dans cette dernière guerre qui aura le but de créer une grande confédération des peuples insurgés (c'est la position maintenue par Giacobini, parmi d'autres) ; mais aussi les avis des *ultras* qui, contre la révolution, cherchent à conserver malgré tout la vieille Europe fondée sur la Chrétienté (Achille de Jouffroy).

1840 représente un tournant dans ce contexte : la crise de l'Orient et le traité du 15 juillet qui exclut la France répand la peur d'une guerre généralisée encore une fois, et confère une nouvelle perspective plus élargie aux projets européens, qui entraînent dorénavant un espace plus étendu : la Palestine devient alors « but central de la politique européenne » (Gustave d'Eichthal, 1840), et la capitale européenne se déplace vers l'Orient, à Constantinople (Bouvet, Considérant, 1840) ou à l'Alexandrie (Marchand, 1842). D'autres auteurs s'occupent également de penser le nouvel ordre possible pour l'Europe à la lueur de la crise d'Orient, comme Urquhart, le capitaine Durand ou Juvigny (déjà en 1846), ainsi qu'un pamphlet anonyme apparu en 1840 (*De la fédération européenne*) ou des romans littéraires à portée anticipative tel que *Le Hachych* (1843). La décennie de 1840 est aussi le moment de la résurgence des projets de *paix perpétuelle* (Bazan, Pecqueur, Marchand, 1842), qui proposent sans exception une union européenne et un grand Congrès des Nations en tant qu'antidote contre la guerre.

Tous ces travaux nous apportent, bref, l'évidence des nouveautés discursives que l'idée d'Europe porte pendant cette période, lorsqu'elle est entrée dans l'arène politique. C'est en effet le début de l'Europe des nationalités, qui assume les principes révolutionnaires ainsi que le droit des peuples à disposer d'eux-mêmes et d'autres considérations romantiques à l'égard de la vie organique des peuples ; une nouvelle conscience de l'Europe qui s'oppose à la libre disposition des territoires de la part des monarques comme au cosmopolitisme abstrait des Lumières ; une Europe, bref, moins cohérente et liée que celle de l'Ancien Régime, qui doit dégager l'inconnue et soutiendra dorénavant la fédération —tout en maintenant les particularités nationales— en tant que seule voie pour l'unité. Malgré leurs différentes nuances (la lutte entre les principes révolutionnaires et monarchiques, les propositions institutionnelles diverses, les différences sur le cadre spatial qui incluent ou excluent la Russie ou l'Angleterre et qui déplacent la capitale, etc.), il se détache de tous ces projets ce qu'ils ont en commun : l'idée de l'unité fondée sur la liberté et l'indépendance des nations, qui conformeront une fédération ou confédération ancrée dans les principes de la représentation et la démocratie, ainsi que dans la cohésion sociale et le développement industriel et économique. La critique au gouvernement de Juillet s'affermir, ainsi que la perception d'habiter un temps charnière qui pousse les espoirs vers l'avenir et pronostique une Europe transcendant ses frontières ; tel sera le défi pour la France, qui devient, chez tous ces publicistes, la promotrice inexcusable de tous ces changements, et dont le gouvernement y devra réagir.

Le cinquième chapitre, enfin, traite de la révolution de 1848, et de tous les projets d'union qui jaillissent à l'aube de la révolution ainsi que des mouvements fédératifs tels que la « Jeune Europe » de Mazzini, le mouvement pour « les États-Unis d'Europe » (étudié notamment par Pierre Renouvin) ou la « Ligue des Amis de la paix » (où l'écrivain Victor Hugo joue un rôle majeur). Tous ces projets et mouvements montrent les traits d'une nouvelle idée de l'Europe, soutenue par la Fraternité en tant que clé de voûte du programme révolutionnaire.

Révolution spontanée ou hâtée par les circonstances (selon les différentes interprétations), la révolution de 1848 sera en tout cas un phénomène généralisé un peu partout, qui n'a pas son point de départ en France même si ce pays y exercera une

influence déterminante. À fin d'analyser le réseau de solidarité internationale déployé ainsi que le rapport entre la Révolution de Février et les révolutions européennes, j'enquête sur la prise de position du gouvernement provisionnel par rapport aux affaires étrangères : son ambiguïté entre le patriotisme et l'internationalisme humanitaire, entre le maintien de la paix et le *statuo quo* ou la perception d'une « mission historique » à remplir par la France en étendant la révolution (positions controversées qui se montrent bien chez Lamartine et son *Manifeste à l'Europe*).

Et même si le prompt glissement de la révolution de Février vers des positions plus conservatrices, ainsi que ses propres difficultés internes, pousseraient finalement le refus à s'impliquer dans les affaires étrangères, l'explosion révolutionnaire entraîne partout un mouvement de fraternité européenne avec des aspirations politiques partagées, animé par le rôle central des intellectuels (et leurs transferts) et la prolifération des publications politiques, qui portent au sommet les concepts-clé de Démocratie, République, Fraternité et Fédération, étroitement liés à l'idée d'Europe. Parmi ces apports majeurs j'ai étudié les travaux de Lamennais, de quelques étrangers comme Arnold Ruge et Mazzini (particulièrement le lien qu'ils établissent entre le peuple, la nation et l'Europe), les projets de fédération européenne de Henri de Feugueray ou de Victor Considérant (des utopistes reconvertis au nouvel humanitarisme démocratique, autant que Pierre Leroux), ou les visions poétiques sur l'unité de Victor Hugo, qui l'amènent de la louange de l'Empire dans sa jeunesse à la Fédération, aboutissement de la liberté et l'égalité unies par la fraternité dans la formule des « Etats-Unis d'Europe ». Ce terme sera la forme qui adopte notamment l'idée de l'Europe unie pendant les années 1848-1849, slogan mobilisatrice qui a connu un grand succès —même si éphémère— et dont j'ai analysé l'émergence et la diffusion, en France comme en Europe (en ayant trouvé un très précoce usage dans la presse espagnole).

1848 est aussi l'année de la popularisation de l'idée d'Europe, au fur et à mesure que le débat politique se démocratise et que les masses y atteignent la participation. Des nouvelles identités collectives sont alors mises en marche, qui entraînent des nouvelles formes d'action : le débat sur l'Europe sors finalement du cercle réduit des intellectuels, pour toucher un public plus large, à travers les clubs et les sociétés secrètes, les affiches, la presse ouvrière, les almanachs, les chansons de rue ou les images et les illustrations satiriques. Dans cette section j'ai porté une attention particulière au *Dictionnaire Politique*

(préfacé par Garnier-Pagès) apparu cette année et signé par la plupart des « hommes de la République », qui cherchait à étendre la science politique et son langage parmi les citoyens, en même temps qui fixait des définitions très idéologisées des mots-clés du moment — ainsi, le concept d'Europe, dans un article signé par le ministre des affaires étrangères, Jules Bastide, où il souligne la différence entre le sens géographique du terme et son usage politique courant, et donne une définition en termes historiques et d'une unité politique progressive jusqu'à l'association finale.

La révolution de 1848 connut un succès aussi éclatant que rapide fut son échec. Tous ces auteurs ont eu beau mettre en place un discours fraternel, les attitudes nationalistes s'imposèrent ; elle manqua d'une véritable action coordonnée, face aux pouvoirs de plus en plus conscients de leurs intérêts partagés. L'idéal européen y survécut pourtant, avec des efforts comme celui du Comité Démocratique Européen formé en 1850 à Londres par des hommes tels que Mazzini, Ledru-Rollin ou Ruge, qui s'accrochent à leurs espoirs d'une « sainte-alliance des peuples » et à la possibilité de fonder encore une vraie démocratie européenne. Son élan sera pourtant impuissant et fortement contesté par des nouvelles approches qui mettent finalement en scène la crise de la civilisation et disqualifient les présupposés soutenus jusqu'à ce moment : elle sera la position de Proudhon, déjà dans les années 1850 et 1860, qui imputera l'échec de la révolution aux principes de la démocratie et la nationalité tels qu'ils avaient été articulés, et donnera par contre un nouveau et définitif sens du fédéralisme, en tant que « fédération des fédérations » détachée déjà de tout principe d'unité.

Finalement, à travers le recueil d'une bibliographie détaillée concernant l'épisode historique et à l'égard de ses rapports complexes avec l'idéal national, j'ai essayé de fournir une réponse à la question lancée par Koselleck : la Révolution de 1848 était-elle une révolution européenne ? (chez Körner, éd., 2003).

Ce travail a utilisé une large bibliographie, française et internationale, basée sur des études secondaires en histoire des idées, histoire intellectuelle ou histoire politique, mais aussi sur un grand nombre de sources primaires : les ouvrages des écrivains du XIXe siècle les plus classiques (prêtant attention aux aspects de sa pensée européenne parfois négligés), ainsi que des nombreux travaux d'auteurs moins connus et parfois inédits, et qui pourtant montrent le plus grand intérêt dans l'ampleur et la portée de

leurs projets européens. La presse a été également abordée pour certaines périodes et dans des cas particuliers (comme le débat autour de la guerre d'indépendance grecque, ou le journal *Le Globe*), ainsi que quelques interventions dans des débats parlementaires.

L'idée d'Europe en France, 1800-1848 (Conclusions)

La période 1750 - 1850 a été définie en tant que période-charnière pour la formation d'un nouveau vocabulaire politique où l'Europe occupe une place majeure : ses variations de sens multiples au cours du temps, souvent objet de polémique, ainsi que sa capacité mobilisatrice en sont la preuve. Terme géographique d'abord, il acquiert de plus en plus une dimension politique, à portée performative, lorsqu'il se fait prophétique. Même si des auteurs tels que H. D. Schmidt (« The Establishment of 'Europe' as a Political Expression », 1966) ont placé cette émergence au tournant des XVII^e et XVIII^e siècles (pour le cas anglais), mon travail vise à montrer à quel point la formation contemporaine de l'idée de l'Europe prend place —pour le continent comme pour le cas spécifique de la France—, au moment des grandes transformations politiques de la première moitié du XIX^e siècle.

L'idée d'Europe, en tant qu'aspiration à une unité politique, connaît un très long parcours; elle naît au Moyen Âge et même, pour certains auteurs optimistes, elle a « une histoire de 28 siècles » (Rougemont, 1961). Le discours européen du XIXe siècle montre sans doute de grandes nouveautés, sans pourtant signifier une totale rupture : il est donc, sous un certain angle, héritier des Lumières, mais cela sera remis en perspective à la lueur de la nouvelle expérience historique.

De la Révolution à l'Empire, les événements qui ont soudainement bouleversé le continent entraînent une nouvelle vision du politique, en modifiant l'expérience du temps historique et en transformant le langage politique et social; ces deux phénomènes seront étroitement liés à la rupture dans la conception de l'Europe. Le besoin de surmonter la phase impériale, cette « nostalgie de l'Empire » (en tant que forme plus caractéristique de l'idée d'unité depuis Charlemagne), pousse les auteurs à repenser le sens de l'Europe. Dès une conception *impériale* (dans un sens abstrait et uniformisateur, c'est-à-dire, tel qu'il avait été conçu par les philosophes des Lumières et notamment par Kant et son projet théorique pour un cosmopolitisme universalisant qui était devenu, dans la pratique politique, un projet de domination et d'empire), on arrive ainsi, à une conception *fédérale*, qui réagit contre l'uniformisation et revendique le pluralisme et la liberté. Ce glissement a lieu notamment autour des années 1814-1815, chez Constant, Mme. de Staël ou le comte de Saint-Simon, mais il y a déjà, à l'aube de 1800, des voix qui commencent à réagir contre Napoléon et visent à une nouvelle idée d'Europe, si bien héritière encore des présupposés des temps des Lumières, marquée déjà par la nouvelle expérience historique. De l'Empire à la Fédération, en moins de cinquante ans on assiste à tout un glissement sémantique d'une grande portée pour l'avenir.

La construction historique de cette nouvelle idée pluraliste de l'Europe présente deux caractéristiques principales : la *historisation* et la *politisation* (toutes les deux étroitement liées). Celle-ci est un phénomène qu'on peut bien observer pour le cas français. Même s'il y eut déjà au XVIIIe siècle des histoires universelles et de l'Europe diverses (écrites par Condorcet ou Voltaire, travaux où les nouveaux historiens vont puiser), les « histoires de l'Europe » forment un genre popularisé pendant la première moitié du siècle, profondément influencé par les acquis de la nouvelle école historiciste. Le terme d'Europe perd alors sa dimension géographique, et devient un concept

historique, dynamique dans le temps : l'Europe est faite par son histoire. On assiste alors à la louange des traditions diverses, qui mettent l'accent sur la différence plus que sur l'unité. Et même si cette approche historiciste apparaît d'abord chez les auteurs les plus conservateurs, en tant que réaction à la nouveauté révolutionnaire et visant au rétablissement de la « chaîne des temps » rompue, elle deviendra aussi bientôt une des caractères spécifiques de la nouvelle école historiciste : ces auteurs libéraux et positivistes qui ont été marqués par l'expérience historique de l'accélération des temps, par l'incertitude présente, par le défi de surmonter la rupture historique ainsi que par la conscience d'habiter un moment de transition, l'aube d'un « temps nouveau » (Koselleck, 1993, Hartog, 2003). Ils vont réinterpréter l'histoire européenne dans un nouveau sens, en le projetant vers l'avenir (ce qui implique, par exemple, la réhabilitation du moment révolutionnaire en tant que déterminé par la « force des choses », ou la récupération du Moyen Âge entreprise par les romantiques). Les efforts pour appliquer les lois scientifiques au monde social mènent les nouveaux historiens à chercher dans le passé les lois de l'histoire, qui n'est plus une succession chronologique d'événements, mais un développement logique —et donc, prévisible.

Si on connaît le passé, on peut prédire l'avenir : *le passé est gros de l'avenir* ; ces mots de Leibniz sont largement popularisés pendant cette période. Les historiens vont ainsi se tourner vers le passé pour prendre de l'élan, à la lueur du présent, vers l'avenir, l'enjeu majeur de toutes ces années de transition et d'incertitude. Et en puisant dans l'histoire afin de trouver les racines de l'Europe, ils vont décrire une origine commune qui se projette également vers le futur : l'Europe devient alors un projet pour l'avenir, une tâche à accomplir et un programme politique pour atteindre cette unité. D'ailleurs, étant donné que les lois pendant la Restauration empêchaient tout débat d'ordre politique, l'histoire devint alors un refuge pour discuter du présent. Différentes histoires de l'Europe sont ainsi conçues, parfois opposées : car on ne peut pas tirer des conséquences identiques d'une histoire européenne qui commence à la fin de l'Empire romain et l'unité de la Chrétienté, et d'une histoire qui prend comme lieu de naissance les assemblées barbares ou la démocratie athénienne. Dans ce contexte, le déclenchement de la guerre d'indépendance grecque joue un rôle majeur, puisqu'elle anime le débat public et sert aux libéraux et aux opposants de la Restauration d'appui théorique et d'arme rhétorique, en même temps qu'elle fait remonter l'origine de la

civilisation européenne aux libertés de l'ancienne Athènes, devenue le nouveau modèle politique.

Si les conditions historiques font de l'unité européenne une nécessité (poussée par la « force des choses »), son arrivée dans le débat politique la ramène au champ de la contingence : après la révolution de 1830 et la crise internationale de 1840 l'équilibre européen fondé à Vienne s'effondre et le débat sur l'Europe prend toute son ampleur ; les auteurs du moment sont même les premiers à identifier ce phénomène, et soulignent l'apport pratique de la nouvelle philosophie par rapport à celle du siècle précédent. Le champ du politique connaît en même temps une extension de son domaine, en embrassant des questions économiques et sociales qui donnent à l'idée de l'Europe un contenu nouveau plus complet (y compris juridique). L'idée d'Europe, devenue une idée politique et sociale, dépasse son sens limité à la géographie et embrasse même des régions non continentales comme l'Égypte, l'Inde (suite à l'expansion coloniale qui oblige l'Europe à se regarder de l'extérieur) ou les États-Unis d'Amérique (telle qu'elle a été explicitement définie dans le *Dictionnaire politique* de 1848 par Jules Bastide, qui souligne la différence à l'égard de l'usage politique du terme). Si l'idée d'Europe, celle de la « République des Lettres », était avant tout une idée culturelle, la nouvelle Europe devient surtout un programme politique qui pousse à l'action. Les différents projets pour l'Europe concourent alors pour établir différentes propositions institutionnelles ou conceptions continentales, toujours étroitement liés au présent .

La formation de l'idée d'Europe est donc indissociable des événements historiques et du débat politique contemporain, qui déterminent sa configuration : les projets européens de la première moitié du XIX^e siècle s'occupent tous de l'avenir, mais ils sont conçus à la lueur des circonstances du présent. Quelques auteurs (Swedberg, 1994, Renouvin, 1949) ont déjà remarqué cette concomitance, lorsqu'ils constatent la montée et la prolifération des projets pour l'Europe aux années clés marquées par des crises politiques et par la menace de guerre, dès 1789 jusqu'à 1848. Dans ce contexte, on voit aussi que l'idée d'Europe devient une arme rhétorique puissante qui sert des intentions et des buts divers chez les différents partis, et qui incite à l'action. Pourtant, même si les auteurs conservateurs soutiennent avec acharnement leur propre conception de l'Europe, l'idée d'Europe sera surtout un outil dialectique appartenant à l'opposition libérale, démocratique et révolutionnaire. Ces hommes

inspirent les versions de l'idée à portée plus large et ambitieuse, en tant que projet alternatif d'ordre international (tout ce qui représente un contexte intentionnel où l'idée d'Europe acquiert toute son intelligibilité).

Insérée dans la lutte idéologique, l'idée d'Europe devient ambiguë; elle sert souvent des intérêts nationaux, et oscille entre le patriotisme le plus exalté et l'internationalisme humanitaire le plus généreux. Tout au long de ces cinquante années, pourtant, l'idée d'Europe reste encore compatible avec l'idée nationale; elles ne s'excluent pas, puisque la conception de la Nation à cette époque s'insère dans le cadre plus large d'une histoire universelle, laquelle fournit à l'idée nationale une mission spécifique en tant que partie d'un ensemble plus vaste. Les deux concepts — l'Europe et la Nation — s'impliquent et conditionnent l'un et l'autre, et l'Europe devient alors une Europe des Nations. Cette co-existence plus ou moins harmonieuse va se rompre pourtant au moment de l'échec des révolutions de 1848, dont l'expérience prouve les complexités de cette articulation idéalisée: l'idée nationale et l'histoire de la construction nationale deviendrait ainsi finalement l'enjeu de tous les historiens qui ont considéré a posteriori cette période.

Ces complexités de co-existence conceptuelle nous amènent à prendre en considération les liens que l'idée d'Europe déploie avec d'autres concepts voisins, sans lesquels on aurait du mal à comprendre la vraie portée qui entraîne ce nouveau sens de l'Europe. Les projets européens apparaissent en fait étroitement liés au débat autour de la guerre et de la paix (où l'Europe est toujours présentée comme la solution pacifique aux différents troubles, soit pour contenir la révolution soit pour la répandre). Dans ce sens l'étude des textes à propos de la *paix perpétuelle* ne peut pas être négligée, puisqu'elle constitue la forme sous laquelle se sont présentés la plupart de ces projets, depuis le XVIII^e siècle et jusqu'à la décennie de 1840: la nouvelle Europe se présente à l'occasion en tant que réalité pacifique et commerciale, où l'initiative pour atteindre l'unité ne correspond plus au génie militaire mais à l'intellectuel et le poète. La conquête reste alors bannie du sens de l'Europe (ce qui, en même temps, entraîne des difficultés pour justifier les conquêtes coloniales, qui seront ainsi présentées comme la tâche d'une « mission pacifique et civilisatrice »). Dans cette première moitié du XIX^e siècle, le discours sur l'Europe s'attache d'ailleurs aux concepts de *civilisation* et de *progrès*, tout les deux des mots-clés de la pensée de cette période qui, réarticulés dans ce nouveau

contexte d'expérience, donnent à l'idée de l'Europe une dimension dynamique et évolutive. Le concept de l'Europe et son devenir marque ainsi des exclusions successives à l'égard de sa signification : dans l'opposition entre la *civilisation* et la *barbarie*, et entre le *despotisme* et la *liberté*, l'Europe affine son contenu non plus dans un sens spatial, mais temporel (puisque le despotisme devient écarté du temps européen, tandis que la civilisation devient le plus haut degré atteint par l'humanité, etc.). La lutte idéologique de l'époque est ainsi conçue par les propres acteurs non comme un conflit entre deux partis opposés, mais en tant qu'une lutte entre des moments historiques : celui de la *vieille politique* et celui de la *nouvelle politique*. L'histoire de l'idée d'Europe poursuit, en même temps, une logique d'*unité* et de *liberté* progressives et parallèles, des termes parfois difficiles à allier (Bénichou, 1977), mais un mariage auquel les auteurs de l'époque ne renonceront pas. Et à partir des années 1830 de nouveaux contenus conceptuels viendront s'ajouter à l'idée d'Europe, tels que l'émergence de la notion de *peuple* (évoquant partout une « Europe des peuples » car, ce sont les disputes entre les monarques qui fomentent les divisions d'intérêts, face à un peuple européen fraternel et solidaire), ou le lien avec les termes de *république* et de *démocratie* : puisque la démocratie ne sera pas accomplie tant qu'elle ne sera pas une « démocratie européenne » ; l'unité ne sera également réelle et accomplie qu'au moment où les États européens partageront des principes et des formes de gouvernement (représentatif) communs. La louange du peuple, des spécificités nationales et de leur indépendance force alors l'articulation des nouveaux concepts agglutinants en même temps que respectueux de la liberté de chacun : ce seront le *Droit public européen* d'abord, puis l'*association* (une innovation saint-simonienne mais largement répandue pendant la période), la *fraternité* (principe révolutionnaire qui devient maintenant, enraciné dans des considérations d'ordre religieux appliquées à la politique, clé de voûte de tout le système, ainsi que condition préalable soit pour la liberté, soit pour l'égalité), et finalement la *fédération* en tant que réalisation pratique de la fraternité, représentant une union librement consentie où chaque nation garde son indépendance dans l'ensemble commun.

L'articulation conjointe de toutes ces familles conceptuelles forme un champ sémantique et un contexte idéologique capable de donner à l'idée d'Europe un contenu idéologique inédit et très précis (même si de nombreux historiens ont insisté sur la « dimension vague » de tous ces projets). Cette précision s'exprime bien dans les divers noms et les formes différentes qui prend l'idée européenne tout au long de cette

période : d'abord, elle se matérialise dans les noms d'*Empire* ou de *Monarchie universelle*, tous les deux incarnation de l'idéal unitaire qui seront pourtant fortement contestés. La période de la Restauration lui donne les formes de *l'équilibre européen*, *l'ordre européen* ou la *balance des pouvoirs*, en reconnaissant une communauté d'intérêts qui ne poursuit plus pourtant l'unité. Cette perspective conservatrice, fondée sur la méfiance, sera contestée très rapidement par des formulations plus avancées et positives telles que *l'Association universelle*, la *République européenne*, la *Fédération européenne*, ou la *Confédération des nations*. Au moment de la révolution de 1848, elle acquiert les noms caractéristiques de la *Sainte-alliance des peuples* (qui s'oppose évidemment à la Sainte-alliance des monarques) et les *Etats-Unis de l'Europe*, formule qui connaît un grand succès et qui, suivant l'exemple nord-américain, représente et résume par excellence toutes ces nouvelles aspirations.

La recherche entreprise pour la réalisation de cette thèse a constaté l'importance de l'étude des sources souvent considérées comme des « textes mineurs » : les articles apparus dans la presse, les petites brochures ou pamphlets écrits par des auteurs inconnus ou anonymes donnent une nouvelle ampleur à l'idée d'Europe (considérée assez souvent comme une idée utopique et aux marges du débat politique central) qu'on ne peut pas trouver probablement ailleurs. L'abondance de ce genre d'écrits, ainsi que le traitement du sujet par des auteurs plus connus (dont l'inspiration a animé les projets ultérieurs), nous amènent à réfléchir, pourtant, à la possibilité d'un consensus généralisé autour de cette idée, ou au moins, à la popularité de cette idée d'unité ; elle n'appartiendrait pas seulement à un groupe de « prophètes illuminés » ou d'utopistes, sans aucune répercussion sur l'opinion, ce qui n'aurait pas d'intérêt pour l'histoire intellectuelle. Bien au contraire, ce mouvement d'idées largement répandu mérite d'être étudié par les historiens d'aujourd'hui. Le contexte d'unification européenne actuel a causé, à l'inverse, un intérêt de caractère rétrospectif assez démesuré par rapport à ces travaux, en faisant proliférer toute une large bibliographie sur le sujet, où on n'hésite pas à qualifier ces auteurs de « précurseurs » en traçant une logique de continuité. En revanche, nous ne devrions jamais les sortir de leur contexte discursif et historique ; car les circonstances où tous ces hommes agissaient, pensaient et écrivaient n'étaient pas les nôtres, et pour cela, nous sommes obligés de nous replacer dans leur contexte pour percevoir le sens que cette idée pouvait avoir pour eux. Il devient nécessaire alors de s'empêcher d'établir, au moment d'entreprendre ce genre de recherche, toute sorte de parallélisme anhistorique, puisqu'on ne peut parler que des conditions de possibilité

d'un certain donné. La diversité et la richesse politique et idéologique de la période traitée, en revanche, constituent un vrai « laboratoire » pour la politique contemporaine, et montrent qu'elle est encore une source potentielle et ouverte pour de nouvelles perspectives d'analyse.

Agradecimientos

Esta Tesis de doctorado ha contado con la financiación de una Beca del Programa de Formación de Investigadores del Departamento de Educacion, Universidades e Investigación del Gobierno Vasco así como con de una Beca de Tercer Ciclo del Ayuntamiento de Madrid en la Residencia de Estudiantes. Las instituciones que me acogieron durante estos largos años, el Departamento de Historia de las Ideas y los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad Complutense y la Residencia de Estudiantes, han sido para mí mucho más que un simple lugar de trabajo, y a ellas debo todo mi agradecimiento por haberse convertido en un segundo hogar. En el extranjero acogieron mi trabajo de forma generosa, poniendo a mi disposición todos sus recursos humanos y materiales, el Instituto Universitario Europeo de Florencia, la École de Hautes Études en Sciences Sociales, la UFR d'études ibériques et latino-américaines de Paris III – Sorbonne Nouvelle y el Colegio de España en París, donde escribí estas últimas líneas.

Pero las instituciones están hechas de personas, y a ellas debo todo mi reconocimiento: los amigos que me ha proporcionado esta tesis son sin duda la mayor de las recompensas, y sin muchos de ellos, este trabajo no hubiese sido posible. El profesor Antonio Robles Egea, de la Universidad de Granada, y el profesor Javier Fernández Sebastián, de la Universidad del País Vasco, me llevaron de la mano en mis primeros pasos académicos, despertando mi gran afición a la filosofía política y la historia de las ideas, y orientándome cuando esta tesis no era todavía más que un esbozo de proyecto. El profesor Bo Strath me aconsejó y prestó atención a mi trabajo en Florencia, y me abrió nuevas puertas en un marco inmejorable (merecen también unas palabras de agradecimiento los profesores Anthony Molho y Heinz-Gerhard Haupt, directores del History and Civilisation Department del European University Institute, así como su administradora, Rita Peero, una profesional eficaz como ninguna además de una mujer encantadora. Lo que leí y aprendí en los seminarios de Martin van Gelderen han sido una aportación fundamental para mi formación). Los profesores Serge Saläun, Jean-Frédéric Schaub, Pierre Civil y Jean-Pierre Jardin me invitaron generosamente a París, haciendo posible toda esta investigación. En la capital francesa dejó además un puñado de buenos amigos, fundamentales para el desarrollo de este trabajo y por hacerme mis días allí más felices: Jeremy me atendió en todo lo que necesité durante las horas, días y meses pasados en la sede François Mitterrand de la Bibliothèque Nationale de France, me enseñó a leer microfichas y me mostró las tripas de todo lo que hace que nuestro trabajo sea posible. Stéphane Michonneau y Emmanuel Fureix pusieron a mi disposición su tiempo, sus conocimientos y su simpatía; pero sobre todo no hay palabras para expresar todo lo que en París han hecho por mí, brindándome incondicionalmente su amistad y toda su ayuda en cuanto pude necesitar, Marie-Angèle Orobon y Jean David, quien lleva años corrigiendo con paciencia e instinto mis textos, esforzándose inútilmente por mejorar mi francés, y que ha sido sin duda lo mejor que me ha dado esta tesis.

Los colegas finlandeses y de la red Concepta han acabado convirtiéndose en una suerte de segunda familia; no puedo dejar de citar en estos agradecimientos a los profesores Kari Palonen y Henrik Stenius, así como a mis compañeros Sami Syrjamäki, Evgeny Roschin, Jörn Leonhard o Alexandre Escudier. En Madrid mi trabajo ha tenido la suerte de verse arropado por excelentes profesionales: mis agradecimientos a Javier Varela, Juan Francisco Fuentes, Alejandro Diz y especialmente a Joaquín Álvarez

Barrientos. No puedo olvidarme tampoco de Joaquín Varela Suanzes, y de los compañeros del Seminario de Historia Contemporánea del Instituto José Ortega y Gasset, donde se discutió parte de este trabajo. Con Florencia Peyrou he intercambiado imprescindible bibliografía y confidencias; Luis Fernández y Alberto Bernal me ayudaron con las traducciones del alemán. Y de la Residencia de Estudiantes, donde tanto aprendí, conservo los mejores recuerdos y amigos que me acompañarán siempre (y aunque no puedo nombrarlos a todos, son imprescindibles unas palabras para mi “vecino” Pablo Jarauta, por todos los años que pasamos hablando de nuestras tesis en vez de escribiéndolas).

Mis compañeros del Departamento de Historia de las Ideas de la Complutense, dirigido sucesivamente por Rafael Cruz, Fernando del Rey y José Álvarez Junco, y con Susana Fernández que hace que todo funcione, merecen los mayores elogios: Javier Zamora, Pablo Sánchez-León, Javier Muñoz Soro, Javier Moreno y todos los demás, por todos sus consejos y camaradería. Pero especialmente mis compañeros de generación, donde he encontrado grandes amigos que me acompañan también cuando salgo de la Facultad: Noelía Adánez y Scheherezade Pinilla han sido un apoyo imprescindible; Zira Box ha sido y sigue siendo mucho más; Diego Palacios me regaló el último libro que añadí a esta bibliografía, y Hugo García estuvo a mi lado para celebrarlo cuando redacté la última página. Y por encima de todos hay una persona determinante en el proceso de este trabajo, y que ha estado siempre a mi lado durante todos estos años, aconsejándome, orientándome, siempre disponible, ayudándome en todo lo posible y haciéndome reír: la profesora María Luisa Sánchez-Mejía, la mejor de las directoras con las que un doctorando puede soñar, y porque su maestría se extiende más allá del ámbito académico.

Todo mi cariño y mi agradecimiento va dirigido a mis padres, sin cuyo apoyo, amor y paciencia esta tesis desde luego no habría podido arribar a puerto.